

El imperio de la democracia en América

John L. O'Sullivan y la formación del concepto de
Destino Manifiesto

Autor

Marcos Reguera Mateo

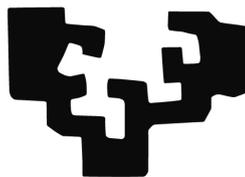
Supervisores

Pablo Sánchez León

Javier Fernández Sebastián

2019

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

Dedicado a mis padres, Juan Carlos y Elena:

Quienes con todo su amor y esfuerzo han contribuido a que yo sea quien soy, y ayudándome a alcanzar de esta manera mi meta con tesón, rigor y pasión por el saber. Gracias por todo lo que me queréis y por lo que habéis hecho por mí. Gracias por inculcarme el amor por la lectura y a ser crítico con el mundo.

Os quiero mucho.

AGRADECIMIENTOS:

ODISEA Y PEREGRINAJE DE UNA INVESTIGACIÓN

Reflexión inicial

En una época dominada por el darwinismo académico, en la que todo acto intelectual se convierte en una acción calculada para el avance curricular, y en donde por lo tanto rige un maltusianismo bibliográfico al grito de “publica o perece”, en este contexto decidí retirarme a los bosques, y mi *Walden Pond* fue escribir esta tesis doctoral.

Escribí esta tesis porque deseaba pensar deliberadamente; enfrentar solo los hechos esenciales de mi investigación, y ver si podía aprender aquello que esta tuviera que enseñarme. Quería pensar profundamente, y desechar todo aquello que fuera producto de un superfluo cálculo curricular. Pues no quería darme cuenta, en el momento de tener que dejar la academia, de que en la búsqueda ciega por mejorar mi currículum, nada había aprendido.¹

Sobre esta investigación: mis motivos, evolución y las personas que la hicieron posible

Esta tesis doctoral ha sido posible gracias al apoyo, al afecto y a las enseñanzas de muchas personas. El día que me presente en el estrado a defender el producto de muchos años de trabajo estaré solo. Pero conmigo habrá mucha gente. Algunas personas estarán sentadas entre el público, otras no habrán podido venir. Sin embargo, todas se encontrarán presentes durante el acto, pues todas me acompañaron durante los ocho años y nueve meses en los que desarrollé esta investigación. Es importante reconocer la inmensa suerte que ha supuesto para mí su compañía, pues el trabajo de investigación es por su naturaleza solitario, pero yo nunca me he sentido aislado o solo.

¹Este párrafo está tomado y adaptado del evocador extracto de la novela *Walden*: “I went to the woods because I wished to live deliberately, to front only the essential facts of life, and see if I could not learn what it had to teach, and not, when I came to die, discover that I had not lived.” Henry D. Thoreau, *Walden; or Life in the Woods* (Boston: Ticknor and Fields, 1854), p. 3.

Quiero comenzar agradeciendo de todo corazón a mis dos directores todo lo que han hecho por mí durante el tiempo en que supervisaron mi tesis doctoral. Para mí ha sido una inmensa suerte y privilegio haber tenido la oportunidad de aprender de ellos, así como de beneficiarme de todos sus consejos y enseñanzas. Puede parecer un tópico comenzar los agradecimientos hablando de los directores de la tesis. Sin embargo, no se debe subestimar la suerte de acabar investigando bajo la guía de dos personas generosas tanto desde un punto de vista intelectual como profesionalmente. Por lo general se suele presuponer la generosidad en el proceso de dirección de la tesis (como el valor en la mili), pero por desgracia abundan los casos en los que esta relación se encuentra marcada por la indiferencia hacia el trabajo del doctorado, y en unos pocos casos incluso por el abuso como relación de la asimetría de poder entre ambas partes. Por este motivo creo que es importante reconocer la generosidad intelectual y personal de mis dos directores. Porque no es algo que pueda darse por hecho y yo he tenido la inmensa suerte de aprender con ellos sin imposiciones, indiferencia o abusos.

Fue por casualidad que me encontré con Pablo Sánchez León en agosto del 2013 en la facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Pablo había sido profesor mío en la carrera de ciencias políticas años atrás, y fue la primera persona a la que le conté mis planes de hacer una tesis doctoral, no porque pretendiera en ese momento que fuera mi director, sino por la confianza personal e intelectual que tengo con él. Cuando nos reencontramos en 2013 me acababan de denegar una FPU, era la séptima beca que me negaban en año y medio, así como la última oportunidad que tenía para solicitarla legalmente. En ese momento esta investigación contaba con tres años y medio de recorrido, y pensaba que había llegado a su fin. Pero eso cambió cuando Pablo me contó que se encontraba en un proyecto de investigación radicado en Bilbao y dirigido por Javier Fernández Sebastián. Me animó a no arrojar la toalla y a pedir un contrato FPI con ellos. Esta tesis podría haber sufrido un abrupto final en 2013, víctima de la crisis y de los recortes en educación y ciencia. Pero por fortuna me concedieron el contrato predoctoral FPI BES-2014-067992, y durante los cuatro años siguientes pude terminar la investigación que había comenzado años atrás. Es por este motivo que no se puede ignorar la necesidad del compromiso público con la inversión en educación, investigación y ciencia, pues sin esta inversión fundamental no solo se trunca el futuro profesional de miles de jóvenes que tienen mucho que aportar a nuestro sistema de educación y ciencia, sino que además pierde el conjunto de la sociedad al descapitalizarse en su futuro académico e intelectual.

Durante los cinco años en los que Pablo ha sido mi director de tesis he tenido la inmensa suerte de aprender de un gran profesional caracterizado por el compromiso en todos los ámbitos en los que una persona puede comprometerse: compromiso profesional con una investigación histórica que se caracteriza por el rigor académico y su carácter crítico con las convenciones historiográficas y sociales, del pasado, del presente y mirando al futuro. Esto conlleva en Pablo un inmenso compromiso público porque su trabajo sea de gran utilidad para todas aquellas personas y movimientos que intentan luchar por una sociedad más justa e igualitaria, y es para mí un honor aprender de este compromiso que no por ello claudica en su rigor. Muchas gracias Pablo, por todo lo que me has enseñado, por todo lo que me has exigido, no permitiéndome caer nunca en la complacencia y obligándome a desafiar con sus preguntas las convenciones sobre las que se asentaba mi investigación.

Javier Fernández Sebastián ha sido también un director cuya contribución ha sido fundamental para el buen desarrollo de esta investigación. Él ejerció de director de manera simultánea a Pablo mucho antes de que por razones burocráticas tuviera que asumir este papel oficialmente. Esto a mi juicio demuestra con creces su compromiso y generosidad con este trabajo, pues aunque no tuviera la obligación de ayudarme, siempre siguió con mucho interés mi progreso ofreciéndome valiosos consejos de carácter teórico y bibliográfico. Muy pocas personas hubieran podido enseñarme todo lo que he aprendido sobre historia conceptual, pues Javier siempre tuvo la puerta de su despacho abierta para escuchar y examinar cualquier elucubración teórica que hubiera dibujado en mi pizarra o en alguno de mis cuadernos. Con él he aprendido mucho y he crecido intelectualmente, y siempre le estaré muy agradecido por haberme dado la oportunidad de trabajar en su proyecto de investigación.

Durante los cinco años en los que he desarrollado mi investigación en Bilbao he tenido la inmensa suerte de estar acompañado por un equipo de profesores e investigadores del más alto nivel. Ya fuera en el departamento de *Derecho constitucional e historia del pensamiento político y de los movimientos sociales y políticos*, en el grupo de investigación sobre “Historia intelectual de la política moderna”, en la red *Iberconceptos*, o en el proyecto de investigación sobre “Historia conceptual, constitucionalismo y modernidad en España, en Europa y en el mundo iberoamericano. Una aproximación pluridisciplinar” en el que se inscribió por primera vez mi tesis, así como en su proyecto sucesor “Aproximación interdisciplinar a los lenguajes jurídico-políticos de la modernidad euroamericana. Dimensiones espacio-

temporales.” En todos estos contextos he tenido la oportunidad de conocer gente muy valiosa y comprometida con su trabajo que han sabido trasmitirme su rigor y pasión por lo que hacen.

Quiero dedicar unas palabras especiales a las personas que han sido más cercanas en mí día a día en el campus de Leioa de la UPV. En primer lugar mi más sincero agradecimiento para Luís Fernández Torres, cuya carrera investigadora estoy seguro de haber hundido con mis constantes preguntas, comentarios y distracciones en el despacho. Luís es una persona auténtica y genuina, y de manera informal me ha ofrecido reflexiones y comentarios muy valiosos durante estos años. También quiero expresar mi agradecimiento a Alain Santos Fuentes que ha sido un compañero infatigable de doctorado cuya compañía y apoyo ha sido de gran ayuda en este *errand into the wilderness* que fue por mucho tiempo mi trabajo en Bilbao. Otro compañero al que le guardo un gran afecto y agradecimiento es Carmelo Moreno del Río, una persona querida en todas partes por su carácter afable y sus finas disquisiciones en teoría política y del humor. Carmelo es además una de las pocas personas que conozco capaz de manejar con maestría una regresión estadística y un texto sobre Hume, lo que tiene su mérito. Aunque llegó en los últimos años, David Beorlegui ha sido otro infatigable compañero de batallas académicas, de quien he podido aprender mucho de cuestiones sobre las que previamente no me preguntaba como la incidencia de los afectos en la política y en la historia, y he podido compartir reflexiones acerca de cuestiones sobre las que he reflexionado mucho, como el papel de la memoria en la historia. Su perseverancia académica a pesar de las dificultades y su compromiso con las causas sociales son para mí una fuente de inspiración. Finalmente me gustaría reconocer la contribución y afecto del profesor Javier Tajadura Tejada, que no solo es una persona de un inmenso valor, sino que además he podido compartir y aprender con él sobre el proceloso mundo del derecho constitucional.

Como comenté al inicio de mis agradecimientos, esta investigación no comenzó cuando inicié oficialmente mi programa de doctorado en la UPV en otoño del 2014. Los orígenes de mi investigación se remontan a enero del 2011. Me encontraba en cuarto de ciencias políticas y ya estaba harto de la licenciatura, por lo que decidí comenzar de manera autónoma mi tesis doctoral antes que esperar los años que aún me quedaban para el doctorado, decidiendo en ese momento que haría una tesis sobre el *Destino Manifiesto*. En verano del 2011 el CSIC me otorgó una beca de introducción de investigación (JAE Intro) y durante dos meses tuve la oportunidad de trabajar bajo la

supervisión de la historiadora Elena María García Guerra, quién me enseñó a trabajar en archivo y compartió conmigo muchas de las claves de su oficio que por mi educación en ciencias sociales no había tenido la oportunidad de integrar. Durante el curso académico 2011-2012 se me otorgó una beca Erasmus que disfruté en la Universidad de Bergen. Allí tuve la inmensa suerte de conocer al teólogo y teórico de las religiones Håkan Ryvding, quien dirigió mis primeros estudios sobre la religión civil americana y con quien pude dialogar de manera profunda sobre cuestiones teológicas que serían importantes en futuros desarrollos de mi tesis.

De 2012 a 2013 me formé en el magnífico máster en *Filosofía de la historia: democracia y orden mundial* en el que tuve la inmensa suerte de conocer a muchos profesores que me aportaron un background en filosofía del que carecía hasta el momento. Entre todos ellos me gustaría destacar la inmensa contribución de Carmen de la Guardia Herrero y Félix Duque Pajuelo.

Carmen fue la directora de mi trabajo de fin de máster, que contuvo el germen de la tesis doctoral tal y como la desarrollé posteriormente. Fue asimismo mi primera directora de tesis cuando comencé a realizarla en la Universidad Autónoma de Madrid. Fue ella quien me animó a continuar indagando en la figura de O'Sullivan, haciéndome ver que aún quedaba mucho por decir sobre la contribución de este autor a la formación del *Destino Manifiesto*. A ella también le debo ser consciente de las especificidades de la historiografía estadounidense y una buena parte de la inspiración para la tesis la tomé de su asignatura "La corrupción de la virtud: de las repúblicas a los imperios".

Félix Duque ha sido otro de los profesores que han influido de manera decisiva en mi tesis. Como director del tribunal de mi TFM, hizo valiosos comentarios para mejorar mi trabajo, y sus recomendaciones bibliográficas sobre la teoría política del romanticismo fueron fundamentales para que descubriera la existencia de la teoría organicista en el romanticismo, clave que ha sido para mí fundamental a la hora de descubrir la importancia de la doctrina maltusiana en la conformación del concepto de *Destino Manifiesto*. Durante sus clases tuve la oportunidad de aprender muchísimo sobre Hegel, y a él le debo mi trabajo de comprensión sobre la filosofía de la historia.

Durante el transcurso de mi contrato predoctoral tuve la oportunidad de realizar dos estancias de investigación cuya realización debo agradecer al Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

La primera transcurrió desde abril a julio del 2016 en la Universidad de Columbia (Nueva York), bajo la valiosísima dirección del profesor Anders Stephanson,

quien tuvo la generosidad de compartir conmigo todas sus notas de investigación que fundamentaron su estudio sobre el *Destino Manifiesto*. Quiero expresar aquí mi más profundo agradecimiento por este acto altruista que no estaba obligado a hacer, y por la profesionalidad con la que condujo su dirección de estancia.

Mi segunda estancia aconteció en el otoño del año 2017 (septiembre a diciembre), y me resulta imposible exagerar la importancia de la misma, pues fue en este periodo cuando descubrí la clave que explicaría el conjunto de mi tesis doctoral. Quiero agradecer sinceramente al profesor Martin J. Burke que me acogiera en el Graduate Center de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. El profesor Burke fue la primera persona en escuchar mi descubrimiento sobre la centralidad de la doctrina maltusiana para la conformación del concepto de *Destino Manifiesto*, y sus grandes conocimientos en historia conceptual y en la historia de los Estados Unidos fueron de gran ayuda en este periodo.

La labor del historiador sería imposible al margen de las bibliotecas y archivos. Quiero expresar mi más profundo agradecimiento por la ayuda que he recibido por parte de las bibliotecarias y bibliotecarios de la biblioteca de la facultad de Ciencias Políticas y Sociología (UCM), de la biblioteca Tomas y Navarro (CSIC-CCHS), de las bibliotecas de Humanidades y Ciencias Sociales (UiB), de la biblioteca de humanidades (UAM), de la biblioteca de la Universidad del País Vasco (campus Leioa), de la biblioteca Butler de Columbia, de la biblioteca del Graduate Center (CUNY), del archivo histórico de la Biblioteca Pública de la Ciudad de Nueva York, del archivo de la Sociedad Histórica de la Ciudad de Nueva York, del archivo de la Sociedad Histórica de Filadelfia, del archivo de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos (edificio Madison), del archivo de los *National Archives* y finalmente, un agradecimiento especial a la asistencia que me proveyó el personal de la sala de investigadores de la Biblioteca de la Diputación Foral de Vizcaya en donde acometé el proceso de redacción de esta tesis.

Finalmente quiero agradecer a todas las personas que conforman mi tribunal que hayan hecho el esfuerzo de leer esta tesis, de cuadrar sus agendas para asistir a la defensa de la misma, y por todas sus valiosísimas contribuciones que, estoy seguro, me ayudarán a mejorar aún más el contenido de este trabajo.

Al margen del ámbito académico me gustaría expresar aquí mi agradecimiento a varios amigos y familiares cuyo amor y compañía han sido fundamentales durante estos años.

En primer lugar quiero reconocer la inmensa contribución hecha por Carlos Castillo Mendoza, mi maestro y amigo. Fue él quien me animó a dedicarme a la academia, y es el responsable primero de que haya hecho una tesis doctoral. Es a él quien le debo haber adquirido una sensibilidad hermenéutica, sin la cual habría sido imposible desarrollar esta tesis. Esta fue el producto de tres años y medio de seminario de lectura de *El Capital* de Marx, y al año y medio de lectura de los textos de Carl Schmitt. Pocas personas han contribuido más que él a mi proceso de maduración intelectual, él y sólo él puede portar el título de maestro, pues él ha sido la persona que desde el cariño y la amistad más ha hecho por alumbrar en mí el amor por el saber.

Es imposible explicar quién soy y todo lo que he escrito en esta tesis sin hablar de mis amigos y hermanos intelectuales, Jacobo Ferrer y Miguel León. Son las personas a las que más quiero en este mundo, mis compañeros de batalla y mis camaradas políticos. A ellos les ha tocado sufrir casi una década de constante matraca sobre O'Sullivan y el *Destino Manifiesto*, más allá de los límites humanamente soportables. Por su paciencia, cariño, consejos e inestimable contribución a mi vida, solamente puedo decirles de todo corazón: Muchas gracias mosqueteros.

No querría finalizar estos agradecimientos sin realizar una mención especial a mi familia. A mis hermanos Diego y Sara, cuyo cariño, amor y compañía son un tesoro para mí. Y de todo corazón quiero agradecer a mis padres todo su amor, apoyo, empatía y esfuerzos, pues ellos han sido dos pilares fundamentales de mi vida, y muy especialmente durante estos largos años de tesis doctoral. Sin su apoyo emocional y vital esta tesis no habría sido posible. Muchas gracias, os quiero mucho.

Esta tesis ha sido posible gracias a la financiación del ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, y su programa de Formación del Personal Investigador, edición del 2014, cuyo contrato predoctoral ha financiado el grueso de la investigación que sustenta esta tesis. También quiero reconocer la financiación obtenida por el CSIC a través de sus becas de introducción a la investigación (JAE Intro), como parte del marco del Programa para la Ampliación de Estudios (convocatoria del 2011). Finalmente no puedo dejar de reconocer la contribución de la Universidad Autónoma de Madrid durante los años 2012 y 2013, que financió un tramo de esta investigación a través de

sus ayudas para el Inicio de Estudios en Programas de Posgrado. Mi agradecimiento también a la Fundación Cilengua por su contribución financiera en la adecuación a los criterios lingüísticos para la presentación de la tesis internacional.

Índice

Introduction	5
The empire of democracy in America and the Tocquevillian <i>premonition</i>	5
The subject matter of the thesis: The <i>O'Sullivan mystery</i> and the process of conceptualisation of <i>Manifest Destiny</i>	10
Structure of the doctoral thesis.	19
On the uses in the thesis of the notions América/Americano, Norteamérica/Norteamericano, Estados Unidos/estadounidense:	23
1. La historiografía estadounidense y el estudio del <i>Destino Manifiesto</i>	27
1.1 El proceso de institucionalización y profesionalización en el estudio académico del <i>Destino Manifiesto</i>	30
1.2 Weinberg y Merk: Los historiadores clásicos del Destino Manifiesto	37
1.3 Estudios generalistas y de temática especializada: perspectivas contemporáneas en el estudio del <i>Destino Manifiesto</i>	44
1.4 John L. O'Sullivan como objeto de estudio en la historiografía norteamericana.	54
2. Ideas, conceptos y discursos: las alternativas para la comprensión del <i>Destino Manifiesto</i> ...	63
2.1 La vía de la historia intelectual del <i>Destino Manifiesto</i> y mi opción de divergencia con Albert K. Weinberg	64
2.2 Giro lingüístico y giro hermenéutico.....	68
2.3 El proyecto de investigación de la historia de los conceptos.	74
2.4 El proyecto de investigación de la <i>Escuela de Cambridge</i> y del contextualismo:.....	89
2.5 Ideas, conceptos, discursos y el <i>Destino Manifiesto</i>	108
3. Los conceptos-doctrina y las cosmovisiones conceptuales.....	113
3.1 Las cosmovisiones conceptuales y la gestión narrativa de los prejuicios	118
3.2 La cualidad enmarcadora de los conceptos-doctrina:.....	121
3.2 La cualidad canonizadora de los conceptos-doctrina	131
3.3 Características del concepto-doctrina de <i>Destino Manifiesto</i>	138
4. El <i>misterio O'sullivan</i> : muerte y pervivencia del autor en los marcos intelectuales	163
4.1 El misterio O'Sullivan en acción:	165
4.2: El problema de la recepción y los dos “cuerpos” del intelectual.	173
4.3 Los marcos intelectuales como redes de estructuración del pensamiento político:	189
5. O'Sullivan como intelectual y profeta de la <i>opinión pública</i> en el tiempo del <i>periodismo de escritores</i>	211
5.1 La opinión pública en el tiempo del <i>periodismo de escritores</i> y la consagración del intelectual como su sacerdote laico.	212
5.2 La figura del editor del <i>periodismo de escritores</i> y O'Sullivan como caso de estudio....	233

5.3El <i>misterio O'Sullivan</i> reconsiderado.....	249
6. Los puritanos como punto de partida y mito originalista del discurso providencialista en América	257
6.1 Los puritanos como mito fundacional en América.	263
6.2 La teología federal como marco providencialista y vía de implementación de la predestinación en América	276
6.3 La lógica heurística y los fundamentos teológicos de la hermenéutica bíblica puritana.	294
6.4 El providencialismo puritano: Del <i>Citty vpon a Hill</i> al <i>Errand into the Wilderness</i>	298
7. De la teocracia al denominacionalismo: el proceso de secularización religiosa en América.....	313
7.1 Del <i>covenant</i> al <i>revival</i> : la <i>declension</i> de la teocracia puritana en Nueva Inglaterra.....	315
7.2 Las transformaciones de la fe en la era ilustrada: religión natural, <i>revivalismo</i> y el tránsito de la religiosidad americana hacia una esfera de privacidad.....	330
7.3 La secularización como una reorganización de las esferas de religiosidad	348
8. La republicanización del providencialismo y su conversión en un imaginario nacional.....	353
8.1 Experimento y destino nacional en la conformación de la religión civil americana.....	354
8.2 El debate entre el consensualismo liberal y la <i>síntesis republicana</i> por la interpretación de la cultura intelectual de la Revolución americana.....	370
8.3 El providencialismo revolucionario como espacio de experiencia: <i>translatio imperii</i> , <i>decline and fall</i> y la <i>Ancient Constitution</i> del pueblo anglosajón.....	378
8.4 El providencialismo revolucionario como <i>horizonte de expectativa</i> : el <i>experimento americano</i>	391
8.5 El <i>imperio de la libertad</i> jeffersoniano y la espacialización del providencialismo republicano.	405
9.El paradigma maltusiano en América	417
9.1 La hipótesis de la catástrofe maltusiana	418
9.2 La recepción estadounidense de la doctrina maltusiana en la <i>República temprana</i> (1780-1865).....	421
10. La ideología <i>jacksoniana</i> de O'Sullivan a través de su manifiesto: <i>El principio democrático</i>	436
10.1 La ideología <i>jacksoniana</i> , el movimiento <i>locofoco</i> y la evolución del partido demócrata en la <i>Antebellum Era</i> (1824-1860).	437
10.2 Características de “The Democratic Principle” como manifiesto político-literario del <i>jacksonianismo</i> y como obra de O'Sullivan.....	451
11.3 Introducción del manifiesto y fundamentos epistemológicos: la filosofía de los principios.	457
11.4 Teoría política y del conflicto social en O'Sullivan: Democracia y el papel del escritor en la promoción de su principio político.....	467
11.5 Experimento americano, filosofía de la historia y el principio de formulación del Destino Manifiesto.....	478

11. John Louis O’Sullivan: avatares vitales de una personificación del romanticismo político	484
11.1 La saga de los O’Sullivan y su sino. Infancia y proceso de formación de John L. O’Sullivan:	485
11.2 Aspecto, personalidad y religiosidad de O’Sullivan:	498
11.3 El proyecto político-literario de la <i>Democratic Review</i> . El periodo de Washington(1835-1840):	508
11.4 O’Sullivan como político y reformador social <i>jacksoniano</i> (1841-1842):	523
11.5 El <i>Morning Newsy</i> la propaganda expansionista. El periodo de Nueva York(1841-1846):	528
11.6 El hado de los O’Sullivan: filibusterismo, conspiraciones diplomáticas, Guerra Civil y caída en desgracia de John L. O’Sullivan.	543
12. La autoría del concepto de <i>Destino Manifiesto</i>	556
12.1 La hipótesis alternativa de Linda S. Hudson:	557
12.2 Demostración por vía hermenéutica de la autoría de O’Sullivan del concepto de <i>Destino Manifiesto</i>	576
12.3 Descripción contra interpretación textual: sobre el futuro de la hermenéutica y de la historia conceptual en la era digital	598
CONCLUSIONS	681
Bibliografía	691

Introduction

The empire of democracy in America and the Tocquevillian *premonition*.

This thesis begins with a confession. The confession is to a theft. The title of my thesis is taken from Tocqueville, who in his day considered it for his book *Democracy in America* (1835/1840).

It is a relatively unknown fact that the title of the work that made Tocqueville famous underwent several changes en route to the definitive version. The first title that he announced for his work was in 1833: “American institutions and customs”. At that point the book was going to be written along with a travelling companion on a trip to North America, Gustave de Beaumont, Tocqueville’s task being to write a section on the institutions of the new democratic republic, while his friend would write about social customs in the new republic. In the end the project did not come to fruition, and Tocqueville decided to publish on his own a book about democratic society and its institutions, while Beaumont eventually published a novel entitled *Marie, or slavery in the United States* (1840), which used a literary artifice to condense his impressions of American society and the problem of slavery.¹

Given that the original book by two authors was no longer going to be written, in 1834 Tocqueville presented to his editor Charles de Gosselin with a new title for his work. It would now be called *The Empire of Democracy in the United States*. The title hinted at the notion of *empire of law*, Tocqueville’s debt to Montesquieu. The expression *empire of democracy* as a replacement for *empire of law* was a trope with which Tocqueville sought to address one of his great political-theoretical concerns, democracy as a threat to the nascent liberal order as the tyranny of the majority, an issue he did not resolve until his work *The Old Regime and the Revolution* (1848).²

Taking stock of the French Revolution, Tocqueville caught a glimpse of the fact that in the heat of the revolutionary cycles a historical change was taking place, simultaneous with the coronation of the liberal order, which threatened to overshadow the

¹Eduardo Nolla, “Introducción” to *Democracy in America*, by Alexis de Tocqueville (Madrid: Editorial Trotta, 2010), pp.48-49, 58-65.

²Ibid., pp.63-64. The original title in French was: “L’empire de la démocratie aux États-Unis”. Dalibor Frioux, “Présentation” in *De la démocratie en Amérique*, by Alexis de Tocqueville (Rosny Cedex: Bréal, 2002), p. 13. My thanks to Javier Fernández Sebastián for helping me to find the reference in French.

latter with the advent of the people as political subject and with democracy as the political model that best represented their aspirations of government. The liberal philosopher believed that he saw in the North American republic the future of Europe, both in its form of government and social model. This was a prospect that was a source of great concern for him, in his words, the trend in Christian nations towards a generalised degree of greater equality was what was leading them towards democracy, and this triggered in him “a kind of religious dread produced in the author’s mind by the contemplation of so irresistible a revolution, which has advanced for centuries in spite of such amazing obstacles, and which is still proceeding in the midst of the ruins it has made”.³

For this reason, in 1831 Tocqueville spent several months travelling around the United States with his friend Beaumont under the pretext of studying the prison system. He returned with an ambivalent reflection upon the *American experiment*, not as gloomy perhaps as he had imagined in his initial preconceptions, but still highly critical of what he had encountered during his travels. Perhaps these doubts vis-à-vis the phenomenon of democracy played a part in his hesitation with regard to the final title of his work. It was not until the moment of the page proofs that Gosselin asked him for the definitive title of the book, which was when Tocqueville opted for a far more restrained and concise alternative than the versions he had previously contemplated. In their place he chose “*Democracy in America*”, which in spite of its general nature would forever be associated with the name of Tocqueville.⁴

The unused title, however, reflected in its formulation a thought-provoking ambiguity vis-à-vis the U.S. democratic process. In Tocqueville this took the form of misgivings with regard to the potential defects of democratic culture, given the danger of the possibility of the empire of *democracy becoming* the tyranny of the majority. But in the United States of the period immediately after Tocqueville and Beaumont’s trip democracy was developing within another type of ambivalence linked to the notion of empire, not as government of a principle, but as one power’s domination of other peoples and subjects.⁵

For this reason I decided to take the original title of Tocqueville’s work to develop an idea with this author ends the conclusions of the first book of *Democracy in*

³ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, (Madrid: Editorial Trotta, 2010), p. 124.

⁴Nolla, “Introducción”, pp. 48-51. “De la démocratie en Amérique” in the original French version.

⁵Nolla, “Introducción”, pp. 36-38; Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* (Madrid: Trotta, 2010), pp. 92-94.

America. This idea refers to the phenomenon of expansion is understood as a providential mission, and was formulated by Tocqueville as a prediction that eventually came true, defining the development and the national identity of the United States in decisive fashion. This fact I have called, inspired by Pocock, the *Tocquevillian premonition*; since if the *Machiavellian moment* is the time when the republic should overcome adversity, resolving the contradiction between civic virtue and reasons of state (personified in *virtù*), the *Tocquevillian premonition* is oriented towards the moment when United States democracy had to tackle the totalising elements of its majoritarian vocation, which on an international level were expressed in an expansionist drive, and which transformed the United States from a postcolonial republic into a continental empire, and later a global superpower.⁶

An initial outline of this Tocquevillian *premonition* is to be found in the introduction to *Democracy in America*, where we can see the link Tocqueville makes between democracy and providentialism. The union between these two elements is going to be fundamental for the shaping of the concept of *Manifest Destiny*, and Tocqueville defines it saying that “the gradual development of equality of conditions is a providential fact”⁷

This will lead Tocqueville to pose a question about the expansive and providential nature of democracy. And this question leads to consideration of the manifest nature of the providential destiny of America and its democracy when he explains via the idea of the divine *plan*: “It is not necessary that God himself should speak in order to disclose to us the unquestionable signs of His will; we can discern them in the habitual course of nature, and in the invariable tendency of events: I know, without a special revelation, that the planets move in the orbits traced by the Creator’s *fin*”.⁸

In Chapter II on “The point of departure and its importance for the future of the Anglo-Americans” Tocqueville returns to this link between destiny, natural *design* and the knowledge of divine plans for nations when he establishes that:

Something similar happens among nations. Peoples always feel the effects of their origin. The circumstances that accompanied their birth and were useful to their development influence all the rest of their course. [...] Thus would be explained the destiny of certain peoples who seem to be

⁶John G. A. Pocock, *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica* (Madrid: Tecnos, 2008), pp. 77-80, 671-672, 682.

⁷Tocqueville, *La democracia en América*, p. 121.

⁸*Ibid.*, p. 124.

dragged by an unknown force toward an end unknown even to themselves. [...] Close enough to the era of the founding of the American societies to know their elements in detail, far enough from that time to be able already to judge what these seeds produced, men in our time seem destined to see further into human events than their predecessors. Providence has put within our reach a light that our fathers lacked and has allowed us to discern the first causes of the destiny of nations that the obscurity of the past hid from them.⁹

Underlying Tocqueville's comments there is an organicist epistemology that conceives the historical development as the growth of a seed, the teleological evolution of which renders clear and evident divine plans and the existence of a national destiny. Tocqueville presents in the introduction in terms of a natural theology a correlation between providential action, the laws of natural movement and trends in social development. And in the second chapter, in contra intuitive fashion, he considers that the prime causes that determine national development do not appear as a product of the past, but as a result of the germination of some pre-existing elements that did not manifest themselves in the immature forms of societies, but which became evident upon the attainment of their destiny once they were fully formed. It is with this triple approach - deist, empiricist and organicist - that Tocqueville considers that the providential character of democracy is the social destiny of modern political systems:

If long observations and sincere meditations led men of today to recognize that the gradual and progressive development of equality is at once the past and the future of their history, this discovery alone would give this development the sacred character of the will of God. To want to stop democracy would then seem to be struggling against God himself, and it would only remain for nations to accommodate themselves to the social state that Providence imposes on them.¹⁰

This last paragraph was the result of a request from his friend Louis de Kergorlay, one of the readers of the draft version of *Democracy in America*, who suggested that he develop his idea regarding democratic providentialism, considering it to be the cornerstone of his introduction. In this way Tocqueville addressed the expansive nature of the democratic system in generic terms as a movement that is at once pendular (as past and future of societies) and an irresistible progress that could be understood in providential terms.

But not until the conclusions of the first book of *Democracy in America* does Tocqueville transfer that providentialist and expansive notion of democracy to the

⁹ Ibid., pp. 154-156. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America, Vol. I* (Indianapolis: Liberty Fund, 2012), pp. 46-48.

¹⁰ Tocqueville, *Democracy in America*, p. 124; Tocqueville, *Democracy in America*, p. 14.

specific case of U.S. national development. Tocqueville anticipated in a paragraph about the westward expansion of the USA the future clash with Mexico, the latter the consequence of a process of demographic substitution resulting from certain exceptional qualities of the Anglo-Americans and their institutions:

Beyond the frontiers of the Union, next to Mexico, extend vast provinces that still lack inhabitants. The men of the United States will penetrate these uninhabited areas even before those who have the right to occupy them. They will appropriate the soil, they will establish a society, and when the rightful owner finally appears, he will find the wilderness made fertile and foreigners calmly settled on his inheritance. The land of the New World belongs to the first occupant, and empire is the prize for the race. Countries already populated will have difficulty protecting themselves from invasion. I have already spoken before about what is happening in the province of Texas. Each day the inhabitants of the United States enter little by little into Texas; they acquire lands there, and even while submitting to the laws of the country, they are establishing the dominion of their language and their mores. The province of Texas is still under the rule of Mexico; but soon you will no longer find any Mexicans there so to speak. Something similar is happening everywhere the Anglo-Americans enter into contact with populations of another origin. You cannot conceal the fact that the English race has acquired an immense preponderance over all the other European races of the New World. It is very superior to them in civilization, in industry and in power. As long as it has before it only uninhabited or sparsely inhabited countries, as long as it does not find in its path aggregated populations, through which it will be impossible for it to clear a passage, you will see it spread without ceasing. It will not stop at lines drawn in treaties, but will overflow these imaginary dikes from all directions.¹¹

On the basis of the expansive force of the American people, Tocqueville made another prediction at an international level in which he considered the two nations that in his opinion share the same expansionist vitality and that will shape the future of the other nations:

Today there are two great peoples on earth who, starting from different points, seem to advance toward the same goal: these are the Russians and the Anglo-Americans. [...] Their point of departure is different, their paths are varied; nonetheless, each one of them seems called by a secret design of Providence to hold in its hands one day the destinies of half the world.¹²

With words that seem to anticipate the Cold War, Tocqueville lays out a decade in advance many of the fundamental lines that will constitute the doctrine of the concept of *Manifest Destiny*: a process of territorial extension considered with a providentialist nuance, which derives from a logic of demographic expansion based on the supposed

¹¹Tocqueville, *Democracy in America*, p.655; Tocqueville, *Democracy in America*, p. 652.

¹²Tocqueville, *Democracy in America*, pp. 658-659; Tocqueville, *Democracy in America*, pp. 656-657.

racial particularism of the Anglo-American population and the and the exceptional nature of their political institutions.

The notion of *Manifest Destiny* got memorable during the war against Mexico in 1846-1849. Its success was due to the fact that the concept gave voice to and was assumed by a considerable plurality of actors in order to express their utopian aspirations in relation to American democracy and its great power of evocation, as the concept transmitted the United States' belief in its right to territorial expansion. The author of this concept was the journalist John L. O'Sullivan (1813-1895), who was also one of the main ideologues of *Jacksonianism*: a political movement and ideology that was dominant in the United States in the transitional period between the *Revolutionary Era* and the American Civil War. *Jacksonianism* was also the prevailing ideology in the United States at the time when Tocqueville undertook his trip, and is one of the keys that underpin the democratic transformation that the French author immortalised in his work.

The relevance of *Manifest Destiny* resides in the fact that this term became a core element of US national identity during the 19th century. For this reason, a better comprehension of the process of the appearance of the concept of *Manifest Destiny* can help us to understand how the American democratic system gradually adopted an imperialist nature that would be central to both its process of national construction and its own self-perception.

Every destiny is based on a prophecy, and the *Manifest Destiny* of the United States found its prophet in Tocqueville; and in O'Sullivan the evangelist who would give substance to this prophecy, canonising this imaginary in a concept that mobilised the nationalist aspirations of the young democracy. For this reason, the title of this work takes up the Tocquevillian gauntlet and proposes: *The empire of democracy in America: John L. O'Sullivan and the shaping of the concept of Manifest Destiny*.

The subject matter of the thesis: The *O'Sullivan mystery* and the process of conceptualisation of *Manifest Destiny*.

The objective of this doctoral thesis is to offer a historical explanation of the process of the coining of the concept of *Manifest Destiny*. In this sense, my work follows the opposite route to that taken by most monographic studies on the subject, which in general have tended to choose the moment of the appearance of the concept (July-August, 1845) as the starting point for a history of U.S. expansionism. This renders my

work doubly anomalous in relation to what would be expected of research into *Manifest Destiny*.

On the one hand, the moment of the coining of the concept will not be the point of departure, but of arrival of this thesis. What I am interested in explaining is the combination of historical and intellectual factors that gave rise to the appearance of the concept, and not so much the subsequent implications that it might have had. On the other hand this thesis will not address 19th-century American expansionism, and this constitutes the second anomaly of my work, as many historical studies on this theme are conceived as histories of the expansionist movement. What will prevail in my work is another perspective that tends to associate *Manifest Destiny* with *providentialism*. This is the predominant approaching the Works by authors like Albert K. Weinberg, Ernest L. Tuveson or Anders Stephanson (to name only the most relevant), and I shall adopt it in my own way to attempt to explain the appearance of the concept of *Manifest Destiny* as a fundamental moment in the history of American providentialist discourse.

In short, I shall propose the study of *Manifest Destiny* from the point of view of its intellectual history, using to this end a theoretical framework that will cross conceptual history with the contextualist perspective of the Cambridge School. This will be materialised in a sort of *conceptual prehistory* of the *Manifest Destiny*, since the thesis culminates with the specific process of the appearance of the concept, leaving its conceptual history per se as a task for future studies.

At the centre of my work will be three fundamental elements, the interaction of which represents the true subject matter of my doctoral thesis: 1) the American providentialist discourse and its history, 2) the concept of *Manifest Destiny* and 3) the intellectual figure of the *Jacksonian* thinker John L. O'Sullivan. One of the tenets of my thesis is that since the origins of European colonisation in North America there has been a providentialist discursive tradition which has tended to present America's role in the world and in history as part of a destiny predefined by providence for its chosen people. However, and contrary to the majority view among experts in this field, I believe that these providentialist precedents wouldn't imply the existence of an idea of *Manifest Destiny* prior to the coining of the concept. In my opinion this is an anachronistic vision, and is one of the most widely held historiographical myths about *Manifest Destiny*. It is based on a conception of political thought typical of the *history of ideas*, which tends to project notions towards similar discursive forms from the past, ignoring the fact that

these have their own historical specificities, since no idea of *Manifest Destiny* exists in a transhistorical fashion and before its discursive uses.

Manifest Destiny is a political concept that forms part of the history of the American providentialist discourse, and not vice versa. It is for this reason that I am going to present a history of the different paradigms of the providentialist discourse that prevailed in America prior to the concept. I will explain its particularities, its appearance, evolution and extinction, as well as its possible influence upon the later appearance of *Manifest Destiny*. But the fundamental core of the thesis will focus on the figure of John L. O'Sullivan: his times, his life and his thinking, in order thus to attempt to calibrate the factors that played a fundamental part in this author's creation of the concept.

John L. O'Sullivan is possibly one of the most anomalous political thinkers that have appeared in the United States, and at the same time one of those most representative of its 19th-century political culture. His anomalous nature lies in the fact that academia has not regarded him historically as a political thinker, and this has made him something of a paradox as an author: in the historiography on 19th-century America, O'Sullivan is an obligatory reference as the author who coined the concept of *Manifest Destiny*, but in spite of the ubiquity of his name in text books on the history of the United States, he is rarely mentioned in more than a mere footnote¹³.

This paradoxical aspect of O'Sullivan's authorship recalls Roland Barthes's thesis on the death of the author, according to which the author (in this case O'Sullivan) would have dissolved along with his thinking in the reception process and in the multiple uses of the concept that appeared in the 19th-century press, to such an extent that for 81 years Americans would come to forget his role as author of *Manifest Destiny*, despite the frequency of its use.¹⁴

Michel Foucault also reflected upon the disappearance of the author a year after Barthes in an address that owed much to the intellectual climate of May of '68. The French philosopher symbolically situated the process of the death of the author in the age of Mallarmé, and this helped him to draw a distinction between the author's given name and his authorial name, in which the historical figure would give way to a

¹³Edward L. Widmer, *Young America: The flowering of democracy in New York City* (New York: Oxford University Press, 1999), pp. 3, 20. Henceforth I shall refer to him by his surname "O'Sullivan".

¹⁴Roland Barthes, "The death of the author" in *Susurros del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura* (Barcelona: Paidós Ibérica, 1987), pp.80-81; Julius W. Pratt, "Origins of 'Manifest Destiny'", *The American Historical Review*, Vol. 32, N.º 4 (Jul., 1927), pp. 795-798.

paradigmatic figure that condenses all the attributes of a discourse. This connection between a discourse and an author-paradigm would generate a specific form of existence and discursive relationship within a culture, which Foucault calls *author's function*. The *author's function* would be present wherever a text cannot be fully understood without considering what its author represents for society at any given moment.¹⁵

But there are some authors whose position in the social imaginary would have a transdiscursive nature, in other words, their symbolic reference in society would be so important that they would mobilise intellectual production, generating through imitation and influence a canon of like-minded thinking on the part of all those thinkers and publicists who declared themselves to be in debt to and followers of the thinker in question, whom Foucault termed as *founders of discursivity*.¹⁶

This notion of Foucault's is the basis of both Barthes's thesis on the death of the author and the paradoxical nature of O'Sullivan as thinker and author of the concept of *Manifest Destiny*: the intellectual contribution made by certain authors transcends their own selves to generate a canon of thinking and discourse. In this process of canonization of an author's thinking, the complexity of their thinking would be simplified to the point that the author becomes a symbol, and their ideas slogans of political mobilisation. This leads Foucault to believe that it is possible to forget the object as original foundation and view it as a variable and complex function of discourse.¹⁷

But there is a peculiarity to society's neglect of the figure of O'Sullivan in comparison with the typical distortions produced in any process of canonization and reception of political thought, since this neglect was the result of the way in which O'Sullivan shaped himself as author, and of certain vicissitudes during his life. I have called this particular situation *the O'Sullivan mystery*, which is materialised in the paradox of him being forgotten during the time when *Manifest Destiny* was alive as political concept, while when the concept fell into disuse, O'Sullivan historiography rescued O'Sullivan from oblivion on account of being the author of *Manifest Destiny*. Thus, O'Sullivan is an author who, while being a *founder of discursivity* (of the paradigmatic form of 19th-century expansionist discourse), this did not occur because

¹⁵Michel Foucault, "¿Qué es un autor?" *Littoral*, N.º 9 (June, 1983), pp. 58-61, 66.

¹⁶Foucault, "Qué es un autor", pp. 66-69 and Jan Assmann, *Historia y mito en el mundo antiguo: los orígenes de la cultura en Egipto, Israel y Grecia* (Madrid: Gredos, 2011), p. 20.

¹⁷Foucault, "What is an author?", p. 73.

he became a *function of the author*, since despite the fact that his work is an indisputable reference point in the shaping of the American expansionist discourse, this work was not linked to his person and thinking until North American historiography began to regard *Manifest Destiny* as an object of historical study.¹⁸

Thanks to historiography on 19th-century expansionism, O'Sullivan returned from his death as an author to become a generalised reference, but no historian has succeeded in explaining his specific contribution to the shaping of the concept of *Manifest Destiny*, resulting in the fact that all references merely indicate him as the author of the concept. So it was that historiography resurrected O'Sullivan and transformed him into a sort of member of the "living dead", and without really knowing what to do with him, leaving him to wander from footnote to footnote.

I first became aware of this fact when I began to read the reference bibliography on *Manifest Destiny*. As a trainee political scientist with an interest in political theory and the history of thought, one of the first issues I considered was to ask myself about the thinking of the author who had coined the notion of *Manifest Destiny*. To my surprise, I found that nothing had been written in this regard, but only a generic biography of O'Sullivan and a handful of studies where the author featured as a secondary reference. In these studies it was as if *Manifest Destiny* had appeared in O'Sullivan's mind by spontaneous generation, as a natural reaction to the events of his day or as an occurrence that was somehow successful subsequent political discourse.

However, the reading of the two classical works on *Manifest Destiny* and of the editorials attributed to O'Sullivan suggests evidence to the contrary. During my readings I have found sufficient elements to conclude that *Manifest Destiny* was the genuine product of a theorisation in which *philosophy of history* mixture with a geopolitical approach in order to frame American democracy in providential terms. And in my opinion these elements revealed sufficient intellectual complexity to challenge the hypothesis that the coining of the concept was the product of chance.

Guided by this assumption, and by the fact that most US historiography referred to O'Sullivan as the author of the concept of *Manifest Destiny*, I asked the following research question of my doctoral thesis: **What was O'Sullivan's specific contribution to the shaping of the concept of *Manifest Destiny*?**

¹⁸Ibid., p. 70.

This question may seem strange bearing in mind that there is a relatively established consensus with regard to O'Sullivan's paternity of the concept in question. However, this genetic consideration does not in itself provide an explanation of how the concept appeared, or about the meaning possibly attributed to it by the author who coined this concept. Neither does it tell us anything about the concerns of a political, social, cultural, economic, historical or systematic nature that underline the need to coin a concept that embodies an expansionist way of thinking. Neither does it offer any clues vis-à-vis the reasons for the success or failure of an author's theory in his day, or vis-à-vis its future.

The relative consensus in relation to O'Sullivan's authorship might suggest that my thesis is not particularly innovative. However, I believe that my study provides three important keys that may help lead to a better understanding of this concept and its appearance:

In the first place I shall present for the first time fairly solid textual proof of O'Sullivan's authorship of the editorial "Annexation", where the notion of *Manifest Destiny* was first seen. Although this hypothesis seems to be in alignment with the main historiographical consensus regarding O'Sullivan's paternity of the concept (based on a hypothesis formulated in 1927 by the historian Julius W. Pratt), in reality this consensus was founded in a lack of alternatives about the coining of *Manifest Destiny* concept, rather than in textual evidences, because he was never Pratt successful in demonstrating his hypothesis through documentary evidences. My doctoral thesis on the other hand offers for the first time a hermeneutic criterion that demonstrates with a reasonable degree of certainty why Pratt's hypothesis was correct.

Secondly I shall propose a historical review of the different providentialist paradigms that emerged in North America, addressing their conception of historical time and about the way in which these traditions conceived the idea of destiny applied to the American continent. My intention with these chapters is to suggest that the concept of *Manifest Destiny* is part and result of a long tradition of providentialist conceptions of the colonisation of America. But the concept emerged as result of the crystallization and reception of many of the tenets of this providential tradition, filtered through the *Jacksonian* historical thinking that prevailed in 1830, and the expansionist debates of 1840.

Thirdly, I shall argue that O'Sullivan was an intellectual whose theory and conception of historical time were coherently interrelated. That his thinking, without

being systematic or very sophisticated in theoretical terms, possessed sufficient internal coherence in order to sustain a discursive continuity that, in time, would give rise to the thinking and the discourse where the concept of *Manifest Destiny* would be articulated

These three contributions in my research are based on a fundamental hypothesis that articulates them and gives them meaning. The hypothesis which is the central idea of my study makes the following proposition: **The concept of *Manifest Destiny* was the consequence of O'Sullivan reinterpretation of his democratic *philosophy of history* during the expansionist debates on Texas and Oregon. This reinterpretation was grounded in a re-evaluation of this *philosophy of history* in Malthusian fashion, which would lead him to propose a geopolitical project in providential and imperial terms, with the latter condensed in the concept of *Manifest Destiny*.** To this hypothesis related to the subject matter, should be added another three hypotheses more derived from the theoretical-methodological dimension of my doctoral thesis.

Traditionally conceptual history has not focussed on studying the emergence of concepts, but the process of their transformation as datum of their historicity. In general it is impossible in the case of most concepts to know what the historical context of their formation was, since at most one can attempt to find some of their oldest uses, and these will have only an approximate value with respect to their original meaning. Moreover, what is really important about a concept is not its original meaning, but what its transformations could tell us about both, the historicity of language and the mentality of a society during its transformations. For this reason the approach of my thesis may a priori appear strange if we consider it from the perspective of an average study in conceptual history.

However, I include a second hypothesis in my thesis which leads me to consider that in the case of neologisms both their context and their process of formation may be relevant when it comes to beginning a conceptual history thereof. I consider that the appearance of a neologism responds to awareness of the discursive limits of an era in terms of referring to a novel and significant phenomenon that needs to be named. In this sense, the act of conceptual coining represents a consciousness about the pertinent act in the establishment of its meaning, which will subsequently be reinterpreted as a result of its first process of incorporation in to the public debate, and through its ensuing uses and transformations. My hypothesis is based on the assumption that *Manifest Destiny* is a neologism, and that in order to compile in the future a satisfactory history of the

concept it is first necessary to understand the specific process of its coining, as well as the particular meaning that the author wished to give it, so in this way we can get a better understanding about how the concept was transformed in its successive uses and receptions. I believe this may represent a valuable contribution to the methodology of conceptual history.

As I have already explained, this work is based on the theoretical tenets of originated in to the *linguistic turn*: I refer to the conceptual history of Reinhart Koselleck and to the *contextualism* developed by the Cambridge School. Although these two approaches contain sufficiently pronounced theoretical divergences as to render them incompatible a priori, the way in which I have integrated both tendencies in my research has enabled me to propose their use as a way to create a hermeneutic framework, in which its theoretical premises could act, in my opinion, as a coherent and harmonious whole. The key in order for this to occur resides in the fact that there are parts of the thesis that will respond more clearly to the tenets of conceptual history, while there are other chapters where the main inspiration is to be found in the theoretical premises of the Cambridge School.

Strictly speaking I do not believe that my work can be regarded as research in conceptual history, as most of it deals with the origins of the concept, where the latter appears constantly but only as a foretaste of what I aim to explain in my work. Thus the concept of *Manifest Destiny* does not constitute the direct subject matter of much of the thesis. This is why I have referred to my work as a sort of *conceptual prehistory*, since what the research addresses most of the time are the study of the different elements that would facilitate the appearance of the concept. Only the last two chapters of the thesis directly address the initial formulations of *Manifest Destiny* in O'Sullivan's expansionist discourse. But as it focuses on a single conceptual act undertaken by one single individual author, this means that neither can this part be regarded as a regular conceptual history, for I do not analyse the evolution or the transformations of the concept in the course of multiple eras and formulations.

Despite this particularity of my thesis, incorporated into my work as fundamental keys of the perspective of my study are many of the theoretical tenets established by Reinhart Koselleck and Michael Freeden, such as concern for the semantics of historical times, the distinction between what is an idea and a concept, and the hypothesis regarding the transformations of semantics and of historical temporality that occurred during the period of *Sattelzeit*. For this reason my work, without being

strictly speaking a conceptual history, cannot be understood without the theoretical tenets of this historiographical school. In any case, what I believe is significant about the perspective that I have envisioned for my thesis is not so much whether it adheres in more or less standard fashion to an orthodox vision of conceptual history, but whether this perspective makes it possible to rebuild the intellectual horizon that gave birth to *Manifest Destiny*, with the hope to be able of learning something new about this concept.

This leads to a third hypothesis of my doctoral thesis based on an epistemological and metanarrative reflection from my own work: in theory it is impossible to combine conceptual history and *contextualism* if their epistemological foundations are taken and applied seriously, as there are profound divergences in the tenets they work with when substantiating their linguistic theory. For this reason their reconciliation forces the researcher to choose and adopt the theoretical framework of one of the two tendencies, making a use in merely instrumental and complementary terms of the other perspective. In my research this will be translated into a heterodox adoption of the conceptual history focus, in which nevertheless I shall assume in coherent fashion its theoretical-linguistic tenets. The *contextualism* of the Cambridge School will be subsumed into the theoretical-linguistic tenets of conceptual history, to render operative its approaches from an instrumental point of view of its research methodology. In this way, the doctoral thesis seeks to respond in spirit to the historiographical project of conceptual history, albeit its materialisation is the result of crossing this with *contextualism*.

Finally, there is a fourth hypothesis related to the research project of my doctoral thesis. In my work conceptual history and the *contextualism* of Cambridge are means with which to materialise a hermeneutic perspective, as the goal of my study in theoretical terms is to find a way of materialising Hans-George Gadamer's hypothesis on *effectual history*, the latter understood as the reflection on the particular research process that makes it possible to ask the correct questions to interpret the texts being studied. However, unlike Gadamer, from my point of view the search about formulating the pertinent questions for the subject matter are not completely removed from methodological considerations, though this does not necessarily involve an idea of positivist method in the manner in which natural sciences would understand it. In my view the dilemma lies not in having to choose between a positivist idea of the method or

its complete absence, but in attempting to determine how to objectify a path to respond the research question according to the peculiarities of the subject matter.¹⁹

In my doctoral thesis this will be materialised by means of an expository process where the succession of different chapters overlap like different layers of meaning with which to rebuild John L. O'Sullivan's intellectual horizon. Thus the method corresponds less to a set of axioms and practices of an experimental nature, inductive and universalizable, than to the establishment of an interpretative prism, with which to be able to acquire a historical sensibility from where specify the appropriate question that will ideally enables me to understand how and why John L. O'Sullivan formulated the concept of *Manifest Destiny*.

Structure of the doctoral thesis.

This thesis is based on a research project. This means that the relationship between its parts is not mechanical, but organic. All the elements are interrelated by means of an internal logic that is deployed as the research progresses.

There are three parts that constitute the structure of the project: the first part is the theoretical framework which provides the general interpretative keys of the thesis, while at the same time will try to introduce the nature of the historical and theoretical problems that will be addressed in the next two sections. The second section consists of the history of the providentialist discursive paradigms in America, and is formed by the chapters that present the diachronic perspective of the study, which will enable me to address the existence of a long-term evolution of different forms of providential conceptions of the American colonising experience, of which *Manifest Destiny* has been a fundamental historical episode. The third part considers the formative context of the concept of *Manifest Destiny*, and constitutes the synchronic approach of the research, which in contraposition to the group of preceding chapters will make it possible to demonstrate the specific and precise historicity of the concept of *Manifest Destiny*. The articulation of these three parts is what constitutes the interpretative prism that will make it possible to recreate the movement of the concept's appearance based on the hermeneutic key to which this narrative structure leads

The theoretical framework spans from chapters 1 to 5, in which chapters 1 to 3 form a thematic subunit that addresses the premises involved in studying *Manifest*

¹⁹Hans-George Gadamer, *Verdad y método* (Salamanca: Ediciones sígueme, 1999), pp. 370-374, 457.

Destiny as a concept, and chapters 4 and 5 constitute another subunit with which I aim to explore O’Sullivan’s legacy and his traits as an author.

The title of the first chapter is “The American historiography and the study of *Manifest Destiny*” and in it I present the *state of the question*, considering the different ways in which the concept has been studied and understood by historiography. This chapter leads me to the conclusion that there is an absence of historical research from the scope of conceptual history and about the necessity to adopt this approach in order to find an answer for my research question. The second chapter is entitled “Ideas, concepts and discourses: alternatives for comprehension of *Manifest Destiny*” and in it I make a synthesis of conceptual history research program and of the *contextualism* of the Cambridge School, with the goal of presenting my research tools and the way in which I am going to adopt each of the two approaches. The name of the third chapter is “Doctrine-concepts and conceptual world views”, and in this chapter I contemplate the conceptual qualities of *Manifest Destiny*, both in its quality of doctrine-concept, and considering each of the elements that form the conceptual syntagm: what is meant by both “destiny” and “manifest”.

Chapter 4 is entitled “*The O’Sullivan mystery: death and survival of the author in intellectual frameworks*” in which I present a theory on authorship and authorisation (what it means to be an author) with regard to reflecting upon O’Sullivan and his personality as a political thinker. The fifth chapter is entitled “O’Sullivan as intellectual and prophet of *public opinion* in the time of *writers’ journalism*”, a chapter that is complemented by the previous one in the sense that, if chapter four offered theoretical keys to what it means to be an author, the fifth provides historical considerations of this question, reflecting upon the characteristics and social function of the political-literary editors of 19th-century American romanticism.

The section on the history of the providentialist discursive paradigm in America embraces chapters 6-9, and the main inspiration for these chapters is the work of John G. A. Pocock.

In chapter six “The puritans as a point of departure and the originalist myth of the providentialist discourse in America” problematized the fairly widely held idea that tends to consider the origins of the concept of *Manifest Destiny* grounded in the doctrine of puritan predestination. To this end I explain the particularities of the Calvinist theology and its theory of predestination, as well as the attempt to apply it in New England by means of *federal theology*. I will also approach the two most important

conceptual references engendered by this doctrine, the *city upon a hill* and the *errand into the wilderness*. In chapter seven “From theocracy to denominationalism: the process of religious secularisation in America” I will explain how Puritanism collapsed and disappeared from America, and with it their vision of predestination. This leads me to consider what I understand by secularisation and how two new providential perspectives were formed after the disappearance of Puritanism: a rationalist providentialism stemming from *natural theology* and its idea of *design*, along with another based on an emotional faith created during the *First great awakening* that would sow the seed of evangelism in America.

In chapter eight, “The republicanisation of providentialism and its conversion into a national imaginary” I will address the process of politicisation in republican terms of the American providentialist tradition, which will evolve into a *philosophy of history* during the American Revolution. Here I consider the impact of the *American civil religion* as a new framework of theological interpretation, and the changes in the conception of historical time that took place during that period in a crossroad between considering America providentially via an imaginary based on the *spaces of experience* of the *Translatio Imperii*, as opposed to another imaginary based on *horizons of expectation* that materialised in the concept of *American experiment*. I also introduce Jefferson’s providentialist vision of his ideal of *Empire of Freedom*. With chapter nine, “The Malthusian Paradigm in America”, I complete this diachronic section where I outline the characteristics of the Malthusian doctrine, its reception in America and its importance in both the *sectional* debates over slavery and in the appearance of *Manifest Destiny*.

The section on the formative context of the concept of *Manifest Destiny* spans chapters 10 to 13, and adds the synchronic perspective to the thesis. In these chapters I focus on O’Sullivan and his era from a contextualist perspective based on Skinner’s ideas and his hypothesis on the importance of discursive contexts as a means of determining the significance of speech acts: of their nature and the intentionality of declarations and of the documents where they are recorded.

Chapter ten is entitled “O’Sullivan’s *Jacksonian* ideology through his political manifesto: the democratic principle” in this chapter I undertake a synthesis of *Jacksonianism*’s ideology to which this author subscribed, before analysing O’Sullivan’s thinking and his main ideas. The aim of this chapter is to show that O’Sullivan manifests an ideological coherence that connects his ideas on democracy

and expansionism via an organicist-type providentialist framework, and that this will be the substratum whence would emerge the discourse that would give birth to the concept of *Manifest Destiny*. Chapter eleven is entitled “John Louis O’Sullivan: a biographical sketch of a personification of political romanticism”, in which I present O’Sullivan’s historical context by means of a biography of this *Jacksonian* thinker, in which I explain the context of the appearance of the concept of *Manifest Destiny* while I offer a portrait of his personality and psychology, two factors that also influenced his formulation of the concept.

The title of chapter twelve is “The authorship of the concept of *Manifest Destiny*” and in it I dismantle Linda S. Hudson’s hypothesis according to which O’Sullivan was not the true author of the concept, while I present the hermeneutic criterion that enabled me to demonstrate through textual evidences O’Sullivan’s authorship. In this chapter I also present the Malthusian theory as the key element that permitted the articulation and emergence of the concept, and I end with a reflection upon hermeneutics and the analysis of political thinking in the digital era with the rise of digital humanities. Finally, in chapter thirteen entitled “The process of formation of the concept of *Manifest Destiny*” I present by means of the analysis of numerous editorials the evolution of O’Sullivan’s providential thinking, first by the articulation of a democratic *philosophy of history* in which were formulated all the elements that would be synthesised in the concept, but without the presence yet of a connecting thread serving to rationalise these discursively. This would occur with the expansionist debates of 1840, when O’Sullivan promoted this *philosophy of history* in his discourse in order to defend expansionism; producing in this context a geopolitical perspective that would facilitate the definitive emergence of the concept.

With regard to the formal criteria of the thesis, the bibliography will be referenced according to the Chicago-Deusto method, based on the model proposed in the *Manual de estilo Chicago Deusto: guía breve para citas y referencias bibliográficas*. Bibliographical references will appear in footnotes only, in accordance with the method detailed in this guide. Works that appear in the main text and in italics will not be considered bibliographical references (although they may be used as bibliography in the thesis previously or subsequently), but as informative references. Fundamental concepts will also appear in italics. Informal expressions will be in

inverted commas, as will titles of articles. The concept of *Manifest Destiny* will appear in italics (as a concept) and will be capitalised as a historiographical category.²⁰

On the uses in the thesis of the notions América/Americano, Norteamérica/Norteamericano, Estados Unidos/estadounidense:

In Spanish we draw a clear distinction between the nouns and adjectives that appear in the title of the section. “América” (America) is usually employed to refer to the entire continent, comprising two subcontinents “Norteamérica/Sudamérica” (North America/South America) along with Centroamérica (Central America), using “Estados Unidos” (United States) for the country considered in this thesis. In English its real, daily use has tended to blur these distinctions, with the result that Anglo-American speakers tend to use the three groups as synonyms. Over time this has consolidated the use of the adjective “americano” (American) as a synonym of “estadounidense” (US Citizen). As has been noted on countless occasions, this is a case of linguistic imperialism, which has invaded other languages owing to the predominance of US culture.

My criterion in this respect, and bearing in mind all the above, is to adopt a pragmatic stance, close to the norms of use in the USA. I have taken this decision so that our own uses do not prevail over theirs, (since they, the Americans, are the object of study). Meanwhile, the adjective “estadounidense” is a long word, constant repetition of which renders reading of the texts somewhat laborious, so use of the adjectives “americano” and “norteamericano” as synonyms tends to lighten the reading. Moreover, when one spends a long time reading American sources, it becomes difficult not to adopt their linguistic uses. A militant protest against the linguistic imperialism of the binomial “América/americano” is a noble cause but not very practical when writing a thesis on the United States, and a heroic task if one wishes to avoid reiteration. Something similar happens every time we refer to Great Britain as “England”, another battle that correct language has lost against linguistic economy, and which does not usually lead to so many Byzantine debates, since the ancient Gaelic kingdoms of Wales, Scotland, Northern Ireland and Cornwall (Dumnonia) do not, for the moment, enjoy sufficient national entity to condemn this example of linguistic-territorial synecdoche.

²⁰“Manual de estilo Chicago Deusto: guía breve para citas y referencias bibliográficas” in *Revista Deusto*, N.º 126, (April-June, 2015), (special supplement), pp. II-XI.

I have opted for a pragmatic use in referring generally to the nation-state as the “Estados Unidos”, reserving “Norteamérica” for the continent (and on occasions for the United States as country) and using América to refer to the United States as a civilisation and culture in a broader sense. I shall employ the adjectives “americano/norteamericano/estadounidense” as synonyms interchangeably to facilitate writing and reading.

Strangely enough, O’Sullivan also had to face this problem. In a *New York Morning News* editorial of January 6, 1846 entitled “A National Name”, O’Sullivan echoed an initiative launched by Albert Gallatin as president of the *New York Historical Society*, who warned that the name assigned to the country by the *Founding Fathers* (United States of America) was falling into disuse, which was why *the historical society* opened a debate to find a new name for the country. O’Sullivan proposed the name “Columbia”. The *Jacksonian* journalist preferred this name to “America” because it alluded to the man acknowledged as the “discoverer” of the continent, so he, and not Américo Vespucio, should be honoured by using his surname for the new name of the nation. O’Sullivan realised that at the time it was becoming popular to refer to the United States as “America”, and he argued that this was due to the influence of Canadians and Europeans, who were the ones who made most use of this name. But O’Sullivan preferred the name Columbia, as it was the equivalent for the United States of the mythical reference that assigned the historical name to each of the European nations: like “Albion” for Great Britain, “Erin” for Ireland or “Gaul” for France. In his opinion “Columbia” would be the equivalent for the United States. The only problem as that there already existed a South American republic with that name, but that would not be an insurmountable obstacle, since with the dissolution of Gran Colombia no great South American power could compete with the United States and take the name.²¹

If O’Sullivan was correct, it was during that era, between the publication of *Democracy in America* (the book that popularised this name for the United States in Europe) and the Civil War, when American society adopted in social use the term “America” to refer to the United States.

²¹John L. O’Sullivan, “A National Name”, *New York Morning News*, January 6, 1846. In the *Democratic Review* use of the term “United States” almost triples that of “America”. O’Sullivan however tends to employ them interchangeably, though he calls the journal *The United States Magazine and Democratic Review* and not “*American Magazine and Democratic Review*” so both his and he himself represent a period of transition in the process of institutionalisation of the appropriation of the term “America” by the United States.

This is plausible; given the strong nationalist sentiment of the age, but it is also interesting to consider that initially this conceptual change originated as a result something in vogue outside the United States. The Americans, meanwhile, would have no difficulty adopting the name “America”, given their continentalist consciousness and ambitions. According to this doctrine, in the future the United States would spread across the entire continent: from the Atlantic Ocean in the east, to the Pacific Ocean in the west, and from the Bering Strait in the north, to Cape Horn in the south, with the whole continent offering the United States potential territorial expansion. America, therefore, was a natural and possible future name for a United States that would extend right across the continent.

1.La historiografía estadounidense y el estudio del *Destino Manifiesto*²²

La historiografía crea sus propios caminos al delimitar el contorno de su objeto de estudio, lo que supone establecer un rango de preguntas de investigación y enfoques de análisis que son considerados naturales y pertinentes; otros por el contrario son tenidos por secundarios o incluso irrelevantes. En ocasiones si la historiografía no plantea una pregunta esta puede resultar invisible para las futuras generaciones. La tradición historiográfica abre puertas al entendimiento de un fenómeno, pero también cierra otras. Por otra parte, las preguntas de investigación vienen determinadas por la habilidad del investigador para alcanzar un distanciamiento de su objeto de estudio.

Estas dos cuestiones conducen a que la labor investigadora de toda nueva generación académica requiera de una revisión y cuestionamiento de las premisas y certezas que planean sobre el objeto de estudio, así como la obligación de plantearse sobre lo que mi maestro Carlos Castillo llamaba los límites *epistemofílicos* y *epistemofóbicos* con los que cuenta un investigador hacia su materia y que condicionan como sesgo su mirada. Una de las consecuencias prácticas de este cuestionamiento se traduce en la necesidad de conocer y comprender de qué manera el desarrollo de la tradición académica ha incidido en nuestra forma de comprender el objeto de estudio. Esto no es solamente una exigencia deontológica de buena praxis, sinoque además posibilita situar la contribución del investigador en el contexto de producción académica de su objeto de estudio.

²²En este capítulo indicaré el número de citas de las obras referidas, según las cifras que aparecen en *Google Scholar*, así como en algunas ocasiones también señalaré el número de reseñas almacenadas en JSTOR con el fin de ofrecer unos parámetros sobre el impacto de las mismas. Las consultas se realizaron entre el 01/03/2018 y el 20/03/2018. La indicación se hará entre corchetes tras la fecha de publicación original de la obra. En términos cuantitativos aquí se va a presentar una breve selección de textos destacados. Sin embargo, el número de publicaciones que tratan la temática resulta demasiado extensa para poder abarcarla en su totalidad. La evidencia de esto puede encontrarse en el elevado número de publicaciones en lengua inglesa que pueden encontrarse en los repositorios digitales: He contabilizado en *Google Books* unos 70 libros monográficos cuyo tema principal sería el *Destino Manifiesto* y el expansionismo, junto a 871 libros que contendrían dicho término en inglés; *JSTOR* contabiliza un total 360 monografías sobre el *Destino Manifiesto* en inglés (292 artículos y 68 libros/capítulos de libro), y un total de 16.826 menciones al concepto entre todas sus obras. *Questia* contabiliza un total de 5.173 libros, 352 artículos académicos, 378 revistas, 421 periódicos y 3 enciclopedias que contienen el concepto; y las redes sociales académicas de *Academia.edu* y *Researchgate* contabilizan en el caso de *Academia.edu*, 48 papers monográficos cuyo título contiene el concepto, junto a 7.950 menciones del término y 3.370 resultados de menciones en el caso de *Researchgate*. Como queda patente, resulta prácticamente imposible abarcar toda esta bibliografía secundaria en un trabajo individual, por lo tanto mi exposición del estado de la cuestión se circunscribirá a las monografías de historiografía angloamericana de mayor impacto y representatividad, dejando a un lado temáticas paralelas, secundarias, historiografía de otros países y lenguas (con algunas excepciones del ámbito hispanohablante),

Hasta el momento no existido ninguna iniciativa por conocer cómo se conformó el campo historiográfico del *Destino Manifiesto* en el ámbito académico angloamericano. Como consecuencia de esta falta de reflexión de la historiografía angloamericana sobre su propia labor para el estudio de este concepto, esto ha conllevado la producción de estudios bastante similares entre sí, con un grado de innovación promedia bastante reducida, y en donde se tiende a reproducir un relato canónico sobre la historia del expansionismo como guía narrativa del *Destino Manifiesto*. Así mismo, la importancia de este concepto dentro de la conformación de la identidad nacional americana ha conllevado que en los abunden los juicios de valor, tanto desde posiciones de una adhesión complaciente hacia la retórica del *excepcionalismo americano* que desde un discurso conservador celebran el *Destino Manifiesto* de América, como a través de posiciones radicalmente opuestas que establecen una crítica al proceso de construcción nacional estadounidense desde perspectivas postcoloniales, en donde suele imperar una valoración negativa del *Destino Manifiesto*.

Por otra parte, al tratarse de una temática específica de la historia nacional estadounidense esta, ha recibido una relativa poca atención por parte de corrientes historiográficas de otros países (con una moderada excepción británica y latinoamericana), lo que ha supuesto que el estudio de este concepto se encuentre fuertemente influenciado por las convenciones, la evolución y las de la historiografía estadounidense, la cual, por otra parte, sufre “el lastre” derivado de su posición central en las redes académicas globales, por el cual tiende al solipsismo, ignorando los debates, avances y perspectivas producidos en el extranjero. Esto ha conducido a que el estudio del *Destino Manifiesto* haya perdido la complejidad y riqueza que suele darse en el encuentro entre distintas tradiciones académicas, pues cuando un fenómeno histórico es examinado por un debate transnacional suele verse enriquecido con perspectivas que pueden replantear las convenciones que sobrevuelan la temática.

La historiografía norteamericana se vio muy enriquecida cuando promovió desde un cierto imperialismo académico la historia atlántica, pero ni siquiera esta perspectiva ha conseguido hacer demasiada mella en el estudio del concepto. Las únicas excepciones a esta regla han sido los trabajos de los historiadores Reginald Horsman (Reino Unido) y Anders Stephanson (Suecia), cuyos estudios se han erigido en las obras de referencia académica para la materia, tanto en los Estados Unidos como en el resto de países. La historiografía latinoamericana, por el contrario, al encontrarse en una

posición subalterna en las redes académicas globales no ha conseguido por lo general penetrar en el debate académico estadounidense, a pesar de haber producido también estudios de bastante calidad sobre la temática. Este aislacionismo historiográfico en el estudio del *Destino Manifiesto* es otra de las razones que han conducido a las investigaciones de la temática a quedar atrapadas dentro de la imagen canónica establecida por los trabajos fundacionales de los clásicos para la materia. Aún así, esto no implica que no haya habido una evolución y transformación en el estudio del concepto. Por este motivo comenzaré con una revisión que explique la evolución de su historiografía, de cara a poder aportar nuevas preguntas de investigación con las que reconsiderar el objeto de estudio.

La historiografía del *Destino Manifiesto* tuvo su origen entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX de la mano de la historiografía nacionalista que se encontraba muy influida por el darwinismo social. Estos autores pretendían con su estudio académico revitalizar el concepto de cara a poder reivindicarlo para su uso político. Posteriormente su estudio se “profesionalizó” de la mano de sus dos autores clásicos, Albert K. Weinberg y Frederick Merk, cada uno de ellos discípulo de una gran figura de la historiografía estadounidense del siglo XX. El hecho de que la labor de formalización del estudio del *Destino Manifiesto* recayera en manos de dos epígonos resulta revelador para comprender las fortalezas y debilidades del marco interpretativo que ha imperado en la historiografía posterior. Weinberg y Merk fueron historiadores de una gran profesionalidad, cuyos trabajos se caracterizan por la exhaustividad, lo que les ha conducido a ser por mucho tiempo puntos de referencia ineludibles para las generaciones posteriores que han querido aproximarse al concepto. Pero ni Weinberg ni Merk contaron nunca con la capacidad teórica de sus maestros, y esto se tradujo en la producción de obras muy eruditas que sin embargo no pudieron ofrecer un marco interpretativo robusto con el que poder plantear preguntas de investigación de largo recorrido al concepto y sus problemática.

En último término, esta tarea ha recaído en la historiografía contemporánea, que ha abordado la problemática desde distintos enfoques herederos del giro cultural. La perspectiva crítica de esta historiografía ha ayudado a resaltar la distancia existente entre el idealismo doctrinal del *Destino Manifiesto* con respecto a sus consecuencias históricas. Pero como resultado de sus presupuestos teóricos, se ha tendido una especialización temática que ha tenido consecuencias positivas y negativas para la mejor comprensión del objeto de estudio. Por una parte la investigación pormenorizada

de los distintos elementos históricos derivados del concepto ha posibilitado trascender las perspectivas generalistas, permitiendo conocer ciertos aspectos del concepto con un grado de profundidad que no tiene precedentes. Pero el precio a pagar por la especialización ha sido la pérdida de visión panorámica, que en muchas ocasiones ha conllevado que las nuevas contribuciones se hayan logrado a constado invisibilizar otros elementos igual de importantes a la hora de comprender el *Destino Manifiesto*.

La parte ha tendido a fagocitar al todo, sin con ello plantear muchas veces unos fundamentos o encuadres de la temática radicalmente distintos a los propuestos por los estudiosos clásicos de la materia. En última instancia, la tradición historiográfica ha hecho mucho más por replantearse su relación ética con el *Destino Manifiesto* que su concepción teórico-paradigmática. Este mismo problema se encontraba también en los orígenes de la profesionalización del estudio del concepto, y aún no se ha superado del todo. Así lo dejó patente el profesor en relaciones internacionales Frederick S. Dunn en el prólogo que escribió para el estudio pionero del autor clásico Albert K. Weinberg:

Hace tiempo que se ha advertido la importancia del tema, pero no contamos con un desarrollo adecuado de eficaces métodos de análisis y de instrumentos de investigación para abordar la cuestión. Como resultado de esta situación, hemos tendido a restar importancia al tema o a tratarlo esencialmente desde un punto de vista moral, sin que [con] ello importara someter a cuidadoso análisis crítico la base lógica de nuestros juicios morales.²³

A partir de esta reflexión consideraré cuáles han sido los caminos recorridos por la historiografía hasta el momento, para más tarde plantear una alternativa propia con la que desandar caminos ya ollados y volver hacia puertas por abrir.

1.1 El proceso de institucionalización y profesionalización en el estudio académico del *Destino Manifiesto*

El concepto de *Destino Manifiesto* existió desde mediados del siglo XIX como un concepto de agitación política expansionista en los Estados Unidos. Sin embargo esto no supuso su inmediata transformación en una herramienta de trabajo historiográfica.

El primer autor que trató el *Destino Manifiesto* en un trabajo académico fue un intelectual francés, aunque en esta ocasión no sería Tocqueville, sino el concejal de París y político legitimista Pierre-Suzanne-Augustin Cochin, quien publicó una obra

²³ Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*. (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1968), p. 11

sobre la esclavitud en los Estados Unidos con el nombre *The Results of Slavery* (1861). En ella Cochin consideró los orígenes de la secesión del Sur, vinculando la esclavitud al expansionismo, y este a su vez con *Destino Manifiesto*, citando como prueba tanto un discurso del ex presidente James Buchanan (1791-1868) como un artículo del teórico trascendentalista Orestes A. Brownson (1803-1876) en donde se aludía al concepto. Cochin denunciaba que aunque los estadounidenses se reclamasen como la personificación de una comunidad ideal cristiana, su república había crecido con un pecado original que había terminado por devorarles. Pero el trabajo de Cochin no obtuvo reconocimiento por el hecho de estudiar la temática del *Destino Manifiesto* (pues no incide demasiado en su estudio), sino por su estudio de la esclavitud.²⁴

Tendremos que esperar a 1880 para encontrar el primer trabajo específicamente académico y con repercusión sobre la materia de la pluma de John Fiske (1842-1901), un filósofo darwinista social que además perteneció a la *Escuela nacional* de historiadores. Estos surgieron tras la Guerra Civil inspirados por la *Reconstrucción* (1865-1873) y tuvieron como objetivo acabar con la memoria del *seccionalismo* y de las distintas identidades regionales que estaban arraigadas en el país por medio de un relato historiográfico que presentase a los Estados Unidos desde sus orígenes como un Estado-nación unificado con una única historia compartida. Como resultado de este impulso nacionalista de postguerra, y en el contexto del desarrollo trasnacional del darwinismo social, Fiske ofreció una conferencia en Londres por invitación del biólogo y filósofo darwinista británico Thomas H. Huxley ante la *Royal Institution*. En este encuentro Fiske brindó a la *intelligentsia* victoriana británica tres conferencias sobre las tres de ideas políticas americanas que a su juicio constituían el centro de la identidad nacional estadounidense: el *town meeting*, la unión federal, y el *Destino Manifiesto*. Esta última conferencia fue tan popular que Fiske tuvo que repetirla tres veces en Londres, una en Edimburgo, siete veces en Boston, seis en Nueva York, así como ofrecer una charla en otras treinta ciudades estadounidenses. Además, la *Harper's New Monthly Magazine* le

²⁴Augustin Cochin, *The Results of Slavery*. (Boston: Walker, Wise and Co., 1863), pp. 115-119. Se podría argumentar que el autor polaco Adam Gurowski merece el título de ser el primer autor en tratar el *Destino Manifiesto* en su obra *Rusia as it is* (1854). Si bien este reclamo no es del todo injustificado, en Gurowski el *Destino Manifiesto* no fue considerado desde una perspectiva académica, sino que fue objeto de un proceso de apropiación para teorizar el paneslavismo en uno de los procesos de recepción internacional del concepto más sofisticados e integrales que se dieron durante el siglo XIX. Adam Gurowski, *Russia as it is* (Nueva York: D. Appleton and Company, 1854) pp. 251-287. Andrzej Walicki, "Adam Gurowski: Polish Nationalism, Russian Pan Slavism and American Manifest Destiny", *The Russian Review*, Vol. 38, No. 1 (Jan., 1979), pp. 5-14, 19-24.

solicitó una versión resumida para publicarla en 1885, año en el que Fiske transformó las tres conferencias en un libro.²⁵

La importancia de esta contribución al *Destino Manifiesto* fue doble: Por una parte supuso un momento fundamental en la historia de la recepción del concepto, pues redefinió el núcleo epistemológico que lo fundamentaba, trasladando su núcleo semántico desde el paradigma maltusiano en el que había sido concebido, para asimilarlo a los postulados del darwinismo social populares en la época. Esto permitió por otra parte generar una doble matriz discursiva para el concepto: reviviéndolo por una parte como concepto político (pues había ido cayendo en desuso tras la Guerra Civil), pero además convirtiéndolo en un concepto académico. Esta doble cualidad del concepto será parte de su historia conceptual desde 1880 hasta la actualidad. Ambas formas conceptuales del *Destino Manifiesto* (la política y la académica) evolucionarán influyéndose entre sí y retroalimentándose mutuamente, hasta que en el periodo comprendido desde 1927 a 1945 el concepto político de *Destino Manifiesto* entrará en crisis y será progresivamente abandonado. A partir de la Guerra Fría quedará solamente el concepto académico, y serán otros conceptos como *American Exceptionalism*, *Free World* o *American Century* los que ejercerán la función discursiva imperial y nacionalista que anteriormente jugaba el concepto de *Destino Manifiesto*. Este es a grandes rasgos la historia conceptual del *Destino Manifiesto*, de la cual no podré hacerme cargo en esta tesis. Sin embargo, la dejo apuntada para un posterior estudio.

Cuando Fiske realizó este primer proceso de recepción y recuperación del concepto de *Destino Manifiesto* se le unieron otros intelectuales de la época, como el reverendo Josiah Strong, o el profesor en ciencias políticas de la Universidad de Columbia John W. Burgess, quienes trabajaron por fomentar un clima intelectual que fuera propicio para el relanzamiento del *Destino Manifiesto* como lema de movilización nacionalista. Este esfuerzo académico y propagandístico supuso la redefinición normativa del concepto, transformando sus claves interpretativas, y de ser un concepto que aludía a un proceso de expansión territorial por el continente americano pasó a convertirse en un concepto imperialista insular que señalaba hacia el predominio estadounidense sobre todo el hemisferio occidental. Por otra parte, de ser un concepto anclado en una hipótesis maltusiana que justificaba la expansión racial anglosajona por

²⁵John Fiske, *American Political Ideas Viewed from the Standpoint of Universal History: Three lectures delivered at the Royal Institution of Great Britain in May 1880*. (Nueva York: Harper and Brothers, 1885), pp. 5, 9-10. Julius W. Pratt. *Expansionist of 1898: the Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*. (Chicago: Quadrangle Books, 1964), pp. 4-5.

su superioridad racial y favor divino, pasó a convertirse en una filosofía racista que desde el darwinismo social propugnaba el predominio de los Estados Unidos sobre otras naciones como parte de la ley de la supervivencia de la nación más apta. Pero además, los *historiadores nacionales*, y muy en especial Fiske, intentaron dotar al concepto de un rigor académico del que antes carecía.²⁶

El ejemplo más acabado de este intento de formalización académica llevado a cabo desde los parámetros del darwinismo social lo personificó el profesor Harry Huntington Powers, quien con motivo de la Guerra hispano-estadounidense de 1898 publicó el primer estudio sobre esta temática en formato de artículo académico en una revista científica. En él Powers intentó explicar la influencia del *Destino Manifiesto* y de la *Doctrina Monroe* (ambas quedaron igualadas) para justificar la guerra en curso contra España por Cuba en términos “científicos”. Powers fusionó la episteme maltusiana originaria del concepto con la nueva episteme del darwinismo, social y a través de un repaso por la historia del expansionismo estadounidense en Norteamérica concluyó que dicho expansionismo respondía a una ley de desarrollo de la población que presionaba a los Estados Unidos hacia una expansión casi inevitable por la superioridad civilizatoria y racial anglosajona, que imponía unas obligaciones a la nación para tutelar los territorios adyacentes. A diferencia de autores anteriores, Powers desaconsejaba la anexión de los nuevos territorios para no incurrir en una mezcla racial, pero justificó el imperialismo de la época como parte de una misión civilizatoria.²⁷

Powers refinó de esta manera los argumentos de Fiske sobre el expansionismo racial y permitió a los propagandistas del imperialismo americano transitar desde un modelo retórico arcaizante muy deudor del historicismo alemán (propio de los primeros darwinistas sociales) hacia un modelo expositivo y de trabajo más cercano al de las ciencias naturales. De esta manera aportó a los discursos imperialistas del periodo una impronta de apariencia académica mucho más moderna y en consonancia con el llamado “racismo científico” de su época. Esto le sirvió para justificar la intervención de los Estados Unidos primero en la Guerra del 98, y más tarde en la Primera Guerra

²⁶Fiske, *American Political Idea*, pp. 14-16. Frederick Merk. *Manifest Destiny and Mission in American History: a Reinterpretation*. (Nueva York: Random House, 1966), pp. 238-239.. Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansion and the Empire of Right*. (Nueva York: Hill and Wang, 1996), pp. 79-83. Michael Kraus & Davis D. Joyce, *The Writing of American History, revised edition*. (Norman: University of Oklahoma Press, 1985), pp. 164-209.

²⁷ Harry H. Powers, “The War as a Suggestion of Manifest Destiny”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 12 (Sep., 1898).

Mundial, generando un primer corpus literario dedicado al estudio del expansionismo y el *Destino Manifiesto* a lo largo de su apenas explorada obra.²⁸

Coincidiendo con las últimas publicaciones de corte darwinista social aparecerán unas primeras obras que intentarán aproximarse al concepto sin pretender promocionar su uso político. La primera de estas obras de transición hacia una historiografía profesional será escrita por el historiador constitucionalista, James Schoule, quien incluyó una reflexión sobre el *Destino Manifiesto* en su extensa obra en 7 volúmenes *History of the United States under the Constitution, 1789-1865*. En el volumen IV titulado “Democrats and Whigs” (1889) sobre la etapa de 1831-1847, el profesor Schoule dedicó algunas páginas a la temática del expansionismo y su relación con el *Destino Manifiesto*. Esta será la primera vez que aparezca el *Destino Manifiesto* en un libro de Historia de los Estados Unidos, aunque habrá que esperar a 1927 para que el matrimonio Beard incorpore la temática desde una óptica historiográfica profesionalizada y carente de juicios de valor. A diferencia del resto de profesores de la época, influidos por el darwinismo social, Schoule examinó la doctrina del *Destino Manifiesto* desde una mirada crítica y condenatoria del concepto que le llevó a calificarlo de “espíritu satánico” de “apetito por expandir nuestros dominios”.²⁹

Entre estos autores de transición historiográfica hacia una perspectiva profesional se encontrará también Ephraim D. Adams, quien en su libro *The Powers of Ideals in American History* (1913) emulará a Fiske y agrupará una serie de lecciones sobre ideales que han influido en la historia americana, y entre ellos en el capítulo III tratará sobre el *Destino Manifiesto*, al que considera además de un ideal, una emoción.

30

De esta manera con anterioridad a su formalización historiográfica profesional el *Destino Manifiesto* hizo su ingreso en la academia como objeto de estudio de la mano de algunos de sus defensores políticos, que llevaron el uso de la noción al terreno

²⁸A diferencia de Fiske, Burgess, o Strong, Powers ha pasado relativamente desapercibido para la historiografía del *Destino Manifiesto*, obteniendo solo algo de atención en la obra de Albert K Weinberg. Junto a su artículo ya citado, Powers contribuyó al estudio y promoción del *Destino Manifiesto* en las siguientes obras: Harry H. Powers, “The Ethics of Expansion”, *International Journal of Ethics*, Vol. 10, N^o. 3 (Apr., 1900); Harry H. Powers, *The Things Men Fight for: with some Application to Present Condition in Europe*. (Nueva York: The Macmillan Company, 1916), pp. 1-40, 336-382. Harry H. Powers, *America among the Nations*. (Nueva York: The Macmillan Company, 1917); Harry H. Powers, *The Great Peace*. (Nueva York: The Macmillan Company, 1918), pp. 1-142, 322-327.

²⁹ James Schouler, *History of the United States of America Under the Constitution, Vol. IV. 1831-1847* (Nueva York: Dodd, Mead & Company, 1889), pp. 246-247, 498, 502, 530; Max Weber. *Ensayos sobre metodología sociológica*. (Buenos Aires: Amorrortu editoriales, 2012), pp. 238-239.

³⁰ Ephraim A. Douglass, *The Power of Ideals in American History*. (New haven: Yale University Press, 1913), pp. 65-97.

universitario como forma de extender su uso doctrinario. Sin embargo, el proceso definitivo de profesionalización académica posterior va a suponer un paulatino cambio de tendencia según el cual la academia va ir transitando progresivamente hacia actitudes más críticas con el concepto.

Este proceso duró varias décadas, y se puede establecer simbólicamente el año 1927 como el momento definitivo en el tratamiento profesional de la temática. Por perspectiva profesional me refiero a una óptica de estudio que trate de evitar los juicios de valor como vía aproximativa al concepto. Con anterioridad a 1927 los usos académicos presentaban una intencionalidad predominantemente política, pues la historiografía más profesionalizada de la época va a ignorar por lo general la temática, tanto los historiadores de la *Escuela científica* como entre los primeros trabajos de la historiografía progresista. Un caso llamativo a este respecto lo representa el libro de referencias historiográficas publicado en el año 1922 por el gran historiador del Oeste Frederick Jackson Turner junto a su discípulo Frederick Merk, futuro autor clásico sobre el *Destino Manifiesto* y que por aquel entonces no había considerado la importancia del concepto. En este trabajo se compendian la casi totalidad de publicaciones que en aquel momento trataban de una u otra manera sobre el Oeste americano, y en ninguno de los 53 apartados temáticos figuraba el *Destino Manifiesto*. De hecho, no apareció en esta obra ninguna publicación que tratase la temática, ni siquiera entre los apartados dedicados al expansionismo sobre las ocupaciones de Texas, California y México.³¹

Establezco 1927 como la fecha de institucionalización académica de la temática porque en ese año coincidieron el redescubrimiento de la existencia de O'Sullivan como autor del concepto por parte de Julius W. Pratt, con la publicación de la obra *The Rise of American Civilization* de Charles y Mary Beard, en donde apareció por primera vez el *Destino Manifiesto* como una problemática historiográfica integrada dentro de una historia general de los Estados Unidos, y ya no sólo como un elemento que interesase exclusivamente a estudios centrados en la esclavitud, el expansionismo, la Guerra Civil o el imperialismo.³²

³¹Kraus & Joyce, *The Writing of American History*, pp. 3-4, 12, 48-52, 92, 136-137. Frederick J. Turner & Frederick Merk. *List of References on the History of the West*. (Cambridge: Harvard University Press, 1922), pp. 112-124.

³² Charles Beard & Mary Beard, *The Rise of American Civilization*. (Nueva York: The Macmillan Company, 1930), pp. 581-627 (Vol. I), 34-36, 122-170, 341-538, 732-736 (Vol. II).

Julius W. Pratt fue un historiador del imperialismo (y favorable al mismo) cuya insatisfacción con el enfoque materialista de los historiadores progresistas le condujo a centrarse en el papel que desempeñaba el pensamiento y la cultura en la formación de la política exterior norteamericana. Su labor en la universidad de Buffalo ejerció una gran influencia en un joven alumno de dicha universidad, Richard Hofstadter, quien abandonó la filosofía para hacerse historiador, y bajo las críticas de Pratt a Charles Beard, Hofstadter inició un giro crítico conservador que acabaría por establecer una nueva corriente historiográfica conocida como la *historiografía del consenso*, que predominaría durante las primeras décadas de la Guerra Fría. Aunque la contribución más importante de Pratt fue el redescubrimiento de O'Sullivan como autor del concepto de *Destino Manifiesto*.³³

Pratt presentó su hipótesis en un brevísimo artículo de cinco páginas, que por su enfoque distanciado y el carácter de su contribución, podemos considerar como la primera obra profesional sobre esta temática. El *Destino Manifiesto* desde Pratt ya no será una idea que deba ser explicada con motivo de justificarla o atacarla, sino que se convertirá en una temática cuyo interés se fundamentará en su relevancia histórica: tendrá un autor de referencia, un origen, un recorrido y un contenido identificable. En 1927 Pratt apunta al hecho de que si bien la frase “destino manifiesto” era omnipresente en las décadas anteriores a la Guerra Civil, nadie había sido capaz de señalar quién fue su autor. A través de una cita de un discurso del congresista wigh Robert C. Winthrop, Pratt identificó las dos referencias más antiguas que existían al *Destino Manifiesto*, aparecidas por primera vez en *The United States Magazine and Democratic Review* y en el *New York Morning News*. Y dado que Robert C. Winthrop señalaba al editor de una famosa publicación demócrata como el autor de la idea, y ambas publicaciones demócratas eran las fuentes más antiguas del concepto, Pratt consideró que John L. O'Sullivan en tanto que editor de ambas por esas fechas tenía que ser su autor.³⁴

En 1933 Pratt retomó su hipótesis del año 1927 y escribió otro artículo que se convertirá en la única biografía monográfica publicada sobre O'Sullivan hasta el año

³³ David S. Brown, *Richard Hofstadter: An intellectual Biography*. (Chicago: Chicago University Press, 2006), pp. 14-15. Pratt, Julius W. “The Origins of Manifest Destiny”, p.795. [146 Citas]. Entre los trabajos de Pratt sobre el expansionismo destacan su obra *Expansionist of 1812* (1923) [272 citas] que antecede a sus investigaciones sobre O'Sullivan y el *Destino Manifiesto* y en donde Pratt comienza a tratar la vinculación entre expansionismo y retórica nacionalista, y su obra posterior a sus investigaciones sobre O'Sullivan *Expansionist of 1898: the Aquisition of Hawaii and the Spanish Islands* (1936) [149 citas], en donde explica cómo la doctrina del *Destino Manifiesto* influye en el imperialismo de finales del siglo XIX.

³⁴ Pratt, “The Origins of Manifest Destiny”, pp.795-798.

2003. Pero a pesar de sus importantes contribuciones, Pratt no realizó ningún avance que permitiera identificar de manera fehaciente y mediante fuentes documentales a O'Sullivan como el autor del concepto, ni tampoco añadió nueva información sobre cómo O'Sullivan pudo pergeñar el concepto.³⁵

La contribución de Pratt sin embargo fue muy importante, pues había rescatado del olvido a una figura indispensable para explicar tanto el siglo XIX estadounidense como el *Destino Manifiesto*. Pero el problema del artículo de 1933 se encuentra en que da por evidente lo que en 1927 era una hipótesis, sin ofrecer más pruebas a su favor. La historiografía posterior ha aceptado mayoritariamente la autoría de O'Sullivan por falta de alternativas y por suponer la opción más plausible. Y durante setenta años los historiadores estadounidenses han considerado el problema de la autoría como una cuestión zanjada. Las publicaciones de Pratt sobre el expansionismo marcarán la entrada definitiva del *Destino Manifiesto* en la historiografía profesional, que se consolidó a través de los estudios realizados por los autores clásicos de la materia.

1.2 Weinberg y Merk: Los historiadores clásicos del Destino Manifiesto

El último gran hito que terminará por asentar el *Destino Manifiesto* como objeto de estudio académico será la publicación de las dos primeras monografías sobre la temática, que con el tiempo se convertirán en las obras clásicas de la materia: *Manifest Destiny: a Study of Nationalist Expansionism in American* (1935) [654 citas, 14 reseñas] de Albert K. Weinberg y *Manifest Destiny and Mission in American History: a Reinterpretation* (1963) [656 citas, 19 reseñas] de Frederick Merk.³⁶

Considero a Weinberg y Merk los clásicos de la temática porque cada uno de ellos ha planteado el estudio del *Destino Manifiesto* desde una perspectiva distinta que con posterioridad se han constituido en las dos vías de aproximación fundamentales adoptadas por la historiografía posterior. Por una parte se encuentra la vía abierta por Weinberg, quien considera el *Destino Manifiesto* tanto una idea como una ideología, y realiza su aproximación desde la historia intelectual. Mientras que Merk equipara el *Destino Manifiesto* al expansionismo decimonónico y lo estudia a partir de la historia de los hitos de la expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste: sus guerras y conflictos, así como los grupos que apoyaron o se opusieron a la expansión. Todo el fenómeno que

³⁵ Julius W. Pratt, "John L. O'Sullivan and Manifest Destiny", *Nueva York History*, Vol. 14, No. 3 (July, 1933), pp. 224-225. [34 citas]

³⁶ Stephanson, *Manifest Destiny*, p.131; Amy S. Greenberg, *Manifest Destiny and American Territorial Expansion: a Brief History with Documents*. (Boston: Bedford/St. Martin, 2017), p. 166.

originó el expansionismo y su época es aquello a lo que Merk se refiere como *Destino Manifiesto*. Por lo tanto Weinberg, Merk, y el conjunto de historiadores posteriores van estudiar bajo una misma rúbrica cosas muy distintas. Y aunque todos los autores posteriores se han inspirado en las contribuciones de ambos autores, siempre va a existir una perspectiva que predomina sobre la otra según qué es lo que se entienda por *Destino Manifiesto*, si una idea expansionista, o el expansionismo decimonónico en su conjunto como fenómeno histórico. En este sentido, he escrito mi tesis desde la línea planteada por Weinberg, si bien como casi todos los historiadores de la materia tomo muchos elementos de ambos.³⁷

Albert K. Weinberg fue el primer autor en plantear una obra monográfica sobre el *Destino Manifiesto* (1935) a partir de su tesis doctoral (1931). Weinberg fue estudiante de doctorado en la Universidad John S. Hopkins, en donde realizó su investigación influido por las enseñanzas de Arthur O. Lovejoy, quien galvanizaba la vida intelectual de la universidad a través del *History of Ideas Club*. Este hecho es importante porque Lovejoy en esa época desarrolló el enfoque disciplinar de la historia de las ideas, que basaba su premisa de estudio en la existencia de *unit-ideas* o *ideas singulares*. Lovejoy definió dichas ideas singulares en *La gran cadena del ser* como unidades que no pueden descomponerse: “proposiciones únicas y específicas o ‘principios’, tipos expresamente enunciados por los antiguos filósofos europeos más influyentes, junto con otras nuevas proposiciones que son, o se ha supuesto que son, sus corolarios”, a lo que añadirá en un artículo posterior titulado “Historiography of Ideas” que dichas ideas singulares son categorías y pensamientos que cuentan con una larga historia de vida propia y que pueden encontrarse en numerosas expresiones intelectuales, de la ciencia y la cultura. En definitiva, las ideas en la perspectiva de Lovejoy son entidades suprahistóricas que en cada momento se conceptualizan de múltiples maneras, y la labor del historiador de las ideas es doble: por una parte dar cuenta sobre cómo la tradición del pensamiento las va enunciando en su desarrollo, y por otra considerar la manera específica en que se presentan dichas ideas en cada momento histórico.³⁸

Weinberg no sólo reconoció las enseñanzas y la supervisión de su trabajo por parte de Lovejoy, sino que además definió su obra como una “historia analítica de las

³⁷ Weinberg, *Destino Manifiesto*, p. 16; Merk, Frederick. *Manifest Destiny and Mission*, pp. VI-VII.

³⁸ Weinberg, *Destino Manifiesto*, p. 9. Arthur O. Lovejoy, *La gran cadena del ser: historia de una idea*. (Barcelona: Icaria editorial, 1983), pp. 12-13, 22-31. Arthur O. Lovejoy, “The historiography of ideas”, *Essays in the History of Ideas*. (Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1948), pp. 8-9.

ideas” que “aborda por separado las principales doctrinas expansionistas en el orden en que cada una fue llevada a primer plano por sucesivos movimientos de anexión.”. A pesar de no desarrollar teóricamente esta concepción, resulta evidente que Weinberg trató el *Destino Manifiesto* como una *idea singular* a través de sus distintas manifestaciones ideológicas, cuyo conjunto supondría la historia de la idea de *Destino Manifiesto*. No en vano, Weinberg publicó su libro en 1935, un año antes de que Lovejoy hiciera lo propio con *La gran cadena del ser*, por lo que con mucha probabilidad esta obra no sea sólo el primer libro monográfico sobre el *Destino Manifiesto*, sino que además podría ser el primer libro publicado desde la perspectiva de la historia de la ideas tal y como fue establecida por Lovejoy.³⁹

El libro de Weinberg, como la mayoría de estudios sobre el *Destino Manifiesto*, surgirá como reacción a debates contemporáneos sobre el lugar que ocupaban los Estados Unidos en el mundo. Así como Powers escribió su obra en los debates de la guerra del 98 y de la primera guerra mundial, en el caso de Weinberg este concibió su estudio como una genealogía del nacionalismo americano que tendría su origen en el expansionismo. Por otra parte, a Weinberg le interesará explicar cómo ciertas ideas expansionistas surgidas en los Estados Unidos migrarán durante su época al nacionalismo imperialista de otros países. Así lo explicita en su libro junto con la constatación sobre la paradójica incompreensión que mostraban los estadounidenses de los años treinta del siglo XX hacia las políticas expansionistas de los fascismos de entreguerras. Weinberg consideró que esta incompreensión que mostraban los americanos de su tiempo hacia el expansionismo de los regímenes fascistas de entreguerras, lo que conllevaría a que la idea del *Destino Manifiesto* no tuviera visos de supervivencia en unos Estados Unidos dominados por una mentalidad aislacionista. Según Weinberg este aislacionismo sería hijo no deseado del *Destino Manifiesto*, pues

³⁹ Weinberg, *Destino Manifiesto*, p. 12. Es necesario aclarar con respecto a esta hipótesis que con ello no reivindico que esta perspectiva sea deudora de Weinberg, sino que su obra ocupa de manera casual un lugar simbólico preeminente tanto en los comienzos de la historia de las ideas como en el estudio del *Destino Manifiesto*. Lovejoy trabajó en sus hipótesis de *La gran cadena del ser* desde el año 1919, y los debates públicos sobre historias de las ideas se realizaron bajo su iniciativa en el *History of ideas club* desde 1922. Pero Lovejoy no presentó al público su texto hasta las conferencias del curso académico de 1932-33 (la tesis de Weinberg es de 1931) y no lo publicó hasta 1936. Por lo tanto, la labor pionera de presentación de una obra escrita en esta tradición recae en su discípulo Weinberg. Por otra parte ya existía con anterioridad una tradición europea en historia de las ideas que no debe olvidarse, con la verdadera obra pionera en este campo *Historia de las ideas estéticas de España* (1883-1909) de Marcelino Menéndez Pelayo, así como con los trabajos realizados por la escuela de la *Ideengeschichte* alrededor del historiador alemán Friederich Meinecke. Sin embargo, será la escuela y perspectiva de Lovejoy la que acabe por asentar metodológicamente los presupuestos de la subdisciplina, y el autor contra el que debatirá la historia conceptual y el contextualismo. Lovejoy, *La gran cadena del ser*, p. 6.

su hipótesis era que el expansionismo se generó con el objetivo de lograr la autosuficiencia de los Estados Unidos con respecto a una Europa percibida como antidemocrática durante el siglo XIX, y donde la adquisición de territorios estaría en la base de la autosuficiencia nacional. Con la autosuficiencia alcanzada se haría innecesario seguir expandiéndose, por lo que el propio expansionismo, producto del *Destino Manifiesto*, habría acabado con dicha idea, y el peligro quedaría conjurado.⁴⁰

Frederick Merk será el segundo autor clásico en el estudio del *Destino Manifiesto* y tampoco fue ajeno a los conflictos de su tiempo. Su obra *Manifest Destiny and Mission in American History: a Reinterpretation* apareció en 1963, en el momento en que el presidente Lyndon B. Johnson intensificó la escalada militar en la Guerra de Vietnam y se generalizaron las protestas pacifistas en los campus universitarios. Es en este contexto que Merk, un viejo profesor retirado de Harvard, comenzará a escribir sus textos sobre el expansionismo decimonónico.

Esta era una temática sobre la que tenía mucho que contar, pues fue doctorando y discípulo del legendario historiador sobre el Oeste Frederick Jackson Turner, así como su sucesor en la cátedra de historia del Oeste en Harvard, asumiendo su asignatura de historia del Oeste y desarrollando su contenido desde los presupuestos establecidos por su maestro. Al igual que Turner, Merk nació en la *Frontera* en los días en que esta se cerraba y desaparecía, y para él el Oeste no era una categoría abstracta de la historiografía, sino un elemento de sus orígenes vitales. Siguiendo los pasos de su maestro acabó como docente en Harvard donde fue un profesor muy popular y querido, aunque no produjo apenas obra escrita hasta el momento de su retiro.⁴¹

Merk escribió su obra sobre el *Destino Manifiesto* asistido por su mujer, la también historiadora Lois Bannister, quien se encargó del trabajo de edición. El objetivo de Merk con su obra era realizar un estudio sobre la opinión pública de la década de los años 40 del siglo XIX en relación al fenómeno del expansionismo decimonónico. Con ellos pretendía demostrar que en los Estados Unidos existía una noble idea de misión providencial que los proponentes del *Destino Manifiesto* intentaron aprovechar para justificar el expansionismo. Pero en opinión de Merk los expansionistas fracasaron en su intento, pues mientras la idea de misión continuaba viva en la conciencia

⁴⁰ Weinberg, *Destino manifiesto*, pp. 16, 418-423, 447-448.

⁴¹ John M. Blum, "A Celebration of Frederick Merk (1887-1977)", *Virginia Quarterly Review*, Issue: Summer 1978, <http://www.vqronline.org/essay/celebration-frederick-merk-1887-1977>

norteamericana de su momento histórico, la noción de *Destino Manifiesto* por el contrario había desaparecido.⁴²

En su prefacio Merk consideró que el *Destino Manifiesto* era una ideología (y en esto coincide con Weinberg), a la que describe de la siguiente manera:

El expansionismo se asocia habitualmente con ideologías de cruzada: en el caso del expansionismo árabe fue el Islam; en el expansionismo español, el catolicismo; en la expansión napoleónica, el liberalismo revolucionario; en el expansionismo ruso y chino, el comunismo marxista. El equivalente de estas ideologías en el caso de los Estados Unidos es el ‘Destino Manifiesto’. Este fue una mezcla de republicanism, democracia, libertad religiosa, anglosajonismo, y varios otros ingredientes.⁴³

Pero a pesar de dar esta definición Merk no se centró en las teorías o ideas que componían el *Destino Manifiesto* en tanto que ideología hipotética (como había hecho Weinberg), sino que como anunció en el título de su obra realizó una reinterpretación de lo que a su juicio era el *Destino Manifiesto*, que en términos metodológicos se traduce en una equiparación entre *Destino Manifiesto* y expansionismo territorial, una fusión que será muy influyente para la historiografía posterior; tanto para las publicaciones específicas de esta temática, como para la historiografía sobre los Estados Unidos en general. Prueba de ello es la convención historiográfica comprobable en los manuales y libros sobre historia de los Estados Unidos donde el apartado que trata sobre el expansionismo aparece referido fórmulas como: “El destino manifiesto” o “expansionismo y destino manifiesto” y otras similares. Esto ha conllevado a que uno de los usos actuales del concepto historiográfico del *Destino Manifiesto* sea denominar el periodo que abarca desde la invasión americana de México (1846) a los inicios de la Guerra Civil Americana (1861).

Tanto en Merk como en Weinberg, sus labores como pioneros en el estudio del *Destino Manifiesto* se ha visto fuertemente influida por el hecho de haber sido los dos discípulos de grandes historiadores americanos. De hecho, si en el trabajo de Weinberg puede verse una primera manifestación de las tesis de Lovejoy, en el trabajo de Merk puede encontrarse una aplicación un tanto superficial del legado de las tesis planteadas por Turner. Merk ayudó a su maestro a asentar la historiografía del Oeste desde la

⁴² Robert McG. Thomas Jr. “Frederick Merk, 90; A Harvard Historian”, *Nueva York Times*, 27 de septiembre de 1977, acceso el 7 de marzo del 2018, <https://www.nytimes.com/1977/09/27/archives/frederick-merk-90-a-harvard-historian-taught-wagon-wheels-course-on.html>. Merk, Frederick. *Manifest Destiny and Mission...*, pp. VIII, 3-4, 261-266.

⁴³ Merk, *Manifest Destiny and Mission*, pp. VI-VII.

cátedra que ambos ocuparon en Harvard, y desde ella desarrolló los postulados implícitos en el proyecto de investigación de Turner, por lo que no resulta del todo extraño constatar que la reinterpretación del *Destino Manifiesto* a la que alude Merk en el título de su libro se fundamentó en reformular el *Destino Manifiesto* como un episodio fundamental de la historia del Oeste. Esto se materializó fusionando la noción de *Destino Manifiesto* con la de expansionismo, lo que en último término supone privilegiar la historia diplomática sobre la historia intelectual. Las obras de Pratt y Weinberg llevaron a Merk a que en sus últimos años de vida realizase una enorme producción de obras en las que terminó por fusionar las tesis sobre el Oeste y la frontera de Turner con el estudio del expansionismo que él mismo había ideado como temario de la asignatura que impartió en Harvard, y de esta manera el legado de la obra de Turner acabó convirtiéndose en un pilar fundamental para el estudio del *Destino Manifiesto*.⁴⁴

Considerado en retrospectiva, Merk realizó uno de los trabajos más sobresalientes, y posiblemente el más exhaustivo sobre el expansionismo decimonónico estadounidense. Su visión sobre el *Destino Manifiesto* quedó establecida en su primer libro sobre el tema (cuya popularidad no pudo igualar ninguna de sus obras posteriores), pero es necesario tener en cuenta toda su línea de producción bibliográfica desde 1962 a 1978 para comprender el proyecto de investigación que tenía en mente en donde el

⁴⁴ Como se explicó anteriormente, la obra de Merk es muy tardía y se intensifica cuando este se retira como profesor emérito en el departamento de historia de Harvard, y continúa después con su jubilación y hasta su muerte. Aunque Merk ya había escrito algunos libros sobre el Oeste en su periodo como profesor en Harvard, es su obra de retiro la que acabó teniendo un mayor impacto en la historiografía posterior. Su libro sobre el *Destino Manifiesto* fue en este sentido la primera de una serie de obras que tuvieron por objetivo plasmar una historia del Oeste americano a través del expansionismo. Tres años después de publicar *Manifest Destiny and Mission in American history: a Reinterpretation* (1963) [656 citas], Merk publicó un libro titulado *The Monroe Doctrine and American Expansionism, 1843-1849* (1966) [60 citas], que de alguna manera recupera el espíritu de Weinberg al contar el fenómeno del expansionismo desde el punto de vista de sus ideas, sólo que en esta ocasión lo hace desde la *Doctrina Monroe*, y no mediante el *Destino Manifiesto*. Al año siguiente Merk publicará el libro *The Oregon Question: Essays in Anglo-American Diplomacy and Politics* (1967) [80 citas] que toma el título de un panfleto de Albert Galatin publicado en 1846 (y que Merk había analizado previamente en una obra de 1950) para estudiar el conflicto por el territorio de Oregón que dará lugar a la *Doctrina Monroe* desde una perspectiva de la historia diplomática, sirviendo de modelo para múltiples libros que se escribirán con posterioridad desde la misma perspectiva. A principios de los años 70 Merk dejará de lado sus estudios sobre la *Doctrina Monroe* para volver al estudio del *Destino Manifiesto* a través de dos obras. La primera se tituló *Fruits of Propaganda in the Tyler Administration* (1971) [39 citas] en donde se narra las estrategias políticas de la administración del presidente John Tyler para convencer a la opinión pública norteamericana de la necesidad de responder la petición de anexión de Texas para subsumirla en la Unión. El trabajo tendría repercusiones posteriores por plantear el *Destino Manifiesto* como una estrategia de comunicación política con fines de influir en la opinión pública (hay que señalar que este trabajo se escribe en plena era Nixon). El segundo trabajo que escribe Merk lleva por título *Slavery and the Annexation of Texas* (1972) [75 citas] donde Merk trata los intereses del Sur de los Estados Unidos en anexionar Texas para ganar poder político en la carrera seccionalista y obtener más tierras para extender la esclavitud. Finalmente en 1978 se publicó una obra póstuma *History of the Westward Movement* [155 citas] que se podría considerar el testamento académico de Merk, y la “suma teológica” sobre la historia del Oeste americano.

Destino Manifiesto juega un papel fundamental a la hora de formular una historia sobre el expansionismo y el Oeste decimonónico americano.

Un episodio interesante sobre la recepción de las obras de Weinberg y de Merk se encuentra en los trabajos del historiador mexicano Juan Antonio Ortega y Medina. Este exiliado republicano de origen español es uno de los académicos más reputados de la historiografía mexicana del siglo XX, laureado con el *Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía* por el Gobierno Federal de México en 1991. Se especializó en el estudio del conflicto entre católicos y protestantes en la época de la contrarreforma y en el mundo colonial, y aplicó esta perspectiva a las relaciones hispano-estadounidenses, en especial a lo concerniente al caso mexicano. Así mismo, llevó a cabo estudios sobre el puritanismo americano y su papel en la aniquilación de las poblaciones indígenas de Norteamérica. En 1972 escribió la primera monografía en castellano sobre el *Destino Manifiesto* en su obra titulada *Destino manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica* [37 citas], en donde explica la historia de “un resentimiento” del mundo anglosajón hacia el mundo hispánico, un episodio más en el enfrentamiento entre católicos y protestantes desde la reforma y la contrarreforma. La obra de Ortega y Medina se reclama como una crítica a Merk (y en menor medida a Weinberg) por su intento de salvar la idea de la misión providencial de los Estados Unidos presentándola como algo distinto y mejor que el *Destino Manifiesto*.⁴⁵

Si bien el libro de Ortega y Medina es la primera monografía en castellano, no se trata del primer estudio que analice el *Destino Manifiesto* escrito en español. Ese mérito corresponde al historiador renovador cubano Ramiro Guerra por su obra *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos* (1935) [139 citas]. Resulta llamativo que el primer estudio en castellano sobre la historia del expansionismo norteamericano y en donde se trató el *Destino Manifiesto* fuera contemporáneo a la primera monografía sobre el *Destino Manifiesto* escrita por la historiografía estadounidense (Weinberg). Si a través de Weinberg sabemos que la preocupación por el expansionismo de los fascismos europeos

⁴⁵ María Cristina González Ortiz, “Juan Antonio Ortega y Medina”, *UNAM, nuestros maestros. Tomo II*. (México DF: Editorial del a Universidad Autónoma de México, 1992), pp. 23-28; Juan A. Ortega y Medina. *Destino manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*. (México DF: Sep/Setentas, 1972), pp. 7-13, 117-120. La obra de Ortega y Medina ha generado una cierta tradición de estudios que puede observarse en la obra colectiva editada por Mercedes Certucha *El Destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana: 6 ensayos* (1977) [0 citas], que contiene trabajos de algunos de los más distinguidos especialistas latinoamericanos en la materia.

llevó a un renovado interés por la materia en los Estados Unidos, en Cuba la continua injerencia de los norteamericanos en los asuntos internos de las repúblicas latinoamericanas propiciaron un estudio simultáneo sobre el imperialismo estadounidense, que a partir de la revolución de 1959 va a convertirse en una temática central para el discurso del socialismo cubano conocido como “el dividendo nacional”, en lo referido a los problemas de constituir un Estado-nación en Cuba por las injerencias estadounidenses.⁴⁶

1.3 Estudios generalistas y de temática especializada: perspectivas contemporáneas en el estudio del *Destino Manifiesto*

Una vez asentados los fundamentos sobre el estudio del *Destino Manifiesto*, y con las dos vías de investigación definidas, la historiografía posterior puede ser dividida entre estudios introductorios generales y estudios de temática especializada.

Los estudios introductorios generales componen un corpus literario relativamente homogéneo: se tratan de libros cortos, de poco más de un centenar de páginas, que por lo general toman el libro de Merk como modelo y lo sintetizan. La práctica totalidad de ellos son breves historias sobre el expansionismo decimonónico en donde también aparecen resumidas las líneas argumentales básicas del *Destino Manifiesto* como ideología. En ocasiones son volúmenes que forman parte de una colección más amplia de introducciones a problemáticas de la historia americana, o bien aparecen como monografías breves concebidas como potenciales libros de texto con fines educativos. Estos libros comenzaron a aparecer en los años 90 del siglo XX con el asentamiento del *Destino Manifiesto* en la totalidad de los currículos de historia, e intentan cumplir una función a medio camino entre material didáctico para las asignaturas de historia de los últimos cursos de instituto y universidades, así como material divulgativo para el público general.⁴⁷

⁴⁶Oscar Zanetti, *Isla en la historia: La historiografía de Cuba en el siglo XX*. (Caracas, Fundación editorial el perro y la rana, 2007), pp. 32-34. Agradezco a Alain J. Santos Fuentes esta información.

⁴⁷La conversión del *Destino Manifiesto* en una unidad didáctica ha llevado a la necesidad de establecer una síntesis entre la concepción del *Destino Manifiesto* como ideología o como sinónimo del movimiento expansionista. Para un ejemplo sobre la conversión del *Destino Manifiesto* en una unidad didáctica ver John J. Chiodo, “Teaching about Manifest Destiny: Clarifying the Concept”, *Social Studies*, No. 91, (2000) [4 citas]. Sin pretender ofrecer aquí una panorámica exhaustiva, estos son algunos de los títulos representativos del género de estudios introductorios: *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War* (1996) [64 citas] de William E. Weeks; *Westward Expansion and Manifest Destiny in American History* (2001) [1 cita] de Richard Worth; *Manifest Destiny* (2003) [34 citas] de David S. Heidler y Jeanne T. Heidler; *American Expansionism, 1783-1860: a Manifest Detiny?* (2003) [20 citas] de Mark S. Joy; *Manifest Destiny: a Primary Source History of*

De todos ellos merece una mención especial la primera de estas obras: *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right* (1995) [771 citas y 3 reseñas] escrito por el profesor de la Universidad de Columbia Anders Stephanson. El profesor Stephanson es uno de los editores de la *New Left Review*, y de los últimos exponentes de la escuela de la *New Left History* surgida en los años 60 como crítica a la *Escuela del Consenso*. Su libro no es solamente el más sobresaliente de entre las introducciones sino que, posiblemente, sea el mejor punto de partida para comenzar a estudiar el *Destino Manifiesto*, pues es un libro excelente tanto para una lectura exploratoria de la temática, o para servir de punto de partida para un proyecto de investigación riguroso sobre la temática. El libro de Stephanson es de todos los escritos sobre la materia el que muestra un mayor equilibrio entre la perspectiva de Weinberg y la de Merk, lo que se traduce en una visión ponderada en la presentación de los presupuestos ideológicos del *Destino Manifiesto* junto a una buena exposición sobre el proceso expansionista decimonónico y su tránsito al imperialismo de finales del siglo XIX. El libro de Stephanson además es el tercero más citado de todos los publicados sobre la materia, pues a diferencia de la mayoría de los estudios introductorios que presentan el estado de la cuestión, el libro de Stephanson mantiene una fuerte apuesta teórica sobre los orígenes ideológicos del *Destino Manifiesto*: según Stephanson este tendría lugar en una fusión entre el providencialismo puritano y el republicanism revolucionario, y a partir de esta hipótesis es el primer autor en plantear la diferencia estratégica entre discurso providencialista y *Destino Manifiesto*.⁴⁸

En esta categoría de estudios introductorios existen dos publicaciones de planteamiento heterodoxo. Por una parte el libro *Manifest Destiny and the Expansion of America* (2007) [8 citas] cuyos editores Rodney P. Carlisle y J. Geoffrey Golson presentan con fines educativos un planteamiento curioso al presentar la historia del expansionismo a partir de “puntos de no retorno” (turning points), momentos fundamentales para el expansionismo que de no haberse producido habrían conducido a la historia de los Estados Unidos por derroteros distintos. A partir de esta premisa

America's Territorial Expansion in the 19th Century (2005) [3 citas] de Jesse Jarnow y J. T. Moriarty; *A Historical Atlas of Manifest Destiny* (2005) [0 citas] de Lesli J. Favor; *Manifest Destiny: Westward Expansion* (2009) [19 citas] de Shane Mountjoy.

⁴⁸ Stephanson, *Manifest Destiny*, pp. XIII-XVI, 3-27

Carlisle narrar posibles ucronías de futuros alternativos que podrían haber resultado de no haberse dado los eventos descritos en los “puntos de no retorno”.⁴⁹

Por otra parte el libro *Sex and Manifest Destiny: the Urge that Drove Americans Westward* (2012) [3 citas] propone el siguiente enfoque de análisis:

Este libro busca demostrar que el impulso sexual natural en el hombre contribuyó al impulso de expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste a través de todo el continente, en un proceso que es generalmente conocido como el cumplimiento del Destino Manifiesto. [...] Se han escrito, cientos, incluso miles de libros y artículos sobre muchas de las motivaciones que han llevado a los americanos a expandirse hacia el Oeste. Entre estas se incluyen razones económicas, militares, políticas, sociológicas, incluso razones filosóficas y religiosas [...] El argumento central de este libro no es defender que el impulso sexual fuera el principal factor para hacer de los Estados Unidos un país de alcance continental. No hay ningún intento en esta obra de jerarquizar y encumbrar la importancia del sexo en las motivaciones de los americanos para ir al Oeste. Sino que mi esperanza (y creencia) es que he presentado suficientes evidencias para convencer, incluso a los escépticos, de que el sexo fue un factor significativo en este movimiento.⁵⁰

En cuanto a los estudios que he denominado como de “temática especializada”, estos se caracterizan por centrarse en alguno de los aspectos que Weinberg o Merk presentaron como componentes del *Destino Manifiesto*. Se tratan por lo general de obras monográficas que al acotar su objeto de estudio consiguen profundizar en temáticas concretas más profundamente de lo que lo hicieron los clásicos o los estudios generalistas, pero al precio de perder en ocasiones de vista que el *Destino Manifiesto* no se reduce a una sola de sus partes, sino que es producto de la suma de todas ellas.

Las obras de este grupo son las que tienen un mayor eco en la historiografía actual, pues tienden a enlazar con problemáticas y preocupaciones que trascienden el expansionismo decimonónico. Dentro de este grupo podríamos encontrar a grandes

⁴⁹Rodney P. Carlisle & J. Geoffrey Golson (ed.), *Manifest Destiny and the Expansion of America*. (Santa Barbara: ABC Clio, 2007), p. XIII-XVII. La intención de que el texto sirva como material didáctico para la secundaria resulta evidente tanto en el formato, en cómo se presenta la información, como en la sección de preguntas ucrónicas que se incluye al final de cada uno de los capítulos.

⁵⁰Martin Naparsteck, *Sex and Manifest Destiny: the Urge that Drove Americans*. (Jefferson NC: McFarland & Company, 2012), p. 1. Paradójicamente este estudio no se fundamenta en el psicoanálisis y las tesis de Sigmund Freud y sus obras se encuentran totalmente ausentes. El libro presenta relatos sobre la expansión en donde se atiende a los discursos y las declaraciones en las que el erotismo o el sexo juegan algún papel fundamental. Aunque coincidirá tanto en el uso de las fuentes citadas, como en parte del objeto de estudio de la literatura escrita desde el enfoque de género, su perspectiva carece del contenido crítico y teórico de este tipo de estudios. Se trata, por el contrario, de un trabajo híbrido entre los estudios generales de carácter introductorio y los estudios de temática especializada, centrado en explicar de manera un tanto burda la contribución del impulso sexual al expansionismo.

rasgos cuatro subgrupos temáticos: 1. Las monografías centradas en la historia diplomática (Guerra mexicano-americana). 2. Los estudios sobre los aspectos teológicos del *Destino Manifiesto*. 3. Las historias sobre el carácter racial del expansionismo y 4. Las historias centradas en la “agencia” del *Destino Manifiesto*, concretadas en el estudio del filibusterismo, de donde ha surgido una corriente de análisis feminista muy influyente en la actualidad.

Los primeros estudios especializados en surgir fueron las obras centradas en la historia diplomática. Estos aparecieron como un desarrollo natural de la obra de Merk, quien también era un historiador diplomático (aunque algunos estudios son anteriores a su impulso). Estos también se vieron influidos por la corriente “revisionsista” de la *New Left History*, que a partir de la obra de William Appleman Williams *The Tragedy of American Diplomacy* (1959) [1647 citas] se centraron en plantear una nueva historia de las relaciones internacionales estadounidenses para resaltar su carácter imperialista, lo que les acercó naturalmente al expansionismo y al *Destino Manifiesto*. Junto a las obras de la *Nueva Izquierda* aparecieron también muchas monografías escritas desde una perspectiva regional del sudoeste americano, centradas en la anexión de Texas y la guerra con México, y la historiografía de esta subcorriente tiende por lo general a comprender por *Destino Manifiesto* todo lo referido a la independencia texana, la guerra con México y todas sus problemáticas.⁵¹

La perspectiva de los historiadores del sudoeste tiene su centro de producción principal en la *Texas State Historical Association*, y sigue siendo a día de hoy uno de los centros más activos en el estudio del *Destino Manifiesto*. Posiblemente uno de los mayores historiadores del sudoeste para esta temática sea William H. Goetzmann, quien combinó con bastante éxito el estudio del expansionismo con la historia intelectual y de las ideas en el Oeste. Entre sus obras destacan: *Army exploration in the American West, 1803-1863* (1959) [387 citas], *Exploration and Empire: the explorer and the Scientist in the Winning of the American West* (1966) [445 citas] y *When the Eagle Screamed: The Romantic Horizon in American Diplomacy, 1800-1860* (1966) [28 citas].⁵²

⁵¹Entre las obras de la *New Left History* destacan el 1º capítulo de *The Tragedy of American Diplomacy*, y el libro de Anders Stephanson (1995) del que hablé con anterioridad, así como la obra del discípulo de Williams el historiador Walter LaFeber *The New Empire: An Interpretation of American Expansion 1860-1898* (1963) [906 citas]. De entre los historiadores de la relaciones internacionales de corte realista destacan Norman A. Graebner y sus obras *Empire on the Pacific: a study in American continental expansion* (1955) [176 citas] y *Manifest Destiny* (1964) [67 citas], y de Walter A. McDouglas el libro *Promised Land, Crusader State: the American Encounter with the World since 1776* (1997) [663 citas].

⁵²Otros estudios desde esta perspective pueden encontrarse en las siguientes obras: *Mexico Views Manifest Destiny, 1821-1846: an essay on the origins of the mexican war* (1975) [87 citas] de Gene M.

Aunque el concepto de *Destino Manifiesto* contiene un evidente contenido religioso, ni Weinberg ni Merk profundizaron excesivamente en este aspecto, y fue Ernest L. Tuveson, quien con su obra *Redeemer Nation: The idea of America's Millennial Role* (1968) [786 citas, 10 reseñas] analizó la idea de América como nación redentora, estableciendo en su estudio toda una serie de corolarios vinculados al *Destino Manifiesto* como las ideas de una “raza elegida, nación elegida; destino utópico-milenarista para la humanidad”. Esta obra de gran repercusión inició toda una colección de publicaciones que recuperaban la perspectiva de Weinberg del *Destino Manifiesto* entendido como una doctrina en un momento en el que por la popularidad de la historia diplomática preponderaba la perspectiva de Merk.⁵³

A partir de los años 80 del siglo XX los estudios sobre el *Destino Manifiesto* comenzarán a experimentar una transformación en su enfoque como resultado del *giro cultural* y del auge de los *cultural studies* en los departamentos de las universidades

Brack y *Manifest Destiny in the Mines: a cultural interpretation of Anti-Mexican Nativism in California, 1846-1853* (1975) [16 citas] de Richard H. Peterson y la obra editada por Haynes W. Sam y Christopher Morris *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism* (2008) [110 citas], impulsada por la *Texas State Historical Association* y que reúne a varios de los máximos especialistas contemporáneos en la materia. Entre las obras que igualan el *Destino Manifiesto* a la guerra de los Estados Unidos con México tenemos la obra editada por Ramón E. Ruiz *The Mexican War: was it Manifest Destiny?* (1962) [66 citas] o *The Mexican War: Manifest Destiny* (1992) [4 citas] de Alden Carter.

⁵³Ernest L. Tuveson, *Redeemer Nation: The idea of America's Millennial Role*. (Chicago: Chicago University Press, 1968), pp, VII, XI. Entre las obras más destacada de esta perspectiva se encontraría *God's New Israel: Religious Interpretations of American Destiny* (1971) [358 citas] de Conrad Cherry, que es además la primera antología de fuentes primarias publicada sobre el discurso providencialista y el *Destino Manifiesto* en los Estados Unidos. La obra de Stephanson (1995) también podría incluirse dentro de esta temática al defender los orígenes del providencialismo del *Destino Manifiesto* en las doctrinas puritanas. Más recientemente el ensayista John N. Gray publicó a raíz de la Segunda Guerra de Irak un libro parecido al de Tuveson pero desde las tesis de Norman Cohn en su obra *En pos del milenio: revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media* (1957) [2959 citas]. La obra de John H. Gray se hizo popular como crítica al discurso neoconservador y lleva por título *Black Mass: Apocalyptic Religion and the Death of Utopia* (2007) [611 citas]. Milan Zafrovsky ha vinculado la teología calvinista con el *Destino Manifiesto* desde la perspectiva de la sociología de la religión en una obra muy normativa y de mediocre calidad que a mi juicio conculca casi todos los estándares de buena praxis investigadora: *The Destiny of Modern Societies: the Calvinist Predestination of a New Society* (2009) [1 cita] en donde a través de la perspectiva más vulgarizada de los principales referentes de la teoría sociológica vincula las hipotéticas raíces calvinistas de la modernidad americana con un autoritarismo que denomina “fascismo moral global”. En contraste con la muy deficitaria obra de Zafrovsky el autor inglés Nicholas Guyatt ha escrito por el contrario el que a mi juicio es el mejor libro sobre el providencialismo americano *Providence and the Invention of the United States, 1607-1876* (2007) [103 citas] pues a diferencia de la mayoría de los estudios aquí presentados no considera que exista una única tradición providencialista que se vaya transformando, sino que aboga por la existencia de distintos tipos de providencialismo con diferentes genealogías y orígenes, que van convergiendo y divergiendo, y para cuya correcta comprensión han de estudiarse desde un enfoque de historia atlántica. Pero la obra de Guyatt se encuentra excesivamente anclada en el Océano Atlántico inglés, y debe complementarse con la obra publicada un año antes por Jorge Cañizares-Esguerra *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic 1550-1700* (2006) [311] que compara el discurso providencialista y demonológico de puritanos ingleses y conquistadores españoles en la conquista y colonización de las Américas.

norteamericanas, así como por la emergencia de la perspectivas postcolonial y decolonial, que van a acelerar el carácter crítico y de denuncia que venía desarrollándose desde la profesionalización del estudio historiográfico de la materia. La perspectiva racial y las historias centradas en la “agencia” del *Destino Manifiesto* son herederas de la implementación de las perspectivas postmodernas y críticas de este objeto de estudio, tanto para las obras escritas desde el paradigma de Weinberg como a quienes escriben desde la visión de Merk.

Es en este contexto en el que el autor inglés Reginald Horsman publicará su obra *Race and Manifest Destiny* (1981) [1941 citas y 17 reseñas] que en la actualidad se trata de la obra con mayor impacto en el mundo académico sobre la temática del *Destino Manifiesto* (la más citada y utilizada con fines educativos), lo que además seguramente le hará merecedor con el tiempo de ser considerado como el tercer clásico en la materia. En esta obra (deudora de la perspectiva de Weinberg) se analiza la historia del racismo anterior a la aparición del darwinismo social, centrándose en las contribuciones del romanticismo angloamericano al discurso racista decimonónico. Horsman establece para este fin la distinción entre *racialismo* y *racismo*, para diferenciar las perspectivas raciales románticas de principios y mediados del siglo XIX con respecto al denominado “racismo científico” de finales de este periodo. Esto le permite defender la existencia de una perspectiva racial a la que denomina *anglosajonismo*, que a mediados del siglo XIX fue muy popular a la hora de justificar la expansión territorial en términos de superioridad de la “raza anglosajona”. Para Horsman lo que definiría al *Destino Manifiesto* sería la manera en justificar el expansionismo en términos raciales antes que por la creencia en los principios de la democracia republicana, o por su discurso providencialista. Sin lugar a dudas la obra de Horsman es el mejor análisis del pensamiento racista subyacente a la ideología del *Destino Manifiesto*, así como una obra imprescindible para comprender el racismo romántico de de la primera mitad del S. XIX. Sin embargo, en la obra de Horsman se evidencia la mayor debilidad que tiende a caracterizar a los estudios especializados del *Destino Manifiesto*: al privilegiar el estudio de uno de sus elementos se corre el riesgo de minusvalorar la importancia del resto. Y este problema acompaña a las hipótesis y conclusiones de Horsman.⁵⁴

Junto a la obra de Horsman a partir de los años 80 se desarrollará toda una perspectiva de estudios que van a vincular racismo y expansión. Entre estos se pueden

⁵⁴ Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny*. (Cambridge: Harvard University Press, 1981), pp. 1-6, 299-305.

encontrar obras que muestran el racismo generalizado contra esclavos negros, mexicanos, latinos, emigrantes católicos y nativos americanos; así como también ha surgido una rama de estudio que se centra en la conquista y aniquilación de las naciones originarias durante el avance de los colonos hacia el Oeste.⁵⁵

Pero será durante los años 90 del siglo XX cuando se producirá el “gran boom” de la historiografía del *Destino Manifiesto*, tanto por la aparición de las monografías introductorias de carácter general, como por el surgimiento del último grupo de estudios especializados a los que he denominado como historias sobre la “agencia” del *Destino Manifiesto*.

El carácter de “agencia” viene dado por el enfoque de estas obras, que van a privilegiar el estudio del *Destino Manifiesto* a través de sus actores; de los hombres y mujeres que corporeizarán esta ideología y el fenómeno expansionista mediante sus acciones, identidades y discursos. Este cambio de perspectiva se va a concretar a partir de dos subtemáticas interrelacionadas entre sí. Por una parte mediante el estudio del fenómeno del filibusterismo, ejércitos privados que en la década de los años 50 del siglo XIX se lanzaron a la conquista de repúblicas centroamericanas y caribeñas para anexionarlas a los Estados Unidos. Y por otra parte mediante la aplicación del enfoque feminista y de la perspectiva de género al estudio del *Destino Manifiesto*, señalando las prácticas machistas y el carácter heteropatriarcal subyacentes a las prácticas y al discurso expansionista, pero también recuperando y poniendo en valor el papel de las mujeres en todo este proceso.

⁵⁵Una forma en la que se ha estudiado la interrelación entre racismo y *Destino Manifiesto* ha sido la de considerar el impacto del expansionismo en los debates sobre la expansión de la esclavitud hacia el Oeste como factor decisivo para el estallido de la Guerra Civil Americana. Este es el argumento principal de *Slavery and the American West: the Eclipse of Manifest Destiny and the Coming of the Civil War* (1997) [221 citas] de Michael A. Morrison. Desde esta misma perspectiva aunque anterior a esta oleada de publicaciones destaca el primer volumen de la obra magna de Allan Nevins *Ordeal of the Union: Fruits of Manifest Destiny, 1847-1852* (1947) [188 citas]. A medio camino entre esta perspectiva y las historias centradas en la “agencia” se encuentra la obra de Thomas R. Hietala *Manifest Design: American Exceptionalism and Empire* (1985) [389 citas] que considera el *Destino Manifiesto* como el producto de una clase política que intenta dar salida tanto a la crisis de la república por el problema de la esclavitud a través de una salida imperial. Por otra parte, el libro *Manifest Destiny: the Making of the Mexican Race* (2007) [477 citas] de Laura E. Gómez se centra en cómo afectó el expansionismo a la definición racial de los mexicanos, de aquellos que quedaron en México como de los que fueron absorbidos en los territorios ocupados. De entre las monografías que estudian el impacto del expansionismo y el *Destino Manifiesto* en el proceso de aniquilación indígena de Norteamérica destacan las obras *Facing West: the Metaphysics of Indian Hating and Empire-Building* (1980) [918 citas] de Richard Drinnon y *Native America Discovered and Conquered: Thomas Jefferson, Lewis & Clark and Manifest Destiny* (2006) [169 citas] de Robert J. Miller. El libro de Pekka Hämäläinen *The Comanche Empire* (2008) [511 citas] propone una perspectiva alternativa a la interrelación entre imperio y Oeste americano al retratar a los Comanches como el verdadero poder norteamericano antes de que se produzca la expansión hacia el Oeste. La obra anteriormente mencionada de Jorge Cañizares-Esguerra (2006) entraría también dentro de esta categoría, pues entrecruza el discurso religioso con la aniquilación indígena.

Los estudios del filibusterismo comenzaron algo antes del “boom” de los 90 a través de la obra de Charles H. Brown *Agents of Manifest Destiny: the Lives and Times of Filibusters* (1980) [126 citas], cuyo libro supone por su exhaustividad y carácter pionero ser considerado como el equivalente a la obra de Weinberg para los estudios del filibusterismo. De manera simbólica su título “Agentes del *Destino Manifiesto*” señala el giro que se materializará con los estudios posteriores, giro por el cual se intentará explicar el *Destino Manifiesto* y su carácter a través de los actores que lo utilizaron y corporeizaron. Pero si hay un nombre que haya quedado asociado al estudio del filibusterismo es el de Robert E. May, posiblemente uno de los más destacados historiadores para la década de los 50 del siglo XIX. May ya había tratado de manera secundaria el filibusterismo en su primera obra *The Southern Dream of a Caribbean Empire, 1854-1861* (1973) [215 citas], pero será su libro *Manifest Destiny Underworld: Filibustering in Antebellum America* (2002) [160 citas, 15 reseñas] la obra que será reconocida como uno de los mejores trabajos en la materia.⁵⁶

El hecho de que el *Destino Manifiesto* se estudie a través del filibusterismo ha sido clave para que emerja la perspectiva de género en el objeto de estudio. La primera autora en hacer un estudio del *Destino Manifiesto* en clave de género fue Linda S.

⁵⁶Aunque posiblemente el prestigio de May provenga del conjunto de su obra, la más extensa sobre la temática del filibusterismo entre artículos y monografías. A parte de las monografías ya citadas May trató la cuestión del expansionismo al margen del filibusterismo en el libro *Slavery, Race and Conquest in the Tropics: Lincoln, Douglass and the Future of Latin America* (2013) [16 citas], en donde estudia el contenido expansionista en los debates de *Licolln-Douglass* (1858), uno de los enfrentamientos políticos más trascendentales del siglo XIX americano. En lo que se refiere a la bibliografía del filibusterismo en sentido amplio, la mayor parte de trabajos tratan sobre filibusteros específicos. Así, Frank L. Owsley y Gene A. Smith han estudiado las primeras formas de filibusterismo durante la las presidencias de Jefferson, Madison y Monroe en su libro *Filibusters and Expansionists: Jeffersonian Manifest Destiny, 1800-1821* (1997) [105 citas]. El historiador Tom Chaffin ha contribuido así mismo desde el género biográfico a mostrar la agencia del expansionismo a través de filibusteros como Narciso López en *Fatal Glory: Narciso López and the First Clandestine U.S. War in Cuba* (1996) [74 citas], del explorador del Oeste John C. Frémont en *Pathfinder: John Charles Frémont and the Course of American Empire* (2002) [71 citas] o narrando la relación del presidente James K. Polk con el expansionismo en *Met His Every Goal?: James K. Polk and the Legends of Manifest Destiny* (2014) [3 citas]. La obra de Chaffin muestra una de las estrategias de aproximación más comunes de este nuevo enfoque, el tratamiento del expansionismo y el *Destino Manifiesto* a través del género biográfico como medio para el estudio de la subjetividad y del impacto de los individuos en el expansionismo. Otro ejemplo de estudio de la “agencia” del *Destino Manifiesto* que se aleja del filibusterismo para estudiar otro ejemplo similar se encuentra en la obra de James M. Mccaffrey *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848* (1992) [95 citas] que se centra en el discurso, comportamiento y subjetividad de los soldados invasores estadounidense durante la guerra con México y la manera en que estos concretaban la ideología del *Destino Manifiesto* sobre el terreno. En un registro completamente distinto pero complementario Kris Fresonke en *West of Emerson: the Design of Manifest Destiny* (2003) [53 citas] analiza a los autores trascendentalistas desde el mismo enfoque que Thomas R. Hietala aplicó sobre los políticos jacksonianos, para dar cuenta de la recepción de las narraciones que llegaban desde el Oeste y que sirvieron para que pensadores como Emerson o Thoreau contribuyeran a la formación del *Destino Manifiesto*.

Hudson con su libro *Mistress of Manifest Destiny: a Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878*(2001) [40 citas, 4 reseñas]. Lo novedoso de esta investigación reside en dos factores: el primero y más importante que desafía la convención historiográfica de considerar a O'Sullivan como el autor que acuñó el concepto de *Destino Manifiesto*. En su lugar Hudson ha propuesto que su autora fue la periodista, pionera y filibustera Jane McManus Storm Cazneau, también conocida por el pseudónimo de "Cora Montgomery". Como resultado de esta hipótesis, Hudson escribió una historia del *Destino Manifiesto* en donde la clave de género se erigió en un elemento central, tanto para explicar el expansionismo, como para resaltar el rol de la mujer a mediados del siglo XIX en los Estados Unidos.⁵⁷

El año 2005 será central para el asentamiento del enfoque feminista aplicado al estudio del *Destino Manifiesto*, pues aparecerán dos obras que plantearán la historia del *Destino Manifiesto* desde esta perspectiva: *True Women & Westward Expansion* (2005) [21 citas] de Adrienne Caughfield y *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire* (2005) [312 citas, 8 reseñas] de Amy S. Greenberg. Esta última autora se convertirá en el principal referente de los estudios feministas aplicados al expansionismo y al *Destino Manifiesto*, y ha editado una recopilación de fuentes primarias cuya selección y estudio introductorio es una buena síntesis de la perspectiva crítica postmoderna desarrollada en este campo desde los años 80 del siglo XX hasta nuestros días. En la segunda edición de este trabajo Greenberg se ha hecho eco de la irrupción de la perspectiva crítica conocida como "colonialismo colono" (*settler colonialism*), una forma de perspectiva decolonial que se centra en explicar el expansionismo como una forma de genocidio sistemático perpetrado por la lógica misma de la colonización y sus actores, y cuyo enfoque estaría irrumpiendo con fuerza en los últimos años.⁵⁸

En cuanto a esta hipótesis de Greenberg, es pronto aún para confirmar el ascenso del enfoque del *settler colonialism*, ya que no se han publicado estudios monográficos

⁵⁷ Linda S. Hudson, *Mistress of Manifest Destiny: a Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878*. (Austin: Texas State Historical Association, 2001), pp. 1-6.

⁵⁸ Amy S. Greenberg, "Introduction: the 'Free Development' of a North American Empire", *Manifest Destiny and American Territorial Expansion: a Brief History with Documents*. (Boston: Bedford/St. Martins, 2017), pp. 1-30. Junto a este hipotético ascenso del "settler colonialism", durante los últimos tiempos la perspectiva feminista y la historia escrita desde un enfoque de género se ha erigido en el principal enfoque de análisis del expansionismo y el *Destino Manifiesto*, como atestiguan las numerosas monografías publicadas recientemente: *Romancing Manifest Destiny: Race, Gender and Sexuality in the Making of California* (2004) [0 citas] de Yolanda Venegas; *The Threshold of Manifest Destiny: Gender and National Expansion in Florida* (2016) [4 citas] de Laurel C. Shire; *Patriots, Prostitutes, and Spies: Women and the Mexican-American War* (2017) [3 citas].

del *Destino Manifiesto* desde esta perspectiva. Sin embargo durante mis estancias de investigación en las universidades de Columbia (2016) y CUNY (2017) encontré que el enfoque del *settler colonialism* se encontraba en el foco de discusión tanto en la academia como entre una parte de la opinión pública concienciada con los problemas raciales, por lo que no es descabellado pensar que en un futuro aparezcan trabajos del *Destino Manifiesto* escritos desde este enfoque.

La perspectiva del *settler colonialism* fue inaugurada por el antropólogo Donal Deenon en un artículo titulado “Understanding Settler Societies” (1979) [52 citas], y ha recibido su impulso teorizador desde los trabajos de Patrick Wolf *Settler colonialism and the transformation of anthropology: The politics and poetics of an ethnographic event* (1999) [4 citas] y de Loreno Verazini *Settler colonialism: A theoretical overview* (2010) [122 citas]. Esta propuesta teórica surgió como una crítica a la teoría postcolonial, argumentando que las lógicas coloniales no eran solo un hecho del pasado, sino que siguen reproduciéndose en aquellas sociedades fundadas en un pasado colonizador. Este enfoque propone una perspectiva transnacional para estudiar aquellos casos de imperialismo en donde el proceso colonial haya tenido como principal factor la aniquilación de poblaciones indígenas para tomar sus tierras y de esta manera posibilitar la expansión territorial de colonos, en muchos casos los principales agentes de este genocidio.⁵⁹

⁵⁹Tate A. LeFevre: “Settler Colonialism”, *Oxford Bibliographies* <http://www.oxfordbibliographies.com/view/document/obo-9780199766567/obo-9780199766567-0125.xml>. consultado el 18/03/2018. Si bien parte de la propuesta sobre la permanencia de las lógicas coloniales en las sociedades contemporáneas es interesante y pertinente para pensar como se reproduce la opresión y las desigualdades raciales, la perspectiva no se encuentra carente de problemáticas. Imputar una voluntad genocida premeditada al conjunto de los colonos resulta una simplificación de la pluralidad de conciencias y posicionamientos existentes en las sociedades coloniales, y la estrategia de imputar esta lógica genocida a la “estructura colonial” genera un automatismo teleológico en donde los agentes acaban siendo meras marionetas de un marco social reificado. A eso hay que añadir el problema de establecer un modelo que bascula constantemente entre concebir al sujeto colonizador como una agencia omnipotente, que es simultánea y constantemente reducida a una mera personificación de un sistema social en donde las agencias individuales pierden toda relevancia. Por otra parte, esta teoría tiende a borrar las diferencias específicas entre las formas de opresión de distintas épocas, equiparando casos que bien pueden calificarse de genocidio, con otras prácticas históricas cuya violencia explícita es de menor intensidad, como la explotación económica colonial, las formas actuales de segregación y exclusión de minorías raciales por parte mayorías sociales que controlan los mecanismos y estructuras estatales. Si bien todos estos ejemplos representan formas de opresión y violencia racista que constituyen una estructura de dominación racial presente en el pasado y prevalentes en la actualidad, su naturaleza y consecuencias son muy distintas y resulta inadecuado englobarlas todas bajo un término tan fuertemente marcado como el de *genocidio*.

1.4 John L. O'Sullivan como objeto de estudio en la historiografía norteamericana.

Finalmente en lo que se refiere al tratamiento de O'Sullivan por parte de la historiografía, ya adelanté que en 70 años, desde 1933 a 2003, no se ha publicado ningún estudio monográfico sobre la vida del periodista *jacksoniano*. Sin embargo sí que ha habido en ese lapso de tiempo algunos estudios sobre su persona.

Contemporáneos e inmediatamente posteriores a los trabajos de Pratt se sucedieron las investigaciones sobre la *The United States Magazine and Democratic Review*. En 1930 Frank Luther Mott publicó su tesis doctoral con la que ganó el premio Pulitzer de historia en el año 1939 y que se convirtió en el texto base de historia del periodismo: *A history of American Magazines, 1741-1850* [1415 citas], en donde apareció una entrada en la que se trató por primera vez desde una perspectiva académica la labor de O'Sullivan como editor de la *Democrctic Review*. Pero la primera monografía sobre la *Democratic Review* fue la tesis de Landon E. Fuller, de 1948 *The United States Magazine and Democratic Review, 1937-1859: a Study of its History, Contents and Significance* [5 citas]. Sin embargo esta tesis está escrita en el campo de los estudios de literatura americana, por lo que otorga a O'Sullivan un lugar secundario en su análisis.⁶⁰

Será en la Universidad de Columbia durante los años 50 del siglo XX donde se produzca el mayor avance en la investigación sobre O'Sullivan, pero con la paradoja de que estos trabajos, (los que más han profundizado en la temática), no llegaron nunca a publicarse, por lo que su impacto en la historiografía norteamericana ha sido reducido. La primera de estas investigaciones fue el trabajo de fin de máster en ciencias políticas de Robert Gumerove defendido en 1953 con el título *The New York Morning News: Organ of the Radical "Barnburning" Democracy. 1844-1846*[0 citas], en el que se expone la historia editorial del periódico neoyorkino *The New York Morning News* (fundado por O'Sullivan y su amigo Samuel J. Tilden) y en donde abunda sobre la contribución periodística e intelectual de O'Sullivan a través de este medio.

Unos años después Sheldon H. Harris defendió su tesis doctoral *The Public Career of John L. O'Sullivan* (1958) [7 citas], que a mi juicio se trata del trabajo monográfico más completo escrito hasta la fecha sobre este periodista y pensador político. Una parte del trabajo de Harris vio la luz a través de dos artículos: "John Louis O'Sullivan and the Election of 1844 in New York" (1960) [8 citas] y "John L.

⁶⁰ Frank L. Mott, *A history of American Magazines, 1741-1850* (Nueva York: D. Appleton and Company, 1930), pp.677-684

O'Sullivan Serves the Confederacy" (1964) [3 citas], pero a pesar de estas dos publicaciones, el grueso de la información contenida en la tesis no ha trascendido a la historiografía norteamericana, quitando unos poquísimos trabajos que sí se han hecho eco de ciertas partes de la misma.

Con anterioridad a que Harris y Gumerove escribieran sus tesis en Columbia, Frank Parella presentó en la Universidad de Georgetown una interesantísima tesina de fin de máster en donde se abordó por primera vez en profundidad una temática que había quedado sugerida en la obra de Weinberg, pero que este autor nunca llegó a desarrollar. Parella presentó un trabajo en el que analizaba los orígenes, similitudes y diferencias entre el concepto expansionista de *lebensraum*, utilizado durante la segunda guerra mundial por la Alemania nazi, comparándolo con el concepto de *Destino Manifiesto*. En el capítulo II se plantearán los orígenes de ambos conceptos, y en el capítulo IV se planteará una historia del *Destino Manifiesto*. Parella no aportará con este trabajo ninguna novedad con respecto a los estudios de Pratt en relación a O'Sullivan o al *Destino*. El carácter novedoso de su trabajo se caracterizará por proponer por primera vez un estudio desde una perspectiva comparada entre la noción de *Destino Manifiesto* con otras ideas expansionistas. Su trabajo sin embargo no llegará a publicarse y pasará mayoritariamente desapercibido [5 citas].⁶¹

La historiografía posterior ha realizado numerosas menciones puntuales hacia O'Sullivan como autor del concepto de *Destino Manifiesto*, pero muy pocos trabajos han profundizado realmente en su persona o pensamiento. Una excepción a esta situación vendrá de la mano de los estudios dedicados al *Young America*, tanto a su vertiente literaria como a la política. Sin llegar a ser el tema central de su obra, John Stafford en su libro *The Literary Criticism of "Young America": a Study in the relation of politics and literature 1837-1850* (1952) [38 citas] detalló el desenvolvimiento de O'Sullivan en la generación de escritores del *Young America* mostrando su influencia entre los mismos.

Pocos años después el famoso historiador intelectual Perry Miller volvió a tratar la vinculación entre O'Sullivan y el *Young America* en su obra *The Raven and the Whale: Poe, Melville and the New York Literary Scene* (1956) [30 citas], en el que se narra la historia de la formación de Nueva York como capital cultural de los Estados Unidos a través de la contraposición entre el grupo literario de los *Knickerbocker* y el

⁶¹Frank Parella, "Lebensraum and Manifest Destiny: a Comparative Study in the Justification of Expansionism" (tesis de máster, Universidad de Georgetown, 1950), pp. 18-36, 62-87.

Young America literary group, las dos facciones de escritores más importantes de mediados del siglo XIX en la ciudad. Pero Miller no situó el foco en O'Sullivan, sino en los editores Lewis G. Clark y Evert Duyckinck.⁶²

Inspirado en este último trabajo, el historiador Edward L. Widmer escribió un magnífico libro titulado *Young America: the Flowering of Democracy in New York City* (1999) [165 citas], en el que movió el centro interpretativo del *Young America* al binomio O'Sullivan-Duyckinck, para postular que fue en la alianza de estos dos autores alrededor de la *Democratic Review* en donde se fraguó el verdadero renacimiento literario de Nueva York. La obra de Widmer va a ser importante porque aunque no se trate abiertamente de una monografía sobre O'Sullivan, la presencia del periodista es constante durante todo el libro, profundizando de esta manera en una faceta del teórico *jacksoniano* que estaba ausente en las tesis doctorales.⁶³

Pocos años después Robert D. Sampson se convirtió en el primer autor en publicar una monografía sobre O'Sullivan (2003), mediante una biografía titulada *John L. O'Sullivan and his Times* [39 citas], que está basada en su tesis doctoral escrita siete años antes: '*Under the Banner of the Democratic Principle*': *John Louis O'Sullivan, the Democracy and the Democratic Review*. El libro de Sampson es la fuente de información más completa sobre O'Sullivan publicada hasta el momento, y en el cómputo total de la literatura posiblemente sólo sea superada por la tesis de Harris (1958). Además de su biografía sobre O'Sullivan, Sampson escribió un capítulo de libro titulado "John L. O'Sullivan and the Tragedy of Radical Jacksonian Thought" (2006) en una obra colectiva dedicada a la memoria de su director de tesis, el profesor Robert W. Johannsen [5 citas a la obra colectiva].⁶⁴

En la actualidad Widmer y Sampson, son los mayores especialistas vivos sobre O'Sullivan, pero curiosamente ambos realizaron sus investigaciones de manera simultánea sin saber que el otro estaba trabajando en lo mismo. Sampson realizó su tesis doctoral en la universidad de Illinois at Urbana-Champaign desde 1985 a 1995, publicando en el año 2003 una versión reducida de su tesis. Widmer por su parte realizó su investigación del año 1987 a 1997, considerando publicarla como libro en 1989 inspirado por la caída del Muro de Berlín y los sucesos de la plaza de Tiananmén. El

⁶² Perry Miller, *The Raven and the Whale: Poe, Melville and the Nueva York Literary Scene*. (Baltimore: John Hopkins University Press, 1997), pp.3-7, 109-110.

⁶³Widmer, *Young America*, pp. I, 3, 10-13.

⁶⁴ Robert D. Sampson, "John L. O'Sullivan and the Tragedy of Radical Jacksonian Thought", en *Politics and Culture of the Civil War Era: Essays in Honor of Robert W. Johannsen* (Selinsgrove: Susquehanna University Press, 2006), pp. 53-72.

libro quedó terminado en 1997, antes de incorporarse a la Casa Blanca como asesor de Bill Clinton, ocupando el puesto de redactor de discursos de política exterior, motivo que retrasó la publicación del libro al año 1999. Por lo tanto, los dos mayores especialistas que hay en la actualidad en O'Sullivan no pudieron leerse y aportarse en el proceso de investigación, y sólo Sampson pudo realizar un reconocimiento de esta paradoja gracias a los siete años de demora desde el final de su investigación hasta la fecha de publicación del libro.⁶⁵

Lejos de ser anecdótico, este caso es representativo de la situación en la que se encuentra el estudio de O'Sullivan, en donde las mayores aportaciones o bien son inéditas (el caso de Harris y de Gumerove), bien han sido publicadas de manera demasiado dilatada en el tiempo para incidir en los debates historiográficos (como ocurre con los estudios del *Young America*), o como ha ocurrido con las investigaciones de mayor peso, se han llevado a cabo de manera simultánea sin que los investigadores pudieran beneficiarse de los aportaciones de sus compañeros (Widmer y Sampson).

Tras los trabajos de Widmer y Sampson se ha dado una nueva oleada de estudios en donde la figura de O'Sullivan ha ido cobrando más protagonismo. Yonatan Eyal publicó un nuevo estudio sobre la temática del *Young America Movement* titulado: *The Young America Movement and the Transformation of the Democratic Party* (2007) [96 citas] en el que desplaza el foco desde el grupo literario anteriormente mencionado a la generación de políticos nacionalistas que surgieron con posterioridad a la intervención estadounidense en México, lo que supone un trabajo similar al de los estudios sobre la agencia del *Destino Manifesto* realizados sobre el filibusterismo, pero en este caso con O'Sullivan en el centro del análisis.

Por su parte Robert J. Scholnick realizó dos contribuciones al estudio de O'Sullivan en forma de dos artículos sobre la conformación de una ideología imperialista a través de la literatura y los editoriales de la *Democratic Review*. Lo interesante de estas publicaciones es que se producen antes y después de la aparición de las obras de Widmer y Sampson, por lo que sirven para ponderar su impacto: "Democrats Abroad: continental literature and the American Bard in the *United States Magazine and Democratic Review*" (1993) [4 citas] y "Extermination and Democracy: O'Sullivan, the *Democratic Review*, and Empire, 1837-1840" (2005) [16 citas].

⁶⁵ Widmer, *Young America...*, pp. I-II; Robert D. Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times* (Kent: The Kent State University Press, 2003), pp. IX-XII, XV, 244.

Siguiendo una vía similar a Scholnick quien vinculó el *Destino Manifiesto* con el *continentalismo*, los autores franco-canadienses Louis-Georges Harvey y Yvan Lamonde escribieron en el año 2013 el que probablemente sea el estudio más completo sobre el *Destino Manifiesto* en lengua francesa: “Origines et formes diverses du ‘destin manifeste’ dans les Amériques: les Papineau et la *United State Magazine and Democratic Review* de Washington et New York” [2 citas]. En este texto los autores quebequinos analizaron los orígenes del concepto, haciendo hincapié en la perspectiva de O’Sullivan sobre la rebelión del Bajo Canadá de 1837 y las referencias expansionista de este autor con respecto a su país. Por otra parte trataron la recepción del concepto y su doctrina *continentalista* en el pensamiento y los discursos del político canadiense Louis-Joseph Papineau, planteando que la región de Quebec habría generado su propia versión católica del *Destino Manifiesto*.⁶⁶

Otro ejemplo de este renovado interés en O’Sullivan lo constituye el libro de Stephen J. Hartnett *Executing Democracy: Capital Punishment and the Making of America, Vol. II, 1835-1843* (2012) [13 citas], que incluye un capítulo titulado “O’Sullivan and Cheever’s Death Penalty Debate of 1843 and ‘The Great Merciless Machine of Modernity’” en donde se trata el esfuerzo de O’Sullivan por lograr la abolición de la pena de muerte en el estado de Nueva York, y de su debate con el reverendo presbiteriano Geroge B. Cheever.

Así mismo, el historiador Thomas M. Allen ha realizado el que a mi juicio ha sido una de las contribuciones más sugerentes tanto para la comprensión de la cultura decimonónica estadounidense como para el estudio del propio O’Sullivan. Con su libro *A Republic in Time: Temporality & Social Imagination in Nineteenth Century America* (2008) [126 citas] Allen ha intentado paliar uno de los problemas que tenía la historiografía norteamericana que por el influjo de Frederick J. Turner y de Henry N. Smith se había centrado en estudiar los aspectos geográficos y espaciales en la mentalidad americana del siglo XIX, olvidando la importancia de la temporalidad. Sin embargo Allen defenderá que los americanos del siglo XIX no sólo imaginaron su país extendiéndose por el espacio, sino que también forjaron su identidad nacional a través de la idea de América expandiéndose por el tiempo como la nación del progreso. En lo que se refiere al estudio de O’Sullivan (punto de partida del trabajo de Allen) la

⁶⁶Louis-Georges Harvey y Yvan Lamonde, “Origines et formes diverses du ‘destin manifeste’ dans les Amériques: les Papineau et la *United State Magazine and Democratic Review* de Washington et New York”, *Les Cahiers des dix*, N. 67, (2013), pp. 25-27, 33-57, 61.

contribución de este libro es muy valiosa pues en él se expone y analiza en profundidad por primera vez el papel que jugó la teoría de Thomas Malthus en el pensamiento del autor *jacksoniano*, siendo esta misma temática el punto clave de mi tesis doctoral.⁶⁷

En los últimos años han aparecido dos trabajos planteados desde una óptica muy similar entre sí, y que apuntan hacia una de las hipótesis de esta tesis al considerar a O'Sullivan como un pensador político. Ambos trabajos utilizan la temática de la *teología política* para aproximarse al pensamiento teológico-político de O'Sullivan. El politólogo Adam J. Gómez fue el primero que planteó la necesidad de analizar a O'Sullivan desde la perspectiva de la *religión civil americana* en su tesis doctoral *The Nation Invisible: American Civil Religion and the American Political Tradition, 1838-1925* (2010), cuyo primer capítulo trata sobre O'Sullivan y fue publicado como artículo independiente: "Deus Vult!: John L. O'Sullivan, Manifest Destiny & American Democratic Messianism" (2012) [10 citas]. En su tesis doctoral Gómez defendió que la tradición de la *Religión Civil Americana* se ha fundamentado en un marco teológico-político generado discursivamente por O'Sullivan y Lincoln, quienes fundarían una tradición de pensamiento que puede rastrearse en políticos posteriores como Woodrow Wilson o William J. Bryant. Lo novedoso de esta tesis es que muestra por primera vez a O'Sullivan como un pensador político cuyas ideas tienen un impacto concreto a la hora de constituir una tradición política.⁶⁸

El segundo trabajo es del profesor John D. Wilsey y lleva por título "Our Country is Destined to be the Great Nation of Futurity: John L. O'Sullivan's Manifest

⁶⁷Thomas M. Allen, *A Republic in Time: Temporality & Social Imagination in Nineteenth Century America* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2008), pp. 4-41, 217-224; Como desarrollaré más adelante, mi descubrimiento sobre la importancia del pensamiento maltusiano en O'Sullivan no guarda relación con las tesis de este texto. Mi trabajo fue el resultado derivado de un análisis hermenéutico de los textos de O'Sullivan, así como de un trabajo de archivo que me llevó a recomponer su pensamiento y los distintos estadios de conformación del concepto de *Destino Manifiesto* (en diciembre del 2017). Javier F. Sebastián me dio a conocer este texto de manera casual cuando ya me encontraba en el proceso de redacción de la tesis (Enero del 2019), y con posterioridad a mi descubrimiento sobre la importancia de las tesis maltusianas en O'Sullivan. El trabajo de Allen ha sido sin embargo muy valioso para mi tesis doctoral pues me ha ayudado a confirmar algunas de mis hipótesis y a afinar la relación entre el pensamiento de O'Sullivan con las ideas de Malthus. Tanto mi trabajo como el de Allen se fundamentan sobre el impacto de los imaginarios espacio-temporales en la formulación de las ideas nacionales, si bien el trabajo de Allen, por su forma de insertarse en su contexto historiográfico tiende a minusvalorar el papel de los imaginarios espaciales, en vez de buscar las lógicas de inserción entre lo espacial y lo temporal, tal y como pretendo hacer yo. Por otra parte su trabajo se fundamenta en las tesis de John G. A. Pocock y de Benedict Anderson, ignorando la contribución de Reinhart Koselleck, la historia de los conceptos y su perspectiva sobre la semántica de los tiempos históricos, que resulta fundamental para mi trabajo. A pesar de estas omisiones considero que su libro ha sido una excelente contribución para la historia cultural de su país, pues ha abordado una temática largamente ignorada y de importancia capital en la constitución nacional de los Estados Unidos.

⁶⁸Adam J. Gómez, "The Nation Invisible: American Civil Religion and the American Political Tradition" (tesis doctoral, University of California San Diego, 2010), pp. 14-15.

Destiny and Christian Nationalism, 1837-1846” (2017) [0 citas]. En este estudio Wilsey analiza el impacto del clima religioso protestante de su época, así como la influencia del idealismo alemán en la conformación de la ideología expansionista de O’Sullivan. Al igual que hará Gómez, Wilsey señala a O’Sullivan como el fundador de una forma de religión política, sólo que Wilsey no considera que sea la *Religión civil americana*, sino una forma de cristinismo nacionalista que O’Sullivan habría denominado “Destino Manifiesto”.⁶⁹

No querría cerrar esta revisión bibliográfica sin mencionar que recientemente el filósofo italiano Domenico Losurdo incluyó a O’Sullivan en el canon de la tradición liberal en su *Contrahistoria del Liberalismo* (2005) [549 citas], lo que supone un primer paso para la consideración y normalización de este autor como un pensador político.⁷⁰

La historiografía, por tanto, ha ido abriendo distintas puertas de cara a poder establecer una posición crítica con el *Destino Manifiesto*, pero desde el principio cerró la puerta a intentar explicar el papel que había jugado O’Sullivan en el proceso de conformación del *Destino Manifiesto*. Y esto ocurrió a pesar de que fue con la hipótesis de Pratt en 1927 sobre la autoría de O’Sullivan cuando comenzó a estudiarse profesionalmente el término. Y una vez cerrada esta puerta, ningún otro historiador ha creído relevante volver a abrirla.

Pero aún con todo el *Destino Manifiesto* ha experimentado una gran transformación, tanto en los enfoques desde los que se estudia como en la relación que mantiene la comunidad académica con la materia. En sus inicios historiográficos los historiadores nacionalistas creían en el *Destino Manifiesto*, y esa fue la razón por la que comenzaron a estudiarlo. Pero según fue avanzando el siglo XX el aislacionismo de la Era Roosevelt y el ascenso de los fascismos empañaron los discursos nacionalistas de corte expansionista y colonial, con lo que la legitimidad política del concepto comenzó a resquebrajarse y con cada oleada de estudios la relación de los historiadores con la temática fue tornándose cada vez más crítica.

En la actualidad el *Destino Manifiesto* se ha convertido en una temática privilegiada dentro de la historiografía estadounidense como medio para explicar muchos de los problemas del país. El *Destino Manifiesto* ha sufrido una inversión en los

⁶⁹ John D. Wilsey, “Our Country is Destined to be the Great Nation of Futurity”, *Religions*, 2007, 8 (4), 68, p. 1

⁷⁰ Domenico Losurdo, *Contrahistoria del Liberalismo* (Madrid: El viejo topo, 2007), pp. 62-64, 221.

términos de su comprensión, y no sólo desde un punto de vista político, sino también epistemológico, pues ha pasado de ser comprendido como un conjunto de problemáticas articuladas alrededor del fenómeno expansionista y su ideología (Ej. El racismo expansionista, el discurso político expansionista, los sentimientos religiosos del expansionismo, etc.), para concebirse como una serie de problemas concretos que son causantes últimos del expansionismo e imperialismo decimonónico. Por lo tanto, uno de los retos que se abre para toda nueva investigación es la de reflexionar sobre la articulación de las partes con el todo.

En lo que se refiere a mi trabajo considero que mi aportación se suma a aquellas que viene realizándose desde hace algunos años intentando recuperar la figura de O'Sullivan como elemento determinante para explicar el *Destino Manifiesto*. En este sentido, incorporo parte de la perspectiva de la “agencia” que constituye el marco interpretativo predominante en la actualidad. Pero a diferencia de los estudios especializados mi tesis no se centra en un sólo aspecto del *Destino Manifiesto*, sino que a través de la figura de O'Sullivan intento estudiar todos los elementos que a mi juicio han contribuido en el proceso de formulación del *Destino Manifiesto* en tanto que concepto político y social. De esta manera mi tesis pretende contribuir a la historiografía del *Destino Manifiesto* desde un modelo que integre tanto la pretensión omniabarcante de los trabajos clásicos, como el estudio en detalle y con la profundidad que han logrado los estudios especializados.

Como indiqué con anterioridad, de entre las perspectivas clásicas mi trabajo se circunscribe dentro de la línea iniciada por Weinberg, por lo que en mi aproximación al *Destino Manifiesto* privilegiaré su comprensión como producto intelectual antes que entenderlo como una época, o como sinónimo del expansionismo. Sin embargo, a diferencia de Weinberg y de los autores posteriores deudores de su enfoque, no voy a considerar el *Destino Manifiesto* como una idea, sino como un concepto. Para comprender el alcance de este giro interpretativo y de cara a presentar mis herramientas analíticas explicaré en el siguiente capítulo el cambio paradigmático que introduce la historia conceptual con respecto a la historia de las ideas, así como mi propia vía de aproximación a las corrientes historiográficas que fundamentan mi tesis doctoral en tanto que estudio en historia del pensamiento político.

2. Ideas, conceptos y discursos: las alternativas para la comprensión del *Destino Manifiesto*

En el capítulo anterior propuse que uno de los elementos que más habían influido en el devenir de la historiografía del *Destino Manifiesto* fue el hecho de que sus autores clásicos fueran discípulos de dos de los mayores historiadores americanos del siglo XX. Weinberg aplicó la perspectiva de la historia de las ideas de Lovejoy al *Destino Manifiesto* y de esta manera aportó por primera vez un marco interpretativo que trascendía los juicios de valor políticos, ya fueran favorables o condenatorios. Merk por su parte aprovechó las hipótesis de la *Frontera* y del *Oeste* de su maestro Turner para incardinar al *Destino Manifiesto* en un marco histórico específico, con lo que el *Destino Manifiesto* dejó de ser una idea trascendental americana para convertirse en el producto de un momento dado espoleado por fuerzas históricas concretas.

Pero en lo referido a su condición de epígonos, Weinberg y Merk demostraron limitaciones a la hora de aprovechar al máximo los modelos planteados por sus maestros. Weinberg fue original en lo que se refiere a su hipótesis sobre el carácter invertido de la moral internacional, pero fue incapaz de desarrollar una teoría propia sobre la historia de las ideas. Mientras que Merk, si bien había expandido los fundamentos sobre la historia del Oeste esbozados por su maestro, nunca se planteó hacer con el *Destino Manifiesto* lo que Turner había hecho con la institución de la *Frontera*, pues en último término nunca se planteó un programa de investigación tan ambicioso como el que Turner había pergeñado.⁷¹

Aún así planteé que tanto Weinberg como Merk merecen el apelativo de clásicos por ser capaces de iniciar los dos tipos de aproximación al *Destino Manifiesto*: bien como un producto intelectual, bien como sinónimo del expansionismo decimonónico americano. Ambas interpretaciones son factibles y pueden incorporarse simultáneamente a un estudio, pero a la hora de desarrollar una investigación siempre va a predominar una sobre la otra. Esto va a dar como resultado bien a considerar el *Destino Manifiesto* desde el prisma de una historia intelectual, o bien a plantearlo como una historia sobre la época del expansionismo decimonónico.

⁷¹ Weinberg, *Destino manifiesto*, pp. 12, 17-22.

2.1 La vía de la historia intelectual del *Destino Manifiesto* y mi opción de divergencia con Albert K. Weinberg

Mi trabajo sigue el camino de la obra de Weinberg, y la naturaleza y propósito de este estudio se entiende mejor en relación dialéctica con su libro. Al igual que en el caso de Weinberg, mi tesis es un trabajo en historia intelectual, pero me alejo de sumarlo interpretativo y de su planteamiento de partida.

Weinberg planteó su acercamiento al *Destino Manifiesto* como una historia analítica de las ideas, aplicando en su estudio las premisas teóricas que su maestro directo estaba desarrollando. Al igual que Weinberg, yo he concebido mi estudio en base a la aplicación del marco teórico de una de las grandes figuras de la historia intelectual del siglo XX. Pero en mi caso no será la historia de las ideas de Lovejoy, sino la historia de los conceptos de Reinhart Koselleck, lo que introduce importantes cambios metodológicos y de aproximación. A diferencia de Weinberg, yo no soy un discípulo (directo o indirecto) de Koselleck, y mi objetivo no es replicar su método, sino adaptarlo a mis necesidades teóricas desde una aproximación propia que ayude a desentrañar preguntas fundamentales sobre el concepto de *Destino Manifiesto*.

En lo que se refiere a los cambios metodológicos y de aproximación, hay tres potenciales líneas alternativas con respecto a Weinberg, una de ellas derivada de la historia conceptual, y las otras dos como resultado de una preocupación propia con respecto a las particularidades del *Destino Manifiesto*. Pero antes de entrar a desgranar estas tres vías alternativas, hablaré de dos libros que han sido fundamentales a la hora de concebir los cambios de perspectiva de este trabajo y que no están directamente relacionados con la historiografía del *Destino Manifiesto* ni con la historia conceptual.

El primero de ellos se titula *Egipto: historia de un sentido* (1996) del arqueólogo judío-alemán Jan Assmann, y plantea una aproximación interesante a lo que en primera instancia podría ser juzgado como una historia cultural, pero que en realidad se trata de una historia del sentido. Esto se concreta a través de estudiar las formaciones de sentido social como ficciones de coherencia, es decir, como formaciones semánticas a través de las cuales una sociedad organiza sus recuerdos y experiencias. Esta es una historia de las proyecciones y ficciones colectivas que organizan la experiencia histórica preservada a través del recuerdo colectivo. Esto lleva a Assmann a desarrollar lo que él llama el acceso *mnemohistórico*, que define como “la historia del recuerdo”, una historia de los dispositivos narrativos que enlazan el pasado con el presente generando

lazos de responsabilidad social con aquello que ha sido condensado como el legado histórico de una sociedad a través del recuerdo, y aquí recuerdo no es sólo un imagen, sino también un discurso.⁷²

Este objetivo se alcanza a través de dos herramientas. Mediante la delimitación de los *cronotopos*, noción que Assmann toma del filólogo ruso Mijail Bajtín, y que teoriza como la configuración literaria de los espacios de temporalidad propios de una cultura. Esto le lleva a estudiar la concepción del tiempo histórico de una sociedad específica, así como su forma de conceptualizar la interrelación y significación de los cambios y las permanencias en la conciencia temporal de la cultura a estudiar. Por otra parte esto le conduce a reflexionar sobre las distintas formas de establecer cánones culturales como estructuras de permanencia, o dicho de otra forma, realizar una reflexión sobre los marcos y condiciones que permiten que lo antiguo se presente en lo nuevo, que es la vía que cada cultura intenta movilizar con los medios semánticos que tiene a su alcance para conjurar la acción entrópica del tiempo.⁷³

El resultado de toda esta propuesta es un libro que cuenta la historia de cómo el Antiguo Egipto se imaginó y recordó a sí mismo creando una idea de civilización milenaria capaz de desafiar el paso del tiempo. Esto llevó a generar un relato para gestionar las discontinuidades y crisis históricas, construyendo una imagen canónica de Egipto que tomaría como ejemplo el Imperio Antiguo. Durante las sucesivas épocas de crisis de los periodos intermedios esa imagen se debilitaría para ser de nuevo recuperada y reinterpretada en los Imperios Medio y Nuevo; en la Baja Época, y finalmente en los periodos de ocupación greco-romana. Con cada proceso de reinterpretación, el núcleo de la imagen se iría hieratizando a la vez que se le añadirían nuevos elementos dentro de la concepción tradicional, consiguiendo finalmente generar la idea de una cultura única y milenaria que desafiaba el paso del tiempo.

El problema del desafío al tiempo es uno de los temas centrales del otro libro que ha inspirado mi trabajo. En *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*(1975) John Greville Agard Pocock plantea el problema de la república en el tiempo. Pocock analizó cómo el pensamiento tardomedieval y renacentista de las ciudades medievales italianas enfrentó sus desafíos políticos, derivados como consecuencia de las transformaciones geopolíticas de Europa, que empezaba a vislumbrar los inicios de los Estados-nación. Los pensadores políticos

⁷² Jan Assmann, *Egipto: historia de un sentido* (Madrid: Abada Editores, 2005), p.10-20

⁷³ *Ibíd.*, pp. 21-38.

de las ciudades italianas, con Maquiavelo como máximo ejemplo realizaron cambios paradigmáticos en su cosmovisión, tanto en lo referido a su concepción del tiempo histórico, como a la relación entre el poder del soberano y el ejercicio de la ciudadanía activa. Estos cambios suponían un desafío para la ciudad-Estado medieval y su visión de la ciudadanía. El producto de este reto histórico fue la aparición de la tradición republicana, que partiendo del Renacimiento italiano y su lectura de los clásicos plantearía la tensión entre *virtud* (entendida como *vivere civile*) con la *virtù* (razón de Estado). Estas reflexiones tendrían una recepción en el mundo atlántico anglófono. Primero en Inglaterra, donde serviría para constituir una teoría del ciudadano en la constitución mixta inglesa, para transmutarse en el siglo XVIII en un debate sobre la relación entre virtud y comercio, lo que llevará a plantear uno de los temas fundamentales del libro: la supervivencia de la ciudadanía antigua bajo condiciones modernas. Finalmente en los Estados Unidos esta tradición daría lugar a un *maquiavelismo apocalíptico* en donde la dialéctica entre virtud y corrupción durante la fundación de la república se intentará resolver mediante un doble recurso al expansionismo y al milenarismo, lo que desemboca en la temática de esta tesis sin llegar a hacer mención al *Destino Manifiesto*.⁷⁴

Ambas obras comparten una misma preocupación: la relación entre pensamiento político y temporalidad en el estudio de los relatos políticos. Esto se materializa en la figura de los paradigmas como tradiciones políticas en Pocock y en la memoria y el canon en Assmann. En ambos casos resulta crucial el estudio de las ficciones narrativas que gestionan la dialéctica entre cambio y permanencia, lo que conduce a la problemática de las reconstrucciones intelectuales del pasado con la búsqueda de coherencia histórica y la legitimidad política. En último término ambas suponen vías parecidas para dar cuenta de la narrativa histórica como instrumento de poder y como fundamentación de sentido social. Dichas obras ofrecen un acceso al complejo vínculo existente entre pensamiento, cultura y temporalidad.

Estas obras me inspiraron la idea de intentar explicar cómo los Estados Unidos habían generado, como gran hegemón contemporáneo, una narrativa sobre su predominio en clave espacio-temporal. El concepto de *Destino Manifiesto*, aunque no sea en la actualidad una noción política en uso, ofrece una vía privilegiada para estudiar la cosmovisión imperial americana como ficción de coherencia y tradición política. Y la

⁷⁴Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 77-80, 89-90, 485-486, 512-515, 618-619, 646-652, 671-672, 682, 685-686

vía que escogí para hacerlo fue mediante la historia conceptual, pues esta me permite estudiar y reconstruir los distintos niveles semánticos aglutinados en el concepto guía de esta cosmovisión, tanto desde una perspectiva sincrónica como diacrónica. Por otra parte, el paradigma interpretativo desarrollado por Koselleck me permite estudiar la carga y los regímenes de temporalidad adheridos al concepto, lo que supone poder explicar el *Destino Manifiesto* como concepto histórico y transmisor de una concepción del tiempo histórico muy compleja.

En suma, las obras de Pocock y Assmann me han aportado un referente de investigación, pero han sido Koselleck y en menor medida Gadamer y Skinner quienes me han ofrecido las herramientas teórico-metodológicas con que ejecutarlo. Mi trabajo por lo tanto es deudor de los cinco, pero distinto de sus proyectos.

Esta explicación me permite volver a la reflexión inicial sobre Weinberg, y de cómo mi tesis doctoral se circunscribe y se separa de la vía planteada por él. Sin embargo hay cuatropuntos alternativos que suponen una divergencia fundamental con su proyecto, y que van producir una investigación muy distinta:

1º: Entenderé y estudiaré el *Destino Manifiesto* como un concepto y no como una idea.

2º: Considero que la contribución de O'Sullivan a la formulación del *Destino Manifiesto* es un elemento relevante para la comprensión del concepto.

3º: El estudio del concepto de *Destino Manifiesto* requerirá su análisis como concepto político, pero no en clave de concepto político fundamental, sino como otro tipo de concepto que yo denomino *concepto-doctrina*, y para el cual es necesario considerar la teoría discursiva del contextualismo.

En último término lo que este estudio pretende establecer no es tanto una historia conceptual al uso, sino un recorrido hermenéutico en clave histórica de las condiciones de posibilidad que hacen a un concepto y que posibilitan su proceso de conformación.

Antes de pasar a sintetizar las propuestas historiográficas de la historia conceptual y del contextualismo es necesario señalar que lo que voy a presentar a continuación se trata de una descripción estilizada de las principales propuestas teóricas de estas escuelas historiográficas. Esta síntesis no pretende erigirse en una explicación exhaustiva de estas dos corrientes, ya que en los siguientes apartados solo consideraré las principales ideas de sus teóricos más destacados, dejando a un lado tanto los desarrollos realizados por sus discípulos, los debates historiográficos a los que han dado lugar, o los planteamientos sobre otras materias en las que han trabajado Koselleck,

Pocock o Skinner. Tanto el contextualismo como la historia conceptual son dos tradiciones historiográficas mucho más complejas y plurales que la síntesis que voy a presentar, que sólo tiene la ambición de ser una suerte de *tipo ideal* con el que delimitar su horizonte normativo; una serie de principios de investigación que actúan como ideales regulativos con los que delimitar paradigmáticamente cada propuesta en torno a unos consensos historiográficos que las hacen identificables como paradigmas de investigación histórica.

Sin embargo este horizonte regulativo no implica que la historia conceptual o el contextualismo operen en todos los casos en base a los principios que presentaré a continuación. Ni siquiera en los trabajos concretos de Koselleck, Pocock o Skinner, quienes no siempre siguieron de manera ortodoxa sus postulados teóricos y cuyas obras son de una profundidad que excede cualquier pretensión de encapsulamiento normativo. La historia conceptual y el contextualismo son dos propuestas mucho más ricas y complejas que la idealización que voy a presentar, y el pensamiento de estos tres autores no se limita al bosquejo de ideas que expondré a continuación. Sin embargo considero que esta aproximación es útil y adecuada de cara a no dispersar la atención del lector en cuestiones secundarias para mi proyecto. Adicionalmente esta estrategia expositiva me permitirá presentar las herramientas de investigación y los principios paradigmáticos que van a ser fundamentales para esta tesis doctoral, a la par que su idealismo normativo me permitirá esclarecer a lo largo de la tesis las similitudes y divergencias de mis propuestas con respecto a las de los principales autores del contextualismo y de la historia de los conceptos.

2.2 Giro lingüístico y giro hermenéutico

Una primera distinción que puede hacerse entre la historia de las ideas de Lovejoy con respecto a la *Escuela de Cambridge* y a la historia de los conceptos, es que las dos primeras son subdisciplinas pergeñadas en la cultura intelectual del mundo anglófono, mientras que la tercera es un producto genuino de la academia y la tradición histórico-filosófica alemana (y muy posiblemente habría sido difícil que surgiera fuera de la misma). Esta puede parecer una distinción superficial, pero tiene más implicaciones de las aparentes. Pues estos dos enfoques (*Escuela de Cambridge* e historia de los conceptos) son el producto de dos de los giros experimentados en la filosofía de la segunda mitad del siglo XX: el giro lingüístico y el giro hermenéutico. En ambos casos se trata de un intento de superación del positivismo imperante en la

academia de postguerra, así como un intento de crítica de los fundamentos epistemológicos de la ciencia y el saber en la modernidad. Pero cada una bajo distintas hipótesis epistemológicas y lingüísticas.⁷⁵

El giro lingüístico nace en la tradición filosófica analítica del mundo anglófono como un intento de explicar la centralidad del lenguaje en los procesos intelectivos y la imposibilidad de disociar la realidad del mismo. Encuentra su primera formulación en Gustav Bergmann, quien a principios del siglo XX inventó esta categoría para criticar la metafísica del positivismo lógico. Pero el giro lingüístico no estará completo sin las tesis de Ludwig Wittgenstein y de Ferdinand Saussure. Wittgenstein ofreció una nueva base para comprender el lenguaje como juegos del habla en donde este podía ejercer funciones muy distintas al formular una declaración, lo que suponía ofrecer simultáneamente tanto una epistemología lingüística como una teoría sobre la acción discursiva. A los juegos del lenguaje del *Tractatus Logico-Philosophicus* (1921) se añadían ciertas alteraciones de la filosofía del lenguaje expuestas en el *Philosophical Investigation* (1953), en donde Wittgenstein problematizará la relación entre hablante, acto de habla y sentido lingüístico. Saussure por su parte puso las bases de la teoría estructuralista del lenguaje al distinguir entre lenguaje y discurso, o en otras palabras, entre el sistema comunicativo social y compartido con respecto al acto individual y concreto de comunicación. El giro lingüístico va a suponer la vía en que la filosofía analítica anglófona reconsidere la centralidad del lenguaje y su relación con el mundo al

⁷⁵Martin Richter, "Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the Geschichtliche Grundbegriffe", *History and Theory*, Vol. 29, No. 1 (Feb., 1990), pp. 38, 41-42, 50. En el caso de la historia conceptual, su ruptura epistemológica no iba solamente dirigida contra Lovejoy y sus seguidores, también contra las tradiciones alemanas dominantes en la historia del pensamiento durante la primera mitad del siglo XX: los seguidores de la *Geistesgeschichte diltheana*, así contra Meinecke y la *Ideengeschichte* (esta última muy parecida a la historia de las ideas anglófona). José Luis Villacañas y Faustino Oncina, "Introducción" en Reinhart Koselleck y Hans-George Gadamer, *Historia y hermenéutica* (Barcelona: Paidós ICE/UAB, 1997), p. 24. En ocasiones se tiende a considerar el giro hermenéutico como una forma alemana del giro lingüístico. Sin lugar a dudas ambos enfoques pertenecen al fenómeno de los *giros (turns)*, los cambios de perspectiva ocurridos en distintas oleadas y experimentados en la academia a partir de los años 60 del siglo XX hasta nuestros días. Sin embargo prefiero conservar la distinción entre ambos por el hecho de que ambos cuentan con distintas teorías del lenguaje y de la temporalidad. En lo referido a la importancia del carácter cultural en el desarrollo y la implementación de la historia conceptual y el contextualismo, Pocock ha sugerido que las diferencias de las culturas académicas del mundo anglófono y germanoparlante resultan tan acusadas que sólo con mucha dificultad podrá llevarse a cabo un diálogo entre estas dos corrientes. John G. A. Pocock, "Concepts and Discourses: A Difference in Culture? Comment on a Paper by Melvin Richter" en Hartmut Lehmann y Melvin Richter, *The Meaning of Historical Terms and Concepts: New Studies on Begriffsgeschichte* (Washington DC: German Historical Institute, 1996), pp. 48-49, 56-58.

que se refiere, siendo una pieza clave para tradiciones posteriores como el análisis del discurso o la filosofía postestructuralista.⁷⁶

El giro hermenéutico por su parte constituirá una transformación de la principal herramienta de interpretación textual de la academia alemana, tanto con respecto a la tradición hermenéutica romántica de Schleiermacher, como con respecto a la hermenéutica diltheana popular en la Alemania de la primera mitad del siglo XX. Esta transformación tuvo lugar gracias a la transición operada por una parte de la academia germana desde el neokantismo a la fenomenología (en particular mediante las aportaciones de Edmund Husserl a este campo) y que tiene como momento fundamental las aportaciones de Martin Heidegger a la ontología con su crítica al discurso metafísico. Pero el gran hito fundamental para lo que ha sido definido como *nueva hermenéutica* llegará con la obra de Hans-Georg Gadamer, que retomó la preocupación por la comprensión y la hermenéutica influido por Heidegger y su crítica a la metafísica que ocupó buena parte de sus reflexiones durante la *Kehre*.⁷⁷

Con ello se pretende trascender tanto el subjetivismo del neokantismo y del nihilismo, como el objetivismo del enfoque historicista que pretendía aferrarse a la noción de método propio de las ciencias naturales. Gadamer recurre a una reflexión sobre la naturaleza de los prejuicios para distinguir entre prejuicios particulares con respecto a los prejuicios resultantes del encuentro con la tradición. Los primeros impiden el diálogo entre autor y receptor, los segundos lo posibilitan al poner en tela de juicio nuestra conciencia del saber, ya que nos llevarían a sentirnos interpelados al ayudarnos a cuestionar los fundamentos de nuestro conocimiento. Este acto de crítica introspectiva de nuestras asunciones nos conducirían junto a la crítica textual a un nuevo nivel de comprensión. Este doble cuestionamiento nos conduciría a querer comprender, y en esta búsqueda el lector se preguntaría por su relación con la tradición, encontrando que este nexo está recorrido por una tensión que es la posición entre extrañeza y familiaridad, que resulta el verdadero punto medio sobre el que se cierra el

⁷⁶Richard Rorty, "Wittgenstein and the Linguistic Turn" en *Philosophy as Cultural Politics: Philosophical Papers, Vol. 4* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007), pp. 161-163, 175. Quentin Skinner, *Visions of Politics: Regarding Method. Volume I* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), p. 2. Quentin Skinner, "Hermeneutics and the Role of History" *New Literary History*, Vol. 7, No. 1, Critical Challenges: The Bellagio Symposium (Autumn, 1975), p. 209. Martin Richter, "Conceptual History (Begriffsgeschichte) and Political Theory", *Political Theory*, Vol. 14, No. 4 (Nov., 1986), pp. 621-622.

⁷⁷Reinhart Koselleck y Hans-George Gadamer, *Historia y hermenéutica* (Barcelona: Paidós ICE/UAB, 1997), p. 115. Hans-George Gadamer, *El giro hermenéutico* (Madrid: Catedra, 1998), p. 25; Richard E. Palmer, *Hermeneutics: Interpretation Theory in Schleiermacher, Dilthey, Heidegger and Gadamer* (Evanston: Northwestern University Press, 1969), pp. 40-65.

círculo hermenéutico. De esta posición intermedia que debe ocupar el hermeneuta procede su tarea, que no debería materializarse en el desarrollo de un procedimiento para la comprensión, sino en el iluminar las condiciones desde las que se comprende.⁷⁸

Este criterio pone las bases de lo que Gadamer denomina *historia efectual*, cuyo objetivo no reside en estudiar los fenómenos históricos particulares, sino que es una reflexión sobre el proceso de investigación particular con el objetivo de establecer las preguntas correctas a los textos que se estudian. En este proceso se alcanza la conciencia de la finitud, y de que la finitud está sujeta a límites, que desde la perspectiva de la situación que ocupa todo lector supone hacerse consciente de que los límites son horizontes, el ámbito de visión que se alcanza desde un punto. Aquel que tiene horizontes puede hacerse cargo de esta autoconciencia, y podrá también valorar el significado de lo que se encuentra dentro de sus horizontes, lo que en clave hermenéutica se traduce en la posibilidad de dotarse de una sensibilidad con la que poder conectar con una tradición y sus problemáticas. Esta es la precondition para que se dé la *fusión de horizontes*, que es el momento hermenéutico en el que el sujeto que busca comprender consigue situarse fuera de los consensos preestablecidos. El texto a examen resultará privado de su *anticipación de perfección* y de su pretensión de verdad. De esta manera, el sujeto lector estará en disposición de comprenderlo históricamente reconstruyendo su horizonte. En este momento el hermeneuta está en condiciones de dialogar con el autor.⁷⁹

Sin embargo, a diferencia de Wittgenstein, para Gadamer el acto lingüístico no puede entenderse como un procedimiento metódico al que uno recurre contra el interlocutor, sino que es una dialéctica de pregunta y respuesta de ambos lados. Lo que trasladado a los textos se traduce en una dialéctica entre creación literaria (autor) e interpretación del texto (lector). El giro hermenéutico no pretende aclarar un sentido verdadero mediante un método, sino conseguir conectar con una experiencia a través de una *fusión de horizontes*, una suerte de diálogo que requiere hacerse cargo del interlocutor (el texto en su contexto). El giro hermenéutico por tanto subraya la importancia de lo lingüístico conectándolo con el problema de la temporalidad.⁸⁰

⁷⁸ Gadamer, *Verdad y método*, pp. 31, 132, 365-369, 370, 453.

⁷⁹ *Ibid.* pp. 370-374, 457.

⁸⁰ Gadamer, *El giro hermenéutico*, pp. 35-36, 70-71.

Ambos giros desarrollarán una teoría del lenguaje con el fin de superar las limitaciones de un enfoque positivista y atemporal que subyace a la historia de las ideas. La principal diferencia entre ellos consiste en que mientras que el giro hermenéutico se preocupa por la interrelación entre lenguaje y temporalidad, el giro lingüístico de la tradición analítica se ha centrado más en las relaciones formales del lenguaje (lógicas y estructurales) que permiten la comunicación y la acción social, y no tanto por los procesos de significación de su contenido. A un nivel formal-instrumental es posible combinar los enfoques surgidos de ambos giros, pues ambos comparten el objeto de su crítica y la apuesta por la centralidad del lenguaje. Pero al fundamentar de manera distinta sus teorías del lenguaje y la manera de concebir lo que es posible lograr a través de su uso, esto hace que sea complicado fusionar ambas perspectivas sin que surjan problemas. A mi juicio se pretende integrar ambos enfoques en el marco teórico de una investigación, y al mismo tiempo se desea respetar sus principios epistemológicos, es necesario de cara a que ambas sean operativas que uno de estos enfoques sea subsumido formalmente en el marco interpretativo de la otra perspectiva. Para que esta operación sea epistemológicamente honesta es necesario que prevalezca el marco heurístico y la teoría del lenguaje de la principal, mientras que es posible conservar algunos de los principios metodológicos de la propuesta que ha quedado subordinada, ya que el uso sin mediaciones de ambas perspectivas simultáneamente conlleva violentar los presupuestos epistemológicos de las dos.

El hecho de haberse constituido en dos propuestas diferenciadas del giro lingüístico explica porqué los padres de la historia conceptual y de la *Escuela de Cambridge* siempre han tenido una relación estrecha pero crítica, guardando en último término las distancias entre ellos.⁸¹

Pero la historia conceptual y la *Escuela de Cambridge* no se diferencian sólo en tener presupuestos epistemológicos distintos. Su principal diferencia resultante de provenir de dos giros filosóficos distintos se materializa en el objeto privilegiado de estudio de cada una de ellas: los conceptos para la historia conceptual y los discursos para la *Escuela de Cambridge*. Ambos objetos de estudio, por otra parte, se contraponen contra la unidad básica de la *historia de las ideas*: la idea singular.

⁸¹Skinner, *Visions of Politics*, pp. 86, 177-180. Quentin Skinner, "A Reply to my critics" en James Tully (ed.), *Meaning and Context* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), p.283. Reinhart Koselleck, Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, "Historia conceptual, memoria e identidad: Entrevista a Reinhart Koselleck I" en *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid* No. 111 (Mar., 2006), pp. 21-22.

En el capítulo anterior expuse que Lovejoy definía las ideas singulares como unidades indivisibles: proposiciones únicas y específicas o ‘principios’. Formulaciones expresamente enunciadas por los antiguos filósofos más influyentes, junto con otras nuevas proposiciones que son, o se ha supuesto que son sus corolarios, a lo que añadirá que dichas ideas singulares son categorías y pensamientos que cuentan con una larga historia de vida propia y que pueden encontrarse en numerosas expresiones intelectuales, de la ciencia y la cultura. Todo esto llevó a Lovejoy a considerar las ideas como entidades suprahistóricas que en cada momento se conceptualizan de múltiples maneras, lo que llevaría al historiador a recomponer la “cadena” de significados en que una idea singular se expresa en cada momento histórico. Desde un punto de vista de la obra y la autoría, la historia de las ideas se fundamenta en un enfoque que ha tendido a denominarse como *realista*, que considera a las obras como formas acabadas que han cobrado una autonomía con respecto a su autor y a sus lectores y a las que se podría acudir de manera directa accediendo al contenido de sus mundos de sentido sin más esfuerzo que la inversión necesaria de tiempo para leer la obra en donde las ideas habrían quedado fijadas de una vez y para siempre.⁸²

La categoría de *idea* por consiguiente ha sido criticada tanto por la historia conceptual como por los autores de la *Escuela de Cambridge*. En *Futuro Pasado* (1979) Koselleck explicó que la interrelación que pretendía crear entre historia social e historia conceptual tenía por objetivo: “la crítica a la transferencia desapercibida al pasado de expresiones de la vida social del presente” (transferencia que supone imponer a los agentes históricos categorías y formulaciones anacrónicas que por su contexto de época les era imposible pensar), y por otra parte realizar “una crítica a la historia de las ideas, en tanto que éstas se mostraban como baremos constantes que sólo se articulaban en diferentes configuraciones históricas sin modificarse esencialmente”.⁸³

⁸²Lovejoy, *La gran cadena del ser*, pp. 12-13, 22-31. Lovejoy, “The historiography of ideas”, pp. 8-9. Palmer, *Hermeneutics*, p. 5.

⁸³Reinhard Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), pp. 112-113. En la introducción al diccionario Koselleck también apuntó que el método que se implementaría “Evita la historia del espíritu [Geistesgeschichte] como una historia de las ideas”, por lo que el rechazo a la perspectiva desarrollada tanto por Meineke como por Lovejoy se encuentra integrada en las principales obras fundacionales de la historia conceptual. Reinhardt Koselleck, “Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana”, *Revista Anthropos: huellas del conocimiento*, N° 223, (2009), p. 103; Reinhard Koselleck, “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*” en Hartmut Lehmann y Melvin Richter, *The Meaning of Historical Terms and Concepts: New Studies on Begriffsgeschichte* (Washington DC: German Historical Institute, 1996), pp. 62-63.

Quentin Skinner por su parte recriminó a Lovejoy ser uno de los máximos exponentes de la *mitología de las doctrinas*, el peligro de que el investigador construya el *tipo ideal* de una idea y a modo de doctrina la proyecte hacia el pasado hipostasiando una noción normativa sobre una pluralidad de actos de habla. Para Skinner no existen ideas a las que distintos autores hayan contribuido a través de los tiempos, sino múltiples declaraciones cuyos significados e intenciones dependen de sus contextos históricos.⁸⁴

Las ideas como formas ideales universales de inspiración platónica son por tanto el gran mito a abatir por los máximos exponentes de los giros en la historia intelectual. Por lo tanto, no existiría una historia de la idea de *Destino Manifiesto* que contar. En este sentido, el proyecto de Weinberg como discípulo de Lovejoy, por muy impresionante que sea por el alcance de su muestra de estudio, se habría construido sobre unos presupuestos teóricos espurios al subsumir bajo la etiqueta de “*Destino Manifiesto*” conceptos y discursos que corresponderían a contextos históricos y motivaciones políticas muy distintas.

La alternativa que nos ofrecen las escuelas historiográficas surgidas de estos dos giros suponen considerar el *Destino Manifiesto* como un concepto y un discurso. En comparación con la visión tradicional, que tiende a definir al *Destino Manifiesto* como una idea o doctrina, supone un gran avance, pues introduce una sensibilidad sobre las posibilidades temporales del pensar en una manera concreta, así como la importancia de considerar la influencia del contexto histórico en la formulación y las divergencias de las formas de pensar en cada momento del pasado. Pero para poder evaluar la pertinencia de considerar al *Destino Manifiesto* como un concepto y/ocomo un discurso, primero es necesario considerar el núcleo fundamental del proyecto de investigación de estas escuelas.

2.3 El proyecto de investigación de la historia de los conceptos.

La historia de los conceptos tiene su origen en el diccionario (*Geschichtliche Grundbegriffe Lexikon*), que a su vez tiene su antecedente directo en el *Archivo para una historia conceptual (Archiv für Begriffsgeschichte)*. El *Archivo* es una revista creada en la Alemania Occidental de los años 50 del siglo XX por Erich Rothacker con el fin de impulsar la historia de la filosofía y de la ciencia, y que pronto tendrá la colaboración de

⁸⁴Skinner, *Visions of Politics*, pp. 62-63, 83-84, 176.

Karlfried Gründer, Joachim Ritter y Hans-Georg Gadamer. Este último dirigía un seminario de lectura filosófica y hermenéutica en Heidelberg al que Koselleck asistió en su última etapa de formación y en donde tuvo contacto con la sensibilidad lingüística de la hermenéutica. Además, allí pudo conocer y escuchar a Heidegger, quien también acudía ocasionalmente al seminario. Koselleck mantendrá relación por esos años con una de las grandes figuras declinantes de la academia alemana, un hombre marcado por su aquiescencia anterior con el nazismo, el jurista alemán Carl Schmitt. Schmitt había desarrollado en su obra temprana una sensibilidad especial por los conceptos como medio de explicación de lo político, y esta sensibilidad por lo conceptual fue heredada por Koselleck como doctorando suyo. En Heidelberg también recaló a mediados de 1950 el discípulo de Otto Brunner, Werner Conze, quien desde la historia social llevó a dicha universidad la sensibilidad por los cambios de larga duración, populares también en el enfoque de los historiadores franceses contemporáneos encuadrados en la Escuela de Annales.⁸⁵

En 1967, y como resultado de este contexto intelectual, Koselleck anunció el programa para un diccionario de historia de los conceptos que editará junto a Brunner y Conze, y que será titulado: *Conceptos históricos fundamentales: Diccionario histórico de los conceptos político-sociales básicos en lengua alemana* (abreviado como *GG Lexikon*) (1972-1997). Esta monumental obra en ocho volúmenes recoge la definición y explicación de 122 conceptos fundamentales, así como una introducción escrita por Koselleck donde se explica el proyecto de la historia conceptual. Dicha introducción, junto al libro *Futuro Pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (1979) suponen los dos pilares fundamentales desde donde Koselleck fundamentará la historia de los conceptos.⁸⁶

⁸⁵Villacañas y Oncina, “Introducción”, pp. 11, 20. Richter, “Reconstructing the History of Political Languages”, pp. 43-45.

⁸⁶Además del *GG Lexikon* se han desarrollado iniciativas análogas resultado del desarrollo y asentamiento de la historia conceptual como enfoque disciplinar. En Alemania Ritter y Gründer publicaron su diccionario en seis volúmenes *Diccionario histórico de la filosofía* (1971); Rolf Reichardt y Eberhard Schmidt publicaron por otra parte un diccionario en siete volúmenes titulado *Manual de conceptos políticos y sociales en Francia, 1680-1820* (1985); en el ámbito iberoamericano Javier Fernández Sebastián ha encabezado dos experiencias que han intentado trasladar el esfuerzo realizado en la academia alemana a las lenguas española y lusa. Por una parte editó junto a Juan Francisco Fuentes el *Diccionario político y social del siglo XIX español* (2002) y el *Diccionario político y social del siglo XX español* (2008). Por otra parte, con la conformación de *Iberconceptos: proyecto y red de investigación en historia conceptual comparada del mundo iberoamericano* se llevó a cabo la redacción del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* (2009 y 2014), también dirigido por Javier Fernández Sebastián y publicado en dos tomos y once volúmenes. Este trabajo se ha inspirado en el *GG Lexikon*, incorporando también cuestiones metodológicas y teóricas de la Escuela de Cambridge, y presentar por primera vez un diccionario de historia conceptual que, en sintonía con la historia atlántica, plantea el

La historia conceptual trata sobre los conceptos históricos fundamentales. Estos son conceptos guía del movimiento histórico cuya importancia y uso permiten comprender estructuras y contextos de los acontecimientos de la historia. Los conceptos políticos pueden ser considerados fundamentales cuando se vuelven insustituibles, pues sin ellos no es posible la comunicación política en una época dada. Esto les vuelve polémicos, porque distintos hablantes quieren imponer un monopolio sobre su significado.⁸⁷

Los conceptos, por otra parte, no son entidades aisladas que existan por sí mismas. Estos forman parte de redes conceptuales en donde unos conceptos influyen sobre otros, marcando la manera en que estos se significan y generando afinidades político-lingüísticas y divergencias conceptuales por oposición. Entre estas relaciones semánticas por oposición destacan los *contraconceptos asimétricos*: “conceptos superiores e inferiores, conceptos anexos y conceptos adyacentes, [sin los que] no es posible analizar ningún concepto. Cada uno remite obligatoriamente a unidades textuales mayores sin por eso perder su estatus de premisa necesaria para el pensamiento de procesos semióticos sobre los que ha de discutirse”. Los *contraconceptos asimétricos* son, en suma, conceptos que sólo se comprenden en oposición con otros cuyo estatus lingüístico y político es distinto y desigual; dichos conceptos son quizás el ejemplo más claro del carácter interconectado que conforman las redes conceptuales.⁸⁸

Pero los conceptos no son meras palabras aunque ambos (palabra y concepto) remitan a múltiples sentidos por su carácter polisémico. Sin embargo la naturaleza en la polisemia de los conceptos y en las palabras no es exactamente la misma. Los conceptos son polisémicos en el sentido más estricto del término, pues el conjunto de significados contenidos y articulados por el concepto tienen un carácter interdependiente. Para que un concepto adquiera su significado pleno requiere que los distintos sentidos de su pluralidad semántica se complementen y articulen entre sí para dotar al concepto de su significado completo. Esto no sucede en la unidad lingüística que

estudio de la semántica social desde una perspectiva transnacional y multilingüe. Richter, “Reconstructing the History of Political Languages...”, pp. 38-40. Javier Fernández Sebastián, “*Iberconceptos*: hacia una historia transnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano”, *Isegoría: revista de filosofía moral y política*, N° 37, (julio-diciembre, 2007), pp. 165-168, 174-175. Koselleck, Fernández Sebastián y Fuentes, “Historia conceptual, memoria e identidad: Entrevista a Reinhart Koselleck I”, p. 21.

⁸⁷ Koselleck, “Introducción al diccionario”, pp. 93-94. Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (Madrid: Trotta, 2012), pp. 45-46.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 47. Koselleck, *Futuro Pasado...*, pp. 207-209

denominamos *palabra*, pues su polisemia se caracteriza por la polivocidad, esto es, sus múltiples significados pueden expresarse como voces independientes entre sí cuyos significados son autónomos unos de otros y no requieren de su conocimiento e interconexión para comprender cada voz específica.⁸⁹

En la introducción al diccionario Koselleck ejemplifica esto con el concepto de Estado, que como concepto histórico moderno articula una pluralidad de atributos que son los que lo dotan de sentido (“poder, territorio, población, ciudadanía, legislación, jurisprudencia, administración, impuestos, ejército”..., por citar sólo algunos). En castellano, por otra parte, el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* recoge en su 23ª edición 17 significados posibles para la palabra “estado” en el año 2018: 1. “situación en que se encuentra alguien o algo, y en especial cada uno de sus sucesivos modos de ser o estar” 2. “Cada uno de los estamentos en que se consideraba dividido el cuerpo social” 3. “Clase o condición a la cual está sujeta la vida de cada uno” 4. “estado civil”; 5. “País soberano, reconocido como tal en el orden internacional, asentado en un territorio determinado y dotado de órganos de gobierno propios”; 6. “Forma de organización política, dotada de poder soberano e independiente, que integra a la población de un territorio”. La lista sigue con otras 11 acepciones, pero queda claro que cualquiera de las aquí ofrecidas se comprende por sí misma sin necesidad de referirse al resto, mientras que la 5 y la 6 se corresponden con el concepto político de Estado como ente y forma política, que es a lo que Koselleck se refería en su ejemplo conceptual, y esta noción de Estado perdería su inteligibilidad si se le privara de un número significativo de los elementos que lo caracterizan para nosotros.⁹⁰

Por eso Koselleck acierta al señalar que si bien “estado” como palabra es “univoca” a pesar de su polivocidad, el concepto de Estado como ente y forma política requiere de una pluralidad irreductible de elementos que lo definan para no resultar extraño. El estudio de esta pluralidad de atributos internos y constitutivos a un concepto, y la manera en cómo se combinan para producir una definición es lo que interesa a la historia de los conceptos; así como sus divergencias en una misma época (sincronía) y a

⁸⁹ Profundizando en esta idea de la distinción entre polisemia y polivocidad, una palabra puede poseer distintas acepciones, y cada una de ellas puede usarse obviando las demás sin oscurecer el sentido que se intenta expresar. Sin embargo los conceptos necesitan conservar su equivocidad y no pueden ser simplificados al nivel de las palabras, pues “los conceptos son concentrados de muchos contenidos significativos”. Sin embargo, si bien esta distinción está contenida en Koselleck, en ocasiones este utiliza los términos indistintamente, al menos en sus traducciones al castellano. Koselleck, “Introducción al diccionario...”, p.101. Koselleck, *Futuro Pasado...*, pp. 116-117.

⁹⁰Ibid. pp. 101-102. Koselleck, *Historias de conceptos*, p. 45. “estado”, *Diccionario de la lengua española* RAE, acceso el 22/06/2018, <http://dle.rae.es/srv/fetch?id=GjqhajH>

lo largo del tiempo (diacronía). Sin embargo, esta pluralidad de atributos no se debe a una cualidad ontológica del concepto que necesariamente le aboque a contenerlos, sino que es históricamente producida por los actores sociales en sus contextos históricos, que contraponen distintos significados conceptuales en los discursos políticos y sociales alterando con el tiempo su significado, usos y pragmática.

Por este motivo los conceptos no son inmutables. De hecho es la transformación en los significados de los conceptos lo que interesa a la historia conceptual, pues los conceptos son indicadores y factores de su tiempo, y como tales suponen una vía privilegiada para estudiar una época a partir de la manera en que los actores de un contexto dado definen su realidad. El concepto como indicador nos ofrece un reflejo sobre como los sujetos conciben un ente, fenómeno o problemática a partir de cómo estos piensan y perciben su momento histórico. El concepto como factor supone una cualidad interactiva de los conceptos, ya que con su uso transforman cómo se percibe el fenómeno mentado y todos aquellos elementos con los que está relacionado. Es en virtud a esta cualidad dialéctica e interactiva del lenguaje con su momento histórico por lo que no pueden existir ideas inmutables en el tiempo, porque pensamos a través de lenguaje y este se encuentra en constante transformación interactuando con su tiempo histórico.⁹¹

Aún con esto la casuística de fenómenos y experiencias que una vida humana tiene que encarar y a la que debemos hacer frente con el lenguaje, emociones e intelecto resulta relativamente limitada, y este ámbito de experiencias limitadas que toda generación tiene que afrontar pueden ser compartidas a través del tiempo. Pero una vivencia análoga no tiene por qué ser experimentada, concebida y reflexionada de la misma manera en épocas distintas, y ni siquiera en la misma época. Con esto no pretendo hacer una defensa del relativismo o del subjetivismo. Los fenómenos del acontecer histórico son producto de la *emergencia*, necesitan del concurso de agentes concretos y de sus subjetividades, pero en tanto que producto de la acción colectiva, su constitución final trasciende las determinaciones de los actores individuales. Por lo tanto, sobre un número de problemáticas/fenómenos limitados, compartidos y análogos van a formularse un gran número de conceptos que, aunque potencialmente puedan referir a lo mismo, son concebidos de manera muy diversa. Por otra parte, aunque sean necesarios los actores individuales para llevar a cabo los procesos de conceptualización,

⁹¹ Koselleck, *Futuro Pasado*, p. 118.

estos en último término trascenderán las subjetividades concretas, pues sólo en su carácter social el lenguaje adquiere su carácter normativo y los estímulos para su uso continuado en el tiempo.

Todo esto lleva a una de las piedras angulares de la historia conceptual, y es su relación con la historia social. Una no es reducible a la otra, pero la historia conceptual en su interacción con la historia social pretende ofrecer un método especializado para la crítica de las fuentes de contenido político y socialmente relevante con las que la historia social opera.⁹²

En este sentido, a pesar de que el lenguaje sea el objeto de estudio predilecto, la historia conceptual se separa de la lingüística, y en especial de la estructuralista, en que su interés no es el lenguaje en sí, sino en su función político-social, aunque su medio de acercamiento a lo social sea a través de enfoques lingüísticos. Esta alianza con la historia social condiciona su relación con los enfoques semasiológico y onomasiológico. La semasiología se refiere a la lógica lingüística que guía el sentido desde el significante al significado, intentando estudiar todos los posibles significados que pueden encontrarse en una sola palabra, término o concepto. La onomasiología por su parte se refiere a la lógica lingüística que guía el sentido desde el significado al significante, con lo que busca dilucidar cuántos nombres y términos distintos pueden llegar a darse para un mismo fenómeno o experiencia específica en un momento dado.⁹³

Por este motivo cada una de ellas delimita el rango de alcance en el estudio de un concepto (hasta donde llega el significado y cuantos elementos hay que estudiar para cubrirlo). Al respecto Koselleck declara lo siguiente:

La perspectiva *semasiológica*, que tiene en cuenta todos los significados de un término, se limitará a los sectores que cubren las estructuras políticas y sociales y sus modificaciones. Es decir, nunca se medirá la totalidad del campo de significado de una palabra. Los significados secundarios poco importantes para nuestra investigación se ignorarán. [...] La perspectiva *onomasiológica*, que considera todas las designaciones referidas a un estado de cosas determinado, sólo se tendrá en cuenta en la medida en que designaciones relacionadas y sinónimos proporcionen indicios de la multiplicidad histórica, o en la medida en que como designaciones nuevas que se imponen los proporcionen acerca de cambios sociales y políticos.⁹⁴

La historia social ofrece por este motivo a la historia conceptual una guía para discriminar los significantes necesarios para el estudio de un significado, y por lo tanto

⁹² Ibid. pp. 106, 112, 119-122. Koselleck, "Introducción al diccionario", p.100

⁹³ Koselleck, "A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*", p. 66.

⁹⁴ Koselleck, "Introducción al diccionario", p. 101.

permiten definir el rango de estudio lingüístico relevante en la definición de un concepto. De igual manera, y en virtud de esta alianza con la historia social, la historia conceptual no es una mera historia del lenguaje, sino una heurística que permite tender un puente entre los testimonios de los actores históricos y el investigador que tiempo después los interpreta; lo que permite al historiador social hacerse cargo de los testimonios del pasado con una mayor consciencia de los potenciales anacronismos resultantes del estudio de una época de la que no se cuenta con todas las claves necesarias para su comprensión profunda.⁹⁵

Esta relación entre el pasado que se hace presente y el presente que busca al pasado, es lo que lleva a Koselleck a reflexionar sobre la interrelación entre sincronía y diacronía⁹⁶. La historia conceptual tiene el reto de traducir los significados del pasado a nuestra comprensión. Esta procede desde la fijación de significados en el pasado, a considerar como se nos presentan dichos significados a nosotros. El análisis sincrónico del pasado (dentro de una misma época entre distintos agentes y fuentes) se complementa diacrónicamente (comparando actores y fuentes a través de las épocas).⁹⁷

La historia conceptual articula el enfoque sincrónico con el diacrónico de una manera particular. Para Koselleck el enfoque sincrónico supone un primer paso necesario para la delimitación de los significados de un concepto concreto en una época dada. Para ello se lleva a cabo un estudio y comparación de múltiples usos del concepto en un rango muy variado de fuentes. Pero a diferencia de la historia de las ideas, y como resultado de su alianza con la historia social, no tiene en cuenta sólo a los grandes autores clásicos y representativos de la historia del pensamiento, sino también múltiples fuentes de la opinión pública como periódicos, panfletos, actas de los estamentos y parlamentos, de la administración y de la política. Esto se complementa además con testimonios de la vida privada como cartas o diarios, con el fin de comprobar en qué grado las conceptualizaciones realizadas en declaraciones públicas corresponden a creencias íntimas. Pero lo que ha sido definitorio en la historia conceptual ha sido la consulta de diccionarios y enciclopedias de época como vía para intentar discernir el uso más habitual y aceptado de un concepto en una época concreta. Todas estas fuentes interactuando conjuntamente ofrecen una malla de sentido sobre la que el investigador

⁹⁵ *Ibíd.* p. 101. Koselleck, *Futuro Pasado...*, p. 112.

⁹⁶ Y en esto se explicita de manera clara la relación entre la historia conceptual y la hermenéutica gadameriana que busca la fusión de horizontes.

⁹⁷ Koselleck, *Futuro Pasado*, p. 113.

puede estudiar las recurrencias, alteraciones, convenciones, desviaciones y significaciones que hacen de un concepto un índice y factor lingüístico de su época.⁹⁸

Pero aquí no acaba la labor del historiador conceptual, que no debe conformarse con reconstruir los significados de un concepto en un momento dado. Para Koselleck lo que otorga carta de naturaleza al principio heurístico de la historia conceptual es el enfoque diacrónico, segundo paso que se ha de dar en el estudio del uso de un concepto para dar cuenta de sus transformaciones y constatar así su validez en el vocabulario político a través del tiempo. Esto es importante de cara a poder narrar una historia propiamente dicha y no sólo el testimonio de una época concreta. Pero es esta apuesta por la diacronía uno de los principales motivos de divergencia con la *Escuela de Cambridge*, tal y como explicaré en el siguiente apartado.⁹⁹

Sin embargo, la distinción entre sincronía y diacronía es sólo una estrategia de estudio, pues en último término la historia conceptual pretende ir más allá de la alternativa estricta entre estos dos enfoques, remitiendo a la simultaneidad de lo anacrónico que puede estar contenido en un concepto. Esto es posible porque en los conceptos conviven simultáneamente distintos *estratos del tiempo*. Los *estratos del tiempo* son una metáfora geológica que Koselleck utiliza para mostrar que los conceptos están cargados y transmiten lógicas de temporalidad que son múltiples, distintas e inescindibles.¹⁰⁰

La noción de *estratos del tiempo* es un intento de superar la contraposición entre tiempo lineal y cíclico, que ha sido la piedra angular sobre la que se han definido, comparado y reflexionado las distintas concepciones del tiempo histórico. Para Koselleck toda concepción del tiempo histórico existen dos estratos fundamentales que se articulan en cada momento influyendo en la manera en que experimentamos la temporalidad: la unicidad histórica de los acontecimientos y las estructuras de repetición. La unicidad es el dato de experiencia temporal que se nos presenta primero por el hecho de que los acontecimientos son vividos como hechos sorprendentes e irreversibles, lo que lleva a considerar el tiempo como una sucesión de situaciones únicas. Esta conciencia temporal es la que posibilita pensar en términos de progreso, pues libera las experiencias precedentes vitales de las narrativas temporales

⁹⁸ Koselleck, “Introducción al diccionario”, p. 103.

⁹⁹ Koselleck, *Futuro Pasado*, pp. 113-116. Koselleck, “Introducción al diccionario”, p. 99; Koselleck, “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, pp. 61-66.

¹⁰⁰ Koselleck, *Futuro Pasado...*, p. 123. Reinhard Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Paidós, 2001), p. 35.

cíclicas que conciben el tiempo como una reiteración, para convertirlos en expectativas sobre los nuevos eventos por venir.¹⁰¹

Pero para Koselleck “esta unidad es sólo la mitad de la verdad, ya que toda historia descansa al mismo tiempo sobre estructuras de repetición que no se agotan en la unicidad”, la recurrencia es el presupuesto de la unicidad, pues no se puede concebir la novedad sin compararla con lo que se considera cotidiano y reiterativo. Sin embargo en la repetición existe una contratendencia diametralmente opuesta a este alumbramiento de la novedad, en la medida en que las experiencias que posibilitan pensar las recurrencias tienden también a insensibilizar a los actores con respecto a las corrientes del cambio al normalizar lo ordinario. Por lo tanto, los estratos de unicidad y recurrencia se encuentran siempre presentes e interactuando en los conceptos, pero en base a cómo se articulen y se expliciten hacen prevalecer bien la expectativa (en el caso de que predomine la unicidad, lo que favorece una concepción histórica lineal y en clave de progreso), bien haciendo prevalecer la experiencia (en el caso de que predomine la recurrencia que favorece una concepción más cíclica y conservadora del tiempo).¹⁰²

Estos estratos temporales que articulan la sincronía y diacronía pueden ser pensados y representados gracias a la semántica de los tiempos históricos, que resulta en un nivel de reflexión necesario y ausente en la historia de las ideas que se practicaba con anterioridad. La semántica de los tiempos históricos propone que los conceptos transmiten junto a su contenido ideacional una perspectiva sobre la temporalidad, tanto cuando se estudian sus distintos significados sincrónicamente en un solo momento histórico, como cuando se compara la evolución, trasmisión y ruptura conceptual en una línea temporal diacrónicamente. La semántica del tiempo es un elemento fundamental que nos muestra la historicidad de un concepto en un sentido distinto pero complementario (y de la misma importancia) que mediante el estudio de la semántica del significado. Pero a diferencia de la semántica del significado conceptual, la semántica del tiempo histórico nos ofrece información que trasciende lo explícito del discurso sobre cómo un actor entiende su momento histórico y experiencia vital. Cada época tiene su forma concreta de concebir y experimentar la temporalidad, y esto también queda marcado en los conceptos como índice y factor. Pero esta semántica de la temporalidad histórica es algo más compleja que la elección entre linealidad y circularidad, y es necesario considerar cómo los conceptos sintetizan dos elementos

¹⁰¹Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, pp. 36-37.

¹⁰²Ibíd. pp. 37-40.

clave en la manera de comprender el tiempo histórico (y por lo tanto de articular sus estratos), que es la relación entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa.

Para Koselleck tanto la experiencia como la expectativa suponen distintas formas de vivencia del tiempo histórico a través de la conciencia y el lenguaje. La experiencia conecta el recuerdo del pasado con la vivencia del presente, haciendo presente el pasado mediante su recuperación y actualización. Cuando predominan los espacios de experiencia, el lenguaje político tiende a enfatizar los deseos de estabilidad y orden, además de intentar reconectar la experiencia presente con los saberes pasados de cara a preservar la tradición, o bien por el deseo de buscar una guía para la acción mediante el precedente. Por otro lado la expectativa traslada las vivencias del presente hacia el futuro, haciendo el futuro presente mediante la orientación de nuestras acciones por medio de los pronósticos. Cuando predominan los horizontes de expectativa se considera que la legitimidad tradicional ha dejado de ser útil para la sociedad y aparecen los anhelos de transformación social. La sociedad entonces está más abierta a la innovación y a los cambios sociales drásticos. En último término, toda acción social está atravesada por variables de experiencia y expectativa que se vinculan por medio del lenguaje y mediante representaciones discursivas, influyendo por medio del lenguaje la manera en que se vive y comprende el tiempo histórico.¹⁰³

Experiencia y expectativa se entrelazan y coordinan en un equilibrio difícil entre lo que proyectamos del pasado y del futuro a nuestro presente, y el lenguaje nos sirve para expresar estas vivencias del tiempo. Sin embargo esta relación entre experiencia y expectativa no es fácil ni simétrica. En el lenguaje se da un carácter compensatorio que actúa como un juego de suma cero: a más espacio de experiencia, menos horizonte de expectativa, y viceversa, aunque ambos estén presentes.¹⁰⁴

La razón histórica de este efecto compensatorio entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa en el lenguaje se debe a una particularidad de la *Sattelzeit*, que es la aceleración de la temporalidad histórica producto de la modernidad y la modernización que esta trae aparejada en todos los ámbitos de la vida. La hipótesis de la *Sattelzeit* es una pieza clave del proyecto de investigación del *GG Lexikon*, y fue concebida como enfoque heurístico y *leitmotiv* que guía el relato de transformación de todos los conceptos políticos fundamentales descritos en el diccionario. La *Sattelzeit* sería una suerte de periodo bisagra que abarcaría desde mediados del siglo XVIII hasta

¹⁰³Koselleck, *Futuro Pasado*, p. 337. Assmann, *Historia y mito en el mundo antiguo*, pp. 64-68.

¹⁰⁴Koselleck, *Futuro Pasado*, p. 356.

mediados del siglo XIX, en el que los significados de los conceptos políticos y sociales se transformaron tanto en la comprensión que tenemos de los mismos, como en el sentido temporal que transmiten con su uso. De esta manera lo que el diccionario pretende explicar es el proceso por el cual el vocabulario político devino moderno, y a partir de este hecho, ofrecer claves interpretativas con las que reflexionar sobre los modos en que pensamos el tiempo y la política desde la modernidad.¹⁰⁵

Koselleck enumera cuatro rasgos que caracterizan la transformación del vocabulario político con la *Sattelzeit* y que afectaría al uso y significado de los conceptos: La democratización, la temporalización, la ideologización y la politización. Por el momento los dejo solamente enumerados, ya que volveré sobre ellos en el capítulo siguiente.¹⁰⁶

Pero la *Sattelzeit* introduce una complejidad añadida al índice de temporalidad de los conceptos, y es que la *Sattelzeit* desdibuja la relación que los conceptos políticos y sociales tienen con la tradición al incorporar una matriz de futuro que potencia las expectativas sobre las experiencias y la unicidad frente a la recurrencia. Este es el fenómeno de la aceleración, que se materializa en nuestra conciencia histórica a través del surgimiento y predominio de la noción de progreso histórico, que aparece y se extiende durante la *Sattelzeit*. Por ello Koselleck dice metafóricamente que los conceptos poseen un rostro jánico: en su transformación en conceptos modernos una de sus caras mira al pasado, y se refiere a situaciones sociales y políticas que ya no son comprensibles sin interpretación, pues la realidad social a la que aluden está desapareciendo con la transformación modernizadora de la sociedad. La otra cara mira al futuro y ofrece significados que, aunque puedan explicarse, son inmediatamente entendidos por su cercanía a nuestra experiencia moderna. Lo que lleva a que se dé una primacía de la expectativa sobre la experiencia, por la importancia mayor del futuro sobre el pasado en nuestras vidas como resultado de la preponderancia de la idea de progreso sobre la adhesión a la idea de tradición.¹⁰⁷

¹⁰⁵Koselleck, "Introducción al diccionario", pp. 94-95.

¹⁰⁶Ibid., pp. 96-98.

¹⁰⁷Resulta evidente que nuestra relación con el lenguaje no puede ser la misma en la modernidad que en las épocas precedentes. El proceso de la aceleración histórica ha transformado necesariamente nuestra relación con la experiencia pasada volviéndola a priori más superflua, pues los adelantos técnicos y sociales se suceden prácticamente cada año transformando la sociedad de manera cualitativa y en lapsos de tiempo cada vez menor. Comparado con este escenario, en los periodos históricos pre-modernos las condiciones vitales de una generación no diferían en esencia con respecto a la experiencia de sus padres y antepasados, por los que el conocimiento y la trasmisión de la tradición no era sólo una forma de integración social mediante una conciencia sobre la identidad colectiva, sino que era además una pieza clave para la supervivencia de la comunidad. Pero durante los últimos 250 años se viene dando una

La *Sattelzeit* por tanto se yergue como la hipótesis de partida a la hora de estudiar un concepto, e introduce la pregunta sobre los cambios semánticos que experimenta un concepto desde sus acepciones previas a la modernidad, con respecto a los nuevos horizontes de sentido que la modernidad les imprime. Esto a su vez nos permite comprender cómo se percibieron los cambios en la transición hacia el mundo moderno, pues el concepto en cuanto índice de los fenómenos referidos recoge la visión que los actores tenían de su tiempo y cómo el proceso de modernización afecta a los elementos referidos por los conceptos. De esta manera la historia conceptual es también una vía para estudiar y reflexionar las transformaciones en y de la modernidad.

A pesar de la centralidad de la *Sattelzeit* durante el proyecto del *GG Lexikon*, Koselleck se distanció del concepto en su etapa final. Si bien existe debate sobre si esto significó o no un rechazo de la hipótesis, lo cierto es que en una entrevista ofrecida a los profesores Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, Koselleck comentó su insatisfacción con el concepto y su hipótesis de investigación, ya que como comentará en dicha entrevista habría ideado la noción como parte de una estrategia para dar mayor publicidad al proyecto del diccionario. Su incomodidad se centra en especial con el lexema “*Sattel*”, pues este no haría referencia directa al proceso de la aceleración, lo que conllevaría a que la etiqueta historiográfica devenga en una herramienta de investigación deficiente a la hora de definir su objeto de estudio. Una crítica similar al concepto la presentó en su discurso ante el Instituto histórico alemán de Washington DC ante Melvin Richter y John G. A. Pocock. En esa ocasión abundó sobre la idea de que la *Sattelzeit* había sido un eslogan con el que vender el proyecto, y que en retrospectiva habría oscurecido más que aclarado las intenciones del mismo, llegando a proponer que quizás habría sido mejor optar por el término *Schwellexzeit* (periodo umbral). Sin embargo, en la entrevista ofrecida a Fernández Sebastián y a Fuentes, Koselleck apuntó tras una pregunta de sus entrevistadores que la *Sattelzeit* no tenía que comenzar siempre en el mismo momento histórico, y que para los italianos podría haber comenzado con anterioridad en la época de Maquiavelo. Esto lleva al profesor

transformación del mundo jalonada por distintos eventos históricos que han dado lugar a sociedades en donde el cambio de las costumbres y las formas de vida; de los adelantos técnicos y culturales, hacen que las experiencias vitales de una generación queden desactualizadas para la siguiente, por lo que los espacios de experiencia no son comparativamente tan importantes en la constitución de las identidades colectivas, ya que la experiencia acumulada puede no servir para afrontar los retos que se plantean a las nuevas generaciones. Por el contrario, esta aceleración vuelve mucho más importante el fenómeno de la prognosis, pues la capacidad de realizar expectativas adecuadas sobre los cambios por venir puede servir para anticiparse a los desafíos de una época. Y cuanto más se acelera el tiempo más se intensifica esta sinergia. *Ibíd.* p. 95. Koselleck, *Futuro Pasado...*, pp. 36-37, 354

Fernández Sebastián a comentar la hipótesis de una renovación del lenguaje político en el ámbito hispánico de los siglos XVI y XVII sobre una base escolástica, a lo que Koselleck responde negativamente, alegando que dicha transformación no tenía las mismas implicaciones que la *Sattelzeit*, a partir de este intercambio creo que es razonable pensar que la idea nunca fue del todo abandonada.¹⁰⁸

Con el debilitamiento de la hipótesis de la *Sattelzeit* como perspectiva fundadora de la historia conceptual Koselleck desarrolló la *Histórica*, que en su homenaje a Gadamer de 1985 concibió como la tematización de las condiciones de posibilidad histórica, es decir, considerar las aporías de la finitud del hombre en su temporalidad. Para poder vivir, el ser humano orientado hacia la comprensión debe transformar la experiencia histórica en algo ligado a un sentido y asimilado hermenéuticamente. La *Histórica*, por tanto, es entendida como una teoría de la historia que no se centra en los hallazgos determinables empíricamente en las historias pasadas, sino que se pregunta por las condiciones de posibilidad de la historia. Es la versión koselleckiana de la *historia efectual* de Gadamer.¹⁰⁹

Pero de cara a esta investigación no voy a incorporar la *histórica*, pues una teoría de la historia que considere las condiciones de posibilidad de la historia misma, de la conciencia histórica, de la vivencia histórica del hombre, o cualquier otra reflexión que apunte hacia una antropología de la condición del hombre como ser histórico resulta un objetivo demasiado ambicioso para este trabajo.

Asimismo tampoco daré desarrollo a algunos de los proyectos de la historia conceptual en los que Koselleck trabajó en su etapa final inspirándose en la *metaforología*, de Hans Blumenberg, o la memoria histórica ligada a los monumentos y las imágenes. Todo esto pertenece a un desarrollo de la historia conceptual basado en los límites de lo conceptual que Blumenberg definió como la “inconceptualidad”. Mi utilización de la historia conceptual se basa en aquellos elementos descritos hasta el momento, que son los que fundamentaron el arranque de la historia de los conceptos alrededor de la hipótesis de la *Sattelzeit*.

Dado que esta es una tesis en historia conceptual de un concepto político americano merece la pena detenerse por un momento en la situación de este paradigma

¹⁰⁸Reinhart Koselleck, Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, “Historia conceptual, memoria e identidad: Entrevista a Reinhart Koselleck II”; *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid* No. 112 (Abr., 2006), p. 8; Koselleck, “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, p. 69.

¹⁰⁹Koselleck y Gadamer, *Historia y hermenéutica*, pp. 68-69.

historiográfico en los Estados Unidos. Martin J. Burke se ha referido al estado de la historia conceptual en la academia estadounidense como un “proyecto nacional olvidado”. A este respecto, Burke señala que ha habido iniciativas como la suya, o la del profesor Melvin Richter por iniciar una línea de investigación en historia conceptual estadounidense de manera similar a las adaptaciones llevadas a cabo en países como Holanda, Finlandia o España, pero concerniente a la historia estadounidense. Sin embargo, no ha sido posible que este proyecto germinase debido a varios factores relacionados con la cultura académica norteamericana y por la falta de apoyo institucional a este proyecto. Según Burke, uno de los mayores desafíos ha consistido en encontrar académicos del campo de las humanidades y de las ciencias sociales que quisieran trabajar en un proyecto común. A pesar de que en la actualidad la academia se encuentra imbuida de un discurso ritual que alaba la multidisciplinariedad, no se puede obviar que en los Estados Unidos las humanidades y las ciencias sociales obtienen sus fondos para la investigación de distintos organismos.¹¹⁰

En el caso de las ciencias sociales, el organismo federal de referencia es el *National Science Foundation* (NSF), que prioriza proyectos que se encuentren “rigurosamente” fundamentados desde un punto de vista metodológico, lo que en la práctica significa que favorecen proyectos planteados desde una óptica de estudio cuantitativo y con un claro sesgo hacia el institucionalismo. Las humanidades por el contrario tienen por institución federal de referencia la *National Endowment for the Humanities* (NEH), que no solo cuenta con muchos menos fondos que la NSF, sino que además desde los años ochenta y noventa del siglo XX (con el surgimiento y predominio de los *Cultural Studies* y de los postulados de la nueva izquierda en los departamentos de humanidades) el NEH ha priorizado proyectos centrados en el estudio de grupos histórica y socialmente marginados, privilegiando investigaciones centradas en explicar los mecanismos de opresión grupal y las políticas de identidad colectiva. Por este motivo ha sido difícil proponer el desarrollo de un paradigma historiográfico cuyo estudio se centra en muchos casos en la producción intelectual de las élites culturales (a pesar de que desde el componente de historia social de la historia conceptual se intenta superar esta deficiencia). Históricamente la “filantropía” norteamericana ha supuesto una alternativa a los fondos públicos a través de grandes fundaciones privadas como la

¹¹⁰Martin J. Burke, “Conceptual History in the United States: a Missing ‘National Project’”, *Contributions to the History of Concepts*, No. 2, Vol. 1, (Oct. 2005), p. 128.

Rockefeller o la *Ford Foundation*, pero desde hace años estas instituciones “filantrópicas” no ofrecen fondos para líneas de investigación centradas en la historia.¹¹¹

Los pocos historiadores conceptuales estadounidenses han llevado a cabo su labor contra viento y marea, dependido en parte del apoyo de instituciones y redes de investigadores europeos y latinoamericanos. Esta falta de fondos y de apoyo de sus instituciones locales ha impedido que se haya podido llevar a cabo un proyecto tan básico para la historia conceptual como la elaboración de un diccionario de los conceptos políticos y sociales estadounidenses. Esto ha llevado a que los historiadores conceptuales estadounidenses hayan centrado su trabajo en la reflexión de índole metodológica y en elaborar la historia de su propio paradigma, lo que les ha posibilitado en el largo plazo servir de enlace entre los historiadores conceptuales predominantes en la Europa continental y Latinoamérica con el *contextualismo* imperante en el ámbito angloparlante.¹¹²

Esta especialización en el ámbito metodológico y de la historia del paradigma les ha reportado un lugar dentro de las redes de historiadores intelectuales extranjeros como una suerte de interlocutores entre el contextualismo y la historia conceptual. Sin embargo este rol académico ha situado a los historiadores conceptuales estadounidenses en una difícil posición dentro de su propio ámbito historiográfico nacional, que tiende a minusvalorar las aportaciones teórico-metodológicas si estas no entran en contacto directo con algún problema fundamental de sus debates sobre la identidad nacional. En esto radica la diferencia entre el relativo éxito del *contextualismo* con respecto al fracaso de implantación de la historia conceptual en los Estados Unidos. La *Escuela de Cambridge* ha conseguido penetrar en los debates historiográficos norteamericanos a través de los autores de la *síntesis republicana* atacando el consenso historiográfico largamente imperante sobre el legado de Locke en la revolución americana, y obligando con ello al resto de historiadores del periodo a posicionarse sobre sus propuestas teóricas. Los historiadores conceptuales sin embargo no han conseguido encontrar ningún evento histórico polémico desde el que vehicular el debate y con el que presentar sus propuestas teóricas, por lo que el resto de la historiografía norteamericana ha podido ignorarles sin esfuerzo al no ver sus preconcepciones interpeladas.¹¹³

¹¹¹Ibid., pp. 127-128; Kraus & Joyce, *The Writing of American History*, pp. 336-337.

¹¹²Skinner, *Visions of Politics*, pp. 177-179, 186; Richter, “Reconstructing the History of Political Languages”, p. 63.

¹¹³El *contextualismo* ha tenido una gran ventaja a su favor con respecto a la historia conceptual al ser un paradigma historiográfico surgido en la cultura académica angloparlante. Sus presupuestos teóricos están

Aunque habría mucho más que decir sobre el proyecto de la historia conceptual, considero que sus hipótesis fundamentales para esta tesis han quedado suficientemente explicadas, por lo que pasaré a continuación a sintetizar el proyecto de investigación de la otra tradición fruto del giro que operó en la filosofía y se trasladó a la historia: la *Escuela de Cambridge*. Y para hacerla abordable me centraré en sus dos principales figuras: John G. A. Pocock y Quentin Skinner.

2.4 El proyecto de investigación de la *Escuela de Cambridge* y del contextualismo:

Escuela de Cambridge es el apelativo que se popularizó durante los años 70 del siglo XX para referirse a un conjunto de autores que protagonizaron la versión historiográfica del giro lingüístico en el mundo anglófono. Como bien ha señalado Pocock (uno de los autores en cuestión), el apelativo de *Escuela de Cambridge* es una etiqueta “impuesta” sobre un conjunto de historiadores que coincidieron formativamente en unos debates sobre la transformación del enfoque de la historia del pensamiento político, aunque ellos niegan que formen parte de una escuela formal.¹¹⁴

Los autores englobados en este enfoque prefieren hablar del *método de Cambridge* antes que de *Escuela de Cambridge*, y esto es debido a que entienden su labor como una sensibilidad histórica guiada por un método. El origen de esta perspectiva se encontraría en el estudio preliminar al *Segundo Tratado del Gobierno Civil* de Locke, que fue el resultado de una investigación desarrollada por Peter Laslett entre 1949 y 1950, trabajo que sería publicado una década más tarde como estudio

en consonancia con la tradición académica estadounidense y el nivel de transferencia académica de esta es mayor con las universidades británicas al compartir una misma lengua. La historia conceptual por otro lado es un producto genuino de la cultura alemana y del ámbito académico europeo continental. Con anterioridad a la Guerra Fría esto habría jugado a favor de la historia conceptual, pues durante el siglo XIX y principios del siglo XX las élites culturales norteamericanas tenían a la academia alemana por su espacio formativo de referencia. Pero esto cambió durante la segunda mitad del siglo XX con el tránsito de las universidades nacionales formadoras de élites culturales al mundo universitario de la globalización, enfocado hacia el mercado de trabajo y en donde el espacio de educación superior angloparlante se ha cohesionado como el centro de referencia universitario a nivel internacional. Este cambio de tendencia ha jugado en contra de los sucesores de Gadamer, quienes ni siquiera han encontrado interlocutores entre los sucesores del exilio judío alemán, pues el criterio hermenéutico de la historia de la filosofía de Leo Strauss y sus discípulos se basa en una concepción diltheana de la hermenéutica y cercana a la historia del pensamiento de Meinecke, por lo que difícilmente puede entrar en sintonía con la propuesta teórica de Koselleck.

¹¹⁴John G. A. Pocock, *Political Thought and History: Essays on Theory and Method* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009), p. 129. Richter, “Reconstructing the History of Political Languages”, p. 49.

preliminar de una nueva edición del *Segundo Tratado* en la colección *Cambridge Texts in the History of Political Thought*.¹¹⁵

La contribución de Laslett ejemplifica los objetivos y métodos de la corriente posterior, al desmontar el consenso filosófico e historiográfico precedente sobre las intenciones de Locke al escribir el *Segundo Tratado*. En contra del consenso de su tiempo, Laslett demostró que la teoría contractualista en el segundo tratado de Locke apareció como resultado del desarrollo de su crítica a Richard Filmer en el *Primer Tratado*, en donde criticó su concepción de la autoridad patriarcal. A partir de esta crítica Locke pretendería fundamentar una noción sobre la comunidad política distinta a la predominante en la corte de Carlos II, donde las tesis de Filmer eran predominantes. De esta manera, la contextualización de la teoría contractualista de Locke debía buscarse en los debates autorales que estableció el propio Locke en la unidad del primer y el segundo tratado, y no en base a la contraposición entre las teorías contractualistas de Locke y de Hobbes como había sostenido la tradición de la historia del pensamiento posterior, que a través de la contraposición de estos dos titanes del pensamiento barroco había intentado explicar el surgimiento del *Segundo Tratado* como el resultado de un plan para apoyar la Revolución Gloriosa en 1688-89, tal y como defendía la historiografía whig.¹¹⁶

La confusión imperante en los estudiosos de Locke se debía al desfase anteriormente desconocido por la academia entre el momento de redacción de la obra (1681) con respecto a su fecha de publicación (1688), pues el contexto político cambió sustancialmente de una fecha a la otra influyendo dentro del campo de posibilidades para el grupo político whig en Inglaterra, lo que cambió sustancialmente las intenciones de Locke al concebir el *Segundo Tratado* como un manifiesto político whig. De hecho, lo que probó Laslett con este estudio es que la cuestión del contexto se vuelve estratégica a la hora de interpretar el sentido de una obra. A priori este descubrimiento no resultaría demasiado sorprendente, pues precisamente la figura académica del estudio preliminar a una obra filosófica (muy anterior como género literario al escrito de Laslett) se basa precisamente en esta premisa. Por este motivo es necesario puntualizar lo que se entiende aquí por contexto no es otra cosa que una serie de momentos de

¹¹⁵John G. A. Pocock, *Virtue, Commerce and History: Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985), pp. 2-3; Pocock, *Political Thought and History*, pp. VII-VIII; Quentin Skinner, *Liberty before Liberalism* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), pp. 102-103.

¹¹⁶Peter Laslett, "Introduction" en John Locke, *Two Treatises of Government* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), pp. 3-16.

composición, publicación y recepción que constituyen en su conjunto una pluralidad de actos lingüísticos en los cuales el pensamiento político circula y se constituye.¹¹⁷

De esta manera se presenta la tesis fundamental que une a todos los miembros que han quedado agrupados en la *Escuela de Cambridge*, y es la premisa de que la clave para estudiar el pensamiento político debe centrarse en el discurso como vehículo de un contexto lingüístico.

Peter Laslett, Quentin Skinner, John G. A. Pocock y John Dunn van a ser los principales representantes de esta perspectiva dentro de Gran Bretaña. Pero estos autores no van a ser los únicos protagonistas del giro lingüístico historiográfico. De manera simultánea en los Estados Unidos Bernard Baylin y su discípulo Gordon S. Wood llevaron a cabo un trabajo similar en la universidad de Harvard radicada en Cambridge (Massachusetts), al rebatir junto a Pocock las tesis de Louis Hartz en su obra *The Liberal Tradition in America* (1955), cuya propuesta (imperante en la historiografía estadounidense del momento) defendía la existencia de un monopolio interpretativo de la tradición lockeana como llave heurística del pensamiento político estadounidense, y que se habría convertido en una visión hegemónica de la cultura americana. Contra esta presunción Baylin en *Los orígenes ideológicos de la Revolución Americana* (1962) y Wood en *The Creation of the American Republic 1776-1787* (1969) constituyeron una nueva corriente denominada la *síntesis republicana* cuyos autores arguyeron que durante la Revolución Americana el pensamiento de los *Padres fundadores* se conformó como una síntesis de distintas tradiciones que generaría un paradigma republicano fruto de la fusión de la filosofía lockeana con el pensamiento whig radical (devenida del debate faccional whig dieciochesco del *court and country*) y por una tradición netamente republicana de autores británicos neo-harringtonianos con referencias neo-romanas.¹¹⁸

¹¹⁷Ibid., pp. 3-16. Pocock, *Political Thought and History*, pp. 126-127. Richter, "Reconstructing the History of Political Languages", p. 53.

¹¹⁸Robert E. Shalhope, "Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography" *The William and Mary Quarterly*, Vol. 29, No. 1 (Jan., 1972), pp. 65-73; El caso de Pocock resulta interesante, pues si bien es neo-zelandés de origen y ha desarrollado la mayor parte de su carrera académica en la Universidad John S. Hopkins Su labor de estudio del pensamiento político británico en la temprana era moderna y la Antigua Constitución Inglesa, junto a su identidad de "británico de los mares del sur" le ha llevado a una curiosa posición por la cual aunque es percibido y encuadrado con el resto de británicos insulares, su ámbito de debate es igual de fluido con los autores británicos como con los americanos, lo que le convierte en el autor más genuinamente transatlántico de todos, pues ha construido una identidad de pura *Commonwealth* británica que le ha servido para pensar lo el pensamiento del mundo anglófono desde una perspectiva genuinamente paraestatal. Tanto su interpretación de la historia Atlántica, su ataque a las tesis de Hartz, como su visión de las similitudes y diferencias del trabajo de los dos *Cambridges* puede encontrarse en; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 683-692; para una panorámica más amplia de cómo se inserta este debate en su proyecto intelectual general ver John G. A. Pocock, "From The Ancient Constitution to

La coincidencia temporal del Cambridge británico del *contextualismo* con el Cambridge estadounidense de la *síntesis republicana* muestra sin embargo una notable diferencia entre ambos por el grado de interés que mostró cada grupo por las cuestiones metodológicas y la teoría de la historia: mientras que para el Cambridge británico la redefinición de la historia intelectual fue un punto clave de su proyecto, para el Cambridge estadounidense sería un objetivo secundario y subordinado al esclarecimiento de la cultura política americana en la era revolucionaria. Sin embargo ambos surgieron de manera simultánea e independiente través de un mismo propósito: alcanzar una transformación de la historia intelectual por medio de una redefinición sobre la interpretación de la filosofía lockeana y sobre el carácter de su legado posterior. Este origen común permitió a los autores de ambos *Cambridges* enfrentarse al consenso liberal de su época a la par que les permitía plantear una historia intelectual distinta, en donde se reivindicará una mayor atención a la historia del discurso político en su contexto lingüístico, pues esta sería la forma de evitar las proyecciones anacrónicas de los actores del presente sobre los sujetos del pasado. De esta manera aconteció un cambio de paradigma en el mundo anglófono en el tránsito de los años 60 a los 70 del siglo XX.

Este cambio paradigmático va a venir acompañado por el surgimiento de la Historia Atlántica, que se va a proponer estudiar la cultura anglófona inspirándose en Fernand Braudel y en su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949). Esta perspectiva atlantista centrada en el estudio de una cultura política compartida a los dos lados del atlántico norte (anglófono) va a establecer el paradigma discursivo republicano como su eje conductor común. De esta manera en un contexto de Guerra Fría y de fortalecimiento cultural del eje trasatlántico se va a favorecer el relato de una genealogía común amparada por una perspectiva transnacional, que vinculará entre sí los trabajos del contextualismo inglés y la *síntesis republicana* de los Estados Unidos. Esto va a permitir coordinar una crítica a las tesis de la filosofía liberal de John Rawls y al paradigma *consensualista* de Louis Hartz. Este doble vector atlantista y neorepublicano va a poner en relación a Pocock con Baylin y Wood; a Skinner con James Tully (Canadá); a filósofos políticos de Princeton como Philip Petit o Maurizio Viroli con el Cambridge Británico; en Europa continental Martin Van Gelderen y los historiadores del *Instituto Europeo de Florencia* van a intentar triangular el eje atlántico

Barbarism and Religion; The Machiavellian Moment, the history of political thought and the history of historiography”, *History of European Ideas*, Vol. 43, No. 2, (2017), pp. 141-144.

de Estados Unidos y Gran Bretaña con el pensamiento político de la Europa continental ahondando en la formación del discurso político republicano clásico, en donde la contribución de Pocock con *El momento maquiavélico* va a servir de fundamento historiográfico para este propósito. A todo esto hay que añadir los esfuerzos de historiadores conceptuales americanos como Melvin Richter y posteriormente Martin J. Burke desde CUNY, junto al historiador finés Kari Palonen por poner en contacto a este amplio grupo de contextualistas con la perspectiva de la historia conceptual que se desarrollaba de manera paralela en Alemania.¹¹⁹

Lo que en su momento surgió como un cambio metodológico y paradigmático en el estudio de Locke, sus influencias y sus paradigmas alternativos por parte del Cambridge británico y del estadounidense, ha acabado por conformar una red internacional muy amplia y heterogénea que ha sustituido (al menos formalmente) la antigua historia de las ideas de Lovejoy por un nuevo paradigma redefinido como el *contextualismo*. Este nombre se debe a la coincidencia metodológica compartida por todos los autores de este nuevo paradigma que les lleva a estudiar la historia del pensamiento político entendida como el análisis del discurso y del texto político en su contexto histórico. De la misma manera que el concepto se había convertido en la unidad básica de investigación para la historia conceptual, para el *contextualismo* la unidad básica de investigación será el discurso contextualizado como acto lingüístico.¹²⁰

Por este motivo, y de cara a hacer manejable el estudio de este enfoque disciplinar, voy a considerar solamente las contribuciones de Skinner y Pocock a una teoría del discurso como actos de habla históricamente fundados. Ambos son historiadores prolijos que han desarrollado un extenso trabajo sobre la historia del pensamiento político, así como varios ensayos sobre teoría de la historia y del lenguaje. Resulta imposible desarrollar aquí una muestra representativa de su trabajo, es por esto que me limitaré a comentar los puntos de ruptura con la historiografía precedente a través de sus dos ensayos más reconocidos en materia de metodología y teoría de la historia, aunque añadiré ciertas matizaciones propias de su evolución posterior.

¹¹⁹David Armitage, “Tres conceptos de historia atlántica”, *Revista de Occidente*, N° 281, (Oct. 2004), pp. 10-13, 15-16; Carmen de la Guardia, “Historia atlántica. Un debate historiográfico en Estados Unidos”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 36, (2010), pp. 151-157; Richter, “Reconstructing the History of Political Languages”, p. 63; Martin J. Burke, “An Intellectual Redescription: Revisiting Kari Palonen’s Quentin Skinner” en Claudia Wiesner, Evgeny Roshchin y Marie-Christine Boilard (eds.), *In Debate with Kari Palonen: Concepts, Politics, Histories* (Baden-Baden: Nomos, 2015), pp. 25-28; Sobre cómo el *Momento maquiavélico* devino en obra canónica para el resto del contextualismo ver Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 663-664.

¹²⁰Pocock, *Virtue, Commerce and History*, p. 13.

John G. A. Pocock sistematizó por primera vez su propuesta teórica en un artículo clásico de 1968 que publicó en 1971 titulado “Languages and Their Implications: The Transformation of the Study of Political Thought”. En este artículo Pocock expuso el desafío que constituía el giro lingüístico para la historia de la filosofía política convencional. Desde la filosofía académica por lo general se pretendería explicar a los autores en relación a un sistema de ideas. Pero esto no tendría por qué explicar aquello que un autor quiere expresar en un momento dado. La búsqueda e imputación de coherencia en el pensamiento de un autor que es propia de la filosofía y del enfoque de muchos historiadores puede ser una tarea insatisfactoria, bien porque el autor falle a la hora de generar esa coherencia intelectual, bien porque ni siquiera la busque.¹²¹

En lugar de estudiar un pensamiento sistemático Pocock propuso centrarse en el pensamiento como discurso, entendido como un acto de comunicación de sistemas lingüísticos. Su idea del discurso fue completado en un segundo artículo de 1981 titulado “The Reconstruction of Discourse: Towards the Historiography of Political Thought”, y se basa en considerar el pensamiento político como una secuencia de actos discursivos realizados por agentes en un contexto. Este contexto se compone de prácticas sociales, situaciones históricas y de un lenguaje que guía los actos del discurso. El discurso articularía mundos conceptuales desde donde transmitir el significado y estructuras de autoridad que dotarían de importancia al sentido mentado. Pero los discursos no son formulaciones que el autor utilice arbitrariamente, sino que son controlados y estructurados por los paradigmas.¹²²

La noción de paradigma es central en la teoría de Pocock, quien la toma prestada del teórico de la ciencia Thomas Kuhn, para quien los paradigmas son el modelo explicativo de las permanencias y los cambios en los consensos del saber científico. Según Kuhn, en la ciencia moderna el saber se organiza en consensos mayoritarios sobre la forma de entender y estudiar una cuestión, y esto son los paradigmas científicos. Los paradigmas se configuran como espacios de convención y actúan como marcos de certidumbre, y son simultáneamente coherentes pero imperfectos, pues por medio de la unificación posibilitan un cierto orden necesario para el estudio y la comunicación sobre un fenómeno en la investigación. La ciencia que se desarrolla

¹²¹John G. A. Pocock, *Politics Language & Time: Essays on Political Thought and History* (Chicago and London: The University of Chicago Press, 1989), pp. 6, 9, 11-12.

¹²²Ibid., p. 15. Pocock, *Political Thought and History...*, p. 67; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 7-11, 21-26.

dentro de los límites de un paradigma se la denomina *ciencia normal*, y tiene por objetivo explorar los límites cognoscibles de un elemento dentro de las reglas que dicta el paradigma.¹²³

Pero los paradigmas son limitados, y no pueden explicar todos los procesos y fenómenos relacionados con su objeto de estudio, o de aquellos con los que este interactúa, lo que lleva a que según se desarrolla más la investigación dentro de los límites de un paradigma se presente una doble y paradójica situación en la que el paradigma se refina y perfecciona en ciertos aspectos, a la vez que va acusando los fallos de sus imperfecciones por la aparición de anomalías que no son subsumibles y explicables dentro del conjunto axiomas que lo configuran. Esto da lugar a un periodo de crisis en donde se produce una guerra de escuelas que enfrenta a distintos paradigmas, o distintas interpretaciones del mismo en un intento de resolver las anomalías y volver a la *ciencia normal*.¹²⁴

En estos debates del campo, si la crisis no se soluciona se puede entrar en lo que Kuhn denomina un *estadio de revoluciones científicas*, que se caracteriza por la producción de *ciencia extraordinaria*, cuyo objetivo no reside en buscar explicar los fenómenos en base a los axiomas de un paradigma existente, sino en elaborar un nuevo paradigma que pueda explicar mejor las anomalías que el viejo paradigma no era capaz de integrar. Cuando estas anomalías son normalizadas y explicables por el nuevo modelo, este se transforma en un nuevo paradigma que restituye la actividad científica dentro de la lógica de la *ciencia normal*, y con ello se reinicia el ciclo de la actividad científica.¹²⁵

Por lo tanto, para Kuhn los paradigmas son:

“logros científicos universalmente aceptados que durante algún tiempo suministran modelos de problemas y soluciones a una comunidad de profesionales [...] Los paradigmas difieren en otras cosas aparte del contenido, pues no sólo se dirigen a la naturaleza, sino también inciden sobre la ciencia que los produce. Son la fuente de los métodos, los problemas del campo y de las normas de solución aceptadas por cualquier comunidad científica madura en cualquier momento dado. Como resultado de ello, la recepción de un nuevo paradigma exige a menudo la

¹²³Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 2013), pp. 106-107, 114-116, 133-135.

¹²⁴ *Ibid.* pp. 167-168, 174, 190-196, 219-221.

¹²⁵ *Ibid.* pp. 108-110, 230-235.

redefinición de la regla correspondiente. [...] Los paradigmas suministran a los científicos no sólo un mapa, sino también algunas de las directrices esenciales para levantar un mapa.”¹²⁶

De esta manera los paradigmas aportan una óptica al conocimiento que es lo suficientemente coherente como para ofrecer pautas de discriminación y de formación de un criterio fundado, a la vez que resultan lo suficientemente abiertos como para permitir desarrollos ulteriores no contemplados en los axiomas originales del paradigma en un momento dado.¹²⁷

Por su parte Pocock comprende los paradigmas como una constelación conceptual que produce consensos y certezas en el discurso político de una sociedad, pues actúan como los andamiajes en la constitución de la identidad de los individuos. El paradigma es más una institución que un acontecimiento, y sirve de punto de referencia en la estructura de la conciencia de individuos y grupos. Ha de ser suficientemente estable y duradero para ser usado en más de una circunstancia, por más de un actor y de diversas maneras. Se tratan de constructos lingüísticos cuya meta es transportar cargas complejas de prejuicios. La principal diferencia para Pocock en el uso y definición de los paradigmas con respecto a Kuhn es que sus paradigmas son exclusivamente lingüísticos, y no pretenden resolver problemas, sino invocar valores, sintetizar información, simplificar problemáticas, y por encima de todo, generar certezas y consensos. Los paradigmas son estructuras de autoridad que sirven para unificar a receptores múltiples de manera simultánea.¹²⁸

Aún con todo, la relación de Pocock con los paradigmas es un tanto compleja. En un inicio Pocock dirá que: “Los individuos de mi historia son los paradigmas más que las personas, conceptos cuyo uso cambiante es más fácil de trazar mediante modelos de cambio en el largo plazo”, y que define como “clusters” o conjuntos de modos de pensar.¹²⁹

Pero esta sintonía inicial con los paradigmas kuhnianos no se vio inalterada. A partir de 1981 Pocock comenzó a distanciarse de los paradigmas por la dificultad que estos mostraban para hacerse cargo de la pluralidad de lenguajes que pueden cohabitar flexiblemente sin necesidad de chocar unos con otros. Un desarrollo de esta evolución con respecto a los paradigmas se encuentra en un artículo de 1989 titulado “On the Non-

¹²⁶ Ibid. pp. 94, 246, 257.

¹²⁷ Ibid. pp. 114-115.

¹²⁸ Pocock, *Politics Language & Time...*, pp. 14, 18, 272, 280, 287. Pocock, *Political Thought and History*, p. 72.

¹²⁹ Ibid., pp. 29-30.

Revolution of Paradigms: A Self-Critics, and Afterpiece” en donde Pocock consideró que los paradigmas no tienen un carácter revolucionario (como en Kuhn) debido a que el debate político resulta en un intercambio de visiones antitéticas en el enfrentamiento que se salda con opciones de compromiso y pequeños cambios en su influencia mutua, y que no llega al punto de una revolución paradigmática, pero que resultan de hecho una transformación.¹³⁰

Esto sitúa la hipótesis de los paradigmas aplicados al discurso político en un punto interesante y complicado al mismo tiempo. Por una parte la opción de tomar prestado de Kuhn la teoría de los paradigmas permitió refinar la manera de comprender la dialéctica entre cambio y permanencia del pensamiento político, a la vez que ofrecía una teoría para la coherencia discursiva y del pensamiento algo más flexible que el modelo de concebir el pensamiento político como un sistema interconectado y coherente de ideas (perspectiva habitual en la filosofía académica y que no siempre es válida para todos los autores, o para todos los momentos en un mismo autor).

Pero por otra parte, el propio Pocock llegó a la conclusión de que la diferencia entre los procesos de producción de discurso político y el ámbito de producción de conocimiento científico comporta sinergias demasiado distintas para que la noción de paradigma pueda trasladarse de un campo a otro sin causar distorsiones que comprometan el buen uso de la herramienta. Resulta cuanto menos cuestionable considerar la noción de paradigmas despojada de la dinámica de las revoluciones cognoscitivas (sean estas científicas, lingüísticas o de la índole que sean) pues esta era su razón de ser en Kuhn. Pero a pesar de estas dudas razonables, a mi juicio las tesis de 1981/89 no constituyen un planteamiento definitivo para rechazar la propuesta de los paradigmas desarrollada por Pocock en los años 70. De hecho su obra *El momento maquiavélico* (en donde se encuentra aplicada de manera más sistemática su propuesta de los paradigmas) sigue teniendo una gran vigencia e impacto.

Por otra parte, la categoría de paradigma tal y como la teorizó Pocock sigue siendo epistemológicamente útil, al posibilitar considerar marcos de intelección más amplios que los discursos o que los conceptos, y que permiten articularlos a través de un conjunto de axiomas temáticos que dotan de unidad y legitimidad a componentes muy distintos.

¹³⁰ Pocock, *Politics Language & Time*, p. 285. Pocock, *Political Thought and History...*, pp. 72-74.

Sobre si estos sufren grandes transformaciones al modo de las revoluciones científicas, o si por el contrario van realizando ajustes por negociación en la confrontación inter-paradigmática es, a mi juicio, una cuestión y un problema de enfoque. En una perspectiva sincrónica de confrontación de los discursos políticos en un momento dado, por lo general predominarán los cambios por negociación y reajuste más que revoluciones paradigmáticas en el sentido kuhniano.

Pero el discurso estudiado diacrónicamente en horquillas de medio y largo plazo puede mostrar grandes alteraciones como las descritas por Pocock en sus primeras obras. No creo que sea una cuestión de elegir entre “reforma” paradigmática o “revolución” paradigmática, sino de entender que los procesos de cambio responden a distintas dinámicas y acontecen con diferente grado de impacto según la longitud en la horquilla del tiempo estudiado y la cantidad de acontecimientos disruptivos que ocurran en un periodo de tiempo dado. Las anomalías históricas producen revoluciones paradigmáticas en las formas de pensar y articular el pensamiento en discursos.

Hasta el momento me he centrado sobre todo en la teoría de los paradigmas de Pocock, pero no hay que olvidar que estos son importantes en la medida en que controlan y estructuran los discursos, y estos son a su vez acontecen como *actos discursivos*.

Los actos discursivos son las formas concretas en que los paradigmas se corporeizan a través del discurso. Podemos dar cuenta de la existencia de paradigmas porque los actores los movilizan en formulaciones concretas donde los invocan y alteran. Los actos discursivos son los paradigmas en acción vehiculizados por una serie de intenciones a las que denominamos discurso, y todo ello conforma un contexto lingüístico.

Para resumir la perspectiva de Pocock, tal y como lo presentó en su artículo “*The concept of a language and the métier d'historien: some consideration on practice*”, el contextualismo pretende estudiar el lenguaje político antes que el contenido de las declaraciones. Le interesa la retórica, la gramática, los dialectos, el vocabulario especializado, en definitiva, todo lo que ayude a delimitar una forma específica de habla. Aunque hay que considerar el carácter paradigmático del lenguaje como estructurador del pensamiento y discurso, utilizar el término *paradigma* en su sentido más duro supone perder de vista la pluralidad del lenguaje, que es políglota. La historia del contextualismo es por lo tanto una historia de discursos y prácticas, más que

de estados de conciencia. Es una historia de la retórica, antes que de la gramática, sobre los afectos y efectos del lenguaje más que de su estructura.¹³¹

De cara a establecer una perspectiva panorámica sobre la interrelación entre el marco teórico desarrollado por Pocock y sus estudios de casos históricos es recomendable acudir al postscriptum del 2003 a la segunda edición de *El momento maquiavélico*, y muy especialmente a su autobiografía intelectual “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion; The Machiavellian Moment, the history of political thought and the history of historiography” (2017). Este no es solamente uno de sus textos más recientes, sino que además en él hace balance sobre cómo se retroalimentaron sus preguntas teóricas con sus estudios de caso.¹³²

Ya sea como balance intelectual o como ficción retrospectiva, Pocock defiende que todas sus obras forman una secuencia alrededor de un mismo problema de investigación tratado desde distintas perspectivas: Explicar como el concepto de república (una forma política antigua, mediterránea, pre-imperial y pre-monárquica) pasa a resignificarse dentro de una marco intelectual de monarquías, iglesias y derechos universales, estableciéndose una tensión en los referentes paradigmáticos republicanos entre las repúblicas orientadas hacia su autopreservación [1], y las repúblicas orientadas hacia la expansión [2] (ej. Venecia [1] y Roma [2]/Holanda [1] y Estados Unidos [2]).¹³³

Dejando a un lado sus compilaciones de ensayos metodológicos, Pocock comprende su trabajo como una secuencia de obras en donde las problemáticas teórico historiográficas que componen su legado intelectual habrían quedado planteadas en su sentido fundamental en *The Ancient Constitution and the Feudal Law* (1957). En *El momento maquiavélico* (1975) se plantearía el clímax de la secuencia por medio de la plasmación histórica de su teoría de los paradigmas discursivos y a través de la delimitación de la tradición republicana atlántica, vehiculizada por medio de sucesivas recuperaciones de la problemática del autogobierno en un escenario de corrupción de la virtud cívica. *Barbarism and Religion* (1999/2015) ha sido concebido por Pocock como un intento de cerrar su proyecto resolviendo muchos de los problemas de *El momento maquiavélico*, entre otras cuestiones rompiendo con la linealidad de la narración de esa obra, e intentando superar la figura de los *paradigmas discursivos* por medio del estudio

¹³¹Ibid., pp. 88-90.

¹³²Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 663-692.

¹³³Pocock, “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion”, pp. 129-130, 133.

de los contextos historiográficos como forjadores de discursos histórico-políticos. De esta manera Pocock pretende establecer otro nivel de reflexión metanarrativa a su propio trabajo, a la par que replantea la recepción del problema de la corrupción de la virtud de las repúblicas desde el discurso historiográfico dieciochesco del *Decline and Fall*, lo que le lleva a establecer la relación entre el humanismo cívico y la ilustración a través de las figuras de Maquiavelo y Gibbon, y sus lecturas histórico políticas del problema de la caída de la Roma antigua.¹³⁴

Quentin Skinner, por su parte, tiene por objetivo desarrollar un método para el estudio de la producción de las ideas en su contexto, los marcos discursivos que los hacen posible, así como intentar reconocer las intenciones de los autores al producir pensamiento político. El espíritu de su programa contextualista se podría resumir en el intento de situar el texto en su contexto intelectual para poder hacerse cargo de lo que los autores pretenden al escribirlo, cuestión que Skinner resumió con la frase “ver las cosas a su manera” [a la manera en que los autores las concibieron].¹³⁵

En 1969 Skinner publicó su famoso artículo “Meaning and understanding in the history of ideas” que de alguna manera se convertiría en el manifiesto del contextualismo y uno de los objetivos predilectos contra el que arremeterán sus críticos. En este artículo Skinner considera que la tarea del historiador de las ideas es estudiar e interpretar el canon de los textos clásicos. Pero esta tarea puede verse oscurecida por dos riesgos: el perder de vista las enseñanzas que estos autores nos transmiten por perdernos en el estudio de su contexto histórico, y por otra parte que malinterpretemos su pensamiento por dejarnos guiar por nuestros prejuicios o por las visiones heredadas de la tradición que ha interpretado previamente a los pensadores. A este respecto la sensibilidad y perspectiva de Skinner es diametralmente opuesta a la exhibida por Gadamer en *Verdad y método* sobre este mismo asunto.¹³⁶

¹³⁴Ibíd., pp. 129-138.

¹³⁵Skinner, *Visions of Politics*, pp. VII-VIII, 1-3.

¹³⁶Mientras que para Skinner la tradición es una fuente de distorsiones e interpretaciones viciadas, para Gadamer la tradición es la única vía para aprender a realizar preguntas correctas y lograr establecer los límites del horizonte propio y ajeno, precondition necesaria para la fusión de horizontes que permite la hermenéutica de un texto. Tanto Skinner como Gadamer tienen como objetivo último buscar la manera de que los actores del pasado nos hablen sin distorsiones, pero sus presupuestos sobre cómo se consigue esto son prácticamente antitéticas, y la idea de qué es un método y qué nos posibilita se encuentra en la raíz de su divorcio. Ibíd., pp. 57-58. Gadamer, *Verdad y método*, pp. 365-369, 370. Richter, “Reconstructing the History of Political Languages”, p. 55.

Skinner coincide con Gadamer en que no es posible acercarse a un autor sin arrastrar en su lectura nuestros prejuicios o las preguntas que se proyectaron sobre ellos en el pasado, cuestiones que llevan a distorsionar nuestro acercamiento a sus producciones. Pero para Skinner, al contrario que para Gadamer, la solución a este problema se halla en el método. Según Skinner, la distorsión que se suele producir en la comprensión de un autor es producto de tres mitologías o falacias, cuya superación se realizaría por medio de un método especial de análisis.

La primera mitología es la *mitología de las doctrinas* que se deriva del intento de convertir alguna declaración aislada de un autor en su doctrina sobre ese tema, independientemente del peso e impacto que pudiera tener en el resto de su pensamiento. Esta es para Skinner el tipo de falacia en la que suele incurrir la historia de las ideas de Lovejoy con su noción de *idea singular*. Se trata de una hipóstasis por la cual un acto de habla específico adquiere una entidad que va más allá de lo que una lectura evidente del autor puede sugerir, y en último término puede derivar en la vinculación espuria entre ideas hipostasiadas de distintos autores como si estuvieran debatiendo o recepcionando doctrinas perdurables en el tiempo y en las obras.¹³⁷

La segunda falacia que intenta desmontar Skinner es la mitología de la coherencia, que deviene del intento de imputar a un autor una unidad y coherencia interna a su pensamiento que puede no estar presente. Esta falacia se basa en concebir el pensamiento de los autores como un sistema de ideas monolítico e interconectado, y lleva a considerar que el autor tiene un pensamiento, y no un conjunto de ideas cambiantes en el tiempo. Uno de los mayores peligros de esta falacia reside en que el investigador puede verse tentado a forzar interpretaciones que refuercen una perspectiva coherente de la obra del autor, descartando con ello aquellas declaraciones que no concuerden con una visión de conjunto, e intentando resolver antinomias que no lo fueran para el autor estudiado, lo que implica una potencial simplificación de la complejidad teórica y vital del pensador en cuestión.¹³⁸

Derivada de este último aspecto se encuentra la mitología de la prolepsis, que consiste en imponer a un autor la preeminencia de una de sus ideas por la importancia que ha tenido en los debates posteriores de la historia de la filosofía, más que por la importancia que pudiera tener para el autor en su tiempo. El historiador puede hacer un mal uso hermenéutico de su posición ventajosa de lector de un corpus, ya sea al generar

¹³⁷ Skinner, *Visions of Politics*, pp. 59-64.

¹³⁸ *Ibid.*, pp.67-72.

una lecturas ex post de las ideas de una autor, o mediante la imputación de relaciones entre conceptos e ideas aparentemente análogas y producto de distintas fases del autor, que sin embargo no tienen por qué estar conectadas entre sí. Así mismo, el investigador puede proyectar anacrónicamente nociones y problemáticas de su época a las declaraciones del autor, ya sea porque en retrospectiva las ideas del pensador han servido para debates posteriores, o porque se identifique un aire de familia en forma de falsas filiaciones entre las reflexiones de un autor con problemáticas posteriores.¹³⁹

Estas tres falacias (doctrina, coherencia y prolepsis) pueden presentarse individualmente o combinadas en las lecturas e interpretaciones que hacemos de los pensadores del pasado, y todas ellas tienen en común que suponen una lectura anacrónica de sus postulados e intenciones, pues proyectan nuestras preocupaciones, interpretaciones y debates sobre sus planteamientos. La gran aportación de Skinner a este respecto supone el haber elaborado una suerte de código deontológico del historiador intelectual a la hora de detectar y evitar las formas en que una mirada anacrónica puede desvirtuar nuestra comprensión de los agentes del pasado.

Ahora bien, esto plantea una cuestión interesante en relación con Gadamer de si es posible y deseable evitar realmente este problema. ¿Puede un método salvar los problemas interpretativos derivados de los prejuicios y la distancia histórica, o por el contrario somos producto de nuestra tradición y circunstancias epocales?, en este último caso el método no podría plantearse como una solución real. Skinner y Gadamer comparten el mismo objetivo, pero su teoría del conocimiento y del lenguaje les lleva a desarrollar propuestas teóricas opuestas sobre la capacidad y posibilidad del método para solucionar nuestras aporías.

Dejo esta cuestión planteada, volveré sobre ella en diversas ocasiones e intentaré dar una tentativa de respuesta en las conclusiones. Solo adelantaré que esta tesis pretende, entre otras cosas, mostrar que tanto Skinner como Gadamer aportan criterios que son útiles y valiosos para un investigador del pensamiento político, pero a un cierto nivel considero que ambos están equivocados.

En lo que se refiere al método Skinner deriva su proyecto a partir de una problemática y del intento de abordarla a partir de su teoría del lenguaje. El problema que intenta enfrentar Skinner es el de la interpretación de las intenciones. Dado que los actores no se ven en la necesidad de explicar lo que están haciendo cuando llevan a cabo

¹³⁹ *Ibid.*, pp.73-79.

un acto lingüístico, los investigadores y lectores de otras épocas no podemos entender completamente las regiones de sentido que no resultan evidentes en la literalidad de un texto.¹⁴⁰

Este enfoque instrumentalista del lenguaje deriva de una teoría lingüística subyacente que es deudora de la triple aportación de Ludwig Wittgenstein, Robin G. Collingwood y John L. Austin, que Skinner desarrolló en un artículo posterior titulado “Interpretation and the understanding of speech acts”. De Wittgenstein toma la idea del habla como *juegos del lenguaje*, formas no aisladas de sentido que están conexas a necesidades comunicativas y vitales. El discurso en tanto que *actos de habla* (categoría que toma de Austin) implica que el lenguaje hay que estudiarlo en sus formas de uso, y lo que importa es comprender su carácter ilocutivo por medio de la unidad contextual que se entiende como el sentido lingüístico puesto en acción. En este punto Collingwood entra en escena desde su idea de la *lógica de la pregunta y la respuesta*, según la cual la comprensión de cualquier proposición requiere identificar la pregunta para la que la proposición sirve de respuesta. Esto enlaza con la tesis de Austin de que el receptor de un mensaje debe ser capaz de entender lo que un emisor está haciendo cuando expresa lo que dice (intentar por tanto descifrar la correlación existente entre acción, comunicación y sentido). Esto nos lleva a que lo relevante sea comprender el sentido de los términos en su uso, y no buscar sentidos en términos abstractos o como índices de uso.¹⁴¹

Skinner por su parte no considera que Wittgenstein, Collingwood y Austin estén proponiendo una teoría del lenguaje, sino una dimensión y recurso lingüístico para comprender la unidad de acción y sentido movilizados mediante el discurso. Esto lleva a que el pensamiento cobre su importancia en cuanto acto de habla, y el carácter ilocutivo del acto de habla es el elemento que el método debe desentrañar.¹⁴²

En cuanto al método, Skinner considera que el investigador debe delinear el rango completo de actos comunicativos realizados en un momento dado para un discurso concreto. Esto se consigue mediante el establecimiento de las relaciones existentes entre un discurso dado y su contexto lingüístico. Y el adjetivo *lingüístico* que acompaña a *contexto* en este punto es importante, pues el contextualismo en Skinner, al igual que en Pocock, se refiere a un plano primordialmente discursivo. Lo que interesa a

¹⁴⁰ Ibid., p 107.

¹⁴¹ Ibid., pp.103-106, 115-116; Skinner, *Liberty before Liberalism*, p. 102.

¹⁴² Skinner, *Visions of Politics*, p.106.

estos autores, y en especial a Skinner, es la decodificación de las intenciones del autor por medio de su discurso, y para esta meta las consideraciones de otra índole pueden tanto ayudar como despistar a la hora de intentar desentrañar las intenciones del autor. Por este motivo para Skinner solo una vez se ha identificado el contexto lingüístico cuando se puede tomar en consideración el contexto social para terminar de determinar el sentido de los actos comunicativos, pero no al revés.¹⁴³

Por lo tanto su método es el del análisis del discurso atendiendo a los elementos que aparecen en un texto, e intentando descifrar cuál es su sentido dentro del escrito. A este respecto no sólo se debe tener en cuenta el papel que juega cada parte a la hora de construir un mensaje, sino que además hay que intentar delimitar qué tipo de mensaje transmite el texto y cuál era el propósito del autor al comunicarlo.

Este método puesto en acción debería servir para responder estas tres preguntas:¹⁴⁴

1. Una primera relacionada con el sentido lingüístico: ¿Qué significan las palabras estudiadas en un texto/contexto dado?
2. La segunda relacionada con la recepción textual: ¿Qué significa este texto para mí?
3. Y una tercera relacionada con el sentido autoral: ¿Qué ha querido el autor expresar con lo que ha dicho en un texto dado?

Una vez el investigador es capaz de plantear e identificar estas preguntas como tres dimensiones distintas, (interrelacionadas pero independientes), en el análisis de un texto, el método ha cumplido su propósito y las tres mitologías expuestas con anterioridad pueden evitarse.

La obra teórica de Skinner es amplia y aquí no he hecho más que presentar el corazón de la formulación más temprana de su proyecto. Un proyecto que ha ido matizándose sin abandonar los presupuestos aquí expuestos. Tal vez si Skinner leyera esta síntesis pudiera acusarme de incurrir en las tres mitologías que él denunciaba. Sin embargo, si aplicase su método para dilucidar mis intenciones y la naturaleza de este acto discursivo, me concedería que por la naturaleza de este texto tampoco tengo mucha más alternativa.¹⁴⁵

¹⁴³ Ibid., pp.87-93; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 5-7, 21-25.

¹⁴⁴ Ibid., pp.91-93.

¹⁴⁵ Debido a sus posiciones teóricas excesivamente normativas y a su situación actual de referente indiscutible de la historia intelectual a nivel internacional, Skinner es objeto de numerosas críticas que tienden a cosificar su pensamiento como un bloque monolítico, como si no hubiera mediado ninguna

Contextualismo e historia conceptual son a día de hoy dos perspectivas fuertemente asentadas entre los historiadores intelectuales, al menos en el continente europeo. Curiosamente la relación entre ambas ha estado marcada por un cierto distanciamiento entre Koselleck y el equipo del *GG Lexikon* con respecto a las distintas ramas del Contextualismo. Algunos autores como Palonen, Richter o Burke (por citar a algunos) han intentado tender puentes entre estas dos perspectivas. El propio Skinner reconoce que cuando escribió su artículo de 1969 no conocía el proyecto de Koselleck. Fue de hecho Richter quien se lo dio a conocer en profundidad tanto a él como a Pocock en la década de 1980, y desde entonces ambos autores han mantenido una relación ambivalente con la historia conceptual.¹⁴⁶

En su artículo anteriormente citado de 1969 Skinner critica estudiar el pensamiento de un autor mediante ideas y conceptos, pues supondría abstraer el pensamiento de sus usos específicos. Skinner repitió en el capítulo de libro titulado “A reply to my critics” de 1988 aparecido en la monografía colectiva de James Tully *Meaning and Context* (1988), en el cual volvía a reincidir en su argumento de que no puede haber historia de los conceptos, sino únicamente historias de sus usos concretos en argumentos específicos.¹⁴⁷

A pesar de estas declaraciones Skinner no afrontó directamente sus desavenencias con Koselleck hasta 1999 con un artículo titulado “Rhetoric and Conceptual Change” reaparecido en 2002 como “Retrospect: Studying Rhetoric and Conceptual Change” en donde Skinner reafirma su crítica hacia Lovejoy y la historia de las ideas por el potencial anacrónico de su enfoque. Sin embargo reconoce los logros de Koselleck y la historia conceptual a la que va elogiando y criticando en un puro movimiento pendular. Comienza celebrando el proyecto de Koselleck para luego preguntarse hasta qué punto es posible captar la historicidad de un concepto. Acto seguido descarta esas dudas por su parte, y lo ejemplifica con el hecho de que él mismo se ha sumado a la tarea de estudiar los conceptos mediante la historia del concepto de Estado aparecida en *The Foundations of Modern Political Thought* (1978). Sin embargo las dudas vuelven a emerger cuando Skinner apunta hacia su punto de divergencia con Koselleck: mientras que los historiadores conceptuales se han preocupado por los

evolución en sus postulados. Esta problemática será discutida en el capítulo 4 en donde retomaré los puntos de evolución de la teoría de Skinner desde su artículo del año 1969 hasta la respuesta a sus críticos de 1988. Skinner, *Visions of Politics*, p.116.

¹⁴⁶Ibid., pp. 177-179, 186. Richter, “Reconstructing the History of Political Languages”, p. 63.

¹⁴⁷Skinner, *Visions of Politics*, p. 86. Skinner, “A reply to my critics”, p.283; Pocock, “Concepts and Discourses”, p. 47.

cambios en el largo plazo, él prefiere concentrarse en los vuelcos de significado conceptual en el corto plazo; “Koselleck está interesado en nada menos que el proceso completo de cambio conceptual; yo me intereso principalmente en una de los estadios por los que este cambio tiene lugar. Pero ambos programas no me resultan incompatibles, y espero que ambos puedan seguir floreciendo como se merecen.”¹⁴⁸

Skinner entierra con sus declaraciones el hacha de guerra, pero la disputa sigue latente por el mismo motivo que él resalta: mientras que la historia conceptual privilegia el enfoque diacrónico para estudiar cómo un significado se ha transformado y ha llegado hasta nosotros, el contextualismo de la *Escuela de Cambridge* pretende dar cuenta del pensamiento específico en un momento histórico preciso, abjurando del potencial anacronizante subyacente (en su perspectiva) en toda perspectiva diacrónica y privilegiando con ello la perspectiva sincrónica de estudio histórico.¹⁴⁹

Pocock por su parte comparte la suspicacia de Skinner ante la posibilidad del estudio del lenguaje político en clave diacrónica, argumentando que esta perspectiva conduce inevitablemente al peligro anacronizante de la historia de las ideas, pues desde su experiencia investigadora el lenguaje es siempre situado en un contexto lingüístico específico, y cuando la historia de los conceptos pretende estudiar usos conceptuales a través de distintas épocas no estaría haciendo otra cosa que proyectar normativamente sus propias preconcepciones lingüísticas sobre las palabras que intenta estudiar (cuando por ejemplo pretende equiparar el concepto de *polis* como equivalente al *Estado* de la cultura griega antigua). Pocock defiende que frente a la historia lineal de la diacronía se debe buscar desentrañar el sentido del entramado lingüístico de un discurso en un momento específico, pues solamente desde la sincronía del lenguaje se podría llegar a

¹⁴⁸Skinner, *Visions of Politics*, pp. 177-180.

¹⁴⁹Si bien las dos corrientes trabajan con ambas perspectivas (diacronía y sincronía), el hecho de privilegiar teóricamente una de ellas supone privilegiar una perspectiva de estudio cuyas premisas pueden dificultar la comunicación entre las distintas tradiciones. Si bien ambas comparten una sensibilidad común por lo histórico en su crítica al anacronismo de la historia de las ideas, la Escuela de Cambridge no termina de confiar en que la historia conceptual pueda resolver este riesgo mediante su enfoque. Sin embargo esta discusión se basa primordialmente en una confrontación de principios epistemológicos más que en un problema de prácticas de investigación. El enfoque de la historia conceptual que privilegia la diacronía se basa en la hipótesis sobre la existencia del periodo bisagra de la *Sattelzeit* (1750-1850), lo que supone que sus estudios se centren en los últimos estadios de la Edad Moderna, con especial atención a la historia contemporánea. Esto conlleva que la horquilla temporal que manejan las historias conceptuales sea de unos 268 años (1750-2018). Skinner y Pocock, por otra parte, no manejan periodos menos largos en sus investigaciones. *El momento maquiavélico* de Pocock comienza en el siglo XV y llega hasta el siglo XIX (lo que suponen unos 400 años), y Skinner en dos de sus obras más importantes maneja también periodos temporales bastante generosos: Tanto en el caso de *The Foundations of Modern Political Thought* como en el caso de *Visions of Politics* (2002) la investigación abarca desde el siglo XV al siglo XVII (200 años). Esto plantea un interrogante sobre cómo se pueden construir contextos lingüístico bien definidos sincrónicamente cuando el arco temporal resulta ser tan amplio.

percibir el sentido histórico específico para la comunidad de hablantes que movilizan los significados en un momento concreto.¹⁵⁰

A esto hay que añadir que otro de los elementos centrales para la historia conceptual, que es la semántica de los tiempos históricos y el estudio de la temporalidad de los conceptos, es un hecho completamente ajeno para Skinner, quien si bien ha considerado esta cuestión cuando Kari Palonen se la ha planteado, él niega que haya sido negligente al no estudiarla por el simple hecho de que no tiene ningún sentido desde su punto de vista. El caso de Pocock en esta cuestión es aún más extraño, pues en su comentario al proyecto de Koselleck llevado a cabo en el Instituto histórico alemán de Washington DC desarrolló toda una serie de críticas al paradigma de la historia conceptual, pero en ningún momento llegó ni siquiera a nombrar la semántica de los tiempos históricos como parte del proyecto de Koselleck. Esto provocó la extraña situación de que Pocock aceptase la hipótesis sobre la *Sattlezeit*, siendo prácticamente el único elemento del proyecto de investigación de la historia conceptual que valoró positivamente. Sin embargo como no llegó a entender que la *Sattlezeit* se encuentra irremediamente ligada a una hipótesis sobre la transformación de los imaginarios temporales, Pocock consideró que esta era una hipótesis sobre la percepción del abandono del antiguo régimen, por lo que incluso sus reservas sobre la *Sattlezeit* tratan sobre un aspecto que resulta irrelevante para Koselleck. Resulta paradójico que Pocock no haya comprendido la centralidad de la semántica de la temporalidad histórica cuando este es también un elemento central en su proyecto de investigación, no tanto en sus escritos teóricos, pero sí que se encuentra muy presente en el marco teórico de *El momento maquiavélico*, donde una parte fundamental de su marco teórico consiste en explicar la transformación de la concepción del tiempo histórico en el tardomedievo y su transición a una mentalidad moderna del tiempo con el renacimiento (curiosamente, su perspectiva es la de una proto-*Sattlezeit* aplicada a los paradigmas y a los discursos en vez de a los conceptos).¹⁵¹

¹⁵⁰Pocock, “Concepts and Discourses”, pp. 50-55.

¹⁵¹En la entrevista realizada por Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes en el año 2005 a Koselleck, este señala la problemática sobre la temporalidad como uno de los principales factores de desacuerdo con Skinner y Pocock, especialmente en el caso de Skinner, a quien valora mucho como intelectual pero al que caracteriza como “un historiador muy estricto en el terreno de la hermenéutica” y al que le critica un uso muy normativo de los conceptos en sus investigaciones. Koselleck, Fernández Sebastián y Fuentes, “Historia conceptual, memoria e identidad: Entrevista a Reinhart Koselleck I”, p. 21; Skinner, *Visions of Politics*, pp. 181-182. Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 80, 89, 92-94; Pocock, “Concepts and Discourses”, pp. 56-58.

Tal y como apunté al inicio, el hecho de que cada una de estas corrientes se haya concebido desde tradiciones del giro distintas supone que ambas comparten un sustrato de preocupación común sobre la sensibilidad histórica, que sin embargo no va a poder armonizarse del todo por sus distintas teorías del lenguaje y los presupuestos que estas conllevan sobre los medios que el lenguaje nos habilita para conocer históricamente sin deformar la perspectiva de los actores del pasado.

Sin embargo los historiadores intelectuales nos hemos interesado por las teorías que ambas postulan. Nos interesan los procesos de formulación y cambio conceptual, así como la semántica de los tiempos históricos que nos ofrece la historia conceptual. Pero también estamos interesados en estudiar el pensamiento en su contexto, articulado a partir de los discursos políticos que los actores explicitan en el acto (retórica y acto lingüístico de Skinner) o en largos periodos de debates discursivos (paradigmas de Pocock). Trabajos como los de Palonen, Richter o Burke son representativos de una academia que se niega a tener que elegir entre un enfoque u otro y que tiende al eclecticismo, ya sea absoluto o desde una afinidad electiva.

2.5 Ideas, conceptos, discursos y el *Destino Manifiesto*

Ideas, conceptos y discursos son las alternativas desde las que explicar el *Destino Manifiesto* en clave de una historia intelectual. Una vez considerados los distintos proyectos de investigación queda por responder a la pregunta sobre la estrategia interpretativa de esta tesis doctoral.

Mediante la crítica a la historia de las ideas, la historia conceptual y el *contextualismo* han evidenciado la tendencia al anacronismo en la que esta incurre, quedando patente los inconvenientes de concebir el *Destino Manifiesto* como una idea singular. Queda entonces por considerar cuál de los dos enfoques es el más adecuado, o en qué medida es posible combinarlos para aprovechar las potencialidades de cada uno.

Por una parte está la alternativa de la historia conceptual, lo que conllevaría estudiar el surgimiento del concepto del *Destino Manifiesto* como producto de la *Sattelzeit* (realizando un estudio sincrónico de sus significaciones en el momento de su surgimiento), así como sus transformaciones en el devenir de los siglos XIX y XX. Esto conllevaría asumir un enfoque diacrónico para explicar sus transformaciones hasta nuestros días. Esta perspectiva conceptualista también se debería hacer cargo de la semántica de los tiempos históricos que están contenidos y articulados en el concepto, y

sería necesario considerar también la filosofía de la historia subyacente al concepto y la multiplicidad de significados que lo componen.

Por otra parte podría adoptar la perspectiva del *contextualismo*, lo que conllevaría el estudio del discurso del *Destino Manifiesto* atendiendo tanto a su carácter de paradigma del expansionismo decimonónico estadounidense, como de los actos de habla específicos en que el *Destino Manifiesto* se inserta como parte de una retórica del expansionismo. Esta sería una estrategia de estudio más centrada en la perspectiva sincrónica de los usos del *Destino Manifiesto* durante los debates del expansionismo *continentalista* e insular.

Ambos enfoques resultan pertinentes e interesantes, y el privilegiar uno u otro daría lugar a investigaciones muy distintas. Por esta razón me parece conveniente recordar la pregunta de investigación que anima mi tesis: *¿Cuál fue la contribución específica de O'Sullivan a la formulación del concepto de Destino Manifiesto?*

La propia pregunta ya se decanta por uno de los dos enfoques. Sin embargo, el hecho de centrarme en la figura de O'Sullivan introduce algunas problemáticas para la adopción sin mediaciones de la historia conceptual o del *contextualismo*. Ambas perspectivas fueron concebidas para estudiar el lenguaje político en una muestra más amplia que un solo autor. Koselleck concibió la historia conceptual en sintonía y como apoyo a la historia social, lo que fuerza al enfoque a considerar un espectro más amplio que los usos individuales de un concepto. Pocock por su parte advirtió también sobre los problemas de estudiar un paradigma o acto discursivo en un actor individual por su posible falta de representatividad. Skinner es el único que, a priori, no descarta la posibilidad de estudiar actores concretos. De hecho su enfoque en la retórica entendida como actos de habla privilegia el estudio de teorizaciones individuales y específicas.

Sin embargo, el objeto de estudio privilegiado en esta investigación es el concepto, y no el discurso comprendido como paradigma, retórica o acto de habla. Esto no se debe a que no haya habido un discurso del *Destino Manifiesto*, pues durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX este discurso fue uno de los principales paradigmas del expansionismo estadounidense. Sin embargo lo que intento explicar con esta tesis no es la historia de este discurso, sino su génesis. Y para estudiar su proceso de formación es importante comprender qué elementos articulan la noción específica para haberla convertido en un lema discursivo privilegiado para la movilización política durante todo un siglo (1845-1945). Esto me conduce a la

necesidad de estudiar las particularidades del concepto, y dado que este es un neologismo, por extensión estudiar también al teórico que lo concibió.

Por lo tanto el desarrollo del marco teórico que voy a adoptar durante los siguientes capítulos es una implementación “bastarda” del proyecto de investigación de la historia conceptual. En tanto que historia conceptual, voy a centrarme en estudiar los procesos de transformación semántica de toda una serie de elementos discursivos que en un momento dado se articularán para alumbrar un concepto en forma de neologismo. Esto incluye considerar una semántica de los tiempos históricos que ayudó a expresar una filosofía de la historia producto de las lógicas de la *Sattelzeit* y vinculada al surgimiento de la noción de progreso.

Por otra parte tomaré ciertos elementos del contextualismo para subsumirlos en el marco teórico de la historia conceptual, con el objetivo de desarrollar un tipo de estudio para el que ninguno de los dos enfoques fue a priori diseñado y que puede contravenir algunos de sus postulados. En las conclusiones haré balance de las implicaciones de esta decisión. Pero en lo que se refiere a la materialización de los presupuestos de esta adaptación teórica, mi tesis se basa en las siguientes proposiciones:

El *Destino Manifiesto* surgió como un concepto político de la pluma de O’Sullivan. Pero no se trata de un concepto político fundamental, ya que ni es insustituible, ni sufrió un grado de contestabilidad que le llevase a convertirse en un significativo vacío, tal y como les suele ocurrir a los conceptos políticos fundamentales.

Ahora bien, el *Destino Manifiesto* en tanto que concepto articula una pluralidad de elementos, teorías y fundamentos cuya síntesis sólo es posible como resultado de su uso y aplicación dentro de un discurso más amplio que lo pone en interconexión con los elementos que lo van a conformar. Esto supone que el concepto habita en una red conceptual más amplia que lo significa por afinidad y por oposición. En este sentido, dicha red será entendida como una constelación conceptual que produce consensos y certezas en el discurso político, que es lo que Pocock ha definido como un paradigma, y que en mi estudio se sustanciará como el paradigma jeffersoniano-agrarista movilizadopor la ideología del jacksonianismo, fruto de la cultura romántica decimonónica estadounidense.

Pero esta red de sentido no permanece estática, sino que se moviliza y adapta a las circunstancias del debate político. De esta manera el paradigma transita al discurso y en el discurso los conceptos aterrizan, interactúan y se definen. Esta unidad de

pensamiento, acto y locución es el discurso político, que a un nivel general se presentará en dos modalidades: como discurso expansionista y como discurso providencialista.

Este último es de suma importancia, pues una de las aportaciones que pretendo realizar con esta tesis basándome en el trabajo de Anders Stephanson es el establecer la distinción entre discurso providencialista y concepto de *Destino Manifiesto*. La ausencia de esta distinción en casi toda la historiografía anterior ha llevado a una confusión que está en la base de la mayor parte de las interpretaciones anacrónicas del concepto. Lo que mi hipótesis defiende como alternativa es la idea de que el *Destino Manifiesto* surgió como un acto de habla específico de la forma más general del discurso providencialista, y que en un momento dado se hipostasió al mismo generando en retrospectiva la ilusión de que había existido un discurso del *Destino Manifiesto* previo a la aparición del concepto.¹⁵²

De hecho esto ocurre también en el caso de O'Sullivan, y prueba de ello es que muchos autores no han acertado a decidir si el concepto surgió como tal en 1839 o 1845. De cara a resolver esta paradoja voy a defender que O'Sullivan participaba en un discurso providencialista más amplio que se desarrolló por medio de la filosofía de la historia, y que fue predominante con anterioridad a 1845. Pero en ese año se intensificó un debate sobre economía política que vinculaba el crecimiento exponencial de la población con la necesidad de expansión territorial. Fue en el contexto de este debate geopolítico maltusiano cuando el concepto se conformó, siendo el resultado de una disputa intelectual sobre la legitimidad de adquirir Texas para la Unión protagonizada por O'Sullivan con el famoso periodista Horace Greeley. Es en ese contexto en el que los discursos providencialista y expansionista se unen de una manera peculiar en la retórica de O'Sullivan para generar un acto discursivo cuya fuerza expresiva producirá el surgimiento del concepto de *Destino Manifiesto*.

Este concepto se independizará rápidamente de su fuente de acuñación por su popularización, conservando un núcleo de significación estable y convirtiéndose en un

¹⁵²Stephanson, *Manifest Destiny*, p. 53. La ausencia de esta distinción ha provocado que en ocasiones se asimile el concepto al discurso providencialista de distintos actores que expresaron la excepcionalidad de su experiencia americana. Entre aquellos a los que se les ha atribuido un espíritu del *Destino Manifiesto* se encontrarían los puritanos con su teoría de la predestinación expresada por medio de la teología federal, los *Padres Fundadores* con su discurso de la *religión civil*, Joseph Smith y la teología mormona o el discurso *continentalista* de algunos nacionalista románticos norteamericanos previos a O'Sullivan, en donde suele abundar la confusión habitual entre la *declaración Monroe* del año 1823 con la *doctrina Monroe* aparecida en 1845. Ninguna de estas experiencias pueden etiquetarse bajo la rúbrica del *Destino Manifiesto*, aunque todas ellas irán conformando un paradigma discursivo del que el *Destino Manifiesto* será una expresión fundamental.

tipo de concepto específico que he denominado *concepto-doctrina*, cuya explicación abordaré en el siguiente capítulo.

3. Los conceptos-doctrina y las cosmovisiones conceptuales

Un concepto-doctrina es aquel que condensa un conjunto de ideas, creencias o principios que están considerados como una unidad programática y que provee a la comunidad de hablantes de una cosmovisión coherente.

Tales conceptos pueden referirse a ideologías (conservadurismo, socialismo, comunismo, liberalismo, fascismo, islamismo, fundamentalismo, ecologismo, feminismo, etc...) a religiones (cristianismo, islam, judaísmo, hinduismo, sintoísmo, etc...), movimientos artísticos y culturales (clasicismo, romanticismo, realismo, impresionismo, expresionismo, futurismo, etc...), paradigmas económicos (keynesianismo, economía austriaca, neoliberalismo, neo-institucionalismo, ordoliberalismo, cooperativismo, neokeynesianismo, etc...) así como los conceptos que sirven para expresar teorías sociales y políticas sobre el carácter y porvenir de un colectivo o país (*europiedad, sociedad harmoniosa* [和谐社会, en chino simplificado], *American Way of Life, Destino Manifiesto*, etc...).

Son en suma conceptos que en su singularidad condensan un conjunto ideacional múltiple y complejo que aparece sintetizado en una sola expresión léxica, ya sea esta un vocablo (marxismo), o en un sintagma conceptual (*Destino Manifiesto*). La mayoría de nociones con la terminación *-ismo* responden a esta tipología de conceptos que se caracterizan por articular y transmitir unidades de sentido con un alto valor identitario, y que a su vez cuentan con una gran capacidad de movilización social. Sin embargo los concepto-doctrina son a las ideologías lo que el continente es al contenido, y ni siquiera en todos los casos tienen porqué denotar un conjunto de ideas tan complejo y articulado como son las ideologías, sino que en ocasiones pueden referirse a fórmulas más simples de síntesis intelectual.¹⁵³

Los conceptos-doctrina son elementos lingüísticos propios de la modernidad y su tendencia a la abstracción, pero sus fórmulas léxicas pueden haber existido en los idiomas con anterioridad a la modernidad. Pero su significado, uso y disponibilidad lingüística se vio irremediamente alterado por el periodo bisagra de la *Sattelzeit*, en

¹⁵³Jussi Kurunmäki & Jani Marjanen, "A rhetorical view of isms: an introduction", *Journal of Political Ideologies*, Vol. 23, No. 3 (Sept. 2018), pp. 244-246.

el que el vocabulario político sufrió cuatro dinámicas de transformación en su tránsito al lenguaje moderno: democratización, temporalización, ideologización y politización.¹⁵⁴

1. Democratización: Como resultado de la disolución de la sociedad estamental se amplió el ámbito de utilización de muchos conceptos, así como la comunidad de hablantes que les daba uso. Todo un vocabulario que antes era patrimonio de élites ilustradas pasa a ser utilizado por capas cada vez más amplias de la población como resultado de la expansión de los sistemas educativos. También fueron decisivas las luchas populares en pos de su inclusión en la comunidad política activa, lo que llevó a una ampliación de los sectores sociales que veían necesario desarrollar un lenguaje político. Otro hito importante fue el surgimiento de la esfera de la opinión pública, a la que va asociada un desarrollo de las tecnologías de la información, que permitieron una mayor circulación del vocabulario político y social que con anterioridad se encontraba encapsulado en estratos sociales privilegiados.¹⁵⁵
2. Temporalización: Con la *Sattelzeit* se produce además una transformación en la concepción del tiempo histórico que afectó a los estratos del tiempo contenidos en el vocabulario. La percepción de los sujetos inmersos en la *Sattelzeit* fue que su mundo se estaba transformando de una manera acelerada y sin precedentes, lo que llevó a que prevaleciese el estrato de la unicidad de los acontecimientos sobre la recurrencia en el devenir. Esto traducido a la experiencia temporal supuso una carga mayor de los horizontes de expectativa sobre los espacios de experiencia como resultado del fenómeno de la aceleración temporal. Esta emergencia de la expectativa histórica sintetizada en la noción de *progreso* como idea temporal dominante supuso que los conceptos se empapasen de una carga temporal en clave de futuro que muchos de ellos antes no poseían. Un efecto derivado de esta nueva carga de expectativa fue el carácter movilizador que adquirieron muchos conceptos, pues al orientarse hacia el futuro se volvían instrumentales como parte de una filosofía de la historia para la acción. Como consecuencia de esto los conceptos afectados por la temporalización en clave de expectativa y

¹⁵⁴ Koselleck, “Introducción al diccionario”, p. 103. La única excepción a este carácter doctrinal de carácter moderno podría encontrarse en algunos conceptos-doctrina religiosos, que funcionarían a modo de anticipación histórica de un fenómeno que se extenderá con la modernidad y como producto de las características aquí expuestas.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 96.

con carácter movilizador adquieren a su vez un carácter integrador al ofrecer un horizonte colectivo de futuro a su comunidad de hablantes. Por lo tanto, como resultado de la temporalización caracterizada por la expectativa, el carácter movilizador y el proceso de integración, surgen los *-ismos* y las ideologías como expresiones de una vinculación nueva entre experiencia, temporalidad y lenguaje.¹⁵⁶

3. Ideologización: Todo esto se unió a la disolución de las viejas realidades históricas de la sociedad estamental y su sustitución por nuevas sinergias sociales mucho más complejas, de carácter global y menos ligadas a procesos locales y tradicionales. Esto dio como resultado un aumento en el grado de abstracción de las relaciones social y en la percepción del mundo, lo que también se tradujo en una mayor abstracción del vocabulario político y social. El principal resultado lingüístico de este proceso fue la aparición de los *singulares colectivos*: expresiones que individualizan y aumentan el grado de abstracción de elementos que antes se pensaban desde un punto de vista particular, concreto y simultáneamente abierto a la pluralidad. Los *singulares colectivos* son conceptos caracterizados por su generalidad y pluralidad de significados, aptos para ser convertidos en formulas vacías donde un grupo de interés o por una clase para imponer una visión del mundo, y en este sentido favorecen la ideologización general del lenguaje en una sociedad.¹⁵⁷
4. Politización: El proceso combinado de la ampliación de la comunidad política activa, junto a una expansión de los medios de comunicación, de las tecnologías de la información, de la pluralidad del lenguaje, junto a las expectativas de transformación históricas, todo ello combinado provocó un proceso de politización del lenguaje social cuyo resultado es la incorporación a la contienda pública de muchos conceptos que se originaron en otro campos, haciendo que paulatinamente vaya teniendo menos sentido el comprender el lenguaje político como una esfera aislada, y siendo más relevante considerar en qué grado y qué papel juega todo lenguaje en su potencial politización.¹⁵⁸

¹⁵⁶ Ibid., pp. 96-97.

¹⁵⁷ Ibid., p. 97.

¹⁵⁸ Ibid., p. 98.

Todos estos criterios interactúan entre sí remitiendo los unos a los otros y fortaleciéndose mutuamente. Los cuatro constituyen una perspectiva general del tipo de transformaciones que trajo la modernidad para todo el vocabulario en su conjunto. Pero no todos los conceptos experimentaron estas transformaciones de la misma manera. La *Sattelzeit* trajo consigo la formación de tres tipos distintos de conceptos atendiendo a su relación con la modernidad naciente:¹⁵⁹

1. Los conceptos de la tradición que consiguen resistir el influjo de la *Sattelzeit*: En estos conceptos, significante y significado permanecen invariables tras el periodo bisagra. Su invariabilidad no significa que no experimenten transformaciones históricas, sino que estas son derivaciones y desarrollos del uso que se les daba con anterioridad a los siglos XVIII y XIX, y no son por tanto producto de una ruptura con los usos lingüísticos antiguos.
2. Los conceptos tradicionales que devienen en modernos tras la *Sattelzeit*: Son aquellos conceptos que su significante existía con anterioridad a la *Sattelzeit*, pero cuyo significado actual ha cambiado radicalmente con su tránsito a la modernidad. En este caso el significante permanece pero el significado se altera completamente para expresar un elemento, característica o experiencia de la modernidad. Al no existir esta experiencia previamente, el lenguaje político de una comunidad necesita subsumir y reciclar un concepto antiguo para expresar el nuevo fenómeno, cambiando en el proceso el significado de viejos conceptos.
3. Los neologismos: En ocasiones el vocabulario existente no ofrece una alternativa semántica satisfactoria para los nuevos elementos de la modernidad, y en estos casos se inventa un nuevo concepto que abarque este novedoso espacio de experiencia histórica o las expectativas abiertas como producto de la aceleración temporal y sus cambios. La mayoría de los conceptos-doctrina se encuadran dentro de esta categoría, ejemplo de ello son los conceptos que designan a las ideologías, que como tales no existían con anterioridad a la modernidad.

Los elementos citados anteriormente, tanto las cuatro características de modernización conceptual producto de la *Sattelzeit* como los tres tipos de conceptos derivados de su relación con el periodo bisagra se aplican a todos los conceptos, sean

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 95. Koselleck, *Futuro Pasado...*, p. 115.

estos conceptos-doctrina, conceptos políticos fundamentales, contraconceptos asimétricos, o cualquier otro tipo de concepto.¹⁶⁰

Lo definitorio de los conceptos-doctrina es su función paradigmática. Esta cualidad de los conceptos-doctrina es el resultado de dos atributos suyos que son la enmarcación doctrinal y la canonización doctrinaria. Y el resultado de esta particularidad es que dichos conceptos sirven para aglutinar y organizar toda una serie de elementos discursivos y referenciales desde los que generar una cosmovisión.

Como expuse en el capítulo anterior, todos los conceptos están compuestos por una pluralidad de elementos sin los cuales el concepto perdería su inteligibilidad. A través de un ejemplo tomado de Koselleck consideré el concepto de *Estado* que estaría compuesto por muchos atributos, entre ellos: “poder, territorio, ciudadanía, legislación, jurisprudencia, administración, impuestos, ejército”..., etc. Este tipo de pluralidad es común a todos los conceptos, y se encuentra también en los conceptos-doctrina. Pero este conjunto de características no constituye una cosmovisión, pues no funda un imaginario social al modo de los paradigmas descritos por Pocock, sino que establecen un sentido concreto a través de la combinación de distintos elementos.

Esta es una distinción sutil pero estratégica, pues hay conceptos que en la sobriedad de su unidad léxica, en la brevedad morfológica de la palabra o del sintagma en que el significante se personifica, existe encapsulado mucho más que un significado. Estos conceptos articulan todo un conjunto de axiomas, creencias, postulados, reglas, formas de entender la vida, historia, mitos..., etc. Los conceptos-doctrina no sólo transmiten un significado, sino que también transmiten una cosmovisión conceptual, que es un vago conjunto de imágenes y de principios heredados de la tradición (canon) y racionalizados por los marcos discursivos (morfoloía conceptual + paradigmas) en los que todo sujeto está inserto.

La razón por la que estos conceptos son diferentes se relaciona con los cuatro atributos de la modernización del lenguaje descritos anteriormente, especialmente el de la ideologización.

Cuando expliqué la característica de la ideologización expuse que el lenguaje sufrió con la modernidad un proceso de abstracción que dio como resultado los singulares colectivos. Esto es lo que explica Koselleck. Sin embargo no es la única consecuencia producto del fenómeno de la ideologización. Un resultado bastante

¹⁶⁰ Estas categorías no son excluyentes entre sí y un mismo concepto puede participar de varias.

evidente de este proceso que Koselleck no contempló fue la tendencia a la doctrinalización lingüística. Todos los conceptos politizados a partir de la *Sattelzeit* se comenzaron a comprender englobados y codificados a través de marcos de referencia más amplios que bien pueden ser ideologías, religiones, movimientos culturales, teorías sociales, o cualquier otro marco de comprensión y organización discursiva. En esencia, el vocabulario politizado no permanece en un vacío desarticulado, sino que tiende a subsumirse y organizarse en conjuntos de ideas mayores para ser interpretado

Y estos conjuntos ideacionales más amplios necesitaron a su vez expresarse a través de conceptos que debían dar cuenta ya no sólo de su significado, sino también del *horizonte de sentido* que permitiría incorporar al resto de conceptos en una cosmovisión específica y relativamente coherente.

3.1 Las cosmovisiones conceptuales y la gestión narrativa de los prejuicios

Los conceptos-doctrina son puntos de referencia conceptual reconocidos por una comunidad de hablantes que ayudan expresar un conjunto complejo y en ocasiones contradictorios de ideas. Estos conceptos sintetizan y transmiten una pluralidad semántica e ideacional gracias a las cualidades de la enmarcación y de la canonización. Entender en qué consisten estas dos cualidades supone un paso importante para comprender cómo se conforman su unidad semántica básica, las cosmovisiones conceptuales.

Las cosmovisiones conceptuales son alegorías imprecisas que nuestra mente genera para traducir una fracción representativa del vasto conjunto de sentido contenido potencialmente en un concepto-doctrina y que a efectos de la representación de su contenido actúa como un *tipo ideal*. Jan Assmann propuso que las personas no vivían sólo en países distintos, sino también en mundos conceptuales distintos, universos simbólicos que cobran contornos claros, estables y vinculantes alrededor de las instituciones y comunidades políticas en las que las personas habitan. Las cosmovisiones conceptuales en tanto que tipos ideales permitirían articular los distintos conceptos en el discurso social ofreciendo una matriz de sentido convencional desde la que discriminar entre los distintos sentidos potenciales de un concepto al establecer afinidades electivas entre las palabra y el imaginario social específico. A este respecto

hay que diferenciar entre el *tipo ideal* como herramienta cognoscitiva con respecto al *tipo ideal* alegórico no racionalizado de las cosmovisiones conceptuales.¹⁶¹

Max Weber en su artículo “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” en 1904 definió el *tipo ideal* como una estrategia y herramienta epistemológica. Este actuaría como un concepto límite con el que esclarecer determinados elementos significativos del contenido empírico del que se intenta dar cuenta. El *tipo ideal* por tanto no debe confundirse con la compleja realidad histórica que se intenta explicar, sino que resulta en una representación estilizada que actúa como una herramienta con la que identificar y resaltar ciertos elementos fundamentales que el investigador considera relevantes. Esto hace del *tipo ideal* un constructo conceptual fabricado de manera deliberada con el objetivo de aislar ciertos elementos de un fenómeno complejo para poder reflexionar sobre ellos, compararlos, encontrar conexiones y llegar así a conclusiones fundadas.¹⁶²

A partir de esta estilización es posible identificar desviaciones en los casos concretos con respecto a la herramienta de investigación. No porque se deba falsear el *tipo ideal* para comprobar su pertinencia, sino porque nos permite postular una teoría a modo de imputación causal para explicar porqué los fenómenos en su realidad plural concreta no son ni se comportan como a priori podría considerarse. Se podría criticar y rechazar el uso del *tipo ideal* por el hecho de tratarse de un constructo teórico del investigador. Sin embargo todo hablante utiliza tipos ideales, el problema no estriba en su existencia, sino en si estos están racionalizados o no.¹⁶³

Esta otra modalidad de *tipo ideal* de la que habla Weber son abstracciones a modo de prejuicios con los que operamos para simplificar la realidad y poder actuar y pensar sobre ella. En este sentido, operan igual que los tipos ideales fabricados por el investigador, pero con la diferencia de que al no estar reflexionados y problematizados nos impiden hacernos conscientes de las implicaciones de su carga de sentido. Lejos de ayudarnos a comprender los fenómenos de la realidad, estos tipos ideales no racionalizado nos guían involuntariamente a modo de prejuicios por regiones de sentido

¹⁶¹ El concepto-doctrina es por tanto una forma conceptual concreta de lo que Niklas Luhmann ha teorizado como un *medio de comunicación*, cuya función consiste en transmitir una complejidad reducida. Niklas Luhmann, *Poder* (Barcelona: Editorial Anthropos, 1995), pp. 10-11, 16. Jan Assmann, “Redefinición del concepto de ‘teología política’”, *Poder y salvación: teología y política en el antiguo Egipto, Israel y Europa* (Madrid: Abada editores, 2015), p. 11.

¹⁶² Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, pp. 89-97.

¹⁶³ *Ibid.*, pp. 89-97.

sobre las que no podemos pensar críticamente, volviéndonos rehenes de nuestras palabras y preconcepciones.

Esto enlaza con las reflexiones de Gadamer en *Verdad y Método* sobre la teoría de los prejuicios desarrollada por la ilustración. Problemática la de los prejuicios que el proyecto de la razón pretendía erradicar. Para Gadamer los prejuicios no podrían superarse (en contraste con la perspectiva ilustrada) sólo suspenderse temporalmente bajo ciertas circunstancias. En algunos casos los prejuicios pueden estimularse en el encuentro con la tradición para ayudarnos a sentirnos interpelados por las preguntas que esta nos plantea, y de esta manera lanzarnos a intentar comprender elementos que se encuentran mediados por la distancia del tiempo. En este momento los prejuicios que nos conducen a este estado de cuestionamiento se convierten en prejuicios positivos (o legítimos), pues posibilitan el conocimiento y pueden dar lugar a la suspensión temporal de los prejuicios en general (que no a su superación).¹⁶⁴

Pero junto a estos *prejuicios legítimos* que estimulan la comprensión existen prejuicios que la dificultan por medio de dos sinergias: los *prejuicios por precipitación*, que se producen por un error en el uso de la propia razón al derivarnos a una conclusión falaz por medio de una cadena errónea de silogismos. Y por otra parte se encontrarían los *prejuicios por autoridad*, resultado de no llegar a utilizar la razón propia por la confianza en un planteamiento externo que consideramos legítimo en sí mismo.¹⁶⁵

Los tipos ideales no racionalizados que se conforman desde las cosmovisiones conceptuales resultan operativos porque actúan mediante prejuicios de autoridad, y por lo tanto generan certidumbres. Estas certidumbres son producto de una simplificación de la complejidad y las contradicciones que habitan en todo concepto-doctrina y en el fenómeno al que hacen referencia. Pero esta complejidad resulta anulada mediante su gestión ideal y discursiva a través de las cosmovisiones, que al condensar alegóricamente un conjunto de elementos los vuelve narrativamente comprensibles y movilizables sin necesidad de invertir un gran esfuerzo en su reflexión y comprensión, haciéndolos parecer una unidad natural y aproblemática.

¹⁶⁴Gadamer, *Verdad y método*, p. 369. A este respecto Tocqueville en *La democracia en América* considera que los prejuicios son una pauta de la psicología humana que se refuerza con el papel que conforma la prensa en la formación de la opinión pública, y como asidero principal de las convicciones: “El hombre cree firmemente porque acepta sin profundizar. Duda cuando se le presentan objeciones. A menudo consigue resolver todas sus dudas, y entonces empieza de nuevo a creer. Esta vez no capta la verdad por azar y en las tinieblas, sino que la ve cara a cara y marcha directamente hacia su luz”. Tocqueville, *La democracia en América*, p. 364.

¹⁶⁵ *Ibid.* pp., 344-346. En realidad todas las falacias lógicas conducen a algún tipo de prejuicio.

Podemos generar estas cosmovisiones conceptuales en nuestra mente porque pertenecemos a una comunidad de hablantes que participa de múltiples paradigmas lingüísticos y tradiciones discursivas que se movilizan, interactúan y transforman en el debate público.

Pero el pensamiento para ser operativo y servir como herramienta de comunicación necesita ser movilizado por medio de un discurso (oral o escrito), que no existe como locución de un agente puro o flotante en un vacío abstracto, sino que se presenta enmarcado en un complejo narrativo que permite interconectar distintos conceptos para estimular su bagaje semántico, ayudando así a conformar nuevas ideas y asentar viejas suposiciones. Los contextos lingüísticos y sociales son dos dimensiones del marco, pero el proceso de enmarcación tiene una lógica propia que en la modernidad requiere de la interacción entre ideologías y paradigmas lingüísticos a la hora de establecer el contenido de los conceptos en general, y que traen consigo la necesidad de formular los conceptos-doctrina.

3.2 La cualidad enmarcadora de los conceptos-doctrina:

La enmarcación se produce debido a que en la modernidad las luchas políticas se vehiculizan a través de la competición entre diversas ideologías que pugnan por lograr la hegemonía de su cosmovisión sobre el resto.

En este sentido y siguiendo a Lakoff, las cosmovisiones pueden entenderse como marcos de pensamiento vehiculizadas por el discurso. Estos marcos mentales actúan como estructuras con los que organizar nuestro modo de ver el mundo, una suerte de inconsciente cognitivo que pone en relación todas las palabras en base a un sentido, sirviendo así como límites referenciales que interconectan los conceptos entre sí y condicionan su lógica semántica. El lenguaje activa los marcos, por lo que es en su movilización en la confrontación discursiva como se hacen patentes, se validan o cambian, y por ende el discurso se relaciona con los marcos de las cosmovisiones dinamizándolas y sirviendo de vía para su alteración o preservación.¹⁶⁶

El proceso de enmarcación para Lakoff supone elegir el lenguaje y los conceptos del marco propio para imponérselos a tu adversario, y de esta manera forzarle a debatir

¹⁶⁶ George Lakoff, *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político* (Madrid: Editorial Complutense, 2007), p. 4.

con los presupuestos de tu visión del mundo como medio para lograr la hegemonía en el debate.¹⁶⁷

Pero esta visión del proceso de enmarcación es demasiado instrumental y supone que el agente de un acto de habla tiene un conocimiento y control sobre los presupuestos de su paradigma discursivo que muy raramente se presenta en la contienda política concreta. Por otra parte ignora que el proceso de enmarcación no sólo se da en el debate contra un contendiente como resultado de la producción de discurso, sino que además es un proceso básico en la conformación de la coherencia del marco propio. Esto se debe a una distinción entre marco y sentido común que Lakoff plantea para separar la formación de pensamiento propio con respecto a su movilización en el discurso mediante la enmarcación. Pero a mi juicio este es un proceso que analíticamente se puede diferenciar como momentos separados, pero que opera bajo las mismas premisas, pues pensar es dialogar y debatir con uno mismo, y por lo tanto es también un acto discursivo y de enmarcación.

Es necesario aclarar que aunque juzgue inadecuada la perspectiva instrumental del discurso en Lakoff, no rechazo que en la contienda política se pueda hacer un uso instrumental del lenguaje para imponer los marcos propios. El lenguaje puede instrumentalizarse pero sólo hasta cierto punto, pues existe un límite al grado de consciencia que el hablante puede adquirir en los actos de habla concretos, así como del grado de conocimiento que puede tener sobre los elementos que constituyen los marcos discursivos que organizan su pensamiento. En ocasiones concretas, sobre todo en el medio escrito, el hablante puede racionalizar su discurso mediante recursos de sistematicidad y narratividad para ejercer un control sobre el lenguaje. Ahora bien, el hecho de que el hablante intente controlar el marco de sentido de su acto comunicativo queda lejos de posibilitar definir el acto de habla en base a una racionalidad instrumental, pues existen muchos más elementos en juego, y el carácter simbólico del lenguaje supone una mediación necesaria para lidiar con la complejidad del mundo que añade un grado de indefinición a las representaciones discursivas que resulta difícil de salvar. Esto hace que los actos de comunicación y el lenguaje no puedan ser concebidos como “herramientas” que blandir a plena voluntad contra otros.

Esta misma cuestión Lakoff intenta resolverla a través del *sentido común*, para exponer lo que en el apartado anterior expliqué a través de las cosmovisiones

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 7.

conceptuales y el problema de los prejuicios: la mayoría de los actos de habla y pensamiento suceden demasiado deprisa y a la ligera como para reflexionar sobre la mayor parte del contenido del lenguaje, por lo que predominan significados convencionales sobre los planteamientos originales, críticos o propios. Y es precisamente por este motivo por lo que es necesaria la enmarcación, para poder gestionar y articular el lenguaje mediante matrices generales de sentido que permitan un uso fluido y natural de significados no racionalizados pero operativos.¹⁶⁸

Lakoff considera a su vez que pensamos a través de conceptos, pero sin ser conscientes de todo el contenido semántico contenido en ellos, o de cómo se interrelacionan entre sí. En este proceso no solamente dejamos de movilizar una gran parte de su potencial semántico, sino que además nos lleva a pensar a través de metáforas conceptuales que producen un proceso metonímico por el cual concebimos un dominio de la experiencia en términos de otro, generando así vinculaciones que no son necesariamente lógicas pero sí muy efectivas en su capacidad comunicativa. Este razonar en términos de metáfora no es solamente una fuente de novedad semántica sino que además conlleva al peligro expuesto por Gadamer de la formación de *prejuicios por precipitación*, que se suman a los *prejuicios de autoridad* contenidos en los marcos y que pasan a través de estos a las cosmovisiones.¹⁶⁹

Lakoff resulta un autor interesante por plantearse seriamente el problema de los marcos discursivos y los procesos de enmarcación, pero sus presupuestos epistemológicos me resultan problemáticos pues intenta explicar un problema de representación discursiva en términos neurológicos. Los conceptos se encontrarían “incrustados” en la sinapsis cerebral, por lo que si el significado percibido no se corresponde con el albergado en la sinapsis, el cerebro lo desdeñaría.¹⁷⁰

No hay duda de que todo proceso intelectual viene procesado por una actividad neurológica que lo sustenta, y que todo pensamiento o acto de habla puede medirse y traducirse por medio de técnicas neurocientíficas. Pero intentar explicar la producción intelectual y de discurso de esta manera es ignorar el plano simbólico en el que operamos como vía de doble sentido para traducir las interacciones electroquímicas de nuestro cerebro en semántica e imaginarios sociales. Por lo tanto su teoría de los marcos requiere de una mediación que incorpore el plano simbólico. El enfoque conceptual de

¹⁶⁸George Lakoff, *Moral Politics: How Liberals and Conservative Think* (Chicago: The University of Chicago Press, 2002), pp. 4-5.

¹⁶⁹Ibíd, pp. 6-7. Gadamer, *Verdad y método*, p. 344.

¹⁷⁰Lakoff, *No pienses en un elefante*, p. 16.

las ideologías de Michael Freeden supone una propuesta perfecta para comprender el fenómeno de la enmarcación desde una perspectiva simbólica del lenguaje.

El proceso de enmarcación presupone que elementos externos a un paradigma son incorporados dentro de un nuevo marco de sentido desde el que operarán subsumidos bajo unos ciertos axiomas fundamentales. En todo este proceso las ideologías proveen el marco general desde el que se articula toda la red de sentido.

Denomino a la ideología como *marco* porque en la política moderna todo pensamiento se vehiculiza a través de estas redes de sentido. Las ideologías son el medio más efectivo en la modernidad para establecer postulados políticos y despolemizar el lenguaje. Esto es así porque todo acuerdo y polémica, toda acción y declaración necesitan imbricarse en un contexto de sentido que no es unívoco, evidente y dado. Los marcos de interpretación de lo político y la política en las sociedades modernas son las ideologías, que como ha explicado Michael Freeden se trata de un conjunto de creencias conscientes e inconscientes, conformadas a través de combinaciones de conceptos que se organizan de una manera específica mediante una morfología conceptual.¹⁷¹

La ideología como morfología articularía:

Un conjunto de ideas, creencias opiniones y valores que 1. Muestra un patrón recurrente; 2. Es seguida por grupos relevantes; 3. Compite por la formulación y el control de planes en materia de políticas públicas; y 4. Lo hace con el fin de justificar, oponer o cambiar las bases y los acuerdos sociales y políticos de una comunidad política.¹⁷²

El enfoque de Freeden resulta pertinente para la problemática propuesta porque su aproximación conceptual por medio del enfoque morfológico posibilita entender los procesos de formación del pensamiento centrándose en sus elementos básicos, los conceptos. Esto ayuda a estudiar las declaraciones y teorizaciones sin necesidad de recurrir a la disyuntiva sobre la veracidad o falsedad de la consciencia de los sujetos, pues de hecho este es un dato irrelevante, ya que su aproximación puede aplicarse a todo tipo de consciencias. Por lo tanto permite comprobar cómo se genera y circula el pensamiento político entre actores e instituciones heterogéneos, pues todos acuden y polemizan a través de los conceptos mediante la confrontación ideológica en el

¹⁷¹ Michael Freeden, *Ideologies and Political Theory: a Conceptual Approach* (Oxford: Oxford University Press, 1996), pp. 3, 48, 75-77.

¹⁷² Michael Freeden, *Ideología: una breve introducción* (Santander: Ediciones Universidad Cantabria, 2013), p. 54.

discurso. Por otra parte, permite pensar el fenómeno de la enmarcación considerando la manera en que una ideología gestiona su morfología conceptual.¹⁷³

Según Freedon los conceptos políticos no adquieren su significado únicamente a través de la acumulación discursiva en la tradición, o mediante el contexto cultural. También resultan fundamentales los procesos de significación de un sentido concreto para el vocabulario por la posición que ocupan los conceptos dentro de un *cluster* de nociones políticas. Este *cluster* conceptual es la ideología como morfología, que conecta como si fuera una red distintos conceptos, generando así una interacción ideacional que acota el significado potencialmente ilimitado y contestable de las nociones políticas, produciendo de esta manera un doble proceso de enmarcación y resignificación conceptual.¹⁷⁴

Esto es posible gracias a que los conceptos cuentan con una estructura morfológica que es potencialmente modificable. Pero esta potencial alteración del significado de los conceptos no resulta arbitraria gracias a la existencia de unos componentes no eliminables presentes en todo concepto que conforman su núcleo de significación, que si bien pueden variar, no puede transformarse completamente en el corto plazo sin que colapse la cualidad explicativa del concepto. Junto a estos componentes no eliminables se encuentran toda una serie de significados circunstanciales que varían más rápidamente debido a que el *cluster* conceptual es un ecosistema ideal. En él los conceptos interactúan entre sí añadiendo capas de significación, o incluso transformando su significado y el de los conceptos con los que se emparentan y ligan.¹⁷⁵

Existen dos tipos de interacción potencial dentro del *cluster*. La interacción por adyacencia lógica y por adyacencia cultural. La primera es el resultado de la afinidad y cercanía que se da en el campo de significación de los elementos básicos no eliminables de dos conceptos. El hecho de que dos conceptos hagan referencia a cuestiones que en un ámbito lingüístico dado sean cercanas o equivalentes potencia la posibilidad de que un hablante los relacione. La segunda modalidad de interacción se refiere a un tipo de vinculaciones denominada por Freedon como “cultural” y que resulta arbitraria desde un

¹⁷³ Freedon, *Ideologies and Political Theory*, pp. 15-16, 21-23, 48, 123-124. Desde mi perspectiva las ideología no generan un problema de falsa conciencia, ya que la conciencia no es ni verdadera ni falsa, sino que puede ser crítica o acrítica, en base a cómo esta se relacione con los prejuicios. Así como por la capacidad que tenga un sujeto o colectivo de establecer un distanciamiento con las preconcepciones que articulan sus cosmovisiones, y de esta manera establecer un diagnóstico sobre los fundamentos materiales que condicionan su vida, su capacidad para cuestionarse en qué medida ejercen dominación o son explotados, o la naturaleza y el grado de autonomía y heteronomía en que se desarrolla su existencia.

¹⁷⁴ *Ibid.* 4, 48, 54-55, 61-62.

¹⁷⁵ *Ibid.* pp 62-67.

punto de vista lógico o de la cercanía en el campo lingüístico, pero que sin embargo se produce bien porque en una cultura en cuestión se considera que los ámbitos de experiencia de los dos conceptos se encuentran relacionados, bien por una decisión arbitraria del hablante que responda a una necesidad circunstancial de construir ideas para fundamentar los presupuestos de su ideología sin atender a una afinidad lógica.¹⁷⁶

Estas interacciones conceptuales posibilitan que las ideologías operen como un patrón de ideas que intenta maximizar la determinación de los conceptos, para así poder decontestarlos y controlar su significado. Inspirándonos en Weber podemos decir que las distintas ideologías compiten entre sí por el monopolio del sentido legítimo de los conceptos.¹⁷⁷

Para poder llevar a cabo esta operación de determinación del sentido no basta con que los conceptos interactúen entre sí aleatoriamente. Las propias ideologías se organizan a través de una morfología conceptual donde los conceptos ocupan distintos lugares desde donde se relacionan.

Existen por una parte conceptos nucleares que dotan a las ideologías de una matriz de significados fundamentales que las hacen distinguibles. Por otra parte existen conceptos adyacentes, que son aquellos que se vinculan (bien por adyacencia lógica, bien por adyacencia cultural) al núcleo ideológico para dotar de contenido programático y teórico a la ideología. Y en último lugar existe una periferia conceptual compuesta por un margen y un perímetro. El margen son aquellos conceptos secundarios para el núcleo, y el perímetro está compuesto por aquellos conceptos que sin formar parte enteramente de la morfología, entran en la misma por las necesidades polémicas que la ideología pueda tener con otra ideología rival que utilice dichos conceptos en un momento histórico dado.¹⁷⁸

Aquellas ideologías que permiten una interacción fluida entre su núcleo y la periferia se denominan ideologías abiertas, pues priman su adaptabilidad histórica con respecto a la pureza doctrinal. Mientras que las ideologías dogmáticas tienden a aislar su núcleo con respecto a los conceptos extraños a su tradición, permitiendo una menor interacción con la periferia conceptual, lo que se traduce en doctrinarismo y en muchos casos en obsolescencia ideológica.¹⁷⁹

¹⁷⁶ Ibid. pp. 68-71.

¹⁷⁷ Ibid. pp. 75-77. Freedden, *Ideología: una breve introducción*, p. 80.

¹⁷⁸ Freedden, *Ideologies and Political Theory*, pp. 77-80.

¹⁷⁹ Ibid. 81.

Toda esta estructura morfológica y las sinergias conceptuales que se producen en ella son el resultado de cuatro rasgos que fundamentan la morfología ideológica.¹⁸⁰

1. *Proximidad*: Los conceptos políticos carecen de sentido por sí mismos, sólo adquieren un significado en interacción con otros conceptos en un ecosistema conceptual.
2. *Prioridad*: El significado de un concepto dentro de una ideología depende del lugar que ocupe en la morfología (núcleo, adyacencia o periferia) lo que va a influir en la importancia, presencia e influencia del concepto sobre el resto de la red.
3. *Permeabilidad*: Las ideologías en tanto que interactúan entre sí en la arena política no quedan aisladas unas de otras, sino que se influyen mutuamente produciendo transferencias conceptuales y mutaciones de sentido, influyendo en su relación dialéctica y en su tasa de éxito o fracaso en la formación de hegemonía.
4. *Proporcionalidad*: Las ideologías asignan distintos grados a la importancia y presencia de los conceptos en su discurso de acuerdo a cómo se articule el debate político, y esto se refleja en la forma en la que se constituye la morfología ideológica.

Por lo tanto, las ideología conforman una morfología conceptual que actúa como un ecosistema en el que los conceptos se relacionan e interactúan por medios de sinergias que son producidas en el encuentro y debate político entre ideologías rivales. La formación y movilización de esta morfología es uno de los elementos del encuadre que se genera por medio de la enmarcación.

Ahora bien, los conceptos son elementos demasiado abstractos como para conseguir movilizar por sí solos las adhesiones de grupos tan heterogéneos de personas como lo han conseguido históricamente las ideologías. Los conceptos son las unidades básicas de las ideologías, pues sin ellos sería imposible articular una semántica política. Sin embargo, la morfología conceptual es un elemento necesario del discurso político, pero no suficiente para explicar cómo el encuadramiento consigue generar una conciencia homogénea a través del entramado conceptual. La morfología conceptual de las ideologías necesita de unos referentes extra-conceptuales que doten de sentido narrativo a la red conceptual que articulan. Este sentido narrativo permite traducir la

¹⁸⁰ Freedon, *Ideología: una breve introducción*, pp. 86-90. Freedon denominó a estos rasgos como las cuatro “Pes”

fuerte carga abstracta del mundo conceptual en elementos comprensibles y atractivos para un rango mayor de gente, aportando niveles de significado adicionales con una mayor plasticidad que aquel que los conceptos por sí solos son capaces de generar.

El encuadramiento ideológico se completa gracias a que dentro de las ideologías conviven, compiten, se articulan y se excluyen un conjunto de paradigmas que aportan distintos *horizontes de sentido*. Este pluralismo paradigmático posibilita que dentro de una misma ideología convivan diferentes proyectos políticos animados por distintas narrativas. Estos a su vez dan lugar a que dentro de una misma ideología se organicen diversas facciones políticas, las cuales articulan de manera distinta la morfología conceptual en base a cómo los referentes narrativos prioricen ciertos conceptos por medio a una lógica alternativa a la estructura morfológica, que es la lógica narrativa de los paradigmas. Dicha lógica narrativa responde a una filosofía de los fines y a un modelo identitario constituido a través de cómo los sujetos y grupos se comprenden a sí mismo en la consecución de dichos fines.

Estos paradigmas ideológicos se encontrarían a medio camino entre los paradigmas científicos de Kuhn y los paradigmas discursivos de Pocock. Los paradigmas ideológicos se parecen a los paradigmas científicos en que aportan marcos de comprensión, certidumbre y consenso desde los que codificar la experiencia vital. Estos tienden también a la coherencia interna y buscan acabar con las anomalías que no encajan en el discurso intentando subsumirlas en su modelo teórico. Cuando el número de anomalías es demasiado grande la narrativa ideológica pierde verosimilitud entrando en un estadio de crisis y de revolución paradigmática, que lleva a una movilización sin precedentes de la morfología conceptual en un intento de conjurar su hundimiento. Esta situación puede dar lugar bien a un colapso, bien a un periodo de estagnación y pérdida de influencia social, o bien a una transformación por completo de la ideología en cuestión.

Los paradigmas ideológicos se parecen a los de Pocock en su carácter discursivo. Estos pueden dotar de narratividad al encuadramiento ideológico por que se corporeizan a través del discurso político, y de esta manera movilizan la red conceptual de la morfología ideológica en actos de habla concretos en los que los conceptos se hacen efectivos en el lenguaje, interactúan y se significan en la contienda política. Pero los paradigmas no son el discurso, sino el marco referencial y la comunidad de símbolos que le da forma, coherencia y lo hace distintivo (y por lo tanto posibilita que se formen adhesiones, rechazos y se conforme la identidad).

De esta manera una ideología como por ejemplo, el comunismo, está compuesta por una morfología de conceptos que la hace distintiva: en ella hay conceptos nucleares como *igualdad, proletariado, lucha de clases, colectivización, revolución...*; también articula conceptos adyacentes que sin ser tan centrales resultan necesarios para dotar de profundidad a la ideología, tales como *partido, burgués, intelectual orgánico, traidor de clase...*; así como por conceptos periféricos que sin ser en origen parte de la ideología, entran a ella por la contienda entre ideologías, conformando un margen de conceptos poco relevantes pero presentes en la ideología (*indígena, sostenibilidad, nación...*) así como por un perímetro de conceptos pertenecientes a las ideologías rivales que entran en la morfología como requisito para establecer un contradiscurso (*libre mercado, privatización, propiedad privada de los medios de producción...*). Todos estos conceptos son distintivos en sus diversos modos de la ideología comunista y su uso suele referir de algún modo a esta.

Pero no hay un solo tipo de comunismo, pues este está compuesto de diversos paradigmas que pueden corporeizarse como distintas vías políticas resultado de divergencias en la interpretación del doctrinaria (marxismo-leninismo, maoísmo, estalinismo, trotskismo...), como resultado de distintos enfoques interpretativos de los autores y textos fundamentales (marxismo ortodoxo, marxismo analítico, socialismo de mercado, freudo-marxismo...), o resultado de posicionamientos sobre cuestiones concretas que llevan a voltear a la ideología sobre una agenda específica (socialismo en un solo país, eco-socialismo, socialismo árabe...); la lista podría ser mucho más largas y con otras subdivisiones, y cada uno de estos paradigmas puede presentarse solo o combinados con otros.

Pero el proceso de enmarcación es el resultado de la organización de la morfología conceptual por medio de la lógica narrativa que los paradigmas aportan, y que en la contienda política ofrecen una coherencia articulada de sentido que idealmente existe como una ideología, pero que siempre se expresa a través de los conceptos-doctrina. En este caso, el concepto-doctrina *comunismo* hace referencia a todos estos elementos mencionados y a muchos más que por el carácter ejemplificador de los párrafos anteriores no he nombrado.

De hecho el uso relativamente arbitrario de elementos que he realizado anteriormente resulta representativo de la forma en que opera el encuadramiento de los conceptos-doctrina. Una exposición sistemática de los fundamentos de la ideología comunista llevaría a un planteamiento mucho más riguroso que la lista anteriormente

expuesta. Pero los conceptos-doctrina no se caracterizan por el rigor, sino por articular pragmáticamente un conjunto múltiple de ideas, creencias y principios que están considerados como una unidad programática y que proveen al hablante de una cosmovisión conceptual coherente. Dicha cosmovisión se moviliza mediante prejuicios que permiten gestionar y reducir la complejidad para poder utilizar el concepto-doctrina de manera espontánea y sin necesidad de reflexionar sobre su complejidad interna.

Otra persona podría haber escogido otros elementos para su definición, yo mismo en otra circunstancia podría elegir otros rasgos animado por un criterio distinto. La cuestión estriba en que cuando un hablante utiliza un concepto-doctrina como *comunismo*, moviliza unos referentes ideales mediante los que intenta encuadrar el discurso que está elaborando, para de esta manera fortalecer su discurso y condicionar el marco referencial de su interlocutor. Los conceptos-doctrina ejercen de tipos ideales no racionalizados que mediante el establecimiento de un *horizonte de sentido* permiten organizar todo el resto de conceptos. Cuando se nombran ejercen una tracción semántica que condiciona el debate político en un intento de controlar el marco referencial del discurso. Por este motivo considero que los conceptos-doctrina tienen una cualidad enmarcadora que les es distintiva.

Es también por esta razón que una parte importante de la discusión política gira alrededor del control por la definición de estos conceptos, pues si una parte puede demostrar que su contraparte se “equivoca” a la hora de significar un concepto-doctrina, logra una gran ventaja en la confrontación y en el proceso de enmarcación del discurso.

Los conceptos-doctrina enmarcan sincrónicamente como resultado de su invocación discursiva en un momento y situación dada. Pero dichos conceptos movilizan además todo un bagaje referencial que les liga al fenómeno de la temporalidad, ya que en el proceso de enmarcación deben ligarse a una tradición que los avale y que estos intentan invocar para dotarse de legitimidad. A fin de cuentas, el proceso de enmarcación es un momento que se puede y se suele ligar con otros momentos de enmarcación que le precedieron, y otros que le sucederán. De esta manera los conceptos-doctrina intentan gestionar el problema de la trasmisión de sentido y coherencia a través del tiempo. El proceso de enmarcación visto diacrónicamente recibe el nombre de *canonización*, y el marco de sentido que se articula mediante este proceso es el *canon*.

3.2 La cualidad canonizadora de los conceptos-doctrina

La acepción más común de *canon* es la que nos provee Harold Bloom en su obra *El canon occidental* (1994). En ella Bloom define el canon como la lista de autores que son considerados fundamentales para la comprensión de la literatura occidental. Lo canónico sería la cualidad que hace de un autor una referencia imprescindible para nuestra cultura. Este carácter singular sería el resultado de un consenso sobre la originalidad que el autor aportaría al conjunto de la literatura, y sin el que sería imposible pensar la producción literaria posterior. Este momento de originalidad no encuentra precedentes en la tradición, y su incorporación conlleva un proceso de canonización en el que se ligan autores precedentes y sucesores a modo de influencia. Esta es una operación retroactiva que produce tradiciones. En un sentido más amplio, el canon es la relación de un escritor y del lector con aquello que ha sido preservado. Es la memoria institucionalizada.¹⁸¹

Por el momento no tendré en consideración la primera acepción de canon, aquella que designa a la lista de principales autores de la literatura y el criterio de la originalidad para su incorporación al mismo. Esto será objeto de reflexión en el capítulo siguiente. La segunda acepción, sin embargo, la que considera el canon como memoria institucionalizada, describe a la perfección la cualidad que despliegan los conceptos-doctrina para movilizar a los paradigmas ideológicos de cara a establecer una coherencia temporal de la pluralidad de elementos que estos articulan. Jan Assmann ha reflexionado sobre esta problemática a raíz de considerar el papel que juega el canon en la constitución de los procesos de *memoria cultural*.

Para Assmann el canon es una *estructura conectiva*, un relato sobre la identidad de un grupo que se elabora con el fin de crear una imagen fija que debe resistir el paso del tiempo. Esta resistencia se logra mediante la formulación de continuidades que

¹⁸¹ Harold Bloom, *The Western Canon: The Books and Schools of the Ages* (Nueva York: Harcourt Brace & Company, 1994), pp. 1-20. Aunque en la actualidad Bloom es uno de los autores de referencia a la hora de abordar la temática del canon, se trata de uno de los ejemplos más actuales dentro del “canon” de los autores que han tratado sobre el canon, si se me permite la broma. Alastair Fowler es posiblemente uno de los clásicos más reputados sobre este tema, y señala que la reflexión sobre el canon en literatura puede remontarse por lo menos hasta los trabajos de Isaac D’Israeli. Fowler apuntó años antes a muchos de los elementos desarrollados por Bloom o por Assmann, al señalar que si bien cada época tiene sus autores predilectos, hay unos pocos que consiguen superar las modas y convenciones de su momento para ingresar en un legado intergeneracional que no sólo va a fundamentar un canon de autores clásicos imprescindibles, sino que dará lugar al surgimiento de los géneros literarios. Los autores del canon son figuras de autoridad que imponen modelos normativos sobre las generaciones posteriores. Alastair Fowler, “Genre and the Literary Canon”, *New Literary History*, Vol. 11, No. 1, Anniversary Issue: II (Autumn, 1979), pp. 97-100.

liguen a sujetos, eventos e ideas, con el fin de establecer un ideal que se transmita en el tiempo generando de esta manera un sentido de unidad y permanencia. Esta unidad se cristaliza en una tradición, y tiene un carácter normativo para su grupo de referencia que alcanza un grado de obligatoriedad suprema. El canon se vuelve para las generaciones venideras en un instrumento normativo con el que establecer unos límites para definir *el ser* de un grupo, pues ofrece una serie de elementos de identidad avalados por la permanencia de sus atributos en el tiempo. Una vez fijada la tradición se considera invariable, y a través de ella se prescribe un *deber ser* remitiendo a una serie de valores formativos, normativos y símbolos que la constituyen, y cuya observancia preserva el sentido del relato y la identidad del grupo. Pero el canon aunque se presente como un elemento estático está lejos de serlo. Su característica fundamental reside en su carácter transitivo.¹⁸²

El canon por tanto es una forma de enmarcación (en tanto que *estructura conectiva* de elementos pertenecientes a épocas distintas) que tiene como objetivo fundamental la transmisión de información y de un sentido social, intentando preservar ambos de la acción entrópica del tiempo mediante la unificación de muchos elementos de épocas distintas. Pero este proceso de unificación de referentes históricos de épocas diversas supone siempre un proceso de interpretación del pasado para su incorporación, lo que conlleva una necesaria resignificación de los elementos que se incorporan al canon y que este pretende transmitir. El canon conlleva necesariamente a que su contenido se transforme en cada momento de recepción y transmisión, aunque predomine la ficción de que se esté preservando una sabiduría antigua de manera inalterada, en sus propios términos. El intento de la preservación del sentido tiene como consecuencia paradójica la necesidad de un hipótesis sobre el mismo que siempre pertenece a la época del agente receptor, y no del momento pretérito que se pretende preservar. Es por este motivo que el canon establece una lógica basada en una aparente causalidad mecánica que genera una vinculación directa entre los componentes que este engloba, pero que en realidad encubre es una causalidad de carácter retrospectiva e interpretativa. El canon ayuda así a reorganizar tanto nuestra concepción del pasado como nuestra idea de futuro a través de marcos de referencia que se transmiten de

¹⁸² Jan Assmann, *Historia y mito en el mundo antiguo: los orígenes de la cultura en Egipto, Israel y Grecia* (Madrid: Gredos, 2011), pp. 20, 89, 97-99, 104.

manera bidireccional, reorganizando la información que tenemos sobre ambos con el fin de dotar de un sentido al presente.¹⁸³

El canon se convierte así en una forma de relato que permite la gestión consciente del recuerdo y el olvido social, lo que le convierte en una herramienta de poder. A través del canon se puede ejercer un control sobre las esclusas de la memoria colectiva, imponiendo un criterio para discernir qué elementos son relevantes recordados y cuáles es mejor olvidados. De esta manera el canon sirve para legitimar el status quo y las relaciones de poder existentes, pues mediante un control de la memoria colectiva el poder no sólo usurpa el pasado, sino también el futuro. Controlando el relato sobre el pasado el poder presente se legitima retrospectivamente y se perpetúa prospectivamente.¹⁸⁴

Por otra parte el canon surge como un intento de gestionar el problema de la discontinuidad producto del paso del tiempo, que resulta en uno de los mayores desafíos a la hora de dotar de sentido a los proyectos sociales. Expuse a través de la teoría de Freedman que la morfología conceptual de las ideologías es uno de los mecanismos fundamentales a la hora de producir y preservar formaciones de sentido a través de la interacción conceptual. Pero esta interacción conceptual no se da en un vacío temporal, sino que se produce dentro de procesos históricos concretos, lo que supone la existencia de un legado que condiciona el punto de partida de la interacción de todos los conceptos, y apunta a su vez a una posteridad a la que toda formación conceptual se encamina.

El problema de la posteridad Assmann lo plantea ligado a la figura de los *horizontes de sentido*, cosmovisiones que posibilitan un consenso básico sobre el significado de la acción social en clave temporal. El hecho de que sea un *horizonte* supone un límite habilitante, en donde *sentido* significa tanto contexto como dirección, que son las coordenadas de espacio y tiempo de la acción social. Pero estas categorías tan abstractas de contexto y dirección necesitan concretarse narrativamente para ser operativas. Esto se consigue a través de *ficciones de coherencia*, relatos que ligan lo espacial a lo temporal, y con ello ayudan a dotar de sustancia el sentido que marca el horizonte de la acción social.¹⁸⁵

¹⁸³ Ibid., pp. 42-43.

¹⁸⁴ Ibid., p. 20, 68-70.

¹⁸⁵ Assmann, *Egipto: historia de un sentido*, pp. 12-13.

El canon es una manera de desarrollar estas *ficciones de coherencia*, pues plantean el legado como una línea sin fisuras que borra las discontinuidades, enfatizando la idea de que la tradición de la que alguien se reclama parte ha conseguido vencer la acción entrópica del tiempo, permitiendo así ligar el hoy con el ayer, y ofreciendo con ello un relato de legitimidad vinculado al éxito de la permanencia. Las *ficciones de coherencia* son por tanto los elementos narrativos que dotan de contenido retórico al canon, que a su vez los articula como una estructura de permanencia temporal.

Si para las ideologías la unidad básica son los conceptos, para el canon el elemento referencial básico es la memoria, que se compone a partes iguales de recuerdo y olvido. La memoria para Assmann opera a distintos niveles que se entrecruzan inextricablemente. A nivel individual como recuerdo y olvido de las experiencias individuales, que al acontecer en sociedad se vinculan a procesos que trascienden al individuo, pues el individuo se recuerda como parte de un grupo. Este es el carácter colectivo de la memoria que teorizó Maurice Halbwachs. Assmann plantea a este respecto que los colectivos no tienen memoria, pero condicionan la memoria de sus miembros, que sólo pueden rememorar en colectividad y en referencia a la misma. La memoria tanto para Assmann como para Halbwachs es un marco del recuerdo, que filtra lo que merece ser recordado y lo que merece ser olvidado en base al sentido dominante de la cultura, lo que a su vez condiciona qué tipo de cánones se formulan en cada momento histórico.¹⁸⁶

A este respecto David Lowenthal intenta sortear el problema entre carácter personal y colectivo de la memoria proponiendo que el recuerdo es una forma de conciencia enteramente personal, pues hace referencia a experiencias particulares que suceden a personas concretas. Desde una perspectiva cuantitativa, la mayor parte de los actos de recuerdo son introspecciones personales, pero estos se vuelven colectivos al compartirse.¹⁸⁷

Compartir recuerdos es una parte fundamental de la constitución de la identidad personal y colectiva. Al compartir recuerdos nos hacemos consciente de la parcialidad de nuestra memoria, y existen aspectos de nuestra experiencia vital de las que no somos conscientes, bien porque no contábamos con las capacidades cognitivas para poder

¹⁸⁶Assmann, *Historia y mito...*, pp. 37-38; Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (Buenos Aires: Miño y Dávila editores, 2011), p. 94.

¹⁸⁷David Lowenthal, *The Past is a Foreign Country* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), pp. 194-195.

transmutar nuestra experiencia en recuerdo (caso de los bebés, niños pequeños o pacientes comatosos), bien porque no estábamos presentes en algún evento relevante para nuestra vida y necesitamos que otros compartan su memoria para rellenar los vacíos de la nuestra. El ser humano en tanto que ser social desarrolla una existencia en colectividad que supone espacios de memoria que quedan vacíos porque nuestra experiencia vital excede los límites de nuestra presencia corpórea inmediata, por lo que es necesario en última instancia comunicar los recuerdos y que otros hagan lo propio para completar los vacíos que constantemente se forman en la memoria individual por la toma de consciencia de una realidad siempre mayor a nuestra experiencia inmediata. De esta forma la memoria que en primera instancia se nos presenta como una experiencia individual, tiene la necesidad de compartirse y deviene en colectiva.¹⁸⁸

Pero la memoria individual y colectiva no son cánones, aunque generen unidades de sentido mediante un relato que conecta distintos momentos temporales. Sin embargo la memoria es la materia prima con la que se construyen los cánones. Si las ideologías son morfologías que gestionan sus unidades básicas (los conceptos), el canon es a su vez un relato que permite gestionar la memoria dotándola de un sentido social que posibilite discernir entre lo que merece la pena recordar y aquello que debe ser olvidado. Este proceso se lleva a cabo a través de los “mnemotopos”, que Assmann define como textos topográficos de la memoria cultural. Se trata de figuras mnemotécnicas mediante la especialización de la memoria en “lugares del recuerdo”. Estos pueden ser físicos (monumentos, obras pictóricas el paisaje simbolizado), o narrativos, a través de la rememoración ritual de los eventos históricos, los recuerdos míticos o la doctrina. Este conjunto de elementos componen un sentido social que ofrece un criterio colectivo para discernir entre lo que es valioso recordar y lo que no.¹⁸⁹

La clave estructural del canon no reside en una morfología, como en el caso de las ideologías, sino en la genealogía. La morfología tiene por objetivo gestionar la sincronización de elementos distintos para posibilitar su interacción y enmarcación. La genealogía, por el contrario, genera una enmarcación de lo temporal mediante la gestión de la diacronía, dotando de sentido a una sucesión de elementos que se intenta conectar más allá de la distancia temporal y sus filiaciones objetivas.

Pero tal y como teorizó Lowenthal, la identidad no se elabora mediante una secuencia memorística, sino que requiere constituir una red unificadora de

¹⁸⁸ Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, pp. 196-197.

¹⁸⁹ Assmann, *Historia y mito...*, pp. 58-59.

retrospección, por lo que el canon en tanto que genealogía no se limita a vincular mecánicamente una sucesión diacrónica de elementos, sino que debe inventar un sentido unificador que ejerza de función explicativa y naturalice la genealogía, invisibilizando así su carácter artificial y retrospectivo.¹⁹⁰

En esto consiste el proceso de enmarcación canónica que denomino como *canonzación*. Assmann considera que la canonización “no es un destino casual de la recepción, sino la culminación o el rescate de una potencia aplicada en la obra por el rigor formal y la vinculación a la regla”. La noción de canonización retrotrae a su significado tradicional, en donde *canon* hacía referencia a los textos consagrados y aceptados por la tradición religiosa y la *canonzación* a la incorporación de figuras santas o mártires que constituirían una comunidad de referencia y emulación para la comunidad cristiana. La secularización de esta visión del canon y de la canonización no pierde del todo su fundamento teológico que hace del canon un referente que impone un relato de sentido y del proceso de canonización una selección de figuras ejemplares que marcan una regla de seguimiento y emulación.¹⁹¹

Los conceptos-doctrina canonizan por medio de su semántica temporal. Como el resto de conceptos, estos articulan dentro de sí estratos temporales múltiples de espacios de experiencia y horizontes de expectativa. Puesto que el concepto-doctrina es la expresión conceptual de un conjunto de ideas, creencias o principios que están considerados como una unidad programática, la pregunta sobre qué elementos del pasado forman parte de dicha unidad se encuentra siempre presente, lo que implica la necesidad de marcar los límites de la tradición, y constituir una lógica de sentido en clave temporal que ayude a articular una semántica política.

La cualidad de canonizadora de los conceptos-doctrina se produce a través de la constitución de una comunidad de referentes históricos que son subsumidos por el concepto y depositados en los paradigmas ideológicos que están contenidos en la ideología del concepto-doctrina en cuestión. De esta manera, desde un punto de vista sincrónico el canon queda contenido en los paradigmas que despliegan narrativamente los referentes históricos que vistos diacrónicamente constituyen un canon. La movilización de referentes por medio de la narratividad es lo que les conecta y pone en común a estos constructos ideales.

¹⁹⁰ Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, pp.

¹⁹¹ Assmann, *Historia y mito*, pp. 101, 106, 109-110.

De esta manera los conceptos-doctrina configuran y expresan unidades de sentido enmarcando sincrónicamente el discurso en un momento dado en competición con discursos alternativos, e intentando hacer prevalecer su cosmovisión mediante la despolemización y significación de los conceptos claves del vocabulario político. Esto se produce gracias a las interacciones semánticas que se producen entre la morfología conceptual de su ideología, y los paradigmas ideológicos que los dotan de narratividad. Estos paradigmas ideológicos, a su vez, al desplegar una narrativa introducen en los conceptos-doctrina la cuestión del legado y los antecedentes, lo que lleva a la necesidad de enmarcar los referentes del pasado a través de la canonización de distintos autores, ideas y elementos, que constituirían la tradición política subyacente a la ideología o al conjunto de ideas que el concepto-doctrina pretende articular.

El tipo de síntesis que logra el concepto-doctrina es el de conseguir condensar un enorme conjunto de referentes programáticos y de legado histórico en una cosmovisión coherente que permite simplificar la compleja pluralidad de elementos que le constituyen mediante un significado alegórico. La virtualidad de estos conceptos es que el hablante no tiene por qué ser del todo consciente sobre el conjunto de elementos que constituye a los conceptos-doctrina y su semántica. Pero gracias a que la cosmovisión doctrinal transmite al hablante significados convencionales, este puede defender posiciones políticas y de valor sobre las que se ha constituido identidad sin necesidad de haber llevado a cabo un proceso de racionalización crítica de los elementos programáticos condensados en este tipo de conceptos.

El *Destino Manifiesto* es un concepto-doctrina cuya importancia ha residido en su capacidad de erigirse en el concepto central a la hora de enmarcar los límites y el sentido del discurso expansionista decimonónico americano. Y con el tiempo se ha convertido en el canon discursivo del expansionismo ligado a una concepción providencialista de los Estados Unidos como nación elegida. Cuando el marco discursivo expansionista se agotó a mediados del siglo XX, el concepto de *Destino Manifiesto* quedó como el máximo referente cultural del canon providencialista, lo que le ha otorgado una supervivencia en la cultura política norteamericana que de otra manera no habría tenido lugar una vez el concepto-doctrina pierde su capacidad de enmarcación y canonización.

3.3 Características del concepto-doctrina de *Destino Manifiesto*

En los autores clásicos, así como en muchos de los historiadores actuales del *Destino Manifiesto* se ha tendido a considerar este concepto como una ideología, como un conjunto de ideologías, o como una doctrina.

Weinberg fue el primero en hablar del *Destino Manifiesto* como un conjunto de ideas que constituirían el contenido de la ideología expansionista. Merk por su parte le dio la vuelta a la perspectiva de Weinberg, considerando el *Destino Manifiesto* como la ideología del expansionismo, aunque con la novedad de ser el primero en considerarlo como un concepto. Sin embargo, su libro es anterior al proyecto de Koselleck y a la historia conceptual y para Merk el concepto es un sinónimo de idea-singular haciéndose eco de las tesis de Lovejoy:¹⁹²

Un concepto es un conjunto de ideas expresadas en sus más altos principios. Para ser aplicados estos deben ser aterrizados [en la realidad]. Esto conlleva el pragmatismo burocrático de un despacho de Buchanan o una instrucción de Bancroft. Finalmente se rebaja al nivel de practicidad de un subordinado que lo rehace completamente, individuos del estilo de Frémont.¹⁹³

Aunque anclada en una visión de lo conceptual anticuada, la reflexión de Merk resulta interesante para señalar que un concepto y el conjunto de ideas condensado en él tienen distintas formas de uso y aplicación por parte de diferentes tipos de actores políticos. Esta es una característica también presente en los conceptos-doctrina, categoría que he acuñado para intentar resolver la confusión común en los estudiosos del *Destino Manifiesto* que vacilan a la hora de distinguir entre la forma conceptual específica y el conjunto de ideas que el concepto sintetiza. Esta confusión se extiende cuando se considera el *Destino Manifiesto* como una ideología, pues aunque puede parecer que el concepto remite a un conjunto sistemático de ideas vinculadas lógicamente entre sí, sin embargo este carece de una suficiente complejidad interna como constructo de pensamiento para ser equiparado con lo que comúnmente entendemos por ideología.

Los conceptos-doctrina no son ideologías, sino que se tratan de términos que sintetizan una cosmovisión que puede ser movilizada por distintas ideologías a la hora de posicionarse con respecto a cuestiones tan diversas como el carácter nacional de los

¹⁹² Weinberg, *Destino manifiesto*, p. 16. Merk, *Manifest Destiny and Mission*, pp. VI-VII.

¹⁹³ *Ibid.* p. 81.

Estados Unidos, su política expansionista, o en lo referido al carácter excepcional de los Estados Unidos como país (*excepcionalismo americano*).

Los usos del concepto de *Destino Manifiesto* en el debate político fueron estableciendo un rango de temas y problemáticas que quedaron vinculados a este, y aunque la realidad histórica de la experiencia nacional estadounidense fue cambiando, el núcleo de temas y problemáticas se transmitió como un canon a través del concepto, generando un marco discursivo diacrónico que fue recepcionado y estuvo operativo durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. Esta canonización discursiva no fue óbice para que el uso y significado del concepto variase en cada hablante y época, pero tal y como propuso Freedman, los conceptos conservan un núcleo cuya variación es muy baja en el corto y medio plazo. Esto les otorga una estabilidad en su significado que les vuelve reconocibles por los hablantes de épocas coetáneas cuyas claves históricas han cambiado, pero en donde se conservan aún suficientes elementos de continuidad en el núcleo del concepto como para que este no resulte del todo extraño. El proceso de encuadramiento sincrónico y la canonización (encuadramiento diacrónico) es lo que permite que permanezca un núcleo coherente que muestra una baja variación en su significado mayoritario convencional durante el corto y medio plazo.

En tanto que concepto-doctrina el *Destino Manifiesto* cuenta con una morfología conceptual articulada por cuatro paradigmas discursivos que son los que estructuran su contenido semántico, y de cuya interrelación surge la coherencia discursiva del concepto. En este apartado no voy a desarrollar el contenido de estos cuatro paradigmas, pues ese será el punto de llegada de la tesis, el último capítulo con el que pretendo hacerme cargo de la unidad con la que en retrospectiva se nos presenta el concepto de *Destino Manifiesto*. Los cuatro paradigmas que lo fundamentan son los siguientes:

1. El progreso como destino de una nación excepcional: el canon providencial de los peregrinos y los fundadores.
2. La tierra de la libertad: fundamentos de geopolítica imperial e imperativo malthusiano para la expansión.
3. Raza y ciudadanía en la nación universal.
4. La razón de Estado democrática como teología política.

Estos cuatro paradigmas pueden resultar ahora oscuros, pero la razón de esta investigación descansa en producir un marco hermenéutico con el que acercarnos al concepto y poder comprender, a modo de fusión de horizontes, la racionalidad narrativa que existe en la interacción de estos cuatro paradigmas. Aunque en nuestro horizonte ya

se hayan perdido, todas estas cuestiones acudían a la mente de un estadounidense cuando transmitía o recibía el concepto durante la segunda mitad del siglo XIX, y en menor grado en la primera mitad del siglo XX.

El *Destino Manifiesto* en tanto que producto de la *Sattelzeit* es un concepto moderno que tiene resonancias arcaicas, un concepto teológico secularizado, como consideró Carl Schmitt en su estudio sobre el concepto moderno de *soberanía*. Sin embargo el componente teológico político del concepto de *Destino Manifiesto* no es de la misma naturaleza que los conceptos de la moderna teoría del Estado de los que habla Schmitt. El constitucionalista alemán intentó dar cuenta de un sutil deslizamiento de sentido que había ocurrido tras la ilustración que llevaría a concebir análogamente elementos surgidos de la teología (como la idea del Dios omnipotente) proyectados hacia otros conceptos seculares fundamentales para la comprensión de la teoría política moderna (el legislador todopoderoso). A partir de este principio analógico “el estado de excepción para la jurisprudencia sería lo mismo que el milagro para la teología”.¹⁹⁴

Sin negar que se hayan dado este tipo de transferencias analógicas, ese no es el carácter que O’Sullivan como autor, o la *Sattelzeit* como marco de época imprimieron al *Destino Manifiesto*. En el caso de este concepto-doctrina no hay una analogía sino una trasposición, pues se trata de un concepto de transición entre el viejo imaginario teológico y la nueva teoría política secular. En el *Destino Manifiesto* y en el discurso providencialista en el que este se encuadra los elementos retóricos religiosos se encuentran traspuestos en una matriz de discurso político moderno. El vocabulario teológico es un injerto sacado de otra época, resignificado en su contenido pero conservado en su formulación, que queda resituado en un discurso de carácter eminentemente político e indudablemente decimonónico.

Este tipo de trasposición fue posible gracias a la transformación de la concepción del tiempo histórico ocurrida en el periodo de 1750 a 1850. Como resultado de los avances producidos por las revoluciones científicas del renacimiento y el barroco, durante la ilustración se va a conformar un nuevo enfoque histórico conocido como la filosofía de la historia. Esta alumbró la idea de progreso a través de una fusión de dos elementos: el pronóstico y el porvenir. La noción de pronóstico sustituirá a la *profecía* como forma de entender el vislumbramiento del futuro. Este ya no será el producto de

¹⁹⁴En palabras de Schmitt: “Todos los conceptos centrales de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados. Lo cual es cierto no sólo por razón de su evolución histórica, en cuanto fueron transferidos de la teología a la moderna teoría del Estado, [...] sino también por su propia estructura semántica” Carl Schmitt, *Teología Política* (Madrid: Editorial Trotta, 2009), p. 37.

una teofanía sino que será el resultado de un cálculo racional sobre el futuro a partir de elementos indiciales del presente. El porvenir por su parte ejerció de forma secularizada del referente milenarista, una visión salvífica de la historia que ha sido mundanizada por la idea de progreso. La filosofía de la historia ayudó a alumbrar la concepción temporal del futuro mediante la superación del referente escatológico, fundamental para la concepción temporal cristiana. A partir de su matriz escatológica la mentalidad cristiana antigua y medieval había concebido el tiempo de manera dicotómica, como historia sacra (historia de salvación) y como historia profana (*saeculum*). Este último será entendido como un eterno presente que se reproduciría hasta que se diera la experiencia disruptiva del apocalipsis. El presente del *saeculum* se vería afectado por la acción corruptora del pecado sobre el mundo por el cual el paso del tiempo será concebido simultáneamente como un lento declinar y un tiempo de espera hasta la llegada del apocalipsis y el juicio final. Desde este punto de vista la temporalidad apocalíptica será un futuro de cierre histórico que llevará a una eternidad con Dios.¹⁹⁵

Pero mientras que la escatología va a suponer una irrupción del fin del tiempo en la historia, la idea de progreso introducida con la *Sattlezeit* permitirá concebir el futuro como un espacio temporal expansivo, vacío e infinito, en donde la concatenación de adelantos científico-técnicos va a ser comprendida como un avance en las condiciones materiales de la vida humana hacia el porvenir como un estado de perfeccionamiento infinito en el tiempo. De esta manera la historia entendida en clave de progreso conducirá a una idea del tiempo entendida como una superación de estadios civilizatorios en una escala siempre ascendente. A partir de esta nueva clave temporal el progreso ocupará parte del espacio simbólico que con anterioridad se asignaba a la providencia, lo que no quitará para que durante un tiempo ambas ideas puedan convivir transformándose mutuamente.¹⁹⁶

En este contexto va a operar un proceso de secularización, pero este no debe entenderse como una sustitución del antiguo imaginario teológico por un nuevo imaginario moderno. Esta podrá ser una consecuencia en el largo plazo, y con el tiempo constituirá un elemento narrativo fundamental en el discurso sobre el proceso de

¹⁹⁵Lucian Holscher, *El descubrimiento del futuro* (Madrid: Siglo XXI España, 2014), pp. 15-25, 47; Robert Nibset, *Historia de la idea de progreso* (Barcelona: Gedisa, 1981), pp. 98-106, 114-117; Koselleck, *Futuro Pasado*, pp. 31-32, 36-40, 56-66, 337; Koselleck, *Historia de conceptos*, pp. 97, 101-112; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 119-120.

¹⁹⁶Holscher, *El descubrimiento del futuro*, pp. 35-39, 47-63; Nibset, *Historia de la idea de progreso*, pp. 173-200, 228-253; Hans Blumenberg, *La legitimación de la edad moderna* (Valencia: Editorial Pretextos, 2008), pp. 22, 38-39, 61, 86-89; Koselleck, *Los estratos del tiempo*, pp. 35-37; Koselleck, *Historia de conceptos*, pp. 104-107, 171-183.

modernización articulado a través de la filosofía de la historia decimonónica. Pero en el momento en el que comenzó a operar el proceso de secularización se dio una cohabitación entre distintos paradigmas que se retroalimentaron, combatieron y transformaron recíprocamente. La emergencia de una nueva realidad histórica no podía ser explicada ni ignorada por los viejos esquemas de pensamiento teológico, pero en la modernidad temprana las nuevas teorías políticas sociales que surgieron alrededor de la revolución científica y con la constitución del Estado moderno se encontraban en un estadio incipiente, por lo que no pudieron establecer un paradigma enteramente distinto al imaginario religioso que había dominado con anterioridad. De esta manera el viejo imaginario teológico va a ofrecer un repertorio simbólico y discursivo desde el que expresar las nuevas realidades político sociales, y en este proceso la teología irá mundanizándose para poder establecer un dialogo, o incluso combatir las nuevas doctrinas producidas en la Edad Moderna. Esto llevará a Blumenberg a hablar de que lo importante es comprender la “estructura de un cambio en el reparto de papeles” entre la vieja teología y el pensamiento de la modernidad. Pero en esta dialéctica entre mundanización de la teología y sacralización del nuevo imaginario político-social moderno, la parte que va a ir debilitándose va a ser la vieja teología, pues esta no va estar preparada para integrar satisfactoriamente todos los nuevos fenómenos históricos de la modernidad en sus relatos clásicos, ni va a ser capaz de conservar el monopolio sobre el sentido de la trascendencia social frente a los nuevos imaginarios modernos sacralizados.¹⁹⁷

Conceptos como el de *Destino Manifiesto* van a erigirse como formas híbridas de transición en el proceso de secularización producido durante la *Sattelzeit*. Se va a tratar de una noción que servirá de bisagra entre una mentalidad tradicional muy influida por un imaginario religioso, donde Dios seguirá siendo un elemento de referencia ineludible, haciendo necesario mentar a la providencia para encuadrar los acontecimientos intramundanos. Pero en donde a su vez ya está operando una mentalidad moderna cuya filosofía de la historia no se basa en la fe sobre la acción de una deidad providencial guiada por la gracia, sino que es una fe proyectada hacia las capacidades del ser humano de progresar por medio de sus logros, así como por la confianza en la capacidad redentora de la técnica, cuyo desarrollo se interpreta desde

¹⁹⁷Blumenberg, *La legitimación de la edad moderna*, pp. 22-33, 81-83; José V. Casanova, *Genealogías de la secularización* (Barcelona: Anthropos, 2012), pp. 19-55; Steven Shapin, “Of gods and kings: Natural philosophy and politics in the Leibniz-Clarke disputes”, *Isis*, Vol 72, No. 2, (Jun. 1981), pp. 202, 215.

una visión providencial en donde la ciencia y la tecnología proveen tanto de los elementos necesarios para avanzar hacia el futuro, como de los recursos con los que se han de resolver los problemas y las contradicciones generados en ese avance.

Si bien pudiera haberse dado una contradicción entre la perspectiva providencialista de la teología cristiana y la fe en un progreso teleológico de carácter moderno, el concepto consiguió armonizar ambas perspectivas al no pretender remplazar la una por la otra. El *Destino Manifiesto* no confrontará el providencialismo teista con la visión providencial del progreso, sino que servirá como una bisagra que articulará ambas perspectivas otorgando al discurso religioso tradicional una prevalencia retórica, mientras que la concepción del tiempo histórico será predominantemente moderna, con una fe religiosa en el progreso interpretado desde una clave nacionalista.

Es por esta razón que el concepto de *Destino Manifiesto* supone una fórmula circunstancial de transición a la modernidad, y llegado a un punto de desarrollo técnico-cultural en donde la retórica religiosa vaya perdiendo implantación social, el concepto irá adquiriendo una resonancia arcaizante que en último término provocará que pierda verosimilitud, lo que llevará a su abandono como concepto político.

Otra consecuencia derivada de que el *Destino Manifiesto* sea un producto de la *Sattelzeit* es su carácter deneologismo. Este aparece para designar una experiencia genuinamente moderna fusionando dos lexemas de resonancias arcaicas: *destino* y *manifiesto*.

La noción de *destino* ha sido la que ha recibido más atención de los dos lexemas articulados en el concepto-doctrina, pero la práctica totalidad de las investigaciones sobre el *Destino Manifiesto* han ignorado que la noción de *destino* entraña dos genealogías teológicas distintas. Una expresada a través de la noción de *hado* (fate), que tiene sus orígenes en nuestro pensamiento a través de la tradición grecolatina y su concepción fatalista de la relación del hombre con el cosmos. La otra genealogía es la que responde a la noción de *destino* (destiny), cuya perspectiva mesiánica hunde sus raíces en el cristianismo y en su visión dicotómica entre historia profana e historia de salvación. Estos conceptos por tanto no solo cuentan con genealogías distintas (y por lo tanto historias conceptuales diferentes), sino que además denotan dos maneras diferentes de concebir la libertad en un contexto de concepción temporal determinista.¹⁹⁸

¹⁹⁸Richard W. Bargdill, "Fate and Destiny: some Historical Distinctions between the Concepts", *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology*. Vol. 26, (2006), p. 206; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 119-120. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, pp. 35-37. Koselleck, *Futuro Pasado*, p. 337.

El psicólogo Richard W. Bargdill ha propuesto que detrás de los conceptos de *hado* y *destino* operaría un mecanismo psicológico que se activaría cuando las personas se vuelven conscientes sobre la existencia de una multitud de elementos y situaciones que escapan a su control. En el intento de conjurar el potencial destabilizador derivado de esta conciencia se establecerían distintas estrategias para atajar el desasosiego que provoca la relativización del alcance de nuestra capacidad performativa. Dichas estrategias psicológicas se encontrarían mediadas culturalmente y definidas/desarrolladas históricamente, y darían como resultado dos opciones desde las que enfrentar la tensión entre libertad y necesidad: por una parte la estrategia fatalista expresada por el concepto de *hado* aceptaría la inevitabilidad del determinismo, excluyendo la capacidad de que el sujeto pueda intervenir en el devenir de los acontecimientos al margen del curso preestablecido. Por otra parte la estrategia mesiánica expresada por el concepto de *destino* intentaría reconciliar la tensión entre libertad y necesidad considerando desde el libre albedrío que la agencia humana es necesaria para que la cadena de acontecimientos predeterminados pueda cumplirse.¹⁹⁹

Sin embargo, el binomio de *hado* y *destino* se contraponen de manera directa a la noción de arbitrariedad en los eventos, pues descansan en la creencia compartida de que los sucesos están gobernados por una racionalidad superior que guía el curso de los eventos hacia un desenlace específico. La temporalidad de estos conceptos se caracterizaría por una direccionalidad teleológica que responde a un plan predeterminado que es desconocido, o en el mejor de los casos parcialmente revelado a los sujetos. La tensión entre el destino y su manifestación, o dicho de otra manera, el manifestarse del destino para volverse un destino manifiesto es una de las ansiedades fundamentales de estos mecanismos psicológicos. Walter Benjamin consideró que “el destino, como el carácter, puede ser sólo observado a través de sus signos [...] porque la conexión indicada por esos conceptos no está nunca presente más que en los signos, debido a que se halla por encima de lo inmediatamente visible”. El carácter oculto del destino hace que este sólo pueda ser entrevisto a través de sus manifestaciones, y no por un conocimiento preciso de su realización, de ahí la importancia del adjetivo *manifiesto* que lo acompaña.²⁰⁰

¹⁹⁹Bargdill, “Fate and Destiny”, pp. 216-217

²⁰⁰Walter Benjamin y H. A. Murena (ed.), “Destino y carácter” en *Ensayos escogidos* (Buenos Aires: El cuenco de plata, 2010), p. 182; Bargdill, “Fate and Destiny”, pp. 205-206. Una excepción a la contraposición entre arbitrariedad y determinismo puede encontrarse en algunas concepciones en donde el *hado* y la *fortuna* no se contraponen sino que se retroalimentan. La *fortuna* fue una perspectiva

La principal divisoria existente entre el *hado* y el *destino* se encontraría en el espacio de acción y libertad que cada una de estas perspectivas estaría dispuesta a ofrecer al sujeto en virtud de la concepción que cada una de ellas establece sobre la relación entre libertad y necesidad, que resultaría en una visión diferente sobre la capacidad performativa de los sujetos para incidir sobre una cadena de eventos que en ambos casos ha sido preestablecida. El término *hado* respondería a un mecanismo psicológico que se fundamenta sobre la premisa de que el curso de la vida ha sido trazado de antemano por la existencia de fuerzas que sobrepasan el control de los sujetos, por lo que la capacidad de estos para cambiar el rumbo de los acontecimientos sería limitado o nulo, y de ahí que la respuesta psicológica sea fatalista, pues los sujetos a lo sumo pueden aspirar a conocer lo que les tiene reservado el hado, y a partir de ese conocimiento deberán actuar estoicamente y de una manera acorde a los designios de su sino.²⁰¹

Por el contrario, el mecanismo psicológico que subyace a la noción de *destino* asume una perspectiva mesiánica y teleológica según la cual, el germen del futuro de un sujeto se encuentra contenido potencialmente en su pasado como un elemento inmaduro plantado por una fuerza superior para el cumplimiento de un plan superior. La existencia de estos elementos germinales pueden ser vislumbrados por el agente del destino, que por medio de su carácter puede potencialmente llevar a cabo acciones virtuosas con las que realizar el propósito para el que ha sido llamado. Esta visión mesiánica del destino considera al sujeto como herramienta y receptáculo de un plan superior, y ofrece un espacio para la actuación del sujeto agente que trasciende la simple observancia de su sino, pues desde esta perspectiva el destino es potencial, pero no

determinista no predeterminada surgida en Roma y popularizada durante el renacimiento. Se trataba de una deidad que hacía referencia a la incertidumbre de la vida política producto de sus circunstancias. Era representada como una gran rueda que al girar actuaba como una fuerza caprichosa que alzaba y derribaba a los hombres tanto del poder como de la fama. Pero la *fortuna* no era del todo arbitraria, pues los romanos creían que un hombre podía atraer a la *fortuna* no sólo gracias al azar, sino también por motivos de su personalidad y virtud, por la capacidad de hacerse su propia fortuna. El concepto latino de *fortuna* se emparentaba con el griego *tyché* (τύχη) que fue de especial importancia para la escuela filosófica epicúrea. En la antigua Grecia junto a las Moiras se alumbró el concepto determinista de la *prónoia* (πρόνοια) como providencia irresistible, muy popular entre los estoicos, y que resultó en una antítesis del azar (*tyché*). La *prónoia* descartaba la *tyché*, pero en el término latino de *fortuna* permitía concebir un tipo de determinismo diferente al *fatum* en donde el destino del sujeto no está sujeto a un plan predefinido sino al devenir relativamente arbitrario de la rueda de la fortuna. Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 119, 124-126, 135. San Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios. Vol. II, libros III-V* (Barcelona: Ediciones Alma Mater, 1958), pp. 103-105. Paul Jacobs y H. Krienke, "Providencia" en Lothar Cohen, Erich Beyreuther y Hans Bietenhard, *Diccionario teológico del nuevo testamento, Vol. III* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1993), pp. 429-430.

²⁰¹ Bargdill, "Fate and Destiny", p. 216. Robert C. Solomon, "On Fate and Fatalism", *Philosophy East and West*, Vol. 53, No. 4 (Oct., 2003), pp. 435, 439.

necesario, y requiere que los sujetos sean capaces de reconocer su destino y de actuar de manera virtuosa para alcanzarlo.²⁰²

La tradición clásica grecolatina ha sido una de las principales fuentes de referencia de la perspectiva fatalista en occidente, transmitida sobre todo a través de sus obras literarias, en especial por medio de la tragedia Ática. Pero estas fuentes fueron durante casi toda la historia productos de consumo de alta cultura. Entre las clases populares abundó otra clase de fatalismo producto de la creencia y la práctica de un ocultismo mágico que fusionaba el misticismo cristiano con las creencias folklóricas populares sobre la existencia de un mundo mágico y sobrenatural. Las clases populares pre-modernas compaginaban su adhesión a un imaginario de la fe cristiana cuya religiosidad respondía a preocupaciones sobre la trascendencia, el más allá y el fin de los tiempos, junto a un repertorio de creencias sobrenaturales paracristiano que se corporeizaba a través de prácticas de sanación, astrología y adivinación, en donde los ritos mágicos, las fuerzas cósmicas y naturales fundamentaban un sentido del *hado* que operaba como un elemento central de la cosmovisión popular, y cuyo conocimiento era clave para la resolución de los problemas prácticos de la vida cotidiana.²⁰³

El cristianismo va a oponerse sin embargo a todas estas prácticas persiguiéndolas en un intento de controlar por medio de su relato teológico el monopolio de la fe colectiva. Esta oposición al hado y al fatalismo va a estar en el cristianismo desde sus inicios, pues ya desde la patrística (con San Agustín a la cabeza) se va a combatir la idea del *sino* prevalente en la tradición clásica por considerar que posibilitaba concebir la existencia de fuerzas cósmicas superiores e independientes a la voluntad divina. Por otra parte, el cristianismo tuvo que competir en sus orígenes contra las escuelas filosóficas estoica y epicúrea, populares entre las zonas urbanas del Imperio romano, lo que llevó a que la patrística evitase durante la formulación de su doctrina providencialista toda idea que pudiera sugerir un concepto de azar epicúreo (*tyché* / *τύχη*), y muy especialmente dar a entender que la providencia pudiera confundirse con la noción estoica de la *ineluctabilidad* (*prónoia* / *πρόνοια*). Este rechazo de la idea del hado y del

²⁰²Benjamin y Murena (ed.), “Destino y carácter”, pp. 180-183; Bargdill, “Fate and Destiny”, p. 217. Solomon, “On Fate and Fatalism”, p. 446.

²⁰³Aristóteles, *Poética* (Madrid, Aguilar, 1979), pp. 70-71, 76, 82-83, 91-95, 104; Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* (Madrid: Alianza editorial, 2012), pp. 71, 93, 104-105, 117, 135-136; Cornelius Castoriadis, “Antropogénia en esquivo y autocreación del hombre en Sófocles” en *Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), pp. 27-29. Solomon, “On Fate and Fatalism”, pp. 442-444. Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith: Christianizing the American People* (Cambridge Mass.: Cambridge University Press, 1990), pp. 8-12, 16.

fatalismo va a ser compensado por el cristianismo con el concepto de *destino*, que articulará una concepción del tiempo histórico providencialista.²⁰⁴

El providencialismo es una forma de perspectiva temporal, que se caracteriza por concebir que los acontecimientos intramundanos estarían guiados por la intervención divina, que actuaría por muchos medios en el mundo para asegurar su plan salvífico. La clave de bóveda de este discurso es la noción de *providencia*, que se refiere a la relación entre voluntad y entendimiento en Dios, lo que aplicado a la historia intramundana supone también el conocimiento sobre el orden de las cosas venideras de manera preexistente en la mente divina. Esto a su vez implica la preparación y predeterminación de todos los acontecimientos que están por ocurrir en base a la voluntad de Dios. En este sentido, la providencia se relaciona con las nociones de *presciencia* y de *preordenación*, pero se diferencia de estas en su carácter performativo, pues el conocimiento divino al que se refiere no es un saber contemplativo, pues esta preordenación estaría orientada hacia un fin que se realizaría gracias a la intervención de Dios en la historia profana, cuyo fin último será el asegurar la historia como plan de salvación. En la perspectiva providencialista Dios actuaría a través de distintos medios, incluyendo naciones y personas, y es por esta forma indirecta de la actuación providencial de Dios que aparece la perspectiva mesiánica del destino, en donde los sujetos son concebidos como herramientas mundanas para la consecución de un plan divino. Este espacio para la acción humana en un marco predeterminado va a ser posible gracias a la doctrina del libre albedrío.²⁰⁵

Los seres humanos habrían sido dotados por Dios con una libertad de acción y conciencia que les haría plenamente responsables de sus actos y pensamientos, aunque estos no serían ajenos a la voluntad divina, que los permitiría como parte de un plan mayor cuyo resultado final no dependerá de estos pensamientos y acciones humanas, sino de la voluntad salvífica y providencial de Dios. De esta manera, el libre albedrío sirvió como artificio con el que el cristianismo intentó evitar un potencial determinismo implícito en la preordenación de

²⁰⁴San Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios. Vol. II, libros III-V* (Barcelona: Ediciones Alma Mater, 1958), pp. 103-105, 145-156. Paul Jacobs y H. Krienke, "Providencia" en Lothar Cohen, Erich Beyreuther y Hans Bietenhard, *Diccionario teológico del nuevo testamento, Vol. III* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1993), pp. 429-430.

²⁰⁵Mi perspectiva sobre la providencia es deudora principalmente de Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica, tomo 2* (Madrid: Moya y Plaza editores, 1880), pp. 202-209; aunque se nutre también de otras fuentes: Jacobs y Krienke, "Providencia", pp. 428-430; Pietro Parente, Antonio Piolanti y Salvatore Garofalo, "Concurso Divino", "Presciencia" y "Providencia" en *Diccionario de teología dogmática* (Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1955), pp. 80-81, 294-295, 306-307; Louis Berkhof, *Systematic Theology* (Louisville: GLH Publishing, 2017), pp. 131-144; Guyatt, *Providence and the Invention of the United States*, p. 5.

los eventos de la doctrina providencialista, a la par de servir para evitar que una divinidad omnipotente, omnisciente y omnipresente fuera responsable de la caída del hombre, derivando hacia la naturaleza humana la responsabilidad por la comisión del pecado original.²⁰⁶

Pocock señala basándose en Boecio que Dios, en tanto ser omnipotente, omnisciente y omnipresente, consideraría el tiempo como *nunc-stans*, un eterno ahora en donde todos los instantes estarían presentes simultáneamente en su conciencia, pues por el hecho de ser un ente extra temporal su conocimiento y poder abarcarían todo momento y situación. De esta manera Dios sería capaz de discernir y ordenar la totalidad del patrón temporal secular sin que se puedan dar problemas de predicción o sucesión. En Dios voluntad e inteligencia divina serían una y la misma cosa. De esta manera la providencia sería la perfección de la visión divina con la que Dios contempla, pre-ordena e interviene en todos los asuntos temporales, mientras que el destino sería la perfección del patrón desde el que los mortales perciben y ordenan unos acontecimientos revelados desde una perspectiva incompleta, pero con la consciencia de que el patrón se encuentra guiado hacia un fin, pues las Sagradas escrituras ofrecerían la narrativa fundamental que aportaría sentido al conjunto de la historia providencial sin necesidad de revelar la totalidad de la línea temporal. Entre la providencia y el destino produce por tanto una asimetría, que tiene su origen en la distancia que separa la omnisciencia de Dios y el conocimiento finito de los humanos. El *destino* en tanto que historia providencial requerirá entonces de su revelación, aunque solo fuera parcial, de cara a que los humanos puedan ejercer su papel en el plan providencial de Dios por medio de su libre albedrío. Y es en estas circunstancias en que entra la revelación en forma de profecía haciendo manifiesto el destino.²⁰⁷

Esta distinción teológica entre el mesianismo providencialista y del fatalismo va a prevalecer hasta el siglo XIX, momento en que la irrupción de la idea de progreso transformará los usos y significados de este vocabulario teológico. El filósofo norteamericano Ralph M. Eaton va a proponer que con el tránsito del siglo XVIII al

²⁰⁶Pietro Parente, Antonio Piolanti y Salvatore Garofalo, “Libertad (humana)” en *Diccionario de teología dogmática* (Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1955), pp. 214-215; San Agustín, *La ciudad de Dios. Vol. II, libros III-V*, pp. 145-156. San Agustín no va a establecer una relación directa entre providencialismo y predestinación. Sí que va a existir una conexión indirecta en su carta *Sobre la predestinación de los santos* en donde desarrollará ese tema en el capítulo 3 párrafo 7, capítulo 17 párrafo y muy especialmente en el capítulo 10 párrafo 19. San Agustín, *La predestinación de los santos* en www.agustinus.it, consultado el 5/3/2019 a las 20:00 en https://www.augustinus.it/spagnolo/predestinazione_santi/index2.htm.

²⁰⁷Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 123-124, 127-128, 131-132.

siglo XIX emergerá una nueva conciencia fatalista a la que ha denominado como *fatalismo social*, y que a diferencia del viejo fatalismo teológico no haría referencia a un determinismo controlado por fuerzas trascendentes (ya fueran cósmicas o divinas) sino que estaría vinculado al desarrollo económico y científico-técnico operado en el tránsito del siglo XVIII al XIX y que Koselleck vinculó al proceso de la aceleración en la *Sattelzeti*. La modernidad habría generado una nueva visión determinista de corte immanente por la cual el avance del progreso sería una fuerza imparable que tendría su origen en la acción humana, pero que escaparía de su control para volverse en una fuerza ciega cuyo despliegue se habría autonomizado de la voluntad del hombre.²⁰⁸

Esta forma teleológica, immanente y fatalista de comprender el progreso va a ser fundamental para la mentalidad y el discurso político del siglo XIX. Los defensores del viejo orden, conservadores y reaccionarios, desde un discurso apocalíptico van a ser los primeros en denunciar a los adalides del progreso acusándoles de fatalistas. El bloque progresista conformado por liberales, republicanos, demócratas y socialistas utópicos, en suma, los adversarios del *Antiguo Régimen*, no van por lo general a verse reflejados en esta etiqueta, y van a articular por contra un discurso que concebirá el progreso como una fuerza ineluctable que con su avance permitiría el desarrollo de la libertad.²⁰⁹

Esta fusión paradójica entre libertad y necesidad va a ser una de las contribuciones más importantes realizadas por los defensores de la ideología del progreso, pues va a posibilitar romper con los moldes del determinismo teológico. El viejo determinismo implícito en las perspectivas fatalista y mesiánica se basaba en la negación de la autonomía del individuo. El cristianismo a través del libre albedrío generará un cierto espacio de autonomía para la acción dentro del plan providencial. Pero esta concepción seguirá siendo determinista, porque el libre albedrío aplicado al cumplimiento del destino permitirá al sujeto responder autónomamente a la llamada divina, pero no le habilitará para influir sobre el resultado de los designios divinos, pues estos habrían sido prefijados de antemano e irresistiblemente por Dios.

En contraste con el fatalismo teológico, el nuevo *fatalismo social* del siglo XIX va a realizar un giro copernicano en la relación entre libertad y necesidad. En este cambio van a ser fundamentales las experiencias revolucionarias que inaugurarán las

²⁰⁸Ralph M. Eaton, "Social Fatalism", *The Philosophical Review*, Vol. 30, No. 4 (Jul., 1921), pp. 380-383; Ian Hacking, "Nineteenth Century Cracks in the Concept of Determinism", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 44, No. 3 (Jul. - Sep., 1983), pp. 457-461; Blumenberg, *La legitimación de la edad moderna*, pp. 35, 38-43; Koselleck, "Introducción al diccionario", pp. 96-97.

²⁰⁹Pablo Sánchez León, "El bucle fatalista: cultura histórica y opinión pública a mediados del siglo XIX.", (Inédito), pp. 6-12, 18.

sociedades contemporáneas. La revolución va a erigirse en paradigma del cambio y momento fundacional de los nuevos órdenes políticos modernos, y se constituirá como el máximo ejemplo de esta nueva visión determinista. Lo que las revoluciones van a representar para las fuerzas progresistas va a ser el ejemplo indiscutible de que el avance del progreso era imparable, pero en donde a su vez sería necesario el compromiso en la lucha para que ese progreso terminase por desplegarse. De esta manera, el referente revolucionario posibilitó fusionar en la moderna ideología del progreso dos elementos que en la vieja teología habían sido antitéticos, y de esta manera el determinismo fatalista sobre la marcha del progreso generará unos sujetos con una visión mesiánica de la acción política.

En los Estados Unidos el horizonte revolucionario estará clausurado al considerarse que con el triunfo independentista durante la revolución, el *Antiguo Régimen* había sido expulsado de sus costas para siempre. Sin embargo, los estadounidenses no serán ajenos al clima revolucionario de 1830-1840, lo que llevará a que sea el expansionismo y no la revolución el fenómeno histórico que vehiculice su visión determinista sobre la inevitable marcha del progreso. En este contexto, el concepto-doctrina de *Destino Manifiesto* será el que exprese este sentimiento de época en América. No en vano, el momento álgido del expansionismo americano y del ciclo revolucionario Europeo coincidirán en las mismas fechas, teniendo su cenit ambos en 1848, y generando en ese momento dos referentes ideológico fundamentales para el resto del siglo XIX: El manifiesto comunista y el destino manifiesto.

El concepto de *Destino Manifiesto* articulará en un sentido lábil ambas concepciones deterministas: la fatalista y la mesiánica. A esto contribuirá también el carácter *manifiesto* del destino. Pero este carácter *manifiesto* leído desde las claves del nuevo *fatalismo social* de la ideología del progreso introducirá una ambigüedad por la cual este podrá ser interpretado tanto de manera fatalista, entendiéndolo como un destino ineluctable (sentido predominante entre los críticos conservadores del *Destino Manifiesto*, sobre todo entre los políticos whig y los intelectuales de Nueva Inglaterra herederos del puritanismo), así como mesiánicamente, a modo de un destino revelado (forma predominante entre los políticos demócratas y los intelectuales sureños y neoyorkinos que apoyaron el expansionismo). Tanto en O'Sullivan como en el resto de actores que utilicen el concepto de *Destino Manifiesto* su discurso providencialista basculará constantemente entre un discurso fatalista sobre el advenimiento de fuerzas históricas irresistibles (ejemplificadas en el argumento maltusiano sobre el crecimiento

exponencial de la población como signo de la manifestación del progreso providencial americano), junto a llamadas para la acción mesiánica en las que se exhortará a los estadounidenses para que actúen de acuerdo al mandato divino de la expansión territorial, por el cual hará posible a los Estados Unidos cumplir con su destino.

Sin embargo detrás del adjetivo *manifiesto* hay otro concepto implícito que es el de *design*. Este hace referencia al presupuesto de la *teología natural*, popular entre el deísmo dieciochesco, que consideraba que en la disposición de la naturaleza, en su diseño, existiría un designio que apuntaría hacia el plan divino temporal del creador (Dios), así como hacia su plan providencial para un territorio específico. A esto Weinberg lo denominó la *predestinación geográfica*, y va a suponer un argumento fundamental en el siglo XIX en el tránsito desde un imaginario plenamente teológico en donde la providencia divina se expresa a través de revelaciones directas y teofanías, a otro crecientemente secularizado en el que se va a intentar dar acomodo a la teología en los nuevos paradigmas científicos. En esta nueva perspectiva, la revelación divina operará de manera más sutil, por medio del establecimiento de un diseño predeterminado que requerirá del reconocimiento y la interpretación de un patrón sagrado en la naturaleza que actuará como manifestación del destino. De esta manera, si el concepto de *destino* entraña en su interior un fuerte contenido semántico de tipo temporal, el adjetivo *manifiesto* implica en su significación una fuerte carga semántica de carácter espacial. De este modo, y tal como propuso Anders Stephanson, el lexema conceptual de *Destino Manifiesto* es un concepto que trata de definir el carácter nacional de América en su relación con el tiempo y el espacio.²¹⁰

Abundando en esta idea el historiador del consenso Daniel J. Boorstin ha ofrecido una explicación sobre el carácter *manifiesto* del *Destino Manifiesto* en su libro *The Genius of American Politics*(1952). Este libro de Boorstin no ha sido considerado en general una obra sobre el *Destino Manifiesto*, aunque en él Boorstin considera que trata sobre lo *manifiesto* del destino de América. Boorstin propone que la indiferencia de los americanos por las grandes teorías se debe a que estos consideran que Dios tiene reservados grandes planes para el país, creencia que ha categorizado como “el sentido

²¹⁰Stuart Peterfreund, *Turning Points in Natural Theology from Bacon to Darwin: The Way of the Argument from Design* (Nueva York: Palgrave MacMillan, 2012), pp. VIII-XI, 1-16; Peter Addinall, *Philosophy and Biblical Interpretation: A Study in Nineteenth Century Conflict* (Cambridge Mass.: Cambridge University Press, 2009), pp. 13-17; Frederick Ferré, “Design Argument” en Philipp P. Wiener (ed.), *Dictionary of the History of Ideas: Studies of Selected History of Ideas, Vol. I* (Nueva York: Charles Scribner’s Sons, 1973), pp. 670-677; Fresonke, *West of Emerson*, pp. 2-5; Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 52-54, 65; Stephanson, *Manifest Destiny*, p. 5.

de *la ofrenda*”. Ambos conceptos, el de *destino* y *ofrenda*, estarían relacionados sin ser el mismo fenómeno, pues mientras que el destino es un propósito cuya comprensión resulta imposible de alcanzar, *la ofrenda* (*givenness*) supone que Dios ha plantado ciertas señales tanto en la experiencia nacional estadounidense como en el propio continente que harían evidente la existencia de un destino para el país sin necesidad de llegar a comprenderlo plenamente. La creencia en esa ofrenda de Dios haría manifiesto el destino, y de esta manera Boorstin fusiona en el concepto de lo *manifiesto* tanto la idea de revelación mesiánica con la idea empirista del *common sense*, y aunque Boorstin no presente una explicación bien fundamentada sobre esta amalgama, el historiador de la religión Mark A. Noll considera que esta síntesis fue el resultado de la fusión de la idea de revelación divina contenida en la tradición providencialista americana, con la epistemología empirista de la ilustración escocesa, cuya influencia en los *Padres fundadores* fue muy marcada y que planteó una idea de revelación como demostración que llevaría a una retórica sobre la manifestación de la providencia en su obra natural.²¹¹

Por lo expuesto hasta el momento el concepto-doctrina de *Destino Manifiesto* se trataría de un sintagma conceptual encuadrado en un discurso providencial sobre el progreso y articulado por dos lexemas. La conjunción de estos cuatro elementos (providencia/progreso + destino/manifiesto) generaría una visión espacio-temporal de América cuya realización requerirá de una teoría para la acción en donde se fusionará la virtud escatológica del mesianismo con la doctrina republicana de la virtud cívica. El cumplimiento del destino requerirá del concurso y actividad de los elegidos para consumarse, y este destino resultará manifiesto por las muestras de predilección que Dios ha ofrecido a sus elegidos en base al progreso de la nación, y que encontraría un refuerzo en su demostración empírica por medio de la abundancia de recursos naturales y fertilidad de la tierra prometida, el espacio que los elegidos están llamados a ocupar.

En la mayoría de los conceptos resulta imposible establecer su origen concreto, pues este responde a los usos sociales y a las transformaciones léxicas del lenguaje en el largo plazo. En el caso de los neologismos, sin embargo, en tanto que creaciones *ex novo*, es posible en ocasiones averiguar su origen, pues este tiene lugar con la acuñación del concepto por algún sujeto específico para designar una parcela de la experiencia

²¹¹Daniel J. Boorstin, *The Genius of American Politics* (Chicago: University of Chicago Press, 1967), pp. 1-2, 5, 9, 161-163. Mark A. Noll, *Americas's God: From Jonathan Edwards to Abraham Lincoln* (Oxford: Oxford University Press, 2005), pp. 9-13, 103-113.

social sobre la que no se tenía constancia, o cuya denominación anterior resultaba insatisfactoria. Por supuesto, la virtualidad de un concepto como parte del lenguaje social requiere de su adopción y uso extendido por parte de una comunidad de hablantes que lo termine de significar mediante una pluralidad de usos que trascienden el momento de su acuñación.

No siempre es posible hallar el origen de un neologismo. Pero en el caso del *Destino Manifiesto* sí es posible hacerlo, tal y como pretendo demostrar a lo largo de esta tesis. Sin embargo, no creo que pueda determinarse a priori si el origen de un concepto y las intenciones y características de su autor tengan que ser importantes para su comprensión. Sin lugar a dudas cualquier concepto, sea este un neologismo o de cualquier otra índole, debe explicarse por su uso y aceptación social, y no sólo o exclusivamente por sus orígenes, ya que como expresó Marc Bloch, el mito de los orígenes supone un argumento falaz como vector explicativo:

A todo estudio de la actividad humana amenaza el mismo error: confundir filiación con una explicación. Se trata, en suma, de la ilusión de los viejos etimólogos, que pensaban haber agotado el tema cuando, frente al sentido actual, ponían el sentido más antiguo conocido. [...] Como si el verdadero problema no consistiera en saber cómo y porqué se produce el deslizamiento. Como si, sobre todo, cualquier palabra no tuviera su función fijada, en la lengua, por el estado contemporáneo del vocabulario: la cual se halla determinada a su vez por las condiciones sociales del momento.²¹²

Esta advertencia de Bloch me parece pertinente, y no pretendo con este trabajo defender que con el estudio de la contribución de O'Sullivan a la formulación del concepto se pueda ni deba explicar todas las determinaciones que lo caracterizan. Soy consciente de que podría hacerse esta lectura de mi tesis y de sus objetivos. Sin embargo el espíritu de mi trabajo es diametralmente opuesto, y aunque tenga por objetivo explicar el proceso de formulación del concepto de *Destino Manifiesto*, no pretendo defender que este momento inicial explique el concepto. Por el contrario, lo que pretendo es intentar establecer una alternativa a los esquemas originalistas por medio de un enfoque que permita de establecer cuál fue el rango de posibilidad histórica que dio plausibilidad y popularidad al concepto, centrándome en la manera en que distintas tradiciones anteriores fueron generando un proceso de recepción y apropiación, que en último término tendrán al propio O'Sullivan como eslabón fundamental de esa cadena. La cuestión por tanto no estribaría en los orígenes, sino en las estrategias que se

²¹² Marc Bloch, *Introducción a la historia* (México: Fondo de cultura económica, 1965), p. 30.

establecen para gestionar las discontinuidades históricas por medio de la creación de relatos sobre la continuidad y la tradición. Desde esta perspectiva el origen sólo lo es como decisión narrativa de los actores del pasado o del investigador, y en ambos casos requiere de una hipótesis justificadora. En todo caso, el conocer las determinaciones específicas del concepto en su momento de creación puede ayudar a comprender su popularidad y desarrollo posterior, pero en sí no explica ni determina su contenido intelectual.

Por otra parte en el caso de los neologismos el contexto de formación puede arrojar información importante sobre por qué un concepto novedoso adquiere su prominencia y éxito en el vocabulario político. Y desde esta perspectiva resulta pertinente considerar cuál fue el marco de significación semántica que aportó el autor que acuñó el concepto de cara a poder discernir su impacto en los desarrollos posteriores del mismo cuando este pasó a formar parte del vocabulario político y social.

También es importante señalar que aunque O'Sullivan sea el autor del *Destino Manifiesto* en tanto que concepto-doctrina, no fue el primero en producir este sintagma en cuanto a la unión de los términos *destino* y *manifiesto*. Él fue el primero en utilizarlo como concepto, es decir, como una noción cuya pluralidad es irreductible y que se ve expresado como sintagma conceptual, y no como una alegoría *sintagmática* de la noción de *hado* cuyo uso es anterior. Tras una revisión de fuentes en lengua inglesa y castellana he sido capaz de encontrar al menos seis usos anteriores de la expresión, o de fórmulas casi idénticas: tres en castellano, y otros tres en inglés.

Hasta donde he sido capaz de rastrear, el uso más antiguo del sintagma *destino manifiesto* fue en castellano. Lo utilizó por primera vez José Antonio Conde, historiador y arabista ilustrado español, familiar político de Leandro de Moratín, y miembro de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia. Conde utilizó la expresión en su obra en tres volúmenes de 1820-1821 *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*. Concretamente en el primer volumen escrito en 1820, en la narración que describe la conversación que presuntamente aconteció en el siglo XI entre Aben Omar, visir del rey musulmán de la taifa de Sevilla Muhammad Almoatemed Aben Abed, con el infante Obeidala Arraxid. Omar había sido apresado por su rey acusado de alta traición, y mientras esperaba la sentencia de Aben Abed recibió la visita de unos cortesanos, entre ellos Arraxid, al que elevó sus quejas por la actitud del rey:

Señor mío, ya veo que mi suerte es clara y el fin de mi *destino manifiesto*, llevóse el maligno viento de la envidia y enemistad las leyes auras de vida que respiraba Muleyna: ayer no pensaba quitarme la vida, y hoy me la dilata pensando con qué tormento me han de acabar mas a sabor de mis enemigos...²¹³

Este es el uso más antiguo que he encontrado del sintagma de *Destino Manifiesto*, y en caso de que Conde esté transcribiendo fuentes originales y no sea un diálogo histórico ficcionado, este uso dataría del Al-Ándalus del siglo XI. Junto a este ejemplo habría un segundo uso anterior del sintagma también en castellano utilizado por el dramaturgo y poeta romántico español José Zorrilla en su obra *La gran comedia del caballo del rey don Sancho* de 1843. En esta obra de teatro ambientada en el reinado de Sancho Garcés III de Pamplona, un personaje identificado como “la reina” (que históricamente se correspondería con Muniadona de Castilla) espeta al rey y a su hijo el infante Ramiro: “Tened, tened: el dedo del *destino manifiesto* está aquí, y á la inocencia el justiciero Dios abre camino”.²¹⁴

Por último existe una tercera mención en castellano que es coincidente con el momento en que O’Sullivan acuñó el concepto. Se trata de un pasaje de la obra titulada *Los dos reyes: novela histórica*, escrita en 1845 por el autor romántico español Juan de Ariza. La novela trata sobre el conflicto entre Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara por la corona de Castilla. La mención al *destino manifiesto* proviene de un momento en que el rey Pedro recibe la misiva de un astrólogo árabe que pronostica su derrota por parte del rey Enrique, lo que le sume en una reflexión sobre su suerte:

Al terminar la carta don Pedro, había desaparecido doña Inés, y el Monarca, con los ojos fijos en la firma del astrólogo árabe no había reparado en su ausencia. Inmóvil, yerto, pensativo, veía su *destino manifiesto*, y su propio corazón leía en un libro desconocido más fatídico que los astros y más claro que las entrañas.²¹⁵

En los tres casos mencionados el *Destino Manifiesto* es una figura retórica que aparece en episodios dramáticos en la España medieval, acontecen bien a un miembro de la realeza, o alguien cercano a esta. En ellos abundan las referencias a Al-Ándalus y al mundo musulmán porque su intención es la de transmitir un mensaje fatalista. Desde

²¹³ José Antonio Conde, *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias árabigas. Volumen I.* (Madrid: Imprenta que fue de García, 1820), p. 348. Subrayado mío.

²¹⁴ José Zorrilla, *La gran comedia de el caballo del rey Don Sancho* (Madrid: Imprenta de Repullés, 1843), p. 92. Subrayado mío.

²¹⁵ Juan de Ariza, *Los dos reyes: novela histórica* (Madrid: L. González y compañía editores, 1845), p. 175. Subrayado mío.

1830 hasta 1850 emergió en el liberalismo romántico español un contexto discursivo fatalista que tuvo su cénit en 1840, y se vio alimentado por la sensación de que el modelo representativo liberal y las revoluciones no cumplían con las expectativas puestas en ellos y con los sacrificios necesarios para su implantación. Por otra parte, este discurso fatalista sirvió para reivindicar la libertad de la católica España frente al mundo musulmán y a los países protestantes por su apoyo a la doctrina de la predestinación.²¹⁶

En lengua inglesa he conseguido rastrear un uso del sintagma *manifest destiny* aparecido con anterioridad a la conceptualización de O'Sullivan de 1845, así como dos formulaciones muy cercanas al concepto en donde los términos “destino” y “manifiesto” aparecen interrelacionados sin llegar a conformar un sintagma.

El primero de los dos casos en los que la noción aparece casi formulada fue recogido por el historiador John W. Ward en su libro *Andrew Jackson Symbol for an Age* (1955). Ward encontró dicha mención en el periódico *The Illinois Gazette*, un medio favorable al candidato presidencial Andrew Jackson, que en las elecciones de 1824 acabaría perdiendo a pesar de tener mayoría en el voto popular. El artículo apareció tras la decisión del Congreso de otorgar la victoria a John Q. Adams, el 5 de marzo de 1825 y en este el editor del *The Illinois Gazette* (probablemente Henry Eddy) hizo un llamamiento a la unidad nacional tras la cita electoral por medio de un discurso providencialista que presenta muchos de los componentes que más adelante estarán presentes en el providencialismo de O'Sullivan, y en donde las nociones *destino* y *manifiesto* aparecen prácticamente unidas:

Un país *manifiestamente elegido por el todo poderoso para un destino* el cual habrían envidiado Grecia y Roma en sus días de mayor gloria, el destino de alzar a un mundo desamparado y en lucha a través del ejemplo de un gobierno del pueblo y para el pueblo mismo, el ilustre ejemplo de un gobierno libre; el destino de regenerar a través de nuestro ejemplo a un mundo caído, restaurando al hombre en sus derechos largamente perdidos. ¿Quién negaría para su país este orgulloso destino? [...] Esta confederación de Estados se ha alzado más allá del horizonte como una constelación de soles, y el mundo ha comenzado a sacudirse el letargo de las edades pasadas para admirar el espléndido fenómeno que tienen ante sus ojos con intención de imitarlo.²¹⁷

Si bien en este discurso resuenan gran parte de los elementos que formarán parte del *Destino Manifiesto* (incluidos los dos términos muy próximos aunque separados),

²¹⁶Sánchez León, pp. 12-13, 16-23.

²¹⁷John W. Ward, *Andrew Jackson Symbol for an Age* (Nueva York: Oxford University Press/Galaxy Books, 1962), pp. 133-134. Subrayado mío.

sin embargo Ward señala que hay una diferencia fundamental entre este discurso y el desplegado por O'Sullivan cuando acuñó el concepto de *Destino Manifiesto*: mientras que O'Sullivan invoca el destino para movilizar a la nación con propósitos expansionistas, en el *Illinois Gazette* la regeneración democrática que promete Henry Eddy se trata de un elemento pacífico que se impondrá por el ejemplo virtuoso de la nación sin necesidad de la intervención activa de sus ciudadanos para exportarlo. Como mostraré en O'Sullivan existen en tensión ambas perspectivas, sin embargo la advertencia de Ward resulta pertinente ya que en los 20 años de diferencia que media entre ambos textos hubo un cambio de mentalidad en los Estados Unidos que otorgó una fuerza a las palabras de O'Sullivan que el *Illinois Gazette* nunca obtuvo.²¹⁸

El segundo caso en donde apareció una formulación muy similar al concepto de *Destino Manifiesto* fue en un artículo publicado en el *Nashville Union* a finales de agosto de 1842 y que encontré reproducido como *párrafo móvil* en el periódico de Washington DC. *The Madisionian*, en el número del 30 de agosto, aclamando el veto presidencial de John Tyler contra los intentos de Henry Clay y el congreso dominado por el partido whig de establecer una tarifa aduanera:

El presente congreso, del cual Clay ha demostrado ser su cerebro, ha *hecho manifiesto el destino* en el que estaba atrapado. Se precipitará a la posteridad como un ilustre ejemplo de una loca, descarriada y frustrada ambición.²¹⁹

Esta formulación coincide con las aparecidas en España en donde *Destino Manifiesto* surgirá como una figura retórica para expresar de una manera alternativa la noción de hado, lo que me hace considerar que con anterioridad a la segunda mitad de la década de los años 40 del siglo XIX el *Destino Manifiesto* podría haber sido una figura retórica antes de convertirse en un concepto, y que O'Sullivan al darle espesor conceptual resituó su carácter retórico desde un prisma puramente fatalista a otro que combinaba el fatalismo con el mesianismo.

Pero el caso más relevante de los antecedentes a la conceptualización por O'Sullivan apareció de manera casi simultánea aunque anterior en un texto titulado "Improvements of Ireland". El editorial fue publicado por el periódico inglés *Morning Herald*, que era editado en aquellos años por Edward Baldwin. Es precisamente en este texto en donde apareció por primera vez escrito "manifest destiny" en su literalidad con

²¹⁸ Ibid., p. 136.

²¹⁹ "The Veto", *The Madisionian*, 30 de Agosto de 1842. Subrayado mío

poco más de un año de antelación al momento en que O’Sullivan utilizase el concepto por primera vez. Si bien no he sido capaz de encontrar el artículo original, he conseguido rastrear un puñado de periódicos que en los días posteriores a su aparición republicaron el texto. Los cinco diarios que he hallado incluyeron el editorial entre el 3 y el 8 de junio de 1844, por lo que el original debió de aparecer en el *Morning Herald* entre finales de mayo e inicios de junio.²²⁰

Puede parecer utópico, de hecho, sugerir que Irlanda, que ha sido no sólo campo de batalla de la lucha partidista por muchos años, sino además escenario de sangrientos y crueles conflictos entre hermanos, pueda aún así convertirse en un oasis en este desierto de indigencia moral y física que en la actualidad y en todas partes encadena a la clase obrera inglesa. Y aún así, visto a largo plazo, se ha llevado a cabo un fuerte golpe y disuasión en las profundas raíces de la agitación irlandesa, por qué no darnos cuenta con prontitud del *destino manifiesto* de este país gloriosamente dotado, que la naturaleza seguramente preparó para ser el granero de Gran Bretaña.²²¹

Irónicamente este editorial que reclamaba el *Destino Manifiesto* de Irlanda para convertirse en el granero de Gran Bretaña fue escrito un año antes de que la *Phytophthora infestans* provocara una plaga de tizón tardío que arruinó la cosecha de patatas del país, provocando la *Gran Hambruna* de 1845-49, que daría como resultado la muerte de un millón de irlandeses, y provocó la gran migración en la década de 1840 a los Estados Unidos.

En este editorial, al contrario de los usos castellanos y el del *Nashville Union* (a través del *The Madisonian*), el uso de la noción de *Destino Manifiesto* no responde a una alternativa retórica para la noción de hado, y se trata discursivamente de una fórmula muy similar a la que O’Sullivan establecerá en sus editoriales. De hecho, si hubiera tenido mayor repercusión, difusión y arraigo en el vocabulario colectivo deberíamos considerar a Baldwin y no a O’Sullivan como el acuñador del concepto.

²²⁰El texto apareció republicado en al menos los siguientes periódicos: *London Evening Standard*, 3 de junio de 1844; *Stamman and Dublin Christina Record*, 4 de junio de 1844; *Newry Telegraph*, 6 de junio de 1844; *Cork Examiner*, 7 de junio de 1844; *Wexford Conservative*, 8 de junio de 1844.

²²¹“It may appear Utopian, indeed, to anticipate that Ireland, which has been not only the battle-field of party for many years, but the actual scene of bloody and murderous conflict between man and man, should yet become the very oasis in the desert of moral and physical indigence, which now bonds on every side the efforts of the English workman. And yet, seeing that length a heavy blow and deep discouragement has been dealt in the very root of Irish agitation, why we might not speedily realize the manifest destiny of that gloriously-endowed country, which nature surely intended to be the granary of Britain. “Improvements of Ireland”, *London Evening Standard*, 3 de junio de 1844. Subrayado mío. La cita corresponde al periódico que realizó la republicación más temprana que he logrado encontrar. El texto del *London Evening Standard* se corresponde en su literalidad con el resto de versiones que reaparecieron.

Pero no se puede considerar un uso aislado individual como representativo de un concepto político y social si este no pasa a convertirse en un referente canónico y con capacidad de enmarcación discursiva.

El artículo fue objeto de una breve recepción en las semanas posteriores a su publicación, pero después no se aprecia ningún uso nuevo del concepto en la prensa inglesa hasta febrero de 1846, momento en que los periódicos británicos se hacen eco de una noticia traída a Liverpool desde Nueva York por el barco *Stephen Whitney*. La noticia narraba unos debates acontecidos en el Congreso de los Estados Unidos el 12 de enero de 1846 sobre la necesidad de anexión de Oregón a los EEUU, y citaba las palabras del Congresista Thomas Smith (D) del Estado de Indiana que ridiculizaba la frase de “destino manifiesto”. En este momento casi dos años después de que surgiera por primera vez el concepto en Gran Bretaña, el *Destino Manifiesto* reapareció fruto de la recepción del discurso expansionista estadounidense, y desde ese momento su uso será muy común en la prensa inglesa hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.²²²

Pero curiosamente ninguno de estos periódicos puso en relación los usos americanos con el aparecido circunstancialmente unos años antes en su país, a pesar de que algunos de ellos, como el *London Evening Standard*, se habían hecho eco también del primer uso de 1844. La prensa inglesa parece haber adquirido colectivamente el uso del concepto de *Destino Manifiesto* desde los Estados Unidos y a través de la formulación de O’Sullivan, y no por medio de su formulación autóctona por Baldwin. De no haber sido así se podrían haber encontrado usos del *Destino Manifiesto* posteriores a junio de 1844 pero anteriores a la recepción de 1846. Pero hasta donde he podido averiguar no fue ese el caso.²²³

Salvo el precedente señalado por Ward que se refiere a un medio americano, todo el resto de usos previos del sintagma han pasado inadvertidos para la historiografía estadounidense del *Destino Manifiesto*, lo que debería llevar a esta a reflexionar sobre la pertinencia de su relativo desinterés por las fuentes secundarias y de archivo extranjeras cuando lo que está en juego es la historia de su país. Por otra parte la existencia de todos estos precedentes plantean también una cuestión interesante sobre la originalidad del momento de conceptualización por parte de O’Sullivan: ¿Pudo O’Sullivan haber leído

²²²“United States and the Oregon Question”, *The Evening Chronicle*, 4 de febrero de 1846; “Five Days Later”, *Chester Chronicle*, 6 de febrero de 1846; “United States”, *Vindicator*, 7 de febrero de 1846. “Important from America”, *Newry Examiner and Louth Advertiser*, 7 de febrero de 1846. La (D) es un signo convencional en la cultura política estadounidense para designar la adscripción partidista de un político demócrata. De la misma forma que la (R) se usa para los republicanos y la (W) para los whig.

²²³“United States”, *London Evening Standard*, 28 de febrero de 1846.

el editorial de Baldwin y haberlo adaptado a la situación americana, tomando en el proceso el concepto de *Destino Manifiesto* para sus propios propósitos?

Tras una evaluación del episodio considero que el uso del sintagma por parte de Baldwin y la acuñación del concepto por parte de O'Sullivan son dos actos coincidentes pero no relacionados directamente, y responden a un espíritu de época. Tanto el editorial *Improvements of Ireland* escrito por Baldwin en 1844 como el editorial *Annexation* escrito por O'Sullivan en 1845 comparten muchas similitudes argumentales y un mismo recurso a la teoría maltusiana para justificar el uso del concepto.

Sin embargo mi investigación no ha concluido que O'Sullivan llegara a tener constancia de este artículo anterior, aunque no es un escenario del todo imposible, dado que O'Sullivan leía la prensa británica como parte de su labor editorial. Pero transcurre demasiado tiempo desde el momento en que Baldwin escribe su editorial hasta que O'Sullivan publica el suyo para que pueda interpretarse esto como una situación de recepción de prensa extranjera propia de la época. Los periódicos tardaban tiempo en cruzar el Atlántico, pero no todo un año. El barco *Stephen Whitney* que llevó el concepto desde los Estados Unidos al Reino Unido tardó 19 días en transportar la noticia, que fue el tiempo que tardó la prensa inglesa en comenzar a replicar el término.²²⁴

Por otra parte, el artículo de Baldwin tampoco parece haber dejado un rastro duradero en la prensa británica con posterioridad a la semana de su publicación, y no he encontrado *párrafos móviles* de su editorial en la prensa extranjera que justifiquen una recepción exterior (al contrario de lo que sí sucedió con el editorial de O'Sullivan). Realizaré un análisis comparado de ambos editoriales en un capítulo posterior, pero a pesar de las coincidencias no existen evidencias de contacto o influencia directa de un editorial sobre el otro. Por otra parte, O'Sullivan contaba con un historial de artículos de temática providencialista que suponen el sustrato al que este autor acudirá para pergeñar la cosmovisión conceptual del *Destino Manifiesto*. De especial importancia para la conformación del discurso providencialista en O'Sullivan fue el editorial de la *Democratic Review* de noviembre de 1839 *The Great Nation of Futuriy* en el que O'Sullivan se encontró a punto de conceptualizar el *Destino Manifiesto*, mostrando los lexemas invertidos a la fórmula que adquiriría el concepto en 1845:

²²⁴“United States and the Oregon Question”, *The Evening Chronicle*, 4 de febrero de 1846.

El lejano e ilimitado futuro será la era de la grandeza americana. En su magnífico dominio del espacio y del tiempo la nación de muchas naciones está *destinada a manifestar* a la humanidad la excelencia de los principios divinos; el establecimiento en la tierra del templo más noble nunca dedicado al culto del Altísimo: lo Sagrado y lo Verdadero. Su suelo será un hemisferio, su techo el firmamento repleto de estrellas, y su congregación una Unión de muchas Repúblicas, abarcando cientos de felices y clamorosos millones, sin ser poseídos por ningún amo humano, sino gobernados por la ley natural de Dios en igualdad, la ley de la fraternidad: de “paz y buena voluntad entre las personas”.²²⁵

La noción de *Destino Manifiesto* rondaba a O’Sullivan desde mucho tiempo antes de que llegase a conceptualizarla, y cuando lo hizo terminó por convertirse en un concepto-doctrina. Sin embargo, el concepto en su época no fue vinculado de manera directa a O’Sullivan, y hasta 1927 con Pratt no hubo una conciencia generalizada sobre su contribución. O’Sullivan fue desde el descubrimiento de Pratt un autor zombi, reivindicado de manera omnipresente por la historiografía debido a su autoría del *Destino Manifiesto*, pero sin que se llegase a profundizar con ello en su personalidad, contribución o pensamiento. Y con anterioridad a esto O’Sullivan había sufrido un olvido anterior como autor durante la segunda mitad del siglo XIX, viviendo una vida fantasmagórica a la sombra de la personalidad histórica que había sido en su juventud, justo durante la misma época en que el concepto que había creado gozaba de mayor popularidad y uso durante la presidencia de William McKinley, con su retórica imperialista que acabaría por concretarse con la Guerra de 1898. ¿Cómo pudo ser esto posible?

²²⁵“The far-reaching, the boundless future will be the era of American greatness. In its magnificent domain of space and time, the nation of many nations is *destined to manifest* to mankind the excellence of divine principles; to establish on earth the noblest temple ever dedicated to the worship of the Most High—the Sacred and the True. Its floor shall be a hemisphere—its roof the firmament of the star-studded heavens, and its congregation an Union of many Republics, comprising hundreds of happy millions, calling, owning no man master, but governed by God’s natural and moral law of equality, the law of brotherhood—of ‘peace and good will amongst men’”. [John L. O’Sullivan], “The Great Nation of Futurity”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 6, N. 23, (Nov., 1839), p. 427. Subrayado mío.

4. El misterio O'Sullivan: muerte y pervivencia del autor en los marcos intelectuales

El americanista Perry Miller en su libro *The Raven and the Whale: Poe, Melville and the New York Literary Scene* (1953) tras analizar el florecimiento literario de Nueva York y su consagración como capital cultural de los Estados Unidos, reflexionó sobre la suerte de la generación de escritores que entre 1830 a 1850 habían protagonizado el *American Renaissance*. Con este nombre Francis O. Matthiessen bautizó una de las épocas de mayor dinamismo intelectual y artístico de la historia estadounidense, en la que un gran número de escritores destacados terminaron por asentar el universo literario norteamericano. La generación de O'Sullivan fue brillante, dinámica y políticamente comprometida. Pero esa generación, la más optimista en el porvenir de América, no soportó el trauma nacional de la Guerra civil americana, lo que llevó a Miller a considerar que tras la guerra se convirtieron en “fantasmas”, hombres y mujeres con vidas largas y anodinas en las que muchos de ellos no volverían a destacar en el mundo cultural. De entre todos estos fantasmas Miller identificó a O'Sullivan como el más indistinto de todos ellos, el caso paradigmático de la suerte que vivió su generación. Su indistinción se basó en un desvanecimiento abrupto de la escena pública tras la guerra, que le llevó a vivir una vida longeva y apagada a la sombra de sus éxitos de juventud. Esto afectó profundamente a la percepción que las generaciones posteriores han tenido de O'Sullivan como intelectual, y sienta las bases del problema de la autoría que exploraré en este capítulo: el *misterio O'Sullivan*.²²⁶

²²⁶Miller, *The Raven and the Whale*, pp. 340, 349. Francis O. Matthiessen, *The American Renaissance* (Londres: Oxford University Press, 1968), pp. VII-IX. Esta generación del renacimiento americano guarda una cierta semejanza con lo que ha podido representar la Generación del 27 para la literatura y la cultura española. Ambas coincidieron con un momento de gran dinamismo político y social en sus respectivos países, que al mismo tiempo experimentaron grandes avances técnicos y de desarrollo cultural. Ambas épocas se vieron truncadas por una guerra civil que actuó como episodio traumático que marcó el devenir del país y de ambas generaciones de artistas. Así mismo, algunos miembros de la generación del renacimiento americano guardan una cierta semejanza con la Generación del 98, ya que tanto la Guerra de Estados Unidos contra México como la Guerra Civil Americana supusieron dos eventos nacionales traumáticos que les llevó a reflexionar sobre los desafíos que suponía la transformación de la república en un imperio. De alguna manera se trata del caso invertido a la crisis nacional de 1898 para España. Si la conciencia nacional española se había forjado en la idea de España como imperio, obligando con la pérdida de las últimas colonias a la generación noventayochista a reconsiderar la nación en términos de una postmetrópolis (utilizando la hipótesis de Pablo Sánchez León), en el caso de los intelectuales estadounidenses de mitad de siglo XIX el desafío estribó en repensar una nación que se había configurado a sí misma en un imaginario postcolonial, y que sin embargo devenía en imperio. En este sentido, los elementos críticos del renacimiento americano fueron una suerte de Generación del 98 invertida.

Vernon L. Parrington, uno de los tres padres de la generación de la historiografía progresista (que dominó la academia norteamericana durante la primera mitad del siglo XX), también se refirió a los autores del romanticismo americano como fantasmas recordando que: “Personas olvidadas pueden adquirir una gran importancia, al nivel de otras a las que la posteridad ha tratado de manera más generosa”. En el segundo volumen de su clásica obra *Main Currents in American Thought* (1927) se disculpó por la omisión de algunos autores en su extensísimo repaso de los principales pensadores y escritores del romanticismo norteamericano. De entre las ausencias que Parrington menciona sólo Orestes Brownson (el Donoso Cortés de América) quien sería la única figura con la suficiente relevancia como para haber sido incluida.²²⁷

Pero hay un autor que no figura tan siquiera en el vasto trabajo de Parrington, ni entre los autores trabajados, ni en los conscientemente omitidos. Parrington había realizado su investigación desde 1910 a 1926, y publicó *Main Currents* en 1927, justo el mismo año en que Pratt redescubriera a O’Sullivan. El caso de Parrington resulta significativo a la hora de mostrar la importancia del descubrimiento de Pratt, ya que en *Main Currents* se nombran decenas de pensadores y escritores, algunos de ellos figuras bastante secundarias de la era romántica, pero O’Sullivan no aparece ni tan siquiera nombrado de manera tangencial, lo que resulta extraño si se tiene en cuenta su prolija actividad durante esa época. El hecho de que no aparezca en el segundo volumen de *Main Currents* muestra el estado de su ausencia en la memoria colectiva estadounidense a principios del siglo XX, y dado que la obra de Parrington ha sido uno de los principales trabajos de referencia del canon del pensamiento político norteamericano, el hecho de que no estuviera incluido ha podido contribuir también a que las generaciones posteriores tampoco le considerasen un pensador.²²⁸

Y este es el corazón de la problemática que he denominado como *misterio O’Sullivan*. La situación paradójica que envuelve a John L. O’Sullivan como intelectual y a su extraño caso de recepción en la posteridad de la historia del pensamiento. Ya

²²⁷ Vernon L. Parrington, *Main Currents in American Thought, volume II: the Romantic Revolution in America, 1800-1860* (Norman: University of Oklahoma Press, 1987), p. IX. Kraus & Joyce, *The Writing of American History*, pp. 239-241. Brownson fue un intelectual contemporáneo de O’Sullivan y colaborador suyo en la *Democratic Review*. Corrió su misma suerte hasta que Arthur M. Schlesinger Jr. lo rescatase definitivamente del olvido con su libro *Orestes Brownson a Pilgrim of Progress* (1939). La obra de Parrington contiene bastantes más ausencias de las que él llega a reconocer. Aunque se explique por la época en que se publicó el libro, resulta notable el papel marginal de las mujeres en su trabajo y la ausencia absoluta de pensadores de cualquier minoría étnica.

²²⁸ David W. Lewy, “Foreword” en *Main Currents in American Thought, volume I: the Colonial Mind, 1620-1800* (Norman: University of Oklahoma Press, 1987), pp. VIII-IX.

adelanté parte de esta paradoja en la introducción, cuando señalé que ni los intelectuales posteriores ni la academia han tomado a O’Sullivan por un pensador político. Y dado que la cuestión de la demostración sobre la autoría del *Destino Manifiesto* como producto intelectual de O’Sullivan es una parte fundamental de esta tesis, resulta vital considerar qué es un autor y cuáles son las sinergias que lo rodean. Esto suele ser algo que por lo general se da por descontado, algo evidente que no requiere de mayor explicación.

Sin embargo O’Sullivan es una figura autoral extraña. No tiene obra conocida, ningún estudio previo se ha centrado en su pensamiento político y ningún otro pensador o escritor le ha reclamado como su influencia. Y sin embargo su presencia es omnipresente en la historiografía estadounidense en calidad de autor del *Destino Manifiesto*. Resulta paradójico que a un actor del pasado se le recuerde como a un autor, cuando al mismo tiempo parece no encajar en los atributos clásicos de la autoría.

Esto se debe a que el *misterio O’Sullivan* encierra claves sobre la incapacidad de este intelectual para convertirse en un referente del canon occidental de pensadores políticos. Estas claves pueden ayudar a entender mejor los procesos de transmisión y recepción de los intelectuales, de sus ideas, y en último término las vicisitudes que acompañan la formación del pensamiento político. O’Sullivan es en este sentido el objeto de investigación autoral perfecto, pues obliga al investigador a replantearse todas las cuestiones que para un pensador clásico daríamos por supuestas.

4.1 El misterio O’Sullivan en acción:

En la noche del 21 de septiembre del 2017 el vicepresidente Mike Pence asistió a una tertulia organizada por *Fox News* en su programa “Fox & Friends”. Allí fue preguntado por numerosos asuntos, y entre otras cuestiones salió a colación el intento de la Casa Blanca de dismantelar el *Affordable Care Act*, también conocido como *Obamacare*. El nuevo plan de la administración Trump proponía que fueran los Estados quienes gestionasen los fondos de sanidad transferidos por el gobierno federal, lo que llevó a que uno de los presentadores, la periodista Ainsley Earhardt, preguntase a Pence si sería posible con el nuevo plan garantizar que los gobernadores velasen por el mantenimiento de los estándares de los que disfrutaban los pacientes en aquel momento, a lo que Pence respondió: “Thomas Jefferson dijo ‘el gobierno que gobierna menos,

gobierna mejor””, frase con la que pretendió arropar su propuesta de un manto de legitimidad a través de la filosofía de un *Padre Fundador*.²²⁹

Esa misma noche la polémica se desató en los medios de comunicación cuando la página web *Politifact* (cuyo propósito es verificar la veracidad de las declaraciones de políticos y personalidades públicas) reveló que la atribución de la frase a Thomas Jefferson era un error, y citaban como prueba una entrada escrita por Anna Berkes para la *Thomas Jefferson Encyclopedia*. Berkes es la historiadora encargada de la biblioteca Jefferson de Monticello, propiedad de la *Thomas Jefferson Foundation*, que se encarga de gestionar el patrimonio mueble e intelectual del tercer presidente de los Estados Unidos. La entrada escrita por Berkes en la página de la fundación data del 2008, con una actualización del 2014, y en ambas la autora niega que la frase pueda encontrarse en ningún documento (inédito o publicado) del ex presidente. De acuerdo con Berkes la frase comenzó a atribuirse a Jefferson a partir de 1853 con el libro de Edward Peterson *History of Rhode Island*, siendo también imputada al filósofo y escritor trascendentalista Henry D. Thoreau.²³⁰

El caso de Thoreau es interesante, pues fue él quien posiblemente más contribuyó a popularizar la frase al comenzar con ella su ensayo *Desobediencia Civil* (1849): “De corazón acepto el lema ‘el mejor gobierno es el que gobierna menos’: y me gustaría verlo en acción más rápido y sistemáticamente”. La frase ha encontrado su

²²⁹ “Pence talks Graham-Cassidy Bill, North Korea, Travel Bans”, *Fox News*, acceso el 25/03/2018, http://video.foxnews.com/v/5582998696001/?playlist_id=930909787001#sp=show-clips. Video, del minuto 5:08 al minuto 5:28.

²³⁰ Joshua Gillin, “Mike Pence erroneously credits Thomas Jefferson with small government quote”, *Politifact*, 21/09/2017, acceso el 25/03/2018, <http://www.politifact.com/truth-o-meter/statements/2017/sep/21/mike-pence/mike-pence-erroneously-credits-thomas-jefferson-sm/>. Esta no era la primera vez que la página tenía que desmentir a un político republicano por confundirse en la atribución a Jefferson de esta frase, antes le ocurrió al pastor baptista y representante por Georgia Jody Hice: April Hunt, “So say Thomas Jefferson? You might reconsider”, *Politifact*, 24/01/2014, acceso el 25/03/2018, <http://www.politifact.com/georgia/statements/2014/sep/03/jody-hice/so-says-thomas-jefferson-you-might-reconsider/>. Ejemplos de cómo la prensa recogió el caso puede encontrarse en la revista *Time* o en el *Washington Post*: Olivia B. Waxman, “Vice president Pence cited a fake Thomas Jefferson quote: here’s how to avoid the same mistake”, *Time*, 22/09/2017, acceso el 25/03/2018, <http://time.com/4952692/thomas-jefferson-quote-mike-pence/>; Amber Philips, “Mike Pence just settle it: Republican’s Obamacare repeal bill can’t guarantee protections for preexisting conditions”, *The Washington Post*, 21/09/2017, acceso el 25/03/2018, https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2017/09/21/pence-just-settled-it-republicans-obamacare-repeal-bill-wont-necessarily-protect-people-with-preexisting-conditions/?utm_term=.4d00bdb30c9b. El artículo de la historiadora Anne Berkes puede encontrarse en la página web de la *Thomas Jefferson Foundation*: Anna Berkes, “That government is best which governs least. (Spurious Quotation)”, *Monticello.org*, 05/02/2008 y 28/08/2014, acceso el 25/03/2018, <https://www.monticello.org/site/jefferson/government-best-which-governs-least-spurious-quotations>.

posteridad en el siglo XX de la mano de la ideología libertaria, que la reclama como uno de sus principios políticos fundamentales a través de Thoreau.²³¹

Pero apoyándose en una investigación sobre mitos populares americanos del historiador Paul F. Boller, Berkes dictaminó que la frase no era obra ni de Jefferson ni de Thoreau, sino de John L. O'Sullivan, aparecida por primera vez en el manifiesto introductorio de la revista *United States Magazine and Democratic Review*.²³²

El mejor gobierno es aquel que gobierna menos. Ningún depositario humano puede ser confiado con seguridad con el poder para legislar sobre el interés general de la sociedad, así como para operar directa o indirectamente en la actividad económica o en la propiedad de la comunidad. Tal poder estará siempre relacionado con los abusos más perniciosos, con la imperfección natural, tanto en lo que respecta a la sabiduría en el juicio como a la pureza de los propósitos, toda la legislación de los hombres estará constantemente expuesta a la presión de los intereses parciales; intereses que, al mismo tiempo que son esencialmente egoístas y tiránicos, se encuentran siempre vigilantes, perseverantes y sutiles con respecto a toda treta y corrupción.²³³

²³¹Henry D. Thoreau, *Desobediencia Civil* (Mexico DF: Producciones Entretiempos, 2017), p.7; Paul F. Boller, *Not so!: Popular Myths About America from Columbus to Clinton* (Nueva York: Oxford University Press, 1995), pp. 49-51; Gary Galles, "Thoreau and 'Resistance to the Civil Government'", *Mises Institute*, 19/09/2002, acceso el 25/03/2018, <https://mises.org/library/thoreau-and-resistance-civil-government>. El *Instituto Mises*, uno de los principales *think-tanks* libertarios (una corriente del anarco-capitalismo del siglo XX, no confundir con el libertarismo anarquista) sigue atribuyendo la frase a Thoreau, mientras que en la página web "Libertarianism.org", que es un medio de difusión más informal de esta ideología, atribuye correctamente la frase a O'Sullivan. Anthony Comegna, editor para cuestiones de historia intelectual de este medio, ha incluido muchos escritos de O'Sullivan entre las fuentes intelectuales libertarias, desde la hipótesis de que la facción *Loco-foco* del partido demócrata sería uno de los antecedentes ideológicos del libertarismo americano. Este supone uno de los pocos ejemplos de recepción intelectual directa de O'Sullivan en el pensamiento contemporáneo. Anthony Comegna "The Problematic Triad of Democracy, Liberty and Nationalism", en *Libertarianism.org*, acceso el 12/08/2019, <https://www.libertarianism.org/publications/essays/problematic-triad-democracy-liberty-nationalism>.

²³²Berkes, "That government is best which governs least"; Paul F. Boller, *Not so!: Popular Myths About America*, pp. 49-50. El historiador Edwin Rozwenc, autor de una de las primeras compilaciones de fuentes primarias del jacksonianismo, incluyó el manifiesto inaugural de la *Democratic Review* como uno de los textos fundamentales de la ideología jacksoniana. Rozwenc resalta la profunda influencia de Jefferson en el texto, hasta el punto de declarar que "The Democratic Principle" se mantiene en un estricto jeffersonianismo. Esta adhesión estricta resultaría arcaizante con respecto al nuevo modelo del jacksonianismo. Ejemplo de ello sería el uso de la presunta frase de Jefferson "the best government is that which governs least", sin advertir que la máxima no es de Jefferson sino de O'Sullivan. Este es un ejemplo de cómo el problema de la recepción no afecta sólo a políticos oportunistas. Un buen historiador del periodo que no cuente con una buena teoría de la autoría y de la recepción puede también llegar a conclusiones erróneas. Edwin Rozwenc, *Ideology and Power in the Age of Jackson* (Garden City: Anchor Books & Company, 1964), pp. 300-301.

²³³"**The best government is that which governs least.** No human depositories can, with safety, be trusted with the power of legislation upon the general interests of society so as to operate directly or indirectly on the industry and property of the community. Such power must be perpetually liable to the most pernicious abuse, from the natural imperfection, both in wisdom of judgment and purity of purpose, of all human legislation, exposed constantly to the pressure of partial interests; interests which, at the same time that they are essentially selfish and tyrannical, are ever vigilant, persevering, and subtle in all the arts of deception and corruption." [John L. O'Sullivan], "The Democratic Principle: The Importance of its Assertion, and Application to our Political System and Literature", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, Nº. 1, (Oct. 1837 to March 1838), p. 6. Subrayado mío.

Lo que ni Berkes ni Boller llegan a explicar es el porqué de la vinculación de la frase con Jefferson si el autor de la misma fue O'Sullivan. La anécdota rebela mucho más sobre las lógicas que son movilizadas en el proceso de creación y transmisión del pensamiento político de lo que a primera vista podría parecer, pues la frase acuñada por O'Sullivan "The best government is that which governs least" ni siquiera era enteramente original suya. Esta se basó en el lema del Washington Globe (1830-1845) "The World is Governed too Much", periódico fundado y dirigido por Francis P. Blair (1791-1876) para servir de órgano editorial del recién creado partido demócrata. Blair era un prominente político jacksoniano que participó en la fundación tanto del partido demócrata como más tarde del Free Soil Party, y del partido republicano. Durante las presidencias de Andrew Jackson (1828-1836) fue miembro del *Kitchen Cabinet*, el grupo oficioso de consejeros del presidente Jackson, y gracias a sus conexiones políticas fundó otro periódico, el *Congressional Globe*, que ejercería de contratista del Congreso de los Estados Unidos para publicar sus actas por 40 años, desde 1833 hasta 1873.²³⁴

El Washington Globe se convirtió en el boletín parroquial del partido demócrata, mientras que el *Congressional Globe* actuó como una suerte de Boletín Oficial del Estado. El Washington Globe de Blair en tanto que periódico de referencia de los políticos jacksonianos popularizó por todo el territorio Americano la frase "The World is Governed too Much", hasta el punto de llegar a convertirse en una máxima de uso común en los debates legislativos por parte de los demócratas.²³⁵

Sin embargo esta no había sido creada por Blair, sino que este la tomó a su vez de un artículo publicado en el *New York Evening Post* de diciembre de 1834 titulado "The Monopoly Banking System" escrito por el popular teórico político del jacksonianismo William Leggett, quien por otra parte fue uno de los mayores referentes intelectuales de O'Sullivan.²³⁶

Esperamos, confiamos en que este país esté destinado a demostrar a la humanidad la verdad de la frase de que *el mundo está gobernado en exceso*, y probar esto a través de nuestro exitoso

²³⁴Sean Wilentz, *The Rise of American Democracy: Jefferson to Lincoln* (Nueva York: W.W. Norton and Company, 2005), p. 438.

²³⁵Arthur Schlesinger Jr., *The Age of Jackson* (Boston: Little, Brown and Co., 1945), 510-513; *Journal of the House of Representatives of the State of Indiana, during the Twenty-Eight Session of the General Assembly* (Indianapolis: Dowling and Cole state printers, 1843), p. 633; *Journal of the House of Representatives of the Eleventh General Assembly of the State of Illinois, December 3, 1838* (Vandalia: William Walters Public Printers, 1838), p. 112.

²³⁶Edward K. Spann, "The World is Governed too much" en *Ideals and Politics: New York intellectuals and Liberal Democracy 1820-1880* (Albany: State University of New York Press, 1972), pp. 64-78.

experimento liberándonos de los pesos y grilletes con los que los hábiles y astutos han conseguido atar siempre a las masas.²³⁷

La frase en Leggett vino acompañada por un claro discurso providencialista que será también muy afín y distintivo en el pensamiento de O'Sullivan. La doble genealogía en Leggett y Blair del lema "The World is Governed too Much" y su popularidad entre los demócratas hacía de la frase una referencia poderosa que O'Sullivan podía utilizar para engarzar su recién creada y aún desconocida revista dentro de la tradición jacksoniana. Sin embargo la operación que realizó O'Sullivan fue algo más sutil y muy representativa de su *modus operandi* como pensador.

Lejos de tomar la frase de manera literal, O'Sullivan la adaptó convirtiéndola en "The best government is that which governs least", y la situó tanto en el manifiesto introductorio de la *Democratic Review* como en la portada de la revista. En esta aparecía la efigie funeraria de Jefferson acompañada de la frase como lema de la publicación, lo que hizo parecer que fuera Jefferson el autor de la máxima. De esta manera O'Sullivan como autor en segunda instancia de la frase fue quien generó la confusión, (seguramente de manera intencionada) para vincular su revista con la figura de Jefferson a forma de *tradición electiva*, para de esta manera mostrar la legitimidad y vigencia de sus discurso en tanto que presunto continuador de las ideas del *Padre fundador*, tal y como por otra parte pretendió hacer también el vicepresidente Pence.

Con esta operación O'Sullivan generaba una doble vinculación: de manera indirecta a la ideología jacksoniana por la semejanza de su frase al lema del Washington Globe. Por otra parte al relacionar directamente su frase con Jefferson generó un triple vínculo: Por una parte del pensamiento de su revista con el pensamiento de Jefferson, por otra del jacksoniansimo con Jefferson, y finalmente de su revista con el jacksonianismo. A través de esta triangulación referencial O'Sullivan reforzaría a través de una *tradición electiva* su anclaje con el partido demócrata.

Sin embargo la vinculación con Jefferson no suponía reclamar a un pensador concreto, sino al ideal que tanto el jacksonianismo como O'Sullivan tenían sobre él, contribuyendo así a convertir a Jefferson en un paradigma que en tanto imagen idealizada trascendía a la figura histórica y al pensamiento concreto del *Padre fundador*. A esta transformación referencial del autor Foucault lo denominaba [autor] *fundador de discursividad*, es decir, el autor deviene en un paradigma y símbolo que se vuelve un

²³⁷William Leggett, *A Collection of the Political Writings of William Legget selected and Arranged with a Preface by Theodore Sedgwick, Jr. Vol. I.* (New York: Taylor & Dodd, 1840), p.104.

elemento referencial en su sociedad, siendo capaz de movilizar la producción intelectual y de generar un canon de pensamiento que intente imitarle a modo de legado. Así Jefferson se transmutó en el paradigma jeffersoniano.²³⁸

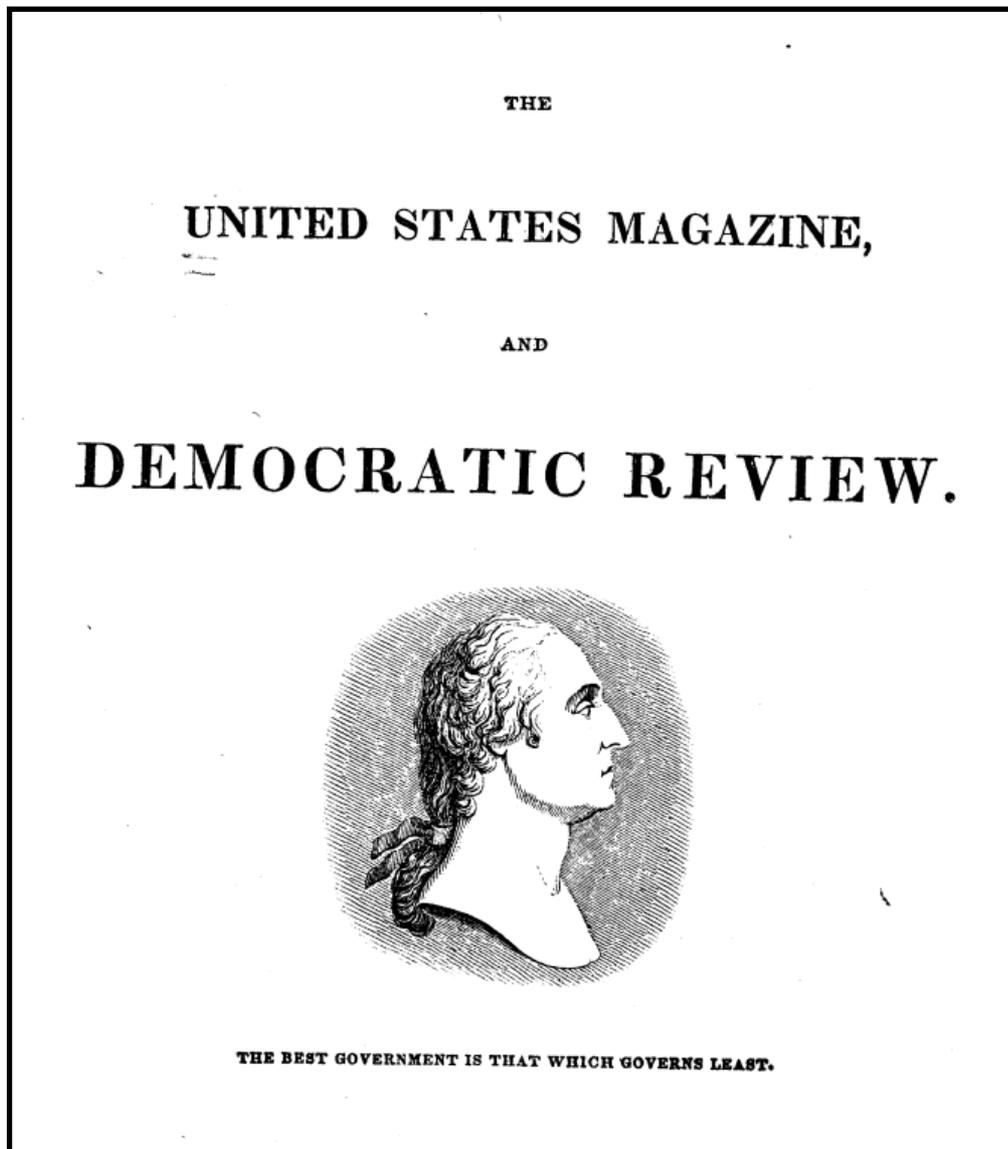


Imagen 1. Detalle de la portada de la *Democratic Review*. Fuente: *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N°. 1, (Oct. 1837 to March 1838), obtenida de: <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=coo.31924077700031;view=1up;seq=3>, a 25/03/2018.

Resulta significativo que O'Sullivan escogiera la máscara funeraria de Jefferson para representar su efigie, pues el simbolismo que arroja en retrospectiva representa perfectamente la lógica del paradigma y del canon. El Jefferson que se recupera es una figura vitalmente ausente, pero que pervive en la memoria como un referente intelectual. Al igual que los antiguos egipcios momificaban el cuerpo vaciándolo de sus órganos y preservándolo mediante aceites, ungüentos y vendajes, para que en una vida

²³⁸ Foucault, "Qué es un autor", pp.66-69.

posterior volviera a ser la casa del *ba* (la forma del “alma” que se corresponde con la personalidad del muerto); la metamorfosis del autor y de su pensamiento en un paradigma lo vacía de contradicciones por medio de una idealización de sus postulados, que lo transforman en una cáscara ideal sobre la que proyectar nuevas ideas y reclamar una continuidad legitimadora. Este proceso permite convertir al autor en parte del canon de una tradición anterior, que se transmite hacia un porvenir corporeizado por los nuevos autores que le invocan. De esta manera el autor burla su muerte, aunque su nueva existencia difícilmente pueda compararse con la complejidad personal e intelectual de los múltiples “yoes” que este fue en vida.²³⁹

De esta manera, sobre los restos momificados del pensamiento de Jefferson se erigió un lema que resultaba plausible dentro de su filosofía, pero que el *Padre Fundador* nunca invocó. Sobre él se proyectaron nuevas ideas que pasaron a confundirse con su pensamiento, y de esta forma las tesis de los autores originales (O’Sullivan y Leggett) se revistieron de un halo de autoridad derivada del prestigio de un autor con una gran legitimidad intelectual en el sistema político en que O’Sullivan llevaba a cabo su lucha política.

Thomas Jefferson y sus ideas fueron convertidos en elementos de referencia para la fundamentación de nuevas ideas que trascendían la literalidad de sus propuestas. El paradigma considerado como un legado acabará por convertirse en un canon, posibilitando su transmisión y recepción. Esto permitirá a su vez encadenar a un autor con otro distinto en una suerte de lógica del *teléfono escacharrado* en donde los conceptos y su núcleo de sentido van filtrándose de autor en autor generando nuevas significaciones. En este proceso tanto el autor referenciado como el autor que opera la recuperación se transforman mutuamente, pues en el proceso de recepción opera una lógica de reinterpretación e interiorización del antiguo autor convertido en legado intelectual y político.

Así pues, a un Jefferson convertido en legado jeffersoniano O’Sullivan le imputa indirectamente una frase ligeramente transformada de Leggett al colocarla debajo de su efigie. A pesar de que O’Sullivan no experimentó la misma suerte que Jefferson, (pues casi nadie le reclamó como autor de referencia), sin embargo consiguió sobrevivir gracias a su conexión con otros múltiples autores que sí pasarán a la posteridad, como

²³⁹ Assmann, *Egipto: historia de un sentido*, pp. 204-233; Javier Fernández Sebastián, “Tradiciones electivas: cambio, tradición y ruptura en la historia intelectual” *Almanack*, n° 7 (2014), pp. 17-18.

Thoreau, quien era un conocido de O'Sullivan y colaboraba ocasionalmente en la *Democratic Review*, revista de donde Thoreau tomó la frase.²⁴⁰

Thoreau a su vez experimentó la misma suerte que Jefferson, sólo que en su caso su legado no ha sido sólo político, sino que además fue incorporado como filósofo en la lista de autores de referencia del canon occidental del pensamiento, y es a partir de esta consagración que toda una tradición ideológica, el libertarismo, retomó la frase como síntesis de su sistema de creencias. El vicepresidente Pence al contar con una base electoral en la que los libertarios son un grupo movilizado, en un país que venera a *Padres fundadores* como Jefferson, todo esto supondrán importantes alicientes para que Pence intente instrumentalizar la frase sin advertir el gran cúmulo de recepciones, recuperaciones y reinterpretaciones que median en el canon político del que él se intenta reclamar, en un intento de enmarcar el debate político sobre la necesidad de que el gobierno federal transfiera sus atribuciones en materia sanitaria a los Estados de la Unión.

¿Cómo podría imaginarse el vicepresidente Mike Pence que en el intento de vincular las decisiones políticas de la administración Trump con la filosofía de un *Padre fundador* iban a emerger tantas instancias de medicación y tantas trampas reinterpretativas? ¿Acaso somos generalmente conscientes de esta problemática cada vez que acudimos a los referentes del pasado? La virtualidad de los prejuicios radica en que nos permiten tomar referentes, autores e ideas para blandirlos desde una perspectiva convencional sin tener que hacernos cargo de toda la complejidad que encierran.

Y en toda esta superposición de pensadores O'Sullivan es tan solo uno entre muchos de los que contribuyeron a la frase "The best government is that which governs least". Esta no puede explicarse exclusivamente porque O'Sullivan la acuñase, pues su relevancia y sentido actual es el producto de todo el recorrido de reinterpretaciones expuesto, y cada nivel de recuperación, cada época y cada autor son relevantes para explicar la importancia de esta máxima política en la actualidad. Sin embargo, O'Sullivan juega un papel central tanto en su aparición y como en la dirección que toma todo el desarrollo posterior. El hecho de que O'Sullivan desapareciera de la ecuación

²⁴⁰Henry D. Thoreau a Ralph W. Emerson, 24 de enero de 1843; John L. O'Sullivan a Henry D. Thoreau, 28 de Julio de 1843, correspondencia publicada en: Henry D. Thoreau, *The Correspondence of Henry David Thoreau* edited by Walter Harding and Carl Bode (New York: New York University Press, 1958), pp. 76-77, 130-131; Lee A. Pederson fue el primero en proponer durante la reunión anual de la *Thoreau Society* de 1959 que Thoreau no fue el autor de esta frase, sino que esta fue concebida por O'Sullivan. Y defendió que el autor trascendentalista la habría tomado de la *Democratic Review*, revista en la que era colaborador por invitación del periodista jacksoniano. Lee A. Pederson, "Thoreau's source of the motto in 'civil disobedience'", *The Thoreau Society Bulletin*, N. 67 (Spring, 1959), p. 3.

añade un grado de complejidad a su estudio que lo vuelve un reto para el investigador del pensamiento político. El caso del concepto de *Destino Manifesto* es similar, y esta es la base del problema del *misterio O'Sullivan*.

La razón de esta anécdota reside en ejemplificar un problema teórico que se encuentra detrás de los procesos de formulación y recepción del pensamiento político, y que opera también en el funcionamiento mismo de las ideologías. Tanto los procesos de producción intelectual, como los actos de comunicación y contienda política, se realizan acudiendo a un canon ideológico en el que se encuentran los razonamientos, los autores y la legitimidad para la argumentación a modo de un repertorio de acción discursiva que se tiene como algo dado pero que se transforma con cada uso. El *misterio O'Sullivan* sólo es un ejemplo de esta lógica subyacente a la formación y circulación del pensamiento político, y es posible gracias a que los autores tienen dos cuerpos, su ser en vida que es una realidad múltiple y cambiante, y el corpus autoral, un yo ideal producto de su recepción por la tradición.²⁴¹

4.2: El problema de la recepción y los dos “cuerpos” del intelectual.

Los pensadores tienen dos cuerpos, al igual que los reyes medievales. Un cuerpo personal que es natural, mortal, sujeto a todas las dolencias que provienen de la naturaleza y del azar, y un cuerpo intelectual, su obra o corpus, que es un cuerpo intangible, y que en determinados casos puede devenir en inmortal a través de su transformación en canon del pensamiento político.²⁴²

Esta inmortalidad del corpus, que sobrevive al cuerpo, no depende de ningún milagro místico, sino del carácter social y colectivo de toda producción intelectual. Al igual que cuando el rey medieval moría, y su cuerpo político se separaba de su cuerpo mortal para reencarnarse en un nuevo soberano (y con ello la realeza pervivía a través de la institución de la monarquía), en el caso de algunos autores su obra puede, bien producir, bien incorporarse, a una ideología o a una escuela de pensamiento. Las

²⁴¹ Marc Steinberg, “El *rugir de la multitud*: repertorios discursivos y repertorios de acción colectiva de los hiladores de seda de Spitalfils, en el Londres del siglo XIX” en Javier Auyero (ed.), *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana* (Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Quilmes, 1999).

²⁴² Ernest H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval* (Madrid: Akal, 2012), pp. 31, 37-38, 41-43. Para esta metáfora me inspiro en los “Informes de Plowden” tal y como los describe Kantorowicz. En esta metáfora, como en todas las metáforas, impera una lógica metonímica en la que necesariamente se pierde y altera información al intentar explicar un elemento por medio de otro. En este sentido, la lógica jurídica y de legitimidad jurisdiccional que Kantorowicz explica a través de este fenómeno para las sociedades medievales se pierde en mi interpretación de los dos cuerpos del pensador político.

escuelas de pensamiento y las ideologías producen cánones intelectuales que actúan como un “supercuerpo”, estructuras institucionales y de sentido que permiten al pensamiento de un autor encarnarse en nuevas formas intelectuales ajenas a su producción gracias a los procesos de recepción articulados por medio de un canon.²⁴³

Aunque esto debe matizarse, ya que el autor en vida no tiene *Un* pensamiento, sino una sucesión cambiante de ideas, más o menos sistemáticas, que se asientan sobre un repositorio generalmente más estable de fundamentos intelectuales, cosmovisiones y narrativas. Este conjunto va evolucionando de acuerdo a las lecturas de un autor, en base a sus creencias, por los debates en que participa, influido también por el *habitus* del que disfruta devenido del lugar que ocupa en la estructura social, así como por las impresiones que la experiencia vital deja en todo individuo por los desafíos y acontecimientos de su tiempo.²⁴⁴

Esta pluralidad cambiante de pensamientos va produciendo hitos intelectuales en los que las ideas de un autor se condensan y materializan en obras concretas. En dichas obras se defienden argumentos específicos, y con el tiempo van generando un agregado de literatura cuyo jalonamiento constituye en retrospectiva *La obra* de un autor. Y en el momento en que puede sostenerse la convención de que hay *una* obra, es cuando comienza la ficción de considerar que el intelectual tiene *un* pensamiento. El carácter de obra puede ser producto de una labor intencionada por parte del autor, o atribuida retrospectivamente por terceros, y en ocasiones es producto de ambas acciones. Sea cual sea el caso, lo que acaba apareciendo es una racionalización *expost* que produce una instancia de sentido adicional a las formulaciones concretas que aparecieron en cada una de las obras individuales.²⁴⁵

La instancia de sentido adicional devenida de la obra global no es un factor dado de una vez y para siempre. A diferencia del corpus literario, que es producido en su

²⁴³ Ibid., pp. 47-48.

²⁴⁴ Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clase social* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001), pp. 131-164; Pierre Bourdieu, “Espacio social y espacio simbólico”, en *Razones prácticas sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Editorial Anagrama, 1997), p.20.

²⁴⁵ Pocock también ha tratado esta problemática en su texto “The history of political thought: a methodological inquiry” (1962) señalando que los historiadores del pensamiento no tratan con autores, sino con abstracciones de ellos que han sido creados por una tradición de pensamiento, y a los que se le imputa una coherencia sistemática a posteriori. Esta problemática está también presente en su texto “Languages and their implications: the transformation of the study of political thought” (1971), en donde Pocock critica que el criterio escogido para el acercamiento a un autor suele ser la presunción de coherencia en su pensamiento, lo cual suele dar lugar a una mirada anacrónica que se muestra incapaz de juzgar el pensamiento de un autor por sus intenciones. Estas reflexiones le acercan a la crítica realizada por Skinner en “Meaning and understanding in the history of ideas” (1969), cuando expone su crítica a las mitologías de las doctrinas, de la prolepsis y de la coherencia. Pocock, *Politics Language & Time*, pp. 5-7. Pocock, *Political Thought and History*, pp. 5-6.

conjunto durante un lapso determinado de tiempo y en vida del autor, la interpretación del corpus como un todo se realiza y actualiza de manera continuada, y esto se debe al proceso de recepción de la obra en épocas posteriores.

Pero el problema de los procesos de recepción y su carácter reconstructivo no responde a una lógica de transmisión mecánica de referentes, tal y como expuse al considerar el canon. Los procesos de recepción y de reconstrucción suponen el encuentro de dos horizontes: el *horizonte recepcionado* (histórico, lingüístico, cultural, económico, intelectual, etc...), del autor que es objeto del proceso de recepción; y por otra parte el *horizonte receptivo* del autor que opera la recuperación del referente intelectual. La hermenéutica tiene por objetivo establecer una sensibilidad por medio de un diálogo con la tradición que posibilite una *fusión de horizontes*, en que se consiga que el autor receptivo se haga cargo y sea consciente de ambas instancias de sentido, la del *autor recepcionado* y la suya como *autor receptivo* que tiene una mentalidad de época distinta desde la que interpreta el mundo. Esta diferencia de mentalidades puede dar lugar a una distorsión del *autor recepcionado* durante su relectura y transmisión. Por este motivo la hermenéutica pretende aportar un criterio para conseguir en la medida de lo posible que el *autor receptivo* pueda comprender al recepcionado sin imponerse ni proyectar sus prejuicios de manera anacrónica sobre este, respetando y visualizando de esta manera ambos horizontes en su encuentro.²⁴⁶

Pues tal y como señaló Gadamer en *Verdad y Método*, para las ciencias del espíritu (lo que hoy denominaríamos humanidades y algunas de las ciencias sociales), su proceso de investigación responde mal al ideal científico-positivo del conocimiento comprendido como una sucesión de descubrimientos que van superando distintos estadios en una línea de progreso que amortiza los saberes del pasado. Para las ciencias del espíritu, (y yo añadiría que también para el pensamiento político en general), una buena parte del trabajo intelectual descansa en interrogar los desafíos relevantes para el autor presente sondeando las contribuciones teóricas de su tradición. De esta manera los autores del pasado nunca quedan del todo superados por el paso del tiempo. La caducidad de sus ideas y propuestas son relativas a la capacidad que tengan las generaciones posteriores de dialogar con ellos a través del planteamiento de preguntas

²⁴⁶ Gadamer, *Verdad y método*, pp. 370-374. La distinción entre *autor recepcionado* y *autor receptivo* es mía y no de Gadamer.

pertinentes que ligen su saber con nuestras circunstancias, y de esta manera ser capaces de establecer la *fusión de horizontes*.²⁴⁷

Pero en este proceso de “diálogo monodireccional en diferido” y de recuperación puede darse también lo que yo denomino como una *superposición de horizontes*, que ocurre cuando el proceso de recepción de autores y referentes del pasado no se realiza mediante una sensibilidad y prevención hermenéutica, sino que dicha recuperación se ejerce obviando las distancias históricas, o ignorando las diferencias de perspectiva por el predominio de un ánimo instrumental en el proceso de recuperación del pensador, en donde el *autor recepcionado* es objetualizado para convertirse en una herramienta al servicio del autor receptivo y de su proyecto político o intelectual sin tener en cuenta las circunstancias históricas y mentales de dicho pensador. Este es probablemente el caso más común en los procesos de recepción, pues la *fusión de horizontes* requiere de una conciencia sobre las condiciones de historicidad propias y las del *autor recepcionado*, así como de un código deontológico de respeto de la diferencia irreductible entre las condiciones de historicidad de ambos, que raramente se encuentra presente en los momentos en que se dan los procesos de recepción, lo que lleva a que predomine la *superposición de horizontes* sobre la *fusión de horizontes*.

En este sentido, la mayor diferencia entre la *superposición de horizontes* con respecto a la *fusión de horizontes* reside en las formas de anacronismo que despliegan cada una de ellos en los procesos de recepción. La *superposición de horizontes* genera anacronismos que cancelan la conciencia sobre la diferencia histórica. Por una parte se puede dar el *anacronismo retrospectivo*, que es el resultado consciente o inconsciente de imponer la cosmovisión propia (del *autor receptivo* de una época) sobre la de los agentes del pasado (la del *autor recepcionado*), de manera que el pasado se piensa en base a las convenciones del presente. Este anacronismo es posiblemente el más común entre aquellos actores que no cuentan con una gran sensibilidad histórica. Pero la *superposición de horizontes* puede dar lugar a otro tipo de anacronismo por exceso de celo histórico, en el que tras la lectura del testimonio de un agente o de unas fuentes del pasado el autor receptivo se deja llevar por la ilusión de ser capaz de pensar en los términos de la época del *autor recepcionado*, como si fuera posible liberarse de la “mochila” de convenciones y de la perspectiva histórica adquirida durante la educación y las vivencias de su periodo. A este tipo de mentalidad la denomino *anacronismo*

²⁴⁷ *Ibid.*, pp. 348-353.

vicario, pues supone la negación del horizonte presente del investigador una vez que este ha vislumbrado el horizonte del pasado mediante las fuentes que estudia.

La *fusión de horizontes* por su parte conlleva otro tipo de anacronismo, que es resultado de la diferencia insalvable en el diálogo retrospectivo entre dos épocas, pero que no niega la diferencia histórica en su encuentro. Cuando en *Verdad y Método* Gadamer establece la propuesta de la *fusión de horizontes* esta es teorizada como el resultado de la conciencia adquirida mediante la *historia efectual*, esto es, a partir de la toma de conciencia sobre el momento histórico presente por medio del diálogo con la tradición precedente. La *historia efectual* se concretaría así en un trabajo por visibilizar las problemáticas de nuestro tiempo, y pensar dichas problemáticas mediante un diálogo con los autores que forman parte de nuestro legado. La toma de conciencia sobre la situación propia supone pensar situadamente, cobrar una perspectiva, lo que permite establecer un límite habilitante al que Gadamer denomina “horizonte”. Por medio de este horizonte “correcto” somos capaces de elaborar un marco de comprensión histórica desde el que plantear preguntas pertinentes para los agentes del pasado, pues se hace posible vislumbrar el horizonte que estos podían tener, y cuyo trabajo de reconstrucción pretende realizar la hermenéutica.²⁴⁸

Al establecer los límites de la comprensión del agente del presente con respecto a los límites de sentido del agente del pasado se da lugar a un *encuentro de horizontes*, en donde se toman en consideración las cuestiones planteadas por los agentes del pasado a su manera, pero siendo conscientes de que los agentes del presente las recepcionamos a la nuestra, sin poder trascender nunca del todo nuestra mirada por mucho que nos hagamos cargo de la de los agentes del pasado. Es por esta razón por la que en la *fusión de horizontes* se establece un encuentro de perspectivas, lo que da lugar a una nueva mirada para el actor del presente tras sondear los planteamientos del pasado y de su tradición. Esta es una operación distinta a la clásica *Historia Magistra Vitae*, pues el resultado y la intención de este encuentro no tienen por qué ser necesariamente un aprendizaje. Entre otras razones porque la hermenéutica tiene por objeto el hacer patente la comprensión del pasado sin con ello perder de vista la diferencia e inconmensurabilidad entre ambas épocas, mientras que la *Historia Magistra Vitae* se fundamentaba en la idea de que el pasado y presente formaban parte de la misma

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 374.

experiencia temporal, y por lo tanto la tradición es fuente de enseñanzas porque forma parte de un mismo *espacio de experiencia* que conforma un único *topos* temporal.²⁴⁹

En el encuentro de perspectivas históricamente diferenciadas de la *fusión de horizontes* se da por tanto otro tipo de anacronismo que es el resultado de la ambivalencia que se experimenta cuando el pasado cobra sentido. En este cobrar sentido del pasado se experimenta una familiaridad del legado que se inserta en nuestro horizonte de sentido, tanto en sus términos como en los nuestros, a la vez que nos hace ser conscientes de la distancia inconmensurable entre las distintas épocas y los límites para su comprensión total, lo que supone un principio de extrañamiento con respecto a la época pasada al comprender su singularidad, pero también con respecto a la nuestra que cobra dimensión histórica en contraste con otros tiempos. En esta tensión entre familiaridad y extrañamiento que nos produce el pasado comprendido hermenéuticamente es donde se funda el anacronismo de la *fusión de horizontes*, al cual denomino *anacronismo transcrónico*, pues conecta dos épocas distintas permitiendo la transferencia de sentido de una a otra, a la vez que marca la distancia y diferencia entre ambas. El conocimiento del pasado se hace presente, pero en tanto que este es un conocimiento producto de nuestra mirada no pertenece enteramente al pasado, y en tanto que es información del pasado y sus circunstancias no pertenece del todo a nuestra época, aunque esta sea producto de dicho pasado. El conocimiento devenido de la experiencia hermenéutica no pertenece del todo a una u a otra época, pues participa simultáneamente de ambas, por ello este conocimiento de carácter situado, contingente y en transformación sigue siendo anacrónico, aunque no conlleve sus distorsiones típicas.

Tanto la *fusión de horizontes* como la *superposición de horizontes* suponen dos formas de recepción de los autores de una época a otra. Y los procesos de recepción son unos “peajes” distorsionadores de los que la hermenéutica no escapa. Lo que esta

²⁴⁹ *Ibid.*, pp. 375-376. Koselleck, *Futuro Pasado*, pp. 49-63. La noción de *encuentro de horizontes* es mía y no de Gadamer. Cuando Gadamer habla de la fusión de horizontes lo hace en el contexto del encuentro con la tradición. Ahora bien, fusión y encuentro no son la misma cosa. En el encuentro los horizontes se colocan frente a frente conservando su idiosincrasia, existiendo la posibilidad de que el horizonte presente se vea alterado en la toma de conciencia sobre el horizonte pasado. Pero la noción que utiliza Gadamer, “*verschmelzung*” (fusión) es un lexema que articulado en el concepto de “*horizonverschmelzung*” (*fusión de horizontes*) puede inducir a pensar en una síntesis de ambos horizontes, lo que a mi juicio choca frontalmente con las intenciones teóricas de Gadamer. En mi opinión Gadamer no acertó del todo en el proceso de acuñación del concepto, y quizás hubiera sido más deseable la noción de encuentro a la de fusión, resultando en “*horizontbegegnung*” o quizás “*horizontzusammentreffen*”. En español *encuentro de horizontes*. Sin embargo voy a conservar en toda la tesis la noción original de Gadamer *fusión de horizontes*, pero comprendiendo siempre fusión como encuentro, y no como síntesis.

pretende es intentar gestionar las distorsiones que ocurren en los procesos de transmisión y recepción de la manera más sincera y coherente posible. Los párrafos anteriores son una prueba de ello. En mi argumentación he intentado ser fiel a la propuesta de Gadamer y transmitirla con la máxima fidelidad posible. Pero esta fidelidad no soslaya el problema de la transformación del sentido en los procesos de transmisión y recepción. En tanto que lector, la traslación que realizo sobre el autor que analizo e interpreto no se corresponde con la metáfora de la “correa de transmisión”, si no que el “trasladar” se acerca al “*translate*” inglés, en tanto que toda transmisión y recepción requieren de una traducción a nuestro horizonte para posibilitar la comprensión. Y de esta manera la aparición de Gadamer, o de O’Sullivan, y de tantos otros autores en esta tesis no responde a sus intenciones sino a las mías, y su horizonte teórico aquí se encuentra mediado tanto por el mis ideas y circunstancias históricas, como por las de mi potencial lector o lectora en tanto que intérpretes en segunda instancia. Y de esta manera se plantea la problemática sobre la transmisión del sentido entre las intenciones del autor y las expectativas del lector cuando median procesos de recepción y de distancia histórica.

Desde la perspectiva gadameriana de la *fusión de horizontes* Hans-Robert Jauss reflexionó sobre los procesos de recepción literaria. Jauss fue discípulo de Gadamer y compañero de Koselleck en los seminarios de Heidelberg, y en su texto “La historia literaria como reto para la teoría literaria”(1970) Jauss sintetizó la teoría de los horizontes de Gadamer con el binomio experiencia-expectativa de Heidegger.²⁵⁰

Para Jauss la historicidad de un texto no reside en un “hecho literario” específico de producción de una obra, pues el carácter de obra de un texto se establece con posterioridad a su escritura. Este momento de posteridad se corresponde con el momento de recepción de una obra por el lector, que tomado como un conjunto social supone un filtro desde el que se completa la instancia de sentido según la cual una obra cobra un significado concreto para una sociedad específica en un momento dado. Cada lector cuenta con un bagaje cultural que le permite integrar cualquier novedad literaria en una red de sentido para hacerla comprensible. De esta manera, la coherencia literaria se produce por la inserción de un texto en un horizonte de expectativas en la que participan tanto los lectores, como los críticos literarios y los autores. Este horizonte de expectativas del lector predispone la forma en que se lleva a cabo la recepción de una

²⁵⁰ Richter, “Reconstructing the History of Political Languages”, p.44

obra, que lleva a que el lector la compare con la literatura previa, que ha ido generando una serie de convenciones sobre lo que debe esperarse sobre un escrito y género concreto. Por este motivo la tradición literaria y el canon actúan a modo de paradigmas en la cosmovisión del lector, lo que constituye el horizonte de experiencia literaria con el que se juzga normativamente una obra. Este proceso no sólo conlleva la integración de la obra en los cánones previos asimilados por el lector, sino que además puede dar lugar a reajustes, variaciones y correcciones en la perspectiva que se tenía del autor, y si la obra altera la experiencia de lectura del lector esto puede dar lugar a una alteración de los límites y el sentido de las expectativas que este tenga sobre un género literario específico.²⁵¹

Cuando una nueva obra no puede subsumirse en los horizontes de expectativas y en las experiencias que lo fundan, produce un cambio de horizontes que reajusta las experiencias y expectativas a nuevos estándares de juicio estético. De esta manera, las “verdades perennes” que se supone que habitan en los clásicos y les aportan este estatus de obras imperecederas son tan sólo el resultado de su transformación tanto en norma como en referente de expectativas del lector, ocultando de esta manera que en otro tiempo no fueron una convención cultural sino factores de ruptura que cambiaron el horizonte literario de su tiempo, aportando desde la novedad perspectivas diferentes desde las que fundar la experiencia narrativa de diversas generaciones de lectores.²⁵²

En el capítulo anterior expuse que Bloom definió el canon como la lista de autores fundamentales para la literatura occidental, en donde lo canónico sería la cualidad por la que un autor deviene en una referencia imprescindible para la cultura. La referencialidad de un autor sería el resultado de su carácter singular, un momento de originalidad que no encuentra precedentes en la tradición, y cuya incorporación conlleva un proceso de canonización en el que se ligan autores precedentes y sucesores a modo de influencia. Desde este punto de vista, tanto Bloom como Jauss resaltan el carácter de ruptura del clásico para explicar su canonización y normalización. El carácter normativo del clásico escondería un momento de ruptura previo con los horizontes de expectativa y experiencia que sólo mediante su canonización consigue normalizarse condicionando dichos horizontes. Ambos autores señalan que la canonización es un proceso de enmarcación del autor y su posterior transmisión por medio de una tradición en dónde la

²⁵¹Hans-Robert Jauss, “Literary History as a Challenge to Literary Theory” en *Toward a Aesthetic of Reception* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005), pp.20-24.

²⁵²Ibíd., p. 25.

categoría de clásico ejerce de figura de autoridad con carácter normativo. La autoridad del clásico canónico deviene de su presunta intemporalidad, un ficticio presente perenne que implica la simultaneidad del referente clásico con cualquier presente que lo recepcione.²⁵³

Esto no quiere decir que los clásicos se encuentren más allá del tiempo histórico, sino que en su producción literaria y teórica son capaces de escribir obras que interpelen a múltiples tradiciones en diversos puntos geográficos y en sucesivos momentos históricos, afirmándose así como un valor pretendidamente universal que debe permanecer. Gadamer ha considerado esta cuestión en los siguientes términos: “Es clásico lo que se mantiene frente a la crítica histórica porque su dominio histórico, el poder vinculante de su validez transmitida y conservada, va por delante de toda reflexión histórica y se mantiene en medio de esta.”²⁵⁴

Por lo tanto el clásico no trasciende su contexto histórico, geográfico y o cultural, no es universal y atemporal, sino que la fuerza de su referente y de la legitimidad que ha adquirido a partir de su invocación constante le otorga su ingreso y permanencia en un canon autoral especial, un canon de autores que son considerados imprescindibles y cuya lectura, estudio y referencia resulta prioritaria. Esta estructura de autoridad posibilita establecer una suerte de listado de referencias imprescindibles que facilita al lector de una época navegar entre la ingente bibliografía discriminando entre los referentes básicos de su cultura. El precio del carácter funcional y utilitario del canon es la invisibilización de las escritoras y escritores que no logran ingresar en esta reducida obra de autores (que han tendido a ser masculinos y blancos) a la par que dificulta la capacidad del lector para discernir la historicidad del clásico, pues este con su ejemplo y ubicuidad establece un ideal normativo que sobrevuela a lectores y autores posteriores como un referente normativo a cuya imagen ideal deberían ceñirse.

Esta fuerza referencial de la función autoral, que es particularmente poderosa en el caso de los clásicos, conduce al fenómeno que Javier Fernández Sebastián ha denominado como *tradiciones electivas*. Estas tradiciones son el resultado de los procesos de legitimación y autodefinición que toda ideología realiza en su proceso de conformación y en las luchas inter-ideológicas. Las *tradiciones electivas* son un canon de autores (tanto clásicos como modernos) vinculados doctrinalmente a través de un

²⁵³Bloom, *The Western Canon*, pp. 1-20; Jauss, “Literary History as a Challenge to Literary Theory”, p. 25; Gadamer, *Verdad y método*, pp. 356-357.

²⁵⁴Ibid., p. 356.

diálogo intergeneracional que se articula por medio de la historia de la filosofía, y que se traduce en la formación de un corpus doctrinario de autores que una ideología en concreto reclama como su legado, y de los cuales ella misma sería continuadora. Como explica Fernández Sebastián, lo paradójico de este fenómeno es que es precisamente en la modernidad cuando surge esta necesidad de fabricar tradiciones como medio de dotar de verosimilitud a los proyectos de futuro y a las expectativas que estos levantan. Esto se realiza por medio de referencias a autores del pasado, cuya legitimidad pretérita abalaría los planes para el futuro de la ideología que los ha subsumido en su tradición. La paradoja de las *tradiciones electivas* resulta en que la constitución de todo canon supone una construcción retrospectiva en donde tradición e innovación lejos de contraponerse se vuelven uno y lo mismo.²⁵⁵

A diferencia de la tradición “tradicional” que consideraba de manera monista tanto el presente como el pasado fusionándolos en una unidad de permanencia, las *tradiciones electivas*, como todo producto de la modernidad, se orientan hacia el futuro. Esto implica que el presente de una tradición es el futuro resultante de los desarrollos teóricos y políticos de los referentes del pasado. Esto no sólo se trata de una estrategia instrumental de la contienda política, sino que también forma parte del proceso de autoafirmación identitaria de todo sujeto, grupo social, pensador e ideología.²⁵⁶

Pero como es obvio no todo autor ejerce con la misma fuerza la función que Foucault atribuía al autor como *fundador de discursividad*. No todos los intelectuales son considerados igualmente válidos como referentes discursivos cuya referencialidad es incuestionable para la legitimación del pensamiento posterior. Los clásicos son todos *fundadores de discursividad*, y muchos otros autores han alcanzado este estatus sin necesidad de este reconocimiento gracias a que son relevantes para algún grupo específico que les incluye en su *tradición electiva*. Pero hay muchos otros autores que tras haber jugado un papel relevante en los debates de su tiempo no consiguen vencer el umbral del tiempo y fallan a la hora de integrarse en los procesos de transmisión y desaparecen de los horizontes de recepción.

Como expliqué a través de Jauss, en este proceso juega un papel fundamental los horizontes de recepción del lector al acudir a una obra, por los cuales este moviliza unas expectativas a modo de prejuicios que están fundados en su experiencia de lecturas y en los cánones que le han transmitido. Estos horizontes le dictan lo que es razonable

²⁵⁵ Fernández Sebastián, “Tradiciones electivas”, pp. 17-18

²⁵⁶ *Ibid.*, p. 19.

encontrar en la lectura de una obra más allá de las intenciones que el autor pudiera tener al escribirla, o de la importancia real que dicho autor pudiera haber gozado en su época. A partir de esta situación se da una suerte de “negociación” entre lo que el lector espera encontrar en una obra con lo que el autor pretendía transmitir, lo que puede condicionar a su vez los elementos que el lector pueda considerar relevantes en su lectura al margen de las intenciones del autor al escribirla.

Por lo tanto, en toda determinación sobre la autoría y el significado de una obra entran en juego, por una parte, la tensión existente entre las experiencias-expectativas del lector con el espíritu que el autor tenía al escribir una obra, ya que en cada momento y cada cultura el lector genera una un horizonte de preconcepción sobre lo que va a leer que puede chocar con el horizonte de las intenciones que el autor tuviera con respecto a su obra durante el proceso de escritura de la misma. Por otra parte también influyen las disputas interpretativas llevadas a cabo por intelectuales, escuelas de pensamiento e ideologías, que en continua polémica intentan apropiarse o desacreditar a los autores que se han convertido en canon intelectual y *tradiciones electivas*, generando en este debate nuevas capas de sentido que permean en las obras concretas más allá de la voluntad original del autor.

Todos estos elementos combinados apuntan con reservas hacia la tesis de Barthes sobre la muerte del autor. Barthes consideró que el nacimiento del lector se paga con la muerte del autor, ya que todo texto debe comprenderse no sólo desde su proceso de producción, sino también teniendo en cuenta su transformación con las lógicas de su recepción. Pero a mi juicio lo que la intertextualidad implica es que nuestra conciencia sobre la importancia del lector implica la muerte de cierto ideal romántico del autor, comprendido como un ser creador omnipotente al margen de sus lectores y posteridad. Sin embargo, a pesar de que el lector tenga un grado de agencia en la interpretación del texto (y por lo tanto cuenta con capacidad para resignificarlo), esta capacidad performativa del lector se encuentra circunscrita por ciertos límites de sentido impuestos por los razonamientos y el uso del lenguaje del autor.²⁵⁷

Y aunque el lenguaje no pertenezca enteramente al autor, y los significados del lenguaje en un momento dado preconditionen muchos de los postulados del teórico, este no se trata de una marioneta dirigida por la lengua, o por sus lecturas intertextuales, pues si fuera así toda producción escrita tendría que generar siempre el mismo texto.

²⁵⁷ Barthes, “La muerte del autor”, pp.80-81.

Por el contrario, la relación entre autor, lector, tradición literaria y lenguaje es dialéctica, pues los significados contenidos en los significantes ni son enteramente plásticos, ni son unívocos. Si no que son contestables e interpretables. Y aunque toda producción intelectual se genere en un diálogo intertextual y receptivo, el momento de producción del texto es un acto singular y creativo en donde convergen multitud de elementos que trascienden el puro diálogo intertextual. Sin el autor y su actividad creativa no hay obra que poder interpretar y transmitir en un proceso de recepción posterior, y en esta situación el autor pervive.

En el extremo contrario de esta problemática se encuentra Skinner durante sus primeras formulaciones, quien intervino en este debate situándose en el punto contrario a Barthes, Foucault y Derrida mediante el rechazo de la hipótesis de la muerte del autor. En su texto “Motives, intentions and the interpretation of texts” (1972) Skinner reclamó la necesidad de reconstruir las intenciones del autor como única forma de captar el significado que un pensador buscaba al formular unas declaraciones específicas en un texto concreto. Aunque como expondré a continuación Skinner volvió sobre la polémica en otro texto de 1988 “Interpretation and the understanding of speech acts” reformulando de manera más sofisticada su argumento original.²⁵⁸

La base de su rechazo a la hipótesis de la muerte del autor se encuentra en su teoría de la “mitología de la prolepsis”, idea que formuló en “Meaning and understanding in the history of ideas”(1969). Como expuse con anterioridad dicha falacia interpretativa puede darse combinada con otras dos falacias: la “mitología de la doctrina” y la “mitología de la coherencia”. La mitología de la prolepsis consiste en la “inflación de la asimetría entre la importancia que un observador encuentra en un episodio histórico y el significado de este episodio histórico en sí mismo”, situación que se produce “cuando estamos más interesados en el significado retrospectivo de un episodio dado antes que en su significado para el actor de su tiempo”.²⁵⁹

La mitología de la prolepsis es el resultado de intentar comprender a los autores a través de sus recepciones. La mitología de la doctrina supone considerar que los actos discursivos de un autor son parte de un agregado integrado y sistémico de postulados, cuya coherencia interna les habilita a ser considerados como un conjunto único al que denominamos doctrina. Por otra parte, cuando un autor no ofrece este cuadro unificado de ideas se le tiende a acusar de inconsistente. La mitología de la coherencia, por otra

²⁵⁸ Skinner, *Visions of Politics*, pp. 90-91, 117-120, 124-125.

²⁵⁹ *Ibid.* p.73.

parte, es un resultado de esta búsqueda de doctrinas por parte de los exegetas posteriores, lo que se traduce en una búsqueda de coherencia interna dentro del pensamiento del autor, con el fin de hacer florecer la doctrina oculta, lo que en muchas ocasiones lleva a fabricar una en el proceso de interpretación.²⁶⁰

La crítica de Skinner es un aviso pertinente para evitar el anacronismo de proyectar ideas de la posteridad en autores que han sido instrumentalizados durante los debates políticos y teóricos de épocas posteriores. Lo que Skinner intenta evitar es una confusión entre las intenciones y planteamientos del autor con las formulaciones aparecidas con su recepción, y los prejuicios derivados de los debates posteriores sobre sus ideas.

Pero aunque la teoría de Skinner resulta de gran valía como propuesta deontológica, esta no se encuentra exenta de problemáticas. Una de las más destacadas se deriva de su afán por intentar comprender el pensamiento de un autor exclusivamente como *actos de habla (speech act)* dentro de su contexto de locución. Este es el problema inverso a la teoría de Barthes de la muerte del autor, que intenta explicar el pensamiento casi exclusivamente en términos de recepción. Pero ningún autor puede ser comprendido plenamente al margen de la dialéctica entre producción y recepción de su pensamiento y figura. A este respecto se podría pensar que Skinner tiene en cuenta esto cuando propone estudiar la obra de un autor como un conjunto de actos discursivos en los que se deben discernir los siguientes parámetros: 1. El sentido lingüístico (lo que las palabras del autor significaban para el discurso mayoritario de su momento), 2. El sentido de la recepción textual (lo que significa para nosotros) y 3. El sentido autoral (lo que significaba para el autor).²⁶¹

Esto parece acercar a Skinner a la propuesta de Gadamer, pero al contrario de Gadamer, Skinner considera que mediante un método se puede evitar los prejuicios derivados de las lecturas de la tradición, como si el método fuera una instancia neutra que permitiese al investigador transportarse al mundo intelectual del autor y ver “las cosas a su manera” por el hecho de hacerse consciente de que existen distorsiones introducidas por la tradición. Sin embargo, el propio hecho de que un historiador del pensamiento político se acerque a un autor implica que tiene una hipótesis sobre el pensador que se va a analizar, hipótesis que se deriva a partir de paradigmas y *epistemes* distintas a las del pensador estudiado. Por otra parte el hecho de estudiar a un pensador

²⁶⁰ Ibid. pp. 64-72.

²⁶¹ Ibid., pp.91-93.

del pasado implica que este es considerado un objeto relevante de estudio sobre otros autores que le son contemporáneos, y en esto puede influir la potencia intelectual de sus planteamiento, pero el juicio sobre la valía intelectual de un autor no se produce exclusivamente por sus postulados, sino que es también producto de que el pensador forma parte de un canon que lo hace influyente, y lo convierte por tanto en un objeto de estudio importante. Las razones para su estudio por tanto escapan de la pura literalidad del texto (por muy profundas que sean sus ideas), de las intenciones originales del autor cuando lo produjo, o del contexto histórico-lingüístico en el que este produjo su obra.

Todas estas cuestiones llevaron a que Skinner matizase sus primeros planteamientos en un texto posterior titulado “Interpretation and the understanding of speech acts” (1988), cuando en respuesta a sus críticos (y siguiendo a Pocock), Skinner propone que el contexto interpretativo de un autor no tiene porqué coincidir con el contexto intelectual inmediato en que el autor escribe su obra, sino que también puede corresponderse con el contexto que sirve de inspiración al autor para concebir sus ideas, lo que puede implicar también momentos históricos distintos a los vividos por el autor. En último término esto supone que el historiador debe interrogarse sobre qué es un contexto en cada caso específico, teniendo en consideración no sólo el contexto vital del autor, sino también sus contextos intelectuales de referencia.²⁶²

De esta manera la obra de un autor no es solamente el texto que este escribió, sino que son además el conjunto de condiciones que conforman su posteridad y que permiten que llegue hasta nosotros. Cuando en sus primeros trabajos Skinner intentó aislar el momento de producción intelectual de las distorsiones resultantes de su recepción (con el objetivo de poder explicar las motivaciones del autor al producir el acto discursivo), perdió con ello de vista el carácter de palimpsesto que tiene toda producción intelectual.

El palimpsesto en origen es el nombre de los soportes documentales que han sido reutilizados durante el proceso de escritura, dando lugar a una superposición física de textos escritos (ya sea porque el texto original se ha eliminado mediante raspado, o por medio de cualquier otra técnica, o bien porque la superposición se realice sobrescribiendo directamente un texto sobre otro texto). La noción de “palimpsesto” fue rescatada por Gerard Genett como metáfora de su teoría de la “paratextualidad” e

²⁶² *Ibid.*, p.116.

introducida dentro del paradigma semiótico donde ha contribuido en el desarrollo de la idea de la intertextualidad.²⁶³

El carácter de palimpsesto que tiene la producción del pensamiento supone que toda formulación intelectual se fundamenta en la labor de recepción de una tradición, que es en parte una anacrónica resurrección de autores muertos (y en algunos casos también de intelectuales vivos). Pensadores provenientes de distintas épocas se ven narrativamente conectados entre sí con el fin de hacerles participes en debates y problemáticas ajenos a su obra, o incluso de los que no pudieron ser conscientes durante el contexto en que escribieron sus obras. Pero este carácter de palimpsesto que se produce con la invocación a un autor puede llegar a influir en la manera en que los autores son concebidos por las generaciones posteriores debido al uso que se ha hecho de ellos. Y esto es posible porque los autores tienen dos cuerpos, y mientras que para uno de ellos (el del autor en el momento presente de su producción teórica) las precauciones del primer Skinner pueden resultar pertinentes, para el otro cuerpo (el cuerpo trascendente del corpus literario que se trasmite y tiene en su origen en las recepciones de autores anteriores), para este segundo cuerpo, las precauciones del primer Skinner ensombrecen más que clarifican el estudio de los procesos de producción intelectual.

Una obra y un autor son para la posteridad un palimpsesto de relecturas que no puede soslayarse acudiendo a un contexto prístino de escritura sin recepciones, de autores sin lectores que “distorsionen” sus postulados. Cuando el autor produce un acto discursivo participa a su vez de este palimpsesto al recepcionar a otros autores para fundamentar sus ideas. El momento en sí del acto discursivo específico puede ser estudiado al margen de su recepción. Pero el momento de producción intelectual en sí mismo se funda en la recepción de otros autores, y será objeto de numerosas recepciones que fundarán un principio de relevancia autoral que justifique nuestro estudio de sus postulados. Por lo que ni el autor puede eliminarse completamente del proceso de estudio, ni su recepción puede obviarse para delinear el contorno del auténtico autor al margen de las distorsiones de su recepción. El intelectual tiene dos cuerpos, y hay que dar cuenta de ambos.

²⁶³ Ángel Escobar, “El palimpsesto grecolatino como fenómeno literario y textual: una introducción” en *El palimpsesto grecolatino como fenómeno literario y textual*, ed. por Ángel Escobar (Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”, 2006), pp. 12-13. Gerard Genett, *Palimpsestos: la literatura en segundo grado* (Barcelona: Taurus, 1989), p. 9

Si volvemos sobre el ejemplo planteado al inicio, vemos como un acto discursivo llevado a cabo por un vicepresidente moviliza una falsa cita de un *Padre Fundador*, con el fin de legitimar el desmantelamiento de la política sanitaria de Barack Obama en la era Trump. Por una parte esto supone introducir a Jefferson en un debate (la reforma sanitario de Obama y el alcance de la intervención del Estado como garante de una sanidad universal) del que como autor de los siglos XVIII y XIX no puede hacerse cargo porque no forma parte de su horizonte histórico. La cita por otra parte es falsa, porque su autor original (O'Sullivan) quiso vincularla a Jefferson con el fin mostrar a sus lectores que su revista representaba el legado intelectual de este *Padre Fundadore*n un acto de constitución de una *tradición electiva*. A partir de esta situación Thoreau en tanto que colaborador de la misma revista, se encargó de publicitar el lema transportando la frase a otros autores de diversas ideologías gracias a su estatus de autor clásico en el canon de la filosofía occidental, estatus del que el autor original (O'Sullivan) carecía. Este carácter de *fundador de discursividad* de Thoreau condujo a que el liberalismo y el libertarianismo, le atribuyeran a Thoreau la frase para así incluir a ambos en su *tradición electiva*. Esta no es sólo la historia de un gran equívoco, es además el fiel reflejo de las lógicas de funcionamiento que los procesos de recepción introducen en la formación del pensamiento político y en su uso en el debate público (cuestiones ambas interrelacionadas).

Aquí radica la problemática de la muerte y supervivencia del autor, así como su importancia para la producción y reproducción del pensamiento político. El pensamiento de un autor sobrevive porque es objetualizado y transformado en legado. Desde el punto de vista del porvenir de su obra esto se traduce en la consagración de un corpus, y desde el punto de vista del recuerdo del autor ya ausente, el pensador pasa a convertirse en un símbolo que corporeiza valores e ideas presuntamente basadas en su obra, pero que en la mayor parte de los casos se corresponden a la imagen que la posteridad fabrica sobre ellos.

En la sociedad feudal, a la muerte del rey le solía acompañar un ritual de celebración de la supervivencia de la monarquía operada en la proclamación de su heredero: “¡el rey ha muerto, viva el rey!”. A la muerte del autor le puede suceder la proclama de su conversión en *función de autor*, lo que en el caso del pensador político se traduce en la incorporación de su obra a un “ismo” por medio de una *tradición eleciva*: “Marx ha muerto, viva el marxismo”. En los congresos de los partidos comunistas durante el siglo XX era común verplasmada la idea del autor convertido

tanto en *función de autor*, como en *tradicción electiva*, cuando se superponían en la cabecera sobre la mesa del congreso las cabezas de Marx, Engels, Lenin, Estalin, y en el caso de los congresos del PCCh, también la de Mao. El marxismo-leninismo en todas sus variantes extremó esta lógica desde la iconografía con un carácter pedagógico, y aunque esta fue un repertorio representativo propio del mundo comunista, la lógica autoral subyacente se encuentra contenida en toda ideología.²⁶⁴

Sin embargo no todos los pensadores ingresan del mismo modo en los procesos de recepción y posteridad del pensamiento político. Algunos son olvidados o se convierten en objeto secundario de estudio sin que con ello despierten adhesiones intelectuales. Para poder explicar porqué sucede este desequilibrio entre unos autores y otros durante su recepción y canonización es necesario atender a cómo se organizan las redes de intelectuales en los procesos de enmarcación del pensamiento político.

4.3 Los marcos intelectuales como redes de estructuración del pensamiento político:

Esta problemática sobre el legado intelectual complejiza la imagen del autor entendido como una foto fija cuyo pensamiento se comprende como un todo coherente y cerrado. Esto introduce la necesidad de una reflexión más profunda sobre el carácter colectivo del pensamiento. Pero la conformación colectiva de las ideas introduce el problema de la confrontación de perspectivas y la interpretación legítima sobre los postulados de las figuras de autoridad. En estos desencuentros no sólo se fragua la constitución de consensos y el establecimiento de nuevas ideas, también los nuevos pensadores adquieren relevancia en base a cómo se introduzcan en los debates de su tiempo y consigan hacer prevalecer sus posiciones con respecto a las convenciones de su red intelectual.

Woody Allen reflejó magníficamente esta problemática en su película *Annie Hall* (1977), en una escena en que Alvy Singer (Woody Allen) consigue arrastrar a Annie Hall (Diane Keaton) a la cola de un cine para ver el documental *La tristeza y la piedad*. Detrás de ellos un pedante intenta impresionar a la chica que le acompaña pontificando sobre varios autores, entre ellos sobre Marshall McLuhan. Alvy farfulla exasperado por el parloteo del pedante mientras ignora de forma reiterada los problemas

²⁶⁴ Jacques Derridá, *Seminario la bestia y el soberano I (2001-2002)* (Buenos Aires, Editorial manantial, 2010), p. 346. Foucault, "Qué es un autor", pp. 58-61, 66.

de Annie. En un momento dado no aguanta más y se sale de la fila para situarse frente a la cámara, rompe con la cuarta pared dirigiéndose al público y desacredita al pedante.²⁶⁵

El pedante se da por aludido y comienza a discutir con Alvy, quien en un momento dado le acusa de no haber comprendido nada sobre las tesis de McLuhan. El pedante responde a esto reclamándose como figura de autoridad por el hecho de ser profesor en la Universidad de Columbia, en donde imparte una asignatura sobre “televisión, medios de comunicación y cultura”, posición académica que otorgaría una gran validez a sus opiniones, así como de una autoridad intelectual de la que Alvy Singer carecería en tanto que figura anónima de la cola de un cine. Pero lo que el pedante no se espera es que Alvy le responde sacando de detrás de un cartel al propio McLuhan en carne hueso, quien confirma que ha escuchado toda la conversación y que el pedante se equivoca de principio a fin en la interpretación que hace de su tesis, preguntándose a su vez cómo es posible que le permitan transmitir (falazmente) sus ideas. El clásico desautoriza al académico pedante, y Woody Allen exclama mirando hacia el público “¡Si la vida fuera así!”.²⁶⁶

Esta genial escena no sólo representa la fantasía de toda persona que en algún momento haya discutido sobre el significado de un autor o del sentido de una obra, sino que además sintetiza en buena medida la tesis sobre los dos cuerpos del intelectual que presenté con anterioridad, fundada en las distorsiones inevitables sobre la imagen de un autor que ocurren en todo proceso de recepción. El elemento cómico de la situación estriba en el tipo de solución que aporta Woody Allen al debate, al invocar de manera inmediata y efectiva al autor que puede zanjar por medio de su autoridad una disputa interpretativa. En la mayoría de los casos existen límites físicos y vitales para que esto sea posible, e incluso cabe la posibilidad que el autor haya podido cambiar con el tiempo de planteamientos y que la parte que defiende de manera más ortodoxa su doctrina se vea paradójicamente desacreditada.

²⁶⁵*Annie Hall*. Dirigida por Woody Allen. 1977; Hollywood (CA), United Artist Corporation, 1977. Escena de los minutos 9:33 a 12:14 del metraje.

²⁶⁶La escena puede comprenderse como una suerte de guiño metanarrativo a las tesis de McLuhan. Bartolomé Clavero reflexionó también sobre el juego metanarrativo que Woody Allen despliega junto a McLuhan en referencia a la legitimidad de los planteamientos en las disputas interpretativas, conectado con la problemática del autor clásico y su impertinencia como figura de autoridad. Su reflexión puede encontrarse en su homenaje a Miguel Artola en: Bartolomé Clavero Salvador “El cambio político a examen clásico: de la diarquía jurisdiccional a la monocracia constitucional” en Miguel Artola Gallego (hom.) *Antiguo régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola* (Madrid: Universidad Autónoma de Madrid/Alianza editorial, 1994), p. 127.

Pero también hay algo más. En esta escena aparece también el papel que juega el prestigio intelectual y las lógicas del reconocimiento a la hora de establecer un planteamiento válido en una discusión, lo que a su vez repercute en la conformación de las ideas y en la consagración de los pensadores. La pelea entre Alvy y el pedante por las teorías de McLuhan sólo se resuelve gracias a la intervención del autor en carne y hueso a modo de un *deus ex machina*. Tampoco importa que las ideas de McLuhan no lleguen a explicitarse en ningún momento, pues este no siempre es un requisito en las contiendas intelectuales, ya que estas no versan exclusivamente sobre los postulados teóricos que se discuten, pues una buena parte de su naturaleza radica en una lucha por el reconocimiento del autor, sus ideas, su grupo de referencia y a la tradición intelectual a la que se adhiere.

Curiosamente en una entrevista realizada años después del estreno de *Annie Hall*, el propio Woody Allen se encontró con el problema de la recepción de su obra que Jauss describía cuando el horizonte de experiencia del público choca con las intenciones del autor. El cineasta confesó que para él la película *Annie Hall* había sido en parte una decepción debido a que el público supuestamente no había comprendió sus intenciones como autor. Mientras que él pretendía narrar el devenir incoherente de su consciencia plasmada narrativamente en la película, la mayor parte de los espectadores dieron mayor importancia a la relación entre Alvie y Annie, lo que según Woody Allen no era central para él cuando rodó la película.²⁶⁷

Por este motivo el problema sobre el sentido que un intelectual confiere a su obra y sobre la importancia que un pensador obtiene por su trabajo se encuentra siempre mediado por la intersección entre el canon y el marco, entre su capacidad de insertarse en un canon autoral, que desde una perspectiva diacrónica asegure su legado debido a su importancia en los debates intelectuales posteriores, que depende así mismo de un criterio sincrónico en base a su capacidad de imbricarse en las redes intelectuales de su momento histórico que ponga en circulación sus ideas y las haga relevantes.

La constitución del intelectual a través del carácter colectivo de su legado y por las lógicas de su reconocimiento intelectual me lleva a recuperar dos ideas-fuerza que presenté en el capítulo anterior, y que retomo ahora invirtiendo su explicación en el proceso de exposición. Me refiero al doble proceso de enmarcación y canonización

²⁶⁷Erik Eisenberg, “Woody Allen explains why Annie Hall and Hannah and her sisters were disappointments” en *Cinemablend*, 22 de junio del 2012, consultado el 14 de septiembre del 2018, <https://www.cinemablend.com/new/Woody-Allen-Explains-Why-Annie-Hall-Hannah-Her-Sisters-Were-Disappointments-31531.html>.

intelectual, que presenté al hablar de los conceptos-doctrina con el objetivo de intentar explicar cómo se producía la cristalización del sentido conceptual.

Cuando consideré los conceptos-doctrina presenté en primer lugar el proceso de enmarcación, para luego introducir la canonización explicada como una suerte de enmarcación temporal. En el caso de la figura del autor he seguido la estrategia inversa. He considerado en primer lugar el canon autoral, compuesta por los procesos de transmisión y recepción como vía en para explicar cómo un intelectual acaba deviniendo en autor. Desde esta perspectiva el autor sería un símbolo reconocible de autoridad intelectual representado por el conjunto de sus escritos que quedan sintetizados en una obra, y en donde la pluralidad de sus ideas se difuminan en la posteridad simplificadas como “un” pensamiento singular, “El” pensamiento del autor.

Si para entender mejor la canonización conceptual en el anterior capítulo era necesario explicar primero la enmarcación, para una mejor comprensión de la enmarcación en el caso de los intelectuales ha sido necesario seguir el camino inverso explicando primero el surgimiento del autor desde los procesos de su canonización. Pero para que un intelectual acabe siendo parte de un proceso de recepción es necesario que este haya formado parte de una red interconectada de pensadores, que generen sinergias intelectuales de influencias cruzadas y confrontación en donde se produzcan estímulos creativos. En último término, de esta interacción podrá surgir una comunidad intelectual que sirva para la posteridad como referente generacional del pensamiento de un contexto histórico determinado.

El *marco intelectual* es esta red de pensadores considerada desde el conjunto de consensos y disensiones intelectuales en las que participan generacionalmente, así como por los códigos comunicativos, las condiciones materiales que permiten realizar la labor intelectual en cada momento, así como las tecnologías de la información desde las que se transmiten dichos debates. Esta red intelectual les organiza como grupos de afinidad y antagonismo, que en un momento histórico específico genera una articulación desde la que reflexionar y debatir sobre los problemas de su tiempo. En esta interacción de individuos y grupos juegan un papel fundamental los procesos de recepción y resignificación de los cánones intelectuales, pues resulta fundamental la manera en que los intelectuales y sus grupos construyen sus *tradiciones electivas*.

Randall Collins en su *Sociología de la filosofía* (1998) se planteó cómo se conforma la figura del pensador a través de su red de relaciones intelectuales. Con su trabajo pretendía acabar con tres mitos: el mito de que las ideas pergeñan otras ideas (en

la línea de crítica al platonismo vulgarizado de la historia de los ideas de Lovejoy planteada con anterioridad), así como contra el mito del pensador como un sujeto aislado que pergeña ideas individualmente, y criticando además la idea de considerar la cultura en abstracto como un ente ontologizado que produce ideas por sí misma. A estos tres mitos Collins les contrapone la propuesta de considerar la historia de la filosofía como una historia de grupos de intelectuales en cuya interacción surge el pensamiento a partir de una energía emocional que se concreta en procesos de creatividad. El pensamiento tendría su origen en la interacción y el reconocimiento intelectual, y no por medio de la acción de individuos que piensan aisladamente en base a sistemas cerrados de ideas. El pensamiento sería entonces el resultado de una cadena del diálogo intergeneracional en que se conforman unas estructuras de afinidad y rivalidades que produce a su vez sinergia de pensamiento por la confrontación de postulados y el establecimiento de consensos.²⁶⁸

Antes de profundizar más en el modelo de Collins, (que inspira de manera general este apartado), es necesario explicitar que su modelo teórico responde a un intento de superar el esquema explicativo de la sociología funcionalista a través de una perspectiva alternativa conocida como *enfoque credencialista*. En la obra mencionada este se constituye a través de la hipótesis kuhniana de los paradigmas científicos, pero adaptada a los intelectuales (principalmente filósofos) explicando cada generación como un paradigma y al mismo tiempo como una red de intelectuales. El elemento fundamental de estas redes son las sinergias que se establecen y que conectan a los intelectuales en lógicas de reconocimiento que estimulan la producción filosófica. Su hipótesis kuhniana se ve por tanto influida por las teorías del *campo* y sobre la distinción de Bourdieu (con especial importancia por su noción de *capital cultural*), como por la teoría durkheana sobre las transferencias de sacralidad expuestas en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912), aunque adaptada a las lógicas del reconocimiento en el campo intelectual.²⁶⁹

Desde estas premisas Collins propone que los pensadores en tanto que individuos son nodos de una red de interacciones sociales en donde se moviliza una

²⁶⁸Randall Collins, *The Sociology of Philosophies: a Global Theory of Intellectual Change* (Cambridge, Cambridge University Press, 2002), pp. 3-8. La obra de Collins contiene tanto un modelo teórico como una historia del pensamiento, tanto occidental como chino, en el que se aplica su modelo. En mi capítulo consideraré exclusivamente su modelo teórico al margen de las aplicaciones a las que le sometió, o la pertinencia de la historia que planteó en su libro.

²⁶⁹ *Ibid.*, pp. 24-29, 31-32, 537.

energía emocional a modo de flujo de ideas-símbolo. Esta noción de las ideas como un flujo de energía emocional es el resultado de su teoría del reconocimiento.²⁷⁰

Lo que distinguiría al intelectual “profesional” (o socialmente reconocido como tal) del resto de la población que también participa (a otro nivel) en los debates intelectuales y políticos, sería la relación especial que este establece con los procesos de producción y transmisión del conocimiento. Para el intelectual estos encuentros se presentan como un ritual interactivo en donde puede lograr el reconocimiento de una comunidad de pares, cuyo elemento central en su identidad se fundamenta en el reconocimiento que adquiere por la comunidad de pares por el hecho de haber teorizado una idea o por haber desafiado un consenso. Por otra parte, el intelectual es un profesional cuya actividad consiste en indagar sobre las problemáticas y desafíos de su sociedad por medio de dos actividades distintivas que le sirven como medio de producción teórica: la lectura y la escritura. El proceso de investigación se culmina con la publicación y divulgación de su trabajo como paso fundamental en su constitución como autor. Esta consagración como autor el intelectual lo adquiere a través de la creación de un perfil propio que es reconocido por un público (especializado y generalista) y mediante el cual adquiere un *feedback* que puede asimilar a modo de recompensa y ser transformado en nueva energía emocional, lo que movilizaba a su vez estímulos para nuevos ciclos de producción teórica.²⁷¹

Aunque el medio escrito es la principal forma de lograr un impacto en la esfera pública, (y obtener con él reconocimiento), ningún pensador puede realizar su trabajo al margen de una comunidad intelectual. Esta puede estar presente como un grupo concreto, o como una entidad ideal en la mente del pensador que la moviliza a modo de *tradición electiva*. Sin embargo, ninguna actividad intelectual puede perdurar sin el establecimiento de encuentros cara a cara con los que vehicular la carga emocional necesaria para activar los procesos de creatividad. A esto Collins lo denomina *rituales de interacción intelectual*, y por medio de ellos pretende explicar la producción teórica como un proceso que conecta símbolos a membresías sociales, lo que genera una comunidad de entendimiento e identidad compartida, que puede ser movilizaba a modo de estímulo para producir una energía emocional que denominamos “creatividad”, que sería un impulso que estimula procesos prolongados de actividad mental mediante los que un pensador consigue trabajar de manera focalizada e intensiva en un problema

²⁷⁰ Ibid., p. 14.

²⁷¹ Ibid., pp. 15, 25.

concreto y por largos periodos de tiempo, logrando traducir la inspiración circunstancial en grandes ideas.²⁷²

Lo distintivo del *ritual interactivo* de los intelectuales es que en un periodo formal de tiempo los miembros de una red intelectual se reúnen en eventos especializados de carácter académico y/o científico, donde centran toda su atención y energías en un proceso de exposición y discusión de teorías y problemáticas con el fin de tratar con exclusividad y esclarecer una materia determinada. Esta práctica se diferencia de otras dinámicas sociales de intercambio de ideas tanto en sus objetivos, como en sus medios rituales, así como por el grado de concentración que sus miembros dedican al objeto de discusión que les compete. En los procesos de intercambio de ideas no académicos el foco de atención cambia continuamente debido a que el objetivo último de estos encuentros no es primordialmente la búsqueda y debate de un conocimiento concreto, sino el generar lazos de reconocimiento, procesos de politización y conciencia social, o fomentar estados de opinión pública. Ejemplos de estos espacios sociales de intercambio de ideas no académicos serían por ejemplo los debates políticos, las tertulias periodísticas o las discusiones espontáneas en círculos familiares y ambientes lúdicos (una discusión de barra de bar, de cafetería o en la esfera íntima). En todos estos casos hay una circulación y formación de ideas, pero en ellos no se persigue generalmente y como objetivo primario el esclarecimiento de un problema de investigación, o la movilización de sinergias y energías emocionales con el objetivo de lograr un reconocimiento de carácter intelectual.²⁷³

A este respecto considero que Collins establece una distinción demasiado tajante entre el intelectual profesional y el resto de la población, que se deriva del hecho de que asimila el intelectual con académico universitario, un tipo de correlación que puede ser sociológicamente representativa para el intelectual de los siglos XX y XXI, pero que resulta problemática para el tipo de perspectiva trans-histórica que intenta establecer. De alguna manera Collins reproduce el tópico del pensador alejado de la sociedad en su torre de marfil, y quizás esto sea el resultado de ser un profesor en universidades de la "Ivy League". Aún así esta delimitación esquemática resulta funcional para explicar ciertos comportamientos de dinámica grupal intelectual que ciertamente son más habituales entre los académicos que entre el resto de la población, y que pueden arrojar luz sobre los procesos de creatividad intelectual.

²⁷² *Ibid.*, pp. 7, 25-27, 34. Fernández Sebastián, "Tradiciones electivas".

²⁷³ Collins, *The Sociology of Philosophies*, pp. 26, 29.

Aunque no por ello se debe de dejar de reconocer que las lógicas de reconocimiento de los intelectuales son también muy dependientes de la respuesta y aceptación del gran público, y de cómo el conjunto de la sociedad asimila sus ideas. En el caso de los pensadores políticos el reconocimiento que puedan recibir de su círculo de militancia o por parte de un grupo social determinado puede ser infinitamente más relevante como *feedback* para reactivar sus procesos de creación creativa que el hecho de recibir reconocimiento de otros pensadores. A mi juicio la teoría del reconocimiento de Collins es útil y funcional como punto de partida para un enfoque que considere a los intelectuales como colectivo, sobre la premisa de cómo su reconocimiento asimétrico mutuo puede afectar a las lógicas de transmisión del pensamiento y del legado intelectual. Pero como teoría general del reconocimiento intelectual adolece de muchas más matizaciones.

Otro de los problemas que subyacen a su modelo es que concibe las lógicas del reconocimiento desde una perspectiva utilitarista basada en una racionalidad instrumental. Tal y como han denunciado Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo, existen en muchos trabajos de humanidades y ciencias sociales una tendencia a explicar la acción y la conciencia de los sujetos en base a una antropológica pre-social del individuo, que juzga su conducta en base a criterios utilitaristas de maximización del beneficio. Esta perspectiva es bastante patente en la obra de Collins y supone uno de los mayores problemas de historicidad de su trabajo, ya que no realiza distinciones entre las distintas culturas del reconocimiento desplegadas en la Antigüedad Clásica, en el confucianismo chino, en la escolástica medieval, o en el mundo universitario contemporáneo. Para Collins todos los autores se regirían por lógicas utilitarias maximizadoras del reconocimiento de sus pares sin atender al hecho de que en toda lógica de reconocimiento existen *bienes posicionales*, elementos simbólicos que tienen valor propio y exclusivo dentro de la cosmovisión de un grupo, y que condicionan las lógicas expresivas y de acción de los individuos en base a los repertorios de acción y discurso de los grupos en los que estos se ven reconocidos, o en los que aspiran a obtener reconocimiento. Estos *bienes posicionales* pueden ser fundamentales a la hora de determinar la búsqueda del reconocimiento grupal en base a lógicas que escapan a todo cálculo racional en términos de coste y beneficio, pues responden a una búsqueda

de reafirmación de la identidad por parte de los sujetos dentro de los códigos de *racionalidad expresiva* de su comunidad de referencia.²⁷⁴

Por este motivo frente a la visión utilitarista de Collins basada en una racionalidad de corte instrumental creo conveniente la necesidad de integrar la propuesta de Sánchez León y de Izquierdo sobre la pertinencia de considerar que los sujetos y los colectivos en los que actúan se articulan racionalidades procedimentales y expresivas, formas de acción y de discurso cuyos códigos se establecen, reproducen y reafirman en los procesos de actuación, protesta y memoria colectiva. Esto implica que cuando en las siguientes páginas hable sobre la necesidad de los sujetos de maximizar su impacto en las redes intelectuales, la noción de *maximizar* no se debe ser comprendida al modo en que la teoría económica neoclásica ha concebido este término económico. Los procesos de maximización del impacto del intelectual en sus redes no responden exclusivamente a una competición utilitaria por alcanzar al menor coste posible el mayor grado de poder en la jerarquía de su red (si bien esta tendencia suele estar presente). Lo que implica la *maximización* en este contexto es la capacidad de un actor social de hacer valer los códigos culturales que conforman su identidad grupal. De esta manera un actor puede quedarse voluntariamente al margen de las luchas de poder de su red intelectual y maximizar su actuación en dicha red por ceñirse a los códigos procedimentales y expresivos de su grupo, y hacerlo no porque vaya a resultar premiado por ello, sino porque forma parte de sus convicciones y cosmovisión.²⁷⁵

Una vez consideradas estas críticas creo que es importante volver al modelo de Collins para terminar de considerar su teoría del reconocimiento intelectual.

²⁷⁴Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo, “Racionalidad sin utilitarismo: La caza y sus conflictos en el Escorial durante el Antiguo Régimen”, *Revista de Historia Agraria*, N. 24, (Agosto, 2001), pp. 123, 142-143, 146-148.

²⁷⁵Sánchez León e Izquierdo, “Racionalidad sin utilitarismo”, p. 123. Tómese como ejemplo de este argumento mi tesis doctoral. Desde un punto de vista utilitario basado en una racionalidad instrumental esta tesis fracasa al no amoldarse a los criterios de una cultura académica dominada por el “Publish or perish”. Se trata de una tesis larga, sobre una temática relativamente extraña para la academia española, escrita en castellano, difícilmente publicable sin realizar adaptaciones y modificaciones, pero que a su vez no permite demasiados cambios estructurales sin comprometer la cohesión narrativa del texto. Si me rigiera exclusivamente por una mentalidad instrumental y utilitaria habría escrito una tesis compilatoria de artículos, más corta, en inglés y sobre temas de actualidad de los que ya he investigado y publicado tales como la victoria de Trump o el auge de la Alt Right. Sin embargo no he escrito esta tesis para alcanzar el máximo beneficio académico al mínimo coste (resultado que no rechazo *per sé*), sino porque como decía en la reflexión inicial de mi introducción, he escrito esta tesis porque deseo aprender con este trabajo, pensar profundamente a través de él, y todo ello siguiendo unos códigos académicos que me han transmitido las personas que más me han ayudado, que más me han influido, y con cuyo ejemplo he intentado realizar hasta donde me ha sido posible el ideal de tesis doctoral que se ajustaba a mi régimen de racionalidad procedimental y expresiva.

Para Collins los intelectuales se constituirían como grupo moviéndose a través de *interacciones rituales* en su red, con lo que conformarían una estructura colectiva de pensamiento, generando así una historia vital ligada a estos encuentros, en donde adquieren y comparten un repertorio de símbolos que les ofrece una identidad y un capital cultural que refuerza a su vez su participación en el grupo. Todo intelectual buscaría la centralidad en su red de *interacciones rituales*, con el objetivo de recabar la atención de la red para reclamar tanto la importancia como la novedad de sus ideas. Sin embargo, dichas ideas no pueden ser radicalmente novedosas, porque en ese caso no serían reconocibles por el paradigma teórico que constituye el suelo común de entendimiento y consenso de su red, y sus ideas no serán integrables en el debate de su contexto intelectual.²⁷⁶

En su uso de la categoría bourdiana de *capital cultural*, Collins no sólo manejará el sentido que el sociólogo francés le otorgó en su trabajo “Reproducción cultural y reproducción social” (1973) y que amplió en su teoría de los distintos capitales en *Poder, derecho y clase social*. Collins hizo un uso particular del término para referirse a un repertorio personal de símbolos que otorgaría prestigio académico e intelectual, tales como el dominio que un pensador tenga sobre el paradigma dominante en su contexto; como el disfrute de un puesto académico desde el que ejercer relaciones de poder y de dinamización intelectual; o el reconocimiento obtenido por haber realizado un descubrimiento destacado. La noción de *capital cultural* en Collins es ubicua, y no está definida en términos muy precisos, pero desde la teoría de Bourdieu se correspondería con una fusión de los capitales social y cultural, ejercidos ambos a modo de capital simbólico. Esto se traduce en una serie de competencias, conocimientos y estatus que tienen un origen intelectual, pero que cobran relevancia en la red de relación social-académica, pues posibilitan que un pensador traduzca sus competencias intelectuales en reconocimiento por parte de su *red ritual interactiva*. Con esto consigue que sus ideas obtengan vigencia y uso en su marco intelectual.²⁷⁷

En base a esta forma de interpretar el capital cultural Collins considera que las redes intelectuales son estructuras competitivas por el reconocimiento académico e intelectual. En esta lucha por el reconocimiento se generan unas asimetrías en la

²⁷⁶ Collins, *The Sociology of Philosophies*, pp. 29-31.

²⁷⁷ Pierre Bourdieu, “Cultural Reproduction and Social Reproduction” en Richard Brown, *Knowledge, Education and Social Reproduction* (Nueva York: Routledge, 2018), pp. 71-113; Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clase social* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001), pp. 106, 127, 136-143, 148-156. Collins, *The Sociology of Philosophies*, pp. 29-30.

atención que reciben sus miembros derivada de la desigualdad en la posesión de capital cultural por los distintos miembros de la red, lo que genera una estratificación en donde una pequeña fracción concentra buena parte de la atención del conjunto del grupo. Esta aristocracia del conocimiento (que en ocasiones deviene en una oligarquía académica) la compone una élite intelectual de autores (tanto vivos como muertos) entre los que se encuentran los clásicos, los intelectuales de prestigio y la élite académica que controla el acceso a los puestos de trabajo universitario, y que predomina a través del monopolio de la referencialidad sobre una mayoría de pensadores e investigadores que producen desde un punto de vista cuantitativo la parte sustancial de la actividad intelectual de su época sin llegar a recibir por ello un reconocimiento parejo.²⁷⁸

Esta distribución asimétrica del reconocimiento está íntimamente relacionada con los procesos de transmisión y recepción expuestos en el apartado anterior, pues está conectado con la habilidad que tiene un intelectual en devenir en *fundador de discursividad*, y con ello en su capacidad de ingresar en un canon de pensamiento, y constituirse así en un referente intelectual con todas las oportunidades y distorsiones que ello conlleva. Lo que anteriormente expuse como parte de un proceso de canonización mediante lógicas de la recepción, se sustenta a su vez en un proceso de enmarcación del pensamiento de un autor en los debates intelectuales de su tiempo.

Como se infiere a través de la teoría de Collins, esta enmarcación no es un proceso armonioso que responda exclusivamente a méritos intelectuales, sino que está también atravesada por un entramado de relaciones de poder que condicionan el acceso a las oportunidades de trabajo y a las técnicas de difusión del pensamiento, que en cada época se despliegan con sus propias características, pero siempre como un peaje necesario para la visibilización de las teorías de un autor. Esta asimetría de poder Collins la encuentra también en la relación entre discípulo y maestro, donde el discípulo puede aprovechar el capital cultural de su maestro (y lo que esto supone en posibilidad de acceso a los canales de atención y difusión académica) pero pagando en ocasiones el precio de una sumisión profesional e intelectual. Esto lleva a que alrededor de los maestros se formen grupos de cooperación que aprovechando su capital cultural impulsen una línea teórica y de investigación, en donde frecuentemente aparecen también lógicas de competencia por la reducida atención del maestro. En este contexto surgen rivalidades dentro del grupo, así como disputas contra grupos encabezados por el

²⁷⁸ *Ibid.*, pp. 31-40.

rival del maestro, siendo este uno de los motivos que subyacen a los enfrentamientos entre escuelas, llegando incluso al caso de la herencia y reedición de rivalidades entre los discípulos de maestros antagónicos.²⁷⁹

Por lo tanto la carrera de un pensador en su *red de interacción ritual* está atravesada tanto por desafíos intelectuales, (cuya resolución le puede otorgar prestigio, reconocimiento, y capital cultural), como por relaciones de poder cuya gestión puede determinar su recorrido y legado. En esta carrera la atención de la comunidad de pares es un bien escaso, lo que provoca que impere una lógica de la competitividad científica por el crédito académico, en donde la posición del primer descubridor de un tema, o por la resolución de un problema relevante para alguno de los paradigmas dominantes, reporta en ambos casos unos réditos excepcionales de reconocimiento al intelectual que logre tales hazañas. Esto provoca que la academia se mueva en un difícil equilibrio entre la tradición y la ruptura. Los consensos paradigmáticos refuerzan los vínculos identitarios, lo que alientan el escolasticismo, la autorreferencialidad y la defensa de certezas y autores compartidos que forman parte del canon que todo autor debe conocer. Pero la prima de prestigio que otorga la ruptura de los paradigmas con los descubrimientos impulsa al conjunto de la red a la búsqueda desenfrenada de la novedad, en donde no desaparece la constante referencia a la tradición. A largo plazo la manera en que cada intelectual gestione esta tensión mediante las lógicas de reconocimiento y la movilización de sus estímulos creativos le llevará a poder aspirar entre uno de dos horizontes ideales: 1) a ser un *rey de la montaña*, es decir, a convertirse en la referencia de un gran tema o problemática; 2) a devenir en un mandarín, ocupando una posición auxiliar a la sombra de un gran intelectual, o bien como especialista de referencia de un tema menor. Esta es una disyuntiva que se labra a lo largo de toda la vida del intelectual, y que depende tanto de su capacidad como de sus aspiraciones en pos de obtener el reconocimiento de su *red de interacción ritual*.²⁸⁰

²⁷⁹Ibíd., pp. 39-40. Mi experiencia personal a este respecto es que si bien esta relación de poder se presenta potencialmente en toda interacción académica e intelectual donde hay una asimetría de posiciones, esta no tiene porqué devenir necesariamente en una situación de dominación. De una relación entre maestro-discípulo donde la parte de poder (el maestro) se posiciona desde un talante generoso, respetuoso, empático e integrador con sus discípulos, el resultado es el de un empoderamiento de los últimos, pues la estrechez del vínculo personal potencia la trasmisión del capital cultural de todos los miembros del grupo, generando una sinergia de aprendizaje que no es tan habitual encontrar en una educación más generalista, tendente a lo impersonal, y donde hay un menor grado de energía emocional en juego que active procesos creativos.

²⁸⁰Ibíd., pp. 40-45. Hay una tercera opción que Collins no contempla por la lógica utilitaria e instrumental de su modelo que es la opción del *outsider*, el intelectual que decide realizar su labor al margen de las lógicas de reconocimiento de su comunidad intelectual, porque su foco principal de referencia identitaria

En todo caso las lógicas de la recepción expuestas anteriormente, unidas a la resiliencia que presentan los paradigmas intelectuales en el medio plazo, provocan que el juicio acerca de la creatividad y la contribución de un autor no suele ocurrir hasta varias generaciones posteriores a su muerte. Pues es necesario que la comunidad de intelectuales posteriores consideren la vigencia del impacto de la contribución de un pensador en la constitución de los debates posteriores a su tiempo, lo que puede dar lugar a la consagración de intelectuales que no tuvieron un gran reconocimiento en su momento, o a la entronización definitiva de las figuras de autoridad que dominaron en una época determinada.²⁸¹

Esto lleva a que el intelectual deba afrontar en último término tres opciones ideales al legado de su trabajo, que en buena medida se ven afectadas por las lógicas de reconocimiento de la red de su marco intelectual. Las tres opciones que afronta el pensador son el resultado de cómo el reconocimiento de la red se metamorfosea en forma de legado: canonización, olvido, o un estadio intermedio que se da con la pervivencia marginal del autor en la recepción académica a modo de una nota al pie de página (caso de O'Sullivan), convirtiéndose dichas notas ya no solo en una tumoración de los textos (como diría Weber), sino además en una suerte de limbo del legado intelectual, ya que estos pensadores no estarían presentes cotidianamente en la conciencia colectiva cuando se trata de algún asunto teórico, pero pueden ser rescatados en el caso de que sea necesaria una reflexión más especializada, en donde las figuras secundarias pueden aportar matices a las “esencias” presuntamente imperecederas de los clásicos.

Esta asimetría en la importancia que los pensadores logran con su legado lleva a Collins a introducir en su teoría de las redes intelectuales una gradación sobre la relevancia de los pensadores, considerando tanto la centralidad que estos tuvieron en su época como su importancia para la posteridad. A este criterio de Collins yo le denomino el elemento “habilitante”, pues la fama contemporánea o posterior es lo que lleva a considerar en primera instancia si merece la pena dedicar la atención a un pensador. A partir de este criterio Collins elabora una tipología de intelectuales en donde tiene en cuenta dos elementos que yo denomino “facultativos”, que son la originalidad y la

descansa en otros grupos. Por otra parte no todos los intelectuales están interesados en la atención de su red. Algunos se contentan con alimentar su curiosidad teórica, pero estos intelectuales eruditos tienden a acabar marginalizados por su red intelectual por muy valiosas que puedan ser sus contribuciones potenciales.

²⁸¹ *Ibid.*, pp. 58-60.

profundidad de la aportación de un pensador a los debates de su marco intelectual. Sin embargo a Collins no le interesa la originalidad o profundidad real de los planteamientos de un autor con respecto a los estándares de su paradigma, sino la percepción que tengan los intelectuales contemporáneos y posteriores sobre estas dos claves al considerar la obra de un tercero.

A partir de este criterio de la fama, filtrada a través de la percepción de la red intelectual sobre la originalidad y profundidad de los planteamientos de un autor, Collins considera que los intelectuales pueden dividirse en grandes pensadores, figuras secundarias y figuras menores. Las grandes figuras serían aquellas que marcan el curso del pensamiento, las que figuran en el gran canon que estudian todos los sujetos de una cultura. Entre los grandes pensadores puede trazarse una subdivisión entre grandes pensadores dominantes y mayores, para distinguir entre los pocos pensadores que son una referencia indiscutible para toda una cultura a lo largo del tiempo (dominantes), con respecto a aquellos que habiendo ejercido una gran influencia, son menos transversales y requieren de un proceso de apropiación más elaborado (mayores).²⁸²

Entre las figuras secundarias se encontrarían aquellos pensadores que fueron importantes para su época porque con sus teorías ejercieron un gran influjo en la constitución de su cultura. Por lo tanto su estudio es importante para comprender el marco intelectual de su tiempo. Sin embargo su impacto posterior sería menos relevante al estar sus teorías demasiado ancladas a los avatares de su época, y por lo tanto su influencia en el canon posterior será menor (como en el caso de O'Sullivan). Finalmente se encontrarían la figuras menores, que serían aquellas cuya contribución carecería de la originalidad y profundidad necesaria para adquirir relevancia intelectual, pero que en su tiempo jugaron un papel importante en la conformación de sus redes intelectuales, por el hecho de que continuaron con la labor de sus maestros desde una visión escolástica de transmisión sin innovación (epígonos y educadores), o bien porque ejercieron un poder temporal de carácter político en las redes académicas de su época sin que su labor se tradujera en una contribución de relevancia teórica acorde a su poder institucional (mandarines). Por otra parte, y aunque estrictamente no tengan porque ser figuras menores (ya que desconocemos el alcance de su teorización), habría una tercera figura

²⁸² *Ibid.*, pp. 60-61.

menor que son los pensadores “incidentales”, aquellos cuya contribución sólo conocemos indirectamente mediante lo que otros teóricos contaron de ellos.²⁸³

Collins sostiene que los filósofos más importantes de la historia no se encontraban aislados, sino que formaban parte de una red a la que denomina *círculo intelectual*, una estructura informal de contacto cara a cara entre pensadores afines que les permite una mejor circulación y reproducción de sus ideas en clave sincrónica. Con el tiempo estas redes informales podrían devenir en una escuela de pensamiento, ya fuera a través de un proceso de transmisión directa de maestro a discípulo, o por la recepción del autor por parte de una *tradición electiva*. De esta manera la transmisión en clave sincrónica se entrelaza con la reproducción diacrónica, y entre ambas se constituye el legado intelectual de las tradiciones intelectuales, que también ejercen como filtro para los autores y las ideas de una época.²⁸⁴

Para Collins la reputación no es distinta a la creatividad, pues según su estudio existe una relación causal entre la eminencia intelectual y el pensar dentro de una red con una alta densidad de relaciones intelectuales. Los grandes intelectuales suelen ser discípulos de otros grandes intelectuales, y la interrelación no sólo posibilita intercambios armoniosos de ideas, sino que propicia también rivalidades académicas que actúan como uno de los principales motores de creación intelectual al intentar desacreditar las teorías de un rival.²⁸⁵

Para Bloom, por otra parte, la originalidad que hace distintivo a un autor que deviene en clásico y que justifica su inclusión en un canon deviene de su capacidad de provocar un sentimiento de “extrañamiento” en el lector, que se da cuando la obra de un autor resalta una faceta del conocimiento que nos era desconocida bien porque nunca llegamos a asimilarla, o porque alguna instancia de nuestro conocimiento previos nos impedía tomar distancia sobre nuestros prejuicios y considerar ese punto de vista alternativo sobre nosotros y nuestras circunstancias. La originalidad del clásico, desde

²⁸³ *Ibid.*, pp. 62-63, 68-69. Una excepción dentro de esta figura de pensador incidental, que sin embargo es un gran pensador y dominante sería Sócrates, al que conocemos únicamente a través de las obras de sus discípulos (Platón), pero cuya influencia en buena parte del pensamiento occidental es indiscutible.

²⁸⁴ *Ibid.*, p. 65.

²⁸⁵ *Ibid.*, pp. 68-70, 73-74. Sin embargo, esta concepción de la creatividad intelectual es demasiado dependiente de las lógicas de reconocimiento, y la desconecta del contenido de los paradigmas científicos y académicos en los que se encuadra. El juicio sobre la creatividad de una teoría se sostiene hasta un cierto punto en un acto de reconocimiento del estado de la teoría de un momento dado y la ruptura con la misma por parte de actores inmersos en las mismas problemáticas. Pero para que este reconocimiento tenga lugar es necesario que se lleve a cabo una actividad sobre los límites del paradigma, que de manera potencial va a romper o no con él sin necesidad del reconocimiento del resto de la comunidad científica. Que la ruptura pase de ser potencial a efectiva es la diferencia que introduce el reconocimiento.

esta perspectiva, no sólo es resultado del reconocimiento que le otorga su red (esta es en esencia una explicación tautológica, y una de las mayores debilidades del modelo de Collins), sino que el reconocimiento a su originalidad deviene de su capacidad de cuestionar los fundamentos mismos de las preconcepciones básicas de las distintas generaciones que lo receptionan.²⁸⁶

Cuando el trabajo de un clásico tiene un difícil encaje en los debates intelectuales de un momento histórico dado, se suele decir que el autor ha perdido vigencia, aunque el problema de la vigencia no es un fallo exclusivo de las teorías de un autor. Los procesos de recepción requieren de una fusión de horizontes en donde el material de un autor concreto y la imagen que de él ha creado una tradición intelectual han de ser capaces de interpelar las problemáticas de las personas de una época determinada, y esto no siempre ocurre. En ocasiones el contexto teórico que estimuló al autor resulta demasiado lejano para los receptores de una época. En otras el cúmulo de interpretaciones que se han hecho sobre un autor condicionan su recepción negativamente haciéndole perder actualidad. Pero el problema de mayor envergadura se encuentra en la incapacidad que pueden experimentar unos lectores a la hora de elaborar preguntas pertinentes a las teorías de un pensador, y esto no es un problema de distancia histórica, ya que un autor de la Grecia Antigua puede tener más actualidad que un autor del siglo pasado. Este es un problema que se deriva de cómo nos relacionamos con los clásicos y el lugar que ocupan en nuestro imaginario intelectual.

Desde una perspectiva similar Freedman considera que las ideologías surgen de la interacción de distintos tipos de intelectuales, en donde unos pocos alcanzan la estatura de teóricos de primera magnitud, concentrando una atención desproporcionada con respecto al conjunto cuantitativo de teóricos que están produciendo pensamiento en su mismo campo ideológico. El carácter representativo de estos grandes teóricos tiene un carácter paradójico. Se tratan de individuos excepcionales cuya producción teórica está muy por encima del estándar medio de la producción de sus compañeros y rivales, lo que se traduce en que sus obras se despeguen de los planteamientos convencionales de un autor de su época. Esto les vuelve figuras de interés excepcional para los intelectuales de la posteridad, que les toman como representantes de una época, cuando

²⁸⁶Bloom, *The Western Canon*, p.4, 8-9. En este sentido, Bloom considera que la constitución del canon no se debe exclusivamente a un mero proceso de transmisión, sino que en él también se encuentra labrado un conflicto entre el peso de la autoridad de los genios del pasado con las aspiraciones de los escritores del presente, y es en esa lucha en donde muchos clásicos perviven, otros decaen y algunos de los mejores exponentes de entre los intelectuales de una generación pasan a incluirse en el canon.

en realidad suelen ser muy poco representativos del tono y decurso general de los debates de su tiempo. Estos autores sin embargo acaban volviéndose representativos por su singularidad, por el hecho de convertirse en una referencia imprescindible para todo aquel que quiera hablar de la ideología en la que se encuadra ese autor singular. Sin embargo el clásico no es representativo de lo que un autor promedio de su época y en su mismo campo ideológico solía pensar y publicar.²⁸⁷

El problema sobre los distintos tipos de intelectuales, y nuestra manera de relacionarnos con ellos, ha llevado a Freedon a proponer que para entender correctamente las ideologías es necesario considerar distintos niveles de producción de pensamiento de manera articulada y ponderada. Es necesario establecer el impacto que las ideas de un gran intelectual tienen sobre las organizaciones políticas predominantes de un momento dado. Esta interacción entre organización y pensador es importante, pues lleva a procesos de institucionalización del pensamiento, llevado a cabo por la asimilación de las ideas de un teórico a las necesidades orgánicas de la institución, lo que potencia su circulación de forma ampliada a través de las distintas redes intelectuales de su época, y generando una confrontación dialéctica entre pensamiento instituido y las teorías emergentes no asimiladas de una época. Las organizaciones políticas ejercen de esta manera de estructuras que filtran la actividad intelectual en base a sus lógicas institucionales y agenda política, lo que a su vez genera una producción intelectual distinta a la del gran autor, pero que también tiene un gran impacto en la sociedad gracias a los recursos de que disponen, que potencia el alcance y visibilidad de sus planteamientos. Alrededor de estas organizaciones políticas se configuran redes de pensadores menores en los que las preocupaciones intelectuales se encuentran entremezcladas con las lealtades y ambiciones políticas, que son vehiculizadas por sus organizaciones de referencia, lo que les empuja a estar mucho más atentos a la incidencia que su pensamiento pueda ejercer en su organización que en disquisiciones sobre problemas fundamentales, lo que orienta a este tipo de pensador hacia los debates de actualidad. Estos intelectuales, a pesar de no ser tan brillantes, pueden amplificar su proyección aprovechando los recursos de sus organizaciones para promover sus ideas, generando así vínculos de reconocimiento e identidad a través de procesos de agrupamiento.²⁸⁸

²⁸⁷ Freedon, *Ideologies and Political Theory*, p. 123.

²⁸⁸ *Ibid.*, pp. 123-124. Freedon permite completar un elemento muy importante que se encuentra ausente en la teoría de Collins que es el rol que juegan las instituciones de cara a influir en las dinámicas de

Estos pensadores si bien carecen de la originalidad de los grandes teóricos, sirven de nexo entre las grandes narrativas expuestas por los autores de referencia con las necesidades discursivas cotidianas de su organización, lo que les hace ser más accesible para las bases sociales a las que representa. Por este motivo son capaces de producir un tipo de pensamiento mucho más cercano y representativo al del conjunto social de su momento. O'Sullivan pertenece a este grupo de autores.

Si bien Freedman nos insta con muy buen criterio a considerar en conjunto los aportes de estos tres tipos distintos de actores (Grandes pensadores, instituciones políticas e ideólogos), el propio Freedman confiesa que cada tipo de intelectual requiere de un método de análisis específico debido a la particularidad de su pensamiento.²⁸⁹

Esta preocupación sobre la necesidad de establecer distintas metodologías de análisis para diferentes tipos de autores y pensamientos se encuentra también en Arthur Lovejoy quien heredó esta problemática del filólogo George Herbert Palmer:

Las tendencias de una época aparecen más diferenciadamente en los autores de menor rango que en los genios que la dominan. Estos últimos hablan del pasado y del futuro al mismo tiempo que de la época en que viven. Son para todos los tiempos. Pero en las almas sensibles y atentas de menos fuerza creativa, los ideales del momento aparecen recogidos con claridad.²⁹⁰

Lovejoy reclama desde esta óptica que para entender el pensamiento en clave histórica el estudio de un pensador menor puede llegar a ser más relevante que el estudio de un autor consagrado, porque para entender los planteamientos teóricos de estos últimos es necesario estar familiarizado con el telón de fondo general de la vida intelectual de una época, y los autores menores son más representativos de su tiempo que los clásicos. Este argumento es posiblemente uno de los pocos elementos de consenso que comparten tanto la historia conceptual koselleckiana, como el contextualismo de Pocock con respecto a la propuesta de Lovejoy. Como bien ha indicado Richter, la Escuela de Cambridge también comparte la preocupación de Lovejoy por trascender el canon de los grandes pensadores.²⁹¹

reconocimiento y producción de pensamiento de las redes intelectuales. En este párrafo por organizaciones políticas no me refiero sólo a los partidos. Los grandes medios de comunicación de masas, los think-tanks, e incluso las empresas o el Estado pueden incluirse en esta categoría.

²⁸⁹ Ibid., p. 123

²⁹⁰ George Herbert Palmer, "Preface" en George Herbert *The English Works of George Herbert edited by George Herbert Palmer* (Houghton Mifflin and Company: Boston, 1905), p.XII. Lovejoy, *La gran cadena del ser*, p. 28.

²⁹¹ Ibid., pp. 28-29. Koselleck, "Introducción al diccionario", p. 103. Pero como señala Richter, la propuesta de Koselleck de considerar un abanico amplio de autores que trascienda los clásicos se encuentra poco implementado en los trabajos concretos de la historia conceptual, en donde las grandes

Pero a pesar de estas declaraciones programáticas, tanto Lovejoy, Koselleck, o los contextualistas, todos ellos han tendido a privilegiar el estudio de los grandes pensadores sobre los ideólogos. Esta diferencia entre las intenciones y las prácticas de los historiadores del pensamiento puede resultar chocante, pero a mi juicio se explica por la gran atracción que ejerce el canon de los clásicos de la filosofía.

A este respecto cuando Bloom se preguntó sobre el porqué de la necesidad del canon, aportó una respuesta pragmática que sin ser el único factor ni el último motivo, sí que representa un elemento importante de porqué los lectores e investigadores privilegian a los autores del canon sobre otras figuras alternativas. Para Bloom existe una sobrepoblación “maltusiana” de autores y obras de gran importancia y calidad, que sitúan al lector en una encrucijada. Puesto que el tiempo para la lectura en nuestras sociedades es un bien escaso y nuestras vidas son cortas y sujetas a la contingencia, el criterio de elección para considerar a un autor no sólo se mide por los intereses personales del lector, sino que en ello también influye su relevancia social e histórica. La primera variable abre la posibilidad a la lectura de autores de todo tipo, mientras que la segunda encamina al lector hacia criterios de maximización del tiempo de lectura. En base a este criterio el lector intenta maximizar su repertorio de capital cultural, haciendo coincidir sus lecturas con aquellas que son consideradas como relevantes en los debates de su tiempo, que suele girar sobre clásicos y autores de moda.²⁹²

Por este motivo los autores de otras épocas considerados menores, que no han logrado ingresar en el canon intelectual, reciben una atención menor por parte de los historiadores del pensamiento con respecto a su atención dedicada a los clásicos. Esto ocurre a pesar de que se sepa que los autores menores puedan ser mucho más representativos de su tiempo histórico y ayuden a explicarlo mejor. Por otra parte la referencialidad del canon genera a su vez un círculo vicioso por el cual si no existen obras sobre un pensador dentro del canon se desincentiva su estudio, pues los nuevos investigadores no cuentan con referentes con los que dialogar a modo de debate académico. Si a esto le añadimos que las interacciones de los autores menores en las redes intelectuales de su tiempo no se cruzan tanto con los clásicos, como estos entre sí, el resultado es que sus interacciones tienen menos relevancia para la posteridad aunque

figuras siguen imperando. Esta sería uno de los principales fallos que Rolf Reichardt, en tanto que discípulo de Koselleck, habría intentado remediar en el *Handbuch* aplicando hasta el final la interrelación entre historia social e historia de los conceptos propuesta por su maestro. Richter, “Begriffsgeschichte and the history of ideas”, pp. 255-256.

²⁹² Bloom, *The Western Canon*, pp. 15-17, 30-33.

puedan ser más representativas. En suma, el problema que acucia a los ideólogos se refleja en una de las críticas con las que Pocock inició su texto “Languages and their implications: the transformation of the study of political thought” (1972): la filosofía como disciplina, y la historia del pensamiento tienen distintas prioridades a la hora de estudiar a un autor, y si la representatividad histórica no tiene porqué ser una prioridad para todo enfoque predominantemente filosófico, no puede estar ausente en uno que pretenda ofrecer una visión comprensiva del pasado.²⁹³

Esta representatividad no tiene porqué ser cuantitativa, es decir, reflejo de un tipo de intelectual medio cuyas características se validen por comprobación estadística. Pero sí debe de presentar rasgos que respondan a un cierto *tipo ideal* que sea comprobable mediante la indagación histórica.

De esta manera el *misterio O’Sullivan* se va despejando. Las necesidades de la historia del pensamiento político no tienen porqué coincidir ni con las prioridades formativas de los nuevos investigadores, ni con el complejo y contradictorio mundo referencial de los autores que investigan. Y en este contexto la tracción referencial del canon resulta difícil de evitar. Los métodos y preconcepciones tradicionales en el estudio del pensamiento suelen imponerse sobre las necesidades de innovación necesarias para dar a luz otros enfoques más adecuados y que permitan complejizar nuestras preguntas de investigación. En último término el canon siempre acaba privilegiando una perspectiva hermenéutica adecuada para estudiar grandes autores que presenten una alta sistematicidad, pero este enfoque resulta poco adecuado para estudiar intelectuales cuya producción teórica no sea tan consistente en cuanto a su sistematicidad, incluso aunque su pensamiento político pudiera haber tenido un gran impacto en los debates de su tiempo.

Este problema puede llegar a afectar incluso a las grandes figuras, tal y como nos recuerda el historiador de la ciencia Steven Shapin en su crítica a Koyré y en plena sintonía con el paradigma contextualista de la Escuela de Cambridge:

A los historiadores de las ideas les gusta que sus sujetos de estudio se muestren consistentes. La inconsistencia es vista como un demérito de la talla intelectual de un pensador, y los historiadores en ocasiones se esfuerzan por mostrar que las aparentes inconsistencias de un pensador destacado son en realidad una manifestación de algún estado psicológico firmemente establecido o de alguna consistencia metodológica. Sin embargo, es posible optar por un enfoque alternativo que considere las declaraciones de un autor como resultado del estado de los debates

²⁹³ Pocock, *Politics, Language and Time*, p. 9.

de su contexto, reconociendo que las ideas pueden jugar diversas funciones y que las circunstancias históricas pertinentes que afectan sus usos pueden ser complejas y cambiantes.²⁹⁴

De esta manera las visiones heredadas sobre un autor específico y sobre lo que normativamente se entiende por la autoría pueden llegar a convertirse en un lastre para el estudio del pensamiento político y de su historia, hasta el punto de poder influir en descartar pensadores de una gran relevancia para su momento histórico por no amoldarse a un ideal normativo del gran filósofo. Y con ello se dificulta la comprensión del contexto intelectual del pensador no canónico, invisibilizando las posteriores ramificaciones que sus ideas pudieran tener.

Hasta este momento he problematizado en clave teórica la figura del autor como un elemento de referencia intelectual. Por otra parte he definido el marco intelectual, como una red de pensadores que establecen un conjunto de consensos y disensiones intelectuales en donde los diversos sujetos participan generacionalmente. Pero las interacciones de esta red de pensadores no es lo único que constituye el marco. Este se establece además como un conjunto de códigos comunicativos, de condiciones materiales que permiten realizar la labor intelectual en cada momento, así como por las tecnologías de la información desde las que se transmiten dichos debates. Todo esto conlleva a que el proceso de enmarcación suponga el delimitar las condiciones materiales y de historicidad en las que la labor intelectual se realiza como parte de las actividades humanas de un contexto social que lo hace posible y la manera en que esta constitución material condiciona la manera en que se genera pensamiento. En lo referido a O'Sullivan, esto obliga a considerar la opinión pública en el contexto del *periodismo de escritores*.

²⁹⁴Shapin, "Of gods and kings", p. 214.

5. O'Sullivan como intelectual y profeta de la *opinión pública* en el tiempo del *periodismo de escritores*

La noción de *opinión pública* aplicada a O'Sullivan no es caprichosa ni accidental. Esta se encuentra presente en el manifiesto inaugural que escribió para la *Democratic Review* en 1837, y en donde esta aparece descrita en los términos canónicos de la doctrina liberal decimonónica como tribunal público y como contrapeso de la sociedad civil hacia los poderes del Estado:

“We are opposed to all self-styled “wholesome restraints” on the free action of the *popular opinion* and will, other than those which have for their sole object the prevention of precipitate legislation. This latter object is to be attained by the expedient of the division of power, and by causing all legislation to pass through the ordeal of successive forms; to be sifted through the discussions of coordinate legislative branches, with mutual suspensive veto powers. Yet all should be dependant with equal directness and promptness on the influence of *public opinion*; the *popular will* should be equally the animating and moving spirit of them all, and ought never to find in any of its own creatures a self-imposed power, capable (when misused either by corrupt ambition or honest error) of resisting itself, and defeating its own determined object. We cannot, therefore, look with an eye of favor on any such forms of representation as, by length of tenure of delegated power, tend to weaken that universal and unrelaxing responsibility to the vigilance of *public opinion*, which is the true conservative principle of our institutions.”²⁹⁵

En la igualación de la *opinión pública* con la voluntad popular O'Sullivan concibe una visión liberal de esta en términos democráticos, y por lo tanto, a diferencia de Tocqueville o Stuart Mill, la *opinión pública* no queda consignada a través del peligro de la “tiranía de la mayorías”. En este sentido, O'Sullivan se sintió partícipe a través de su revista de una esfera política que servía a la causa democrática como contrapeso al poder gubernamental y como portavoz de la voluntad popular. Es en estos términos en los que él concibe su labor de producción intelectual.²⁹⁶

²⁹⁵ O'Sullivan, “The Democratic Principle”, p. 2. Subrayado mío.

²⁹⁶ Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública* (Barcelona: Gustavo Gil Editorial, 2011), pp. 164-165. Gonzalo Capellán y María Victoria Campos, “Opinión Pública” en Juan Cantavella y José Francisco Serrano, *Enciclopedia de la comunicación* (Madrid: CEU Ediciones, 2011), p. 567. O'Sullivan como buen pensador romántico apuesta por no resolver el problema de la tiranía de las mayorías a través de lo que Carl Schmitt caracterizará como una solución irónica, siendo la ironía romántica una forma de dialéctica en la que se sintetizan dos extremos sin reconciliarlos. Carl Schmitt, *Romanticismo Político* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2001), p. . Este recurso a la ironía romántica como recurso intelectual se aprecia en el párrafo posterior al anteriormente citado: “The great question here occurs, which is of vast importance to this country [...] of the relative right of majorities and minorities. Though we go for the republican principle of the supremacy of the will of the majority, we acknowledge, in general, a strong sympathy with minorities, and consider that their rights have a high moral claim on the respect and justice of majorities.” O'Sullivan, “The Democratic Principle”, pp. 2-3.

O'Sullivan se comprende a sí mismo como intelectual de la opinión pública porque en su tiempo se estaba asentando una esfera de información, comunicación y pensamiento que resultó vital para la formación y articulación de los intelectuales en la modernidad. Pero el análisis de la opinión pública en O'Sullivan requiere ir más allá de la forma en la que este la teoriza en su ideario y la aplica en su proyecto político. Esto conlleva la necesidad de tratar las características de la opinión pública en la primera mitad del siglo XIX en los Estados Unidos, como medio para entender la manera específica en la que se conformó el marco intelectual en que O'Sullivan se constituyó como pensador. Esta esfera ha ejercido también una influencia en la manera en que se ha transmitido su legado, influyendo por este motivo en la problemática que he denominado como "el misterio O'Sullivan".

De cara a tratar un problema tan amplio y con una literatura tan extensa como es la temática de la opinión pública, la abordaré desde la hipótesis de Jürgen Habermas sobre el *periodismo de escritores* como una etapa concreta en la conformación de la opinión pública moderna. Completaré la hipótesis de Habermas con la propuesta de Paul Bénichou sobre la consagración del escritor de cara a poder explicar el nuevo rol que los intelectuales ejercen en esta forma de periodismo. Desde esta doble perspectiva será posible visualizar ciertos aspectos relevantes sobre los nexos entre la profesionalización del escritor y su conversión en un punto de referencia social como nueva figura de autoridad pública, lo que resulta relevante para historizar el modelo teórico sobre la figura del autor desarrollado en el capítulo anterior.

5.1 La opinión pública en el tiempo del *periodismo de escritores* y la consagración del intelectual como su sacerdote laico.

En *La democracia en América* Tocqueville plantea que en las sociedades democráticas como la americana de 1830 la libertad de prensa posibilitó la aparición de un poder que ejerció una gran influencia debido a su capacidad para moldear las opiniones de los hombres. La clave de este poder, el de la prensa escrita, radicaría en que las sociedades democráticas y capitalistas producen un individualismo resultante del hecho de la destrucción de sus lazos comunitarios. Sin embargo, esta disolución de los antiguos lazos comunales no hizo desaparecer el deseo de querer colaborar en la búsqueda de metas colectivas. Por lo que se hizo necesario el establecimiento de

distintos medios que les permitiesen salvar las distancias y les conectase en un proyecto común para movilizarles a través de una misma visión del mundo.²⁹⁷

En la época de Tocqueville y O'Sullivan los periódicos ejercían junto a los partidos políticos ese papel de aglutinante y religador colectivo, en palabras de Tocqueville: “Un periódico es un consejero que no hay necesidad de ir a buscar, que se presenta por sí mismo y que os habla brevemente todos los días de los asuntos comunes sin perturbar vuestros asuntos particulares”. Esto lleva a Tocqueville a considerar el creciente poder de los editores en la sociedad democrática de América, cuya voz e ideas son capaces de penetrar diariamente en multitud de hogares e influyendo en la mentalidad de sus habitantes: “lo que solamente era la opinión de un hombre aislado se convierten en la opinión de un país”.²⁹⁸

Para Tocqueville, el hecho de que en los Estados Unidos no existieran patentes e impuestos del timbre o registros obligatorios para los periódicos facilitaba que estos proliferasen, pues las publicaciones periódicas podían ponerse en marcha a través de la contribución de unos cuantos suscriptores que posibilitarían que el editor cubriera gastos y en un largo plazo que obtuviera ganancias. Sin embargo el historiador Alexander Saxton ha problematizado esta aseveración de Tocqueville señalando que a inicios de la *Era Jackson* (1828-1860) el precio de las suscripciones era tan alto con respecto al salario medio del trabajador norteamericano que las publicaciones periódicas suponían un bien de lujo. La ausencia de establecimientos de ventas oficiales de periódicos (los futuros kioskos), suponía que para la mayoría de la prensa escrita la distribución se tuviera que llevar a cabo por envío postal, por lo que el medio de pago más habitual eran las suscripciones cuyo precio medio era de seis a diez dólares al año, lo que equivalía al sueldo de toda una semana para un trabajador cualificado.²⁹⁹

²⁹⁷ Tocqueville, *La democracia en América*, pp. 866-867.

²⁹⁸ *Ibid.*, pp. 356-357.

²⁹⁹ La principal razón por la que la distribución postal encarecía el coste del periódico se debía a que había que pagar los gastos de envío sumados a los propios costes de la publicación. En las grandes ciudades algunos periódicos con muchos recursos podían establecer una forma de venta alternativa y complementaria a la suscripción empleando jóvenes repartidores ambulantes (los famosos “newsboys”). Sin embargo esta forma de venta callejera suponía un complemento y no era sustitutivo a las suscripciones debido a su carácter fluctuante. Otro factor que encarecía las publicaciones además del medio de distribución era el proceso de elaboración del papel. Con anterioridad a la producción industrial de pulpa de papel proveniente de la madera (cuya producción mecanizada se comienza a dar en la década de 1840 con los adelantos técnicos de Friedrich G. Keller) los fabricantes de papel debían utilizar diversas fibras vegetales con las que fabricaban hojas mediante un proceso de laminación por compresión en el que se generaba páginas amplias (88,9 x 55,88 centímetros) conocidas popularmente como *sábanas*, cuyo elevado precio llevaba a los editores de la primera mitad del siglo XIX a producir periódicos en donde la información debía organizarse de una manera estandarizada para aprovechar el espacio. Cada periódico consistía en dos *sábanas* cosidas, que eran subdivididas a su vez en cuatro páginas, de las cuales la primera

Sin embargo el precio elevado de las publicaciones solía atenuarse por el hecho de que las suscripciones solían compartirse entre varias familias, lo que posibilitaba dividir los gastos y ampliaba el número de lectores potenciales por cada unidad vendida. Por otra parte el carácter postal de la distribución de los periódicos y revistas también facilitó la formación de una cultura periodística nacional en donde los medios locales podían fácilmente sobrepasar su esfera de influencia más inmediata. El acta postal de 1794 aprobada por el Congreso de los Estados Unidos levantó la prohibición de que los carteros transportasen periódicos y revistas, ayudando a extender y a crear una cultura literaria en los Estados Unidos.³⁰⁰

En términos de recursos, la posibilidad de una opinión pública generalizada y democrática era una realidad en construcción más que una situación asentada en el momento en que Tocqueville publicó *La democracia en América*, aunque el autor francés supo captar una dinámica social en desarrollo que se terminaría por materializar una década después. Esto fue posible gracias a que tras la *Era de los buenos sentimientos* (1815-1828) llegaría la época de expansión de la prensa acompañada y potenciada por las conquistas del sufragio universal que se acometieron en muchos de los Estados durante la segunda y la tercera década del siglo XIX. La expansión del sufragio llevó a que aumentase el interés generalizado por la política debido al deseo de los nuevos votantes por mantenerse informados de cara a ejercer su recién

solía reservarse para política nacional y la literatura, la segunda para los editoriales y para los párrafos móviles de noticias internacionales, y las dos últimas páginas se llenaban con publicidad y noticias de sociedad. El proceso de producción del papel encarecía el precio del periódico, haciendo que con anterioridad a la *Era Jackson* fuera un bien de lujo de difícil acceso para la clase trabajadora. Tocqueville, *La democracia en América*, p. 361. Alexander Saxton, "Problems of Class and Race in the Origins of the Mass Circulation Press" en *American Quarterly*, Vol. 36, No. 2 (Summer, 1984), pp. 211-212. Robert Gumerove, *The New York Morning News: organ of the Radical "Barnburning" Democracy 1844-1846* (Tesina de Máster, Universidad de Columbia, 1953), pp. 7-8. Edwin Emery, *El periodismo en los Estados Unidos* (México: Editorial F. Trillas, 1966), p. 210. En cuanto al precio medio de las suscripciones Frank L. Mott estima que las publicaciones semanales solían costar entre 1,5 y 2,5 dólares anuales, las bisemanales y trisemanales entre 4 y 5 dólares anuales, y las suscripciones a una publicación diaria rondaría entre los 8 y los 10 dólares anuales. Frank L. Mott, *American Journalism: a History of Newspapers in the United States through 250 Years 1690 to 1940* (New York: The Macmillan Company, 1942), p. 203, 294-295.

³⁰⁰Mott, *A history of American Magazines*, pp. 119-120, 161. En lo que se refiere al carácter colectivo de las suscripciones a revistas y periódicos, Linda S. Hudson sostiene que un solo ejemplar se compartía entre los miembros de una familia, y en ocasiones las suscripciones se hacían entre varias familias, llevando a que cada publicación pasara de mano en mano pudiendo alcanzar una media de ocho lectores por cada ejemplar. A esto hay que añadir que en el siglo XIX la lectura en voz alta era muy común tanto en los hogares, en los centros de trabajo, como en los espacios públicos, convirtiéndola en una actividad colectiva que en la actualidad ha quedado reducida al ámbito de la privacidad. Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, p. 67. Es por este carácter colectivo de la lectura que Charles G. Steffen se hace eco de diversas fuentes de inicios de 1820 que aseguran que en los Estados Unidos de esa época existía una gran desproporción entre los 350.000 suscriptores de periódicos con respecto al 1.500.000 lectores que alcanzaban dichas publicaciones. Charles G. Steffen, "Newspapers for Free: The Economies of Newspaper Circulation in the Early Republic", *Journal of the Early Republic*, Vol. 23, No. 3 (Autumn, 2003), p. 382.

conquistado derecho al voto. Junto a estos adelantos políticos una década después (en los años cuarenta del siglo XIX) se terminó por popularizar la *penny press* en las ciudades, cuyo formato permitía realizar un tipo de publicación más barata y popular que los periódicos de formato *sábana* tradicional, entre otros motivos gracias a los adelantos técnicos en la producción de la pulpa de papel y a la aparición de nueva maquinaria de impresión como las “lightning presses”, imprentas de 10 cilindros capaces de imprimir 8000 copias a la hora.³⁰¹

Por este motivo, el periodo en que O’Sullivan ejerció de editor de las publicaciones *Georgetown Metropolitan* (1835-1837), *United States Magazine and Democratic Review* (1837-1846) y *New York Morning News* (1844-1846), coincide con la época de asentamiento definitivo de una opinión pública democrática y generalizada en los Estados Unidos.

La posibilidad material de esta extensión de la opinión pública se produjo entre otras razones gracias al alto grado de alfabetización de la población norteamericana, que durante la segunda mitad del siglo XIX superaba el estándar medio de la mayoría de los países europeos (salvo Escocia) pues se calcula que las tres cuartas partes de la población americana se encontraban alfabetizadas para 1840. Esto sería posible gracias al sustrato protestante de su cultura colonial, en donde la necesidad doctrinal y cultural-religiosa de leer la biblia produjo una temprana comunidad de lectores antes de que surgiera un sistema educativo público (en América la educación primaria se vuelve obligatoria a partir de 1850) y con anterioridad incluso a que se conformase una esfera de opinión pública moderna. Los americanos eran lectores de biblias antes de serlo de periódicos, y con la aparición de la prensa escrita en el siglo XVIII y con su popularización en el siglo XIX no resultó difícil hacer hueco a otra lectura dominical.³⁰²

³⁰¹ Tocqueville, *La democracia en América*, pp. 203-204, 340-341. Saxton, “Problems of Class and Race in the Origins of the Mass Circulation Press”, pp. 218-220. Carmen de la Guardia, “La conquista de la ciudadanía política en los Estados Unidos” en Manuel Pérez Ledesma (Ed.), *Ciudadanía y democracia* (Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2000), pp. 87-91. Emery, *El periodismo en los Estados Unidos*, pp. 209-213. Mott, *American Journalism*, pp. 203-204, 215-216, 233-235, 303-304, 314-316.

³⁰² F. W. Grubb, “Growth of Literacy in Colonial America: Longitudinal Patterns, Economic Models, and the Direction of Future Research”, *Social Science History*, Vol. 14, No. 4 (winter, 1990), pp. 453-461. Edward Stevens, Jr., “The Anatomy of Mass Literacy in Nineteenth-Century United States” en Robert F. Arnove y Harvey J. Graff, *National Literacy Campaigns: Historical and Comparative Perspectives* (Boston: Springer-Verlag, 1987), pp. 101-103, 107-110. Frank L. Mott reduce el número de analfabetos en ese periodo sólo al 9% de la población adulta, aunque también señala que las fuentes de la época sólo tenían en cuenta a la población blanca mayor de 20 años (no especifica si existe sesgo de género), y en caso de incluir a afroamericanos liberados la cifra sería un 1% más alta, siendo a su vez muy superior, pero difícil de calcular, si se incluyese en este cómputo a la población esclava. Mott, *American Journalism*, p. 304.

Pero esta prensa guardaba sólo un ligero parecido con los periódicos de los medios de comunicación de la época de masas, ya que su modelo de negocio como empresa de la información tenía una estructura y un alcance distinto al de los emporios informativos que surgieron a finales del siglo XIX. Mientras que los periódicos de la sociedad de masas se conformaron como negocios que empleaban desde decenas a cientos de periodistas profesionales capaces de cubrir noticias a lo largo del mundo, (estableciéndose como un verdadero poder político y comercial, el cuarto poder), el periodismo de la época de O'Sullivan lo conformaban pequeñas redacciones que contaban, (en el mejor de los casos), con un puñado de empleados semiprofesionales, que la mayoría de las veces compaginaban su trabajo periodístico con otra profesión que solía ser su principal fuente de ingresos. Estos periódicos eran en su mayoría empresas personales en las que el editor era la figura fundamental (y en muchos casos el único empleado del periódico) hasta tal punto que la publicación solía ser sinónimo del nombre de su editor. Pero para Habermas la mayor distinción que hay entre ambos modelos de prensa (la política del siglo XIX y la de masas del siglo XX) reside en la transformación del público elitista racionante en el público de masas, en donde el lector pasa a tener una menor interacción política con su periódico para convertirse en mero consumidor de noticias.³⁰³

En contraste con la figura del periodista profesional que predominaría en el periodismo de masas, Tocqueville señaló que en su época los periódicos estaban dirigidos por escritores, la mayoría de poco talento, y que en los Estados Unidos tenían una posición social poco elevada. Su educación por lo general se encontraba sólo esbozada y sus ideas eran vulgares. Sin embargo estos escritores hacían de su palabra la ley sobre todas las cosas, estableciendo la conducta y perspectiva sobre muchos asuntos, e influyendo de manera decisiva en la opinión del resto de actores. Estos escritores conformarían el núcleo del tribunal de la opinión: establecerían las doctrinas y promulgarían los programas de los partidos políticos. Por medio de sus periódicos influirían en grandes conjuntos de población, que se hablarían sin verse y se entenderían sin estar en contacto. Y cuando un gran número de editores se llegaban a poner de acuerdo sobre un asunto, su influencia se hacía irresistible. Los periódicos en la era de

³⁰³ Capellán y Campos, "Opinión Pública", p. 562. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, pp. 187-197, 210. Mott, *American Journalism*, pp. 205, 311-312.

Tocqueville se vuelven los intermediarios fundamentales entre los partidos, las asociaciones sociales y la población en general (entre otros, los votantes):³⁰⁴

Un periódico no puede subsistir más que a condición de reproducir una doctrina o un sentimiento común a un gran número de hombres. Un periódico representa siempre una asociación cuyos miembros son sus lectores habituales [...] Se puede decir que habla a cada uno de los lectores en nombre de todos los demás, y los arrastra tanto más fácilmente cuanto más débiles son individualmente.³⁰⁵

La figura del escritor a la que se refiere Tocqueville será la de un intelectual que en el contexto de la opinión pública de inicios del siglo XIX podrá adoptar bien el rol de editor, bien el de colaborador de entre las muchas publicaciones periódicas que aparecieron en el periodo. El editor periodístico de la era de O'Sullivan es un tipo especial de escritor que ayudó a constituir una nueva forma de opinión pública a la que Habermas ha denominado *periodismo de escritores*. Este tendría sus orígenes a inicios del siglo XIX y se prolongaría hasta mediados de ese siglo, momento en que la generalización de la *penny press* revolucionó el modelo de negocio, reduciendo los costes de producción y posibilitando la aparición de periodistas profesionales.³⁰⁶

El *periodismo de escritores*, por su parte, se estableció cuando el editor sumó a su vertiente económica como vendedor de noticias varias nuevas funciones, entre las que destaca la distribución cultural por medio de la publicación de breves obras literarias, así como un nuevo enfoque periodístico que marcó la transición desde la prensa de noticias del siglo XVIII a la prensa de opinión del XIX. Con el ingreso de capas cada vez mayores de población a la ciudadanía activa el público ansiaba algo más que conocer la actualidad, el lector buscaba además la opinión de alguien formado que le ayudase a interpretarla. De esta manera el editor cobró un mayor protagonismo a la hora de elaborar los contenidos del periódico, en donde los editoriales se erigieron en uno de los pilares fundamentales de las publicaciones, siendo la línea editorial el principio de adhesión principal para los lectores por encima incluso de la calidad de las noticias.³⁰⁷

³⁰⁴ Tocqueville, *La democracia en América*, pp. 362-363.

³⁰⁵ *Ibid.*, pp. 869-870.

³⁰⁶ Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, pp. 209-210. Mott, *American Journalism*, p. 312.

³⁰⁷ Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, pp. 189-190. Mott, *American Journalism*, pp. 200, 295-296.

Tanto el editor como el colaborador del *periodismo de escritores* fueron el producto de un cambio en el estatus del intelectual durante el periodo de la *Sattelzeit* que se correspondió con el fenómeno que el filósofo francés Paul Bénichou denominó como *la consagración del escritor*. De acuerdo con Bénichou la crisis del *Antiguo Régimen* a finales del siglo XVIII dio lugar al hundimiento de sus autoridades intelectuales, lo que provocó que la nobleza perdiese su preeminencia sobre la *República de las Letras*, y las iglesias (tanto la católica como las protestantes) tuvieron que compartir su anterior monopolio sobre los asuntos de fe y sobre el sentido de lo trascendente. Los escritores de extracción mayoritariamente burguesa fueron quienes ganaron un nuevo rol social a partir de este *periodo bisagra*.³⁰⁸

Los intelectuales de la segunda mitad del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX se comprendieron a sí mismos como “educadores del espíritu”, hombres de letras producto y productores de la ilustración, que a emulación de los antiguos oradores clásicos se imaginaron a sí mismos como un tribunal independiente que juzgaba los vicios sociales. Imaginaron a la opinión pública como su receptor, un hipotético pueblo reunido en asamblea; la academia sería su senado, y el periódico el medio de difusión de sus ideas. A este proceso se le llamará el “imperio de la opinión pública”, en donde los escritores actuarán como sus órganos y árbitros. El escritor consagrado de este periodo se alzará como el portavoz de una nueva fe humanitaria volcada hacia la perfectibilidad del hombre a través de la política. En el siglo XVIII esta fe secular se armará alrededor de la idea de la razón como portadora del progreso, en donde el progreso se comprenderá como una fuerza providencial secularizada. En el siglo XIX la fe providencial en el progreso se liberará de la razón para colocar en su lugar a entidades trascendentales de carácter colectivo que religuen a los individuos atomizados en una comunidad de destino.³⁰⁹

En esta nueva fe el dios trascendental será sustituido por dos realidades seculares que impondrán una nueva ontología en el modelo de legitimación de la realidad histórica: La humanidad y la historia. En Europa los adversarios reaccionarios de la revolución entronizaron la historia como un *katechon* ante el demiurgo revolucionario del pueblo. El pueblo al historizarse se delimitó para transformarse en la nación en tanto que pueblo históricamente concreto. El pueblo de la revolución era la humanidad

³⁰⁸ Paul Bénichou, *La coronación del escritor 1750-1830: ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981), pp. 17-18, 42-43.

³⁰⁹ *Ibid.*, pp. 20-31. Paul Bénichou, *El tiempo de los profetas: doctrinas de la época romántica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984), pp. 8, 31, 209, 353-354.

abstracta que justificaba la intervención de la guerra y del imperialismo revolucionario como vía de su realización. En los Estados Unidos, en donde a diferencia de Europa el bando revolucionario ganó de manera inmediata el conflicto constituyente, el pueblo y la historia no se contrapusieron como dos entidades metafísicas en competición, sino que se fundieron para generar una nueva filosofía de la historia que conservase el carácter universalista y expansionista de la noción revolucionaria de pueblo, junto a la concepción concreta y exclusivista de la idea romántica de nación, entidad esencial guiada por un providencialismo histórico. Los escritores consagrados se erigieron en profetas de esta nueva entidad trascendental. Esto tuvo importantes consecuencias para la política, pues como señaló Carl Schmitt: “La política se vuelve una cuestión religiosa, el portavoz político un sacerdote de la república, de la ley, de la patria”.³¹⁰

La consagración del escritor se caracterizó por la conformación de una opinión pública que trataba las cuestiones políticas de acuerdo a un “espíritu literario”. Esto se vio reforzado por el hecho de que la política y la prensa se encontrasen dominadas por hombres de doctrina, que se caracterizarán por un aventurado espíritu de abstracción dominado por un carácter apriorístico y utópico. En este contexto de grandes transformaciones sociales donde los espacios de experiencia cedieron ante los horizontes de expectativa, en donde un nuevo mundo emergió sin que la tradición y la fe establecida pudieran aportar fundamentos sólido para la conducción de los asuntos públicos, al intelectual se le encomendó la labor de ofrecer fórmulas universales y omnicomprensivas que ayudasen a explicar el mundo.³¹¹

De esta manera el escritor-sacerdote ocupó el lugar de los antiguos tratadistas y de la nobleza cortesana ilustrada como portavoces de la razón de Estado, pretendiendo erigirse en guías de los asuntos públicos y jueces de los actos del gobierno por el hecho de considerarse la parte más avanzada de la voluntad nacional. Por otra parte, estos intelectuales se arrogaron el papel de portavoces de los objetivos trascendentales de la comunidad, función social de la que antes se hacía cargo la religión organizada en iglesias. De esta manera el escritor se erigió en sacerdote del nuevo orden social, donde el periódico sería su púlpito y los lectores sus feligreses. Esta idea quedó reflejada en la

³¹⁰ Schmitt, *Romanticismo Político*, pp. 117-122.

³¹¹ Koselleck, *Futuro Pasado*, pp. 25, 32, 47-40, 338-342. Bénichou, *La coronación del escritor*, p. 39. Esta idea fue expresada de manera muy parecida por Evert A. Duyckinck, editor literario de la *Democratic Review* durante los últimos años de dirección de O’Sullivan y gran protector de Herman Melville. Ante el fenómeno de la aceleración de su tiempo Duyckinck consideraba que la misión del escritor se encontraría en ofrecer al resto de la sociedad instrumentos de civilización a través de los libros, y devenir de esta forma en árbitros del gusto social, ejerciendo una función entre la del mercader, y la del sacerdote. Miller, *The Raven and the Whale*, pp. 90-91.

máxima de Hegel: “La lectura del periódico es la oración matinal del hombre moderno.”³¹²

Sin embargo, a pesar de la conquista de este nuevo y prestigioso rol social, el escritor tuvo que enfrentarse a la paradoja de que su recién obtenido capital simbólico no se transformase en capital económico de manera directa. Este nuevo tipo de intelectual apareció durante el periodo que transitó de 1750 a 1830, como resultado de la educación clasicista promovida por el contexto de la ilustración y generalizada entre muchos burgueses, que transformaron parte del capital económico producto de su ascenso social durante el siglo XVIII en capital cultural. La formación de una alta cultura burguesa durante este periodo permitió acceder a miembros de este grupo a espacios anteriormente reservados a los estamentos privilegiados. De entre la burguesía surgieron en esta época muchos escritores e intelectuales que realizaron su labor artístico-intelectual bajo el patronato de la aristocracia, de la iglesia y de las cortes principescas. Pero los estratos privilegiados del *Antiguo Régimen*, si bien extendieron una sofisticada plétora de pensiones y subsidios para los *philosophes*, no hicieron sin embargo un gran esfuerzo por ofrecer a estos escritores un lugar o reconocimiento en su esquema social como recompensa a la labor intelectual que realizaban.³¹³

Por otra parte, durante la ilustración tardía se creó un abismo entre unos cuantos académicos arribistas y protegidos a sueldo de las grandes figuras de la ilustración temprana. Esta aristocracia académica de extracción burguesa convivía junto a una masa cada vez más amplia de gacetilleros y hombres de letras convertidos en lumpen-intelectuales: escritores de fortuna producto del ascenso cultural de muchos estratos medios del tercer Estado, que sin embargo no se beneficiaron del sistema de prebendas del patronato cortesano. Los intelectuales arribistas que heredaron de las grandes figuras ilustradas la obsoleta *República de las Letras* la reconvirtieron en un estructura de

³¹²Ibid., pp. 17-18. George W. F. Hegel y Jon Stewart (ed.), *Miscellaneous Writings* (Evanston: Northwestern University Press, 2002), p. 247. El aforismo pertenece a sus cuadernos de 1803-1806, y forma parte de reflexiones privadas del periodo de Jena en que el pensamiento del autor bullía por la evolución de la Revolución francesa y el auge de Napoleón. El aforismo nunca fue publicado por Hegel en vida y no se debe interpretar como parte fundamental de su doctrina. Su perspectiva ante la actitud del lector periodístico deja entrever una cierta crítica hacia su condición de creyente, pues donde el creyente teísta buscaba la mediación del Dios providencial para explicar los fenómenos del mundo, el lector del periódico encuentra en la prensa una fuente de conocimiento cuasi providencial que en su carácter de mediador entre el lector y el mundo ejerce una función equivalente al del viejo Dios teísta. El fenómeno de la mediación como problema para el conocimiento es un elemento fundamental para Hegel cuando escribe esta frase.

³¹³Bénichou, *La coronación del escritor*, p. 20, Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis del mundo burgués* (Madrid: Ediciones Rialp, 1965), pp. 108-135; Robert Darnton, *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen* (Madrid: Fondo de Cultura Económica/Turner Publicaciones, 2003), pp. 15-16, 21-24.

captación y redistribución de las prebendas cortesanas, mientras los escritores de fortuna debían elegir entre los maestros del gremio de editores-libreros que pagaban poco, o entre los editores de las gacetas que pirateaban casi todo su contenido y no pagaban nada. Sin acceso a las pensiones cortesanas y sin posibilidades reales de vivir de su pluma, su única posibilidad pasaba por encontrar a un noble que necesitase rodearse de hombres de cultura para proyectar un cierto capital cultural. Pero las posibilidades de ingresar de manera arribista en la alta sociedad eran relativamente escasas. Por lo que estos escritores sobrevivían malvendiendo sus obras, haciendo de escritores “negros” para alguna persona acaudalada, o mediante la realización de recados y trabajos sucios como informantes policiales, vendedores de pornografía e informantes de los bajos fondos para las publicaciones periódicas.³¹⁴

Sin embargo, la organización corporativa de la cultura a la que respondía el *Antiguo Régimen* no saltó por los aires solamente debido a su disfuncionalidad económica, como señala Robert Darnton el problema del este corporativismo residía también en que:

Contradecía la premisa básica que había impulsado a los jóvenes escritores a acudir en masa a París entre las décadas de 1770 y 1780. Llegaron convencidos de que la república de las letras existía realmente tal como aparecía descrita en las obras de los grandes filósofos, el equivalente literario del individualismo ‘atómico’ de la teoría fisiocrática, una sociedad de individuos independientes pero fraternales en la que los mejores obtendrían la posición y el sustento del servicio a la causa común. La experiencia les demostró que el mundo real de las letras funcionaba como todo lo demás en el *Antiguo Régimen*: cada uno progresaba como podía dentro de un laberinto de instituciones barrocas. Para publicar un artículo [...] era necesario recurrir a los viejos mecanismos de privilegio y protección, no bastaba con tener talento.³¹⁵

Esta situación llevó a que a finales del siglo XVIII muchos intelectuales desarrollasen una profunda desafección por el *Antiguo Régimen*. Unos porque contaban tanto con los medios económicos como con el control de la producción cultural, pero sin que esto se tradujese en un reconocimiento social acorde con su situación. Otros porque

³¹⁴Ibíd., pp. 26-27, 32-35.

³¹⁵Darnton, *Edición y subversión*, p. 37. Es por esta razón que Darnton considera que el antagonismo visceral de estos escritores hacia el *Antiguo Régimen* hundía sus raíces en un sistema académico dominado por una retórica de meritocracia en donde lo que verdaderamente imperaba eran códigos de privilegio y favoritismo, que en último término llevaría a que con la Revolución francesa los escritores de fortuna se aliasen en masa con el movimiento revolucionario, haciendo rendir cuentas a la academia e intentando construir un nuevo orden intelectual más acorde con las promesas incumplidas de la ilustración. Resulta sorprendente la rabiosa actualidad que conserva este párrafo en la época del capitalismo tardío, y lo mucho que concuerda con los actuales problemas del mundo universitario actual.

su actividad intelectual no contaba ni con el reconocimiento del poder, ni con el acceso a su sistema de prebendas, por lo que su actividad artístico-intelectual era muy precaria. Esta situación condujo a que estos dos estratos intelectuales sostuvieran posicionamientos críticos contra el viejo orden, y en último término les llevó a jugar un papel central en la dirección intelectual de las revoluciones de finales del siglo XVIII. De aquí proviene el mito compartido durante la Restauración por muchos teóricos conservadores y reaccionarios según el cual las revoluciones habrían sido una catástrofe cuya responsabilidad recaería en los *philosophes* y en sus abstractas teorizaciones de lo social.³¹⁶

Pero el advenimiento de la sociedad burguesa tampoco supuso el acomodo del escritor en el nuevo orden postrevolucionario. El mundo del arte seguía impregnado de un elitismo aristocrático que despreciaba las claves culturales de la sociedad burguesa, y esta última tampoco supo encontrar un espacio práctico inmediato para el escritor durante el interin entre el derrumbe de la aristocrática *República de las Letras* y el advenimiento de una industria literaria de consumo de masas.³¹⁷

En este tiempo de transición el escritor y el intelectual vieron desvanecerse su antigua fuente de sustento: el patronato artístico que ejercían las cortes principescas, la nobleza y las iglesias. Pero aún no habían surgido los que finalmente serían sus futuros nichos de empleo: las universidades y el mercado editorial.

La universidad moderna concebida como un espacio de formación profesional y de producción científica fueron surgiendo a lo largo del siglo XIX, a partir de la transformación de los antiguos *college* ilustrados y de los seminarios teológicos en centros de formación e innovación funcionales a las lógicas del mercado. Pero como todo proceso de subsunción institucional en las lógicas capitalistas, fue un proceso lento y progresivo lastrado por la dificultad de reciclar los saberes humanistas en conocimientos aplicados a la producción, lo que condujo a la necesidad de desarrollar un saber positivista y técnico que sustituyese a la antigua formación teológico-humanística. En los Estados Unidos, por otra parte, la transformación de las universidades en centros de formación profesional se vio retrasada por la existencia de un sistema funcional de aprendices en el entorno laboral producto del estadio artesanal de su industria, que junto a una fuerte cultura del emprendimiento, retrasó la

³¹⁶Bénichou, *La coronación del escritor*, p. 107. Darnton, *Edición y subversión*, pp. 36, 55-57.

³¹⁷ Bénichou, *La coronación del escritor*, p. 19.

reconversión de los *college* americanos en instituciones para la adquisición de conocimientos aplicados al entorno laboral.³¹⁸

La lentitud en la transformación de las universidades llevó a que los intelectuales del periodo se concentrasen en el mercado editorial. La industria editorial vivió una expansión a finales del siglo XVIII por la popularización de la novela como género literario, lo que resultó decisivo a la hora de establecer el escrito en formato “libro” como un artículo de consumo popular cuyo uso trascendiera el ámbito universitario o los hogares de las clases privilegiadas. Sin embargo su producción seguía resultando cara para los estándares de consumo de la clase trabajadora, y aunque esta se pudiera encontrar alfabetizada, su acceso a los relatos de ficción se realizaba predominantemente por medio de la cultura oral antes que por el medio escrito. Por este motivo el *periodismo de escritores* se enfrentó a la necesidad de formar a unas audiencias literarias amplias que conformasen un grupo estable de consumidores de cultura, que tuviera el suficiente tamaño como para sostener un nuevo ramo productivo, y que además ejerciese dicho consumo de manera sostenida en el tiempo.³¹⁹

De esta manera, la formación de una esfera de consumo cultural se produjo principalmente a través de revistas literarias y periódicos. Estos eran más baratos que los libros y combinaban la venta de información político-social con la publicación de poesía, relatos breves y reseñas literarias. Esto daba lugar a que las publicaciones fueran muy heterogéneas en sus contenidos, lo que obligaba a que los editores racionalizasen todo el material a través de su criterio editorial, mediante el que inculcaban a sus lectores una suerte de canon literario “homogéneo”. Esta función canonizadora de las revistas y de los periódicos era de vital importancia en unas sociedades donde la literatura había sido hasta hacía poco un producto de la alta cultura (y por lo tanto monopolio de las clases privilegiadas), y donde las clases populares no contaban con una memoria instituida como lectores que les ligase a la tradición literaria de sus países.

³¹⁸Roger L. Geiger, *The History of American Higher Education: Learning and Culture from the Founding to the World War II* (Princeton: Princeton University Press, 2015), pp. 123-124, 136-160, 170-187, 213-214; Collins, *The Sociology of Philosophies*, pp. 618-671. Para el caso de los *college* americanos ver *Ibid.*, pp. 671-680.

³¹⁹Stephen C. Behrendt, “The Romantic Reader” en Duncan Wu, *A Companion to Romanticism* (Malden: Blackwell Publishing, 1999), pp. 91-92. A este respecto, Evert A. Duyckinck publicó en la *Democratic Review* un editorial literario en el que defendía la superioridad de la revista literaria sobre el libro como medio para la formación de la opinión pública y de una comunidad de escritores americanos. Las revistas, a diferencia de los libros, hablarían al lector sobre el tiempo presente y lo que los autores tendrían que contarnos sobre los problemas del presente. Por otra parte las revistas en su carácter colectivo ayudarían a crear un sentido de comunidad entre los escritores, y entre estos con los lectores. Evert A. Duyckinck, “On writing for magazines” *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, N.º. 88, (May 1845), pp. 455-460.

Por otra parte los periódicos y las revistas se erigieron como árbitros indiscutibles del canon intelectual contemporáneo a su publicación, decidiendo así la suerte de los escritores de su tiempo. De esta manera influían a través del canon sobre los valores compartidos de su sociedad en clave tanto política como estética, por lo que se fueron transformando en una institución central en la forja de una identidad del ciudadano como lector, a la par que generaban una cultura de consumo literario.³²⁰

El *periodismo de escritores* tuvo entre sus principales tareas la producción de lectores en un sentido amplio. Por esta razón los periódicos y las revistas se erigieron en el principal nexo entre el lector y el escritor, ejerciendo así una enorme atracción y poder sobre los escritores que tendieron a colaborar con este tipo de publicaciones aunque estas no pudieran ofrecerles un sustento económico continuado. De esta manera la prensa de escritores se erigió como el primer nicho de empleo en aparecer para el intelectual en las sociedades modernas y capitalistas. Pero este periodismo presentó una capacidad limitada para absorber y proveer de medios de subsistencia al enorme conjunto de autores que emergieron durante esa época, lo que llevará a que la relación del intelectual con el nuevo orden fuera problemática, razón por la que este reproducirá el radicalismo político que los escritores desplegaron hacia el *Antiguo Régimen*, pero en aquel momento contra el nuevo orden burgués.³²¹

El intelectual de esta época fusionará en su figura las contradicciones que experimentaron tanto los escritores bien posicionados de la ilustración tardía como los gacetilleros lupen-escritores que se oponían a la academia. Esto se debió a que el escritor-sacerdote del *periodismo de escritores* surgió como un estadio de transición entre el pensador ilustrado y el escritor profesional. Para el ilustrado su labor intelectual era una actividad ociosa que le insertaba en una dinámica de reconocimiento con sus pares, a la par que constituía un acto privado con repercusiones públicas por su pretensión de influencia política y social, pero cuyo ámbito intelectual era el de una publicidad literaria de élites ociosas. Con el advenimiento del capitalismo como modo de producción y reproducción social se produjo la subsunción de las esferas del ocio y de la comunicación en la lógica de la valorización, que en el ámbito de la opinión pública se tradujo en la aparición de una industria editorial-periodística que debía construir y encontrar salidas para un mercado cultural que aún se encontraba en estado

³²⁰Ibid., p. 93. Mott, *A history of American Magazines*, pp. 3-4.

³²¹Ibid., pp. 26, 39-41.

embrionario. Esto conllevará la transformación del escritor desde una clase intelectual ociosa y deliberativa en fuerza de trabajo productora de mercancías culturales.³²²

Hasta este momento me he referido en unas cuantas ocasiones al término *subsunción*, que cuenta con una larga historia tanto en la filosofía como en el derecho, y que a través de Hegel llegó a Marx quien la integró en su trabajo de crítica a la economía política. La categoría *subsunción* ha jugado un papel muy relevante como concepto que da cuenta de la “escisión originaria” entre el trabajador y sus condiciones de reproducción, lo que en la teoría del Marx maduro da lugar a un doble vector explicativo sobre cómo el capitalismo devino en la forma socioeconómica predominante en nuestro tiempo: por una parte para explicar cómo operó la transición de un mundo precapitalista a uno plenamente capitalista, y por otra parte para ofrece claves explicativas sobre cómo opera la lógica de la valorización como imperativo máximo e ineludible de las sociedades actuales, permitiendo a al sistema socioeconómico capitalista reproducir sus condiciones de existencia de manera sostenida y ampliada.³²³

Mi maestro Carlos Castillo ha reflexionado de manera profunda sobre el fenómeno de la *subsunción* en Marx, y en su tesis doctoral ofreció una síntesis magnífica sobre el problema de la *subsunción* que merece ser considerada:

“Como condición y supuesto del proceso de emergencia y generalización del modo de producción capitalista (cf. Marx, 1975a) se despliegan unas prácticas sociales caracterizadas con la noción de subsunción y cuyo contenido viene definido por una trama relacional de supra y subordinación (cf. Marx, 1974a: 61-63, 64-65). Todo esto implica que la subsunción viene a dar cuenta del despliegue de relaciones de poder, económico-materialmente fundadas, dirigidas a producir un orden social y productivo que posibilite, de un modo real y efectivo, en virtud del despliegue de los dispositivos de escisión, abstracción, mediación e inversión (cf. Marx, 1978), la dominación del capital sobre el trabajo a través de la continuada integración de éste en la composición orgánica de aquel.”³²⁴

³²² Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, pp. 67-68, 100-103, 108.

³²³ Carlos A. Castillo, *Relaciones entre el malestar social y el trastorno psíquico: Contribuciones para un análisis socioclínico a partir de Ferenczi y Marx*. (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2015), pp.149-152, 172-189. Me baso en buena medida en las enseñanzas que mi maestro me transmitió sobre la cuestión de la subsunción en el seminario de lectura de *El capital*, que aconteció desde enero del 2008 a julio del 2011, y que han quedado sistematizadas en la tesis doctoral anteriormente referida. Marx trata de manera explícita la cuestión de la subsunción principalmente en el capítulo VI inédito de *El capital* a lo largo del primer epígrafe “La producción capitalista como producción de plusvalor”. Karl Marx, *El capital libro I capítulo VI (inédito): resultados del proceso inmediato de producción* (México: Siglo XXI editores, 1971), pp. 54-77.

³²⁴ Castillo, *Relaciones entre el malestar social y el trastorno psíquico*, p.172.

Esta idea ha sobrevolado buena parte de mi explicación sobre el *periodismo de escritores*. La razón por la que considero importante profundizar en el fenómeno de la *subsunción* se debe a que una figura como O'Sullivan adquiere su importancia en el contexto de una imperfecta *subsunción* del intelectual como trabajador en un nuevo orden social, que está presidido por el imperativo continuado de la valorización, y de la necesidad por parte del escritor de amoldarse a este fenómeno para sobrevivir, con independencia de que este sea consciente de dicho proceso, o de que esté a favor o en contra del mismo. El problema estratégico al que siempre se enfrenta todo intelectual y artista con independencia del momento histórico en que lleve a cabo su producción intelectual (y al margen del contenido de sus elaboraciones) tiene siempre como fundamento las condiciones materiales que le permiten realizar su pensamiento. Ahora bien, resulta evidente que la forma en que cada sociedad y momento histórico establece los medios de producción y reproducción social incidirá en la manera en que el artista y el intelectual desarrollen su labor, lo que podrá traducirse en el contenido de la misma, aunque no de manera mecánica y necesaria.

Esto abre a una pregunta de segundo orden que ya he tratado en el capítulo III acerca de si existe una prelación entre la base material con respecto a la superestructura intelectual (y sobre si esta dicotomía tiene sentido), pregunta que ha predominado en buena parte de los debates marxistas de los siglos XIX y XX. Este debate tiende a derivar en la “aporía del huevo y la gallina”, y gira alrededor de la pregunta sobre cuál de las dos instancias precede y determina a la otra, lo que en la academia occidental del siglo XX ha derivado en una lucha entre los proponentes marxistas del materialismo histórico y sus críticos weberianos (parsonianos en realidad) defensores de una perspectiva cultural.³²⁵

No entraré en los detalles de este debate fundamental del siglo XX, pues me desviaría del propósito de este capítulo, que es explicar el *periodismo de escritores* y la figura de O'Sullivan como intelectual y editor periodístico. Sin embargo creo que el

³²⁵Ellen M. Wood, “Falling through the Cracks: E. P. Thompson and the Debate on Base and Superstructure” en Harvey J. Kaye and Keith McClelland, *E. P. Thompson Critical Perspectives* (Filadelfia: Temple University Press, 1990), pp. 125-152. Una perspectiva clásica del modelo base-superestructura, y quizás la fuente que ofreció una mayor difusión a esta polémica puede encontrarse en Marta Harneker, “Base y superestructura” en *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005) pp. 95-101.

modelo subsunción de interpretación de Marx tiene una respuesta interesante a la hora de problematizar la pregunta sobre la prelación entre lo cultural y lo material.³²⁶

A lo largo del libro I de *El capital* Marx realiza una crítica de las categorías con las que la economía política, desde Adam Smith hasta su tiempo, había intentado dar cuenta del principio histórico en donde “La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un ‘enorme cúmulo de mercancías’, y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía.”. El principio heurístico de Marx en *El capital* trata por tanto de responder a la pregunta de cómo la riqueza social ha devenido en la forma mercancía, lo que supone desentrañar el misterio del proceso de la valorización y de la ley del valor. En términos históricos esto requiere explicar cómo una multitud de elementos preexistentes a dicha lógica, y que no funcionaban en el pasado en base a la misma, son incorporados y resignificados (*subsumidos*) en el imperativo productivista de la valorización. Esta lógica resulta estratégica a la hora de transformar a la población en fuerza de trabajo, en trabajo vivo "creador" de valor, y cuya reproducción vital depende de su inserción incondicional e irresistible en esta dinámica.³²⁷

³²⁶ El sociólogo alemán Gerhart Brand publicó en 1984 un artículo titulado “Marx und die neuere deutsche Industriesozologie” en el que propuso que existían dos perspectivas de lectura de la obra de Marx, centradas en la interpretación de *El Capital*. Por una parte existiría el modelo de interpretación clásico del Marxismo ortodoxo que él denomina *modelo producción*, en donde el elemento central de interpretación descansa sobre el trabajo, comprendido este como el elemento constitutivo que fundamenta los distintos sistemas históricos, y muy especialmente en el capitalismo entendido como un sistema de explotación del trabajador para la obtención de plusvalor. En virtud a esa centralidad del trabajo, el *modelo producción* destaca la importancia del trabajo y de la clase trabajadora como los elementos desde donde analizar el capitalismo como un sistema de explotación, y en donde el factor trabajo se debe organizar y radicalizar para construir la emancipación social. Para el *modelo subsunción*, la lógica capitalista no supone la apropiación del producto de una actividad laboral consustancial al hombre y de carácter transhistórico, sino que esta apropiación de plustrabajo se interpreta como resultado de la asimilación de realidades externas y preexistentes al capitalismo por medio de su incorporación a la lógica productiva/reproductiva del proceso de valorización, lo que supone la resignificación de esas realidades externas al capitalismo de cara a que cobren una funcionalidad sistémica, ya sea por su impacto directo en la producción, o porque indirectamente ayuden a sostener el orden social capitalista. La revolución paradigmática de esta hermenéutica alternativa de la obra de Marx considera que la forma valor determina tanto el carácter de la mercancía como forma social de la riqueza, como al trabajo que la genera, y por lo tanto el trabajo no tiene una cualidad emancipatoria sino subsuntiva. La tarea por la emancipación social se vuelve mucho más compleja, por la necesidad de comprender y explicitar esta lógica que incorpora y resignifica todos los elementos a su alcance para que le sean sistémicamente funcionales. La emancipación social requiere entonces comprender la naturaleza de este cierre totalizante y totalitario del sistema de cara a poder actuar sobre él, y de la búsqueda de formas de resistencia al mecanismo de la subsunción desde donde construir formas alternativas de organización social. Castillo, *Relaciones entre el malestar social y el trastorno psíquico*, pp. 13-15.

³²⁷ Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política. Libro I, el proceso de producción del capital, Vol. I* (Madrid: Siglo XXI, 2010), pp., 43, 234-235. Castillo, *Relaciones entre el malestar social y el trastorno psíquico*, p.183.

Para este propósito Marx incluye en el libro I toda una serie de capítulos considerados como “históricos” que entre otras cuestiones tienen como fin explicar cómo se produjo este proceso de *subsunción* del trabajo en el capital. Con ello me refiero al capítulo VIII (primer tomo, sección tercera), capítulos XI a XIII (en la sección cuarta del segundo tomo), y muy especialmente a los capítulos XXIII a XXV, entre los cuales hay que destacar el capítulo XXIV sobre “la llamada acumulación originaria” (tercer tomo, sección séptima). Con esta perspectiva de fondo se puede abordar el primer apartado del capítulo VI inédito, en el que Marx desarrolla qué supone la producción capitalista como producción de plusvalor.³²⁸

En dicho apartado Marx profundiza en la distinción entre *subsunción formal* y *subsunción real*. Por *subsunción formal* del trabajo en el capital Marx denomina a aquellas formas de explotación que se basan en la extracción de plusvalor absoluto, esto es, se basan en la apropiación de plusvalor sin incorporar directamente al trabajador en una forma capitalista plenamente desarrollada, lo que supone que el trabajador y sus condiciones sociales pueden ser las de un estadio precapitalista que están siendo explotadas para fines de la valorización sin responder a unos estándares propios de unidades productivas controladas plenamente por criterios de productividad capitalista desarrollada. Entre estos casos puede encontrarse sociedades agrícolas que aún no han transitado a la industrialización pero que se encuentran en la esfera de actividad económica de otras sociedades que sí se han industrializado, o el caso también de unidades productivas preindustriales resilientes localizadas en sociedades inmersas en un proceso de transición económica tales como unidades productivas de carácter familiar inmersas en una lógica de *putting-out system*, las plantaciones esclavistas de la América de O’Sullivan o las explotaciones agrícolas familiares relativamente autosuficientes pero plenamente inmersas en lógicas de mercado, tales como las que existía en el Oeste americano. El carácter formal de esta *subsunción* supone que la unidad productiva ha sido procedimentalmente incorporada al proceso de valorización, pero sin ver con ello transformado su carácter y naturaleza.³²⁹

Por otro lado la *subsunción real* conserva todos los procesos de explotación llevados a cabo mediante la *subsunción formal* (y por lo tanto, aunque sea un estadio

³²⁸ Marx, *El capital libro I, Vol. I*, pp., 277-367. Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política. Libro I, el proceso de producción del capital, Vol. II* (Madrid: Siglo XXI, 2009), pp., 391-615, Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política. Libro I, el proceso de producción del capital, Vol. III* (Madrid: Siglo XXI, 2009), pp., 713-970.

³²⁹ Marx, *El capital libro I capítulo VI (inédito)*, pp. 62-72

posterior, en la subsunción real está contenida y realizada a su vez la subsunción formal), incluida la producción de plusvalor absoluto. Pero la gran diferencia específica de la *subsunción real* es que en ella existen las condiciones históricas y sociales suficientes y necesarias como para organizar la producción y explotación de plusvalor de acuerdo a principios de organización capitalistas, lo que supone la introducción de maquinaria y de la función directiva del capital, y con ello la producción de plusvalor relativo.³³⁰

Con esto Marx realiza una distinción estratégica: en aquel periodo histórico en el que el capitalismo se yergue en forma de organización social dominante pueden existir elementos que estén incorporados en su lógica sólo formalmente, conservando parte de sus atributos y especificidades ajenas al capitalismo, siendo la tendencia de este a intentar incorporar todos los elementos posibles a un estadio de *subsunción real* para hacerlos plenamente operativos bajo su dominio absoluto.

Si esta idea la extendemos más allá del proceso laboral a otros elementos constitutivos de lo social, como por ejemplo, la cultura o el pensamiento político, es posible entonces considerar la existencia de distintos elementos extraeconómicos que sin embargo son funcionales a la hora de crear un orden social que ayuden a sostener condiciones favorables a la explotación del trabajo para la obtención de plusvalor. Esta actividad laboral no tendrá porqué tener por objetivo la producción de una ganancia, o la defensa explícita o implícita del sistema. Pero se encontrará bajo el imperio de la forma capitalista cuando dicha actividad sea facilitadora del sustento del intelectual por medio de la forma “salario”. Más específicamente, en el caso de que esta actividad tenga por objeto llevar a cabo un trabajo intelectual cuya relación con el proceso de valorización sea incidental, es decir, que sea resultado de una actividad laboral pero sin que esté directamente orientada a producir una ganancia económica, estaremos entonces ante una actividad intelectual *subsumida formalmente* en el capital. Si por el contrario esta actividad forma parte de una industria del entretenimiento o del conocimiento, establecida y organizada específicamente con el objetivo de la obtención de una ganancia acrecentada con respecto a una inversión inicial, en ese caso la actividad intelectual estará *subsumida realmente* en el capital.

Lo interesante de esta distinción es que permite considerar la actividad intelectual integrada dentro de la dinámica social dominante de las sociedades

³³⁰ *Ibid.*, pp. 73-77.

capitalistas sin con ello atraparla dentro de la dialéctica entre base y superestructura. Estas categorías se vuelven superfluas pues el pensamiento y la cultura como actividades son independientes desde una perspectiva de esferas weberianas, pero que sin embargo no pueden considerarse al margen del modo reproducción vital de la sociedad en que los intelectuales producen su pensamiento. Pues dicha actividad cultural e intelectual podrá ser resultado de una actividad ociosa, pero salvo para los rentistas, en el resto de los casos esa actividad ociosa será un caso excepcional con respecto a una actividad habitual de naturaleza laboral que insume la mayor parte del tiempo vital del intelectual. Y en caso de que dicha actividad intelectual sea la que vincule al pensador a la forma salario, entonces las condiciones laborales en que se desarrolla dicha actividad resultarán importantes para la comprensión de su actividad, si bien esto no tenga porqué definir el contenido concreto de las ideas producidas como resultado de dicha actividad laboral.

Este proceso subsuntivo se sostiene en el hecho de que todo individuo vive en una dialéctica por la cual la reproducción de sus condiciones vitales es el elemento central de su actividad cotidiana. Pero junto a este esfuerzo por la autorreproducción los individuos deben lidiar con un mundo que requiere ser constantemente descifrado para actuar sobre él, y dicha actividad descifradora se realiza mediante la proyección de unos patrones culturales que el individuo ha asimilado de manera más o menos crítica de su consenso social, y sin los cuales no podría actuar en la esfera material ni hacer inteligible el mundo que le rodea. Una concepción materialista de la existencia no se contrapone al esfuerzo de comprender los fundamentos culturales desde los que operamos intelectivamente, pues como señaló Castillo:

Pero señalemos, además, una cuestión terminológica de interés. La expresión "material" se puede expresar de dos modos diferentes en alemán: "*Material*" (remite a contenido) y "*materiell*" (remite a materia física). Es importante precisar que el ser humano reproduce su vida tanto física (*materiell*) como cultural en su "contenido" como lo "*material*" (cf. Dussel, 1998: 161, 131).³³¹

Siguiendo a Enrique Dussel a través de estas palabras de Carlos Castillo, queda claro que no tiene sentido plantearnos la interacción entre lo material y lo cultural en términos de prelación, o de la paradoja del "huevo y la gallina", pues nuestra existencia es un continuo simultáneo de reproducción de condiciones vitales en la que tenemos que interpretar nuestro devenir en la existencia a partir de representaciones culturales.

³³¹ Castillo, *Relaciones entre el malestar social y el trastorno psíquico*, p.190.

Muchas de estas son producto de épocas anteriores a la sociedad en que habitamos y no se comprenden como producto de nuestra sociedad, sino como resultado de un proceso de transmisión, reinterpretación y subsunción de estas formas culturales arcaicas en nuestra lógica histórica. La cuestión entonces no estriba en tener que elegir entre un modelo de explicación económico frente a otro cultural, sino en comprender la articulación de ambos en un momento concreto para cada fenómeno específico. En caso de esta investigación, el *periodismo de escritores* nos permite comprender cómo la actividad del intelectual se vio influida por una transición de regímenes históricos (desde el *Antiguo Régimen* a la nueva sociedad capitalista), que comprometió la manera en que los intelectuales interactuaban entre sí, y en su relación con la sociedad en la que pensaban. Y aunque esto pudo influir en sus ideas y debates, no supone un vector explicativo para explicar el contenido de las ideas que ellos formularon.

El pensamiento de estos autores, por ejemplo, el pensamiento de O'Sullivan y la formulación del *Destino Manifiesto* no se explican por el *periodismo de escritores* y por su imperfecta subsunción en una lógica capitalista. Este es el telón de fondo histórico en que surge este concepto, y como telón de fondo es relevante para ofrecer una perspectiva más profunda sobre los avatares que llevaron a O'Sullivan a ser el tipo de intelectual en que devino. Pero el concepto de *Destino Manifiesto* y su formación se explica en términos de los debates intelectuales generados en ese telón de fondo. Sin el telón de fondo no hay debates intelectuales, pero estos no pueden reducirse a una tramoya que se reparte y depende de ese escenario.

Profundizando en el telón de fondo en cuestión, la inserción del escritor en el proceso de valorización resultó en sus inicios problemática por el hecho de que en el tránsito del siglo XVIII al XIX la cultura literaria seguía siendo una actividad de élites sociales, tanto desde el punto de vista productivo como desde la perspectiva del consumo. El carácter artesanal de la labor periodística de este modelo de opinión pública se caracterizó por la dificultad de *subsumir* al escritor en tanto que fuerza de trabajo en el proceso de valorización, debido a la ausencia de un mercado editorial lo suficientemente desarrollado como para permitir al escritor que su actividad se convirtiese en una profesión consolidada desde la que obtener sus medios de subsistencia exclusivamente de la escritura.

Por otra parte la formación del periodismo como vanguardia productiva del mercado cultural experimentó numerosos problemas derivados de tener que reconvertir un ámbito como la alta cultura, que había estado tradicionalmente reservada para una

élite, en un producto de consumo de masas. A esto se unió la lenta aplicación de los adelantos tecnológicos a una producción periodística predominantemente artesanal que acusaba la ausencia de técnicas de organización laboral por parte de los editores en tanto que función directiva de sus redacciones. Todo ello llevará a que en este periodo la actividad periodística tenga una mayor importancia por su labor política que por ser un modelo de negocio rentable. Esto afectará a la capacidad de financiación de los periódicos que durante ese periodo serán empresas muy dependientes de sus contactos con los partidos políticos. Los intelectuales habían conseguido sortear el patronato cortesano del *Antiguo Régimen* sólo para caer en las garras del patronato electoralista de los partidos políticos. Mediante la intermediación de los periódicos el intelectual devino así en un cortesano de redacción al servicio de la lucha partidista.³³²

La única alternativa presupuestaria a las dádivas políticas y a las suscripciones de los lectores se encontrará en la publicidad, pero en los inicios de este periodismo también será escasa por la ausencia generalizada de un mercado de masas. Esto llevará a que la vida media de un periódico en los Estados Unidos de la primera mitad del siglo XIX sea de unos dos años. Por este motivo el oficio del escritor encontrará problemas para asentarse como una actividad profesional estable, lo que a su vez influirá en la dificultad que experimentarán los medios de la opinión pública para generar una esfera funcional dentro de la lógica de producción capitalista al no contar con una figura laboral funcional que pudiera ser explotada como fuerza de trabajo para este ramo productivo.³³³

Todos estos elementos combinados llevaron a que el *periodismo de escritores* supusiera una forma de *subsunción formal* de la opinión pública como esfera subordinada a la lógica capitalista, en donde los elementos precapitalistas aún ejercieron un impacto notable en la profesión, haciendo que esta se constituyese en una institución capitalista sólo en términos muy generales. Desde la perspectiva del modelo productivo, la redacción del *periodismo de escritores* equivalía al modelo manufacturero, dominado

³³²Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, pp. 341-342. En la actualidad esta situación de dependencia del intelectual no ha mejorado demasiado. Si bien el partido político ya no es un factor tan predominante en la financiación de los intelectuales, el imperativo actual de conseguir financiación externa a las universidades para sufragar las investigaciones vuelve al intelectual dependiente del patronato de fundaciones y grandes empresas. De esta manera, la lista de patrocinadores de la ciencia y la cultura se ha movido desde las corte principescas, a los partidos políticos y periódicos, para acabar finalmente en manos de las grandes empresas, que en un contexto de continuos recortes en los fondos públicos de educación y ciencia van ganando predominancia a la hora de dictar las temáticas y los enfoques que deben imperar en la actividad intelectual.

³³³Mott, *A history of American Magazines*, pp. 341-342.

a su vez por diversas lógicas de *putting-out system*. Habrá que esperar al periodismo de masas para encontrar la formalización de un modelo profesional de gran industria editorial: con asalariados permanentes, implementación integrada de maquinaria en el proceso productivo, función directiva del capital que organice y racionalice la actividad laboral con el objetivo de incrementar la productividad y la valorización. La *penny press* de mediados del siglo XIX, pero sobre todo el periodismo de masas de finales del siglo XIX marcarán la transición de las redacciones personales a los grandes conglomerados de la industria de la información, un periodismo profesionalizado que responderá a un modelo de gran industria y que supuso el momento definitivo de la subsunción real de la opinión pública en la lógica de producción y reproducción capitalista.

El *periodismo de escritores* será por tanto una época paradójica en la que los intelectuales adquirirán una nueva y prestigiosa función social como “sacerdotes laicos” del nuevo orden, a la par que tendrán que luchar por sobrevivir en la emergente sociedad de mercado capitalista donde sus habilidades no fueron fácilmente traducibles a una profesión asentada. Estos dos elementos combinados dieron un gran poder a los editores, que se convirtieron en sumos pontífices del nuevo sacerdocio laico, y cuyo criterio editorial influyó decididamente en la conformación de la nueva cultura gracias al poder que ejercían sobre la vasta mayoría de escritores e intelectuales que en el corto plazo dependían de ellos económicamente para sobrevivir, y en el largo plazo para convertirse en autores de reconocido prestigio.

5.2 La figura del editor del *periodismo de escritores* y O’Sullivan como caso de estudio.

La figura del editor del *periodismo de escritores* dominante en la época romántica será un individuo que sirva de intermediario entre los literatos y un público de estrato social variado, por lo que deberá adoptar un perfil intelectual intermedio entre los hombres de cultura y las clases populares. El editor solía ser el dueño del periódico, soportaba en solitario los riesgos económicos y se encargaba de la comercialización del mismo. También elaboraba los materiales que iban a salir publicados: escribía buena parte del contenido y encargaba el restante a colaboradores suyos de confianza, que en muchos casos eran escritores que contribuían al periódico tanto con noticias como con obras de ficción. El carácter eminentemente personal y la falta de recursos de la mayoría de los periódicos y revistas hacían que no fuera común que hubiera una redacción de periodistas profesionales, lo que obligaba a que el editor asumiera las distintas labores

del proceso de escritura, edición y producción, externalizando aquellas tareas que sobrepasasen sus posibilidades en los anteriormente mencionados colaboradores. Las figuras del reportero local y del corresponsal internacional eran ajenas a esta forma de periodismo. En su lugar el editor compensaba la ausencia de una estructura formal de profesionales de la información por medio de la institución del párrafo móvil.³³⁴

Los materiales producidos por el editor y sus colaboradores no solían ser suficientes para sostener una publicación periódica (en algunos casos de carácter diario), a lo que se añadía la dificultad de estar bien informado en un mundo donde los medios de locomoción dominantes estaban propulsados por el viento (barcos de vela) o por animales (carromatos, diligencias y correos). Las líneas de ferrocarril eran aún escasas y el telégrafo surgió a finales de esta época, por lo que las noticias tardaban en desplazarse. Por estos motivos los editores se encontraban suscritos a otros periódicos, tanto nacionales como internacionales, de donde sacaban buena parte de la información que publicaban en sus medios.³³⁵

Los editores solían echar mano de tijeras y cola de pegar con las que recortaban e insertaban párrafos enteros aparecidos en otros periódicos sin preocuparse muchas veces por citar la fuente o al autor original. En algunos casos incorporaban una entradilla indicando la ciudad del periódico, pero la ausencia de leyes de copyright o de derechos intelectuales llevaba a que los editores no fueran muy cuidadosos a la hora de indicar la procedencia de los párrafos, abundando los plagios y las apropiaciones no consentidas. Lejos de estar considerada una práctica fraudulenta, el párrafo móvil era una institución generalizada, y suponía la unidad básica de difusión de la información en el siglo XVIII, y hasta dos tercios de todo el material publicado en los periódicos de esa época. En el siglo XIX el párrafo móvil fue compartiendo espacio con las contribuciones de colaboradores nacionales y extranjeros que hacían de corresponsales amateurs, pero la cuantía del material, en especial el referido a noticias internacionales, seguía estando muy descompensado a favor del párrafo móvil. En un contexto en que el espacio de publicación era muy caro por el alto coste del proceso editorial, el párrafo

³³⁴ Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, p. 210. Behrendt, “The Romantic Reader”, p. 93. Mott, *American Journalism*, pp. 205, 311-312.

³³⁵ Will Slauter, “Le paragraphe mobile”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 2012/2 (67th Year), p. 263 Versión inglesa de la publicación (misma paginación).

como unidad informativa se erigió en un género periodístico de primer orden que cumplía las funciones que en la prensa posterior ejercerá el artículo periodístico.³³⁶

Dichos párrafos migraban de un periódico a otro, viajando de país en país y eran traducidos a distintas lenguas, lo que les llevaba a sufrir grandes transformaciones en sus procesos de recepción. Esto llevará a que sean objeto de numerosos debates a cerca de su autenticidad a la manera en que la actualidad se debate sobre las *fake news*, solo que con una menor capacidad de contrastación. Sin embargo la generalización de los párrafos móviles llevaba a la ubicuidad de una misma noticia redactada de manera casi idéntica en distintos medios, lo que reforzaba la impresión sobre la existencia de consensos periodísticos. El párrafo móvil devendrá así en una figura de propaganda fundamental durante la ilustración y en la era del romanticismo. Durante estas épocas se erigió en un auténtico género literario altamente politizado que llevaba a los partidos políticos a enfrentarse indirectamente a través de sus parrafistas, que eran descritos por sus contrincantes como un ejército anónimo.³³⁷

El párrafo móvil fue el principal medio de difusión del concepto de *Destino Manifiesto* por toda la prensa norteamericana, ya fuera citando las palabras de algún representante público, o extractando el párrafo de algún diario que lo hubiera incorporado. A través del párrafo móvil el *Destino Manifiesto* cruzó el Océano Atlántico hasta Europa. Y fue precisamente a través de un párrafo móvil que el gobierno de México supo de la doctrina providencialista de la *Democratic Review*. El Diario del gobierno de la República Mexicana se hizo eco de la doctrina expansionista estadounidense a través de un periódico Whig de Nueva Orleans (el *Tropic of New Orleans*) que publicó distintos fragmentos del editorial “Annexation” (aunque el concepto como tal no apareció nombrado).³³⁸

Un ejemplo relevante que describe el oficio del editor del *periodismo de escritores* puede encontrarse en la *Democratic Review* (Vol. 15, N° 65) de septiembre de 1844, en un artículo firmado por el poeta del *Young América* William A. Jones, con el título “Criticism in America”. El escrito trata sobre las revistas literarias americanas del momento (incluida la *Democratic Review* desde la que escribe), y confirma prácticamente todas las tesis expuestas en este capítulo sobre el *periodismo de escritores*. Entre otras cuestiones relata cuales son las

³³⁶Ibid., pp. 263-269. Para profundizar en el debate sobre el problema de los derechos de autor en la literatura y la prensa de la época de O’Sullivan ver Miller, *The Raven and the Whale*, p. 13; Widmer, *Young America*, p. 99; Mott, *A history of American Magazines*, p. 360.

³³⁷Will Slauter, “Le paragraphe mobile”, pp. 253-264.

³³⁸*Diario del gobierno de la República Mexicana*, “Nuestras relaciones extranjerías: Del Tropic de Nueva-Orleans de 8 de noviembre”, N. 3870, Vol. 34, (26 de enero de 1846).

condiciones habituales para el editor de este tipo de revista, a los que critica por ser muy celosos con sus atribuciones, llevándoles a concentrar un gran número de tareas y asumiendo una enorme cantidad de obligaciones sin que exista nada parecido a una división de trabajo en las redacciones. Entre las labores habituales de los editores incluye las siguientes: Escribir editoriales políticos y literarios; sobre noticias locales y a cerca de cotilleos de la ciudad; reseñar nuevos libros y editar párrafos e imágenes. Del editor todo el mundo espera reseñas positivas y alabanzas, lo que lleva a que si este realiza alguna crítica que sea dura y honesta se gane con ello a un nuevo enemigo. La influencia de los partidos en las revistas es prácticamente irresistible, y los editores en América tienden al partidismo de manera más acusada que en Inglaterra. Según Jones los editores como clase compondrían un cuerpo de pensadores activos caracterizados por la sensibilidad y la perspicacia, con un cierto aprecio por el humor. Entre ellos se encontrarían muchas de las mejores mentes del país, pues el oficio del editor es prácticamente la única salida profesional para los escritores, con la única excepción de convertirse en profesores en algún *college*. Pero además los editores a través de sus publicaciones serían capaces de atraer a todo el talento disperso y flotante del país, a pensadores y a profesionales de toda clase y condición.³³⁹

De esta manera el editor y sus ideas ejercerían una gran influencia sobre el conjunto del material periodístico fuera o no de su autoría directa. Esto conlleva a que en el análisis de una publicación del *periodismo de escritores* sea necesario considerar la revista (y en menor medida el periódico) en su conjunto como obra del editor en un sentido general, pues este intervenía sobre ella como un todo, independientemente de que los artículos fueran escritos por él o por un tercero. Ahora bien, para considerar el impacto específico del editor es necesario diferenciar una influencia en dos grados de su pensamiento sobre la publicación. El primer grado es el de la influencia directa que el editor ejercía a través de la línea editorial y todos aquellos materiales escritos por él (firmados o no). A esto habría que añadir un segundo grado de influencia indirecta que el editor lograba a través de la selección y disposición del resto del material, tanto el de sus colaboradores habituales, como por medio de los párrafos móviles, que posibilitaban al editor ofrecer una versión de los hechos que se amoldase a su conveniencia y visión del mundo. El editor podía incluso llegar a modificar los escritos de sus colaboradores y de los párrafos móviles para que se adaptasen a su línea editorial.³⁴⁰

³³⁹William A. Jones, "Criticism in America", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 15, N^o. 65, (September 1844), p. 248.

³⁴⁰Will Slauter, "Le paragraphe mobile", p. 263. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, p. 210. Mott, *American Journalism*, pp. 221, 318-319.

Un ejemplo de esta práctica puede encontrarse en una carta enviada por O'Sullivan como editor a Thoreau, quien fue colaborador de la *Democratic Review*, a propósito de una reseña titulada "Paradise (to be) Regained" (1843), uno de los escritos más famosos de Thoreau sobre la temática utópica y como crítica al libro *The Paradise within the Reach of all Men* (1833) del utopista tecnológico alemán John A. Etzler. O'Sullivan rechazó en un inicio la publicación de la reseña, para luego reconsiderarla, y con esta carta se lo comunicó a Thoreau a la par que ofrece información valiosa sobre su labor editorial:

He tenido por algún tiempo en mi mente reseñar el libro de Etzler. Si usted ya la ha escrito quedaría en deuda con usted si me dejara publicarla, y si no tuviera objeciones, sería muy probable que *introdujera con su permiso algunos añadidos y modificaciones para adaptar su reseña a mi punto de vista sobre esta temática*. Este tipo de artículos no son publicados por lo general en la D. R. con el nombre del autor, sino que figuran bajo la fórmula impersonal del plural "nosotros" (siendo indicado a lápiz el nombre del autor en el índice de las copias enviadas a los editores del periódico). Este sistema posibilita una cierta homogeneidad, y hace necesario generalmente llevar a cabo una revisión editorial, o como poco una comunicación [sobre los cambios operados]. Atentamente quedo a su disposición. J. L. O'Sullivan.³⁴¹

Esta carta enviada por O'Sullivan a Thoreau resulta de gran interés porque en ella se citan prácticas editoriales de su época, así como el tipo de relación que establecían los editorialistas del *periodismo de escritores* con pensadores que en la posteridad serán reconocidos como filósofos de pleno derecho. Un editor como O'Sullivan podía no contar con el aprecio intelectual de un futuro gran pensador, como fue el caso de Thoreau con respecto a O'Sullivan, y sin embargo ejercer un gran poder sobre ellos por su capacidad de visibilizar a un escritor y ofrecerle sustento económico en una época en que los escritores sufrían dificultades materiales para desarrollar su oficio.³⁴²

³⁴¹“That book of Etzler's I had for some time had my mind upon to review. If you have got it, I should be very much obliged to you for a sight of it, and if you would not object I think it very likely that *some addition & modification made with your concurrence would put your review of it into the shape to suit my peculiar notion on the subject*. Articles of this nature are not in general published in the D. R. on the responsibility of the individual name of the author; but under the general impersonality of the collective "we"—the name of the author being usually indicated in pencil on the Index in the copies sent to the editors of newspapers-. This system renders a certain pervading homogeneity necessary, inviting often the necessity of this process of editorial revision, or rather communication. Very Respectfully Yours, J. L. O'Sullivan.” John L. O'Sullivan a Henry D. Thoreau, 28 de julio de 1843 en: Thoreau, *The Correspondence of Henry David Thoreau*, p. 214. *Subrayado mío*.

³⁴²Thoreau conoció a O'Sullivan en el Atheneum de Concord en enero de 1843 cuando el editor se encontraba visitando a su amigo, el escrito Nathaniel Hawthorne, quien les invitó a los dos a pasar una tarde en su casa. En una carta a Emerson del 23 de enero de 1843 Thoreau le narra el encuentro a su amigo

Y en lo que respecta a *Democratic Review*, estaba pagando bien a sus colaboradores con una cantidad de entre tres y cinco dólares por página según la relevancia del escritor, una cuantía bastante elevada para los estándares de la época. Esto permitió a la revista atraer a las principales figuras literarias del momento, lo que a su vez produjo un efecto llamado para el resto de escritores e intelectuales por el prestigio de publicar junto a los autores más aclamados.³⁴³

La buena reputación de la revista entre escritores e intelectuales otorgaba a O'Sullivan una capacidad de influencia en el terreno cultural nada desdeñable. El hecho de que la publicación fuera político-literaria hacía que entre sus colaboradores hubiese tanto personajes de la alta política como representantes de la alta cultura, y es precisamente en la intersección entre estos dos mundos de donde O'Sullivan obtenía su importancia en la red de pensadores que estructuraba su contexto intelectual. O'Sullivan era una figura relevante porque contaba con una gran capacidad de visibilizar el trabajo de un autor y ofrecerle una retribución aceptable por sus obras. Pero además la particular actividad de su revista le permitía conectar a los hombres de cultura con los políticos. Los primeros buscaban patronato en los segundos, o algún puesto en la administración que les permitiera sobrevivir de cara a dedicarse a su arte. Los políticos por su parte buscaban en ocasiones a escritores que desde la prensa defendiera sus causas y candidaturas.³⁴⁴

Por otra parte, tal y como refleja su intercambio epistolar con Thoreau, un editor como O'Sullivan podía llegar incluso a alterar el contenido de la obra de un pensador con la excusa de adaptarla al criterio editorial de la revista. Esto introduce un elemento de complejidad al problema de la autoría por la dificultad de discernir qué elementos forman parte del documento original de los colaboradores, y cuáles son añadidos

y mentor describiendo a O'Sullivan como un tipo insignificante que no le había impresionado, y que lo más significativo fue que después de toda la velada no tenían nada que decirse. Sin embargo Thoreau se encontró complacido con que O'Sullivan le invitase a colaborar con la *Democratic Review*, lo que le llevó a reconsiderar que O'Sullivan era un tipo aceptable que no te conquista a la primera. Henry D. Thoreau a Ralph W. Emerson, 24 de enero de 1843 en: Thoreau, *The Correspondence of Henry David Thoreau*, p. 77.

³⁴³ Landon Fuller señala que de entre las revistas literarias americanas de la época tan solo la conservadora y bien establecida revista neoyorkina *Knickerbocker* llegaba a pagar la cantidad de cinco dólares por página. Otras grandes revistas de la época pagaban unos estipendios más humildes: la prestigiosa *New England Magazine* pagaba un dólar la página en prosa, y dos dólares por página en poesía; La *Northamerican Magazine* pagaba un dólar la página, y el *Southern Literary Messenger* pagaba entre dólar y medio y dos dólares la página según la longitud total del texto. Con esta perspectiva queda claro que la *Democratic Review* ofrecía grandes alicientes a la comunidad intelectual (aunque tendía a retrasarse en los pagos). Landon E. Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review, 1937-1859: a Study of its History, Contents and Significance* (Tesis doctoral, Chapel Hill, 1948), pp. 33-35.

³⁴⁴ *Ibid.*, pp. 48-49.

introducidos por el editor. Sin embargo, si bien O'Sullivan era muy estricto con respecto a conservar la homogeneidad política de la revista, tenía a sí mismo fama de ser un editor respetuoso con las obras de sus colaboradores. Muestra de ello puede encontrarse en otro artículo publicado por William A. Jones con anterioridad a "Criticism in America", en donde caracteriza a O'Sullivan como un editor con un "catolicismo en el gusto" evidenciado en su forma de dirigir de la *Democrática Review*, y caracterizado así mismo por su "liberalidad a la hora de establecer cuantas menos restricciones posibles a tus colaboradores, y limitando al mínimo posible el rango de temáticas prohibidas."³⁴⁵

Sin embargo las relaciones con los colaboradores no siempre eran sencillas. Edgard Allan Poe escribió a Frederick W. Thomas el 12 de septiembre de 1842 quejándose de que el "imbécil de O'Sullivan" había saboteado una reseña suya sobre los poemas de Rufus W. Griswold para la revista. Pero la verdadera razón en su acritud hacia el editor era que este había rechazado en sucesivas ocasiones varios de sus relatos por no adecuarse al criterio político de la publicación. Sin embargo medio año después Poe, un escritor de carácter punitivo y no muy dado a las alabanzas, escribió un artículo para la revista neoyorkina *New World* en donde analizaba las mejores revistas literarias del momento, comenzando con la *Democratic Review* en términos muy positivos.³⁴⁶

Si no fuera por su radicalismo político tendríamos que considerar a la *Democratic Review* la revista más valiosa de nuestros días. Su editor, John L. O'Sullivan, es de hecho un hombre de talento, y un buen escritor político, si bien no uno brillante. [...] Ahora bien, si no fuera por el radicalismo de sus propietarios, los lectores estaríamos agraciados de vez en cuando con la presentación de carácter polémico de algún escritor o político Whig, pues *a pesar de todo*, incluso entre los Whigs hay algunos hombres de talento. ¿Un paso en esta dirección no supondría hacer de la revista un lugar más democrático de lo que ya es ahora? ¿Y no añadiría

³⁴⁵John Stafford, *The Literary Criticism of Young America. A study in the relationship of politics and literature, 1837-1850* (Berkeley: University of California Press, 1952) pp. 8.9; William A. Jones, "Literary Physicians", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 13, N°. 66, (December 1843), p. 595. Thoreau compartió con Emerson sus impresiones con un cierto tono sarcástico a cerca de la obsesión por la homogeneidad política en la revista por parte de O'Sullivan, evidenciada en su petición a Thoreau de que utilizase la primera persona del plural para hacer anónimas las reseñas y los editoriales. Henry D. Thoreau a Ralph W. Emerson, 7 de agosto de 1843 en: Thoreau, *The Correspondence of Henry David Thoreau*, pp. 132-133.

³⁴⁶Edgar A. Poe a Frederick W. Thomas, 12 de septiembre de 1842. Consultado en la página web de la Sociedad Edgard Allan Poe de Baltimore: <https://www.eapoe.org/works/letters/p4209120.htm>, el 15 de noviembre del 2018 a las 20:10 horas. De acuerdo con Edward Widmer, O'Sullivan habría rechazado varios poemas de Poe, entre ellos el poema "The Haunted Palace" (1839), que O'Sullivan encontró incomprensible, así como el poema "The Landscape Garden" (1842). Sin embargo O'Sullivan sí que publicó otros cuatro escritos que aparecieron póstumamente en el compendio *Marginalia* (1846), motivo por el cual quizás Poe cambiaria de parecer hacia O'Sullivan. Widmer, *Young America*, p. 70.

más suscriptores a la misma? A pesar de esto tenemos en la más alta estima a la *Democratic Review*, y tomada en conjunto consideramos que solo existen tres revistas que sean superiores en su campo y en cualquier otro país. La revista de Tait, la de Frazer y la de Blackwood.³⁴⁷

Estas palabras de Poe son representativas de la perspectiva general que compartían tanto los escritores como el público sobre O'Sullivan, siendo en líneas generales bien considerado por su labor profesional, con fama de radical en sus planteamientos políticos, pero respetuoso con las opiniones de sus colaboradores una vez estos conseguían pasar su filtro ideológico. O'Sullivan llegaba incluso a defenderles aunque eso pudiera suponer un varapalo económico para su revista por la retirada de suscriptores ante declaraciones polémicas y muy alejadas de la línea política habitual. Un caso así ocurrió con Orestes A. Brownson, quien colaboró con O'Sullivan desde primavera de 1842 al otoño de 1843 realizando una suerte de fusión entre su antigua revista, la *Boston Quarterly Magazine* con la *Democratic Review*, para la que contribuyó con un puñado de artículos.³⁴⁸

La práctica de las notas editoriales será habitual en la *Democratic Review* y supone una seña de identidad del estilo de O'Sullivan. En aquellas ocasiones en las que este considere que un artículo pueda merecer la pena, aunque se desvíe de sus planteamientos ideológicos, añadirá una nota editorial a pie de página junto al título, en donde detallará los puntos concretos de su discrepancia con la obra de su colaborador. En raras ocasiones incluirá notas editoriales a pie de página en mitad del cuerpo del texto para señalar alguna discrepancia concreta o para resaltar algo que O'Sullivan considere relevante. En el caso de necesitar que realizar alguna puntualización larga, como en el caso de los artículos de Brownson, la nota editorial no irá a pie de página, o

³⁴⁷Edgar A. Poe, "Our Magazine Literature", *New World*, New York, (March 11, 1843), p. 302. Consultado en la página web de la Sociedad Edgard Alan Poe de Baltimore: <https://www.eapoe.org/works/essays/nw430311.htm>, el 15 de noviembre del 2018 a las 20:18 horas. Las revistas a las que se refiere Poe como las únicas superiores a la *Democratic Review* son las siguientes: *Tait's Edinburgh Magazine* (1832-1861) Revista escocesa con una línea whig radical. Sería por periodo y enfoque político la más parecida a la *Democratic Review* y seguramente la que inspiraría a O'Sullivan para el formato de su publicación junto a la *Edinburgh Review* (1802-19029) y su antecesora, la *Edinburgh Magazine and Review* (1773-1776) de la que seguramente se inspiró para el nombre. La *Fraser's Magazine for Town and Country* (1830-1832) era una revista londinense que devino en una de las principales publicaciones Tory del periodo. La *Blackwood's [Edinburgh] Magazine* (1817-1980) fue la contrapartida Tory en Escocia.

³⁴⁸La invitación a colaborar por parte de O'Sullivan a Brownson tenía un interés por sumar la lista de suscriptores de la *Boston Quarterly Review* para la *Democratic Review*, y suponía un movimiento estratégico para asentarse en Nueva Inglaterra, una región dominada culturalmente por sus adversarios Whigs y por su órgano cultural, la todopoderosa *North American Review*. El error de cálculo sin embargo resultó catastrófico para la *Democratic Review*. Sheldon H. Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* (Tesis Doctoral, Universidad de Columbia, 1958), pp. 147-149. Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 113-115.

al inicio del texto sino que se añadirán tras este como un postscriptum, y ocupará varias páginas de respuesta crítica. Otra forma de nota editorial puede encontrarse al final de los volúmenes para hacer balance del discurrir de la revista, y llevará diversos nombres en latín como *prospectus*, *finale*, y otras fórmulas similares.³⁴⁹

La cuestión sobre el práctica editorial nos introduce en el problema sobre la autoría de los editoriales aparecidos en las publicaciones dirigidas por O'Sullivan. Dicha cuestión es de absoluta importancia para mi tesis, y retomaré muchos de los argumentos que voy a exponer a continuación en el capítulo 14, en polémica con Linda S. Hudson, a cerca de la autoría de muchos de los editoriales de la *Democratic Review*, pudiendo ser estos obra de O'Sullivan (como voy a defender), o de la periodista Jane McManus Storm Cazneau (tal y como defiende Hudson). No presentaré aún el centro de la polémica, por el momento pongo simplemente en aviso al lector de que las siguientes páginas serán de extrema relevancia para demostrar la hipótesis principal de esta tesis.

En primer lugar es importante resaltar que O'Sullivan nunca se embarcó en un proyecto editorial a solas. Durante sus dos primeras experiencias periodísticas (*Georgetown Metropolitan Democratic Review*) colaboró con su cuñado el doctor Samuel D. Langtree (1811-1842). Mientras que su tercer periódico fue producto del trabajo en equipo con su amigo Samuel J. Tilden (1814-1886), político demócrata de la ciudad de Nueva York que llegaría a ser gobernador de dicho Estado y candidato presidencial en las elecciones de 1876. En el capítulo 12 ahondaré en la historia de estas tres publicaciones y en cómo O'Sullivan llegó a convertirse en el único editor de las tres. Por ahora baste decir que Langtree se retirará en 1840 de la *Democratic Review* cansado por las dificultades que atravesaba en esos momentos la revista, dejando a O'Sullivan como único editor. Mientras que Tilden abandonó su labor editorial para volver a la política en el momento en el que logró el objetivo con el que había fundado

³⁴⁹ Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 16-17. A través de las notas editoriales O'Sullivan pretendía salvaguardar la coherencia ideológica de la publicación sin que su doctrinarismo supusiera una barrera infranqueable para teóricos y escritores valiosos con una perspectiva distinta a la suya. En una réplica furierista publicada en la revista en oposición a las tesis vertidas por Brownson a cerca de esta doctrina, O'Sullivan acompañó el escrito con una nota editorial en la que especificó que no le gustaba hacer de la *Democratic Review* un campo de batalla para teorías antagónicas de carácter extraño, distinto y fuera del control de su línea editorial. Y aunque se declaraba lejano a ambas posturas (con respecto al ultracatolismo reaccionario de Brownson y el socialismo utópico de Fourier), permitió sin embargo el debate para que los lectores pudieran sacar sus propias conclusiones. Esta nota es una buena representación tanto en su uso como por su contenido de las notas editoriales en los años en que O'Sullivan fue editor de la *Democratic Review*. Anónimo, "A Protest of Fourierism Against the Democratic Review", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 11, N°. 54, (December 1842), p. 646.

el *Morning News*: conseguir la elección del presidente James K. Polk en 1844. En ambos casos O'Sullivan se quedará como único editor al mando de las publicaciones.³⁵⁰

Su primer trabajo periodístico llegó con la adquisición de un periódico local del Distrito de Columbia, el *Georgetown Metropolitan* (1835-1837). El diario había sido dirigido por J. F. Watson hasta verano de 1835, pero el 11 de julio de 1835 Langtree y O'Sullivan publicaron un editorial en donde anunciaban el cambio de propiedad del medio y los principios bajo los que llevarían el periódico. Se desconoce cuál fue el reparto de tareas, sin embargo, por cómo condujeron la *Democratic Review*, así como por el estilo de los editoriales (con la recurrencia a ciertas temáticas que reaparecerán en posteriores publicaciones), resulta razonable pensar que Langtree se encargaba de la conducción literaria y administrativa del periódico, mientras que O'Sullivan escribía los editoriales políticos.³⁵¹

La experiencia del *Metropolitan* fue de gran valor formativo para ambos editores, pero a partir de otoño de 1836 el periódico entró en una situación de crisis y en primavera de 1837 lo vendieron a un publicista llamado H. J. Brent. Acto seguido, Langtree y O'Sullivan comenzaron a preparar el lanzamiento de una nueva publicación, pero en esta ocasión no sería un periódico, sino una revista político literaria de carácter mensual. La *United States Magazine and Democratic Review* (1837-1846) que nació tras unos meses de retraso en otoño de 1837. A raíz de los avatares del lanzamiento de la *Democratic Review* Langtree envió una carta el 15 de octubre de 1837 a William C. Bryant (1794-1798), poeta y famoso editor del *New York Evening Post*, en donde le contaba que el retraso de la publicación (proyectada para julio de ese año) se debía a que muchos de los colaboradores les habían fallado, motivo que forzó a que O'Sullivan tuviera que escribir una buena parte de los artículos a consta de su salud. La importancia de esta carta estriba en que nos da a conocer un dato relevante. La mayor parte del primer número de la *Democratic Review* es producto de la pluma de O'Sullivan, salvo claro está, las obras de carácter literario.³⁵²

³⁵⁰Harris, *The Public Carrer of John L. O'Sullivan*, pp. 33, 126, 193-194. Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 8, 87-88. Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 24, 47, 53-56. Gumerove, *The New York Morning News*, pp. 13-14, 22-23, 67.

³⁵¹“Prospectus”, *Georgetown Metropolitan*, 11 de julio de 1835. Harris, *The Public Carrer of John L. O'Sullivan*, pp. 49-52. Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 8-13. Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 43-44.

³⁵²Samuel D. Langtree a William C. Bryant, 15 de octubre de 1837, Bryant Godwin Collection, New York Public Library. Harris, *The Public Carrer of John L. O'Sullivan*, pp. 60-64. Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 43-47. Robert Sampson considera que los siguientes artículos del primer número son con bastante seguridad obra de O'Sullivan: “The Democratic Principle”,

Unos años después O'Sullivan escribiría una carta fechada el 8 de septiembre de 1842 para el crítico literario Rufus W. Griswold respondiendo a su pregunta sobre los orígenes de la *Democratic Review*. Esta carta es de extrema importancia para los objetivos de esta investigación, pues es la única fuente en que O'Sullivan narra de primera mano tanto los orígenes de la revista como su labor editorial, y en ella confirma la historia expuesta por Langtree a Bryant unos años antes. En lo que se refiere al reparto de tareas en la revista O'Sullivan declara que: "Langtree se ocupaba principalmente de la gestión comercial de la revista; la labor editorial de carácter político era enteramente mía: el trabajo editorial de carácter literario lo dividimos entre los dos".³⁵³

En la actualidad el fenómeno de la autoría resulta de gran importancia, tanto en el terreno literario como en el académico. En tiempos de O'Sullivan la cuestión autoral y el reconocimiento de la función de autor tenían sin embargo una valoración distinta. Como señala Fuller el uso común en la época era la de ofrecer una información indirecta indicando el autor a través de otros trabajos (Ej. "The Toll-Gatherer's Day, a Sketch of Transitory Life" by the author of "Twice-told Tales" [Nathaniel Hawthorne]), o bien escribiendo sólo sus iniciales al comienzo al final del artículo. También era común el uso de pseudónimos, en especial entre las escritoras, quienes acostumbraban a publicar bajo una identidad masculina para ser tomadas en serio. En algunos casos los artículos aparecían completamente anónimos, dando lugar a constantes especulaciones y forzando al lector a tener que familiarizarse con el estilo de sus escritores de referencia para inferir la autoría. Este último caso será el más habitual en los escritos de O'Sullivan y en los editoriales de su revista, fueran escritos por él o encargados a un colaborador).³⁵⁴

Una muestra de las confusiones que generaba el problema del anonimato se pueden encontrar en un editorial de 1842 titulado "The Mississippi Bond Question", en donde O'Sullivan respondió a algunas acusaciones volcadas sobre la revista que sostenían que sus editoriales eran escritos por algún financiero de Wall Street. Por el contrario, O'Sullivan defendió que la autoría de los mismos provenía de la pluma del

The Moral of the Crisis", "Glances at Congress" y el "Retrato a tinta y carboncillo" (Portrait on Pen and Pencil) de Nathaniel Macon. Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 14, 25-26, 251-252.

³⁵³John L. O'Sullivan a Rufus W. Griswold, 8 de septiembre de 1842. En William M. Griswold, *Passages from the correspondence and other papers of Rufus W. Griswold* (Cambridge: W. M. Griswold, 1898) p. 123.

³⁵⁴Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp.16-17. Nathaniel Hawthorne, "The Toll-Gatherer's Day, a Sketch of Transitory Life" *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N.º. 1, (October 1837).

“editor y dueño de la revista, cuyo nombre es por supuesto fácilmente accesible para todo aquel que se interese por tan insignificante porción de información”.³⁵⁵

La idea del carácter impersonal (anónimo) y plural del estilo de la revista (utilizando la primera persona del plural en todos los artículos) que O’Sullivan le había comentado a Thoreau volvió a ser reproducido en una nota editorial aparecida tras el artículo “France: Its King, Court and Government”. Este había sido escrito por Lewis Cass durante su periodo como embajador de los Estados Unidos en Francia (aunque por entonces fue publicado anónimamente para proteger su carrera política bajo la fórmula *By an American*). O’Sullivan se lamentó en una nota editorial a modo de postscriptum (sin que faltasen las alabanzas para el autor) que en el caso del artículo en cuestión no hubiera imperado su criterio editorial y las opiniones del artículo hubieran sido expresadas en primera persona del singular. Sin embargo el editor no debió de verse en posición de imponerle reglas de estilo a uno de los principales líderes del partido demócrata.³⁵⁶

Sin embargo esta nota confirma públicamente lo que O’Sullivan había comentado a Thoreau en privado: el anonimato editorial era algo más que el seguimiento de la costumbre estilística de la época. O’Sullivan adoptará este criterio de manera deliberada en sus publicaciones para homogeneizar todos los materiales con el fin de que estos fueran la voz de un principio, el principio democrático, más que producto de su propia voz o la de sus colaboradores en tanto que individuos concretos, con sus intereses y posiciones propias. Esto nos muestra que O’Sullivan concebía su función de autor como la actividad de un portavoz de grandes principios políticos, desmarcándose de la idea romántica del autor como genio creador tan en boga en su época.

Sin embargo la producción editorial en la *Democratic Review* va a suponer una tarea más compleja que la simple atribución automática de todos los editoriales a O’Sullivan. Por las cartas de Langtree a Bryant y de O’Sullivan a Griswold podemos suponer que la mayoría de los editoriales deben ser producto suyo, pero la revista sufrió muchos avatares que llevaron a que colaborasen más contribuidores.

En su tesis doctoral sobre la *Democratic Review* Fuller señala que desde junio de 1839 a diciembre de 1840 O’Sullivan se retiró como editor de la revista por un conjunto

³⁵⁵[John L. O’Sullivan], “The Mississippi Bond Question” *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 10, N.º. 66, (April 1842), p. 383.

³⁵⁶[John L. O’Sullivan], “Editorial note” en Lewis Cass, “France-its king, court and Government”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 7, N.º. 29, (May 1840), p. 443.

de motivaciones políticas y personales que se explicarán en el capítulo 12. Aún con todo O'Sullivan no perderá nunca el interés por la *Democratic Review* y seguirá asistiendo a Langtree escribiendo editoriales políticos de vez en cuando. Por lo tanto, los editoriales escritos entre junio de 1839 y diciembre de 1840 pueden ser en igual medida de O'Sullivan como de Langtree. El historiador John Stafford ha propuesto además que durante la ausencia de O'Sullivan en el otoño de 1845, Evert A. Duyckinck y William A. Jones pudieron haberse hecho cargo de la labor editorial. Pero el juez Nelson J. Waterbury (que compaginaba su carrera judicial con un empleo a tiempo parcial en el *New York Morning News* de O'Sullivan) aseguró en una carta al por entonces gobernador del Estado de Nueva York (Silas Wright Jr.) que O'Sullivan había dejado al escritor John Bigelow al frente de la *Democratic Review*, si bien Bigelow negaría haber prometido a O'Sullivan tal cosa. La *Democratic Review* efectivamente se publicó de septiembre a diciembre de 1845 en ausencia de O'Sullivan, por lo que bien Duyckinck, Jones o Bigelow debieron ser los autores de los editoriales durante dicho periodo.³⁵⁷

En el artículo anteriormente citado "Criticism in America" Jones dedicó unos párrafos a hablar de la *Democratic Review*, y en él ofrece una interesante información sobre las contribuciones a dicha revista. En su artículo Jones señala que además de una amplia gama de literatos americanos e internacionales de primera fila, en la revista colaboran escribiendo críticas literarias Godwin, Bigelow y Duyckinck. Los editoriales políticos corrían a cuenta de "Mr. Editor" (O'Sullivan), de quien también dice lo siguiente: "A los cuales [a los editoriales políticos], aún así, no se restringe de ningún modo, pues hemos podido seguirle a través de la tumultuosa narrativa de ficción, la distinción de la crítica [literaria], cálculos estadísticos, argumentos políticos y legislación ilustrada."³⁵⁸

Por lo tanto puede suponerse que en ocasiones O'Sullivan podría ser el autor de algunas piezas que trasciendan la temática política, si bien su principal tarea reconocida en la *Democratic Review* será escribir los editoriales políticos. Jones también hace

³⁵⁷Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 24-25, 40, 55-56. Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, pp. 86-90. Stafford, *The Literary Criticism of Young America*, p. 6. Nelson J. Waterbury a Silas Wright Jr., 30 de agosto de 1846, Samuel J. Tilden Papers, New York Public Library.

³⁵⁸Jones, "Criticism in America", p. 246. De acuerdo con Fuller y con las cartas de O'Sullivan a Griswold y Thoreau, O'Sullivan también se encargaría de hacer algunas de las reseñas literarias, que entre el periodo de 1837 a 1840 pueden ser así mismo obra de Langtree. Fuller ha identificado entre los colaboradores habituales para las reseñas literarias a los siguientes escritores (siendo la mayoría de las mismas anónimas: Alexander. H. Everett, Parke Godwin, George Bancroft, Ralph W. Emerson, Henry D. Thoreau, John Bigelow, Evert A. Duyckinck, Cornelius Mathews, William A. Jones, y Auguste Davezac. Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 16, 72

referencia a las contribuciones políticas de “Mr. Everett”, al que describe como el “visir literario” de O’Sullivan. El Everett al que menciona es Alexander H. Everett (1792-1847), embajador en Holanda, España y finalmente China, quien en efecto colaboró activamente en la *Democratic Review*, y como explicaré más adelante, jugó un papel fundamental en la aparición del concepto de *Destino Manifiesto*. Por otra parte, Caleb Cushing (1800-1879), congresista, diplomático e hispanista que también ocupó el cargo de embajador estadounidense en España, escribió una carta al editor de la *Democratic Review* en la que se declaraba lector habitual de la revista, en especial por sus artículos financieros y comerciales, que atribuye a la pluma del editor. Pero Cushing apunta a un error de comprensión en estos escritos sobre la naturaleza de los depósitos bancarios que el gobierno estaba gestionando tras dismantelar el *Segundo Banco de los Estados Unidos*. En su respuesta a Cushing el editor (O’Sullivan) no niega ser el autor de dichos artículos, por lo que también debemos suponer que él escribía los artículos económicos de la revista.³⁵⁹

Por otra parte, en lo que se refiere a la labor editorial en el *New York Morning News* (1844-1846), sabemos gracias a Waterbury que O’Sullivan era el responsable de escribir los editoriales periódicos en esta publicación. En la carta a Silas Wright del 30 de agosto de 1846 Waterbury narra los avatares que llevaron al colapso del diario en la primavera de 1846, enumerando toda una serie de insensateces cometidas por el resto del equipo. De entre las quejas que tenía para O’Sullivan (que unos meses antes había sido cesado como editor por los propietarios del periódico), destacó lo siguiente:³⁶⁰

El hecho más importante para un diario barato en Nueva York es estar en la calle durante las primeras horas de la mañana. En un periódico diseñado para circular entre las ‘masas trabajadoras democráticas’ esto es una necesidad sin la cual el éxito es imposible. Para asegurar esto, los editoriales deben entregarse el día anterior a una hora temprana para ser incluidos en la imprenta antes de que las noticias lleguen a las multitudes. El señor O’Sullivan generalmente bajaba a la oficina a media noche a escribir sus artículos para el periódico del día siguiente, lo que provocaba que no pudieran entregarse a los impresores hasta después de que el periódico estuviera terminado. Esta fue una dinámica fatal; pero O’Sullivan no escuchaba la voz de la razón salvo para prometer que cambiará de actitud.³⁶¹

³⁵⁹Ibid., p. 246. [John L. O’Sullivan], “The Exchequer Project” *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 10, N°. 67, (May 1842), pp. 501-510.

³⁶⁰Gumerove, *The New York Morning News*, pp. 27, 108.

³⁶¹Nelson J. Waterbury a Silas Wright Jr., 30 de agosto de 1846, Samuel J. Tilden Papers, New York Public Library.

Este testimonio deja entrever que O'Sullivan no era el editor más diligente y responsable en la ciudad de Nueva York, y que por su culpa el *Morning News* irónicamente no conseguía salir por las mañanas. Sin embargo la carta no da lugar a dudas sobre su labor como autor de los editoriales políticos, aunque esta supusiera una disfuncionalidad profesional en la conducción de sus publicaciones.

Pero a mi juicio la fuente autorizada que confirma su labor como escritor editorialista es Samuel Tilden, quien como coeditor temporal del *Morning News* y colaborador de la *Democratic Review* estaba familiarizado con el trabajo de O'Sullivan. El 26 de febrero de 1846 apareció publicado en la columna editorial del *Morning News* un reportaje sobre el debate que había acontecido en la Asamblea del Estado de Nueva York a raíz del enfrentamiento entre Tilden y el representante por Albany, Robert D. Watson. Watson era al igual que Tilden miembro del Partido Demócrata, pero era uno de los líderes de la facción anti rentista, enfrentada a la facción *Barnburner* a la que pertenecían Tilden y O'Sullivan. En su intervención Watson atacó al *Morning News* y a su editor acusándole de actuar en contra de la administración demócrata del presidente Polk por defender posiciones abolicionistas. Tilden encontró sumamente ofensivo que su amigo fuera tildado de abolicionista y amigo de los negros, e interrumpió a Watson para tildar sus palabras de acusaciones sin fundamento. Así recogía el *Morning News* su declaración:³⁶²

Sobre la cuestión de la Abolición, considero que es de justicia hacia el caballero que edita el *Morning News* declarar (y al tener relación con él por más de diez años he conocido sus opiniones privadas y trayectoria pública) que no puede atribuírsele una sola sílaba, ni en el *Morning News* ni en otras publicaciones que él edita, una sola palabra de amistad o favorable a la Abolición. Muy al contrario, *sus opiniones tal y como han sido expresadas una y otra vez en la Democratic Review, por él en calidad de editor*, han sido extremadamente favorables a la *doctrina del*

³⁶²En los años 40 del siglo XIX sucedió en el Estado de Nueva York un evento conocido como “New York Anti-Rent Wars”. Este era un movimiento social e insurreccional protagonizado por jornaleros que vivían en una situación de cuasi servidumbre explotados por las grandes familias que desde la colonización holandesa controlaban el Valle del Hudson. La insurrección tuvo un impacto inesperado en la facción demócrata radical del Estado, los *Locofocos*, que se desgajó por la mitad dando lugar por una parte a los demócratas anti rentistas que apoyaron al movimiento, y los *Barnburners* demócratas radicales seguidores del ex presidente Martin Van Buren (1782-1862). Si bien por tónica general los *Barnburners* defendían una política muy progresista, en el Estado de Nueva York contaban con el apoyo de los grandes terratenientes del Hudson, lo que les llevó a condenar el alzamiento anti rentista. Por oposición, los líderes anti rentistas demócratas se aliaron con los demócratas *Hunkers*, de tendencia más conservadora y socios de los demócratas esclavistas del Sur, lo que llevó a los anti rentistas a oponerse al abolicionismo, muy ligado a las políticas *Barnburner* en ese Estado. Dado que el *Morning News* era el órgano de referencia de la facción *Barnburner* resulta lógico que Watson, aun siendo demócrata, intentase desprestigiar a este medio y a sus editores. Reeve Hutson, “The Parties and ‘The People’: The New York Anti-Rent Wars and the Contours of Jacksonian Politics”, *Journal of the Early Republic*, Vol. 20, No. 2 (Summer, 2000), pp. 241-246, 253-259. Gumerove, *The New York Morning News*, pp. 1, 10.

derecho de los Estados [State rights doctrine], y a la aplicación de dicha doctrina a favor de los derechos y en interés de las gentes del Sur.³⁶³

Tras estas declaraciones Tilden nombra específicamente a “Mr. O’Sullivan” como el autor de dichos editoriales. La importancia de este discurso de Tilden radica en que, por una parte, ofrece un testimonio de peso sobre la autoría de O’Sullivan sobre los editoriales políticos de ambas publicaciones. Pero además relaciona la labor de O’Sullivan como editorialista en la *Democratic Review* con su trabajo en el *Morning News* anteriormente descrito por Waterbury. Y es que O’Sullivan en tanto que editor simultáneo durante 1844-1845 de las dos publicaciones va a generar una sinergia entre ambas, aprovechando que la *Democratic Review* era de carácter mensual y de alcance nacional, con respecto a la tirada diaria y local del *Morning News*.

Esta diferencia de formato, alcance y ritmo de publicación va a posibilitar que O’Sullivan establezca debates de actualidad mediante el *Morning News* enfrentándose con el resto de periódicos neoyorkinos y nacionales. Mientras que la *Democratic Review* será su publicación estrella, aquella con la que establecía reflexiones de mayor calado sobre los problemas nacionales y de época. Sin embargo el *Morning News* y la *Democratic Review* no serán compartimentos estancos. Muchas de las ideas que aparecieron en el *Morning News* habían sido previamente desarrolladas durante largo tiempo en la *Democratic Review*. La revista servía incluso de fuente de material para el periódico, en donde se publicaban por entregas lo mejor del material literario y de los editoriales que previamente habían aparecido en la *Democratic Review*; por lo que esta última ejercía de alguna manera de *think-tank* del periódico en sus polémicas. Y a su vez el *Morning News* establecía debates de varias semanas que luego inspiraban a O’Sullivan a la hora de escribir artículos más largos y reposados en la *Democratic Review*.

Ambas publicaciones van a compenetrarse durante la última etapa editorial de O’Sullivan, y es en el contexto de esta interacción entre las dos que O’Sullivan entrará en el debate sobre el expansionismo americano, que en último término será el contexto discursivo que alumbrará el concepto de *Destino Manifiesto*. La interacción era además necesaria por la distinta naturaleza de los editoriales de cada una de las publicaciones. La distinta longitud de estos será clave a la hora de marcar su carácter. Los del *Morning News* solían ocupar de media columna a dos columnas, lo que equivaldría de tres a ocho

³⁶³ “The Meeting Last Evening”, *New York Morning News*, 26 de febrero de 1846. Subrayado mío.

párrafos de extensión. Mientras que los editoriales de la *Democratic Review* serán de cinco a diez páginas los más cortos, y de veinte a treinta páginas los más largos. Esto conllevará que los editoriales de la *Morning News* sean piezas retóricas pensados para el combate de las ideas, mientras que la extensión de la *Democratic Review* permitirá un mejor desarrollo de los argumentos, con lo que habrá un mayor posibilidad para la innovación discursiva en la revista que en el periódico.

Pero en último término ambas publicaciones responderán a un deseo de intervención política inmediata, lo que se reflejará en la formulación de la teoría política de sus editoriales, muy apegada a las especificidades de la política estadounidense de mitades del siglo XIX. En último término esto hará que las teorizaciones del periódico y la revista sean muy representativas del tono general de la época, (y en esto radicaría su éxito literario y político inmediato), pero por esta misma razón su relevancia en el largo plazo decaerá por ser tan dependiente de los debates establecidos durante su contexto político de aparición. En último término el cambio en los debates nacionales durante la segunda mitad del siglo XIX supuso que la *Democratic Review* fuera perdiendo notoriedad y empuje, y que sus editoriales políticos quedarán completamente olvidados, perviviendo únicamente un cierto recuerdo sobre su contribución literaria.³⁶⁴

5.3 El misterio O'Sullivan reconsiderado

Con el recorrido de los dos últimos capítulos me encuentro en condiciones de ofrecer una hipótesis para el *misterio O'Sullivan*, que deviene de la extraña situación por la cual un pensador tan omnipresente en la historiografía estadounidense y tan influyente en su periodo histórico, sin embargo tenga que enfrentarse a la paradoja de que no existan apenas estudios centrados en su persona, sobre su producción intelectual, y que en último término fuera olvidado durante algo más de medio siglo, coincidiendo con la época de mayor popularidad del concepto que él acuñó.

A través del capítulo anterior consideré los procesos que llevan a convertirse a un pensador en lo que Foucault denominó como *función de autor*, es decir, una referencia personal-simbólica que es subsumida dentro de un canon y a la que los

³⁶⁴ Mott, *A history of American Magazines*, pp. 681-684. A finales del siglo XIX aún se recordaba la calidad literaria de la *Democratic Review*, haciéndose explícita cuando moría algunos de sus antiguos colaboradores, como en el caso del patriota irlandés Thomas Davis. Sin embargo los editoriales se encontraban ya olvidados. Prueba de ello es que en la esquela necrológica de O'Sullivan no aparece mención alguna a su labor en la *Democratic Review* o en el *Morning News*. Charles G. Duffy, "Thomas Davis, the Memoirs of an Irish Patriot. 1840-1846. Chapter IV", *The Nation*, (April 11, 1891), p. 3. "The Obituary Record: John L. O'Sullivan", *New York Times*, 27 de marzo de 1895, p. 5.

autores de la posteridad del pensamiento acuden para fundamentar y legitimar su discurso. Como expuse, las posibilidades de un pensador en devenir en *función de autor* están relacionadas con su capacidad de inserción en las redes de producción intelectual de cara a obtener capital cultural (en la perspectiva de Randall Colins), y convertirse así en centro y referencia para su contexto intelectual. Esto ofrecería al intelectual la posibilidad de ingresar en los procesos de recepción de la posteridad generando una fusión paradigmática entre la imagen que dicha posteridad construya del autor con la conversión de su pensamiento en una unidad homogénea y referenciable.³⁶⁵

En los primeros años de su vida adulta O'Sullivan se insertó exitosamente en las redes intelectuales progresistas del jacksonianismo demócrata gracias a la centralidad y popularidad que adquirieron sus periódicos y revistas en el contexto del *periodismo de escritores* jacksoniano. Sin embargo el carácter central de su posicionamiento dentro de su red de producción intelectual estaba mal cimentada. Era una posición que se debía más a su labor como editor que al reconocimiento de su pensamiento. Por otra parte el carácter instrumental de sus ideas, en tanto que herramientas para la contienda política, le ofrecieron réditos de reconocimiento en el corto plazo, pero se encontraban demasiado ancladas al contexto político de su tiempo, y la transformación de las claves discursivas de su época jugó en su contra. Si a esto le unimos su negativa consciente de asociar su nombre a sus editoriales, todo ello acabó abortando la posibilidad de que hubiera alguna posibilidad de que la posteridad pudiera reclamarle.

A esto hay que añadir que el propio O'Sullivan terminó de sabotear la posibilidad de reconstruir esa centralidad en su red intelectual debido al conjunto de decisiones políticas y vitales que adoptó tras abandonar su labor editorial. La más catastrófica de todas para su reputación fue la de posicionarse a favor Confederación durante la *Guerra Civil Americana*, a pesar de ser un estadounidense del Norte de la Unión, lo que supuso su caída en desgracia después de la contienda y a su marginación social.³⁶⁶

Por otra parte, cuando Julius W. Pratt rescató a O'Sullivan del olvido en 1927, el concepto de *Destino Manifiesto* se encontraba en una tendencia declinante y de abandono como concepto político, por lo que su redescubrimiento no se tradujo en su rehabilitación como pensador, ya que no había incentivos políticos o académicos para

³⁶⁵ Foucault, "Qué es un autor", pp. 58-61, 66. *New York Times*, 27 de marzo de 1895

³⁶⁶ Sheldon H. Harris, "John L. O'Sullivan Serves the Confederacy", *Civil War History*, Vol. 10, N. 3, (September 1964).

legitimar un discurso reclamando su figura o sus ideas en ese contexto. Y puesto que el estudio del pensamiento político en la academia se ha ejercido tradicionalmente vinculando ideas con autores, el hecho de que O'Sullivan hubiera fallado en convertir su imagen en *función de autor* provocó que el desconocimiento sobre aspectos relevantes de su condición de pensador generasen una suerte de bucle que se autoalimentaba: Al no haber un corpus de escritos inequívocamente atribuibles a su persona era complicado realizar estudios sobre su pensamiento, lo que a su vez desincentivó intentar estudiarle al no existir apenas un asidero documental de fuentes primarias o secundarias sobre el que apoyarse. Y de esta manera el fracaso de O'Sullivan en convertirse en *función de autor* provocó que a lo largo del siglo XX se estableciera un divorcio entre la importancia del personaje en tanto que autor del concepto de *Destino Manifesto*, con respecto a su relativo abandono académico en condición de autor de un pensamiento político relevante a la hora de entender la formación y el éxito del concepto.

En último término, el *misterio O'Sullivan* señala hacia el problema sobre cómo nos enfrentamos con aquellos pensadores en los que la *función de autor* no se ha establecido según los patrones convencionales. Y esto es especialmente relevante si lo trasladamos a cómo estudiamos el pensamiento de los ideólogos, aquellos autores cuyos planteamientos no son tan singulares como el de los grandes pensadores de la Historia de la Filosofía, y que precisamente por esta escasa excepcionalidad son capaces de convertirse en portavoces de su época e influir en ella en una manera distinta a los grandes intelectuales. No se trata a mi juicio de reclamar a unos sobre otros, sino de plantear que todavía existe un gran trabajo por hacer a la hora de estudiar el pensamiento político entendido como la articulación entre ambos grupos junto a las bases sociales que adoptan y mantienen vivo su pensamiento.

La singularidad del *misterio O'Sullivan* radica en que se trata del caso de un pensador menor que de manera no del todo consciente fue capaz de articular un paradigma cuyo alcance y envergadura histórica hubiera requerido de la acción, del pensamiento y del reconocimiento normalmente asociados a un gran intelectual. Sin embargo sería un error querer reclamar a O'Sullivan "*expost*" como una gran figura del pensamiento político. Porque la complejidad y sistematicidad de sus ideas no alcanzan para considerar que nos encontrásemos ante un gran genio olvidado, como ocurrió con Baruch Spinoza o Frederick Nietzsche durante el periodo posterior a su muerte. O'Sullivan fue un ideólogo que dio con una clave de época sin pretender establecer una gran teoría a partir de ella. Esto plantea consideraciones interesantes sobre cómo

calibramos en términos históricos la relevancia de un pensador con respecto a la importancia de su pensamiento, tanto en términos de la originalidad de sus ideas como por el carácter de su impacto en pensadores posteriores. Y lo que a mi juicio revela el *misterio O'Sullivan* es que, en algunos casos, pensadores poco profundos y sistemáticos pueden tener una relevancia en términos históricos equiparable a los grandes pensadores que conforman el canon de la historia de la filosofía. Sin embargo los historiadores del pensamiento político y del canon filosófico nos encontramos mal preparados teóricamente para afrontar estos casos, porque tendemos a privilegiar tanto la complejidad y la sistematicidad del pensamiento como el éxito de los pensadores en su inserción en el canon establecido, cuando estos criterios no siempre tienen porque ser relevantes para que las ideas de un pensador tengan un gran impacto social.

Hasta este momento he establecido toda una serie de criterios predominantemente teóricos con los que dar cuerpo a la perspectiva hermenéutica que ha fundamentado mi investigación. Con los tres primeros capítulos he considerado cuáles han sido las vías habituales desde las que se ha estudiado el fenómeno histórico del *Destino Manifiesto*, y he optado por la línea de Weinberg, la cual me ha llevado a considerar el *Destino Manifiesto* como un fenómeno intelectual del expansionismo norteamericano decimonónico. Así mismo, he decidido estudiarlo considerándolo un concepto político, y para ello he delimitado los contornos del paradigma historiográfico del giro lingüístico, tanto desde la perspectiva de la historia conceptual como del *contextualismo*, y he optado por adoptar la primera adaptando ciertos elementos del *contextualismo* para establecer el nexo de unión entre el *Destino Manifiesto* como concepto con respecto al providencialismo, que sería el marco discursivo que posibilitaría su aparición y del que este se erigió como una de sus formas de expresión paradigmática. Esto me ha conducido a considerar el concepto de *Destino Manifiesto* como un neologismo, y para ello he desarrollado una teoría sobre la enmarcación y la recepción discursiva del canon con la que he intentado explicar cómo el concepto de *Destino Manifiesto* contiene una complejidad intelectual mucho mayor de lo que a priori se le podría suponer a un *lexema conceptual*, por este motivo lo he denominado *concepto-doctrina*.

A raíz de este carácter doctrinal del concepto y por el hecho de tener un autor identificable he reflexionado sobre el problema de la autoría desde el punto de vista de la *función de autor*, con el objetivo de establecer criterios con los que posteriormente

determinar el impacto concreto de O'Sullivan en la formación del concepto de *Destino Manifiesto* (tema de la tesis doctoral). Para ello he presentado el caso específico de O'Sullivan desde la hipótesis del *misterio O'Sullivan*, lo que me ha permitido reflexionar sobre la autoría, tanto desde el punto de vista de la formación del pensamiento como desde la problemática de su transmisión. Y para poder reflexionar sobre este problema teórico he intentado delimitar las claves históricas del problema de la autoría en el tiempo de O'Sullivan, la opinión pública romántica en el tiempo del *periodismo de escritores*.

Con estos capítulos quedan establecidos el conjunto de elementos que conforman las reflexiones teóricas y el marco metodológico desde el que voy a abordar mi problemática de investigación. Esta no es la única forma posible de estudiarlo, ni tan siquiera la óptima si lo que se pretende es considerar el fenómeno del *Destino Manifiesto* en toda su amplitud. Pero sí que supone a mi juicio la perspectiva adecuada para reflexionar sobre el problema de la conformación del *Destino Manifiesto* en tanto que concepto político.

A continuación voy a presentar dos grupos más de capítulos que conforman el nivel histórico-contextual de mi estudio. Estos capítulos responden a una hipótesis de investigación sobre la relación entre los niveles sincrónicos y diacrónicos del contexto histórico en los procesos de formación discursiva y conceptual. Tal y como presenté en el capítulo 2 la historia conceptual ha privilegiado el nivel diacrónico para dar cuenta de los procesos de evolución de los términos en el largo plazo, mientras que la *Escuela de Cambridge* ha priorizado teóricamente el nivel sincrónico desde la hipótesis de que un discurso debe ser estudiado de manera situada en los distintos actos de habla que se dan en un contexto histórico determinado.

Sin embargo lo que voy a realizar en mi investigación es una inversión de estos términos. Esta tesis no pretende ser una historia conceptual al uso, sino utilizar el aparato teórico de la historia conceptual para resolver otro problema de la historia intelectual en general relacionada con los conceptos: me interesa reflexionar sobre los distintos elementos que influyen en el proceso de formación conceptual. Por este motivo no todos los criterios establecidos por Koselleck son útiles para mi investigación, pues tenemos preocupaciones intelectuales distintas derivadas de las necesidades metodológicas de nuestro objeto de estudio. Dado que el momento de acuñación del concepto es el punto de llegada y no el punto de partida, la cuestión que aborda mi tesis se relaciona con intentar determinar el conjunto de elementos que han sido relevantes en

la formación del concepto de *Destino Manifiesto*. En este sentido, manejo la hipótesis de que el concepto de *Destino Manifiesto* fue una formulación fundamental de la concepción nacionalista de los Estados Unidos en términos providencialistas.

Esto introduce la pregunta sobre la importancia y vigencia del discurso providencialista en la cultura estadounidense, lo que implica considerarla tanto desde un punto de vista diacrónico, en su proceso de implantación como tradición discursiva y filosofía de la historia, así como reflexionar sobre el conjunto de elementos que influyeron en su recepción y adaptación al contexto intelectual del nacionalismo romántico decimonónico, lo que introduce la perspectiva sincrónica a mi contexto.

En este sentido voy a presentar el nivel contextual de mi estudio de una forma distinta a como lo ha trabajado la *Escuela de Cambridge*. El nivel contextual de mi estudio no va a ser exclusivamente discursivo, porque lo que me interesa es comprender cómo interaccionan los paradigmas discursivos con las problemáticas políticas de los distintos periodos que estos atraviesan, y eso requiere trascender en muchos momentos el ámbito lingüístico. Por este motivo los tres capítulos siguientes van a versar sobre la conformación de una tradición discursiva de corte providencialista en la América colonial. Esto es importante para comprender la viabilidad intelectual del concepto de *Destino Manifiesto* en el momento de su aparición, porque uno de los problemas más habituales de la historiografía del *Destino Manifiesto* es que tiende al anacronismo al etiquetar toda forma de discurso providencialista en la tradición discursiva norteamericana bajo la etiqueta del *Destino Manifiesto*. Esto a mi juicio es un error que conduce a considerar el *Destino Manifiesto* en términos de una continuidad que no se dio en términos intelectuales y que supone una ficción historiográfica.

Esto sin embargo no implica que los discursos providencialistas previos no hayan tenido ninguna importancia en la aparición del concepto. Lo que voy a intentar mostrar a continuación es que durante el periodo colonial fueron estableciéndose distintos discursos providencialistas que respondían a la necesidad de interpretar la experiencia de la colonización de América en base a una filosofía de la historia finalista. Estos distintos paradigmas discursivos fueron sucediéndose de manera problemática, sin que mediase una relación genética entre ellos pero estando interrelacionados entre sí. Por este motivo es necesario recalcar que lo importante para entender esta sucesión paradigmática no es el hecho de que exista una continuidad discursiva como tal, sino que la sucesión paradigmática va formando discontinuidades que a posteriori son suturadas reinterpretándolas como una tradición. El hecho de que los actores tengan a su

disposición múltiples imaginarios temporales providencialistas y el hábito de plantear esta forma de concebir el tiempo histórico reforzará el carácter normativo de esta conciencia temporal en las colonias angloamericanas, ayudando a conformar con el tiempo una ficción de coherencia sobre la unidad discursiva providencialista en América.

De esta manera en los próximos tres capítulos plantearé cómo el providencialismo se instauró en la América colonial angloparlante como una de sus principales vías de concepción del tiempo histórico. En primer lugar explicando las características del providencialismo puritano por medio de su doctrina de la predestinación. A continuación explicaré como el sistema teológico político instaurado por los puritanos en Nueva Inglaterra explotó, llevándose por delante la posibilidad de que la doctrina de la predestinación perdurase. El siglo XVIII será testigo de dos procesos fundamentales para la mentalidad religiosa norteamericana. En la primera mitad del siglo se escindirá la religiosidad de las élites coloniales y del pueblo debido al *Primer gran despertar* y la formación de la teología natural. En esta última surgirá un nuevo marco providencialista alrededor de la idea de *diseño*, que permitirá secularizar la visión de Dios como agente providente y la concepción escatológica cristiana en la idea ilustrada de progreso por medio de la historia universal.

En la segunda mitad del siglo XVIII con la Revolución americana acontecerá la secularización definitiva del providencialismo en América por medio de la *religión civil americana* que aportará una nueva instancia de religiosidad nacionalista y complementario al aportado por las denominaciones cristianas. En este contexto surgirán nuevos tropos providencialistas ligados al ideal republicano, entre los que destacarán la *traslatio imperii*, la idea del *decline and fall*, y la visión de la república como un experimento en el tiempo. La articulación de todos estos ideales dará lugar a la concepción jeffersoniana del *imperio de la libertad*, que generará una fusión entre providencialismo y republicanism que servirá de antecedente intelectual para el *Destino Manifiesto*.

6. Los puritanos como punto de partida y mito originalista del discurso providencialista en América

Uno de los elementos que resultan más paradójicos en la historiografía del *Destino Manifiesto* es lo mucho que esta tardó en reflexionar sistemáticamente sobre la dimensión teológica del concepto, cuando la misma palabra de *destino* remite por su carga semántica a un imaginario religioso.

El historiador inglés Nicholas Guyatt comparte esta consideración aplicada al providencialismo americano, una temática íntimamente ligada al *Destino Manifiesto*. En su obra *Providence and the Invention of the United States, 1607-1876* (2007) (posiblemente el mejor libro escrito hasta el momento sobre el pensamiento y discurso providencialista en América) Guyatt comprende la temática del providencialismo americano como la creencia de que Dios tiene un plan especial para los americanos en tanto que pueblo elegido. Según Guyatt esta temática habría sido abordada por la academia norteamericana desde las siguientes tres perspectivas de desarrollo historiográfico.³⁶⁷

Una primera habría enfocado su estudio asumiendo la acción providencial de Dios como un dato relevante para entender la historia estadounidense, y buscaría por tanto explicar los rasgos providenciales de la historia norteamericana. Es el caso del historiador decimonónico George Bancroft y toda la escuela de historiadores nacionalistas que le siguieron. Pero según Guyatt este no sería un enfoque exclusivamente decimonónico, pues en el siglo XX Frederick Merk, uno de los clásicos del *Destino Manifiesto*, presuntamente también compartiría esta perspectiva. En segundo lugar habría existido un segundo grupo de historiadores que habrían minusvalorado la importancia de la temática providencialista, bien porque no creyeran que exista un plan de Dios para América, bien porque conciben el desarrollo histórico de los Estados Unidos desde una visión secularizada que devalúa la influencia del pensamiento religioso en la modernidad. Este sería el caso de Theodor D. Bozeman, Andrew Delbanco o Gordon S. Wood. Finalmente existiría un tercer grupo que habría trabajado rigurosamente la temática providencialista (casi todos ellos historiadores sobre el *Destino Manifiesto*) pero habrían errado al considerar el *providencialismo*

³⁶⁷ Nicholas Guyatt, *Providence and the Invention of the United States, 1607-1876* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007), p. 2.

como una idea nativa de los Estados Unidos, o bien por pensar que sus características fundamentales no habrían cambiado sustancialmente durante toda su historia. Entre ellos se encontrarían Albert K. Weinberg, Ernest L. Tuveson, John F. Bernes y Anders Stephanson.³⁶⁸

Esta reflexión historiográfica de Guyatt sobre el tratamiento del providencialismo en la historiografía americana está interrelacionado con los problemas en el estudio del fundamento teológico del *Destino Manifiesto*, pues este concepto-doctrina surgió como resultado de una tradición discursiva providencialista. El hecho de que el estudio sobre los fundamentos religiosos de ambas temáticas se hayan encontrado infradesarrolladas por largo tiempo se debe a que la academia norteamericana ha tardado en problematizar el marco teológico de su *religión civil*. No es del todo casual de hecho que hayan sido autores extranjeros como Anders Stephanson (sueco) o el propio Nicholas Guyatt (inglés) quienes más hayan ayudado en esta tarea.

En la obra de los dos clásicos del *Destino Manifiesto* queda patente las deficiencias de estudio de los fundamentos teológicos del *Destino Manifiesto*. Tanto Weinberg como Merk minusvaloraron el fondo teológico del concepto en sus obras, y apenas se cuestionaron acerca de las razones históricas e intelectuales de los discursos providencialistas en América. Esto se debió al problema de distanciamiento anteriormente referido en el capítulo primero, problema que llevó a que los dos clásicos naturalizaran acríticamente el fondo teológico del concepto. En sus estudios los dos

³⁶⁸ *Ibid.*, pp. 2-3. Mantengo tres reservas con respecto a esta propuesta de Guayatt. La primera concierne a Merk, que como explicaré a continuación en su obra *Manifest Destiny and Mission* (1963) no defendió la idea de que Dios tuviera una misión para los Estados Unidos, sino que la creencia en la idea de misión fue un elemento distintivo desde los orígenes coloniales norteamericanos. Esta idea de misión habría sido pervertida por el *Destino Manifiesto* y la noción de cruzada nacional que lo distingue. Por este motivo considero que Merk merecería estar en el tercer grupo propuesto por Guyatt, y no en el primero. Merk, *Manifest Destiny and Mission*, pp. VI-VII, 3-6, 261-265. Mi segunda reserva es concerniente a Weinberg, como explicaré a continuación no creo que este historiador haya considerado en profundidad el providencialismo en América. La temática no está del todo ausente en su obra, pero teniendo en cuenta la profundidad y exhaustividad de su estudio se encuentra claramente infrarrepresentada, por lo que merecería estar en un espacio intermedio entre el segundo y el tercer grupo. Finalmente no creo que se pueda acusar a Anders Stephanson de haber minusvalorado el carácter Atlántico del providencialismo americano o de haberlo presentado como una idea monolítica sin evolución en la historia. Como explicaré Stephanson resultó clave a la hora de establecer la distinción entre el concepto de *Destino Manifiesto* y el providencialismo como discurso. El problema que a mi juicio tiene la obra de Stephanson se deriva de que al ser un estudio introductorio a la temática del *Destino Manifiesto* no cuenta apenas con espacio para desarrollar sus propuestas teóricas y evolución histórica, por lo que no puede detenerse demasiado a establecer distintos estadios del providencialismo en los Estados Unidos más allá de distinguir entre un providencialismo puritano, otro republicano, el romántico que genera el *Destino Manifiesto*, y un último relacionado con el darwinismo social del imperialismo de finales del siglo XIX. Por otra parte Stephanson privilegia el desarrollo estadounidense sobre una perspectiva que explique los dos lados del Atlántico anglosajón porque no cuenta con espacio suficiente para dar cuenta de las especificidades de ambos países. En este sentido, la obra de Guyatt no es tan distinta de la de Stephanson. Solo que cuenta con más espacio de desarrollo. Stephanson, *Manifest Destiny*, pp. XIV, 5.

clásicos asumieron de manera a-problemática su marco teológico-político, y esto les llevó a considerar que la noción de *misión* (popular en los debates académicos de su tiempo) explicaba por sí misma el componente religioso del *Destino Manifiesto*, en vez de preguntarse por los usos y la significación del concepto de *destino*.³⁶⁹

Weinberg consideró el *Destino Manifiesto* como una teología nacionalista, en donde la noción de *misión* se erigiría como la base de la idea de *nación* y como producto del nacionalismo estadounidense. La idea de *misión* articularía el concepto de *destino* en una dinámica en la que este actuaría como un designio nunca consumado, como un proceso en evolución permanente, como un futuro que se dilataría constantemente y a cuya realización la nación se aproximaría sin cesar en el presente. De esta manera Weinberg imbrica la idea de *misión* en la hipótesis de la *Frontera* de Turner, como una lógica expansionista que se replica constantemente según se consume, y en donde el *destino* aparecería como la forma de expresión conceptual de esta idea de *misión*.³⁷⁰

La obra de Merk se planteó como una revisión de las hipótesis de Weinberg, por lo que retoma el concepto de *misión* pero definiéndolo en contraposición a la idea de *cruzada* en tanto que nociones hermanadas y antitéticas. Para Merk el sentido de *misión* nacional provendría de la colonización puritana y se habría desarrollado con el movimiento pionero hacia el Oeste, mientras que la noción de *cruzada* sería el producto de un grupo de políticos ambiciosos que quisieron manipular ese sentido de *misión* para sus propios fines en 1840. El *Destino Manifiesto* para Merk sería resultado de la noción

³⁶⁹Que tanto Weinberg como Merk diesen esa preminencia a la idea de *misión* se explica en parte por la importancia que este concepto tuvo en la época inmediatamente anterior a la II Guerra Mundial (Weinberg), y en la época inmediatamente posterior (Merk). De hecho en 1957 apareció un estudio escrito por el profesor en teoría política Edward McNall Burns *The American Idea of Mission: Concept of National Purpose and Destiny*, en donde el profesor McNall trató casi todas las temáticas que Weinberg trabajó para el *Destino Manifiesto*, solo que subsumiéndolas bajo el concepto de *misión*. McNall consideró que el *Destino Manifiesto* era una de las formulaciones de la idea de *misión*, considerada desde el punto de vista del deseo de dominación, de constituir una Nueva Roma y un *Nuevo siglo americano*, con lo que en el fondo está sugiriendo una tesis muy parecida a la que Merk desarrollaría unos años después. Edward McNall, *The American Idea of Mission: Concept of National Purpose and Destiny* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1957), p. 32.

³⁷⁰La cuestión teológica en Weinberg aparece en el capítulo 1. señalando las referencias al antiguo Israel por parte de los *Padres fundadores*. En el capítulo 2. mediante las referencias a la predestinación geográfica de la generación de los románticos, y en el capítulo 3. en el estudio de los argumentos bíblicos de corte puritano sobre el uso del suelo para la desposesión de los pueblos originarios. La perspectiva de estudio es sin embargo analítica y puramente descriptiva, y Weinberg no entra a interpretar las razones y orígenes en el uso de esta argumentación teológica más allá de señalar de una manera muy general que sus originadores fueron los puritanos y los *Padres fundadores*. Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 49-50, 52-59, 77-91, 448-449; Frederick J. Turner, *Rereading Frederick Jackson Turner: The Significance of the Frontier in American History and Other Essays*, editado por John M. Faragher (New Haven: Yale University Press, 1994), pp. 32-33.

de cruzada, y por lo tanto, no estaría emparentado intelectualmente con el espíritu de *misión*. Por esta razón aunque parezca que Merk en un principio establece en el puritanismo el fondo teológico del concepto de *Destino Manifiesto*, en realidad se lo atribuye a la idea de *misión* a la que este se contrapondría. Por lo tanto Merk en ningún momento ofrece realmente una explicación sobre las raíces teológicas del *Destino Manifiesto*, pues en último término plantea una doble genealogía en donde la idea de *misión* sería la teología política originaria y virtuosa de América cuyo origen se encontraría en las creencias de los colonizadores, mientras que la idea de *cruzada* y su corolario del *Destino Manifiesto* serían una perversión interesada que el nacionalismo decimonónico produjo para instrumentalizar la religiosidad genuina del pueblo estadounidense, y por lo tanto su origen no estaría en una creencia sino en una racionalidad instrumental basada en el interés y la manipulación.³⁷¹

En retrospectiva resulta un tanto paradójico que fuera Weinberg y no Merk quien acabase aplicando la teoría de Turner a la idea de *misión*, lo que confirma de alguna manera mi hipótesis sobre la incapacidad de Merk para sacar rendimiento teórico a los postulados propuestos por su maestro. Por otra parte es importante destacar que mientras que Weinberg intentó establecer una hipótesis crítica con el nacionalismo americano mediante el concepto de *misión*, Merk implementó una perspectiva mucho más complaciente al intentar salvar la tradición nacionalista contraponiendo *misión* con *cruzada* para diferenciar entre buenos y malos nacionalistas.

En último término el concepto de *destino* quedó en ambos subordinado a la manera en que cada uno concibió la idea de *misión*, pero en ningún momento los clásicos de la materia se plantearon tratar la noción de *destino* como el núcleo fundamental del *Destino Manifiesto*. La consecuencia de mayor calado de esta subordinación del concepto de *destino* a las nociones de *misión* y *cruzada* es que desde un punto de vista histórico se imputa su origen al nacionalismo decimonónico (lo que en el caso del sintagma conceptual de *Destino Manifiesto* es una suposición correcta, tal y como explicité en el apartado 3.3 del capítulo 3), pero si se considera el fundamento teológico del concepto de *Destino Manifiesto* las hipótesis de Weinberg y Merk resultan insuficientes, pues estas no se encargaron en ningún momento de explicar porqué la cultura religiosa de estos nacionalistas les llevó a utilizar y movilizar este concepto, ni

³⁷¹Tal y como señaló el historiador Ortega y Medina, Merk plantea la dicotomía entre cruzada y misión para establecer un juicio moral con el que identificar un buen y un mal nacionalismo americano. Merk, *Manifest Destiny and Mission*, pp. VI-VII, 3-6, 261-265. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, pp. 117-122, 153.

tampoco se plantearon si estos nacionalistas se imbricaron en una *tradicción electiva* religiosa con precedentes teológico políticos que pudieran haber influido en sus ideas.

Habrá que esperar al tránsito de los años 60 a los 70 del siglo XX para que surja una corriente de estudios especializados que pongan el foco en los fundamentos teológicos del *Destino Manifiesto*. El trabajo pionero en este ámbito será resultado de las investigaciones de Ernest L. Tuveson, profesor de la Universidad de California Berkeley en donde entró en contacto con el americanista Henry N. Smith, especialista en la visión romántica sobre el Oeste americano y que le asesoró en su estudio. Su trabajo también estuvo influido por los consejos del teólogo luterano Martin E. Marty, uno de los mayores especialistas sobre la religiosidad en los Estados Unidos. Tuveson realizó a principios de los años 60 su tesis doctoral en donde trató la influencia del pensamiento utópico y milenarista en la idea moderna de progreso. Es a partir de este trabajo y en el contexto de la Guerra de Vietnam que aplicó su hipótesis doctoral al caso estadounidense en su libro *Redeemer Nation: The Idea of America's Millennial Role* (1968). Tuveson sostuvo que la cultura política norteamericana desarrolló a partir de su herencia puritana una visión milenarista de América como nación providencial, donde detrás de la idea de *providencia* habría una concepción milenarista del progreso. El *Destino Manifiesto* sería la formulación más avanzada de esta doctrina, pero a diferencia de Weinberg (y aunque no le nombre también de Merk) Tuveson fue muy crítico con la perspectiva de los clásicos que consideraron que la fundamentación religiosa del *Destino Manifiesto* fue un elemento conscientemente facturado por el nacionalismo decimonónico.³⁷²

En contra de esta presunción Tuveson defendió que el nacionalismo decimonónico americano heredó todo un repertorio teológico del puritanismo y de la reforma inglesa al que este acudió no por motivos estrictamente instrumentales, sino porque este repertorio religioso constituía su herencia cultural y cosmovisión fundamental. Este hecho no anularía del todo la posibilidad de instrumentalizar de manera más o menos consciente dicho repertorio para fines políticos concretos, pero para Tuveson los fundamentos de la teología política milenarista del *Destino Manifiesto* no podrían ser objeto de una libre manipulación por parte de los sujetos que vivían imbuidos por sus postulados, pues estos suponían una premisa intelectual sobre la que sólo se puede operar de manera parcial. Tuveson por lo tanto desplazó el foco de

³⁷²Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. VIII-XI, 23-27, 33-34, 50-51, 62-65, 73-136. La tesis doctoral de Tuveson fue *Millenium and Utopia: A Study in the Background of the idea of Progress* (1964).

significación del *Destino Manifiesto* desde la tradición nacionalista decimonónica y su noción de misión hacia el puritanismo americano y su concepción milenarista. El concepto de *destino* seguirá subordinado en Tuveson a una segunda noción que la determinaría (el milenarismo), pero lo más importante en la contribución de Tuveson será el desplazamiento del foco explicativo desde el siglo XIX al siglo XVII, lo que desde un punto de vista de génesis histórica del concepto de *Destino Manifiesto* introduce un acierto y un problema: el acierto consiste en la ampliación de la perspectiva histórica al considerar los antecedentes religiosos del nacionalismo decimonónico americano. El problema surgió al desplazar el foco de atención desde la época en la que el concepto surgió a un momento histórico anterior con una cultura intelectual distinta, pues con ello aparecía el riesgo de proyectar por afinidad y analogía el *Destino Manifiesto* y su marco teológico a la idea de predestinación puritana.³⁷³

Esta polémica plantea una cuestión muy interesante relacionada con la formación del pensamiento político que presenté en el capítulo 3 a través de la doble lógica de encuadramiento y canonización, y que operaría en la conformación de toda cosmovisión. Esta doble lógica sería especialmente relevante en los *conceptos-doctrina* como el *Destino Manifiesto*, y no sólo será relevante para resolver el conflicto planteado por Tuveson a los clásicos, sino que además permitirá una aproximación crítica con respecto a ciertas convenciones de la cultura académica americana en donde el protestantismo es una seña religiosa y cultural de identidad nacional básica. Es en virtud de este motivo que los puritanos han adquirido un carácter fundacional que determinaría el sentido de lo “americano” como una herencia que ejerce su influencia de manera mecanicista directamente sobre todos los ámbitos y sin mediaciones relevantes. En suma, la cuestión de la herencia puritana introduce la problemática expuesta por Marc Bloch sobre el mito de los orígenes.³⁷⁴

³⁷³ Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. 91-92. Al trabajo de Tuveson se le unió en 1972 el libro de Conrad Cherry *God's New Israel: Religious Interpretations of American Destiny*, una obra de compilación de fuentes primarias que reunía textos históricos estadounidenses en los que se hacía mención al destino de América. Ambas obras han sido importantes para el establecimiento de una línea de investigación sobre los fundamentos teológicos del *Destino Manifiesto*, pues una ha provisto a los académicos de un marco interpretativo para los fundamentos teológicos del concepto, mientras que la otra ofrece un catálogo de fuentes desde las que fundamentar una tradición providencialista americana.

³⁷⁴ Bloch, *Introducción a la historia*, p. 30.

6.1 Los puritanos como mito fundacional en América.

La visión fundacionalista de los puritanos como los originadores de América (ya no sólo de los Estados Unidos como país, sino de la cultura americana) es una temática recurrente. Tuvo su origen en los intelectuales whig americanos del siglo XIX, que durante el periodo de conformación del *segundo sistema de partidos*, tuvieron que enfrentarse al dilema de forjar su *propia tradición electiva* al constituir las bases ideológicas de su grupo político.³⁷⁵

El partido federalista de la revolución americana era el referente natural para el partido whig, sin embargo a mediados del siglo XIX el federalismo revolucionario era una tradición política que electoralmente había fracasado sistemáticamente frente a los republicanos de Jefferson. Esto llevó a que el partido virtualmente desapareciera durante la *Era de los buenos sentimientos* (1815-1825). Por otra parte la mayoría de los whigs habían sido miembros del breve partido Nacional-republicano, capitaneado por el presidente John Q. Adams y por el congresista Henry Clay, cuya élite intelectual y política procedía mayoritariamente de Nueva Inglaterra y pertenecían en buena medida a comunidades religiosas congregacionalistas, presbiterianas y unitarias, los herederos religiosos de la tradición puritana en América. Esta élite buscó en su propia historia un referente fundacional alternativo a las figuras de la Revolución americana que los demócratas habían conseguido monopolizar exitosamente vinculándolas al jeffersonianismo. Y su bagaje religioso y la historia de Nueva Inglaterra les proveyó del referente alternativo ideal de los peregrinos separatistas y los puritanos, que fueron rápidamente reconvertidos en una nueva saga de *Padres fundadores* anteriores a la misma generación revolucionaria, e iniciadores no ya de un país, sino de la cultura americana.³⁷⁶

³⁷⁵ Dean C. Hammer, "The Puritans as Founders: The Quest for Identity in Early Whig Rhetoric"

Religion and American Culture: A Journal of Interpretation, Vol. 6, No. 2 (Summer, 1996), pp. 163, 181

³⁷⁶ *Ibid.*, pp. 163, 181. Perry Miller señala que en el proceso de recuperación del puritanismo en el siglo XIX fue central el trabajo de los intelectuales ligados a las iglesias unitarias. Los whig contaban con un gran apoyo dentro de este grupo religioso oriundo de Nueva Inglaterra y heredero directo del congregacionalismo puritano. Los unitarios sin embargo atribuyeron por analogía con su época un carácter evangélico a los puritanos del que estos carecían, pues aunque la experiencia de la conversión fuera de central importancia tanto en el evangelismo como en el puritanismo, en los primeros era una experiencia emocional de raptó místico mientras que en los segundos era una consagración doctrinaria a través de su fe en la predestinación, las consecuencias de esta diferencia serán presentadas a continuación, pero para Miller esta confusión ha acentuado la visión históricamente distorsionada de los puritanos en su proceso de recuperación histórica. Perry Miller and Thomas H. Johnson (eds.), *The Puritans: a Source Book of their Writings. Vol. 1: History, the Theory of the State and Society, This World and the Next* (Nueva York: Harper Torchbook, 1965), pp. 3-4.

A comienzos de la *Era Jackson* tras su primera derrota como partido en las elecciones de 1828 los whig no contaban con un gran poder político, pero retenían el monopolio cultural mediante el control de las universidades y de la mayor parte de las revistas literarias, y con ello tuvieron una gran capacidad para imponer un relato histórico aunque estuvieran fuera del gobierno. Los whig en tanto que representantes del conservadurismo norteamericano tuvieron que armonizar dos tendencias políticas que en ocasiones podían contraponerse: por una parte fueron defensores de la emergente sociedad de mercado capitalista y de la figura individualista del burgués emprendedor. Por tanto eran favorables a una tendencia modernizadora de los Estados Unidos desde un punto de vista estrictamente económico. Pero por otra parte los whig se erigieron en defensores de los valores tradicionales y de las jerarquías comunitarias, con lo que ganaron el apoyo de las comunidades religiosas reformadas, del movimiento evangélico del *Segundo gran despertar* y entre los reformadores sociales. Estos tres grupos serán una parte fundamental de su base electoral. De entre ellos los evangelistas del *Segundo gran despertar* (con su espíritu de cruzada moral) plantearán a los whigs una situación contradictoria por su oposición a cualquier modernización en términos socioculturales. Los whig por lo tanto debían buscar un referente que les permitiera plantear simultáneamente una posición de tradicionalismo social junto a un espíritu de emprendimiento económico. Y los puritanos en tanto que rama inglesa del calvinismo con su doctrina de la ética del trabajo que proponía la autodisciplina como una forma de liberación político-espiritual fueron una suerte de *mirlo blanco* como referente histórico.³⁷⁷

Los whigs por otra parte tuvieron que enfrentarse, al igual que los demócratas, al desvanecimiento de la cultura política republicana de la era revolucionaria, intentando preservar sus valores en un nuevo contexto caracterizado por el aumento de la participación política por el avance de la democracia y la conquista del sufragio, pero en donde la politización dejará de comprenderse en términos de virtud cívica republicana. Como bien señaló Benjamin Constant las sociedades postrevolucionarias venerarían una nueva forma de libertad diferente a la libertad de los antiguos, una libertad donde la

³⁷⁷Hammer, "The Puritans as Founders", pp. 164-167. Daniel T. Rodgers, *As a City on a Hill: The Story of America's Most Famous Sermon* (Princeton: Princeton University Press, 2018), pp. 192, Daniel W. Howe, "The Evangelical Movement and Political Culture in the North During the Second Party System", *The Journal of American History*, Vol. 77, No. 4 (Mar., 1991), pp. 21, 29, 33; John Ashworth, *'Agrarians' and 'Aristocrats': party Political Ideology in the United States, 1837-1846*. (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), pp. 62-73.

ciudadanía se significará desde la privacidad antes que por la participación en un cuerpo colectivo como la asamblea de la polis. Los demócratas afrontaron el fin del republicanismo revolucionario reconvirtiendo las premisas políticas del *jeffersonianismo* en el molde populista del *jacksonianismo*. Los whigs por su parte encontraron en los puritanos el recipiente perfecto con el que resolver la tensión entre virtud pública e interés privado, a través de un modelo histórico que aunaba una profunda religiosidad con un fuerte perfil republicano ligado al modelo de virtud cívica del republicanismo inglés del siglo XVII, pero a quienes se les podía atribuir al mismo tiempo un fuerte individualismo por su ascetismo intramundano propio de una ética del trabajo calvinista caracterizada por la sobriedad, el carácter industrioso y la autodisciplina.³⁷⁸

A través de los puritanos, los whigs pudieron erigirse en los pretendidos representantes de los valores originarios de los estadounidenses, defensores de una república comercial en donde, al igual que en la *Fábula de la Abejas* de Bernard de Mandeville (1705/1714), los vicios privados se convertirían en prosperidad pública.³⁷⁹

De esta manera los whig “nacionalizaron” a los puritanos, que de haber sido un grupo religioso particular de la historia de Nueva Inglaterra pasaron a formar parte de la historia nacional de los Estados Unidos. Toda esta operación de inventar de una tradición, fórmula típica de la cultura política romántica del siglo XIX, tuvo como resultado la gran victoria cultural de la Nueva Inglaterra decimonónica y de su intelectualidad whig: conseguir que el conjunto de los Estados Unidos aceptasen e hicieran suya la idea de un origen simbólico común para toda América con la formación de las antiguas colonias de Plymouth y Massachusetts. Un ejemplo de esta victoria simbólica de Nueva Inglaterra a la hora de popularizar entre el resto de las regiones su origen colonial puede encontrarse en la obsesión genealógica compartida por muchas familias de vieja raigambre y rancio abolengo estadounidense en demostrar que

³⁷⁸Hammer, “The Puritans as Founders”, pp. 167-168; Benjamin Constant, *Sobre el espíritu de conquista. Sobre la libertad en los antiguos y en los modernos* (Madrid: Tecnos, 2002), pp. 65-93. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Madrid: Akal, 2017), pp. 99-101, 139, 143, 173-184. Anders Stephanson ha propuesto además que la llegada masiva de inmigrantes católicos, tanto irlandeses como alemanes, fue un factor fundamental para la popularización del mito puritano en la primera mitad del siglo XIX, pues permitía vincular lo americano a lo protestante, extranjerizando de esta manera todo elemento que pudiera ser identificado como católico. Stephanson, *Manifest Destiny*, p. 30.

³⁷⁹Bernard Mandeville, *La Fabula de las Abejas: o los vicios privados hacen la prosperidad pública* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1997) pp. 11-21, 52-58, 62-67, 84-93.

descienden de alguno de los 102 pasajeros del Mayflower como muestra de prestigio simbólico y de una americanidad genuina.³⁸⁰

En esta operación de establecimiento de la historia de Nueva Inglaterra como la historia de América por antonomasia participaron también, aunque en menor medida, algunos historiadores demócratas. El más relevante fue el político e historiador George Bancroft (1800-1891). Bancroft era igualmente originario de Nueva Inglaterra, y llegaría a jugar un papel destacado en la administración del presidente James K. Polk durante la conquista de México como secretario de la marina. Pero Bancroft será sobretodo recordado por escribir la primera historia de los Estados Unidos en clave nacional: *History of the United States from the Discovery of the American Continent* (1834-78), uno de los trabajos historiográficos más influyente en el siglo XIX. En su primer volumen (1834) los puritanos aparecieron representados libres de todas las aristas y conflictos teológico-políticos que sacudieron sus comunidades a lo largo del siglo XVII, y fueron presentados por Bancroft como los iniciadores de la libertad en América.³⁸¹

³⁸⁰Esta victoria tuvo como principales perdedores al Sur en general y al Estado de Virginia en particular. Virginia contaba en su historia colonial con la fundación del primer asentamiento inglés exitoso, la plantación de Jamestown en 1607, así como con una potente clase intelectual de plantadores ilustrados que en la segunda mitad del siglo XVIII disputaron a Nueva Inglaterra su hegemonía cultural. Y con ello teóricamente Virginia podría haber contado con elementos suficientes para haberle disputado a Nueva Inglaterra también el título que posteriormente se forjó como Estado fundador de América. Pero el tránsito del siglo XVIII al XIX trajo la transformación socioeconómica de los Estados Unidos en donde los Estados de producción agraria fueron viendo mermada su influencia política frente a aquellos que realizaron exitosamente su tránsito hacia la industrialización. Según Louis V. Parrington esto llevo a que el Estado de Virginia perdiese relevancia cultural y política en el conjunto de la Unión. Virginia había sido en tiempos revolucionarios una colonia poderosa con capacidad de producir una clase plantadora ilustrada muy versada en los juegos de la política, y logró situar en la presidencia a cuatro de los cinco primeros presidentes de los Estados Unidos, la conocida como *dinastía virginiana* compuesta por George Washington, Thomas Jefferson, James Madison y James Monroe. Nueva Inglaterra por su parte pudo aupara al segundo presidente, John Adams. Virginia sin embargo se vio lastrada como el resto del Sur en términos macroeconómicos por la esclavitud, lo que le llevó a perder paulatinamente relevancia en el conjunto de la Unión, aunque a nivel político Virginia siguió proveyendo a la estructura gubernamental de Washington una parte importante de sus cuadros políticos, con lo que consiguió retener su preeminencia en el Sur. Pero incluso en esta *sección* perdió su capacidad de influencia cultural y económica frente a Estados como Carolina del Sur y Luisiana. Esto permitió que Nueva Inglaterra primero, y Nueva York después, se convirtiesen en los centros de producción cultural a costa de otros núcleos anteriormente importantes como Virginia o la ciudad de Filadelfia. Esto a su vez repercutirá en la aceleración del declive político del republicanismo clásico americano que había estado fuertemente ligado a los *Padres fundadores* virginianos. Parrington, *Main Currents... the Romantic Revolution in America*, pp. 3-9, 28-30. Rodgers, *As a City on a Hill*, pp. 192-193; Eric Hobsbawm, "Introducción: La invención de la tradición" en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición* (Barcelona: Editorial Crítica, 2002), pp. 7-21.

³⁸¹George Bancroft, *History of the United States from the Discovery of the America to the Restoration of the Stuart* (Boston: Charles Bowen, 1834) pp. 391-394, 502-508. Kraus & Joyce, *The Writing of American History*, pp. 4, 92, 136; Hammer, "The Puritans as Founders", pp. 162-166, 174.

Por otra parte esta no fue una operación exenta de problemas, pues como nos recuerda Miller el término *puritano* a principios del siglo XIX era un concepto despectivo que denotaba un moralismo fanático e hipócrita, y fue utilizado en momentos previos al surgimiento del partido whig para denigrar a grandes personalidades nacional-republicanas como Quincy Adams o Henry Clay. La nacionalización del concepto tuvo por tanto que venir acompañada de una resignificación del imaginario puritano por el cual los oradores patrióticos del siglo XIX defendieron que en la democracia parroquial congregacionista de las congregaciones y *town meetings* puritanos había un antecedente democrático de la constitución y de la declaración de derechos; como si los proponentes de la teología federal fueran profetas que prefiguraran el federalismo posterior de la revolución americana. Sin embargo esto no sirvió para desplazar del todo el imaginario de extremismo religioso e intolerancia del puritanismo. En último término la comunidad imaginada y *tradición electiva* construida por los intelectuales whigs no pudo dejar de destacar las semejanzas del moralismo puritano con el del protestantismo evangélico decimonónico, pues esta suponía además una genealogía real que fundamentaba la recuperación del paradigma puritano. De esta manera los whigs presentaron una imagen romantizada del puritanismo en donde no sólo se inventó su actual iconografía de adustos ropajes negros con tocado *capotain*, sino que además se resaltaron las continuidades entre la teología federal, el ascetismo intramundano y el profundo moralismo presentes en el puritanismo con formas de religiosidad análogas de la cultura protestante decimonónica. Uno de los efectos no queridos de esta recuperación romantizada del puritanismo fue la radicalización en la presentación de muchos de los rasgos hasta el punto de la caricatura involuntaria, convirtiéndolos en elementos distintivos del puritanismo para las generaciones venideras.³⁸²

Aunque, como ha señalado Seymour Lipset, será Tocqueville quien por la misma época contribuirá de manera más generalizada y permanente a asentar la figura de los puritanos como fundadores espirituales de América, ya no sólo para los Estados Unidos, sino también internacionalmente. Pero el caso de Tocqueville no puede

³⁸²Miller, *Errand into the Wilderness*, p. 141; Perry Miller, *The Life of the Mind in America: from the Revolution to the Civil War; Book 1: the Evangelical Basis* (Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1965), p. 208; Miller and Johnson (ed.), *The Puritans*, pp. 2, 5; Carl N. Degler, “¿Eran ‘puritanos’ los puritanos?” en *Historia de Estados Unidos. La formación de una potencia 1600-1860* (Barcelona: Ariel, 1986), pp. 29-36. Por supuesto existe un sustrato cultural que el puritanismo aportó a la experiencia posterior de la revolución. Sin embargo tan importante resultan las influencias como las discontinuidades. Pues es en la cesura en donde surge la consciencia sobre la distancia histórica y la necesidad de superarla tendiendo puentes con el pasado mediante relatos de continuidad y filiación. Es por esta razón que los marcos originalistas de explicación histórica apenas aportan nada a la explicación de las continuidades, pues las dan como algo dado y no como un producto sobre el que cada generación histórica trabaja a través de sus concepciones de la temporalidad y sus cosmovisiones sociales.

separarse de la operación de constitución de una *tradicón electiva* whig, pues fue el expresidente Quincy Adams quien le puso sobre la pista de los puritanos y le insistió sobre la importancia del *punto de partida*. La idea del *punto de partida* es la clave interpretativa del capítulo II de la *Democracia en América* y como expuse en la introducción, plantea que para los pueblos: “Las circunstancias que acompañaron su nacimiento y ayudan a su desarrollo influyen sobre todo el resto de su existencia”. En el caso de los Estados Unidos, Tocqueville señala que América es el único lugar en donde se ha podido asistir al desarrollo tranquilo e ininterrumpido de su *punto de partida*. Desde una episteme organicista Tocqueville estipulará, al igual que hizo Bancroft un año antes, que la sociedad puritana era el germen desde el que se desarrollaron los espíritus de la religión y la libertad en América.³⁸³

Quincy Adams ofreció a Tocqueville claves históricas de gran importancia como fuente americana de alta cultura, pero también pudo ser determinante con respecto a que Tocqueville no se llegase a plantear críticamente de qué manera un grupo religioso específico de Nueva Inglaterra pudo llegar a convertirse en el germen y punto de partida del resto de la sociedad colonial angloamericana. La figura de autoridad de Quincy Adams vino a reforzar un planteamiento organicista de la epistemología romántica de Tocqueville en donde la historia acontecería como resultado de un desarrollo de un germen histórico cuya teleología se impone por la naturaleza de su origen.

Esta perspectiva organicista la comparten casi todos los esquemas originalistas y plantea un problema por su fundacionalismo: buscan que el origen explique por sus condiciones de partida el desarrollo posterior de los acontecimientos, y para ello se cifra la causalidad histórica de manera determinista, magnificando la relevancia de ciertos acontecimientos como “originarios”, y cuya influencia queda absolutizada con un carácter de ineluctabilidad. Esto lleva a plantear que los acontecimientos que se consideran como “derivados” sean cifrados como un proceso pasivo que se limita a desarrollar sus condiciones de partida, con lo que el conjunto de la narrativa histórica se vuelve teleológica en su desarrollo y tautológica con respecto a su definición derivada del punto de arranque.

La visión de Tocqueville sobre los puritanos ha sido sin embargo predominante en la academia gracias a su prestigio autoral y también porque reforzaba todo un relato

³⁸³Tocqueville, *La democracia en América*. Para la cuestión del punto de partida pp. 153-155, 173; Para la influencia de Quincy Adams p. 160. Para su interpretación del puritanismo pp. 160-173. Seymour Lipset, *American Exceptionalism: A Double-Edge Sword* (Nueva York: W.W. Norton & Company, 1996), pp. 18, 60-61; Rodgers, *As a City on a Hill*, p. 194.

histórico coincidente con la narrativa mayoritaria del nacionalismo estadounidense, que desde los años 80 del siglo XX se aglutinó alrededor de la noción de *excepcionalismo americano*. El concepto de *excepcionalismoamericano* tiende en la actualidad a presentarse como una clave de identidad nacional existente desde los orígenes de la historia colonial americana. Y si bien se pueden encontrar muestras discursivas a lo largo de la historia de los Estados Unidos que ponen de relieve distintas creencias sobre la excepcionalidad de la experiencia nacional norteamericana, es muy importante tener en cuenta que el *excepcionalismo americano* en tanto que concepto-doctrina es una invención del nacionalismo americano del siglo XX. El Merriam-Webster señala que sus usos más tempranos como *exceptionalism* son de 1929, y fueron el resultado de trasladar a los Estados Unidos el debate soviético sobre la excepcionalidad americana en su inmunidad hacia el socialismo, siendo presuntamente Joseph Stalin quien hablase en estos términos de un viejo debate del que tiempo atrás ya se habían dedicado autores alemanes como Max Weber y su maestro Ernst Sombart. La transferencia de estos debates a los Estados Unidos ofrecieron un nuevo concepto para el arsenal discursivo del nacionalismo americano, que como muestra *Ngram viewer* adquirió su auge durante la Era Reagan en 1980 y se ha mantenido popular hasta la actualidad. El concepto está fuertemente vinculado en la academia al nombre de Seymour M. Lipset quien en 1996 publicó su famoso libro *American Exceptionalism: A Double-Edge Sword*.³⁸⁴

Según Lipset el *excepcionalismo americano* consistiría en que los Estados Unidos, como primera nación conformada tras una independencia (la primera nueva nación) definió su razón de Estado ideológicamente a través de una religión política, en donde el ser americano sería un acto simultáneamente ideológico y religioso, a través de la adhesión a una serie de principios que podrían denominarse como el *credo americano*: Un igualitarismo entendido como igualdad de oportunidades aunque no de resultado, la libertad como el principio cardinal de la americanidad, el individualismo como seña de identidad básica de la población, el populismo como el factor clave de su democracia y el libre mercado como la característica fundamental de su economía. Estos cinco principios serían el resultado de tres factores diferenciadores con respecto a

³⁸⁴ “Exceptionalism” en *Merriam-Webster Dictionary*, acceso el 14/01/2019 a las 18:45, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/exceptionalism#h1>; “Exceptionalism” en *Oxford Dictionary*, acceso el 14/01/2019 a las 18:46, <https://en.oxforddictionaries.com/definition/exceptionalism>; “Exceptionalism+exceptionalism” en *Google Ngram Viewer*, acceso el 14/01/2019 a las 18:48, https://books.google.com/ngrams/graph?content=exceptionalism%2BExceptionalism&year_start=1900&year_end=2008&corpus=15&smoothing=3&share=&direct_url=t1%3B%2C%28exceptionalism%20%2B%20Exceptionalism%29%3B%2Cc0.

la experiencia histórica europea: 1. La ausencia de feudalismo y antiguo régimen en la era colonial, 2. La prevalencia de las sectas como forma de organización religiosa sobre las iglesias estatales, 3. La ausencia de una tradición socialista fuerte como señal de desconfianza hacia el Estado.³⁸⁵

La idea del *credo americano* que subyace a la propuesta del *excepcionalismo* de Lipset tiene su antecedente en la obra de Samuel P. Huntington *American Politics: the Promise of Disharmony* (1981), que se inspira y reproduce el marco consensual de la historia americana del libro *The Genius of American Politics* (1952) escrito por el historiador del consenso Daniel Boorstin. Huntington desarrollo de manera más reciente una de las racionalizaciones más influyentes y completas sobre el fundacionalismo puritano a partir de la idea del *credo americano* en su último libro *¿Quiénes somos?: los desafíos a la identidad nacional estadounidense* (2003). Esta obra fue escrita durante el primer mandato de George W. Bush en el momento en que comenzaba la ocupación militar de Irak, pero a diferencia del muy neoconservador *Choque de civilizaciones*(1996), *¿Quiénes somos?* se trata de una obra de tendencia claramente neo-nativista que podría ser calificada como *proto-trumpiana*. Este libro supone una estandarización desde las ciencias políticas de toda una serie de presunciones nacionalistas de los intelectuales whig, y que los historiadores de la *Escuela del Consenso* intentaron elevar al rango de mínimo común denominador del sustrato histórico nacional estadounidense.³⁸⁶

Huntington defendió que el núcleo central dominante de la cultura norteamericana es (y debe ser) de carácter angloprotestante. Esto no significaría que

³⁸⁵ Lipset, *American Exceptionalism*, pp. 18-23. Lipset en ningún momento llega a explicar de qué manera se relacionan estos cinco principios del *credo americano* con las tres características diferenciadoras de la historia estadounidense. Todos los elementos aquí enumerados resultan plausibles y sin embargo en ningún momento se ofrece una hipótesis o explicación que los relacione entre sí, lo que lleva a que este tipo de interpretaciones sirva más para reforzar prejuicios patrióticos que para explicar cómo se conforman los procesos de identidad nacional. Esto lleva a que trabajos como el anteriormente mencionado de Lipset, o el libro de Huntington del que hablaré a continuación sean productos de consumo interno para la academia estadounidense en sus eternos debates sobre los fundamentos de la identidad nacional americana. Esta característica fundamental tiende a perderse a veces de vista cuando estos estudios salen a los circuitos académicos internacionales por el prestigio de los autores, lo que lleva a que estos trabajos sean considerados como ejemplares de una ciencia social rigurosa, que describirían de manera fehaciente la política y sociedad norteamericana. De esta manera se pierde muchas veces de vista su profundo carácter parroquiano y esto lleva a aceptar acríticamente multitud de lugares comunes que forman parte de su nacionalismo y que resultan plausibles por nuestra continua exposición a su cultura, pero que por lo general ocultan una mayor complejidad y diversidad interna de su sociedad.

³⁸⁶Samuel P. Huntington, *American Politics: the Promise of Disharmony* (Cambridge Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, 1981), pp. 13-61, 85-101, 130-167; Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos?: los desafíos a la identidad nacional estadounidense* (Barcelona: Paidós, 2004); Boorstin, *The Genius of American Politics*, pp. 1, 23, 141-149.

esta sea su única forma cultural, sino que es la dominante y distintiva de los Estados Unidos. La preeminencia del protestantismo de tipo disidente durante el primer siglo y medio de su historia colonial, junto a un sustrato político-social común heredado de la metrópolis (en especial la lengua inglesa), todo ello habría generado unos consensos básicos de carácter cívico-cultural que las distintas oleadas de inmigrantes del siglo XIX se habrían visto obligadas a adoptar a pesar de sus distintos acervos culturales de origen. Para Huntington esto habría hecho posible la formación de un consenso que trascendería el ámbito de las creencias, generando una particular manera de vivir, un *American way of life*. Este credo americano se caracterizaría por su individualismo, moralismo, ética del trabajo y pervivencia de la religiosidad de corte protestante en una era secularizada.³⁸⁷

A esta hipótesis puede contraponérsele una perspectiva aparentemente parecida del historiador y lingüista Scavan Bercovitch que introdujo un interesante matiz de diferencia, pues sin negar la preeminencia de la cultura angloprotestante en los Estados Unidos, Bercovitch propone sin embargo que esta se estableció como una prevalencia cultural debido más a la institucionalización e introyección de una cultura dominante que por ser el fiel reflejo de un estado social:

Me sentía como un Sancho Panza en una tierra de Don Quijotes. No era sólo que el Sueño [el *American Dream*] fuera una ficción patente envuelta en un complejo sistema hermenéutico. México ha podido ser considerado *la tierra del oro*, y Canadá podría ser vista como el *dominio del norte*; pero América era toda una experiencia exegética que debía ser desentrañada al igual que un creyente desvela el sentido de las escrituras. El significado de América estaba implícito en su destino, y este destino era manifiesto para todo aquel con la gracia de descubrir su significado. Para un escéptico canadiense, un gentil en la tierra de Dios, la escena dejaba sin aliento: un pueblo multiétnico, multirracial, abiertamente materialista, autoconscientemente individualista, atado por los vínculos de un mito.³⁸⁸

El mito en cuestión consistiría en la creencia en la existencia de una homogeneidad nacional que sería el resultado de una línea de progreso desde un origen protestante de raigambre puritana, que por sus condiciones de partida habría producido una sociedad homogénea de clase media unificada materialmente por el *American Way of Life* y movilizaba culturalmente en un proyecto común por el *American Dream*. Una sociedad, en definitiva, con una identidad corporativa, que más allá del mito se

³⁸⁷ Huntington, *¿Quiénes somos?*, pp. 61-70, 85-118.

³⁸⁸ Scavan Bercovitch, *The Rites of Assent: Transformations in the Symbolic construction of America* (Nueva York: Routledge, 2013), p. 29.

encuentra extremadamente fragmentada socialmente (desde un punto de vista racial, económico, religioso, de género...) y que sin embargo celebra la idea de una misión común. Lo que subyacería a esto sería un sistema coherente de símbolos, valores, creencias y rituales que no sólo sirven para enmascarar la realidad social, sino que permiten que la extrema heterogeneidad nacional que subyace bajo el mito de la América unitaria angloprotestante no colapse por sus diferencias, y así evitar que el conjunto del edificio político-social americano se venga abajo.³⁸⁹

Sin embargo el mito fundacional del papel de los puritanos en la formación de la cultura americana es muy poderoso. Huntington reclamó que los Estados Unidos eran una nación de colonos antes de ser una nación de emigrantes, porque sus pobladores originales habrían tenido como propósito fundar una nueva sociedad dejando atrás otra preexistente, por lo que estos no estarían simplemente trasladándose de una a otra (que sería lo que a su juicio diferenciaría al colono del emigrante), sino que en su empresa existiría un ánimo fundacional. Este espíritu fundador buscaba escapar del país de origen (Inglaterra) para fundar una nueva sociedad en la que rendir culto a Dios sin la represión del poder político imperante en la metrópolis. Dicha fundación disidente de los peregrinos separatistas y de los puritanos habría arraigado en Nueva Inglaterra, y desde allí se habría extendido como modelo cultural al resto de las colonias: “matizado, modificado, difuminado, el legado puritano se convirtió en la esencia estadounidense”, y a partir de esta idea Huntington llega incluso a afirmar que “La cultura central de Estados Unidos ha sido y sigue siendo principalmente en el momento actual la cultura de los colonos de los siglos XVII y XVIII que fundaron la sociedad norteamericana”.³⁹⁰

A este exceso anti histórico y filo-puritano, más propio de un atracón nacionalista del *día de acción de gracias* que de un trabajo riguroso en ciencias sociales se le pueden contraponer de nuevo las tesis de Bercovitch, que sin negar la centralidad del legado puritano resitúa el carácter de su importancia. Para Bercovitch lo distintivo de la “herencia puritana” y de su continuidad en épocas posteriores no se encontraría en la pervivencia de su modelo cultural colonial, sino de uno de sus elementos específicos: el marco hermenéutico desde el que los puritanos interpretaron su experiencia en el nuevo continente. Este marco ofrecerá a las generaciones de americanos posteriores un conjunto de hábitos intelectuales, figuras retóricas, símbolos, lógicas de temporalidad

³⁸⁹Bercovitch, *The Rites of Assent*, pp. 29-30. Marcos Reguera, *El triunfo de Trump: claves sobre la nueva extrema derecha norteamericana* (Madrid: Postmetrópolis editorial, 2017), pp. 19-21.

³⁹⁰ Huntington, *¿Quiénes somos?*, pp. 61-70, 90.

histórica y conceptos nucleares que serán de suma importancia a la hora de construir una cosmovisión e identidad nacional americana.³⁹¹

Es desde esta clave del legado puritano, en tanto que marco hermenéutico de la experiencia nacional americana, es como considero que se puede abordar de manera más profunda y enriquecedora la vinculación entre puritanismo y *Destino Manifiesto*. Pero a mi parecer esta vinculación no ha sido satisfactoriamente explicada por ninguno de los autores anteriormente aludidos.

No será hasta 1995 que Anders Stephanson realice el estudio que a mi juicio ha dado con la clave para elaborar una vinculación oportuna entre puritanismo y *Destino Manifiesto*. Stephanson introdujo una distinción fundamental al diferenciar en los discursos del *Destino Manifiesto* entre *destino* y providencialismo (a los que denomina respectivamente *destinarian thinking* y *destinarian discourse*). Esta distinción permite al investigador discriminar entre usos concretos de la noción de *Destino Manifiesto* con respecto a otras formas discursivas que aunque hagan un uso retórico sobre el *destino* en América, no tienen porque encontrarse genealógica o intelectivamente emparentadas con el concepto-doctrina del *Destino Manifiesto*. De esta manera resulta posible reconsiderar la relación entre el concepto de *destino* del concepto-doctrina decimonónico con respecto a la noción puritana de *predestinación*.³⁹²

Por otra parte la obra de Stephanson sitúa por primera vez el concepto de *destino* en sí como la clave hermenéutica desde la que fundamentar el marco teológico del *Destino Manifiesto* (sin hacerlo depender de otros conceptos como *misión* o *cruzada*). Para ello Stephanson ofrece también una reflexión sobre el concepto de *destino* desde la que considerar su carácter específico:

‘Destino’, la noción dominante de las dos [destino+manifiesto], puede significar todo un rango variado y en ocasiones contradictorio de cosas. Puede referirse al mismo tiempo tanto a la necesidad como a la oportunidad de que algo suceda. Aquí significará la idea de una trayectoria prefijada de carácter espacial y temporal para los objetivos de una nación ungida, pues, como veremos, los objetivos que supuestamente se han de ‘manifestar’ o revelar, cambian de manera decisiva y en formas que nos dejarían perplejos.³⁹³

Por lo tanto para Stephanson el concepto de *destino* en *Destino Manifiesto* implica una movilización nacional considerada desde la lógica de la elección divina y

³⁹¹ Scavan Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self* (New Haven: Yale University Press, 1975), pp. IX-X, 136, 143-144, 186.

³⁹² Stephanson, *Manifest Destiny*, p. 53.

³⁹³ *Ibid.*, p. XIV.

formulada como una dinámica en clave espacio-temporal. Según Stephanson la clave de la formación intelectual del *Destino Manifiesto* se encontraría en el establecimiento de una matriz cultural específicamente americana que se conformaría durante la era colonial y que condicionaría la forma posterior de entender la relación entre espacialidad y temporalidad, que tendría lugar a través de la fusión del providencialismo puritano con el republicanismo de la ilustración revolucionaria. Esta hipótesis concuerda y amplía la propuesta de Bercovitch de que el puritanismo legó a la cultura norteamericana un marco hermenéutico desde el que interpretar su experiencia nacional, solo que la complejiza al considerar la fusión y transmisión de distintos paradigmas discursivos. De hecho Stephanson sostiene como una de sus mayores contribuciones (y a mi juicio lo es) que la expresión *Destino Manifiesto*: “fue en su conjunto una matriz con la que explicar la relación con el tiempo y el espacio en ‘América’”.³⁹⁴

Y si combinamos esta hipótesis con la de Bercovitch tenemos que el *Destino Manifiesto* en tanto que concepto-doctrina y cosmovisión conceptual se erigió en una matriz hermenéutica desde la que interpretar la experiencia nacional decimonónica estadounidense desde claves espacio-temporales. A partir de estas hipótesis considero que es posible complejizar la recepción del legado puritano sin negar su fuerza e importancia, y será la línea de desarrollo que adoptaré para el siguiente capítulo a través de la teoría del canon de Jan Assmann.

En último término, el gran problema que aqueja al relato sobre la herencia puritana estadounidense y el pretendido carácter protestante de su cultura radica en que son ideas que se han convertido en lugares comunes, elementos de consenso que se invocan como si contasen en sí mismas con un carácter auto-explicativo; como si por el hecho de ser nombrados ya ofrecieran claves interpretativas sobre el sustrato cultural americano y su historia. Esto se evidencia cuando aparecen argumentos como que los americanos se creen un nuevo pueblo elegido porque se consideran un segundo Israel en América, o aquel que afirma que los americanos son un pueblo protestante porque descienden de los peregrinos del Mayflower, o que el legado puritano de los americanos los hace ser un pueblo industrioso afín al capitalismo, que deriva en el corolario de que el capitalismo llegó con los primeros barcos a América.

Estas perogrulladas, ramplantes y simplonas, son algunos ejemplos que he leído y escuchado en múltiples ocasiones, y que sin ser del todo falsas, se invocan

³⁹⁴ *Ibid.*, p. 5.

incesantemente para definir el carácter nacional estadounidense. El problema de estos lugares comunes es que ofrecen certezas ontologizadas con la apariencia de explicaciones plausibles. Sin embargo, la cuestión fundamental no estriba en si los americanos en abstracto y en todas las épocas se han considerado un pueblo elegido, un país protestante y herederos de los puritanos. Lo verdaderamente importante es considerar de qué manera ese tipo de certezas están presentes (o no) en cada época específica, y cómo estas se transmiten generando en retrospectiva una identidad colectiva solidificada en la tradición, a través de la cual se constituyen consensos sociales y se delimita los contornos de la comunidad política, el amigo y el enemigo.

La clave está en considerar cómo distintos actores pueden relacionarse de diferente manera con estos tropos tanto para conformar una identidad colectiva como para hacer avanzar agendas políticas específicas, lo que puede dar lugar a diversas interpretaciones contrapuestas de estas ideas. Derivado de este hecho aparece la pregunta sobre la canonización de estos lugares comunes en cosmovisiones, y el tipo de *tradiciones electivas* que generan y movilizan; lo que a su vez conlleva preguntarse por los procesos de recepción, resignificación y transmisión de estos imaginarios sociales.

Finalmente, nunca puede obviarse la pregunta por lo que Skinner denominó como el carácter *illocutivo* del discurso, compuesto por los *actos de habla* movilizadas por los agentes sociales, cuyas razones, intereses y consecuencias son vitales para comprender por qué una forma discursiva específica es utilizada en cada situación histórica por los agentes que la invocan. En último término los lugares comunes existen como preconcepciones en buena parte del gran público, y en ocasiones trascienden al terreno de la investigación. El deber de un buen estudio académico estriba en hacer un ejercicio crítico de distanciamiento con respecto a estos lugares comunes para problematizarlos, tanto teórica como históricamente, y de cara a poder ofrecer hipótesis bien fundadas sobre las razones y las formas de su uso discursivo, y por este motivo se debe evitar invocar estas ideas acríticamente y de manera convencional como si tuvieran la capacidad de explicar algo por sí mismas.³⁹⁵

No defiendo sin embargo que estas preconcepciones sean del todo irrelevantes de cara a conocer el sustrato teológico de la cultura americana. Lo que pretendo es evitar tratarlas como presupuestos naturalizados, y para ello desarrollaré un marco explicativo desde donde encuadrarlas como piezas clave de un discurso

³⁹⁵ Skinner, *Visions of Politics*, pp. 98-110.

providencialista, en donde jugarán distintos papeles según sean concebidas por los agentes que las movilizan en su contexto elocutivo.

En este sentido lo determinante no es el origen, sino un movimiento histórico por el cual ese punto de partida desaparece por sus propios avatares y contradicciones dejando tras de sí una cáscara cultura de una enorme carga referencial. Desde este punto de vista el origen es relevante no porque suponga una línea de continuidad, sino por los motivos que llevan a intentar hacer de él un punto fundacional. Pretendo así mismo cuestionarme por aquello que pudo significar la desaparición del puritanismo, lo que a su vez supone preguntarse por los intentos posteriores de recuperar ese origen simbólico mediante su conversión en una *ficción de coherencia*, que como nos indica Assmann es una *estructura conectiva* que se materializa en un canon nacional, una forma institucionalizada de memoria histórica generada a través de ciertas políticas culturales descritas en este apartado. La cuestión fundamental estriba en que la política teológica del puritanismo desapareció, pero una parte de su teología política pervivió y sirvió de punto de arranque para el discurso providencialista americano.³⁹⁶

6.2 La teología federal como marco providencialista y vía de implementación de la predestinación en América

Se ha convertido en un tópico de la bibliografía sobre el puritanismo la dificultad que entraña ofrecer una explicación precisa sobre quiénes fueron los puritanos, hasta el punto de que Perry Miller llega a sugerir que resulta más fácil describirlos que definirlos. El caso más llamativo de esta dificultad lo representa Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905/1919). En su famosa obra Weber tomó una decisión que resultó estratégica a la hora de poder desarrollar su hipótesis al escindir la doctrina teológica y eclesiástica con respecto a la ética protestante del calvinismo, centrándose en explicar las claves del surgimiento de su noción de

³⁹⁶ Para Jan Assmann la teología política trataría sobre “las cambiantes relaciones entre comunidad política y ordenamiento religioso o, dicho más brevemente, entre poder y salvación”. Esto conduce a Assmann a trazar la distinción entre dos formas diferenciadas de afrontar el problema de la teología política a través de la conexión entre poder y trascendencia. Por una parte estarían las implicaciones trascendentales de lo político, es decir, los discursos sobre el poder y la comunidad que no se sustentan sin la referencia a una entidad trascendente. Por otra parte la teología política haría referencia a las implicaciones políticas de lo teológico, es decir, a la manera en que las concepciones sobre la divinidad y lo trascendente tienen en cuenta y se empapan de las relaciones horizontales y verticales que estructuran las sociedades que les rinden culto. La teología política, por lo tanto, es una autopista de doble dirección, en donde una sociedad dada legitima sus estructuras de poder a través de una referencia a la divinidad y su orden, y en donde dialécticamente este ejercicio de referencialidad divina genera un proceso de transferencia por el cual el orden trascendente es imaginado a imagen y semejanza del orden social existente. Jan Assmann, “Redefinición del concepto de ‘teología política’” en *Poder y salvación: Teología política en el antiguo Egipto, Israel y Europa* (Madrid; Abada editores, 2015), pp. 11-12.

profesión entendida como llamada, una tarea impuesta por dios que se concreta en el cumplimiento de una ética religiosa basada en el ascetismo intramundano.³⁹⁷

Si bien esta fue una decisión acertada para poder desentrañar el fundamento ético del calvinismo sin perderse en disquisiciones dogmáticas que poco habrían aportado a la comprensión de ese elemento (por muy centrales que fueran para los calvinistas en su autodefinition religiosa), sin embargo esto llevó a Weber a cometer un error en su comprensión del puritanismo, que en último término afectó al *tipo ideal* que pretendía elaborar. En el apartado sobre “Las bases religiosas del ascetismo intramundano” Weber se refiere a “aquel movimiento ascético que fue denominado ‘puritanismo’ en el sentido más amplio de esta ambigua palabra” a lo que acompaña una nota al pie (una tumoración, según su genial definición varias páginas después) en donde explica que utilizará pocas veces la palabra (aunque esta se encontrará por doquier en su obra) y que siempre se usará.³⁹⁸

En el sentido que adoptó en el lenguaje del siglo XVII: para referirnos a los movimientos religiosos de orientación ascética en Holanda e Inglaterra, al margen de los programas de constitución eclesial y de los dogmas, incluyendo, pues, a los ‘independientes’, congregacionalistas, baptistas, menonitas y cuáqueros.³⁹⁹

³⁹⁷Miller and Johnson (eds.), *The Puritans*, p. 2; Richard L. Greaves, “The Puritan-Nonconformist Tradition in England, 1560-1700: Historiographical Reflections”, *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, Vol. 17, No. 4 (Winter, 1985), pp. 449-450; Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 97-99, 139, 143, 173-181, 184-190. Max Weber, *Economía y sociedad* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2002), pp. 131-134. Esta ética calvinista suponía una nueva forma de comprender al cristiano en el mundo, y pretendía superar el ascetismo monacal del cristianismo medieval para inaugurar otro tipo de ascetismo puramente intramundano cuyo objetivo no era el de servir como medio de salvación, sino como muestra de la gloria de Dios y como sustento de una vida santa cotidiana que sirviera de confirmación de la elección divina. Una consecuencia imprevista de este nuevo ascetismo ético intramundano fue el de servir de sustrato cultural desde el que fundamentar un nuevo tipo de cálculo racional que sería de gran importancia en la formación del espíritu del capitalismo.

³⁹⁸Ibíd., pp. 154, 160. En su nota sobre Milton también pueden verse las implicaciones del sentido amplio de su categoría de *puritanismo*.

³⁹⁹ Ibíd., p. 154. Llama la atención la extrema heterogeneidad de sectas enumeradas por Weber, cierto es que este reclama un sentido “amplio” del término *puritano*, pero si llega a ampliarlo un poco más le entra hasta la ciencia. Por otra parte no se entiende muy bien que, dada la amplitud del término, se excluya de él a los presbiterianos, cuando se trata de una rama muy numerosa del calvinismo; dominantes en Escocia y en Irlanda del norte, y con una presencia más que considerable en Inglaterra y sus colonias americanas. En ningún momento se ofrece una explicación acerca de su ausencia cuando queda patente que Weber vuelve prácticamente intercambiables el calvinismo con el puritanismo. No se puede argumentar desconocimiento por parte de Weber sobre la conexión entre el presbiterianismo y el puritanismo, pues esta se explicita en la única referencia bibliográfica que el sociólogo alemán aporta para su definición en la misma nota, el libro de John L. Standfort *Studies and Illustrations of the Great Rebellion*. Si bien Standfort advierte que presbiterianismo y puritanismo (asimilado al congregacionalismo) no deben ser confundidos, sí señala que muchos de los desarrollos básicos de la doctrina puritana fundamental para su ética como el *Book of discipline* fue elaborado por esta corriente, cuya ética encajaría a la perfección dentro del perfil ético que produjo el ascetismo intramundano. Esta es sólo una muestra de la inconsistencia del tipo ideal *puritano* creado por Weber, en donde se estipula que

Esta definición poco rigurosa del puritanismo tenía como fin agrupar a todas las sectas protestantes que al modo de ver de Weber responderían al principio ético del ascetismo intramundano. Sin embargo su noción de *puritanismo* se trata de un término poco preciso, prescriptivo y apriorístico, que toma la parte por el todo, pues adopta el concepto que etiqueta a una forma específica de calvinismo para equipararla a la doctrina más amplia en que se inscribe, y por extensión es aplicada a muchas otras formas religiosas que se diferenciaron y contrapusieron al puritanismo histórico. El problema que plantea esta categoría tal y como es definida radica en que introduce una contradicción con los principios epistemológicos en los que Weber intentaba fundamentar el *tipo ideal* como herramienta de investigación histórica.⁴⁰⁰

Weber llamaba a “abandonar el terreno de las vagas nociones en el que nos hemos movido hasta el momento e intentar conocer la peculiaridad característica y las diferencias de aquellos grandes mundos religiosos de pensamiento...”, pues en su intención estaba el intentar evitar el problema de crear un concepto genérico abstracto que no fuera capaz visibilizar los nexos genéticos concretos, que siempre contienen un

los programas de constitución eclesial no influirán en su definición del puritanismo, cuando la única diferencia notable entre congregacionalistas y presbiterianos radica precisamente en este punto. Ambos convergerán en el siglo XVII durante la redacción de las Confesiones de Westminster, pues como señala Edmund S. Morgan los puritanos ingleses no estaban muy preocupados por la diferencia entre congregacionalismo y presbiterianismo y los artículos de fe fueron adoptados y ratificados por los *covenanters* escoceses y los presbiterianos ingleses, lo que muestra que salvo en cuestión de política eclesiástica las diferencias de carácter doctrinal y ético eran poco significativas. John L. Standfort, *Studies and Illustrations of the Great Rebellion* (London: John W. Parker and Son, 1858), pp. 69-70. Edmund S. Morgan, *Visible Saints: The History of a Puritan Idea* (Ithaca: Cornell University Press, 1971), pp. 12-13.

⁴⁰⁰Una analogía que a mi juicio ayuda a entender el error de Weber sería el equipara *leninismo* a *marxismo/comunismo*, arguyendo que el fin del *leninismo* es el de establecer una sociedad comunista sin clases mediante la superación del capitalismo por una revolución proletaria. Si bien esto puede ser cierto para el *leninismo*, lo es también para casi cualquier sub-variante del comunismo. Siguiendo con la analogía lo que Weber hace con el término *puritanismo* sería aplicar la etiqueta *leninismo* entendida en un “sentido amplio”, sin tener en consideración la doctrina sobre el partido ni otros elementos sobre el socialismo como fase de transición, centrándose exclusivamente en la idea de superación del capitalismo e instauración del comunismo por medio de una revolución, idea que fundamentaría una ética leninista de la militancia política que daría lugar a un “espíritu de la izquierda”. Y a partir de este enfoque el término *leninista* se aplicaría a otras formas del marxismo como el *trotskismo*, el *maoísmo*, el *estalinismo* o el *comunismo libertario* por compartir este ideal de aspiración revolucionaria. Resulta patente que si bien algunas de estas formas pueden relacionarse con el *leninismo*, ya sea porque se declararon sucesoras del mismo o porque puedan encontrarse elementos ideológicos comunes, también es cierto que la generalización del término *leninismo* en un sentido amplio para englobar a todas estas denominaciones y como sustituto de los términos de *comunismo* o de *marxismo* ayuda poco a comprender cualquiera de estas categorías o de los fenómenos históricos e ideológicos a las que se refieren. Para poder escribir exitosamente este libro hipotético sobre “La ética leninista y el espíritu de la izquierda” no se podría suprimir la doctrina partidista y la visión sobre el proceso de transición socialista y del Estado, pues ello supondría destruir el núcleo semántico referencial del *leninismo*, de la misma manera que no se puede suprimir la doctrina eclesiástica y su teoría teocrática sin destruir el núcleo semántico referencial del *puritanismo*, pues lo que une a ambas experiencias históricas es el intento de organizar la espera y la conquista de una promesa trascendental de redención a través de una teoría de la organización y de la praxis colectiva en una realidad intramundana que se pretende superar, y para ello la comprensión de lo que supone el partido/la iglesia y la etapa de transición/ la teología federal resulta fundamental.

matiz específicamente individual. Su concepto de *puritanismo* sin embargo viola todas estas intenciones epistemológicas y, a aunque a mi juicio no desacredita su investigación sobre el ascetismo intramundano y su conexión con la cálculo racional del capitalismo, sí que arroja una pregunta que ningún especialista en Weber debiera ignorar, pues se podrían haber producido posibles distorsiones en la comprensión sobre la conexión entre ética religiosa y doctrina de la predestinación por la deficiente concepción del sujeto agente que produjo esta forma de ascetismo intramundano.⁴⁰¹

Para una correcta definición de los puritanos será necesario por tanto considerar su criterio sobre política eclesial para luego poder comprender el porqué de su adhesión al resto de la teología calvinista. Puritanos e *independientes* fueron los dos grupos que colonizaron Nueva Inglaterra y aportaron el marco fundamental para una hermenéutica bíblica desde la que se construirá el discurso providencialista en los Estados Unidos.⁴⁰²

⁴⁰¹Discutiendo con el profesor Joaquín Abellán sobre las posibles deficiencias del término “puritanismo” en Weber, este considera que resulta indiferente que el concepto sea inadecuado desde un punto de vista histórico, pues su función como herramienta de investigación no sería adecuarse fielmente a los tipos históricos tal y como estos efectivamente se dieron, sino el ayudar a resalta un aspecto sociológicamente relevante de dichos fenómenos históricos de cara a su mejor comprensión. A mi juicio esta observación del profesor Abellán concuerda con la concepción del *tipo ideal* tal y como lo definió Weber en “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” (1904), sin embargo en la obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* Weber hizo mención expresa a la necesidad de que su *tipo ideal* tuviera correspondencia con el fenómeno histórico al que hacía referencia, por lo que a mi juicio, moviéndonos en los términos del marco epistemológico planteado por Weber, su concepto de *puritanismo* en la obra es coherente con la definición del *tipo ideal* ofrecida en 1904. Sin embargo resulta un tanto problemática con respecto a su ambición de rigor histórico demostrada en el texto de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, así como con las indicaciones que da en este libro sobre las características que deben tener los *tipos ideales*. No debemos de olvidar que primero Weber llama a concebir el término de *puritanismo* “En el sentido que adoptó en el lenguaje del siglo XVII” para a continuación aclarar que lo va a comprender en un “sentido amplio”. Weber se hace trampas a sí mismo, y de paso se las hace al lector, pues no acaba por decidirse en qué términos quiere concebir el término “puritanismo”. En última instancia en *La ética protestante* Weber realiza una disquisición erudita sobre la idea de predestinación en el calvinismo para luego acabar utilizando el término *puritano* en el sentido convencional imperante a principios del siglo XX como sinónimo de un protestante genérico caracterizado por el integrismo moral. Es decir, acaba haciendo aquello que el *tipo ideal* estaba llamado a evitar, con lo que se genera una disociación entre los presupuestos teóricos de Weber y su práctica de investigación efectiva. En todo caso considero que su decisión epistemológica fue afortunada de cara a perfilar los contornos de la noción de *ascetismo intramundano* y su conexión con las lógicas capitalistas posteriores, si bien esto no exime para que todo historiador deba estar en guardia con respecto a la inexactitud histórica del concepto, y no pretenda usarlo para lo que en todo caso no fue concebido. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 105-106; Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, pp. 89-97.

⁴⁰²Es necesario resaltar que aunque Nueva Inglaterra se convirtiera en el principal foco de discurso providencialista en las colonias norteamericanas en el siglo XVII no fue el único lugar en desarrollar este enfoque. La colonización de Virginia precedió a la de Nueva Inglaterra y con ella el anglicanismo produjo una literatura de competencia imperial con la que pretendió generar un programa propagandístico de leyenda negra contra el Imperio español. Los ingleses presentaron la colonización de Virginia como un contraejemplo virtuoso en donde las supuestas facilidades de sus primeros asentamientos serían un signo de favor providencial con respecto a las dificultades, los episodios de conquista y de violencia de los españoles contra los indios. Sin embargo no tardarían en aparecer en Virginia los fracasos coloniales, las epidemias y los choques contra los indios, por lo que este programa de propaganda imperial no durará en el tiempo. Jorge Cañizares-Esguerra, *Católicos y puritanos en la colonización de América* (Madrid: Marcial Pons, 2008), pp. 83-101; Guyatt, *Providence and the Invention of the United States*, pp. 18-23.

El puritanismo surgió alrededor de 1560 como un partido radical de la Iglesia de Inglaterra cuyos miembros se oponían a la jerarquía episcopal anglicana, entre cuyos obispos muchos se negaban seguir profundizando con la reforma durante el reinado de Isabel I. El partido puritano denunciaba que muchos de los jefes de la iglesia de Inglaterra que habían ascendido durante el reinado de María I se negaban a dismantelar las reformas introducidas por ella, lo que interpretaban como una vuelta al *papismo católico*. La pureza que reclamaban los puritanos no era en primera instancia de carácter ético o moralista, sino que era una pureza eclesial, pues consideraban que una pureza ética no podía alcanzarse sin que existiese de antemano una regeneración en el ámbito eclesiástico guiada por la disciplina. Los puritanos soñaban con restaurar la iglesia del cristianismo primitivo y para ello era necesario volver a la pureza de la dirección reformista iniciada desde 1530 por los líderes religiosos de la época de Enrique VIII. Esto les llevó a abrazar posiciones de reforma radical muy cercanas al calvinismo ginebrino, en donde la teoría de la predestinación será de gran importancia para su proyecto de purificación de la iglesia de Inglaterra, sobre todo a través de la doctrina de la elección nacional, pues permitía justificar los esfuerzos para construir una iglesia nacional como parte de una economía de salvación. Sin embargo la doctrina puritana inglesa producirá un desarrollo doctrinario específico y diferenciado del resto de denominaciones calvinistas como resultado de su comprensión de la teoría de la predestinación, que les conduciría a desarrollar la *teología federa* o *teología contractual*, doctrina que con el tiempo servirá como fundamento teológico para la adopción mayoritaria del congregacionalismo como forma de organización eclesial.⁴⁰³

⁴⁰³Francis J. Bremer, *The Puritan Experiment: New England Society from Bradford to Edwards* (Hanover Mass.: University Press of New England, 1995), pp. 1-11; Perry Miller, *Orthodoxy in Massachusetts 1630-1650* (Boston: Beacon Press, 1959), pp. 3-12, 15-25; Miller and Johnson (ed.), *The Puritans*, pp. 5-6, 58-59; Morgan, *Visible Saints*, pp. 1-14. El libro de Edmund S. Morgan *Visible Saints: The History of a Puritan Idea* (1963) es en su conjunto uno de los mejores trabajos que se han escrito sobre doctrina eclesiástica puritana, su vinculación con la doctrina de salvación y en la explicación de cómo todos estos elementos articulaban una idea de pertenencia eclesial que configuró buena parte del imaginario puritano. Morgan a diferencia de su maestro (Perry Miller), considera que muchos de los elementos que forman parte de la teología federal no fueron formulados en Gran Bretaña, sino en Nueva Inglaterra. A mi juicio Nueva Inglaterra fue un foco de innovación fundamental para la doctrina, sobre todo en su aplicación, pero el núcleo de la misma se produjo en Inglaterra. En lo que se refiere a la pertinente distinción weberiana entre secta e iglesia, en donde “en su sentido sociológico, una ‘secta’ no es una comunidad ‘pequeña’, ni una comunidad que se ha desprendido de otra [...] Sino que una secta es una comunidad religiosa que por su *sentido y esencia* ha de renunciar necesariamente a la universalidad y basarse en el acuerdo libre de sus miembros” Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, p. 312; Para una elaboración más sistemática en la diferencia entre congregación e iglesia ver: Weber, *Economía y sociedad*, pp. 364-368, 438. En este sentido, los puritanos comenzaron siendo una facción de la Iglesia de Inglaterra, y sólo tras la Guerra Civil Inglesa y el éxodo a las colonias norteamericanas comenzaron a formar sectas diferenciadas institucionalmente del anglicanismo. Con los debates y la adopción del *Half Way Covenant* podría considerarse que transitaron a un modelo híbrido entre secta e iglesia al pretender

A lo largo del siglo XVI y sobre todo en el XVII los puritanos se fueron definiendo como grupo religioso en contraposición a los obispos dirigentes de la Iglesia de Inglaterra, sobre todo en tiempos de Carlos I bajo el mandato del arzobispo de Canterbury William Laud, que llevó a cabo purgas y persecuciones sistemáticas contra los adherentes al puritanismo, convirtiéndose en su bestia negra afrontando acusaciones de arminianismo y papismo. En este contexto se iniciará la separación del movimiento puritano de la iglesia de Inglaterra y la transformación de esta en la iglesia Anglicana. El clima de conflicto y persecución abierto por Laud llevó a muchos puritanos a emigrar a las colonias americanas a partir de 1630, así como a alinearse a favor del parlamento en contra de la corona para convertirse en uno de los principales grupos que constituirían el bando parlamentario durante la Guerra civil inglesa, sobre todo a partir de la organización del *New Model Army* del dirigente puritano Oliver Cromwell. Desde un punto de vista sociológico los puritanos encontraron una mayor adhesión en sus orígenes entre la *gentry* rural y los comerciantes urbanos, y durante el siglo XVII consiguieron abrirse paso entre las clases populares urbanas, sobre todo con la formación del movimiento *leveller*, pero tras *el Protectorado* volvieron a sus orígenes elitistas. Estos acontecimientos unidos al desarrollo de la teología federal acabaron por precipitar la ruptura de los puritanos con la iglesia de Inglaterra, lo que supuso un viraje en términos de política eclesiástica y de organización de los creyentes con la adopción de una perspectiva sectaria (en sentido sociológico) de las congregaciones.⁴⁰⁴

Algunos puritanos se mostraron convencidos de que la iglesia de Inglaterra era imposible de regenerar incluso antes de que comenzase el enfrentamiento abierto con el arzobispo Laud. Esto llevó a varios de ellos a adherirse a las denuncias de los teólogos Robert Browne y Henry Barrow que planteaban que la estructura eclesial de la iglesia de Inglaterra no mostraba un grado de disciplina (santidad demostrada a través del

una cierta universalidad incluyendo en su seno tanto a creyentes cuya adhesión era voluntaria y estaba mediada por una llamada y experiencia de conversión, como al permitir también la adscripción eclesial por vinculación familiar y a través del rito sin que hubiera mediado el *Covenant of Grace*.

⁴⁰⁴Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith: Christianizing the American People* (Cambridge Mass.: Cambridge University Press, 1990), p. 16; Bruce C. Daniels, *The New England Nation: The Country the Puritans Built* (Nueva York: Palgrave MacMillan, 2012), pp. 45-48; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 11-16, 24-30, 37-38; Miller and Johnson (ed.), *The Puritans*, pp. 5-6. Miller, *Errand into the Wilderness*, p. 146; Christopher Hill, *El mundo trastornado: el ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII* (Madrid: Siglo XXI España editores, 1983), pp. 47-62, 68, 99-112, 147-150; Hugh Trevor-Roper, "Laudanism and political power", *Catholics, Anglicans and Puritans: 17th Century Essays* (Chicago: The University of Chicago Press, 1988), pp. 40-51, 60-61, 68-70, 90-119; Ogbu U. Kalu, "Bishops and Puritans in Early Jacobean England: A Perspective on Methodology", *Church History*, Vol. 45, No. 4 (Dec., 1976), pp. 469, 480-481. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 95-105, 154, 158-160.

comportamiento) suficientemente elevado como para ser el cuerpo visible de los santos invisibles que propugnaba el calvinismo. Esto les llevó a romper con la iglesia de Inglaterra como única vía para poder completar la reforma abortada, por lo que se les conocerá como *separatistas*, *independientes* o *inconformistas*, frente al grupo mayoritario del puritanismo conformista que aún creía en la posibilidad de regeneración de la iglesia de Inglaterra. La ruptura les llevó a generar la primera matriz congregacionalista, una forma particular e igualitaria de *sacerdocio de todos los creyentes* en donde el aspecto central de adhesión sectaria se encontraba en la experiencia de una llamada de fe que llevaba a los fieles a adherirse a la congregación voluntariamente y en pacto sagrado entre ellos y con la divinidad. En este sentido los *independientes* fueron pioneros doctrinales de una forma específica de organización eclesial que luego adoptaría el conjunto del puritanismo en Nueva Inglaterra. Los *independientes* sufrieron persecución durante el reinado de los Estuardo, lo que les llevó a refugiarse temporalmente en la ciudad holandesa de Leiden, para más tarde embarcar hacia Virginia a bordo del Mayflower, bajo contrato de servidumbre con la *Compañía de mercantes aventureros de Londres* con la idea de poder fundar con el tiempo comunidades propias donde profesar su credo libremente. Sin embargo numerosas tormentas les desviaron de su rumbo y acabaron frente a las costas de Cape Cod en Nueva Inglaterra, donde tras juramentarse (*Mayflower compact*) fundaron la colonia de Plymouth en 1620.⁴⁰⁵

Es importante a este respecto no confundir el viaje de los peregrino a bordo del Mayflower de 1620, que culminó con la fundación de la Colonia *independiente* de la Plantación de Plymouth, con la Gran Migración puritana de 1630, capitaneada por John C. Winthrop desde el *Arabella*, y que condujo a un nutrido grupo de puritanos provenientes de Lincolnshire a escapar de la persecución religiosa para fundar la Colonia de la Bahía de Massachusetts. La historiografía whig decimonónica tendió a unificar a puritanos con peregrinos *separatistas* para englobarlos a todos bajo la etiqueta de *pilgrim fathers*, pues con ello pretendían generar su propia *tradición electiva*. Pero ambos grupos no conformaron un mismo cuerpo político hasta su unificación en 1686 con la revocación de la carta de Massachusetts por Guillermo III. El *Dominio de Nueva Inglaterra* sustituyó a las plantaciones de Plymouth y Massachusetts, lo que supondrá el fin del gobierno teocrático instaurado por los puritanos en los orígenes coloniales, así

⁴⁰⁵Daniels, *The New England Nation*, pp. 31-40; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 30-36; Morgan, *Visible Saints*, pp. 16-18, 22-41, 58-63. Miller, *Orthodoxy in Massachusetts*, pp. 55-65.

como un golpe mortal para el modelo religioso y social que puritanos y peregrinos habían pretendido instaurar en América. Tras la Revolución Gloriosa Guillermo III instauró la *nueva carta* de 1691 por la que el *dominio* se transformará en la *Provincia de la bahía de Massachusetts*. Sin embargo para cuando las dos familias herederas de Calvino se encuentren reunidas en una sola provincia y con sus derechos de autogobierno reinstaurados, el corpus teológico compartido de la teología federal se encontrará sumido en un proceso de transformación conocido como la *declension*, que supondrá la aceleración de la crisis del tipo de sociedad que puritanos y peregrinos pretendían construir en América bajo la inspiración de la doctrina de la predestinación.⁴⁰⁶

Juan Calvino desarrolló su doctrina sobre la predestinación en el tercer libro de *La institución de la fe cristiana* (1536), tomando como principales referentes de inspiración ciertos pasajes de la teología paulina junto al texto de San Agustín *La predestinación de los santos*, obra que también se inspiraba en las ideas de Pablo de Tarso.⁴⁰⁷

⁴⁰⁶Perry Miller, *Nature's Nation* (Cambridge Mass.: Cambridge University Press, 1967), p. 18; Vernon L. Parrington, *Main Currents in American Thought, Vol. I, The colonial Mind, 1620-1800* (Norman: University of Oklahoma Press, 1987), pp. 17-21; Daniels, *The New England Nation*, pp. 41-45. 48-52; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 16-19, 39-47. Ambos grupos se encontraban unidos por su fondo común calvinista y por adherirse a la doctrina de la teología federal como forma particular de aproximación e implementación de la doctrina de la predestinación. Sin embargo cada grupo desarrolló una teoría del *covenant* distinta en base a ciertas diferencias en su comprensión de la teoría de la predestinación, por la cual los puritanos consideraban que la experiencia de conversión y pacto era una experiencia del individuo con Dios, mientras que para los *Independientes* era una experiencia colectiva que se realizaba como pueblo. En este capítulo trataré primordialmente de los avatares acontecidos a los puritanos de la Colonia de la Bahía de Massachusetts, pues la colonia de la plantación de Plymouth no tuvo en comparación a la anterior un impacto destacado en el ámbito colonial más allá de su sentido fundacional que se les atribuyó con posterioridad.

⁴⁰⁷De San Pablo tomó inspiración sobre todo de los siguientes pasajes: para la cuestión de la elección incondicional anterior a la creación (Rom. 8:30) y (Ef. 1:4-5), para la elección de sus santos como pueblo elegido espiritual (Rom. 9:8 y 11:2,6), (Ef. 1:11) y (Col. 1:12), de la elección basada en su providencia y gracia (Ef. 1:9) y (2 Tit. 2:19), de la predestinación salvífica por la gracia (Ef. 2:9-10), (Tit. 3:5) y (Rom. 9:11,13,18 y 11:5-6, 11,13). En *La predestinación de los santos* San Agustín ataca las ideas del pelagianismo, defendiendo que no es posible la salvación por las obras ni por los méritos del creyente, sino que esta es resultado de una elección incondicional basada en la gracia divina. La vinculación entre gracia y salvación puede encontrarse en los capítulos 2.6, 3.7 y 10.19; sobre la relación entre predestinación y salvación en 10.19 y 15.30; sobre la elección incondicional en 3.7 y sobre la predestinación de los santos en 17.34 y 18.37 San Agustín, *La predestinación de los santos* en www.augustinus.it, consultado el 13/02/2019 a las 17:30 en https://www.augustinus.it/spagnolo/predestinazione_santi/index2.htm. En las *Instituciones* existen menciones constantes a la predestinación, sin embargo el desarrollo doctrinal se encuentra concentrado principalmente en el libro III, en los capítulos XXI y XXIV sobre la elección eterna y la llamada divina, en los que presenta su teoría de la doble predestinación, y a modo de corolarios se desarrollan algunos otros postulados en los capítulos XXII y XXIII, sobre la confirmación de su doctrina en las escrituras, su crítica a Santo Tomás y con la respuesta a sus críticos. Juan Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II* (Edinburgo: Calvin Translation Society, 1845), pp. 528-605.

La doctrina calvinista de la predestinación se fundamenta en la idea de los decretos divinos, por los cuales Dios habría predeterminado todo desde la eternidad en base a su voluntad soberana. Los decretos son inmutables, incondicionales y absolutos, pues Dios en virtud de su propio consejo y providencia tendría un total conocimiento de antemano sobre el acontecer, y a través de los decretos podría establecer una relación entre medios y fines de cara a la implementación de su plan salvífico. Los decretos podrán ser *efectivos* si son realizados por Dios, o *seguros* en caso de haber sido previstos y permitidos por él, pero efectuados por sus seres racionales (humanos y ángeles) en base a su libre albedrío. En cualquiera de los dos casos ambos son dependientes del propósito y de la providencia divina, pues la teología política calvinista tiene como fin resaltar la omnipotencia de Dios.⁴⁰⁸

La predestinación será entendida en este marco como uno de los decretos divinos, aquel que establece una doble elección de cara al plan salvífico, tanto para determinar cuáles de sus seres racionales serán salvados en el juicio final, así como para establecer quiénes serán los réprobos destinados a la condenación. La doble predestinación supondrá una renuncia a la universalidad del plan de salvación. Esta elección particular es incondicional e irresistible, pues proviene de la gracia divina como resultado de su misericordia, y no por las obras, el mérito o la fe de los creyentes, pues en la teología de Calvino el pecado habría corrompido de manera irreparable la naturaleza humana haciendo que sólo Dios tenga la pureza y el poder para proveer los medios de la salvación con los que combatir el pecado.⁴⁰⁹

Esta doctrina descansa sobre una hipótesis salvífica que articula de una manera específica cuatro figuras teológicas: Elección-pacto-prueba-salvación. Este cuarteto se correspondería a un quinteto de figuras muy presentes en el Antiguo Testamento:

⁴⁰⁸Juan Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. I* (Edinburgo: Calvin Translation Society, 1845), pp. 239, 252, 264; Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II*, pp. 2, 8, 532-534, 545, 548, 566-569, 573, 586-587, 599. Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 74-81; Weber, *Economía y sociedad*, pp. 449-452. Hay que resaltar que buena parte de los atributos con los que Calvino define los decretos se corresponden con la noción tomista de *providencia*, pues al igual que para Calvino los decretos son el fundamento que posibilita la predestinación, para Santo Tomás la predestinación forma parte de la providencia, pues la elección de los salvos no podría darse sin la presciencia ni la acción divina. Sin embargo dado que Calvino había condenado la doctrina de la predestinación de Santo Tomás por entender que podía dar lugar a una doctrina de salvación por las obras, y no como salvación incondicional por la gracia, es posible que por este motivo desarrollase la doctrina de los decretos para subsumir en ella cuestiones que generalmente se atribuyen a la providencia en la mayor parte de doctrinas cristianas de inspiración tomista. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, pp. 211-217; Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II*, pp. 534, 554.

⁴⁰⁹Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II*, pp. 529-530, 534-535, 580-605. Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 81-96. Calvino explica que esta renuncia al universalismo en la salvación es una decisión divina de cara a asegurar la eficacia del plan salvífico. Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II*, p. 539.

Elección-promesa-pacto-prueba-provisión. Lo que en la literatura veterotestamentaria aparece como una alianza entre Dios y su pueblo para el establecimiento intramundano de una tierra en la que estos le rindan culto exclusivo, en el calvinismo todas estas figuras se espiritualizan para entenderse como parte de un plan de salvación. Pero a diferencia de otras formas de cristianismo que también realizaron este proceso de espiritualización de las figuras del Antiguo Testamento, en el calvinismo (y muy especialmente en el puritanismo) el carácter intramundano de los avatares de Dios con su pueblo no se pierde en el proceso de espiritualización de las prefiguraciones. El calvinismo va a implementar una hermenéutica bíblica conocida como el *pensamiento tipológico*, por el cual la narrativa del Antiguo Testamento predominará sobre los temas del Nuevo Testamento, aunque sea este último sea el que ofrezca la clave teológica de interpretación del conjunto.⁴¹⁰

Esto queda patente en la *Instituciones* donde Calvino estableció que Dios habría realizado en primer lugar una elección de carácter nacional al demostrar su predilección por el pueblo de Abraham sobre el resto de las naciones. Sin embargo a pesar de tener un pueblo elegido llamado a heredar el reino de Dios no todos los israelitas respondieron de la misma manera a su llamada, y no todos los individuos ni las tribus fueron favorecidas de la misma forma. De esta manera existirían dos grados de elección, una general de Dios estableció con su nación elegida, y otra particular pactada con sus santos que serán comprendidos como un *remanente salvífico*: un grupo de personas favorecidas por Dios que aunque se encuentren en minoría y rodeados por los réprobos y el pecado, mediante la perseverancia serán el instrumento propicio del plan de redención. En último término esta doctrina supone que la mera pertenencia a la nación o a la iglesia elegida no asegurará la salvación del creyente, ya que dentro de estas dos instituciones convivirán santos con réprobos sin la seguridad de a qué grupo pertenece cada creyente. A la iglesia, como institución que los engloba a todos Calvino la denominará la *iglesia visible*, y al conjunto de santos que componen el grupo de los elegidos y el verdadero pueblo de Dios la denominará la *iglesia invisible*, pues hasta el juicio final no se sabría por quiénes está compuesta.⁴¹¹

De aquí se deriva el mayor desafío que esta doctrina ha planteado a los fieles calvinistas: al rechazarse la salvación por las obras, los méritos, la fe, los sacramentos o

⁴¹⁰Miller, *Nature's Nation*, p. XI; Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self*, pp. 30, 35-39. El *pensamiento tipológico* será objeto de desarrollo en el siguiente apartado.

⁴¹¹Calvino, *Institutes of Christian Religion*, V. II, pp. 529-530, 535-540. Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 85-88. Morgan, *Visible Saints*, pp. 21-22.

por la pertenencia a una comunidad religiosa, y al fiarlo todo a la gracia divina, el creyente se encontraba inerme para hacer frente a la economía de salvación, pues está recaía enteramente sobre la voluntad divina. Como bien entrevió Santo Tomás al reflexionar sobre la predestinación, esta no podía ser revelada, porque malograría el plan salvífico al sumir a los réprobos en la desesperación y a los salvos en una apática confianza impropia de un estado de santidad. Calvino propuso como solución ante este estado de incertidumbre la idea de que Dios entraría en pacto con sus elegidos a través de una *llamada efectiva* que les insuflaría una vocación para la santidad que les ayudaría a reconocer ciertas pruebas sobre su elección.⁴¹²

Esta manera particular e incierta de considerar el proceso de elección requerirá un autoconvencimiento de partida por parte del creyente sobre su elección personal. La confirmación de esta elección vendría acompañada por la práctica de una ética ascética en donde el trabajo profesional incesante implicará un tipo de disciplina que será considerada como una prueba de elección y que a su vez podrá venir acompañada por el éxito económico como otra señal probatoria. El mecanismo psicológico ejercerá de profecía autocumplida, pues el ascetismo intramundano implícito en esta ética conducirá a una forma de vida cuyos resultados solían ser la señal que se buscaba como prueba de la elección. En términos teológicos esta forma de encarar la vida va ser definida como la *perseveración de los santos*. Weber ha definido con gran acierto la santidad del creyente calvinista como “una santificación de las obras hecha sistema”, pues el fiel regía su vida de acuerdo a una ética que racionalizaba metódicamente su existencia como un todo ético unívoco, en donde no había lugar para el pecado, el arrepentimiento o el perdón por intercesión sacramental. El calvinista en cuanto elegido y herramienta de Dios debía ejemplificar un modelo de vida santa guiada por la disciplina, pues su misión intramundana era ejecutar las disposiciones providenciales de Dios, y un pecador no podía ser una herramienta digna para implementar los *decretos necesarios*. Esta visión providencial del creyente llevaría a los calvinistas a entender su existencia desde un *amor al mundo*, pues a diferencia de otras formas de cristianismo la vida no se entenderá exclusivamente como un tiempo de prueba y espera hasta el día del juicio final, sino que será una oportunidad de llevar a cabo activamente la obra de Dios,

⁴¹²Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II*, p. 539, 580-597. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, p. 211; Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 171-179; Morgan, *Visible Saints*, pp. 34-35, 67-75.

con lo que desde el punto de vista de la agencia se dará la paradoja de que una teología potencialmente fatalista generará creyentes profundamente mesiánicos.⁴¹³

Sin embargo, la doctrina de la predestinación se encontró con un gran problema teológico. A pesar de los intentos de Calvino por establecer que la teoría de la doble elección no anulaba el libre albedrío y la responsabilidad del hombre en el pecado original, la doctrina de los decretos introducía una pregunta ineludible que consumió las energías del calvinismo en sus debates teológicos del siglo XVII. La cuestión fundamental estribaba en que si con anterioridad a la creación y a la ejecución del pecado original Dios estableció que iba a salvar a una parte de sus criaturas racionales y a condenar a otras, esto implicaba que debía saber que la caída iba a acontecer, y si esto fue así, ¿por qué la permitió? Con la distinción entre decretos efectivos y necesarios los calvinistas podían sortear la imputación directa a Dios de la ejecución del pecado original, sin embargo, resultaba difícil justificar la bondad de un ser providencial y omnipotente que permitía tal calamidad. Esta cuestión arrojaba además una duda sobre la autonomía del libre albedrío (y por lo tanto sobre la responsabilidad humana en el pecado original) pues si toda acción debía ser permitida por Dios y responder a su plan providencial ¿no hacía esto que el libre albedrío estuviera condicionado? Por otra parte si Dios conocía de antemano quién podía ser regenerado y quién estaba más allá de la salvación, el carácter probatorio de la vida resultaría intrascendente para la sabiduría divina. Todas estas cuestiones sumieron a los calvinistas europeos en el complejo debate del *lapsarianismo* sobre el orden lógico de los decretos en el que intentaron determinar qué ocurrió antes, si la decisión de ejecutar un plan salvífico con el conocimiento de que acontecería en un futuro el pecado original (como defendían los supralapsarianos) o la corrupción de la naturaleza humana por el pecado con el plan salvífico como intervención divina de emergencia ante la caída del hombre (en base a la propuesta infralapsariana).⁴¹⁴

⁴¹³Morgan, *Visible Saints*, pp. 34-35, 67-75. Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 22-24; Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 180-190. Weber, *Economía y sociedad*, pp. 452-456, 479-480. Por otra parte a diferencia de la santidad católica y medieval que implicaba un ascetismo entendido como un *abandono del mundo*, en donde eran muy importantes los milagros como prueba de conexión con la divinidad, en el calvinismo la santidad de su *ascetismo intramundano* va a tener en su base un *desencantamiento del mundo*, como resultado de la negación de la magia como medio de salvación y prueba de santidad.

⁴¹⁴Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II*, pp. 559-578. Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 86-96. Un primer intento de enfrentar esta contradicción puede encontrarse en el capítulo XXIII del libro III de las *Instituciones*. En cuanto al debate lapsariano, el teólogo calvinista ortodoxo estadounidense de origen holandés Louis Berkhof lo ha sintetizado de manera ejemplar, tanto en lo referido a las posiciones de sus contendientes, como en las implicaciones teológicas de ambas posiciones para el resto del edificio

La ortodoxia calvinista nunca consiguió generar unanimidad sobre esta cuestión. Sin embargo sí que tuvo que enfrentar soluciones heterodoxas como la del teólogo holandés Jacobo Arminio (1560-1609) quien intentando defender la doctrina de la predestinación introdujo cambios en la misma para encontrar un acomodo para el libre albedrío. Arminio cambió el carácter incondicional e irresistible de la *llamada efectiva* por la idea de la *gracia preventiva*, según la cual Dios habría transferido en base a su gracia los medios de salvación a todos los creyentes, para que mediante la fe todos tuvieran la oportunidad de salvarse, tanto a los electos como a los réprobos. En último término lo que diferenciaría a ambos sería la voluntad para aceptar o no los medios de salvación, pudiendo resistirse a la gracia divina y condenándose en el proceso. Esta propuesta conculcaba el carácter incondicional de la salvación por la gracia tal y como había sido definida desde San Agustín en su contienda contra el pelagianismo, y dio lugar a un intenso debate teológico que culminó con el Sínodo de Dort (1618-1619) y sus cánones de fe (1619), con los que las iglesias reformadas continentales rechazaron el arminianismo.⁴¹⁵

El puritanismo inglés intentaría buscar una solución propia al desafío arminiano y al conflicto entre absolutismo divino y libre albedrío por medio de la teología federal. Esta será una forma específicamente inglesa de considerar la doctrina de la predestinación, y servirá para establecer una vía específica con la que organizar la *iglesia visible* en Inglaterra, para más tarde fundamentar el modelo teocrático de Nueva Inglaterra. Es importante resaltar que se trata de una vía particular del calvinismo inglés que llevó a puritanos y separatistas por una senda de desarrollo teológico y eclesiástico distinto a los calvinistas del continente europeo, y que con el tiempo implicó también un desarrollo teológico distintivo de Nueva Inglaterra en donde la teología federal

doctrinario calvinista. A su parecer la posición supralapsariana presenta una mayor coherencia lógica en la ordenación de los decretos, pues permite explicar la caída como una decisión soberana de Dios. La posición infralapsariana por su parte ofrece una explicación más natural del plan salvífico al considerar el decreto de la predestinación como una suerte de mecanismo de emergencia para evitar las consecuencias del daño irreparable del pecado en la naturaleza humana. Berkhof asume sin embargo que ambas posiciones son problemáticas, pues los supralapsarianos no pueden dar una respuesta a la decisión de Dios de permitir la caída, mientras que los infralapsarianos al poner a Dios a la defensiva son incapaces de salvar la omnipotencia, la omnisciencia y la soberanía divina. El propio Berkhof, que demuestra en toda su obra una constante seguridad a través de establecer postulados de una gran normatividad asertiva, en este punto concreto se ve incapaz de ofrecer una respuesta clara al problema planteado por el debate lapasariano. A mi juicio, que varios siglos después de haberse planteado la contradicción, un doctrinario ortodoxo como el propio Berkhof se refugie en la figura del *misterio* (como hacen todos los teólogos cuando no saben cómo resolver una antinomia doctrinaria) resulta una muestra clara sobre la incapacidad del sistema calvinista para dirimir este problema fundamental de sus postulados básicos.

⁴¹⁵Perry Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1939), pp. 366-367.

alcanzaría una preeminencia que no llegaría a tener en Gran Bretaña por la derrota de los puritanos en la Guerra civil inglesa, que en un plano teológico obligaría a los puritanos ingleses a tener que pactar unos puntos de acuerdo común con el anglicanismo durante la Conferencia de Saboya (1661) que se saldaría con el acta de uniformidad (1662) y la declaración de Saboya (1668).⁴¹⁶

La teología federal es en primer término una forma de hermenéutica bíblica que pone el acento sobre la figura del pacto divino de Dios con su pueblo elegido. Este recurso hermenéutico se encontraba también en las *Instituciones* y Calvino lo utilizó para fundamentar su idea de la doble elección incondicional por la gracia, por lo que todas las subvariantes del calvinismo van a implementar algún tipo de teoría del pacto. Lo que resulta distintivo en el caso del puritanismo inglés fue su grado de desarrollo e implementación doctrinario por la influencia del *common law*, pues la idea de Dios como soberano absoluto, tal y como fue concebida por el calvinismo continental, planteaba al puritanismo ciertos problemas en base a la tradición inglesa de la soberanía regia limitada. La teología federal hizo de Dios un *King in parliament*, concebido como un ente omnipotente que voluntariamente se autolimitaría contractualmente para no ejercer un poder arbitrario contra sus santos elegidos. A esta teoría bíblica del pacto mediada por el *common law* se le unirá tanto el auge de la filosofía contractualista como el desarrollo del contractualismo mercantil en el siglo XVII, teniendo el primero una gran importancia en las doctrinas filosóficas desarrolladas en los *colleges* británicos dominados por los teólogos puritanos, y el segundo estando muy presente entre la clase comerciante de entre la que los puritanos obtuvieron buena parte de su base social.⁴¹⁷

El contractualismo de la teología federal partía de un primer pacto conocido como el *covenant of grace*, un acuerdo de Dios con cada uno de sus elegidos a través de una experiencia de conversión y renacimiento de la fe del creyente, en la cual se regeneraría su naturaleza humana pecadora permitiéndole así alcanzar la santidad. Esta

⁴¹⁶Miller and Johnson, *The Puritans*, pp. 57-58; Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century* pp. 366-367; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 15-22.

⁴¹⁷Calvino, *Institutes of Christian Religion, V. II*, pp. 529-530, 535-536. Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century*, pp. 366-368. Berkhof ha señalado que Calvino se basó en tres figuras bíblicas distintas para su idea de elección. Dos contenidas en el Antiguo Testamento y una del Nuevo. Del Antiguo Testamento tomó la idea de la elección de Israel como pueblo elegido (Deut. 4:37, 7:68, 10:15) y (Os. 13:5), así como la idea de la elección de ciertos individuos concretos para ser instrumentos de la acción providencial: Noe (Gn. 6:8, 13-15; 9:1-17), Abraham (Gn. 12:1-4, 7), Moises (Ex. 3, 19-20, 24), los sacerdotes (Deut. 18:5), los reyes del linaje davídico (1 Sam. 10:24), (Sal. 78:70), los profetas (Jer. 1:5) y en el nuevo testamento los apóstoles (Hch. 9:15). Así como un tercer tipo de elección tomada de San Pablo sobre la elección divina de individuos concretos para conformar un remanente salvífico como hijos de Dios y herederos de su gloria eterna (Rom. 9:8 y 11:2,6), (Ef. 1:11) y (Col. 1:12). Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 92-93.

forma de *covenant* se fundamentó en la idea calvinista de la *llamada efectiva*, sin embargo se diferenciaba de ella en que el sujeto predestinado no era concebido como un receptor pasivo de la gracia, pues el elegido era reconocido por Dios como sujeto activo en un proceso donde, a pesar de la asimetría, Dios y el elegido actuaban como socios de un contrato que vinculaba a ambas partes. Con su experiencia de conversión y regeneración el elegido se comprometería a mantenerse recto para ser agente de la voluntad divina, mientras que Dios se comprometería a no desplegar un poder arbitrario sobre él y a que todo lo que aconteciera tuviera un propósito, que en último término se encaminaría a cumplir su plan de salvación para con su elegido. Esta noción activa del pacto tuvo como fuente de inspiración la distinción entre el pacto por las obras que le impuso Dios a Adam (Gn. 2: 15-17) y que este incumplió (Gn. 3), lo que dio lugar a un nuevo pacto por la fe de Dios con Abraham (Gn. 12: 1-4, 7). El *covenant of grace* se basó fuertemente en el episodio en que Abraham pactó su fe con Dios, lo que llevó a que este le prometiera en retorno una tierra para su descendencia.⁴¹⁸

El *covenant of grace* no pretendió erigirse en un medio de salvación, pues los puritanos aceptaban la idea calvinista de que esta era una decisión unilateral y predeterminada por Dios que se realizaba por medio de la gracia. El *covenant of grace* pretendía erigir un modelo de conducción de los elegidos en su relación con Dios, evitando tanto el extremo pasivo de Calvino, en el que el creyente era un receptáculo inerte de la gracia, como el extremo voluntarista de Arminio en el que el creyente podía llegar a rechazar la llamada divina. El *covenant of grace* era un pacto privado entre Dios y el elegido que se establecía por iniciativa divina y que resultaría efectivo e irresistible por el hecho de que Dios no entraría en alianza con quienes por su naturaleza caída no fueran receptivos a la llamada. De esta manera el puritanismo generó una ingeniosa tautología con la que “revelar” el carácter elegido de los santos invisibles.⁴¹⁹

Si un creyente experimentaba una llamada divina que culminase en un proceso de conversión podría establecer un segundo pacto de carácter público, que daría lugar a dos subvariantes: el *church covenant*, que implicaba a una colectividad de santos unidos por la fe, y el *social covenant*, que atañería tanto a los elegidos como a los réprobos que tuvieran que vivir juntos en sociedad, y que asumía la figura jurídica de un *compact*, una institución contractual del *common law* que establecía un acuerdo de libre

⁴¹⁸Miller, *Errand into the Wilderness*, pp. 60-63, 68-69; Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century*, pp. 376-378. Miller, *Nature's Nation*, pp. 17-19.

⁴¹⁹Miller, *Errand into the Wilderness*, pp. 71-72, 81-89; Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century*, pp. 382-397.

asociación entre individuos y que no implicaba un trasfondo sagrado, con lo que los santos podían formar acuerdos vinculantes con los réprobos no en los términos de Dios, sino en sus propios términos.⁴²⁰

El creyente que hubiera entrado en un pacto de gracia con Dios podría entrar a su vez en un pacto eclesíástico (*church covenant*) con otros santos regenerados para formar parte de una congregación. Para ello se sometería a un examen de conciencia y doctrina por parte de los santos ya conversos que determinarían si el sujeto había sido regenerado por medio del *covenant of grace*. A diferencia de las demostraciones por conversión pietistas del evangelismo posterior, la demostración puritana no implicaba únicamente el testimonio de un renacimiento de la fe, sino que además era necesario hacer gala de una comprensión de la doctrina que subyacía al hecho salvífico, ya que el puritanismo va a pretender reconciliar la revelación del proceso de conversión con la lógica especulativa de su corpus doctrinario, lo que suponía un intento de reconciliar fe y razón, pues los puritanos creían que a través de una comprensión racional de la voluntad divina y de su plan de salvación el santo regenerado podía someterse a su voluntad y fundamentar su fe. Además con este método se pretendía establecer una forma más efectiva que la del calvinismo continental a la hora de obtener criterios claros para determinar si el sujeto era un santo elegido.⁴²¹

El *church covenant* implicaba que solo aquellos que pudieran probar haber establecido el *covenant of grace* y llevar una vida recta podían ser parte de las congregaciones. Esta teoría sobre la política eclesial llevó a que cuando los puritanos se establecieron en Nueva Inglaterra a partir de 1630 elaboraran una forma de gobierno basada en la teología federal que fue denominada como una *Bible Commonwealth*. Esta se trataba de una forma especial de teocracia en donde la autoridad no la ejercía el clero, si no un magistrado laico que gobernaría la colonia junto a una asamblea electiva (la *corte general*) de acuerdo a las disposiciones de una legislación que debía inspirarse en la Biblia, y que en muchos casos suponía una adaptación del código jurídico recogido

⁴²⁰Perry Miller, *The New England Mind: From Colony to Province* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1954), p. 21. Miller, *Errand into the Wilderness*, p. 151. Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 59-60.

⁴²¹Miller, *Errand into the Wilderness*, pp. 71-72, 81-89; Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century*, pp. 285, 435, 442-443, 450; Morgan, *Visible Saints*, pp. 33-35, 40-48, 64-80, 87-93. En su descripción del *church covenant* de los *Independientes* Morgan enumera tres preceptos que se exigía demostrar al creyente en su examen de conversión y que se encuentran presentes también en el puritanismo conformista: 1) Fe testificada a través de la sumisión y obediencia a Dios y sus preceptos, 2) La fe como conocimiento sobre la doctrina de la salvación mediante Cristo y 3) La obediencia implicaba una vida recta, divina y virtuosa. *Ibíd.*, p. 45.

en el *levítico*. La comunidad política se basaba en la teoría del gobierno mixto, con Dios como monarca, los magistrados ejerciendo el principio aristocrático y con la *corte general*, los *townmeetings* y las congregaciones eclesiales aportando el elemento democrático. En este tipo de teocracia la ciudadanía activa la aportaba el *church covenant*, sólo los santos regenerados podían ejercer su derecho al voto para elegir o ser elegidos a las magistraturas, puestos de jueces, representantes de la *corte general* o sacerdotes. Era además prerequisite para participar en la mayoría de los *town meeting*, o en las asambleas eclesiásticas en las que se elegían a los candidatos a santos regenerados, y era condición necesaria para la recibir la dispensación de la mayoría de los sacramentos.⁴²²

Sin embargo durante todo el siglo XVII solamente una quinta parte de la población de la colonia de Massachusetts dio muestra de regeneración mediante el *covenant of grace* y pudieron acceder como santos reformados al *church covenant*. Las cuatro quintas partes restantes recibieron el apelativo de *strangers* (extraños a los ojos de Dios) asumiendo una ciudadanía de segunda que les permitía disfrutar de una igualdad ante la ley pero no de los derechos políticos. Su asistencia a los oficios religiosos era obligatoria, pues los puritanos mantenían la esperanza de que los sermones pudieran ayudar a propiciar experiencias de conversión entre los *strangers* que les llevara a descubrir su condición de santos predestinados. Pero por lo demás estos se encontraban excluidos de toda participación activa en la congregación. Esto obligó a instituir otra variante de pacto público bajo la forma del *compact* que Perry Miller definió como *social* o *national covenant*, y que suponía toda una serie de reglas y disposiciones con las que la minoría puritana aspiraba a imponer una rectitud formal

⁴²²Robert N. Bellah, *The Broken Covenant: American Civil Religion in Time of Trial* (Nueva York: The Seabury Press, 1975), pp. 17-18; Miller, *Errand into the Wilderness*, pp. 148-150; Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century*, p. 439; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 86-91, 106-110; Daniels, *The New England Nation*, pp. 63-66; Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 21-22, 30-33, 38-4. De entre todos los documentos doctrinarios que desarrollaron la teología federal como política teológica y forma de gobierno ninguno fue tan importante como la *plataforma de Cambridge* (1648), que puede ser considerado como la verdadera constitución de Nueva Inglaterra, a un nivel de organización social más profundo y efectivo que la carta real de 1628, además de aportar una justificación teológico política mucho más integral que los convenios de la asamblea general de 1639. En la *Plataforma* se definieron y establecieron los aspectos fundamentales que vinculaban los distintos pactos, el poder de los magistrados y las relaciones entre las distintas instituciones eclesiásticas y civiles. Nathaniel Emmons (ed.), *The Cambridge Platform of Church Discipline, adopted in 1648 and The Confession of Faith, adopted in 1680. To which is prefixed a Platform of Ecclesiastical Government* (Boston: Congregational board of publication, 1855), pp. 4-20, 49-85.

sobre resto de la población para que esta no interfiriera con su “conducta pecaminosa” en la labor de los elegidos, y no malograr así el plan providencial de Dios.⁴²³

La teología federal acabó encontrando su expresión formal en Nueva Inglaterra a través de toda una serie de disposiciones doctrinales elaboradas a través de cinco sínodos, de entre los cuales los más importantes fueron el sínodo de Cambridge (1646-1648) en donde se aprobó *The Cambridge Plataform of Church Discipline* (1648), el sínodo de 1662 en que se adoptó el *half way covenant*, y el sínodo de 1679 en que se trató “la degradación del espíritu público”. Si los sínodos de 1662 y 1679 fueron sínodos de crisis de la teología federal (una crisis intermedia y otra terminal), el sínodo que aprobó la *plataforma de Cambridge* puede considerarse un hito formativo de la teología federal, pues con este documento se instauraría y definiría el congregacionalismo como forma de gobierno eclesiástico. Además por este documento se adoptaron las *Confesiones de Westminster* (1646) promulgadas por la Asamblea de Westminster (1643-1653) para dotar a todo el puritanismo de una doctrina estandarizada.⁴²⁴

De esta forma quedó establecida la teología federal como el marco de aplicación de la doctrina de la predestinación en el Nuevo continente. Sin embargo la teología federal no bastó para constituir un paradigma discursivo providencialista, pues en tanto que marco para la implementación de la predestinación se trataba de una doctrina sobre los medios de salvación, pero no aportaba recursos interpretativos para los avatares concretos de la vida intramundana en América. Fue necesario establecer un enfoque teológico que, respetando la teología federal, pudiera aportar recursos interpretativos

⁴²³Miller, *Errand into the Wilderness*, pp. 150-151; Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century*, pp. 426-429; Miller, *Nature's Nation*, pp. 17-19.

⁴²⁴Miller, *Nature's Nation*, pp. 32-33. Williston Walker (ed.), *The Creeds and Platforms of Congregationalism* (Nueva York: Charles Scribner's and Sons, 1893). Resulta relevante que en la recopilación doctrinal del congregacionalismo puritano realizada por Williston Walker solo aparezcan cuatro menciones a la palabra predestinación, y que sean en dos documentos exportados directamente de Inglaterra (en el capítulo III, puntos 3, 4 y 8 de las *Confesiones de Westminster* y en el capítulo X punto 1 de la *Declaración de Saboya*), en el resto de documentos doctrinarios producidos en los sínodos de Nueva Inglaterra no aparece ni una sola mención a la doctrina. El concepto de *covenant* aparece sin embargo nombrado 761 veces, junto a las 213 de la noción de *half way covenant*. Esto demuestra hasta qué punto la doctrina de la predestinación había sido subsumida dentro de la teología federal, y a mi juicio apunta a que los puritanos de Nueva Inglaterra se encontraban más preocupados por la aplicación teológico-política en términos intramundanos de la predestinación que en intentar resolver sus aporías estructurales a través del lapsarianismo. En último término esto puede indicar una paradoja por la cual la universal aceptación de la predestinación entre los puritanos llevó a su invisibilización doctrinal en Nueva Inglaterra, lo que habría permitido ignorar sus defectos estructurales y generar a partir de ella una nueva doctrina que les conduciría por un camino diferenciado con respecto al resto de calvinistas europeos, con sus propias fortalezas y contradicciones.

con los que conectar las experiencias concretas de los colonos puritanos con el horizonte más general de la historia de salvación.

6.3 La lógica heurística y los fundamentos teológicos de la hermenéutica bíblica puritana.

Los puritanos no fueron los únicos ni los primeros actores en desarrollar un discurso providencialista sobre América, o una hermenéutica bíblica desde la que leer y explicar su experiencia en el continente. Como señala Jorge Cañizares-Esguerra esta fue una práctica compartida por los exploradores, colonizadores y conquistadores de todo el ámbito atlántico. Católicos, anglicanos y puritanos movilizaron distintas figuras y motivos a la hora de entender el continente americano como fenómeno providencial, sin embargo los tres compartían el estilo de carácter figurativo como forma de implementar su hermenéutica bíblica para la interpretación de su experiencia americana. A mi juicio pocos han expresado mejor el carácter de esta hermenéutica bíblica que el filólogo de la lengua inglesa Fernando Beltrán Labrador:⁴²⁵

La Biblia actuaba como una suerte de mapa epistemológico, una guía de acción y conocimiento ordenada para vivir en medio de una vastedad regida por el caos y a merced de fuerzas incontestables. La Biblia explicaba unos acontecimientos y justificaba el sentido de otros y anunciaba, promoviéndolos, ciertos sucesos por venir.⁴²⁶

Pero para que la Biblia pudiera actuar de mapa epistemológico ante la novedad histórica, geográfica y vital a la que se enfrentaban los colonizadores era necesario imbricar dicha hermenéutica bíblica en una concepción del tiempo que la hiciera operativa como guía para la experiencia. Desde un punto de vista temporal la Biblia pudo convertirse en un recurso de hermenéutica vital porque era considerada un vehículo de revelación divina que contendría los elementos fundamentales desde los que juzgar la historia profana (el *saeculum*) a la luz de la historia sagrada en tanto que historia de salvación. Pero la Biblia no sólo ofrecía una narrativa temporal, sino que además aportaba numerosos recursos simbólicos que convenientemente instrumentalizados ofrecían al cristiano ejemplos visuales que de manera comparativa le ayudaban a comprender su vivencia en el Nuevo Mundo a través de la fe. Esta forma de pensamiento va a ser denominada por Robert N. Bellah como la *cosmovisión de los*

⁴²⁵Cañizares-Esguerra, *Católicos y puritanos*, pp. 22-53.

⁴²⁶Fernando Beltrán Llavador, "Introducción" en William Bradford *De la plantación de Plymouth (selección)* (León: Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1994), p. 36.

mitos vivientes, y resulta en “una mentalidad que opera organizando el sentido de la existencia a través de marcos simbólicos de la tradición imperante”.⁴²⁷

Sin embargo, estos recursos simbólicos requerirán de una metodología de aplicación específica para ser proyectados sobre la experiencia vital. El catolicismo siguió la tradición de lectura bíblica de la *quadriga*, que se componía de cuatro dimensiones de significado: literal, alegórica, tropológica y analógica, siendo la hermenéutica alegórica la que devino en puramente sistemática, mientras que la literal, tropológica y analógica se fueron convirtiendo en aproximaciones auxiliares de carácter metodológico. En base a este sistema el catolicismo va a comprender el conjunto de imágenes bíblicas como un apoyo espiritual para el creyente en su expansión por el continente, pero en donde imperará en todo momento una distinción entre el carácter secular de las experiencias coloniales encuadradas en la historia profana, que en ningún momento se encontrarán en un mismo nivel temporal que las narraciones y los símbolos bíblicos.⁴²⁸

El método figurativo del protestantismo se constituyó desde unas claves heurísticas distintas que recibieron el nombre de *tipología* o *pensamiento tipológico*. El modo de pensamiento tipológico funcionaba estableciendo analogías directas entre la experiencia vital inmediata del creyente con respecto al imaginario simbólico bíblico, y tuvo como fundamento la presunción heurística de que el conjunto de las experiencias seculares se encontraban contenidas en la sabiduría de los libros sagrados, por lo que el creyente se esforzaría en buscar y establecer la conexión que encajase mejor entre su experiencia vital concreta con respecto a alguna de las figuras que pueblan la biblia. El protestantismo desarrolló este método como alternativa crítica al estilo alegórico del catolicismo, desde la presunción de que desde la analogía se podrían evitar las distorsiones mediadoras del carácter metafórico de la alegoría, y de esta manera determinar el sentido preciso de las figuras bíblicas.⁴²⁹

Además, el pensamiento tipológico servirá como un elemento regulador en la dialéctica entre la mundanización del imaginario espiritual y la espiritualización de la

⁴²⁷Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 119-120. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, pp. 35-37. Koselleck, *Futuro Pasado*, p. 337; Bellah, *The Broken Covenant*, p. 12. Una perspectiva similar a esta fundamenta el capítulo 3 y mi teoría sobre las *cosmovisiones conceptuales*.

⁴²⁸Harry Caplan, “The Four Senses of Scriptural Interpretation and the Mediaeval Theory of Preaching”, *Speculum*, Vol. 4, No. 3 (Jul., 1929), pp. 283-286; Cañizares-Esguerra, *Católicos y puritanos*, p. 208. La perspectiva alegórica de la biblia, siendo una de las cuatro vías posibles de interpretación desarrolladas por la escolástica acabó por adquirir entidad propia en los conflictos teológicos contra el protestantismo y erigiéndose como la vía católica de lectura figurativa bíblica contra el modelo tipológico protestante.

⁴²⁹Miller, *Nature's Nation*, p. XI. Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self*, p. 39.

vida intramundana, resultante del constante establecimiento de analogías entre lo sagrado y lo profano en el mundo protestante. Este elemento regulador y unificador era fundamental, pues en una cultura sustentada en la centralidad de la lectura individual de la Biblia (en donde necesariamente surgirían lecturas muy diversas) era más fácil conseguir un cierto consenso y homogeneización a un nivel de definición figurativa que sobre el contenido doctrinario de la fe. Por otra parte las figuras bíblicas convertidas en tipos podían ser objeto de comparación anacrónica por medio de analogías con las que será posible establecer paralelismos entre la experiencia terrenal de los fieles protestantes con los avatares bíblicos. En este proceso operará una presunción sobre la existencia de una conexión interna entre la experiencia vital del creyente con respecto al relato bíblico entendido como sabiduría revelada, y el esclarecimiento del sentido de dicha conexión permitiría al creyente desentrañar la voluntad de Dios, y a partir del conocimiento de su voluntad el creyente podría actuar de manera acorde al plan divino providencial.⁴³⁰

Otra particularidad del pensamiento tipológico con respecto al modo alegórico fue que mediante el uso de las analogías los puritanos podían establecer lógicas temporales bidireccionales. Al poner en relación directa dos elementos sucedidos en espacios y épocas distintas se establecía un nexo temporal entre ellos por el cual el elemento bíblico pasado se comprendía como un antecedente, una prefiguración de la experiencia colonizadora futura, y esta última se entenderá como un elemento profetizado por las sagradas escrituras. A través de esta dialéctica entre prefiguración y profetización los colonizadores protestantes podían concebir sus experiencias vitales intramundanas en América como un eco de las figuras que protagonizaban los eventos de la historia sagrada en la Biblia, en especial a la hora de establecer paralelismos con los antiguos israelitas, el pueblo elegido por excelencia al que intentaban emular. De esta manera la hermenéutica tipológica protestante exacerbará la visión providencialista de los acontecimientos en el Nuevo Mundo, lo que se traducirá en una autocomprensión del sujeto en términos mesiánicos.⁴³¹

Tanto los colonizadores españoles como los ingleses van a establecer una perspectiva hermenéutica bíblica desde un marco figurativo para explicar su experiencia en América. Desde un punto de vista espacial ambos grupos van a entender el carácter

⁴³⁰Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self*, pp. 28, 30, 35-39. Cañizares-Esguerra, *Católicos y puritanos*, pp. 122, 147.

⁴³¹Beltrán, "Introducción", pp. 36-37. Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self*, pp. 13, 29, 36, 39-40.

desconocido del continente como el resultado de la ocultación de esa tierra por parte de una entidad superior, y en los dos Atlánticos se va a desarrollar una doble hipótesis sobre el porqué de la ocultación del continente. Una primera hipótesis de corte providencialista asignó la ocultación a Dios como parte de un plan cuyo principal motivo era que sus elegidos ocupasen su tierra prometida (esta perspectiva será dominante sobretudo en los primeros estadios del descubrimiento). Una segunda hipótesis que Cañizares-Esguerra ha denominado como de *épica satánica*, consideró que el diablo habría estado impidiendo el descubrimiento de esa tierra virgen a los elegidos de Dios para frustrar el plan de salvación.⁴³²

Esta segunda perspectiva se popularizó durante el proceso de colonización con las crecientes dificultades que experimentaron los europeos, y fue derivando en una retórica sobre América como una tierra dejada de la mano de Dios, dominada por el diablo y sus siervos los indios salvajes. El pensamiento alegórico católico de los españoles va a hacer predominar una interpretación de América desde elementos de espacialidad bíblica trascendental: desde una perspectiva providencial considerarán el continente como un nuevo jardín del edén, un regalo de dios para sus elegidos. Y desde una *épica satánica* América será considerada como un infierno terrenal, un falso paraíso que debe ser conquistado y regenerado por los siervos de Dios. En el protestantismo inglés con su perspectiva tipológica (sobre todo entre los puritanos) va a privilegiar una lectura espacial en claves de divinidad intramundana. Desde una perspectiva providencialista América será la tierra prometida, una nueva Canaán en la que edificar la nueva Jerusalén lejos de Europa, dominada por la corrupción de la iglesia católica y el anticristo. Pero entre los protestantes también habrá una retórica satánica que entenderá América como el *wilderness*, una tierra de tribulaciones, tentación y prueba divina que ha de ser también regenerada mediante la *perseverancia de los santos*, para ser convertida mediante el trabajo en la tierra prometida.⁴³³

En su recurso a una hermenéutica bíblica los puritanos de Nueva Inglaterra no se diferenciaron del resto de los colonizadores europeos. Su hecho diferencial estribó en cambio en la intensidad, importancia, generalización y desarrollo que adquirió para ellos este recurso heurístico en las colonias que fundaron.⁴³⁴

⁴³² Cañizares-Esguerra, *Católicos y puritanos*, pp. 23-28, 64-112.

⁴³³ *Ibid.*, pp. 23-28, 64-112, 147-165, 192-194, 207-214, 234-237. Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self*, pp. 40-46; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 7-12.

⁴³⁴ Miller and Johnson, *The Puritans*, p. 57.

En Nueva Inglaterra la hermenéutica bíblica y la teología federal se erigieron en los dos pilares básicos que interactuarán compenetrándose para fundamentar la cosmovisión puritana de América en términos providencialistas. La teología federal aportará una teoría aplicada de la predestinación, que a través de una sucesión de pactos posibilitará fundar una comunidad política en el Nuevo Mundo de acuerdo a la figura bíblica del pueblo elegido al que se le concede su tierra prometida. Mientras que la hermenéutica bíblica va a ofrecer un método de aproximación a esa experiencia concreta por medio de un criterio de gestión y aplicación de la una comunidad de símbolos teológicos del puritanismo con los que expresar su experiencia profana en términos sagrados. Esto permitirá a los puritanos conectar los eventos intramundanos de su vida con el horizonte salvífico de la predestinación, y explicar a su vez los avatares positivos y negativos que afectarán a la colonia como parte de los designios y actuación providencial de Dios. En la mentalidad puritana, la teología federal va a ejercer de teoría constituyente de su sociedad, mientras que la hermenéutica bíblica va a operar como marco constitutivo de su experiencia.

6.4 El providencialismo puritano: Del Citty vpon a Hill al Errand into the Wilderness.

El puritanismo de Nueva Inglaterra durante el establecimiento de la teocracia se caracterizó por su prolijidad en la producción de doctrina, panfletos y sermones. Sería imposible enumerar o reproducir aquí todos los documentos y los ejemplos en los que se desarrolló e implementó la teología federal y la hermenéutica bíblica con fines de constituir un discurso providencialista. Sin embargo el puritanismo americano produjo un par de sermones que han trascendido en la historia del pensamiento político estadounidense por desarrollar dos figuras tipológicas fundamentales, y cuya recepción posterior ha sido de gran importancia a la hora de desarrollar un canon providencialista que a través de distintas reformulaciones y recepciones llegará hasta el *Destino Manifiesto*.

Las figuras en cuestión son *la ciudad sobre la colina* y el *wilderness*. En términos koselleckianos la primera es una figura que trasmite *horizontes de expectativa*, mientras que la segunda sirvió para describir un *espacio de experiencia*. Ambas responden a un recurso hermenéutico de tipología bíblica, y describen dos momentos del pacto divino implícito en la teología federal. La primera apareció en el sermón titulado “A Modell of Christian Charity”(1630), que fue pronunciado por el líder

puritano y futuro magistrado colonial John Winthrop (1588-1649) a bordo del *Arabella* durante la *Gran Migración*. El segundo apareció en el acto de apertura de la recién electa *Corte General* de 1670, y llevaba por título “A Brief Recognition of New England’s Errand into the Wilderness”. Este segundo sermón fue expuesto por el reverendo puritano Samuel Danforth siguiendo el modelo discursivo de una jeremiada.

La primera de las dos figuras fue un recurso tipológico al que Winthrop denominó *Citty vpon a Hill* (que derivó más tarde en *city upon a hill*, y en ocasiones como *city on a hill*). Esta figura tipológica puede verse como un sintagma conceptual formulado a través de la fusión de tres figuras bíblicas distintas: el monte, la ciudad y la luz, que aparecen combinadas de diferentes maneras en tres pasajes bíblicos, aportando cada uno de ellos una cualidad teológica propia al sintagma conceptual: la inspiración principal proviene del *sermón de la montaña*, como una alocución metafórica de Jesús a la multitud congregada ante él. Se trata de una de las metáforas por excelencia sobre la idea de misión evangélica que aparece en el Nuevo Testamento: “Vosotros sois la luz de este mundo. *Una ciudad situada en lo alto de un monte* no puede ocultarse” (Mat. 5:11). Esta figura fue la que aportó la imagen metafórica principal, y encuentra su correlato en otras dos figuras, una de carácter mesiánico del Antiguo Testamento, y otra milenarista del libro del Apocalipsis. La figura mesiánica aparece en Isaías 49 y elabora la idea de la prédica profética como luz redentora: “[y el señor me dijo así] No basta que seas mi siervo solamente para restablecer las tribus de Jacob y hacer volver a los supervivientes de Israel; yo haré que seas la luz de las naciones para que lleves mi salvación hasta las partes más lejanas de la tierra” (Is. 49:6). Finalmente está la figura milenarista que vincula el monte y la ciudad como la *nueva Jerusalén* en la que los elegidos que se han salvado en el juico final conviven con Dios que les ilumina con su luz que es una dicha redentora:

En la visión que me hizo ver el Espíritu, el ángel me llevó a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de la presencia de Dios. La ciudad brilla con el resplandor de Dios [...] El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad. Sus siervos le adorarán, le verán la cara y llevarán su nombre en la frente. No habrá noche en la ciudad; los que en ella vivan no necesitarán de luz de lámpara ni luz de sol, porque Dios el Señor les dará su luz, y reinará por todos los siglos.⁴³⁵

⁴³⁵*La Biblia de estudio: Dios habla hoy* (Seúl: Sociedades Bíblicas Unidas, 2002), pp. 1766-1767. Todas las citas bíblicas que aparezcan o que ya hayan aparecido se corresponderán a esta edición. He escogido esta Biblia porque se trata de una edición crítica protestante en castellano, con un carácter relativamente

Por lo tanto, el recurso tipológico expresado mediante el sintagma conceptual *city upon a hill* fusionó en su interior una idea misionera de ciudad como congregación de fieles que al encontrarse sobre la colina pueden ser admirados desde todas partes y cuyo ejemplo santo es una luz que sirve como fuerza evangelizadora, luz que tiene un principio mesiánico de cumplimiento de un mandato divino, pues la congregación en tanto que cuerpo político mesiánico está llamado a ser la *nueva Jerusalén*, un referente milenarista que gozará de la presencia y la gracia divina como una luz de dicha eterna.

La fórmula trascendió el marco cultural puritano como parte del *revival* producido por la historiografía whig y del evangelismo del *Segundo gran despertar*, siendo utilizado en sermones y discursos políticos durante todo el siglo XIX, para desaparecer en la primera mitad del XX. Pero el sintagma conceptual resurgió durante la Guerra Fría tras ser rescatado por Perry Miller del olvido. Su uso por parte de John F. Kennedy contribuyó a popularizarlo tras ser la pieza central de su famoso discurso *The City Upon a Hill Speech* (1961) ofrecido ante la *Corte General de Massachusetts*. La frase se convirtió en uno de los tótems discursivos de la Guerra Fría para expresar la idea de misión en América contra el proyecto soviético, idea que fue definitivamente asentada por Ronald Reagan en su discurso de despedida (1989) a través de la formulación *shining city on a hill*, otorgándole su actual contenido como grito de guerra del excepcionalismo americano. Desde Reagan la frase ha sido utilizada por todos los candidatos demócratas y republicanos a la presidencia.⁴³⁶

ecuménico, que tiene a la *King James Bible* como referencia y cuya traducción se ha realizado del hebreo, arameo y del griego. Sin embargo he realizado la lectura de los pasajes bíblicos en palimpsesto con la *Biblia de Jerusalén* para cotejar las diferencias con la versión católica, así como con la *King James* edición de Oxford de 1833 que reproduce literalmente la edición original de 1611 (con el objetivo de considerar también el texto manejado por los puritanos y al que podía tener acceso O'Sullivan). *Biblia, La Biblia de Jerusalén en letra grande* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 2003); *Bible, The Holy Bible, an Exact Reprint Page for Page of the Authorized Version Published in the Year MDCXL* (Oxford: Oxford University Press, 1833). La temática de la *nueva Jerusalén* tiene su desarrollo amplio en (Ap. 21-22), con una presentación anterior a la citada pero no tan explícita en (Ap. 21:2-5), y tiene como punto de partida el fin de la creación y la aparición de un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap. 21:1), que anteceden a la *nueva Jerusalén*.

⁴³⁶La referencia a la frase de Winthrop no fue idea de Kennedy, sino de Theodore Sorensen, quien por otra parte redactó el discurso de despedida para la *Corte General de Massachusetts*. Si bien este discurso ha pasado a la historia como uno de los más memorables de Kennedy, se trataba sin embargo de un encargo realizado rápidamente y sin interés por la urgencia de trasladarse a la Casa Blanca. Rodgers, *As a City on a Hill*, pp. 216-246, 248-252; John F. Kennedy [Theodore Sorensen], "The City Upon a Hill Speech", *JFK Library.org*, en <https://www.jfklibrary.org/learn/about-jfk/historic-speeches/the-city-upon-a-hill-speech>, consultado el 1/3/2019 a las 11:56 h.; Ronald Reagan, "Transcript of Reagan's Farewell Address to American People", *New York Times*, 12/1/1989, en <https://www.nytimes.com/1989/01/12/news/transcript-of-reagan-s-farewell-address-to-american-people.html>, consultado el 1/3/2019 a las 12:00 h.

Con su sermón a bordo del *Arabella* Winthrop se dirigió a los futuros colonos puritanos para mentalizarles sobre la empresa por venir. El modelo de caridad cristiana al que se refiere Winthrop y en el que se inscribe el recurso tipológico bíblico *city upon a hill* es un discurso de legitimación de la desigualdad de cara a poder establecer una comunidad cristiana evitando el conflicto civil. Así aparece formulado en el apartado introductorio titulado “A modell herof”:

Dios todo poderoso, en su más sagrada y sabia providencia ha dispuesto que la condición de la humanidad sea que en todos los tiempos deba haber algunos ricos y otros pobres, algunos de elevada posición, eminencia, poder y dignidad, otros en inferioridad y subyugados.⁴³⁷

La desigualdad es parte de la voluntad divina expresada a través de la ley de la gracia y de la ley natural, lo que no debe frenar a los elegidos para fundar una sociedad guiada por la justicia y la misericordia, en la que los poderosos deben abstenerse de sacar provecho de la debilidad de los pobres y estos a su vez deben abstenerse de intentar rebelarse contra los poderosos. Este modelo de caridad de ambas parte debe ser observado en vista de la empresa que los puritanos se preparan a acometer: fundar una nueva sociedad bajo el mutuo consentimiento y bajo el dominio de una providencia todopoderosa y especial. Para ello se establecerán “iglesias de Cristo” que permitirán la cohabitación y el consorcio mutuo por medio de un nuevo gobierno civil y eclesial. Para que esta empresa sea posible el bien público deberá prevalecer sobre todo interés privado, ya que el fin de la empresa es mejorar las vidas de los siervos de Dios, ampliar su rebaño, para así poder combatir contra las corrupciones del mundo y luchar por la salvación que Dios provee mediante su poder y ordenanzas. Para ello los santos deben consentir en la empresa común, pues es la única manera de que esta se lleve a término:⁴³⁸

En esto consiste el acuerdo al que hemos llegado con Dios, hemos entrado en un pacto [*covenant*] con él para acometer esta empresa, hemos adquirido un compromiso, el Señor nos ha consentido dotarnos de nuestras propias leyes, nosotros nos hemos comprometido a acometer estas acciones bajo estas condiciones, con la esperanza de que Él extienda sobre nosotros sus bendiciones. Si el señor quedara complacido con nuestro cometido traerá sobre nosotros la paz al

⁴³⁷ John Winthrop, “A Modell of Christian Charity” en Perry Miller and Thomas H. Johnson (eds.), *The Puritans: a Source Book of their Writings. Vol. 1: History, the Theory of the State and Society, This World and the Next* (Nueva York: Harper Torchbook, 1965), p. 195.

⁴³⁸ *Ibid.*, pp. 195-198.

lugar que hemos elegido [como nuestro nuevo hogar], y entonces [sabremos] que Él ratificó este pacto [*covenant*] y selló nuestra empresa.⁴³⁹

Ahora bien, Winthrop avisa a su audiencia que en caso de que decidieran ignorar las leyes de la colonia y el pacto que han adquirido con Dios, persiguiendo los placeres carnales de este mundo y la búsqueda del interés personal sobre el interés colectivo, entonces Dios estallará en ira contra su pueblo descarriado ejecutando una justa venganza contra todos por haber roto el pacto. Por este motivo Winthrop advierte a sus oyentes que:⁴⁴⁰

Debemos considerarnos que somos como una *ciudad sobre una colina*, los ojos de todo el mundo se encuentran sobre nosotros; y si acordamos falsamente con nuestro Dios sobre esta empresa que nos hemos propuesto, entonces él nos retirará su ayuda.⁴⁴¹

No es de extrañar que este documento haya sido objeto de una amplia recepción y veneración por la cultura política estadounidense posterior, pues concentra muchas de las ideas claves que se trasladarán al credo de su *religión civil*: una comunidad especial guiada por un propósito redentor bajo la mirada de Dios, en donde la existencia de una desigualdad social es considerada legítima, pues no impide que todos se unan bajo un mutuo consentimiento para cumplir con su misión nacional providencial y convertirse así en la luz del mundo. Este es en esencia el núcleo del mensaje que pervivirá a través de un largo proceso de trasmisión y recepción. Pudiera parecer que el núcleo ideológico de la cultura estadounidense se encontraba formulado antes incluso de que sus míticos fundadores desembarcaran en el Nuevo Mundo. Sin embargo lo que no se debe perder de vista es que este mensaje ni es una prefiguración, ni profetiza el discurso posterior sobre el *excepcionalismo americano*.

El sermón de Winthrop es una de las piezas clave de la teoría constitucional puritana que intenta explicar los motivos y propósito de la colonización por medio de la teoría federal y utilizando herramientas de una hermenéutica bíblica de carácter tipológico. Todo ese marco desaparecerá en los discursos posteriores, quedando sólo las herramientas y los motivos, que son adoptados y adaptados por colectivos con problemáticas históricas y una mentalidad distinta, lo que lleva a que se reformulen conforme a los avatares de su tiempo. De esta manera se constituye en el proceso de recepción una *ficción de coherencia* en forma de un *canon paradigmático*, una fuerza

⁴³⁹ *Ibid.*, p. 198.

⁴⁴⁰ *Ibid.*, pp. 198-199.

⁴⁴¹ *Ibid.*, p. 199.

cohesiva del imaginario social que imagina una herencia intelectual al modo de una continuidad inalterada construida por medio de metáforas, discursos y conceptos.⁴⁴²

The city upon a hill es por tanto un sintagma conceptual que actúa como recurso tipológico para expresar en términos bíblicos la constitución de una comunidad política en América que tiene un propósito evangelizador, un espíritu mesiánico y un fin milenarista. Estos tres elementos se articulan en una teología política de la comunidad que se encuentra unida por el pacto mutuo de los individuos, y a su vez de cada uno de ellos con un dios providencial que les ha llevado a América con un propósito. Por lo tanto este sermón es uno de los ejemplos paradigmáticos de la hermenéutica bíblica que considera América como una nueva Canaán desde una perspectiva providencialista.

El segundo sermón titulado “A Brief Recognition of New England’s Errand into the Wilderness” no ha tenido el mismo impacto en términos de reconocimiento y recepción como el expuesto por Winthrop. Sin embargo inspiró a Perry Miller, gran académico y experto en el puritanismo norteamericano (quizás el mayor experto en la temática y el historiador intelectual más brillante que ha dado la academia norteamericana) para la elaboración de su obra cumbre de compilación. Lo fundamental de este sermón y que tanto impactó a Miller fue su capacidad para expresar el lugar que ocupaba el *wilderness* en la mentalidad puritana.⁴⁴³

El concepto de *wilderness* es de extrema importancia para esta investigación, pues será uno de los conceptos nucleares de la morfología conceptual del *Destino Manifiesto*, sobre todo en lo referido a la configuración de su sentido de la espacialidad. El *wilderness* caracterizará al territorio fronterizo como un más allá terrenal (en el sentido más literal de la expresión), un área de alteridad espacial que fue erigida en el imaginario colectivo americano (hasta el cierre de la *Frontera* a finales del siglo XIX) como contrapunto salvaje y primitivo con respecto al “yo” americano, que es entendido como espacio moderno en expansión civilizadora. Es por lo tanto un *contraconcepto asimétrico* de salvajismo con respecto a la civilización, que justificó la expansión hacia el Oeste en términos de regeneración nacional y expansión de la democracia, con todo lo que eso implicó en términos de desposesión y masacre de sus habitantes indígenas y

⁴⁴² Rodgers, *As a City on a Hill*, p. 32.

⁴⁴³ Miller, *Errand into the Wilderness*, pp. VII-X, 1-2; Rodgers, *As a City on a Hill*, pp. 214-215.

mexicanos, así como por la destrucción del ecosistema ecológico originario en nombre del avance del progreso.⁴⁴⁴

El *wilderness*, aún tratándose de un sustantivo, actúa en realidad como adjetivo de la noción de *Frontera* (*frontier*), pues siempre que aparezca la noción de *wilderness* la *Frontera* estará implícita como aquella institución geográfica que contiene al *wilderness*, de la misma manera que cuando aparezca el concepto de *Frontera* la noción de *wilderness* estará implícita, pues es por medio de este sustantivo adjetivador que la *Frontera* es entendida como un espacio abierto a la expansión (*frontier*) y no como un límite fronterizo (*border*).⁴⁴⁵

Suele traducirse *wilderness* al castellano con los términos de *yermo* o *desierto*, y Roderick F. Nash ha apuntado también a que en español el término se asimilaría a *inmensidad* y a “falta de cultura” (una mala traducción de Nash para “lack of cultivation”, que se entiende mejor como *naturaleza asilvestrada*). En todo caso Nash apunta hacia la dificultad de encontrar un término equivalente en cualquiera de las

⁴⁴⁴El trasfondo histórico de genocidio indio, destrucción de ecosistemas y usos imperialistas asociados al término ha llevado a un amplio debate por parte de historiadores y ecólogos sobre la pertinencia de su uso. Me resulta imposible reproducir aquí la amplitud de las posiciones, una introducción al mismo puede encontrarse en el libro publicado por Philipp y April Vannini. En esencia sus detractores apuntan a que el término contiene un trasfondo *etnocéntrico* al significar las tierras aborígenes como un suelo inútil; *genocida* por servir de cobertura para justificar la desposesión india de sus tierras y su posterior reconversión en tierras de cultivo y parques nacionales; *androcéntrico* por haber servido de cobertura para una retórica de la virilidad y superioridad masculina; *racista* por significar el espacio natural y a sus habitantes como un espacio abierto a la conquista del hombre blanco; *anticientífico* por ignorar la relación concreta entre el ser humano y su espacio ecológico; y *antifilosófico* por haber sido concebido desde la matriz puritana como un espacio de pecado. Los defensores de la categoría por el contrario defienden mantener su uso precisamente para conservar la memoria sobre todos estos elementos asociados a los usos históricos del concepto. Philipp Vannini y April Vannini, *Wilderness* (Nueva York: Routledge, 2016), pp. 9-10. Todas estas críticas han sido proyectadas también contra el concepto turneriano de *Frontera*, y se explican en parte por la importancia que ha adquirido el concepto de *wilderness* como noción jurídica central del ecologismo estadounidense, así como por la importancia de la frontera turneriana para la identidad nacional americana. Allan G. Bogue, “Frederick Jackson Turner Reconsidered”, *The History Teacher*, Vol. 27, No. 2, (Feb., 1994), pp. 199-202, 204-206, 208-212. A mi juicio aunque estas críticas puedan resultar acertadas como denuncia de los usos históricos del concepto esto no justifica su abandono. El mayor problema epistemológico que plantean estas posiciones descansa en un fetichismo lingüístico que trata el lenguaje desde una perspectiva esencialista y antihistórica. Sus proponentes fallan a la hora de distinguir entre conceptos históricos y herramientas de estudio académico. De los primeros no se pueden prescindir si no se quiere invisibilizar el vocabulario político de los actores del pasado. Otra cuestión sería la adopción acrítica de las categorías históricas como herramientas de investigación, lo cual justificaría de alguna manera las críticas planteadas, aunque no la solución de dejar de lado el concepto criticado. Este puede ser reconvertido en una herramienta de investigación a través de una aproximación crítica al concepto, teniendo en consideración su trasfondo histórico y justificando su uso en otros términos que expliquen su utilidad por su hipotética capacidad de alumbrar cuestiones teóricas o referidas al pasado. Eso es precisamente lo que intento hacer con este párrafo y el siguiente, y la razón por la que no renunciaré ni al término de *wilderness* ni al de frontera turneriano.

⁴⁴⁵Roderick F. Nash, *Wilderness and the American Mind* (New haven: Yale University Press, 2014), p. 1. La vinculación en *Frontera* y *Wilderness* queda del todo patente cuando Turner aporta la primera definición de *Frontera* como el punto de encuentro entre la tierra salvaje y la civilización. Frederick J. Turner, *The Significance of the Frontier in American History and Other Essays*, pp. 32-33.

lenguas romances, pues en esta familia lingüística no se generó un concepto para designar este *espacio de experienciageográfico*. Por este motivo conservaré el término en inglés, alternándolo en ocasiones con la alocución *tierras salvajes*. En lo referido a su núcleo fundamental de sentido, el *Merriam-Webster* lo define como 1. A. (1) “un espacio o región silvestre y sin habitar por humanos” y 1. A. (2) “un área esencialmente inalterada por los humanos y por su actividad, cuyo desarrollo natural es espontáneo”, el *Oxford Dictionary* coincide con la definición del *Merriam-Webster* al entenderla como 1. “una tierra silvestre, inhabitada e inhóspita”.⁴⁴⁶

El carácter inhóspito del *wilderness* es esencial en su definición, e históricamente encuentra su origen en el antiguo idioma sajón a través de la fusión de dos palabras: *wildness* que se refería a un estado de desorden y confusión, con *dēoren*, que designaba a los animales salvajes. De la fusión de ambas surgió *wilddēoren* que con el tiempo evolucionará en el inglés hasta convertirse en *wilderness*. Durante la temprana Edad Media *wilddēoren* se usará para designar aquellos espacios perdidos por el hombre tras la caída del Imperio Romano que se convirtieron en zonas salvajes reclamadas por la naturaleza, donde la vida humana peligraba y solamente los animales salvajes podían sobrevivir. Sin embargo, el *wilderness* no tenía porqué ser un lugar vacío o estéril, como dan a entender las traducciones españolas de yermo o desierto. El desierto será el ecosistema más habitual en la imaginación bíblica del *wilderness*, mientras que la tradición germánica lo asimilará a los bosques, hábitat por excelencia de la vida salvaje y de la imaginación romántica sobre el espíritu primigenio de los pueblos germánicos. En la América anterior al siglo XX el *wilderness* se asimilará tanto al desierto, a través de la hermenéutica bíblica, como al bosque desde su herencia anglosajona. También a la pradera, en tanto que hábitat del salvajismo autóctono americano, pues el carácter salvaje se proyectará también sobre las poblaciones indias cuya humanidad basculará entre imágenes ilustradas minoritarias que idealizarán al indio entendido como un buen salvaje, junto a otra perspectiva mayoritaria y de corte

⁴⁴⁶Nash, *Wilderness and the American Mind*, p. 2. “Wilderness” en *Merriam-Webster dictionary*, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/wilderness>, consultado el 26 de febrero del 2019, a las 19:20; “Wilderness” en *Merriam-Webster dictionary, Spanish Central.com*, <http://www.spanishcentral.com/translate/wilderness>, consultado el 26 de febrero del 2019, a las 19:22; “Wilderness” en *Oxford dictionary*, <https://en.oxforddictionaries.com/definition/wilderness>, consultado el 26 de febrero del 2019, a las 19:23,

más abiertamente racista que les equiparará a bestias salvajes de una humanidad inferior.⁴⁴⁷

Una de las mejores definiciones que se han dado del *wilderness* se encuentra en la *Wilderness act* del presidente Lyndon B. Johnson de 1964, que fue redactada por el conservacionista Howard C. Zahniser. La ley aporta una definición de una excepcional belleza para ser un texto legal, a la par que sintetiza magistralmente muchos de los elementos que definen al concepto:

El *wilderness*, en contraste con aquellas áreas en las que el trabajo del hombre ha moldeado el paisaje, puede ser reconocida como un área donde la tierra y el conjunto de la vida se encuentra inalterada por el hombre, donde el ser humano es sólo un visitante que no permanece en el lugar. Un área de tierras salvajes se define además en esta acta como un área inexplorada de tierra federal que retiene su carácter primordial, sin un acondicionamiento o hábitat humano[...].⁴⁴⁸

Esta definición sin embargo introduce un matiz que cambia radicalmente el significado del *wilderness* con respecto a la imagen que tuvieron de este espacio los colonizadores y pioneros americanos de los siglos XVII, XVIII y XIX. La *Wilderness Act* de 1964 es una ley de protección al medio ambiente que concibe la naturaleza como un bien inherente que se encuentra amenazado por la actividad humana. Por lo que este *wilderness ecologista* comprendió las tierras salvajes como una zona de naturaleza virgen encapsulada que resulta protegida artificialmente de la acción destructiva del ser humano. El concepto de *wilderness histórico* de la eracolonial y decimonónico definía el mismo tipo de espacio pero concebido de manera diametralmente opuesta. Los poblamientos humanos eran vistos como espacios de civilización encapsulada y rodeada por un gigantesco *wilderness* amenazante que había que domeñar, y cuya desaparición se concebía como un avance de la fe (para los puritanos) o de la civilización (desde la Revolución americana en adelante).⁴⁴⁹

Los puritanos fueron los primeros en desarrollar en América un discurso sobre el *wilderness*. Desde su lectura tipológica estese encontraba prefigurado en la biblia como el desierto del Sinaí, y al igual que los israelitas tuvieron que atravesar el desierto como

⁴⁴⁷Nash, *Wilderness and the American Mind*, pp. 1-7, 12-20. Gregory Kendrick, "Red in Tooth and Claw: The Villain as Nature" en *Villany in Western Europe: Historical Archetypes of Danger, Disorder and Death* (Jefferson NC: McFarland & Co., 2016), pp. 21-22; Marc Bloch, *La sociedad feudal, V. I: la formación de los vínculos de dependencia* (Mexico: Unión tipográfica de editorial hispanoamericana, 1958), pp. 71-75; Jacques Le Goff, *La civilización del occidente medieval* (Barcelona: Paidós, 1999), pp. 111-120; Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 98, 103-109, 112-115.

⁴⁴⁸Howard C. Zahniser, *Wilderness act of 1964*, Pub. 288-577, Statutes at Large 78 (3 de septiembre de 1964), p. 891. Resulta evidente que el Merriam-Webster ha construido su definición a partir de esta ley.

⁴⁴⁹Nash, *Wilderness and the American Mind*, pp. 4-7, 200, 226-237.

parte de su prueba para demostrar ser merecedores de la tierra prometida, los puritanos tendrían que ir al *wilderness* para demostrar ser merecedores de la Nueva Canaán americana. Pero el *wilderness* será también concebido como un castigo divino por romper con los términos del pacto con Dios implícito en su teología federal, lo que les llevará a ver su experiencia prefigurada en los cuarenta años de vagar por el desierto de los israelitas como castigo por romper con el pacto del monte Sinaí. El desierto en la Biblia va a tener una naturaleza doble: será concebido como un lugar santo de teofanías en donde Yahvé realiza sus revelaciones, así como un lugar maldito poblado por demonios, por la tentación y la muerte. El *wilderness* va a resultar tipológicamente asimilado a esta narrativa sagrada añadiéndole el imaginario sajón del *wilddōoreny* su semántica asociada al salvajismo. Esto va a generar un imaginario de América en donde las plantaciones puritanas van a ser concebidas como una *ciudad sobre la colina* (*a city upon a hill*) rodeada de un *wilderness* inhóspito que las pondrá a prueba en su empresa y en su pacto con Dios.⁴⁵⁰

Como indiqué antes de entrar en esta larga aunque necesaria digresión a través del *wilderness*, el reverendo Samuel Danforth produjo uno de los sermones más significativos en los que se muestra la importancia del *wilderness* en la concepción de su viaje a América, y en su visión providencialista del proceso de colonización. El sermón titulado “A Brief Recognition of New England’s Errand into the Wilderness” es una jeremiada, un tipo de sermón que servía a las autoridades religiosas puritanas como repertorio de denuncia ante lo que la élite teocrática percibía como un clima de decadencia moral, que en último término hacía peligrar el pacto divino y la misión providencial en América. La jeremiada planteaba una hipótesis en términos bíblicos sobre el decaimiento de las buenas costumbres y realizaba un llamamiento a volver a la rectitud so pena de despertar el castigo divino. Para esta jeremiada Danforth edifica toda

⁴⁵⁰Ibid., pp. 13-17, 23-26, 29, 33-38; Won W. Lee, “The Concept of Wilderness in the Pentateuch” en Kenneth E. Pomykala, *Israel in the Wilderness: Interpretations of the Biblical Narratives in Jewish and Christian Traditions* (Leiden: Brill, 2008), pp. 2-16; James K. Hoffmeir, *Ancient Israel in Sinai: The Evidence for Authenticity of the Wilderness tradition* (Oxford: Oxford University Press, 2005), pp. 3-8, 35-36, 111-114; O. Böecher, “Desierto” en Lothar Cohen, Erich Beyreuther y Hans Bietenhard, *Diccionario teológico del nuevo testamento, Vol. II* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1990), pp. 27-30. Sobre la noción puritana de *plantación*, Cañizares-Esguerra considera que teológicamente los puritanos concibieron las plantaciones como jardines vallados que dejaban fuera a los herejes y al mal, jardines espirituales en donde realizar una horticultura de la fe que mediante su cultivo esta renacería en los creyentes para que así estos pudieran participar de la sucesiva colección de pactos de la teología federal. En la idea de la plantación contrapuesta al *wilderness* va a aparecer una primera versión de la contraposición posterior del Oeste americano como una tierra virgen considerada desde la dualidad del jardín y del *wilderness*. Cañizares-Esguerra, *Católicos y puritanos*, pp. 271-276.

su reflexión sobre un pasaje del evangelio de Mateo en que Jesús responde a los enviados de Juan Bautista sobre los milagros que ha realizado:⁴⁵¹

Cuando se fueron, Jesús comenzó a hablar a la gente acerca de Juan diciendo: “¿Qué salisteis a ver al desierto? [*wilderness* en los versículos que acompañan al sermón] ¿Una caña sacudida por el viento? Y si no, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten lujosamente están en las casas de los reyes. En fin, ¿a qué salisteis? ¿A ver a un profeta? Sí, verdaderamente, y a uno que es mucho más que un profeta” (Mt. 11:7-10).⁴⁵²

Los versículos introducen los elementos fundamentales de la reflexión de Danforth: las numerosas preguntas sobre las razones del viaje al desierto, que en el caso de Danforth y los puritanos se traduce en la pregunta sobre las razones para asentarse en el *wilderness* americano. Danforth comienza su sermón con la que posiblemente sea la mejor síntesis sobre la autocomprensión puritana sobre el sentido de su viaje al Nuevo Mundo:

Juanno comenzó su prédica en Jerusalén, en la famosa ciudad de Judea, sino en el *Wilderness*, en un lugar alejado, retirado y boscoso, y por lo tanto apartándose de la envidia y el celo pretencioso de aquellos anclados en las viejas tradiciones, y se llevó consigo a su gente, apartándoles del ruido y del tumulto de las cuestiones mundanas, las cuales podrían haber entorpecido la asistencia diligente y jovial a sus doctrinas y enseñanzas.⁴⁵³

Los puritanos, como Juan y sus discípulos, se habrían embarcado en un largo viaje hacia el *wilderness* americano con el objetivo de apartarse del celo pretencioso de aquellos anclados en las viejas tradiciones (católicos y anglicanos), y de los tumultos de las cuestiones mundanas (la Guerra civil inglesa y las persecuciones del arzobispo Laud), con el objetivo de asistir diligentemente al estudio de sus doctrinas y de la vida eclesial. Esto es lo que para Danforth ofrecía el *wilderness* a los santos elegidos. Sin embargo Danforth se ve obligado a recordar a su audiencia la pregunta que les hace Jesús a los discípulos de Juan: “¿Qué salisteis a ver al *wilderness*?” y tras ciertas meditaciones Danforth concluye que si en un principio pudo haber una idea clara sobre la misión que les había llevado a emigrar a América, a dejar la casa de sus padres y de

⁴⁵¹Miller, *Nature's Nation*, p. 33; Samuel Danforth y Paul Royster (ed.), “A Brief Recognition of New-Englands Errand into the Wilderness: An Online Electronic Text Edition” (1670). *Faculty Publications, UNL Libraries*. 35, <https://digitalcommons.unl.edu/libraryscience/35>.

⁴⁵² *La biblia de estudio: dios habla hoy*, p. 1327.

⁴⁵³Danforth y Royster (ed.), “New-Englands Errand into the Wilderness”, p. 1.

sus antepasados en pos de una misión superior, esa idea y seguridad inicial se estaría desvaneciendo de la mente y los corazones de Nueva Inglaterra.⁴⁵⁴

Y así como han sido capaces de dejar sus apacibles casas y ciudades para disfrutar del culto a Dios en toda su pureza en el *wilderness*, así son también capaces con el tiempo de enfriar sus ánimos y apartarse de su senda. Pero entonces el Señor les llama seriamente a examinar las razones para las que les ha llevado al *wilderness*, para que consideren que no están allí para disfrutar de pasatiempos banales, de la pompa regia y refinada, sino para recibir libre y claramente las dispensas del mensaje y del reino de Dios.⁴⁵⁵

Sin embargo Danforth se lamenta al considerar el estado de la fe y las buenas costumbres en la colonia: “¿cuán pronto olvidan su *encargo en el wilderness* [*errand into the wilderness*] y se corrompen en sus propias nimiedades!?” lo que le lleva a comparar la actitud de los colonos con la de los israelitas que en su vagar por el desierto se revolvían contra Dios, Moisés y Aarón. Lo que conduce a Danforth a recordar a sus oyentes que Dios dejó caer a Israel ante sus enemigos a pesar de ser su pueblo elegido para aleccionarle por sus ofensas. A partir de este recordatorio Danforth comienza a realizar un repaso de las causas que han llevado al olvido del propósito del establecimiento de la colonia, y del decaimiento de las costumbres, encontrando la pieza clave del problema: el surgimiento del descreimiento. Por lo que exhorta a sus conciudadanos a no olvidar el motivo de su misión para recuperar la fe en ella.⁴⁵⁶

Dejamos nuestro país, a nuestros parientes, las casas de nuestros padres, y vinimos a estos salvajes bosques y desiertos en donde el señor nos ha plantado, y “nos ha instalado para que vivamos en un sitio propio, donde nadie nos oprima” (2 Sam. 7:10), ¿Qué es lo que distingue a Nueva Inglaterra de otras colonias y plantaciones en América? No el hecho de haber atravesado el Océano Atlántico, si no la observancia de las enseñanzas de los fieles profetas de Dios, y la aplicación de sus sagradas ordenanzas.⁴⁵⁷

⁴⁵⁴Ibíd., pp. 2-5, 10-11.

⁴⁵⁵Ibíd., p. 5.

⁴⁵⁶ Ibíd., pp. 6-19. El término *errand* que en castellano recuerda fonéticamente a “errar” (*errant* en inglés), y que bien podría tener esa acepción aquí por tratarse de un sermón pronunciado durante la *declension*, se trata sin embargo de un término inglés que hace referencia a un encargo hecho por un superior a un inferior, un recado. Pero a finales de la Edad Media adquirió un segundo significado como el propósito personal que guía a un actor y le mueve en una dirección específica. El *errand* que aparece en el sermón fusiona ambos significados de manera ambigua, pues el encargo hecho por Dios es un recado que hace a sus elegidos en tanto que su superior, pero como estos han entrado en pacto con Él (*covenant of grace*) el encargo adquirido es cumplido como un propósito interior que guía unas acciones personales. Es en este doble carácter del *errand*, como encargo y propósito en el que se fundamenta la idea puritana de misión. Miller, *Errand into the Wilderness*, p. 3.

⁴⁵⁷ Ibíd., p. 19. En este pasaje puede encontrarse un ejemplo de lo que Cañizares-Esguerra ha denominado *horticultura espiritual* puritana. Cañizares-Esguerra, *Católicos y puritanos*, pp. 271-276.

Lo que Danforth señala con este pasaje es que los fieles puritanos no deben olvidar que la razón de su viaje fue establecer la *Biblical Commonwealth* en los términos en los que no era posible hacerlo en Inglaterra, la casa de sus antepasados, donde aún vivían sus familiares. El *wilderness* es el único lugar donde los elegidos podían aplicar las ordenanzas sagradas y las enseñanzas de los profetas de acuerdo a la doctrina de la teología federal. De esta manera se establece una relación ambivalente con el *wilderness* según la cual este es a la vez una amenaza que pone a prueba a los creyentes, pero también un campo de oportunidad sobre el que edificar la teocracia puritana.

Danforth reconoce que no han sido pocos los peligros y las dificultades a las que se han sometido desde que se asentaron en el *wilderness* americano, pero anima a sus oyentes a no dejar de perseverar en su misión: “debemos perseverar en nuestro encargo [*errand*], por el cual Cristo nos envió al *wilderness*, pues Él nos proveerá del pan para el camino”.⁴⁵⁸

El “*errand into the wilderness*” va a ser por tanto una de las formulaciones clave en la idea de misión implícita en el providencialismo puritano, que en último término resume el imaginario que articuló su discurso providencialista y otorgó un contenido histórico a su ideal de la predestinación en América: Dios había predestinado a sus elegidos antes de la creación, y les dotó de la teología federal para que pudieran entrar en pacto con él y así poder establecer iglesias y comunidades de santos que llevaran a término la regeneración de sus elegidos, para que así estos pudieran ejercer como herramientas para el cumplimiento de su plan especial para el mundo, que en último término tendría como apoteosis el juicio final. Inglaterra ya no era un lugar seguro para llevar a cabo este plan, por lo que Dios, actuando providencialmente, reservó un nuevo continente para que sus elegidos pudieran establecer sus comunidades de acuerdo a la teología federal. Pero la experiencia no sería fácil, y los santos podrían descarriarse del camino al igual que les había ocurrido a los antiguos israelitas, que aún siendo el pueblo elegido olvidaron su pacto con Dios. Por tanto los santos puritanos deberían perseverar en su *errand into the wilderness*, para con su trabajo regenerar las tierras salvajes y convertirlas en un jardín, manifestando así al mundo que ellos serían en verdad los elegidos predestinados de Dios, *una ciudad sobre la colina* con cuyo ejemplo regenerarían el mundo, llevando a término el plan providencial divino.

⁴⁵⁸ *Ibid.*, pp. 20-24.

Considero que esta es en esencia la narrativa que resume el discurso providencialista puritano con el que se llevó a cabo la aplicación de la doctrina de la predestinación en América. Su condición de posibilidad histórica requería del mantenimiento de la teología federal como principio de organización social, pues era la única manera de conseguir una aplicación práctica de la doctrina de la predestinación. Sin embargo hay un matiz de ansiedad que separa el discurso inicial de Winthrop con respecto a los insistentes avisos de Danforth. En los cuarenta años que transcurren entre uno y otro emergió el problema de la *declension*, que supondrá la clave para la extinción de la teología federal como principio organizativo de la vida pública en Nueva Inglaterra, y por lo tanto el desmoronamiento del principio de aplicación de la doctrina de la predestinación, que también se desvanecería para dar lugar a un discurso providencialista de corte republicano y deísta en América.

7. De la teocracia al denominacionalismo: el proceso de secularización religiosa en América

La idea principal de este capítulo puede resumirse con una frase de Edmund S. Morgan: “En 1740 los líderes intelectuales de América eran clérigos y reflexionaban sobre teología; en 1790 eran hombres de Estado y reflexionaban sobre política”. A lo largo del siglo XVIII aconteció un cambio paradigmático que puede resumirse siguiendo el viejo tópico historiográfico sobre la secularización durante la Ilustración. Sin embargo, lo que aquí se va a entender por secularización remite a las ideas expuestas en el apartado 3.3 de este trabajo, y cuya hipótesis principal puede resumirse de la siguiente manera.⁴⁵⁹

Al inicio del periodo de la *Sattelzeit* (1750) comenzó a darse una aceleración de los eventos históricos que transformó la difícil relación en la que interactuaba el viejo paradigma teológico con las nuevas ideas seculares surgidas de las revoluciones científicas y por el desarrollo del Estado moderno. En este sentido mi propuesta sigue las tesis de Steven Shapin quien propuso que durante el siglo XVII y en el tránsito al XVIII las esferas religiosas y seculares actuaban como vasos comunicantes de una cultura política cuya *episteme* no podía prescindir de los viejos moldes teológicos ni ceñirse exclusivamente a las nuevas teorías seculares, forzando a un solapamiento y compleja articulación de todos estos elementos en el pensamiento político y en el discurso público:

[En el tránsito de los siglos XVII al XVIII] Las culturas teológicas, políticas y la filosofía natural se superponían al ponerse en relación recíproca como medios de legitimación, justificación y crítica del orden político imperante, especialmente en la comparación de este orden con la relación de Dios y el orden natural. [...] las concepciones sobre los atributos de Dios y su rol en la naturaleza funcionaban abiertamente en el ámbito político, así como en el filosófico natural y en el teológico. De manera que todos estos ámbitos se superponían de manera significativa.⁴⁶⁰

Lo que hasta entonces había sido una relación de difícil cohabitación y mutuo reajuste estalló en mil pedazos con la Ilustración y el inicio de los ciclos revolucionarios, momento en el que el imaginario secular acabó por imponerse a las disquisiciones teológicas del siglo precedente. Esto sin embargo no supuso un desvanecimiento del pensamiento religioso, ni tampoco un proceso de sustitución de ideas provenientes de la esfera secular por otras anteriormente dominantes de la esfera

⁴⁵⁹La frase de Morgan introduce el capítulo “The American Revolution Considered as an Intellectual Movement” en Arthur M. Schlesinger Jr. y Morton White (eds.), *Paths of American Thought* (Boston: Houghton-Mifflin, 1963), p. 11; Noll, *America's God*, p. 30.

⁴⁶⁰Shapin, “Of gods and kings”, pp. 202, 215.

religiosa. A lo que abocó este cambio fue al inicio de un nuevo periodo de reajuste entre ambas esferas, en donde se intensificó tanto el proceso de transferencia de elementos seculares a la teología (mundanizando aún más el discurso religioso), como a la sacralización del discurso político y social. De esta manera el lenguaje político en el periodo final de la *Sattelzeit* (1830-1850) mostrará una prevalencia de motivos sagrados y religiosos que va a ser difícil de encontrar en cualquier otro momento posterior al las Guerras de religión.⁴⁶¹

Con este capítulo intentaré desplegar una hipótesis sobre la quiebra y desaparición del principal paradigma teológico que había desarrollado un discurso providencialista en América: la predestinación puritana y su aplicación con la teología federal. La importancia de este proceso de colapso progresivo ocurrido durante la *declension* radica en que la teología federal puritanadejó un vacío referencial en el imaginario trascendental americano que permitió la aparición de nuevos discursos providencialistas basados en referentes de otras tradiciones intelectuales. Estas nuevas formas discursivas serán igualmente importantes para la conformación del discurso providencialista que alumbrará al concepto de *Destino Manifiesto*. Una vez más es necesario recordar que lo importante no es la búsqueda de un origen, sino entender el patrón de discontinuidades y el intento de suturarlas en el proceso de transmisión y recepción intergeneracional del pensamiento político, con la constitución de un canon desde el que se pretenderá estabilizar la sucesión de paradigmas discursivos.

⁴⁶¹Tomando la clasificación creada por el sociólogo José V. Casanova, la noción que aquí voy a manejar de secularización se encontraría entre el tipo 1) “Secularización como proceso de diferenciación de esferas o de campos sociales que se emancipan del control de las instituciones religiosas” y del tipo 3) “Secularización como proceso de privatización de la religión y su desaparición del espacio público” (aunque esta última la comprenderé de un modo distinto al modelo funcional-normativista de la teoría liberal que la ha defendido, pues como se verá en el caso de los EEUU la privatización de la religión no supone su desaparición del espacio público). Mi noción de secularización se va a oponer de forma clara al tipo 2) “Secularización como proceso de declive de las prácticas religiosas”, según el esquema de Casanova. Casanova, *Genealogías de la secularización*, pp. 23-34; Blumenberg, *La legitimación de la edad moderna*, pp. 22-33, 81-83; Carl Schmitt, *El concepto de lo político* (Madrid: Alianza editorial, 2002), p. 114 [La era de las neutralizaciones y las despolitizaciones]. Las tesis de este capítulo son el resultado de un largo debate durante seis años con Eduardo Zazo, cuya perspectiva de estudio sobre la problemática religiosa puede consultarse en: Eduardo Zazo, “De cómo hemos llegado a la situación de parcialidad religiosa en (casi) todos los países europeos: Europa ante las instituciones religiosas” en Enrique Romerales y Eduardo Zazo (eds.), *Religiones en el espacio público* (Barcelona: Gedisa editorial, 2016). Se puede consultar en este libro una versión menos desarrollada de la hipótesis de este capítulo. Marcos Reguera, “El *American Way of Faith*” en Enrique Romerales y Eduardo Zazo (eds.), *Religiones en el espacio público* (Barcelona: Gedisa editorial, 2016).

7.1 Del *covenant* al *revival*: la *declension* de la teocracia puritana en Nueva Inglaterra.

En el capítulo anterior expuse cómo los puritanos de Nueva Inglaterra produjeron el primer discurso providencialista en la América angloamericana por medio de la doctrina de la predestinación, siendo esta aplicada como religión política a través de la teología federal y utilizando a su vez la hermenéutica bíblica como método con el que salvar la distancia que mediaba entre el referente trascendente de la historia de salvación y la religiosidad inmanente de su experiencia colonizadora en América.

Este modelo teológico político perduró desde la Gran Migración de 1630 hasta los inicios del movimiento religioso conocido como el *Primer Gran Despertar* que dominó las colonias desde 1740 hasta 1750, redefiniendo bajo nuevos términos la religiosidad americana y generando por primera vez una forma homogénea y unificada de entender la fe en toda el área colonial de la América angloparlante. Sin embargo la disolución del modelo puritano no ocurrió súbitamente, sino que fue el resultado de un largo proceso de crisis interna conocido como la *declension*, y que en último término llevo al puritanismo a su colapso y reinención.

Perry Miller fue el primero en hablar sobre el fenómeno de la *declension* en un artículo de 1941 titulado “Declension in a Bible Commonwealth” y recogido más tarde en su libro póstumo *Nature’s Nation* (1967). Si bien los puritanos nunca llegaron a articular por sí mismos una teoría sobre la *declension* con ese nombre, el concepto apareció de manera reiterada en los sermones y jeremiadas cuya temática trataba sobre el declinar de las costumbres y de la colonia durante la segunda y la tercera generación de puritanos (1660-1740). Esto llevó a Miller a virar en sus intereses de investigación a partir de su artículo de 1941 desde sus investigaciones sobre la fundamentación de la ortodoxia en Massachusetts hacia la explicación de su crisis.⁴⁶²

⁴⁶² En términos muy generales, y sin pretender ofrecer una panorámica exhaustiva de su trabajo, considero que pueden identificarse tres etapas temáticas en la producción intelectual de Perry Miller. Un primer periodo abarcaría desde 1928 hasta 1941. Este se abre con su trabajo doctoral y tuvo por objetivo redefinir el carácter de la ortodoxia puritana durante su apogeo. El momento cumbre de esta etapa se dio con su famosas y controvertida publicación “The Marrow of Puritan Divinity” (1935) en donde lanzó su hipótesis sobre la teología federal. La culminación de esta etapa se dio en 1939 con la publicación de la primera parte de su obra cumbre *The New England Mind: The Seventeenth Century* (1939), en la que volvió a reconsiderar la cuestión de la ortodoxia tratada en su tesis de 1931, pero replanteada desde las claves de la teología federal. Este periodo le sirvió para redefinir el significado de la ortodoxia puritana, de la misma manera que el periodo 1941-1956 le sirvió para explicar su colapso mediante una nueva hipótesis sobre la *declension*. El artículo de 1941 le condujo a plantear un segundo volumen para *The New England Mind: Form Colony to Province* (1953), y a partir de esta hipótesis se introdujo en el estudio del siglo XVIII, en Jonathan Edwards y la formación del evangelismo (1949). Al final de esta

Algunos autores contemporáneos como Bruce C. Daniels han criticado el modelo implícito en la hipótesis de la *declension* por considerar que la crisis del modelo puritano no sucedió debido a una caída en la piedad de los puritanos de la segunda y tercera generación, sino que fue el resultado de una serie de transformaciones más generales en el mundo protestante. Si bien comparto el núcleo de esta explicación, sin embargo considero que es también importante conservar la hipótesis de la *declension* de cara a estudiar el colapso de la teología federal teniendo en consideración cómo los puritanos concibieron la disolución de su paradigma teológico. A mi juicio ambas teorías no se contraponen, pues la *declension* puede entenderse como la forma específica con la que el puritanismo concibió su experiencia de crisis teológica común al resto del protestantismo, actuando además como una profecía autocumplida, pues en la creencia de que estaba aconteciendo un declinar de la fe las autoridades puritanas comenzaron a llevar su modelo social hasta sus límites, acelerando el proceso de crisis compartido con el resto del mundo protestante, y destruyendo en el proceso la legitimidad de la teocracia.⁴⁶³

La *declension* considerada a través de los sermones y jeremiadas puritanos significa “declinar” en un doble sentido. En primer lugar se refiere a un decaimiento de la moral y las costumbres que conduciría a una decadencia pública que pondría en peligro a la colonia, pues la llevaría a apartarse de los estándares de santidad impuestos

segunda etapa Miller era una figura de referencia en el campo de la historia intelectual estadounidense y había formado una escuela de historiadores en Harvard entre los cuales destacaron sus discípulos Edmund S. Morgan y Bernard Baylin. Es en este momento que publicó su libro más leído *Errand Into the Wilderness* (1956), que compendia algunos de sus principales artículos y que presentó una visión sintetizada de sus hipótesis expuestas en *The New England Mind*. De alguna manera *Errand Into the Wilderness* le servirá junto a *The American Puritans* (su compendio de fuentes primarias) para cerrar su etapa puritana, sintetizando en estas obras sus hipótesis sobre la teología federal y la *declension*. En *Errand Into the Wilderness* además introducirá la que será su principal preocupación durante la etapa final de su vida: la formación de la mentalidad propiamente americana en la era del romanticismo. Desde 1957 hasta 1963 (año de su muerte) Miller abandonó el puritanismo como su objeto predilecto de estudio para preocuparse por el problema de su legado en épocas posteriores. Esto le llevará a centrarse en el periodo de formación nacionalista y en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, especialmente en el estudio de los trascendentalistas (1957), en Thoreau (1958) en Emerson (1956 y 1967 [póstuma]) y en el Romanticismo oscuro con *The Raven and the Whale: Poe, Melville and the New York Literary Scene* (1957), lo que le llevará a tratar brevemente a O’Sullivan. Con *The Life of the Mind in America* (1965 [póstuma]) Miller tenía en mente escribir su testamento intelectual, una suerte de continuación de lo que había supuesto *The New England Mind* para el puritanismo, pero aplicado a la época clásica de la literatura americana. La muerte sin embargo le sobrevino sin poder acabarla, dejando sólo escritos los tres primeros apartados, y esbozados los tres siguientes. Con ello, Miller pensaba responder a la que había sido la pregunta original que le llevó a embarcarse en su prolífica carrera académica, la pregunta por el *ser* de América. Miller nunca llegó a responder esa pregunta, pero por el camino redefinió buena parte de nuestras presunciones sobre la etapa formativa de la cultura americana. Miller, *Errand Into the Wilderness*, pp. VII-IX; Francis T. Butts, “The Myth of Perry Miller”, *The American Historical Review*, Vol. 87, No. 3 (Jun., 1982), pp. 688-690; Edmund S. Morgan, “Perry Miller and the historians”, *Proceedings of the American Antiquarian Society*, Vol. 74, No. 1, (Aprl., 1964), pp. 675-682.

⁴⁶³Daniels, *The New England Nation*, p. 122.

en el contrato pactados con Dios mediante el *covenant of grace*. La imagen habitual en las jeremiadas es la del declinar de la colonia por una pendiente de pecado, un declive que habría que detener enderezando las buenas costumbres. Este sentido sin embargo era un uso tardío por parte de la teología sobre otro más antiguo que se refiere al declinar lingüístico. Declinar lingüísticamente supone alterar el sentido gramatical de un sustantivo o adjetivo por medio de una flexión nominal en la que se conserva la raíz de la palabra añadiendo un sufijo, un prefijo o un infijo. Metafóricamente la *declension* puede comprenderse como el terror patológico que sentían las autoridades religiosas puritanas ante cualquier desviación doctrinal que supusiera apartarse de las raíces ortodoxas. Y ciertamente los teócratas puritanos tuvieron que combatir a través de sus sínodos lo que ellos comprendían como múltiples desviaciones que se apartaban de las raíces teológicas fundamentadas en la *Plataforma de Cambridge*.⁴⁶⁴

Este doble declinar, como decadencia pública y pluralización teológica (abandono de la ortodoxia), será la forma en que los puritanos expresen por medio de su hermenéutica bíblica el colapso de la teología federal. En la raíz del problema no se encontraban solamente las contradicciones del edificio teológico calvinista (que por la misma época en Europa estaba llevando a los calvinistas al callejón sin salida del lapsarianismo), sino que además era el resultado de las dificultades que enfrentaron los puritanos de cara a conservar el poder en una teocracia donde los santos regenerados suponían tan solo una quinta parte de la población, y donde con el tiempo les fue más difícil ejercer el poder con legitimidad.⁴⁶⁵

Como expliqué en el capítulo anterior, el núcleo de la sociedad puritana era la congregación, que por medio de la teología federal unía a santos reformados que hubieran entrado en comunión y pacto con Dios mediante un *covenant of grace*, uniéndoles entre sí en un *church covenant*, y a su vez con los *strangers* (extraños a Dios) mediante un *compact* o pacto social. Esto hacía de la congregación la institución fundamental de la sociabilidad puritana. También llevó al puritanismo a generar un tipo de creyente que podía ser muy individualista en su relación con Dios, pero cuya creencia sobre la salvación era una cuestión que atañía colectivamente a los santos en

⁴⁶⁴Por teócratas voy a comprender en este capítulo a las dos principales figuras de autoridad de las colonias puritanas que se erigieron en defensores de la ortodoxia: Los magistrados laicos y los sacerdotes dirigentes que controlaron los sínodos. Miller, *Nature's Nation*, pp. 21-23; "Declension" en *Merriam-Webster dictionary*, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/declension>, consultado el 11 de marzo del 2019, a las 17:49; "Declension" en *Oxford dictionary*, <https://en.oxforddictionaries.com/definition/declension>, consultado el 11 de marzo del 2019, a las 17:50.

⁴⁶⁵Miller, *Errand into the Wilderness*, pp. 148-150; Miller, *The New England Mind: The Seventeenth Century*, p. 439; Miller, *Nature's Nation*, p. 51.

tanto que pueblo elegido reunido en congregaciones. Todo esto hizo del puritanismo una forma de protestantismo que articulaba una ética y fe personal que por medio de la predestinación devenían en una moral y escatología colectiva. La propia plataforma de *Cambridge* negará la posibilidad de la salvación fuera del contractualismo eclesial y al margen de la comunidad de santos. Por otra parte la congregación en tanto que institución de organización y mediación comunitaria de la fe se erigió en la fuente de poder efectiva de la teocracia, pues servía como medio para disciplinar tanto a *santos* como a *extraños*, y como espacio desde donde reproducir la ortodoxia.⁴⁶⁶

Las primeras dos décadas de instauración colonial permitieron instituir exitosamente las primeras plantaciones puritanas gracias a su pequeño tamaño y aislamiento, cualidades que posibilitaron a que los teócratas ejercieran un férreo control sobre la población sin interferencias de la metrópolis, cuyo poder político se encontraba en esos tiempos debilitado por el desarrollo de la Guerra civil inglesa. Por otra parte la supervivencia individual fuera de las plantaciones era complicado durante los primeros años de la colonia, pues las relaciones con las poblaciones nativas americanas raramente eran buenas y el desconocimiento de las técnicas apropiadas para cosechar en una tierra agreste como la de Nueva Inglaterra abocaba a una muerte casi segura a todo aquel que quisiera abandonar las plantaciones.⁴⁶⁷

El proceso de desarrollo colonial fue cambiando estas condiciones de partida. El fin de la Guerra civil volvió a reconectar a Inglaterra con sus colonias, lo que a su vez revitalizó el comercio atlántico, permitiendo que en Boston fuera apareciendo una clase mercantil menos interesada en la vida eclesial y más en su enriquecimiento personal. Estos estratos burgueses y urbanos bostonianos se conformaron de facto como una élite colonial alternativa a la clase dirigente puritana. Además muchos de ellos no habían pasado el *covenant of grace*, y por lo tanto no eran ciudadanos de pleno derecho (a pesar de ser miembros poderosos de la oligarquía local), con lo que fueron estableciéndose como un contrapoder a los teócratas que controlaban el poder político en Nueva Inglaterra. Estos estratos comerciantes empezaron a escapar del control eclesial y político puritano desarrollando en el proceso una cultura protestante de tipo calvinista específica, más apegada al tipo ideal descrito por Weber que al puritanismo

⁴⁶⁶Emmons (ed.), *The Cambridge Platform of Church Discipline*, pp. 4-5, 49-56; Miller, *Errand into the Wilderness*, p. 143; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 17-18; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 106-113.

⁴⁶⁷Perry Miller, *The Life of the Mind in America*, p. 92; Andrew Delbanco, *The Puritan Ordeal* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1989), pp. 89-117; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 101-105, 121-130. Daniels, *The New England Nation*, pp. 63-66, 75-78.

imperante. La principal diferencia entre ambos protestantismos que llevó a los teólogos puritanos a denunciarles públicamente en el sínodo de 1678-79 era que la ética ascética de estos nuevos protestantes *yankees* no estaría orientada a fundamentar una forma de santidad cuyo carácter industrial se pusiera al servicio del estudio religioso y de la teología federal, sino que servirá como aliciente para una racionalidad instrumental económica. En último término esta subcultura protestante disidente del puritanismo, más moderna en su perspectiva intramundana de la fe, irá dando lugar a la cultura *yankee*, que con el tiempo remplazará al puritanismo para convertirse en la cultura característica de Nueva Inglaterra.⁴⁶⁸

Por otra parte el desarrollo colonial fue haciendo a su vez más seguro abandonar las ciudades, con lo que a mediados del siglo XVII Nueva Inglaterra va a experimentar una doble lógica de flujo poblacional: una de carácter centrípeta, por la cual el desarrollo comercial y artesanal de Boston llevará a que se concentre mucha población alrededor de la ciudad, cuya cultura urbana será cada vez más indiferente a la teología federal y a la autoridad de los sacerdotes. A su vez se dio una segunda lógica de carácter centrífuga por la emigración hacia la *Frontera* del interior de Nueva Inglaterra por parte de los estratos más bajos de la colonia, que buscaban con este movimiento encontrar nuevas tierras con las que huir de su miseria material. Las poblaciones de tamaño intermedio que habían tenido su origen en una plantación puritana y que suponían la fuente de poder teocrático fueron las grandes perdedoras de esta doble lógica derivada del desarrollo colonial. Esto supuso una pérdida paulatina de feligreses para las congregaciones puritanas, lo que a su vez se tradujo en una pérdida de poder para los teócratas. A esto se le unió que el aumento de la emigración a las colonias tras la Guerra civil ya no tenía su origen en la persecución religiosa, sino en grupos de población que huían de la miseria que azotaba a la metrópolis tras varios años de conflicto. Esto descompensó aún más la ratio entre *santos* y *extraños*, haciendo más difícil el control colonial a los puritanos y sumiéndoles en un estado de histeria por la rápida sucesión de cambios que se veían incapaces de asimilar. A todos estos elementos hay que añadir las

⁴⁶⁸Brian C. Wilson, "Yankees in New England and Beyond" en *Yankees in Michigan* (East Lansing: Michigan State University Press, 2008), pp. 7-18; Miller, *Nature's Nation*, pp. 31-41, 48; Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 40-52; Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 22-23, 125, 133; Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 59-61. En esta contraposición entre el calvinismo burgués de cultura *yankee* y la teocracia puritana es donde mejor se muestra las aporías del tipo ideal *puritano* acuñado por Weber que criticó en el capítulo anterior. Desde la caracterización del puritanismo defendido por Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* es muy difícil explicar porqué se dio esta contradicción, y sin embargo su tipo ideal es completamente operativo para explicar el advenimiento de este protestantismo proto-capitalista de raigambre *yankee*.

propias contradicciones internas de la teología federal y la manera en que cada generación de puritanos se relacionó con la misma. La historia del dominio puritano en Nueva Inglaterra tiende a subdividirse generacionalmente.⁴⁶⁹

La primera generación de puritanos abarcaría desde 1630 con la fundación de la colonia hasta 1662 (1660) con el inicio de los debates del *half-way covenant*. Se trató de una generación de emigrantes que sufrieron persecución religiosa en Inglaterra, y cuya experiencia de conversión, migración y fundación colonial suponían hitos vitales de su fe. Además de instaurar la Colonia de la Bahía de Massachusetts tuvieron como su gran reto el constituir institucional y normativamente la teocracia, por lo que su gran conflicto generacional girará alrededor de la definición de una ortodoxia que experimentará su cénit durante la controversia de las antinomista (1836-1638), y que a su vez se saldó con la derrota de los heterodoxos y con el subsiguiente juicio civil y eclesial (1637) contra Anne Hutchinson que finalizará con su destierro. Este conflicto acelerará la celebración del sínodo de Cambridge (1646) con en el que se terminó por configurar la ortodoxia puritana. Pero el largo conflicto entre ortodoxos y disidentes tuvo muchas más derivaciones que el evento antinomista, y en él predominaron figuras enfrentadas de una enorme altura teológica en ambos partidos. Entre los ortodoxos destacaron el gobernador John Winthrop o los teólogos John Cotton y Richard Mather. Pero entre los disidentes también hubo figuras prominentes dotadas de grandes cualidades intelectuales como Roger Williams, Thomas Hooker y Anne Hutchinson, que por sus posiciones heterodoxas y minoritarias sufrieron juicios, persecuciones y destierro, provocando la ruptura de la colonia y la formación de la Colonia de Rhode Island y plantación de Providence (1636, Roger Williams y seguidores), así como a la Colonia de New Haven (1637, futura Connecticut, Thomas Hooker y seguidores).⁴⁷⁰

Una segunda generación de puritanos dirigió Nueva Inglaterra desde los debates del *half-way covenant* de 1662 hasta la disolución de la teocracia en 1691 (1660-1700). Se trataban de los hijos de la primera generación, de entre los que había algunos que

⁴⁶⁹Miller, *Nature's Nation*, pp. 38-40; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 83-85, 124-130, 143-145; Daniels, *The New England Nation*, pp. 83-94. Una descripción canónica sobre las generaciones puritanas y su periodización puede encontrarse en Daniels, *The New England Nation*, pp. 121-122. La periodización que propondré en los siguientes tres párrafos varía ligeramente en las fechas con respecto a la versión estandarizada (se aportan las fechas de la versión estándar entre paréntesis). La versión estándar se conformó teniendo en cuenta la llegada a la vida adulta de los principales líderes del puritanismo en cada generación, mientras que mi versión sigue la evolución y los procesos de cambio de la teología federal. La diferencia en todo caso es de unos pocos años de la versión estándar con respecto a la mía.

⁴⁷⁰Delbanco, *The Puritan Ordeal*, pp. 118- 183; Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 26-33, 66-68; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 62-70; Daniels, *The New England Nation*, pp. 66-75.

eran niños ingleses durante la gran emigración a América, pero entre los que se encontraban también muchos de los primeros individuos nacidos en la colonia. Ninguno de ellos había vivido como adulto la agitación religiosa y las persecuciones de la metrópolis, y fueron la primera generación para la que la adhesión eclesial no se debía a un compromiso de lucha religiosa, sino a una convención familiar. Por lo tanto los escenarios como los estímulos para el acto de conversión y renacimiento de la fe eran menores. Esta generación al llegar a la vida adulta tuvo que enfrentarse a las contradicciones constitutivas de la teología federal, que había sido ideada como una doctrina de resistencia en el fragor de las guerras de religión para unir a una minoría oprimida mediante la institución del pacto y la creencia en la predestinación. Viviendo en un contexto muy distinto al de sus padres, la segunda generación seguía siendo una minoría en su propia tierra, y esto les llevo a enfrentar el problema sobre el ejercicio opresivo del poder desde una perspectiva opuesta a la que habían experimentado los puritanos en la metrópolis: su dilema radicaba en la ejecución de un poder en muchos casos despótico sobre una comunidad compuesta por una minoría menguante de fieles renacidos, en donde la mayoría no puritana no dejaba de crecer y contestar su autoridad. Increase Mather, hijo de Richard Mather y cuñado de John Cotton, hijo de la ortodoxia en todos los sentidos, es posiblemente uno de sus mejores representantes: Un teólogo disidente reconvertido en ortodoxo y metido a rector de Harvard y a político profesional, que utilizó todos los resortes institucionales de la colonia para apuntalar un sistema que se resquebrajaba por doquier, y cuya reputación personal terminó de hundirse por su aquiescencia con los juicios de Salem.⁴⁷¹

La tercera generación fue la primera de entre los puritanos en no ejercer el poder en Nueva Inglaterra, y la última en conservar los rasgos culturales distintivos de sus abuelos fundadores. A diferencia de sus padres de la segunda generación, que aún conservaban un fuerte acervo inglés, los puritanos de tercera generación desarrollaron por primera vez una identidad americana distintiva. Fueron aquellos que tuvieron que dirigir a las congregaciones entre 1691 y 1740 (1700-1730), mientras afrontaban la fase terminal de la *declension* con la anulación de la carta colonial en 1691, que supuso el fin jurídico y político de la teocracia. Con Nueva Inglaterra transformada en una provincia secular entre muchas otras dentro del ámbito colonial atlántico de la Commonwealth

⁴⁷¹Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 85-87, 103; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 161-167; Delbanco, *The Puritan Ordeal*, pp. 224- 234; Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 93, 97-98.

británica, estos puritanos tuvieron que afrontar el escenario novedoso de verse relegados a ser una de tantas denominaciones del protestantismo *yankee*. Sin poder acudir a los sínodos ni a los magistrados para velar por la ortodoxia, ni con la posibilidad de mantener jurídicamente la distinción teológico-política entre *santos* y *extraños*, la teología federal fue decayendo y el congregacionalismo transitó de ser una forma de organización eclesiástica puritana para convertirse en una forma democrática de iglesia calvinista. Cotton Mather fue uno de los máximos representantes de esta generación, y su *Magnalia Americana* fue una de las obras que retrató de manera genuina los cambios acontecidos durante este periodo. En ella Cotton Mather redefinió la experiencia puritana en América ya no como la obra de santos escogidos ingleses emigrados a América, sino como la historia eclesiástica de un pueblo que se comprendería a sí mismo como americano. También fue una muestra de que la tercera generación sería la primera de entre los pobladores angloamericanos cuya preocupación temporal se enfocaría en términos de espacio de experiencia por la añoranza de un pasado perdido, antes que en términos de horizontes de expectativa en pos de la construcción de una Nueva Jerusalén en el futuro americano. Y con esto puede encontrarse una muestra de que con el fin de la teología federal se clausuró también la tradición discursiva del providencialismo puritano.⁴⁷²

Fue precisamente en el contexto de la sucesión generacional en donde la teología federal mostró su particular talón de Aquiles. Como doctrina aplicada de la predestinación fue ingeniada por los teólogos puritanos durante el fragor de las guerras confesionales con tres objetivos en mente: 1. Resolver la tensión entre libre albedrío y predestinación, 2. Ofrecer al creyente y a su congregación un medio de confirmación probable sobre su elección; y 3. Establecer una vía segura para la constitución de comunidades de santos visibles cuya regeneración fuera reconocible, pretendiendo cumplir así el sueño calvinista de retornar al cristianismo primitivo. Adicionalmente habría un cuarto resultado buscado pero no verbalizado de generar medios para la resistencia en un contexto de persecución religiosa a través del *covenant* como fraternidad de los elegidos con Dios. Esto hacía de la teología federal y sus procedimientos una poderosa arma en manos de protestantes militantes de cara a organizar su resistencia.

⁴⁷²Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 111-117; Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self*, pp. 1-8, 72-73, 86-108.

Sin embargo, el formato del pacto, pensado para adultos con una conciencia militante de su fe, introducía una problemática difícil de salvar cuando se tuvo que generalizar al conjunto de la comunidad puritana en la transformación de la teología federal en América. En Nueva Inglaterra la teología federal pasó de ser un proyecto de utopía religiosa eclesiástica a convertirse en la fundamentación jurídica del orden político de la teocracia mediante el desarrollo de la ortodoxia.⁴⁷³

El problema se concretó al nacer los primeros hijos de los puritanos de la segunda generación. Las autoridades públicas comenzaron a dar cuenta de un descenso en los actos de regeneración interior entre los puritanos de segunda generación. La tasa de puritanos de esta generación que efectuaban un *covenant of grace* y el posterior *church covenant* era menor de lo esperado por las autoridades, y al no poder demostrar una regeneración interior estos familiares de santos reformados quedaban expulsados junto a sus familias de las congregaciones, lo que a su vez suponía que sus hijos no podrían ingresar en las congregaciones de sus abuelos, poniendo en peligro no sólo su salvación, sino la mismísima continuidad de las congregaciones. Sin embargo estos niños seguían siendo miembros de la comunidad puritana desde un punto de vista civil a través del núcleo familiar, pero no contaban con la madurez ni los medios intelectuales para establecer por sí mismos un pacto con Dios, ya que el *covenant of grace* requería de una conciencia sobre el supuesto carácter caído del ser humano, experimentar un acto de arrepentimiento genuino, una conversión mediante la fe, un pacto voluntario con Dios, y finalmente dar testimonio de santidad personal y mostrar conocimiento sobre la doctrina de la predestinación para entrar en un *church covenant*. Demasiados requisitos para un infante de cualquier edad.⁴⁷⁴

El problema además se agravó por el hecho de que los sacramentos en el puritanismo se entendían como un acto ritual con el que sellar el *covenant*, y no como un medio de salvación, por lo que no se podía recurrir a esta vía común entre otras ramas del cristianismo en donde el bautismo se utilizaba como forma transitoria y preventiva de salvación. Los puritanos eran conscientes de que este punto debía seguir inalterado, pues en el momento en que los sacramentos fueran considerados una vía salvífica se eliminarían los estímulos para continuar con la teología federal, y en último término supondría renunciar a la idea de la congregación como secta, una comunidad

⁴⁷³Perry Miller, "The Half-Way Covenant", *The New England Quarterly*, Vol. 6, No. 4 (Dec., 1933), p. 703.

⁴⁷⁴Morgan, *Visible Saints*, pp. 113-130; Perry Miller, "The Half-Way Covenant", pp. 679-681, 689; Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 84-88, 93.

exclusivista de santos visibles que serían salvados por la gracia divina por mor de la doctrina de la predestinación.⁴⁷⁵

Pero en un contexto demográfico caracterizado tanto por una alta natalidad como por una alta tasa de mortalidad resultaba impensable la idea de negar a los niños algún medio de salvación. Guiados por una suerte de forma teológica de *la paradoja del gato de Schrödinger*, el calvinismo continental y el presbiterianismo no acusaron este problema, pues al legar en la gracia divina todo medio de salvación y renunciando a establecer métodos eclesiásticos probatorios de la santidad, conseguían que cualquier niño fuera potencialmente salvo o réprobo sin que ningún rito pudiera cambiar este hecho. De esta manera para el calvinismo continental y para el presbiterianismo todos los niños podían recibir el bautismo y pertenecer a una iglesia sin que con ello se alterase la salvación o reprobación de su alma. El puritanismo al instaurar el sistema congregacionalista de organización eclesiástica y al instituir la teología federal pudo escapar de la ansiedad existencial en la que entraron los calvinistas europeos a través del irresoluble problema del orden de los decretos y del debate lapsariano. Pero las aporías teológicas de la doctrina de la predestinación acabaron alcanzándoles también a ellos al plantear un dilema sobre el carácter voluntarista de su teología federal, por la imposibilidad de que los niños pudieran integrar en sus duras exigencias metódicas.⁴⁷⁶

Por otra parte esta cuestión no afectaba exclusivamente al horizonte salvífico del alma, sino que además tenía consecuencias directas sobre el encaje político de los puritanos de segunda generación que no habían conseguido mostrar regeneración interior y de su futura descendencia dentro del sistema teocrático. Al no haber podido establecer el *covenant of grace* no estaban en condiciones de entrar en un *church covenant*, con lo que se les negaba su estatus ciudadano hasta el momento en que pudieran probar su regeneración interior. Esto provocaba la paradoja de una ciudadanía no hereditaria por la cual los hijos de los santos ciudadanos, de no poder probar su regeneración al llegar a la vida adulta, no alcanzarían el estatus de ciudadanía ni estarían en situación de igualdad eclesial con respecto a sus padres. El problema se acentuaba cuando estos puritanos no regenerados tenían a su vez descendencia, pues provocaba

⁴⁷⁵Miller, "The Half-Way Covenant", p. 693; Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 82-85, 95.

⁴⁷⁶Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 86-89.

que sus hijos no contasen ni tan siquiera con una vinculación indirecta con las congregaciones.⁴⁷⁷

Esto llevó a que por un tiempo cada congregación decidiera qué estatus ofrecer a los niños dentro de la comunidad de fieles. Si bien ya se había pedido a las autoridades que dieran soluciones a este problema en tiempos del sínodo de Cambridge (1646) no fue hasta comenzada la *declension* cuando el asunto comenzó a verse como una amenaza para el mantenimiento de la ortodoxia, por lo que en 1662 la *corte general* convocó un sínodo en Boston para que los principales teólogos de la colonia alcanzasen una solución de compromiso. La resolución que se alcanzó fue denominada *half-way covenant*. Los teólogos del sínodo llegaron a la conclusión de que era mejor no privar a ningún niño de la adhesión eclesial para que no escaparan de la disciplina moral y doctrinaria y aumentasen así sus posibilidades de regeneración. A través de la hermenéutica bíblica los puritanos resignificaron el sacramento del bautismo concibiéndolo como si fuera la versión cristiana del acto de la circuncisión judía, un acto de adhesión eclesial por medio de un sacramento que en ningún caso se consideraría salvífico. De esta manera el *half-way covenant* ofrecería ritualmente un *church covenant* sin que mediase la difícil prueba del *covenant of grace*, permitiendo a los niños pertenecer a las congregaciones y sembrando así la semilla para que pudieran regenerarse en el futuro. Gracias a este ingreso sacramental en las congregaciones los hijos de los puritanos no perderían sus derechos ciudadanos, y cuando estos crecieran y tuvieran descendencia podrían renovar mediante el *covenant of grace* el pacto realizado durante su bautismo. Por otra parte este estatus de *half-way covenant* les permitiría a su vez bautizar a sus hijos, combatiendo de esta manera la pérdida de feligreses.⁴⁷⁸

La decisión fue aceptada mayoritariamente, aunque resulto controvertida, pues no tenía nada de solución intermedia, ya que como bien señaló Miller la nueva doctrina separaba e hipostasiaba al mismo tiempo el *covenant of grace* del *church covenant*. Muchos de los críticos de esta solución apuntaron a que con la generalización del bautismo se perdían los estímulos para pasar por la dura prueba del *covenant of grace* y por el examen de santidad y doctrina que le acompañaba durante el proceso de entablar el *church covenant* tradicional. En último término sus críticos temían que al ofrecer una

⁴⁷⁷Miller, "The Half-Way Covenant", p. 700.

⁴⁷⁸Morgan, *Visible Saints*, pp. 130-133; Miller, "The Half-Way Covenant", pp. 693-697; Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 89-96, 100, 104. El problema de la salvación de los infantes siguió sin resolverse, pues en lo que si hubo consenso entre los proponentes del *half-way covenant* y sus críticos fue en que nunca se instauraría un sistema que pudiera dar a entender una salvación sacramental.

vía sacramental de establecer el *church covenant* las nuevas generaciones no encontrarían estímulos para mantener la disciplina necesaria con la que demostrar su santidad, y esto llevaría a una relajación de las costumbres, a un olvido del *errand* y a una ruptura del pacto.⁴⁷⁹

A diferencia de la historiografía del siglo XIX que vio en el *half-way covenant* la causa principal de la *declension*, tanto Miller como Morgan consideraron que los puritanos tenían poco margen de maniobra y que la solución lejos de dañar a las congregaciones les aportó un balón de oxígeno con el que combatir su paulatina pérdida de autoridad y creyentes. La situación sin embargo era adversa para la teología federal, pues si el *half-way covenant* pudo instituirse como una solución paliativa para su crisis no pudo detenerla.⁴⁸⁰

Si bien el *half-way covenant* no fue la causa de la *declension* sí que actuó como el disparador de una sensación de crisis entre la ortodoxia que se sumó a las transformaciones sociales de la colonia y a las antinomias doctrinarias que brotaban en la aplicación de la teología federal. La nueva doctrina aportó razones a los ortodoxos para justificar sus miedos sobre el hipotético abandono del plan original por la transformación vertiginosa de la sociedad colonial. El principal enclave puritano, la ciudad de Boston, se encontraba sumida en un proceso de mundanización con la aparición del nuevo protestantismo *yankee* de carácter burgués, a lo que se le sumaba el abandono de las plantaciones y las congregaciones por parte de muchos feligreses que preferían probar suerte en el *wilderness* fronterizo. Junto a estas transformaciones sociales aparecía una nueva doctrina que amenazaba el mantenimiento de la disciplina y la continuidad de la teología federal tal y como había sido concebida por los fundadores de Massachusetts. En la mentalidad de la ortodoxia puritana los cambios se sucedían demasiado rápido para poder afrontarlos, y desde sus púlpitos comenzaron a inundar la colonia con sermones condenatorios por la relajación de las costumbres y el abandono del encargo divino (*errand*) y de los términos del pacto hechos con Dios.

De esta manera la adopción del *half-way covenant* terminó por instaurar la *declension* como un estado mental y subjetividad adoptado por la élite política y los sectores más conservadores de la colonia ante una oleada de cambios que no podían ni querían aceptar. Cada vez que sobrevenía alguna catástrofe o contratiempo los pastores

⁴⁷⁹Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 89, 94, 97; Miller, "The Half-Way Covenant", p. 705; Morgan, *Visible Saints*, pp. 134-137.

⁴⁸⁰Miller, "The Half-Way Covenant", pp. 714-715; Morgan, *Visible Saints*, pp. 137-138.

ponían a trabajar su hermenéutica bíblica, y a través de las *jeremiadas* exponían a sus feligreses a toda una plétora de condenas que les señalaban como los responsables de los males que acaecían en Nueva Inglaterra. Las calamidades y dificultades eran un castigo divino por sus pecados y por la ruptura del pacto. Coincidiendo con la implantación del *half-way covenant* comenzaron a sucederse muchas ceremonias de arrepentimiento y humillación pública, acompañadas de sus correspondientes días de acción de gracias para cuando la crisis se creía superada.⁴⁸¹

La estrategia comunicativa del sermón en forma de jeremiada se basaba en culpabilizar al creyente haciéndole moral e individualmente responsable de las desgracias colectivas. Su repertorio discursivo se articulaba por medio de una presentación de las calamidades interpretadas desde una hermenéutica bíblica, esta exposición de los males de la colonia venía acompañada por un diagnóstico moralista y condenatorio del creyente que culminaba con una llamada al arrepentimiento y la exhortación a la reforma de las costumbres. Este método discursivo puede encontrarse también en otras denominaciones y formas de cristianismo. Pero lo particular del puritanismo, sobre todo en las jeremiadas predicadas durante la *declension*, fue la creación de un opresivo estado de ansiedad social por medio de la combinación de las jeremiadas con los actos y ceremonias de arrepentimiento y humillación pública, que según avanzaba la *declension* iban volviéndose más habituales.⁴⁸²

Por otra parte la perspectiva tipológica de su hermenéutica bíblica generaba un mecanismo psicológico amplificador de la angustia religiosa del creyente. En situaciones normales la tipología bíblica se basaba desde un punto de vista psicológico en la proyección hacia el exterior del universo simbólico de la fe del creyente. Esto facilitaba que la naturaleza y la experiencia vital pudieran ser interpretadas y asimiladas a través de la fe. La tipología invertida movilizaba durante los tiempos de angustia social y alimentada por las jeremiadas y los actos públicos de humillación y arrepentimiento generaban sin embargo una lógica inversa, por la cual la percepción de la crisis externa se introyectaba sobre la conciencia y el estado anímico del creyente, haciendo coincidir las faltas con las fatalidades, y alimentando de esta manera estados de histeria colectiva.⁴⁸³

⁴⁸¹Miller, *Nature's Nation*, pp. 14-16, 43; Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, p. 94.

⁴⁸²Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 27-30. Miller. *Nature's Nation*, pp. 48-49.

⁴⁸³Miller. *Nature's Nation*, pp. 21-23, 33

Es este contexto de alarma y crisis de la minoría dirigente puritana durante la *declension* el momento que posiblemente ha marcado una imagen más duradera sobre el puritanismo para las generaciones venideras, con los trágicos eventos de Salem acontecidos entre 1692 y 1693 como su momento paradigmático. La caza de brujas, los subsiguientes juicios y las ejecuciones fueron elementos de una crisis que se vehiculizó con una salida patriarcal desesperada para intentar restaurar la autoridad de la ortodoxia. La histeria se desató poco después de que Increase Mather y William Phillips volvieran derrotados de la metrópolis con la nueva carta colonial, que daba por terminada la teocracia y convertía Nueva Inglaterra en una colonia convencional bajo la autoridad real. Este varapalo político sumió a los puritanos en una inmensa crisis que rápidamente fue interpretada como un castigo divino por los pecados de los creyentes.⁴⁸⁴

La teología federal se fundamentaba en la idea de que las congregaciones estaban compuestas por santos previamente regenerados infaliblemente por la gracia divina. La existencia de pecadores en las congregaciones mostraba que el pacto se había roto y que la idea de una congregación de santos visibles estaba en peligro, desde esta óptica para los puritanos era necesario expurgar la fuente del pecado para no malograr el papel salvífico de las congregaciones que era de carácter colectivo. Y fue en este contexto en que todos sus miedos, fobias y prejuicios se vieron alimentados y potenciados por los sermones y los actos de humillación pública de sus pastores, iniciando una situación de angustia religiosa que se intentó conjurar a través de acusaciones y denuncias mutuas entre los feligreses, cuyo peso recayó en la mayor parte de los casos sobre mujeres que habían conseguido autonomizarse en una sociedad patriarcal. En algunos casos se trataban de mujeres jóvenes que habían utilizado su alfabetización bíblica para prosperar económicamente gracias a la reconexión comercial con la metrópolis, en otros casos se trataban de viudas que por medio de la herencia habían conseguido una independencia material con respecto a la autoridad de los líderes locales. En cualquier caso, la independencia de estas mujeres suponía un ejemplo amenazante de los cambios coloniales que las autoridades puritanas tanto demonizaban, lo que las llevó a servir de chivos expiatorios de la crisis terminal de la teocracia puritana.⁴⁸⁵

⁴⁸⁴Miller, *The New England Mind: From Colony to Province*, pp. 189-208; Bremer, *The Puritan Experiment*, pp. 181-185

⁴⁸⁵Carol F. Karlsen, *The Devil in the Shape of a Woman: Witchcraft in Colonial New England* (Nueva York: W.W. Norton & Company, 1998), pp. 77-116; Daniels, *The New England Nation*, pp. 213-231; Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 67-75. La obra de Carol F. Karlsen *The Devil in the Shape of a*

Si bien los actos de Salem han quedado en la memoria colectiva como el paradigma puritano de la *declension*, no menos importante fue el sínodo celebrado en Boston en 1679 para tratar el tema de “La decadencia del espíritu público”. Este posiblemente sea el último acto desesperado de los teócratas por reconducir la crisis antes de que Guillermo III y María II dieran por finalizada la teocracia, y cuyo fracaso generará salidas agónicas como los actos acontecidos en Salem con posterioridad. Este sínodo tenía como objetivo tratar la crisis de legitimidad de la teocracia, que se expresaba con la pérdida masiva de feligreses, la negativa de muchos colonos a pagar los impuestos eclesiales, la denuncia sobre la relajación de los estándares morales y el decaimiento del rigorismo en la educación de los hijos, así como por la negativa de muchos feligreses de apoyar a los pastores en los debates públicos. Los teócratas se enfrentaban a la gran transformación de la colonia que transitaba de ser una federación de plantaciones puritanas para convertirse en una sociedad colonial de carácter comercial y de cultura *yankee*.⁴⁸⁶

El triunfo de esta cultura sobre el modelo puritano supuso un desplazamiento de los ideales y valores rectores de la sociedad de Nueva Inglaterra: El pietismo y la industriiosidad sustituyeron al celo y al academicismo religioso. Los teólogos y pastores fueron remplazados como figuras de referencia por el pionero y el hombre de negocios; y el orden estamental y estratificado, dominado por una aristocracia de referentes bíblicos, fue paulatinamente sustituido por una sociedad de clases en cuyo centro estaba la producción y acumulación económica. Nueva Inglaterra pasó de ser una *City Upon a Hill* para convertirse en una “City upon a Market” en donde su *errand into the wilderness* no tendría como motivo cumplir con el encargo de un Dios, sino obedecer el imperativo de la valorización por medio de la explotación de las numerosas

Woman (1987) se ha convertido con toda justicia en un trabajo clásico que analiza desde la perspectiva de género y a distintos niveles (político, demográfico, económico, cultural) la caza de brujas de Salem. Sin embargo de cara a considerar el problema de la caza de brujas desde una perspectiva feminista sigue siendo imprescindible acudir a Silvia Federici y su obra *Caliban y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2004). En esta obra Federici ofrece un complejo marco teórico en el que fusiona los paradigmas marxista y feminista, ofreciendo una potente teoría desde la que interpretar los procesos de las cazas de brujas como resultado de la intersección entre las lógicas modernizadoras de la acumulación originaria que constituyeron al capitalismo como sistema social, junto al proceso de establecimiento de un poder patriarcal moderno. La propuesta de Federici demuestra una gran solidez muy necesaria en un campo de estudio cuya perspectiva de género tiende a lo descriptivo. Sin embargo su tratamiento del caso de Salem resulta superficial, pues se centra más en el ámbito iberoamericano y la caza de brujas como un dispositivo de control colonial contra las poblaciones indígenas. Silvia Federici, *Caliban y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2010), pp. 231-286, 314-317.

⁴⁸⁶Miller. *Nautre's Nation*, pp. 31-38, 43-44. Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, p. 125.

oportunidades materiales que ofrecía el *wilderness* “virgen”, a costa por supuesto de las poblaciones indias y de la integridad ecológica del propio *wilderness*.⁴⁸⁷

En este contexto, la supervivencia del providencialismo puritano ya no era factible, pues las condiciones sociales y mentales que lo hacían posible estaban desapareciendo con las transformaciones imparables de la colonia, y con el desmoronamiento de la estructura religiosa de la teología federal, que con su declinar se llevó por delante la plausibilidad y supervivencia de la doctrina de la predestinación. Esta no desapareció de manera inmediata, formalmente continuó estando en el centro del credo eclesial congregacionista y del resto de las iglesias reformadas. Pero lentamente fue desdibujándose por el creciente desinterés de los creyentes hacia la misma, y recibiría su herida mortal con el nuevo pietismo dieciochesco que redefinió la fe en términos emocionales, acabando con la idea de la salvación por la gracia divina e instituyendo de facto una concepción de salvación por la fe. De esta manera el *Primer gran despertar* estableció nuevas prioridades y estímulos religiosos que conllevarían nuevas formas de discurso providencialista.

7.2 Las transformaciones de la fe en la era ilustrada: religión natural, *revivalismo* y el tránsito de la religiosidad americana hacia una esfera de privacidad.

Hasta este momento me he limitado a esbozar un bosquejo sobre la teología política imperante en Nueva Inglaterra, así como sobre el tipo de discurso providencialista que se desplegó por medio de la teología federal y la hermenéutica bíblica. Sin embargo, tal y como expuse al inicio del capítulo pasado, la historia religiosa de Nueva Inglaterra no puede ser proyectada sobre el resto del ámbito colonial angloamericano.

El resto de colonias mostraron ciertas similitudes, pero también marcadas diferencias con Nueva Inglaterra. Como señaló John Butler, uno de los hechos distintivos del ámbito colonial angloamericano (en contraste con el papel central que jugará la iglesia católica y sus órdenes religiosas en el proceso de la colonización de Hispanoamérica) será la incapacidad por parte de la metrópoli de establecer una estructura organizada de su iglesia nacional durante el proceso formativo de su ámbito colonial. Hay varios factores que explican este hecho, pero quizás una de las razones principales haya sido la política de los Estuardo de utilizar las colonias como válvula de

⁴⁸⁷ Miller. *Nautre's Nation*, p. 45.

escape para el conflicto religioso que se fue larvando en las décadas previas a la Guerra civil. Los Estuardo decidieron que era mejor dejar que los elementos más fundamentalistas de la Reforma se instalasen en el Nuevo Mundo a tenerlos en la metrópolis radicalizando la Iglesia de Inglaterra. Por otra parte la jerarquía episcopal anglicana va a tener que enfrentar muchos desafíos durante el siglo XVII por el continuo estado de agitación en que vivió con motivo del mandato del Arzobispo Laud, por su ruptura durante la Guerra civil inglesa y con el proceso de negociación de un libro de prédica común con los puritanos durante la restauración de Carlos II, todos estos eventos llevaron a que la jerarquía episcopal se centrara en intentar mantener su control en la metrópolis y se desentendiera de las colonias.⁴⁸⁸

En términos estrictamente institucionales las colonias de mayoría anglicana como Virginia establecieron pronto un sistema de parroquias. Pero en muchos casos esto será una mera demarcación territorial sin que se envíen los recursos para construir las iglesias ni para investir a los sacerdotes que las administren. Hasta 1689 las autoridades anglicanas no mandaron altos representantes y nunca llegarán a nombrar un obispo para Norteamérica. Esto no va a impedir el desarrollo del anglicanismo en las colonias, pero sí lo va a retrasar, provocando que la Iglesia de Inglaterra pierda su ventaja de partida como iglesia estatal en la metrópolis, y provocando que tengan que ser los propios anglicanos los que se auto-organicen en sus parroquias, acercándoles en un sentido muy laxo al congregacionalismo e impidiendo que la ortodoxia doctrinal se formalice.⁴⁸⁹

⁴⁸⁸Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 39-40.

⁴⁸⁹Ibid. pp. 40-44; Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution* (Cambridge Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, 1992), pp. 246-249. Este desentendimiento de la Iglesia de Inglaterra con las colonias va a ir transformándose progresivamente, sobre todo a raíz del cambio de la política eclesiástica de la dinastía de los Hanover con respecto al Nuevo Mundo. Por este motivo durante el siglo XVIII el anglicanismo irá recuperando terreno en el ámbito colonial, sobre todo a un nivel institucional. En los años previos a la Revolución americana la Iglesia de Inglaterra había conseguido compensar buena parte del terreno perdido en el siglo XVII, sobre todo en lo referido a la constitución de su tejido institucional, implantación territorial y en el alcance de su influencia doctrinaria. Sin embargo la Guerra de independencia truncará esta tendencia al dividir por la mitad a las iglesias coloniales. Los clérigos anglicanos se encontraron con el difícil dilema de seguir siendo fieles a la cabeza de su iglesia o en unirse a una parte sustancial de sus feligreses que habían abrazado el independentismo. Aquellos que optaron por la primera opción tuvieron que exiliarse cuando triunfó la revolución. Los que se unieron a la revuelta acabarían por conformar tiempo después la Iglesia Episcopaliana, una suerte de anglicanismo sin rey inglés que ejerciera de cabeza eclesial, y que a casi todos los efectos irá mimetizándose con las iglesias presbiterianas. En suma, la política eclesiástica de la dinastía Hanover pudo haber corregido la deficiente atención hacia el continente mostrada en esta materia por los Estuardo, sin embargo la Revolución americana truncó cualquier posibilidad posterior de reintroducir el anglicanismo fortaleciendo la tendencia imperante en pos del pluralismo, de la religiosidad emocional, y de la *Religio Duplex* que acabaría por instaurar la *religión civil americana* como una suerte de religión de

La pérdida de la prima de partida que suponía ser la Iglesia nacional va a venir acompañada por la conformación de un pluralismo de facto resultante por el vacío religioso que va dejar la Iglesia de Inglaterra. En las carolinas y en el valle del Delaware se asentarán refugiados hugonotes y escoceses que harán que el presbiterianismo tenga mucha fuerza en esas zonas. En las colonias medias de Pennsylvania y Nueva Ámsterdam, la fragmentación será aún mayor por el menor control ejercido por los holandeses, dando lugar a dos colonias con una fundación religiosa muy marcada, (Cuáquera en el caso de Pennsylvania y reformada holandesa en el caso de la futura Nueva York) pero en donde van a convivir una gran pluralidad de sectas. En el valle del Delaware la presencia de emigrantes suecos llevará a que aparezcan pequeños núcleos luteranos, y Maryland conseguirá nominalmente mantenerse como una colonia católica a pesar de que los anglicanos tendrán una importante presencia en la misma.⁴⁹⁰

Esta situación provocará un fuerte contraste durante el siglo XVII entre Nueva Inglaterra y el resto del ámbito colonial inglés, pues durante medio siglo Nueva Inglaterra estuvo regida por una teocracia que implantó una cultura religiosa bastante característica mediante un monopolio político de la fe. En contraste con este escenario el resto de colonias desarrollarán una cultura religiosa que se caracterizará por una baja institucionalización durante el siglo XVII y por la pluralidad sectaria. Como consecuencia de esta asimetría los puritanos van a ejercer un predominio teológico sobre el resto del ámbito colonial en donde los *Colleges* puritanos y su industria editorial materializarán el alcance de su fortaleza doctrinaria.

Con la fundación del *New College* (futuro Harvard) en 1636 y del *Collegiate School* (futuro Yale) por los puritanos disidentes expulsados de Massachusetts en 1701, los puritanos serán el único grupo religioso que cuente con instituciones de formación religiosa en el ámbito colonial inglés durante el siglo XVII. Muy tardíamente los anglicanos fundarán el suyo propio con la institución en Virginia del *Royal College* (futuro *college* de William & Mary) en 1693. Entre los presbiterianos habrá muchos

Estado patriótica que no interferirá con el ámbito de privacidad religiosa. Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 39-40.

⁴⁹⁰Pennsylvania tuvo en su origen comunidades holandesas que no prosperaron lo que llevó a que fueran los cuáqueros los que imprimiesen su sentido fundacional, y a través de su legislación protegieron la libertad de culto, lo que llevó a que durante el siglo XVIII se asentaran en las zonas rurales de la colonia grupos reformistas radicales de la familia anabaptista como los menonitas o los amish. Así mismo en la ciudad de Filadelfia se asentaron importantes grupos presbiterianos que cohabitaron con los fundadores cuáqueros en un ambiente religioso tolerante marcadamente distinto respecto a Nueva Inglaterra. En lo que será la futura colonia de Nueva York las iglesias reformadas holandesas deberán compartir pronto la ciudad con anglicanos y presbiterianos, manteniendo durante un par de siglos un cierto monopolio sobre el valle del Hudson. Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 37-38, 51-55, 63-65, 174-177.

exiliados religiosos, por lo que a diferencia de los anglicanos contarán con una élite intelectual religiosa que les llevó a ser el segundo grupo (por detrás de los puritanos) con el discurso teológico mejor articulado en las colonias. Sin embargo tardaron mucho tiempo en fundar sus propios centros de estudio, ya que el *College of New Jersey* (futuro Princeton) no vería la luz hasta 1746, lo que les llevó a delegar su formación durante medio siglo en manos de los puritanos de carácter más aperturista del *Collegiate School* (Yale).⁴⁹¹

Si a esto le unimos que Boston fue el centro de la cultura editorial durante la primera mitad de la Era Colonial (hasta que a mediados del siglo XVIII en que Filadelfia se erigió en un polo alternativo), los puritanos experimentaron la paradójica situación de ser simultáneamente un grupo enormemente influyente en términos religiosos y culturales en todo el ámbito colonial, a la vez que eran temidos por su poder e intolerancia religiosa. El relativo aislamiento que sufrieron las colonias durante la Guerra civil subrayó esta importancia de Nueva Inglaterra como centro de referencia intelectual y cultural de las colonias angloamericanas. Esto provocó que la cultura puritana pudiera extenderse más allá de su núcleo fundacional y de los dominios de la teocracia, dando lugar a que incluso en tiempos tan tardíos como durante la Revolución americana se pudiera sentir su presencia en la cultura política revolucionaria.⁴⁹²

Sin embargo es preciso señalar atendiendo a lo explicitado en el capítulo anterior que esto no supuso una transferencia lineal y aproblemática del marco cultural puritano al resto del ámbito colonial británico. Para las colonias que no experimentaron el largo dominio de la teocracia y su teología federal, el puritanismo cultural les proveyó de ciertos referentes religiosos e intelectuales, sobre todo en lo que se refiere al refuerzo de la hermenéutica bíblica y de su metodología tipológica, así como en la popularización del tipo de prédica puritana que articulaba las jeremiadas con los actos de arrepentimiento y humillación pública. Puesto que la mayoría de sectas coloniales compartían un sustrato común calvinista los motivos puritanos resultaron fácilmente asimilables. Pero sin el influjo de la teología federal y de la implementación de la ortodoxia puritana estos referentes nunca llegaron a cristalizar como elementos fundadores de una cosmovisión común.

No fue por tanto el puritanismo el artífice de una cultura religiosa común en las colonias, sino los *grandes despertares* que sacudieron Norteamérica de 1740 a 1750 y

⁴⁹¹Geiger, *The History of American Higher Education*, pp. 1-48; Noll, *America's God*, pp. 25-26.

⁴⁹²Mott, *A history of American Magazines*, pp. 375-379; Miller, *The Life of the Mind in America*, p. 92.

de 1823 a 1840, junto a los procesos de nacionalización de esas energías religiosas con la Revolución americana y el *jacksonianismo* (1776-1783/1828-1850).

El *Primer gran despertar* (el *gran despertar* a partir de ahora) tuvo su origen en una transformación mundial que estaba aconteciendo en el mundo protestante, y que podríamos denominar como *la reforma de la reforma*. Durante la primera mitad del siglo XVIII todo el ámbito protestante experimentó un proceso de agotamiento y de desinterés hacia la teología como *episteme* político-social y fuente de identidad colectiva una vez acabadas las guerras de religión. Durante dichas guerras acontecidas en los siglos XVI y XVII la teología había servido como un recurso intelectual y emocional indispensable en manos del poder absolutista y de las minorías disidentes. Las monarquías absolutas la utilizaron para homogeneizar a unos súbditos cuyas culturas e identidades eran diversas, y los grupos disidentes religiosos se sirvieron de ella para cimentar una identidad colectiva y cosmovisión con la que desafiar al poder político. Pero con el tránsito del siglo XVII al XVIII todo ese mundo llegó a su fin, y una de las consecuencias más importantes de este cambio fue la pérdida de un referente común que aglutinase a nivel estatal a las élites políticas con las clases populares.⁴⁹³

Por una parte las élites políticas e intelectuales de cada país ya no encontrarán en la teología como forma de pensamiento un marco satisfactorio con el que explicar su mundo en transformación, y con el advenimiento de la Ilustración se dará un proceso de relativa internacionalización de los referentes de estas élites. Con lo que estas ya no van a estar tan interesadas en buscar un marco de trascendencia en común junto al resto de sus compatriotas, sino que van a concentrarse en desarrollar un lenguaje y marco universalista alternativo que les vincule a las élites de otros países.⁴⁹⁴

⁴⁹³Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 5-15; Miller, *Errand Into the Wilderness*, pp. 156-157; Shapin, "Of gods and kings", pp. 188-202, 214-215; Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas* (Madrid: Siglo XXI, 1968), pp. 7-10, 128. Por otra parte Koselleck defendió en *Crítica y crisis* que las monarquías absolutas llegaron a un punto en su desarrollo en el que comenzaron a considerar el doctrinarismo teológico como un obstáculo para la cimentación de su poder debido a su carácter divisivo. Por esta razón, ya hubieran salido fortalecidas o debilitadas del conflicto civil, las monarquías europeas fueron abandonando los referentes de doctrina teológica como elementos desde los que fundamentar su legitimidad política para hacer del Estado y del soberano una unidad superior y trascendente a las disputas doctrinales. Llegados a ese punto se van a desvanecer los estímulos políticos del conjunto de la sociedad estamental para utilizar el doctrinarismo teológico como arma conformadora de identidad colectiva. Koselleck, *Crítica y crisis*, pp. 25-38, 70. A esto hay que añadir que la complejidad doctrinal a la que llegó la teología como resultado de los debates interconfesionales alcanzó un grado de sofisticación tan elevado que se hizo inviable su seguimiento para los creyentes, que en su mayoría seguían siendo analfabetos, y cuando no lo eran, sus intereses y preocupaciones no terminaban de conectar con el detallismo y la erudición de los tratados teológicos.

⁴⁹⁴Ibíd., pp. 135-137.

En términos religiosos esto va a traducirse en la formación de lo que Jan Assmann denominó como una *Religio Duplex*, la creencia de muchos individuos entre la elite ilustrada de que la religión se podía dividir en dos esferas diferenciadas, una pública de carácter exotérico en el que se rendía culto al Dios de los padres y otra privada de carácter esotérico en el que se estudiaba al Dios de los filósofos. Esta división provenía de la nueva teología natural que se había ido conformando desde el siglo XVII y que contraponía la existencia de una religión natural relacionada con la búsqueda privada del conocimiento divino (y por lo tanto basada en las facultades de la fe y la razón), junto a la fe revelada de la tradición religiosa cuyo seguimiento público se continuaba realizando en los centros de culto. De esta manera las élites perpetuarán su adscripción formal a las iglesias y a las sectas nacionales, pero sin que estas sean su único espacio de socialización religiosa. Que la fe esotérica fuera privada no era óbice para que esta no se compartiera, y durante el siglo XVIII estas élites ilustradas constituirán sus propios espacios de socialización política y religiosa al margen de las clases populares y de la autoridad moral de los sacerdotes por medio del establecimiento de logias y organizaciones secretas, inspirándose para ello en la tradición esotérica del *hermetismo*, tanto en el plano organizativo como en su discurso e imaginario.⁴⁹⁵

A un nivel doctrinal en estas se va a combinar una mezcla de ocultismo místico de gusto orientalista junto a una fe racionalista fundamentada en una religión natural de carácter deísta. Esta mezcla de ocultismo y racionalismo naturalista supondrá una dualidad indisociable basada en la idea de una concepción elitista, esotérica y estratificada de entender la fe y el orden social. En términos prácticos esto supondrá que la religiosidad ilustrada se entenderá como un intento de superación de las supersticiones populares y de las religiones reveladas por medio de un proceso de investigación y salvaguarda de conocimientos arcanos, en donde el fin de la investigación esotérica tendría en último término revelar el sentido de una racionalidad divina impresa en las leyes naturales que sólo los iluminados podrían comprender. En este proceso la iniciación y preservación en dichos secretos suponía un acto ritualizado en el que se establecían relaciones de poder y lógicas de identidad compartida entre los

⁴⁹⁵Jan Assmann, *Religio Duplex: misterios egipcios e Ilustración europea* (Madrid: Akal, 2017), pp. 12-27, 145-165, 172-175.

iluminados y aquellos legos que fueran considerados dignos de ser introducidos en los secretos de la fe misteriosa.⁴⁹⁶

Este nuevo marco deísta será heredero de la teología natural surgida en el tránsito del humanismo a la cultura científica del barroco, alcanzando su momento álgido en el paso del siglo XVII al siglo XVIII y que tuvo como objetivo el intento de buscar pruebas sobre la existencia y el obrar de Dios a partir de un examen racionalista de su creación. La astronomía humanista con Kepler y Copérnico había intentado racionalizar teológicamente sus descubrimientos sobre los movimientos de los cuerpos celestes explicándolos como resultado de leyes naturales que responderían a un diseño divino. En el mundo angloparlante autores como Francis Bacon o Robert Boyle intentarán fundamentar una teología natural en la que el concepto de *design* (que puede significar tanto diseño como designio) será central a la hora de establecer una hipótesis potencialmente secularizante de la idea de providencia, que tanto en su versión empirista (Bacon) como en la mecanicista (Boyle) buscará explicar el obrar de dios en el mundo por medio de las leyes naturales.⁴⁹⁷

En el tránsito de los siglos XVII a XVIII el providencialismo de la filosofía natural británica encontrará su momento cumbre con los debates entre Isaac Newton y

⁴⁹⁶Koselleck argumentará que el secreto de las logias separaba a los hermanados del resto de la sociedad, lo que suponía la creación de nuevos espacios de sociabilidad y luchas por el poder en donde la burguesía y la nobleza podían juntarse como una sola élite más allá del orden estamental, unidos por creencias comunes en tanto que guardianes de secretos compartidos. Sin embargo esto no impedirá que las logias y organizaciones secretas sean organizaciones sumamente estratificadas, en donde la llave para el avance se encontrará en las lógicas de sumisión voluntaria y en el control que la jerarquía sectaria ejecutaba por medio de la administración calculada de los *arcana*. Esta manera de gestionar las organizaciones secretas se basaba en la translación de la lógica del confesionario católico al funcionamiento del conjunto de la institución, pero en donde el confesionario se gestionará desde principios seculares. Esto se materializará por medio de una cultura de la confesión de los secretos propios y de la dilación de los secretos ajenos. En este microcosmos la recompensa a estas lógicas de sumisión delatoria será la promesa de participar en nuevos secretos, cuyo conocimiento será a su vez una fuente de poder más allá de los límites de la logia y de cuyo saber se beneficiará una minoría selecta. De esta manera las logias se constituirán como nuevas sectas secularizadas en donde además del discurso religioso del ocultismo orientalizado y de la religión natural de carácter deísta se generarán nuevas formas de religiosidad a través de las lógicas organizativas y por medio de la gestión de los *arcana*. El establecimiento intencionado de espacios exclusivistas de fe y poder, en donde las lógicas secretistas gozaban de un papel tan central en la cultura teológico política de estas élites, va a levantar suspicacias comprensibles entre las clases populares. El hecho de que las logias fueran además un espacio de poder político en donde se tomaban de manera informal importantes decisiones políticas y donde circulaban ideas consideradas como heréticas llevará a que las clases populares, excluidas de estos espacios, se relacionen con ellos desde las teorías de la conspiración. Koselleck, *Crítica y crisis del mundo burgués*, pp. 135-140, 145-147; Aunque discrepe en algunos puntos con Koselleck, para comprender cómo la recepción del misticismo oriental (y específicamente el egipcio) modeló el ideal de los *arcana* y el secretismo de las logias ilustradas ver Assmann, *Religio Duplex*, pp. 111-128, 136-139.

⁴⁹⁷Peterfreund, *Turning Points in Natural Theology*, pp. 1-58; Ferré, "Design Argument", pp. 673-674; Fresonke, *West of Emerson*, pp. 2-5; Schmitt, *El concepto de lo político*, pp. 115-116 [La era de las neutralizaciones y las despolitizaciones].

Gottfried Leibniz por medio de Samuel Clarke. En el corazón de esta contienda se encontraba el interrogante introducido entre los distintos paradigmas de la teología natural, y que acabaron planteando la pregunta sobre la necesidad de la actuación permanente de Dios para el mantenimiento de las leyes naturales. Este debate se formuló en Inglaterra en el momento de conformación de los partidos cortesanos Tory y Whig, con lo que adquiriría gran importancia debido a sus implicaciones en la justificación de un nuevo modelo de monarquía: más intervencionista como defendían los tories o basada en el poder indirecto y en la delegación tal y como preferían los whig. En términos metafísicos el debate versaba sobre la relación entre volición y presciencia divina, dos cuestiones que en el providencialismo de la teología revelada iban inextricablemente unidos, pero que en los debates teológicos de la filosofía natural podían llegar a escindirse según qué imagen metafórica de Dios se manejase: desde la metáfora cartesiana del Dios relojero sería innecesaria una intervención directa y constante de Dios, pues las leyes naturales responderían a un diseño prefijado cuyo desenvolvimiento respondería al plan de un ser todo poderoso cuya presciencia le habría permitido preordenar todos los acontecimientos de antemano. Sin embargo esta perspectiva introducía la pregunta sobre si la divinidad debía obedecer a sus propias leyes naturales o quedaba por encima de estas. Frente a este paradigma mecanicista se formuló una metáfora divina alternativa que concebía a Dios como un arquitecto, cuyas leyes naturales serían la manifestación de la intervención constante de un ser supremo cuyo actuar va disponiendo el orden natural siguiendo el diseño de un plan prefijado.⁴⁹⁸

A partir de estos debates (que en los siglos XX y XXI derivarán en la doctrina del *diseño inteligente*), los autores de la Ilustración van a trasladar las teorías teológicas de la filosofía natural al ámbito de la filosofía moral, con el propósito de poder llevar a cabo una ruptura intelectual (aunque no de adscripción) con el rigorismo moral y el determinismo calvinista. La nueva fe humanista va a plantear una *religio dúplex*, en donde predominará la concepción de una religión natural contrapuesta a la religión

⁴⁹⁸Shapin, "Of gods and kings", pp. 187-200, 202-205; Peterfreund, *Turning Points in Natural Theology*, pp. 88-107; Ferré, "Design Argument", p. 674. La importancia de este debate se hallaba en su capacidad de redefinir el carácter providencial de Dios, pues la doctrina mecanicista de la metáfora del Dios relojero abolía de facto la idea tradicional del Dios interventor en la historia que actuaba para ver cumplir su plan providencial. Por otra parte la imagen metafórica del Dios arquitecto se basaba en una idea de la acción divina entendida como una intervención en pos de la perfectibilidad de su creación. Esta idea chocaba de lleno con la imagen escatológica de la historia de salvación cristiana, que entendía el tiempo secular como los últimos días de una creación en decadencia terminal por el impacto del pecado del mundo. Por lo tanto sin importar cuál de las dos ideas se impusiese, la concepción tradicional del providencialismo cristiano se veía abocada con este debate a una profunda transformación.

textual del doctrinalismo teológico, sirviéndose para ello de la idea de *diseño* de la teología natural barroca. Esto permitirá a los autores de la Ilustración replantear su concepción del tiempo histórico sustituyendo la fe en la historia revelada (garantizada por la intervención providencial de Dios), por la idea de un diseño natural de origen divino en donde el orden cósmico actuaría como el despliegue intencionado de un plan providencial. La ley natural y la ley moral se aliarán en la idea de progreso y producirán la historia universal como instancia secular trascendente, universal tanto en su alcance como en sus resultados. Por su alcance total la historia universal será concebida como historia mundial y por sus resultados en todos los actores hará que sea concebida como el recipiente temporal de la marcha del progreso. En esta nueva concepción del tiempo histórico el carácter finalista de la historia sagrada en tanto que historia de salvación desaparecerá, pues esta se basaba en el principio de la existencia un ámbito de temporalidad especial para ciertas naciones elegidas que estarían marcadas por los planes providenciales de la divinidad.⁴⁹⁹

Sin embargo la nueva espacialidad universalista de esta nueva concepción del tiempo histórico obligará a redefinir los parámetros desde los que se concebía el devenir de los acontecimientos en el mundo, ya que al no existir naciones especiales que pudieran escapar al despliegue de la historia universal, esto dificultaba la creencia en una historia sagrada que derivase en el juicio final, pues esta requería necesariamente de la intervención mesiánica de una nación elegida que cumpliera los designios providenciales de Dios, por lo que con la historia universal del progreso la escatología cristiana y su idea sobre el fin de los tiempos irá siendo paulatinamente sustituida por una temporalidad del progreso histórico entendido como un proceso de infinita perfectibilidad en constante expansión.

En términos espaciales esta idea de diseño generará también una visión providencial del territorio, cuyos elementos naturales serán concebidos como el resultado de una inteligencia divina que ha preconcebido las necesidades futuras de sus criaturas, dotando a la tierra de bienes naturales y de accidentes geográficos con los que dar forma a las futuras naciones.⁵⁰⁰

⁴⁹⁹Donald W. Viney, "American Deism, Christianity, and the Age of Reason," *American Journal of Theology & Philosophy*, Vol. 31, No. 2 (May 2010), pp. 83-84, 88-91, 97-107. I. Woodbridge Riley, "The Rise of Deism in Yale College", *The American Journal of Theology*, Vol. 9, No. 3 (Jul., 1905), p. 474; Ferré, "Design Argument", pp. 674-676; Reinhart Koselleck, *Historia/historia* (Madrid: Editorial Trotta, 2010), pp. 90-106; Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 36-40; Koselleck, *Historia de conceptos*, pp. 102-107.

⁵⁰⁰Weinberg, *Destino manifesto*, pp. 25-26, 40-45, 49.

De esta manera, el providencialismo deísta dieciochesco generará su propia idea de Dios como agente providente, que ordenaría la creación a través de la acción de sus leyes naturales permitiendo el avance del progreso. Este posibilitaría en último término el cumplimiento del mensaje evangélico gracias a la instauración paulatina de unos principios éticos que actuarán como una ley moral, y no por la imposición eclesiástica del mensaje evangélico como producto de un texto revelado. Esta visión moralista de la idea de diseño llevará a que el deísmo resalte las cualidades divinas de Dios como creador y como agente providente, lo que se traducirá en el establecimiento de una nomenclatura que evitará los nombres habituales de Dios en las antiguas tradiciones teológicas, centrándose en generar una nomenclatura aséptica y compartida por todos los miembros de la Ilustración. Con el fin de evitar conflictos derivados de sus múltiples adscripciones eclesiásticas los ilustrados favorecerán nombres que resalten de una manera imprecisa el carácter de Dios como agente rector y preordenador con formulas tales como: “El Creador”, “La divina Providencia”, “El Ser supremo” o “El gran arquitecto del mundo”.

En un plano metafórico los cambios de *episteme* acontecidos durante el siglo XVIII llevarán a un paulatino abandono de las concepciones mecanicistas sobre las leyes naturales, marcando un periodo de transición hacia una epistemología organicista que acabará por ser dominante en el siglo XIX. La imagen cartesiana del Dios relojero (muy popular en el barroco) irá cediendo ante la metáfora del Dios arquitecto, cuya acción providencial no se manifestaría sólo en las leyes naturales, sino además en la disposición del mismísimo orden natural, planteando un patrón teleológico de desarrollo inmanente que intentará superar el mecanicismo de la teleología natural precedente, cuyas aporías se mostraban cada vez más evidentes al intentar plantear una analogía entre la acción divina en las leyes naturales con el método deductivo y su patrón lineal-secuencial.⁵⁰¹

⁵⁰¹La obra de David Hume *Diálogos sobre la religión natural* (1776) representó un ejemplo polémico en su tiempo por su crítica abierta al paradigma religioso dominante de su periodo, aunque hasta cierto punto era representativo del distanciamiento que estaba empezando a acontecer en la Ilustración con respecto a una idea de diseño mecanicista propia del Dios relojero. A principios del siglo XIX William Paley protagonizaría un renacer de esta doctrina, pero el pensamiento deísta había ido transitando hacia un paradigma organicista durante la segunda mitad del siglo XVIII, con perspectivas más cercanas a las expresadas por el personaje Filón en la V parte de los *Diálogos sobre la religión natural* que a la visión más clásica del diseño mecanicista expuesta por Cleantes en la parte II, o al causalismo lineal de corte escolástico reflejado en el discurso de Demea en la parte IX. David Hume, *Diálogos sobre la religión natural* (Madrid: Alianza editorial, 1999) pp. 46-48, 51, 53-57, 86-88, 103-117, 152-158; Addinall, *Philosophy and Biblical Interpretation*, pp. 22-41.

Esta retórica y cosmovisión ayudarán a preservar el providencialismo cristiano en una época caracterizada por el racionalismo, el moralismo y el empirismo. Sin embargo el deísmo supuso una quiebra fundamental con respecto al providencialismo cristianismo tal y como se había formulado hasta el momento en todas sus subvariantes, y muy especialmente con respecto a la noción calvinista de la predestinación. En su filosofía de la historia la sustitución del juicio final por la idea de progreso liquidaba la idea de una historia salvífica de reencuentro de Dios con sus creyentes, lo que en la práctica desarticulaba todo el imaginario temporal del cristianismo haciendo inoperante cualquier categoría e idea que dependiera de ese referente salvífico. Este problema queda bien reflejado en la transposición del concepto de diseño como sustituto del de providencia, pues tal y como señalará el teólogo calvinista ortodoxo Louis Berkhof, al considerar a Dios como un ser retirado de la creación y actuando indirectamente por medio de leyes naturales, su cuidado hacia el mundo y a las criaturas que lo pueblan dejaba de ser especial y específico, y con ello se perdería toda idea de misión y propósito en el actuar de *Dios*, elementos fundamentales en la idea de la vinculación entre el creador y sus criaturas creadas, así como del sentido de los eventos de la historia.⁵⁰²

De manera simultánea a esta ruptura protagonizada en un ámbito intelectual por las élites acontecerá una segunda transformación protagonizada las clases populares. El *gran despertar* tuvo su origen en la insatisfacción de muchos fieles con las iglesias y sectas protestantes en el ocaso de las guerras de religión, pues a consecuencia de esta época de largos enfrentamientos las instituciones eclesiales habían desarrollado un extremo formalismo teológico y litúrgico como resultado de una reafirmación institucional para la lucha interconfesional. Si bien esta deriva las había fortalecido como instituciones de control ideológico, este cambio abrió un abismo con respecto a la cultura religiosa de sus bases de feligreses, que respondieron con una creciente apatía hacia estas formas excesivamente rígidas e intelectualizadas de la fe. Esto llevó a que durante la primera mitad del siglo XVIII aparecieran movimientos transformadores en todo el mundo protestante que intentaron reconectar con sus bases a través de una nueva fe emocional conocida como el *revivalism* (renacimiento) que se entendía como el renacer de una fe apagada y que puso el acento en la experiencia religiosa de los creyentes.⁵⁰³

⁵⁰²Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 133-135.

⁵⁰³Miller, *The Life of the Mind in America*, pp. 83, 88; Miller, *Errand Into the Wilderness*, pp. 156-157; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 19-21; Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith*, p. 25. Esta no fue una experiencia exclusivamente americana. En el ámbito luterano el pietismo recuperó parte de la fe emocional de sus orígenes junto a los conventículos como espacios para la práctica piadosa. La iglesia de

En Norteamérica esta revolución religiosa recibirá en el siglo XIX el nombre de *Primer gran despertar* (estando en ese momento en desarrollo un *Segundo gran despertar*), y de 1740 a 1750 este se erigió como una reacción hacia el doctrinarismo dogmático de la época precedente. También va a ser un movimiento que se opondrá al individualismo burgués de las ciudades comerciales, muy especialmente contra la cultura *yankee* y su calvinismo individualista, buscando generar una nueva fe comunitaria que trascendiera la rigidez sectaria de las congregaciones calvinistas. Se opondrá asimismo a la nueva religiosidad elitista del deísmo y la fe en el progreso secular. El *despertar* supuso también un cambio paradigmático en la forma de entender la fe, y puede considerarse como un primer peldaño hacia una homogenización de la religiosidad en la América angloparlante. El *gran despertar* presentó tres diferencias fundamentales con respecto a las transformaciones análogas acontecidas simultáneamente en el panorama religioso europeo.⁵⁰⁴

1. Debido al fracaso en la institucionalización colonial de la Iglesia de Inglaterra se va a dar la ausencia de una autoridad religiosa centralizada en los territorios norteamericanos, por lo que salvo en Nueva Inglaterra no se dará una situación de lucha o persecución religiosa previa al despertar evangélico.

2. En consecuencia el pluralismo religioso va a ser un punto de partida en el ámbito colonial norteamericano y no el resultado de una lucha por el ejercicio de la fe o por la tolerancia religiosa, con lo que el diálogo interconfesional será mucho más sencillo de inicio.

3. En América la existencia de la *Frontera* va a imprimir un carácter particular a su *revival*. En ella la ausencia de instituciones (incluidas las iglesias institucionalizadas), así como la imposibilidad de instituir una autoridad aristocrática que impusiera reglas y tradiciones, hizo que este espacio apartado fuera un lugar ideal para el surgimiento de una nueva fe emocional basada en una religiosidad interior, personal y exaltada; una fe surgida de la experiencia en el *wilderness* y no de la autoridad tradicional de una doctrina escrita en libros lejanos e inaccesibles en los bosques.

Inglaterra se vio asimismo sacudida por la revolución metodista de John Wesley que como defenderá Weber propugnó una “sistematización metódica de la conducción de la vida con el objetivo de alcanzar la certeza de salvación”, en donde dicha metódica tenía como principio fundador un acto sentimental de conversión. Weber, *La ética protestante*, pp. 193-197, 208-210.

⁵⁰⁴Miller, *The Life of the Mind in America*, pp. 84, 87; Harold Bloom, *La religión Americana* (Barcelona: Taurus, 2006), pp. ; Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 165, 174, 177-179

El *gran despertar* supuso además la estandarización y difusión de un nuevo principio teológico, el *revival* (renacimiento), que se diferenciará muy marcadamente del *covenant* y su perspectiva contractualista que había fundamentado la teología federal de la era precedente. En términos formales el *covenant* suponía una forma de unir a los fieles a través de la aceptación de una doctrina salvífica contractualista que tenía consecuencias tanto en la subjetividad del creyente como en las formas de organización y participación religiosa. El *revival* por el contrario supondrá la búsqueda de un patrón cultural e identidad religiosa de carácter interconfesional que se basaba en la experiencia del renacimiento de la fe del creyente, y que en su carácter experimental intentará trascender los postulados doctrinales que cada iglesia concreta pudiera defender de cara a su congregación. El *covenant* por tanto se va a caracterizar por ser una forma de comprender y definir la fe, mientras que por el contrario el *revival* se constituirá como una forma de sentirla y compartirla. Por este motivo la fe *revivalista* podrá establecerse como un principio de ecumenismo religioso, pues no pretenderá dictar a los creyentes de cada denominación e iglesia en qué creer, sino que les ofrecerá un modelo religioso desde el que compartir sentimientos análogos sobre la fe, lo que permitirá generar lazos de reconocimiento mutuo entre denominaciones distintas del protestantismo que nunca se podrían haber generado a partir de un debate doctrinal.⁵⁰⁵

Desde una perspectiva de concepción temporal, el *covenant* era un elemento estático que quedaba inserto en una temporalidad lineal tendente hacia el juicio final como punto de fuga y momento de victoria de Dios en pacto con sus santos. El *revival* por el contrario no buscará organizar a los fieles para la trascendencia, sino que en su lugar buscará resolver el problema intramundano del declinar de la piedad colectiva. Esto llevará a que el *revival* desarrolle una concepción cíclica de la fe que se fundamentará en la hipótesis de que la vida mundana es una lucha constante entre la virtud pietista del creyente y la acción corruptora del pecado. Este conflicto se desarrollaría a través de ciclos de auge y caída de la fe pública, según sean los virtuosos capaces de contrarrestar la acción corruptora del pecado o este se imponga a los cristianos *revivalistas*. A partir de esta visión misionera del creyente los *grandes despertares* serán concebidos como un ciclo que va transitando por distintos estadios de renacimiento, clímax, estagnación y decadencia, tras la que muere el *revival* hasta que los creyentes vuelvan ser capaces de poner en marcha otro *gran despertar* que inicie un

⁵⁰⁵ Miller, *Nature's Nation*, p. 115; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 18-21.

nuevo el *revival*. Sin embargo hay una gran diferencia en la manera de concebir la ciclicidad y el finalismo en los *revival* del primer y del segundo *gran despertar*. El primero será un movimiento pietista cuyo objetivo se centrará en reformar una fe decaída por el excesivo formalismo e intelectualismo de las iglesias, en donde el renacimiento de la fe será el resultado de un único ciclo de renacer de la virtud. Mientras que el *Segunda gran despertar* será un movimiento evangelista cuyo carácter misionero y cuya perspectiva expansiva le llevará a una visión militante de la fe en donde la búsqueda del ecumenismo va a ser mucho más importante. Este cambio de tendencia acontecida durante el *Segundo gran despertar* en el siglo XIX llevará a que su concepción del tiempo histórico adquiera un marcado sentido milenarista que imprimirá un sentido finalista al ciclo del *revival*, llevando a estos segundos *revivalistas* a considerar que el objetivo último de la ciclicidad del *revival* no será solo la conversión de los pecadores, sino además la revitalización del pueblo de Dios en su espíritu a través de un nuevo ímpetu evangelista.⁵⁰⁶

A un nivel simbólico, la mayor distinción entre el *covenant* y el *revival* se va a materializar en su referente mítico compartido, es decir, en la manera de entender lo que supone la restauración del cristianismo primitivo. Tanto el puritanismo doctrinario como el *revivalismo* evangelista van a entender su modelo religioso como una vuelta al cristianismo primitivo. Sin embargo mientras que para los puritanos, desde una perspectiva sectaria, van a subrayar el carácter de pueblo elegido de dicho cristianismo(y con su idea de *covenant* van a considerar que el modelo del verdadero cristianismo primitivo es el Antiguo Israel, con la ley, el templo y Dios pactando con su pueblo elegido), para el evangelismo del *revival* su modelo de cristianismo primitivo lo representará el hombre santo despertando la fe dormida de los gentiles, por lo que para el *revival* su modelo por excelencia de cristianismo primitivo será Jesús en prédica junto a sus fieles reunidos, tal y como son descritos en el sermón de la montaña.

En su sociología de la religión Max Weber señaló que una de las claves de la popularidad del cristianismo en su universalización residió en su carácter de fe carismática, pues a través de la figura mesiánica de Jesucristo pudo instituir una religión de masas que en su rechazo al intelectualismo y el legalismo del judaísmo fariseo fue capaz de superar las rigideces del normativismo de la fe judaica. En este sentido existe un cierto paralelismo entre la ruptura carismática del primer cristianismo con respecto al

⁵⁰⁶ Miller, *The Life of the Mind in America*, pp. 7-10.

normativismo judaico y la revolución religiosa de los *despertares* y su ruptura con respecto a la fe del protestantismo doctrinal precedente.⁵⁰⁷

El elemento fundamental de esta ruptura y redefinición de la religiosidad de los *revivals* se dio en parte gracias a una transformación de la legitimidad religiosa. La reforma protestante se había beneficiado en sus orígenes de un principio de legitimidad carismática a través de la fuerza creativa de los principales reformadores, cuyas cualidades excepcionales ayudaron en la ruptura con la jerarquía y teología católica. Este carácter carismático se perderá en el proceso de institucionalización posterior como resultado de la normativización y ritualización (burocratización) de su doctrina para hacer de estas iglesias reformadas instituciones competitivas en las guerras de religión. Gracias a este doble movimiento el protestantismo pudo arraigar en el largo plazo sobreviviendo a sus fundadores por medio del establecimiento de parámetros propios de legitimidad tradicional y legal-burocrática. Pero a finales del siglo XVII con el ocaso de las guerras de religión este modelo de rutinización del carisma va a mostrar claras señales de agotamiento, y en este contexto el *revivalismo* va a ser un intento del mundo protestante por revitalizar carismáticamente su declinante piedad pública.⁵⁰⁸

En la organización y difusión del movimiento será fundamental el establecimiento de una sinergia entre sacerdotes carismáticos y creyentes pietistas, pues la clave de los *despertares* como movimiento religioso de carácter populista va a encontrarse en la lógica de liderazgo y movilización colectiva que se establecerá con la interrelación entre estos dos polos: los sacerdotes conectarán carismáticamente con sus fieles a través de una retórica de las sensaciones religiosas, que estimulará arranques de piedad y el surgimiento de una fe emocional entre los creyentes, los cuales adquirirán a su vez un rol mucho más activo en los oficios religiosos. Esto favorecerá una mayor interacción entre sacerdotes y creyentes, cuyas respuestas y disposición reforzará la posición carismática del sacerdote. Esta nueva forma de religiosidad tuvo su origen en la iniciativa de ciertos pastores presbiterianos y puritanos disidentes contrarios al formalismo que dominaba en Harvard y Yale como últimos bastiones de la ortodoxia puritana. Estos encontraron a su vez apoyo entre los predicadores metodistas, que por sus posiciones heterodoxas la Iglesia de Inglaterra no les solía asignar una parroquia, por lo que estos extenderán su propia religiosidad emocional traída de la metrópolis a través de una prédica itinerante. El puritano de tercera generación Jonathan Edwards

⁵⁰⁷ Weber, *Economía y sociedad*, pp. 482-490.

⁵⁰⁸ *Ibid.*, pp. 193-197, 847-856.

(1703-1758) y el metodista George Whitefield (1714-1770) van a ser dos de las figuras más reconocidas del *Primer gran despertar*, y cada uno de ellos va a encarnar uno de los dos modelos de populismo religioso. Pero mientras que los pastores del primer modelo responderán mejor al ideal del líder carismático de tipo weberiano, los predicadores del segundo modelo se acercarán más al tipo de liderazgo populista.⁵⁰⁹

El caso de Edwards supone un modelo de renacimiento religiosopropio de aquellas colonias en donde existía una estructura eclesial consolidada (Nueva Inglaterra principalmente). En estos *revival* los pastores adscritos a una parroquia concreta trabajarán por el renacimiento de la fe a nivel local, protagonizando las rupturas con el doctrinarismo de la época anterior. Su carisma adquirirá el funcionamiento descrito por Weber en tanto que fuerza revolucionaria de las épocas vinculadas a la tradición: como una renovación interior de una tradición intelectualizada y aprisionada por sus lógicas racionalistas-burocráticas, que por medio del entusiasmo reorienta completamente las actitudes de su base social con respecto a las formas vitales y la visión que dicha sociedad tiene del mundo. En el caso concreto de Edwards su figura representa la paradoja de un pastor y teólogo que en un intento por salvar la teología federal de su crisis la transformó mediante innovaciones eclesiales y de prédica, terminando de liquidar involuntariamente el modelo teológico fundado por la primera generación de puritanos.⁵¹⁰

Su abuelo fue el reverendo Solomon Stoddard de Northampton (Mass.) en donde Edwards sirvió como ayudante de su abuelo, para más tarde sustituirle como pastor. Stoddard había intentado también salvar la teología federal mediante una solución heterodoxa, cambiando la noción del *church covenant* entendido como un pacto particular del creyente con su congregación por un *national covenant* del creyente con

⁵⁰⁹José L. Villacañas, *Populismo* (Madrid: La huerta grande ensayos, 2016), pp. 76-77. Miller, *Errand Into the Wilderness*, pp. 157, 160-167, 173-175. Miller, *The Life of the Mind in America*, p. 6; Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 179-182. Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 161-162. Conservaré esta personalización de cara a facilitar la exposición de las líneas fundamentales de transformación, pero en ningún caso debe entenderse esto como una apuesta de tipo historicista, ni que yo considere que la historia sea el producto de la acción de grandes hombres. Los *grandes despertares* en tanto que movimientos populares fueron el resultado de la interacción entre grupos de creyentes muy diversos y predicadores carismáticos que propusieron una fe emocional alternativa.

⁵¹⁰Weber, *Economía y sociedad*, pp. 196-197. Durante el siglo XVIII con los cambios políticos en la provincia de Nueva Inglaterra y el colapso de la teología federal el congregacionalismo de la era teocrática dio lugar a un reordenamiento eclesial que se tradujo en un tránsito desde la congregación a la parroquia. El área de influencia de la parroquia sobrepasaba en muchos casos el ámbito local de las congregaciones, pudiendo combatir precariamente el problema de la dispersión poblacional. En este proceso de cambio fue de gran importancia la creciente feminización de las congregaciones durante el siglo XVIII, en donde las mujeres se volverán el grupo dominante de las nuevas parroquias. Su influencia supuso un cambio en las lógicas institucionales de las unidades eclesiales en Nueva Inglaterra: de ser unidades básicas de la ciudadanía puritana y lugares de disciplina doctrinal pasaron a convertirse en centros de evangelización y coordinación de la vida comunitaria. Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 170-173.

Nueva Inglaterra. Esta “nacionalización” del *church covenant* se basaba en la presunción de una colonia ya regenerada, una *Commonwealth of Israel*. Y dado que Dios pactaba en el Antiguo Testamento con las naciones y los individuos, pero no con iglesias particulares, la teología federal debía evolucionar hacia una nueva forma de contractualismo “nacional” entre el creyente, Dios y la colonia. Stoddard pretendía resolver con esta idea el problema de la pérdida de creyentes de las congregaciones puritanas aumentando el área de alcance contractual, y haciendo coincidir de esta manera los antiguos pactos puritanos del *church covenant* (de los santos regenerados) con el *social covenant* del *compact* entre *santos* y *extraños*. Por supuesto, la ortodoxia refugiada tras los muros de Harvard nunca dio el beneplácito a la idea, pues suponía liquidar de un solo golpe tanto al congregacionalismo como a la doctrina de la predestinación.⁵¹¹

Pero en tiempos de Edwards la teología federal se encontraba más allá de toda salvación, predestinada a caer por sus propias contradicciones y por el advenimiento de un mundo post-doctrinario. Jonathan Edwards recogió el legado de su abuelo y tomó el camino contrario para acabar involuntariamente en el punto al que Stoddard deseaba llegar. La solución práctica que adoptará Edwards será la de simplificar al extremo las exigencias del *church covenant*, pidiendo a los candidatos que quisieran ingresar en su congregación que dieran testimonio de una experiencia de conversión interior y de una fe renovada, pero sin exigir que dieran muestras de santidad, de una regeneración interior o de conocimiento doctrinario de la fe. Era en definitiva un *church covenant* sin el *covenant of grace*, un cambio paradigmático fundamental, pues pasaba de concebir la congregación como un espacio de santos ya regenerados para entenderla como un espacio para la regeneración espiritual. La consecuencia práctica de este cambio fue una revolución eclesial que permitía conservar en términos formales el congregacionalismo y la teoría de la predestinación, pero al precio de acabar con la idea de las congregaciones como una unión de santos visibles. Esta no era la intención de Edwards, pero al intentar simplificar la teoría federal acabó por hacer realidad la pesadilla que había perseguido a los puritanos ortodoxos durante la *declension*, pues con el cambio de política eclesial redefinió los medios de salvación, redirigiendo la iniciativa salvífica de Dios hacia el creyente, de la salvación por la gracia divina hacia

⁵¹¹Noll, *America's God*, pp. 22-23, 42-44; Miller, *Errand Into the Wilderness*, p. 160. Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, p. 152.

una salvación híbrida de obras y fe, rindiendo al arminianismo una de las últimas plazas de la predestinación ortodoxa.⁵¹²

El segundo modelo de *revival* fue más característico en aquellas colonias con una menor densidad eclesial y entre las comunidades de la *Frontera*. Estará protagonizado por los predicadores itinerantes que irán extendiendo con sus soflamas públicas una estandarización emotiva y ecuménica de las rupturas que estaban aconteciendo simultáneamente a nivel de las congregaciones locales. Al no tener asignada una parroquia concreta a la que adherirse el predicador itinerante no se vinculará a una tradición local, sino que formará una matriz discursiva de carácter personal que evolucionará a través de la respuesta emotiva de sus distintos auditorios. Su vinculación con la piedad de sus espectadores será mucho más directa, fluida e iconoclasta que la de los pastores asociados a una parroquia, pues al predicar en mítines públicos su concurrencia será mucho más variada, y por lo tanto su discurso deberá establecer una retórica sentimental que llegue a un público más diverso, en donde el relato sobre la fe adquirirá un cariz personal como la exteriorización de una experiencia de renacimiento de la fe transmitida por el predicador, que encontrará su reflejo en las experiencias análogas de su público. De esta manera el predicador se erige en representante distinguido de su auditorio, su discurso sobre la fe sentimental establecerá una cadena de equivalencias en donde todos los presentes quedarán igualados a través de su experiencia pietista y el predicador podrá erigirse en portavoz de todos ellos.⁵¹³

George Whitefield encarnó a la perfección este tipo ideal de predicador errante que acabo de describir. Nunca se asentó en una parroquia, sino que a lo largo de tres décadas hizo siete giras por todo el ámbito colonial. Con anterioridad a cada gira enviaba sus sermones a las gacetas de las localidades de su recorrido, y estas las publicaban por su enorme rentabilidad (Benjamin Franklin se vio especialmente beneficiado de su relación con Whitefield), con lo que los propios periódicos ayudaban a extender la expectación sobre su mensaje a la vez que se enriquecían tanto a sí mismos como al propio Whitefield.⁵¹⁴

Pero la modernidad de Whitefield no estribará exclusivamente en sus tácticas publicitarias, sino sobre todo en sus técnicas de predicación. Sus giras van a presagiar el

⁵¹²Noll, *America's God*, pp. 22-25, 44-50; Miller, *Errand Into the Wilderness*, p. 157-163; Miller, *Nature's Nation*, pp. 83, 86. Parrington, *Main Currents... the Colonial Mind*, pp. 148-151, 155-160.

⁵¹³Villacañas, *Populismo*, pp. 76-80. Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 188-191.

⁵¹⁴Frank Lambert, "'Pedlar in Divinity': George Whitefield and the Great Awakening, 1737-1745", *The Journal of American History*, Vol. 77, No. 3 (Dec., 1990), pp. 812-816, 819-825, 828, 833-834; Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 187-188.

fenómeno de las estrellas del rock: En ellas congregaba a cientos de personas en escenarios dispuestos al aire libre y, desde la tarima, recitaba de memoria pasajes evangélicos que dramatizaba representando a los personajes bíblicos, mezclándolos a su vez con sermones y jeremiadas centrados en los tropos típicos del puritanismo, como la elección divina, el castigo al pecado o la predestinación. En sus sermones imperarán sin embargo alegatos sobre la regeneración interior del creyente por medio del renacimiento de una fe personal, lo que marcará una notable diferencia con respecto a los sermones puritanos por su optimismo redentor, lo que llevará a sus oyentes a participar en los actos de prédica, respondiendo en voz alta a las exhortaciones de Whitefield y entrando en un estado de excitación y trance que se veía a su vez reforzado por la frenética performance del predicador, en donde el bizquear incesante de sus ojos era tenido por una señal divina. En estos sermones dominará asimismo un lenguaje comercial, en donde se resaltarán la relación del cristianismo con los problemas de la vida cotidiana de los creyentes, lo que hará que su discurso sea muy atractivo tanto entre la población burguesa de las ciudades como entre los colonos pioneros de la *Frontera*.⁵¹⁵

7.3 La secularización como una reorganización de las esferas de religiosidad

De esta manera a mediados del siglo XVIII terminó por acontecer la ruptura con las formas teológicas de la era precedente. En este lapso temporal la religiosidad no desapareció, sino que se intensificó la importancia de su privacidad. Para las élites inmersas en el proyecto de la Ilustración y la *religio dúplex*, su fe naturalista, racional y misteriosa adquirirá un carácter privado por medio de la logia como nueva forma de congregación secular para las clases privilegiadas. Esta privacidad de la fe estará marcada por el secretismo, el elitismo y la exclusividad de acceso a esta institución. Sin embargo las clases populares tomaron un camino opuesto a las elites en su vía hacia la privacidad de la fe, en donde lo privado sería asimilado a lo personal antes que a lo exclusivo. Esta fe personal pietista lejos de encapsularse en espacios de exclusivistas buscaba una suerte de ecumenismo religioso. Por medio del fenómeno de los renacimientos esta nueva fe se volverá privada al ligarse a la experiencia personal de cada individuo, y de ahí adquirirá su carácter emocional. Sin embargo esto no la volverá en una religiosidad individualista, pues esta fe interior solo se considerará plena cuando el creyente comparta su experiencia personal con el resto de la congregación. Con la

⁵¹⁵Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 180-181, 186-188.

confesión pública y personal del creyente ante el resto de los congregados sobre su anterior estado caído y sobre su experiencia de regeneración interior, el creyente *revivalista* alcanzaba un estado de comunión colectiva de su fe, que encontraba su eco en las soflamas del carisma sacerdotal, quien por medio de su prédica exaltada canalizaba el sentimiento religioso individual y lo transformaba en una experiencia equivalente a la del resto de los congregados religando a todos como comunidad en el proceso.⁵¹⁶

En este contexto de privatización de la fe pública la necesidad de identificar el orden político en términos confesionales va a perder importancia. Esto va a permitir que dicho orden pueda definirse siguiendo otros parámetros de trascendencia colectiva. Por este motivo en el ámbito colonial angloamericano la tolerancia religiosa no va a ser un antecedente que posibilite el pluralismo, sino que será el resultado del fracaso de intentar imponer una homogeneidad confesional. En este sentido la tolerancia y el pluralismo no van a ser resultado de la fe protestante de los colonizadores norteamericanos, tal y como ha defendido Samuel P. Huntington. Desde el protestantismo se han defendido tanto postulados de tolerancia religiosa cuando una minoría era perseguida por el poder, como posiciones de absolutismo teócrata y defensa de una ortodoxia cuando dicha minoría religiosa conseguía por medio de avatares históricos alcanzar el poder. El caso de los puritanos en América resulta paradigmático en este sentido. La tolerancia religiosa y la libertad de pensamiento no son por tanto un producto del hipotético carácter esencialista del protestantismo, sino que fueron resultado de la crisis de su modelo teológico-político, que a finales de las guerras de religión permitió que este no pudiera forzar en las colonias angloamericanas una

⁵¹⁶El profesor de derecho de la Universidad de Texas Sanford Levinson, "The Constitution" in American Civil Religion", *The Supreme Court Review*, Vol. 1979 (1979), p. 150, llegó por otras vías a una conclusión similar sobre el proceso de secularización como un proceso de privatización de la religiosidad eclesial, y reconoce su deuda para este planteamiento en las conclusiones de Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno. Vol. II La Reforma* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), pp. 359-369. Sin embargo no he sido capaz de encontrar en Skinner una argumentación remotamente similar a las conclusiones aquí defendidas, ni tampoco a las expuestas con otros matices por Levinson. El profesor José V. Casanova ha expuesto por otra parte con gran profundidad la tesis de la privatización de la religión, criticando que en muchos casos se ha propuesto como una teoría normativa y prescriptiva de cómo funciona la religión en el Estado moderno. Esta no es sin embargo la tesis que aquí defiende, pues el hecho de que aumentase el grado de la privacidad de la fe no supuso que esta desapareciera durante el siglo XVIII del espacio público. En lugar de la perspectiva liberal-funcionalista de la privatización de la religión lo que he intentado exponer es un desarrollo histórico por el cual la preeminencia de la teología en el espacio público va cediendo lugar a nuevas formas de comprender y experimentar la fe tanto individual como colectivamente. Casanova, *Genealogías de la secularización*, pp. 29-33.

confesionalización protestante por parte de ninguna de las iglesias y sectas en competición.⁵¹⁷

La teología federal del puritanismo había supuesto el único intento serio en la América colonial de establecer un Estado confesional por medio de la teocracia y del congregacionalismo. Pero la *declension* impidió que este experimento perdurase en el tiempo. La Iglesia anglicana era la otra candidata a establecer una unidad confesional en las colonias. Sin embargo una mezcla de negligencia y desinterés por parte de la corona y las élites eclesiales inglesas permitió que se estableciese en su lugar un pluralismo religioso que previno cualquier intento de homogeneización confesional. Si bien esta pluralidad pudo haber estallado en un conflicto religioso, la devaluación del doctrinarismo y el surgimiento del *Primer gran despertar* ofrecieron más estímulos para el ecumenismo que para la lucha religiosa.⁵¹⁸

Este pluralismo de partida junto a la retirada de la fe hacia un ámbito privado va a permitir que tras la Revolución americana y con el *Segundo gran despertar* en el siglo XIX surgirá en los Estados Unidos el *denominacionalismo* como la forma de organizar públicamente la relación entre las distintas confesiones. El *denominacionalismo* del *Segundo gran despertar* va a transformar el sectarismo dominante en el primero, y supondrá la igualdad jurídica de todas las confesiones protestantes en América en su derecho para competir por la fe de los creyentes sin interferencia estatal, y con el tiempo el catolicismo será también admitido como una denominación más. El *denominacionalismo* supondrá a su vez una forma de agrupación eclesiástica en grandes familias eclesiásticas, compuestas por iglesias vinculadas por una afinidad normativa y

⁵¹⁷Huntington, *¿Quiénes somos?*, pp. 88-96. En este sentido considero que no tiene tanto sentido hablar sobre libertad religiosa y de conciencia para el protestantismo en abstracto, sino que es necesario establecer de qué manera cada denominación protestante se ha relacionado con estos dos principios en cada momento específico. El hecho de que el protestantismo alentase la lectura personal de la biblia va a suponer una oportunidad potencial para que surjan perspectivas que defiendan la libertad religiosa y de conciencia, pero este va ser siempre un escenario potencial y no por ello necesario en el protestantismo. Las iglesias protestantes van a dar mucha importancia también al rigorismo doctrinario (incluso entre las más democráticas como el congregacionalismo), lo que va a alentar un control ortodoxo sobre la interpretación correcta de los principios religiosos. Por este motivo la libertad religiosa y de conciencia en el protestantismo tomado como un todo, lejos de ser un conjunto de características de esta familia del cristianismo, van a suponer unos elementos problemáticos en este, pues existirán tendencias que las alienten y contratendencias que las limiten. Como hemos convenido Eduardo Zazo y yo en nuestros debates sobre tolerancia religiosa y protestantismo, por regla general, las distintas corrientes protestantes alentarán las libertades religiosa y de conciencia cuando se encuentren perseguidas, a la vez que defenderán la intolerancia religiosa y la ortodoxia cuando disfruten de posiciones de poder.

⁵¹⁸Boorstin señala siguiendo a Tocqueville que otra de las razones por las que la pluralidad religiosa no ha devenido en conflicto interconfesional es gracias al conjunto de consensos culturales y de cultura política que todas ellas comparten [la religión civil] y que posibilitan mediar entre las diferencias doctrinales. Boorstin, *The Genius of American Politics*, pp. 140-141; Tocqueville, *La democracia en América*, pp 701-704.

de cultura religiosa. La extrema movilidad de la población y la imposibilidad de que todas las iglesias se expandieran homogéneamente por la *Frontera* forzarán a que los creyentes orienten su adscripción religiosa a través del pragmatismo. Estos creyentes móviles tenderán a buscar una parroquia que se asimile al espíritu de su congregación de origen, aunque la nueva no respondiera del todo a las características doctrinarias de su fe originaria. Las iglesias en este contexto se van a erigir en puntos de socialización y articulación de la vida pública cotidiana más que como proveedores de doctrina. El pietismo sentimental del *Primer gran despertar* derivará en el evangelismo durante el segundo, y en ambos imperará una visión emocional y personal de la fe que permitirá salvar las diferencias religiosas de los creyentes con sus nuevas parroquias según estos vayan emigrando por el continente. De esta manera el *denominacionalismo* aparecerá como una solución eclesial práctica al expansionismo decimonónico, a la vez que alejará al creyente americano del modelo de adscripción eclesiástica convencional dominante en los Estados confesionales europeos, dando lugar a un modelo de colaboración y competición interconfesional que por analogía se comprenderá como un libre mercado de la fe.⁵¹⁹

La *doctrina del muro de separación* de Jefferson y la primera enmienda de la declaración de derechos darán cobertura legal al pluralismo religioso existente y favorecerá el *denominacionalismo*, evitando cualquier tentación por superarlo y juridificando la separación entre las iglesias y el Estado. Sin embargo esto no va a impedir que se vaya a conformar una esfera de religiosidad compartida que trascienda

⁵¹⁹Casanova, *Genealogías de la secularización*, pp. 13, 45-46, 103-108, 140-141; Gordon S. Wood, *Empire of Liberty: a History of the Early Republic, 1789-1815* (Oxford: Oxford University Press, 2009), pp. 566-584, 591; Boorstin, *The Genius of American Politics*, pp. 141-145; Lipset, *American Exceptionalism*, pp. 19-20. Además del catolicismo las Iglesias baptistas afroamericanas van a sufrir asimismo discriminación institucional por parte del sistema *denominacionista* por largo tiempo. Como señala Jon Butler estas fueron el producto de la alienación cultural de los esclavos africanos en su proceso de inserción en el sistema de plantaciones. Esto supuso la aniquilación de las cosmovisiones de sus culturas de origen, así como la destrucción de sus creencias espirituales previas. Durante el siglo XVIII las plantaciones se conformaron como un mundo encapsulado y paralelo al de los americanos libres que vio surgir también su propio ecumenismo religioso a través de un proceso de hibridación entre la fe que recibían de sus amos como resultado de su evangelización, como de ciertos remanentes culturales propios de una forma de vivir y exteriorizar la fe. De esta manera los esclavos produjeron su propio sincretismo religioso cristiano en las plantaciones a partir de distintos retazos doctrinales y organizativos del anglicanismo, presbiterianismo, bautismo y metodismo, sintetizado todo a través de una fe emocional colectiva que subrayará el papel de Dios-Yahvé como liberador de su pueblo esclavizado por el faraón. Esta fe se articuló como una promesa de liberación futura a la vez que ofrecía a los esclavos un principio con el que reconstruir su mundo cultural aniquilado: esta les ofrecía una identidad compartida con la que compensar su diversidad de origen, así como un repertorio discursivo y de acción colectiva con el que resistir su estado de opresión. Tras la Guerra civil americana estas iglesias se integrarán (no sin dificultades) en el sistema *denominacionista* como un evangelismo baptista de estructura episcopaliana. Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 129-163; Noll, *America's God*, pp. 147-149.

las adscripciones religiosas particulares del *denominacionalismo*. Tras la Revolución americana va a ir conformándose de manera no intencionada un nuevo espacio de fe ecuménica que aún siendo de inspiración cristiana, va a trascender sus características típicas para convertirse en una suerte de religión secular. Esta fe de carácter nacional no sólo va a servir para generar un nexo de unión entre la religiosidad de las élites y las clases populares, sino que además ofrecerá un horizonte de trascendencia social que no invadirá ni interferirá en el pluralismo confesional, ni en las creencias personales sobre el sentido de la trascendencia que pueda tener cada creyente a título individual.⁵²⁰

Pero en lo que se refiere a la doctrina de la predestinación calvinista y al providencialismo cristiano, ambos fueron desmantelados doctrinalmente durante el siglo XVIII. La desaparición de la teología federal en Nueva Inglaterra eliminó el principal sistema teológico que había generado una cosmovisión providencialista en América. El deísmo y su idea de diseño generaron una nueva matriz providencialista que alteró por completo la concepción del tiempo histórico y la lógica de la intervención divina en la historia, elementos fundamentales para la doctrina de la predestinación. Y el *Gran despertar* terminó por redefinir la relación de los creyentes con la doctrina eclesiástica como sistema de ideas y elemento de referencia identitario. Por todos estos motivos el viejo paradigma providencialista de la predestinación perdió toda su inteligibilidad, su fundamento social y su plausibilidad histórica. Esto sin embargo no supuso el fin del providencialismo en América, sino el ámbito histórico de posibilidad para su completa redefinición con la Revolución americana.

⁵²⁰Robert N. Bellah, "Civil Religion in America", *Daedalus*, Vol. 117, No. 3, (summer, 1988), pp. 99; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 169-173; Ronald C. Wimberley and James A. Christenson, "Civil Religion and Church and State", *The Sociological Quarterly*, Vol. 21, No. 1 (Winter, 1980), pp. 35-37, 39; Levinson, "The Constitution" in *American Civil Religion*, pp. 123-124, 150-151; Robert M. O'Neil, "The "Wall of Separation" and Thomas Jefferson's Views on Religious Liberty", *The William and Mary Quarterly*, Third Series, Vol. 56, No. 4 (Oct., 1999), pp. 791-794; Boorstin, *The Genius of American Politics*, pp. 141-145; Casanova, *Genealogías de la secularización*, pp. 460

8. La republicanización del providencialismo y su conversión en un imaginario nacional

En los dos capítulos anteriores he ido estableciendo una serie de criterios con los que considerar la formación de un discurso e imaginario providencialista en el mundo colonial angloamericano. Como expuse al final del capítulo 5 (sobre la opinión pública romántica) la aparición y posterior popularización del concepto de *Destino Manifiesto* es deudora de doscientos años de mentalidad providencialista previa, que si bien no generó un nexo genético con el concepto, sí que fomentó un hábito cultural que predispuso a la sociedad americana a este tipo de imaginarios temporales.

Con la desaparición de la doctrina de la predestinación puritana y el surgimiento de la doctrina del *diseño* natural divino (propio de la teología natural) ocurrió un primer cambio en el providencialismo norteamericano en su tránsito hacia un modelo secularizado. La idea de un Dios providencial ya no dependería de una religión revelada sino de la acción de un agente divino en su creación por medio de leyes naturales. Si a esto le añadimos el marco interpretativo de la *hermenéutica bíblica* que consiguió sobrevivir a la desaparición del puritanismo, tenemos que los colonos angloamericanos van a afrontar su proceso revolucionario imbuidos por un marco providencialista en el que el aspecto territorial va a ser tan importante como el temporal.

En este contexto aparecerá una nueva instancia de religiosidad apoyada en la idea de la *Religio Duplex* de las élites ilustradas coloniales, que concebían la religión revelada y la religión natural como dos instancias distintas de aproximación a la divinidad. A partir de esta forma dicotómica de entender la fe irá surgiendo una nueva instancia de religiosidad vinculada a los procesos revolucionarios que acabaría dando lugar a una nueva forma de *Religio Duplex*, la *religión civil americana*, que republicanizará la tradición providencialista norteamericana permitiendo interpretar los eventos nacionales estadounidenses a la luz de un ideal trascendente. Esta será junto al *Segundo gran despertar* uno de los dos pilares religiosos que fundamentarán teológicamente el *Destino Manifiesto*.

8.1 Experimento y destino nacional en la conformación de la religión civil americana.

Durante la primera mitad del siglo XVIII la Ilustración había dado lugar a la idea de la *Religio Duplex* que permitió por primera vez al protestantismo concebir la fe a partir de dos instancias diferenciadas: la de la religión tradicional, que era el resultado de juntar fe con revelación y la de la religión natural, que tenía en su base la idea de un acercamiento al plan providencial divino por medio del estudio de las leyes naturales a través de una fusión de fe y razón. La traslación de la hipótesis de la *Religio Duplex* a las manifestaciones públicas de la fe era la consecuencia lógica de un contexto religioso caracterizado por el pluralismo sectario. Las clases dirigentes habían encontrado su ecumenismo alrededor de la religión natural y del deísmo, y las clases populares hicieron lo propio a través de la religión emocional del primer gran despertar. Sin embargo la Revolución americana planteó nuevas necesidades ecuménicas a la fe pública del ámbito colonial norteamericano. Las interpretaciones providenciales de los acontecimientos históricos eran un hábito demasiado arraigado en el mundo colonial como para no emerger durante unos eventos tan trascendentales como los que se concatenaron durante la Revolución americana. Sin embargo la consecuencia natural del pluralismo sectario y de la dicotomía entre la fe popular y la fe de las élites era la ausencia de un marco común desde el que interpretar unos acontecimientos que afectaban a todos los habitantes del mundo colonial. En este contexto la cultura religiosa de la *Religio Duplex* aportó el presupuesto de que podían coexistir distintas instancias de religiosidad de manera simultánea en la fe de un creyente, y sobre esta idea se fue generando de manera no intencionada una nueva forma de religiosidad pública que tendría carácter general y cuyos presupuestos no entrarían en contradicción con los principios religiosos y organizativos de las distintas denominaciones.⁵²¹

La generación revolucionaria no puso nombre a esta nueva instancia de religiosidad, aunque pronto comenzó a adquirir rasgos canónicos distintivos que la convertirían en una esfera de religiosidad diferenciada. Esta nueva instancia de religiosidad secular recibió durante algún tiempo el nombre de *American creed*, pero en

⁵²¹Assmann, *Religio Duplex*, pp. 12-27, 145-165, 172-175.

la actualidad recibe el nombre que le dio el sociólogo norteamericano Robert N. Bellah, quien propuso denominarla como *religión civil americana*.⁵²²

[El concepto genérico de ‘Dios’ tal y como se muestra en los discursos presidenciales es] una palabra que casi todos los americanos pueden aceptar, pero que puede significar muchas cosas diferentes para gente distinta que la vuelve casi un signo vacío [...] Esta dimensión pública de la religión esta expresada como un conjunto de valores, símbolos y rituales a los que he llamado *religión civil americana* [...] Lo que tenemos entonces, desde los primeros años de la república, es un conjunto de creencias, símbolos y rituales, con respecto a las cosas consideradas sagradas e institucionalizadas como tal en colectividad. Esta religión –no parece haber otra palabra para la misma- no es antitética con el cristianismo y comparte muchos rasgos con él, sin embargo nunca fue una confesión sectaria ni cristiana en ningún sentido. [...] La *religión civil* ha sido un punto de articulación entre las más profundas causas de la tradición religiosa y política occidental y las creencias comunes del americano medio. [...] La *religión civil americana* no es el culto de la nación americana, sino una forma de entender la experiencia americana a raíz de una realidad finalista y universalista.⁵²³

En un estudio posterior Bellah sintetizó su hipótesis sobre la *religión civil* como la dimensión religiosa presente en la vida de toda persona desde la que esta interpreta su experiencia histórica bajo la luz de una realidad trascendental. Sin embargo el problema de esta segunda hipótesis residen en que es demasiado genérica, haciéndola indistinguible de una definición generalista sobre el sentimiento religioso en general. Es por esta razón que prefiero adoptar la primera conceptualización de Bellah realizada en el año 1967. En mi estudio sobre “La *religión civil americana* como problema socio-teológico americano” (2013) sintetice la propuesta de Bellah en tres puntos.⁵²⁴

- 1) La *religión civil* supone una forma de entender, expresar y organizar una experiencia nacional concreta a través de la fe.

⁵²²Década y media antes de que Bellah llegase a conceptualizar este fenómeno como *religión civil americana* el historiador del consenso Daniel J. Boorstin había tratado este mismo fenómeno al que denominó como *El credo americano* y que definió como el sustrato “no denominacionalista” de la religión en América. Boorstin la caracterizó como una religiosidad generalizada y distintiva del país que no respondía al dogma de ninguna tradición eclesíástica específica, sino a un patriotismo religioso articulado por medio de una comunidad de símbolos y valores. Además de Boorstin esta denominación fue utilizada por Samuel P. Huntington, y por lo general el nacionalismo conservador estadounidense la prefiere a la fórmula de la *religión civil*, pues conecta de manera más profunda con la tradición discursiva de su nacionalismo. Yo sin embargo utilizaré la denominación de Bellah pues describe mejor el proceso de republicanización del providencialismo del que voy a hablar en este capítulo. Esto sin embargo no quita para que mi uso de la *religión civil* incluya también aquellos fenómenos que desde el conservadurismo nacionalista americano han sido denominados como *American Creed*. Boorstin, *The Genius of American Politics*, pp. 145-149; Huntington, *American Politics*, pp. 13-61.

⁵²³Bellah, “Civil Religion in America”, pp. 99-100, 104, 112, 115.

⁵²⁴Bellah, *The Broken Covenant*, p. 3.

- 2) Esta fe pública se materializa por medio de la institucionalización de un conjunto de valores, símbolos y rituales que tienen su origen en la tradición y que gozan de una amplia aceptación social.
- 3) Se trata de una instancia complementaria de religiosidad que permite articular los ideales de una comunidad política, sirviendo de nexo entre los valores y creencias concretos de cada uno de los ciudadanos con los fines colectivos de las instituciones, sin invadir con ello los credos particulares de cada individuo.⁵²⁵

Esta forma de *religión civil* responde al fenómeno de la *Religio Duplex* que aconteció durante el siglo XVIII entre el deísmo ilustrado y que no sólo dio lugar a una distinción entre religión natural y religión revelada, sino que además abrió la puerta a la posibilidad de pensar sobre una *religión civil*. El filósofo ginebrino Jean J. Rousseau fue el primero en plantear esta idea en *El contrato social* (1762), libro IV, capítulo VIII, cuando inspirado por la antigüedad clásica reclamó el establecimiento de un espíritu religioso que fomentase la adhesión cívica de los ciudadanos hacia las instituciones políticas. A su juicio la religión cristiana no era adecuada para este propósito, en primer lugar por su carácter confesional que generaba divisiones en el cuerpo político. En segundo lugar por ser una religión demasiado volcada hacia la trascendencia, lo que llevaba a que sus prácticas e imaginarios no fueran los adecuados para fundamentar un amor cívico por las instituciones intramundanas.⁵²⁶

Pero a diferencia de la propuesta roussoniana la *religión civil americana* no va a constituirse en un proyecto confesional público y deliberado. El proceso de sacralización patriótica de los símbolos e instituciones de la nueva nación fue el resultado de una cultura política que durante la revolución americana fusionó el deísmo de las élites ilustradas con las expectativas milenaristas de las clases populares, que agitadas por los sacerdotes revolucionarios interpretaron la guerra de independencia como un preámbulo apocalíptico en la construcción de la Nueva Jerusalén terrenal en América. En este sentido, *la religión civil americana* fue elaborándose como un punto

⁵²⁵Marcos Reguera, “La religión civil americana como problema socio-teológico contemporáneo” en Pablo López Calle y Antonio Lucas Marín (eds.), *La sociología que viene ¿Qué hacen los jóvenes sociólogos madrileños?* (Madrid: Editorial Fragua, 2013) p. 232. He modificado la redacción de esta síntesis de cara a hacerla más inteligible. En la edición del 2013 aparece de la siguiente forma “1) La *religión civil* es una forma de entender y expresar a través de la fe una experiencia nacional concreta 2) Esto se lleva a cabo a través de un conjunto de valores, símbolos y rituales que tienen su origen en la tradición, son mayoritariamente aceptados y compartidos y se encuentran sacralizados e institucionalizados 3) Todo esto sirve como una forma de articular los ideales de una comunidad política con los valores y creencias concretos de cada uno de sus ciudadanos.”

⁵²⁶Jean J. Rousseau, *El contrato social* (Madrid:Tecnos, 2009), pp. 149-163.

de encuentro entre la religiosidad deísta de las élites y la fe emocional de las clases populares a través del discurso e imaginario patriótico revolucionario que todos compartían en su lucha común contra la metrópolis, y que actuó como una cultura política unificadora. Los *Padres fundadores* establecieron los cimientos de la *religión civil* por medio de la fusión de su discurso cívico republicano con los referentes del providencialismo americano dieciochesco, ya que las dos tradiciones compartían un ideal sobre la virtud. El republicanismo cívico se fundamentaba en el ideal del ciudadano virtuoso cuyo compromiso colectivo era la salvaguarda de las libertades públicas impidiendo la dominación de un poder despótico. El providencialismo dieciochesco era heredero de una tradición religiosa que en el siglo anterior había basado su teoría de la agencia en el ideal del santo electo, el ciudadano virtuoso de una teocracia cuya virtud cristiana era entendida mesiánicamente como un *errand into the wilderness*, una rectitud moral y de obediencia a los designios de la providencia que suponía un compromiso con la salvación del pueblo elegido.⁵²⁷

Esta síntesis entre cristianismo y republicanismo no fue el resultado de una acción premeditada y calculada, sino que respondió al encuentro de dos repertorios de acción discursiva que fueron fundamentales para movilizar políticamente a los colonos durante la guerra de independencia contra la metrópolis. El discurso mesiánico-cívico de esta proto-religión civil fue constituyéndose en una cultura política que posteriormente sería desarrollada, institucionalizada y canonizada de una manera más consciente y programática por los nacionalistas americanos del siglo XIX. El romanticismo nacionalista decimonónico convirtió a los *Padres fundadores* en referentes sagrados de un culto civil patriótico, transformándoles en una fuente de legitimidad política, donde sus discursos y actos durante la revolución y los primeros años de la república adquirirán un carácter normativo y prescriptivo sobre las decisiones políticas de los actores futuros.⁵²⁸

⁵²⁷Bellah, "Civil Religion in America", pp. 99-100; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 29, 44; Miller, *Nature's Nation*, pp. 97, 102-103; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 414-418; Guyatt, *Providence and the invention of the United States*, pp. 137-146; Cherry, *God's New Israel*, pp. 1-21.

⁵²⁸La tesis doctoral de Adam J. Gómez, "The Nation Invisible: American Civil Religion and the American Political Tradition" (2010) es uno de los trabajos que mejor ha estudiado como el nacionalismo romántico del siglo XIX fue sacralizando los referentes cívico-teológicos establecidos por los *Padres fundadores*. En su estudio Gómez rastrea los hitos fundamentales de la formación de la *religión civil americana* como fe nacionalista a través de las contribuciones de cuatro figuras políticas decimonónicas que fueron clave en el proceso: John L. O'Sullivan y Abraham Lincoln habrían creado desde una perspectiva demócrata y otra republicana el marco discursivo fundamental de la *religión civil*, mientras que Woodrow Wilson y William J. Bryan habrían actualizado dicho marco para el nuevo nacionalismo imperialista de principios

Esto va a provocar que las instituciones políticas fundadas durante la revolución y toda su comunidad de símbolos (incluidos ciertos documentos jurídico-constitucionales) adquieran un aura de sacralidad que va ser comúnmente aceptada por los miembros de todas las denominaciones como parte complementaria de su panteón de adoración religiosa. Entre estas instituciones sacralizadas destacará la figura del presidente de los Estados Unidos, convertido en una suerte de pontífice máximo de la *religión civil*; la celebración del cuatro de julio y del día de acción de gracias como principales fechas del calendario sagrado de la república (aunque no serán las únicas) y en donde la bandera, el himno y la constitución serán transformados en símbolos fundamentales de adoración e identidad colectiva de carácter religioso. No en vano, el historiador constitucional Raoul Berger apuntó con buen criterio que el concepto de legitimidad política en los Estados Unidos se fundamenta en considerar que la constitución estadounidense es una suerte de biblia secular que se encuentra en el corazón de la *religión civil americana*. Por otra parte los eventos revolucionarios fueron resignificados como una cadena de acontecimientos que fundamentarían una suerte de historia sagrada intramundana, distinta de la descrita en la biblia, pero inspirada tipológicamente en ella. De esta manera la Revolución americana y el proceso formativo de la república serán transformados en una épica salvífica intramundana que establecerá el relato y el imaginario fundamental del nacionalismo americano.⁵²⁹

En términos de temporalidad histórica el imaginario nacionalista de la *religión civil americana* es fuertemente anacronizante, y responde en buena medida a lo que Daniel J. Boorstin definió como la *teoría de la ofrenda*. Esta se basaría en la creencia de que existirían ciertos valores, principios e ideales políticos establecidos por los peregrinos puritanos y por los *Padres fundadores* quienes habrían contribuido a fundamentar la definición básica sobre qué es (y debe ser) América. Estos valores serían un regalo del pasado, una teoría política perfecta y completa que se adecuaría a todas las necesidades futuras de la nación. Estos valores del pasado se verían constantemente actualizados por los valores del presente, el *American Way of Life*, de donde se derivaría una experiencia sobre la vida americana que reforzaría por la vía de la vivencia el proyecto iniciado por los fundadores. La conjunción de estos dos elementos llevaría a

del siglo XX desde una perspectiva institucional y otra populista. Gómez, "The Nation Invisible", pp. 14-18, 20-22.

⁵²⁹Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. 21-25, 39, 78-90; Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, pp. 105-108, 117-122; Cherry, *God's New Israel*, pp. 11-14, 21-24; Raoul Berger, *Government by Judiciary: The Transformation of the Fourteenth Amendment* (Indianapolis: Liberty Found, 1997), pp. 29, 496.

concebir los valores como un regalo de continuidad, en donde el pasado retornaría constantemente al presente para establecer las vías de acción y pensamiento de acuerdo a un plan original perfecto.⁵³⁰

De esta manera los americanos guiados por la *religión civil* concebirían a los *Padres fundadores* como un pasado presente, una suerte de contemporáneos suyos provenientes de otra época que constituirían formas embrionarias de la América presente en la que ellos viven. Esta intemporalidad de los *Padres fundadores* llevaría a que sus enseñanzas y ejemplo conformasen lo más parecido a una teoría política autóctona americana, la única que los estadounidenses podrían aceptar en base a su tradición política. Esta teoría política nativa de los Estados Unidos combinaría el idealismo con el pragmatismo. Su elevado idealismo sería el resultado de comprender la herencia de los fundadores como un conjunto de valores políticos perfectos, una ofrenda llevada a cabo por una generación de hombres excepcionales que los estadounidenses proyectan sobre su identidad nacional. Esto conduciría a los americanos a concebir su país en términos de un elevado idealismo, como la personificación estatal de unos elevados principios universales.⁵³¹

Por otra parte la visión pragmática sería el resultado de concebir la *americanidad* como la práctica de unas costumbres y de una perspectiva vital que conformarían un modo de vida. Esta sería la traslación de la vieja idea británica sobre la importancia de los *manners and customs* como fundamentos de la civilidad, pero reconvertidos en términos populares y como parte de un patrón de consumo adaptado a la realidad de una sociedad de masas en la modernidad capitalista. Pero los estadounidenses no conciben el *American Way of Life* de este modo, pues la *religión civil* les conduce a considerar su modo de vida como algo intemporal, el resultado de trasladar y aplicar a un nivel cotidiano del día a día del americano medio el conjunto de valores morales que constituyen la ofrenda de los fundadores. Por este motivo el *modo de vida americano* es reverenciado como otro alto principio de la ofrenda fundacional, a pesar de que el conjunto de sus prácticas e imaginario sean del todo prosaicas y sus orígenes daten del periodo comprendido entre la Gran Depresión (momento en que

⁵³⁰Boorstin, *The Genius of American Politics*, pp. 9-10, 29-35, 175-181.

⁵³¹Ibíd., pp. 9-10.

comenzó a conformarse) y el inicio de la Guerra Fría (momento en que se terminó de generalizar su implantación).⁵³²

El *American Way* constituiría el nivel inmanente de la *religión civil americana*, y alrededor de él se habría establecido una mística sobre América en tanto que tierra de la libertad, un espacio abierto a las oportunidades y a una forma de vida que sería la apropiada para la gente libre. Un país cuya dimensión espacial será concebida como un espacio abstracto, indiferenciado y surcado por enclaves geográficos de carácter simbólico. La espacialidad de América en tanto que abstracción se caracteriza por ser el escenario de una sucesión de *no lugares*: moteles de carretera, centros comerciales, barrios residenciales, edificios de oficinas, congregaciones religiosas...; son los espacios arquetípicos donde se materializan las vivencias cotidianas del *American Way of Life* y donde reside el “espíritu de América”. De manera excepcional emergerán entre toda la sucesión de *no lugares* enclaves espaciales de memoria colectiva, formas topológicas especiales que posibilitarán que la *religión civil* se active, permitiendo a los americanos balizar y corporeizar el conjunto de ideales a los que remite su idea de América, volviéndola en un imaginario reconocible y compartido. Estos espacios de memoria estarían constituidos por los monumentos nacionales, tanto los naturales como los erigidos por el hombre, y constituirían una comunidad de símbolos que permitirían a los estadounidenses aprender vivencial y pragmáticamente sobre su americanidad.⁵³³

⁵³²Wendy L. Wall, *Inventing the American Way: The Politics of Consensus from the New Deal to the Civil Rights Movement* (Oxford: Oxford University Press, 2008), pp. 15-62; Jim Cullen, *The American Dream: A Short History of an Idea that Shape the Nation* (Oxford: Oxford University Press, 2003), pp. 136, 144, 148-157; Bercovitch, *The Rites of Assent*, pp. 29-30; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 98-100.

⁵³³Marc Augé, *Los “no lugares” espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad* (Barcelona: Gedisa, 2000), pp. 37-39, 72, 83-85, 98-114; Boorstin, *The Genius of American Politics*, p. 23; Halbwachs, *La memoria colectiva*, pp. 158-160, 187-219; Assmann, *Historia y mito en el mundo antiguo*, pp. 39-40, 58-59; El cine norteamericano está repleto de numerosas películas y series catastróficas en donde se proyecta el final de América a modo de un apocalipsis secular. En estas películas siempre hay un grupo de supervivientes que huyen de algún peligro, y en cuya peripecia suelen cruzarse con algún monumento derruido pero reconocible, símbolo de que los Estados Unidos han caído. Asimismo en muchas ocasiones recorren parajes naturales reconocibles, símbolo de que América pervive en su geografía simbólica. Es muy común que estos personajes se detengan en algún *no lugar*, como una gasolinera o un centro comercial abandonado, y en un momento de distensión narrativa encuentren alguna hamburguesa y una Coca-cola, reliquias de cuando el modo de vida americano se encontraba vigente y cuyo consumo les devuelve cual madalena de Proust a su americanidad perdida, pues la hamburguesa y la Coca-cola son los símbolos eucarísticos de la religiosidad inmanente del *American Way of Life*. Al final de la peripecia los protagonistas suelen llegar a un reducto de civilización compuesto por casas, militares que las protegen y una bandera americana ondeante, símbolo de que aunque haya acabado el mundo América pervive como modo de vida (pragmáticamente) y como un ideal. La insistencia del cine de Hollywood en este canon narrativo supone una forma moderna del relato dieciochesco sobre el *decline and fall*, que como expondré más adelante obsesionó a los *Padres fundadores*, y que la cultura política norteamericana ha actualizado por medio del cine catastrofista para que el americano medio lo

Al igual que ocurre con los *Padres fundadores*, toda esta mística pragmática del *American Way* conduce a una paradójica concepción de la nación en clave espacio-temporal, en donde América es concebida como una realidad inalterada que se actualiza con la práctica del modo de vida. Esto se traduce en un imaginario que niega constantemente el paso del tiempo, a la vez que se ve inundado constantemente por los símbolos de un pasado que se concibe épicamente. La dimensión inmanente de la religiosidad del *American Way* se conectaría con el nivel trascendente de los grandes principios que pueblan el idealismo americano por medio del mito del *American Dream*, la promesa de que el modo de vida se mantendrá inalterado y al alcance de todos aquellos que crean en él y sean merecedores del ascenso social que este promete. De esta manera el *American Dream* se convierte en la versión secularizada y materialista del ideal de la predestinación, pero concebido en términos intramundanos, y actuando a su vez como un mecanismo autoincorporado de disciplinamiento colectivo con el que mantener la ortodoxia del modelo cultural. El *American Dream* es el corolario que cierra el círculo entre el nivel pragmático y el idealista de la *religión civil americana*, conectando el nivel inmanente de la pragmática vital con el trascendente de los principios, y en términos temporales ayuda a suturar la brecha que separa los imaginarios basados en los *espacios de experiencia* con respecto a aquellos que se fundamentan en los *horizontes de expectativa*.⁵³⁴

experimente y se reafirme en la intemporalidad de América, nación que sobrevivirá mientras el *American Way of Life* sea practicado.

⁵³⁴Cullen, *The American Dream*, pp. 159-161, 164, 174-179, 184. Durante la segunda mitad del siglo XX surgió un debate sobre la pervivencia de la *religión civil americana*. Los principales autores que la estudiaron (Boorstin y Bellah) argumentaron sobre la existencia de un creciente escepticismo social ante este forma de conciencia nacionalista, Boorstin desde la idea de la *decadencia de lo manifiesto del destino americano* y Bellah desde la idea del *Broken Covenant*, la ruptura del pacto histórico-nacional. Para Bellah la lucha de los derechos civiles y la aparición de la nueva izquierda supuso una quiebra en el carácter monolítico de los consensos sobre la imagen nacional estadounidense, sobre todo en lo referido a la aceptación acrítica de las figuras y los relatos que conforman la *religión civil*. En mi opinión existe una cierta realidad detrás de esta reflexión, pues la *religión civil americana* siempre interaccionó dialécticamente con el nacionalismo americano, en una relación de interdependencia y fundamentación mutua. Este nacionalismo se mantuvo con fuerza después de la Segunda guerra mundial gracias a la victoria en la contienda, el clima de terror rojo que imperó en la primera Guerra fría y al hecho de que los Estados Unidos no se vieran inmediatamente afectados por el proceso de descolonización, debido a que la mayor parte de sus redes de dominación internacionales respondían a lo que posteriormente se ha caracterizado como *imperialismo informal* (si bien la Guerra de Vietnam cambiará este hecho). Todos estos elementos permitieron que se mantuviera un tipo de nacionalismo militante que en el resto del mundo estaba siendo puesto en cuestión por esas fechas, y esto a su vez reforzó el alcance y la permanencia de la *religión civil americana*. Sin embargo la lucha por los derechos civiles y la Guerra de Vietnam afectaron profundamente al imaginario histórico que se había forjado del país, sobre todo entre la generación más joven que se vio más comprometida con esa lucha y envuelta en el sistema de conscripciones militares. Desde ese momento se ha ido generando una brecha entre dos bloques cada vez más antagónicos en su relación con el ideal nacionalista de América y la *religión civil americana*. Para la América conservadora y el *heartland* del interior del país la *religión civil americana* sigue conservando

Esta cosmovisión circular que impera en la mentalidad americana (que por lo demás está dominada por un imaginario de progreso) introduce un elemento fuertemente conservador en la *religión civil*, que se concreta en la creencia de que cualquier cambio en la interpretación original del sistema que alumbraron los *Padres fundadores* (tal y como ellos lo concibieron) podría poner en peligro el conjunto de las instituciones y libertades obtenidas en el momento fundacional. Esta creencia llevó a Boorstin a considerar que en los Estados Unidos la búsqueda del sentido de la vida pública americana se llevaría a cabo primordialmente mediante el estudio de la historia, antes que por el cultivo de la filosofía. Esto se debería a la creencia en que las claves explicativas para todos los problemas se hallarían en las experiencias y las enseñanzas de los *Padres fundadores* y de los peregrinos puritanos. En base a esta creencia los americanos valorarán la exégesis histórico textual por encima de la reflexión especulativa, puesto que si los *Padres fundadores* crearon una teoría perfecta e intemporal para guiar a América no sería necesario seguir reflexionando sobre los problemas nacionales. Por el contrario, la misión de los americanos consistirá en escudriñar sus textos para hallar soluciones a los problemas civiles, de la misma manera que un creyente protestante escudriña la biblia en búsqueda de respuestas para sus problemas vitales. Esta perspectiva originalista explicaría también porqué la historiografía estadounidense vuelve insistentemente sobre estas figuras fundacionales de manera compleja y no exenta de tabús, pues los *Padres fundadores* son considerados un elemento imprescindible en cualquier estudio histórico, pero en donde cualquier declaración sobre ellos es percibida en términos de un juicio sobre la totalidad de la historia estadounidense.⁵³⁵

toda su validez normativa, y se adhieren al canon de la *religión civil* como un acto militante. Mientras que para la América progresista, globalizada y para los habitantes de las ciudades y las costas el repertorio simbólico y discursivo de la *religión civil* se muestra como una reliquia de un pasado mitificado que celebra una América imperialista, poco abierta a la diversidad y a la autocrítica. Esto sin embargo no impide que los habitantes progresistas de las costas también participen de una forma laxa de *religión civil*, adaptada a una visión más moderna e internacionalista que se traduce en la adhesión selectiva a los elementos de idealismo liberal que forman parte de esta doctrina, a la vez que se rechazan aquellos más explícitamente nacionalistas. Bellah, *The Broken Covenant*, pp. VIII-2; Boorstin, *The Genius of American Politics*, pp. 163-169.

⁵³⁵Ibíd., p. 16. Una aproximación similar a la *teoría de la ofrenda* ha imperado en España alrededor del relato sobre *El consenso de la Transición* y el mito de la *Transición modélica*. De manera análoga a la historiografía del consenso que predominó en la América de los años cincuenta y sesenta, el relato oficial sobre la Transición pretende ofrecer una visión triunfalista y mitificada de su periodo histórico fetiche, en donde los derechos y libertades democráticas son descritas como una ofrenda de los *Padres fundadores* de la democracia española, haciendo invisible en el proceso a los numerosos actores políticos y movimientos sociales que la hicieron posible con su lucha durante el tardofranquismo y en la propia Transición. Al igual que sucede en los Estados Unidos con la *teoría de la ofrenda*, cualquier voz disidente con los panegíricos sobre la Transición y sus figuras fundadoras es objeto de crítica y tildada como un

Uno de los ejemplos más claros de esta forma de culto a los referentes de la Revolución americana se ha dado en el terreno del derecho constitucional estadounidense con el enfrentamiento entre los jueces *originalistas* con la escuela de la *living constitution*. Durante la época de aprobación de la lucha por los derechos civiles la corte suprema estuvo dominada por jueces herederos del *New Deal*, moderadamente progresistas, que se propusieron el reto de ofrecer una cobertura jurídica a los cambios legislativos de esa época, y para ello propusieron entender la constitución americana como un texto vivo que evolucionaba con el tiempo y cuya interpretación debería realizarse de acuerdo a las convenciones y debates de la época en que se debe aplicar.⁵³⁶

Esta interpretación de la constitución como un texto vivo y en constante evolución generó una reacción conservadora en la judicatura que recibió el nombre de *originalismo*, cuyos proponentes consideraban que la hipótesis sobre la *living constitution* devolvía el marco jurídico estadounidense a un modelo de *common law*, y en contra de esta transformación reivindicaron la constitución como un texto acabado y cuya reinterpretación supondría una violación de la decisión soberana del pueblo

intento de reabrir las heridas del pasado, dando a entender que el examen crítico de la historia puede poner en peligro las instituciones democráticas y las conquistas sociales alcanzadas. Críticas similares fueron lanzadas en los Estados Unidos contra la Nueva Izquierda cuando en los años sesenta se puso en cuestión el marco consensualista alzado durante la Guerra Fría. La historia sobre las minorías oprimidas, la historia de género y la nueva historia social fueron tildadas como un ataque a la convivencia y a los principios democráticos que los *Padres fundadores* habían legado a la nación. Pero lejos de poner en peligro las instituciones democráticas norteamericanas lo que esta historiografía consiguió fue señalar sus deficiencias y denunciar que a buena parte de los estadounidenses se les había negado su condición de ciudadanía plena, así como denunciar que detrás de todo consenso social se halla una relación asimétrica de poder que perpetúa las desigualdades al esconder los privilegios históricos que posibilitan dicha asimetría. La superación de la historia del consenso en los Estados Unidos fue un hito historiográfico que mejoró epistemológicamente el estudio de la historia en ese país y sirvió de apoyo para las conquistas sociales de las décadas siguientes. La superación de los marcos consensualistas de la historia contemporánea española es una tarea necesaria que ya se encuentra en marcha pero que está lejos de haber concluido. John Higham, “Changing Paradigms: The Collapse of Consensus History”, *the Journal of American History*, Vol. 76, N. 2 (Sept. 1989), pp. 460-466; Norman M. Wilensky, “Was the Cold War Necessary? The Revisionist Challenge to Consensus History”, *American Studies*, Vol. 13, No. 1, Peace Movements in America (Spring 1972), pp. 181-186; Kraus & Joyce, *The Writing of American History*, pp. 336-337; Esta perspectiva consensualista de la Transición tiene consecuencias sobre el estudio de la Guerra civil española, que se ve transformada en un evento de contraste descrita en términos antitéticos al *mito de la transición*. Sobre cómo se articuló y funciona este consenso y sus proyecciones sobre ambos eventos históricos en la historiografía española ver Pablo Sánchez León, “Historia y metahistoria de la democracia en España” en Ariel Jerez y Emilio Silvia (cord.), *Políticas de memoria y construcción de ciudadanía* (Madrid: Postmetrópolis Editorial, 2015), pp. 75-81; Pablo Sánchez León, “El ciudadano, el historiador y la democratización del conocimiento del pasado” en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo (eds.), *El fin de los historiadores: pensar históricamente el siglo XXI* (Madrid: Siglo XXI España, 2008), pp.133-151; para una perspectiva más elaborada de este problema centrado en la Guerra civil española ver Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo, *La guerra que nos han contad: Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI* (Madrid: Postmetrópolis Editorial, 2017).

⁵³⁶Bruce Ackerman, *We the People I: Fundamentos de la historia constitucional estadounidense* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2015), pp. 21-42, 65-66, 161-193; Bruce Ackerman, “The Living Constitution, Lecture Three: The Conversation between Generations”, *Harvard Law Review*, Vol. 120, N. 7, (May, 2007), pp. 1793-1812.

americano llevada a cabo con el acto constituyente. La norma suprema establecería un sentido normativo preciso que había sido fijado en un momento concreto por personas específicas, y en donde el hecho de apartarse del *significado original* de las leyes supondría un acto legislativo espurio y contrario al espíritu de la constitución. Esta visión generó dos perspectivas sobre el sentido original de la constitución: la corriente *intencionalista*, representada por juristas como el historiador constitucional Raoul Berger, quien defendió que toda doctrina debía ampararse en la intención original de los redactores de la constitución a la hora de establecer sus fallos. En este sentido, por intención original de los autores de la constitución se debía comprender sus intenciones como legisladores y no sus intenciones personales. Una segunda corriente la representarían los *textualistas*, cuyo máximo exponente fue el juez del tribunal supremo Antonin Scalia, quien veía en los esfuerzos de los *intencionalistas* un intento de personificar los actos legislativos, lo que podía poner en peligro el ideal del *gobierno de las leyes*. Como alternativa propuso que lo que se debía buscar no era la intencionalidad subjetiva de los fundadores, sino la intencionalidad política objetivada en la ley, es decir, desentrañar el objetivo que esta perseguía en el momento de su aprobación y que cualquier *persona razonable* del mismo periodo histórico podía compartir. De esta manera Scalia propuso que la labor del jurista debería ser comprender el sentido original de un texto, y no las intenciones de sus redactores, y a partir de la comprensión de ese sentido original dictar sentencia y establecer doctrina.⁵³⁷

Esta inquietud de los *originalistas* por comprender las intenciones de los legisladores del pasado y del sentido original de los textos les conectó en sus preocupaciones lingüístico-históricas con los autores del *contextualismo*, y de hecho es frecuente encontrar citados a estos historiadores entre sus textos referencia. Las obras más populares fueron las de Quentin Skinner debido a su teoría de los contextos discursivos fundamentada en la hipótesis de Austin sobre los actos de habla, que resultó útil para estos juristas de cara a fundamentar su interpretación sobre la intención del autor en la formación del sentido lingüístico. John G. A. Pocock también fue rescatado para el estudio del contexto histórico del *common law*, y fue asimismo reivindicado por el jurista dualista Bruce Ackerman, enemigo declarado de los *originalistas*. Todos ellos

⁵³⁷Antonin Scalia, "Common Law Courts in a Civil Law System: The Rol of the United States Federal Courts in Interpreting the Constitution and Laws" en Amy Goodman (ed.), *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 1997), pp. 16-18, 23-41; Berger, *Government by Judiciary*, pp. 3-11, 18-29, 466-469; Paul Brest, "The Misconceived Quest for Original Understanding", *Boston University Law Review*, 204-236 (Jan. 1989), pp. 135-147.

son deudores de la *síntesis republicana*, en especial de los trabajos de Baylin y Wood por su trabajo de contextualización histórica de los debates constitucionales. Sin embargo lo que diferenciará a los autores del *contextualismo* con respecto a los *originalistas* serán los objetivos que les movilicen en su tarea de comprensión textual. Para los historiadores *contextualistas* esta será una tarea intelectual comprometida con tender puentes entre los lectores del presente y los autores del pasado, mientras que los *originalistas* buscarán la comprensión del sentido de los textos del pasado para imponérselo a los actores del presente.⁵³⁸

Y este es el problema fundamental que introduce la *religión civil americana* a toda labor intelectual guiada por sus premisas: la *religión civil* reifica el pasado a través de la *teoría de la ofrenda*, lo que permite a autores como los juristas *originalistas* imponer sobre el presente una visión rígida y normativa de un pasado imaginado que se pretende solidificado en los textos fundacionales. De esta manera los juristas *originalistas* practicarán un anacronismo vicario desde la ilusión de que con su trabajo hermenéutico podrían ver las cosas a la manera de los actores del pasado, para así poder restaurar un pretendido sentido original de los textos. Con esta ilusión vicaria pierden de vista que aunque los documentos históricos fueran producidos en el pasado por actores concretos, con sus propias intenciones y otorgándoles un sentido específico, estos textos no son un elemento que haya quedado *objetivado* (por ponerlo en palabras de Scalia), sino que su historicidad se fundamenta en que el texto se pone en relación con nuestro contexto debido a nuestros problemas presentes, y no por contener ideas eternas de aplicación universal. Muchas de las problemáticas actuales eran desconocidas en la época de los *Padres fundadores*, y proyectarlas sobre sus textos no sólo es una actividad espuria y absurda en términos teóricos, sino que además fuerza a distorsionar necesariamente el supuesto sentido que los *Padres fundadores* pudieran haber tenido de sus textos, y que en ningún caso se corresponderá con nuestras problemáticas presentes. En último término la labor hermenéutica de interpretación textual se fundamenta en un

⁵³⁸Brest, "The Misconceived Quest for Original Understanding", pp. 142-145; Ackerman, *We the People I*, pp. 44-52; Berger, *Government by Judiciary*, p. 467. El propio Gordon S. Wood contribuyó a comentar las tesis interpretativas de Scalia en el libro *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (1997), adoptando una actitud respetuosa con las tesis de Scalia pero crítica en algunos puntos concernientes a la desaparición del modelo del *common law* en el sistema jurídico estadounidense y a cierta interpretación rupturista de los *Padres fundadores* con el sistema jurídico de la metrópolis. Wood por otra parte puso en duda que el *textualismo* que proponía Scalia estuviera libre del problema de la discrecionalidad jurídica por el simple hecho de adherirse a los textos del pasado. Para Wood el problema de la justicia americana no radica en su falta de celo hermenéutico, sino en su intensa politización. Gordon S. Wood, "Coment" en Amy Goodman (ed.), *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 1997), pp. 49-63.

encuentro de dos horizontes, pero estos nunca pueden imponerse uno sobre el otro sin llegar a desnaturalizarse los dos.⁵³⁹

En síntesis, la *religión civil americana* supondrá un paso fundamental hacia la reunificación en clave nacionalista de una religiosidad pública que durante el siglo XVIII había quedado escindida entre la fe deísta de las élites ilustradas y la religiosidad emocional y popular del *primer gran despertar*. Esta nueva forma de religión patriótica generó a su vez un nuevo imaginario de trascendencia intramundana y colectiva ajeno a las confesiones privadas, dotando de un repertorio simbólico y de contenido narrativo al ecumenismo emocional generado por el primer gran despertar, en donde el deísmo republicano aportará la comunidad de símbolos y el repertorio discursivo mientras que el *gran despertar* aportará los modos de sentimentalidad religiosa desde los que relacionarse con todos esos símbolos, narrativas e imaginarios.

De esta manera la religiosidad cívica americana se diferenciará marcadamente de la religión deísta del *culto de la razón* implementada por el jacobinismo francés, que encontró su máxima expresión con las celebraciones del *Ser Supremo*. El deísmo jacobino inspirado en las ideas de Rousseau fue planteado como un proyecto confesional laico, a modo de una revolución religiosa con la que abolir la potestad espiritual de la iglesia católica, de la misma manera que la Revolución francesa en su vertiente política había abolido el poder regio del absolutismo. Sin embargo en las colonias angloamericanas había fracasado de partida cualquier intento de generar una unidad confesional durante los siglos XVII y XVIII, por lo que no va a existir la necesidad de oponer la *religión civil americana* a una institución religiosa autoritaria. De esta manera nunca se dará ningún estímulo para transformar la *religión civil* en una confesión eclesiástica, sino que esta fue desarrollándose como un sentimiento interconfesional que acabaría por republicanizar el cristianismo en vez de pretender

⁵³⁹Tal y como han señalado autores como Paul Brest y Ronald Dworkin, uno de los mayores defectos de los *originalistas* ha consistido en ignorar la tradición hermenéutica europea, en especial las contribuciones de Gadamer y Derridá en lo referido a la relación entre autor y lector, sobre el acto de interpretación textual y sus consideraciones sobre la diferencia en el sentido de la historicidad de los distintos actores y periodos históricos. Brest, “The Misconceived Quest for Original Understanding”, p. 144; Ronald Dworkin, “Coment” en Amy Goodman (ed.), *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 1997), p. 115. Scalia en su respuesta a Dworkin trató muchas de sus críticas, pero ignoró activamente la referida a su negligencia en el trato de la tradición hermenéutica de la Europa continental, lo que a mi juicio es una muestra de que el ámbito intelectual angloamericano mantiene una postura de ignorar esta tradición que ralla la militancia académica. Antonin Scalia, “Response” en Amy Goodman (ed.), *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 1997), pp. 144-149.

suplantarlo por una nueva fe republicana. De esta manera la *religión civil americana* instituyó la propuesta de Rousseau de manera no premeditada, sin que mediase una intención deliberada por trascender la religión cristiana y sus espacios de culto. De la síntesis americana entre republicanismo y cristianismo surgió un sentimiento religioso hacia las instituciones civiles que conduciría a que la nueva república se convirtiera en objeto de una adoración patriótica en tanto que república cristiana marcada hacia un destino providencial.⁵⁴⁰

Para comprender la naturaleza de esta síntesis es necesario atender a la reconfiguración de la concepción del tiempo histórico que trajo consigo la revolución con la interrelación de los conceptos de *experimento* y *destino*.

El historiador liberal Arthur M. Schlesinger, Jr. fue el primero en apuntar hacia este duplo conceptual considerando que estos dos elementos se habían erigido en figuras esenciales para la fundamentación de la concepción del tiempo histórico en el discurso nacionalista estadounidense. Según Schlesinger Jr. estos serían la expresión de dos perspectivas y actitudes de la conciencia americana, dos teorías sobre la dinámica espacio-temporal de América en su búsqueda de una definición nacional.⁵⁴¹

Una de estas tradiciones tendría un espíritu pragmático y presentaría a América como un arriesgado experimento concebido en términos intramundanos y a merced de leyes universales históricas. El objetivo de este experimento histórico sería la superación del problema que obsesionó tanto a los *Padres fundadores* como a los autores clásicos grecolatinos sobre la corrupción de la virtud y la caída de las repúblicas. La otra tradición tenderá hacia una visión trascendental de la nación, considerando que los Estados Unidos sería una nación excepcional en tanto que nación elegida. Esta visión providencialista de la nación llevaría a defender que los Estados Unidos se regirían por reglas de una temporalidad especial y distinta al del resto de naciones del orbe. Sin embargo en ambas perspectivas subyacería la idea de que el sistema político americano tendría como misión nacional afrontar un problema de carácter temporal, cuya solución en ambos casos será de carácter espacial y geopolítico

⁵⁴⁰Charles Lyttle, "Deistic Piety in the Cults of the French Revolution", *Church History*, Vol. 2, No. 1 (Mar., 1933), pp. 23-32, 39-40; Charles A. Gliozzo, "The Philosophes and Religion: Intellectual Origins of the Dechristianization Movement in the French Revolution", *Church History*, Vol. 40, No. 3 (Sep., 1971), pp. 274-279; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 22-26, 44-46; Noll, *America's God*, pp. 53-64, 73-88, 111-113.

⁵⁴¹Arthur M. Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana* (Madrid: Alianza editorial, 1988), pp. 11, 21, 38, 44-45.

(y de esta manera el sistema político estadounidense actuaría de unión entre los vectores espaciales y temporales de la nación). Para la perspectiva pragmática del experimento esta misión de América sería de carácter endógeno, pues tendría por objetivo actuar sobre los problemas internos de la nación estableciendo un sistema de mecanismos políticos (de pesos y contrapesos) con los que alcanzar un equilibrio virtuoso institucional desde el que combatir la *anaciclosis* polibiana, y de esta manera desafiar así la acción corruptora del tiempo que amenazaría a las repúblicas en todas las épocas. Por otra parte para la visión excepcionalista su idea misionera nacional estaría orientada hacia el exterior, y propugnaría que América en tanto que nación particular tendría el deber de usar su posición privilegiada otorgada por Dios para regenerar al mundo de sus males.⁵⁴²

Schlesinger Jr. planteó estos dos tipos ideales como un modelo (América entendida como un experimento pragmático contra el tiempo) y un contramodelo (América entendida como una comunidad de destino). El historiador liberal no ocultó sus preferencias por el primer modelo sobre el segundo (al que asignó a Ronald Reagan). Pero más allá de la ausencia de una neutralidad valorativa, el problema que plantea la posición de Schlesinger Jr. es que rompe la consistencia de su explicación en la que llega a defender (con muy buen criterio) que estos dos paradigmas acabaron por fusionarse. Al alentar una posición normativa Schlesinger Jr. pretendió escoger entre dos opciones que han acabado por ser inescindibles en la *filosofía de la historia* del nacionalismo americano. Pero si se sigue de manera consecuente la hipótesis completa de Schlesinger Jr. la tarea que habría que desarrollar no es la de privilegiar una de las dos perspectivas, sino explicar cómo ambas se articularon para fundamentar una *filosofía de la historia* desde la cual surgiría un nuevo tipo de discurso providencialista distinto al de los puritanos.⁵⁴³

Pocock había dado pocos años antes con la clave que explicaba la fusión de estos dos paradigmas temporales al plantear que los *Padres fundadores* elaboraron un nuevo discurso político que denominó como *maquiavelismo apocalíptico* (inspirándose en la idea de Tuveson del *Whiggismo apocalíptico*). El *momento maquiavélico* supuso una temática intelectual del republicanismo cívico atlántico que intentaba resolver el

⁵⁴²Ibid., pp. 21-40, 44-45. Polibio, *Historia: libros V-XV* (Madrid: Editorial Gredos, 2000), pp. 149-162. Desde un punto de lógica temporal, la misión del experimento americano sería romper el fatalismo del ciclo temporal, mientras que la misión de la América providencial será posibilitar el tiempo lineal del progreso como tiempo redentor.

⁵⁴³Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, pp. 34, 38-40.

problema de la corrupción de la virtud, que enfrentaba a las repúblicas a su propia mortalidad. El *maquiavelismo apocalíptico* por su parte se alzaría como el corolario americano de esta idea que describe el proceso por el cual la idea del *experimento americano* pasó por concebirse desde una visión polibiana a otra de carácter providencialista. Si una buena parte de la tradición del republicanismo cívico había tenido en su centro de reflexión sobre el problema del fin de las repúblicas, los *Padres fundadores* secularizarán el providencialismo cristiano asimilándolo al progreso histórico que actuaría a través de la historia universal, lo que planteará una situación única y novedosa en la historia de las repúblicas corporeizada por la nueva república estadounidense. Los americanos tendrían la oportunidad de romper con el ciclo de auge, decadencia y caída de las repúblicas de una vez y para siempre gracias a la fundación de un sistema político nunca probado. En este sentido, el experimento americano se planteará como una suerte de enmienda a la totalidad de la antigüedad clásica y a su idea de ciclicidad del tiempo histórico, que fue dominante en la tradición republicana, pues al vincular la nueva república norteamericana con la idea de progreso los *Padres fundadores* plantearon que la acción del tiempo dejaría de ser destructiva para los sistemas políticos, convirtiéndose en cambio en una fuerza redentora.⁵⁴⁴

Y dado que para ellos ninguna república representaba mejor los principios del progreso que aquella que estaban fundando, mediante su experimento político sería posible escapar del hado clásico de la corrupción de la virtud republicana. Gracias a haber conseguido escapar del hado de los clásicos, los americanos se encontrarían en una posición histórica particular que les habilitaría para ejercer de fuerza redentora en el mundo con la exportación de su sistema político. De esta manera experimento y destino

⁵⁴⁴Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 617-619; Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. 24-25; Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, pp. 25, 29; Koselleck, *Historias de conceptos*, pp. 96-112. Resulta evidente durante todo el libro la deuda de Pocock con Tuveson (también asumida en *Virtue, Commerce and History*) a la hora de fundamentar su interpretación sobre el milenarismo, así como para establecer su hipótesis sobre la fusión del lenguaje republicano con el milenarista en América, y muy especialmente en el capítulo XV. Sin embargo la categorización elegida por Pocock para este fenómeno es tan poco afortunada como la de Tuveson, quien sorprendentemente no llegó a manejar de manera rigurosa los conceptos de *milenarismo*, *apocalipticismo* y *mesianismo*, utilizándolos normalmente como sinónimos cuando se trata de conceptos teológicos de la temporalidad escatológica que están emparentados pero que no son intercambiables. Las nociones de *maquiavelismo* o *whiggismo apocalíptico* son imprecisas porque lo que subyació a la mentalidad republicana de la era revolucionaria no era un imaginario apocalíptico del proyecto republicano, sino un proyecto republicano de carácter mesiánico que devendría en una idea posterior de democracia misionera. Esta imprecisión por parte de ambos autores resulta chocante por la importancia que tuvo el estudio del discurso providencialista en sus obras, y es la razón por la que he dedicado tanto espacio a ofrecer una definición rigurosa de estos tropos de la temporalidad escatológica en los capítulos anteriores. Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 134, 617-618, 651; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, p. 93.

se fusionarán en una teología política secular encarnada en la *religión civil americana* que en el siglo XIX alcanzará su expresión plena con el concepto de *Destino Manifiesto*.

Basándome en las tesis combinadas de Pocock y de Schlesinger Jr., considero que el discurso providencialista americano cambió radicalmente con su secularización durante la Revolución americana. Dicha secularización fue posible gracias a una lectura cristiano-deísta de las problemáticas políticas de la tradición republicana atlántica. En este contexto el duplo conceptual de *experimento* y *destino* no se va a relacionar en oposición, sino que van a generar dos imaginarios temporales distintos (uno de restauración y otro de ruptura) según el destino se entienda como *hado* o bien como destino mesiánico providencial. Al inicio de la Revolución americana no se va a dar una conciencia de ruptura histórica tan marcada, por lo que el imaginario histórico se articulará principalmente desde el estrato temporal de los *espacios de experiencia*, priorizando los precedentes, las recurrencias históricas y la circularidad temporal. En este contexto el experimento americano será un experimento contra el hado de las repúblicas. Pero en las últimas fases de la Revolución y sobre todo durante el proceso de conformación de la república federal el sentimiento de estar participando de una experiencia históricamente novedosa hará predominar el estrato temporal de los *horizontes de expectativa*, y el experimento se comprenderá como un experimento nacional encaminado hacia un destino providencial.⁵⁴⁵

Pero antes de entrar a valorar esta hipótesis es necesario aclarar la relación de los *Padres fundadores* con los paradigmas ideológicos del republicanismo y el liberalismo.

8.2 El debate entre el consensualismo liberal y la *síntesis republicana* por la interpretación de la cultura intelectual de la Revolución americana.

La reestructuración imperial de 1763 y toda la nueva legislación e impuestos establecidos por la metrópolis para sufragar la recuperación económica tras la guerra de

⁵⁴⁵Gran parte de las hipótesis aquí presentadas sobre los usos del concepto de *experimento* por parte de los *Padres fundadores* la he desarrollado en el artículo: “El ‘experimento americano’ y los orígenes del concepto moderno de revolución”, *Revista de estudios políticos*, N° 182, (Dic. 2018). En este trabajo intenté demostrar cómo el uso tradicional del concepto de revolución reveló límites semánticos durante la Revolución americana, pues si bien había sido útil para explicar el levantamiento contra la metrópolis, resultó insuficiente para expresar la necesidad de llevar a cabo transformaciones sociales y políticas en términos que sobrepasaban modelos de los referentes clásicos y de la ideología whig de la facción *country*. Por lo que los Padres Fundadores se sirvieron del término *experimento* para completar el universo referencial que el concepto de revolución en aquel momento no llegaba a abarcar transformando el sentido temporal de la noción de revolución, de ser un concepto que expresaba una temporalidad circular como restauración de un régimen virtuoso corrompido, a devenir en un imaginario de ruptura histórica e imaginario sobre el progreso.

los siete años alentó entre los colonos una conciencia de agravio comparativo hacia la metrópolis, que llevará a colocar en el centro de las prioridades políticas de los angloamericanos la necesidad de un nuevo imaginario político sobre la *no dominación* corporeizada a través de discursos que tenían como su eje la libertad pública y la ciudadanía activa. Salvo en algunos casos aislados concentrados en Nueva Inglaterra, la respuesta inmediata de la mayoría de los colonos no fue la de organizarse para exigir la independencia, sino la de movilizarse políticamente por medio de *performances* públicas, guerras panfletarias y comités de correspondencia para protestar contra lo que ellos percibían como una usurpación de sus derechos como súbditos ingleses. Pero según se fue agravando la crisis entre la metrópolis y sus colonias el espíritu independentista fue creciendo por la escalada del conflicto y la represión ejercida por la corona inglesa para sofocar la rebelión de la colonia de Massachusetts, que en último término acabaría precipitando al resto de las colonias a seguir su ejemplo iniciando una guerra de independencia. La trascendencia de estos hechos para el devenir de la historia estadounidense (por la influencia de la *teoría de la ofrenda*) ha dado lugar a una larga guerra interpretativa por determinar el carácter del pensamiento de la generación revolucionaria.⁵⁴⁶

Uno de los últimos conflictos interpretativos entre corrientes historiográficas se dio en el último cuarto de siglo XX con el debate entre consensualistas/neoliberales y la *síntesis republicana*, que se enfrentaron para determinar la importancia del liberalismo y del republicanism en el imaginario de la Revolución americana.

Por una parte la tradición historiográfica de la historia del consenso, y posteriormente la historiografía neoliberal interpretaron estos acontecimientos como una revolución de corte lockeana que habría tenido su origen en la ausencia de instituciones feudales. Este hecho diferencial habría permitido plantear un imaginario enteramente moderno de ruptura con el pasado por medio de un discurso centrado en la defensa del individuo y de sus derechos naturales. Esto habría permitido que emergiera un *liberalismo natural* producto de la mentalidad de unas victoriosas clases medias que actuaría como un elemento articulador del consenso social, poniendo las bases culturales para una concepción antropológica funcional para el desarrollo del espíritu capitalista en los Estados Unidos. El autor principal de este relato histórico fue el

⁵⁴⁶Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 1-10; Aurora Bosch, *Historia de Estados Unidos 1776-1945* (Barcelona: Editorial Crítica, 2010), pp. 1-38; Carmen de la Guardia, *Historia de Estados Unidos* (Madrid: Sílex, 2012), pp. 35-69.

historiador del consenso Louis Hartz a través de su famoso libro *The Liberal Tradition in America* (1955).⁵⁴⁷

En los años 70 del siglo XX sus tesis fueron atacadas por la *síntesis republicana* que dio lugar a su vez a una nueva corriente anti-revisionista de historiadores neoliberales de entre los que han destacado Joyce Appleby e Isaac Kramnic, quienes revitalizaron las hipótesis de Hartz contraponiendo los discursos sobre el derecho natural a la reivindicación de los derechos históricos y del *vivere civile* que defendía la *síntesis republicana*. Estos historiadores neoliberales propusieron que los *Padres fundadores* y la generación revolucionaria no estaba conformada por un grupo de individuos nostálgicos por una constitución histórica o un republicanismo clasicista perdidos, sino que era una generación consciente de su modernidad, y que desde una mentalidad de clase media y un discurso de la defensa de los derechos naturales buscaban construir una nueva sociedad individualista orientada hacia la búsqueda de la felicidad, entendida esta como el predominio de un ámbito de privacidad individual en pos de la acumulación de riqueza.⁵⁴⁸

Por su parte, los autores de la *síntesis republicana* asaltaron las posiciones de Hartz y combatieron posteriormente a historiadores como Appleby y Kramnic desde el supuesto compartido de que la generación revolucionaria y los *Padres fundadores* formaban parte de una cultura política *whig independiente* de carácter trasatlántico deudora del debate metropolitano del *court and country*, favoreciendo la perspectiva del ideal *country* defendido por whigs radicales y tories independientes como Henry Bolingbroke. Al comenzar la crisis por la reordenación imperial en 1763 el imaginario *whig independiente* de los revolucionarios fue movilizado posibilitando interpretar las nuevas prerrogativas reales como una usurpación de sus derechos históricos reconocidos por la *Ancient Constitution*. A partir de este fundamento *whig independiente* los *Padres fundadores* habrían establecido un discurso republicano que bebería de diversas fuentes, como el discurso revolucionario del republicanismo inglés harringtoniano, la teoría jurídico-política de la Ilustración continental, así como de un discurso sobre la ciudadanía activa que hundiría sus raíces en la recuperación británica de los escritos del humanismo cívico y de sus referencias a los pensadores republicanos de la antigüedad

⁵⁴⁷ Louis Hartz, *The Liberal Tradition in America* (Orlando: Harcourt Inc., 1992), pp. 3-32, 50-64, 67-86.

⁵⁴⁸ Joyce Appleby, *Liberalism and Republicanism in Historical Imagination* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1992), pp. 23-33; Isaac Kramnick, "Republicanism Revisited: The Case of James Burgh" en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.), *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias* (Worcester: American Antiquarian Society, 1992), pp. 84-86, 92-94, 97-98.

clásica. El resultado de esta amalgama ideológica fue la conformación de una retórica de la resistencia ante las usurpaciones de la corona inglesa, cuyas protestas comenzaron como una reivindicación de los derechos históricos y acabaron por articularse como una ideología de ruptura con la metrópolis.⁵⁴⁹

La obra de referencia para este debate ha sido el libro colectivo *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias* (1992), en donde debatieron muchos de los principales autores de ambas tendencias, y que apareció en el mismo año en que Joyce Appleby publicó su libro de compilación *Liberalism and Republicanism in Historical Imagination* (1992) en donde recopiló sus principales argumentos contra la *síntesis republicana*. En la obra colectiva *The Republican Synthesis* publicó también Robert E. Shalhope, la gran autoridad en este debate y el primero en advertir el cambio paradigmático introducido por los autores neo-republicanos contra Hartz en su texto “Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography” (1972) y en donde apareció por primera vez la etiqueta historiográfica de *síntesis republicana*.⁵⁵⁰

⁵⁴⁹Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 55-59, 66-67, 70-76; Gordon S. Wood, *The Creation of the American Republic 1776-1787* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1998), pp. 3-53; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 611-614. Los autores de la *síntesis republicana* fueron por lo general más receptivos a las críticas de los neoliberales que a la inversa. Resulta interesante considerar dos versiones de la *síntesis republicana* sobre este debate a través de dos de los principales autores de esta corriente, cuyas respuestas a la crítica neoliberal fueron diametralmente opuestas. Pocock articuló una defensa más consistente de su paradigma interpretativo (y el menos conciliador con las tesis neoliberales) cuya síntesis puede encontrarse en el tercer apartado de su postscriptum del 2003 a la segunda edición del *Momento Maquiavélico*. En su biografía intelectual “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion” Pocock cuenta que por defender una genealogía alternativa a Locke para el pensamiento norteamericano sufrió ataques de gran vehemencia y agresividad, y con el tiempo descubrió que este era un tema tabú de la identidad nacional americana, y puesto que él no tenía intención de ser americano prefería dejar la defensa de sus posiciones en manos de Gordon S. Wood. Esto explicaría por otra parte su tajante nota 59 del postscriptum del 2003 al hacer mención a este debate, en donde dijo literalmente: “No voy a aportar bibliografía sobre este debate porque no tengo intención de tomar parte en él”. ¡Quién pudiera despachar una problemática de investigación de este modo!, para eso uno ha de haber sido coronado antes como clásico de la historia del pensamiento político. Wood por su parte siguió una estrategia menos antagónica que Pocock, e intentó integrar la crítica neoliberal en sus postulados, hasta el punto de que en el posfacio al libro *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias* llegó a conceder que la historia de la revolución americana había sido en términos intelectuales el tránsito de un paradigma republicano a otro liberal. Los neoliberales habían conseguido rendir la gran plaza fuerte de la *síntesis republicana*, pero esta posiblemente haya sido una victoria pírrica, pues cabe preguntarse hasta qué punto la historiografía actual sobre el periodo revolucionario no es hija putativa de ambas propuestas sin solución de continuidad. Pocock, “From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion”, p. 143; Pocock, *El momento maquiavélico*, p. 688; Gordon S. Wood, “Afterword” en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.), *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias* (Worcester: American Antiquarian Society, 1992), pp. 211-213.

⁵⁵⁰Shalhope, “Toward a Republican Synthesis”, pp. 65-73.

En *The Republican Synthesis* Shalhope publicó un nuevo ensayo titulado “Republicanism, Liberalism and Democracy: Political Culture in the Early Republic” en donde ofreció una muy buena síntesis de la confrontación historiográfica entre neo-republicanos y neoliberales a la par que señaló el principal problema teórico y de historicidad del debate en general. Ambas posiciones enfrentadas habrían basado su contienda en la hipótesis de un enfrentamiento entre el liberalismo y republicanism que resultaría ajena a la mentalidad del siglo XVIII. Shalhope criticó que ambas posiciones habían proyectado hacia los actores del pasado un conflicto interpretativo sobre la conciencia nacional americana propia del siglo XX, y que por lo tanto habrían tratado el pensamiento de los *Padres fundadores* de manera anacrónica. Appleby realizó una crítica similar contra los autores de la *síntesis republicana*, argumentando que proyectaban una categoría de republicanism propia del siglo XX a los *Padres fundadores*. Aunque en ningún momento se cuestionó si ella estaba haciendo lo mismo con el paradigma liberal.⁵⁵¹

En último término el gran problema que acusan ambas partes del debate es que tienden a proyectar sobre la tradición whig dieciochesca unos paradigmas liberal y republicano que no se establecieron como tradiciones ideológicas autónomas hasta el siglo XIX. En la tradición whig inglesa y en los *Padres fundadores* pueden encontrarse elementos de estas dos futuras ideologías sin que la mezcla de sus elementos representase ningún tipo de contradicción para el pensamiento político de la Ilustración. Y en lo referido a la concepción del tiempo histórico de los *Padres fundadores*, una de las claves que se encuentran en el centro del desencuentro se relaciona directamente con la teoría de la historia de la tradición whig británica. Tal y como señaló Pocock uno de los puntos de debate dentro de la ideología whig en el siglo XVIII fue precisamente a

⁵⁵¹Robert E. Shalhope, “Republicanism, Liberalism and Democracy: Political Culture in the Early Republic” en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.), *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias* (Worcester: American Antiquarian Society, 1992), pp. 99-106; Appleby, *Liberalism and Republicanism*, p. 323. Esta polémica es contemporánea al debate que en la filosofía y en la teoría política enfrentó a liberales, comunitaristas y neorepublicanos, pero a diferencia del debate acontecido en el terreno de la filosofía y de las ciencias sociales, en el campo historiográfico la posición comunitarista estuvo ausente y en ningún momento se llegó a profundizar en cuestiones como la ontología del sujeto y su relación con la esfera colectiva, o sobre cuestiones de carácter ético y epistemológico. Las ambiciones teóricas de este debate en la historiografía fueron mucho más humildes, pues no pretendió ofrecer un marco interpretativo para la acción social y la identidad del sujeto, sino que se centró en intentar determinar el lugar que ocupaba John Locke y la tradición liberal en el devenir de la cultura norteamericana, y más concretamente establecer su impacto en la Revolución americana. Por una cuestión de espacio y por no desviar el foco de atención de este epígrafe no profundizaré en los por menores de este debate más allá de los argumentos anteriormente expuestos. Se puede encontrar un buen resumen de las problemáticas, las fuentes, los autores y sus posiciones en el apéndice del libro de Mark A. Noll *America's God: From Jonathan Edwards to Abraham Lincoln* (2002). Noll, *America's God*, pp. 447-451.

tenor de la visión de la historia, que acabó dando lugar a la división entre *old whigs* y *modern whigs*, ya que los primeros ponían en valor la visión de un pasado dominado por la libertad y la virtud, mientras que los segundos desarrollarán una cosmovisión del Imperio británico como una nación ligada al futuro por estar definida en base a unos valores de civilización, Ilustración, creación de riqueza (comercio) y como nación portadora de progreso. Ambas perspectivas fueron fundamentales para la cultura política whig del siglo XVIII, y en esta contraposición de perspectivas temporales ha fundamentado el desencuentro entre los historiadores neoliberales y los de la *síntesis republicana*, pues el pasado whig ofrece ejemplos de concepciones del tiempo histórico que encajan tanto en la perspectiva de la futura ideología liberal, como en la cosmovisión republicana.⁵⁵²

Por tanto en términos generales suscribo la crítica de Shalhope sobre el problema de la proyección hacia el pasado tanto de los debates historiográficos del siglo XX como de paradigmas ideológicos que no se encontrarán completamente estructurados hasta el siglo XIX. Javier Fernández Sebastián se ha referido a este problema como el proceso de conformación de *tradiciones electivas*, que supone una

⁵⁵²Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 232-234. En su prefacio a la edición de 1998 Gordon S. Wood admitió que con su libro *The Creation of the American Republic* (1969) fue uno de los historiadores que más contribuyó a establecer esta dicotomía entre republicanismo y liberalismo para el pensamiento de los *Padres fundadores*. Wood reconoció asimismo haber matizado sus posiciones tras su debate con los historiadores neoliberales, considerando que la contraposición de estos dos paradigmas forma parte de un debate del siglo XX y que para los *Padres fundadores* no habría tenido sentido tener que elegir entre Maquiavelo y Locke, pues ambos autores serían fundamentales para poder establecer una retórica de la libertad. Retórica en la que se pueden encontrar tanto reflexiones de una libertad como ausencia de restricciones a la acción y voluntad de los individuos, en donde también coexisten expresiones sobre la libertad entendida como el establecimiento de normas comunes que posibiliten la autorrealización de todos los individuos en colectividad. Wood, *The Creation of the American Republic*, p. XI. Por otra parte merece la pena recordar que el término *liberal* es posterior en su uso por parte de los *Padres fundadores* a la etiqueta de *republicano*, pues el concepto de *liberal* no aparecerá hasta que en 1810 algunos constitucionalistas de Cádiz comiencen a autodenominarse de este modo, y es a partir de este momento que el término comenzará a extenderse por el resto de Europa, Latinoamérica, y posteriormente a partir de 1820 también a Norteamérica. En contraste el Partido Republicano de Jefferson llevaba usando esa denominación desde su formación como facción en 1792. Por otra parte, para los liberales de Cádiz el autodenominarse como liberales no les resultaba incompatible con el patriotismo ilustrado republicanizante que había dominado su retórica durante toda la convención constitucional, de la misma manera que los *Padres fundadores* no encontrarían incompatibilidad ninguna entre Maquiavelo y Locke. Javier Fernández Sebastián, “From patriotism to liberalism: Political concepts in revolution” en Javier Muñoz-Basols, Laura Lonsdale y Manuel Delgado, *The Routledge Companion to Iberian Studies* (Nueva York: Routledge, 2017), pp. 313-316. Se podría argumentar que el hecho de que el término *liberalismo* no hubiera aparecido en tiempos de la revolución no implica que no hubiera ya liberales por esa época, a lo que se puede responder que si bien las ideas defendidas por el liberalismo pueden ser perfectamente anteriores a la formación de la tradición política que posteriormente las asuma, el liberalismo en tanto que *-ismo* no solamente es un conjunto de ideas y autores, es también una identidad colectiva movilizadora políticamente, y esta requiere de un proceso de racionalización, institucionalización, canonización e introyección por parte de los individuos y partidos que se autodefinirán como liberales, y en tiempos de la Revolución americana este proceso no había ocurrido, a diferencia de la ideología republicana que sí había comenzado ese recorrido con la formación del partido de Jefferson.

forma de anacronismo retroactivo por el cual distintas tradiciones políticas intentan apropiarse de los autores del canon del pensamiento político y cuyas características se presentaron en el apartado 4.2 del capítulo 4. Sin embargo creo que es importante rescatar un argumento de cada una de las partes de cara a considerar el marco teológico-político articulado por los *Padres fundadores*, que será determinante para la constitución posterior de un imaginario de *revolución civil americana*. Los autores de la *síntesis republicana* acertaron al denunciar el reduccionismo de la propuesta de Hartz, no solo porque demostraron que la cultura intelectual revolucionaria era más rica en sus fuentes de inspiración que la mera aplicación de un catecismo lockeano, sino porque además dieron con la clave sobre la existencia de distintos registros de temporalidad en el imaginario político revolucionario. La concepción del tiempo histórico de la generación revolucionaria articuló múltiples imaginarios del pasado que conformaban un sistema de modelos y contramodelos con los que conformar una identidad presente de ciudadanía activa y una serie de proyectos de futuro vinculados con este ideal republicano.⁵⁵³

La propuesta consensualista y neoliberal acertó al señalar que el liberalismo es una ideología que ha disfrutado en los Estados Unidos de una hegemonía que no encuentra parangón en ningún otro sistema de pensamiento con presencia en este país. Su grado de hegemonía ha permeado con tal profundidad en el imaginario colectivo americano que ha trascendido el nivel de ser una ideología en competición, para convertirse en un punto ineludible de consenso político. Sin embargo esta hegemonía liberal no es un consenso suprahistórico y preexistente desde la época colonial, ni tampoco se ha impuesto como una única tradición monolítica de pensamiento. En su afán por subrayar los elementos de continuidad en su versión de la historia del pensamiento los historiadores del consenso y sus sucesores neoliberales crearon un relato reduccionista y empobrecedor de la vida intelectual norteamericana.

Una vez más, el originalismo se impuso como hábito mental en la tradición consensualista y neoliberal, perdiendo de vista que la historia del pensamiento está conformada por una multitud de genealogías intelectuales cuyo sentido está constantemente abierto, en conformación, confrontación y contestación. Los procesos de continuidad y quiebra se gestionan mediante la memoria cultural, que se despliega por medio del canon, que es un dispositivo de poder con el que se establece un linaje

⁵⁵³Fernández Sebastián, “Tradiciones electivas”, pp. 17-19.

intelectual de carácter normativo, y que actúa como un vehículo intelectual de homogeneización intelectual. Esto sin embargo no evita que el canon sea contestado y objeto de constantes luchas por su redefinición. Los historiadores consensualistas y neoliberales han ofrecido un relato sesgado sobre el éxito del liberalismo porque han naturalizado y reforzado el canon intelectual dominante de su país. Pero esta decisión les ha llevado a generar una imagen ahistórica de la vida intelectual americana, pues en ningún momento explicitan cómo este canon intelectual se ha sido produciendo, ni reflexionan sobre los conflictos interpretativos desplegados por los numerosos actores que han intentado monopolizarlo o transformarlo a través de distintos imaginarios, con intereses divergentes y lógicas de la movilización política de muy distinta naturaleza.⁵⁵⁴

Por otra parte la interpretación monolítica del canon liberal defendida tanto por consensualistas como por los neoliberales ha redundado en el reforzamiento de mitos historiográficos antes que en la elaboración de una reflexión profunda y crítica sobre la vida intelectual norteamericana. Si bien existe un cierto sustrato liberal presente en casi todas las propuestas intelectuales americanas, estas se encuentran conformadas por muchos otros elementos provenientes de ideologías distintas. Esto conlleva a que en último término no tenga sentido hablar de una sola tradición liberal, o de un consenso nacional uniforme, sino de la existencia de una multiplicidad de propuestas para cuya interpretación el historiador del pensamiento debe preguntarse por los cambios cualitativos que se han dado cuando el sustrato liberal se ha mezcla con otros elementos.⁵⁵⁵

⁵⁵⁴A pesar de la filípica es necesario matizar que no todos los autores neoliberales fueron tan impermeables a aceptar una pluralidad paradigmática como los fundadores de la historia del consenso. De hecho este fue uno de los puntos de ataque de Joyce Appleby contra los autores de la *síntesis republicana*. Sin embargo resulta legítimo preguntarse hasta que punto ella se aplicó a sí misma su propia crítica al reivindicar de facto el predominio de la tradición liberal. Appleby, *Liberalism and Republicanism*, p. 287.

⁵⁵⁵Una muestra simbólica de la inconsistencia teórica de los historiadores del consenso se encuentra en la divergencia que se dio en el tratamiento del canon intelectual americano entre su obra fundacional y el resto de su corpus literario. En *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron* (1949) Richard Hofstadter podía reclamar la existencia de un consenso liberal y de clase media para la mayor parte de la historia norteamericana, pero su trabajo estaba cargado de un espíritu crítico hacia las convenciones de su tiempo. Aunque en su punto de mira tuviera las obras de la declinante historiografía progresista, en su trabajo revisó los consensos generales establecidos sobre las figuras canónicas de la política norteamericana, y ese espíritu crítico hacia su sociedad (desde el conservadurismo) no desapareció en ninguna de sus polémicas obras, que se erigieron como una crítica a los dos grandes referentes intelectuales americanos de inicios de la Guerra Fría: el sustrato populista del *New Deal* y el estallido reaccionario del *macarthismo*. A su lado los Boorstin, los Hartz y todos sus epígonos neoliberales conforman una sacristía de sacerdotes del convencionalismo académico. No es de extrañar que el propio Hofstadter rechazase cualquier vinculación a esta corriente de normativistas y cruzados en pos del status quo, los *Roca Barea* de la historiografía americana. Pero su maldición consistirá precisamente en ser recordado como *EL* historiador del consenso. Richard Hofstadter, *La tradición política norteamericana y los hombres que la forjaron* (Barcelona: Seix Barral, 1966), pp. 5-12; Richard

En líneas generales considero que la *síntesis republicana* ofrece un marco más adecuado para interpretar la Revolución americana y será la perspectiva que adopte de cara a la explicación de los elementos que conforman este capítulo. Por otra parte la propuesta de los consensualistas y neoliberales ha planteado una interesante reflexión sobre la presunta hegemonía de la ideología liberal en la cultura americana, propuesta que tiene una cierta base, pero que también supone una ficción de coherencia del imaginario nacional que como toda profecía autocumplida refuerza sus conclusiones a través de la popularidad de su planteamiento. El liberalismo americano es un canon intelectual que ha generado una apariencia de unidad tras el cual bulle una historia de conflicto, de pluralidad de actores y problemáticas, así como una complejidad que no puede enterrarse bajo mitos nacionalistas de una escuela historiográfica y de sus epígonos, cuyo hábito intelectual les conduce a interpretar la vida intelectual estadounidense como si fuera una perpetua celebración del cuatro de julio.

8.3 El providencialismo revolucionario como espacio de experiencia: *translatio imperii*, decline and fall y la Ancient Constitution del pueblo anglosajón.

Una de las hipótesis fuertes de Appleby (también presente en Lowenthal) fue defender que muchos de los *Padres fundadores* (especialmente los jeffersonianos) adoptaron un discurso de corte lockeano sobre la defensa de los derechos naturales con el objetivo de orientar la política hacia una idea de progreso independizada de los referentes del pasado. Esto a mi juicio fue parcialmente cierto, y este discurso futurista de rechazo al pasado puede encontrarse también O'Sullivan, pues lo tomó de Jefferson y del jacksonianismo a la hora de elaborar su filosofía de la historia. Sin embargo la concepción del tiempo histórico subyacente al concepto de *experimento* que vehiculizó esta ruptura no supuso una negación total del pasado, sino que al ser un concepto surgido durante la *Sattelzeit* su dinámica temporal dependió de las transformaciones que acontecieron durante este tiempo bisagra, muy especialmente debido a los cambios que se produjeron en la relación entre *espacios de experiencias* y *horizontes de expectativas*.⁵⁵⁶

Hofstadter, "Conflict and Consensus in the American History" en *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington* (Nueva York: Random House, 1970), pp. 444, 456-466; Richard Hofstadter, "Parrington and the Jeffersonian Tradition", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 2, No. 4 (Oct., 1941), pp. 391-392, 400; Kraus & Joyce, *The Writing of American History*, pp. 336-337.

⁵⁵⁶Appleby, *Liberalism and Republicanism*, pp. 318-319, 324; Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, pp. 105-108; [O'Sullivan], "The Great Nation of Futurity", p. 427; A mi juicio el gran problema de

En los capítulos 2 y 3 planteé siguiendo a Koselleck que la *Sattelzeit* (o periodo bisagra) era un espacio temporal de aproximadamente un siglo de duración (1750-1850) que coincidió con la crisis terminal del Antiguo Régimen y que dio lugar a un periodo de continuas revoluciones que intentaron derrocar el viejo orden. A la par que esto sucedía acontecieron las dos primeras revoluciones industriales que terminaron por erigir el capitalismo como un sistema histórico de producción y reproducción social. Todas estas profundas transformaciones en los terrenos político, económico y social tuvieron sus ecos en el terreno de la cultura y del lenguaje, que se vieron afectados por dos fenómenos definitorios de la modernidad: la aceleración temporal y por un proceso de abstracción de todos los órdenes que conllevará a la aparición de los singulares colectivos, conceptos que intentarán transmitir una idea de universalidad por medio de la subsunción de la realidad plural en un lexema singular.

La Revolución americana va a ser una pieza clave en este periodo, y ejercerá una gran influencia en la transformación de la semántica de los tiempos históricos de su época. Esta a su vez se verá influenciada dialécticamente por la transformación en la concepción del tiempo histórico resultado de las rupturas políticas que ella misma propició. Por este motivo la relación entre pasado, presente y futuro en el imaginario temporal de los actores de la era revolucionaria resultará de una enorme complejidad:

El pasado nunca va a encontrarse completamente ausente, ya sea por oposición o por emulación este va a ser un lugar de referencia continuo en los eventos revolucionarios. En esta época de grandes cambios la percepción sobre el presente va a encontrarse caracterizada por un sentido de fugacidad y de transitoriedad debido a la aceleración de los acontecimientos, por lo que constantemente van a existir puntos de fuga que apunten nostálgicamente hacia el pasado o utópicamente hacia el futuro. Y tras todo un siglo de conformación de imaginarios de progreso a través del establecimiento de los relatos sobre la historia universal, la idea de futuro va a irrumpir con fuerza en el imaginario colectivo, pues la sensación de crisis que va a envolver al viejo orden volverá plausible imaginar la completa transformación de la sociedad. La retórica de ruptura temporal con el pasado será común a todos los actores, y será concebida de manera positiva por el bando revolucionario y en términos de amenaza y caos desde

comunicación entre los autores de la *síntesis republicana* y los historiadores neoliberales con respecto a la comprensión que tenían los padres fundadores sobre la historia se debe en buena medida a que salvo Pocock ninguno dedicó grandes esfuerzos a la reflexión sobre la semántica de los tiempos históricos. Asimismo les lastró en su debate su desconocimiento de la hipótesis koselleckiana sobre la *Sattelzeit* y la distinción entre *espacios de experiencias* y *horizontes de expectativas*, cuyo conocimiento habría ayudado a complejizar los términos del debate.

posiciones conservadoras y reaccionarias. Sin embargo esto no va a implicar que el imaginario futurista y utópico se independice de los referentes del pasado, ya que la imaginación sobre el futuro se alimentará de la memoria cultural americana, de sus mitos, ideales y de su semántica. Esto es algo natural, pues el futuro no puede ser pensado *ex novo*, sino que necesariamente responde a la comunidad de referentes que une y moviliza a los distintos grupos sociales que imaginan sus diferentes futuros.

Esta comunidad de referentes resulta resignificada en términos de expectativa positiva si el presente se concibe como un trampolín hacia el porvenir, o en términos de expectativa negativa, en caso de que predomine un sentimiento de amenaza en el presente. El futuro en todo caso siempre está habitado por fantasmas pretéritos de épocas oscuras que pueden volver, así como por promesas de restauración de pasados mejores que fueron abortados por el transcurso de los acontecimientos. Por este motivo ni siquiera los discursos dominados por los *horizontes de expectativa* pueden renunciar del todo a los *espacios de experiencia*, porque toda expectativa responde a la imaginación de una experiencia pasada que se elucubra distinta por el hecho de estar mediada por los acontecimientos del presente.

En la imaginación temporal de los sujetos inmersos en la Revolución americana predominó en los primeros estadios del proceso revolucionario un imaginario y discurso político dominado por los *espacios de experiencia*. Este imaginario temporal basado en las experiencias históricas se articulará a través de la ideología *whig independiente*, que predominaba en las colonias de manera más o menos homogénea. De esta manera la primera respuesta de estos sujetos a los desafíos planteados durante la *Crisis imperial* y en la Revolución americana fue la de acudir a los referentes paradigmáticos del pasado que constituían el repertorio de imaginarios de su tradición política. En lo referido a la retórica de la libertad civil la ideología *whig radical* estableció sus referentes tanto en el imaginario clasicista de la virtud republicana como en una tradición autóctona de corte racial que fundamentaba los principios de autonomía y libertad en la *Ancient Constitution* en las virtudes del pueblo anglosajón.⁵⁵⁷

⁵⁵⁷Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 22-54, 67-87; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 3-36, 48-53; Schlesinger Jr., *Los ciclos de la historia americana*, pp. 24-26; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 96-99, 256-264; Eran Shalev, *Rome Reborn on Western Shores* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2009), pp. 1-10, 41-50. Eran Shalev ha defendido en contra de la presunción de los autores de la *síntesis republicana* (en especial en contra de Baylin) que los usos de los referentes clásicos no respondieron desde el inicio a las tesis whig radicales, sino que cambiaron a tenor del debate sobre la *Crisis imperial*, en especial tras la Stamp Act de 1765, momento en que el imaginario clasicista de los colonos basculó desde un imaginario tory de celebración de las virtudes civilizatorias del comercio de la *Pax Britanica* a una crítica hacia el carácter arbitrario del imperio, que

La educación ilustrada basada en la *translatio studii* y en la *historia magistra vitae* puso a disposición de los colonos angloamericanos todo un repertorio de referentes del mundo grecolatino que fueron interpretados como un conjunto de ejemplos, tanto de emulación con los que constituir una sociedad civil basada en los principios de la virtud cívica y la independencia con respecto al poder despótico, o bien como una colección de antiparadigmas de corrupción pública cuyo ejemplo se debería evitar y combatir para no caer en el despotismo ni ver fracasar el *experimento americano*. La interpretación de estos *exempla* grecolatinos se realizará desde una hermenéutica tipológica parecida a la que habían utilizado anteriormente los puritanos por medio de la exégesis bíblica de su experiencia colonial. Pero si la creencia en ser un santo predestinado era lo que había permitido al puritano generar una trasposición del imaginario bíblico a sus vivencias en el nuevo mundo, los ilustrados neoclásicos harán lo propio por medio del arquetipo del ciudadano virtuoso. El ideal de compromiso cívico del *vivere civile* permitirá vincular las dos épocas por medio de un imaginario cívico grecolatino que establecía equivalencias entre el compromiso cívico de los antiguos y los modernos, un compromiso patriótico en pos de la libertad de la ciudad, por el bien común y contra la arbitrariedad del despotismo. Este marco hermenéutico se fundamentaría en la hipótesis de una temporalidad homogénea, continua y sin cambios históricos fundamentales, y sería el producto de un conjunto de fases de recepción intelectual que llevaron a que la cultura británica fuera modelando su interpretación particular de estos referentes históricos a partir de la constitución de una tradición política que durante la modernidad temprana tuvo que enfrentar el problema de los intentos de la autoridad regia por instituirse en un poder absoluto autónomo: el humanismo cívico tudoriano, la tradición del republicanismo puritano revolucionario del siglo XVII, y el bando cortesano whig independiente acudirán a la tradición clásica y muy especialmente a los autores del bando senatorial de la guerra civil romana con el motivo de buscar un imaginario cívico de oposición al poder regio absoluto.⁵⁵⁸

será representado en las colonias bajo la apariencia arbitraria de los emperadores de la dinastía julia de acuerdo a con el discurso whig radical que dominaría desde entonces. Shalev, *Rome Reborn on Western Shores*, pp. 50-72.

⁵⁵⁸Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 21-25, 41-44; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 414, 419-424, 429-442, 612-619; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 22-23; En lo referido a la importancia de la educación y como la *translatio studii* influyó en los procesos de recepción y en la conversión de la antigüedad en *exempla* ver Carl J. Richard, *The Founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1994), pp. 12-39, 51-55, 84-88 y Clelia Martínez Maza, *Atenas, Esparta y las ligas griegas en la América del periodo constituyente [1786-1789]* (Barcelona: Bellaterra arqueología, 2013), pp. 11-42. La hipótesis tipológica se encuentra en Shalev, *Rome Reborn on Western Shores*, pp. 73-74, 87-93. Para las diferentes clases de ejemplos,

Toda esta tradición discursiva va a constituir un enfoque interpretativo de la tradición clásica que influirá en la recepción que los colonos harán de la antigüedad grecolatina, conduciéndoles a buscar referentes con los que articular un imaginario de libertades civiles en contra de lo que ellos percibían como la intromisión de un poder despótico. Este *revival* clasicista fue entre otras cosas posible gracias a que a mediados del siglo XVIII la Ilustración británica y su contraparte colonial participaron con claves propias del resurgimiento generalizado de la *translatio studii*, es decir, la idea de una transferencia de las artes y la cultura a un nuevo centro imperial operada gracias a la recuperación de los autores grecolatinos, desde la hipótesis de que habría ciertos países especiales que por sus herencias y su papel histórico podrían erigirse en herederos preeminentes de la cultura clásica y en sus depositarios espirituales. Este tropo de origen medieval tuvo su precedente en el recurso cultural de la antigua Roma al reivindicarse como la heredera del helenismo, y ha tenido una larga historia de resurgimientos, de entre los cuales el Renacimiento y la Ilustración son probablemente sus momentos paradigmáticos, aunque no los únicos.⁵⁵⁹

Para la Ilustración la antigüedad clásica fue un referente muy atractivo porque proveía de ejemplos históricos desde los cuales fundar una razón de Estado alternativa a la del agotado Estado confesional de las monarquías absolutas del siglo XVII. Ofrecía asimismo un modelo de ciudadanía cívica con el que dotar de contenido a las reformas ilustradas (en el caso de la Ilustración consejera de príncipes) o con la que contraponerse a la autoridad regia desde una visión alternativa de la sociedad fundamentada en la virtud cívica y el imperio de la ley, y no en la arbitrariedad de la corte y sus sistemas de privilegios (en el caso de la Ilustración radical). La recuperación de la antigüedad clásica ofreció a las elites ilustradas una semántica de la moralidad política alternativa a la moral cristiana, pero que a su vez era lo suficientemente cercana a esta como para poder establecer planteamientos políticos alternativos a los referentes teológicos tradicionales sin que resultaran totalmente extraños a una sociedad aún inmersa en el imaginario cristiano.⁵⁶⁰

contraejemplos y enseñanzas ver Carl J. Richard, *Greek & Romans Bearing Gifts: How the Ancients Inspired the Founding Fathers* (Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2009), pp. 23, 31-33, 47-49, 79-85, 95-103, 123-129, 149-161, 169-181.

⁵⁵⁹David L. Gassman, "Introduction" en *Translatio Studii: A Study in Intellectual History in the Thirteenth Century* (Tesis doctoral: Cornell University, 1973), pp. 5-15; Leonard Tennenhouse, *The Importance of Feeling English: American Literature and the British Diaspora 1750-1850* (Princeton: Princeton University Press, 2007), p. 13; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 264-265.

⁵⁶⁰Wood, *The Creation of the American Republic*, p. 50; Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 51-55; Shalev, *Rome Reborn on Western Shores*, pp. 10-15.

Tanto Bellah como Miller han planteado que tanto el *revival* clasicista de la segunda mitad del siglo XVIII como la generalización en la lectura de Locke fueron procesos que afectaron principalmente a las élites económicas, sociales y culturales. Estas participaron más activamente en el proceso de recuperación de la cultura clásica debido a que habían experimentado la *translatio studii* a través de su educación en los *college coloniales*, espacios de educación y socialización que en el siglo XVIII aún estaban reservados para las élites. Tanto en Gran Bretaña como en sus colonias la educación en los clásicos grecolatinos había gozado de una atención continuada gracias a su tradición humanístico-cívica renacentista. El tránsito del siglo XVII al siglo XVIII estuvo marcado por el agotamiento de los debates teológicos de las Guerras de religión, y la existencia de este repertorio clasicista posibilitó a los *colleges* acudir a un repertorio de alta cultura alternativo al temario teológico. Sin embargo dado que el ingreso a los *colleges* seguía estando reservado a las élites, el único medio de popularización de los referentes clásicos entre las clases populares fue a través del teatro (en especial el isabelino) o en el caso de los estratos medios urbanos por medio de la lectura autodidacta imitando los referentes culturales de las élites patricias.⁵⁶¹

Por otra parte la mayor parte de los ejemplos y referentes de la tipología clasicista respondían a personajes del bando senatorial romano, lo que llevó a la peculiar situación de que el discurso republicano de la Ilustración apelase simultáneamente a un imaginario de igualdad ciudadana fundamentado en los atributos morales de la sobriedad, la virtud y el compromiso con el bien común, mientras que sus referentes clásicos eran de un marcado aristocratismo (desde la hipótesis de que los aristócratas eran los más virtuosos pues al ser dueños de sus medios de subsistencia eran menos dependientes con respecto a terceras personas). Es por esta razón que el imaginario clasicista fue especialmente popular entre las élites ilustradas más progresistas, mientras que penetró con menor fuerza entre las clases populares.

Una excepción a esta regla dentro del ámbito colonial británico lo conformaron los pequeños comerciantes y los artesanos de las ciudades, que desarrollaron un discurso republicano popular alrededor de un imaginario de las virtudes laborales y de la cooperación comercial. Entre los estratos intermedios-bajos de las clases urbanas coloniales el discurso republicano de corte neoclásico fue fundamental a la hora de politizar su forma de vida, pues el imaginario del *vivere civile* les ayudó a establecer

⁵⁶¹Bellah, *The Broken Covenant*, p. 44; Miller, *The Life of the Mind in America*, pp. 102-103; Geiger, *The History of American Higher Education*, pp. 48-57, 89-109;

lógicas de reciprocidad mutua y solidaridad corporativa alrededor del ideal del trabajador independiente, que gracias a su destreza laboral y a su implicación cívica sería capaz de defender su independencia frente a los intentos de dominación de la clase dirigente local y de las usurpaciones impositivas de la corona y el parlamento británico.⁵⁶²

La vinculación del comercio con el imaginario republicano fue aún más compleja y fundamental, pues emergió como resultado de un debate sobre la relación entre virtud y civilización que afectaría en igual medida al imaginario imperial de la época. Cuando en el siglo XVIII Gran Bretaña se alzó como un imperio naval y comercial indiscutible las élites ilustradas inglesas se embarcaron en un debate sobre la relación entre virtud, crédito, comercio e imperio que tuvo como argumento nuclear la cualidad civilizadora del comercio y el papel providencial de Inglaterra como imperio comercial civilizador. El carácter civilizador del comercio y su capacidad de generar un orden moderno fue un elemento fundamental de reflexión para la Ilustración, que se debatiría entre un imaginario orientalista que vinculaba el comercio con el lujo de los *despotismos orientales* (y por lo tanto con la corruptibilidad de la virtud), junto a otra imagen deudora de la naciente economía política en donde el comercio era concebido como la circulación sanguínea que mantenía vivo y dinámico el cuerpo social en un orden superior de civilización (y de esta manera como fuente de virtud). Como ha señalado Pablo Sánchez León, el discurso sobre la sociedad comercial fue acompañado de una retórica sobre los atributos morales del comercio como fundamentación de una nueva antropología cívica. Estos atributos morales propios de los individuos dedicados al comercio fueron generalizados al conjunto de aquellas sociedades que gozaban de un alto índice de desarrollo comercial. El comercio se va a considerar como una fuente colectiva de virtud que va a fundamentar una nueva antropología individualista del sujeto bajo los parámetros del amor propio y la utilidad. Esta nueva antropología individualista del ciudadano llevará a sostener una perspectiva mandevilliana por la cual los atributos morales de los hombres que practicaban el comercio traerían prosperidad al conjunto de la población al ayudar a instaurar un orden superior de civilización, lo que a su vez traería la paz social. De esta manera y siguiendo la metáfora de Adam Smith

⁵⁶²Sean Willentz, *Chants Democratic: New York City & the Rise of the American Working Class, 1788-1850* (Oxford: Oxford University Press, 1984), pp. 61, 94-103.

sobre la mano invisible, el comercio sería simultáneamente fuente de libertad y de un orden autorregulado.⁵⁶³

El debate sobre la sociedad comercial como fuente de orden y civilización va a replantear los términos en los que se van a configurar los imaginarios imperiales en el siglo XVIII. Como indicó Sánchez León, para la Ilustración española la falta de desarrollo comercial va a ser diagnosticada como el resultado de una decadencia imperial que contrastará con un pasado en el que la monarquía hispánica era una entidad poderosa cuyo comercio conectaba los dos hemisferios, lo que llevará a plantear a la élite ilustrada española que la Monarquía Hispánica había sido moderna antes de que surgiera la modernidad europea. En contraste con esta visión para Gran Bretaña su nuevo estatus de potencia talasocrática va a conducir a su clase ilustrada a reflexionar sobre las razones de su éxito imperial, así como sobre los posibles peligros que podrían conducir a su final. En este contexto se recurrió a la antigüedad clásica como repertorio desde el que reflexionar sobre el recién adquirido estatus imperial por medio de la articulación de dos imaginarios: la *translatio imperii* y la idea del *decline and fall*, que en su interrelación generarían un nuevo marco hermenéutico de un providencialismo imperial clasicista.⁵⁶⁴

La *translatio imperii* fue una doctrina surgida como corolario de la *translatio studii* y ampliaba su hipótesis proponiendo que la herencia clásica no era sólo de carácter cultural sino también política, con lo que la nación receptora de la herencia grecolatina estaría llamada a restablecer el caído Imperio romano. En el siglo XII el obispo Otto von Fresing propuso esta doctrina para legitimar el carácter universal del poder del Sacro imperio romano germánico frente a Bizancio, que se reclamaba la verdadera sucesora de Roma. Pero la doctrina tendría además la pretensión de reclamar la *auctoritas* imperial romana con independencia del papado, que mediante la *Doctrina de las dos espadas* propuesta por Bonifacio VIII y con base en la (falsa) *Donación de*

⁵⁶³Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 414, 419-424, 429-442, 515-523, 530-542; John G. A. Pocock, "Virtue and Commerce in the Eighteenth Century: The Creation of the American Republic 1776-1787 by Gordon S. Wood; Alexander Hamilton and the Idea of Republican Government", *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 3, No. 1 (Summer, 1972), pp. 130-132; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 32-34, 49, 99-123, 237-239; Pablo Sánchez León, "Ordenar la civilización: semántica del concepto de Policía en los orígenes de la Ilustración española", *Política y sociedad*, Vol. 42, N. 3 (2005), pp. 141-145.

⁵⁶⁴Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 24-26; Shalev, *Rome Reborn on Western Shores*, pp. 40-45; Guyatt, *Providence and the Invention of the United States*, pp. 51, 61-62, 68-69, 76-82; Sánchez León, "Ordenar la civilización", pp. 143-144, 148; Javier Fernández Sebastián, "The Concept of Civilization in Spain, 1754-2005: From Progress to Identity", *Contribution to the History of Concepts*, No. 4 (2008), pp. 83-86.

Constantino, pretendía presentar el poder universal del Sacro imperio como el resultado de una cesión en segundo grado otorgada por los herederos de San Pedro. La *translatio imperii* va a proponer que el imperio como poder universal no se otorga, sino que se traslada hacia el oeste como resultado de la reencarnación del Imperio romano en distintos reinos herederos suyos siguiendo el modelo de la profecía escatológica sobre la sucesión de los cuatro reinos aparecida en el libro de Daniel (Dn. 2.36-40), y en donde el Sacro imperio sería la última de estas resurrecciones imperiales y la llamada a cumplir el plan providencial de Dios. De esta manera la *translatio imperii* generará un providencialismo secular que fusionará el legado clásico con el horizonte escatológico cristiano en un movimiento de desplazamiento imperial hacia el oeste.⁵⁶⁵

Tal y como ha sugerido Pocock la *translatio imperii* y el discurso sobre el *decline and fall* estarán relacionados aunque partan de tesis contrapuestas. Mientras que en la *translatio imperii* la caída es pasajera porque Roma resurge en sus herederos, el imaginario sobre el *decline and fall* supone la visión de una caída definitiva, convirtiendo a la antigua Roma en un ejemplo que, desde la perspectiva de la *historia magistra vitae*, plantea un *espacio de experiencia* sobre la decadencia de los imperios y las repúblicas del que las naciones del futuro deben aprender si no quieren correr su misma suerte. La lógica del *decline and fall* se planteó como una doble caída: En primer lugar como la caída de la república por su decadencia provocada por el declinar de la virtud de sus ciudadanos, que conduciría al surgimiento de los tiranos, de los ejércitos permanentes y el tránsito hacia el imperio. La ambición de los tiranos y sus ejércitos conduciría a la república a un proceso de expansión ilimitada y decadencia moral que en

⁵⁶⁵En la propia historia de romana puede encontrarse un precedente de esta idea en la *Eneida* de Virgilio, que presenta la fundación de Roma como una *translatio imperii* de la ciudad de Troya como parte del programa ideológico auspiciado por el Emperador Augusto. Pero la doctrina de la *translatio imperii* surgió *stricto sensu* durante la Edad Media, en la pugna de sucesivos poderes políticos por reivindicar para sí la legitimidad política de Roma como poder universal. El Imperio bizantino será el primero en reclamarse sucesor con la *renovatio imperii* de Justiniano y le seguirán tanto el Imperio carolingio con la *restauratio imperii*, como el papado presentando la *Donación de Constantino*. Sin embargo será en el Sacro imperio romano donde se articule la doctrina que tendrá trascendencia en Europa occidental, mientras que en Europa oriental y en especial en Rusia surgirá una doctrina similar pero fundamentada en la tradición ortodoxa y bizantina de la *renovatio imperii*, que frente a la *translatio imperii* germánica propugnará la doctrina de la *tercera Roma*, entendida como el movimiento de traslación imperial gravitando desde Bizancio hacia el este y apuntando hacia Rusia. John G. A. Pocock, *Barbarism and Religion Vol. 3: The First Rise and Fall* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), pp. 112-137; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 616-617; Le Goff, *La civilización del occidente medieval*, pp. 147-149; Tuveson, *Redemeer Nation*, pp. 94-96; Kimberly K. Bell, "Translatio" and the Constructs of a Roman Nation in Virgil's "Aeneid", *Rocky Mountain Review*, Vol. 62, No. 1 (Spring, 2008), pp. 11-14; Félix Duque y Valerio Rocco, *Filosofía del imperio* (Madrid: Abada 2010), pp. 353-359; Marcos Reguera, "En pos del saeculum: Utopía papal en la donación de Constantino y en la teoría de las dos espadas", *Encuentros en Catay*, No. 28 (2014), pp. 216-228.

último término le haría colapsar, conduciéndole a una segunda caída definitiva. De esta manera la república acabaría pereciendo bajo el peso de su propio imperio.⁵⁶⁶

En el siglo XVIII con la *Crisis de la restructuración imperial* y con el debate augusto sobre el imperio, el crédito y el comercio esta tesis clasicista crítica con el imperio y de un marcado enfoque moralista tuvo una gran repercusión en las ilustraciones inglesa y americana. Esta tesis encontró además expresión en la popular obra del historiador Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1772), que ayudó a vehiculizar las posiciones más escépticas sobre la expansión talasocrática que se manifestaría con la *Crisis imperial*, y que tuvo un especial eco en las colonias norteamericanas.⁵⁶⁷

Sin embargo la popularización del *decline and fall* y su imaginario temporal marcado por un apocalipticismo clasicista no impedirá que la hipótesis de la *translatio imperii* pierda su fuerza en el ámbito angloamericano, sino que la potenciará a modo de solución mesiánica. En la Inglaterra del siglo XVIII el continente Americano será concebido como la prueba de que Gran Bretaña estaría llamada a ser el último imperio de la profecía de Daniel, en tanto que imperio más occidental en el movimiento de la traslación mesiánica. El filósofo británico de origen irlandés George Berkeley produjo la visión más famosa de esta idea en sus “Verses on the Prospect of Planting Arts and Learning in America” (1752). El poema fusionó las temáticas de las *translatio studii e imperii* presentando el éxito civilizatorio inglés en el nuevo continente. A través de una descripción armónica de la naturaleza siguiendo el tropo pastoralista que reflejaba América como un jardín, Berkeley consideró que a diferencia de una Europa dominada por la pedantería de la corte y la educación artificiosa, la naturaleza americana guiaría a la virtud permitiendo el renacer de una nueva edad dorada, en donde el surgimiento del imperio y las artes sería motivo universal de inspiración. Los últimos cuatro versos sintetizan con su referencia escatológica el marco hermenéutico que predominará en la perspectiva de la *translatio imperii* que se popularizará en América.⁵⁶⁸

Hacia el Oeste avanza el curso del imperio,

⁵⁶⁶Pocock, *Barbarism and Religion Vol. 3: The First Rise and Fall*, pp. 127-128, 210, 221, 276-324.

⁵⁶⁷Pocock, *Virtue, Commerce and History*, p. 119; Jaroslav Pelikan, “The Two Cities: The Decline and Fall of Rome as Historical Paradigm”, *Daedalus*, Vol. 111, No. 3, Representations and Realities (Summer, 1982), p. 85; Richard, *Greek & Romans Bearing Gifts*, pp. 129-160; Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 196-231; Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 41-44; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 34-37; Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 23-25.

⁵⁶⁸George Berkeley, “Verses on the Prospect of Planting Arts and Learning in America” en Alexander Campbell (ed.), *The Works of George Berkley Vol. III* (Oxford: The Clarendon Press, 1871), p. 232; Tennenhouse, *The Importance of Feeling English*, pp. 13-15; Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. 92-95.

los cuatro primeros actos ya han transcurrido,
un quinto ha de clausurar el drama con el día,
la descendencia más noble del tiempo será la última.⁵⁶⁹

De esta manera a través de la *filosofía de la historia* la Ilustración angloparlante generará una nueva forma de providencialismo en donde la *translatio imperii* y el *decline and fall* serán dos caras de una misma moneda. El *decline and fall* establecía un escenario apocalíptico sobre los peligros de permitir la victoria del poder despótico y los ejércitos permanentes, tanto en Inglaterra como en sus colonias. El imperio de la *pax britannica* podía devenir en el imperio de los césares, y de esta manera traer sobre sí su propia destrucción. Por esta razón el *revival* del modelo de ciudadanía clásica fue tan poderoso en la segunda mitad del siglo XVIII, porque ofrecía una respuesta al problema del despotismo por medio de un modelo de virtud cívica, conectando con el imaginario que había dominado en el siglo anterior por medio de la figura del santo ciudadano del puritanismo. De este modo la retórica y el imaginario del patriotismo cívico ilustrado ofrecía un providencialismomesiánico secularizado por medio de la fusión de los tropos de la hemenéutica bíblica precedente, junto a un nuevo universo tipológico cívico de carácter grecolatino. Este nuevo marco referencial se articulará a través de la *translatio imperii* como solución al *decline and fall*. Si bien la pareja conceptual no encontrará una solución definitiva (pues a toda *translatio imperii* podía sucederle una nueva *decline and fall*) esta nueva forma de providencialismo posibilitó mundanizar el referente salvífico de la doctrina de la predestinación prescindiendo de la teología federal, y resignificando la Nueva Jerusalén en términos de una utopía temporal en el Nuevo Continente.

Junto a este imaginario histórico imperial de inspiración grecolatina los colonos desarrollaron una segunda genealogía en términos de *filosofía de la historia* que representaría al continente americano como la tierra de la libertad, pero en donde el referente no será un imperio bíblico-clasicista, sino una interpretación esencialista de su acervo cultural británico. Los colonos norteamericanos se percibían a sí mismos como parte de una diáspora inglesa en el nuevo continente. El término *anglosajón*, que había surgido en el siglo XVI para referirse a los sujetos de la monarquía inglesa a los dos lados del atlántico, en el siglo XVIII se popularizará como expresión de una comunidad

⁵⁶⁹Berkeley, "Verses on the Prospect of Planting Arts and Learning in America", p. 232

racial cuyas instituciones históricas les habrían preparado para ser un pueblo libre en América. Este concepto pertenecía a una *episteme* política que se hizo popular en las últimas fases del Antiguo Régimen, y que según Foucault intentaba ofrecer una explicación al conflicto civil mediante una lógica similar a la posterior doctrina sobre la *lucha de clases*, pero desde la perspectiva de una *lucha de razas*.⁵⁷⁰

En los siglos XVI y XVII el discurso racial anglosajón comenzará a ser utilizado en la lucha religiosa por la Iglesia de Inglaterra, que recurrirá a él para intentar justificar su separación del catolicismo romano. Esta argumentará sobre la existencia de una iglesia cristiana precedente de origen sajón que sería la versión británica del cristianismo primitivo, y que habría sido suplantada por la curia romana traída con la conquista normanda. Por otra parte durante el siglo XVII se recuperará la obra de Tácito en el panorama intelectual europeo, y los panfletistas ingleses del siglo XVII recurrirán a su obra *Germania* para seleccionar aquellos pasajes en los que el historiador romano consideraba que los germanos eran un pueblo noble amante de la libertad. Los panfletistas ingleses del barroco interpretarán estas palabras de Tácito a la luz de la teoría de la *translatio imperii*, con lo que desarrollarán un discurso según el cual los anglosajones, en tanto que el pueblo germánico que había experimentado un mayor avance hacia el oeste, sería considerado como el pueblo germánico más vital y amante de la libertad, cualidades que habrían heredado los ingleses por ser los descendientes directos de este pueblo hipotético y herederos de sus instituciones históricas. En este contexto la reforma inglesa se interpretará como un *revival* de las invasiones bárbaras, pues al igual que los pueblos germánicos habían destruido al decadente Imperio romano en su avance hacia el oeste, la reforma protestante triunfante en los países de ascendencia germánica habrían supuesto un *revival* espiritual de estas invasiones para romper de nuevo el Imperio romano de la curia vaticana, teniendo su vanguardia con la Iglesia de Inglaterra en el punto más occidental de la reforma en el continente europeo.⁵⁷¹

Junto a este discurso teológico que vinculaba sajónismo con protestantismo (y que dará lugar con posterioridad al ideal del *White Anglo-Saxon Protestant* o WASP) surgirá el relato histórico barroco de la *Ancient Constitution*, según el cual los

⁵⁷⁰ Michel Foucault, *Genealogía del racismo* (La Plata: Caronte ensayos, 1996), pp. 85-96; Tennenhouse, *The Importance of Feeling English*, pp. 3-15, 94-97; Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 4-10.

⁵⁷¹ *Ibid.*, pp. 10-12; Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. 137-155; Skinner, *Liberty before Liberalism*, pp. 90-91; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 438-442, 456, 461, 506-512; John G. A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law: a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), pp. 19-21, 56-59, 229-231.

descendientes de los sajones, la *gentry* y la *yeomanri* (los sustratos intermedios de la sociedad estamental inglesa) habrían mantenido *las libertades de los ingleses* a través de la *Ancient Constitution*, un conjunto de leyes y tradiciones de origen sajón que habrían estado bajo asedio por los descendientes de los conquistadores normandos, la gran aristocracia y la corona, que pretenderían derogarla en sus intentos de imponer el absolutismo. Esta matriz discursiva será especialmente poderosa en el siglo XVIII entre los partidarios del bando whig y sus historiadores a la hora de justificar su intento de limitar el poder de las prerrogativas regias en tanto que contrarias a la tradición del pueblo inglés, ajena a su constitución, sus leyes y su propia naturaleza.⁵⁷²

En América la cuestión racial fue clave desde muy pronto para unos colonos que debían compartir/competir por el espacio con indios, esclavos africanos, y otros pueblos coloniales como los franceses y los españoles. En este contexto el discurso anglosajonista resultó central para justificar la expansión y el dominio de los colonos ingleses como resultado de un hecho primordial en su raza, que obedecería a un impulso atávico por trasladarse hacia el oeste como habrían hecho sus antepasados sajones en tanto que pueblo amante de la libertad. Durante la Revolución americana el referente anglosajón se volverá aún más importante, pues la *Crisis imperial* y la batería impositiva proveniente del parlamento y sancionada por la corona se interpretará como un intento de las élites normandas que regían Inglaterra por acabar con los últimos restos de la *Ancient Constitution* transportada a América por los emigrantes anglosajones.⁵⁷³

De entre los *Padres fundadores* Thomas Jefferson será el más interesado por el legado anglosajón de los colonos norteamericanos, dando mucha importancia al estudio de su lengua y de sus textos como fuentes de libertad. Jefferson establecerá una visión romantizada de los sajones y su conexión espiritual con la tierra como fuente de libertad. Para Jefferson los antiguos sajones eran los pequeños agricultores que defendían su independencia frente a la dominación de los grandes terratenientes normandos. A partir de su interpretación *yeoman* de los sajones Jefferson generará una fusión de raza y ciudadanía en la que se unirán el mito del sajón agricultor independiente con el ideal del pastoralismo virgiliano como fuente agraria de la virtud cívica. Esta visión racializada de la ciudadanía vinculada a la agricultura como fuente de

⁵⁷²Ibid., pp. 37-52, 188-193, 232-251; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, p. 96.

⁵⁷³Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 30-32, 65-76, 174-198; Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 13-17.

independencia republicana va a ser de enorme importancia a la hora de justificar un expansionismo democrático y racista en el siglo XIX. Sin embargo esta visión racista ilustrada se diferenciará del posterior discurso del romanticismo racista en el hecho de que para Jefferson y la generación revolucionaria la clave de la superioridad anglosajona se encontraba en sus leyes e instituciones, y no directamente en un hecho racial fenotípico.⁵⁷⁴

De esta manera los dos imaginarios históricos que conformaban la concepción del tiempo histórico de la generación revolucionaria en términos de *espacios de experiencia* van a incidir simultáneamente en un mismo aspecto: la historia universal se basaría en un movimiento histórico en el que la virtud, la libertad y el imperio, se desplazarían hacia el oeste, conduciendo con su marcha a la formación de un pueblo depositario de la herencia de la raza más noble y del mayor de los imperios nunca conocidos. De esta manera, por la fusión de estos dos imaginarios históricos los colonos norteamericanos fueron capaces de sostener simultáneamente la hipótesis sobre la historia universal que negaba la existencia de países particulares al margen de las leyes generales de la historia, junto a dos imaginarios históricos, uno clasicista y otro anglosajón que planteaban que a pesar de que la historia se guiase por reglas universales, habría algunas naciones que por sus herencias históricas podrían alcanzar una preeminencia excepcional con la que influir en el curso de la historia. En el siglo XIX estos discursos se reforzarán por medio de un imaginario romántico del nacionalismo americano que reconceptualizará todos estos referentes desde un modelo de *filosofía de la historiade* corte hegeliano. Sin embargo esta no fue la única clave temporal desde la que se constituyó un providencialismo imperial en la América revolucionaria. El proceso de independencia trajo consigo una conciencia de que los eventos revolucionarios eran de una novedad radical que obligaban a cortar tanto con la metrópolis como con las experiencias del pasado, llevando a los *Padres fundadores* a considerar el tiempo en términos de progreso histórico como *horizonte de expectativa*.

8.4 El providencialismo revolucionario como *horizonte de expectativa*: el experimento americano.

La victoria de los colonos en la Guerra de Independencia planteó un nuevo marco de discusión pública en el que la prioridad ya no va a ser ni la reivindicación de

⁵⁷⁴ Ibid., pp. 18-25; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 227-228; Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 158-167.

unos derechos históricos usurpados (como ocurrió en el periodo de protesta colonial, 1763-1776), ni los motivos que justificaban la independencia con respecto a la metrópolis (discurso que articuló los debates del periodo revolucionario, 1776-1783). Con el logro de la independencia el nuevo paradigma discursivo que va a estructurar la discusión pública tratará sobre las características que deberá tener el nuevo sistema político para los Estados emancipados. Este cambio de prioridades va a recomponer radicalmente el imaginario temporal de los revolucionarios, en donde las expectativas por el futuro se van a imponer sobre los recuerdos de las experiencias pasadas. En este contexto va a emerger el concepto de *experimento* como el término político fundamental que va a vehicular los debates constituyentes en las nuevas repúblicas y posteriormente en la federación.⁵⁷⁵

Este cambio en el imaginario temporal va a venir acompañado por una transformación del propio paradigma político republicano. José Luis Villacañas ha propuesto (a mi juicio con buen tino), que con las revoluciones francesa y americana se dio un cambio paradigmático en el republicanismo revolucionario que marcará el tránsito desde la tradición republicana clásica (en tanto que una pluralidad de repertorios discursivos sobre la ciudadanía activa y la *no-dominación*) al republicanismo moderno como ideología política. A partir de una crítica a la tesis de Philip de Petit sobre la derrota del republicanismo por el liberalismo, Villacañas ha propuesto que con las revueltas de Boston y París se cambiaron los objetivos políticos del republicanismo, que partía desde un ideal clásico de la ciudadanía activa en donde el ciudadano virtuoso actuaba reactivamente para conservar la libertad pública, entendida esta como la ausencia de la dominación de un poder arbitrario. El nuevo republicanismo virará hacia la idea del *poder constituyente*, el proceso del establecimiento de un marco normativo universal en donde el conjunto de ciudadanos (en tanto que pueblo soberano) pactan unas reglas de juego que toman en consideración el bien común, establecimiento un nuevo contrato social donde el gobierno de las leyes y el compromiso cívico posibiliten un nuevo tipo de libertad como límite habilitante que permita la fundamentación de un tipo de dominación legítima.⁵⁷⁶

En la Revolución americana y durante los años formativos de la república federal este cambio se va a traducir en la apertura de un proceso constituyente tras la

⁵⁷⁵Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 323-325.

⁵⁷⁶José Luis Villacañas, "Republicanism and domination. A critique of Philip de Petit", *Διάνοια. Revista de Filosofía*, N. 27 (2002), pp. 80-87.

guerra de independencia. Primero mediante las convenciones de las constitucionales Estatales que darían lugar a modelos constitucionales de muy diverso tipo, y a partir de 1783 se abrirá un debate mucho más profundo con la reforma de los artículos de la confederación que acabará trasmutando en una asamblea constituyente y federal en Filadelfia.

Sin embargo en este contexto no va a ser tan sencillo establecer una dicotomía clara entre liberalismo y republicanism, tal y como aparecerá en el debate entre consensualistas/neoliberales y la síntesis republicana, o en las obras de Skinner, Pettit y Villacañas. El contractualismo de la revolución americana va establecerse desde la teoría del *social compact*, que se fundamenta simultáneamente en distintas tradiciones.

Tuvo su antecedente más cercano en el *compact* de la teología federal propugnado por el puritanismo de Nueva Inglaterra, pero también se inspiró en la teoría contractual del puritanismo inglés a través de los autores republicanos de la Guerra civil inglesa, en especial la teoría contractual de Algernon Sidney y sus *Discursos concernientes al gobierno* (1680), así como en la teoría del contrato social de John Locke establecida en el *Segundo Tratado del Gobierno Civil* (1681/88). La teoría del *social compact* va a tener un fuerte sustrato individualista por su componente lockeano que va a aportar tanto la idea de los derechos de los individuos como resultado de sus derechos naturales, como el ideal del gobierno por consentimiento como resultado de una decisión de los individuos para salir del estado de guerra. Pero junto a esta perspectiva que con el tiempo será reclamada por el liberalismo, el *social compact* también va a conservar un fuerte aspecto comunitario deudor del *compact* puritano, basado en la idea del autogobierno de los santos en las asambleas de los *town meeting*. Finalmente también contará con un fuerte aspecto republicano a través de la reclamación de Sidney de que los ciudadanos tienen el derecho de dotarse de sus propias herramientas de autogobierno, así como el derecho de elegir la forma política que mejor les represente.⁵⁷⁷

Quizás el cambio más importante que va a darse en este nuevo republicanism moderno va a ser el abandono del imaginario aristotélico sobre la constitución mixta, transformación que se llevó a término durante los debates de las constituciones estatales y que terminó por acontecer en el proceso de establecimiento de la constitución federal. El paradigma de la constitución mixta había sido fundamental en el imaginario de la

⁵⁷⁷Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 282-285, 289-291; Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 175-198; Skinner, *Liberty before Liberalism*, pp. 28-30.

teoría política inglesa de la modernidad temprana. Fue importado por el humanismo cívico tudoriano y adquirió especial preeminencia en los debates del republicanismo inglés durante la Guerra Civil, en donde autores como Harrington o Sidney habían hecho uso del ideal de la constitución mixta para dotar al bando parlamentario de un modelo de gobierno equilibrado, en contraposición con lo que ellos percibían como el despotismo de los Estuardo. La tradición whig radical dieciochesca y autores tories como Bolingbroke utilizarán este argumento en los debates del *court and country* en contra de las prerrogativas regias, y desde este debate lo retomarán a su vez los colonos, quienes utilizaran la idea de la constitución mixta en combinación con la defensa de la *Ancient Contitution* para oponerse a la legislación de Jorge III y para justificar su independencia.⁵⁷⁸

Un hecho que no debe olvidarse es que los *Padres fundadores* realizaron su recepción de la constitución mixta atendiendo simultáneamente a dos fuentes que no concebían esta teoría sobre el gobierno exactamente bajo los mismos parámetros. En primer lugar los *Padres fundadores* formularon la teoría de la constitución mixta a partir de la interpretación de Polibio y su teoría temporal de la *politeion anakuklosis*. Esta introducía una concepción dinámica de la teoría aristotélica concibiéndola como una sucesión de *constituciones simples* en donde la crisis constante de la república sólo podría detenerse por medio de una combinación de elementos pertenecientes a las distintas constituciones. El resultado final de la constitución mixta sería una forma política donde estarían igualmente representados los muchos pobres y los pocos ricos, poniendo fin al conflicto civil a partir de un sistema en el que ningún grupo social saldría perdiendo en el reparto de las magistraturas y con el que todos pudieran identificarse. En este contexto la constitución mixta se entiende como un acuerdo político con el que se estabiliza la república, deteniendo así el ciclo de auge y decadencia de las constituciones simples. Esta visión polibiana fue interpretada por los *Padres fundadores* desde el esquema del *decline and fall* popular en esa época, por lo que ellos no concebirán la *anaciclosis* como un ciclo eterno de sucesión de ordenes políticos, sino en términos de la caída definitiva del orden civil por la extinción de la

⁵⁷⁸Lance Banning, *The Jeffersonian Persuasion: Evolution of a Party Ideology* (Ithaca: Cornell University Press, 1994), pp. 21-90; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 421-486, 494-499, 506-512, 626-634; Pocock, "Virtue and Commerce", pp. 120, 128; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 247-253; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 197-226; Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 175-181

virtud, razón por la que los *fundadores* van a esforzarse en garantizar la estabilidad institucional para su nueva república.⁵⁷⁹

Pero junto a esta fuente clásica los *Padres fundadores* tendrán a su disposición otro referente basado en la tradición parlamentaria inglesa, que por medio de los autores republicanos del siglo XVII había establecido su propia interpretación de la constitución mixta a través del bicameralismo inglés. Los autores republicanos ingleses intentaron adaptar la constitución mixta al ideal de la *Ancient Contitution* y plantearon la cámara de los comunes como el elemento democrático de la constitución inglesa, mientras que la cámara de los lores representaría su elemento aristocrático (con el rey o el lord protector como el elemento monárquico).⁵⁸⁰

Los *Padres fundadores* debatieron teniendo en mente (aunque no necesariamente bien distinguidas) ambas concepciones de la constitución mixta, y del caso inglés tomaron la enseñanza de que no era posible generar un sistema mixto compuesto por grupos sociales constitucionalmente diferenciados. Si la Revolución gloriosa había supuesto desde su perspectiva el triunfo de la constitución mixta sobre la tiranía de los Estuardo, la experiencia del gobierno de Robert Walpole y del partido de la corte había enseñado a los colonos que el impulso de los grupos sociales dominantes tendía a monopolizar la constitución en su conjunto. Por este motivo, y para evitar un gobierno arbitrario, el sistema político debía responder a la voluntad del cuerpo político en su conjunto catalogado por la constitución como “*We the people*”, y no como un *SPQR*. El parlamentarismo inglés había conducido a los revolucionarios americanos a concebir las cámaras como órganos representativos, y a la hora de equipararlas a las magistraturas de las repúblicas antiguas esto introducía una importante distorsión, pues en las repúblicas de la antigüedad algunas magistraturas y asambleas podían tener también un carácter representativo, pero estas eran primordialmente órganos participativos de carácter cívico reservados para cada una de las clases en exclusividad. El senado y el pueblo de Roma eran entidades distintas en la constitución mixta de la república romana, con sus espacios propios de participación política y dotados de unos

⁵⁷⁹Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 123-160, 167-168; Polibio, *Historia: libros V-XV*, pp. 149-162; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, p. 96. Aunque las tesis de Charles Beard no se encuentren actualmente en su momento álgido, no se puede perder de vista que los *Padres fundadores* eran la clase dominante del mundo colonial angloamericano, por lo que tanto los plantadores esclavistas del sur como la élite comerciante y burguesa de las colonias del norte van a favorecer un imaginario colectivo que garantice la estabilidad política y la paz social.

⁵⁸⁰Bernard Manin, *Los principios del gobierno representativo* (Madrid: Alianza editorial, 1996), pp. 119-124; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 187-214; Skinner, *Liberty before Liberalism*, pp. 17-36; Pocock, “Virtue and Commerce”, p. 120.

mecanismos de pesos y contrapesos (a través de magistraturas de vigilancia mutua) con los que evitar que un grupo se impusiera sobre el otro, como era el caso de la magistratura del tribuno de la plebe. Sin embargo la América colonial era una incipiente sociedad de clases con esclavos, y no una sociedad estratificada en estamentos como la romana o la inglesa. Esto condujo a que los *Padres fundadores* rompieran con la idea clásica de la constitución considerada como la organización institucional de grupos sociales diferenciados, y por lo tanto renunciaron a la dicotomía entre los muchos pobres y los pocos ricos, para pensar el orden político desde la distinción entre pueblo y representantes.⁵⁸¹

Es de sobra conocido que en *El Federalista* número 10 Madison estableció nuevos criterios desde los que entender qué es una república atendiendo a nuevos parámetros de soberanía y participación cívica funcionales al proyecto federalista y a los sistemas representativos. Madison conceptualizará la república como un gran territorio compuesto por muchos ciudadanos en donde unos pocos son escogidos para ejercer un gobierno por delegación sobre el resto bajo su mutuo consentimiento. Con esta idea Madison pretendía evitar el faccionalismo, aunque como señala Pocock lo que contribuyó fue a la formalización en la distinción entre un pueblo constituyente (el electorado) y un pueblo gobernante (los representantes), lo que de facto abolirá el ideal de la ciudadanía republicana que había sido edificado durante siglos por las distintas tradiciones que en la actualidad tienden a denominarse bajo el paraguas conceptual del *republicanismo clásico*. El problema fundamental que introdujo la idea de los sistemas representativos fue la puesta en cuestión del ideal ciudadano de la tradición republicana y de su antropología cívica del *zoon politikon*. Como reflexionará Pocock el acto de elegir a una persona para actuar en nuestro nombre supone el establecimiento de una identidad artificial que no puede compararse al acto de reconocer a una persona con la que se actúa directa y colectivamente en la consecución de objetivos políticos comunes mediante el establecimiento de un vínculo asociativo común.⁵⁸²

⁵⁸¹Manin, *Los principios del gobierno representativo*, pp. 62-70, 129-163; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 163-181, 230-231, 268-273, 601-602, 606-607; Ackerman, *We the People I*, pp. 200-219; Skinner, *Liberty before Liberalism*, pp. 12, 72; Pocock, "Virtue and Commerce", pp. 120, 124-126; Villacañas, "Republicanism y dominación", pp. 83-86.

⁵⁸²[Madison], "The Federalist, No.X" en *The Constitution of the United States of America and Selected Writings of the Founding Fathers* (Nueva York: Barnes & Noble, 2012), pp. 289-290; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 624-629, 690-692; Pocock, *Virtue, Commerce and History*, pp. 37-44; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 596-606; Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 363-366; Manin, *Los principios del gobierno representativo*, pp. 145-147, 289-292. Una de las grandes paradojas del Federalista 10 es que si bien Madison pretendía acabar con el faccionalismo a través de los sistemas representativos, lo que al final consiguió fue institucionalizar dicho faccionalismo

Los debates para la aprobación de la constitución federal fueron el momento álgido de movilización de todos los referentes del mundo clásico, pues en su búsqueda por instituir *una unión más perfecta* los *Padres fundadores* acudieron a todo su repertorio de *espacios de experiencia*. Sin embargo declaraciones como la del federalista número 10 muestran que los repertorios de la antigüedad clásica se revelaban como un referente insuficiente para las expectativas de la generación revolucionaria. Y es precisamente cuando los horizontes de expectativas eclipsan a los espacios de experiencia cuando tiene lugar las grandes transformaciones en los referentes que fundamentan la concepción del tiempo histórico de una época.⁵⁸³

Wood denominó a este proceso de cambio como *el fin de la política clásica*, que se tradujo en un abrupto abandono de los referentes de la antigüedad grecolatina tras los debates constitucionales. La estabilidad de los sistemas políticos ya no reposaría en el equilibrio entre unas magistraturas de las que participasen los distintos estratos cívicos, sino en un sistema que distinguía y separaba los distintos poderes del soberano para imposibilitar la caída de la república en una tiranía. Esta idea tomada de Montesquieu suponía concebir el poder soberano como un conjunto de funciones de gobierno diferenciadas, constitucionalmente separadas y cuyas atribuciones se encontrarían recogidas en una constitución escrita para evitar cualquier invasión de competencias. A través de esta dispersión del poder del Estado se pretendía evitar la aparición de un poder tiránico por la difusión de las atribuciones gubernamentales entre distintos organismos que serían simultáneamente autónomos e interdependientes. Los *Padres fundadores* fueron mayoritariamente conscientes (no así el pobre John Adams) de que estaban participando de un nuevo arreglo constitucional nunca antes probado por sus precedentes históricos. A esta novedad política la denominaron *el experimento americano*, cuyo carácter experimental debía evitar el *decline and fall* de la república al impedir la concentración del poder en manos de un tirano.⁵⁸⁴

Este nuevo arreglo constitucional no fue producto del liberalismo, sino de una concepción whig e ilustrada sobre *el gobierno de las leyes* a través de las instituciones. Sin embargo esta idea sí sería fundamental a la hora de establecer el liberalismo político

por medio del surgimiento de los sistema de partidos, por lo que *stricto sensu* el principal objetivo que pretendía Madison con este artículo no solamente se incumplió, sino que además fue el fundamento para todo lo que Madison pretendía evitar.

⁵⁸³Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 56, 74-84; Shalev, *Rome Reborn on Western Shores*, pp. 151-180; Pocock, "Virtue and Commerce", p. 133.

⁵⁸⁴Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. IX-XIII ,606-615; Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, pp. 376-379.

del siglo XIX, pues desarticulaba el ideal cívico clásico al individualizar a los ciudadanos como agentes privados, trasladando la defensa de la libertad del orden político desde el compromiso cívico hacia el reparto de poderes del aparato institucional y normativo de la república. Villacañas ha planteado a este respecto que el paso normativo del republicanismo al poder constituyente y con su referencia al pacto constitucional posibilitaría la supervivencia del republicanismo en este nuevo escenario, es decir, la formación de una nueva dominación que se sabe legítima por el hecho de que los ciudadanos han participado en la formación de un poder constituyente cuyas normas son universales en su alcance y planteamiento. Sin embargo este tránsito normativo de la teoría republicana no va a evitar el fin de la antropología republicana, que se fundamentaba en el compromiso cotidiano del ciudadano con el autogobierno y la defensa del bien común como baluarte contra el poder despótico. Al trasladar la salvaguarda del orden republicano a las instituciones *el experimento americano* liquidó los fundamentos de la ciudadanía clásica al suplantarse el compromiso cívico por un sistema de pesos y contrapesos jurídico-institucionales.⁵⁸⁵

Esta es la paradoja del *fin de la política clásica*, que los *Padres fundadores* aceptaron las premisas del republicanismo clásico sobre la relación entre libertad y despotismo, pero ensayaron una solución que liquidó los fundamentos de la ciudadanía activa, provocando que la participación ciudadana en las instituciones debiera vehiculizarse por medio de partidos que en la práctica profesionalizaban la política, a la vez que expulsaba la participación espontánea de los ciudadanos de las instituciones públicas, conduciéndoles hacia la esfera de la sociedad civil como nuevo escenario por excelencia de la movilización política en la modernidad. Esto posibilitará que tres décadas después Benjamin Constant amonestase a los jacobinos por su anticuada percepción de la política y de la libertad pública. La libertad de los antiguos habría consistido en participar en la gestión del bien común a la vez que se dividía el poder social entre todos los ciudadanos de una misma patria, lo que se traduciría en un ideal del individuo cuya antropología cívica estaría estructurada a través de la participación en la vida pública. Según Constant esto le llevaría al individuo a ser esclavo en sus relaciones privadas por el escrutinio público al que podría ser sometida su vida en nombre del procomún. La libertad de los modernos sin embargo se caracterizará por asegurar al ciudadano sus goces privados, lo que requerirá un repliegue de estos hacia

⁵⁸⁵Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 626-630; Villacañas, “Republicanism and domination”, pp. 81-83; Ackerman, *We the People I*, p. 51.

un ámbito de privacidad para perseguir sus objetivos individuales, razón por la que serán necesarios los sistemas representativos para descargar de la responsabilidad política a aquellos que no puedan o no quieran dedicarse a la gestión de la *res publica*.⁵⁸⁶

Como expondrá con gran acierto Pocock, el declive de la virtud tendrá como corolario lógico el ascenso del interés, conclusión a la que también llegó Wood al considerar que la estabilidad del orden político ya no dependería de la personificación de las diferentes fuerzas sociales en el Estado, sino en prevenir que los distintos intereses sociales se incorporasen al mismo. Esta supondrá una manera más moderna y realista de concebir el poder en la era Contemporánea. Sin embargo abocará a la teoría política republicana a no poder concebir lo político en términos del bien común, sino desde la visión liberal de la competición de intereses contrapuestos.⁵⁸⁷

En este contexto surgió una nueva mentalidad a la hora de concebir el tiempo histórico donde los *horizontes de expectativa* se van a imponer a los *espacios de experiencia*, pues para la generación revolucionaria comenzará a ser más importante preguntarse sobre aquello que los americanos podrían llegar a lograr en el Nuevo Continente mediante el *experimento americano*, más que en preguntarse sobre las experiencias de las repúblicas pasadas para mejorar su autogobierno. Esto quedó bien reflejado en una carta enviada por Jefferson durante su retiro post presidencial (1816) a Isaac H. Tiffany cuando este le preguntó por la vigencia de la *Política* de Aristóteles para su momento histórico, a lo que Jefferson le contestó:

Tan distinto era el tipo de sociedad entonces y para esas gentes [los contemporáneos de Aristóteles] de lo que existe ahora para nosotros, que considero que poco aprendizaje puede obtenerse de sus escritos de gobierno [...] Nos ha sido reservado el más absoluto *experimento* de gobierno, simultáneamente democrático y representativo [...] La introducción del nuevo principio de la democracia representativa ha dejado obsoleto prácticamente todo lo escrito anteriormente sobre las formas de gobierno.⁵⁸⁸

Estas declaraciones de Jefferson contrastan enormemente con el Jefferson clasicista que en las *Notas sobre el Estado de Virginia* (1787) hablaba en términos de un pastoralismo virgiliano de la virtud de los agricultores, o con su eterna búsqueda de

⁵⁸⁶Constant, *Sobre la libertad de los antiguos y los modernos*, pp. 65-68, 76, 86-90.

⁵⁸⁷Pocock, *El momento maquiavélico*, p. 628; Wood, *The Creation of the American Republic*, p. 606.

⁵⁸⁸Thomas Jefferson a Isaac H. Tiffany, Monticello, 26 de agosto de 1816. Recogido en Thomas Jefferson y John P. Foley (ed.), *The Jeffersonian Cyclopaedia: A Comprehensive Collection of the Views of Thomas Jefferson* (Nueva York: Funk and Wagnalls Co., 1900), p. 51.

referentes clásicos reflejados en sus bocetos arquitectónicos para su residencia en Monticello y para la Universidad de Virginia. El Jefferson del siglo XIX contrasta enormemente con el Jefferson del siglo XVIII en su relación con los referentes del pasado. En último término la supervivencia del referente neorromano en el siglo XIX encontró los límites a los que apuntaba Marx en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), al establecer que “la tradición de todas las generaciones muertas gravita como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos”, conformando un idioma nuevo que el hablante no domina y sobre el que no se puede desenvolver con libertad. Esta “conjura de los muertos en la historia universal” habría posibilitado a los revolucionarios dotarse de unos referentes con los que derribar el antiguo régimen y a Napoleón levantar el nuevo orden, y “una vez instaurada la nueva forma social, desaparecieron los colosos antediluvianos y con ellos, la supuesta romanidad [...] La sociedad burguesa con su sobria naturalidad se habría creado sus portavoces y traductores autorizados en los Say, los Cousin, los Royer Collard, los Benjamin Constant y los Guizot”.⁵⁸⁹

Para Marx cuando la sociedad burguesa encontró sus propios referentes no tuvo necesidad de seguir acudiendo a la antigüedad. Esto fue parcialmente cierto también para los *Padres fundadores*, una vez estos encontraron su propio proyecto de futuro con el *experimento americano* la retórica clasicista fue mostrándose progresivamente vacía y carente de su antigua fuerza. Pero sobrevivió durante un tiempo, pues para la mayor parte de los *Padres fundadores* la tradición clásica no había sido un peso que generase pesadillas, sino un alivio que proporcionó sueños emancipatorios contra el dominio metropolitano. Por este motivo su supervivencia estuvo garantizada por algún tiempo, pues era una fuente expresiva de identidad colectiva para esa generación, y seguía dotando de sentido a su imaginario político a pesar de que no pudiera ejercer la misma función en su proyecto nacional.⁵⁹⁰

⁵⁸⁹Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia* (Filadelfia: Prichard and Hall, 1788), p. 175; Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Madrid, Alianza editorial, 2003), pp. 33-35; Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 43-48, 85-86, 161-164; Allen, *A Republic in Time*, pp. 54-58.

⁵⁹⁰Carl J. Richard se ha referido a esto como el *mito del declinar clasicista*, mito que tendría una parte de verdad en el distanciamiento progresivo de los *Padres fundadores* en sus discursos públicos con respecto a los referentes clasicistas, sobre todo a principios del siglo XIX. Sin embargo los intentos llevados a cabo por algunos reformistas en su cruzada por eliminar el latín y el griego de los currículos académicos fracasó estrepitosamente, lo que muestra que los referentes clásicos seguían gozando de buena salud en su recepción por parte de la élite ilustrada y sus herederos románticos. Los *Padres fundadores* siguieron haciendo buen uso de ellos en su correspondencia privada, y salvo en algunos casos como Benjamin Franklin (que murió antes de que aconteciera este declinar) o Thomas Paine, quienes siempre se habían mostrado escépticos sobre el uso de referentes clasicistas, el resto de Padres fundadores mantuvieron a los

Por otra parte, en las palabras de Jefferson a Tiffany resonaba unos ecos providencialistas cuando afirmaba que “Nos ha sido reservado el más absoluto *experimento* de gobierno, simultáneamente democrático y representativo”. Esta visión de la adopción de un sistema representativo como parte de un plan divino estuvo presente de manera constante en el discurso sobre el *experimento americano*, que desde que comenzó a formularse quedó integrado en el repertorio de la *religión civil americana* a través del lenguaje deísta de los Padres fundadores. Esto quedó patente en su formulación más famosa y emblemática cuando George Washington se refirió al *experimento* nacional en su primer discurso de investidura presidencial, una de las piezas retóricas que ha quedado asentada como referente simbólico indiscutible de la *religión civil americana*, y en donde Washington manifiesta la vinculación entre destino y experimento, así como el carácter providencial subyacente al acto revolucionario:

Ningún pueblo puede estar más atado y adorar más la mano invisible que conduce los asuntos humanos que la gente de los Estados Unidos. Todo paso que nos ha conducido hacia el avance del carácter independiente de nuestra nación se ha encontrado caracterizado por alguna muestra de agencia providencial. Y la importante revolución recientemente lograda en el sistema de nuestro gobierno federal, derivada de las tranquilas deliberaciones y el consentimiento voluntario de muchas y muy distintas comunidades, que no puede ser comparado con los medios por los cuales la mayoría de los gobiernos han sido tradicionalmente establecidos, [...] La preservación del fuego sagrado de la libertad y *el destino del modelo republicano de gobierno* son justamente considerados, quizá, profundamente y finalmente *ligados al experimento* confiado al pueblo americano.⁵⁹¹

Tanto Washington en este discurso como Jefferson en su carta a Tiffany inciden en una misma idea de la temática de la *religión civil americana* que Boorstin definió

clásicos en su repertorio discursivo, con la excepción de todo lo que estuviera relacionado con el *experimento americano*. Para Richard esto muestra un progresivo desplazamiento del imaginario republicano por el liberal, sustitución que supuso un cambio progresivo más que una revolución, opinión que también expresaron Pocock y Wood, si bien Pocock es menos radical en esta idea al considerar que parte del referente clasicista sobrevivió en el imperialismo expansionista. Ackerman por el contrario considera que no se dio un declinar del republicanismo porque rechaza que este haya estado en competición con el liberalismo. Para Eran Shalev el declive de los modelos clasicistas es relativo. La importancia de la Roma Antigua como modelo de inspiración política fue un elemento contextual de la cultura de la Ilustración y no la sobrevivió. Sin embargo sí que legará a la cultura romántica americana una semántica sobre figuras corruptas y virtuosas, en la cual la figura del cesarismo será de vital importancia para señalar el peligro de la tiranía que amenazaba a la democracia. La figura de Napoleón ofreció un ejemplo que confirmaba esta semántica, que fue ampliamente utilizada contra el presidente Andrew Jackson. Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 198-200, 230-243; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 622-628, 633; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 606-615; Ackerman, *We the People I*, p. 51; Shalev, *Rome Reborn on Western Shores*, pp. 217-240.

⁵⁹¹George Washington, “The First Inaugural Speech” en George Washington y William B. Allen, *George Washington: a Collection* (Indianápolis: Liberty Found, 1988), pp. 461-462. Subrayado mío.

como la *teoría de la ofrenda*. El *experimento americano* sería un regalo de origen divino reservado para los americanos por su creador, destinado a salvaguardar el fuego sagrado de la libertad y el modelo republicano de gobierno, regalos que Dios ofreció a los *Padres fundadores*, y que estos a su vez legaron a los americanos como la ofrenda en forma de unos altos principios de origen divino. De este modo en las palabras de los *Padres fundadores* vuelve a resonar el ideal sobre el pueblo elegido al que se le encomienda la misión de establecer una comunidad de altos principios en América, la temática del *city upon a hill* de Winthrop mediada por el *errand into the wilderness*, solo que a diferencia del discurso puritano, la retórica de los *Padres fundadores* no descansa en la consumación de un plan revelado en las escrituras, o en los eventos pasados de pueblos precursores, sino que responde al diseño natural de un plan que la providencia ha trazado y que al recaer sobre los Estados Unidos les convierte en una herramienta mesiánica en cuyo sistema político descansaría una misión providencial.

De esta manera *experimento* y *destino* se fusionan en una compleja unidad teológico-política que no dependerá de la revelación bíblica o de los ejemplos del pasado, sino que será comprendido como un regalo del creador producto de una elección incondicional. En esta idea existe un vago sustrato puritano, sin embargo sería un error pensar que ha operado un proceso de traslación directa del *city upon a hill* hacia el *experimento americano*. El *city upon a hill* requería para su comprensión de la vigencia de la doctrina de la predestinación, así como en la creencia en una religión revelada. Pero lo que encontramos en las palabras de los *Padres fundadores* es algo distinto, pues su discurso está mediado por el paradigma de la teología natural, de los derechos naturales, y por los referentes providencialistas del *decline and fall* y de la *translatio imperii*.

La supervivencia del ideal del pueblo elegido en esta teoría de la ofrenda habrá que buscarla en otra parte, pues si este ideal mesiánico se mantuvo vivo en la cultura colonial norteamericana fue gracias al discurso evangélico del *Primer gran despertar*. Si bien los *Padres fundadores* tenían al pueblo de Israel entre uno de sus referentes salvíficos independentistas (en sus debates sobre la composición de la Declaración de Independencia Jefferson y Franklin llegaron a proponer que Moisés apareciera en el sello de la Confederación, idea que rechazó Adams, el único heredero real del puritanismo, a favor de motivos más clasicistas), la idea del pueblo de Israel escapando del gobierno despótico del faraón podía apelar moderadamente al discurso independentista, pero el carácter monárquico y teocrático del antiguo Israel lo hacía

poco atractivo en términos políticos para servir de inspiración de cara a establecer una forma de gobierno para la república. Fueron sin embargo las clases populares, y en especial los reverendos revolucionarios quienes más hicieron por introducir los referentes israelitas en el discurso providencialista revolucionario.⁵⁹²

Durante la Guerra de independencia los reverendos revolucionarios habían jugado un papel fundamental a la hora de transmitir el discurso generado por los *Padres fundadores* a las clases populares concentradas en sus parroquias. Esto provocó que se amplificasen los elementos providencialistas contenidos en las declaraciones de los *fundadores*, pero en donde las interpretaciones formuladas desde la teología natural eran convenientemente modificadas para asimilarlas a la perspectiva de religión revelada dominante en las parroquias. Esto suponía la reintroducción de numerosos elementos bíblicos por medio del recurso a la tipología bíblica heredada del puritanismo, lo que condujo irremediabilmente a que el relato revolucionario se llenase de referencias a los antiguos israelitas. El recurso a la *jeremiada* fue también ampliamente utilizado para causar gran impresión sobre los creyentes y conseguir así su adhesión y movilización patriótica. Los motivos republicanos y religiosos se fundieron en una síntesis por la cual los reverendos *revivalista* revolucionarios presentaron la contienda por la independencia como un conflicto escatológico, en donde los colonos serían los nuevos israelitas, el pueblo elegido al que Dios habría castigado por sus pecados (por apartarse de su *errand into the wilderness*) con la opresión inglesa. Los santos ciudadanos americanos deberían arrepentirse de sus pecados y demostrar su virtud ante Dios derrotando a los ingleses, y Dios les recompensaría con el advenimiento de una Nueva Jerusalén en América.⁵⁹³

Cuando los *Padres fundadores* planteen la idea del *experimento americano* el revival escatológico del antiguo Israel será tan poderoso en la cosmovisión popular de la épica revolucionaria que los *Padres fundadores* no podrán ignorarlo. Por otra parte, el entusiasmo revolucionario tras la victoria y el inicio del proceso de construcción nacional abierto por los debates constitucionales provocaron que los imaginarios utópicos fundamentados sobre los *horizontes de expectativa* se impusieran a los imaginarios históricos basados en los *espacios de experiencia*, generando una matriz

⁵⁹²Bellah, *The Broken Covenant*, pp. 23-24; Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. 21-25, 138-139; Guyatt, *Providence and the invention of the United States*, pp. 95-104.

⁵⁹³Miller, *The Life of the Mind in America*, pp. 102-106; Butler, *Awash in a Sea of Faith*, pp. 202-204; Guyatt, *Providence and the invention of the United States*, pp. 104-133; Cherry, *God's New Israel*, pp. 61-66, Cherry ha compilado varias muestras de sermones en los que puede apreciarse como distintos reverendos generaron esta fusión de motivos republicanos interpretados desde la épica de los antiguos israelitas a partir de la tipología bíblica, *Ibid.*, pp. 67-105.

discursiva de carácter utópica con un cierto barniz escatológico en donde la idea de la Nueva Jerusalén volvió a resultar atractiva para los *Padres fundadores*, quienes en su discurso sobre el *experimento americano* comenzaron a fusionarla con la Nueva Roma de la *traslatio imperii*:

En el relato histórico que predominó entre la generación revolucionaria, los colonos Americanos, al ser los descendientes del pueblo Anglosajón, serían los verdaderos depositarios de la *Ancient Constitution*, un pueblo amante de la libertad que en su odio al despotismo habrían descubierto a los clásicos por medio de la *traslatio studii*. Los clásicos habrían revelado a los *Padres fundadores* la semántica de la libertad con la que los patriotas revolucionarios habrían conseguido su liberación de Inglaterra, demostrando que ellos serían la última y verdadera reencarnación del Imperio romano en el punto más occidental que permitía la *traslatio imperii*, el continente americano. Y esta nueva Roma en América sería simultáneamente la Nueva Jerusalén, pues la providencia habría otorgado a los Americanos el *experimento americano* para romper con la *anaciclosis* polibiana, y poder así establecer mediante sus nuevas instituciones un sistema político estable que escapase al hado de los clásicos, y de esta manera la república perduraría para siempre. Mediante un sistema de pesos y contrapesos se imposibilitaría una concentración del poder que permitiera la reaparición del despotismo, evitando así la corrupción de la república y su posterior *decline and fall*.

De esta manera se republicanizó el providencialismo americano, generando una paradójica teoría temporal que fusionará estratos del tiempo cíclicos con estratos temporales lineales, y que en último término llevará a que la *religión civil americana* se fundamente en una celebración de América como nación del futuro mientras que para ello simultáneamente recurra a referentes de su pasado patriótico. El *experimento americano* se estableció como un proyecto político que intentaría liquidar el carácter destructor del tiempo implícito en la lógica circular del *decline and fall*. La nueva república viviría para siempre gracias a su equilibrio institucional, un proyecto político que al ser imperecedero rompería con los referentes del pasado. Esto posibilitaría inaugurar una nueva época de progreso continuo a través del futuro en un nuevo continente por colonizar. De esta manera el nuevo tiempo y el nuevo espacio serían los receptáculos que la divinidad habría reservado en base a su diseño providencial para el *experimento político americano*, en donde la guerra de independencia contra la metrópolis formalizaría la ruptura espacial, rompiendo los cabos con el viejo mundo y

la corrupción de sus sistemas políticos despóticos, mientras que la constitución y el sistema representativo posibilitarían la ruptura temporal con el pasado, a través de un sistema político nunca probado con el que escapar de la acción destructora del tiempo.⁵⁹⁴

A partir de esta cosmovisión se fundamentará un nuevo providencialismo distinto al formulado por los puritanos, pero compatible con el sustrato cultural que ellos habían establecido con anterioridad. Este nuevo providencialismo patriótico también planteará la idea de una Nueva Jerusalén en América, pero bajo distintos criterios a los fundamentados por el apocalipticismo bíblico de la tradición cristiana. En este providencialismo secularizado la ruptura con el pasado histórico establecería un referente mesiánico de Estados Unidos como una Nueva Jerusalén mundana, pues mediante el *experimento americano* segeneraría un nuevo tiempo sobre una nueva tierra, idea que quedará reflejada en el sello de los Estados Unidos como un *novus ordo saeculorum*, que fue concebido para ser traducido como *nuevo orden de las eras*, pero en donde el sentido de *saeculorum* desde la edad media también permite entenderlo como *nuevo orden mundial*.⁵⁹⁵

8.5 El imperio de la libertad jeffersoniano y la espacialización del providencialismo republicano.

Tras este recorrido queda claro que la conciencia temporal de la generación revolucionaria no puede plantearse en términos netamente rupturistas o *revivalistas*, como si estas fueran instancias absolutas y excluyentes. De cara a pensar y reflexionar su experiencia política los *Padres fundadores* se apoyaron tanto en imaginarios conformados por *espacios de experiencia*, basados en una recuperación de los referentes de unos pasados imaginados, como en *horizontes de expectativa*, fundamentados en la

⁵⁹⁴Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, pp. 34, 38-40.

⁵⁹⁵Tuveson, *Redeemer Nation*, p. 119.; U. S. Department of State Bureau of Public Affairs, *The Great Seal of the United States* (Darby: Diane Publishing, 1986), pp. 3-5. El sello fue diseñado por Charles Thomson, secretario del Congreso Continental, que dio la siguiente explicación ante la cámara: “Reverso. La pirámide significa fortaleza y duración: el ojo sobre ella y el lema aluden a las numerosas interposiciones de la providencia a favor de la causa americana. La fecha subyacente es la de la Declaración de Independencia, y las palabras bajo esta aluden al comienzo de una Nueva Era, que comienza con esta fecha” *Ibid.*, p. 5. Resulta interesante comprobar que aunque el sello fuera diseñado y adoptado en 1782, cinco años antes de que aconteciera el *fin de la política clásica* y la aparición del *experimento americano*, la lógica temporal subyacente a este que Washington expondría en su discurso inaugural ya se encuentra apuntada en la explicación de Thomson: el ojo de la providencia sobre una pirámide, símbolos masónicos que expresan la idea de *design* y el deseo de permanencia contra la anaclosis y el *decline and fall*. Si bien el sentido espacial de *saeculum* no fue expresada por Thomson, esta dimensión espacial, en donde lo secular y lo mundano son términos equiparables, está firmemente asentada en el concepto desde la baja edad media. Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 120-124.

idea del *experimento americano* en tanto que idea vehicular para sus sueños utópicos de futuro. Los desafíos políticos a encarar en cada una de las etapas del proceso revolucionario obligaron a los *Padres fundadores* a reorganizar estos dos estratos de la semántica de los tiempos históricos de distinta manera en cada fase, de cara a poder plantear respuestas colectivas a los retos que se iban plateando. Y si bien el resultado final terminó por reforzar la perspectiva rupturista del *experimento americano* como el pilar fundamental de la *filosofía de la historia* patriótica, este no podrá comprenderse sin las concepciones anteriores de la *translatio imperii* y del *decline and fall*, que pasaron a convertirse en corolarios fundamentales suyos. El *experimento* se justificaba como una versión americana del quinto imperio profetizado por la *translatio imperii*, y su razón de ser tendría como objetivo ofrecer una solución institucional al problema de la *decline and fall*. De esta manera, a través del proyecto político presente se articulaban los imaginarios del pasado con los proyectos del futuro.

Esto a su vez introdujo la problemática fundamental que va a encontrarse en la razón de ser del *Destino Manifiesto*: la necesidad de pensar en términos geopolíticos la *filosofía de la historia* de los recién creados Estados Unidos de América, lo que en términos prácticos introduce la cuestión del imperio.

Para la generación revolucionaria no existía una contradicción fundamental entre imperio y república, ya que la antigua república romana se había expandido por el Mediterráneo durante varios siglos sin comprometer su forma de gobierno. El problema del imperio para los *Padres fundadores* se encontraba en la lógica del *decline and fall*, en la presunción de que con la sobreextensión imperial el poder de la república se difuminaba, lo que alentaba el faccionalismo que conducía a los conflictos civiles, elevando de esta manera el peligro de que llegasen los tiranos acompañados por sus ejércitos permanentes. Por esta razón las repúblicas de la antigüedad se habrían visto atrapadas en la encrucijada de tener que elegir entre su extensión territorial o en garantizar la salvaguarda de su espíritu cívico.⁵⁹⁶

El *experimento americano* sin embargo habría cambiado las reglas de juego de la temporalidad y la espacialidad de las repúblicas. Gracias al sistema representativo sería posible gestionar el problema del faccionalismo, pues al transferir la labor del autogobierno desde los ciudadanos a sus representantes se confiaba en que los intereses

⁵⁹⁶Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 85-122; Richard, *Greek & Romans Bearing Gifts*, pp. 156-160; Pocock, *Barbarism and Religion Vol. 3: The First Rise and Fall*, pp. 210-211; Peter S. Onuf, *Jefferson's Empire: the Language of American Nationhood* (Charlottesville: University Press of Virginia, 2000), pp. 60-61, 76.

particulares de cada uno de los grupos desaparecería, pues las cámaras representarían los intereses del conjunto de la nación y de los territorios, integrando las demandas de los distintos Estados y grupos sociales. Esto haría posible sumar nuevos territorios sin que el sistema institucional republicano se resintiera. La historia de la República federal, desde la aprobación de la constitución hasta el estallido de la Guerra civil americana, supuso sin embargo la desmentida en términos históricos de todas y cada una de las presunciones sobre las que se asentaba esta hipótesis política, pues con la formación del sistema de partidos el faccionalismo se institucionalizó en el sistema representativo, y con la expansión de la república el conflicto social y seccionalista entre las clases dominantes y subalternas del norte industrial y del sur esclavista no hizo más que acrecentarse, hasta llevar al colapso el *experimento* planteado por los *Padres fundadores*.⁵⁹⁷

El ideal del *experimento americano* conduciría a los *Padres fundadores* a dejar de temer el peligro de la sobrextensión de las repúblicas, lo que permitirá establecer distintos discursos imperiales tanto desde una óptica federalista como desde una visión republicana. Si bien la que tendrá una mayor trascendencia por sus múltiples recepciones posteriores será la perspectiva de Thomas Jefferson sobre *El imperio de la libertad*, pues durante su presidencia pudo materializarla por medio de la compra de la Luisiana francesa, poniendo los pilares sobre los que se asentaría el expansionismo decimonónico.⁵⁹⁸

El caso de *El imperio de la libertad* jeffersoniano presenta su mayor diferencia con respecto al *Destino Manifiesto* en su naturaleza. El primero fue una práctica de Estado que Jefferson puso en marcha para resolver un problema de *filosofía de la historia* a través de una visión de carácter geopolítico. El *Destino Manifiesto* por otra parte fue un concepto que puso nombre al imaginario político-temporal que se venía conformando desde el momento en que Jefferson convirtió el expansionismo en una práctica de la razón de Estado americana.⁵⁹⁹

⁵⁹⁷[Madison], “The Federalist, No. X”, pp. 290-292; Pocock, *El momento maquiavélico*, pp. 626-628, 635-638; Wood, *The Creation of the American Republic*, pp. 606-615.

⁵⁹⁸*El momento maquiavélico*, pp. 635-653; Henry N. Smith, *Virgin Land: The American West as a Symbol and Myth* (Cambridge: Harvard University Press, 1995), pp. 15-18; Robert W. Tucker y David C. Hendrickson, *Empire of Liberty: the Statecraft of Thomas Jefferson* (Oxford: Oxford University Press, 1992), pp. 3-10, 157-171; Onuf, *Jefferson's Empire*, pp. 1-17; Merrill D. Peterson, “Jefferson, the West, and the Enlightenment Vision”, *The Wisconsin Magazine of History*, Vol. 70, No. 4 (Summer, 1987), pp. 270-274; Wood, *Empire of Liberty*, pp. 357-359, 366-399.

⁵⁹⁹Tucker y Hendrickson, *Empire of Liberty*, pp. 13-21.

La noción que aquí he traducido por *imperio de la libertad* Jefferson la conceptualizó de dos maneras. En primer lugar como *Empire of liberty* en una carta escrita el 25 de diciembre de 1780 al general George R. Clark (hermano mayor de William Clark, quien junto a Meriwether Lewis capitaneaban la famosa expedición de Lewis y Clark). En su carta al general Clark, Jefferson expuso la importancia del fuerte Detroit para la seguridad de la expansión de los Estados Unidos, en unos términos que impidiese infiltraciones inglesas al sur de los Grandes Lagos:

Debemos conformar para la Unión Americana una barrera que la proteja contra la peligrosa extensión de la provincia británica del Canada, y añadir al imperio de la libertad [Empire of liberty] una extensa y fértil tierra que hará de nuestros enemigos unos valiosos aliados.⁶⁰⁰

La primera perspectiva del *imperio de la libertad* tendrá por tanto un carácter defensivo ante la posible penetración de las potencias extranjeras. La segunda vez que Jefferson utilice esta fórmula será unos treinta años después, en una misiva a su sucesor en la presidencia, James Madison, con quien mantenía una fluida correspondencia para asesorarle en la posible compra a Napoleón de Florida y Cuba, en sus manos tras la ocupación de España, y con cuyo movimiento pretendían repetir el éxito de la compra del territorio de Luisiana de 1803. En el mes de abril de 1809 ambos van intercambiar muchas cartas sobre este asunto, y en la última de ellas fechada el día 27 Jefferson utilizará la fórmula *Empire for liberty*, cambiando la preposición “of” por “for”, del *imperio de la libertad* al *imperio para la libertad*, introduciendo un sutil rasgo misionero en un contexto de un creciente nacionalismo en el que los Estados Unidos no se encontrarán a la defensiva, sino en un claro estado expansionista:

Este sería el precio, y yo erigiría inmediatamente una columna en el límite más meridional de Cuba e inscribiría en él *ne plus ultra* en esa dirección. Tan solo nos quedaría incluir el Norte [Canada] en nuestra Confederación, que supondría por supuesto nuestra primera guerra, y entonces tendríamos tal imperio para la libertad [empire for liberty] como nunca antes se ha encontrado desde la creación. Y estoy convencido de que ninguna constitución fue nunca antes mejor concebida que la nuestra para un imperio extenso y para el autogobierno.⁶⁰¹

Sin embargo estas dos muestras son parte de la correspondencia privada de Jefferson, que no vio la luz hasta después de su muerte, por lo que en su tiempo no

⁶⁰⁰Thomas Jefferson a George R. Clark, Monticello, 25 de diciembre de 1780. Recogido en Jefferson y Foley (ed.), *The Jeffersonian Cyclopeda*, p. 255.

⁶⁰¹Thomas Jefferson a James Madison, Monticello, 27 de abril de 1809. Recogido en Jefferson y Foley (ed.), *The Jeffersonian Cyclopeda*, p. 99.

causó ningún impacto en la opinión pública. Por este motivo el *imperio de la libertad* no se materializará en un *concepto doctrina* que movilice el ánimo expansionista de los americanos del periodo postrevolucionario, a diferencia de lo que ocurrirá con el concepto de *Destino Manifiesto*.

El *imperio de la libertad* de Jefferson se materializó primordialmente a través de sus contribuciones jurídicas y mediante su acción política. Las *Ordenanzas del Noroeste* aprobadas en 1787 se basaban en un documento anterior propuesto por Jefferson, las *Ordenanzas territoriales* de 1784, pero que en su momento fue rechazado por el Congreso. Las *Ordenanzas del Noroeste* aportarían el marco jurídico con el que llevar a cabo el proceso de colonización de las tierras occidentales, estableciendo los parámetros poblacionales con los que un territorio podría pasar a considerarse un Estado, los procesos constituyentes para la conformación de los mismos y el proceso que debían seguir en su petición de adhesión a la federación. Por otra parte en 1798, en el contexto de la aprobación de la ley de *Extranjería y Sedición* del presidente John Adams, Jefferson y Madison redactaron en secreto un texto conocido como las *Resoluciones de Kentucky y Virginia*, que posteriormente pasarían a ser conocidas como *Los principios del '98*, texto en el que Jefferson y Madison se opusieron a la legislación de Adams, a la vez que ofrecían una justificación jurídica para considerar la constitución como un *compact*, un pacto entre iguales, y no como una ley fundamental, tal y como pretendían los federalistas, cuya interpretación será prevalente desde el momento en que el juez Marshall falle en su famosa resolución del caso *Madison vs. Marbury* en 1803. Las *Resoluciones de Kentucky* no sólo serán importantes por ofrecer un modelo al posterior movimiento de la *nullificación*, sino porque además expresaban el ideal jeffersoniano de América como una confederación de repúblicas independientes y hermanadas extendiéndose indefinidamente por todo el continente, idea que se volverán a repetir cuando Jefferson participe en la *Crisis de Missouri* en 1819, que versó sobre la extensión de la esclavitud hacia el Oeste y que se saldó con el *Compromiso de Missouri* de 1820, según el cual los nuevos Estados no podrían adoptar la esclavitud por encima del paralelo 36° 30'.⁶⁰²

Sin embargo la mayor contribución de Jefferson llegará durante su primer mandato presidencial, tras un primer intento infructuoso de comprar Florida Occidental

⁶⁰²Tucker y Hendrickson, *Empire of Liberty*, pp. 25-63; Onuf, *Jefferson's Empire*, pp. 72-75, 113-121; Wood, *Empire of Liberty*, pp. 116-123; Peterson, "Jefferson, the West, and the Enlightenment Vision", pp. 274-276.

y Nueva Orleans, Jefferson consiguió tentar a Napoleón en 1803 para comprar el territorio de Luisiana. Este territorio había sido cedido anteriormente a Francia por España, que la había adquirido como pago por su apoyo a sus primos borbones en la Guerra de los siete años. Tras la independencia de Haití y teniendo que gestionar distintos frentes en Europa, Napoleón había perdido su interés por construir un imperio en Norteamérica. Jefferson sin embargo veía en la compra de Luisiana un movimiento estratégico fundamental a la hora de materializar su programa republicano. En primer lugar porque con la adquisición de Nueva Orleans los Estados Unidos tomarían el control sobre uno de los principales puertos del continente Americano (solo superado en tráfico comercial por la Habana), que además otorgaba un control privilegiado sobre la cuenca del Golfo de México así como sobre el Valle del Mississippi. Por otra parte la compra de un territorio comprendido por 214 millones y medio de hectáreas supondría la mayor adquisición territorial en la historia de los Estados Unidos, un territorio que posibilitaría materializar el sueño jeffersoniano de establecer una república de pequeños agricultores mediante la venta de tierras baratas a las sucesivas olas de colonos.⁶⁰³

La expedición de Lewis y Clark (1804-1806) organizada por Jefferson inmediatamente después de la compra tendría por objetivo cartografiar el nuevo territorio y evaluar su potencial agrícola, mineral y comercial. La expedición debía además buscar una vía fluvial que desembocase en el océano Pacífico con la idea de acelerar el proceso de integración imperial del continente. Finalmente la expedición debería tomar contacto con las distintas tribus indias que poblaban el territorio, conocer sus costumbres, su predisposición hacia los estadounidenses, así como evaluar la infiltración de tramperos ingleses y franceses en la Luisiana. La importancia de la expedición no radicó exclusivamente en los datos recopilados, sino en que además sentó las bases para un modelo de instrumentalización multidisciplinar del conocimiento al servicio del colonialismo occidental, modelo que en último término establecería una alianza entre ciencia, exploración e imperialismo que será fundamental en el proceso de colonización y formación de protectorados en el siglo XIX.⁶⁰⁴

⁶⁰³Tucker y Hendrickson, *Empire of Liberty*, pp. 137-146; Onuf, *Jefferson's Empire*, pp. 1-17; Wood, *Empire of Liberty*, pp. 115-118, 298-301, 369-376; William H. Goetzmann, *When the Eagle Screamed: the Romantic Horizon in American Expansionism 1800-1860* (Norman: University of Oklahoma Press, 2000), pp. 1-11.

⁶⁰⁴William H. Goetzmann, *Exploration and Empire: the Explorer and the Scientist in the Winning of the American West* (Austin: Texas State Historical Association, 2000), pp. IX-XV, 3-22, 41-43; Wood, *Empire of Liberty*, pp. 377-382; Peterson, "Jefferson, the West, and the Enlightenment Vision", pp. 276-280; Smith, *Virgin Land*, pp. 15-23.

Todas estas contribuciones de Jefferson y de otros *Padres fundadores* al expansionismo condujo a que a mediados del siglo XX, en los orígenes de la historiografía profesional del *Destino Manifiesto*, autores como Albert J. Weinberg (1935), John C. Parish (1943/ conferencia de 1932) o como Leon Dion (1957) consideraran que el discurso sobre los *derechos naturales* y el *imperio de la libertad* de Jefferson fueron el origen del *Destino Manifiesto*, comprendido este como una idea cuasi intemporal que se irá presentando recurrentemente a través de la historia del expansionismo. En palabras de Weinberg “El destino manifiesto surge como una racionalización del deseo de exportar un nacionalismo humanitarista. Dicha racionalización supone la conversión del deseo en derecho, y del derecho a destino providencial [...] Por consiguiente, la primera doctrina que reflejó la teología nacionalista del ‘destino manifiesto’ fue la idea de un decreto divino de independencia”.⁶⁰⁵

La incapacidad de Weinberg de distinguir entre providencialismo y *Destino Manifiesto* le lleva a interpretar los discursos independentistas de carácter mesiánico aparecidos durante la Revolución americana como una primera formulación de un ideal transhistórico expansionista. Esto supuso la proyección de un imaginario del siglo XIX sobre el periodo revolucionario. Sin embargo Weinberg acierta al señalar que el discurso sobre los derechos naturales produjo en el republicanismo radical revolucionario un imaginario expansionista ligado a los logros de las revoluciones. Esto no sería algo exclusivo de la Revolución americana, pues tanto girondinos como jacobinos van a defender el expansionismo francés como la única garantía para la supervivencia de la revolución. Pero además este iusnaturalismo va a permitir concebir el expansionismo patriótico como parte de un espíritu misionero que pretende exportar los logros de la revolución al resto del mundo para liberarlo de la tiranía, pues los

⁶⁰⁵John C. Parish fue uno de los primeros historiadores en hacerse eco de las tesis de Julius W. Pratt sobre el origen del concepto de *Destino Manifiesto* en O’Sullivan. Sin embargo desde una óptica de historia de las ideas articulará el mismo razonamiento que se puede encontrar en Weinberg y en tantos otros historiadores, que consideran que la idea preexistía al concepto, y que esta habría tenido su origen en las teorías iusnaturalistas de la Revolución americana. Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 24, 28, 40; John C. Parish, “The Emergence of the Idea of Manifest Destiny” en *The Persistence of the Westward Movement and other Essays* (Berkeley: University of California Press, 1943), pp. 48-49, 65-75; Leon Dion, “Natural Law and Manifest Destiny in the Era of the American Revolution”, *The Canadian Journal of Economics and Political Science/ Revue canadienne d’Economie et de Science politique*, Vol. 23, No. 2 (May, 1957), pp. 227-232, 238-247.

derechos naturales asegurados por el pueblo revolucionario en armas son universales por el hecho de ser naturales.⁶⁰⁶

El ideal del *imperio de la libertad* jeffersoniano hunde sus raíces en este mismo principio. Este tiene su base en la conjunción de un imaginario de teología natural con un pensamiento iusnaturalista, pues a ambos subyace la idea de una ofrenda divina fundamentada en la idea de *diseño* y creación. En el caso de los individuos esta ofrenda se traduce en la cesión de ciertos derechos fundamentales legados por un Dios creador a sus criaturas, tal y como lo expresó Thomas Jefferson en la segunda oración de la *Declaración de Independencia*: “Sostenemos estas verdades como evidentes: que todos los hombres son creados iguales; siendo dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables, entre los que están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”⁶⁰⁷

No es ningún secreto que Jefferson y el resto de los *Padres fundadores* basaron esta idea de una ofrenda iusnaturalista divina en los argumentos que Locke elaboró en su crítica a Robert Filmer establecida en sus *Dos ensayos sobre el gobierno civil* (1689). En el primer tratado Locke desmontó la idea de Filmer quien entendía el poder absoluto de la monarquía como un derecho natural regio basado en la revelación divina en la biblia, en concreto en (Gn 1. 28), momento en que Dios le otorga a Adán autoridad sobre la creación y (Gn 3. 16), momento en que Dios otorga dominio paternal a Adán sobre Eva y su descendencia, de donde se derivaría una autoridad paterna del soberano sobre sus súbditos. En el primer tratado del gobierno civil Locke critica esta perspectiva de los derechos naturales y de la ley natural entendida como el resultado de una cesión divina recogida en la biblia, lo que le lleva a proponer una teoría del poder y de la dominación legítima alternativa.⁶⁰⁸

En el segundo tratado del gobierno civil la ley natural será presentada como el resultado de un Estado de naturaleza regido por un Dios creador como único soberano que utilizaría dichas leyes para regir su creación y proteger a sus criaturas. Por lo tanto el iusnaturalismo de Locke se encuadra dentro del providencialismo de la teología natural propia de la filosofía del barroco inglés, y que en el siglo XVIII daría lugar a la

⁶⁰⁶Koselleck, *Historia de conceptos*, pp. 147-149. En *Futuro pasado* Koselleck recoge unas declaraciones de Robespierre ante la Asamblea nacional en las que expresa en términos mesiánicos el tipo de providencialismo revolucionario que he ido presentando a lo largo de este capítulo: “Ha llegado el tiempo de llamar a cada uno a su verdadero destino. El progreso de la razón humana ha preparado esta gran revolución y es precisamente a vosotros a quienes se os impone el deber específico de activarla” Koselleck, *Futuro pasado*, p. 25.

⁶⁰⁷[Thomas Jefferson], “The Declaration of Independence” en *The Constitution of the United States of America and Selected Writings of the Founding Fathers* (Nueva York: Barnes & Noble, 2012), p. 108.

⁶⁰⁸John Locke, *Dos ensayos sobre el gobierno civil* (Madrid: Espasa Calpe, 1997), pp. 53-61, 69-114.

idea de *design*. La ley natural habría sido establecida por Dios para que los hombres detentasen en igualdad el poder y resolvieran sus conflictos en base a las reglas de su orden creado. Sin embargo la ausencia de un ser superior sobre la tierra llevaría a que unos sujetos intentasen imponerse sobre otros, acabando con el estado de naturaleza e introduciendo el estado de guerra, razón por la que los hombres saldrían del estado de naturaleza para vivir en sociedad. Lo que subsiste del estado de naturaleza dentro del estado social es la libertad natural del hombre, que consiste en no tener más restricciones que aquella que imponga la ley natural. Por este motivo y para evitar la esclavitud sería de suma importancia la propiedad, en concreto la propiedad de la tierra, cuyo trabajo otorgaría un título de propiedad sobre esta sobre la que se asentaría la independencia del sujeto contra las usurpaciones de la tiranía.⁶⁰⁹

Este es el fundamento sobre el que Jefferson concibe que los hombres hayan sido dotados de ciertos derechos inalienables a la vida, la libertad y la felicidad, que se materializa necesariamente por medio de un derecho natural a la propiedad (y en concreto como la propiedad de la tierra) como forma de garantizar la independencia de los individuos. Esta idea lockeana se verá además reforzada por el ideal republicano del ciudadano virtuoso, idea que lejos de contraponerse al individualismo lockeano interactúa con él para fundamentar una nueva forma de ciudadanía que intentará adaptarse a la privatización de su acción política. El ciudadano concebido como propietario es doblemente funcional, pues encajaba dentro de un marco republicano la propiedad de la tierra será garantía de la independencia del ciudadano con respecto a la influencia de poderes despóticos que intenten condicionarle. Al mismo tiempo su carácter de propietario será funcional dentro de un marco liberal que hará de la adquisición de nuevas propiedades el fin social por antonomasia. Jefferson expondrá esta visión en la cuestión XIX de sus *Cuadernos de Virginia* (1781) formulando en términos providencialistas esta perspectiva republicano-liberal del ciudadano agricultor concebido como el depositario natural de la virtud cívica:

Aquellos que trabajan la tierra son el pueblo elegido de Dios, si es que alguna vez ha existido un pueblo elegido, en cuyos corazones el Señor ha situado un peculiar depósito de virtud sustancial y genuina. Es en este sustrato en donde él mantiene vivo el fuego sagrado que, de otro modo,

⁶⁰⁹ *Ibid.*, pp. 208-240.

podría desaparecer de la tierra. La corrupción de la moral entre los agricultores es un fenómeno para el cual ninguna otra época o nación ha proporcionado ejemplo alguno.⁶¹⁰

De esta manera el iusnaturalismo permitió a Jefferson traducir la figura del agricultor en términos *teológico-naturalistas*, en donde el ideal de la ciudadanía se convertía en una abstracción ligada a la idea de la propiedad. Esto fue de vital importancia en un momento en que los derechos históricos propios de ciudadanos ligados a comunidades concretas estaban siendo sustituidos por la idea de derechos universales de los individuos en tanto tales. Por otra parte, la noción de *diseño* implícita en la teología natural ofrecía la posibilidad de concebir la ciudadanía en términos imperiales, pues desde la premisa de que la disposición de la naturaleza respondería a un diseño predeterminado por el Creador, se desarrolló un providencialismo geográfico que concebía el territorio en términos utilitarios. Los ríos, las montañas y las líneas de costas habrían sido establecidos por el Creador para delimitar un espacio natural que debía ocupar su pueblo elegido para trabajarlo y hacer florecer un imperio donde antes solo había un desierto. Las llanuras, los valles y sus recursos naturales habrían sido reservados por el Creador para establecer una nación de agricultores propietarios independientes que conformarían un *imperio de la libertad*, un remanente de virtud cívica que haría posible la supervivencia de la república por medio de su expansión por el continente, materializando la virtud por medio del trabajo de la tierra y por la conversión del *wilderness* americano en un jardín.⁶¹¹

Esta cosmovisión de un imperio agrario, basado en el pastoralismo virgiliano y en una interpretación *suigeneris* de la escuela fisiocrática francesa (matizada a través de Locke), fue el particular intento de Jefferson de salvar el ideal republicano dentro del proyecto del *experimento americano*. Era un proyecto geopolítico con el que tender puentes desde el presente entre los referentes virtuosos del pasado con respecto a los proyectos utópicos del futuro: la expansión por el continente posibilitaría generar las condiciones materiales desde las que formar ciudadanos independientes que mantuvieran viva la virtud cívica, solo que esta ya no se basaría en la participación cotidiana y directa en el autogobierno, sino que sería el resultado de la independencia de los ciudadanos en tanto que propietarios agrarios y ciudadanos privados, atributos que

⁶¹⁰ Jefferson, *Notes on the State of Virginia*, p. 175.

⁶¹¹ Leo Marx, *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Ideal in America* (Oxford: Oxford University Press, 1967), pp. 88-144; Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 55-78; Chester E. Eisinger, "The Influence of Natural Rights and Physiocratic Doctrines on American Agrarian Thought during the Revolutionary Period", *Agricultural History*, Vol. 21, No. 1 (Jan., 1947), p. 14.

se proyectarían sobre la vieja figura inglesa del *yeoman*, al que Jefferson convertirá en su gran mito del ciudadano agricultor, virtuoso, independiente y anglosajón. De esta manera Jefferson terminó por abandonar la idea de la constitución mixta para defender un sistema representativo democrático, en el que ligaría las ideas de propiedad, independencia, expansionismo y ciudadanía en una visión que será simultáneamente proto-liberal, neo-republicana e imperial.⁶¹²

Esta cosmovisión basada en un providencialismo republicano, y no en la idea puritana sobre la predestinación, será el modelo sobre el que O'Sullivan irá construyendo su filosofía de la historia, que en último término dará lugar al concepto de *Destino Manifiesto*. O'Sullivan en calidad de intelectual jacksoniano sentía una profunda veneración hacia la figura de Jefferson, cuyo pensamiento intentaba imitar canónicamente a modo de *tradición electiva*.

La fuerza referencial del puritanismo y de los *Padres fundadores* ha conducido a la historiografía anterior a interpretar la historia del providencialismo en términos de continuidad, considerando los distintos discursos providencialistas previos al *Destino Manifiesto* como formulaciones anteriores de un mismo fenómeno, y llevando a considerar que la idea existía antes de que el concepto apareciese. Este planteamiento es completamente erróneo, pues desaloja el carácter histórico del pensamiento y de sus manifestaciones culturales específicas. Las distintas concepciones del tiempo histórico articulan sus estratos del tiempo con distintas lógicas y utilizando referentes con genealogías históricas propias e independientes entre sí. Sin embargo, aunque entre ellas no medie un vínculo genético, su sucesión va conformando un patrón cultural que va predisponiendo a los habitantes de un lugar a aceptar un tipo de enfoques sobre otros, y en el caso del mundo colonial norteamericano y de la república estadounidense que surgirá de allí, la sucesión de distintos paradigmas discursivos providencialistas predispondrán a los estadounidenses a concebir la historia en términos providenciales.

Del puritanismo sobrevivirá en el siglo XIX la hermenéutica bíblica, y del providencialismo republicano pervivirá la idea de que el progreso espacial y temporal de la república obtiene su clave de la virtud de su sistema político. La religión civil americana aportará un paradigma teológico desde el que interpretar teológicamente la razón de Estado, y el marco emocional del *Primer gran despertar* evolucionará al

⁶¹²*El momento maquiavélico*, pp. 635-653; Smith, *Virgin Land*, pp. 123-144; Onuf, *Jefferson's Empire*, pp. 61-79, 138-146; Richard, *The Founders and the Classics*, pp. 158-168; Allen, *A Republic in Time*, pp. 38-41, 54; Eisinger, "The Influence of Natural Rights and Physiocratic Doctrines", pp. 13-23.

evangelismo del *Segundo gran despertar* ofreciendo un tipo de religiosidad acorde a la cultura romántica de principios del siglo XIX.

Estas son las claves históricas que la perspectiva diacrónica nos ofrece a la hora de considerar el contexto intelectual del *Destino Manifiesto*. Sin embargo el marco sincrónico en el que se encuadra el providencialismo del *Destino Manifiesto* responde a claves históricas distintas a las presentadas hasta este momento. Es por este motivo que será necesario considerar ciertos elementos contextuales de cara a terminar de conformar el marco hermenéutico adecuado desde el que interpretar la aparición del concepto.

O'Sullivan formuló su filosofía de la historia intentando reproducir el discurso y el imaginario de Jefferson, pero lo hizo desde claves jacksonianas, es por este motivo que para iniciar los capítulos sobre el contexto sincrónico voy a comenzar explicando los patrones del conflicto político durante la *antebellum era* (1824-1860) que afectaron a la crisis de la *República temprana* fundada en la revolución, pues este es el contexto en el que se desarrolló el expansionismo decimonónico para el que O'Sullivan formuló el concepto de *Destino Manifiesto*. Puesto que O'Sullivan es el facto explicativo desde donde estoy enfocando la formación del *Destino Manifiesto* voy a considerar la ideología jacksoniana desde la que O'Sullivan recepcionó la figura de Jefferson y su idea imperial, por lo que explicaré asimismo el tipo de providencialismo organicista que se estableció en la cultura romántica norteamericana a la hora de concebir el expansionismo.

Para acabar con este apartado sobre los elementos contextuales sincrónicos abordaré en dos capítulos la figura de O'Sullivan desde una perspectiva de su biografía política, como analizando las claves de su pensamiento político a partir de su manifiesto fundacional para la *Democratic Review* "El principio democrático" (1837). Con estos dos capítulos arrojaré algo de luz sobre el intelectual que pergeñó el concepto de *Destino Manifiesto* de cara a una mejor comprensión del mismo.

De esta manera habré establecido un grupo de capítulos que a través de una historia de los distintos paradigmas providencialistas explico la formación de una tradición discursiva providencial en América, con en lo que delimito la clave de interpretación diacrónica del concepto. Tras el establecimiento de los capítulos que permitirán comprender la clave de interpretación sincrónica habré delimitado los elementos que conforman el principio hermenéutico de mi horizonte interpretativo, con

lo que podré dirigirme al objetivo final y fundamental de mi tesis, explicar el proceso de formación concreta del concepto de *Destino Manifiesto*.

9.El paradigma maltusiano en América

Una de las formas más importantes en las que acabó por expresarse la episteme organicista del romanticismo americano fue a través del paradigma maltusiano. La doctrina maltusiana no era *stricto sensu* una teoría que surgiese de la episteme organicista, sino que fue una hipótesis demográfica elaborada por el clérigo inglés Thomas R. Malthus (1766-1834) entre 1798 y 1803. Su contexto de surgimiento fue el proceso de conformación del paradigma de la *economía política clásica* inglesa, y articuló los debates económicos en la etapa de transición entre el periodo de predominio de la figura de Adam Smith y el auge de las teorías de David Ricardo.

En el contexto del desarrollo de la episteme organicista el pensamiento de Malthus aportó a la mentalidad romántica una semántica económica y demográfica de la que esta carecía, pero que resultaba coherente con su lógica de pensamiento. Y lo que es más importante, la retórica maltusiana ofreció a los políticos del romanticismo una racionalidad de gobierno coherente con su *filosofía de la historia*, que en perspectiva posibilitó a las naciones imperiales justificar su expansionismo como resultado de unos imperativos económico-demográficos, lo que facilitó concebir y disfrazar la ambición territorial en términos de una *Razón de Estado*, presentando el expansionismo como la necesidad de defender los intereses y la supervivencia de la nación ante la amenaza catastrofista de la sobrepoblación futura.

9.1 La hipótesis de la catástrofe maltusiana

En primer lugar es necesario sintetizar la hipótesis de Malthus para comprender las razones de su popularidad y controversia. En su *Ensayo sobre el principio de Población* (1798/1803), Malthus se preguntó por qué no había crecido el género humano durante las épocas precedentes de la manera en que lo estaba haciendo en su momento histórico, lo que a su vez le llevó a preguntarse por las posibles soluciones que podían buscarse para detener este crecimiento. Para ello comenzó considerando aquellos elementos que contribuirían al aumento natural de la población si esta no se viera contenida por los límites de sus medios de subsistencia, estableciendo después una segunda reflexión sobre la capacidad de aumentar la explotación agrícola por medios industriales para intentar acompasar los ritmos de incremento de la población presente. De esta manera Malthus estableció el vínculo entre dos elementos interconectados dinámicamente entre sí: el incremento de la población estaría a la vez potenciado y limitado por la capacidad de una sociedad de producir los medios de subsistencia necesarios para sostener sus ratios de crecimiento.⁶¹³

Para testar estas ideas Malthus recurrió al ejemplo de los Estados de Norteamérica, en donde en el último siglo y medio se vendría observando que la población se habría duplicado en cada periodo de 25 años, lo que le llevó a formular su famosa hipótesis: “Podemos, pues, sentar como cierto que cuando no lo impide ningún obstáculo, la población va doblando cada 25 años, creciendo de periodo en periodo en una progresión geométrica”.⁶¹⁴

El problema que plantearía este incremento poblacional en términos geométricos es que no sería posible alcanzar un aumento de la tierra cultivable necesaria para acompañar este crecimiento demográfico exponencial. Las dos únicas opciones que encontró Malthus a este dilema fueron la expansión territorial, o el aumento de la productividad de la tierra existente. Según Malthus la primera opción sería complicada en Europa, pues en este continente ya no existía tierra libre hacia la que expandirse, por lo tanto esta opción sólo estaría al alcance de los Estados Unidos, que podrían expandirse a costa de los “salvajes”, lo que supondría la aniquilación de los indios. Los europeos podrían intentar expandirse por Asia y África, pero esto supondría una tarea

⁶¹³Thomas R. Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población* (Madrid: Establecimiento literario y tipográfico de D. Lucas Gonzalez y Compañía, 1846), pp. 1-3. Este trabajo corresponde a la segunda edición de 1803.

⁶¹⁴Ibíd., p.3.

difícil por la necesidad de civilizar a los pueblos no europeos de cara a hacer factible esta empresa.⁶¹⁵

Esto abocaría a Europa a depender del aumento de la productividad de la tierra cultivable. El problema de esta opción residía en que los medios de subsistencia en las circunstancias más favorables a la industria no aumentarían sino en progresión aritmética, pues según Malthus la capacidad para obtener rendimientos agrícolas estaría limitada por el área de terreno cultivable y la capacidad de aumentar su productividad mediante avances técnicos. Por esta razón, el producto obtenido de los campos no podría mantener las cuotas de crecimiento a las que aumentaba la población, pues por mucho que mejorasen las técnicas agrícolas, el tamaño de los campos permanecería invariable.⁶¹⁶

De cara a detener lo que ha sido conocido como la *catástrofe malthusiana* (idea que se convirtió en una suerte de apocalipticismo secular durante la primera mitad del siglo XIX), el autor inglés consideró cuáles habían sido los obstáculos a la población en las distintas civilizaciones históricas y regiones del planeta. Analizó también lo que él percibía como aquellos problemas que en su tiempo potenciaban el aumento de la población, poniendo en el centro de su análisis el “vicio” imperante entre las clases populares, que llevaría a los pobres a reproducirse por encima de sus posibilidades y de la capacidad social. Criticó así mismo los estímulos a esta tendencia que Malthus percibía en los sistemas de igualdad propuestos por Wallace, Condorcet, Godwin y Owen; también culpaba de este problema a las leyes del cereal y a las leyes de pobres, lo que le llevará a analizar la situación del sistema agrícola y la política comercial de Inglaterra. Para remediar la situación Malthus propuso educar a los pobres en la virtud y en la castidad, y hacerles comprender que la única posibilidad que tenían para mejorar su situación vital se encontraba en decrecer en número. Para ello Malthus abogó por cambiar las leyes del cereal limitando las exportaciones y eliminar las leyes de pobres, sustituyendo estas últimas por la caridad. Todo ello podría servir en su opinión para restablecer el equilibrio entre la tasa de crecimiento demográfica con respecto a las ratios de incremento de los medios de subsistencia.⁶¹⁷

El ensayo de Malthus apareció por primera vez publicado de manera anónima en 1798, a lo que le siguió una segunda versión modificada y ya firmada en 1803. A mi

⁶¹⁵Ibíd., pp. 4-5.

⁶¹⁶Ibíd., pp. 5-16.

⁶¹⁷Ibíd., pp. 259-288, 310-318, 341-347, 360-370.

juicio es necesario aclarar dos cuestiones sobre el contexto de aparición de este libro. La primera es que las ideas expuestas por Malthus en este ensayo no eran del todo novedosas, pues con anterioridad otros autores habían reflexionado sobre el problema existente en la contradicción entre el incremento de la población y la escasez de los medios de subsistencia. La razón del tremendo impacto de las propuestas de Malthus no fue por la novedad de sus planteamientos, sino por el hecho de haber sido expuesta en un momento histórico en el que como resultado de la revolución agraria y de la primera revolución industrial comenzaban a hacerse patentes los efectos del crecimiento poblacional y la miseria de la clase trabajadora. Esto ofreció un grado de plausibilidad a las tesis de Malthus con la que no contaron autores anteriores.⁶¹⁸

La segunda cuestión que conviene señalar sobre el auge de la doctrina maltusiana es que esta logró una gran popularidad gracias a que fue objeto de numerosos y acalorados debates durante la primera mitad del siglo XIX. Su principal detractor fue el filósofo anarquista William Godwin (1756-1836), cuyas ideas habían sido explícitamente criticadas en el ensayo de Malthus, y su oposición a las ideas maltusianas fue tan célebre que las referencias de la época a esta doctrina solía nombrarse como el *debate Malthus-Godwin*. Me es imposible por cuestión de espacio exponer aquí los términos de este debate, o el nombre y las posiciones de todos los intelectuales que participaron en él. Baste señalar que el debate se dio por oleadas, reapareciendo y resurgiendo en distintos *revivals* que se sucedieron incluso tras la muerte del propio Malthus en 1834. A las primeras críticas a la obra anónima de 1798 les sobrevino el primer debate de 1803 a 1815, con una segunda controversia de 1821 a 1824 de la que participó como una de las voces distinguidas Alexander H. Everett, amigo y maestro de O'Sullivan. Una última controversia apareció con fuerza sobre todo en América, y se extendió desde 1819 hasta 1865, teniendo como disparador los debates sobre el *Compromiso de Missouri* y comenzándose a disipar tras la Guerra civil.⁶¹⁹

⁶¹⁸Kenneth Smith cita la siguiente lista de intelectuales como precursores de las teorías de Malthus: Giovanni Botero, Walter Raleigh, Francis Bacon, John Graunt, William Petty, Matthew Hall, Leonhard Eule y Benjamin Franklin; David Hume y Robert Wallace con su debate sobre la población; Johann P. Süssmilch, James Steuart, Richard Price, John Howlett, William Wales; así como entre los predecesores más inmediatos de Malthus se encontraban el economistas Adam Smith, Athur Young, el Arzobispo Paley y el Reverendo Joseph Townsend. Kenneth Smith, *The Malthusian Controversy* (Nueva York: Octagon Books, 1978), pp. 3-32.

⁶¹⁹Ibid., 33-169; Joseph J. Spengler, "Population Prediction in Nineteenth Century America", *American Sociological Review*, Vol. 1, No. 6 (Dec., 1936), pp. 905-908; Edmond Cocks, "The Malthusian Theory in Pre-Civil War America: An Original Relation to the Universe", *Population Studies*, Vol. 20, No. 3 (Mar., 1967), pp. 346-354, 363; Dennis Hodgson, "Malthus' Essay on Population and the American

9.2 La recepción estadounidense de la doctrina malthusiana en la *República temprana* (1780-1865)

En las trece colonias y los posteriores Estados Unidos algunos *Padres fundadores* habían realizado importantes contribuciones a los debates sobre las causas del crecimiento de la población, incluso con anterioridad a que Malthus formulase sus hipótesis y estas cruzasen el Atlántico. El trabajo más importante a este respecto fue el ensayo de Benjamin Franklin *Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling and Countries* (1755). Este trabajo fue además fundamental para el desarrollo de la doctrina de Malthus, pues Benjamin fue el primero en sugerir que la población se duplicaba cada 25 años en términos geométricos, y fue precisamente la lectura de esta obra lo que inspiró a Malthus para proponer que existía una descompensación entre los ratios de crecimiento de la población y la producción de medios de subsistencia. De hecho en el punto 22 de su ensayo, Franklin fue el primero en exponer que este incremento en términos geométricos de la población en América debía de servir de aviso a la corona inglesa para que negociase un buen tratado de paz con Francia tras la *Guerra de los siete años*, de cara a conseguir suficiente espacio que pudiera acoger el incremento de la población futura.⁶²⁰

Jefferson también reflexionó sobre el problema de la población en sus *Notas sobre el Estado de Virginia*, dedicandola cuestión VIII exclusivamente a este asunto. Y tras calcular el incremento de la población de su Estado natal desde 1607 hasta 1782 llegó a la conclusión de que la población se duplicaba cada 27 años y un cuarto. En octubre de 1801, siendo ya presidente y con la adquisición de nuevos territorios en mente, Jefferson tomó el segundo censo de los Estados Unidos y lo utilizó para realizar proyecciones poblacionales en su cuaderno privado, desarrollando para ello distintos logaritmos con los que calcular la futura progresión geométrica de la población. Un mes después de realizar estos cálculos, Jefferson escribió a Monroe a cerca de la controversia sobre unos esclavos fugados que pretendían ocupar tierras en el *Oeste*, lo que había provocado un acalorado debate en el capitolio de Virginia. A raíz de este debate Jefferson planteó a Monroe si era posible encontrar tierras para los esclavos fugados en los límites de la Unión, o si habría que buscar alternativas entre los

Debate over Slavery”, *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 51, No. 4 (Oct., 2009), pp. 747-748.

⁶²⁰Benjamin Franklin, *Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling and Countries* (Filadelfia: S. Kneeland, 1755), p. 9; Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*, p. 3.

territorios indios pertenecientes a Gran Bretaña, Francia o España. Considerando la negativa segura de estos países a acoger a los esclavos fugados en sus tierras lanzó la siguiente reflexión:⁶²¹

Esta misma pregunta se nos plantea también a nosotros, en los mismos términos en los que se ha presentado: ¿Deberíamos aceptar tener este tipo de colonia [de esclavos fugados] junto a nosotros? Aunque por el momento nuestros intereses nos retengan dentro de nuestros límites, resulta imposible no mirar hacia tiempos lejanos, cuando nuestra rápida multiplicación se expanda más allá de esos límites y se extienda hasta cubrir todo el norte del continente, e incluso también el sur del mismo, con una población que hablará la misma lengua, se gobernará con las mismas instituciones y por las mismas leyes: no podremos entonces contemplar con satisfacción mácula o mezcla [racial] en esta superficie.⁶²²

Así pues queda patente que un mes después de calcular en su cuaderno personal las ratios del incremento futuro de la población americana, Jefferson ya estaba empezando a concebir la idea de un gran imperio continental para dar espacio a una población de americanos blancos. De esta manera Jefferson formuló una teoría expansionista en términos raciales y malthusianos antes de haber leído la obra de Malthus. Pero tal y como ocurrirá décadas después en los debates seccionales de mediados del siglo XIX, el dilema de la extensión de la población negra, fuera libre o esclava, será un elemento distorsionador clave para esta forma de mentalidad expansionista.

Dos años después de formular esta hipótesis expansionista y pre-malthusiana Jefferson lograría comprar el territorio de Luisiana, con lo que podría comenzar a materializar su ideal de un *Imperio de la Libertad*. Y fue precisamente durante el proceso de adquisición de la Luisiana cuando Jefferson conoció las doctrinas de Malthus. Jefferson supo de la primera edición de 1798 (la anónima) a través de algunas reseñas que habían aparecido en Norteamérica, pero nunca llegó a leer este libro. Fue a raíz de la publicación estadounidense de la edición de 1803 cuando Jefferson pudo familiarizarse directamente con las doctrinas de Malthus, tal y como expresó a Joseph

⁶²¹Jefferson, *Notes on the State of Virginia*, p. 91; Thomas Jefferson, "Calculation of Population Increase, [October 1801]," *Founders Online*, National Archives, accedido el 24 de Julio de 2019 a las 19:03 h., en <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-35-02-0444>. [Original source: *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 35, 1 August–30 November 1801, ed. Barbara B. Oberg. Princeton: Princeton University Press, 2008, pp. 531–533.]

⁶²²Thomas Jefferson a James Monroe, 24 de noviembre de 1801, *Founders Online*, National Archives, accedido el 24 de Julio de 2019 a las 19:06 h., en <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-35-02-0550>. [Original source: *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 35, 1 August–30 November 1801, ed. Barbara B. Oberg. Princeton: Princeton University Press, 2008, pp. 718–722.]

Priestly en una carta del 29 de enero de 1804. Tres días después de enviar esa misiva, el 1 de febrero Jefferson escribió otra carta dirigida al economista francés Jean-Baptiste Say, en donde le agradecía que le hubiese regalado un ejemplar en dos volúmenes de su *Tratado sobre economía política* (1803). Pero Jefferson utilizó la carta casi en exclusividad para transmitir a Say sus impresiones sobre la obra de Malthus, un ensayo que a su parecer descansaba en una lógica sólida y en las reflexiones de Adam Smith, pero con el que discrepaba en lo concerniente a su hipótesis sobre el carácter aritmético del incremento de los medios de subsistencia. Para Jefferson esta elucubración podía ser cierta para el continente europeo, pero en América la abundancia de tierras “libres” haría posible que ambas ratios (la del crecimiento poblacional y la de los medios de subsistencia) crecieran a la par en términos geométricos, lo que permitiría no sólo alimentar a la población agrícola e industrial de América, sino que con los excedentes se podría compensar el déficit de alimentos europeos.⁶²³

De esta manera la reflexión sobre la relación entre el incremento poblacional y la necesidad de la expansión territorial fue clave para que Jefferson fundamentara su ideal del *Imperio de la Libertad*. Pues si la visión expansiva del *experimento americano* iba a ser la solución al problema clasicista sobre el *decline and fall* de las repúblicas, el reto

⁶²³Thomas Jefferson a Joseph Priestley, 29 de enero de 1804, *Founders Online*, National Archives, accedido el 24 de julio de 2019, <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-42-02-0322>. [Original source: *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 42, *16 November 1803–10 March 1804*, ed. James P. McClure. Princeton: Princeton University Press, 2016, pp. 368–370.]; Thomas Jefferson a Jean-Baptiste Say Priestley, 29 de enero de 1804, en Population Council, “Thomas Jefferson on Malthus”, *Population and Development Review*, Vol. 19, No. 1 (Mar., 1993), pp. 180-181; Drew R. McCoy, “Jefferson and Madison on Malthus: Population Growth in Jeffersonian Political Economy”, *The Virginia Magazine of History and Biography*, Vol. 88, No. 3 (Jul., 1980), pp. 261, 265-267. La carta que Jefferson envió a Priestley nunca llegó a su destinatario, pues murió antes de que le fuera entregada. La misiva fue respondida el 16 de febrero por el economista Thomas Cooper, quien informó a Jefferson de la muerte de Priestley y le dio su opinión favorable sobre las tesis de Malthus, salvo en lo concerniente al papel de la emigración, que en su opinión había sido minusvalorada por el clérigo inglés como posible corrector a la presión demográfica. Jefferson contestó a Cooper el 24 de febrero lamentándose por la muerte de Priestley y dándole la razón sobre el posible papel de la emigración como mecanismo corrector. Jefferson le contó además que supo por primera vez de las ideas de Malthus a través de una reseña anónima muy crítica con su trabajo, y que eso le previno contra sus ideas, pero que había cambiado de parecer tras leer por sí mismo su ensayo. En la carta vuelve a reincidir en su argumento a Say de que la expansión hacia el Oeste salvará a los Estados Unidos de la *catástrofe malthusiana*, y consideró que si Inglaterra invirtiese los recursos que gasta en las *leyes de pobres* para colonizar otras tierras, conseguiría aliviar el problema demográfico y mejoraría las condiciones tanto de su población migrante como de los que permaneciesen en la metrópolis. Thomas Cooper a Thomas Jefferson, 16 de febrero de 1804, *Founders Online*, National Archives, accedido el 30 de julio de 2019, <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-42-02-0419>. [Original source: *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 42, *16 November 1803–10 March 1804*, ed. James P. McClure. Princeton: Princeton University Press, 2016, pp. 485–487.]; Thomas Jefferson a Thomas Cooper, 24 de febrero de 1804, *Founders Online*, National Archives, accessed 30 de julio de 2019, <https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-42-02-0463>. [Original source: *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 42, *16 November 1803–10 March 1804*, ed. James P. McClure. Princeton: Princeton University Press, 2016, pp. 537–538.].

de la *catástrofe malthusiana* añadirá otro argumento sólido para justificar el ideal agrario de Jefferson de construir un imperio de pequeños agricultores en el Oeste, pues la supervivencia de la república dependería también de su capacidad de incrementar los medios de subsistencia al ritmo que crecería la población futura.⁶²⁴

Por este motivo las doctrinas de Malthus resultaron fundamentales en el proceso de transición paradigmática imperial. La doctrina malthusiana fue una de las muchas claves que a principios del siglo XIX posibilitaron fundamentar una nueva racionalidad imperial para los Estados-nación, que al igual que el sistema capitalista, se encontraban en proceso de conformación y expansión. Doctrinas como la malthusiana permitirán el abandono del imaginario mercantilista de los imperios monárquicos del Antiguo Régimen, en donde las monarquías debían asegurar el control de enclaves estratégicos para la extracción de recursos y su dominio del comercio internacional. Esta perspectiva se encontraba aún operativa a finales del siglo XVIII, y la teoría malthusiana contribuyó a superarla fundamentando una nueva concepción imperial mucho más ambiciosa e integral, en donde los imperios añadirían a esta visión extractivista y comercial una nueva dimensión territorial fundamentada en el control de grandes extensiones de terreno (fuera metropolitano o colonial), que constituirían la vía para asegurar la supervivencia y la hegemonía de los nuevos Estados-nación.⁶²⁵

⁶²⁴Allen, *A Republic in Time*, pp. 36-41; McCoy, "Jefferson and Madison on Malthus", p. 268; Edmond Cocks, "The Malthusian Theory in Pre-Civil War America", pp. 344-346. El presidente James Madison también se interesó por el problema del incremento de la población desde 1780, influido por la obra de Franklin. Pero a diferencia de Jefferson, Madison fue más pesimista sobre las posibilidades de evitar la *catástrofe malthusiana*, pues para Madison la abundancia de tierras en el continente Americano lo único que iba a permitir sería retrasar la llegada de la *catástrofe malthusiana* con respecto a Europa, pero de ninguna manera permitiría evitarla, pues llegaría un momento en el que por muchas tierras que poseyeran los Estados Unidos el número de habitantes superaría la capacidad del país para generar medios de subsistencia con los que alimentar a toda la población. Por otra parte esto implicaba una dependencia de los Estados Unidos a una constante expansión que condicionaría la política de la república. McCoy, "Jefferson and Madison on Malthus", pp. 68-76.

⁶²⁵Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo. Vol. 2 Imperialismo* (Madrid: Alianza editorial, 1987), pp. 206-225; George Lichtheim, *El imperialismo* (Barcelona: Altaya, 1997), pp. 39-60, 69-79. El imperio español en América fue en este sentido una realidad imperial propia, pues junto al imperio portugués se constituyó con anterioridad al surgimiento de los imperios coloniales mercantilistas del resto de potencias europeas. Pero a diferencia del imperio portugués, el imperio español en América puso más empeño en constituir un imperio territorial que una red de enclaves comerciales. Para cuando comienzan a transformarse los imperios monárquicos mercantilistas mediante este giro territorializador a principios del siglo XIX, el imperio español se encontrará en descomposición y entrando en una lógica que Pablo Sánchez León ha denominado como *postmetrópolis*, que se refiere a aquella situación en la que un imperio ha perdido su estatus geopolítico imperial pero conservando algunas colonias. En este contexto la diferenciación entre territorio metropolitano y colonial se difumina, y en el caso español esto llevó a que los políticos y militares curtidos en las guerras coloniales aplicasen en territorio metropolitano lógicas de represión y de conquista propias de la dominación colonial (y en el caso de la Guerra Civil, también lógicas y retórica de guerra santa). Pablo Sánchez León, "Yihad en Postmetrópolis: la definición católica del enemigo y la memoria ciudadana de los españoles del siglo XXI", *Disparamag*, en http://www.disparamag.com/blogs/contratiempo/contratiempo92/yihad_en_postmetropolis; Pablo

Esta nueva forma de imperios nacionales conllevará una mayor intervención de los Estados para apoyar y hacer posibles estos procesos expansionistas y colonizadores, lo que por una parte requerirá de la formación de aparatos burocráticos-estatales de mayor envergadura que fueran capaces de coordinar la expansión de estos imperios nacionales y capitalistas. Mientras que por otra parte obligarán a estos Estados imperiales a dotarse de doctrinas poblacionales de índole racista con las que defender su predominio sobre los pueblos no europeos. En los *territorios no organizados* y en los *territorios de ultramar* el asentamiento de colonos blancos vendrá acompañado por un proceso de usurpación territorial, y de cara a posibilitar la explotación económica de los recursos de estos territorios será necesaria la instalación de élites coloniales que ejerzan su poder a través de regímenes jurídicos especiales. Esto posibilitará el establecimiento de sociedades paralelas en un mismo territorio que a través de marcos jurídicos especiales generarán regímenes de apartheid, que se sustentarán en teorías imperiales que combinarán argumentos raciales y demográficos para justificar en términos de superioridad racial y de *Razón de Estado* el proceso de desposesión y de sometimiento de la población autóctona y de sus recursos naturales.⁶²⁶

La vinculación entre expansionismo, malthusianismo y racismo durante la constitución de esta nueva forma de política imperial apuntará hacia lo que Foucault denominó como el nacimiento de la *biopolítica*, y más concretamente hacia la instauración decimonónica de la *biopolítica de la especie humana*. Dicha forma de *biopolítica* supuso una estatalización de lo biológico en virtud de la cual el Estado comenzó a desarrollar unas tecnologías del poder social con las que gestionar a su población mediante criterios demográficos, laborales y disciplinarios. Esta forma de *biopolítica* implicó además una geopolítica utilitaria, en donde el territorio era concebido como un espacio cartesiano en donde asegurar la vida para aquella parte de la población que cumpliera con los criterios biológicos (raza) y cívicos adecuados para ser reconocidos como sujetos políticos. De manera que las decisiones del Estado para hacer vivir o dejar morir se fundamentarán en una perspectiva biologicista, que entre otras cuestiones basará en criterios raciales el elemento delimitador de la lógica *amigo / enemigo*. Los ciudadanos racializados entrarán en la lógica *biopolítica* del *amigopor*

Sánchez León, “¿Tan sólo una guerra civil?: 1936 como conquista colonial civilizadora y *Yihad* católica moderna”, *Bajo Palabra: revista de filosofía II Época*, N. 13 (2017), pp. 27-30.

⁶²⁶Arendt, *Los orígenes del totalitarismo. Vol. 2 Imperialismo*, pp. 273-276, 285-301, 314-332; Fradera, *La nación imperial. Vol. I*, pp. XV-XL; Giorgio Agamben, *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida I* (Valencia: Editorial Pre-textos, 1998), pp. 160-166; Patrick Wolfe, “Settler Colonialism and the Elimination of the Native”, *Journal of Genocide Research*, Vol. 8, N. 4 (Dec. 2006), pp. 390-394.

pertenecer a la *raza legítima*, lo que conllevará ser objeto de cuidados y atención estatal para su bienestar y crecimiento, entrando en los cálculos demográficos de la vida. Los súbditos imperiales de las colonias por el contrario serán clasificados como parte de las razas considerada ilegítimas, y por tanto enemigos del Estado sujetos a los cálculos demográficos de la muerte, que se materializará a través de su gestión colonial en términos de explotación laboral, deportación, subyugación y exterminio, según lo requieran las necesidades de la política imperial, pues en este nuevo régimen geopolítico el racismo será el derecho a matar por razones biológicas.⁶²⁷

En pocos lugares esto resultó más patente durante la primera mitad del siglo XIX que en los Estados Unidos, pues como expliqué en el capítulo anterior el hecho racial fue el criterio que articuló tanto el principio seccional de la república (mediante la división entre el Norte y el Sur por medio de la institución de la esclavitud), así como el elemento que determinó quién podía permanecer y quién debía marcharse de las tierras del *Oeste* que entraban dentro de la lógica de la *Frontera*. No es de extrañar que en un país que desarrolló instituciones *biopolíticas* tan claras como la plantación esclavista o la reserva india, sus dirigentes y opinión pública estuvieran tan interesados en la doctrina maltusiana, pues en términos de su *Razón de Estado* dicha doctrina presentaba los imperativos *biopolíticos* desde el terreno de la necesidad: para los esclavistas del Sur la adquisición territorial era la única manera de escapar del ciclo autodestructivo al que abocaba su modelo de agricultura de monocultivo intensivista; para los blancos libres del norte la expansión hacia el *Oeste* era el medio por excelencia de materializar sus sueños de movilidad social ascendente en la *tierra prometida*. Por lo tanto el debate maltusiano resultaba muy atractivo en la América anterior a la Guerra civil: en primer lugar porque ofrecía criterios para una economía política agraria que trascendiera los modelos fisiocráticos de la era precedente. Por otra parte ofrecía soluciones políticas a los miedos y anhelos sociales de ambas secciones, pues permitía sacar el deseo de nuevos territorios del campo de la ambición para trasladarlo al terreno de la necesidad.⁶²⁸

Sin embargo la recepción de la teoría maltusiana no fue similar en toda Norteamérica, pues esta se realizó a través del debate seccional sobre la esclavitud, y tuvo su momento álgido durante los debates expansionistas de 1840. Por este motivo el

⁶²⁷Foucault, *Genealogía del racismo*, pp. 193-198, 206-209; Schmitt, *El concepto de lo político*, pp. 49, 56-60, 65-66, 74-87 [El concepto de lo político]. Agamben, *Homo sacer I*, pp. 173-177, 185-188, 222-224.

⁶²⁸Horsman, *The Race and Manifest Destiny*, pp. 2-3.

uso que harán los distintos actores de la doctrina malthusiana y el juicio que tendrán sobre ella va a estar fuertemente condicionada por la posición que previamente estos actores hayan adoptado en los debates seccionales y expansionistas. En el Sur de los Estados Unidos los proponentes de la esclavitud abrazaron posiciones favorables a la doctrina catastrofista de Malthus, aceptando que la tendencia en la contradicción entre el incremento poblacional y los medios de subsistencia era inevitable, y que por lo tanto habría que optar por aquel modelo económico que ayudase a evitar esta tendencia, modelo que ellos encontraban en la economía agraria de las plantaciones. Mientras que en el norte se va a optar por rechazar las hipótesis apocalípticas de Malthus, considerando como había hecho Jefferson que la expansión hacia el *Oeste* ofrecería suficientes tierras como para conjurar el problema de la *catástrofe malthusiana*. Esto sin embargo les situaba en abierta contradicción con los esclavistas, pues aunque las tierras del *Oeste* fueran abundantes no serían ilimitadas, por lo que para evitar la *catástrofe malthusiana* debían ser ocupadas por blancos libres que produjeran medios de subsistencia para el mercado, y no por plantaciones esclavistas centradas en la producción de algodón.⁶²⁹

Los términos de este debate llevaron a sus actores a concebirse en términos de un enfrentamiento entre *malthusianos* contra *anti malthusianos*, en donde el criterio delimitador entre estos dos grupos será la aceptación o el rechazo a la inevitabilidad de la *catástrofe malthusiana*, y donde detrás de los posicionamientos va existir un subtexto de apoyo a la esclavitud (entre aquellos que se declaraban favorables a Malthus) u oposición a esta (entre sus críticos). Sin embargo, el declararse favorable o contrarios a las doctrinas de este autor no condicionará el hecho de que todos los actores van a aceptar el marco general sobre el crecimiento de la población en términos geométricos (pues así lo demostraban los censos de la época). El punto de conflicto se encontrará en cómo poner remedio al problema de la *catástrofe malthusiana*, si hacerlo por medio de instituciones que controlasen el crecimiento de la población (como defendían los esclavistas) o aumentando la ratio de crecimiento de los medios de subsistencia (como proponían en el Norte).

El Sur fue la primera *sección* en hacer un uso operativo de las ideas de Malthus a través de su teoría pesimista del malthusianismo, que fue forjada por medio de una

⁶²⁹Hodgson, "Malthus' Essay on Population and the American Debate over Slavery", pp. 744-748; Spengler, "Population Prediction in Nineteenth Century America", pp. 905-909; Cocks, "The Malthusian Theory in Pre-Civil War America", pp. 346-349.

interpretación ricardiana de este autor para denunciar lo que los esclavistas percibían como los límites de la economía industrial del Norte. Para ello propusieron que los empresarios capitalistas eran indiferentes con respecto a la suerte de sus trabajadores, lo que conllevaba a que su número aumentase de manera descontrolada, y esto conducía a una depreciación de sus salarios que empobrecería al conjunto de la población. De esta manera la doctrina maltusiana fue utilizada en el Sur como un poderoso argumento en contra de la economía basada en el “trabajo libre”. Esta teoría pesimista del maltusianismo en el Sur trajo consigo un corolario a modo de solución por medio de la conservación y expansión del sistema esclavista como medio de control del crecimiento poblacional. Los esclavistas defendieron que a diferencia de lo que ocurría en el Norte, los amos valoraban la vida de sus esclavos en tanto que propiedad productiva suya, lo que les llevaba a “cuidar” de ellos y a controlar que sus stocks de esclavos fueran lo suficientemente grandes como para que pudieran sacar adelante la labor en las plantaciones, pero sin que llegasen a desbordarlas. Por este motivo los esclavistas presentaron su modelo económico como la mejor garantía contra la *catástrofe maltusiana*. A su vez defendieron la necesidad de expandir este modelo hacia el *Oeste*, pues a diferencia de lo que ocurría en el Norte ellos sí que controlaban los niveles de crecimiento de su fuerza de trabajo, lo que serviría para evitaría que el *Oeste* americano se convirtiera en el futuro en una zona disfuncional y superpoblada de gente al borde de la miseria.⁶³⁰

⁶³⁰Joseph J. Spengler, “Population Theory in the Antebellum South”, *The Journal of Southern History*, Vol. 2, No. 3 (Aug., 1936), pp. 377-389; Hodgson, “Malthus' Essay on Population and the American Debate over Slavery”, pp. 744-745, 748-754; Cocks, “The Malthusian Theory in Pre-Civil War America”, pp. 354-358. En los debates seccionales por la esclavitud, los plantadores y esclavistas acostumbraban a presentar su trato con los esclavos en términos de un paternalismo benévolo, en donde las plantaciones eran presentadas como el único espacio en el que el negro podría sobrevivir en una tierra habitada por blancos. Por supuesto en estos relatos nunca salía a relucir la privación absoluta de libertad, las condiciones de trabajo infernales o la enorme arbitrariedad a la que estaban sometidos los esclavos. Sin embargo como han expuesto algunos de los mayores especialistas sobre la economía esclavista, como Eugene Genovese o Roger L. Ransom, hay un argumento que sí era cierto en el discurso esclavista, y era su interés material en la supervivencia del esclavo y sobre el control de su número. Ransom se refirió a esta manera de concebir al esclavo como un *activo que se aprecia*. El interés de los amos por la supervivencia de sus esclavos no era humanitaria, sino estrictamente económica. El retorno de las ganancias de la venta del algodón suponía enormes sumas de dinero que los plantadores obtenían en mucha cantidad y en pocas ocasiones. La inestabilidad financiera de la Era Jackson no hacía seguro mantener el dinero en los bancos, y por culpa de la esclavitud el tejido productivo del Sur era muy débil y no ofrecía alternativas seguras para la inversión (y los plantadores carecían de la mentalidad y la cultura empresarial para diversificar en sus inversiones). Por todos estos motivos las ganancias tenían que retornar necesariamente a la plantación. Y en la plantación el activo económico más valioso con el que contaban los plantadores eran sus esclavos. Los plantadores podrían haber intentado utilizar dichas ganancias para mecanizar su producción y obtener una ventaja sobre sus competidores, pero esto habría supuesto una gran inversión para unos resultados dudosos y a consta de depreciar su mayor activo. Por este motivo los esclavistas apenas intentaron introducir innovaciones agrarias en su producción. Esto les

Los políticos y publicistas del Norte reaccionaron contra estos argumentos de la propaganda esclavista con la *teoría del desplazamiento*, que aceptaba ciertas premisas negativas del modelo maltusiano pero no sus consecuencias últimas. Esta teoría consideraba que la ocupación del suelo estaría necesariamente limitada a un número finito de personas, por lo tanto el disfrute de las tierras “vírgenes” debía reservarse a la población que fuera considerada como la más productiva, desplazando en el proceso a las demás y evitando que las menos productivas desplazasen a esta. El hecho de que la población del Norte encontrase aborrecible en términos morales la institución de la esclavitud no implicaba que no fuera racista, y para los anti maltusianos los trabajadores y colonos blancos eran una raza cuyo trabajo se consideraba superior y más productivo que el de los esclavos negros, o que el de los mexicanos, considerados mestizos y por lo tanto racialmente impuros, y por supuesto superior al de los nativos americanos, que a ojos de los blancos eran mayoritariamente nómadas, lo que suponía que no aprovechaban adecuadamente el suelo. Por este motivo para los anti maltusianos solo los colonos blancos podían hacer frente a la *catástrofe maltusiana*, pues en tanto que trabajadores libres y de una raza superior serían lo suficientemente emprendedores como para sacar el máximo rendimiento al suelo. De manera que no se debía permitir la extensión de la esclavitud hacia el *Oestey* se debía favorecer la expulsión de indios y mejicanos de sus tierras, pues cuanto más tierra ocupasen los esclavistas o las poblaciones no blancas menos suelo quedaría disponible para los futuros ciudadanos

conducía a reinvertir la mayor parte de sus ganancias en la compra y cría de esclavos (hay que recordar que el comercio internacional de esclavos fue abolido en los Estados Unidos desde 1808, por lo que los esclavistas sureños tenían un monopolio sobre esta mercancía). Por otra parte el esclavo era una inversión que se autovalorizaba, pues su labor acrecentaba las ganancias del esclavista, y eran fácilmente convertibles en dinero líquido en caso de necesitarlo. Por este motivo los esclavos eran activos que se apreciaban, pues desde el punto de vista de la producción eran simultáneamente medios de producción y fuerza de trabajo, y desde el punto de vista contable eran al mismo tiempo inversión productiva e inversión en activos comercializables. En este sentido, los esclavistas velaban por la seguridad y la supervivencia de los esclavos en tanto que activos económicos, siempre que estos pudieran producir o ser vendidos a terceros. En el momento en que el esclavo perdiera su capacidad laboral y no tuviera ya valor productivo y comercial su suerte pendía de la voluntad del esclavista, y en muchos casos eran asesinados para ahorrar los gastos de su manutención. Puesto que los esclavos eran utilizados como activos de inversión no había interés en que estos crecieran descontroladamente en número, pues eso generaría su depreciación y dañaría la inversión realizada. Por este motivo, y por evitar el riesgo de rebeliones incontroladas, los esclavistas buscaron mantener estable el número de esclavos y su integridad física. En este sentido, el capitalista del norte era indiferente ante la suerte vital de sus trabajadores, pero estaba limitado en sus abusos por la ley. De manera inversa, el esclavista tenía un interés productivo y monetario en la supervivencia de sus esclavos, pero era indiferente hacia el esclavo en tanto que ser humano, y su capacidad de perpetrar abusos contra ellos y su arbitrariedad eran totales. Roger L. Ransom, *Conflict and Compromise: the Political Economy of Slavery, Emancipation and the American Civil War* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989), pp. 43-45; Eugene Genovese, *The Political Economy of Slavery: Studies in the Economy and Society of the Slave South* (Nueva York: Random House, 1965), pp. 34, 246-247, 270.

americanos, que necesariamente se multiplicarían en términos geométricos como los censos habían demostrado hasta el momento. En 1848 esta teoría estará en la base de la conformación del *Free Soil Party* de Van Buren, y con los debates sobre *Kansas-Nebraska* será adoptada en el centro del programa del recién creado partido republicano.⁶³¹

Los esclavistas se reapropiaron de la *teoría del desplazamiento* argumentando que la limitación del área agraria reservada a la esclavitud supondría su ruina, lo que llevaría a la disolución de las plantaciones y a la dispersión de la población negra por todo el continente americano, una población que sin el control de los esclavistas comenzaría a reproducirse descontroladamente ocupando improductivamente la tierra reservada a los blancos. Esta preocupación también había estado presente entre los defensores antiesclavistas de la *teoría del desplazamiento*, y por esta razón apoyaron la creación de organizaciones como la *American Colonization Society*, que se creó desde presupuestos racistas de segregación racial y determinismo ambiental, defendiendo la imposibilidad de la convivencia armónica de distintas razas en un mismo espacio, por lo que sería necesario trasladar a la raza considerada como inferior a aquellas zonas cuyo clima se adaptase mejor a su “temperamento”. Con este fin se creó la colonia de Liberia, en África, aunque la *American Colonization Society* y sus correspondientes replicas estatales consideraron también la isla de Haití y otros territorios latinoamericanos como espacios donde trasladar a los esclavos fugados y a los afroamericanos libertos, que se preveía que en el futuro saldrían de las plantaciones cuando el sistema esclavista llegase a su fin.⁶³²

En los debates entre maltusianos y anti maltusianos las revistas literarias fueron un vehículo fundamental en la diseminación de estas ideas entre la opinión pública. De acuerdo con los estudios del profesor Cocks eran favorables a Malthus el *Niles Register*, la *North American Review* (hasta 1823), la *American Quarterly Review* (hasta 1835), la *Southern Review*, la *Democratic Review* de O’Sullivan (hasta 1844) y el *Southern Literary Messenger*; mientras que las principales revistas anti maltusianas fueron la *North American Review* (desde 1823 que Alexander H. Everett se convierte en su editor), la *American Quarterly Review* (desde 1835), la *Boston Quarterly Review* de Orestes A. Brownson, el *Boston Quarterly*, la *New York Review*, la *Democratic Review* de

⁶³¹Hodgson, “Malthus' Essay on Population and the American Debate over Slavery”, pp. 754-756, 761-764; Cocks, “The Malthusian Theory in Pre-Civil War America”, pp. 351-353, 358-363; Weinberg, *Manifest Destiny*, pp. 80-103; Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 44-46, 139-157

⁶³²Hodgson, “Malthus' Essay on Population and the American Debate over Slavery”, pp. 756-760.

O'Sullivan (desde 1844) y la *American Wigh Review*. El posicionamiento de las revistas confirma la propuesta de Spengler, Cocks y Hodgson sobre el carácter seccional al apoyo o rechazo hacia Malthus: las revistas del Sur fueron mayoritariamente favorables a las tesis pesimistas de la *catástrofe malthusiana*, mientras que las del Norte serían predominantemente contrarias a esta hipótesis, con Nueva Inglaterra como máximo bastión anti malthusiano, y con el caso de las revistas de los Estados atlánticos centrales basculando del malthusianismo al anti malthusianismo según el debate seccional se vaya enconando y afecte al debate expansionista.⁶³³

En la recepción americana de Malthus, sobre todo entre los defensores de la *teoría del desplazamiento*, jugó un papel fundamental la labor del intelectual y diplomático bostoniano Alexander H. Everett, quien como editor de la *North American Review* promovió el mayor volumen de publicaciones sobre esta temática, con hasta un total de 22 artículos. Everett había sido secretario del presidente John Quincy Adams en su mandato como embajador estadounidense en Rusia (1809-11), lo que le introdujo en la carrera diplomática, siendo posteriormente embajador americano en los Países Bajos (1819-24), España (1825-29) y China (1845-47), país en el que fue brevemente el primer diplomático estadounidense (murió prácticamente al desembarcar). Durante su misión holandesa pudo familiarizarse con el segundo debate Malthusiano, en el que se vio envuelto con su libro *New Ideas on Population; with Remarks on the Theories of Malthus and Godwin* (1823). Esta obra eminentemente anti-malthusiana se hizo famosa por criticar la teoría de Malthus de que la sobrepoblación traería una caída de los salarios, idea que Everett creía errónea por el hecho de que los productores son a la vez consumidores, por lo que el aumento poblacional estimularía no solo la demanda de comida, como había defendido Malthus, sino también de todo tipo de productos, por lo que el aumento de la población sería un factor de crecimiento económico. Por otra parte Everett criticó que Malthus hubiera pretendido generar una doctrina universal a partir de las ratios de crecimiento poblacional de Norteamérica, que no tenían porque darse de la misma manera en otras regiones del mundo, y que en los Estados Unidos no resultarían problemáticos por la abundancia de tierras “vírgenes” disponibles para ser ocupadas.⁶³⁴

En síntesis la doctrina malthusiana jugó un papel importante en los debates *seccionales* de las décadas de los años 30, 40 y 50 del siglo XIX, porque permitió

⁶³³Cocks, “The Malthusian Theory in Pre-Civil War America”, p. 350.

⁶³⁴Alexander H. Everett, *New Ideas on Population; with Remarks on the Theories of Malthus and Godwin* (Londres: John Miller, 1823), pp. 60-68, 83-88; Joseph J. Spengler, “Alexander Hill Everett Early American Opponent of Malthus”, *The New England Quarterly*, Vol. 9, No. 1 (Mar., 1936), pp. 101-118.

vincular la temática de la expansión con el debate sobre la esclavitud en términos deterministas. El determinismo poblacional que introducía el malthusianismo permitió formular una nueva visión teleológica de la historia en base a la *episteme* organicistas imperante en la época, en donde por primera vez la historia contada en términos de progreso tendría consecuencias catastróficas y apocalípticas, lo que abocaba a desarrollar una teoría de la acción mesiánica que en términos geopolíticos pudiera contrarrestar esta *filosofía de la historia* fatalista.

Sin embargo este apocalipticismo secular trajo consigo también la posibilidad de redefinir el providencialismo en términos modernos, pues permitía traducir el mandamiento bíblico de Gen. 1.28 “Tened muchos hijos, llenad el mundo y gobernadlo” en un designio providencial de Dios para su nación elegida en el nuevo continente. Las tablas poblacionales de los censos actuarían como los nuevos textos revelados de la ley natural divina, un providencialismo de nuevo cuño que fusionaría elementos de la tradición providencialista americana con la racionalidad económica de la nueva época, y que con anterioridad a la lucha de clases de Marx, planteó la primera forma de determinismo económico por medio de un lenguaje teológico. Las teorías de Malthus llegaron a Norteamérica para confirmar las intuiciones que habían elaborado los *Padres fundadores*, y sobre todo en el caso de Jefferson esta doctrina le permitió articular una visión geopolítica moderna sobre los imperativos de crear un *Imperio de la Libertad*. Sin embargo Jefferson nunca llegó a articular esta visión de cara a la opinión pública, y será O’Sullivan quien retome esta visión jeffersoniana para generar una fusión en donde la doctrina malthusiana servirá de nexo de unión para plantear en términos providencialistas una fusión entre la *filosofía de la historia* romántica con la *Razón de Estado* del expansionismo imperialista americano.

La popularidad del paradigma malthusiano comenzará a declinar en los Estados Unidos tras la Guerra civil, pues durante la segunda mitad del siglo XIX los terrores de la sobrepoblación se irán disipando al no acontecer la *catástrofe malthusiana*, a pesar de las tasas de crecimiento poblacional. Por otra parte el carácter industrial y ultramarino del imperialismo de la segunda mitad del siglo XIX va a provocar un cierto envejecimiento de la doctrina malthusiana por su carácter agrícola y por el agotamiento de territorios que pudieran ser anexionados por su contigüidad territorial. En el nuevo contexto imperialista las necesidades de gestión de las poblaciones nativas van a hacer necesarias nuevas doctrinas que resaltasen la legitimidad de la dominación colonial basada en la superioridad racial de los occidentales. Por este motivo se dará un proceso

de transformación paradigmática dentro de la episteme organicista del siglo XIX, desde el malthusianismo hacia el darwinismo social. En este proceso serán fundamentales la publicación del ensayo de Joseph A. de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853), así como de los *Principles of Biology* (1864) de Herbert Spencer. Ambas obras serán los ejemplos más destacados de un grupo de publicaciones racistas que van a justificar el imperialismo ya no como resultado de los imperativos del crecimiento poblacional, sino desde un marco biologicista de lucha racial concebida como la competición entre distintas especies humanas, en donde los sujetos más aptos tendrían el derecho natural de tomar para sí y monopolizar los recursos naturales del planeta.

En los Estados Unidos esto se traducirá en la transición desde las doctrinas expansionistas continentales de las décadas de 1840 a 1850, a las doctrinas imperialistas del expansionismo insular de las décadas de 1880 a 1900, lo que conllevará a una redefinición del concepto de *Destino Manifiesto* por parte de los historiadores nacionalistas de finales del siglo XIX con John Fiske a la cabeza.⁶³⁵

⁶³⁵ Para una exposición detallada de este proceso de recuperación y redefinición del *Destino Manifiesto* en términos del *darwinismo social* volver sobre el apartado 1.1 del capítulo 1.

10. La ideología *jacksoniana* de O’Sullivan a través de su manifiesto: *El principio democrático*

Una de las hipótesis centrales de este trabajo es que la figura de O’Sullivan influyó de manera decisiva en la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto*, tanto por su personalidad y circunstancias históricas como por su sistema de pensamiento. Por esta razón en este capítulo y en el siguiente intentaré bosquejar los contornos de su perfil político a través de su vida, época y pensamiento. Para materializar esta labor contextual voy a presentar en primer lugar las coordenadas teóricas fundamentales de su pensamiento político. Para ello comenzaré delimitando las coordenadas políticas de la ideología *jacksoniana* en la que este autor se circunscribía, para centrarme después en sus planteamientos específicos plasmados en el manifiesto introductorio a la *Democratic Review*, complementando sus declaraciones con algunos desarrollos posteriores aparecidos en otros editoriales de esta revista. En el capítulo siguiente abordaré el contexto histórico más general del autor, describiendo los avatares vitales que le condujeron a formular el concepto de *Destino Manifiesto* y bosquejando las características históricas de los Estados Unidos durante los debates expansionistas.

La reconstrucción de la vida y el pensamiento de O’Sullivan no es una tarea sencilla, pues no existe una colección centralizada de sus escritos y por lo general escasean las fuentes primarias que puedan ofrecernos datos sobre su persona. Por otra parte, tal y como expuse en los capítulos 4 y 5, la decisión consciente de O’Sullivan por mantener anónimos sus editoriales ha dificultado el proceso de su conversión en *función de autor*, y a los historiadores intelectuales y de la filosofía nos plantea el reto de poder determinar los contornos de su obra, y por lo tanto también de su pensamiento. Por este motivo, así como por las limitaciones de espacio, intentaré reflejar su sistema de pensamiento centrándome sobre todo en el manifiesto político-literario con el que introdujo el primer número de la *Democratic Review*: “El principio democrático: la importancia de su reivindicación y aplicación a nuestro sistema político y literatura”. Pero antes de ofrecer un análisis del manifiesto ofreceré algunas claves sobre la corriente política del *jacksonianismo*, pues de esta manera se podrá contextualizar mejor el contenido ideológico que pretende transmitir el texto.⁶³⁶

⁶³⁶El título en la revista figura del siguiente modo: “Introduction. The Democratic Principle: the Importance of its Assertion, and Application to our Political System and Literature”. O’Sullivan, “The

10.1 La ideología *jacksoniana*, el movimiento *locofoco* y la evolución del partido demócrata en la *Antebellum Era* (1824-1860).

La historiografía por lo general ha tendido a equiparar las etiquetas de *jacksoniano*, *jacksonianismo* y *democracia jacksoniana* con la de *locofoco*, siendo este último el concepto de la época para referirse a los demócratas radicales, mientras que el términos de *jacksoniano*, *jacksonianismo* o de *democracia jacksoniana* son categorías historiográficas acuñadas originalmente por el presidente Theodore Roosevelt a finales del siglo XIX para designar a los seguidores de Andrew Jackson en general (quienes en la época se denominaban a sí mismos a través del adjetivo “demócratas”, con el genérico “la democracia” o mediante la locución “la democracia de este país”). A partir de la obra de Arthur Schlesinger Jr. *The Age of Jackson* (1945) *jacksoniano*, *jacksonianismo* y *democracia jacksoniana* fueron equiparadas al concepto de *locofoco*, (en esta tesis las utilizó también como sinónimos). Los *locofocos* (también autodenominados como el *Equal Rights Party*) eran el ala radical del partido demócrata en la *sección* Norte. El concepto se utilizó en un principio para designar a los miembros de esta facción en el Estado de Nueva York, pero rápidamente se popularizó en el resto del país. El término *locofoco* es un neologismo que proviene de la fusión de dos palabras latinas *loco* y *focus*. Existen muchas teorías sobre su acuñación y significados originales, pero todas ellas se inspiran en un alzamiento populista de las bases demócratas que aconteció durante la convención del partido en Nueva York el 29 de octubre de 1835, en su cuartel general de *Tammany Hall*, con motivo de la elección de sus candidatos a representantes para la Asamblea de Nueva York.⁶³⁷

En esta convención los líderes conservadores del partido fracasaron a la hora de intentar convencer a las bases para que aceptasen a sus candidatos. Durante la reunión se congregó frente a *Tammany Hall* una multitud que reclamaba el fin de los monopolios y de la alianza de los políticos con el mundo de los negocios. Los líderes radicales que se encontraban en el teatro abrieron las puertas a la muchedumbre que

Democratic Principle”, p. 1. La palabra “Introduction” aparece en mayúsculas y negrita separada por una raya del resto del título, lo que ha llevado a que el manifiesto sea conocido entre los historiadores por dos nombres: “Introductory statement of the *Democratic Review*” y como “The Democratic Principle”. Puesto que la segunda denominación fue la más común en tiempo de O’Sullivan será la que yo adopte para referirme a este escrito.

⁶³⁷Richard J. Moss, “Jacksonian Democracy: a Note on the Origin and Growth of the Term”, *Tennessee Historical Quarterly*, Vol. 34, No. 2 (Summer 1975), pp. 145-153; Fitzwilliam Byrdsall, *The History of the Loco-foco Party or Equal Rights Party: Its Movements, Conventions and Proceedings with Short Characteristic Sketches of its Prominent Men* (Nueva York: Clement y Packard, 1842), pp. V-VI.

abarrotó el anfiteatro, coreando consignas contra los líderes y provocando algún que otro altercado. Ante esta situación de desbordamiento popular el aparato conservador decidió apagar las luces de gas que alumbraban el anfiteatro con la esperanza de expulsar a los militantes e imponer sus listas. Lejos de abandonar el edificio, la multitud congregada encendió unas velas y comenzaron a desfilar con ellas a modo de protesta (de ahí el nombre *locofoco*: luz en movimiento). Los congregados continuaron la sesión al margen de la cúpula dirigente y aprobaron sus propias listas para las elecciones, junto a un documento con los principios políticos de la candidatura que se declaraba contraria a “la hidra de muchas cabezas” del poder económico.⁶³⁸

[La candidatura antimonopolios resuelve 1.]: que en un estado libre, toda distinción que no sea por meritos resulta odiosa y opresiva, y debe ser rechazada por el pueblo celoso de sus libertades. [2.] Resuelve: Que todas las leyes que infrinjan directa o indirectamente el ejercicio, disfrute y privilegios de la igualdad de derechos del conjunto del pueblo, resultan odiosas, injustas e inconstitucionales, tanto en su naturaleza como en sus efectos, por lo que deberán ser abolidas. [3.] Resuelve: que de entre todas las formas dinerarias, tan solo el oro y la plata son el legítimo, substancial y apropiado medio de pago y circulación en nuestro país. [4.] Resuelve: Que la perpetuación de los monopolios resulta ofensiva para la libertad, contraria al genio y espíritu de un Estado libre y de los principios del comercio, y que por lo tanto no serán tolerados. [5.] Resuelve: Que estamos a favor de una estricta interpretación de la Constitución de los Estados Unidos, y que por lo tanto nos declaramos contrarios al Banco de los Estados Unidos, por ser inconstitucional y oponerse al genio y al espíritu de nuestras instituciones democráticas, así como por ser un elemento subversivo contrario a la igualdad de derechos y privilegios, reconocidos en la declaración de derechos. [6.] Resuelve: Que nos oponemos a los bancos con licencias otorgadas por los Estados individuales, pues creemos que estos se fundamentan en un principio e impulso guiado por la especulación y el espíritu de casino, contrarios a la buena moralidad y al gobierno igualitario, pues tienen como objetivo erigir y fortalecer la odiosa distribución de riqueza y poder, en contra del mérito y la igualdad de derechos; por lo que todo buen ciudadano debe declararse en guerra contra ellos en caso de valorar las bendiciones del gobierno libre. [7.] Resuelve: Que recibimos al Evening Post con los brazos abiertos, en el regazo mismo de la familia democrática, y que los esfuerzos de sus brillantes editores [William Leggett y William C. Bryant] deberían tener y tendrán nuestro apoyo inquebrantable.⁶³⁹

Este breve manifiesto resume magistralmente las líneas maestras de la facción demócrata radical a la que O’Sullivan perteneció hasta que el *jacksonianismo* entró en crisis a mediados de la década de los 40. Los *locofocos* tomarán como su líder de referencia al político neoyorkino Martin van Buren, quien debido a su genio político y

⁶³⁸Ibíd., pp. 23-28.

⁶³⁹Ibíd., p. 27.

baja estatura era conocido por como “el pequeño mago”, así como “el Zorro rojo de Kinderhook” (pues era pelirrojo, maquiavélico y oriundo de Kinderhook). El editorialista William Leggett será su intelectual de referencia hasta su muerte en 1839, momento en el que será objeto de un culto laico como santo patrón de la democracia americana. O’Sullivan recogerá parte de la carga referencial de Leggett como *función de autor* del pensamiento canónico *jacksoniano*, pero sin llegar nunca a igualar su popularidad y reconocimiento colectivo. Como movimiento político los *locofocos* serán el resultado de la fusión de dos grupos previamente competidores: algunos miembros del movimiento obrero neoyorkino, representado tanto por el extinto *Working Men Party* como por la agitadora política Fanny Wright de Massachusetts, junto a miembros de la pequeña burguesía radical de *Tammany Hall* como O’Sullivan, que radicalizaron los preceptos igualitarios de la democracia jeffersoniana para darles un sentido emancipador y escatológico. El movimiento tenía un fuerte carácter popular (de los 142 líderes mencionados por Byrdsall en su historia del movimiento, la mitad de ellos eran artesanos y obreros) y tuvieron como principal objetivo político el establecimiento de una sociedad plenamente democrática e igualitaria para los varones blancos (el carácter de su igualitarismo será discutido más adelante).⁶⁴⁰

Sin embargo, los *locofocos* no eran la única facción demócrata en el Norte, estos debían compartir el partido en su *sección* con los *old foggies* (viejos trasnochados) o *hunkers*, demócratas conservadores que promovían una visión moderada y pro-capitalista del proceso de democratización de la vida pública americana. Sus máximos líderes eran el neoyorkino William L. Marcy y el político fronterizo Lewis Cass, con quienes O’Sullivan mantuvo una marcada enemistad tanto pública como personal (sobre todo con Cass). Este grupo se erigió como el principal garante de la alianza transeccional con los esclavistas, y muy frecuentemente sabotearon a los *locofocos*, tanto en la consecución de sus políticas como en el sistema de reparto de puestos políticos del *spoils system* ideado por Jackson (Marcy acuñó el término al declarar tras la primera victoria demócrata en 1828 “To the victor belong the spoils”). Como grupo los *hunkers* fueron muy eficientes a la hora de construir redes clientelares, y en esta habilidad radicaba parte de su poder. En términos políticos los *hunkers* solían tener una mayor afinidad con sus rivales whigs que con sus compañeros *locofocos*, lo que

⁶⁴⁰ Ashworth, “Agrarians” and “Aristocrats”, pp. 47-51; Carl N. Degler, “The Locofocos: Urban ‘Agrarians’”, *The Journal of Economic History*, Vol. 16, No. 3 (Sep., 1956), pp. 322-324, 327-330; Byrdsall, *The History of the Loco-foco Party*, pp. 98-99; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 177-209; Wilentz, *Chants Democratic*, pp. 157-216.

conllevará a que una victoria electoral demócrata en el Norte no tendrá porqué traducirse automáticamente en garantía de gobierno si las dos facciones no se avenían a colaborar.⁶⁴¹

Por esta razón el estatus político de los *locofocos* cambiará según sean considerados un movimiento social o una facción política. Como movimiento social fueron una entidad política autónoma, tanto en lo referido a sus iniciativas políticas, su agenda de protestas, en los elementos de su racionalidad procedimental (repertorios de acción colectiva y discursiva) como en sus referentes de identidad colectiva. Sin embargo orgánicamente y desde un punto de vista partidista dependieron de las *políticas del compromiso* y de la correlación de fuerzas interna al partido demócrata, del que eran una facción, y las obligaciones adquiridas en virtud al sistema de alianzas internas del partido van a determinar de manera fundamental la evolución de este grupo.

El partido demócrata era en el momento de su fundación (desde 1824 a 1828) una ecléctica (y en ocasiones contradictoria) amalgama de políticos provenientes del partido *republicano-demócrata* establecido por Jefferson, junto a miembros de los movimientos radicales y democratizadores que habían luchado por la expansión del voto a nivel de cada Estado durante la *Era de los Buenos Sentimientos* (1815-1824). Cuando el partido *republicano-demócrata* explotó en las elecciones de 1824 el candidato Andrew Jackson consiguió atraer hacia sí a una parte importante de los miembros de la difunta organización, en concreto a todos aquellos que por diversas causas se oponían a la implantación de un modelo de sociedad industrial dominada por un gobierno federal fuerte e interventor, tal y como proponía el *American System* de Henry Clay y sus seguidores del partido *nacional-republicano*. El carácter *seccional* de la república americana anterior a la Guerra Civil posibilitaba tejer alianzas políticas entre clases dominantes y subalternas de distintas *secciones*, que al no encontrarse en relación directa de dominación y subordinación podían plantearse actuar conjuntamente contra sus enemigos comunes. Y en el caso de los demócratas estas alianzas transeccionales e interclasistas fueron vehiculizadas contra la élite industrial y burguesa del Norte, defendiendo en contrapartida un ideal de sociedad agraria, republicana y descentralizada como la ideada por Jefferson.⁶⁴²

En este contexto la figura de Andrew Jackson sirvió entre 1824 y 1828 como un referente de carácter populista, cuyo liderazgo se construyó y publicitó siguiendo el

⁶⁴¹Ashworth, "*Agrarians*" and "*Aristocrats*", pp. 132-146.

⁶⁴²Wilentz, *The Rise of American Democracy*, pp. 312-329; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 3-17.

modelo caudillista prevalente entre los regímenes republicanos y liberales en crisis durante la primera mitad del siglo XIX, y a imagen y semejanza de Napoleón Bonaparte. La figura caudillista de Andrew Jackson se presentó como un elemento plebeyo y heroico, cuyo trasfondo de líder militar se publicitaba como una garantía para la derrota de las élites políticas que habían monopolizado hasta entonces el poder en la república, cuyo liderazgo se basaba en la promesa de que haría efectiva la democracia entendida como gobierno popular. La figura simbólica de Jackson permitió así mismo transformar el republicanism jeffersoniano en un movimiento político de masas acorde con los movimientos democráticos que estaban teniendo lugar por la misma época. Jackson devino por tanto en una suerte de *significante vacío* sobre el cual los distintos grupos sociales podían proyectar sus deseos y aspiraciones, tanto para la consecución del cambio social como para la conservación del *status quo*, pues ambas tendencias estarán integradas en la identidad y políticas del partido, conviviendo en un difícil equilibrio cuyo principal nexo de unión era el deseo común de todos los demócratas por conservar el carácter agrario de la república.⁶⁴³

El partido demócrata se construirá a través de una coalición de votantes transeccional e interclasista de la cual adquirirá su carácter populista (por su naturaleza amplia) y su fachada antielitista. Dicha coalición estaba constituida por buena parte de la clase dominante y los blancos pobres del Sur, las clases subalternas urbanas del Norte, y muchos colonos de la *Frontera*, que se veían atraídos por las políticas expansionistas de los demócratas, su cosmovisión agraria y su política de remoción india. El triángulo virtuoso de la política demócrata radicaba en que el partido podía aplicar selectivamente tanto políticas de transformación social como de defensa del *status quo*, y que estas afectasen de manera distinta a cada una de las *secciones*. Por lo tanto, las luchas en pos de la democratización y contra las élites en el Norte no tenían por qué afectar al predominio de los esclavistas sobre los esclavos, nativos americanos y

⁶⁴³Si durante la época de los presidentes virginianos se llevó a término una contraposición entre Washington y Napoleón al modo de las *Vidas paralelas* de Plutarco, en la *Era Jackson* la figura de Napoleón adquiriría un valor más ambiguo, transitando constantemente desde la figura de traidor de la revolución al ideal del paladín popular. La misma suerte corrió Andrew Jackson, quien para sus detractores era *King Andrew*, el rey de la muchedumbre, un César que al cruzar el Rubicón de Nueva Orleans en dirección a la Casa Blanca llevaría a la república hacia su destrucción, mientras que entre sus seguidores será idolatrado como un auténtico héroe popular: era el ejemplo vivo del hombre de la *Frontera*, la victoria del hombre blanco civilizado contra las fuerzas salvajes del *wilderness* americano (en referencia a sus luchas contra los nativos americanos), el ejemplo del defensor de la patria contra las fuerzas invasoras (por su derrota de la invasión inglesa a Nueva Orleans en 1812) y representaba la renovación de la promesa jeffersoniana de hacer de América una nación de pequeños agricultores. Ward, *Andrew Jackson: Symbol for an Age*, pp. 3-10, 206-210; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 37-44; Shalev, *Rome Reborn on Western Shores*, pp. 225-229; Villacañas, *Populismo*, pp. 75-80.

desposeídos blancos en el Sur, o sobre los intereses individualistas de los granjeros del Oeste. Por esta misma razón carece de sentido intentar catalogar al partido demócrata en su conjunto y durante el *jacksonianismo* en base a la distinción entre izquierda y derecha política, ya que la organización va a aglutinar en su interior a miembros identificables con ambas posiciones del espectro político, y el resultado final será una compleja amalgama de agrarismo reaccionario y democracia radical, todo ello cohesionado bajo un compromiso histórico entre élites esclavistas, clases populares y pequeños propietarios rurales alrededor de la figura populista de Andrew Jackson.⁶⁴⁴

El historiador Roger L. Ransom se refirió al enfoque político del partido como *la política del compromiso*, que se sustentaba en un acuerdo tácito por el cual los esclavistas no interferirían en las conquistas democráticas de las clases populares en el Norte, siempre y cuando los líderes radicales demócratas no pusieran en cuestión la institución de la esclavitud, ayudasen a establecer un cordón sanitario contra el abolicionismo a nivel federal y no socavasen la autoridad política de los esclavistas en su *sección*. Dado que tanto los esclavistas como las clases populares del norte estaban interesados en la ampliación territorial de los Estados Unidos, los granjeros del Oeste encontraron en ambas *secciones* aliados políticos para el desarrollo de la *Frontera*. Pero su apoyo *seccional* variará según se traten de granjeros provenientes del Norte o del Sur, prevaleciendo durante las presidencias de Jackson y Van Buren una alianza del Norte con el Oeste para contener la esclavitud dentro de sus límites (y evitar un competidor por las tierras vírgenes del Oeste), si bien el patrón de alianzas seccionales cambiará cuando los esclavistas y colonos se unan para favorecer el expansionismo a cualquier precio durante la década de 1840.⁶⁴⁵

Este acuerdo transeccional fue ideado por el brillante político reaccionario y esclavista John C. Calhoun, el “Karl Marx de la clase dominante”, tal y como lo definió Richard Hofstadter. Este había servido como el vicepresidente más ultraesclavista del presidente más antiesclavista de la *Antebellum Era*. Con el advenimiento de Jackson, Calhoun abandonó a John Q. Adams por su competidor, pues durante su ejercicio como vicepresidente de Adams había comprendido dos cosas: 1) Que la ampliación democrática era un hecho imparable y 2) que la divergencia en las tendencias de crecimiento entre el Norte industrial y el Sur esclavista abocaría a su *sección* a una

⁶⁴⁴ Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 32-34, 45-56.

⁶⁴⁵ Ransom, *Conflict and Compromise*, pp. 12-13, 85-86, 90, 97-99, 105; Losurdo, *Contrahistoria del Liberalismo*, pp. 126-131; Ashworth, “Agrarians” and “Aristocrats”, pp. 235-260.

progresiva pérdida de poder político a nivel federal. De cara a proteger la esclavitud del incipiente movimiento abolicionista en el Norte, del advenimiento de la democracia y de la creciente divergencia *seccional* (que él consideraba como inevitable), Calhoun convenció a una parte de los esclavistas de que su supervivencia como clase pasaba por tejer una alianza con Martin van Buren y los *locofocos* del Norte, situando a la figura de Andrew Jackson en una posición central como árbitro faccional dentro del partido en su doble condición de esclavista y político radical. El compromiso fue concebido como un *pacto entre caballeros*, producto de la cultura política elitista del Sur, mientras que el partido en sí fue diseñado por los políticos del Norte para ser una máquina de guerra electoral. Concretamente el partido demócrata debió su éxito al diseño institucional concebido por Martin van Buren, quien comprendió de manera preclara las lógicas políticas y electorales de la naciente sociedad de masas, trascendiendo con su modelo de partido y de campañas a la institución predominante en la época del partido de notables. Durante la primera legislatura de Jackson (1828-1832), Calhoun y Van Buren compitieron encarnizadamente por el control del partido, dando lugar a la victoria en el corto plazo de Van Buren y los *locofocos*, quienes monopolizarán el poder institucional durante las presidencias de Jackson y Van Buren. Pero a la larga los esclavistas consiguieron marcar la dirección general del partido demócrata, y fueron muy exitosos a la hora de forzar a los *locofocos* a que cumplieran con el compromiso transeccional, convirtiéndoles en la práctica en su escudo político en el Norte.⁶⁴⁶

El éxito de los esclavistas a la hora de hacer prevalecer sus intereses *seccionales* dentro de la agenda del partido demócrata resulta evidente cuando se toma en consideración la política racial de las presidencias dominadas por la facción *jacksoniana*, tanto la de Andrew Jackson como la de Martin van Buren. En tanto que esclavista, Andrew Jackson defendió en todo momento los intereses y posiciones de su clase, bloqueando cualquier debate abolicionista, permitiendo y promoviendo la devolución de esclavos fugados al Norte desde el Sur, y utilizando al presidente de la corte suprema Roger B. Taney como defensor en el plano jurídico de los intereses de la esclavitud. En lo referido a su relación con los nativos americanos, Andrew Jackson forjó su carrera militar en las Guerras contra los Creek (1813-1814) y combatiendo a los Seminolas en Florida (1818-1821). Durante su presidencia firmó numerosos tratados de amistad con tribus nativas, que iría conculcando sistemáticamente en el momento en

⁶⁴⁶Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 32-34, 45-56, 242-246; Ashworth, "Agrarians" and "Aristocrats", pp. 260-267.

que los intereses de los esclavistas y pioneros por sus tierras así lo requirieran. Finalmente, Jackson decidió romper con la política de Jefferson de permitir permanecer en territorio federal a las tribus nativas que se occidentalizasen, y fue el arquitecto de la política de remoción india, objetivada en el acta con el mismo nombre (1830). En virtud de este acta los gobernadores de los Estados debían confiscar las tierras de las tribus y expulsar a sus miembros al oeste del Mississippi.⁶⁴⁷

Pero será durante la presidencia de Van Buren cuando se ejemplifique de manera más evidente la fuerza de este consenso racial excluyente, pues a diferencia de Jackson, Van Buren era de tendencia moderadamente abolicionista (que se fue agudizando con el paso del tiempo) y la lucha contra los nativos americanos no había representado ningún papel en su biografía política. Sin embargo, mantuvo la política de su predecesor con respecto a la esclavitud, y ejecutó el *acta de remoción india* si cabe con más dureza que Jackson. Esto provocaría el genocidio conocido como el *Sendero de Lágrimas*, que provocó la muerte de 17.000 nativos como resultado del proceso de expropiación y relocalización de las tribus Cherokee, Creek, Seminola, Chickasaw y Choctaw, condenando a los supervivientes a malvivir en los desiertos del *Territorio Indio* situado en la actual Oklahoma.⁶⁴⁸

El marcado carácter abolicionista del movimiento sufragista que durante la convención de *Seneca Falls* (1840) reivindicó el derecho al voto para las mujeres, contribuyó a ratificar la negativa de los *jacksonianos* a reconocer a estas como sujetos políticos. El *jacksonianismo* partía de un prejuicio machista derivado de su noción de igualdad radical, que les llevaba a pensar que no era legítimo reconocer la igualdad de derecho hacia aquellas personas que no hubieran sido creadas iguales. Esto les condujo a subrayar la dicotomía entre ciudadanía activa y pasiva, reservan la esfera pública a los varones blancos sin importar su condición o su clase (aunque sí su raza), y relegando a las mujeres al ámbito doméstico. Al igual que ocurriera en la Atenas clásica durante el proceso de ampliación democrática, las mujeres fueron confinadas dentro de los límites del hogar a través de un discurso que significaba las virtudes masculinas en base a su compromiso con la esfera pública, mientras que identificaba las virtudes femeninas en términos de su compromiso con la familia y la esfera privada, subrayando de esta manera su exclusión de la política. Por este motivo cuando las sufragistas comenzaron a

⁶⁴⁷Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 185-207; Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 81-95.

⁶⁴⁸Ransom, *Conflict and Compromise*, pp. 91-92; Wilentz, *The Rise of American Democracy*, pp. 91-92; 426-436, 446-454; Ashworth, "Agrarians" and "Aristocrats", pp. 221-223.

reclamar de manera simultánea la abolición de la esclavitud y la ampliación del sufragio, los *jacksonianos* las identificaron como un potencial elemento distorsionador de su *política del compromiso*, pues ponían en cuestión el consenso racial y de género que cimentaba su alianza con los esclavistas.⁶⁴⁹

Solamente hubo dos elementos en los que Jackson y Van Buren se opusieron de manera directa a los intereses de los esclavistas. En la defensa de la unidad nacional y de la autoridad del gobierno federal, en el alcance y la legitimidad de sus leyes. Esto quedó ejemplificado con la intervención de Jackson contra el gobierno de Carolina del Sur durante la crisis de la *Nulificación* (1832). Otro punto de ruptura y excepción de la *política del compromiso* con la esclavitud se dio con respecto a la anexión de Texas, cuyas solicitudes de entrada en la unión fueron rechazadas por ambos presidentes para no provocar un desequilibrio *seccional* y alienar a sus votantes del Norte.⁶⁵⁰

Desde un punto de vista ideológico la alianza demócrata se cimentaba en la común oposición de esclavistas y clases populares del Norte a la burguesía industrial de esta última sección, por sus prejuicios machistas y raciales compartidos, así como por su interés común en mantener bajos los aranceles comerciales. Para los esclavistas esto último era una prioridad porque favorecía las exportaciones del algodón, mientras que para las clases populares los aranceles bajos abarataban el precio de los bienes de consumo importados desde Inglaterra, aliviando de esta forma su carestía material. Otro punto de esta alianza interclasista y transeccional fue la común oposición de esclavistas, radicales del Norte y granjeros del Oeste al sistema financiero americano representado por la institución del *Segundo Banco de los Estados Unidos*. Este era una institución privada con atribuciones en política económica federal y estaba encabezada por el economista nacional-republicano (y futuro whig) Nicholas Biddle, quien encabezaba un consejo de administración compuesto por los principales magnates del país, junto a un testimonial representante del gobierno. Esta institución centralizaba en forma de depósitos bancarios el dinero proveniente de las tarifas comerciales, que suponían el 90% de la recaudación gubernamental, y tenía la potestad para decidir sobre su inversión y para actuar como el principal agente regulador en el mercado crediticio. Sin embargo, el *Segundo Banco* no era *stricto sensu* un banco central, tal y como podemos

⁶⁴⁹Amy S. Greenberg, *Manifest Manhood and Antebellum American Empire* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), pp. 7-17; John Ashworth, "The Jacksonian as Leveller", *Journal of American Studies*, Vol. 14, No. 3 (Dec., 1980), pp. 408-411; Losurdo, *Contrahistoria del Liberalismo*, pp. 60-73.

⁶⁵⁰Frederick Merk, "A Safety Valve Thesis and Texan Annexation", *The Mississippi Valley Historical Review*, Vol. 49, No. 3 (Dec., 1962), pp. 413-415.

concebirlo hoy en día, pues no poseía el monopolio sobre la política monetaria, pero su influencia económica rebasaba con mucho a la del gobierno, ejerciendo un inmenso poder sobre el conjunto de la república.⁶⁵¹

El *Segundo Banco* como institución político-económica representaba todo aquello contra lo que se oponía la alianza demócrata, y la *Guerra del Banco* librada por la administración de Jackson desde 1832 hasta 1836, y fue el mejor ejemplo de las lógicas del antagonismo político que mantuvieron en pie durante década y media a este movimiento populista. Los esclavistas querían acabar con el *Segundo Banco* porque el dinero que éste emitía era preferido en las transacciones internacionales al de los bancos locales del Sur controlados por ellos, y porque con su desaparición confiaban en que los depósitos bancarios federales se descentralizarían, pudiendo capitalizarlos a su favor. Los granjeros del Oeste tendían a endeudarse con los bancos de cara a iniciar una nueva vida en la *Frontera*, y las duras condiciones de la vida en el Oeste americano conllevaba a que en ocasiones perdieran sus propiedades por la incapacidad de pagar los intereses del crédito, por lo que existía un gran resentimiento en la *Frontera* contra los bancos. Finalmente para los *locofocos* el poder de los bancos y de los monopolios eran percibidos como una amenaza para la democracia, pues su capacidad de influir en el sistema político ponía en entredicho el ideal de la soberanía popular.⁶⁵²

La oposición al *Segundo Banco*, al sistema financiero en general y a los monopolios económico, condujeron a los demócratas radicales a plantear una teoría económica denominada como la *Hard Money Policy*, que se basaba en una mezcla de agrarismo jeffersoniano, una oposición al papel moneda por considerar que facilitaba los procesos especulativos, y tenía como objetivo principal acabar con los monopolios bancarios e industriales que amenazaban la autonomía del ciudadano como entidad económica soberana. El lema del *Hard Money Policy* se ideó a imagen y semejanza del

⁶⁵¹Peter Temin, *The Jacksonian Economy* (Toronto: W. W. Norton & Company, 1969), pp. 24-29; Ashworth, "Agrarians" and "Aristocrats", pp. 34-47; Eyal, *The Young America Movement*, pp. 17-55; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 75-87.

⁶⁵²La *Guerra del Banco* se libró en un enfrentamiento entre Jackson y Biddle por la renovación del permiso gubernamental que debía recibir el visto bueno del congreso cada dos décadas. Con el veto de Jackson a renovar el permiso gubernamental a la institución en 1832 y con la retirada de los depósitos gubernamentales, el *Segundo Banco* perdió su legitimidad como actor económico de influencia pública. Biddle intentó defenderse cerrando el crédito bancario, pero esto no salvó a la institución que cerró definitivamente en 1836. Existe un gran debate historiográfico sobre si las acciones de Jackson condujeron a la crisis de 1837, sin embargo Peter Temin ha realizado un concienzudo análisis de las dinámicas económicas de la época y propone que la inflación de 1837 tenía un fuerte carácter exógeno a la economía americana, y que en todo caso el *Segundo Banco* habría carecido del peso económico y de las herramientas macroeconómicas para haberla evitado. Temin, *The Jacksonian Economy*, pp. 15-25, 32-46, 60-155; Wilentz, *The Rise of American Democracy*, pp. 359-374; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 88-114.

ideal jeffersoniano laico del *muro de separación*: “separación entre la banca y el Estado”. El objetivo último del *Hard Money Policy* era acabar con el *Segundo Banco* para sustituirlo por un Banco Independiente (independiente del poder financiero, pero dependiente del gobierno). Con esta nueva institución los *jacksonianos* planeaban utilizar los depósitos bancarios para invertirlos en políticas que revirtieran en el bienestar de las clases populares, si bien no existirá un consenso sobre el alcance que debía tener este intervencionismo estatal, pues muchos *jacksonianos* siguieron adhiriéndose a la ortodoxia económica jeffersoniana que propugnaba la inhibición del gobierno en todo asunto económico para no crear privilegios especiales (esta será la posición defendida por O’Sullivan). En último término, la teoría del *Hard Money Policy* resultará demasiado rudimentaria en sus principios de economía política, en su diagnóstico sobre el proceso de transformación social operada por las fuerzas modernizadoras de la incipiente modernización industrial capitalista y en el repertorio de políticas públicas que podían desplegar para combatir sus dinámicas más destructivas. Debido a que su horizonte político se basaba en la defensa de un ideal agrario y cívico, el *Hard Money Policy* carecerá de una alternativa sistémica al proceso de modernización industrial capitalista. Sin embargo, esta teoría y sus defensores supusieron un punto de referencia importante en la lucha contra las lógicas más extremas y destructivas del capitalismo americano en conformación.⁶⁵³

El *jacksonianismo* y el movimiento *locofoco* comenzaron a declinar a partir de la derrota de Van Buren en las elecciones presidenciales de 1840. Por una parte este fracaso electoral planteó a los demócratas la pregunta sobre la infalibilidad del juicio de las mayorías, abriendo una crisis de conciencia e identidad dentro del partido que condujo a algunos de sus miembros a abrazar el conservadurismo y a abandonar su fe en la infalibilidad del pueblo. Pues desde la perspectiva *jacksoniana* las clases populares habrían fallado a su vanguardia democrática al abandonar a sus legítimos representantes por el partido de la clase dominante. Por otra parte, la entrada de Calhoun en el gabinete del presidente whig John Tyler planteó a los radicales del Norte serias dudas sobre la continuidad de *la política del compromiso* con los esclavistas, pues la expansión territorial planteó un elemento de conflicto entre dos grupos sociales que previamente no tenían contradicciones entre sí. Durante la década 1840 las divergencias entre

⁶⁵³William Trimble, “The Social Philosophy of the Loco-Foco Democracy”, *American Journal of Sociology*, Vol. 26, No. 6 (May, 1921), pp. 706-712; Temin, *The Jacksonian Economy*, pp. 165-168; Wilentz, *The Rise of American Democracy*, pp. 436-465; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 115-131, 334-349.

esclavistas y radicales fueron agrandándose durante los debates expansionistas por el estatus jurídico de los nuevos territorios, hasta que en 1848 se dio la ruptura definitiva con la salida de los radicales del partido demócrata, quienes fundaron junto a disidentes whig el *Free Soil Party*, de tendencia populista, agraria, contraria a la extensión de la esclavitud y con tendencias abolicionistas, siendo el antecesor directo del partido republicano.⁶⁵⁴

Como parte de este proceso el movimiento *locofoco* irá transmutando en la facción *barnburner*, expresión ideada por sus enemigos *hunker* y que aludía a la figura popular holandesa del granjero tonto que para librarse de una plaga de ratas quemaba su granero con la cosecha dentro. El término por tanto planteaba una analogía contra aquellos radicales que en pos de defender la igualdad social tomaban decisiones “insensatas” (según los *hunkers*) como el atacar al sistema financiero o defender el abolicionismo. Las diferencias ideológicas entre un *locofoco* y un *barnburner* serán mínimas, pues la mayoría de *barnburners* habían sido *locofocos* durante la década anterior. El único cambio importante entre ambas tendencias será la oposición de los *barnburners* a la extensión de la esclavitud hacia el oeste, que en algunos casos llegará a plantear un abolicionismo moderado.⁶⁵⁵

Los debates *seccionales* sobre la expansión de la esclavitud introdujeron una contradicción fundamental en la alianza demócrata que enfrentó a los esclavistas con los representantes de las clases populares del Norte. La adquisición de nuevas tierras conquistadas a México, la integración de Oregón en 1848, así como la transformación del territorio de Kansas y Nebraska en nuevos Estados (1854); todos estos casos plantearon el dilema sobre el estatus jurídico de los nuevos territorios como nuevos Estados libres o esclavistas. Desde *el compromiso de Missouri* en 1820 imperaba el acuerdo de que estaba prohibido extender la esclavitud al norte del paralelo 36° 30', sin embargo, con la negativa a anexar todo México tras su conquista, y por el carácter desértico de los nuevos territorios al oeste de Texas, los esclavistas se encontraron con

⁶⁵⁴Wilentz, *The Rise of American Democracy*, pp. 617-628; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 242-249, 450-468.

⁶⁵⁵Wilentz, *The Rise of American Democracy*, pp. 454-475; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 251-266; Eyal, *The Young America Movement*, pp. 184-190. O'Sullivan ofreció en el *Morning News* una definición sobre la ideología *barnburner* que apenas difiere del credo *locofoco* de la década anterior. Si bien O'Sullivan va a considerarse a sí mismo un *barnburner* y va a ser editor de la principal publicación *barnburner* del periodo (el *Morning News*), su adhesión a este grupo fue resultado de sus lealtades personales, pues en ningún momento llegó a plantearse posiciones abolicionistas o contrarias a los intereses esclavistas, como se demostraría con su evolución posterior. [John L. O'Sullivan], “An Essay on Barnburning”, *The New York Morning News*, 29 de diciembre de 1845.

que carecían de nuevos territorios al sur del paralelo 36° 30' a los que extender la esclavitud. Por lo que comenzarán a defender la *State Right theory*, por la que cualquier territorio anexionado podría decidir sobre la legalidad de la esclavitud sin importar su situación geográfica. Esto fue concebido por los demócratas radicales como una ruptura del consenso partidista, ya que amenazaba su ideal de construir un imperio de pequeños granjeros independientes y libres en el Oeste. Esta situación les condujo a plantear la doctrina *Free Soil*, cuya máxima expresión legal fue la *provisión de Wilmot*, que defendía dotar de rango de ley la prohibición de extender a los nuevos territorios adquiridos la esclavitud, reservando sus tierras para los trabajadores blancos, pobres y libres. Entre las dos posiciones fue propuesta por los *hunkers* y los miembros nacionalistas del *Young America movement* una doctrina de compromiso conocida como la *popular sovereignty doctrine*, que defendía que fuera la población de cada Estado por referéndum quien decidiera el estatus jurídico esclavista o libre en su territorio.⁶⁵⁶

Esta divergencia doctrinaria evidenció la muerte de *la política del compromiso*, que en el pasado había posibilitado el *jacksonianismo* y la existencia misma del partido demócrata, pero que en la década de 1850 había quedado hundida debido a las contradicciones que trajo con sí el expansionismo, y que paradójicamente este había tenido por objetivo solucionar. Los demócratas del *Young America movement* liderados por Stephen Douglas, y con O'Sullivan entre sus filas, intentaron sustituir el viejo pacto por un nuevo consenso ejemplificado en la doctrina de la *soberanía popular*, que quedó sancionada por el *acta de Kansas-Nebraska* en 1854. Sin embargo, ni los demócratas ultranacionalistas del *Young America Movement* ni los *Nuevos Demócratas* moderados que seguían defendiendo una alianza transeccional a través del *compromiso de 1850* pudieron reeditar la gran coalición creada por los *jacksonianos* dos décadas atrás. El partido republicano absorbió a buena parte del *jacksonianismo*, que se integró en la candidatura de Abraham Lincoln, representando el viejo discurso radical obrerista de los *locofocos*, junto a las nuevas tendencias *Free Soil* y un abolicionismo moderado. El nuevo compromiso republicano constituyó un nuevo pacto populista entre élites y clases populares a nivel del Norte y del Oeste en contra del Sur, por lo que la cuestión racial terminó por adquirir una preponderancia absoluta sobre el resto de las cuestiones,

⁶⁵⁶Ransom, *Conflict and Compromise*, pp. 118-122; Wilentz, *The Rise of American Democracy*, pp. 486-475, 628-647, 668-677.

vehiculizando un enfrentamiento entre *secciones* con modelos de sociedad que se concebirán como divergentes e incompatibles.⁶⁵⁷

El *jacksonismo* fue una ideología política propia de un momento de transformación histórica en el que estaba desapareciendo el viejo mundo agrario del *Antiguo Régimen* para dar paso a una nueva realidad industrial y capitalista. Fue el equivalente americano del radicalismo europeo, que durante la primera mitad del siglo XIX condujo a los liberales más progresistas a rescatar el legado jacobino radical de la revolución francesa para luchar contra los efectos más destructivos de la nueva sociedad capitalista, así como para hacer realidad las promesas no cumplidas de la Revolución francesa. El *jacksonianismo* jugó el mismo papel que el radicalismo europeo en el contexto político-social de los Estados Unidos, tomando como referencia el legado de Thomas Jefferson en lugar del jacobinismo, y planteando una alternativa social más marcadamente agraria, religiosa y populista que la de sus homólogos europeos. Sin embargo, ambas corrientes políticas tendrán una gran sintonía mutua, y sus autores se leerán e influirán entre sí en un contexto de intercambio trasatlántico del cual la *Democratic Review* formará parte. En esencia, el *jacksonianismo* fue una forma de liberalismo radical y agrario, que en su lucha contra las lógicas más extremas del proceso de modernización industrial capitalista recuperó buena parte del legado republicano de la Revolución americana, transformándolo desde un marco interpretativo de carácter populista guiado por un ideal igualitario de democracia radical para todos los varones blancos de los Estados Unidos.⁶⁵⁸

El *jacksonianismo* debió su preeminencia como la ideología política dominante en los Estados Unidos durante la década de 1830 debido a que supo establecer una alianza transeccional e interclasista entre Norte, Sur y Oeste, ofreciendo respuestas a distintos grupos poblacionales de las tres *secciones*. El manifiesto inaugural de la *Democratic Review* apareció en los últimos días de este gran pacto social como condensación y codificación de las esperanzas democráticas y de la cultura del consenso que habían dominado en esta época, y ambas cuestiones quedaron bien reflejadas en el texto. O'Sullivan actuó como ideólogo de la facción radical de un consenso democrático, populista y esclavista. Por otra parte, el concepto de *Destino Manifiesto* apareció en un contexto discursivo en que este consenso comenzó a resquebrajarse por sus contradicciones, ofreciendo una salida imperial a una república en crisis.

⁶⁵⁷Ibid., pp. 677-688, 693-706, 719-744; Eyal, *The Young America Movement*, pp. 190-228.

⁶⁵⁸Losurdo, *Contrahistoria del Liberalismo*, pp. 147-151, 167-148.

Irónicamente sería un representante de los demócratas radicales del Norte el que acuñará la expresión que actuaría como bandera del nuevo pacto demócrata del que los radicales fueron expulsados. Los granjeros del Oeste, que habían permitido a los *jacksonianos* imponerse a los esclavistas durante la década de 1830, bascularon en sus apoyos durante la década de 1840 hacia el campo esclavista, ofreciéndoles la llave del partido en su común interés por la expansión territorial.

Por lo tanto, el manifiesto de “El principio democrático” y el concepto de *Destino Manifiesto* son el producto intelectual de un pensador *jacksoniano* que supo cristalizar en términos ideológicos dos momentos distintos de la ideología *jacksoniana*: el momento de su apogeo con la enunciación de “El principio democrático” y el punto de su declive con el concepto de *Destino Manifiesto*.

10.2 Características de “The Democratic Principle” como manifiesto político-literario del *jacksonianismo* y como obra de O’Sullivan.

El escrito “The Democratic Principle” ofrece numerosas ventajas para estudiar el pensamiento de O’Sullivan. A pesar de ser anónimo sabemos por una carta de Langtree a Bryant que el texto fue obra del pensador *jacksoniano*, por lo que el problema de la autoría que suele sobrevolar los editoriales de la *Democratic Review* queda resuelto para este documento. Por otra parte se trata de un escrito dominado por una clara voluntad normativa. El texto comienza con una declaración de intenciones: “El carácter y propósito de este trabajo, del cual el primer número se ofrece aquí al público, se encuentra sugerido en su propio nombre, la “The United States Magazine and Democratic Review”. La revista tiene un propósito explícito y declarado: mostrar la vinculación entre el carácter nacional americano, la democracia como principio político y la literatura como medio de realización de ambos. Por este motivo el texto adquiere un formato de manifiesto político-literario en donde se presentan todos los principios políticos de la revista (y de su editor), expuestos de manera sistemática y mostrando la relación entre los mismos. La normatividad del texto y su intencionalidad lo vuelven por tanto un documento privilegiado para estudiar las ideas de un autor tan elusivo como es O’Sullivan.⁶⁵⁹

⁶⁵⁹“The character and design of the work of which the first number is here offered to the public, are intended to be shadowed forth in its name, the “United States Magazine and *Democratic Review*”. [O’Sullivan], “The Democratic Principle”, p. 1; Langtree a Bryant, 15 de octubre de 1837, Bryant-Godwin Collection, New York Public Library.

“El principio democrático” (1837) es junto al *Manifiesto Romántico* de Víctor Hugo (1827), una de las mejores muestras sobre la relación entre política y literatura formulada por el romanticismo político. William Trimble fue el primero en señalar el manifiesto como una de las máximas representaciones del pensamiento *jacksoniano*, y el profesor en filosofía de la religión Joseph L. Blau lo incluyó en 1954 en su compilación documental de textos jacksonianos *Social Theories of Jacksonian Democracy*, situándolo sólo por detrás del testamento político de Andrew Jackson. El historiador Edwin C. Rozwenc también incluyó el texto en su compilación de fuentes primarias *jacksonianas*, diciendo de este editorial que por su carácter e importancia podría ser considerado como una codificación de los ideales democráticos defendidos por los seguidores de Jackson tras una década de conflicto político. Esta idea fue también apoyada por Robert D. Sampson, quien definió el texto como “la mejor muestra singular de un ideología largamente olvidada”. Personalmente coincido con estas afirmaciones, pues a mi juicio la mejor manera de comprender el trabajo intelectual de O’Sullivan es concibiéndole como un codificador que expuso de manera sistemática las principales ideas del *jacksonianismo*, más que como un pensador original con ideas novedosas y singulares.⁶⁶⁰

En términos de influencias intelectuales el manifiesto se nutre principalmente del pensamiento de dos autores: Thomas Jefferson y William Leggett. La influencia de las ideas de Jefferson en el escrito es abrumadora, hasta tal punto que Rozwenc ha señalado que el lenguaje político del manifiesto resulta arcaico para los estándares jacksonianos de la época, dando lugar a que gran parte del editorial no sea más que la reiteración de muchas de las ideas de Jefferson, a su vez este texto llevó a Schlesinger Jr. a referirse a la *Democratic Review* como un “pío órgano del jeffersonianismo”. Como expuse en el apartado 4.1 del capítulo 4, para O’Sullivan, al igual que para la mayor parte de autores jacksonianos, Jefferson ejercía una *función de autor* tan poderosa e indiscutible que llevaba a que los intelectuales *jacksonianos* lo tomaran como ideal normativo, y en el caso de O’Sullivan esto llega al extremo de adoptar su terminología y utilizar su

⁶⁶⁰Trimble, “The Social Philosophy of the Loco-Foco Democracy”, pp. 709, 713-714; Joseph L. Blau, *Social Theories of Jacksonian Democracy: Representative Writings of the Period 1825-1850* (Indianapolis: Hackett Publishing Company, 2003), pp. 21-37; Rozwenc, *Ideology and Power in the Age of Jackson*, p. 300; Sampson, *John L. O’Sullivan and his Times*, p. 26.

efigie como portada de la revista. De hecho en el manifiesto O'Sullivan declara su adhesión expresa a la teoría política de la democracia jeffersoniana.⁶⁶¹

Sin embargo lo que Rozwenc no llega a atisbar es la importancia de un segundo autor en el manifiesto que media todo el fondo teórico jeffersoniano y lo vehiculiza hacia las claves del conflicto político de la *Era Jackson*. Como bien han señalado tanto Sampson como Widmer el segundo autor en liza es el teórico político *locofoco* William Leggett. La influencia de Leggett, se deja sentir en las doctrinas económicas de O'Sullivan y en su teoría del conflicto social, que trascendería el paradigma agrario de Jefferson para elaborar una crítica a las instituciones bancarias, al poder de los monopolios y en pos de la reforma política como un instrumento necesario para la conquista de nuevos derechos. Es por medio del pensamiento de Leggett que un aparente escrito jeffersoniano se transmuta en un manifiesto *jacksoniano*, pues las doctrinas de Leggett permitían adaptar el agrarismo de la doctrina jeffersoniana al contexto de las luchas sociales de una sociedad en industrialización. Sheldon Harris ha señalado también la influencia en O'Sullivan de James Madison, John Taylor de Carolina y John Randolph de Roanoke, lo que resulta lógico en un seguidor de Jefferson como O'Sullivan, sin embargo considero que el impacto de estos tres autores en el manifiesto es marginal.⁶⁶²

Como explicaré en el capítulo siguiente, el intelectual neoyorkino John W. Francis pudo haber ejercido también una gran influencia en O'Sullivan mediante su conferencia *An Address Delivered on the Anniversary of the Philolexian Society of Columbia College, May 15, 1831*. Muchas de las ideas de esta conferencia pueden encontrarse desarrolladas en el texto de O'Sullivan, sobre todo en lo referido al papel de la literatura como herramienta para la relación entre política y literatura, y el impacto de la misma a la hora de constituir una sociedad democrática.⁶⁶³

El estilo retórico del manifiesto también es importante. Puesto que los editoriales de la *Democratic Review* son anónimos, el método de aproximación que han adoptado los historiadores que se han estudiado la revista ha sido el intentar adivinar la autoría de los escritos a partir de su estilo. Esto llevó a Sampson a defender que el editorial "Annexation" fue escrito por O'Sullivan, y fue uno de los argumentos que también

⁶⁶¹Rozwenc, *Ideology and Power in the Age of Jackson*, pp. 300-301; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, p. 310; [O'Sullivan], "The Democratic Principle", p. 8.

⁶⁶²Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 18-21; Widmer, *Young America*, pp. 8-10; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, p. 41.

⁶⁶³John W. Francis, *An Address Delivered on the Anniversary of the Philolexian Society of Columbia College, May 15, 1831* (NuevaYork: G. & C. & H. Carvill, 1831), pp. 8-17.

esgrimió Linda S. Hudson para argumentar que dicho editorial había sido escrito por Jane Cazneau. Esta discusión será sin embargo tratada en el siguiente capítulo.⁶⁶⁴

De lo que no cabe duda es de la particularidad retórica de los editoriales de la *Democratic Review*. Brenda Wireapple expresó sobre el estilo literario de O'Sullivan que era una suerte de adaptación de la retórica de Emerson al periodismo político. A mi juicio esto se debe a que O'Sullivan seguía las convenciones narrativas del romanticismo americano, y más concretamente de los modismos y dejes del movimiento literario de la *Young America*. De hecho la mejor definición sobre el estilo de O'Sullivan la he encontrado en la manera en que Fernando Velasco Garrido describe el estilo literario de Herman Melville, muy similar al del autor jacksoniano. Esto no debe resultar extraño, pues Melville era suscriptor de la *Democratic Review* y el editor literario de la revista, Evert Duyckinck, fue su mentor literario. Velasco Garrido describe de la siguiente manera el estilo literario de Melville y todo lo que dice puede aplicarse a la forma de escribir de O'Sullivan.⁶⁶⁵

La prosa de *Moby-Dick* es sin duda una de las más singulares de la historia de la literatura. Su puntuación es insólita, hay oraciones inacabables de una complejidad sintáctica enormemente enrevesada, difícilmente abarcables en algunas ocasiones, con un léxico rebuscado, arcaizante, repleto a la vez de neologismos, frecuentes agrupaciones de hasta cinco calificativos concatenados, y una manifiesta irregularidad de expresión, en la que alteran pasajes de alta retórica con coloquialismos localistas, fluyendo entre formas de narrar distintas, que van desde el lenguaje científico de la época hasta las sentimentaloides narraciones de los panfletos propagandísticos de las sociedades reformistas.⁶⁶⁶

Todas estas características presentes también en los escritos de O'Sullivan conllevan a que sus textos transmitan un estilo retórico muy arcaizante que resulta ajeno a los usos habituales del inglés contemporáneo. Como han señalado Scholnick y Widmer, la visión *continentalista* de la *Democratic Review* tenía por objetivo fundamentar una literatura genuinamente americana, lo que conllevó el repudio (al menos formalmente) de la literatura inglesa, así como la puesta en valor y la recepción de la literatura alemana, tanto en sus contenidos como en sus elementos retóricos.⁶⁶⁷

De esta manera en los escritos de O'Sullivan abundan formas estilísticas propias del romanticismo y del idealismo alemán: párrafos enormes que pueden llegar a ocupar una página entera y compuestos tan solo por un par de oraciones compuestas; una

⁶⁶⁴Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, p. 245; Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, p. 48.

⁶⁶⁵Wireapple, *Hawthorne: A Life*, p. 107.

⁶⁶⁶Fernando Velasco Garrido, "Introducción: La Norteamérica de Moby-Dick" en Herman Melville, *Moby-Dick; o La Ballena* (Madrid: Akal, 2009), p. 55.

⁶⁶⁷Scholnick, "Democrats Abroad", pp. 75-77, 80-86, 94; Widmer, *Young America*, p. 41.

retórica florida llena de cromatismo narrativo en donde la viveza expresiva domina sobre la claridad en el mensaje; una gestión dramática del ritmo narrativo más propia de una pieza retórica pensada para ser declamada que de un texto ensayístico en prosa; proliferación del punto y coma (como en este párrafo), en sustitución del punto y seguido para generar tensión narrativa por la concatenación de elementos, así como un uso bastante arbitrario de las comas en el cuerpo del texto. En suma, el manifiesto “El principio democrático” (como el resto de editoriales de O’Sullivan) es una pieza literaria en donde por medio del lenguaje se busca no solo transmitir ideas, sino también estados de ánimo a través de una prosa efectista. El resultado de esta técnica son unos escritos completamente alejados de los estándares del inglés actual, donde la oración simple es una auténtica rareza, conllevando a que en ocasiones el texto se conviertan en un auténtico infierno sintáctico.

Para finalizar me parece conveniente realizar una advertencia sobre la metodología expositiva que voy a implementar, sobre sus problemas y límites. Tal y como expuse al inicio del capítulo me propongo bosquejar los contornos ideológicos de O’Sullivan a través del manifiesto introductorio de la *Democratic Review*. Esto ofrece una ventaja, pues el manifiesto me ofrece un tipo de texto con una alta carga de normatividad desde donde exponer el pensamiento de este autor evitando el problema de la ausencia de un corpus teórico trabajado y reconocido, y sorteando a su vez el problema del anonimato que acompaña a sus escritos. Sin embargo no todas sus ideas están plenamente desarrolladas o expresadas en el manifiesto, por lo que en ocasiones me apoyaré en otros editoriales para desarrollar algunas de sus ideas. Por lo general pienso seguir el orden expositivo del documento, aunque en ocasiones me adelantaré o retrocederé a través del mismo para mostrar vinculaciones entre sus distintas ideas. Por lo tanto la exposición de su pensamiento en este capítulo no se corresponderá plenamente con el orden específico en que estas son presentadas en el manifiesto.

No pretendo ofrecer aquí una descripción de las ideas del texto, sino aportar claves interpretativas del pensamiento de O’Sullivan con las que posteriormente poder abordar el proceso de conformación del concepto de *Destino Manifiesto*. Las consecuencias de la diferencia de enfoque entre una perspectiva descriptiva y otra interpretativa serán desarrolladas en el apartado 12.3. Por el momento basta con señalar que la razón metodológica de mi técnica expositiva está guiada por un principio heurístico: el concepto de *Destino Manifiesto* no es una ocurrencia casual y aislada que surgiera por generación espontánea, sino que responde a un patrón de pensamiento que

forma parte de la ideología a cuyo desarrollo contribuyó O'Sullivan, y en este sentido, el manifiesto introductorio me interesa para mostrar las características de dicho patrón de pensamiento, y no por el contenido en sí del mismo. Mi interpretación por tanto no es una mirada desnuda sobre el pensamiento de O'Sullivan, sino que es una perspectiva guiada por un propósito. Y esto no está exento de problemáticas, y uno de los peligros potenciales que tiene esta decisión teórico-metodológica es la posibilidad de proyectar una sistematicidad en el pensamiento de O'Sullivan que podría no existir.

Por lo general la historiografía sobre el *Destino Manifiesto* no se ha molestado en buscar recurrencias de sistematicidad en el pensamiento en O'Sullivan, ya que este periodista raramente ha sido considerado un pensador político, y el anonimato de sus textos ha supuesto un límite fundamental a la hora de atribuir patrones de recurrencia teórica. Por otra parte, no se debe olvidar la advertencia metodológica de Skinner sobre las tres falacias en las que el historiador puede incurrir si pretende subrayar la sistematicidad del pensamiento de un autor por encima de sus declaraciones concretas: En primer lugar la *mitología de las doctrinas* conllevaría el intento de convertir alguna declaración aislada de un autor en su doctrina sobre ese tema, independientemente del peso e impacto que pudiera tener en el resto de su pensamiento. En segundo lugar la *mitología de la coherencia* sería resultado del intento de imputar a un autor una unidad y coherencia interna a su pensamiento que puede no estar presente en sus escritos. Finalmente la *mitología de la prolepsis* consistiría en imponer a un autor la preeminencia de una de sus ideas por la importancia que esta ha tenido en los debates posteriores en la historia de la filosofía, más que por la importancia que pudiera tener para el autor en su tiempo.⁶⁶⁸

Sin duda estas tres falacias son un peligro que gravita sobre este apartado de mi tesis, y si las vuelvo a presentar ahora ante el lector es para ponerle sobre aviso de que la operación que voy a realizar no se encuentra exenta de problemáticas metodológicas. Sin embargo en el caso de O'Sullivan el problema que a mi juicio ha imperado es el opuesto: dado que muy pocos historiadores le han acreditado un pensamiento político, ninguna de sus ideas se han comprendido articuladas entre sí, o como parte de un sistema de pensamiento mayor. Por este motivo lejos de suponer una distorsión, la reflexión sobre la sistematicidad de sus ideas es una operación necesaria de cara a

⁶⁶⁸ Skinner, *Visions of Politics*, pp. 59-79.

corregir un defecto en su estudio, y supone así mismo un paso fundamental para comprender cómo surgió el concepto de *Destino Manifiesto*.

11.3 Introducción del manifiesto y fundamentos epistemológicos: la filosofía de los principios.

O'Sullivan comenzó su manifiesto expresando que el propósito de la revista tenía su origen en la profunda convicción de que el progreso nacional de los Estados Unidos se encontraría en un momento crítico que requeriría de la promoción del *principio democrático*, elemento que habría sido designado (por la providencia) para convertirse en el fundamento del nuevo sistema político del *experimento americano*. El *principio democrático* requeriría ser reivindicado frente a las acusaciones que se verterían sobre él por sus enemigos, ser purificado de hostiles influencias que lo pervierten, y todo ello con el objetivo de lograr la ilustración de la verdad y la protección de unos grandes intereses, no solo de los Estados Unidos, sino de toda la humanidad, pues la causa de la democracia americana estaría vitalmente conectada con la protección de los intereses de la humanidad en su conjunto, cuestión que según O'Sullivan se demostraría a través de “las incontables eras del futuro”.⁶⁶⁹

Este es en esencia el contenido del primer párrafo del manifiesto, en donde se expone la intencionalidad de la revista a la par que se presentan los cuatro elementos fundamentales que van a articular el resto del texto: 1. Los principios, 2. La democracia, 3. El experimento americano y 4. El espíritu misionero. Los principios se refieren al fundamento epistemológico que desde una teoría idealista, misticista y organicista fundamenta el pensamiento de O'Sullivan. La democracia como principio político y sistema de gobierno se encuentra en el centro de su teoría política, y el objetivo último de su manifiesto sería ofrecer una visión sobre la democracia concordante con las teorías *jacksonianas*. El *experimento americano* supone la forma en que O'Sullivan concibe desde su *filosofía de la historia* el sentido histórico de los Estados Unidos como nación, lo que conduce al cuarto elemento, la visión misionera y providencialista de la democracia americana, que representaría el objetivo histórico de los Estados Unidos entendido como parte de los intereses de la humanidad en su conjunto. Esta visión misionera de la democracia americana aportaría un carácter teleológico y universalista al ideal del *experimento americano*.

⁶⁶⁹[O'Sullivan], “The Democratic Principle”, p. 1.

O'Sullivan continúa el manifiesto explicando que existiría en su época un gran desencuentro entre los partidos que no se reflejaría en el sentir de la población en general, cuya disparidad de opiniones no se traduciría en una hostilidad mutua. La razón para el desencuentro entre los partidos se debería a la existencia de dos principios políticos esenciales y opuestos, el principio democrático (de carácter igualitario) enfrentado al principio aristocrático (basado en la defensa de los privilegios), y cada uno de ellos se encontraría representado por uno de los grandes partidos: el partido demócrata representaría el principio democrático y por ello sería el partido de la igualdad, mientras que el partido whig representaría el sentimiento aristocrático y los privilegios especiales. El hecho de que los principios tengan un origen divino conllevará que el enfrentamiento político tenga una dimensión escatológica, pero además existe un trasfondo populista en las tesis democráticas de O'Sullivan, pues este considera que los líderes de ambos partidos no comprenderían la importancia de estos principios actuantes en la política, y por ese motivo estarían llamados a ser superados por aquellos sujetos que portarían consigo el estandarte democrático, unos creyentes que comprendieran los principios cardinales de la fe política de la república (de esta manera O'Sullivan genera un marco populista para la religión civil americana).⁶⁷⁰

Esto le lleva a ofrecer una primera explicación sobre qué son los principios y cómo actuarían en la política:

Tantas ideas falsas se han vinculado al término 'democracia' y a nuestra política partidista que consideramos necesario realizar aquí, en el comienzo, una profesión [de fe] completa y libre sobre los principios cardinales de las creencias políticas en la que nos sustentamos; principios a los cuales somos devotos con una inquebrantable fuerza de convicción y fervoroso entusiasmo, pues desde el momento en que estos se presentaron en nuestras mentes han ido creciendo constantemente y fortaleciéndose por su propia contemplación, así como por las incalculables capacidades de mejora social cuyo germen está contenido en ellos.

Nosotros creemos por tanto en el principio del *republicanismo democrático*, en su sentido más puro e intenso. Tenemos una inquebrantable seguridad en la virtud, inteligencia y plena capacidad para el autogobierno de nuestras grandes masas populares: nuestros industriosos, honestos, viriles e inteligentes millones de hombres libres.⁶⁷¹

⁶⁷⁰ *Ibid.*, pp. 1-2. En este sentido, para O'Sullivan la función representativa de los partidos no sería tanto en erigirse en portavoces de una comunidad de votantes, sino como vehículos de unos principios que actuarían metafísica y providencialmente en la historia a través de la forma partido como instrumento político terrenal.

⁶⁷¹“ So many false ideas have insensibly attached themselves to the term ‘democracy,’ as connected with our party politics, that we deem it necessary here, at the outset, to make a full and free profession of the cardinal principles of political faith on which we take our stand; principles to which we are devoted with an unwavering force of conviction and earnestness of enthusiasm which, ever since they were first presented to our minds, have constantly grown and strengthened by contemplation of them, and of the incalculable capabilities of social improvement of which they contain the germs. We believe, then, in the principle of democratic republicanism, in its strongest and purest sense. We have an abiding confidence in

Los dos párrafos citados muestran claramente la vinculación entre los principios políticos y la democracia en el pensamiento de O'Sullivan, así como la aproximación a este duplo desde la fe política. El texto está redactado siguiendo el canon de la *religión civil americana*, formulando los principios políticos de la república en términos religiosos. Sin embargo el tono y el enfoque desde donde se interpreta la *religión civil* no es el racionalismo deísta de los *Padres fundadores*, sino la fe emocional y evangelista del *Segundo gran despertar*. Esto marca una diferencia importante con respecto al pensamiento de Jefferson en el que se basa este párrafo, pues introduce una carga emocional en el lenguaje deísta que lo vuelve extraño al racionalismo ilustrado que popularizó la *teología natural* en el siglo XVIII.

El evangelismo explicaba la experiencia del renacimiento de la fe del creyente como un acto de gracia divina, modelo que era fácilmente transportable a una *episteme* organicista concibiendo la acción de Dios como un acto de horticultura espiritual (de manera parecida a la forma en que los puritanos concebían la acción de la gracia en el alma de sus elegidos) por el cual la divinidad plantaría la semilla de la fe en el creyente de cara a su regeneración interior, posibilitando que este redescubriera sus creencias abandonadas. En el texto esto se muestra por medio de un lenguaje organicista que hace referencia al *crecimiento* de los principios en la mente humana, y al hecho de que estos transportasen el *germen* de la reforma social.

De esta manera romanticismo y evangelismo encontrarán un terreno común a partir de su visión emocional y providencialista de la fe desde la que plantearían un nuevo modelo de *teología natural*. Este fue un paso importante en el proceso de tránsito del providencialismo hacia la modernidad operada bajo la idea de *diseño*: la metáfora providencialista del *Dios relojero* dominante en el siglo XVII se basaba en la idea de que Dios actuaba indirectamente a través de unas leyes naturales que él había prefijado desde el origen de los tiempos y para siempre; estas funcionarían como las piezas perfectamente articuladas de un gran engranaje cósmico que conducirían a el cosmos desde los orígenes de la creación hacia el destino que Dios había anticipado. Esta idea fue remplazada en el siglo XVIII por la visión del *Dios arquitecto*, basada en una concepción más orgánica y voluntarista del *diseño*, que concebía a la divinidad como un ente en constante actuación sobre su creación por medio de leyes naturales, que la divinidad iría aplicando en el acontecer como parte de un plan maestro prefijado. El

the virtue, intelligence, and full capacity for self-government, of the great mass of our people—our industrious, honest, manly, intelligent millions of freemen.” *Ibíd.*, pp. 2, 4-5.

providencialismo naturalista del siglo XIX desplazó la idea del *Dios arquitecto* por la metáfora del *Dios horticultor*, propia de un momento histórico en donde la biología dominará como disciplina del saber-poder, imprimiendo una nueva visión de la naturaleza. Esta metáfora divina aunará en su concepción de las leyes naturales el carácter teleológico del Dios relojero pero renunciando a su mecanicismo, y tomará a su vez el organicismo del Dios arquitecto pero sin su voluntarismo. El Dios horticultor prefijará en cada ente y evento el destino de su creación como un germen, que por medio de las leyes naturales se irá desplegando alcanzando su destino de manera orgánica. Por lo tanto las leyes naturales responderían a un principio teleológico y no voluntarista, pues Dios no necesitará actuar en cada una de las situaciones, dado que el desenvolvimiento de la existencia se encontraría germinalmente prefigurado en sus orígenes, como el futuro árbol se encuentra potencialmente contenido en su semilla.⁶⁷²

La vinculación entre evangelismo y *teología natural* aparecerá explicitada en el propio manifiesto por O'Sullivan en unas páginas posteriores a la cita anteriormente aludida. Entre ambas referencias el teórico jacksoniano desgranó sus ideas sobre la labor de la opinión pública como principio conservador del buen funcionamiento de las instituciones democráticas (una suerte de teoría de contrapeso a modo de cuarto poder). Así mismo dedicó una buena parte de su argumentación a la existencia de mayorías y minorías sociales en conflicto, lo que supondría un problema a la hora de fundamentar un gobierno democrático basado en el interés general. Trataré estas cuestiones en el siguiente apartado. La cuestión sobre el conflicto social condujo a O'Sullivan a reflexionar sobre la labor del gobierno en una sociedad dominada por dos principios antagónicos: la igualdad como principio natural tendría su origen en el diseño natural del creador, frente a un principio artificial del privilegio establecido por el hombre y sustentado por los poderosos, que para darle continuidad actuarían a través de los gobiernos.⁶⁷³

O'Sullivan era deudor de un republicanismo tendente al liberalismo fundamentado en Jefferson, y de un liberalismo tendente al radicalismo defendido por Leggett. La tradición jeffersoniana concebía el gobierno en términos negativos por la experiencia colonial con Inglaterra, que en último término se había saldado con la independencia frente a la "tiranía" del rey Jorge III. Esto había llevado a Jefferson y a

⁶⁷² Foucault, *Las palabras y las cosas*, pp. 129-163, 349, 356-359; Peterfreund, *Turning Points in Natural Theology*, pp. 88-107; Ferré, "Design Argument", p. 674.

⁶⁷³[O'Sullivan], "The Democratic Principle", pp. 2-5.

sus seguidores a desconfiar de los gobiernos fuertes por considerarlos una amenaza para la autonomía y el autogobierno de los ciudadanos, así como un peligro potencial para el despotismo. Leggett por su parte representaba a la ideología *locofoco*, que entre otras influencias contaba con una perspectiva radical del liberalismo que era muy crítica con el intervencionismo económico estatal, pues creía que la acción económica de los gobiernos nunca beneficiaría a las clases desfavorecidas. Desde su perspectiva los gobiernos financiaban sus políticas a expensas de establecer impuestos que pagaban las clases populares, y con su intervención económica servían a los intereses de las clases privilegiadas favoreciendo con su intervencionismo a los grandes barones industriales. Por ello desde una visión populista sobre la luchas de clases, el gobierno serviría como un instrumento de clase que transfería la riqueza desde las clases populares hacia las clases privilegiadas, ayudando a la conformación de monopolios a costa de esquilmar al pequeño productor. Ambas filiaciones condujeron a O'Sullivan a ser extremadamente crítico con las cualidades emancipadoras de los gobiernos.⁶⁷⁴

Es bajo la palabra *gobierno* que subyace el taimado peligro. Entendido [este] como un gobierno central consolidado, todo gobierno es malo y fuente de maldad. Un *gobierno* democrático fuerte y activo, en base al sentido común del término, es un peligro que difiere solo en el grado y en su modo de operar, pero no en su naturaleza con respecto a un vigoroso despotismo.⁶⁷⁵

El problema congénito de todos los gobiernos (incluidos los democráticos) radicaría en que su poder debía ser ejercido por agentes humanos, que debido a sus intereses parciales llevarían al país hacia la tiranía, (sistema opuesto a la democracia) y que se sustentaría en los demagogos, las facciones y las muchedumbres, que con su implantación conduciría a la nación a su desmoralización pública por la ausencia de un interés general. Es por este motivo que O'Sullivan acuñó su famosa frase adoptada por muchos liberales, libertarios y libertarianos posteriores a él:

El mejor gobierno es aquel que gobierna menos. Ningún depositario humano puede ser confiado con seguridad con el poder para legislar sobre el interés general de la sociedad, así como para operar directa o indirectamente en la actividad económica o en la propiedad de la

⁶⁷⁴Puede apreciarse la influencia de Leggett en los planteamientos de O'Sullivan sobre el gobierno en el "Retrato a pluma y carboncillo" que el editor le dedica en enero de 1840 con motivo de la publicación de sus escritos políticos por parte de Theodore Sedgwick Jr. [John L. O'Sullivan], "William Leggett", *United States Magazine and Democratic Review*, Vol. VII, No. 25, (Jan., 1840), pp. 8-16. La influencia de Jefferson la reconoce el propio O'Sullivan en "El principio democrático", así como por situar su máxima sobre que "el mejor gobierno es aquel que gobierna menos" bajo la efigie funeraria del *Padre fundador*. [O'Sullivan], "The Democratic Principle", p. 8.

⁶⁷⁵"It is under the word government, that the subtle danger lurks. Understood as a central consolidated power, managing and directing the various general interests of the society, all government is evil, and the parent of evil. A strong and active democratic government, in the common sense of the term, is an evil, differing only in degree and mode of operation, and not in nature, from a strong despotism." *Ibíd.*, p. 6.

comunidad. Tal poder estará siempre relacionado con los abusos más perniciosos, con la imperfección natural, tanto en lo que respecta a la sabiduría en el juicio como a la pureza de los propósitos, toda la legislación de los hombres estará constantemente expuesta a la presión de los intereses parciales; intereses que, al mismo tiempo que son esencialmente egoístas y tiránicos, se encuentran siempre vigilantes, perseverantes y sutiles con respecto a toda treta y corrupción.⁶⁷⁶

Por lo tanto los intereses parciales de los sujetos actuarían como una suerte de *check and balance* perverso que sería simultáneamente fuente de corrupción e instrumento para su contención. El pensamiento de O'Sullivan está dotado de un marcado optimismo providencial que a su vez tiene la contrapartida de un sutil pesimismo antropológico basado en la idea cristiana sobre el carácter pecador de la naturaleza humana y la concepción antropológica liberal sobre el carácter intrínsecamente egoísta del hombre. Pero además en esta idea subyace una concepción democrática y populista sobre la *lucha de clases* de la que hablaré en el siguiente apartado. Esta concepción tan negativa sobre el gobierno condujo a O'Sullivan a adherirse a la concepción mayoritaria del liberalismo decimonónico de defender un *Estado policía*. Para O'Sullivan la acción del Estado con respecto a sus ciudadanos debía limitarse a la administración de justicia, la protección de la igualdad natural de los derechos de los ciudadanos y la preservación del orden social. Y en todo lo demás debería regir el *principio voluntario*.⁶⁷⁷

La noción de *principio voluntario* era un concepto utilizado por los evangelistas del *Segundo gran despertar*, y según Perry Miller este término fue fundamental a la hora de articular la ideología secular republicana de la revolución con la nueva oleada de religiosidad emocional del *despertar*. La fórmula expresaba el consenso religioso post-revolucionario expresado en la primera enmienda de la *declaración de derechos* y en la doctrina jeffersoniana del *muro de separación*, y se basaba en el rechazo a la institucionalización de una iglesia nacional por el gobierno, favoreciendo la idea de que la población debía disfrutar de su derecho a la libre adhesión a la secta que se amoldase mejor a los dictados de su conciencia. Por lo tanto el *principio voluntario* se refiere al hecho de que la libre adhesión a una religión se basaría en la espontaneidad de la fe, que

⁶⁷⁶“**The best government is that which governs least.** No human depositories can, with safety, be trusted with the power of legislation upon the general interests of society so as to operate directly or indirectly on the industry and property of the community. Such power must be perpetually liable to the most pernicious abuse, from the natural imperfection, both in wisdom of judgment and purity of purpose, of all human legislation, exposed constantly to the pressure of partial interests; interests which, at the same time that they are essentially selfish and tyrannical, are ever vigilant, persevering, and subtle in all the arts of deception and corruption.” *Ibíd.*, p. 6. Subrayado mío.

⁶⁷⁷*Ibíd.*, pp. 6-7.

surge del corazón como un sentimiento natural que fundamenta una religiosidad fluida y no dogmática.⁶⁷⁸

A partir de la idea del *principio voluntario* O'Sullivan planteará de manera clara cómo entiende el providencialismo y la forma en que este fundamenta su epistemología. El *principio voluntario* sería el principio de la libertad, sugerido mediante analogía por la forma en que Dios gobierna su creación: la mano de Dios estaría detrás tanto del devenir del mundo físico ordenado a través de las leyes naturales, como del ámbito moral gobernado por medio de los principios, y en ambos imperaría la acción espontánea y la autorregulación como resultado del *diseño* divino. Esta idea la presenta mediante una analogía científica concibiendo el proceso de administración de justicia de hombre a hombre (sin la intervención gubernamental) como el proceso de distribución y combinación de los átomos, cuya sinergia resultaría perfecta sin necesidad de que ninguna fuerza externa intentase ordenarla artificialmente.⁶⁷⁹

El *principio voluntario* supone la idea simultáneamente religiosa y liberal de dejar que la sociedad se autorregule siguiendo el influjo de los principios con los que Dios ordena el mundo moral, esta supondría la auténtica teoría del gobierno, aquella hacia la que la ciencia política iría derivando poco a poco en todas partes del mundo como resultado del plan providencial de Dios. Este sería también el principio fundamental de la filosofía democrática, el establecer un sistema de justicia y dejar que los negocios e intereses de la sociedad se rigieran por sí mismos de acuerdo a la libertad de competición y asociación.⁶⁸⁰

En este punto queda patente que lo que subyace a esta *teología natural*, resultado de una fusión entre un lenguaje deísta con una retórica evangelista, es una suerte de teología política liberal. La mano invisible que en la *teología natural* gobernaría las leyes naturales, y que en *La riqueza de las naciones* de Adam Smith regiría el libre mercado, en O'Sullivan fundamentaría las interacciones sociales de manera espontánea sin necesidad de que interviniera ningún actor gubernamental. Este trasfondo liberal resulta más patente si se tiene en cuenta que en los editoriales del *Georgetown Metropolitan* O'Sullivan se había referido a la ideología del periódico siempre como liberal, y no como democrática. En el editorial inaugural de este periódico como resultado del cambio de propietarios, O'Sullivan declaró que el

⁶⁷⁸ Miller, *Nature's Nation*, pp. 41-43.

⁶⁷⁹[O'Sullivan], "The Democratic Principle", p. 7.

⁶⁸⁰Ibíd., p. 7.

periódico sería apartidista, pues sus editores tenían como objetivo avanzar “mano a mano” con los liberales de todos los partidos. Idea que vendría sancionada en otro editorial del 5 de septiembre de 1835 en el que se declara que la causa liberal es la causa de las masas. Para O’Sullivan liberalismo y democracia serían sinónimos intercambiables, si bien como irá desarrollando el autor jacksoniano tenía ideas muy particulares sobre ambos.⁶⁸¹

O’Sullivan cierra su argumentación sobre el principio voluntario definiéndolo de la siguiente forma:

Este [el *principio voluntario*] está tomado sobre el ejemplo del perfecto autogobierno del universo físico, que se encuentra escrito con letras luminosas en cada página de la gran biblia de la Naturaleza. Contiene la idea de una fe absoluta y audaz en la providencia del Creador. Se encuentra esencialmente implícito en el Cristianismo, del cual se ha dicho con acierto que en cuyo espíritu se encuentra en la forma más pura y penetrante la igualdad democrática entre los hombres, y supone la evidencia más radiante sobre su origen divino. Es la esencia y el mismísimo resultado general de la ciencia de la economía política. Ya añadiríamos que este principio por sí mismo aporta una solución perfecta y satisfactoria al gran problema (por lo demás irresoluble) sobre los derechos relativos de las mayorías y las minorías. Este principio, por lo tanto constituye nuestro ‘punto de partida’.⁶⁸²

Para O’Sullivan el *principio voluntario* y la democracia habrían sido imperfectamente aplicados a lo largo de la historia, motivo por el que no existiría un ejemplo previo de democracia exitosa en los anales de la historia (esta idea será central en sus editoriales “The Course of Civilization” y en “The Great Nation of Futurity”, ambos escritos en 1839). Ni siquiera en los Estados Unidos el *principio democrático* se encontrarían plenamente aplicado, pero el país se encontraría en el camino correcto para su implementación, lo que convertiría a los Estados Unidos en la demostración para el resto de la humanidad sobre el camino a seguir para la correcta aplicación del *principio democrático* y de su forma hermana, el espíritu del cristianismo.⁶⁸³

⁶⁸¹[John L. O’Sullivan], “Prospectus”, *Georgetown Metropolitan*, 11 de julio de 1835 y [John L. O’Sullivan], “France”, *Georgetown Metropolitan*, 5 de septiembre de 1835.

⁶⁸²“It is borrowed from the example of the perfect self-government of the physical universe, being written in letters of light on every page of the great bible of Nature. It contains the idea of full and fearless faith in the providence of the Creator. It is essentially involved in Christianity, of which it has been well said that its pervading spirit of democratic equality among men is its highest fact, and one of its most radiant internal evidences of the divinity of its origin. It is the essence and the one general result of the science of political economy. And this principle alone, we will add, affords a satisfactory and perfect solution of the great problem, otherwise unsolved, of the relative rights of majorities and minorities. This principle, therefore, constitutes our point of departure.” [O’Sullivan], “The Democratic Principle”, pp. 7-8.

⁶⁸³Ibíd., p. 8.

O'Sullivan retomará la idea de los principios como fundamento de su epistemología en múltiples editoriales posteriores. Un ejemplo de ello puede encontrarse en otro editorial aparecido en ese mismo número titulado "The Moral of the Crisis"(Oct., 1837). En él O'Sullivan comparará la forma en que actúan los principios a través de una metáfora naturalista basada en las fuerzas telúricas: "grandes principios a menudo actúan en la sociedad como esas energías naturales ocultas que rondan en el centro de la tierra, desapercibidas e insospechadas, que a su tiempo rompen en la superficie revelándose a los hombres sólo en sus resultados".⁶⁸⁴

En un editorial de 1840 titulado "Democracy" (1840) O'Sullivan presentó su idea de un misticismo heurístico que sirve como vía del conocimiento para los *principios*. El gran reto que habría que afrontar sería no verse condicionado por las falsas ideas que circulan en la política partidista sobre el carácter de los *principios*, que tenderían a influir sobre nuestra concepción del mundo. Para O'Sullivan no sería en la lucha partidista donde se encontraría la verdad profunda sobre los *principios*, sino que existiría por el contrario una "clara región de investigación filosófica alejada de la lucha partidista" en la que se debe permanecer para evitar los errores y los modales vulgares de la política ordinaria, y en donde se podría alcanzar la claridad de pensamiento. El filósofo debería retirarse de las luchas diarias para estudiar su propia alma en la tranquila observación del hombre. Solo en la sagrada profundidad del retiro el alma sería libre de deambular por el universo, comulgando con su propia experiencia profunda. Esta imperturbabilidad del alma permitiría realizar consultas al sublime espíritu del pasado, entregarse a las gloriosas visiones del futuro y ponerse en contacto con la verdad. De esta manera O'Sullivan ofrecerá una visión mística del conocimiento introspectivo, por la cual la verdad se encontraría dentro de cada uno de los sujetos, y estos podrían aprender de ella si fueran capaces de realizar un trabajo de introspección sobre sus sentimientos más puros. La democracia estaría llamada a triunfar en la razón humana porque sus fundamentos estarían plantados en los corazones humanos por la divinidad. Debido a que la divinidad habría plantado la semilla de los principios en el corazón de los hombres, estos podrían germinar y ser aprendidos por la razón.⁶⁸⁵

Esta visión mística, evangélica y romántica de la introspección como guía del conocimiento se basa en una visión epistemológicamente individualista que tiene como

⁶⁸⁴[John L. O'Sullivan], "The Moral of the Crisis", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N°. 1, (Oct. 1837 to March 1838), p. 121.

⁶⁸⁵[John L. O'Sullivan], "Democracy", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. VII, N°. 27, (March 1840), pp. 215-216.

corolario un organicismo que lleva a concebir los *principios* como semillas plantadas por Dios en el corazón de los hombres, que germinarían de acuerdo con su voluntad soberana, y donde este germinar de los principios acabaría provocando la obtención del conocimiento al modo de una revelación divina. Así lo expresa O'Sullivan en este texto cuando afirma que la democracia es la última revelación en el pensamiento humano, que se encuentra plantado como una semilla en el corazón de los hombres. Sin embargo, el hecho de que O'Sullivan conciba su epistemología como una heurística mística e individualista no implica que rechace completamente una forma colectiva de conocer y defender los *principios*. Para O'Sullivan los partidos políticos pueden convertirse también en el receptáculo y guía de un principio político concreto, lo que posibilitaría formar un espacio en donde reunir a los creyentes y seguidores de dicho principio y en donde reforzar sus vínculos mutuos. De esta manera O'Sullivan concebirá los partidos como una suerte de iglesia secular donde los seguidores de un principio se reúnen para adorarlo y como instrumento para una acción de evangelización política.⁶⁸⁶

En síntesis, la *filosofía de los principios* de O'Sullivan sería una suerte de *idealismo organicista* fundamentado en la existencia de unos elementos rectores de la existencia social que serían los *principios*, que para O'Sullivan supondrían el equivalente social de las leyes naturales en la cosmovisión deísta, mezclados con una perspectiva platónico-plotinista sobre las ideas como formas puras, universales y eternas del pensamiento, visión que se popularizó en el romanticismo a través de la obra de Coleridge. Para O'Sullivan los *principios* serían las formas puras ideadas por Dios para regir providencialmente a la humanidad, solo que en vez de actuar de manera directa y milagrosa lo haría indirectamente por medio de una germinación organicista de los principios en el corazón de los hombres. Desde una perspectiva de *filosofía de la historia* esto permitirá a O'Sullivan concebir la historia como la germinación de la idea de progreso a través de distintos estadios que terminaría por eclosionar en el Nuevo Mundo con la democracia americana. Por lo tanto O'Sullivan no va a comprender las formas de gobierno a la manera clásica siguiendo tradición aristotélica, sino que va a concebir la democracia como un sistema político resultante de la correcta aplicación del *principio* democrático, cuyo conocimiento lo planta Dios en los individuos de acuerdo a su plan providencial. Por tanto la democracia no va a ser una simple forma de gobierno

⁶⁸⁶Ibíd., p. 216.

secular, sino que supone la realización política del cristianismo, la única forma política legítima que cumple el plan providencial de Dios.

11.4 Teoría política y del conflicto social en O’Sullivan: Democracia y el papel del escritor en la promoción de su principio político.

Para O’Sullivan conocer el sentido verdadero de los *principios*, tal y como los ha revelado Dios, sería tan solo el primer paso en el proceso de construcción de una sociedad democrática, pues lo verdaderamente importante será la aplicación y defensa de los *principios* contra aquellos intereses particulares que desearían pervertirlos en la búsqueda de su propio beneficio. La aplicación de los *principios* será el objeto de la política, que O’Sullivan definió de la siguiente manera en un editorial titulado “Political Tolerance” de septiembre de 1838:

La política es una de las ramas de la moral. Todos los elementos de la vida pueden abarcarse bajo los tres encabezados de la religión, la política y la ética privada. El objeto de la religión consiste en regular la conducta humana con respecto a la felicidad de cara a un futuro de la existencia. La política tiene por objetivo la felicidad del sujeto en comunidad. La ética privada corresponde a la regulación de la conducta en lo referido a la felicidad individual. La felicidad, es pues, el objetivo común de las tres ramas generales de la moral. [...] Y si el único fin legítimo de la política es la felicidad de los hombres en sus relaciones recíprocas como miembros de una comunidad, aquellos que se llaman a sí mismos políticos, no teniendo esto como su objetivo cardinal, no son realmente políticos, sino demagogos.⁶⁸⁷

Una vez más se aprecia la influencia de Jefferson (filtrada por una perspectiva populista) debido a la importancia que O’Sullivan otorga a la felicidad como elemento vertebrador de las distintas ramas del saber, aunque también se puede rastrear una influencia aristotélica en su definición de la política como el elemento que regula la vida de las persona en comunidad. Su visión de la democracia sin embargo no se corresponde al esquema aristotélico sobre formas virtuosas y corruptas de gobierno, pues como expuse en el apartado anterior, esta se deriva de la aplicación de unos

⁶⁸⁷“Politics are a branch of morals. All the duties of life are embraced under the three heads of religion, politics, and private ethics. The object of religion is the regulation of human conduct with reference to happiness in a future state of being. The object of politics is to regulate conduct with reference to happiness in communities. The object of private ethics is to regulate conduct with reference to individual happiness. Happiness, then, is the single aim of these three great and comprehensive branches of duty [...] If the sole legitimate end of politics is the happiness of men in their relations to each other as members of a community, they who call themselves politicians, not having this as their cardinal object, are not politicians, but demagogues” [John L. O’Sullivan], “Political Tolerance”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. III, N°. 9, (Sept., 1838), pp. 60, 61.

principios de origen divino y no por formar parte de un sistema de constituciones fundamentado en el ejercicio del poder en base al número y la riqueza de los agentes que conforman la comunidad política. Esto, sin embargo, no significa que O'Sullivan se desprenda completamente del esquema de las constituciones aristotélicas, sino que redefine sus elementos desde otros parámetros en donde el carácter virtuoso o corrupto de las formas de gobierno acaba definiéndose por su adecuación a la voluntad divina, y no por criterios de orientación al bien común. En último término O'Sullivan participa de la ruptura con los clásicos operada a través del *experimento americano*, en donde el contenido político de este ya se define en términos de equiparación con la democracia.⁶⁸⁸

En el manifiesto inaugural de la *Democratic Review* la contraposición política fundamental que se establece es entre tiranía y democracia, pero esta se vehiculiza a través de la contraposición entre el *principio* aristocrático con el democrático. Al igual que en Aristóteles la distinción entre aristocracia y democracia se basa en un elemento numérico que apunta hacia un gobierno de la mayoría o de la minoría. Se fundamenta también en un criterio de riqueza, distinguiendo entre los muchos pobres y los pocos ricos, y toma así mismo la idea jeffersoniana sobre una aristocracia natural, cuya excelencia se basaría en su mayor conocimiento. Todas estas distinciones conducen a O'Sullivan a afrontar la discusión sobre quienes estarían mejor capacitados para defender el interés general, si las masas democráticas mayoritarias o la minoría selecta y educada aristocrática. Desmarcándose por una vez de Jefferson, para O'Sullivan la idea de una aristocracia natural dejaría de tener sentido en un periodo histórico caracterizado por la extensión de la educación y la aparición de una esfera amplia de la *opinión pública*. Por otra parte, al considerar la idoneidad y capacidad de los distintos grupos para defender el interés general, O'Sullivan propone que las masas populares estarían más comprometidas con la promoción del interés general, pues si bien en algunas ocasiones las mayorías habrían intentado imponer su criterio sobre las minorías, la

⁶⁸⁸La fuente de inspiración más segura para O'Sullivan es la frase introductoria de la *Declaración de Independencia*: "Sostenemos estas verdades como evidentes: que todos los hombres son creados iguales; siendo dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables, entre los que están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad", sin embargo en la *Política* Aristóteles también hace una referencia a la felicidad (desde coordenadas distintas) como objetivo último de la vida en la polis, que también podría haber inspirado a O'Sullivan: "El fin de la ciudad es, pues, el vivir bien, y esas cosas son para ese fin. Una ciudad es la comunidad de familias y aldeas para una vida perfecta y autosuficiente, y esta es, según decimos, la vida feliz y buena". [Jefferson], "The Declaration of Independence", p. 108; Aristóteles, *Política* (Madrid: Gredos, 2000), pp. 3-11, 128-143 (cita p. 136); [O'Sullivan], "The Democratic Principle", p. 9.

historia mostraría que casi siempre habrían sido las minorías las que habrían intentado imponer su voluntad sobre el pueblo, dominándolo y haciendo prevalecer sus intereses parciales sobre los del conjunto. Por este motivo, porque generalmente las mayorías sociales no tienen un deseo de dominación, es por lo que estarían en condiciones de representar mejor el interés general (del cual se encontrarían más cerca también por una cuestión numérica).⁶⁸⁹

En este sentido es necesario aclarar que por mayorías y por minorías O'Sullivan no está comprendiendo exactamente lo mismo que entenderíamos en la actualidad, ya que en todo momento se está refiriendo a los sujetos que forman parte de la comunidad política. En este grupo no entrarían ni las minorías raciales, ni las afectivo-sexuales, ni tampoco aquellas que son discriminadas políticamente por razón de género. La conceptualización de estos grupos como minorías se llevó a cabo durante la segunda mitad del siglo XX. Los límites de la comunidad política se circunscriben en el ámbito *jacksoniano* exclusivamente a los varones blancos, atendiendo a su riqueza y poder social para determinar su carácter minoritario o mayoritario. Durante la *Era Jackson* el discurso de protección a las minorías va a ser enarbolado también por los esclavistas para referirse a la protección de sus intereses y privilegios frente a las demandas del Norte.⁶⁹⁰

Sin embargo, será en su segunda reseña al libro de *La Democracia en América* de Tocqueville en donde O'Sullivan realizará un mayor esfuerzo por definir su perspectiva *jacksoniana* sobre el conflicto entre pueblo y élites aristocráticas, tomando como contrapunto las ideas del filósofo francés. En este texto O'Sullivan se desmarca de Tocqueville quien consideraría que el núcleo de la nueva aristocracia francesa serían los abogados. Para O'Sullivan sin embargo la *aristocracia* serían los poseedores de "accumulated wealth", subrayando él mismo el término, que viene aclarado con la apostilla: "principalmente por los hombres adinerados de las grandes ciudades comerciales". En este sentido, queda claro que O'Sullivan equipara el término *aristocracia* a lo que en el futuro el socialismo caracterizará como *alta burguesía*. O'Sullivan consideraba que la aparición de esta nueva aristocracia fue resultado de la desaparición de la aristocracia feudal. La *aristocracia del dinero* habría aparecido en Europa como resultado del auge del comercio, que habría posibilitado una acumulación

⁶⁸⁹Ibid., pp. 2-5.

⁶⁹⁰Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 401-406, 416-421; Losurdo, *Contrahistoria del Liberalismo*, pp. 126-131, 141-143.

de riqueza a un ritmo antes desconocido, lo que supondría también la posibilidad de acumular poder para doblegar la voluntad de terceros.⁶⁹¹

La posesión de riqueza uniría a esta nueva aristocracia en una comunidad de hábitos, gustos y objetivos resultantes de su posición social, aunque el elemento que más les uniría sería la existencia de un enemigo común. La clase acaudalada sería consciente de conformar una minoría privilegiada a expensas del pueblo, cuya fuerza únicamente residiría en su poder numérico. La aristocracia tendría miedo de perder sus privilegios a manos del pueblo por su situación minoritaria, por lo que se apoyaría en la fuerza arbitraria de los gobiernos para proteger su situación de preeminencia creada artificialmente. El fundamento del *principio aristocrático* descansaría en la defensa de un gobierno fuerte para la defensa de los intereses de las minorías gobernantes, mientras que la promoción de un gobierno débil permitiría al pueblo escapar de sus abusos y daría la oportunidad para que imperase el *principio democrático*. La situación particular del continente americano también favorecería la aparición e implantación del *principio democrático* por sus diferencias específicas con respecto a Europa, entre las cuales O'Sullivan destaca la mayor igualdad económica en el Nuevo mundo, la existencia de tierras baratas en el Oeste por reclamar y la tendencia general de la legislación democrática. Todos estos elementos contribuirían a la disminución del poder de la aristocracia en los Estados Unidos sin necesidad de que el pueblo estableciera una lucha directa contra esta clase.⁶⁹²

En este texto O'Sullivan establece además una visión “leveller” de la relación *jacksoniana* entre igualdad y democracia, considerando que para que exista un gobierno democrático no solo es necesario que se dé una igualdad de condiciones, sino también una igualdad material entre los ciudadanos de la república:

Un gobierno democrático, cuyo principio más importante es la igualdad política, es el resultado natural de una igualdad de condiciones, y especialmente de una igualdad de propiedad entre el pueblo. Allí donde esta igualdad de propiedad y condiciones existe, el gobierno democrático deviene en real, substancial y por supuesto, permanente. Este es el caso de los Estados Unidos [...] Esta adaptación de la forma de gobierno a las condiciones fundamentales del pueblo es la causa real de la existencia y el mantenimiento de las instituciones democráticas; y sus circunstancias, como la abundancia de tierras baratas o la legislación sobre igualdad en la herencia, todo ello resulta en las causas subsidiarias más importantes para que la igualdad de

⁶⁹¹[John L. O'Sullivan], “European Views of American Democracy: No. II”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. II, N.º. 8, (July, 1838), pp. 342-343.

⁶⁹² *Ibid.*, pp. 344-346.

condiciones se mantenga entre el pueblo. Por el contrario, toda legislación que favorezca la acumulación de riqueza o su concentración por cualquier motivo es antidemocrática, y tiende directamente a subvertir nuestra presente forma de gobierno.⁶⁹³

A este tipo de perspectiva John Ashworth la denominó como la del *jacksoniano* como *leveller*. Al igual que muchas otras tendencias radicales y románticas de la época, el *jacksonianismo* va a caracterizarse por un celo igualitario que se expresa como una fe política. Si bien esto puede recordar vagamente al socialismo posterior, en realidad se basa en premisas opuestas, pues mientras que el socialismo denunciaba el carácter desigual de la modernidad capitalista, el *jacksonianismo* va a proponer la existencia de partida de una situación de igualdad que se vería amenazada por fuerzas aristocráticas que en la defensa de sus privilegios pervertirían un orden que de partida era virtuoso. Las condiciones existentes en la sociedad, lejos de producir desigualdades, posibilitarían la igualdad entre el pueblo, pero esta estaría amenazada por la acumulación de riqueza que llevaría consigo la aparición de tendencias antidemocráticas. La manera de mantener y defender dicha igualdad sería aprovechando aquellas circunstancias ya existentes que refuerzan el carácter democrático de la sociedad y de las instituciones, y entre estas destacarían las tierras baratas sin cultivar como fuente de riqueza e independencia con respecto a las tendencias aristocratizantes. En esto radica el carácter agrario del igualitarismo *jacksoniano* (y cuya influencia directa es jeffersoniana). A las desigualdades producidas por las dinámicas de la sociedad industrial los *jacksonianos* propusieron una igualdad agraria, para la cual serían necesarias tierras vírgenes y por este motivo serán favorables al expansionismo.⁶⁹⁴

La igualdad que defendían O'Sullivan y los *jacksonianos* era una igualdad republicana en su origen, liberal en su pulsión y democrática en su discurso, basada en la idea de una nación de pequeños propietarios agrarios, cuyas tierras les posibilitarían

⁶⁹³“A democratic government, the leading principle of which is political equality, is the natural expression of a general equality of condition and especially of property among the people. Where this equality of condition and property exists, a democratic government is real, substantial, and, of course, permanent. This is the case in the United States. [...] This adaptation of the form of the government to the substantial condition of the people is the real cause of the existence and maintenance of democratic institutions; and the circumstances which tend to keep up the equality of condition among the people,—such as the abundance and cheapness of land and the laws for the equal division of intestate estates among all the children,— are the most important of the subsidiary causes that concur in producing this result. On the contrary, all legislation that favors the accumulation of property or its concentration for any purpose, is anti-democratic, and tends directly to the subversion of the present form of government.” Ibid., pp. 349-350.

⁶⁹⁴Ashworth, “The Jacksonian as Leveller”, pp. 408-411.

ser independientes, y por lo tanto contar con una igualdad de poder que les impediría dominar o ser dominados. Por este motivo el discurso *jacksoniano* va a centrarse en la igualdad de condiciones, porque las posibilidades de acumulación de riqueza a través de la pequeña propiedad agraria serían muy limitadas, y es por este motivo que el *jacksonianismo* por lo general no incidirá en la igualdad material (el texto de O'Sullivan es en este sentido una excepción), pues esta queda de alguna manera implícita en la igualdad de condiciones. Los *jacksonianos* tenían una perspectiva providencialista de los sistemas políticos, por la cual creían que Dios actuaba para asegurar la igualdad de su sociedad predilecta. Es por este motivo que no van a apoyar el intervencionismo gubernamental, porque a diferencia del socialismo los *jacksonianos* consideraban que el orden espontáneo de la sociedad la encaminaba hacia la igualdad, y por este motivo van a ser contrarios a cualquier medida que ellos perciban como una alteración de dicho orden. De esta manera, el *jacksonianismo* va a establecer un discurso radical en su igualitarismo que paradójicamente se asentará sobre la defensa de un *status quo* que en la práctica producía enormes desigualdades materiales.⁶⁹⁵

Como comenté anteriormente, la gran excepción a este igualitarismo radical va a encontrarse en el marcado sesgo racial y de género de la ideología y discurso *jacksoniano*. La noción de *igualdad* del *jacksonianismo* se basaba en una aporía tautológica según la cual la igualdad de condiciones era un hecho natural derivado de que todos los *hombres* eran creados iguales. Por lo tanto la igualdad de condiciones será presupuesto y fin de todo su igualitarismo, influyendo en el derecho a la igualdad de oportunidades o a la igualdad material. Esta forma de comprender la igualdad como un atributo natural de origen divino va a provocar que las diferencias sociales sean concebidas como distinciones artificiales provocadas por el hombre, mientras que las diferencias fisiológicas derivadas de las distintas fisionomías raciales y sexuales van a ser concebidas y reificadas como diferencias naturales también de origen divino, sobre las que la sociedad no debía de interferir, pues no tendría competencias para alterar el orden natural. De esta manera los demócratas van a defender que no resultaría justo tratar de manera igualitaria a quienes no hayan sido creados como iguales, y puesto que dentro de su esquema social no había cabida para la desigualdad, tampoco lo habría para los miembros de otras razas ni para las mujeres. Los whigs por el contrario no tendrán tantos problemas para integrar en su esquema social a actores que eran comprendidos

⁶⁹⁵Ibíd., pp. 412-415, 420-421.

como inferiores y desiguales, pues las desigualdades eran concebidas como parte consustancial del orden social. Paradójicamente esto les predispondrá de manera más favorable que los demócratas para aceptar entre sus rangos a mujeres y a miembros de otras razas, pero siempre desde una concepción paternalista y jerárquica, en donde los hombres blancos estarán siempre en la cúspide.⁶⁹⁶

De esta forma, las lógicas del reconocimiento igualitarista del progresismo *jacksoniano* provocarán que estos adopte un enfoque conservador para las cuestiones raciales y de género, mientras que las lógicas del reconocimiento elitista del conservadurismo whig les conducirán a adoptar una visión más aperturista para las demandas del sufragismo y del abolicionismo.

La cuestión del racismo y del machismo en O'Sullivan responde en este sentido a los clásicos prejuicios del *jacksonianismo*, haciendo de él un representante promedio del racismo *jacksoniano*, pero en donde el machismo heteronormativo de esta ideología va a encontrar algo más matizado que en la media. En lo referido a la cuestión racial, Reginald Horsman considera que O'Sullivan y la *Democratic Review* defendieron una perspectiva *monogenética* de la raza humana, según la cual Dios habría creado una sola especie de hombres que luego se habría corrompido dando lugar a las distintas razas. O'Sullivan también fue un gran admirador y seguidor de la frenología, lo que va a otorgar a su racismo una pátina pseudocientífica que reforzará sus estereotipos raciales. Según Horsman O'Sullivan no incorporó en su discurso las teorías racistas más extremas de su época, defendiendo una perspectiva más cercana al racismo jeffersoniano, que si bien propugnaba la desigualdad racial, no negaba la posibilidad de mejora de las razas concebidas como inferiores. En sus escritos no hay apenas rastros de un discurso racista contra los indios (una excepción es su editorial "Our Indian Policy", de febrero de 1844), pero sí se puede encontrar un racismo muy marcado contra los negros y los mexicanos, más en el *Georgetown Metropolitan* y en el *Morning News* que en la *Democratic Review*, donde la cuestión racial será tácticamente silenciada para no tener que tatar el tema divisivo de la esclavitud.⁶⁹⁷

⁶⁹⁶Ibíd., pp. 418-420.

⁶⁹⁷Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 145-147, 219; Joshua D. Scholnick, "Extermination and Democracy: O'Sullivan, the Democratic Review, and Empire, 1837-1840", *American Periodicals*, Vol. 15, No. 2 (2005), pp. 129-138; Losurdo, *Contrahistoria del Liberalismo*, pp. 62-64, 220-221. Dos ejemplos de la perspectiva racista de O'Sullivan contra los mexicanos puede encontrarse en los siguientes editoriales escritos durante la guerra de independencia de Texas: *Georgetown Metropolitan*, 15 de julio de 1835, 29 de julio de 1835 y 11 de diciembre de 1835. Los prejuicios de O'Sullivan sobre los nativos americanos y su apoyo a las políticas de remoción india aplicadas por Jackson y Van Buren se encuentra en: [John L. O'Sullivan], "Our Indian Policy", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol.

En cuanto a la perspectiva de género en O'Sullivan, por lo general este adoptó la visión normativa del *jacksonianismo* que concebía a la mujer como un sujeto político pasivo e inferior, confinado a la esfera doméstica. Sin embargo, O'Sullivan matizará estas posiciones, seguramente influido por la enorme admiración que sentía hacia su madre y como esta había sacado la familia adelante durante su juventud. Esto se traducirá en algunas declaraciones e iniciativas ligeramente más avanzadas en cuestión de igualdad de género con respecto a los estándares típicos *jacksonianos*, por las cuales favorecerá una visión liberal sobre la autonomía de las mujeres. El caso más evidente de esta leve sensibilidad hacia los problemas de las mujeres puede encontrarse en su proyecto de ley presentado en la Asamblea de Nueva York el 12 de abril de 1842, que tenía por objetivo asegurar la autonomía económica y jurídica de las mujeres con respecto a sus maridos, tanto durante el matrimonio como en caso de divorcio. En mayo de 1844 la *Democratic Review* publicó además un polémico artículo titulado "The Legal Wrongs of Women", obra de una mujer anónima y que podría ser considerada como profeminista. En él su autora compara la situación de la sujeción de las mujeres a sus maridos como una suerte de esclavitud moderna, en donde su trabajo y aportaciones, tanto dentro como fuera de la casa, no serían debidamente reconocidas, y donde la ausencia de derechos de propiedad conllevaría a que las mujeres estuvieran sujetas a los abusos y tratos arbitrarios por parte de sus maridos. El texto termina exhortando a las mujeres a que se alcen en protesta para que los legisladores aprobasen nuevas leyes que asegurasen la autonomía de las mujeres con respecto a sus maridos. Y si estos les impedían protestar, la autora les animaba a que lo hicieran con más ahínco, pues esta sería la mejor prueba de la legitimidad de sus reivindicaciones. Las mujeres que no sufrieran opresión marital deberían involucrarse especialmente en la protesta, pues

XIV, Nº. 68, (July, 1844), pp. 169-176. La población negra (ya sean libertos o esclavos) serán el objeto más habitual de sus ataques racistas y contra los que albergará mayores prejuicios. Tres muestras tempranas de este racismo pueden encontrarse en sus textos sobre las políticas de colonización aparecidos en el *Metropolitan*: [John L. O'Sullivan], "Colonization and Abolition", *Georgetown Metropolitan*, 22 de agosto de 1835; [John L. O'Sullivan], "Abolition and Colonization No. 2", *Georgetown Metropolitan*, 26 de agosto de 1835 y [John L. O'Sullivan], "Abolition and Colonization", *Georgetown Metropolitan*, 5 de octubre de 1835; en la *Democratic Review* el discurso racial va a encontrarse por lo general maquillado para evitar discutir sobre la esclavitud, sin embargo, O'Sullivan trató de llenar el tema cuando formuló su propia versión sobre la *tesis de Walker*, en donde ofrece una perspectiva bastante detallada de su visión racista contra la población negra y la oportunidad que suponía la anexión de Texas para "drenar" a los afroamericanos con el tiempo hacia México: [John L. O'Sullivan], "The Texas Question", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XIV, No. 70, (April 1844), pp. 423-430; Para la negativa de O'Sullivan de reconocer el derecho al sufragio para la población negra en su discusión con Greeley ver, [John L. O'Sullivan], "Negro Suffrage in 1821", *New York Morning News*, 7 de junio de 1845.

tendrían la obligación de ayudar a conseguir al resto de mujeres como derecho lo que ellas ya disfrutaban como privilegio.⁶⁹⁸

Al inicio del texto O'Sullivan publicó una nota editorial explicando que el ensayo era obra de una mujer, que se publicaría sin ninguna modificación, nota o comentario, y que las opiniones expresadas por ella recibían el total apoyo de la revista, cuya perspectiva O'Sullivan adoptaba sin reserva. El texto venía sucedido por un ensayo de William A. Jones sobre la contribución de las mujeres a la novela americana. De esta manera vemos que existen en O'Sullivan ciertos guiños a una visión un tanto más progresista sobre la perspectiva de género con respecto a las posiciones mayoritarias que imperaban en el *jacksonianismo*. La *Democratic Review* publicará bastantes relatos y poesía de mujeres, pero O'Sullivan por lo general les pagará menos que a los hombres por sus obras, y la revista ignorará los debates más avanzados sobre los derechos de las mujeres que estaban teniendo lugar en esos años alrededor del movimiento sufragista. A mi juicio esta doble vertiente de O'Sullivan muestra que era favorable a un avance en los derechos privados de las mujeres, pero en su ortodoxia *jacksoniana* no favorecería ningún avance jurídico que pudiera reconocer a estas como sujetos políticos.

En el manifiesto “El principio democrático” se encuentra sin embargo ausente cualquier mención a la situación de la mujer o a la cuestión racial. En el texto todo ello queda relegado a un lado a favor de un discurso sobre los principios abstractos que deben guiar a los Estados Unidos, y las dos únicas menciones que devuelven estas dos temáticas a la primera fila son, por una parte, una referencia al carácter viril de los ciudadanos estadounidenses, que muestra que de partida ya se está expulsando a las mujeres de la idea de ciudadanía que defiende el manifiesto. Por otra parte, en el texto O'Sullivan declara que la revista será contraria a todo cambio radical y precipitado en las instituciones sociales, lo que supone un rechazo velado al abolicionismo. O'Sullivan propone por el contrario adoptar la naturaleza como la mejor guía para la transformación política, que según él actuaría por medio del lento trabajo de los grandes principios, evitando toda acción precipitada, y guiándose por el precepto latino *Festina lente* (apresúrate lentamente). Como se puede apreciar, detrás de la *filosofía de los*

⁶⁹⁸John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on the Petitions to Extend and Protect the Rights of Property of Married Women*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. VII, No. 132-199 [No. 189], (12 de abril de 1842), pp. 1-2; [Anónimo], “The Legal Wrongs of Women”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XIV, N°. 61, (May, 1844), pp. 169-176.

principios de O'Sullivan subyace una visión conservadora de la transformación social que contrasta marcadamente con sus alegatos acrílicos a favor de la marcha del progreso.⁶⁹⁹

En la definición que ofrece O'Sullivan sobre la democracia en el manifiesto "El principio democrático" contiene una enumeración de muchos de los elementos propios de su futura labor como reformador social, pero estos aparecen representados por medio de un discurso que vuelve a fusionar elementos de la *religión civil americana* con una retórica evangelista. Para O'Sullivan la democracia sería la causa de la humanidad, la fe en la bondad e igualdad de la naturaleza humana, la causa de la filantropía. El objetivo de la democracia sería la emancipación de las mentes de los hombres con respecto a las perniciosas creencias en las distinciones y ventajas sociales. Para ello sería necesario combatir la miseria social provocada por el desgobierno del mundo, producto del imperio de las ideas equivocadas. Para O'Sullivan la causa de la democracia sería la causa de la cristiandad.⁷⁰⁰

Sin embargo, la causa democrática se encontraría amenazada por un arraigado sentimiento antidemocrático asentado en la mente de los estadounidenses. Este sentimiento antidemocrático tendría muy diversas causas: la aplicación de falsos *principios* de gobierno en el pasado, en concreto por formas falsas de democracia que habrían llevado ofrecer una visión distorsionada sobre sus fortalezas y virtudes. Pero estos sentimientos antidemocráticos también tendrían origen en las clases pudientes de las ciudades, donde los comerciantes, financieros y abogados se servirían de la prensa para defender el *principio aristocrático* y las diferencias sociales. Pero lo que a juicio de O'Sullivan estimularía de manera más preocupante el sentimiento antidemocrático en el país sería la ausencia de una literatura nacional, lo que estaría conllevando a los Estados Unidos a importar literatura inglesa y depender culturalmente de ella. La literatura inglesa, aún siendo de una indudable calidad artística, habría sido producida en una sociedad animada por el *principio aristocrático* y este se transmitiría a la sociedad estadounidense pervirtiendo el proceso de construcción democrática del país.⁷⁰¹

Y es precisamente a tenor de considerar el supuesto efecto pernicioso que tendría la literatura inglesa sobre la cultura americana que O'Sullivan establece la función política de la literatura. Esta sería el vehículo desde el que los *principios*

⁶⁹⁹[O'Sullivan], "The Democratic Principle", pp. 2, 8.

⁷⁰⁰Ibíd., p. 11.

⁷⁰¹Ibíd., pp. 11-14.

políticos germinan y arraigan en la mentalidad de una sociedad, motivo por el cual sería necesario dotar a los Estados Unidos de una literatura nacional que cultive y haga germinar el *principio democrático*, con el objetivo de transformar el país e influir sobre la política de otras naciones. Para O'Sullivan todas las cuestiones debieran ser reexaminadas a la luz de la perspectiva democracia, pues sólo de esta manera se podría acabar con la mentalidad atrasada que lastraría a los Estados Unidos:

Pero no debemos seguirla [a Inglaterra] por su camino; nuestra senda radiante nos invita a avanzar por una dirección distinta. Contamos con un principio (un palpito en el alma) sobre nuestra propia democracia, si bien lo hemos dejado languidecer en barbecho; pero este tiene que animar el espíritu de nuestra literatura, si es que de hecho podemos llegar a tener una literatura americana. Existe un inmenso campo abierto para nosotros, si nos atrevemos penetrar en él y cultivarlo por nosotros mismos. Toda la historia tiene que ser reescrita; la ciencia política y todo el amplio rango de certezas morales deben ser reconsiderados y alumbrados bajo la luz del principio democrático. Todos los asuntos, pensamientos y las nuevas preguntas que están surgiendo conectadas de manera más o menos directa con la existencia humana deben ser reconsiderados bajo este nuevo punto de vista. Deberíamos ser capaces de ejercer una poderosa influencia moral sobre Europa, y aún así, pasamos completamente inadvertidos. [...] En la presente situación de fragmentación de las ideas que son populares en Europa, es necesario conseguir resituar de manera natural los pensamientos públicos hacia la grandiosa democracia proveniente del otro lado del Atlántico, la voz de América podría ejercer una poderosa y benéfica influencia para el desarrollo de la verdad. Pero en nuestra situación actual los escritos Americanos nunca serán traducidos, porque son casi siempre considerados una forma tardía y diluida del pensamiento inglés.⁷⁰²

Este párrafo repleto de metáforas organicistas expresa una visión transformadora de la literatura como vehículo de ideas y principios políticos, en donde se muestra claramente el vínculo político cultural entre democracia y nacionalismo. Según O'Sullivan las clases educadas del país estarían ejerciendo una influencia perniciosa en los jóvenes trasmitiéndoles una visión elitista de la sociedad a través de los ejemplos de

⁷⁰²But we should not follow in her wake; a radiant path invites us forward in another direction. We have a principle—an informing soul—of our own, our democracy, though we allow it to languish uncultivated; this must be the animating spirit of our literature, if, indeed, we would have a national American literature. There is an immense field open to us, if we would but enter it boldly and cultivate it as our own. All history has to be re-written; political science and the whole scope of all moral truth have to be considered and illustrated in the light of the democratic principle. All old subjects of thought and all new questions arising, connected more or less directly with human existence, have to be taken up again and re-examined in this point of view. We ought to exert a powerful moral influence on Europe, and yet we are entirely unfelt; and as it is only by its literature that one nation can utter itself and make itself known to the rest of the world, we are really entirely unknown. In the present general fermentation of popular ideas in Europe, turning the public thoughts naturally to the great democracy across the Atlantic, the voice of America might be made to produce a powerful and beneficial effect on the developement of truth.” Ibid., pp. 14-15.

la literatura inglesa. Por este motivo en el párrafo de cierre (un tanto barroco) del manifiesto O'Sullivan expone el objetivo último de la revista:

Si la "United States Magazine and Democratic Review" fuera capaz, por la influencia del incentivo más liberal/generoso, de contribuir de cualquier modo a remediar este mal (así como otros males que aquejan a nuestras instituciones y que pueden requerir reforma), por medio de la reivindicación de la verdadera gloria y grandeza del principio democrático, transmitiéndolo a nuestra literatura, y recuperando la mentalidad de la nación del actual estado de estupor y desmoralización en el que tantísimas personas se encuentran hundidos, [si lo consiguiéramos], uno de los principales objetivos para su establecimiento habrían sido logrados.⁷⁰³

11.5 Experimento americano, filosofía de la historia y el principio de formulación del Destino Manifiesto.

De acuerdo con todos los argumentos presentados, el manifiesto introductorio de la *Democratic Review* es un documento cuyo objetivo principal no radicaría tanto en definir la democracia en tanto que sistema político, como en proponer la existencia de *principios* políticos que actuarían a modo de leyes morales con las que Dios regiría providencialmente las sociedades humanas. Y en este sentido el manifiesto se afana en explicar las características del *principio democrático* como ley moral divina que requeriría de su germinación para el triunfo de la igualdad humana. La literatura nacional sería la herramienta con la que se podría llevar a cabo este despertar del *principio democrático*, que se encontraría en el interior de todos los americanos, por lo que la *Democratic Review* tendría la misión mesiánica de servir de agente propagador de la literatura con la que ayudar a brotar los sentimientos democráticos dormidos en la sociedad. Este carácter mesiánico queda patente en el propio manifiesto cuando O'Sullivan afirmó que:

Las energías morales de la mentalidad nacional se encuentran en buena medida paralizadas por la división. Y en vez de transportar hacia adelante el *arca de la verdad democrática*, confiada a nosotros en calidad *pueblo elegido* a través del glorioso destino del futuro, nos deberíamos

⁷⁰³“If the “ United States Magazine and Democratic Review” shall be able, by the influence of example and the most liberal encouragement, to contribute in any degree towards the remedy of this evil, (as of the other evils in our institutions which may need reform,) by vindicating the true glory and greatness of the democratic principle, by infusing it into our literature, and by rallying the mind of the nation from the state of torpor and even of demoralization in which so large a proportion of it is sunk, one of the main objects of its establishment will have been achieved.” *Ibíd.*, p. 15. La desmoralización general a la que hace referencia O'Sullivan es la crisis económica del *Pánico de 1837*, desatado tan solo medio año antes de que apareciera la revista.

contentar si tan solo pudiéramos detener las constantes ataques que nos intentan hacer retroceder hacia las ideas y hábitos de épocas pasadas.⁷⁰⁴

De esta manera O'Sullivan consigue presentar un acto propagandístico como una forma de evangelización política. Pues al igual que el pastor evangélico despierta con su prédica la fe dormida en el interior del creyente, O'Sullivan pretendía germinar con la literatura el *principio democrático* plantado por la divinidad en el interior del ciudadano. A esta perspectiva teológico-política de la misión de la revista entendida en términos providencialistas y organicistas subyace una *filosofía de la historia* que en el manifiesto aparece representado bajo la rúbrica del *experimento americano*.

El concepto de *experimento americano* había sido clave para los miembros de la generación revolucionaria como vehículo de ruptura con el carácter normativo de los *espacios de experiencia* contenidos en sus referentes del pasado, lo que les permitió constituir a partir de esta quiebra histórica nuevos imaginarios temporales basados en la legitimidad de los *horizontes de expectativa* contenidos en sus proyectos de futuro. Así pues, de ser un concepto que durante la revolución habría hecho referencia a un sistema político novedoso que no encontraría precedentes en las distintas formas de gobierno planteadas por Aristóteles, en O'Sullivan pasaría a convertirse en un concepto que haría referencia a la *filosofía de la historia* de la democracia Americana, la manera en que el progreso actuaría en el transcurso histórico guiado por la acción de la providencia. O'Sullivan comenzó declarando que en la *Democratic Review* no temían a la idea de los “experimento nunca probados” pues:

Toda la historia del progreso realizado por la humanidad, con respecto a cada uno de sus avances, no sería otra cosa que una serie de “*experimentos*”. La Revolución americana fue el más grande de estos “experimentos”, y uno cuya gigantesca audacia no es en estos días fácil de apreciar. Cada paso de la marcha imparable en las mejoras de la raza humana es un “experimento”, y la época presente es la más asombrosa era de los “experimentos”.⁷⁰⁵

Para O'Sullivan el ser humano estaría naturalmente predispuesto a mirar hacia delante, por lo que aquellos que se empeñasen en seguir contemplando el pasado

⁷⁰⁴“The moral energies of the national mind are, to a great extent, paralyzed by division; and instead of bearing forward the ark of democratic truth, entrusted to us as a chosen people, towards the glorious destiny of its future, we must fain be content, if we can but stem with it the perpetual tide of attack which would bear it backward towards the ideas and habits of past dark ages.” *Ibid.*, pp. 13-14.

⁷⁰⁵“The whole history of the progress hitherto made by humanity, in every respect of social amelioration, records but a series of ‘experiments.’ The American revolution was the greatest of ‘experiments,’ and one of which it is not easy at this day to appreciate the gigantic boldness. Every step in the onward march of improvement by the human race is an ‘experiment’ and the present is most emphatically an age of ‘experiments.’” *Ibid.*, p. 9.

estarían condenados a tropezar en la constante marcha de la historia. Es a raíz de esta reafirmación de América como vanguardia de la humanidad en la era de los experimentos y las transformaciones sociales que O'Sullivan introdujo por primera vez el discurso providencialista en donde se irá pergeñando el concepto de *Destino Manifiesto*. La mención a la providencia como agente guía en la historia es directa, y también se explicita la metáfora del Dios horticultor que hace germinar los principios en donde estarían contenidos los altos destinos del hombre. En este caso no nos encontramos ante un *Destino Manifiesto*, sino ante un destino velado, oscuro, pero de alguna manera perceptible a lo largo de todas las épocas y lugares.⁷⁰⁶

Nos encontramos seguros bajo el estandarte del principio democrático, que es portado hacia adelante por la mano invisible de la Providencia para guiar a nuestra raza hacia los altos destinos de los cuales cada alma humana contiene un germen cultivado por Dios; y de cuyo advenimiento (seguro, aunque distante) ha existido en todas las naciones y todas las épocas en la forma de un oscuro y profético presentimiento. Nos encontramos dispuestos a realizar cualquier reforma que sea requerida en nuestras instituciones para probar el principio democrático (democratizándolas), pero solo con la celeridad que sea necesaria y de la manera más sabia para que se apliquen de acuerdo al consenso de la opinión pública y salvaguardando los progresos realizados.⁷⁰⁷

La providencia guía a la raza (¿americana, anglosajona?) a través de la historia, enarbolando el estandarte del principio democrático, y de esta manera queda patente que en el pensamiento de O'Sullivan la providencia actúa de nexo causal entre el expansionismo y la democracia como los dos polos que definen la naturaleza de América como la nación del futuro. En este texto, como en la mayoría de los editoriales publicados entre 1837 y 1839 el carácter expansivo de los Estados Unidos tendrá un sentido temporal, pues su campo de extensión será el futuro infinito consignado como el progreso democrático de la humanidad. En este sentido, la primera etapa del providencialismo en O'Sullivan se caracterizará por una espacialización de la conciencia temporal, es decir, el tiempo histórico será imaginado espacialmente a través de la fusión de la idea de nación con la de progreso, formulación que terminará por pergeñarse en el editorial "The Great Nation of Futurity" (1839).

⁷⁰⁶Ibíd., p. 9.

⁷⁰⁷"We feel safe under the banner of the democratic principle, which is borne onward by an unseen hand of Providence, to lead our race toward the high destinies of which every human soul contains the God-implanted germ; and of the advent of which—certain, however distant—a dim prophetic presentiment has existed, in one form or another, among all nations in all ages. We are willing to make every reform in our institutions that may be commanded by the test of the democratic principle—to democratize them—but only so rapidly as shall appear, to the most cautious wisdom, consistent with a due regard to the existing development of public opinion and to the permanence of the progress made." Ibíd., p. 9.

Más adelante, cuando la *política del compromiso* comience a erosionarse y sea más acuciante políticamente declarar con optimismo el futuro prometedor de los Estados Unidos, O'Sullivan recurrirá a los censos nacionales en los que encontrará la confirmación de su fe en el futuro de América. El destino que en "El principio democrático" (1837) aparecía como un "oscuro y profético presentimiento" devendrá manifiesto, y la *filosofía de la historia del experimento americano* se convertirá en una teoría geopolítica al servicio del expansionismo norteamericano. Será en este momento cuando el providencialismo de O'Sullivan pase de expresar una *espacialización del tiempo* (el futuro deviene América, pues América es la nación del futuro) a una *temporalización del espacio* (El continente deviene en el futuro de América, porque el *Destino Manifiesto* de América es expandirse en el futuro por el continente), fusionándose en un solo concepto una perspectiva geopolítica con una *filosofía de la historia*.

En el manifiesto inaugural de la *Democratic Review* queda patente que O'Sullivan cuenta con una epistemología política providencial y organicista que va a ser fundamental para generar el marco discursivo en el que irá pergeñándose el concepto de *Destino Manifiesto*. O'Sullivan cuenta además con una teoría política *jacksoniana* en donde la expansión territorial y la obtención de tierras vírgenes es un elemento clave para asegurar la igualdad política, igualitarismo veladamente racista que supone un factor fundamental para que *el principio democrático* se imponga al *principio aristocrático* y de esta manera América pueda presentarse al mundo como la nación del progreso manifiesto.

De esta manera puede observarse que en el pensamiento de O'Sullivan existen una serie de elementos que conforman una teoría política y una concepción del tiempo histórico que se encuentran interrelacionados de manera coherente y entre sí. Sin llegar a ser sistemático o muy sofisticado en términos teoréticos, su pensamiento cuenta con la suficiente coherencia interna como para sostener una continuidad discursiva que irá evolucionando con el tiempo. Esta se encontrará esbozada en 1837, pero en 1839 contará con el suficiente desarrollo como para fundamentar una *filosofía de la historia* en la que será posible identificar como elementos desarticulados todo el conjunto de ideas que formarán parte del núcleo conceptual del *Destino Manifiesto*. Este sin embargo no surgirá hasta 1845, pues requerirá de la aparición de un debate geopolítico que *espacialice* la cosmovisión temporal subyacente a la *filosofía de la historia* formulada por O'Sullivan. Solo con los debates sobre la anexión de Texas y Oregón

este providencialismo democrático que había empezado a plantearse como justificación de la *democracia jacksoniana* en el manifiesto inaugural de la *Democratic Review* adquirirá un carácter discursivo-instrumental que otorgará su fuerza expresiva al concepto de *Destino Manifiesto*, permitiendo de este modo su conceptualización.

11. John Louis O’Sullivan: avatares vitales de una personificación del romanticismo político

John L. O’Sullivan (Aguas territoriales de Gibraltar, 1813-Nueva York, 1895): periodista, escritor, editor literario, político demócrata, reformador social, intelectual expansionista, filibustero, diplomático, especulador financiero, abogado, seguidor del espiritismo, ideólogo *jacksoniano* y posteriormente, ideólogo confederado. Pero en la actualidad se le recuerda por un acto singular que en su momento pasó desapercibido incluso para él mismo: la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto*. O’Sullivan fue un individuo singular por su trayectoria vital, pero que a su vez resulta muy representativo del tipo de individuos que creó la mentalidad y la cultura política del romanticismo decimonónico.

O’Sullivan ha sido objeto de un estudio exhaustivo por parte de cuatro historiadores que a lo largo del siglo XX e inicios del XXI han intentado reconstruir su biografía. En base al orden cronológico de la publicación de sus obras estos historiadores fueron: Julius W. Pratt, Sheldon H. Harris, Edward L. Widmer y Robert D. Sampson. Dichos historiadores tuvieron ante sí una difícil labor lastrada por dos importantes limitaciones: el anonimato de la mayor parte de las obras de O’Sullivan y la inexistencia de una colección centralizada de documentos que dieran cuenta de los avatares vitales del pensador *jacksoniano*. Aún así, estos cuatro autores han realizado un trabajo detectivesco y han conseguido reconstruir de manera efectiva la narrativa fundamental de la vida de O’Sullivan. Este capítulo es en buena medida una síntesis de su trabajo sin el cual habría sido imposible la realización de esta tesis doctoral.⁷⁰⁸

Una de las hipótesis que han guiado mi estudio se basa en considerar que el concepto de *Destino Manifiesto* no surgió de manera casual, sino que fue el producto del pensamiento de O’Sullivan de acuerdo a la evolución de un patrón de ideas providencialista que estaban presentes en los escritos de este autor, y que en el contexto

⁷⁰⁸Julius W. Pratt: “Origins of Manifest Destiny” (1927) y “John L. O’Sullivan and Manifest Destiny” (1933); Sheldon H. Harris: “The Public Career of John L. O’Sullivan” (1958) [No publicado], “John Louis O’Sullivan and the Election of 1844 in New York” (1960) y “John L. O’Sullivan Serves the Confederacy” (1964); Edward L. Widmer: *Young America: the Flowering of Democracy in New York City* (1999); Robert D. Sampson: “‘Under the Banner of the Democratic Principle’: John Louis O’Sullivan, the Democracy and the *Democratic Review*” (1995), publicado como *John L. O’Sullivan and his Times* (2003) y “John L. O’Sullivan and the Tragedy of Radical Jacksonian Thought” (2006). Estas son las obras monográficas sobre O’Sullivan escritas por los cuatro principales biógrafos. Para una relación más completa de todos los trabajos redactados sobre este autor volver sobre el apartado 1.3.

de los debates anexionistas le llevaron a formular el concepto. Por este motivo considero que es importante conocer los tanto los avatares vitales como el pensamiento de O'Sullivan para comprender algunas de las claves fundamentales sobre el contexto de aparición del *Destino Manifiesto* en tanto que *concepto-doctrina*.

11.1 La saga de los O'Sullivan y su sino. Infancia y proceso de formación de John L. O'Sullivan:

El legado de la saga de la familia O'Sullivan jugó un papel destacado en la conformación de la identidad del teórico *jacksoniano*. Pratt y Sampson han señalado que la historia fantástica de los antepasados de O'Sullivan ayudó a forjar su carácter romántico. Harris va un paso más allá y señaló que una suerte de hado parecía perseguir a los miembros varones de la familia, cumpliéndose también en la figura del editor de la *Democratic Review*. Widmer juega también con esta idea para señalar que no resulta baladí que un pensador cuya familia parecía estar marcada por el hado tuviera tan presente el destino en sus discursos.⁷⁰⁹

El lema nobiliario de los O'Sullivan era en irlandés *Lamh foisdineach an wachtar* (“Lo que obtenemos mediante la conquista lo aseguramos por la clemencia”), frase que el bisabuelo de O'Sullivan transformó en la fórmula latina *Modestia Victrix*, “Victoriosos mediante la moderación”, máxima que Widmer encuentra paradójica en una saga familiar marcada por el fracaso como resultado de la desmesura. De acuerdo con Harris los miembros varones de la familia O'Sullivan presentarían a lo largo de la historia y en distintas circunstancias un patrón vital recurrente marcado por la ambición, el auge, la apuesta por el bando perdedor y la consecuente caída: La mayoría de los O'Sullivan habían estado encaminados en su juventud a ingresar en el clero, sin embargo, todos ellos habrían estado dominados por un ansia de aventuras que les habría llevado a revelarse contra su carrera sacerdotal, llevándoles a convertirse en mercenarios al servicio de algún gobernante. Por medio de sus habilidades y su carácter la mayoría de ellos fueron capaces de volverse confidentes de alguna importante figura de su tiempo, pero su ambición y la incapacidad de calcular correctamente la situación

⁷⁰⁹Julius W. Pratt: “John L. O'Sullivan and Manifest Destiny”, *New York History*, Vol. 14, No. 3 (July, 1933), p. 214; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, p. 1; Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 1, 14-15; Widmer, *Young America*, p. 31.

les fue avocando uno a uno a acabar alineándose con el bando perdedor, llevándoles a caer en desgracia.⁷¹⁰

El clan de los O'Sullivan proviene de la península de Beara, en el condado irlandés de Cork. A finales del siglo XVI y en el contexto del enfrentamiento entre la monarquía hispánica y la británica estalló una revuelta irlandesa contra el dominio inglés y sus políticas protestantes conocida como *La guerra irlandesa de los nueve años* (1593-1603). Esta sublevación recibió el apoyo de los monarcas españoles Felipe II y Felipe III. Felipe II envió una gran expedición en 1596 compuesta de 126 navíos conocida como la *segunda armada invencible*, que tenía por cometido desembarcar en Irlanda y apoyar a los rebeldes, pero al igual que la *armada invencible* original la iniciativa fracasó antes de desembarcar. Una tercera armada fue enviada por Felipe II a Gales al mando de Don Juan del Águila con idénticos resultados en 1597. Felipe III tuvo algo más de suerte y envió a finales de 1602 una expedición comandada por Del Águila compuesta por 33 navíos y un tercio compuesto de 4400 soldados que consiguieron desembarcar en la localidad irlandesa de Kinsale (Cork). De entre los cabecillas de la rebelión irlandesa más cercanos al desembarco español se encontraba Donal Cam O'Sullivan, quien al enterarse de la llegada de los españoles acudió en su ayuda tomando parte en la batalla de "El socorro de Kinsale" (1602), en donde rindió pleitesías a Felipe III entregando su castillo al general Del Águila. La expedición sin embargo no llegó a buen término y fue derrotada junto al resto de la rebelión. Donal Cam resistió un tiempo en su castillo de Dunboy, pero la fortaleza acabó siendo tomada por los ingleses. Donal Cam se las ingenió para escapar con sus seguidores en una larga marcha que atravesó Irlanda de sur a norte hasta las tierras de Lord Tyrone, quien aún resistía en la parte septentrional de la isla. El nacionalismo irlandés decimonónico mitificó este episodio bautizándolo como "La marcha de O'Sullivan", y fue considerado el evento que ponía fin a la historia de la Irlanda independiente.⁷¹¹

⁷¹⁰Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 14-15; Widmer, *Young America*, pp. 31-32; Thomas C. Armory y Bernard Burke, *Materials for a History of the Family of John Sullivan of Berwick, New England, and of the O'Sullivans of Ardea, Ireland* (Cambridge: John Wilson and Son, 1893), p. 73. John Sullivan de Berwick era un pariente lejano de John L. O'Sullivan, y su libro contiene dos cartas y un árbol genealógico aportados por Susan K. Rodgers (esposa de John L. O'Sullivan), aportando información de su rama familiar que ambos habían obtenido haciendo investigaciones en el Museo Británico. Susan K. Rodgers subraya la conexión entre la personalidad aventurera de su marido con la mostrada por las sucesivas generaciones de sus antepasados. Ibid., pp. 72-74.

⁷¹¹T. D. O'Sullivan, *Bantry, Berehaven and the O'Sullivan Sept* (Dublin: Sealy, Bryers, And Walker, 1909), pp. 9-36; Micheline K. Walsh, "O'Sullivan Beare in Spain: Some Unpublished Documents", *Archivium Hibernicum*, Vol. 45 (1990), pp. 46, 49-51, 56-57, 61 [Incluidos los siguientes documentos citados en esta obra: Memoriales de Donald Cam O'Sullivan dirigidos a Felipe III de los días 8 y 9 de

Lord Tyrone acabó también por capitular, y el rey Jacobo I de Inglaterra extendió un perdón general para los caudillos irlandeses sublevados, salvo para Donal Cam y sus seguidores, a quienes se le requisaron sus tierras. Esto precipitó su exilio y el de su séquito a España, alentados por una promesa realizada por Felipe III en 1602 de dar asilo a los rebeldes en caso de necesidad. La comitiva desembarcó en La Coruña el 14 de octubre de 1604 donde permaneció bajo la protección del marqués de Caracena, Luis Carrillo de Toledo, quien ostentaba la posición de Capitán general de Galicia. El marqués de Caracena mediante un informe del Consejo de Estado consiguió convencer al nuevo monarca de la lealtad de O'Sullivan, y Felipe III ratificó su promesa de asilo a "Don Daniel Suliban" a quien se le concedió el título de conde de Veraven (Bearhaven, en la península irlandesa de Beara, un territorio sobre el cual la corona española no tenía jurisdicción), y fue nombrado caballero de Santiago, lo que venía acompañado de una pensión de 300 reales a cargo de la hacienda regia para el mantenimiento de su familia y séquito. Donal Cam permaneció en la corte de Felipe III sirviendo junto al marqués de Caracena como general de los tercios aposentados en Flandes. En 1618 el conde de Bearhaven planeaba volver con un ejército a Irlanda para reconquistar sus tierras, por este motivo fue asesinado en la plaza de Santo Domingo en Madrid por un espía irlandés a cargo de la corona británica. Aunque muy lejanos en el tiempo, estos eventos tendrán una gran influencia en el nacimiento de John L. O'Sullivan y de la *Democratic Review*.⁷¹²

enero de 1605]; Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 1-2; Armory y Burke, *Materials for a History of the Family of John Sullivan of Berwick*, pp. 131-132.

⁷¹²Walsh, "O'Sullivan Beare in Spain", pp. 47-49, 54-60 [Incluidos los siguientes documentos citados en esta obra: Informes del Consejo de Estado a Felipe III del 20 de noviembre de 1604 y del 15 de febrero de 1605; cartas de Luis Carrillo de Toledo a Felipe III del 8 y del 10 de enero de 1605]; Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", p. 2; Armory y Burke, *Materials for a History of the Family of John Sullivan of Berwick*, p. 132; Robustiano Antón Cuñado, *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa: Fundadora del convento de religiosas carmelitas de la valla de Grajal de Campos* (Salamanca: Imprenta de Calatrava, 1900), pp. 15-16.

TABLE IV.

Mrs. John Louis O'Sullivan, 1885.

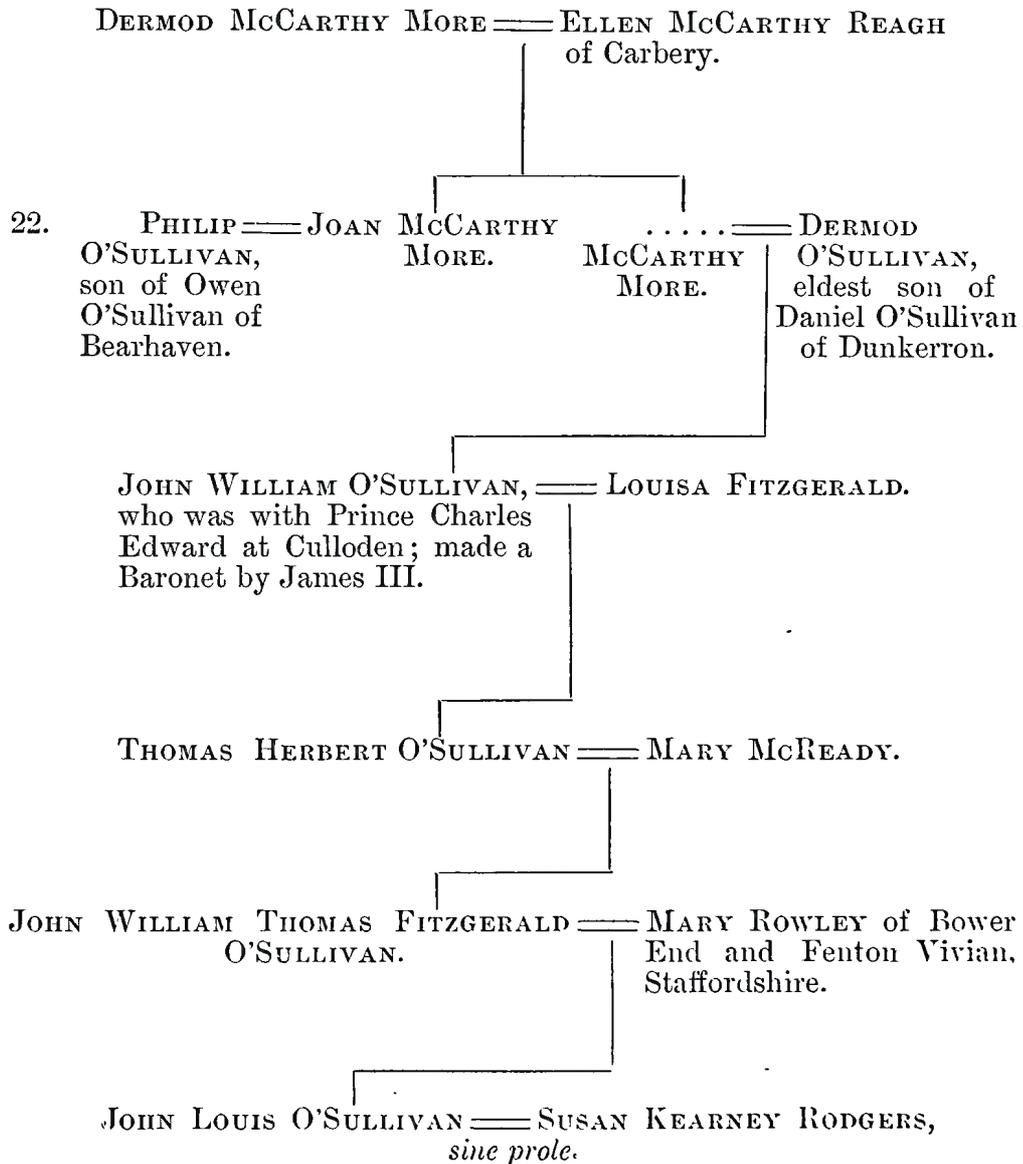


Imagen 2: Detalle del árbol genealógico de John L. O'Sullivan (último en la descendencia) aportado por su mujer Susan K. Rodgers para la elaboración del libro *Materials for a History of the Family of John Sullivan of Berwick* (1893), p. 100.

Su sobrino Philip O'Sullivan de Beara heredará sus títulos por la muerte de su hijo en Belgrado luchando contra los turcos. Philip O'Sullivan servirá durante los

reinados de Felipe III y Felipe IV como capitán de la armada española, y será un reconocido erudito en la Universidad de Santiago de Compostela, siendo considerado tiempo después como uno de los primeros historiadores irlandeses por su famosa obra *Historiae Catholicae Iberniae* (1621). Pero no será la estirpe de Donal y Philip la que dará lugar a la saga de los O'Sullivan de la que descenderá el teórico del *Destino Manifiesto* (si bien este va a creerlo). La estirpe de John L. O'Sullivan proviene de un pariente lejano de Philip de Bearhaven llamado Dermot O'Sullivan de Dunkerron, quien compartía tan solo un lejano vínculo sanguíneo con el heredero de Donal Cam.⁷¹³

Dermot O'Sullivan (el tatarabuelo de O'Sullivan) tenía una pequeña propiedad en Kerry, pero como los católicos tenían prohibido gestionar sus tierras envió a su hijo John William O'Sullivan (John William, bisabuelo de O'Sullivan) a estudiar a París para que se convirtiera en sacerdote. Siendo joven y tras vender las posesiones de su difunto padre en Irlanda, John William consiguió trabajo como tutor del hijo del mariscal francés Jean-Baptiste François Desmarets, marqués de Maillebois, sobrino de Colbert y uno de los principales líderes militares de Luis XIV. El marqués de Maillebois vio potencial militar en John William, por lo que le convirtió en su ayudante de campo. Este acompañó al mariscal en la Guerra de sucesión polaca (1733-1735), en la conquista de Córcega por Francia (1739) y en los inicios de la Guerra de sucesión austríaca (1740-1748), distinguiéndose en Italia por el uso de la guerra de guerrillas. Tras participar en unas contiendas en el Rin dejó el ejército francés por motivos desconocidos, y en 1744 recibió la oferta de Carlos Eduardo Estuardo (el *Joven Pretendiente*) para unirse al ejército jacobita en calidad de general e intendente de campo. En muy poco tiempo consiguió convertirse en el confidente del *Joven Pretendiente*, ayudándole con la conquista de Edimburgo y obteniendo numerosas victorias contra el ejército del gobierno inglés. Sin embargo, John William fue también el artífice de la desastrosa batalla de Culloden. Pensando que podía coger al ejército de la corona por sorpresa (y en contra de la opinión del resto de oficiales) hizo marchar durante toda la noche a las

⁷¹³La intrincada genealogía de los O'Sullivan se vuelve muy confusa entre las generaciones 12 a 25, esto es discutido por Armory y Burke, quienes reconocen la existencia de un gran número de imprecisiones y complejidad en los vínculos familiares de esas 13 generaciones por los datos contradictorios ofrecidos por las distintas ramas de la familia. Por lo tanto la conexión entre Donal Cam y John L. O'Sullivan es cuanto menos dudosa. Armory y Burke, *Materials for a History of the Family of John Sullivan of Berwick*, pp. 105-111; En la biografía de Adelaida O'Sullivan el presbítero Robustiano Antón Cuñado asegura que Donal Cam era el tatarabuelo de Adelaida (y por lo tanto también de O'Sullivan), pero esto es improbable por la distancia histórica entre ambas generaciones y por no mediar ningún documento que lo acredite. Sin embargo, la conexión familiar con este caudillo irlandés era el gran mito familiar que fundamentaba la cosmovisión mítica de O'Sullivan y su familia. Cuñado, *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa*, p. 16.

fuerzas jacobitas hasta llegar al pantano de Culloden Moor. El terreno pantanoso dificultó el movimiento de los *highlanders* y facilitó a la artillería del ejército gubernamental masacrar al exhausto ejército jacobita, infringiendo la derrota definitiva a los pretendientes Estuardo.⁷¹⁴

John William tuvo un solo hijo, Thomas Herbert O'Sullivan (Thomas O'Sullivan) quien siguió los pasos de su padre entrando en la brigada irlandesa del ejército francés. El abuelo de O'Sullivan fue el primero de la saga en viajar al continente americano. Conoció en París a John Paul Jones, almirante del ejército revolucionario americano cuando este se encontraba coordinando el envío de ayuda francesa para el ejército continental. Thomas O'Sullivan consiguió una carta de recomendación de Benjamin Franklin (en ese momento embajador en Francia) y se puso al servicio del Paul Jones. Sin embargo Thomas tenía un genio irascible y acabó peleando con el legendario almirante, quien le tuvo bajo grilletes hasta expulsarle de la marina revolucionaria. Temiendo por su vida Thomas zarpó a Nueva York para unirse al ejército inglés, donde consiguió impresionar al general británico Henry Clinton, quien le ofreció un puesto en su batallón. La relación con Clinton se deterioró rápidamente por la insubordinación de Thomas, y en Nueva York conoció a Mary McReady, con quien tuvo dos hijos, Barbara y John O'Sullivan. La derrota inglesa en la Revolución Americana les condujo a emigrar a Irlanda, sin embargo el carácter irascible de Thomas llevó a Mary McReady a abandonarle y a volver con sus hijos a los Estados Unidos, en donde se divorció. Thomas O'Sullivan acabaría siendo subcomandante de la Torre de Londres, pero tras molestar al Duque de York hizo lo posible por engatusar a un noble que le protegiera de la ira del duque, y acabó siendo guardia personal de Guillermo I de Orange cuando aún era príncipe.⁷¹⁵

John William Thomas Fitzgerald O'Sullivan (John Thomas), padre de John L. O'Sullivan, estaba encaminado al igual que su abuelo a convertirse en sacerdote, y su madre le ingresó en el seminario católico de St. Sulpice en Montreal. Pero como el resto de sus antepasados John Thomas sintió una gran atracción por la vida de aventuras y por

⁷¹⁴John William acompañaría al *Joven Pretendiente* durante su destierro en París y Roma, lo que llevó a que el *Joven Pretendiente* le otorgase el título nobiliario de baronet, un título vacío por la derrota de los Estuardo. Melville H. Massue, *The Jacobite Peerage: Baronetage, Knightage and Grants of Honour* (Edimburgo: T.C. & E.C. Jack, 1904), P. 143; Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 2-4; Pratt: "Origins of Manifest Destiny", p. 214; Cuñado, *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa*, pp. 16-17.

⁷¹⁵Massue, *The Jacobite Peerage*, p. 144; Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 5-7; Pratt: "John L. O'Sullivan and Manifest Destiny", p. 214; Cuñado, *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa*, p. 17.

las causas perdidas, por lo que a principios del siglo XIX dejó el seminario para convertirse en marino. Se trasladó a Nueva York y consiguió ser naturalizado como ciudadano estadounidense. En 1806 conoció al libertador venezolano Francisco de Miranda, quien había intentado convencer infructuosamente a Jefferson para que le ayudase a independizar su tierra de España. La suerte de Miranda cambió cuando consiguió persuadir a dos neoyorkinos (el coronel W.S. Smith y Samuel G. Ogden) para que financiasen una expedición militar de exiliados venezolanos y filibusteros estadounidenses. John Thomas se unió a Miranda como primer oficial del navío “Leander” que transportaba a la expedición, y más tarde como capitán de un pequeño bergantín llamado “Bacchus”. Pero la empresa estaba abocada al fracaso y sus miembros fueron muertos o apresados por las tropas españolas. John Thomas fue hecho prisionero y enviado a la cárcel de Cartagena de Indias, en donde fue condenado a diez años de trabajos forzados. Pero en el primer año de su pena fue capaz de escapar por medio de sobornos y subterfugios, y regresó a duras penas a Nueva York.⁷¹⁶

Durante los siguientes años John Thomas sirvió de marino en diversos barcos a lo largo del mundo, hasta que hizo suficiente dinero para dirigir su propio navío. En algún momento entre 1806 y 1810 John Thomas supo de la leyenda familiar que les vinculaba con Donal Cam O’Sullivan, conde de Bearhaven, con lo que el padre de O’Sullivan decidió viajar a España para reclamar el título de su supuesto antepasado, con el objetivo de ser reconocido como caballero de Santiago y hacerse con la pensión real asignada al título. Estas circunstancias le llevaron al puerto de Gibraltar, en donde conoció a Mary Rowley de Bower End y Fentun Vivian, una joven aristócrata británica que pertenecía a una rama menor de los condes de Chesterfield. Mary Rowley era una mujer con un físico débil y enfermizo, pero de un temperamento fuerte que la permitió sacar adelante a su familia en muy duras circunstancias. En las décadas de 1830 y 1840 participó de la esfera cultural romántica americana, causando una honda impresión en escritores como Nathaniel Hawthorne y Herman Melville.⁷¹⁷

En 1810 los padres de O’Sullivan se casaron en Gibraltar, en donde permanecieron mientras John Thomas intentaba presionar (infructuosamente) para que el gobierno español le concediera los títulos y la pensión de Donal Cam. En 1812 estalló la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra, y un año después Gibraltar se vio asolada

⁷¹⁶Massue, *The Jacobite Peerage*, p. 144; Harris, “The Public Career of John L. O’Sullivan”, pp. 9-10, Pratt: “Origins of Manifest Destiny”, p. 216.

⁷¹⁷Harris, “The Public Career of John L. O’Sullivan”, pp. 9-10; Sampson, *John L. O’Sullivan and his Times*, p. 2; Widmer, *Young America*, pp. 32, 157.

por un virulento brote de fiebre amarilla. Temiendo por la seguridad de su mujer embarazada, John Thomas pidió al capitán de un buque de guerra inglés que les dejase embarcar en su navío, petición a la que accedió el capitán por tratarse de una aristócrata británica. Fue en estas circunstancias que Mary Rowley (desde ahora Madame O'Sullivan) dio a luz al teórico anglófobo y ultranacionalista americano John L. O'Sullivan, el 15 de noviembre de 1813, a bordo de un navío militar británico en plena guerra contra los Estados Unidos. Nathaniel Hawthorne (su mejor amigo) recogió este hecho en sus cuadernos de Liverpool.⁷¹⁸

O'Sullivan nació a bordo de un barco frente a las costas españolas, por lo que reclama tres nacionalidades: la española, la inglesa y la estadounidense. Su padre siendo de origen británico, era un ciudadano naturalizado estadounidense, y [O'Sullivan] por haber sido registrado en su nacimiento y bautizado en la iglesia católica de Gibraltar se le otorgaban privilegios españoles. Él contaba con la reclamación a un condado español. Pasó su infancia en la costa berberisca, y lo primero que balbucearon sus labios fue el idioma árabe. Toda su vida ha estado marcada por un espíritu desarraigado y errante.⁷¹⁹

Tal y como narra Hawthorne, los inicios de la vida de O'Sullivan estuvieron marcados por un errar desarraigado. La falta de progresos en el reconocimiento de sus títulos llevaron a la familia a mudarse a Nueva York, hasta que John Thomas se las ingenió para que el gobierno estadounidense le nombrase cónsul en la costa berberisca, en donde se dedicó al contrabando mientras intentaba seguir presionando al gobiernos español para que se reconociera sus derechos nobiliarios. La familia se mudo primero al consulado de la ciudad marroquí de Mogador (1817-18) y más tarde al de la isla española de Tenerife (1818-20). En 1822 John Thomas amplió su esfera de actividad contrabandística a la costa del océano Pacífico, en donde pasaba largas temporadas lejos de los suyos. A bordo de su barco "Canton" participó en operaciones ilegales en las costas de Perú conjurado con un comodoro americano, quien al ser descubierto fue llamado a declarar a los Estados Unidos. No se actuó en principio contra John Thomas, pero se le tuvo bajo vigilancia. El padre de O'Sullivan compró un nuevo barco en Perú, el "Dick", contrató a un capitán y envió el barco a Buenos Aires para que tomase un cargamento que debía llegar a Cádiz. El agente comercial estadounidense del puerto de Buenos Aires sospechó de la legalidad de la operación y confiscó el barco. John

⁷¹⁸Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 1, 10-11; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 2-3; Pratt: "John L. O'Sullivan and Manifest Destiny", pp. 213-214.

⁷¹⁹Citado en Widmer, *Young America*, pp. 32-33 corresponde a Nathaniel Hawthorne, *The English Notebooks*, No. 60.

Thomas fue informado en Cádiz de la suerte de su embarcación y viajó a Nueva York para recuperar su navío en la subasta judicial. Tras esto volvió en persona a Buenos Aires para completar la operación, pero al llegar a la Bahía de la Plata le sorprendió una tormenta que le hizo encallar en unas rocas. John Thomas murió ahogado mientras intentaba salvar a un miembro de su tripulación.⁷²⁰

Previamente a su partida en 1824 John Thomas había enviado a sus dos hijos mayores a estudiar a la escuela de la abadía de Sòreze, un colegio dominico que había servido de academia militar y que estaba situada en la homónima localidad francesa cercana a Toulouse. O'Sullivan aprendió allí francés con un nivel de maestría que le daría renombre en el futuro. Madame O'Sullivan se trasladó a Londres con el resto de sus hijos (cuatro) mientras esperaba la vuelta de su marido y allí fue asistida por Andriane de la Pierre, una suiza casada en segundas nupcias con Thomas O'Sullivan. Pero en 1827 Mary O'Sullivan supo finalmente de la suerte de John Thomas, con lo que se vio viuda, a cargo de seis hijos y sin contar con medios económicos. Ante esta perspectiva decidió traer de vuelta a sus dos hijos mayores desde Francia, con lo que John L. O'Sullivan vivió con su madre a Londres bajo difíciles circunstancias, aunque de algún modo pudo estudiar en la prestigiosa escuela de Westminster, en donde aprendió con fluidez latín y griego clásico. En este periodo trabó una gran relación con Andriane de la Pierre, a la que llamaba su "abuela suiza", y con ella pasaba mucho tiempo mientras esta le narraba las peripecias de sus antepasados. Por aquel entonces descubrió también las novelas de Walter Scott, cuya lectura suponía para él algo así como un acto religioso.⁷²¹

⁷²⁰Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 11-13; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 3-4; Pratt: "Origins of Manifest Destiny", pp. 216-217; Widmer, *Young America*, p. 33; Cuñado, *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa*, pp. 18, 25. Mary O'Sullivan narró parte de su estancia en Mogador en un relato autobiográfico publicado años después en la *Democratic Review* bajo el título "Poor Esteer, the Jewess: a Reminiscence of Morocco" (1845). En base al trabajo de Harris he reconstruido los distintos lugares de residencia de O'Sullivan a lo largo de los años: Gibraltar/ Nueva York (1813-1817), Mogador [Marruecos] (1817-1818), Tenerife (1818-1820), Sòreze [Francia] (1824-1827), Londres (1827), Nueva York (1827-1835), Georgetown [Distrito de Columbia] (1835-1839), Nueva York (1839-1854), Lisboa/París/Madrid/Londres (1854-187?), Nueva York (187?-1895).

⁷²¹O'Sullivan contaba con cinco hermanos: William era el mayor y al igual que su padre eligió una vida en el mar. También acabó pereciendo en un naufragio; O'Sullivan era el segundo, pero por el carácter errante de su hermano William fue tratado como si fuera el primogénito, y tras la muerte de su padre asumió parte de la carga familiar; Mary Juana O'Sullivan jugará un papel importante en la vida de su hermano a través de sus matrimonios. Su primer marido será Samuel D. Langtree, con quien O'Sullivan dirigirá el *Georgetown Metropolitan* y fundará la *Democratic Review*. Tras la muerte de Langtree volverá a casarse en segundas nupcias con el independentista cubano Cristobal Madan, quien introducirá a O'Sullivan en el filibusterismo; Juana Adelaida se convertirá en monja y llegará a ser madre superiora de las carmelitas descalzas de Guatemala. Tras huir de este país por las desamortizaciones fundará un convento en Grajal de los Campos, provincia de León. Tras su muerte será conocida como "La pasionaria de Nueva York", siendo objeto de gran atención y veneración entre los católicos, y publicándose dos

El periodo en Londres, aunque breve, será de gran importancia en la configuración de la personalidad de O'Sullivan, pues con tan sólo catorce años fue consciente de la pérdida de su padre y tuvo que pasar por privaciones económicas que, según Widmer y Harris, pudieron haber despertado en él una cierta conciencia de clase. Su difícil situación le habría llevado a su vez a refugiarse en las historias heroicas sobre sus antepasados y en las novelas de Walter Scott, y como una suerte de Don Quijote decimonónico, fue forjando a través de todos estos elementos una mentalidad romántica, idealista y comprometida políticamente.⁷²²

En otoño de 1827 Madame O'Sullivan decidió mudarse a Nueva York con todos sus hijos para comenzar una nueva vida en América, aprovechando el menor coste de vida de esta ciudad con respecto a Londres, y para buscar una manera de que el gobierno de los Estados Unidos la compensase por la muerte de su marido. O'Sullivan pudo ingresar a los quince años en el *Columbia College*. Las pruebas de acceso consistían en saber latín y griego clásico, manejar los tres primeros libros de la *Iliada*, los tres primeros libros de la *Ciropedia* de Jenofonte, ser capaz de comentar el libro de *La Guerra de las Galias* de Julio César y tener competencias en álgebra y geografía contemporánea, requisitos que O'Sullivan cumplía gracias su educación en Sòreze y Westminster.⁷²³

En aquellos años el *Columbia College* era una institución universitaria de corte tradicionalista que seguía anclada en el modelo de los *colleges* coloniales sin haber iniciado aún el tránsito hacia un modelo de universidad humboldtiana. El alumnado era masculino, blanco, de clase burguesa (media y alta), y el periodo de formación universitaria transcurría entre la adolescencia y la juventud temprana, con gran énfasis en la disciplina y en los servicios religiosos (de carácter episcopaliano). El *Columbia College* no contaba con carreras y sólo tenía dos facultades: medicina y artes. La institución no tenía por objetivo ofrecer un título profesional habilitante o competencias

biografías ejemplarizantes sobre su vida: *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa: Fundadora del convento de religiosas carmelitas de la villa de Grajal de los Campos* (1900) y *La pasionaria de Nueva York: Fundadora del Carmelo de Grajal de los Campos* (1935). Los dos hijos menores del matrimonio no han dejado una gran huella en la vida de O'Sullivan y murieron a edades tempranas, Thomas Samuel morirá en la infancia y el benjamín Charles Herbert en 1846. Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 14, 16-17; "The Obituary Record: John L. O'Sullivan", *New York Times*, 27 de marzo de 1895; Massue, *The Jacobite Peerage*, pp. 144-145; Cuñado, *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa*, pp. 65-71, 111-122, 167-190. Resulta un misterio cómo O'Sullivan consiguió entrar en la Westminster School teniendo una situación económica tan apurada. La escuela es aún hoy junto a Eaton la institución académica preuniversitaria más prestigiosa del Reino Unido. Algunos de sus antiguos alumnos fueron John Dryden, John Locke, Edward Gibbon y Jemy Bentham.

⁷²²Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", p. 17; Widmer, *Young America*, p. 32.

⁷²³Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 17-21.

profesionales utilitarias, sino aportar al alumno un título para su distinción cultural basado en una educación científico-humanista muy centrada en el estudio de los clásicos grecolatinos. Las propias autoridades de Columbia acabaron por reconocer la obsolescencia de la institución a mediados del siglo XIX, por lo que encargaron a un comité que hiciera un informe en 1854 (junto a un segundo de 1858) para terminar con el sistema de *college* y convertir la institución académica de Columbia en una universidad moderna.⁷²⁴

Por motivos que explicaré a continuación O'Sullivan no llegó a cursar el itinerario universitario establecido, salvo durante la primera mitad del primer curso, pero merece la pena exponer brevemente el currículum oficial para tener una idea del tipo de formación aproximada que pudo adquirir:

Los alumnos de primer curso debían continuar perfeccionando su griego y latín a través de la lectura de Tito Livio, Cicerón y Horacio (para el latín), y debían leer la *Collectanea Graeca Majora* de Andrew Dalzel para el griego. La composición en latín y el manejo de la historia romana eran también obligatorios. Fuera del currículo clásico debían seguir aprendiendo geometría, álgebra y geografía antigua. En segundo curso se continuaba con el estudio del griego y latín, pero se ampliaba el aprendizaje a los fundamentos de la gramática inglesa, que se perfeccionaba con clases en retórica y oratoria. También se daba una cronología de los principales eventos de la historia antigua y moderna, y se introducían algunos elementos de la educación universitaria moderna, como la enseñanza de trigonometría esférica, secciones cónicas y geometría analítica, filosofía natural (ciencia), química, historia de la literatura europea y crítica literaria inglesa. En tercer y último curso se continuaba con la enseñanza de los clásicos, así como de las matemáticas y la química. Y a esto se añadía el estudio de astronomía newtoniana, historia de la filosofía y economía política. Los alumnos de este último

⁷²⁴Geiger, *The History of American Higher Education*, pp. 109-186, 202-20; Robert A. McCaughey, *Stand, Columbia: a History of Columbia University in the City of New York, 1754-2004* (Nueva York, Columbia University Press, 2003), pp. 79-116; Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 19-22; *Report of a Committee of the Trustees of Columbia College Appointed to Consider and Report on the Subjects of the Removal of the College, a Change in the Collegiate Course, the Establishment of a University System, & C.* (Nueva York: Hall Clayton & Co., 1854), pp. 3-21; *Report of a Committee of the Trustees of Columbia College Appointed to Inquire into the Condition of the Institution, and to Consider such Measures as might be Judge Expedient to Increase its Efficiency and Usefulness.* (Nueva York: John W. Amerman., 1858), pp. 3-16. *Catologue of Columbia College, in the city of New-York; Embracing the Names of the Trustees, Officers and Graduates; Together with a List of all Academical Honours Conferred by the Institution from A. D. 1758 to A. D. 1836, Inclusive* (Nueva York: Columbia College, 1836). En este catálogo se ofrece una relación del profesorado y del alumnado de la universidad por facultades atendiendo al periodo en que participaron en esta institución. Para el profesorado durante el periodo de O'Sullivan en la facultad de letras ver pp. 14-16. La clase de O'Sullivan con todos los alumnos se encuentra en pp. 44-45.

curso debían demostrar que habían adquirido dotes de oratoria y entregar ensayos semanales sobre las temáticas que se les requiriera. Fuera del currículo general la universidad contaba con cursos de preparación jurídica para aquellos que quisieran dedicarse a la política, a la carrera judicial o a la abogacía, y también ofrecía clases de idiomas, tanto de hebreo como de lenguas modernas: alemán, francés, italiano y español.⁷²⁵

O’Sullivan cursó sus estudios generales en la universidad entre 1827 y 1831 (de los 15 a los 18 años), obteniendo una maestría en artes en 1834, y continuó con los estudios en derecho hasta 1835, año en que sería admitido en la barra y podría comenzar actuar como abogado. A mediados del primer curso (1828) sus profesores de lenguas clásicas y matemáticas elevaron un informe a las autoridades universitarias sobre las inusuales capacidades intelectuales de O’Sullivan, y el comité universitario decidió ascenderle inmediatamente al segundo curso. Además se le concedió la beca *Borland and Forrest* y se le eximió de asistir a clase, pudiendo leer aquello que él quisiera mientras ofreciera informes periódicos a sus profesores. Por otra parte el disfrute de la beca suponía su contratación como tutor en la Columbia Grammar School, que preparaba a los futuros egresados en las materias de geografía e historia grecorromana, en lenguas clásicas y aritmética, asignaturas de las que O’Sullivan fue profesor desde 1831 a 1833, pudiendo aportar así unos exiguos ingresos para el mantenimiento de su familia.⁷²⁶

Considerando el impacto de su etapa en Columbia para su formación como intelectual Harris ha especulado sobre las consecuencias de no haber seguido una educación reglada, llegando a la conclusión de que esto pudo haberle pasado factura a la hora de adquirir una disciplina mental, necesaria para ganar en profundidad de pensamiento. Las numerosas muestras laudatorias de sus profesores y autoridades académicas, y el hecho de haber sido capaz de compaginar sus estudios con su trabajo

⁷²⁵Gran parte de la información curricular del antiguo *Columbia College* se perdió durante el traslado del campus desde Park Place en el Downtown a su actual emplazamiento en el Upper West Side. La *columbiana collection* es lo que queda del antiguo archivo. Esta información y la mayor parte de datos sobre el paso de O’Sullivan por el *Columbia College* proviene del conservador de la *columbiana* durante los años 50 del siglo XX, Milton H. Thomas, quien fue entrevistado por: Harris, “The Public Career of John L. O’Sullivan”, pp. 19, 22-23. En tiempos de O’Sullivan el profesor de italiano era el famoso dramaturgo Lorenzo da Ponte, discípulo de Giacomo Casanova y libretista de Mozart para *Don Giovanni*, *Las bodas de Fígaro* y *Così fan tutte*. La asignatura de español la impartía Mariano Velázquez de la Cadena, lingüista oriundo de México y autor de numerosos diccionarios, que llegó a ostentar el puesto de secretario privado del rey Carlos IV hasta su abdicación en Bayona. *Catalogue of Columbia College*, p. 15.

⁷²⁶Harris, “The Public Career of John L. O’Sullivan”, pp. 23-27; *Catalogue of Columbia College*, p. 16.

de tutor, mostrarían que O'Sullivan era un alumno destacado dotado de un pensamiento brillante. Pero según Harris el brillo de su pensamiento sería superficial, pues le faltaría profundidad y mesura en sus elucubraciones, deficiencias que se habrían revelado en momentos posteriores de su vida y que podrían tener su origen en su educación autodidacta. A mi juicio esta hipótesis es bastante plausible, pues refleja bastante bien el carácter de los editoriales de O'Sullivan, que son brillantes como piezas de pensamiento *jacksoniano*, pero les falta profundidad y genio para convertirse en grandes obras de pensamiento político.⁷²⁷

Widmer ha señalado además otro elemento de la etapa de O'Sullivan en Columbia que podría haber sido influyente para su posterior carrera como editor literario. O'Sullivan pertenecía a una asociación literaria llamada la *Philolexian Society* fundada en 1802 como continuación de un grupo de debate establecido por Alexander Hamilton en su época universitaria. La *Philolexian Society* era una sociedad estudiantil dedicada a la literatura, el cultivo de la oratoria y para la discusión política. El 15 de mayo de 1831 se invitó John W. Francis, bibliotecario de la *Sociedad Histórica de Nueva York*, para que diera una conferencia en la universidad con motivo de la fundación de la *Philolexian Society*. En dicha conferencia Francis expuso muchos argumentos que más tarde devendrían centrales en el pensamiento y la carrera de O'Sullivan⁷²⁸

Francis habló sobre la creciente importancia de la literatura en el mundo occidental, que estaría experimentando una revolución gracias a las nuevas tecnologías de impresión, que junto a la educación de las clases populares posibilitaría una democratización y difusión sin precedentes de la palabra escrita. Para ejemplificar esto y animar a su audiencia para que se implicase en la difusión de la cultura, Francis mencionó el papel que habían jugado los jóvenes con estudios en Francia a la hora de agitar a sus compatriotas durante la Revolución de Julio. En su discurso Francis hará también mención al papel que estaría llamado a jugar los Estados Unidos en este

⁷²⁷Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 26-27.

⁷²⁸Widmer, *Young America*, p. 33; McCaughey, *Stand, Columbia*, pp. 110-112; La asociación sigue existiendo hoy en día y su página web recoge su historia: <http://www.columbia.edu/cu/philo/History/> y entre sus personalidades ilustres se indica la membresía de John L. O'Sullivan, en tanto que editor de la *Democratic Review* y autor del *Destino Manifiesto*, como miembro destacado en el año 1831 (mismo año de la conferencia): http://www.columbia.edu/cu/philo/legacy_content/content/alumni/prominent/ ambos en <http://www.columbia.edu/cu/philo> y consultados el 26/08/2019 a las 17:55. Otro influyente *philolexian* que aparece en esta lista y que también contribuyó más adelante a fundamentar la ideología imperialista estadounidense y a la *insularización* del concepto de *Destino Manifiesto* es el almirante Alfred T. Mahan, quien aparece en el curso de 1858.

proceso, considerando la ausencia de instituciones aristocráticas en América y por el futuro poder de la república por estar destinada a extenderse a lo largo de todo el continente. Literatura, democracia y providencialismo expansionista, los tres ingredientes del pensamiento de O'Sullivan. Y dado que él fue miembro de dicha asociación en el momento en que Francis expuso su conferencia, no es descabellado pensar que sus palabras pudieran haber sido un estímulo importante a la hora de animarle a dedicarse al periodismo político-literario, así como para promover una visión providencialista de la democracia en América.⁷²⁹

11.2 Aspecto, personalidad y religiosidad de O'Sullivan:

Antes de seguir avanzando en la biografía de O'Sullivan es necesario hacer una breve descripción de su persona para comprender su forma de ser, sus motivaciones, sus decisiones y como todo esto pudo influir en el proceso de conformación del *Destino Manifiesto*.

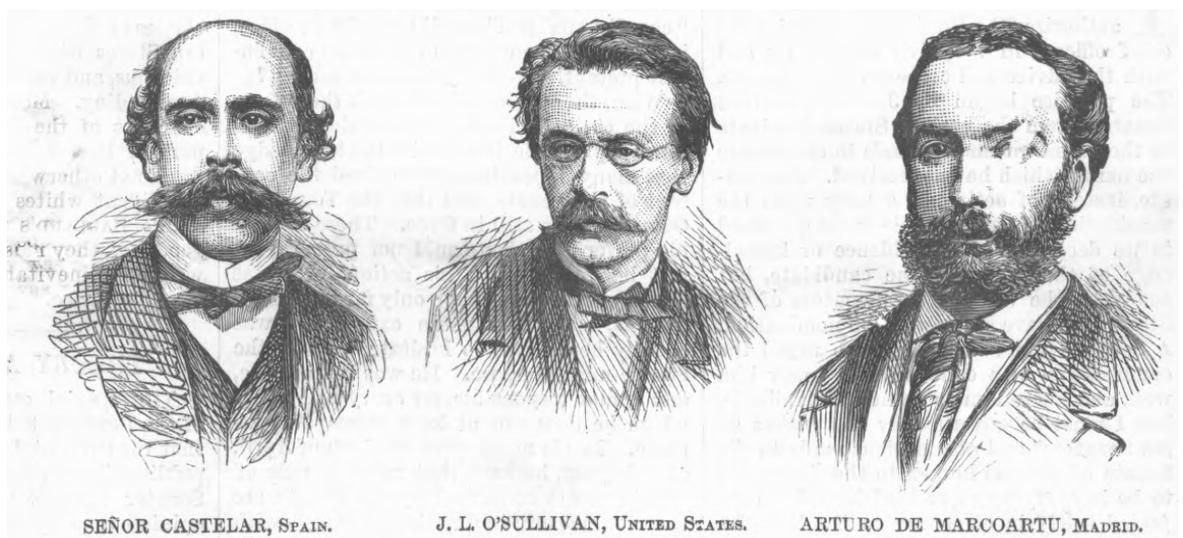


Imagen3: Detalle de la portada del Harper's Weekly del 14 de noviembre de 1874, en la que se exponen los rostros de los 16 juristas y diplomáticos que asistieron a la convención internacional de Ginebra de 1973 con el objetivo de fundar una organización para la reforma y la codificación del derecho internacional. O'Sullivan aparece retratado con 61 años en la que probablemente sea su imagen pública más conocida, y se encuentra franqueado por dos españoles. El expresidente de la I República española Emilio Castelar, y el político bilbaíno Arturo de Marcoartu, diputado en cortes durante el Sexenio democrático y senador durante la Restauración. Fue además el primer español en ser nominado al premio Nobel de la paz por sus contribuciones al arbitraje y al derecho internacional. En *Harper's Weekly a Journal of Civilization*, Vol. XVIII, No. 933, 14 de noviembre de 1874.

De acuerdo con Harris, O'Sullivan era un hombre de complexión delgada, estatura media (1,72 m) y cabellera negra. Estaba dotado de una cara larga, estrecha y

⁷²⁹ Francis, *An Address Delivered on the Anniversary of the Philolexian Society*, pp. 8-17, 36-37.

de facciones marcadas, la cual se encontraba adornada por un poblado bigote y por unas gruesas gafas que prácticamente le tapaban los ojos. Thoreau dirá de él que era una persona de aspecto insignificante, bastante hablador, y que no dejaba una buena primera impresión. Sin embargo, O'Sullivan estaba dotado con una voz suave y melodiosa con la que era capaz de atraer la atención de su interlocutor y compensar mediante su retórica lo anodino de su aspecto.⁷³⁰

En lo referido a su personalidad, en una carta a Griswold, O'Sullivan se describió a sí mismo y a su cuñado Samuel D. Langtree en el tiempo en que fundaron la *Democratic Review* como “muy jóvenes, muy sanguíneos y muy democráticos”. Poe le consideraba un idiota, pero apreciaba su labor como editorialista, alabándole como un buen escritor político, pero no uno brillante, y juzgándole demasiado radical en su adhesión al partido demócrata. Su frecuente rival y ocasional aliado, el editor Horace Greeley del *Tribune*, le describió en cierta ocasión como el Macbeth del partido demócrata, un hombre que se había construido una reputación de reformador y filántropo, siempre que esto no le reportase un coste político muy elevado. Según Greeley, O'Sullivan era una persona ambiciosa que pudiendo servir a Dios y a Mammon a la vez, elegiría servir a Mammon en exclusividad. Siempre esperando recibir algún puesto o prebenda de Washington o Albany, sería incapaz de comprender que era imposible servir al poder político y a los oprimidos de manera simultánea. O'Sullivan sería un hombre de contradicciones, pacifista de corazón y ferviente defensor de la anexión texana; defensor del sufragio universal y fiero opositor del derecho al voto de los negros libertos. Greeley encontraba más que irónico que O'Sullivan pudiera considerarse así mismo como un progresista.⁷³¹

⁷³⁰Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, p. 40; Thoreau a Emerson, 24 de enero de 1843 en: Thoreau, *The Correspondence of Henry David Thoreau*, p. 77; Julian Hawthorne, *Hawthorne and his Circle* (Nueva York: Harper & Brothers, 1903), p. 134.

⁷³¹“Both very young, very sanguine and very democratic”. O'Sullivan a Rufus W. Griswold, 8 de septiembre de 1842, en Griswold, *Passages from the correspondence*, p. 123; Poe a Thomas, 12 de septiembre de 1842; Poe, “Our Magazine Literature”, p. 302; [Horace Greeley], “Free suffrage: the Morning News”, *New-York Daily Tribune*, 23 de marzo de 1846. Horace Greeley (1811-1872) ha sido considerado junto a William Cullen Bryant y O'Sullivan como uno de los editores periodísticos más destacados de la primera mitad del siglo XIX. El *New-York Daily Tribune* fue su periódico desde su fundación en 1841 hasta 1866. Greeley fue considerado uno de los mayores reformadores sociales del periodo, apoyando desde su periódico todas las causas liberales, desde el derecho al sufragio femenino hasta la abolición de la esclavitud y de la pena capital (esto último le llevó a aliarse brevemente con O'Sullivan). Sin embargo Greeley era un gran admirador de Daniel Webster y fue un destacado periodista favorable al partido whig. Greeley podía disfrutar señalando las contradicciones de O'Sullivan, pero desde su periódico alentó a los jóvenes a que emigraran hacia el Oeste, siendo autor de la famosa frase “Go west young man!”, a la par que se declaraba contrario al expansionismo. Se destacó así mismo por defender simultáneamente la causa de la clase obrera y los intereses de los grandes capitalistas industriales. Desde 1851 a 1862 contrató a Karl Marx como corresponsal del periódico en Europa para

Esta percepción negativa de O'Sullivan es ampliada y explotada por la historiadora Linda S. Hudson, quien describe a este autor como una persona con don de gentes y apego a los actos de sociedad, lo que le llevaría a descuidar su labor profesional y a evitar por todos los medios afrontar sus tareas editoriales. Hudson le describe también como un charlatán estafador, de carácter “urbanita, ambicioso, vano, impulsivo y altamente susceptible a los halagos, envuelto en un aire de misterio y con muchas preguntas sin contestar”. Si bien todo lo que dice Hudson es parcialmente cierto, el retrato en términos estrictamente negativos que hace esta historiadora es calculado e interesado, pues no tiene como fin ofrecer una perspectiva honesta del autor, sino desacreditarle personal e intelectualmente para proponer la autoría alternativa de Jane Cazneau para el concepto de *Destino Manifiesto*.⁷³²

La visión canónica sobre la personalidad de O'Sullivan fue la popularizada por el historiador Schlesinger Jr. en *The Age of Jackson* (1945), en donde le describe como una persona encantadora, alegre, más bien indolente, con un temperamento sanguíneo, generalmente decepcionado, pero nunca deprimido. Para Schlesinger Jr., O'Sullivan sería un decidido pragmático, con el ojo siempre puesto en problemas políticos concretos. Pero esta última afirmación sólo tiene sentido a mi juicio comparando a O'Sullivan con Orestes A. Brownson (como ocurre en el contexto de la afirmación de Schlesinger Jr.), pues el adjetivo calificativo escogido por casi todos los biógrafos de

gran deleite de Engels, quien disfrutaba burlándose de su amigo por estar a sueldo de un burgués moralista. El editor del *Tribune* fue uno de los miembros fundadores del partido republicano, sin embargo fue candidato presidencial contra este partido en las elecciones de 1872, comandando una coalición de demócratas y republicanos desafectos por los continuos escándalos de corrupción del partido. Horace Greeley, el eterno azote del partido demócrata y de los jacksonianos, si bien nunca fue oficialmente el candidato demócrata, sí lo fue en la práctica. Greeley no logró hacerse con la presidencia de los Estados Unidos. Las contradicciones, las paradojas y el fracaso parecen haber perseguido a todos los grandes periodistas de la *Era Jackson*. Morton Borden, “Some Notes on Horace Greeley, Charles Dana and Karl Marx”, *Journalism Quarterly*, Vol. 34, No. 4, (Dec., 1957), pp. 457-465; Mott, *American Journalism*, pp. 267-278; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 294-296; Parrington, *Main Currents... the Romantic Revolution in America*, pp. 247-258.

⁷³²Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, pp. 48-49, 64. Gran parte de su caracterización psicológica del autor está tomada de los escritos de la familia Hawthorne, pero como mostraré a continuación ellos valoraban estas características personales bajo otros criterios, incluida la acusación de estafador. Esta se refiere a las continuas aventuras especulativas en las que O'Sullivan introdujo a Nathaniel Hawthorne, pero que ninguno de los Hawthorne consideró nunca en términos de estafa, ya que no se dio la circunstancia o la voluntad por parte de O'Sullivan de quedarse con el dinero de los Hawthorne, sino que este lo pedía prestado para invertirlo en empresas que con el tiempo se mostraban desastrosas, dando lugar a su pérdida. Las acusaciones de descuido editorial son parcialmente ciertas, como lo acreditan los escritos de Bryant y de Waterbury, pero no puede considerarse como una constante en el tiempo, sino como episodios concretos dentro de una larga labor editorial de nueve años que tuvo sus altibajos.

O'Sullivan es el de una persona *quijotesca*, tal y como queda reflejado en el balance final que hace Harris sobre O'Sullivan en las conclusiones a su tesis doctoral:⁷³³

Romántico en exceso, incluso para la era del romanticismo, pocas veces encaró la realidad y en la mayoría de las ocasiones vivió en un mundo de fantasía en el que forzaba a los hechos a adaptarse a sus últimas elucubraciones. En su frenética vida tendió a sustituir el pensamiento meditado por un ciego dogmatismo. No resulta sorprendente, por lo tanto, que raramente considerase que pudiera equivocarse en sus planteamientos. A pesar de todo su potencial, la inconsistencia de O'Sullivan le impidió alcanzar el estatus que por sus capacidades personales podría haber logrado. La falta de constancia, así como la fe ciega en los proyectos en los que se embarcó, y las causas que apoyó, fueron todo ello el motivo de su caída.⁷³⁴

Este carácter quijotesco de O'Sullivan quedó bien reflejado en la descripción que hizo Julian Hawthorne de él en el libro *Hawthorne and his Circle* (1903). Este autor es una fuente privilegiada, pues fue hijo de Nathaniel Hawthorne, el mejor amigo de O'Sullivan. Los dos forjaron su amistad tras aclarar un malentendido que casi se saldó con un duelo entre ambos. Una joven llamada Mary Silsbee deseaba llamar la atención de Hawthorne, por lo que le envió una carta diciéndole que O'Sullivan la había deshonrado, Hawthorne hizo llegar a O'Sullivan otra misiva retándole a un duelo a muerte, evento que el editor de la *Democratic Review* evitó mostrándole a Hawthorne la treta. Desde entonces O'Sullivan y Hawthorne serían grandes amigos.⁷³⁵

A lo largo de su amistad O'Sullivan se desvivirá intentando usar su influencia política para conseguir algún puesto público para Hawthorne, de cara a que este pudiera seguir dedicándose a la escritura, y Hawthorne prestará a O'Sullivan dinero en incontables ocasiones, ya fuera porque la *Democratic Review* pasaba por dificultades, o porque O'Sullivan necesitaba capital para alguna de las muchas fantasías especulativas. Hawthorne contribuyó activamente a publicar en la *Democratic Review*, enviando más relatos a esta revista que a ninguna otra publicación (24). Cuando nació la hija de Hawthorne, Una, este nombró a O'Sullivan su padrino, y tanto ella como Julian se referían al matrimonio de los O'Sullivan como el tío John y la tía Susan. O'Sullivan recibió también el apelativo de "El conde", debido a sus continuas diatribas sobre su ascendencia nobiliaria. Susan K. Rodgers y Sofía Peabody fueron además muy amigas entre sí, lo que ayudó a cimentar la amistad entre ambos matrimonios. Cuando el

⁷³³Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 371, 420.

⁷³⁴Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", p. 409.

⁷³⁵Widmer, *Young America*, p. 73; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 52-55; Brenda Wineapple, *Hawthorne: a Life* (Nueva York: Random House, 2012), pp. 104-106.

presidente Franklin Pierce nombró a O'Sullivan embajador en Portugal y a Hawthorne cónsul en Liverpool en 1854, las dos parejas se hicieron visitas frecuentes que quedaron reflejadas en los cuadernos de Hawthorne y en la correspondencia entre Sophia Peabody con su hijo Julian.⁷³⁶

En una carta dirigida a su esposa del 7 de febrero de 1856, Hawthorne compartió sus impresiones sobre la personalidad de O'Sullivan, a quien consideraba encantador pero superficial, una persona afectuosa con la sensibilidad de una mujer, pero sin la gracia de ninguno de los dos sexos. Hawthorne apreciaba sin embargo su compañía, y al igual que Peabody pensaba que había algo angelical en él. Sin embargo, la amistad fue rompiéndose durante los años previos a la Guerra Civil, y Hawthorne creía que O'Sullivan había tomado muchas decisiones insensatas como filibustero, rodeándose de gente poco adecuada, lo que le habría hecho perder su plumaje angelical y generando en el escritor la creciente sensación de que su amigo era una persona insustancial y amoral, sin terminar de llenarle en términos personales. El apoyo de O'Sullivan a la Confederación fue vivido por Hawthorne como una traición y le llevó a romper definitivamente la amistad con su antiguo camarada. O'Sullivan apareció indirectamente mencionado en varios relatos de Hawthorne, y según Widmer fue la principal fuente de inspiración para el personaje de Holgrave en la *Casa de los Siete Tejados* (1851).⁷³⁷

A principios del siglo XX Julian Hawthorne recordó las visitas de los O'Sullivan a su familia cuando vivían en Liverpool. A partir de este evento Julian ofrece una descripción amable y divertida del “tío John”, con un cierto aire novelesco y romantizado, pero aún con todo, esta es mi juicio la descripción más completa que hay sobre él. El relato comienza narrando el nacimiento de O'Sullivan frente a las costas españolas, de un padre irlandés y de una madre aristocrática, cuya ascendencia Julian piensa (erróneamente) que era italiana:

El tío John tenía todo el encanto y las cualidades de las naciones mencionadas, y ninguno de sus defectos; lo que no quiere decir que no tuviera sus faltas, más si acaso, estas eran más adorables que sus virtudes. Bajo una apariencia tranquila, gentil y amable, ardía todo el furor y la pasión de un celta; su fe y entusiasmo en ‘proyectos’ no conocía límites; podía equivocarse e ir a la bancarrota un centenar de veces, y esto apenas dejaría una marca que minase su confianza para

⁷³⁶Widmer, *Young America*, pp. 72-79; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 50-57, 224-226.

⁷³⁷De Nathaniel Hawthorne a Sophia Peabody, 7 de febrero de 1856, recogido en: Nathaniel Hawthorne y William K. Bixby (ed.), *Love Letters of Nathaniel Hawthorne* (Chicago: Society of the Dofobs, 1907), pp. 239-243; Widmer, *Young America*, pp. 77-78; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, p. 225; Wineapple, *Hawthorne: a Life*, pp. 106-108.

la próxima vez. Continuamente se encontraba experimentando de la manera más discreta las aventuras más cataclísmicas, con las que saltaba por los aires como si hubiera estallado una explosión de dinamita, para acto seguido reaparecer desde los cielos inalterado con solo una leve chispa en sus suaves ojos, y con su mechón de pelo cayéndole graciosamente sobre la frente sin apenas despeinarse. Era el hombre más cortés y afectuoso, dotado de los modales más humildes y complacientes, tenía el espíritu de un paladín y no le temía a nada. Habría vaciado sus bolsillos (si estos no estuvieran siempre vacíos, como de costumbre) así como empeñado su crédito personal con tal de ayudar un amigo en apuros; y por otra parte siempre se encontraba siguiendo el rastro caliente de alguna deslumbrante fortuna que, como el *Precursor* de Emerson, siempre se evadía.⁷³⁸

Julian Hawthorne continúa la descripción de O'Sullivan comparándole con una suerte de Conde de Montecristo, quien prometía y despilfarraba fortunas que difícilmente podía adquirir. Un ejemplo de esta situación se habría dado en una ocasión en que O'Sullivan consiguió convencer al padre de Julian para que invirtieran juntos en unas minas españolas de cobre cuyos beneficios nunca se materializaron. Según Julian, O'Sullivan contaba con una voz y retórica irresistibles que conferían una gran credibilidad a sus fantásticas elucubraciones. La descripción finaliza comentando la relación de O'Sullivan con su padre y el reencuentro que Julian tuvo con él en Nueva York años después de que su padre le retirara la palabra:⁷³⁹

Él era como un niño crecido: hermoso, inocente y brillante, dotado con un pico dorado con el que le estaba siempre prometiendo [a mi padre] todos los reinos de la tierra, para tal y como dice el dicho, nunca entregar la recompensa. Tuvo a mi padre como a un rey entre los hombres, y en multitud de ocasiones estuvo a punto de convertirlos a ambos en millonarios [...] Me encontré con el viejo caballero largo tiempo después en Nueva York. Tenía la misma cara, despejada, tranquila y reposada, como en los viejos tiempos; su pelo había tornado gris, aunque seguía siendo frondoso y alborotado; sus modales continuaban siendo dulces y atractivos. Sin embargo, había añadido a sus anteriores logros convertirse en un reputado espiritualista, pues aun no se había extinguido su boyante imaginación. Por otra parte, ya no se acordaba de las minas de cobre españolas, y fui cuidadoso en no recordárselas. ¡Que descanse en paz su generosa, fogosa y adorable alma!⁷⁴⁰

En contraste con el retrato hosco de un nacionalista agresivo que ha imperado en la historiografía, Julian nos muestra a un O'Sullivan amable, generoso e idealista, dotado de una gran imaginación, pero que carecería de un principio de realidad. El hijo

⁷³⁸Hawthorne, *Hawthorne and his Circle*, p. 134.

⁷³⁹Ibid., pp. 134-135.

⁷⁴⁰Ibid., pp. 135-136. La obra fue escrita ocho años después de que O'Sullivan muriera.

de Hawthorne ofrece una visión de O'Sullivan que en algunos puntos se acerca a la de Hudson, pero mientras que la biógrafa de Jane Cazneau carga las tintas en los aspectos negativos de la personalidad de O'Sullivan, Julian tiende a dulcificarlos llegando al extremo contrario de crear un retrato apologético del autor. Al igual que hizo Greeley, Julian retrata a una persona de ambición desmedida, pero mientras que el editor del *Tribune* lo describe como a un Macbeth adorador de Mammon, cuyo progresismo sería una farsa, Julian le concibe como a un errático conde de Monte Cristo, inquieto, quimérico y siempre con maquinaciones. O'Sullivan tendría buenas intenciones y una gran capacidad de persuasión, pero su imaginación, ambición y falta de realismo le llevaría al desastre junto a aquellos lo suficientemente insensatos como para seguirle. En este sentido, el autor del *Destino Manifesto* estaría marcado por el idealismo, la ambición y la desmesura, tres cualidades que tradicionalmente se habrían manifestado en su línea familiar, y que también estarán presentes en el concepto que acuñó.

No querría finalizar esta descripción de O'Sullivan sin citar el retrato que realizó Abraham Lincoln sobre los miembros del *Young America movement*, de los cuales O'Sullivan fue un miembro destacado. La cita es un poco larga y no está dirigida expresamente a O'Sullivan, por la fecha del discurso (11 de febrero de 1859) estará seguramente dirigida a su rival en la carrera presidencial, Stephen A. Douglas. Sin embargo la cita se corresponde a la perfección con la actitud y las ideas expresadas por el editor de la *Democratic Review*, y supone un contrapunto excepcional a la descripción aportada por Julian Hawthorne, siendo la de este un retrato privilegiado sobre la personalidad de O'Sullivan, mientras que el discurso de Lincoln delinea de manera magistral y con mucha ironía los contornos de su figura pública como político expansionista, así como la del resto de sus compañeros del *Young America movement*:

Todos hemos oído hablar sobre la Joven América. Él [el miembro de la Joven América] es el joven de mayor actualidad. Algunos podrían considerarle arrogante, pero ¿no tiene acaso razones para tener una gran opinión sobre sí mismo? ¿No es acaso el inventor y dueño del presente, y la única esperanza del futuro? [...] Es dueño de buena parte del mundo, pues tiene el derecho a poseerlo, mientras que el resto sólo tienen derecho a desearlo, o a pretender ser sus dueños. Tal y como pensaba Platón sobre la inmortalidad del alma, de la misma manera la Joven América tiene “un deseo placentero, un deseo genuino, un anhelo” de más territorio. Él [el muchacho de la Joven América] tiene una gran pasión, una justa furia por todo lo “nuevo”; particularmente por los nuevos políticos, y por la nueva tierra mencionada en las escrituras, en la cual, dado que por lo visto ya no debe quedar más mar, entonces debe suponer el triple de tierra de la que ya poseemos en la actualidad. Él es un gran amigo de la humanidad, y su deseo por nuevas tierras

no es egoísta, tan solo un impulso por extender el área de la libertad. Está ansioso por luchar a favor de la liberación de las naciones esclavizadas y las colonias, siempre y cuando estas tengan tierras y ningún interés en su intromisión. Y con respecto a aquellos que no cuenten con tierras, pero sí con una necesidad imperiosa de ayuda, considerará que bien pueden permitirse esperar al menos otros cien años. [El joven de la Joven América] Tiene vastos conocimientos. Él lo sabe todo sobre todo lo que una persona puede llegar a saber; se inclina a creer en los mensajes de los espíritus, y es el incuestionable inventor del “Destino Manifiesto”. Siente horror por todo lo antiguo, especialmente por los “viejos trasnochados” [“old foggy”], lo único viejo que a su juicio merece perdurar son el whisky el tabaco añejo. [...] La tierra ha sido tristemente dividida desde entonces [desde los tiempos de Adán], pero que nadie tema, la Joven América la re-anexará.⁷⁴¹

Finalmente en lo referido a sus creencias religiosas, O’Sullivan presenta un cuadro atípico pero definitorio para la conformación del concepto de *Destino Manifiesto*. Su padre descendía de una larga tradición de católicos irlandeses manifiestamente enfrentados al protestantismo inglés, y en su juventud había sido seminarista. Su madre por otra parte era la devota hija de un pastor anglicano. Por tanto O’Sullivan nació en el seno de una familia profundamente religiosa pero dividida en la fe. Existe disparidad en lo referido a su bautismo, una de las biografías de su hermana Adelaida afirma que todos los hijos del matrimonio O’Sullivan fueron bautizados en el anglicanismo, mientras que Nathaniel Hawthorne señala que O’Sullivan recibió el bautismo en la iglesia católica de Gibraltar. Sea como fuere O’Sullivan ingresó en un colegio dominico en Francia donde recibió sus primeros preceptos religiosos. Sin embargo, la temprana muerte de su padre condujo a que el resto de la educación religiosa de O’Sullivan corriera a cargo de su madre en el anglicanismo. El autor *jacksoniano* acompañará a su madre a la iglesia anglicana (mientras viva en Londres) y a la episcopaliana una vez se asiente en los Estados Unidos. Su mujer Susan K. Rodgers era una ferviente católica (según el presbítero Robustiano Antón Cuñado) lo que podría explicar su creciente simpatía por el catolicismo en su edad adulta, sin embargo no se convertirá a esta religión hasta su último año de vida, en 1894 y en condiciones de incapacidad que pueden llevar a pensar que esta no fue una decisión propia, sino de su mujer. Sus escritos estarán plagados de referencias a Dios, a la providencia, al destino y al cristianismo, pero en ellos no habrá rastro ni de teología católica ni anglicano-episcopaliana. Su cosmovisión teológica será jeffersoniana, un deísmo basado en la

⁷⁴¹Abraham Lincoln y Roy P. Basler (ed.), “Second Lecture on Discoveries and Inventions” en *Collected Works of Abraham Lincoln. Volume 3*. (Ann Arbor: University of Michigan Digital Library Production Services, 2001), pp. 357-359. <http://name.umdl.umich.edu/lincoln3>, consultado el 31/08/2019.

teología natural en donde el nacionalismo dieciochesco será sustituido por la religiosidad emocional del *Segundo gran despertar* imperante en su época.⁷⁴²

John D. Wisley ha interpretado la cultura religiosa de O'Sullivan como la fusión de un nacionalismo protestante con elementos del idealismo alemán. Si bien en la fe de O'Sullivan coexisten estos elementos, no creo que el protestantismo sea definitorio a la hora de articular su perspectiva religiosa o para el alumbramiento del *Destino Manifiesto*. Como señaló Adam J. Gómez, el pensador jacksoniano era ante todo un nacionalista americano que adoraba los preceptos de la *religión civil* inspirada románticamente en el republicanismo de los *Padres fundadores*, la cual O'Sullivan experimentaba con un celo emocional propia del evangelismo del *Segundo gran despertar*: su biblia serán la constitución y los escritos de Jefferson; sus santos patronos eran los políticos jacksonianos y los *Padres fundadores*; su horizonte de trascendencia será la imagen de todo el continente Americano, cubierto por millones de ciudadanos estadounidenses en constante crecimiento, y su deidad será un agente providencial concebido en términos organicistas como un Dios horticultor.⁷⁴³

El carácter protestante de O'Sullivan va a encontrarse siempre mediado por sus simpatías hacia el catolicismo. Esto no solamente resulta evidente por su propia biografía familiar, (por sus antecesores y origen irlandés; educación, hermanos conversos, esposa devotamente católica...), sino porque además así lo expresó él mismo en un editorial del *Georgetown Metropolitan*. O'Sullivan y Langtree eran dos periodistas con apellidos irlandeses que se habían posicionado muchas veces contra el nativismo, motivo que les había llevado a recibir muchas cartas de protesta, bajas en las suscripciones y a ser tachados de papistas. Esto obligó a O'Sullivan a escribir un editorial jactándose de perder a unos lectores que calificó de “matones estrechos de mente”. También aclaró que no eran católicos, pero que sentían un gran respeto por esta rama del cristianismo y que desde el *Metropolitan* no se haría apología de ninguna denominación religiosa, sólo de la libertad de expresión y creencia. Las simpatías por el catolicismo de O'Sullivan se fueron incrementando con el tiempo, llegando a legislar a favor de la igualdad en la educación religiosa entre católicos y protestantes, y llegará un momento en que O'Sullivan hablará del catolicismo como si esta fuera su religión,

⁷⁴²Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 34-35; Cuñado, *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa*, pp. 158-159

⁷⁴³John D. Wisley, “Our Country is Destined to be the Great Nation of Futurity: John L. O'Sullivan's Manifest Destiny and Christian Nationalism, 1837-1846”, *Religions*, Vol. 8, No. 68, (2017), pp. 5-15. Gomez, *The Nation Invisible*, pp. 28-32, 43-61, 63.

cuestión que queda patente en los capítulos XIII a XIX de un panfleto que escribió en 1860 titulado *La question de la paupaté envisagée sous un point de vue nouveau*.⁷⁴⁴

Tal y como comentaba Julian Hawthorne en su libro, O'Sullivan abrazó en su vejez el espiritismo. Su vida tras la Guerra Civil había sido un cúmulo de decepciones que el teórico *jacksoniano* evadió refugiándose entre fantasmas de épocas pasadas. Su disgusto ante la evolución política de los Estados Unidos, el ser repudiado por todos sus antiguos amigos y colegas de partido, y lo más importante, la muerte de su querida madre; todas estas frustraciones condujeron a O'Sullivan a unirse a las famosas médium Margaret Fox y a Ann O'Delia Salomon. En sus sesiones de mesas levitantes O'Sullivan aseguraba entrar en contacto con los fantasmas de poetas ilustres como Pope, Byron, Burns y Shakespeare, así como con su antiguo colega el filibustero Narciso López, a quien había acompañado décadas atrás en los intentos por independizar Cuba de España. O'Sullivan reclamaba que el fantasma del abolicionista Charles Sumner solía hacer de contacto en las reuniones. Estos escarceos espiritistas le condujeron a que acabara envuelto en el famoso juicio por estafa contra la medium O'Delia Salomon en 1888, siendo duramente cuestionado por el abogado del distrito John Randolph Dos Passos, padre del futuro escritor. El haberse convertido en un renombrado espiritista no impidió que O'Sullivan y su esposa frecuentaran desde 1879 la secta de la teosofía. Fundada por Helena P. Blavatsky en 1875, esta secta neoplatónica realizó una síntesis de todos los ritos esotéricos orientales en una pretendida senda hacia la iluminación. Sus preceptos y filosofía se concebían como opuestos al espiritismo. De esta manera el matrimonio O'Sullivan frecuentó en el ocaso de sus vidas todo el repertorio de experiencias ocultistas que la ciudad de Nueva York tenía que ofrecerles.⁷⁴⁵

⁷⁴⁴John L. O'Sullivan, *Report of the Select Committee consisting of the delegation from the city of New-York, on the bill entitled «An act to improve and extend the benefits of common school education in the City of New-York»*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Fourth Session 1841, Vol. VII, No. 257-305 [No. 296], (22 de mayo de 1841), pp. 5-6 ; [John L. O'Sullivan], *La question de la papauté envisagée sous un point de vue nouveau* (París : E. Dentú, 1860), pp. 23-32; [John L. O'Sullivan], *Georgetown Metropolitan*, 29 de agosto de 1835; [John L. O'Sullivan], "The Spirit of Nativism", *New York Morning News*, 29 de Julio de 1845. Casi una década después O'Sullivan seguirá defendiendo posiciones anti-nativistas en el *Morning News*, para O'Sullivan un extranjero que desease ser americano sería más patriota que un "nativo" cuyo único mérito habría sido nacer en los Estados Unidos. El nativismo sería para O'Sullivan la peor de las ideologías.

⁷⁴⁵"Trial of a Medium for Swindling", *The Evening Telegraph and Star*, 27 de Julio de 1888; "Wonderful Blavatsky", *The Lake Charles Eco*, 1 de marzo de 1879; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 234-235; Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 34-35. Para Stephen Prothero la clásica contraposición entre espiritismo y teosofía no sería tan fundamental como tradicionalmente se ha pensado, ya que muchos de los fundadores de la teosofía en 1875 provendrían del espiritismo. Este habría sido una forma de misticismo popular fuertemente feminizado, popular entre las clases medias y los

Por lo tanto la religiosidad de O'Sullivan va a enmarcarse en un protestantismo difuso atravesado por una ambigua relación con el catolicismo, que con los años va a volverse más importante en su vida. Pero lo verdaderamente definitorio en su fe va a ser el recurso y recurrencia a los motivos evangelizados de la *religión civil americana*. O'Sullivan no va a ser seguidor en cuanto tal de la *religión civil*, ya que esta no cuenta con un culto organizado ni fue nunca considerada oficialmente una religión. Pero sus preceptos van a encontrarse por doquier en sus escritos como una suerte de *religio duplex*. El carácter romántico de la personalidad y religiosidad de O'Sullivan le llevará a abrazar el espiritismo y la teosofía cuando se quiebre su fe nacionalista. El autor *jacksoniano* reconducirá toda su imaginación y su celo trascendental hacia el ocultismo y los fantasmas del pasado, justo en el momento en que ya no le sea posible seguir creyendo en el porvenir de los Estados Unidos como nación del futuro.

11.3 El proyecto político-literario de la *Democratic Review*. El periodo de Washington (1835-1840):

Las andaduras político-literarias de O'Sullivan comenzaron de la manera más fortuita, gracias al tesón de una madre por sacar a su familia adelante. Tras llegar a los Estados Unidos Madame O'Sullivan elevó su causa al congreso y desde 1828 denunció al gobierno de los Estados Unidos por la muerte de su marido. La viuda de John Thomas argüía que la requisición del barco "Dick" llevada a cabo por el agente comercial del gobierno en Buenos Aires no estaba justificada, y que había iniciado una serie de catastróficos acontecimientos cuyo desenlace final acabó provocando la muerte de su marido. Mary O'Sullivan pidió al gobierno de los Estados Unidos la estratosférica suma de 100.000 dólares en compensación por la pérdida del barco, de su cargamento, por la muerte de John Thomas y por el extravío de los documentos que justificarían la ascendencia nobiliaria de la familia, que presuntamente les habrían permitido conseguir una pensión nobiliaria en España.⁷⁴⁶

reformadores sociales, por lo que habría generado una forma democrática y populista de fe en la trascendencia que sería heredera del espíritu del *Segundo gran despertar*. La teosofía habría sido una reacción aristocratizante promovida por algunos miembros del movimiento espiritista que desearían recuperar parte del proyecto religioso ilustrado desarrollado por las sociedades secretas dieciochescas, y tendrían por objetivo la elevación de algunos miembros selectos mediante la iniciación a los secretos de una espiritualidad mística y pretendidamente arcana. Stephen Prothero, "From Spiritualism to Theosophy: The 'Uplifting' of a Democratic Tradition", *Religion and American Culture: A Journal of Interpretation*, Vol. 3, No. 2 (Summer, 1993), pp. 195-199, 205-212.

⁷⁴⁶Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 29-30.

El congresista nacional-republicano Edward Everett aceptó elevar la petición de Madame O'Sullivan al congreso, y por cuatro años defendió su causa en Washington, pero esta acabó siendo rechazada. En los tres años siguientes otros cuatro miembros de las cámaras de representantes se interesaron por el asunto, pero la petición fue siempre rechazada, bien por la comisión de exteriores, bien por la oficina del Tesoro. En 1835 Madame O'Sullivan decidió trasladarse con toda su familia desde Nueva York al Distrito de Columbia para supervisar en persona la causa. O'Sullivan solía acompañar a su madre a escuchar las sesiones del congreso, y Harris considera que fueron estas visitas frecuentes al palco de visitantes de las cámaras lo que terminó por despertar el interés de O'Sullivan por la política.⁷⁴⁷

La familia vivía en Georgetown y allí su situación económica mejoró lo suficiente como para poder comprar esclavos domésticos. El hecho de vivir en su juventud en una ciudad esclavista y siendo pequeños poseedores de esclavos sin lugar a dudas influyó en los prejuicios racistas de O'Sullivan contra los negros y en la naturalización de la institución de la esclavitud, lo que explica en parte su posterior apoyo a la confederación. A la familia se unió un nuevo miembro con el casamiento de Mary Juana con Samuel D. Langtree, un médico irlandés emigrado en 1832 a los Estados Unidos que dejó el estetoscopio por la pluma y devino en 1833 uno de los primeros editores de la famosa revista literaria *Knickerbocker*. En 1834 Lewis Gaylord Clark la comprará y la convertirá en el órgano cultural del partido whig, una publicación de un destacado conservadurismo, moralismo y refinamiento burgués, así como la principal revista literaria de la ciudad hasta la llegada de la *Democratic Review*.⁷⁴⁸

Juntos O'Sullivan y Langtree compraron a J. F. Watson el periódico local *Georgetown Metropolitan*, y fueron sus editores por dos años, desde el 11 de julio de 1835 al 7 de julio de 1837. El *Metropolitan* era un periódico modesto cuya esfera de circulación se circunscribía al Distrito de Columbia. Su enfoque era político-literario aprovechando la experiencia previa de Langtree en la revista *Knickerbocker*, y políticamente se declaraba liberal y apartidista. El *Metropolitan* ofrecerá una valiosa experiencia a O'Sullivan y Langtree sobre el oficio periodístico y el negocio editorial, sin embargo el carácter local de este medio limitará mucho su influencia. Este periódico

⁷⁴⁷Ibid., pp. 30-36; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 5-6.

⁷⁴⁸Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 33, 54; Miller, *The Raven and the Whale*, pp. 11-12, 23-25; Widmer, *Young America*, p. 34; Mott, *History of American Magazines*, pp. 606-614. Una breve nota biográfica de Langtree fue publicada en un artículo del *Tribune*: "Sons of the Emerald Isles", *New-York Daily Tribune*, 24 de noviembre de 1845.

es además una fuente valiosa para el estudio del pensamiento de O'Sullivan, pues en sus editoriales aparecerán casi todos los temas que serán política y teóricamente relevantes para su pensamiento en el periodo posterior en que este sea editor en la *Democratic Review* (1837-1846) y en el *Morning News* (1844-1846). Algunas temáticas relevantes como el racismo de O'Sullivan hacia los negros o hacia los mexicanos, que será fundamental a la hora de elaborar el concepto de *Destino Manifiesto*, se encuentra más presentes en este periódico que en la *Democratic Review*.⁷⁴⁹

Sin embargo la gran oportunidad de los dos jóvenes editores llegaría en 1837 de la mano del entonces vicepresidente y futuro presidente Martin van Buren. Nada más llegar a América Madame O'Sullivan había acudido a Van Buren, quien por entonces era gobernador del Estado de Nueva York, y si bien el *pequeño mago* no pudo hacer nada en ese momento por ayudarla, simpatizó con su causa y desarrollaron una cierta amistad con ella. Cuando Madame O'Sullivan se trasladó al Distrito de Columbia retomó el contacto con Van Buren, quien le invitó en numerosas ocasiones a cenas del partido demócrata, en donde la viuda O'Sullivan aprovechó para realizar tareas de lobby a favor de su reclamación. Fue finalmente Van Buren quien medió como presidente del senado para que su denuncia prosperase. En febrero de 1836 la cámara alta aceptó la propuesta de indemnizar a Mary O'Sullivan, y en julio de ese año el presidente Andrew Jackson firmó una ley de compensación para la viuda de John Thomas O'Sullivan por valor de 20.210 dólares, una cantidad nada desdeñable para la época. Una parte de este dinero sería el capital inicial con el que se fundaría la *Democratic Review*.⁷⁵⁰

Ese mismo otoño Van Buren fue elegido presidente de los Estados Unidos, y mantuvo como Abogado General (ministro de justicia) a Benjamin Butler, quien había sido su mano derecha en la *regencia de Albany*. Este político *jacksoniano* además de jurista era un hombre de cultura, y desde hacía tiempo estaba preocupado por el predominio whig entre las revistas literarias del país. Butler había seguido de cerca la

⁷⁴⁹“Prospectus”, *Georgetown Metropolitan*, 11 de julio de 1835; Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 43-44; Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 49-57; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 8-14. Ejemplos de su racismo contra los mejicanos pueden apreciarse en los editoriales del *Georgetown Metropolitan*, 15 de julio de 1835, 29 de julio de 1835 y del 11 de diciembre de 1835; de su racismo contra los negros pueden verse muestras en los editoriales “Colonization and Abolition”, *Georgetown Metropolitan*, 22 de agosto de 1835 y “Abolition and Colonization No. 2”, *Georgetown Metropolitan*, 26 de agosto de 1835.

⁷⁵⁰Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 37-39; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 6-7; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 217-226. Pratt ofrece una cifra ligeramente menor de la indemnización, 19.968 dólares, ambas cifras están muy lejos de los 100.000 dólares que pedía Madam O'Sullivan, sin embargo suponían una pequeña fortuna para la época. Pratt, “John L. O'Sullivan and Manifest Destiny”, p. 218.

evolución del *Metropolitan* y había conocido a O'Sullivan y a Langtree en las cenas a las que Van Buren había invitado a Madam O'Sullivan y acompañantes. Durante un tiempo Butler asesoró a los editorialistas del *Metropolitan* en su aventura periodística, y en la primavera de 1837 les propuso llevar a cabo un nuevo proyecto bajo el auspicio de la nueva administración: la fundación de una revista literaria que presentase y defendiese la perspectiva político-cultural del partido demócrata. Con la ayuda del político jacksoniano Henry D. Gilpin y el apoyo de Martin van Buren la *Democratic Review* fue lanzada oficialmente el 13 de marzo de 1837 a través del *Washington Globe* de Blair, el periódico oficioso del gobierno, y el resto de la prensa demócrata se hizo eco de la noticia y del supuesto apoyo que había brindado al proyecto el expresidente Jackson a través de una carta a los futuros editores.⁷⁵¹

O'Sullivan por entonces contaba con tan solo 23 años de edad, y tenía grandes expectativas en la revista, que fue financiada en buena medida con el dinero de la compensación a Madam O'Sullivan, más otros 25.000 dólares que pudo reunir Butler a través de donaciones del partido demócrata y sus seguidores. Sin embargo la publicación del primer número se produjo entre grandes presiones: los autores más conservadores agrupados alrededor de la *North American Review* y de la *Knickerbocker* se negaron a colaborar, pues consideraban que la *Democratic Review* era demasiado radical, y de *los tres olímpicos* (Irving, Cooper y Bryant) solo Bryant aportó una pieza. El expresidente John Q. Adams también declinó la invitación, arguyendo que la literatura era aristocrática en espíritu e incompatible con la democracia de las mayorías. Por otra parte muchos colaboradores del ámbito demócrata que se habían comprometido se retrasaron en la entrega de los materiales, lo que llevó a que O'Sullivan tuviera que asumir la redacción de casi la mitad de la revista a expensas de su propia salud. Entre él y Langtree editaron su contenido en poco más de tres semanas. Los editores no quedaron complacidos con el resultado, pero esto no impidió el éxito inmediato de la revista.⁷⁵²

⁷⁵¹Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 58-60; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 12-14.

⁷⁵²La historia sobre la fundación de la revista fue narrada por O'Sullivan a Griswold en 1842 tras varias peticiones de este: O'Sullivan a Rufus W. Griswold, 8 de septiembre de 1842, en Griswold, *Passages from the correspondence*, pp. 123-124. Langtree también se la narró unos años antes a Bryant: Langtree a Bryant, 15 de octubre de 1837, Bryant-Godwin Collection, New York Public Library. Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 42-47; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 15-17, 23-27; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, pp. 60-64. Andrew Jackson en principio se negó a colaborar en el lanzamiento de la revista, sin embargo acabó siendo convencido por Butler y envió una carta a los editores ofreciéndoles su apoyo y realizando la primera suscripción. La carta fue publicada en el *Washington Globe* junto al anuncio del proyecto y fue motivo de gran orgullo para O'Sullivan,

La *Democratic Review* fue concebida por Butler y Van Buren como una publicación formalmente independiente del gobierno y del partido demócrata, pero cuya misión sería promocionar las ideas de la administración y a sus escritores afines. Para O'Sullivan y Langtree el proyecto tenía dos objetivos: uno particular y otro más idealista. Desde el punto de vista de los intereses y las ambiciones de los editores, la *Democratic Review* sería una suerte de trampolín con el que ganar prestigio de cara a una futura carrera política. Pero además, la revista fue concebida como un proyecto intelectual y político que tenía como propósito la defensa de la democracia americana, así como la promoción de una literatura nacional que reflejase el principio democrático. Así quedó reflejado en el manifiesto fundacional de la revista titulado "El principio democrático: la importancia de su reivindicación y aplicación a nuestro sistema político y literatura", que no sólo sería la introducción de la *Democratic Review*, sino que acabaría siendo considerado como el manifiesto por excelencia la *democracia jacksoniana*.⁷⁵³

Desde un punto de vista de su formato, la revista fusionaba dos formas distintas de publicación. Como indica su nombre *The United States Magazine and Democratic Review* era simultáneamente una revista literaria (*magazine*) y un folleto de crítica y ensayo (*review*). Por *magazine* solía entenderse en el siglo XIX una revista de entretenimiento (al igual que hoy en día), mientras que la *review* era una colección de ensayos relativamente largos en los que se examinaba una temática a partir de las tesis de un libro concreto (de ahí el nombre de "reseña"). Como señala Mott, a comienzos del siglo XIX estas dos formas de publicaciones eran géneros literarios distintos que tenían su propio público y que solían divergir en su periodicidad y formato: las *magazines*

quien idolatraba a Jackson como a un héroe. Widmer sin embargo considera que la carta de apoyo enviada por Jackson no era realmente suya, sino una artimaña de Butler, pues estaba escrita con una ortografía excelente. Widmer, *Young America*, pp. 34-39.

⁷⁵³Rozwenc, *Ideology and Power in the Age of Jackson*, p. 300; [O'Sullivan], "The Democratic Principle", p. 1; Trimble, "The Social Philosophy of the Loco-Foco Democracy", pp. 709, 713-714. El análisis de este manifiesto será la piedra angular que fundamente el siguiente capítulo. Por otra parte, esta doble motivación de los editores puede resultar llamativa, pero a mi juicio la fundación de la *Democratic Review* no puede comprenderse sin esta doble vertiente. O'Sullivan albergaba unas poco disimuladas ambiciones políticas que van a interferir y condicionar constantemente en el desarrollo de la revista. En O'Sullivan la ambición y el idealismo van a ir siempre unidos y van a retroalimentarse constantemente. No en vano, cuando O'Sullivan comprendió en 1845 que seguramente nunca conseguiría un puesto político de manos de Van Buren fue cuando se planteó dejar el oficio de editor, y la negativa de Polk a darle un cargo fue la confirmación que estaba esperando para abandonar definitivamente su carrera periodística. Sin embargo, sería cínico pensar que O'Sullivan dirigió la *Democratic Review* durante nueve años exclusivamente a la espera de obtener una recompensa política. El joven editor era también un ferviente idealista en el credo jacksoniano y en la figura de Jefferson, y albergaba una fe genuina en la necesidad de promover una literatura nacional y democrática. El idealismo y la ambición eran como dos compuestos químicos que al juntarse generaban la energía que movilizaban la vida pública de O'Sullivan, y no puede comprenderse a este pensador sin considerar la importancia de cada uno de ellos en el desenvolvimiento de su trabajo.

tenían un formato ecléctico, estaban orientadas a un público generalista y tendían a ser mensuales, mientras que las *reviews* solían ser quincenales, tenían un estilo sobrio y riguroso para apelar a un público culto y especializado.⁷⁵⁴

La *United States Magazine and Democratic Review* va a combinar ambos formatos, adoptando la periodicidad mensual y el eclecticismo de las *magazines* con la estética seria y la profundidad de análisis de las *reviews*. El modelo no era completamente novedoso, pues tenía su origen en la *Edinburgh Review* (en el siglo XVIII *Edinburgh Magazine and Review*), una revista liberal escocesa que fue la publicación de referencia internacional del liberalismo progresista durante la primera mitad del siglo XIX, y que seguramente sirvió de inspiración a O'Sullivan. No en vano este descubrió su gusto por la literatura mientras vivía en el Reino Unido. La *North American Review* ya había experimentado con esta mezcla de formatos, pero fue la *Democratic Review* la que perfeccionó el modelo generando una de las primeras formas de comunicación de masas que producía y distribuía de manera simultánea productos culturales y políticos que tenían por objetivo transmitir una cosmovisión coherente.⁷⁵⁵

Es en esta fórmula híbrida y en su doble enfoque político-cultural en donde va a radicar el éxito y la importancia de la revista. En tanto que *United States Magazine*, la revista se puso por objetivo servir de plataforma a una nueva generación de escritores que debían producir una literatura popular, democrática y americana que sirviera como altavoz cultural para los Estados Unidos en tanto que nación del futuro. Por otra parte en su condición de *Democratic Review* la revista debía dar voz a una nueva generación de políticos demócratas *jacksonianos* que creyeran en el *principio democrático* como elemento fundamental para la transformación social. A través de su criterio editorial, (anónimo y valiéndose de la primera persona del plural) O'Sullivan pretendía generar una homogeneidad de estilo con el que hipostasiar su voz y el mensaje de la revista como si fuera la expresión de un *principio democrático* universal. La parte de la *magazine* se concretaba mediante la publicación de relatos cortos, poemas y narraciones de viajes, que debían expresar de manera lúdica un punto de vista democrático y americano; mientras que la *review* tomará forma a través de los editoriales, los ensayos, las críticas literarias y las noticias políticas, tanto nacionales como internacionales, que

⁷⁵⁴ Mott, *History of American Magazines*, pp. 6-8; Stafford, *The Literary Criticism of 'Young America'*, pp. 7-8.

⁷⁵⁵ *Ibid.*, pp. 7-8. Esta combinación entre cultura de entretenimiento y política ha llevado a Widmer a comparar el uso de la revista por los políticos *jacksonianos* con la instrumentalización de la MTV llevada a cabo por la administración Clinton (a la que él perteneció). Widmer, *Young America*, pp. 12-13.

ofrecerán un tono más abiertamente político a la publicación. Desde un punto de vista de la autoría, la parte de la revista que intentaba emular a una *magazine* se nutría exclusivamente de contenido de los colaboradores externos, mientras que el material en formato *review* era principalmente obra de los editores.⁷⁵⁶

La revista supuso un auténtico experimento de producción de hegemonía gramsciana, y su aparición cambió el panorama editorial norteamericano, obligando al resto de revistas a adoptar su modelo. Su efectividad fue tal que aseguró la hegemonía cultural a los demócratas durante las presidencias de Van Buren, Tyler y Polk, obligando al partido whig a generar un modelo de revista similar durante las elecciones presidenciales de 1844: *The American Review: A Whig Journal* (conocida popularmente como *The American Whig Review*) con el objetivo expreso de contrarrestar el éxito de la *Democratic Review* y su apoyo a Polk. La preeminencia de la revista llegó a tal punto que sus declaraciones eran tomadas como la línea oficial del partido demócrata, tal y como insinuó el expresidente John Q. Adams en mayo de 1842.⁷⁵⁷

Pero su influencia no se limitó exclusivamente a los Estados Unidos. La revista fue también ampliamente leída en Europa entre los miembros de la élite liberal y entre los revolucionarios demócratas y progresistas. A Europa no solo llegaban las copias Americanas a Liverpool provenientes de Nueva York, sino que la editorial Wiley and Putman publicará también en Londres una edición idéntica a la americana durante la década de los 40 que se distribuirá a resto de Europa. Quizás la declaración más clara sobre el alcance internacional de la revista la aportó el diplomático George Sumner, cónsul estadounidense que había iniciado su carrera en Rusia y que en aquel momento se encontraba destinado en Roma. En noviembre de 1840 escribió con indignación a su amigo George W. Greene para compartir su malestar por todos los ataques que había recibido de sus amigos conservadores por el hecho de haber publicado un artículo sobre la revolución independentista griega en la *Democratic Review*:

¿Te puedes creer?, que a causa del artículo sobre Grecia aparecido en la *Democratic Review*, la única revista con la que contamos que se lee en las capitales extranjeras, la revista que defiende con moderación los principios políticos sobre los que se asienta nuestro gobierno, la única revista publicada en Washington, por lo tanto, la revista más adecuada para recibir un artículo escrito en el extranjero que muestre los movimientos que realizan las potencias foráneas, la revista que

⁷⁵⁶ Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, pp. 132-139.

⁷⁵⁷ Mott, *History of American Magazines*, pp. 750-754; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 371-373; Stafford, *The Literary Criticism of 'Young America'*, pp. 10-11.

Advaros (ministro de instrucción pública en Rusia) alabó como la publicación que aportaba distinción a América en el extranjero, y que nos ha permitido aparecer con algo que no parezca una pobre imitación de las revistas inglesas; [en suma] que por este artículo aparecido en la *Democratic Review* he sido pisoteado y señalado como un agente del gobierno... ¡¡Dios les maldiga a todos!!⁷⁵⁸

Dejando a un lado el evidente enfado de Sumner por el hecho de ser tomado por un *jacksoniano*, su confianza a Greene muestra algunos datos interesantes: el carácter partidista de la revista resultaba evidente en los Estados Unidos y publicar en ella conllevaba a significarse como un demócrata radical. Por otra parte era una de las pocas revistas americanas (si no la única) que se leía en toda Europa, llegando incluso hasta la corte de San Petersburgo, siendo seguramente más valorada en Europa por su calidad literaria que por sus intervenciones en la lucha entre whigs y demócratas. Muchos de sus editoriales y piezas literarias eran cogidos por fragmentos y vueltos a publicar en revistas y periódicos europeos a modo de párrafos móviles, lo que permitía a la revista alcanzar un grado de difusión e impacto mucho mayor de lo que podrían sugerir los números de su tirada mensual.

En lo que respecta a las cifras de su circulación en América, el *New York Evening Post* señaló que la *Democratic Review* se estrenó con una tirada de 5000 ejemplares, que Bryant juzgará como impresionante para una revista que comenzaba sus andaduras literarias (Sampson considera la cifra exagerada) y de acuerdo al primer postscriptum de la *Democratic Review* esta cerró su primer volumen con 1214 suscripciones adicionales. El número de suscripciones fluctuó a lo largo de los nueve años en que O'Sullivan fue el editor de la revista, y en su tesis doctoral Fuller ha calculado que rondó por lo general las 6000 suscripciones, sin llegar a exceder nunca las 7000 y sufriendo un acusado descenso en la etapa final de O'Sullivan como editor, momento en que las suscripciones se desplomaron a unas 3500. Aunque para los estándares actuales estas cifras puedan parecer humildes, en realidad se trataban de números bastante elevados, teniendo en cuenta que un solo ejemplar pasaba a través de múltiples manos y era objeto de una lectura colectiva. Para poner estas cifras en perspectiva, la *North American Review* (que era la principal revista literaria en los Estados Unidos antes de la fundación de la *Democratic Review*) tuvo en su mejor

⁷⁵⁸George Sumner a George W. Greene, noviembre de 1840, recogido en: Edward Stanwood, "Letters of George Sumner, 1837-1844", *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, Third Series, Vol. 46 (Oct., 1912 - Jun., 1913), pp. 359-360. El texto al que se refiere Sumner en la carta es: George Sumner, "The Present Condition of Greece", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. VIII, No. 33, (Sept., 1840).

momento (1828) 2800 suscriptores, y la revista *Knickerbocker*, que era la revista de referencia de la élite intelectual de Nueva York, comenzó con una tirada de 800 revistas (frente a las 5000 de la *Democratic Review*) y llegó a su cénit en 1836 con 4000 suscriptores. Estas cifras aportan una idea aproximada de la popularidad y el poder de la revista desde el comienzo mismo de su publicación.⁷⁵⁹

Estas altas cifras de suscriptores no van a impedir que la revista pase por constantes apuros económicos como resultado de la fluctuación en las suscripciones, la nula capacidad de gestión de O'Sullivan (problema amortiguado por Langtree mientras sea coeditor de la revista) y por los altos honorarios que O'Sullivan pagaba a sus colaboradores. A esto hay que añadir que la revista no admitía publicidad por cuestión de principios para no verse comprometida en su independencia editorial, si bien esto no impidió que O'Sullivan y Langtree aceptasen cualquier donación proveniente del partido demócrata. Un problema económico de la revista derivado de su carácter partidista (del que los editores eran conscientes, pero que no hicieron nada por remediarlo) fue la costumbre de regalar una suscripción a personalidades influyentes del partido demócrata para congraciarse con las altas esferas del partido, lo que económicamente acabó siendo un lastre para el modelo de negocio.⁷⁶⁰

Sin embargo debido a la amplia circulación de la revista, el rápido prestigio que alcanzó y la buena retribución que ofrecía (entre 3 y 5 dólares la página) condujo a que los escritores más afamados de la época acabasen venciendo sus reticencias de partida a publicar en la *Democratic Review*, lo que a su vez provocó un efecto llamada entre los autores menos conocidos. *Los tres olímpicos* (William C. Bryant, Washington Irving y James F. Cooper) escribieron en algún momento para la revista a pesar de considerarla demasiado radical, al igual que el poeta Henry W. Longfellow, que por aquel entonces estaba camino de convertirse en el cuarto escritor olímpico. Entre los autores trascendentalistas también hubo cierta reticencia a publicar en la revista por su desconfianza hacia los demócratas y por el mayor desarrollo del contexto cultural

⁷⁵⁹Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 28-31; John L. O'Sullivan, "Postscript: The Second Volume of the Democratic Review", *The United States magazine and Democratic Review*, Vol. 2, No. 8, (Mar. 1838), pp. 437-438; John L. O'Sullivan, "Postscript: The first Volume of the Democratic Review", en *The United States magazine and Democratic Review*, Vol. 1, No.4, (March. 1838), pp. 509-510; Scholnick, "Democrats abroad", p. 75; Widmer, *Young America*, pp. 44, 103.

⁷⁶⁰Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 33-35; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 84-86, 144; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 65, 71. La carga económica que suponía el regalo de suscripciones a grandes personalidades del partido es una confesión que O'Sullivan hizo a Griswold: O'Sullivan a Rufus W. Griswold, 8 de septiembre de 1842, en Griswold, *Passages from the correspondence*, pp. 123-124.

bostoniano (sus revistas de referencia eran la *North American Review* de Everetty la *Boston Quarterly Review* de Brownson), sin embargo Ralph W. Emerson, Henry D. Thoreau, William E. Channing, Alexander H. Everett y Orestes A. Brownson acabaron colaborando en algún grado u otro con la *Democratic Review*, al punto que el editor de la *North American Review* se convertirá en amigo y mentor de O'Sullivan, y Brownson llegará a un acuerdo con O'Sullivan en 1842 para subsumir la *Boston Quarterly Review* dentro de la *Democratic Review*, con terribles resultados para esta última. La capacidad de la *Democratic Review* de atraer al establishment literario del romanticismo estadounidense fue un gran logro para la revista, pues supuso robarle a los whigs una de sus mayores armas de propaganda cultural. Por otra parte la *Democratic Review* fue la primera revista capaz de atraer para sí a la elite cultural de Nueva Inglaterra, propensa al aislacionismo, pero muy valorada dentro del propio país y en el extranjero.⁷⁶¹

Sin embargo, el gran logro literario de la revista será convertirse en la publicación de referencia para la generación de escritores de la *Young America*. La voluntad militante de O'Sullivan y Langtree de promocionar la voz de jóvenes nacionalistas americanos atrajo a este heterogéneo grupo, cuyos miembros se encontraban reunidos alrededor del *Tetractys Club* de Nueva York, que se concebían a sí mismos como los rivales literarios de la revista *Knickerbocker*, y estabandirigidos por el crítico literario Evert A. Duyckinck. Este grupo aportará una parte importante de los colaboradores a la *Democratic Review*, sobre todo en su segunda etapa cuando O'Sullivan mude la revista a la Gran Manzana. A partir de 1844 Duyckinck será contratado por O'Sullivan como editor literario del *Morning News* y de la *Democratic Review*, William A. Jones también ayudará en el proceso editorial de la *Democratic Review* y contribuirá con reseñas y artículos literarios. Otras figuras menos importantes del grupo también publicaron en la revista, como William A. Butler y Cornelius Mathews.⁷⁶²

La entrada de la *Young America* en la *Democratic Review* atrajo a la revista a dos autores fundamentales del romanticismo americano que pertenecían a la esfera de influencia del *Tetractys Club*: Walt Whitman y Edgard Allan Poe. El primero se dio a conocer a nivel nacional gracias a la *Democratic Review*, publicando diez poemas en la

⁷⁶¹ Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 58-70; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 145-149, 150-153; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 112-120, 128-129; Widmer, *Young America*, pp. 45, 68-69.

⁷⁶² Ibid., pp. 10-12, 14-17, 56-65, 91-92; Miller, *The Raven and the Whale*, pp. 71-91, 109-115; Stafford, *The Literary Criticism of 'Young America'*, pp. 17-41; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 129-133.

revista cuya filosofía política acabará influyendo en dos ensayos suyos posteriores: "American Futurity" (1839) y *Democratic Vistas* (1871). Frente a la incuestionable afinidad política y literaria de Whitman con O'Sullivan, Poe tuvo una relación mucho más complicada con el editor, a quien guardaba una cierta animadversión personal. Sin embargo se acabó reconciliando con él tras el apoyo que le brindó la *Democratic Review* durante una de sus causas judiciales. Poe publicaría cuatro poemas en la revista. Otras jóvenes personalidades neoyorkinas que se vincularán a esta publicación serán el poeta y crítico literario Rufus W. Griswold, el ensayista Theodor Sedgwick III el abogado David Dudley Field y el editor furierista Parke Godwin.⁷⁶³

Desde un punto de vista *seccional* la *Democratic Review* fue la primera publicación en alcanzar un estatus transregional. Si bien la *North American Review* contaba con suscriptores a lo largo de los Estados Unidos, esta revista era un producto cultural genuino de Nueva Inglaterra, y Boston le proveía del grueso de sus colaboradores. La *Democratic Review* sin embargo consiguió romper las barreras seccionales para instituirse de manera efectiva como la primera revista nacional estadounidense, concebida además en estos términos y reconocida también de esta manera en el extranjero.

Junto a los autores trascendentalistas O'Sullivan fue capaz de atraer a muchos de los jóvenes escritores de Nueva Inglaterra por medio de su amigo Nathaniel Hawthorne, quien fue el escritor individual que más contribuyó a la revista con 24 relatos breves. Entre los jóvenes escritores "yankees" de la *Democratic Review* figuran los poetas James R. Lowell, Greenleaf Witter, Henry Tuckerman y Charles F. Briggs [Harry Franco]. Entre los representantes sureños destacaron William Gilmore Simms, Charles Wilkins y Edgar A. Poe. La ausencia de grandes ciudades en el Oeste conllevó a que no hubiera demasiados contribuyentes de esta *sección* en la revista, que sin embargo publicó reseñas periódicas de las distintas muestras literarias que fueron surgiendo con el tiempo desde la *Frontera*.⁷⁶⁴

En lo referido a las contribuciones femeninas estas fueron menores en número y por lo general peor pagadas que las masculinas. Sin embargo, dado que las escritoras en este periodo solían publicar anónimamente, es difícil discernir cuántos de los escritos

⁷⁶³Widmer, *Young America*, pp. 13, 57-58, 70, 81-85; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 129, 134. Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 69, 129-130.

⁷⁶⁴Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 12, 36-38, 70, 92, 204; Widmer, *Young America*, pp. 76-81; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 50-52, 129; Miller, *The Raven and the Whale*, pp. 104-108; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 132-133.

anónimos de la revista son obra de hombres o de mujeres. De acuerdo con Fuller las poetisas tendían a percibir por parte de O'Sullivan sólo un tercio de lo que recibía un hombre por una pieza poética similar, pero no hay información sobre si esta discriminación se mantenía también para los ensayos en prosa, pues O'Sullivan pagaba la poesía por la fama del poeta o poetisa, mientras que la prosa la solía pagar a una cantidad fija por cada página. Por otra parte en la revista se publicaron algunos textos que reivindicaban el valor de la mujer, reseñas sobre poesía femenina, e incluso algún texto que podría ser considerado como de profeminismo radical para los estándares de la época. Margaret Fuller, Catherine Sedgwick, Mary O'Sullivan, Lydia H. Sigourney, Cornelia E. DaPonte, Emily Chubbuck, S. Anna Lewis, Anne C. Lynch, Frances S. Osgood, J. W. Mercur y Jane Cazneau [C. Montgomery] fueron algunas de las mujeres que publicaron en la *Democratic Review*. No hay constancia de que publicase ninguna persona que no fuera blanca en la revista, y en líneas generales la *Democratic Review* se adhirió a las perspectivas normativas, mayoritarias y convencionales sobre cuestiones de sexo, género y raza imperantes durante la primera mitad del siglo XIX.⁷⁶⁵

Los políticos demócratas encontraron en la *Democratic Review* una plataforma privilegiada desde la que promocionar sus causas y carreras políticas. La mayor parte de ellos fueron *jacksonianos* radicales de la familia de los *locofocos*, y más tarde de los *barnburners*. Por este motivo la revista fue rápidamente vinculada a facción radical del partido. Benjamin Butler y Henry D. Gilpin habían sido fundamentales en su aparición y publicaron mucho en la revista. También contribuyeron importantes *jacksonianos* de Nueva Inglaterra como el historiador y político bostoniano George Bancroft o el diplomático Caleb Cushing. De entre los jóvenes *locofocos* destacaron las colaboraciones de Samuel J. Tilden y John Bigelow, quienes se hicieron buenos amigos de O'Sullivan y adquirieron un papel informal pero importante en la gestión y edición de la revista. Algunos políticos *hunkers* del ala conservadora del partido también publicaron en la revista, como fue el caso de Lewis Cass, pero su implicación fue minoritaria, ya que estos preferían no ser confundidos con el ala radical del partido.⁷⁶⁶

A pesar del intenso nacionalismo de la *Democratic Review*, esta no se cerró a publicar únicamente firmas estadounidenses, aunque ciertamente su principal objetivo fue promover el trabajo de jóvenes pensadores y literatos norteamericanos. Tal y como

⁷⁶⁵Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 35,149, 174-177, 234;

⁷⁶⁶Ibid., p. 12; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, p. 129; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 79, 131-132; Trimble, "The Social Philosophy of the Loco-foco democracy", p. 709.

ha señalado Joshua Scholnick, O'Sullivan se vio influido por la idea del *continentalismo*, que se basaba en el deseo de alcanzar una independencia cultural con respecto a Inglaterra, lo que suponía la necesidad de buscar referentes intelectuales alternativos a los que proveían las revistas británicas. Esto llevó a O'Sullivan a considerar a la literatura alemana como un polo alternativo de referencia. El *continentalismo* propugnaba que América era una realidad geográfica independiente a Inglaterra y más en sintonía con la Europa continental, lo que reforzará la equiparación del continente americano con los Estados Unidos, y desde esta visión nacionalista del continente se buscará dotar a la literatura americana de un nuevo contenido intelectual alejado de la anglofilia practicada por los escritores de Nueva Inglaterra.⁷⁶⁷

Scholnick ha propuesto que a partir de esta idea del *continentalismo* la revista se vio influida en su concepción sobre la relación entre política y arte por los postulados del romanticismo liberal alemán. El autor destaca que en esta influencia puede detectarse el influjo de tres movimientos literarios románticos consecutivos que aportaron a la *Democratic Review* distintas ideas para la constitución de una literatura nacionalista.⁷⁶⁸

1º: El romanticismo temprano, representado por los trabajos de última etapa de autores como Goethe Herder y Schiller, cuyo centro cultural se emplazó en Jena. De esta corriente O'Sullivan tomará dos ideas fundamentales: que la experiencia individual es fuente de aprendizaje a través de la reflexión introspectiva sobre el derecho natural, en tanto que forma superior de establecer formas intelectivas y como fuente de inspiración dramática, así como la noción herderiana de la nación.

2º: El alto romanticismo con centro en Heidelberg, cuyos máximos exponentes estarán representados por los herederos literarios de Herder: Ernst T.A. Hoffman, Ludwig Arnim y Clemens Brentano. Ludwig Uhland recibirá una especial atención en la revista. Esta tradición continúa aportando a la *Democratic Review* nuevas interpretaciones al concepto de nación, entre las cuales se encontrarán la idea del pueblo primigenio anti-aristocrático, en el cual se podrían encontrar influencias para construir

⁷⁶⁷ Joshua Scholnick, "Democrats Abroad: Continental Literature and the American Bard in the 'United States Magazine and Democratic Review'", *American Periodicals*, Vol. 3 (1993), p. 75. Con motivo de la búsqueda nacionalista de referentes alternativos a la cultura inglesa O'Sullivan acudirá a la literatura de la Europa continental, publicando más de veinticinco obras alemanas, así como una gran selección de escritos franceses, españoles, italianos, irlandeses y polacos. En definitiva, una reivindicación de la cultura de la Europa continental en detrimento de la cultura inglesa, cuyos autores sin embargo siguieron encontrando un hueco en la revista, pues a pesar de las grandilocuentes declaraciones de O'Sullivan Gran Bretaña suponía el principal mercado exterior de esta publicación.

⁷⁶⁸ La clasificación que vendrá a continuación es de Scholnick y corresponde a: *Ibíd.*, pp. 80-81.

una nueva literatura nacional a raíz de las tradiciones populares (esta idea también se encontrará presente en el *anglosajonismo* de Jefferson).

3º: La *Joven Alemania (Junges Deutschland)*: muchos de sus proponentes huyeron desde 1830 hasta 1849 a los EEUU tras el fracasar en su intento de virar la Confederación Germánica hacia el liberalismo durante el *Vormärz*. Estos exiliados participaron activamente en la *Democratic Review* y aportaron una crítica al esteticismo del romanticismo precedente, así como ahondaron en la visión de que el arte podía convertirse en una herramienta de transformación social. Entre sus exponentes pueden encontrarse a Georg Herwegh, Harro Harring y Francis Lieber.

De entre los nombres citados anteriormente por Scholnick destaca la figura de Ludwing Uhland, cuyos escritos reflejan una visión del conflicto social cercano al de Jefferson y el *jacksonianismo*, que propone un esquema romántico-populista del conflicto social comprendido como una lucha entre la aristocracia y las clases populares. En los escritos de Uhland se presenta al pueblo como el gobernante espiritual de la tierra, al que una aristocracia espuria le habría usurpado su legítimo derecho al autogobierno. Para Uhland la literatura sería un instrumento fundamental para devolverle al pueblo su soberanía robada, pues en esta perviviría la memoria histórica popular desde la que reconstruir el poder soberano democrático y legítimo. En base a lo expresado en el manifiesto del "Principio Democrático" se puede afirmar que esta idease encuentra presente también en las tesis de O'Sullivan, con la salvedad de la lógica implícita en su concepción del tiempo histórico, pues mientras que Uhland concibe la misión política de la literatura como una restitución de derechos pasados perdidos, para O'Sullivan la misión de la literatura y su carácter popular tienen por objetivo acabar con los aspectos aristocratizantes de la cultura americana para que esta pueda alcanzar su destino como nación del futuro.⁷⁶⁹

La literatura francesa también recibió mucha atención por parte de la *Democratic Review*. Se publicó e hicieron reseñas de Pierre Jean de Béranger, Eugène Sue, Victor Cousin y en especial las obras de Honoré de Balzac y Víctor Hugo. El propio Víctor Hugo acabaría siendo amigo de O'Sullivan en su época de madurez, y tendrían encuentros en París donde hablarían de literatura y política americana que luego se reflejarían en los textos del escritor francés. En cuanto a las contribuciones en filosofía y pensamiento político, podemos encontrar algunos fragmentos de Guizot,

⁷⁶⁹Ibíd., pp. 86-88.

aunque el autor francés que más relevante para la *Democratic Review* será Alexis de Tocqueville por la *Democracia en América*.⁷⁷⁰

La etapa de Washington en lo concerniente a la *Democratic Review* abarcará desde el año 1836 a 1840. Se caracterizará por ser un periodo de gran actividad periodística para O'Sullivan y Langtree, pues la revista será más *review* que *magazine*, dominando los editoriales sobre las obras literarias. Con Van Buren en el poder O'Sullivan y Langtree se van a esforzar por defender la línea política de la administración, así como por racionalizar y codificar todo el pensamiento *jacksoniano* que había sido producido en las dos legislaturas anteriores, desde 1828 hasta 1836. Por este motivo considero que la mejor manera de entender la labor intelectual de O'Sullivan es comprendiéndole como un codificador y racionalizador de la ideología jacksoniana, tarea a la que se dedicó fundamentalmente en esta primera etapa.

El periodo de Washington llegó a su fin como resultado de una concatenación de acontecimientos que acabaron por apartar temporalmente a O'Sullivan de la tarea de edición de la revista. Esta había conseguido mantenerse a flote económicamente a pesar de la pobre gestión de O'Sullivan y aún por el estallido de una importante crisis económica durante la legislatura de Van Buren como resultado del pánico de 1837. Los editores asumieron muchos de los gastos para continuar con la publicación, lo que llevó a O'Sullivan hasta la bancarrota a mediados de 1839, y obligándole a retirarse a Nueva York para ejercer como abogado en una firma de Wall Street para recuperarse económicamente. Tener que trabajar para la banca hizo bastante infeliz al joven y radical editor *locofoco*, sobre todo después de haber escrito tantos editoriales dirigidos contra la banca y el capital especulativo. Langtree quedó como el único editor durante la segunda mitad de 1839 y durante todo 1840, pero O'Sullivan seguiría colaborando con la revista escribiendo de vez en cuando editoriales para Langtree.⁷⁷¹

⁷⁷⁰Widmer, *Young America*, pp. 41, 56, 199-200; Albert L. Rabinovitz, "Hugo's Bancroft and Le Message de Grant", *Modern Language Notes*, Vol. 57, No. 8 (Dec., 1942), pp. 649-651. Aunque en comparación a lo expuesto lo siguiente no tenga más rango que el anecdótico, lo cierto es que la *Democratic Review* tuvo también unas páginas para autores españoles. En abril de 1844 el antiguo embajador estadounidense en España Alexander H. Everett tradujo e introdujo al público norteamericano algunas muestras del romanticismo literario español, publicando un estudio sobre el tema y acompañándolo de poemas de Zorrilla y de Larra. Alexander H. Everett, "Contemporary Spanish Poetry", *The United States magazine and Democratic Review*, Vol. 14, No.70, (Apr., 1844), pp. 395-409.

⁷⁷¹Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 86-87; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, p. 71.

O'Sullivan se recuperó pronto de sus penas cuando se enteró que había quedado vacante una plaza como secretario en la embajada americana en París, y quiso cobrarse este puesto diplomático como pago por todos los años de servicio a Van Buren con la *Democratic Review*. Sin embargo, el embajador Lewis Cass ya tenía a su candidato preparado y Van Buren prefirió contentar a Cass y tener aplacada así a la facción conservadora del partido, y O'Sullivan vio sus sueños diplomáticos desvanecerse. No sería la última vez que Van Buren truncase sus sueños políticos, o que Cass se entrometiera para hundir su carrera diplomática.⁷⁷²

Langtree hizo lo que pudo para sacar adelante él solo la *Democratic Review*, pero los problemas no hicieron más que sucederse: en abril de 1840 un fuego destruyó el local de la revista, dañando toda la maquinaria así como las planchas de la primera edición de los papeles de Madison que el gobierno había encargado publicar a la *Democratic Review*. A esto se sumó la sorpresiva derrota de Van Buren en las elecciones de 1840 que marcarían el final del *jacksonianismo*. Sin esperanzas de conseguir más favores políticos Langtree decidió dejar Washington y mudarse a Nueva York para continuar allí con la revista. Sin embargo, no fue capaz de cerrar un acuerdo con ninguna casa editorial. Aquejado por el fracaso y por haber contraído la fiebre tifoidea, Langtree se retiró a Virginia instalándose en la famosa mansión de Bacon Castle, en donde murió en agosto de 1842.⁷⁷³

11.40 O'Sullivan como político y reformador socialjacksoniano (1841-1842):

Tras la muerte de Langtree O'Sullivan consiguió alcanzar un acuerdo con la casa editorial de los hermanos Langley y rescató la *Democratic Review* del limbo en que había quedado sumida, con lo que abriría en solitario una nueva etapa para la revista en Nueva York. Sin embargo esta no será su única actividad pública durante esos años. En 1841 fue elegido en las elecciones legislativas estatales como representante demócrata para la asamblea de Albany por el distrito de la ciudad de Nueva York. Esto abrirá un nuevo periodo para O'Sullivan que resolverá de un plumazo sus problemas económicos

⁷⁷²Nada más ser rechazado como diplomático surgió una segunda oportunidad para O'Sullivan cuando quedó vacante una plaza como alguacil en una ciudad importante del este. Butler escribió a Van Buren para que considerara a O'Sullivan teniendo en cuenta los servicios prestados y su delicada situación económica, pero Van Buren rechazó la idea por considerar a O'Sullivan muy joven para el cargo. La noticia fue devastadora por el joven editor. Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 87-91; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 68-71.

⁷⁷³Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 93-96, 126-127, 275; [Anónimo], "Medical Miscelany", *The Boston Medical and Surgical Journal*, Vol. XXVII, No. 1, (August 10, 1842), p. 143.

y le ofrecerá nuevos estímulos políticos para seguir desarrollando su faceta pública y editorial.

La labor política de O'Sullivan se caracterizará por presentar ante la cámara el tipo de iniciativas propias de la facción *locofoco* del partido demócrata, pero presentadas desde un enfoque típico de los reformadores sociales de la época. El enfoque de los reformadores sociales suponía concebir las injusticias sociales como problemas morales que se atajaban a través de un reformismo moderado y progresivo, cuyas medidas irían regenerando la sociedad y devolviendo el orden político a su carácter natural y virtuoso. Esta combinación en O'Sullivan de políticas *locofoco* con una aproximación propia de un reformador social va a dar lugar a un discurso demócrata radical, que sin embargo va a venir acompañado por propuestas reformistas bastante moderadas.⁷⁷⁴

O'Sullivan será congresista en Albany por dos legislaturas anuales, la 64 y la 65. En la primera legislatura los demócratas van a ser derrotados por los whigs, hábilmente organizados por el gobernador William H. Seward, y en la segunda los demócratas ganarán las elecciones, pero el grupo estará dominado por la facción conservadora de los *hunkers*. Por este motivo O'Sullivan va a ver constantemente boicoteadas sus propuestas legislativas sin contar con mucho margen de maniobra. Esto no va a impedir, sin embargo, que desde el comité judicial no tome la iniciativa y proponga distintas medidas de reforma social que serán una a una descartadas por la asamblea de Nueva York, pero cuyo contenido nos ofrece una idea sobre las posiciones políticas del intelectual jacksoniano.⁷⁷⁵

O'Sullivan estrenará su actividad parlamentaria con una propuesta de grandes dimensiones, de tal magnitud que de hecho rebasarán el ámbito competencial de la Asamblea de Nueva York. El 26 de febrero de 1841 presentará una resolución ante la asamblea para que, con la concurrencia del senado, instar al presidente de los Estados Unidos para que inicie la formación de “un proyecto de Congreso de las Naciones para el arbitrio de las controversias internacionales”. La propuesta resulta llamativa en un autor como O'Sullivan quien años después participaría en acciones filibusteras y que como autor del concepto de *Destino Manifiesto* ha sido en perspectiva uno de los pensadores que más ha contribuido a la justificación de las guerras estadounidenses por

⁷⁷⁴Thomas, “Romantic Reform in America”, pp. 656-658, 660-662, 668.

⁷⁷⁵*Official List of the Members of Assembly, Elected in November, 1841*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. I, No. 1-15 [No. 3], (Enero de 1842), p. 2; *Standing Committees of the House of Assembly*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. I, No. 1-15 [No. 8], (8 de enero de 1842), p. 1.

motivos imperialistas. Sin embargo, la resolución muestra un marcado discurso pacifista basado en el “espíritu del cristianismo” y en el “genio de la libertad democrática”. La guerra sería un recurso de naciones bárbaras, impropia de una época marcada por el avance de las “civilizaciones cristianas” y de la “filosofía liberal ilustrada”, una época en la que el comercio posibilitaría tender lazos de amistad mutua entre las naciones y servir de vehículo para resolver sus disputas de manera consensuada. El texto es una muestra temprana del posterior idealismo institucionalista del liberalismo para las relaciones internacionales, y contiene múltiples resonancias al texto de Kant *La paz perpetua* (1795), y se inspira fuertemente en la visión dieciochesca del comercio como agente civilizador y pacificador. La propuesta fue tumbada por la cámara por impracticable.⁷⁷⁶

Esta derrota no desanimará a O’Sullivan quien registrará el 14 de abril de 1841 la que será su propuesta legislativa más famosa e influyente: el proyecto de ley para la abolición de la pena de muerte en el Estado de Nueva York. El informe fue acogido con gran interés por la cámara, que ordenó que se imprimieran un número de copias diez veces superior al habitual. El proyecto de ley era un tratado de unas 140 páginas en donde O’Sullivan examinó y criticó los argumentos veteroestamentales que en la época se utilizaban para justificar la pena capital. Para ello O’Sullivan realizó un profundo análisis hermenéutico de los pasajes bíblicos que justificaban la pena de muerte, intentando desmontarlos desde los preceptos del nuevo testamento, y señalando a Jesucristo como un precedente de espíritu democrático contrario a este tipo de actos de barbarie. Entre otras fuentes de autoridad citó argumentos de San Agustín, Benjamin Franklin, Beccaria y del reformador social Robert Rantoul. La propuesta de ley fue objeto de un intenso debate durante un mes tanto en la cámara como en la calle, en donde múltiples ciudadanos escribieron cartas de apoyo a la iniciativa de O’Sullivan, quien esperaba atraer hacia su posición a la facción reformadora del partido whig. El éxito del texto no previno sin embargo que el proyecto de ley fuera rechazado en la cámara. La votación preliminar ofrecía buenas expectativas de victoria por un margen

⁷⁷⁶John L. O’Sullivan, *Concurrent Resolutions Offered by Mr. O’Sullivan, on the subject of War*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. V, No. 145-195 [No. 154], (26 de febrero de 1841), pp. 1-3. La mayor influencia del texto será la obra del reverendo alemán Charles Follen “Peace and War” que había sido publicada en la *Democratic Review* tan solo tres años antes: [Charles Follen], “Peace and War”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. V, No. 15, (March, 1839), pp. 288-308.

de cinco votos (57 a favor-52 en contra), una mayoría que acabó por esfumarse en la votación final (46 a favor-52 en contra).⁷⁷⁷

El debate social generado por la ley llevó a O'Sullivan a intentar volver a presentarla en la siguiente legislatura aprovechando la mayoría demócrata, pero la facción conservadora del partido votó de nuevo en contra en 1842. Estas derrotas no impedirán que en perspectiva el proyecto fuera un éxito, pues sirvió para encender y vehiculizar un debate que se extendería durante toda la década de 1840 sobre la pertinencia de la abolición de la pena capital, y que tuvo su momento álgido con el debate entre O'Sullivan con el reverendo presbiteriano George B. Cheever en 1843. El proyecto de ley de O'Sullivan se imprimió como libro, llegando a tener varias ediciones y a circular por todos los Estados Unidos, convirtiéndose con el tiempo en un texto de referencia para el movimiento en pos de la abolición de la pena capital, e inspirando proyectos legislativos similares en otros Estados.⁷⁷⁸

A pesar de las sucesivas derrotas legislativas O'Sullivan perseveró en su actividad reformista mostrando una auténtica hiperactividad en mayo de 1841. El 15 de este mes O'Sullivan presentó un voluminoso proyecto de 952 páginas que la cámara decidió no publicar por su extensión. En su lugar la asamblea publicó el informe de la comisión de ferrocarriles a la que iba dirigida la ley. Según el informe la nueva ley presentada por O'Sullivan se trataba de una propuesta económica dirigida a dismantelar el poder de las grandes corporaciones a las que se les adjudicaban las licencias para la construcción las líneas de ferrocarril. O'Sullivan proponía como alternativa constituir "asociaciones voluntarias", organizaciones económicas de carácter democrático (hoy diríamos de autogestión) que se regirían de la misma manera que los *town meetings* y a las que se les adjudicaría en su lugar la construcción de las grandes obras del ferrocarril, dismantelando de esta manera el inmenso poder de los monopolios. El informe desfavorable del comité calificó el proyecto de O'Sullivan de "plan salvaje y visionario", y que por respeto al valioso tiempo de la cámara no se entraría en sus

⁷⁷⁷John L. O'Sullivan, *Report on the Subject of Capital Punishment*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. VI, No. 145-195 [No. 249], (14 de abril de 1841), pp. 1-139; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 105-117; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 91, 96-101.

⁷⁷⁸Stephen J. Hartnett, "O'Sullivan and Cheever's Death Penalty Debate of 1843 and "The Great Merciless Machine of Modernity" en *Executing Democracy: Capital Punishment and the Making of America, Vol II. 1835-1843* (East Lansing: Michigan State University Press, 2012), pp. 129-209; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan* pp. 114-117; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 101-105.

detalles. El informe proponía desechar la propuesta a la que se refirió en los siguientes términos:⁷⁷⁹

La naturaleza de la ley se encuentra en verdad reflejada en su título: se trata de un documento voluminoso atestado de detalles, verborrea, planes y elucubraciones, practicables solo en la teoría; en otras palabras, es un enorme cúmulo de abstracciones concebidas para ser aplicadas a mediados del siglo XX.⁷⁸⁰

Esta nueva derrota no desanimó a O'Sullivan, quien tan sólo cuatro días después ya estaba presentando una nueva ley para sustituir el sistema de licencias de los locales de venta de bebidas alcohólicas por un sistema impositivo aplicado a dicha actividad, cuyas ganancias podrían reinvertirse en la mejora de las condiciones vitales de la clase trabajadora. Tres días después aparecía un nuevo proyecto de ley anteriormente comentado que tenía por objetivo romper el monopolio que ejercían las iglesias protestantes sobre la *Sociedad de escuelas públicas de Nueva York*, y dar así oportunidades educativas a los hijos de familias católicas. La frenética actividad legislativa de O'Sullivan en mayo terminó con una propuesta para modificar las leyes de préstamos de cara a proteger a los deudores de los abusos que sufrían por parte de los acreedores.⁷⁸¹

Tras su reelección en 1842 O'Sullivan bajará el ritmo legislativo, en parte por sus sucesivas derrotas del año anterior, pero también porque invirtió todos sus esfuerzos en revivir su proyecto de abolición de la pena capital. La nueva legislación presentada por O'Sullivan en su segundo mandato incluirá un proyecto de reforma de los tribunales penales del 26 de enero, un informe del 2 de marzo para la reforma del sistema de administración de justicia, una ley del 9 de abril para la proteger a los deudores de la persecución injusta por parte de sus acreedores, y dos proyectos de ley presentados el 12 de abril: el primero para proteger la santidad de las lápidas contra toda forma de

⁷⁷⁹[Erastus D. Culver], *Report of the Committee on Rail-Roads, on the Bill Introduced by Mr. O'Sullivan to Provide Means for the Construction of Work of Internal Improvement*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. V, No. 145-195 [No. 289], (15 de mayo de 1841), pp. 1-2.

⁷⁸⁰Ibíd., p. 1.

⁷⁸¹John L. O'Sullivan, *Report of the Minority of the Select Committee on the bill entitled "An Act Relating to Licensing Retailer of Intoxicating Liquors"*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. VII, No. 257-305 [No. 294], (19 de mayo de 1841), pp. 1-9; O'Sullivan, *Report of the Select Committee consisting of the delegation from the city of New-York, on the bill entitled «An act to improve and extend the benefits of common school education in the City of New-York»*, pp. 1-35; John L. O'Sullivan y Townseed, *Report of the Select Committee on the subject of the modification of the usury laws*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. VII, No. 257-305 [No. 302], (25 de mayo de 1841), pp. 1-16.

vandalismo y el segundo para proteger los derechos de propiedad de las mujeres casadas, tanto en el momento de su matrimonio para que no dependieran legalmente de sus maridos, como durante los divorcios, en los que deberían disfrutar del derecho a un reparto justo de los bienes matrimoniales. Este último proyecto legislativo estará influido por la conciencia de O'Sullivan sobre las dificultades a las que se enfrentaban las mujeres que debían sacar adelante por sí solas su vida y la de sus familias, experiencia que había vivido de primera mano al tener que ayudar a su madre a superar todos los avatares vitales por su viudedad. Y desde una óptica liberal la ley intentaba ser moderadamente favorable a los derechos de la mujer, siendo en un futuro tomada en consideración y aplicada en otras legislaturas estatales.⁷⁸²

En las elecciones legislativas de 1842 O'Sullivan perdió su escaño, acabando de esta manera con su corta carrera como político *jacksoniano*. Su actividad legislativa había sido un fracaso, pues no consiguió sacar adelante prácticamente casi ninguna de sus medidas. Sin embargo, sus años en Albany le hicieron ganarse una fama de reformador social progresista que le otorgaría una cierta proyección política en la ciudad de Nueva York, ayudándole a mejorar la reputación e influencia de la *Democratic Review*.

11.5 El *Morning News* la propaganda expansionista. El periodo de Nueva York (1841-1846):

En los años en que O'Sullivan fue diputado en Albany siguió compaginando su carrera política con el trabajo de editor de la *Democratic Review*, pero en esta ocasión será el único editor de la publicación. La revista experimentó un parón de seis meses mientras O'Sullivan buscaba una nueva casa editorial en la que publicarla, y a partir de julio de

⁷⁸²John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on the Memorial and Bill Respecting Criminal Courts of the City and County of New-York*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. II, No. 16-49 [No. 30], (26 de enero de 1842), pp. 1-6; John L. O'Sullivan, *Report in Part of the Committee on the Judiciary, in Relation to the Administration of Justice*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. V, No. 80-130 [No. 81], (2 de marzo de 1842), pp. 1-63; John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on Petition for Repeal of the Laws for the Compulsory Collection of Debts on Contract*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. VII, No. 132-199 [No. 178], (9 de abril de 1842), pp. 1-7; John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on Sundry Petitions for the Passage of a Law to Protect the Sanctity of the Grave*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. VII, No. 132-199 [No. 186], (12 de abril de 1842), pp. 1-2; John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on the Petitions to Extend and Protect the Rights of Property of Married Women*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. VII, No. 132-199 [No. 189], (12 de abril de 1842), pp. 1-2; Catherine B. Cleary, "Married Women's Property Rights in Wisconsin, 1846-1872", *The Wisconsin Magazine of History*, Vol. 78, No. 2 (Winter, 1994-1995), p. 112.

1841 retomó su actividad editorial. La nueva etapa abierta en Nueva York supuso también cambios en la revista como consecuencia del nuevo ciclo político y el carácter marcadamente distinto de la Gran Manzana con respecto al *Distrito de Columbia*.

Washington D. C. era por aquel entonces una pequeña ciudad que apenas alcanzaba los 20.000 habitantes, mientras que Nueva York era una incipiente metrópolis de algo más de 300.000. Durante la década de 1830 Nueva York había desplazado a Boston y a Filadelfia como el principal puerto del país gracias a la apertura del canal del río Eire en 1825, que permitió a la ciudad convertirse en el nodo comunicativo desde donde se embarcaba buena parte de las mercancías provenientes del Oeste. Por otra parte, el cierre del *Segundo Banco de los Estados Unidos* combinado con la crisis de 1837 provocó que el mundo de las finanzas abandonase Filadelfia y se instalase en la calle Wall Street de Manhattan. Esta combinación de auge comercial y concentración del poder financiero provocó un despegue económico de la ciudad durante la década de los años 30 que se tradujo en la formación de una burguesía boyante que demandaba consumo cultural.⁷⁸³

Por este motivo en la década de los años 40 Nueva York se convirtió en la mejor oportunidad para llevar a cabo nuevos proyectos artísticos y culturales. Los escritores acudieron en masa a la ciudad en donde pronto apareció una industria del entretenimiento que combinaba el espíritu comercial y emprendedor de su burguesía con el mejor talento artístico que tenía que ofrecer el país. Washington D.C. se había convertido a consta de Filadelfia en la capital política de los Estados Unidos, mientras que Nueva York estaba descapitalizando culturalmente a Boston y Filadelfia para convertirse en lo que es hoy en día, la capital espiritual de América.⁷⁸⁴

O'Sullivan formó parte de todo este proceso y en su etapa de Nueva York aprovechará este maridaje entre la cultura y el mundo de los negocios para introducirse en los círculos culturales de la burguesía neoyorquina en búsqueda de patronazgo y mejorar su estatus social. O'Sullivan capitalizó su recién adquirida fama como reformador para entrar en los círculos sociales de la alta burguesía progresista local. En 1843 ingresará en la *Sociedad Histórica de Nueva York* y en 1844 en la *Asociación por la reforma de las prisiones*. También se convertirá en el secretario de correspondencia

⁷⁸³Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 231 Wilentz, *Chants Democratic*, pp. 23-32, 107-119, 145; Parrington, *Main Currents... the Romantic Revolution in America*, pp. 186-187, 194; Guardia, *Historia de Estados Unidos*, pp. 136-137.

⁷⁸⁴Mott, *History of American Magazines*, pp. 375-379; Parrington, *Main Currents... the Romantic Revolution in America*, pp. 183-202, 271-279.

de la *Sociedad para la recolección y difusión de información en relación a la pena capital*. Todo este mundo asociativo de clases altas abrirán a O’Sullivan las puertas a las fiestas y galas organizadas por la *jet set* neoyorquina, a las cuales el editor aportará un toque de distinción erudita ejerciendo un rol de galán culto y educado. Mientras tanto seguirá publicando editoriales en la *Democratic Review* contra la aristocracia americana y a favor de las clases populares, con las que por otra parte no tuvo a bien mezclarse.⁷⁸⁵

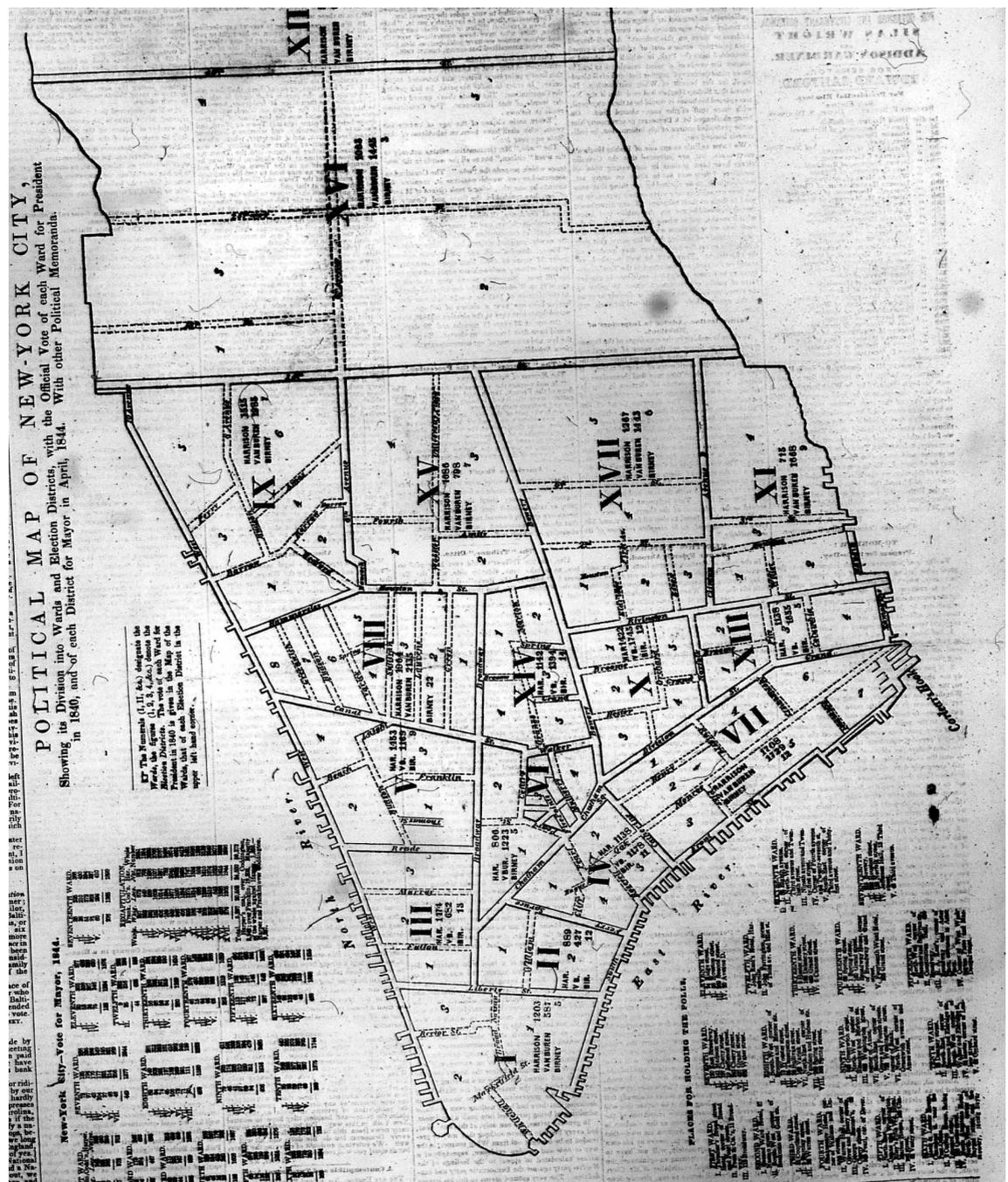


Imagen4: Nueva York en la época de O’Sullivan. Mapa político aparecido en la portada del *New York Morning News* del 4 de noviembre de 1844, para las elecciones presidenciales de ese mismo año.

⁷⁸⁵Harris, *The Public Career of John L. O’Sullivan* pp. 154-157

En Nueva York la *Democratic Review* no solamente consiguió sobrevivir, sino que experimentará su etapa dorada literaria gracias a que se convirtió en la plataforma de los escritores del *Young America*. Será en esta época en la que la *Democratic Review* atraiga a más escritores de renombre y disfrute de su mayor popularidad. La revista sin embargo debía de reinventarse políticamente, pues con los demócratas fuera de la Casa Blanca no podía seguir ejerciendo su antigua función de altavoz cultural del poder jacksoniano. La breve presidencia William H. Harrison tras la derrota de Van Buren se saldó con su muerte a un mes de ser investido. El viejo general fue objeto de mofa por parte de la prensa demócrata debido a su avanzada edad, que le aconsejó abrigarse para no coger un resfriado durante su discurso de investidura. Harrison aceptó la provocación y dio su discurso bajo una fuerte lluvia, totalmente al descubierto y sin abrigo. Murió un mes después a causa de una neumonía. Fue sustituido por John Tyler, su vicepresidente, un whig sureño apodado “his accident”, cuyo programa de gobierno era prácticamente indistinguible del de los demócratas, y que se encontraba convenientemente acompañado por el demócrata John C. Calhoun en calidad de su Secretario de Estado y sempiterno guardián de los intereses esclavistas. Con un presidente whig, un demócrata conservador que le detestaba en la Casa Blanca, y un gobernador whig en Albany (Seward), O’Sullivan decidió ejercer por primera vez su labor editorial al margen del poder político, ofreciendo unos excelentes resultados literarios, si bien esto se tradujo también en un descenso en la cantidad e importancia de los editoriales políticos. La *Democratic Review* fue durante un tiempo más *magazine* que *review*.⁷⁸⁶

A esto hay que sumarle el proyecto de fusión con la *Boston Quarterly Magazine* de Orestes A. Brownson desde la primavera de 1842 al otoño de 1843, en un movimiento editorial acordado por ambos que tenía por objetivo unir la lista de suscriptores de ambas revistas para crear un macro-proyecto literario. Brownson se había hecho famoso en la década anterior como uno de los principales autores favorables a la causa del proletariado, en especial con la publicación de su panfleto de inspiración cartista *The Labouring Classes* (1840), que hasta la publicación del *Manifiesto Comunista* (1848) sería una de las obras de mayor trascendencia en la teorización de la lucha de clases a mediados del siglo XIX. Con esta perspectiva O’Sullivan comenzó su colaboración con Brownson durante año y medio en que el editor y sus lectores descubrieron a un filósofo que, a la manera de Donoso Cortés,

⁷⁸⁶Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 304-305, 394-395; Miller, *The Raven and the Whale*, pp. 109-115; Stafford, *The Literary Criticism of ‘Young America’*, pp. 17-41.

había virado de manera rápida y sorpresiva sus planteamientos desde un radicalismo jacksoniano de izquierdas a posiciones reaccionarias y ultracatólicas. Lejos de suspender la colaboración, editar los textos o no publicarlos, O’Sullivan los acompañó con notas editoriales en donde expresaba sus desacuerdos con Brownson, generando de esta manera uno de los debates más estimulantes sobre teoría política norteamericana desde la lucha entre federalistas y antifederalistas. Sin embargo, la espantada de suscriptores ante los ataques a la democracia de Brownson y su defensa de la teocracia papal estuvieron a punto de acabar con la *Democratic Review*. Y el desastre no fue mayor gracias a que el propio Brownson decidió acabar con la colaboración antes de acabar con la revista.⁷⁸⁷

Pero el hecho más destacado en la biografía de O’Sullivan durante este periodo fue su colaboración en la fundación del periódico *New York Morning News* como nueva publicación periodista para favorecer la candidatura presidencial de Van Buren, y más tarde la de Polk. Las elecciones presidenciales de 1844 estuvieron marcadas por un cambio paradigmático en los términos del debate público, virando desde la agenda económica propia de la *Era Jackson* (1828-1840) hacia los debates expansionistas que dominaron la época de la crisis seccional (1840-1860). Una de las decisiones políticas más destacadas del presidente Tyler había sido abandonar la política de Andrew Jackson y Martin van Buren con respecto a Texas para promover su proceso de anexión a la Unión. Tanto Jackson como Van Buren eran conscientes de que si aceptaban a Texas dentro de la Unión extenderían en gran medida el área de tierra dedicada a la esclavitud, lo que enfurecería a muchos ciudadanos del Norte comprometiendo sus posibilidades de victoria electoral. Por este motivo ambos bloquearon conscientemente anexión de Texas en la Unión a pesar de sus simpatías por los texanos. Con Calhoun como secretario de Estado la administración de Tyler priorizó la adquisición de nuevas tierras para la esclavitud, con lo que se comenzó a explorar el proceso de integración de Texas en los Estados Unidos.⁷⁸⁸

Si bien había muchos estadounidenses favorables a la anexión de Texas, pocos de ellos eran votantes whigs, por lo que el partido abandonó a Tyler y nominó en el congreso de Baltimore de 1844 a su eterno candidato a la presidencia, el congresista de

⁷⁸⁷Harris, *The Public Carrer of John L. O’Sullivan*, pp. 148-153; Sampson, *John L. O’Sullivan and his Times*, pp. 115-120; Fuller, *The United States Magazine and Democratic Review*, pp. 65-69; Miller, *The Raven and the Whale*, p. 110.

⁷⁸⁸Gumerove, “The New York Morning News”, pp. 15-30; Merk, “A Safety Valve Thesis and Texan Annexation”, pp. 413-415.

Kentucky Henry Clay. Los demócratas también celebraron en Baltimore su congreso y en él se perfilaron un demócrata conservador del Oeste y un radical *barnburner* del Norte: Lewis Cass planteó una alianza de los demócratas expansionistas consiguiendo aglutinar a los demócratas fronterizos con los plantadores esclavistas. Frente a él se opuso Martin van Buren como representante de los demócratas del Norte y del ala radical del partido, quien soñaba con reconquistar la Casa Blanca tras su humillante derrota cuatro años atrás con la campaña de la “sidra rústica y la cabaña de troncos” de Harrison. O’Sullivan acudió a la convención como periodista acreditado de la *Democratic Review*, y se integró en el equipo de Van Buren en calidad de su asistente personal, transcribiendo para el candidato todo el congreso y el proceso de negociación, así como ejerciendo de mensajero y portavoz del *Zorro rojo de Kinderhook*.⁷⁸⁹

Van Buren partió con una clara ventaja en las votaciones frente a Cass, quien no consiguió seducir en un principio a los compromisarios del Norte por su perfil marcadamente conservador. Sin embargo, Van Buren no logró tampoco imponerse durante las sucesivas votaciones. Más aún, con cada nueva votación la lista de seguidores de Van Buren iba menguando y la de Cass aumentaba ligeramente. La razón de este trasvase se encontraba en las posiciones contrarias a la anexión de Texas defendidas por Van Buren en un momento en el que la propaganda del Robert J. Walker había movilizado a la mayoría de los demócratas hacia posiciones favorables a la anexión de Texas. Este desencuentro de Van Buren con su base política fue hábilmente explotado por el equipo de Cass para ir captando compromisarios tráfugas del Norte favorables al expansionismo, y en la quinta votación Cass consiguió adelantar a Van Buren en votos pero sin lograr aún los 2/3 necesarios para su nominación. El equipo de Van Buren era consciente de que su candidato no iba a cambiar de posición con respecto a la anexión de Texas, por lo que Benjamin F. Butler convenció a Van Buren para que este renunciase a su candidatura. George Bancroft y Benjamin Butler (*barnburners*) consiguieron pactar con Robert J. Walker y James Buchanan (expansionistas) el nombre de James K. Polk como una figura de consenso entre las dos facciones del Norte para impedir que conservadores y esclavistas ganasen la

⁷⁸⁹Harris, *The Public Carrer of John L. O’Sullivan*, pp. 159-161; Sampson, *John L. O’Sullivan and his Times*, pp. 151-157. Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 290-294, 304-305, 434.

convención, y el relativamente desconocido Polk acabó por imponerse en la novena votación.⁷⁹⁰

El nuevo candidato demócrata a la presidencia tenía un gran potencial entre su base electoral, ya que en su juventud había sido un incuestionable *jacksoniano*: contrario al *Segundo Banco*, defensor del *Hard Money policy*, del libre comercio y de la lucha contra los monopolios, todo esto le había hecho ganarse el mote de “the Young Hickory” (en referencia a Andrew Jackson, “the Old Hickory”). Además era un destacado expansionista favorable a las tesis de Walker y a la anexión de Texas, y en tanto que poseedor de esclavos en su plantación de Tennessee, ofrecía seguridad a los demócratas esclavistas del Sur. Polk era además un genuino representante del sobrio espíritu puritano: era abstemio, frugal, rígido..., a día de hoy es uno de los únicos presidentes (junto a Fillmore y Hayes) al que no se le conoce ningún “vicio”, salvo el escribir, pues sentía una obsesión compulsiva por escribir y responder a su correspondencia, así como por registrar hasta el más nimio detalle de su vida en sus diarios. Esto hacía de él un candidato demócrata con mucho potencial, que podía granjear simpatías incluso en un lugar tan hostil como Nueva Inglaterra. El único defecto de Polk como candidato presidencial era el hecho de ser completamente desconocido ante la opinión pública, frente al ubicuo Henry Clay, quien podría ser después de Jackson el político más conocido de la época. Por esta razón el comité de campaña de Polk puso un gran énfasis en la batalla propagandística y nombró a O’Sullivan como director de publicaciones de la campaña.⁷⁹¹

El periódico *New York Morning News* apareció en julio de 1844 como parte de esta lucha propagandística. Su origen sin embargo había tenido lugar unos meses antes como iniciativa de Samuel J. Tilden de cara a que la facción de los demócratas radicales de Nueva York (los *barnburners*) y su candidato Martin van Buren tuvieran un órgano de propaganda propia. La derrota de Van Buren en el congreso de Baltimore llevó a una negociación entre Tilden y Bancroft para redirigir la futura publicación como principal órgano de propaganda de Polk para la ciudad de Nueva York, un lugar muy indeciso en las elecciones y que sería determinante para la victoria demócrata. En junio de 1844

⁷⁹⁰Harris, *The Public Carrer of John L. O’Sullivan*, pp. 165-189; Sampson, *John L. O’Sullivan and his Times*, pp. 157-162; Gumerove, “The New York Morning News”, pp. 17-20; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 434-437.

⁷⁹¹Sheldon H. Harris, “John L. O’Sullivan and the Election of 1844 in New York”, *New York History*, Vol. 41, No. 3 (July 1960), p. 278; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 61-62, 440-443; Brian Abrams, *Party like a President: True Tales of Inebriation, Lechery and Mischief from the Oval Office* (Nueva York: Workman Publishing, 2015), pp. 54-58, 63, 96-98.

Tilden reclutó a O'Sullivan para que fuera coeditor de la revista, repitiendo el mismo reparto de tareas en la gestión de la publicación que la que habían establecido O'Sullivan y Langtree para la *Democratic Review*. Tilden, al igual que O'Sullivan, había heredado en su carácter el acervo identitario de su familia, y mientras que O'Sullivan era un soñador archirromántico descendiente de una saga de erráticos aventureros, Tilden era un adusto y sobrio abogado descendiente de una larga genealogía de calvinistas, quienes se habían hecho inmensamente ricos vendiendo un medicamento conocido como "Tilden's Extract", cuyo principal compuesto era el cannabis. El menor de los Tilden no vendería alucinógenos, solo propaganda, y para este fin O'Sullivan escribiría los editoriales políticos, Evert Duyckinck produciría reseñas literarias y John Bigelow apoyaría allí donde se le necesitase. Tilden se encargaría de asegurar el buen rumbo de la publicación, lo que implicaba vigilar de cerca a O'Sullivan, llevar la gestión general de la revista y encargarse de los aspectos financieros y de publicidad.⁷⁹²

El *Morning News* fue concebido como un periódico dirigido a ganar para la causa demócrata a los granjeros del valle del Hudson y a la clase trabajadora de Nueva York. Era un medio barato de *penny press* (costaba dos centavos) compuesto por dos pliegos de tipo sábana (88,9 x 55,88 centímetros) que daban un total de ocho páginas. La publicación alcanzó un rápido éxito de circulación en la ciudad y el Estado de Nueva York, convirtiéndose en la quinta publicación más importante de la ciudad con una lista de 3.000 suscriptores en su área metropolitana con una tirada de 25.000 ejemplares diarios. Los fines de semana se publicaba además el *Weekly News*, una edición especial de alcance nacional del periódico compuesto por los mejores editoriales y piezas literarias extraídas del *Morning News* y de la *Democratic Review*. Los editoriales versaron durante la campaña mayoritariamente sobre asuntos económicos, criticando a la administración Tyler, alabando a la figura de Polk y descalificando por todos los medios posibles a su rival Clay, cuyos problemas de ludopatía fueron ampliamente

⁷⁹²Además de las personas mencionadas el *Morning News* tuvo como plantilla de trabajadores al escritor William A. Jones (colaborador de la *Democratic Review*), Nelson J. Waterbury (juez y literato que acabaría intentando arreglar los desaguisados de gestión de O'Sullivan), Clement Guion y Herbert O'Sullivan (hermano menor del editor jacksoniano). Harris, "John L. O'Sullivan and the Election of 1844 in New York", pp. 281-284; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, pp. 193-196; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 163-166; Gumerove, "The New York Morning News", pp. 15-30, 93-94.

explotados. Durante la campaña se evitó incidir sobre la cuestión de la anexión de Texas o el expansionismo para no tener que tratar el espinoso tema de la esclavitud.⁷⁹³

La victoria de Polk fue muy ajustada y se decidió en el Estado de Nueva York por 7.000 votos de diferencia. El *Morning News* fue reconocido en la época como un factor fundamental para la victoria demócrata. Esto condujo a que O'Sullivan se concentrara durante los próximos meses en conseguir algún puesto en la administración para sí mismo y para Hawthorne en pago a la labor decisiva del periódico en la victoria demócrata. O'Sullivan se encontraba en ese momento en el punto álgido de su influencia y de su carrera política. Tras las elecciones Tilden dejó su labor editorial para volver a la abogacía, y poco tiempo después sería elegido representante en la Asamblea estatal de Nueva York. Esto dejó a O'Sullivan como único editor tanto de la principal revista literaria del país (la *Democratic Review*) como de uno de los periódicos con mayor tirada en Nueva York (el *Morning News*). O'Sullivan contaba con acceso directo a la Casa Blanca y tenía una relación fluida con el presidente Polk, con quien se escribía frecuentemente. O'Sullivan consiguió que a Hawthorne se le nombrase inspector del puerto de Salem (un puesto monetariamente bien pagado), y a él se le ofreció ser jefe de personal en el Departamento de Estado o en el Departamento de la Marina, sin embargo rechazó ambas posiciones por consejo de Silas Wright y de Van Buren, pues estos pensaban que la facción *barnburner* de Nueva York merecía algo más en los nombramientos que puestos administrativos. Se le ofreció también ser embajador en Austria, pero lo rechazó creyendo que podría conseguir la embajada de Nápoles, puesto que finalmente fue concedido al hermano de Polk. O'Sullivan fue excesivamente ambicioso y perdió su oportunidad de conseguir un puesto público. Polk por otra parte solo recompensó con puestos importantes a los *jacksonianos* más destacados, y se rodeó por lo demás de políticos expansionistas y de representantes esclavistas, realizando una jugada maestra para ser elegido por el ala izquierda del partido, para luego gobernar a través de su ala derecha.⁷⁹⁴

Esto supuso una gran decepción personal y política para muchos *jacksonianos* que se sintieron utilizados por Polk, y O'Sullivan no fue una excepción. Fue a raíz de esta experiencia que O'Sullivan se hizo consciente de que a pesar de todo el trabajo

⁷⁹³Harris, "John L. O'Sullivan and the Election of 1844 in New York", pp. 283-287; Gumerove, "The New York Morning News", pp. 29-34, 60-62, 72-73.

⁷⁹⁴Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, pp. 214-239; Harris, "John L. O'Sullivan and the Election of 1844 in New York", pp. 293-295; Gumerove, "The New York Morning News", pp. 66-67; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 443-446.

invertido en su lucha político-cultural, esta nunca le iba a reportar ningún puesto político de relevancia, por lo que O'Sullivan se desahogó escribiendo editoriales contra el sistema de patronazgo político y el *spoils system* (irónicamente instituido por su héroe político Andrew Jackson y del que se había intentado aprovechar en balde durante años). O'Sullivan había sido un leal seguidor de Van Buren hasta el final, y este nunca le había recompensado con ningún puesto en sus nueve años de servicios. Su trabajo editorial había conseguido asegurar por la mínima la victoria de Polk, y a pesar de las simpatías del presidente este le había ofrecido puestos de segunda fila. A mi juicio este desengaño marcó un momento de quiebra en la mentalidad de O'Sullivan que le llevaría a desentenderse progresivamente de la política y de su carrera literaria, concentrándose alternativamente en proyectos especulativos que alimentasen su imaginación y sus ansias de recompensa inmediata que la política no le había procurado.⁷⁹⁵

Aún con todo este viraje, O'Sullivan siguió colaborando durante un tiempo con la administración de Polk ejerciendo como órgano oficioso de propaganda demócrata ante el recrudecimiento de los debates expansionistas. El presidente Tyler había dejado aprobada la anexión de Texas tras saberse derrotado en la contienda presidencial, y legó a su sucesor la tarea de llevar a término la incorporación del nuevo territorio. Por otra parte las tensiones entre colonos americanos e ingleses en Oregón volvieron a reabrir la vieja disputa entre los Estados Unidos y Gran Bretaña por el control de este territorio. La periferia fronteriza de los Estados Unidos se encontraba sumida en múltiples conflictos en los que las potencias europeas deseaban intervenir para su propio beneficio (sobre todo Inglaterra). Debido a este motivo para los estadounidenses no resultaba difícil justificar sus propios deseos de engrandecimiento territorial desde una perspectiva de defensa de su espacio vital contra la interferencia de fuerzas extranjeras. Pues tal y como señaló Merk en su estudio sobre la *Doctrina Monroe*, en la mentalidad del expansionista los conceptos de *defensa* y *avance* son dos facetas del derecho a la autopreservación, aunque ello implique una agresión a terceros.⁷⁹⁶

Un momento clave en la historia de la propaganda expansionista americana de la década de los años 40 fue la aparición de las *tesis de Walker*. El presidente Tyler había

⁷⁹⁵[John L. O'Sullivan], "Political Patronage", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XVII, No. 87, (Sept. 1845), pp. 163-172.

⁷⁹⁶Frederick Merk, *The Monroe Doctrine and American Expansionism 1843-1849* (Nueva York: Random House, 1972), pp. 9-25, 65-104, 288-289; Norman A. Graebner, *Empire of the Pacific: a Study in American Continental Expansion* (Nueva York: The Ronald Press Company, 1955), pp. 13-42; William E. Weeks, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War* (Chicago: Ivan R. Dee, 1996), pp. 86-112.

encargado en otoño de 1843 al senador demócrata Robert J. Walker de Mississippi que escribiera un panfleto dirigido a influir en los demócratas del Norte, quienes se encontraban divididos en su apoyo al expansionismo por la oposición de Jackson y Van Buren. Walker publicó una carta en enero de 1844 dirigida como respuesta a los habitantes del condado de Carroll (Kentucky), quienes pedían la anexión de Texas, si bien su audiencia real eran los dubitativos *jacksonianos*. Su carta fue un hábil documento propagandístico que combinaba argumentos de corte económico sobre las bondades de la expansión territorial para las clases populares, mezclado con argumentos raciales sobre la oportunidad que suponía la adquisición de Texas para acabar con la esclavitud. El panfleto de Walker alimentaba la idea de que la esclavitud era una institución obsoleta, y que estaba irremediablemente encaminada a colapsar por el ritmo decreciente de sus ganancias. Y cuando el sistema esclavista implosionase los esclavos se escaparían de las plantaciones invadiendo las ciudades del Norte y quedándose con las tierras fértiles del Oeste, reservadas por la providencia para los blancos pobres. La única manera de evitar esta “catástrofe” sería permitir que Texas entrara en la Unión, con una parte del territorio reservada para la esclavitud, y otra para ser colonizada por blancos libres del Norte. Esto permitiría vaciar el Sur de esclavos y convertir con el tiempo la *sección* en un espacio libre de esclavitud. Cuando esta institución colapsase los negros se encontrarían concentrados en Texas, y desde allí los antiguos esclavos se dirigirían a México, atraídos por el clima tropical y el “carácter indolente” de sus gentes, que al ser ya mestizos no guardarían un rencor racial hacia ellos.⁷⁹⁷

A esta fantasía racista se la denominó como la *Tesis de la válvula de seguridad* (*The Safety Valve Thesis*), y aunque enfureció a los esclavistas por considerar su institución como obsoleta, fue muy efectiva a la hora de convencer a los *jacksonianos* para que cambiaran de parecer durante los debates expansionistas, alimentando todos sus prejuicios racistas y el miedo al incumplimiento del ideal pastoralista de un imperio de pequeños agricultores blancos en el Oeste. Uno de los máximos seguidores de esta tesis fue O’Sullivan, quien no sólo declaró que este documento había sido el principal motivo que encaminó a Polk a su victoria, sino que además escribió una reseña laudatoria de la tesis de Walker, una biografía sobre el senador de Mississippi y un

⁷⁹⁷Robert J. Walker, *Letter of Mr. Walker, of Mississippi, Relative to the Annexation of Texas: In Reply To the Call of the People of Carroll County, Kentucky, to Communicate his Views on that Subject* (Washington: The Globe, 1844), pp. 3, 13-25; Merk, “A Safety Valve Thesis and Texan Annexation”, pp. 416-422.

editorial en julio de 1844 en donde prácticamente volvía a presentar con sus propias palabras los argumentos principales de este panfleto.⁷⁹⁸

Años de lealtad hacia Van Buren llevaron a O'Sullivan a asumir un perfil bajo en el tema del expansionismo, evitando escribir editoriales sobre Texas en la *Democratic Review* y mostrando sus tendencias expansionistas de manera muy indirecta por medio de su *filosofía de la historia*. La derrota de Van Buren en Baltimore liberó a O'Sullivan de sus precauciones discursivas, y la *tesis de Walker* supuso un importante estímulo para volcarse en una frenética actividad propagandística a favor del expansionismo que duraría desde julio de 1844 hasta julio de 1845, con un breve repunte entre finales de diciembre de 1845 hasta mayo del año siguiente. La victoria de Polk, la ratificación de la anexión de Texas, la disputa con Gran Bretaña por Oregón y los preparativos de la administración para llevar al país a una inminente guerra con México si este intentase recuperar Texas condujeron a que O'Sullivan volviera a actuar de propagandista político, publicando editoriales en la *Democratic Review* a un ritmo solo comparable con la época de Washington, y utilizando el *Morning News* como arma de batalla cotidiana contra los adversarios del expansionismo.⁷⁹⁹

Es en este contexto discursivo, desde julio de 1844 hasta julio de 1845, que se fueron sucediendo numerosos editoriales expansionistas tanto en el *Morning News* como en la *Democratic Review* en los que O'Sullivan recuperaría su argumentación providencialista de una *filosofía de la historia* democrática formulada durante la etapa de Washington, para fusionarla con argumentos malthusianos. La combinación de estos elementos en los debates expansionistas contra Greeley y Bryant será el contexto discursivo en el que se concebirá el concepto de *Destino Manifiesto*, por medio de la publicación del editorial "Annexation" publicado en el número 85, volumen 17 de la *Democratic Review*. El acto de conceptualizar el *Destino Manifiesto* no fue a mi juicio una acción premeditada, sino el resultado de un largo proceso de amalgamación de ideas geopolíticas insertadas en una *filosofía de la historia* que llevaba mucho tiempo labrándose en el pensamiento de O'Sullivan, y que terminó por plantearse en el momento culmen de los debates sobre la anexión de Texas en el transcurso de los meses

⁷⁹⁸Ibid., pp. 422, 435; [John L. O'Sullivan], "The Texas Question", pp. 423-430; [John L. O'Sullivan], "The Re-Annexation of Texas: in its Influence on the Duration of Slavery", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XV, No. 73, (July 1844), pp. 11-16; [John L. O'Sullivan], "Robert J. Walker", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XVI, No. 85, (Feb. 1845), pp. 162-164.

⁷⁹⁹Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, pp. 242-253; Merk, "A Safety Valve Thesis and Texan Annexation", pp. 431-433.

de junio y julio de 1845, apareciendo en el mes de agosto de ese mismo año. En ese momento sin embargo no causaría ningún impacto en la opinión pública.

La promoción a ultranza del expansionismo no impedirá a O'Sullivan defender posiciones pacifistas en el *Morning News* cuando comiencen las escaramuzas entre las tropas mexicanas y los destacamentos americanos en la frontera del Río Grande en el verano de 1845. Los editoriales del *Morning News* van a prevenir tanto a Polk como a los lectores del periódico sobre la idoneidad de plantear una ofensiva contra México, pues esto solo serviría para dañar la confianza del resto de las naciones en el principio democrático americano y en la necesidad de su expansión. O'Sullivan sin embargo no renunciará de partida a una guerra defensiva si los ejércitos mexicanos osaban cruzar el Río Grande.⁸⁰⁰

En este periodo O'Sullivan había perdido ya todo interés en continuar con su carrera editorial debido a su decepción con el reparto de puestos en el gabinete Polk, por su creciente interés en participar en negocios especulativos, y debido a que se encontraba cortejando a Susan Kearny Rodgers, la hija de un prominente médico neoyorkino. En la primavera de 1845 O'Sullivan intentó venderle a Bigelow la revista sin mucho éxito, y a partir de esa fecha los trabajadores del *Morning News* (Waterbury, Casserly y Bigelow) enviaron cartas a Tilden y Silas Wright quejándose del descuido y abandono por parte de O'Sullivan de sus labores editoriales, quien con su actitud negligente estaba comprometiendo la viabilidad del periódico. El abandono fue absoluto en otoño de ese año cuando por motivos "privados" partió hacia Europa a bordo del *Brittania* el 2 de octubre, llegando a Liverpool el 18 de ese mes y regresando el 21 de diciembre a Nueva York. Waterbury explicará a Silas Wright que O'Sullivan había dejado a cargo a Bigelow, pero este último negará haber acordado tomar esta responsabilidad. Sea como fuere, los editoriales de octubre, noviembre y buena parte de diciembre de 1845, tanto del *Morning News* como de la *Democratic Review* debieron de ser obra de Bigelow, Jones, Duyckinck o Kettle.⁸⁰¹

⁸⁰⁰[John L. O'Sullivan], "War", *New York Morning News*, 13 de junio de 1845; [John L. O'Sullivan], "Mexico and War", *New York Morning News*, 19 de julio de 1845; [John L. O'Sullivan], "Defence vs. Offence", *New York Morning News*, 20 de agosto de 1845; [John L. O'Sullivan], "War Spirit", *New York Morning News*, 23 de agosto de 1845; [John L. O'Sullivan], "War Commander", *New York Morning News*, 26 de agosto de 1845; [John L. O'Sullivan], "Mexican War", *New York Morning News*, 28 de agosto de 1845.

⁸⁰¹Harris, *The Public Carrer of John L. O'Sullivan*, pp. 258-260; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 205-207; Gumerove, "The New York Morning News", pp. 87, 94, 108. Hasta ahora se conocía el periodo aproximado del viaje pero no las fechas exactas del mismo, y se ha especulado si este pudo haber afectado a la autoría del editorial "The True Title". A mi juicio no hay razón para dudar de la autoría de O'Sullivan sobre este editorial por su posible ausencia. La fecha de salida de O'Sullivan se

A su regreso a los Estados Unidos O'Sullivan se encontrará con dos publicaciones en un estado de anarquía y con que los debates sobre la anexión de Texas habían cambiado a otros similares sobre la posesión legítima de Oregón. O'Sullivan aún tenía en mente los debates sobre la anexión de Texas cuando decidió volver a intervenir en el debate político, y el día 27 de diciembre publicará un editorial en el *Morning News* titulado "The True Title", en donde repetirá todo el argumentario que había establecido en el editorial "Annexation", solo que en esta ocasión aplicado al caso de Oregón, y en donde volverá a aparecer el concepto de *Destino Manifiesto* en los mismos términos en que había sido presentado medio año antes. La casualidad quiso que justo una semana después el congresista Robert C. Winthrop reparase en este segundo editorial durante unos debates sobre la disputa de Oregón. Este congresista, fiel seguidor de Webster y representante wigh por Massachusetts, era nada menos que descendiente directo de John Winthrop, el fundador del discurso providencialista puritano en América y autor del concepto *City Upon a Hill*. Sin embargo, lejos de continuar con la tradición providencialista familiar, Robert Winthrop intentó ridiculizarla la noción de *Destino Manifiesto* en el congreso para denotar las posiciones expansionistas del partido demócrata.⁸⁰²

Hay un elemento en nuestras reclamaciones, sin embargo, para el que debo de confesar que no tengo palabras, y al cual no se ha hecho aún debida justicia. Me refiero a esa nueva revelación de nuestro derecho que ha sido designado como *el derecho de nuestro destino manifiesto a expandirnos por todo el continente*. Este ha sido abiertamente defendido como nuestro mejor título en un distinguido órgano de nuestra administración, y después de todo, también como el más sólido; uno tan claro, tan preeminente, y tan indiscutible, que si Gran Bretaña tuviera todo el resto de reclamaciones a su favor, no tendría nada que hacer contra él. ¡El derecho a nuestro destino manifiesto! Parece ser que hay un nuevo título jurídico para este nuevo capítulo del derecho internacional; o al menos para las leyes especiales de nuestro propio país ¡Pues supongo que el derecho a un destino manifiesto para la expansión no se le concederá a ninguna otra nación excepto a la universal nación Yankee!⁸⁰³

Las palabras de Robert Winthrop supusieron la primera recepción del concepto de *Destino Manifiesto*, y en su intento por desprestigiar esta fórmula consiguió la

indica en el *The Daily Union* del 2 de octubre de 1845, su llegada a Inglaterra viene recogida en el periódico inglés: "The North American Mail", *The Liverpool Mail*, 18 de octubre de 1845. Su regreso a estados Unidos viene recogido en *The New York Herald* del 20 de diciembre de 1845 (se anuncia su paso por Boston, que de acuerdo al recorrido anunciado en el *Liverpool Mail* estaba a una jornada en barco de Nueva York, por lo que llegaría el 21 de diciembre).

⁸⁰² Pratt, "The Origins of Manifest Destiny", pp. 795-798.

⁸⁰³ *Congressional Globe, First Season of the 29th Congress*, (Washington: Blair and Rives, 1846), p. 143.

reacción opuesta por parte de la opinión pública, pues cuando la prensa se hizo eco de sus palabras el concepto comenzó a popularizarse en todo los debates expansionistas, tanto entre sus promotores que lo esgrimían con un celo nacionalista, como entre los críticos que intentaban ridiculizarlo. De esta manera comenzó la verdadera historia del concepto político de *Destino Manifiesto*. Dos días después O'Sullivan reaccionó publicando un editorial firmado en el *Morning News* (en una decisión sin precedentes) para reafirmar sus ideas frente a Winthrop. El concepto no aparecería literalmente citado en este editorial, pero sí toda la lógica argumental que había sido desplegada acompañado al concepto en los otros dos editoriales (ya que O'Sullivan consideró que lo que había sido polémico no era tanto el concepto en sí, sino sus ideas expansionistas en general).

O'Sullivan había alcanzado sin saberlo el momento cumbre de su contribución a la historia intelectual de los Estados Unidos. Pero ni en ese momento ni durante el resto de su vida fue consciente de ello. En mayo de 1846 O'Sullivan agotó la paciencia de los inversores del *Morning News* quienes le despidieron de sus labores editoriales. Waterbury y Casserly lucharon por mantener la publicación a flote durante medio año, pero el periódico desapareció en noviembre de 1846. Dos semanas después de ser despedido del *Morning News* O'Sullivan vendió la *Democratic Review* a Thomas P. Kendall por 5.000 dólares, finalizando de manera abrupta su carrera editorial.⁸⁰⁴

O'Sullivan colaboraría con los distintos editores que se sucederían en la revista hasta el año 1852, pero sin asumir ninguna obligación en la gestión oficial de la revista que había ocupado casi una década de su vida. O'Sullivan contaba con 33 años en el momento en que abandonó la *Democratic Review*, y en su horizonte inmediato se perfilaba la celebración de su boda con Susan K. Rodgers, planeada para octubre de ese año. Inmediatamente después O'Sullivan comenzaría a hacer planes para llevar a término la materialización del concepto expansionista que había alumbrado. De esta manera se encaminaría al cumplimiento de su hado familiar. Tal y como señaló Sampson, los mejores días de O'Sullivan ya habían pasado, y los cincuenta años siguientes serían un progresivo viaje hacia la oscuridad y hacia su olvido histórico.⁸⁰⁵

⁸⁰⁴Harris, *The Public Carrer of John L. O'Sullivan*, pp. 261-262; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 206-207

⁸⁰⁵Ibíd., pp. 207-208. La *Democratic Review* se mantendría a flote durante otros 13 años, cambiando cinco veces de nombre y contando con otros 11 editores. Sin embargo, ninguno de ellos contaba con la habilidad periodística ni con la sensibilidad literaria de O'Sullivan y no fueron capaces de mantener la posición hegemónica de la que había disfrutado la *Democratic Review*. La revista devino en el órgano de

11.6 El hado de los O'Sullivan: filibusterismo, conspiraciones diplomáticas, Guerra Civil y caída en desgracia de John L. O'Sullivan.

De acuerdo con la tesis de Harris, el hado de los O'Sullivan consistiría en una mezcla de genialidad y desmesura, la cualidad de saber engatusar a personajes ilustres de la historia para acto seguido no saber medir las consecuencias de los actos y acabar alineándose con el bando perdedor, lo que les llevaría a caer en desgracia: John William consiguió llegar a ser confidente de Carlos E. Estuardo para acabar condenando a la causa Jacobita en Culloden Moor; Thomas O'Sullivan consiguió codearse con John Paul Johns, pero su pésimo carácter le haría entrar en el bando perdedor de la Revolución americana; John Thomas se unió a la expedición de Miranda para acabar reo de los españoles, y tras una agitada vida en el mar terminaría ahogándose en una de sus misiones de contrabando. John L. O'Sullivan también se codeó con muchas personas importantes de su época: con presidentes y reyes (Van Buren, Polk, Miguel V de Portugal), con los más grandes escritores de la literatura decimonónica americana (Hawthorne, Whitman, Thoreau, Poe...). Al igual que su padre encontró a un independentista latinoamericano que buscaba dirigir una causa perdida contra España, y como su abuelo y su bisabuelo, llegado el momento de elegir un bando en la guerra, O'Sullivan escogió por el bando perdedor. Pues, a fin de cuentas, ese era el hado de los O'Sullivan, y el teórico del *Destino Manifiesto* se ajustó a él a pies juntillas.⁸⁰⁶

Mary Juana O'Sullivan, viuda de Samuel Langtree, se casó en segundas nupcias en noviembre de 1845 con un rico esclavista cubano llamado Cristobal Madan, miembro de la élite sacarócrata cubana. Madan era un político ultraconservador miembro del consejo ejecutivo del exclusivo *Club de la Habana*, una organización independentista de esclavistas cubanos que en pos de la defensa de la esclavitud promocionaban la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Debido a sus posiciones políticas Madan se encontraba exiliado en Nueva York, en donde era presidente del *Consejo cubano* en el exilio, así como miembro fundador del periódico *La Verdad*, que defendía la causa anexionista cubana en los Estados Unidos.⁸⁰⁷

difusión órgano de difusión del nacionalismo expansionista más agresivo de la época previa a la Guerra Civil, y progresivamente fue abandonada por la mayoría de escritores de referencia. La revista tendría su último número en octubre de 1859, y en él sus editores recordarán los orígenes de la revista. Tanto en la *Antebellum Era*, como para la posteridad, la *Democratic Review* fue la revista de O'Sullivan, y sin su hábil labor editorial esta se vio abocada al mismo destino que su creador, a un largo y decadente viaje hacia el olvido. Fuller, "The United States Magazine and Democratic Review", pp. 23-24.

⁸⁰⁶Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 14-15.

⁸⁰⁷Ibíd., pp. 274-275; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 212-213.

O'Sullivan hizo una gran amistad con el nuevo miembro de la familia, quien le recomendó ir a Cuba en su viaje de novios. Desde noviembre de 1846 hasta inicios de 1847 los recién casados viajaron por la isla caribeña, y durante su estancia en la Habana Madan introdujo a O'Sullivan en las reuniones secretas del *Club de la Habana*, en donde este se comprometió ante los esclavistas cubanos a ayudarles a convencer al gobierno de Polk para anexionar la isla por los medios que fueran necesarios.⁸⁰⁸

Nada más dejar la *Democratic Review*, y tras haber acuñado el concepto de *Destino Manifiesto*, O'Sullivan había encontrado un nuevo objetivo vital con el que comprometerse. Y al igual que Don Quijote acabó creyéndose caballero tras habersele “secado el cerebro” por haber leído tantas aventuras de caballería, así mismo, O'Sullivan acabó por creerse un filibustero anexionista tras haber escrito tantos editoriales expansionistas. Y en donde el Quijote encontrara molinos por gigantes, O'Sullivan fue a dar con sus propios molinos al lanzarse ciegamente a la conquista filibustera de Cuba, así como por creer, que con la defensa de la esclavitud y la causa confederada, prestaba su último gran servicio a la república inaugurada por los *Padres fundadores*.⁸⁰⁹

A su regreso a los Estados Unidos O'Sullivan se reunió con James Buchanan (Secretario de Estado de Polk) para discutir la posible compra de la isla. Buchanan advirtió a O'Sullivan que el gobierno no entraría en ninguna nueva aventura expansionista hasta que no se decidiera la suerte de México, y que la única opción que contemplarían sería una compra consensuada con España. O'Sullivan elaboró un informe para la negociación de la compra de la isla asesorado por Washington Irving, quien al haber sido embajador estadounidense en España conocía la corte de Isabel II. O'Sullivan y Stephen Douglas propusieron a Polk la compra de Cuba por 100 millones de dólares, pero el gobierno se encontraba en ese momento ocupado con las negociaciones del tratado de Guadalupe-Hidalgo y desechó la propuesta de O'Sullivan. Un tiempo después la recuperarían y la presentarán a Madrid, pero el gobierno del General Narváez desdeñó la oferta.⁸¹⁰

La negativa inicial de Polk no desanimó a O'Sullivan quien se había unido al *Consejo Cubano* de Nueva York, en donde conoció al general exiliado Narciso López,

⁸⁰⁸Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 276-275; May, *Manifest Destiny Underworld*, pp. 257-259.

⁸⁰⁹Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Madrid: Real Academia Española, 2015), pp. 37-47, 103-113.

⁸¹⁰Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 276-286; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 213-215.

con quien desarrolló una profunda amistad. López compartió con O'Sullivan sus planes para invadir Cuba mediante un ejército filibustero, con la intención última de anexionar el territorio a los Estados Unidos. En Junio de 1848 O'Sullivan se volvió a reunir con Polk para pedir apoyo al gobierno para la empresa de López, a lo que Polk se negó alegando que la participación del gobierno de los Estados Unidos o de cualquiera de sus ciudadanos en esa empresa violaría el *acta de neutralidad de 1818*.⁸¹¹

Durante los siguientes cuatro años O'Sullivan llevó una doble vida. Su principal ocupación durante esos años fue ayudar a Narciso López a preparar las distintas expediciones filibusteras para provocar una insurrección en Cuba. O'Sullivan fue una pieza clave a la hora de conseguir financiación para la empresa y sirvió de enlace entre los esclavistas americanos interesados en la anexión de Cuba y los cabecillas cubanos de las futuras expediciones. A la vez que todo esto sucedía, O'Sullivan fue nombrado regente de la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) y siguió colaborando con sus antiguos colegas de la facción *barnburner* en dicha ciudad. Cuando en 1848 Polk renunció a presentarse a la reelección, y el conservador Lewis Cass fue nominado como candidato del partido demócrata, Van Buren y la facción radical abandonaron el partido para fundar junto a políticos whigs abolicionista el *Free Soil Party*, antecedente directo del partido republicano, que nominará a Van Buren como su candidato presidencial. Por una mezcla de lealtad personal hacia Van Buren y odio acérrimo a Cass (quien años antes había truncado su carrera diplomática), O'Sullivan se unió al *Free Soil Party* para gran sorpresa de muchos sureños que le tacharon de abolicionista. Sin embargo, tal y como confesaría años después a Stephen Douglas, O'Sullivan había tomado ya partido por el Sur y a favor de la esclavitud, pues pensaba que el abolicionismo era el mayor peligro para la pervivencia de la Unión, y si se había unido al *Free Soil party* era sólo porque quería ver derrotado a Cass.⁸¹²

Narciso López intentará independizar Cuba en tres ocasiones. En 1849 hubo un intento de expedición para desembarcar en Isla Redonda, O'Sullivan había sido instrumental a la hora de pactar con Calhoun el apoyo de muchos prominentes esclavistas para que financiasen la aventura filibustera. Sin embargo el gobierno whig del Presidente Zachary Taylor (un héroe de la guerra de México que acabó derrotando a

⁸¹¹Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 286-290; Tom Chaffin, "'Sons of Washington': Narciso López, Filibustering, and U.S. Nationalism, 1848-1851", *Journal of the Early Republic*, Vol. 15, No. 1 (Spring, 1995), pp. 79-80; Robert Granville, *Lopez Expeditions to Cuba: 1848-1851* (Princeton: Princeton University Press, 1915), pp. 48-54.

⁸¹²Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 263-272, 306; "The Democratic Caucus: Confusion Worse Confused", *The New York Herald*, 2 de febrero de 1846.

Cass y a Van Buren por la división de los demócratas) advirtió en un comunicado oficial que actuaría judicialmente contra todos los ciudadanos americanos que participasen en la expedición de López, con lo que esta acabó en fracaso antes de empezar.⁸¹³

López y O'Sullivan volverían a intentar una segunda expedición compuesta por medio millar de hombres que zarpó en mayo de 1850 desde Nueva Orleáns, y desembarcó en la playa de Cárdenas, provincia de Matanzas. A pesar de su físico enclenque O'Sullivan se enroló en esta expedición como oficial de campo. Sin embargo, el escaso apoyo local a la expedición obligó a los filibusteros a huir de las tropas españolas hasta que consiguieron escapar de la isla por *Key West*, y desde allí a Florida. El gobierno de Taylor apresó a López, a O'Sullivan y al resto de los cabecillas de la expedición y organizó un juicio en diciembre de 1850 por haber violado el *acta de neutralidad de 1818*. Como la expedición había partido de Nueva Orleans, correspondía al Estado de Luisiana llevar a cabo el juicio, pero la imposibilidad de encontrar un jurado imparcial llevó a que los filibusteros se salvaran del proceso, y el gobierno acabó retirando los cargos.⁸¹⁴

La experiencia de Cárdenas no desanimó a los dos filibusteros, quienes probaron suerte una tercera vez, pues como dice el dicho, “a la tercera va la vencida”. La tercera expedición fue diseñada por O'Sullivan, su particular Culloden. O'Sullivan preparó la expedición publicando panfletos de propaganda anexionista en la *Democratic Review*, compró dos barcos, el “Cleopatra” y el “Pampero”, y consiguió enrolar en la expedición a un nutrido grupo de exiliados cubanos, filibusteros americanos del Sur, excombatientes de la guerra contra México, así como un grupo de exiliados europeos que habían participado en las revoluciones de 1848. Pero en medio de los preparativos O'Sullivan volvió a ser arrestado bajo sospechas de actividad filibustera, siendo requisado en el proceso el barco “Cleopatra”. Para ser puesto en libertad O'Sullivan tuvo que prometer que no intentaría invadir Cuba de nuevo so pena de ir a juicio. Este contratiempo llevó a López a impacientarse. En julio de 1851 le llegaron noticias sobre una inminente insurrección en la isla, y López decidió partir hacia Cuba a bordo del “Pampero” sin O'Sullivan y acompañado solo por unos pocos hombres. La expedición

⁸¹³Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 291-298; Chaffin, “Sons of Washington”, pp. 86-92; Granville, *Lopez Expeditions to Cuba*, pp. 48-52.

⁸¹⁴Harris, “The Public Career of John L. O'Sullivan”, pp. 299-306; Granville, *Lopez Expeditions to Cuba*, pp. 57-82.

fue rápidamente derrotada y López murió condenado al garrote vil en septiembre de 1851 en la Habana.⁸¹⁵

Cuando la noticia llegó a los Estados Unidos un afligido O'Sullivan fue arrestado y procesado en un importante juicio por la violación del *acta de neutralidad de 1818*: "*The U.S. vs. John L. O'Sullivan and Others*". En esta ocasión O'Sullivan no podría librarse, ya que España tenía una fuerte reclamación que el gobierno norteamericano no tenía intención de aplacar. El juicio duró desde el 5 de marzo de 1852 al 3 de abril de ese mismo año y tuvo repercusión internacional, con especial seguimiento en los Estados Unidos, Inglaterra y España. O'Sullivan fue representado por su amigo John van Buren (hijo del expresidente) y por B. F. Cutting. El abogado general de Nueva York actuó de fiscal, quien durante varios días fue presentando a diferentes testigos que detallaron el involucramiento de O'Sullivan sobre todo lo referido a la gestión financiera de la expedición. Uno de los testigos fue Henry Burnett, uno de los cabecillas de la tercera expedición al que O'Sullivan había encomendado información sensible desconociendo que se trataba de un espía a sueldo de España. Burnett destapó ante el jurado todos los pormenores de la expedición, llevando a O'Sullivan al borde de la condena. Sin embargo, como al mismo tiempo era uno de los acusados en el juicio, el jurado había estudiado previamente todos sus movimientos, y al ser interrogado sobre sus constantes visitas al consulado español en Nueva York, este prefirió no responder. John van Buren hizo un alegato señalando la interferencia española en el proceso, y la prensa se puso automáticamente del lado de O'Sullivan. El jurado deliberó la condena el sábado 3 de abril de 1852. Una fuente cercana a John van Buren le informó de que el jurado estaba indeciso, pero que parecía más inclinado a la condena por siete votos contra cinco. Pero el juez Judson no estaba dispuesto a confinar al jurado durante el *sabbath*, y alegando que no creía en los veredictos forzados, decidió declarar a O'Sullivan inocente y retirar todos los cargos contra él.⁸¹⁶

⁸¹⁵Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 306-313; Granville, *Lopez Expeditions to Cuba*, pp. 83-115.

⁸¹⁶Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 313-323; "The trial of the Cuban Indictments" *New York Times*, 8 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: second day" *New York Times*, 10 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: third day" *New York Times*, 11 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: fourth day" *New York Times*, 13 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: fifth day" *New York Times*, 15 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: sixth day" *New York Times*, 15 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: seventh day" *New York Times*, 16 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: eighth day" *New York Times*, 17 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: ninth day" *New York Times*, 18 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: tenth day" *New York Times*, 19 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: eleventh day" *New York Times*, 20 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban

Tras el juicio O'Sullivan dejó por un tiempo la vida pública para dedicarse a los negocios especulativos con la construcción de vías para trolebús a lo largo de la calle Broadway, negocio que fracasó por los numerosos casos de corrupción en los que se vio envuelto. Por otra parte, O'Sullivan era un hombre marcado por el escándalo al que muy difícilmente volverían a ofrecerle ningún puesto político. Sin embargo, ese mismo año el general Franklin Pierce fue nominado candidato demócrata para las presidenciales y ganó la contienda contra el impopular y sobrevenido presidente Millard Fillmore. Franklin Pierce, al igual que O'Sullivan, era miembro del *Young America movement*, el grupo de jóvenes demócratas ultranacionalista cercanos a Stephen Douglas y máximos herederos del expansionismo expresado en el concepto de *Destino Manifiesto*. Pierce había conocido a O'Sullivan a través de Hawthorne y le tenía mucho aprecio, por lo que decidió nombrarle embajador en Portugal aún contando con el informe desfavorable del senado. Esta decisión llevó al New York Herald a protestar especulando que Pierce enviaba a O'Sullivan a Portugal para que asistiera al embajador en España Pierre Soulé para dar un golpe de Estado en Madrid, y hacerse de esta manera con Cuba.⁸¹⁷

O'Sullivan viajó a Europa envuelto en escándalo por su nombramiento y haciendo una primera parada en Liverpool, en donde su amigo Nathaniel Hawthorne había sido promocionado a Consul por Pierce. Tras un par de semanas viajó a Londres, donde se reunió a propuesta del embajador George Sanders con exiliados revolucionarios europeos. En este contexto tuvo una conversación con el revolucionario húngaro Lajos Kossuth, el antiguo líder de la izquierda francesa Alexandre-Auguste Ledru-Rollin y con el italiano Giuseppe Mazzini. O'Sullivan les tanteó para calibrar a posibilidad de preparar una nueva expedición filibustera a Cuba para luego partir hacia Lisboa.⁸¹⁸

Poco tiempo después de instalarse en la capital lusa O'Sullivan recibió una visita inesperada. El visitante se identificó como Victor Fronde, un exiliado revolucionario francés que había sido enviado por Ledru-Rollin. Este comentó a O'Sullivan que había causado una buena impresión a los líderes revolucionarios del exilio europeo en su reunión en Londres, y que habían decidido hacerle partícipe de una conspiración para reactivar el ciclo revolucionario en Europa. El relato se encuentra en un largo informe

filibusters: twelfth day" *New York Times*, 22 de marzo de 1852; "The trial of the Cuban filibusters: thirteenth day" *New York Times*, 23 de marzo de 1852.

⁸¹⁷Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 324-326, 329-347; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 218-222.

⁸¹⁸Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 347-354; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 223-225.

de 11 páginas escrito el 29 de agosto de 1854, junto a otras dos páginas y media más a modo de posdata datado del 30 de agosto, dirigidas al secretario de Estado William Marcy.⁸¹⁹

Fronde le contó a O'Sullivan que tras su partida de Londres, Sanders había sido cesado como embajador de los Estados Unidos en Inglaterra por el senado norteamericano, debido a que había sospechas de que estaba haciendo un uso indebido de su posición, y que sería sustituido por James Buchanan. Sanders habría sido uno de los arquitectos, junto a Pierre Soulé (embajador estadounidense en España), August Belmont (embajador estadounidense en Holanda) y John Y. Mason (embajador estadounidense en Francia) de un plan para ayudar a los revolucionarios europeos a iniciar un nuevo ciclo revolucionario en Europa a cambio de que estos les ayudasen a conseguir Cuba para los Estados Unidos. Pierre Soulé habría recibido unos meses antes (en los momentos previos a la Vicalvarada) una petición por parte de los líderes del partido demócrata español para recibir fondos y armas americanos de cara comenzar una revuelta con el objetivo de derrocar monarquía y proclamar la república. En pago por la ayuda el nuevo gobierno republicano de España cedería Cuba a los Estados Unidos. Esta propuesta de los españoles habría llevado a Soulé y Sanders a pensar en la posibilidad de comenzar un nuevo ciclo revolucionario en Europa con la ayuda de los republicanos exiliados en Inglaterra. El plan trazado por Ledru-Rollin y Sanders consistiría en pasar armas americanas y tropas de exiliados revolucionarios a través de Portugal a España (razón por la cual sería necesaria la colaboración de O'Sullivan), y ayudar a un segundo levantamiento en 1854 que terminaría definitivamente con el reinado de Isabel II. Una vez proclamada la república en España, los agentes de Ledru-Rollin asesinarían a Napoleón III, y en el caos del regicidio las tropas combinadas de exiliados europeos y republicanos españoles invadirían Francia propiciando un levantamiento en el que se proclamaría también la república. Con el poder combinado de España y Francia el resto de monarquías europeas irían cayendo una a una proclamando el republicanismo democrático por todo el continente europeo.⁸²⁰

Este fantástico plan debió sin duda tentar a O'Sullivan, pues no solamente ayudaría a expandir la democracia por Europa, sino que además posibilitaría la adquisición de Cuba a los Estados Unidos. Pero al encontrarse recién llegado a su

⁸¹⁹Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 356-362.

⁸²⁰John L. O'Sullivan a William Marcy, despacho diplomático de la embajada de Lisboa del 29 de Agosto de 1854, *National Archives*, Departamento de Estado, "Despachos de Portugal", caja XVI.

puesto de embajador en Portugal, y con la experiencia aún reciente de su fiasco filibustero, O'Sullivan tomó la decisión sin precedentes de actuar con prudencia y no dio una respuesta inmediata a Fronde sobre si se uniría a la conspiración. En vez de ello informó a William Marcy del contenido de la reunión y le pidió instrucciones. Marcy, quien no estaba al tanto del complot de sus embajadores, felicitó a O'Sullivan por su diligencia y le ordenó que se abstuviera de apoyar la conspiración. Acto seguido informó al presidente Pierce del complot de los embajadores y ambos acordaron que era muy peligroso dejar que estos siguieran adelante, pues si el plan salía a la luz podría dar lugar a una coalición de las potencias europeas contra los Estados Unidos. Marcy escribió a todos los embajadores implicados para ordenarles que abortasen el plan y para que recondujeran las reclamaciones de los Estados Unidos a Cuba por medios menos peligrosos. Estos obedecieron y en el mes de octubre Soulé, Buchanan y Mason realizaron una reunión en la ciudad belga de Ostende (a la que decidieron no invitar expresamente a O'Sullivan) y en donde lanzaron un famoso manifiesto en donde proclamaron el derecho de los cubanos a su independencia y la soberanía de los Estados Unidos sobre la isla.⁸²¹

El tiempo que restó de la misión diplomática en Portugal transcurrió sin incidentes. O'Sullivan había llegado justo al comienzo del reinado de Pedro V de Braganza, cuyas simpatías por el liberalismo posibilitaron a O'Sullivan trabar una profunda amistad con el rey, al punto de convertirse en uno de los miembros más influyentes de su corte. El rey solía invitar a O'Sullivan y a su mujer a cenas privadas en palacio, y también a que lo acompañase en sus viajes por Europa. Como muestra de su predilección por O'Sullivan, Pedro V regaló al diplomático americano tres pinturas de Bartolomé Esteban Murillo. El hecho de que O'Sullivan fuera el primer embajador americano que hablase portugués de manera fluida fue un detalle muy apreciado en la corte lusa. En 1856 acabó el mandato de Pierce y Buchanan fue elegido nuevo presidente demócrata de los Estados Unidos. Para desgracia de O'Sullivan, Lewis Cass fue escogido como nuevo secretario de Estado. Cass guardaba una profunda animadversión hacia O'Sullivan, pues le consideraba uno de los responsables de haber perdido la carrera por la presidencia en 1848 (por haber ayudado a Van Buren a lanzar su candidatura con el *Free Soil Party*) por lo que a pesar de todo lo que había logrado

⁸²¹Harris, "The Public Career of John L. O'Sullivan", pp. 362-365.

O'Sullivan influyendo en el rey de Portugal, Cass le destituyó de su puesto volviendo a hundir (esta vez definitivamente) su carrera diplomática.⁸²²

A pesar de no contar con un estatus de diplomático, O'Sullivan decidió quedarse en Lisboa bajo la protección y amistad del rey. Su madre se encontraba muy enferma de artritis y el clima lisboeta la aliviaba. Por otra parte, a O'Sullivan no le gustaba la dirección que estaba tomando la política estadounidense con el recrudecimiento de los debates seccionales y por la aparición del partido republicano. En Lisboa sobrevivió gracias al dinero que fue sacando con la venta de los cuadros de Murillo y gracias a la ayuda financiera de amigos como Hawthorne, Bigelow y Tilden. En esta época O'Sullivan volvió a sus fantasías especulativas convenciendo a Hawthorne para invertir juntos en unas minas de cobre españolas que resultarían ser un fiasco. Cuando estalló la Guerra Civil O'Sullivan se encontraba en Portugal, su querida madre acababa de morir y la república americana a la que tanto había venerado en su juventud colapsaba por sus contradicciones constitutivas, sin posibilidad de mantenerse unida por más tiempo mediante compromisos *seccionales*. Y en estos tiempos difíciles O'Sullivan tomó una decisión crucial que marcaría el resto de su vida, y se declaró públicamente a favor de la causa confederada, desde la convicción de que estos representaban de manera más pura los valores del viejo orden, y durante la contienda ejerció de propagandista pro esclavista en Europa. O'Sullivan, que no había firmado prácticamente ningún escrito en los 25 años que llevaba como periodista, para su futura desgracia decidió comenzar a firmar todos y cada uno de los panfletos pro esclavistas que escribió en ese periodo.⁸²³

El primer texto de propaganda que escribió llevaba por título *Union, Disunion and Reunion: A Letter to General Franklin Pierce, Expresident of the United States* (1862). El texto se trataba de un largo panfleto criticando el excesivo tamaño del gobierno federal y su injerencia continua en los asuntos de los Estados, acompañando su crítica de recomendaciones para reformar la Unión y recuperar la paz mediante un compromiso entre el Norte y el Sur. O'Sullivan envió una copia del texto tanto a Pierce como Tilden con instrucciones para que lo publicasen en los Estados Unidos, pero ante la pasividad de estos decidió publicarlo en Londres. Al llegar el panfleto a los Estados Unidos todos sus antiguos amigos quedaron sorprendidos por sus posiciones pro-esclavistas, salvo Tilden, que ya había advertido desde hacía tiempo la deriva de su

⁸²²Ibid., pp. 368-390; "Portugal", *The Daily News*, 7 de febrero de 1857.

⁸²³Harris, "John L. O'Sullivan Serves the Confederacy", pp. 275-285; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 227-229; Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 496-497.

amigo. Esto condujo a que todo su antiguo círculo del partido demócrata se distanciase de él (salvo los miembros del *Young America movement*, que habían seguido sus mismos pasos). Sin embargo el embajador confederado en París quedó complacido con el texto y pidió al gobierno de Richmond que le otorgase a O'Sullivan la ciudadanía confederada. En 1863 O'Sullivan redactó un segundo panfleto dirigido también a los ciudadanos del Norte para convencerles sobre la inminente e inevitable victoria militar de la Confederación (en la que O'Sullivan en realidad no creía) y esta vez el panfleto estaría dirigido a Samuel Morse, inventor del código morse y distinguido autor de teorías racistas en la ciudad de Nueva York: *Peace the Sole Chance Now Left for Reunion: A Letter to Prefessor S. F. B. Morse* (1863).⁸²⁴

Ese mismo año O'Sullivan se mudó a Londres para continuar con su ofensiva propagandística, pero concentrándose esta vez en la opinión pública inglesa para que este país entrase en la guerra a favor de la Confederación. Su último panfleto sería *Recognition: Its International Legality, its Justice and its Polity: a Letter to Lord Palmerston* (1863). Como indica su título el escrito estaba dirigido al primer ministro inglés, y en él especuló sobre la diferencia entre un proceso de independencia y otro de secesión, para concluir que el secesionismo no sería lo mismo que el independentismo en el que habrían incurrido ilegalmente las colonias durante la revolución americana, pidiendo a Palmerston que por lo tanto interviniera a favor de las gentes del Sur. Este escrito probablemente convierta a O'Sullivan en uno de los primeros teóricos y apologetas del secesionismo. En 1864 O'Sullivan fue enviado a Copenhague por el gobierno confederado para que negociase la compra de acorazados a diversos países escandinavos, y en todo momento mantuvo correspondencia directa con el presidente Jefferson Davis. Cuando la Confederación fue derrotada en 1865 O'Sullivan quedó sumido en la desgracia. En un primer momento se le señaló como cómplice en el asesinato de Lincoln y se puso precio a su cabeza, pero con el tiempo los cargos fueron retirados. En todo caso quedó señalado como un traidor y todos sus amigos le abandonaron definitivamente. Contaba con 52 años, y por delante le aguardaban tres décadas de una vida sin estímulos a la sombra de la importante figura que había sido en su juventud.⁸²⁵

⁸²⁴Harris, "John L. O'Sullivan Serves the Confederacy", pp. 286-288; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 229-232.

⁸²⁵Harris, "John L. O'Sullivan Serves the Confederacy", pp. 286-288; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. 234-237.

Permaneció por un tiempo en Europa dedicándose a la abogacía, y finalmente conseguiría triunfar en sus fantasías especulativas, ya que lograría un puesto en el consejo de administración de la compañía anglo-francesas de mármoles *Marezzo*. En 1876 Tilden fue nominado candidato demócrata para la presidencia en las elecciones de ese año, ganando en voto popular debido al hartazgo por los continuos escándalos de corrupción de la presidencia de Ulysses S. Grant. Sin embargo, en el Estado de Oregón hubo una disputa relativa a la legalidad de un compromisario favorable a Tilden, y la diferencia de este compromisario ofreció la victoria al candidato republicano (Rutherford B. Hayes). Tilden aceptó el resultado a cambio de que se retirasen las tropas federales del Sur y que el gobierno decretase el fin de la *Reconstrucción*. Durante la campaña O'Sullivan intentó que su antiguo amigo le aceptase en su equipo electoral (comandado por su antiguo camarada y empleado en el *Morning News*, John Bigelow), pero fue rechazó tanto por Tilden como por Bigelow. El protegido de Tilden en Nueva York, Grover Cleveland, llegaría a presidente de los Estados Unidos en 1884 y 1892, y también rechazó a O'Sullivan cuando este le ofreció su apoyo durante su primera carrera presidencial.⁸²⁶

El único antiguo *jacksoniano* que dio una oportunidad a O'Sullivan tras su caída en desgracia fue el abogado neoyorkino David Dudley Field, quien décadas atrás había sido colaborador en la *Democratic Review* y aún recordaba los esfuerzos de O'Sullivan en la década de 1840 por crear una sociedad de naciones. Dudley Field había sido elegido para representar a los Estados Unidos en la conferencia de Bruselas de mayo 1873 y también para la conferencia de Ginebra de septiembre de 1874. Ambos encuentros formaban parte de un esfuerzo por crear una asociación internacional para la reformar del derecho de gentes, cuyos esfuerzos debían ir encaminados a dotar a todas las naciones “civilizadas” de un corpus jurídico común para la resolución consensuada de sus conflictos. O'Sullivan acompañó a Dudley Field a la conferencia de Ginebra en la que se pretendía poner las bases jurídicas de la asociación, y O'Sullivan fue elegido miembro del comité que redactó sus estatutos.⁸²⁷

⁸²⁶“The Anglo-French Marezzo Marble”, *Pall Mall Gazette*, 3 de Julio de 1872; *The Daily Phoenix*, 27 de febrero de 1874; Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, p. 233.

⁸²⁷[Anónimo], “International Law: the Better Way”, *Harpers Weekly Magazine: a Journal of Civilization*, Vol. XVIII, No. 933, (November, 1874), p. 942; [Anónimo], *The International Law Association: Reports of the First Conference Held at Brussels 1873 and of the Second Conference Held at Geneva 1874* (Londres: West, Newman and Co., 1903), pp. 52-58; James B. Miles, *The Association for the Reform and Codification of the Law of Nations: a Brief Sketch of its Formation* (Paris: E. Brière, 1875), pp. 2-15.

Existe también una leyenda extendida por su necrológica del *New York Times* por la que se cuenta que durante la ceremonia de celebración para desvelar la Estatua de la Libertad el 28 de octubre de 1886, las autoridades de la ciudad de Nueva York le pidieron que ofreciera un discurso inaugural dirigido a la comitiva gala debido a su excelente dominio del francés. Sin embargo, Pratt no consiguió encontrar evidencias de este hecho, y el reportaje del *New York Times* sobre el evento tampoco señala que O’Sullivan jugase ningún papel oficial en el acto. Widmer sin embargo se sirvió de esta confusa información para señalar lo paradójico de la hipotética situación: O’Sullivan convertido en una vieja gloria del nacionalismo americano que ya nadie recordaba ofreciendo un discurso nacionalista en una lengua que su audiencia probablemente no entendería. Posiblemente esta leyenda sea una confusión derivada de la estafalaria iniciativa que O’Sullivan lanzó en 1881 para erigir en Nueva York una estatua a Jefferson de “dimensiones colosales” que debía servir de monumento para la Exposición Universal de Nueva York que se celebraría en 1883. O’Sullivan había tenido éxito convenciendo al presidente Polk en 1845 para que erigiera una estatua a Jackson frente a la Casas Blanca (la actual estatua de Clark Mills erigida en 1853 en Lafayette Park), sin embargo el Jefferson colosal nunca vio la luz.⁸²⁸

O’Sullivan vivió en Nueva York con su mujer Susan desde finales de 1870 hasta su muerte en 1895. Sobrevivió a todas las figuras de su época en un lento declinar y en un viaje hacia el olvido. Su nombre fue confundiéndose progresivamente con el del famoso boxeador John L. Sullivan, que viviría sus días de gloria justo en esa misma época. Sumido en el espiritismo, O’Sullivan languideció durante sus últimos días rodeado de espectros imaginarios de épocas pasadas, y como sugirió Perry Miller en *The Raven and the Whale* (1953), convirtiéndose él también en un espectro irreconocible con respecto a la vibrante figura que había sido en su época jacksoniana. En 1889 sufrió una embolia que le causó una hemiplejía, que a su vez derivó en parálisis y afasia. Enmudecido, incapacitado y olvidado, O’Sullivan sobrevivió postrado en una cama durante seis años gracias a los cuidados de su mujer, hasta que murió por una gripe a los 81 años, el 23 de marzo de 1895, en un hotel familiar situado entre las calles 15 East y la 11 en Nueva York. En su necrológica se resaltaría su amistad con Hawthorne, su dominio lingüístico (especialmente del francés) y su trayectoria

⁸²⁸Pratt: “John L. O’Sullivan and Manifest Destiny”, p. 233; Widmer, *Young America*, p. 208; “The Statue Unveiled”, *New York Times*, 29 de octubre de 1886; John W. Forney, “Jefferson, Hamilton and the Old Times”, *The Charlotte Democrat*, 29 de abril de 1881 [párrafo móvil proveniente del *Philadelphia Progress*].

diplomática como embajador de los Estados Unidos en Portugal. Sin embargo, no aparecerá ninguna referencia a su importante labor literaria como editor de la *Democratic Review* o del *New York Morning News*, ni se hará mención sobre su contribución a la conformación del concepto de *Destino Manifiesto*.⁸²⁹

Dos años después William McKinley lograría la presidencia gracias a un programa ultranacionalista e imperialista que traería consigo la recuperación del *Destino Manifiesto*, gracias entre otras razones a la obra de Fiske y de muchos otros teóricos del darwinismo social. El concepto acuñado por O'Sullivan brillaría una vez más en la prensa enarbolado por sus odiados rivales del partido republicano, quienes conseguirían finalmente lograr la meta en la que él había fracasado sistemáticamente: obtener el dominio de Cuba para los Estados Unidos con la *Guerra de 1898*.⁸³⁰

Y de esta manera O'Sullivan cumplió con el hado familiar que generación tras generación parecía ir persiguiendo a cada uno de los miembros varones de su saga. Genialidad y desmesura, auge y caída, el autor del concepto de *Destino Manifiesto* personificó con su trayectoria vital las esperanzas y los excesos del siglo XIX, la era del romanticismo. Y al igual que Aureliano Babilonia buscó en los pergaminos de Melquíades el destino de su familia, O'Sullivan escudriñó las tablas poblacionales de los censos americanos para proclamar el *Destino Manifiesto* de América. Sin embargo, en su optimismo de juventud, no fue capaz de prever las consecuencias de algunas de sus decisiones guiadas por su temperamento romántico, y como consecuencia no vivió cien, si no treinta años de soledad, y como diría Gabriel García Márquez al final de su novela: “las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra”.⁸³¹

⁸²⁹Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. XIII-XVI, 237-238; Miller, *The Raven and the Whale*, pp. 340, 349; Pratt: “John L. O'Sullivan and Manifest Destiny”, p. 234; “The Obituary Record: John L. O'Sullivan”, *New York Times*, 27 de marzo de 1895.

⁸³⁰Pratt: “John L. O'Sullivan and Manifest Destiny”, p. 234.

⁸³¹Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad. Edición conmemorativa Real Academia Española, Asociación de academias de la lengua española* (Madrid: Alfaguara, 2007), pp. 469-471. Agradezco a Alain Santos Fuentes que me sugiriera esta cita.

12. La autoría del concepto de *Destino Manifiesto*⁸³²

A lo largo de la tesis he ido anunciando que uno de los objetivos de mi investigación será demostrar que John L. O'Sullivan fue el autor que acuñó el concepto de *Destino Manifiesto*. Considero que este acto de formación conceptual no fue el resultado de una acción casual, ni tampoco producto de una decisión premeditada, sino que su acuñación respondió a todo un proceso de evolución del pensamiento de O'Sullivan en su intento por fundamentar los motivos expansionistas del sistema democrático americano, lo que culminó con la formación tanto de un pensamiento geopolítico, como de una *filosofía de la historia*, y ambas instancias encontrarían su expresión a través de este término.

En este capítulo voy a desentrañar el problema de la autoría del concepto de *Destino Manifiesto*, presentando la hipótesis alternativa de la historiadora Linda S. Hudson y explicando su propuesta metodológica, que se basó en utilizar un análisis textual por ordenador para intentar dilucidar el estilo de O'Sullivan y de Jane Cazneau, a partir de la comparación de tres textos (uno presuntamente de cada escritor, y un tercero cuya autoría habría que dilucidar) para determinar de este modo quién de los dos podía ser el autor del editorial anónimo "Annexation"(1845) en donde apareció por primera vez el concepto estudiado. A la hipótesis y metodología de Hudson voy a contraponer el método hermenéutico y explicaré cómo el análisis textual desde esta perspectiva me ha permitido reconstruir un horizonte de sentido que habría quedado invisibilizado desde un plano de análisis estrictamente formal del lenguaje, que es la opción por la que se decanta la profesora Hudson.

⁸³²En este capítulo voy a realizar constantes referencias al libro de la historiadora Linda S. Hudson *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau* (2001), libro publicado por la *Sociedad histórica de Texas* y que dicha institución ha puesto a disposición pública a través de su página web: <https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metaph296844/>. Recomiendo consultar el enlace de cara a comprobar cualquiera de las numerosas críticas que iré presentado contra esta obra. Por otra parte creo conveniente justificar mi manera de referirme a Jane Cazneau, la autora alternativa a O'Sullivan. Cazneau nació como Jane Maria Eliza McManus, siendo los tres primeros morfemas sus nombres, y McManus su apellido de soltera. Cuando esta se casó con Allen Storm adoptó su apellido, que en ocasiones escribía incorrectamente como *Storms*, tras separarse lo mantuvo hasta que se casó en segundas nupcias con el pionero y filibustero William L. Cazneau, cuyo apellido adoptó durante la mayor parte de su vida hasta su muerte. Sin embargo, ella firmaba sus escritos bajo el pseudónimo de Cora Montgomery, que también podía derivar en Corinne Montgomery, C. Montgomery, Montgomery, o incluso como MONTGOMERY. En base a todas estas posibilidades he optado adoptar la nomenclatura más común en la historiografía que se corresponde con su primer nombre y su apellido de casada en segundas nupcias, es decir, Jane Cazneau, o Cazneau a secas. Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, pp. 45-46.

Ahora bien, considero que es importante plantear una advertencia teórico-metodológica antes de comenzar con el análisis de la propuesta de Hudson y la exposición de mis descubrimientos.

Aunque en este capítulo voy a operar contraponiendo el enfoque hermenéutico al análisis computacional, en rigor no creo que sean dos aproximaciones estrictamente incompatibles. Como expondré más adelante, en la investigación humanístico-social la tendencia actual de las humanidades transita hacia un modelo híbrido en donde a los métodos tradicionales de trabajo se les van sumando nuevos procesos metodológicos mediados por la informática. Sin embargo, para la mayor parte de los investigadores no especializados en esta área, esta *digitalización de las humanidades* está ocurriendo debido a la disponibilidad y utilidad de las herramientas digitales, más que como resultado de una reflexión crítica sobre la pertinencia, posibilidades, límites y desventajas de la introducción de estas herramientas de investigación, lo que a la larga puede generar problemas metodológicos de enorme calado. Y ciertamente las humanidades pueden verse muy beneficiadas por la integración de estas herramientas de trabajo, en donde los programas de análisis textual podrían servir de apoyo a una mirada guiada por la hermenéutica. Aún así, no es mi pretensión ofrecer en estas páginas una propuesta bien articulada de este método híbrido, tan sólo pretendo señalar que la contraposición que voy a exponer entre estos dos métodos es circunstancial y no fundamental, y se debe principalmente al uso (a mi juicio espurio) que Hudson ha hecho de los programas de análisis de texto, y no por un recurso de principio contra este tipo de herramientas.⁸³³

12.1 La hipótesis alternativa de Linda S. Hudson:

En el año 2001 la historiadora texana Linda S. Hudson publicó su tesis doctoral en forma de libro bajo el título *Mistres of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau*, una biografía sobre la periodista pro-expansionista Jane Cazneau. Esta periodista fue una figura pionera, tanto en el sentido literal del término (pues participó en la colonización americana en Texas viviendo en la *Frontera*), como de manera figurada, siendo una de las primeras periodistas estadounidense que gozó de

⁸³³ Anne Burdick, Johanna Drucker, Peter Lunenfeld, Todd Pressner y Jeffrey Schnapp, “Humanities to Digital Humanities” en *Digital Humanities* (Cambridge: MIT Press, 2012), pp. 4-19, 23-24; Jo Guldi y David Armitage, “Grandes cuestiones; big data” en *Manifiesto por la historia* (Madrid: Alianza Editorial, 2016), pp. 163-168.; Matthew G. Kirschenbaum, “What Is Digital Humanities and What’s It Doing in English Departments?” en *ADE Bulletin*, Number 150 (2010), pp. 1-6.

una amplia influencia política en su época. Aunque como Hudson ha criticado esto no ha evitado que Cazneau fuera largamente ignorada por la mayor parte de la historiografía por el hecho de ser mujer. Esto resulta evidente si se tiene en cuenta que en su tiempo Cazneau gozó de gran reputación y prestigio entre los círculos demócratas, expansionistas, incluso entre políticos de primera fila, teniendo contactos e influencia en los gabinetes de los presidentes Polk, Taylor, Pierce, Buchanan, Lincoln, Johnson y Grant, y siendo una protegida del político demócrata William Marcy. La tesis de Linda S. Hudson es por tanto una muy valiosa incorporación a la bibliografía sobre la historia del siglo XIX norteamericano, pues ha aportado claves sobre una figura histórica relevante en la conformación de la opinión pública americana. Hudson además ha planteado otra notable contribución a la historiografía estadounidense sobre el siglo XIX por haber introducido la perspectiva de género en la temática del *Destino Manifiesto*, enfoque que en la actualidad domina los últimos trabajos que se están publicando sobre esta materia tal y como expuse en el capítulo primero.⁸³⁴

Pero el elemento que Hudson reivindica como su mayor contribución es la presunción de haber descubierto una autoría alternativa en la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto*, desafiando el consenso historiográfico precedente que desde el año 1927 había aceptado la hipótesis (nunca del todo probada) que erigió Julius W. Pratt, quien señaló a O'Sullivan como el autor del concepto. Contra este consenso historiográfico, Hudson propuso una nueva hipótesis, cuya carga probatoria descansaría en un análisis por ordenador del texto en donde apareció por primera vez el concepto de *Destino Manifiesto*, el editorial "Annexation" aparecido en el número 85, volumen 17 de la *Democratic Review*, correspondiente a los meses de julio-agosto de 1845.⁸³⁵

⁸³⁴Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, pp. 1-6, 306; Resulta interesante y bastante significativo que la única figura de autoría alternativa a O'Sullivan en lo referido a la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto* haya sufrido el mismo problema de olvido y negligencia en su estudio (problema aún más acusado en el caso de Cazneau por el sesgo de género que ha lastrado históricamente a la academia). Este motivo inspiró a la escritora Shirley Butler LaRocca a escribir una novela sobre la vida de Jane Cazneau, inspirándose entre otras fuentes en la obra de Hudson. En la novela se ficcionan todos los argumentos presentados por Hudson, incluida la hipotética relación profesional entre O'Sullivan y Cazneau, así como el momento de creación del concepto de *Destino Manifiesto*, atribuido también en la novela a Cazneau. Shirley Butler LaRocca, *That Quixotic Lady: the Story of a Remarkable Lady that History Failed to Remember!* (Nueva York: iUniverse Inc., 2008), pp. VII-IX, 167-173, 363.

⁸³⁵ En una nota al primer editorial de este volumen O'Sullivan explica que por un cambio en la agencia que publicaba la revista el número de julio de 1845 había salido con un mes de retraso, fusionándose con el número siguiente de agosto en un mismo número doble. En la publicación aparece como el número 85, Sin embargo, lo correcto sería haberlo considerado como el número 85/86, pues el número de septiembre aparece como número 87. A efectos de citación conservaré Sin embargo, la numeración que aparece en la revista. [John L. O'Sullivan], "The Statue of Jackson", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, N°. 85, (July-August 1845), p. 3.

Conocida en la prensa como Cora Montgomery, Cazneau firmó muchos de sus editoriales bajo numerosas variaciones de este pseudónimo que variarán para ocultar su sexo y no verse así perjudicada por los prejuicios machistas de la sociedad americana de mitad del siglo XIX. Bajo el pseudónimo de *C. Montgomery* Cazneau publicó en marzo de 1845 en la *Democratic Review* un artículo titulado “The Presidents of Texas”, un ensayo sobre los líderes del movimiento secesionista texano que posteriormente amplió hasta convertirlo en un libro titulado *Texas and Her Presidents: With a Glance of her Climate and Agricultural Capabilities* (1845).⁸³⁶

Esta es la única contribución conocida a la *Democratic Review* por parte de Cazneau y sobre la que existe un consenso generalizado. Sin embargo, la historiadora Linda S. Hudson ha propuesto en su libro que la colaboración de esta autora en la revista trascendió esta publicación concreta, hasta el punto de que en el curso de su argumentación Hudson le acaba atribuyendo a Cazneau la autoría sobre la vasta mayoría de los editoriales políticos de la *Democratic Review*, incluido el texto donde surgió el concepto de *Destino Manifiesto*. Para demostrar esta hipótesis Hudson dedicó el tercer capítulo de su libro (Chaper III: Manifest Destiny, 1840-1846) a considerar la relación de la escritora con la revista, haciendo gravitar el peso de las conclusiones de su libro sobre este capítulo.⁸³⁷

Según Hudson la oportunidad de publicar en la *Democratic Review* se la proveyó a Cazneau el político William Marcy, miembro de la facción conservadora de los *hunkers* (rivales de la facción *locofoco* a la que pertenecía O’Sullivan) y figura destacada del *Albany Regency*, el grupo de prohombres que controlaban el aparato del partido demócrata en Nueva York. En enero de 1839 O’Sullivan publicó un editorial titulado “The New York Election” en el que responsabilizó a Marcy de la derrota de los demócratas en las elecciones a gobernador de dicho Estado. Marcy averiguó la identidad del editorialista a través de sus contactos en Washington y elevó una queja al partido, llevando a Van Buren a interceder reprendiendo a O’Sullivan, quien ofreció a Marcy a modo conciliatorio la oportunidad de publicar un artículo en la revista. Es esta pelea la que llevó a Hudson a considerar que “muy probablemente” (“most likely”), aportó a Cazneau su oportunidad para publicar en la *Democratic Review*. Subrayo el

⁸³⁶[Jane Cazneau] C. Montgomery, “The Presidents of Texas” *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, N°. 81, (March, 1845), pp. 282-291. El texto “The Presidents of Texas” se corresponde a los capítulos VIII, IX y X del siguiente libro: [Jane Cazneau] Corinne Montgomery, *Texas and Her Presidents: With a Glance of her Climate and Agricultural Capabilities* (Nueva York: E. Winchester, New World Press, 1845), pp. 65-87; Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, pp. 45, 48, 62-63.

⁸³⁷ *Ibid.*, pp. 45-68.

“most likely” porque es concretamente la manera en que Hudson presenta su hipótesis. De hecho las fórmulas condicionales se repiten por todo el capítulo a una escala que no encuentra precedente en el resto de su investigación, en donde su estilo es mucho más asertivo.⁸³⁸

Marcy habría ofrecido a Cazneau escribir en la revista en su lugar para intentar promocionarla, sin embargo, al no existir una colección centralizada de la correspondencia y los papeles de O’Sullivan no sabemos si esta propuesta llegó a materializarse ni de qué manera (sin contar el artículo sobre los presidentes de Texas que fue publicado seis años después de esta situación, mediando demasiado tiempo para que su publicación fuera resultado de una disculpa política). Hudson se ve inclinada a atribuir los editoriales de los meses de septiembre y noviembre de 1839 a Cazneau, pues el estilo de los mismos recuerda según ella a la escritura de Marcy, Sin embargo, no cuenta con evidencias documentales para sostenerlo. Esto no limitará a Hudson para proponer que en los meses siguientes Cazneau seguirá colaborando en la revista. En principio parecería extraño que O’Sullivan fuera a aceptar la colaboración continuada de una escritora que le habría sido impuesta a través de un rival político, si bien O’Sullivan podría haber quedado complacido con las contribuciones de Cazneau obviando las circunstancias de su llegada. Todas son posibilidades plausibles, pero sin ninguna fuente documental que lo confirme solo es posible especular.⁸³⁹

A esta indemostrable colaboración habitual de Cazneau, Hudson añadió un grado más de involucración de la autora en la edición cotidiana de la revista: “Al comienzo de 1841, Jane Storm [Cazneau] posiblemente trabajó como bibliotecaria o secretaria de O’Sullivan. Como no existe una colección de los papeles de O’Sullivan o de Storm, la naturaleza de su relación probablemente nunca la conoceremos”.⁸⁴⁰

El modo condicional en el que está redactado el párrafo, prevalente en todo el capítulo, llevaría a pensar que Hudson trataría esta hipótesis con suma cautela, sobre todo teniendo en cuenta que no aporta fuentes documentales para sostener esta afirmación (como ella misma reconoce) y por el hecho de que no ofrece más referencias que respalden esta idea que la tesis doctoral de Robert D. Sampson “‘Under the Banner of the Democratic Principle’: John Louis O’Sullivan, the Democracy and the *Democratic Review*” (1995). En circunstancias normales la tesis de Sampson sería una

⁸³⁸ Ibid., p. 46.

⁸³⁹ Ibid., pp. 46-47.

⁸⁴⁰ Ibid., pp. 49, 250.

fuentes secundarias sólidas sobre las que apoyarse, pues Sampson es probablemente el mayor experto vivo en O'Sullivan. Sin embargo, cuando Sampson convirtió su tesis doctoral en libro, dos años después de que apareciera publicada la tesis de Hudson, este se convirtió en su principal crítico, aportando numerosas pruebas para desmentir las hipótesis de esta autora. Esto resulta problemático para las tesis de Hudson porque el texto de Sampson es la fuente secundaria más utilizada en el capítulo 3 (fundamentando 9 de las 59 citas), y es la fuente de autoridad con la que esta autora justifica la mayor parte de interacciones de Cazneau con la *Democratic Review* en aquellas situaciones en que no cuenta con la documentación primaria que avale sus hipótesis.⁸⁴¹

Hasta ahora Hudson sólo ha ofrecido como prueba de la participación de Cazneau en la *Democratic Review* una invitación de Marcy cuya materialización no puede demostrar, así como la referencia a un historiador que con posterioridad se convertiría en su mayor crítico. La hipótesis de Hudson no parece encontrarse muy bien fundamentada hasta este momento, pero la autora aportará dos “pruebas” más con las que intentará demostrar la conexión de la autora con la revista.

Otra de las razones por la que Hudson propuso que Cazneau fue secretaria de O'Sullivan se fundamenta en un análisis caligráfico de la correspondencia del editor de la *Democratic Review* con el presidente Polk. Según Hudson las cartas enviadas a Polk por O'Sullivan el 15 de febrero de 1845 y el 25 de septiembre de 1845, atendiendo a su caligrafía habrían sido escritas por Cazneau, mientras que la carta del 8 de julio de 1844 correspondería a la letra de O'Sullivan. Pero Hudson no aporta ninguna prueba para sostener esta afirmación: no incluye en su estudio muestras documentales de las distintas cartas para poder compararlas ni explica el criterio caligráfico o grafológico desde el que poder sostener la existencia de diferencias morfológicas en la caligrafía de estas cartas.⁸⁴²

Por otra parte desconozco el grado de conocimiento que pueda tener Hudson sobre la grafología como disciplina “psicológica”. En todo caso fundamentar una hipótesis en un análisis grafológico puede resultar cuestionable si las diferencias morfológicas entre las grafías no resultan muy evidentes (como ocurre en el caso de estas tres cartas), esto sin considerar que la grafología es una disciplina cuyo reconocimiento científico es objeto de debate aún en la actualidad. Pero sin entrar en

⁸⁴¹Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, pp. XV, 244-245; Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, pp. 249-255. Véase la nota 11 del libro de Hudson, p. 250.

⁸⁴²Ibíd., pp. 50, 251.

esta consideración existe un problema en la presentación de las “evidencias” que realiza Hudson, y que se materializa en el hecho de que esta autora no establece una muestra cuyo tamaño pueda considerarse representativo, y desde el cual se puedan extrapolar conclusiones. La reflexión sobre los criterios que hacen a una muestra representativa ha sido siempre una de las mayores preocupaciones que han compartido aquellos científicos sociales e historiadores que han fundamentado sus investigaciones en un método de carácter cuantitativo, y es una precaución metodológica que Hudson ignora en todo el capítulo.⁸⁴³

Más allá de la opinión que se pueda tener de la grafología como disciplina académica, pocos investigadores podrán dar por válida una hipótesis que se fundamente en una comparación caligráfica cuya muestra está compuesta por tres cartas manuscritas firmadas con la misma rúbrica. El universo muestral es demasiado pequeño para extrapolar conclusiones, y no se aporta en ningún momento una fuente caligráfica alternativa que esté firmada por la autora que sirva para comparar con estas tres cartas.

Todos estos problemas no impidieron a Hudson proponer que Cazneau participase en la *Democratic Review* desde 1841 hasta 1846, y no solo en condición de secretaria de O’Sullivan, sino además como autora de los editoriales políticos escritos desde 1839 hasta 1846, es decir, durante la casi totalidad del periodo en que O’Sullivan fue editor de esta revista. Esta aseveración resulta contundente, pues de ser cierta convertiría a Cazneau en la autora de muchos de los escritos más influyentes de la Era Jackson. Pero ¿en base a qué criterio Hudson asciende a Cazneau a editorialista política de la *Democratic Review*? No porque aporte fuentes que lo acredite, pues no cuenta con ellas, sino en virtud de un análisis por ordenador del texto en donde apareció por primera vez el concepto de *Destino Manifiesto*, el editorial del número 85 (Vol. 17) de la *Democratic Review* titulado “Annexation”.⁸⁴⁴

La piedra angular del capítulo III del libro de Hudson descansa sobre un análisis del editorial anteriormente mencionado utilizando el procesador de textos *Wordperfect 6.1*, un programa lanzado en el año 1994 que contenía una herramienta que se llamaba *Grammatik*, que permitía revisar la ortografía de un texto y realizar operaciones relativamente sencillas de análisis textuales como medir la longitud de los distintos recursos lingüísticos, los patrones de puntuación, o el uso de slang y tecnicismos, entre

⁸⁴³Roderick Floud, *Métodos cuantitativos para historiadores* (Madrid: Alianza Editorial, 1983), pp. 203-214.

⁸⁴⁴Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, pp. 46-50.

otras muchas operaciones. Se trata de una herramienta arcaica de análisis textual para los estándares actuales de los programas que se utilizan en las humanidades digitales, e incluso para los estándares de finales de los años 90 en los que probablemente Hudson realizó su estudio. Tiene Sin embargo, la ventaja de ser fácil de manejar, pues no requiere conocimientos de lenguaje informático, programación o código.⁸⁴⁵

A finales de los 90 las humanidades digitales ya llevaban dos décadas de desarrollo, pero el proceso de digitalización de las humanidades como campo disciplinar se encontraba en sus primeros estadios. En un contexto en el que el grueso de la investigación histórica seguía realizándose *offline* la solución metodológica de Hudson resultaba novedosa para los enfoques que eran habituales en la época.⁸⁴⁶

En su estudio Hudson llamó la atención sobre el hecho de que la mayor parte de investigadores que habían tratado con la *Democratic Review* solían señalar que una de las problemáticas de la revista era el anonimato de sus editoriales, pero que ninguno de ellos se había propuesto analizar el estilo y contenido de los editoriales firmados por O'Sullivan para compararlos con el editorial "Annexation" de cara a determinar su autoría. Esta propuesta parece sensata a primera vista, salvo por el hecho de que no hay editoriales firmados por O'Sullivan en la *Democratic Review*, aunque Hudson creyera lo contrario.⁸⁴⁷

De cara a determinar la autoría del editorial "Annexation" Hudson analizó las faltas de ortografía de las trescientas primeras palabras del editorial "Annexation", así como del artículo publicado por Cazneau en la *Democratic Review* titulado "The Presidents of Texas", y de un tercer artículo aparecido en el mismo número que "Annexation" titulado "Seeing a Friend of in a Pocket", que Hudson le atribuyó a O'Sullivan. Con el programa *Grammatik* Hudson analizó las trescientas primeras palabras de estos tres artículos comparando distintos parámetros ortográficos y de construcción léxica, para luego establecer el porcentaje de coincidencia de cada uno de ellos con el editorial "Annexation" tomado como punto de referencia. El grado de coincidencia del texto de Cazneau sería muy superior al atribuido a O'Sullivan, sobre todo en algunos campos como "número de palabras por frase" (100% coincidencia con Cazneau frente a 78% O'Sullivan), nivel educativo (100% frente a 81%), faltas de ortografía (96% frente a 79%) o complejidad de las frases (94% frente a 83%). Estos

⁸⁴⁵Ibid., p. 210.

⁸⁴⁶Burdick, Drucker, Lunenfeld, Pressner y Schnapp, "Humanities to Digital Humanities", pp. 8-9, 15-18.

⁸⁴⁷Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, p. 48.

son sólo algunos de los ejemplos más reseñables que muestran un patrón constante de mayor coincidencia entre el texto de Cazneau con “Annexation”(79,6% de coincidencia), que este último con el texto atribuido a O’Sullivan (41,5% de coincidencia).⁸⁴⁸

Hudson hace especial hincapié en la correlación entre faltas de ortografía y el nivel educativo de los autores, cuestión que se vería apoyada en el estilo de las frases y en el uso de jergas o tecnicismos, apuntando con todo ello hacia una misma idea: O’Sullivan era una persona educada que había asistido a la universidad, lo que se reflejaría en un lenguaje formal, sin errores de puntuación ni estilísticos, así como por su propensión hacia el lenguaje técnico. Mientras que Cazneau con un menor nivel educativo incurriría en más errores, como los que Hudson habría encontrado en el editorial “Annexation”, y su lenguaje incluiría más *slang* y metáforas que el de O’Sullivan.⁸⁴⁹

Para Hudson esto supone una prueba concluyente en la demostración de autoría del editorial, y una vez adjudicado el editorial “Annexation” a Cazneau, lo habría comparado con el resto de editoriales de la revista siguiendo el mismo procedimiento (si bien no aporta datos sobre esta operación), mostrando un índice de coincidencia total entre todos ellos, lo que condujo a Hudson a la conclusión de que Cazneau fue la editorialista política de la revista desde el año 1841 hasta 1846, si bien no se le habría reconocido su trabajo, permitiendo a O’Sullivan haberse aprovechado del mérito de sus escritos por el hecho de ser mujer y estar invisibilizada.⁸⁵⁰

Por muy plausible que sea el argumento debido al machismo imperante en dicha época (que en el ámbito periodístico produjo que las mujeres tuvieran que escribir bajo pseudónimos, sin recibir ningún crédito por sus aportaciones, siendo sus logros capitalizados por los editores), y por muy contundente que parezca el argumento por haber sido presentado a través de una comparación realizada mediante porcentajes de coincidencia obtenidos por ordenador, lo cierto es que el experimento contiene fallos metodológicos fundamentales que permiten dudar sobre su validez.

Como ha señalado Sampson el experimento tiene un primer error de base al pretender determinar la autoría a través de las faltas de ortografía, pues como señala Sampson la lengua inglesa a mediados del siglo XIX no contaba aún con reglas de

⁸⁴⁸ *Ibid.*, pp. 48, 60-61, 209. La tabla con todos los resultados se encuentra en el *Apéndice B*, p. 209.

⁸⁴⁹ *Ibid.*, p. 62.

⁸⁵⁰ *Ibid.*, pp. 49-50, 62-65.

ortografía estandarizadas. El biógrafo de O'Sullivan está en lo cierto, pues a diferencia de la lengua castellana, que desde el siglo XVIII cuenta con una autoridad centralizada (la Real Academia Española de la Lengua) que dictamina en cada momento histórico cuáles son las reglas de un castellano correcto, para la lengua inglesa no existe una institución similar. Benjamin Franklin fue uno de los primeros americanos que intentó elaborar algunos criterios para la simplificación del inglés a los dos lados del Atlántico, pero su iniciativa no tuvo mucha repercusión salvo por inspirar a Noah Webster, quien con su diccionario intentó establecer una cierta estandarización para el inglés americano a principios del siglo XIX. Sin embargo, sus reglas no fueron universalmente aceptadas. Habrá que esperar hasta 1876 para que las sociedades filológicas de Gran Bretaña y América adopten un marco común durante la “Convención internacional para la reforma de la ortografía inglesa” celebrada en Filadelfia ese mismo año, y que dará lugar a toda una serie de nuevas convenciones, usos y normas que pondrán la base para la estandarización y formalización del inglés moderno tal y como lo conocemos hoy en día. En este sentido y como indica Sampson, resulta más que cuestionable basar la determinación de autoría mediante la en revisión gramatical de textos escritos durante la década de 1840, utilizando programas informáticos concebidos para un inglés que responde a la regularización lingüística posterior a 1876.⁸⁵¹

A este primer error concerniente a la concepción general del experimento se le añade un segundo error detectado por Sampson referido al método de construcción de la muestra, que afecta tanto a su tamaño (y por lo tanto a su representatividad) al diseño de los elementos a comparar y a la ejecución de su comparación. Como señala Sampson a principios de los años noventa del siglo XX se desarrolló una corriente de estudio dentro de las humanidades digitales que se interesó por las posibilidades que ofrecía el análisis de patrones lingüísticos por ordenador a la hora de inferir la autoría de textos anónimos. El matemático y estadístico David I. Holmes estableció en el año 1994 la *estilometría*, que sentó las bases metodológicas desde las que se ha operado mayoritariamente en los experimentos realizados desde las humanidades digitales para la determinación de autoría de textos anónimos por ordenador. Para Holmes la *estilometría* sería la rama que estudia con métodos de análisis cuantitativos y computacionales la autoría de un texto en base a su estilo retórico. Dicho estilo se

⁸⁵¹Sampson, *John L. O'Sullivan and his Times*, p. 245; Richard E. Hodges, “A Short History of Spelling Reform in the United States”, *The Phi Delta Kappan*, Vol. 45, No. 7 (Apr., 1964), p. 331; Richard W. Brookling, “The American Spelling Reform Movement”, *Verbatim: the Language Quarterly*, vol. XXVII, No. 4, (Autumn, 2002), pp. 3-5.

distinguiría por la existencia de patrones cuantificables y únicos en un autor: sus formas lingüísticas, giros retóricos, lógica formal y por la cuantificación y el uso del vocabulario.⁸⁵²

Para dar cuerpo a esta metodología Holmes se basó en trabajos previos de análisis de patrones de lingüística formal, y propuso hasta quince métodos distintos, de los cuales trece serían relativamente coherentes y válidos para su uso. El objetivo de usar esta técnica se basaría en la idea de que mediante el uso de algoritmos sería posible identificar patrones de recurrencia lingüística en los textos de un autor, y a partir de dichos patrones sería posible generar un perfil ideal del estilo autoral con el que luego se podrían contrastar textos anónimos de cara a comprobar su grado de similitud. Pero para realizar este experimento sería necesario contar con un corpus escrito cuya autoría fuera inequívocamente atribuible a un escritor o escritora, y cuyo tamaño debería ser lo suficientemente extenso como para mostrar patrones recurrentes con los que se puedan realizar generalizaciones y trabajar en series estadísticas. Los textos a comparar tendrían que ser de la misma época, idioma, zona geográfica y género literario de cara a que se rijan por reglas del lenguaje similares.⁸⁵³

Todo esto debería asegurar el cumplimiento de *las tres reglas de Baley* (1979) que establece que para una correcta comparación textual I) Los autores deben estar bien definidos; II) La muestra de escritura debe ser representativa para demostrar los hábitos lingüísticos de los autores a comparar y III) Los textos usados en la comparación han de ser commensurables. Para Holmes su metodología aportaría criterios desde los que seguir experimentado con el uso de programas informáticos en la determinación de autoría para textos anónimos cumpliendo esta serie de reglas. Pero la *estilometría* no debe considerarse un método infalible, y en caso de duda los textos deberán mantenerse como anónimos, pues sería preferible fallar en el proceso de adscripción de autoría a establecer una falsa adscripción.⁸⁵⁴

Estas consideraciones de Holmes coinciden con las conclusiones de otros especialistas que han desarrollado proyectos de investigación en el uso de herramientas informáticas para la determinación de autoría, como el proyecto de Colin Martindale y Dean McKenzie quienes en 1995 intentaron usar la *estilometría* para determinar la autoría de diversos artículos de los *Papeles del Federalista*. Su investigación arrojó

⁸⁵²Sampson, John L. *O'Sullivan and his Times*, p. 245; David I. Holmes, "Authorship Attribution", *Computers and the Humanities*, Vol. 28, No. 2 (Apr., 1994), p. 87.

⁸⁵³ *Ibid.*, pp. 88-104.

⁸⁵⁴ *Ibid.*, pp. 88-89, 104.

novedades sobre los patrones de recurrencia de distintos artículos, pero no había ofrecido resultados concluyentes en la determinación de autoría, problema también reportado por Sarah Potvin del *Centro de Investigación de Humanidades Digitales* de la Universidad de Nebraska en el 2009 al considerar los resultados de tres proyectos distintos con las mismas pretensiones en otros campos de la literatura. Todos estos trabajos coinciden en señalar que el uso de la *estilometría* tiene mucho potencial en el análisis textual, pero como metodología se encuentra lejos de ofrecer conclusiones incontestables para la atribución de autoría en textos anónimos. Por este motivo la *estilometría* sería una mera herramienta de apoyo a los métodos de hermenéutica tradicional, pero no constituye un método sustitutivo del análisis tradicional de textos.⁸⁵⁵

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones que fundamentan la buena praxis en las humanidades digitales para la determinación de autoría de textos anónimos mediante programas informáticos, considero que el trabajo de Hudson no cumple con los estándares mínimos en la construcción de una muestra de comparación textual. Un único texto por autor no supone una muestra representativa de su estilo, y menos si se tiene en cuenta que Hudson sólo analizó las 300 primeras palabras de dichos escritos, y no los textos completos. Esta elección genera además una incongruencia en la propuesta de análisis de Hudson, pues cualquier procesador de texto indicará que los *n-grams* “destino” y “manifiesto” corresponden a las palabras 614 y 615 del texto “Annexation” (sin contar el título), por lo que al analizar solo las 300 primeras palabras el análisis textual se quede muy por detrás del párrafo donde apareció por primera vez el concepto.

La historiadora texana debería haber realizado un trabajo previo comparando muchos textos no anónimos de ambos autores de cara a fabricar un perfil ideal de O’Sullivan y de Cazneau, identificando sus patrones de recurrencia lingüístico formales, para luego compararlos con el editorial “Annexation”. Y aún realizando todas estas operaciones las conclusiones a las que podría llegar serían orientativas y nunca probatorias, de acuerdo al grado de desarrollo de esta metodología. Lejos de aplicar todas estas precauciones metodológicas Hudson realizó su experimento utilizando criterios que no son reconocidos como válidos por los especialistas en esta técnica y cuyos trabajos están ausentes en la bibliografía de Hudson. Este tipo de errores en la

⁸⁵⁵Colin Martindale and Dean McKenzie, “On the Utility of Content Analysis in Author Attribution: ‘The Federalist’”, *Computers and the Humanities*, Vol. 29, No. 4 (Aug., 1995), pp. 259-263, 268-269; Sarah Potvin, “An Inquiry into Authorial Attribution” (2009). *Faculty Publications, UNL Libraries*. 295. <http://digitalcommons.unl.edu/libraryscience/295>., pp. 3, 6-10.

construcción de la muestra de estudio no se dan solo en su modelo de comparación computacional, sino que como señalé anteriormente también incurrió en ellos en su análisis grafológico de la correspondencia entre O’Sullivan y Polk.

De su error a la hora de construir una muestra válida para la comparación se deriva el tercer fallo detectado por Sampson y que posiblemente constituya el más grave de todos. Una de las reglas básicas expuestas por Holmes en su metodología es que nunca se puede utilizar un texto anónimo para intentar desentrañar la autoría de otro texto anónimo. Esto parece una regla de sentido común, sin embargo, Hudson incurre en este error, pues en realidad se desconoce la autoría del texto “Seeing a Friend Off in a Packet” (1845), y que ella atribuye a O’Sullivan. La razón que llevó a Hudson a atribuírselo al pensador jacksoniano se debió a que este texto termina firmado por una escueta “O.”, que ella identificó como la inicial del autor. Pero tal y como ha expuesto Sampson, O’Sullivan jamás firmó de esta manera ningún artículo. Tanto por la correspondencia de O’Sullivan con Thoreau del 28 de julio de 1843, como por el editorial titulado “The Mississippi Bond Question” y por la nota editorial al artículo de Cass “France-its King” sabemos que O’Sullivan estaba en contra de firmar ningún editorial, dándole mucha importancia al anonimato y a la redacción de los artículos en primera persona del plural para denotar el carácter colectivo de la revista. Y como señala Sampson, en las raras ocasiones en que los artículos de O’Sullivan iban firmados presentan las siguientes fórmulas: “Editor’s Notes”, “ED”, “Ed. D.R.” o “The Editor”, y en las aún más raras ocasiones en que su nombre apareció en la *Democratic Review* fue como “J. L. O’Sullivan” que era como firmaba su correspondencia, pero nunca como “O.”.⁸⁵⁶

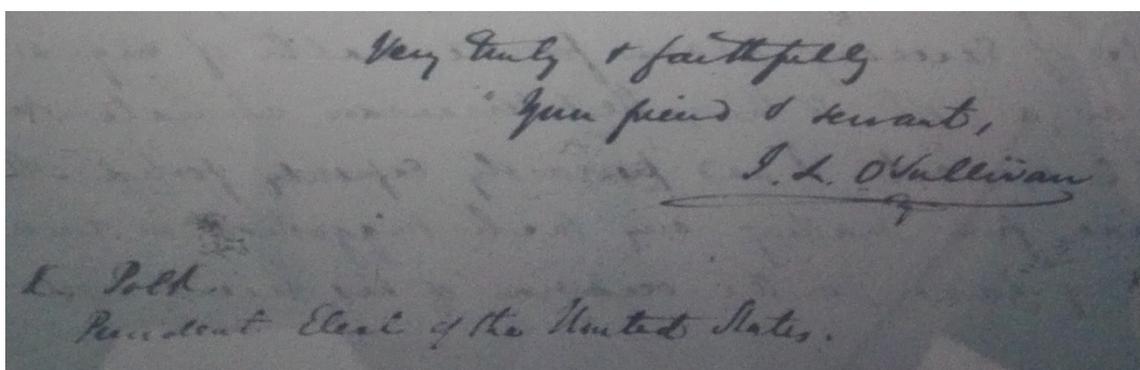


Imagen 5: Detalle de la firma de O’Sullivan en su carta al presidente Polk del 20 de enero de 1845.

⁸⁵⁶John L. O’Sullivan a Henry D. Thoreau, 28 de julio de 1843 en: Thoreau, *The Correspondence of Henry David Thoreau*, p. 214; [O’Sullivan], “The Mississippi Bond Question”, p. 383; [O’Sullivan], “Editorial note” en Cass, “France-its king”, p. 443.

El problema de Hudson a la hora de identificar los escritos de O'Sullivan se evidencia en otro texto que ella le atribuye pero que no llega a utilizar en la comparación textual titulado "Poor Esteer, the Jewess" (1845), texto al que aludí previamente en el capítulo biográfico, y que describe la relación entre una mujer judía marroquí aquejada por la pesadumbre, con un bebé del que era cuidadora, y en cuyas muestras de afecto mutuas aliviaba su pesar. Esto llevó a O'Sullivan a escribir una nota editorial de agradecimiento inserta en el relato para quien hubiera escrito esta narración, que por el hecho de hacer referencia a sucesos acontecidos en la infancia más temprana de O'Sullivan conllevaría a que su autora no pueda ser otra persona más que su madre:

Durante la corrección del actual escrito "reminiscencias", tal y como ha sido publicado, el editor de esta revista siente aquí la necesidad de agradecer el haber descubierto que fue objeto de una cuidadora tan esmerada y agradable a tan temprana edad; así como expresar su gratitud por haber sido objeto de tales muestras de afecto siendo un infante.⁸⁵⁷

Esta nota no tendría ningún sentido si O'Sullivan fuera el autor el autor de este relato, tal y como defiende Hudson, lo que muestra hasta qué punto esta historiadora cometió descuidos a la hora de asignar autoría a los textos. Sin embargo, el problema fundamental se encuentra en que Hudson atribuyó a O'Sullivan un artículo sin evidencias firmes sobre su autoría para luego utilizarlo como una muestra de este autor en una comparación estilométrica, contraviniendo con esta decisión las reglas fundamentales de esta técnica.

Hudson por otra parte añadió una hipótesis de refuerzo a esta elección justificando que en el texto el autor habla de haber quedado con su prometida, en el mismo momento en que O'Sullivan cortejaba a su futura esposa Susan K. Rodgers. El argumento como elemento probatorio de autoría se basa en una causalidad completamente fortuita que no demuestra por sí nada, pues ni O'Sullivan era el único escritor en estar cortejando a una mujer en aquel momento, ni el hecho de hacerlo le llevaría automáticamente a ser autor de escritos románticos. Hudson podría haber escogido otros escritos cuya autoría de O'Sullivan es conocida, como el manifiesto introductorio de la *Democratic Review*, o bien el *Informe favorable a la abolición de la*

⁸⁵⁷“In correcting the proof-sheet of the present ‘Reminiscence’, as it passes through the press, the Editor of this Review feels bound here to express his gratification at learning from it that, he was made to serve so useful and agreeable a purpose at so early an age; having been the juvenile whose unconsciously pleasant performances are here recorded”. [John L. O'Sullivan], “Editorial Note”, en [Mary O'Sullivan], “Poor Esteer, the Jewess: a Reminiscence of Morocco”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, N°. 82, (April, 1845), p. 320.

pena de muerte (1840) o el libro *Union, disunion and reunión* (1863). Estas tres fuentes tienen la desventaja de no pertenecer a la misma época que el editorial “Annexation”, pero tienen a su favor que no existen dudas sobre su autoría, pues sobre la primera sabemos por Langtree que la escribió O’Sullivan, y las dos últimas están firmadas. Sin embargo, Hudson escogió como texto modélico para O’Sullivan un texto anónimo cuya autoría también resulta difícil de probar, con lo que conculca las reglas más elementales de determinación de autoría establecidas por Holmes.

Por todos los motivos expuestos considero que la hipótesis de Hudson carece del rigor metodológico y documental para ser tomada en consideración como una prueba fiable sobre la autoría alternativa en la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto*. Dado que Hudson carece de pruebas documentales para sostener la participación continuada de Cazneau en la *Democratic Review*, Hudson intentó compensarlos acudiendo a una fuente secundaria de un historiador que con el tiempo se convertirá en su mayor crítico, a lo que hay que añadir que el núcleo de su tesis se basa en un experimento de análisis textual por ordenador que se encuentra plagado de errores, tanto en su diseño como en su ejecución, de acuerdo a los estándares básicos de la *estilometría*.

Todo esto sin embargo no ha impedido que algunos historiadores hayan acogido favorablemente sus tesis. De entre las reseñas realizadas del libro de Hudson, Dallas Cothrum de la Universidad de Texas y Cedric B. Cowing de la Universidad de Hawaii ofrecieron una reseña positiva aceptando todas sus ideas y alabando la metodología de investigación utilizada. Mientras que Nichole Etcheson de la Universidad de Texas ofreció una crítica mixta alabando la contribución realizada sobre la figura desconocida de Cazneau, a la par que criticaba la ausencia de pruebas documentales para muchas de las aseveraciones que realiza Hudson en su obra, crítica compartida por J’Nell L. Pate, quien además llamó la atención sobre el uso constante del modo condicional.⁸⁵⁸

Pero tomado el campo disciplinar en su conjunto, entre los historiadores ha sido habitual acoger con cautela las tesis de Hudson, si bien unos cuantos dieron por buenas sus hipótesis alegando la infalibilidad del análisis por ordenador. Entre los apoyos más importantes que recibió Hudson se encuentran Robert E. May y Amy S. Greenberg, dos historiadores de gran solidez y reconocimiento que se destacaron por desarrollar el

⁸⁵⁸Dallas Cothrum, “Review”, *The Southwestern Historical Quarterly*, Vol. 106, No. 1 (Jul., 2002), p. 144; Cedric B. Cowing, “Review”, *Journal of the Early Republic*, Vol. 22, No. 3 (autumn, 2002), pp. 537-539; Nichole Etcheson, “Review”, *The Journal of Southern History*, Vol. 68, No. 4 (Nov., 2002), p. 944; J’Nell L. Pate, “Review”, *Western Historical Quarterly*, (Spring, 2002), p. 87.

enfoque *agencial* sobre el *Destino Manifiesto* (predominante en la actualidad), así por ser dos grandes expertos en el filibusterismo y pioneros en la introducción de la perspectiva de género en el estudio de la materia.⁸⁵⁹

Greenberg mostró en un principio un completo apoyo a las tesis de Hudson, adjudicando en su libro *Manifest Manhood and Antebellum American Empire* (2005) la autoría del concepto a Cazneau. Si bien su seguridad sobre esta hipótesis se matizó en la primera edición de su compendio de fuentes primarias sobre el expansionismo *Manifest Destiny and American Territorial Expansion: A Brief History of Documents* (2005) en donde reconoció que la disputa sobre la autoría estaría lejos de encontrarse resuelta, pero añadiendo a continuación que “el carácter marcadamente masculinizado del Destino Manifiesto alentó a generaciones de académicos a asumir que era un hombre, y no una mujer quien estaba detrás de la idea”. Los editoriales “The Great Nation of Futurity” y “Annexation” se presentan sin autor, pero acompañados de una nota aclaratoria explicando que pueden ser obra tanto de O’Sullivan como de Cazneau, con una cierta predilección por esta última. En la segunda edición de este libro (2017) Greenberg eliminó toda referencia a la disputa por la autoría, manteniendo a Cazneau en el compendio a través de un par de textos firmados por ella como Cora Montgomery, y reconociendo que O’Sullivan editó la *Democratic Review*, pero sin llegar a considerar nada sobre la paternidad o maternidad del concepto, por lo que se debe suponer que a día de hoy Greenberg ha dejado de apoyar abiertamente la hipótesis de Hudson.⁸⁶⁰

El caso de Robert E. May es algo más difícil de evaluar. En su obra *Manifest Destiny Underworld: Filibustering in Antebellum America* (2002) May declaró que “En un excitante nuevo trabajo, Linda S. Hudson usa el análisis textual para realizar un alegato convincente de que fue Storm [Cazneau] quien originó el concepto”, opinión que se volvió a repetir en el artículo “Reconsidering Antebellum U.S. Women's History: Gender, Filibustering, and America's Quest for Empire” (2005). Pero en sus

⁸⁵⁹De entre las recepciones positivas a las hipótesis de Hudson entre la historiografía posterior a su obra pueden señalarse *The Mexican War* (2004) de Ruth T. Feldman, la obra de Daniel S. Margolles *Henry Watterson and the New South: The Politics of Empire, Free Trade and Globalization* (2006) y el artículo de Megan Jenison Griffin “Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878” (2010). Si bien una posición muy común entre los historiadores ha sido recoger la tesis de Hudson a la par que reconocen la crítica de Sampson sin llegar a escoger por ninguna de las dos. Esta posición puede encontrarse en *What Hath God Brought: the Transformation of America* (2007) de Daniel W. Howe; en *Patriots, Prostitutes and Spies: Women and the Mexican-American War* (2017) de John M. Belohlavek, así como en *La cicatriz gloriosa: Estudios y debates sobre la campaña Nacional: Costa Rica (1856-1857)* (2017) de Iván Molina Jiménez.

⁸⁶⁰Greenberg, *Manifest Manhood*, p. 20; Amy S. Greenberg, *Manifest Destiny and American Territorial Expansion: a Brief History with Documents*. (Boston: Bedford/St. Martins, 2017), pp. 15, 79, 97; Amy S. Greenberg, *Manifest Destiny and American Territorial Expansion: a Brief History with Documents*. (Boston: Bedford/St. Martins, 2017), pp. 15-16, 101, 125-127.

contribuciones de difusión al gran público May se ha cuidado de defender esta hipótesis. Esto puede observarse en un reportaje de 2006 sobre la Guerra entre los Estados Unidos y México realizado por la televisión pública estadounidense (PBS), en el que se le encargó a May una entrada sobre el *Destino Manifiesto*, en donde este historiador atribuyó el concepto a O'Sullivan. Por otra parte en el año 2010 May escribió una entrada biográfica sobre Cazneau encargada por la Asociación histórica de Texas en la que no se menciona la autoría de Cazneau del editorial "Annexation", ni tampoco que Cazneau fuera autora del concepto de *Destino Manifiesto*. Esto podría indicar que May habría vuelto al consenso historiográfico rechazando la hipótesis de Hudson. Sin embargo, en una reseña del año 2009 al libro *Habits of Empire: A History of American Expansion* (2008) escrito por Walter Nugent, May recriminó a este autor que diera por hecho que O'Sullivan fuera el autor del *Destino Manifiesto*, recomendado a Nugent la lectura del libro de Hudson. Todas estas muestras parecen indicar que May tiende a defender las tesis de Hudson de cara a los historiadores, y la versión del consenso historiográfico sobre O'Sullivan de cara al gran público, y si bien me inclino a pensar que May sigue apoyando la tesis de Hudson, bien podría ser todo lo contrario.⁸⁶¹

En base a este repaso bibliográfico queda patente que la tesis de Hudson recibió una acogida moderadamente favorable en el momento inmediato de la publicación de su libro, si bien con el tiempo el apoyo a sus ideas se ha ido matizando o abandonando. Aún así, la recepción de sus hipótesis no ha sido universal, y la bibliografía sobre el *Destino Manifiesto* en su conjunto mantiene en líneas generales a O'Sullivan como el autor del concepto. A mi juicio la manera en que la Wikipedia presenta en su versión inglesa la autoría del *Destino Manifiesto* resume a la perfección la situación actual sobre la recepción historiográfica de la hipótesis de Hudson, y es una fuente relevante al ser uno de los sitios web más utilizados por la población en general a la hora de informarse sobre cualquier tema:

Por lo general se le atribuye al editor periodístico John O'Sullivan haber acuñado el término destino manifiesto en 1845, para describir la esencia de esta mentalidad que tenía un matiz

⁸⁶¹Robert E. May, *Manifest Destiny Underworld: Filibustering in Antebellum America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002), pp. 112-113, 336; Robert E. May, "Reconsidering Antebellum U.S. Women's History: Gender, Filibustering, and America's Quest for Empire", *American Quarterly*, Vol. 57, No. 4 (Dec., 2005), p. 1172; Robert E. May, "Review: Multiplying Frontiers", *Reviews in American History*, Vol. 37, No. 2 (Jun., 2009), p. 203; Robert E. May, "Manifest Destiny" en *Prelude to War, US- Mexican War 1846-1848*, PBS, consultado el 04/07/2019 a las 18:08 h., https://www.pbs.org/kerawar/umexicanwar/prelude/md_manifest_destiny2.html; Robert E. May, "CAZNEAU, JANE MARIA ELIZA MCMANUS," *Handbook of Texas Online*, consultado el 04/07/2019 a las 18:09 h., <http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/fcaad>.

retórico; Sin embargo, el editorial anónimo “Annexation” en el que apareció por primera vez el término fue posiblemente escrito por la periodista y promotora de la expansión Jane Cazneau.⁸⁶²

Así es como se recoge la cuestión de la autoría en el párrafo introductorio de la entrada de la Wikipedia en inglés para el *Destino Manifiesto*. Esta entrada cuenta además con un apartado concreto sobre los orígenes del término, que a pesar de lo explicitado en la introducción, refleja de manera canónica la hipótesis de Pratt sobre la autoría de O’Sullivan, sin hacer mención a Cazneau, lo que contradice en cierto modo el párrafo de la introducción. Un motivo para esta incongruencia puede radicar en que cada parte haya sido escrita por un colaborador distinto, y que los editores de la Wikipedia no hayan reparado en la contradicción. La página en todo caso refleja bastante bien con este caso la situación actual de confusión que impera alrededor de los orígenes del concepto.⁸⁶³

Posiblemente una de las recepciones más anómalas de la hipótesis de Hudson se plasmó en la novela *That Quixotic Lady: the Story of a Remarkable Lady that History Failed to Remember!* (2008) escrita por Shirley Butler LaRocca. En la introducción la autora explica que si bien comenzó a escribir la novela mucho tiempo antes de leer el libro de Hudson, este le aportó numerosas claves que le ayudaron en el proceso de escritura. Y si bien ella no pretende presentar su narración como una fiel descripción de los hechos históricos, sí querría rescatar del olvido a una figura que considera apasionante. En su libro Butler LaRocca noveliza casi todas las hipótesis y los prejuicios de Hudson. O’Sullivan es descrito como una vedette petulante de la vida social neoyorkina que se dedica a sacar provecho del talento de Cazneau a la par que intenta seducirla infructuosamente. En el capítulo 21 se muestra a Cazneau como editora de la *Democratic Review*, y en el capítulo 22 se la describe como la autora del concepto de *Destino Manifiesto*. En un párrafo se llega a afirmar que:⁸⁶⁴

⁸⁶²“Manifest Destiny”, *Wikipedia [idioma inglés]*, consultado el 20/07/2019 a las 11:46 h. en https://en.wikipedia.org/wiki/Manifest_destiny.

⁸⁶³En el caso de la página en español, confeccionada como una versión simplificada de la página inglesa, se ofrece sólo la hipótesis de Pratt, otorgando solo a O’Sullivan la paternidad del concepto y sin hacerse eco de la hipótesis de Hudson. La página española expresa asimismo la convención historiográfica anacronizante que defiende que la idea se encontraría ya en los puritanos. “Doctrina del destino manifiesto”, *Wikipedia [idioma español]*, consultado el 20/07/2019 a las 12:05 h. en https://es.wikipedia.org/wiki/Doctrina_del_destino_manifiesto.

⁸⁶⁴Butler LaRocca, *That Quixotic Lady*, pp. VII-IX, 167-173, 363.

Jane escribió columnas en la D. R. Magazine, y en ocasiones O'Sullivan, el editor, plasmaba su nombre en las publicaciones en vez del habitual anónimo. Él consideraba que las columnas debían estar firmadas, y no entendía por qué Jane no incluía su nombre en ellas.⁸⁶⁵

Este párrafo resulta indicativo del grado de penetración de las hipótesis de Hudson en la narrativa de la novela, cuya descripción sobre el criterio de autoría de O'Sullivan contrasta marcadamente con lo que sabemos por las fuentes documentales. Sin embargo, la novela de Butler LaRocca es una obra de ficción, y como tal no se debe a la verdad, sino a la verosimilitud. Por lo tanto lo único que se le puede achacar, en calidad de escritora de novela histórica, es que hubiera sido preferible que contrastase mejor las fuentes en las que se inspiraba. Pero en último término como escritora de ficción Butler LaRocca está en su derecho de seguir los dictados de su imaginación a la hora de escribir su novela.

En contraste con la mal fundamentada hipótesis de Hudson, contamos con toda una serie de pruebas documentales que señalan hacia O'Sullivan como autor de los editoriales políticos de la *Democratic Review*, tal y como expuse a lo largo del apartado 5.2 del capítulo 5. A modo de recordatorio querría exponer brevemente las fuentes documentales que utilicé en dicho capítulo: Por la correspondencia entre Langtree y Bryant del 15 de octubre de 1837 sabemos que O'Sullivan tuvo que redactar casi todo el primer número de la *Democratic Review* él solo; en la carta del 8 de septiembre de 1842 a Griswold O'Sullivan le describió el reparto de tareas en la *Democratic Review*, estipulando que él se encargaba de la redacción de los editoriales políticos, cuestión que quedó confirmada por uno de sus colaboradores habituales, William Jones, en su artículo de 1842 "Criticism in America". En el artículo "The Mississippi Bond Question" O'Sullivan defendió la revista contra la acusación de injerencias de Wall Street, declarando que la autoría de los editoriales provenía de la pluma del "editor y dueño de la revista, cuyo nombre es por supuesto fácilmente accesible para todo aquel que se interese por tan insignificante porción de información".⁸⁶⁶

Por otra parte, y aunque no esté directamente relacionado con la *Democratic Review*, el juez Waterbury en una carta fechada el 30 de agosto de 1846 dirigida al gobernador Silas Wright describió las labores de escritura de O'Sullivan confirmando

⁸⁶⁵ Ibid., p. 171.

⁸⁶⁶ Langtree a Bryant, 15 de octubre de 1837, Bryant-Godwin Collection, New York Public Library; O'Sullivan a Griswold, 8 de septiembre de 1842. En Griswold, *Passages from the correspondence and other papers of Rufus W. Griswold*, p. 123; Jones, "Criticism in America", p. 246; [O'Sullivan], "The Mississippi Bond Question", p. 383.

su autoría de los editoriales y recriminando sus descuidos como editor del periódico *Morning News*. Esta carta nos muestra un modus operandi en su trabajo como editor que es extensible a la *Democratic Review*, pues no tendría mucho sentido que O’Sullivan se tomase la molestia en escribir todos los días los editoriales del *Morning News*, y que en cambio delegase en Cazneau la escritura de los editoriales de la revista que él consideraba como su publicación predilecta.⁸⁶⁷

Por otra parte en un editorial del *The Tribune* publicado el 23 de marzo de 1846 Horace Greeley, aliado en contadas ocasiones y casi siempre contrincante de O’Sullivan le recriminó haber defendido la causa esclavista por medio de sus editoriales sobre la anexión de Texas.⁸⁶⁸

Aunque a mi juicio el testimonio definitivo sobre la autoría del editorial “Annexation” por O’Sullivan lo aporta su amigo y antiguo coeditor del *Morning News*, en unas declaraciones realizadas ante la Asamblea del Estado de Nueva York en febrero de 1846, y recogidas por el *Morning News*. Expuse anteriormente estas declaraciones en el capítulo 5, pero las vuelvo a reproducir aquí íntegramente:

Sobre la cuestión de la Abolición, considero que es de justicia hacia el caballero que edita el *Morning News* declarar (y al tener relación con él por más de diez años he conocido sus opiniones privadas y trayectoria pública) que no puede atribuírsele una sola sílaba, ni en el *Morning News* ni en otras publicaciones que él edita, una sola palabra de amistad o favorable a la Abolición. Muy al contrario, *sus opiniones tal y como han sido expresadas una y otra vez en la Democratic Review, por él en calidad de editor*, han sido extremadamente favorables a la *doctrina del derecho de los Estados* [State rights doctrine], y a la aplicación de dicha doctrina a favor de los derechos y en interés de las gentes del Sur.⁸⁶⁹

Sin embargo, la declaración de Tilden no termina aquí, pues continúa aportando una información crucial que permite apoyar la evidencia de la autoría de O’Sullivan sobre el editorial “Annexation”:

En cuanto al asunto de la anexión de Texas, basta con decir que la *Democratic Review* publicó sólidos y elaborados artículos escritos por el señor O’Sullivan antes de que [la anexión] fuera defendida por ningún otro medio periodístico en los Estados Unidos.⁸⁷⁰

⁸⁶⁷Waterbury a Wright Jr., 30 de agosto de 1846, Samuel J. Tilden Papers, New York Public Library.

⁸⁶⁸[Greely], “Free suffrage: the Morning News”, *New-York Daily Tribune*, 23 de marzo de 1846.

⁸⁶⁹“The Meeting Last Evening”, *New York Morning News*, 26 de febrero de 1846. Subrayado mío.

⁸⁷⁰“The Meeting Last Evening”, *New York Morning News*, 26 de febrero de 1846. Reproduzco el fragmento tal y como fue publicado para evitar cualquier duda sobre su contenido: “As to the question of the annexation of Texas, it is sufficient to say that the *Democratic Review* published strong and elaborate articles written by Mr. O’Sullivan before it was approved by almost any other press in the States”.

A mi juicio este testimonio es crucial para determinar la autoría del editorial “Annexation”, pues proviene de un individuo que fue cofundador y coeditor temporal del *Morning News* junto a O’Sullivan, así como colaborador en la *Democratic Review*, por esta razón conocía bien los entresijos de la revista y de la labor editorial del propio O’Sullivan. El contexto de la declaración tampoco es baladí, pues fue enunciada un mes después de que el congresista whig Robert C. Winthrop popularizase el concepto de *Destino Manifiesto* al intentar ridiculizarlo. Las declaraciones de Winthrop fueron en enero, mes en el que el concepto comenzó a extenderse por la prensa. Esta es la razón por la que Tilden señalaba en febrero de 1846 el carácter vanguardista de O’Sullivan en su defensa de la anexión de Texas, pues si bien la anexión como temática llevaba mucho tiempo circulando, el concepto *Destino Manifiesto* resultaba relativamente novedoso.⁸⁷¹

12.2 Demostración por vía hermenéutica de la autoría de O’Sullivan del concepto de *Destino Manifiesto*

Todos los argumentos esgrimidos hasta el momento contra Hudson, así como las fuentes documentales que acabo de presentar podrían ser tomadas como prueba suficiente de la autoría de O’Sullivan sobre la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto*. Sin embargo, queda aún por presentar una última prueba relacionada con una de las hipótesis de partida de mi tesis doctoral. Cuando comencé mi investigación planteé que la aparición del concepto de *Destino Manifiesto* no se debió a una ocurrencia fortuita de O’Sullivan, sino que respondía a una visión providencialista consecuente con su pensamiento político. Por lo tanto tendría que existir alguna evidencia que conectase su sistema de pensamiento tomado en términos generales con respecto a la aparición del concepto de *Destino Manifiesto*.

Cuando comencé a analizar los editoriales de O’Sullivan en el *Georgetown Metropolitan*, en la *Democratic Review* y en el *New York Morning News* en busca de claves textuales que me aportasen alguna pista discursiva sobre la autoría del editorial “Annexation” me guíe por la convención historiográfica que vinculaba al *Destino Manifiesto* con el providencialismo. Esta es sin duda la perspectiva que domina los libros de Tuveson y Stephanson, y se encuentra también en las obras de los dos clásicos, Weinberg y Merk a través de su consideración sobre las nociones de *misión* y *cruzada*.

⁸⁷¹Pratt, *The Origin of ‘Manifest Destiny’*, p. 795; Gumerove, *The New York Morning News*, pp. 13-14, 22-23, 67; Harris, *The Public Career of John L. O’Sullivan*, pp. 79, 193-201.

Consideré por lo tanto que era lógico buscar en los editoriales potencialmente escritos por O'Sullivan claves de carácter providencialista de cara a rastrear el proceso de formación del concepto de *Destino Manifiesto*.⁸⁷²

Esto va a suponer por otra parte que durante mi investigación iba a manejar una hipótesis gradualista sobre el proceso de formación conceptual, que me llevaría a suponer que debía de existir un periodo de preparación sobre el conjunto de ideas que acabaron por articularse en el concepto-doctrina de *Destino Manifiesto*, ideas y formulaciones que irían apareciendo y relacionándose gradualmente en los escritos de O'Sullivan, a pesar de que el concepto hubiera aparecido por primera vez en 1845, con una formulación casi idéntica en 1839 (en el editorial "The Great Nation of Futurity").

Esta hipótesis de trabajo se materializó en mi estudio a partir de dos líneas de investigación distintas pero interconectadas entre sí. En primer lugar realicé un estudio sobre la tradición providencialista en Norteamérica, atendiendo a los procesos de continuidad y discontinuidad presentes en los principales referentes providencialistas anteriores a O'Sullivan. Esto se materializó en las conclusiones de investigación de los capítulos 6, 7 y 8 de este trabajo, en los que llegué a la constatación de que si bien existía una recurrencia en los orígenes de la cultura política norteamericana en concebir el tiempo histórico en términos providencialistas, los motivos y referentes teológicos que esta sucesión de miradas articulaban no suponían una tradición homogénea, y sus referentes sobre el destino no respondían en todos los casos a las mismas lógicas temporales, ni se encontraban conectados entre sí de manera genética.

Esto confirmó una de mis hipótesis teóricas, que se basaba en considerar que la razón subyacente a la prevalencia de este estilo providencialista en el discurso norteamericano no se debía a la existencia de una única tradición homogénea, sino que tiene su fundamento en un largo proceso de recepción, reapropiación y redefinición de un conjunto de repertorios discursivos providencialista que pasaron a formar parte del acervo cultural norteamericano, pero cuya reaparición ha requerido fueran continuamente resignificados para hacerlos comprensibles a partir de las claves históricas de las nuevas épocas, atendiendo a los debates políticos y a la semántica histórica dominante en cada periodo de recepción. A partir de esta conclusión consideré que no tenía sentido buscar referentes providencialistas propios del puritanismo o de la

⁸⁷²Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 49-50, 52-59, 77-91, 448-449; Merk, *Manifest Destiny and Mission*, pp. VI-VII, 3-6, 261-265; Tuveson, *Redeemer Nation*, pp. VIII-XI, 23-27, 33-34, 50-51, 62-65, 73-136; Stephanson, *Manifest Destiny*, p. 53.

revolución americana en el discurso de O'Sullivan de cara a intentar determinar la formación del *Destino Manifiesto*.

Una segunda línea de trabajo se materializó a través del estudio de las lógicas discursivas y los referentes conceptuales articulados en los editoriales de las publicaciones editadas por O'Sullivan, buscando en ellos pasajes que mostrasen una retórica providencialista, desde la hipótesis de que la mayoría de estos escritos debían de ser obra de O'Sullivan (a pesar de que por aquel entonces no contase con pruebas sobre ello). Y que me llevó a constatar las siguientes conclusiones como resultado de esta segunda línea de trabajo:

1. En el *Georgetown Metropolitan* no hay apenas pasajes que muestren una retórica providencialista. Sin embargo, en ellos se presentan esbozadas casi todas las temáticas que serán relevantes en los editoriales de la *Democratic Review* y del *New York Morning News*, por lo que el *Metropolitan* ayuda a confirmar la hipótesis de una cierta sistematicidad en el pensamiento de O'Sullivan.
2. Un estudio detallado de los editoriales políticos de la *Democratic Review* muestra dos patrones distintos a la hora de articular el discurso providencialista.
 - 2.1 Un primer patrón comienza a esbozarse en el manifiesto introductorio de la revista (1837) y alcanza su clímax en 1839 con la publicación de los editoriales "The Great Nation of Futurity" y "The Approaching Census". En este primer patrón providencialista el destino de América es presentado en términos de una filosofía de la historia dominada por el advenimiento de *El principio democrático*, que estaría personificado en el *experimento americano* y que llevaría a la democracia americana a transformar mesiánicamente el mundo mediante su ejemplo.
 - 2.2 Un segundo patrón providencialista comienza a configurarse en la *Democratic Review* a partir de 1844, tras la recepción de la publicación de la carta de Robert J. Walker sobre la anexión de Texas. La carta llevaría a reorientar el discurso providencialista de O'Sullivan reforzando el vínculo entre expansionismo y providencialismo, así como redefiniendo los términos en que O'Sullivan concebía el destino de América. Esta segunda forma de discurso providencialista será la dominante en el *New York Morning News*.

2.3 El periodo de 1840 a 1844 muestra un cambio en la labor editorial de O'Sullivan, quien se centra más en la labor de composición de la revista y menos en la escritura de editoriales, y en base a esto se aprecia un descenso en la temática providencialista durante este periodo intermedio.

3. El elemento distintivo entre el discurso providencialista en O'Sullivan del periodo 1844-1846 (y en adelante) con respecto al del periodo 1837-1839 es la aparición de una retórica de corte maltusiano, y esto se vuelve evidente cuando se consideran los editoriales de la *Democratic Review* y del *Morning News* como expresiones distintas pero interconectadas de un mismo discurso. La retórica maltusiana tenía muy poca presencia en los primeros escritos de O'Sullivan, cuando su labor editorial se centraba en elaborar un ideario democrático para su partido a través de la *Democratic Review*. Sin embargo, cuando funda el *Morning News* pasa a ser el editor de un tipo de prensa muy distinta, un periódico de batalla para centrado en las disputas cotidianas de la prensa, en donde es más importante tener argumentos sensacionalistas que largas disquisiciones teóricas. Esto generó una relación de interdependencia entre las dos publicaciones, por la cual los editoriales del *Morning News* servían para forjar y foguear nuevas ideas en los procesos de discusión con otros periódicos, que luego encontraban un mayor proceso de elaboración en el reposo de los ritmos de publicación y en la mayor longitud de los editoriales de la *Democratic Review*. De la misma manera, la *Democratic Review* ofrecía la pausa y el reposo necesario en la elaboración doctrinal que posteriormente permitía a O'Sullivan formular ideas mejor articuladas en el *Morning News*. De esta manera la clave para la aparición del concepto de *Destino Manifiesto* en el pensamiento de O'Sullivan se encontrará en considerar la interrelación entre estas dos publicaciones y en como ambas jugaron un papel en la conformación de la clave maltusiana.

El momento que resultó clave en la formulación de todas estas conclusiones aconteció durante mi segunda estancia en Nueva York, en donde ensayé mi intento de rebatir la hipótesis de Hudson a través de un método de análisis hermenéutico del editorial "Annexation". En un principio valoré la posibilidad de repetir el experimento de análisis textual propuesto por esta historiadora, pero intentando evitar todos sus errores metodológicos para comprobar la validez de su aproximación. Sin embargo, guardaba

muchas reservas hacia este tipo de enfoques de estudio textual, pues basaban su carga probatoria del análisis discursivo en términos estrictamente formales del lenguaje, en vez de intentar desentrañar los núcleos de sentido que se articulan en el discurso.

Esta reflexión me condujo a volver a analizar el editorial “Annexation” desde una perspectiva hermenéutica. Ésta sería la quinta ocasión en que analizaría hermenéuticamente el editorial, buscando identificar los patrones discursivos del texto y sus diferentes núcleos temáticos, pero en esta ocasión realizaría mi análisis del texto al margen de los primeros escritos de O’Sullivan, y lo consideraría en una perspectiva comparada a la luz de todos los editoriales del mismo periodo, buscando patrones de coincidencia temáticos (y no de carácter lingüístico formal, tal y como había pretendido hacer Hudson). Fue entonces cuando atisbé que el elemento que vinculaba una buena parte de los editoriales providencialistas de la *Democratic Review* y del *Morning News* publicados en el periodo 1844-1845 era el uso de una retórica maltusiana.⁸⁷³

No era esta la primera vez que identificaba una retórica de corte maltusiana en el editorial “Annexation”. El uso por parte de O’Sullivan de este tipo de retórica me resultó evidente la primera vez que leí el editorial en la primavera del 2011, y esta impresión quedó confirmada al leer el libro de Weinberg en esa misma época, pues fue

⁸⁷³Realicé mi primer análisis del editorial “Annexation” en marzo del 2011, momento en que identifiqué la temática maltusiana en su retórica discursiva, aunque en ese momento no consideré que este pudiera ser un elemento fundamental del concepto. El segundo análisis lo llevé a cabo en la Universidad de Bergen, en junio del año 2012 en el contexto de mis estudios sobre teología política y religión civil bajo la dirección de Håkan Rydving. Las investigaciones llevadas a cabo en esta universidad me llevaron a volver a analizar el texto bajo la luz de la *religión civil americana*. El tercer análisis lo realicé en septiembre del año 2013 en el contexto de la preparación de mi trabajo de fin de máster y bajo la dirección de Carmen de la Guardia. En ese momento analicé el editorial desde la perspectiva de la formación de una filosofía de la historia fundamentada en el principio democrático y en la relación entre historia y democracia en O’Sullivan. Analicé el texto por cuarta vez en el contexto de mi primera estancia de investigación en junio del 2016 en la Universidad de Columbia, considerando el editorial a la luz de la distinción entre el providencialismo como tradición discursiva y el *destino* como concepto, diferencia que vislumbré a raíz de la obra y las conversaciones con mi director de estancia Anders Stephanson. El quinto y último análisis del editorial aconteció en diciembre del 2017 durante mi segunda estancia de investigación en Nueva York, en el Graduate Center de CUNY bajo la dirección de Martin J. Burke. Ese fue el momento en que redescubrí la clave interpretativa del texto. La retórica maltusiana era un elemento que había identificado desde mi primera lectura y que estuvo presente en todas mis reinterpretaciones, pero cuya centralidad no fui capaz de calibrar en mis sucesivos análisis hasta finales de 2017, momento en el que dejé de considerarlo como uno de sus elementos subdoctrinales, para entenderlo como el elemento catalizador y formativo del concepto. La capacidad de hacer las preguntas correctas al texto es el objeto último y principal de la hermenéutica, y su condición de posibilidad descansa en realizar una suerte de viaje intelectual que te permita reconstruir el horizonte de sentido del autor. Las investigaciones que fundamentaron cada una de mis relecturas del texto fueron distintas etapas del proceso que me condujo hacia lo que Gadamer denominó como *fusión de horizontes*, y que en último término se tradujo en ser capaz de trascender las convenciones instaladas en la tradición académica, para conseguir aproximarme al texto con una nueva mirada, nueva en el sentido de no probada previamente por la tradición académica, pero antigua al mismo tiempo por reencontrarse tentativamente con la mirada del autor que se estudia.

Weinberg el primero en señalar el carácter maltusiano de los argumentos de O'Sullivan, tanto en el editorial "Annexation" como en el editorial "The True Title". Sin embargo, como para Weinberg el *Destino Manifiesto* se trataría de una idea universal en la historia estadounidense, el carácter maltusiano de la retórica de O'Sullivan no sería un hecho de especial relevancia, pues desde su perspectiva de una historia analítica de las ideas, las formulaciones de O'Sullivan serían tan solo una de las muchas formas en las que el *Destino Manifiesto* habría sido planteado. Por este motivo para Weinberg la retórica maltusiana no habría jugado ningún papel especial en la aparición del concepto. Puesto que el libro de Weinberg fue la obra desde la que comencé mi investigación, di por buena su interpretación y arrojé el argumento maltusiano al inventario de las múltiples influencias que constituirían al concepto sin darle una mayor importancia.⁸⁷⁴

Pero seis años y medio después, en diciembre de 2017 y en el proceso de refutación de las tesis de Hudson, contrasté los editoriales de la *Democratic Review* con los aparecidos en el *New York Morning News*, y en este contexto y en virtud de un análisis hermenéutico del contenido de los distintos editoriales, me vi obligado a reconsiderar la importancia que tenía la retórica maltusiana en la aparición del concepto de *Destino Manifiesto*.

Retrospectivamente he podido comprobar que este no ha sido un problema que me haya afectado exclusivamente a mí, pues ha sido generalizado en los estudiosos del *Destino Manifiesto*, así como entre los especialistas que investigaron la recepción e impacto del maltusianismo en América. Si atendemos a este último grupo podemos comprobar que los especialistas en la temática maltusiana en los Estados Unidos han señalado al diplomático e intelectual Alexander H. Everett como la figura clave en la transmisión y conformación del debate maltusiano en los Estados Unidos de principios del siglo XIX (junto a un primer episodio en el debate con las contribuciones a esta temática de Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, y James Madison). A este respecto el gran estudioso sobre los debates maltusianos en los Estados Unidos, el economista Joseph J. Spengler, apuntó a la *Democratic Review* como una publicación vinculada a Everett, siendo considerada como una de las principales fuentes doctrinales del pensamiento anti-maltusiano y uno de los centros intelectuales en este debate en América. Sin embargo, Spengler no formuló ninguna hipótesis sobre O'Sullivan en sus estudios, pues no llegó a considerar los usos de los argumentos maltusianos en el

⁸⁷⁴Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 114-130, 142-149.

editorial “Annexation”, ni tampoco en los editoriales del *Morning News*. Por este motivo no consiguió atisbar la vinculación del debate maltusiano con el *Destino Manifiesto*. Un problema similar puede apreciarse en la obra seminal de Kenneth Smith, *The Malthusian Controversy*, en donde se recoge la crítica de Everett a Malthus, pero sin considerar la contribución que tuvo la aparición del concepto de *Destino Manifiesto* en este debate.⁸⁷⁵

Esto quedó parcialmente corregido con un trabajo muy posterior de Derek S. Hoff y su libro *The State and the Stork: the Population Debate and Policy Making the United States* (2012). Hoff, a diferencia de Spengler o de Kenneth, sí consideró el *Destino Manifiesto* como parte del debate maltusiano, y se hizo eco a su vez de los argumentos maltusianos en O’Sullivan. Sin embargo, su contribución consistió en señalar la contribución del *Destino Manifiesto* a los debates sobre el maltusianismo en América, y no el considerar qué papel habría jugado la teoría maltusiana a la hora de conformar el concepto del *Destino Manifiesto*, ni cómo esta se articuló con el resto de elementos doctrinarios del concepto. Algo parecido le ocurrió Walter Nugent en su libro *Habits of Empire: A History of American Expansion* (2008), en el que centró buena parte de su estudio sobre el expansionismo americano decimonónico alrededor del problema de la población, pero no llegó a profundizar con mucho detalle en cómo afectó esto a la elaboración del *Destino Manifiesto*. En su artículo sobre los debates maltusianos previos a la Guerra civil americana (1967) Edmond Cocks realizó un seguimiento de las posiciones maltusianas en la *Democratic Review*, sin embargo, falló a la hora de identificar a su editor. Quien a mi juicio ha estudiado mejor el impacto de la teoría maltusiana en O’Sullivan ha sido Thomas M. Allen en su libro *A Republic in Time: Temporality & Social Imagination in Nineteenth Century America* (2008), en especial porque vincula este interés por Malthus en O’Sullivan en su intento de formular una filosofía de la historia de corte jeffersoniano, interpretación que a mi juicio no sólo es correcta sino además fundamental para entender el concepto. Sin embargo, su mención a los argumentos maltusianos en el editorial “Annexation” resulta meramente descriptivo, sin llegar a profundizar en su importancia y papel para la formación del concepto.⁸⁷⁶

⁸⁷⁵Spengler, “Population Doctrines in the United States”, pp. 438-440; Spengler, “Population Prediction in Nineteenth Century America”, pp. 909-912; Spengler, “Population Theory in the Ante-bellum South”, pp. 368-374; Kenneth Smith, *The Malthusian Controversy*, pp. 159-164.

⁸⁷⁶Cocks, “The Malthusian Theory in Pre-Civil War America”, pp. 350-354, 360-361; Derek S. Hoff, *The State and the Stork: the Population Debate and Policy Making in US History* (Chicago: The University of Chicago Press, 2012), pp. 39-43; Walter Nugent, *Habits of Empire: a History of American Expansion* (Toronto: Random House of Canada, 2008), p. 216; Allen, *A Republic in Time*, pp. 34-36.

El carácter evidente de la retórica maltusiana en los editoriales “Annexation” y “The True Title” no sólo resulta importante por el hecho de que supone el único hilo conductor que vincula las dos primeras publicaciones en las que apareció el concepto de *Destino Manifiesto*, (y por lo tanto establecerían el marco discursivo en el que se redacta el texto, lo que en términos del contextualismo de Skinner supone considerar el sentido del texto vinculándolo a la intención del autor), sino que además plantea un argumento sobre la autoría: si ambos textos presentasen una recurrencia discursiva en su argumentación al vincular el incremento de la población con el expansionismo, este hecho sería indicativo de que con mucha probabilidad el autor de los dos primeros editoriales en los que apareció el concepto antes de su popularización debiera ser la misma persona.⁸⁷⁷

En el editorial “Annexation” el argumento maltusiano apareció presentado justo inmediatamente después de la primera conceptualización del *Destino Manifiesto*:

Pues bien, si se necesitaran otras razones para justificar que ahora saquemos este problema del ingreso de Texas en la Unión de la región inferior de nuestras antiguas disensiones partidarias y lo elevemos al nivel que le corresponde, que es el de los elevados y amplios objetivos nacionales, seguramente las hallaremos, y en abundancia, en el modo en que otras naciones se han propuesto entrometerse en el asunto, interponerse entre nosotros y quienes son propiamente partes concernidas en el asunto, en un espíritu de interferencia hostil hacia nosotros, con el objetivo confeso de deformar nuestra política y perjudicar nuestro poder, limitando nuestra grandeza e impidiendo la realización de nuestro *destino manifiesto*, que es *extendernos sobre el continente que la providencia asignó para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes, que año a año se multiplican*.⁸⁷⁸

Como puede comprobarse, en el momento de aparición del concepto O’Sullivan fusionó la retórica maltusiana con elementos de un providencialismo deísta vinculado a

⁸⁷⁷Skinner, *Visions of Politics*, pp. 87-93. La presunción sobre la recurrencia argumental de ambos editoriales fue también uno de los factores indicativos que llevaron a Pratt a considerar que O’Sullivan debía ser el autor del concepto en tanto que editor de ambas revistas. Pratt, *The Origin of ‘Manifest Destiny’*, pp. 796, 798.

⁸⁷⁸“Why, where other reasoning wanting, in favor of now elevating this question of the reception of Texas into the Union, out of the lower region of our past party dissensions, up to its proper level of a high and broad nationality, it surely is to be found, found abundantly, in the manner in which other nations have undertaken to intrude themselves into it, between us and the proper parties to the case, in a spirit of hostile interference against us, for the avowed object of thwarting our policy and hampering our power, limiting our greatness and checking the fulfillment of our manifest destiny to overspread the continent allotted by Providence for the free development of our yearly multiplying millions”. [John L. O’Sullivan], “Annexation”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, N° 85, (July-August 1845), p. 5; Tomo la traducción al castellano de Anibal C. Leal para la edición argentina del libro de Weinberg, siendo los subrayados míos para resaltar la aparición del concepto y el subsiguiente argumento maltusiano. Weinberg, *Destino Manifiesto*, p. 115.

la noción de *design*, que llevaba a concebir el territorio en términos simultáneamente providencialistas y utilitarios. De hecho la noción de *design* es presentada por O'Sullivan en un párrafo posterior en donde se vuelve a incidir en el mismo argumento que defiende la anexión de Texas como el resultado de la ley del incremento de la población en tanto que resultado de un plan del *diseño manifiesto* de la providencia:

Texas ha sido absorbida dentro de la Unión en la inevitable realización de la ley general que empuja a nuestra población hacia el Oeste; la conexión con respecto a la ratio de crecimiento de la población que está destinada dentro de unos cien años a aumentar nuestros números a la enorme población de *doscientos cincuenta millones* (si no más), resulta evidente y nos despeja de dudas sobre el *designio manifiesto* de la Providencia con relación a la ocupación del continente. Esta [Texas] fue disgregada de México en el curso natural de los eventos, por un proceso perfectamente legítimo por nuestra parte, y del cual no se nos puede culpar.⁸⁷⁹

De esta manera, el destino, el designio y el diseño de la providencia para la ocupación del continente por la población estadounidense resultarían manifiestos en virtud de la ley del incremento de la población, materializándose a través de sus ratios de crecimiento que harían evidente, manifiesto desde un sentido empiricista de *common sense* la necesaria expansión por el continente y la anexión de Texas, ambos producto de una ley natural que obedecería a los designios y diseño manifiesto de la providencia, y que supone un destino igualmente manifiesto para la población estadounidense. La cuestión de los ratios de incremento de la población es la manera en que “científicamente” y por sentido común se podría constatar que el destino se vuelve manifiesto, y es con esta misma idea con la que se cierra el artículo en un párrafo caracterizado por la excitación y un nada disimulado nacionalismo imperialista:

¡Atrás, entonces, con todo ese ocioso discurso francés sobre el equilibrio de poder en el continente americano! ¡No hay crecimiento en Hispanoamérica! Cualquiera que sea el progreso de la población deberá darse en el Canadá británico, y solo por su propia divergencia en su actual relación colonial con respecto a la pequeña isla que yace tres mil millas cruzando el Atlántico; pronto experimentará también la anexión, y estará destinada a engrandecer el actual impulso de nuestro progreso. ¡Y quienquiera compensar la balanza, deberá colocar en el platillo opuesto

⁸⁷⁹“Texas has been absorbed into the Union in the inevitable fulfillment of the general law which is rolling our population westward; the connexion of which with that ratio of growth in population which is destined within a hundred of years to swell our numbers to the enormous population of *two hundred and fifty millions* (if not more), is too evident to leave us in doubt of the manifest design of Providence in regard to the occupation of this continent. It was disintegrated for Mexico in the natural course of events, by a process perfectly legitimate on its own part, blameless on ours; [...]”. [O'Sullivan], “Annexation”, p. 7. Nótese que en este párrafo *Manifest Destiny* es sustituido por *manifest design*, lo que puede traducirse tanto como *designio manifiesto* como por *diseño manifiesto*, en su sentido deísta como preordenación. El subrayado en *manifest design* es mío, no de O'Sullivan.

todas las bayonetas y cañones, no sólo de Francia e Inglaterra, sino de toda Europa, pues cómo podría sino descompensar el equilibrio con respecto al simple y sólido peso de doscientos millones y medio, o trescientos millones de americanos, destinados a reunirse bajo el revoloteo de barras y estrellas, en el inminente año de nuestro señor 1945!⁸⁸⁰

Como puede observarse en el editorial “Annexation”, toda referencia a un *Destino Manifiesto* providencial viene acompañada por una retórica maltusiana que presenta las leyes del incremento de la población como una ley natural divina, que en base a una concepción deísta del designio/diseño de la providencia, habría reservado el continente americano para el desarrollo demográfico del pueblo estadounidense, lo que posibilitaría la apoteosis de la república. Esta es la clave discursiva que condiciona el carácter providencialista de la argumentación de O’Sullivan, y no se trata sólo de un elemento entre muchos que articulan la semántica determinista del concepto de *Destino Manifiesto*, sino que supone su elemento nuclear y es fundamental para su génesis.

En el párrafo de cierre se repite un argumento presentado en el segundo párrafo citado, y es la referencia a la ratio del crecimiento de la población, que materializa a través de un cálculo numérico el carácter determinista del concepto. Como se explicitó en el capítulo 10, la exposición de los ratios poblacionales en tablas tenía por objetivo mostrar la presunta divergencia entre el incremento geométrico de la población con respecto al incremento aritmético de los medios de subsistencia, lo que fundamentaría “científicamente” las profecías catastrofistas del maltusianismo. Por este motivo las tablas poblacionales fueron una herramienta fundamental en la difusión sensacionalista del maltusianismo, otorgando a este paradigma una gran capacidad de impacto y sugestión en la opinión pública. En O’Sullivan la aparición de los resultados de los ratios de incremento poblacional va a preceder a la aparición de las tablas. Sin embargo, cuando medio año después de publicar el editorial “Annexation” O’Sullivan recupere toda su argumentación para el debate sobre la disputa de Oregón con Inglaterra, el concepto de *Destino Manifiesto* reaparecerá acompañado de toda la retórica maltusiana,

⁸⁸⁰“Away, then, with all idle French talk of *balances of power* on the American Continent! There is no growth in Spanish America! Whatever progress of population there may be in the British Canadas, is only for their own early severance of their present colonial relation to the little island three thousand miles across the Atlantic; soon to be followed by Annexation, and destined to swell the still accumulating momentum of our progress. And whosoever may hold the balance, though they should cast into the opposite scale all the bayonets and cannon, not only of France and England, but of Europe entire, how would it kick the beam against the simple solid weight of the two hundred and fifty, or three hundred millions—and American millions—destined to gather beneath the flutter of the stripes and stars, in the fast hastening year of the Lord 1945!” [O’Sullivan], “Annexation”, pp. 9-10.

y en esta ocasión fundamentado en los ratios de crecimiento mostrados a través de una tabla inspirada en el censo publicado en 1840.⁸⁸¹

Pospondré el análisis detallado del editorial “The True Title” para el capítulo siguiente. Por el momento basta con tener en consideración que en dicho editorial reaparece el concepto de *Destino Manifiesto* para fundamentar un nuevo derecho de adquisición territorial basado en una ley superior a todo el derecho internacional precedente, la ley del crecimiento exponencial de la población estadounidense:

Nuestra reclamación a Oregón sería aún así mejor y más sólida. Pues esta se basa en virtud de nuestro *destino manifiesto* a extendernos y poseer todo el continente que la Providencia nos ha otorgado para el desarrollo del gran experimento de la libertad y el autogobierno federativo que se nos ha encomendado. [...] Es en nuestro futuro, más que en nuestro pasado, o en la historia pasada de la exploración española o en los derechos coloniales franceses, en donde se encuentra nuestro Verdadero Título. Considerar únicamente la maravillosa ley del crecimiento que hasta el momento se ha exhibido en el incremento de la población desde los comienzos de nuestro actual sistema de gobierno: a saber, la de *su duplicación cada cuarto de siglo*. Extender este cálculo tan sólo cien años desde el tiempo presente, a un periodo en el que miles de niños recién nacidos entre nosotros sobrevivirán para ser testigos. Nuestra presente población siendo de 20.000.000 ¿En qué devendrá bajo el continuo trabajo de esta ley? ¿Qué nos traerá su continuo obrar?⁸⁸²

Esta pregunta trae como respuesta la siguiente tabla:

Time Period	Population (Millions)
In the first quarter of a century	40
second	80
third	160
fourth	320

Imagen 6. Detalle del editorial “The True Title”, *New York Morning News*, 27/12/1845.

En dicha tabla se muestra una progresión geométrica del crecimiento de la población en donde cada cifra va doblando a la siguiente. De los 20 millones de la época de O’Sullivan a 40 millones en el cuarto de siglo siguiente, y 80 millones en el

⁸⁸¹Kenneth Smith, *The Malthusian Controversy*, pp. 233-235.

⁸⁸²“Our claim to Oregon would still be best and strongest. And that claim is by the right of our manifest destiny to overspread and to possess the whole of the continent which Providence has given for the development of the great experiment of liberty and federative self-government entrusted to us. [...] It is in our future far more than in our past, or in the past history of Spanish exploration or French colonial rights, that our True Title is to be found. Consider only the wonder law of growth which has been thus far exhibited in the increase of our population from the commencement of our system of government: namely that of *doubling every quarter of a century*. Carry this forward for only a hundred of years from the present day to a period which thousands of children already born among us will live to witness. Our present population being 20.000.000 will become under the continued operation of this law – And what should arrest this operation?–”. [John L. O’Sullivan], “The True Title”, *New York Morning News*, 27 de diciembre de 1845. Subrayado en *destino manifiesto* mío.

cuarto de siglo que le sigue, 160 en el tercer cuarto de siglo, y finalmente 320 millones un siglo después, en el año 1945, fecha con las que O’Sullivan había finalizado su anterior editorial “Annexation”. La ratio de incremento poblacional expuesta en la tabla conduce a O’Sullivan a la siguiente reflexión:

*¡Trescientos millones en poco más del tiempo ordinario de la vejez de un individuo sano y vigoroso! Es nuestro deber y derecho el proveer del espacio necesario para todo este estupendo futuro del destino americano, (nuestra posición actual en este continente, dirigida y establecida aquí tal y como ha acontecido por el mismísimo dedo de Dios), esta tendencia penetrante hacia el Oeste, hacia el Oeste, que marca la pendiente de nuestro movimiento nacional, y nos transporta hacia el Pacífico, como la atracción que siente las aguas principales en su propio río, que en su fluir oyen y obedecen la llamada del gran océano de su destino.*⁸⁸³

A través de estos dos editoriales queda patente que el providencialismo predominante en los textos en los que apareció el concepto de *Destino Manifiesto* fue formulado desde una *episteme* organicista que pudo transitar desde la *filosofía de la historia* a la *Razón de Estado* a través del imperativo maltusiano, que por medio de sus ratios de incremento poblacional materializaba una visión simultáneamente teológica, teleológica y geopolítica de la misión expansionista de América.

Ahora bien, esta exposición detallada sobre los motivos maltusianos que abundan en la retórica expansionista de los dos editoriales en donde se forjó el concepto de *Destino Manifiesto* nos muestra que el autor o autora que los escribió tenía un gran interés en la doctrina maltusiana, pero ¿cómo sabemos que O’Sullivan se encontraba personalmente interesado en el maltusianismo? La respuesta a esta cuestión se encuentra en una nota editorial publicada en el mismo volumen de la *Democratic Review* en el que apareció el editorial “Annexation”, dos números posteriores del correspondiente editorial.

La nota editorial apareció introduciendo un artículo titulado “The Malthusian Theory”, que como explica la nota forma parte de la correspondencia privada entre Alexander H. Everett, el eminente teórico anti maltusiano estadounidense con George Tucker, profesor de economía política en la Universidad de Virginia y defensor de la

⁸⁸³“*Three hundred millions, within little more than the ordinary term of hale and healthy old age! The duty and the right of providing the necessary accommodation for all this stupendous future of the American destiny –our existing position on this continent, led and establish here as have been by the finger of God himself- that pervading tendency westward, westward, which marks the slopes of our national movement, and bears us ever on towards the Pacific, like the attraction felt by the head waters of its own rivers that hear and in their flow obey the call of the great ocean of their destiny*”. [O’Sullivan], “The True Title”, *New York Morning News*, 27 de diciembre de 1845.

perspectiva maltusiana. En la nota editorial (que no está firmada) su autor afirma encontrarse muy interesado en la temática sobre “la doctrina de la población y los salarios” y que habiéndose enterado de que Everett y Tucker se encontraban debatiendo sobre este asunto en privado, pidió a Everett publicar en la revista el contenido de su discusión, a lo que ambos accedieron. Tras explicar el método que se iba a seguir para la publicación de la correspondencia, el editorialista aclaró que a lo largo de la discusión no intervendría con sus opiniones personales, directamente o mediante nota editorial, si bien puntualizó cuál era su posición al respecto: “Aunque, por supuesto, en nuestra filosofía económica seamos fuertemente anti maltusianos”.⁸⁸⁴

Si bien la nota editorial no está firmada (como ninguna en la *Democratic Review*) conocemos su autoría gracias a una de las cartas de Everett publicada en la tercera parte del intercambio epistolar, en la que introduce la siguiente aclaración: “Mi amigo el señor O’Sullivan, al cual le había comunicado parte de mi correspondencia, expresó su deseo de publicarla en cuanto estuviera completa en la *Democratic Review*”. Esto confirma que el autor de la nota editorial es O’Sullivan, quien declaró su interés expreso en la teoría maltusiana en el mismo volumen en el que apareció el editorial “Annexation”, repleto de referencias a dicha doctrina, a la par que se declara como anti maltusiano, lo cual es completamente lógico teniendo en cuenta que esta era la posición predominante en el Norte y entre la izquierda jacksoniana, y tenía como principal promotor en América a Alexander Everett, quien para O’Sullivan era como su “Visir literario”, según el colaborador de la revista William Jones. O’Sullivan le había dedicado en 1842 a Everett una de sus famosas biografías de la colección de *Bosquejos a pluma y carboncillo*, que era una de las secciones más populares e importantes de la *Democratic Review*, y en ella se hacía mención explícita a su contribución al debate maltusiano a través de su obra *New Ideas on Population: with Remarks on the Theories of Godwin and Malthus* (1823).⁸⁸⁵

⁸⁸⁴[John L. O’Sullivan], “Editorial Note” en Alexander H. Everett y George Tucker, “The Malthusian Theory: Discussed in a Correspondence between Alex. H. Everett, and Prof. Geo. Tucker, of the University of Virginia”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, N.º. 88, (October, 1845), p. 297; Spengler, “Alexander Hill Everett Early American Opponent of Malthus”, pp. 112-118; Spengler, “Population Prediction in Nineteenth Century America”, pp. 912-920.

⁸⁸⁵Alexander H. Everett y George Tucker, “The Malthusian Theory: Discussed in a Correspondence Between Alex. H. Everett, and Prof. Geo. Tucker, of the University of Virginia”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, N.º. 90, (December 1845), p. 443. Jones, “Criticism in America”, p. 246; [John L. O’Sullivan], “Political Portraits with Pen and Pencil: No. XXX, Alexander. H. Everett”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 10, N.º. 47, (May 1842), p. 297. Si bien el editorial es anónimo, resulta razonable pensar que es obra de O’Sullivan, pues Alexander Everett

Por otra parte una de las figuras que más contribuyó a la introducción de las teorías de Malthus en América fue el reverendo John McVickar, cuya fe calvinista le hizo interesarse por las soluciones moralistas de Malthus a las cuestiones reproductivas. McVickar había sido profesor de filosofía, jurisprudencia y economía política, y fue el responsable de introducir esta última materia en el *Columbia College* por la misma época en que O'Sullivan era estudiante en dicha universidad. Sin embargo, puesto que a O'Sullivan se le ofreció una dispensa para no asistir a las clases a partir del segundo año (y McVickar daba clase a los alumnos de tercero), es difícil saber en qué medida McVickar pudo influirle con sus doctrinas maltusianas. Sin embargo, dado que desde 1831 a 1833 ambos formaban parte del reducido número de profesores y personal docente del claustro de Columbia, y los dos compartían intereses académicos similares, no es descabellado pensar que McVickar influyese en O'Sullivan de algún modo.⁸⁸⁶

Merece asimismo la pena mencionar que en 1845 apareció en la *Democratic Review* un editorial titulado "Bureau of Statics" en el cual el editorialista (muy probablemente O'Sullivan) declaró que era un asunto de gran interés para el patriota, el filósofo y el filántropo conocer los datos correctos sobre el progreso de la nación, así como comparar dicho progreso con el de otros países para conocer los elementos sociales y naturales que influían en el bienestar del pueblo. Esto sería especialmente importante en los sistemas republicanos y representativos de gobierno, en donde todas las clases disfrutaban de los mismos derechos, en especial las desfavorecidas, que se beneficiaban de la protección del gobierno frente a los poderosos. Y para que el buen gobierno fuera posible, resultaba de vital interés el conocimiento de la correcta información del país por medio de estadísticas, y de entre toda la información relevante para el autogobierno, la más importante sería la información sobre el progreso de la población. De esta manera el conocimiento de las estadísticas poblacionales se convertía en un elemento crucial para el autogobierno democrático en los sistemas republicanos de gobierno.⁸⁸⁷

era su maestro y amigo, y en el artículo se muestra mucha información biográfica y personal que sólo podría provenir de una fuente cercana.

⁸⁸⁶William A. McVickar, *The Life of the Reverend John McVickar S.T.D.: Professor of Moral and Intellectual Philosophy, Belles Letters, Political Economy and the Evidences in Columbia College* (Nueva York: Hourd and Houghton, 1872), pp. 63, 74-94; Clayton, *Catalogue of Columbia College*, pp. 14, 16; McCaughey, *Stand, Columbia*, pp. 85-86; Harris, *The Public Career of John L. O'Sullivan*, pp. 23-27; Cocks, *The Malthusian Theory in Pre-Civil War America*, pp. 350, 359.

⁸⁸⁷[John L. O'Sullivan], "Bureau of Statics" *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, Nº. 81, (March, 1845), pp. 291-292. La identidad del editorialista es desconocido, Sin embargo, hay varias razones para pensar que es obra de O'Sullivan. La primera es el interés probado de O'Sullivan hacia las estadísticas poblacionales y el maltusianismo en esta época. La segunda razón son las

Este argumento viene reforzado por otro editorial publicado en la *Democratic Review* en enero de 1839 titulado “The Approaching Census”. En dicho editorial (también anónimo) se celebra que el gobierno de Van Buren haya comenzado a preparar el censo de 1840, argumentando a través del intelectual alemán Francis Lieber que la información estadística es de vital importancia para el gobierno de las naciones. O’Sullivan llega a afirmar que:⁸⁸⁸

Es solo por medio de las estadísticas de los grandes asuntos físicos y morales que se puede realizar una aproximación práctica al complejo sistema político [Americano] y probar su funcionamiento honestamente, examinar que el conjunto actúa como un armónico *e pluribus unum*, y supone además el único medio por el que el sistema puede ser realmente comprendido y sus beneficios ser evidentes, tanto para nosotros como para otras naciones.⁸⁸⁹

De esta manera las estadísticas serían la forma de hacer manifiestas las virtudes del sistema americano y su idoneidad para el resto del mundo. Las estadísticas serían también instrumentales para hacer manifiesto el destino de América, y en este editorial será donde O’Sullivan presente por primera vez la lógica argumental que vinculará las doctrinas maltusianas sobre el crecimiento poblacional con el destino nacional. Pero este argumento lo presentaré de manera detallada en el próximo capítulo.⁸⁹⁰

Por lo tanto, queda suficientemente probado que O’Sullivan se encontraba familiarizado y muy interesado en las doctrinas de Malthus. Su anti maltusianismo resultaba coherente con la posición dominante en la sección Norte, y que fue adoptada por la mayor parte de *jacksonianos* e izquierdistas de la época. No en vano, una de las principales críticas de Alexander Everett a Malthus había sido que la contradicción entre la progresión geométrica de la población con respecto a la progresión aritmética de los medios de subsistencia podía corregirse en el continente americano gracias a la disponibilidad de abundantes tierras sin cultivar, argumento también esgrimido por Jefferson en su carta sobre este asunto al economista francés Jean-Baptiste Say (aunque es difícil determinar si O’Sullivan conocía esta pieza de la correspondencia privada de

declaraciones de William Jones y Caleb Cushing. En un artículo de 1842 Jones realizó un repaso sobre las distintas revistas literarias, señalando entre las contribuciones de O’Sullivan para la *Democratic Review* la publicación de “cálculos estadísticos”, mientras que el diplomático Caleb Cushing declaró que una de sus razones por las que leía la *Democratic Review* era por los artículos financieros y estadísticos que publicaba su editor. Jones, “Criticism in America”, p. 246; [O’Sullivan], “The Exchequer Project”, pp. 501-510.

⁸⁸⁸[John L. O’Sullivan], “The Approaching Census” *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. V, N.º. 13, (Jan., 1839), pp. 77-81.

⁸⁸⁹Ibíd., p. 81.

⁸⁹⁰Ibíd., pp. 82-84.

Jefferson). De esta manera resultaba muy pertinente utilizar las tesis de Malthus para justificar en términos deterministas la necesidad del expansionismo territorial como la única solución a los imperativos del crecimiento poblacional, a la par que se rechazaban sus tesis más catastrofistas en virtud del potencial agrícola de las tierras adquiridas mediante la expansión.⁸⁹¹

Es por este motivo que en todo momento me he estado refiriendo a la existencia de una retórica maltusiana en O'Sullivan, pues en tanto que pensador anti maltusiano no compartía las tesis catastrofistas de esta corriente. Pero su *episteme* organicista estará fuertemente influida por este paradigma económico, y sus razonamientos deterministas evolucionarán a partir de 1844 desde un modelo retórico de *filosofía de la historia* hacia las lógicas discursivas del debate maltusiano. Esta vinculación entre maltusianismo y expansionismo va a prevalecer en el pensamiento de O'Sullivan posterior a la acuñación del *Destino Manifiesto*, y es precisamente en sus últimas obras en las que se encuentra la prueba hermenéutica de que O'Sullivan fue el autor de los editoriales "Annexation" y "The True Title".

La prueba sobre la pervivencia del discurso expansionista y maltusiano reaparece en 1854. En aquel momento O'Sullivan se recuperaba de su truncada carrera filibustera en Cuba, pero aún no había sido nombrado embajador en Portugal y centraba su actividad pública en congraciarse con la administración del recién electo presidente Pierce, que al igual que O'Sullivan pertenecía a la generación de políticos del *Young America movement*. En este contexto O'Sullivan publicó un artículo firmado en el *Daily Union* de Washington, órgano mediático de la administración Pierce. En este extenso artículo trató la cuestión del acta de *Kansas-Nebraska* reutilizando todo su repertorio maltusiano y expansionista. El concepto de *Destino Manifiesto* no aparecerá en dicho artículo, pero sí toda la retórica providencialista, expansionista y maltusiana que O'Sullivan desplegó en los dos editoriales que dieron a luz al concepto. En este contexto, O'Sullivan hará mención a que en el futuro la Historia se preguntará por la lucha partisana que se vivía en la Unión por aquel entonces, a lo que añade:

Y entonces, en sus resultados, debemos unirnos todos en reconocer la manifestación de esta mano invisible que hasta el momento y a través de un millar de retos, ha guardado y guiado esta Unión, y la cual a través de inesperadas vías y fuerzas imperceptibles está guiando y guardando

⁸⁹¹Everett, *New Ideas on Population*, pp. 22-27, 64-66, 92; Jefferson y Population Council (ed.), "Thomas Jefferson on Population", pp. 180-181; Spengler, "Alexander Hill Everett Early American Opponent of Malthus", pp. 112-115.

a este país a través de un inminente futuro de grandeza nacional sin precedentes en la historia de los imperios.⁸⁹²

En esta declaración pervive la retórica providencialista que O'Sullivan fue generando desde el año 1837, aunque el concepto de *Destino Manifiesto* haya sido diluido en la metáfora liberal-deísta de una mano invisible que de manera manifiesta actúa providencialmente en los acontecimientos, metáfora que también estaba presente en el manifiesto introductorio de la *Democratic Review*. Tras este párrafo O'Sullivan hace referencia al mensaje inaugural del presidente Pierce, y llama la atención al lector sobre la idea maltusiana expuesta por Pierce de que en cincuenta años la Unión estará poblada por cien millones de habitantes. Acto seguido O'Sullivan propone doblar el número de años, desde la perspectiva de que a cada cuarto de siglo la población se doblará en una progresión geométrica hasta alcanzar los cuatrocientos millones de personas en el año 1954, cien años después del mensaje del presidente Pierce. En este contexto de crecimiento exponencial de la población el país deberá expandirse territorialmente para dar cabida a todos los futuros estadounidenses, O'Sullivan considera que el debate seccional resulta estéril, pues lo único que conseguirá será poner trabas al cumplimiento del destino americano. Para O'Sullivan el debate abierto por el *acta de Kansas-Nebraska* sobre la posibilidad, o no, de extender la esclavitud más allá del paralelo 36° 30', y la solución de la *Wilmot proviso* ponían en peligro la continuidad de la Unión, y refugiándose en palabras de Jefferson llamó a respetar el *compromiso de Missouri* para continuar con el equilibrio seccional. Para O'Sullivan esto sería una cuestión de elegir entre el mal o el bien, entre la disolución de la Unión o el cumplimiento del destino americano.⁸⁹³

De esta manera se puede comprobar cómo a partir de los debates seccionales de la década de 1850 O'Sullivan fue tomando partido por los argumentos del esclavismo, apartándose del círculo de Van Buren y de los *free soilers* a los que había pertenecido anteriormente. Y en este contexto adaptó el marco providencialista que alumbró el concepto de *Destino Manifiesto*, presentando la necesidad de un compromiso entre el Norte y el Sur como la única manera de asegurar el cumplimiento del destino americano.

⁸⁹²“And then, in its results, shall we all unite in recognizing the manifestation of that unseen hand which has thus far, through a thousand perils, guarded and guided this Union, and which, through unsuspected ways and unconscious agencies, is guiding and guarding it still towards a fast-approaching future of national greatness unprecedented in the history of empire”. John L. O'Sullivan, “The Duty of the North on the Nebraska Question”, *The Daily Union*, 10 de marzo de 1854.

⁸⁹³ O'Sullivan, “The Duty of the North on the Nebraska Question”, *The Daily Union*, 10 de marzo de 1854.

Las claves del debate político se estaban transformando en los años previos a la Guerra civil, y puesto que la disputa *seccional* sobre la esclavitud había sido el repertorio de recepción de la retórica maltusiana, a O'Sullivan no le resultó complicado adaptar el marco discursivo del expansionismo a las claves retóricas de los debates seccionales de la década de los años 50 del siglo XIX. Pero como les ocurrió a tantos otros demócratas del *Young America movement*, O'Sullivan se negaba a aceptar que el conflicto seccional por la esclavitud ya no permitiera la opción de un compromiso *seccional*, tal y como había sido elaborado y defendido por el *jacksonianismo* durante las dos décadas precedentes. Y en este nuevo contexto el carácter optimista y triunfalista de la década de los 40 va a dar lugar a un nuevo clima político caracterizado por la crisis y la amenaza de desunión, obligando a O'Sullivan a recomponer su discurso y a resignificar sus viejos motivos providencialistas. Por este motivo el concepto de *Destino Manifesto* desaparecerá de sus declaraciones, pero el resto de los componentes discursivos se conservaran adaptados a los nuevos términos del debate público.⁸⁹⁴

Seis años después de la aparición de este artículo, y en la antesala del estallido de la Guerra civil americana apareció en París un panfleto escrito en francés titulado *La question de la paupaté envisagée sous un point de vue nouveau* (1860), escrito por "Un Diplomate Américain". Este texto anónimo versaba sobre la necesidad de reformar los Estados Pontificios, que en tiempos del Papa Pío Nono habían visto puesta en cuestión la soberanía de la Santa Sede sobre el centro de Italia, muy especialmente tras la revolución de 1848 y la proclamación de la República romana. El problema se vio agravado con el proceso de unificación italiana iniciado por el rey Víctor Manuel II, que en el momento en que salió publicado el panfleto había conquistado la casi totalidad de los Estados Pontificios. El diplomático norteamericano aconsejaba entonces al Papa renunciar voluntariamente a sus títulos como señor temporal de sus posesiones italianas, para salir de esta manera reforzado como poder espiritual universal. Asimismo le sugería replegar su soberanía sobre la ciudad de Roma y adquirir un estatuto similar en Italia al que tenía el Distrito de Columbia dentro de la arquitectura federal de los Estados Unidos.⁸⁹⁵

Comentando la naturaleza del gobierno federal americano el diplomático americano señalaba que la no interferencia del gobierno federal en los asuntos de los Estados era lo que aseguraba la supervivencia de la confederación (con ello se refería a

⁸⁹⁴ Ransome, *Conflict and Compromise*, pp. 97-99, 105, 110-116.

⁸⁹⁵ [O'Sullivan], *La question de la paupaté envisagée*, pp. 1-6.

los Estados Unidos), que en aquel momento contaba con 31 millones de habitantes, pero que en un siglo llegaría a tener 250 millones de habitantes. El diplomático desarrolló esta idea en una extensa nota en la que comentaba que si bien esta afirmación podía parecer exagerada, estaría basada en una férrea ley de la población cuyos resultados ya se estarían experimentando en los Estados Unidos:⁸⁹⁶

Esta ley ha sido tal, que la cifra de la población se ha duplicado geoméricamente aproximadamente cada 24 años. Si tomamos para redondear períodos de 25 años, en base a la población actual de 31 millones, llegaríamos tras un siglo al año 1960, es decir, con el transcurso de cuatro períodos de 25 años veríamos el increíble resultado de 496 millones de habitantes (31-62-124-248-496). El espacio no sería algo que debamos echar en falta, pues ¿no existe todo el hemisferio americano que aspira a ser copado? [...] A esto se debe agregar la adhesión de poblaciones que ya se encuentran en países que eventualmente serán anexadas, o que experimentarían la anexión en virtud de su propia solicitud. (Más de una de estas solicitudes han sido dirigidas a nuestro gobierno por los Estados de México o América Central, y las hemos rechazado, a pesar de lo que se piense en Europa sobre nuestra ambición invasora). Con todo esto en consideración, se debe reconocer que tratándose de la población, a finales de siglo, no será esta de 496 millones, sino de 250 millones, pues no hay nada que parezca más razonable.⁸⁹⁷

A estas declaraciones sigue una tabla con ratios de crecimiento poblacional sacada del censo de 1850, y el argumento de que de los 31 millones de estadounidenses que habitan la república en 1860 pasarán a ser 250 millones, o incluso 288 para el año 1960. Tenemos por lo tanto repetidos los mismos argumentos con las mismas cifras que fueron planteados en su momento en los editoriales “Annexation” y “The True Title”. La idea de que la duplicación de la población cada 25 años llevaría a los Estados Unidos a tener 250 ó 288 millones de habitantes en un siglo (los dos editoriales escritos en 1845 tomaban como referencia el año 1945, y este panfleto de 1860 proyecta la cifra al año 1960). Este incremento poblacional impondría la necesidad de expandirse por todo el continente anexionando una república tras otra, pues esto aseguraría la supervivencia de

⁸⁹⁶Ibíd., p. 7.

⁸⁹⁷“Cette loi a été telle que le chiffre de la population a doublé, par progression géométrique, à peu près tous les 24 ans. Si nous prenions, pour chiffres ronds, des périodes de 25 ans, et pour base la population actuelle de 31 millions, nous arriverions, au bout d'un siècle, en 1960, c'est-à-dire après quatre périodes de 25 ans, au résultat effrayant de 496 millions (31-62-124-248-496) L'espace n'est pas ce qui nous doit manquer, car n'y a-t-il pas tout l'hémisphère américain qui n'aspire qu'à être rempli? [...] ceci il faut ajouter l'accession des populations se trouvant déjà dans les pays qui de temps en temps seront annexés, ou qui s'annexeront par leur propre sollicitation. (Plus d'une de ces sollicitations ont déjà été tentées auprès de notre gouvernement, d'États du Mexique ou de l'Amérique centrale, et *repoussées*, quoi qu'on pense en Europe de notre ambition envahissante.) Tout ceci bien pesé, on reconnaîtra que, quand il est question, au bout d'un siècle, d'une population, non de 496 millions, mais de 250 millions, il n'y a rien qui jure avec une probabilité raisonnable”. Ibíd., p. 7.

la Unión, junto al principio de no interferencia en los asuntos de los Estados por parte de un gobierno central débil.⁸⁹⁸

La identidad de este escritor anónimo fue revelada por dos fuentes. La primera fue el dramaturgo francés Edmond About, quien puso en boca de uno de sus personajes (un americano) la siguiente frase: “Un diplomático de mi país, el señor O’Sullivan, ha publicado en un buen francés, en [la editorial] M. Dentu, un folleto titulado: *La question de la paupaté envisagée sous un point de vue nouveau*”. Ahora bien, si se prefiere una fuente más fiable que la obra de un dramaturgo es posible recurrir a la correspondencia entre George M. Dallas, vicepresidente de los Estados Unidos durante el mandato de Polk y embajador estadounidense en Inglaterra durante ese periodo, con el Secretario de Estado Lewis Cass. En su misiva diplomática del 3 de febrero de 1860 Dallas informó a Cass de las últimas actividades literarias de O’Sullivan, quien seguía autoexiliado en Lisboa.⁸⁹⁹

“La cuestión papal bajo una nueva luz” escrita por un diplomático americano, está siendo impresa en París, y proviene de la pluma de nuestro reciente embajador en Lisboa, el señor John L. O’Sullivan. La “nueva luz” parece consistir en haber descubierto la identidad, o al menos una fuerte analogía, entre el distrito de Columbia bajo nuestra Constitución y Roma bajo el plan del panfleto de Guerronière. Solo dos tercios de este escrito han sido traducidos del francés y han llegado hasta aquí.⁹⁰⁰

El argumento volverá a repetirse en una última obra de O’Sullivan, *Union Disunion and Reunion: A Letter to General Franklin Pierce* (1862). Este panfleto pro sudista publicado en plena Guerra civil americana fue la obra más extensa escrita nunca por O’Sullivan, y una de las únicas que llegó a firmar. También fue el principal motivo de su posterior ostracismo tras la Guerra civil. En ella O’Sullivan expuso toda la

⁸⁹⁸Ibid., pp. 1-8. En el párrafo anteriormente citado se hacía referencia a las solicitudes de anexión rechazadas a las que se refiere el diplomático americano fueron las formuladas por la República del Yucatán en 1846, independizada de México en el proceso de invasión estadounidense y cuya solicitud de incorporación a los Estados Unidos propició en el congreso de los Estados Unidos los *debates del Yucatán* (1846), que serían fundamentales a la hora de establecer el criterio sobre la cantidad de territorio mexicano que será exigido en el Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848). La república centroamericana cuya anexión fue rechazada corresponde a la República de Nicaragua bajo el mandato del filibustero norteamericano William Walker, cuya petición de anexión fue denegada en 1857 por el presidente Buchanan. Lo que el diplomático estadounidense pretende presentar en su escrito como el rechazo de un acto de adhesión voluntaria de repúblicas soberanas fue en realidad resultado de dos interferencias imperialistas estadounidenses en Latinoamérica. Merk, *Manifest Destiny and Mission*, pp. 182-209; Merk, *The Monroe Doctrine and American Expansionism*, pp. 188, 194-232; May, *Manifest Destiny Underworld*, pp. 203-211; Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 247-248.

⁸⁹⁹Edmond About, *La Nouvelle Carte D’Europe* (París: E. Dentu, Libraire-Éditeur, 1860), p. 16.

⁹⁰⁰Despacho número 314, George M. Dallas a Lewis Cass, 3 de febrero de 1860, en George M. Dallas, *A Series of Letters from London written During the Years 1856, '57, '58, '59 and '60* (Filadelfia: J. B. Lippincott & Co., 1860), pp. 187-188.

argumentación de la propaganda confederada, y en los capítulos XII, XIII y XIV explicará las ventajas de un sistema confederado sobre uno centralizado. Una de las principales razones para favorecer la confederación sería en virtud de la ley del incremento de la población, y para demostrarlo echará mano de las viejas doctrinas de la revolución americana del *decline and fall* y de la *translatio imperii*, y como si fuera una suerte de Gibbon o Montesquieu decimonónico, O'Sullivan se inspirará en los *espacios de experiencia* propios de la cultura política de la era revolucionaria para envolver a la causa confederada de una argumentación que resonase a la retórica neorromana de los *Padres fundadores*.

La historia probaría la dificultad de mantener una gran masa de población unida en un vasto territorio bajo el mando de un mismo gobierno. Esto convertiría a la historia en una necrología de imperios caídos a la que podría llegar a sumarse los Estados Unidos. El caso de Roma sería paradigmático a este respecto, por su intento de mantener un enorme territorio y población bajo el férreo mando de una autoridad central, lo que habría llevado a la necesidad de imponer un poder despótico armado con grandes ejércitos para imponer su ley. Esto Sin embargo, habría supuesto su corrupción y su ruina, y si Roma que era un gran imperio habría sufrido este hado ¿cómo no le iba a suceder lo mismo a los Estados Unidos, que estarían llamados a convertirse en un imperio aún mayor? La nueva población que iría llegando y naciendo en los Estados Unidos exigirá su propio autogobierno, y esto impediría la formalización de un gobierno central fuerte, por lo que O'Sullivan aconsejará adoptar una forma de gobierno confederal y descentralizado.⁹⁰¹

En el curso de su alegato O'Sullivan volvió a exponer el argumento sobre el ratio de incremento poblacional en los mismos términos en que lo hizo en *La question de la paupaté*, argumentando que la población se doblaría cada cuarto de siglo, llevando en cien años (vuelve a escoger 1960 como punto de llegada) a que la población estadounidense llegará a alcanzar una cifra de entre 250 y 288 millones de habitantes. Para probar su argumento añadió una tabla en la que los ratios de población se muestran visibles, y en su opinión, concluyentes:⁹⁰²

⁹⁰¹John L. O'Sullivan, *Union Disunion and Reunion: A Letter to General Franklin Pierce* (Londres: Richard Bentley, 1862), pp. 43-47.

⁹⁰²Ibíd., p. 43.

The following table, then, carries forward the estimate at that rate from the starting point which was assumed in advance as the population of 1860. It was, in fact, about half a million more, but in view of the effects of the present war, it may fairly be left, for the present purposes of calculation, at thirty-one millions.

1860	31,000,000	1920	118,255,613
1870	38,750,000	1930	147,819,516
1880	48,437,500	1940	184,785,395
1890	60,546,875	1950	230,981,991
1900	75,683,593	1960	288,726,488
1910	94,604,491		

Imagen 7. El progreso de los ratios de la población americana en un siglo según O'Sullivan, *Union, Disunion and Reunion*, p. 43.

Y de la misma manera que en los escritos anteriores, la retórica malthusiana vendrá a apoyar un argumento expansionista de conquista y anexión territorial para ofrecer espacio a estos nuevos millones de estadounidenses:

Ningún poder terrenal podrá impedir la sobrepoblación deriva de e este enorme crecimiento de nuestra expansiva raza se derrame sobre México y América Central. Este crecimiento de la población es del todo independiente de la cuestión sobre si debe existir una, dos, o varias confederaciones. En *los verdaderos principios de las grandes confederaciones* no hay ninguna razón por la que no pueda existir una confederación como una sola entidad, en un sistema que representará sencillamente *la Paz, el libre comercio, la ausencia de grandes ejércitos permanentes y sin regalías exorbitantes*, todo ello extendido a lo largo de un vasto continente.⁹⁰³

De esta manera O'Sullivan volvió a presentar todos los elementos que desde el año 1837 articularían su *filosofía de la historia* providencialista: una ontología política basada en la fuerza rectora de los principios políticos, un sistema democrático imperial basado en la paz, el libre comercio y un gobierno mínimo, y un expansionismo justificado por la ley del incremento poblacional que conllevarían el *Destino Manifiesto* de la expansión de los Estados Unidos por todo el continente americano, y la prueba inequívoca de que América sería la nación del futuro.

Es en virtud de esta colección de textos y a la recurrencia de los argumentos aquí presentados lo que me lleva a considerar que O'Sullivan es el autor de los editoriales

⁹⁰³“That no earthly power can prevent the necessary overspilling of this vast growth of our expansive race over all Mexico and Central America. This growth of population is quite independent of the question whether we shall exist as one, two, or several confederacies. *On the true principles of large confederations* there is no reason why we should not exist as one, in a system which would then simply represent Peace, Free Trade, no great standing armies, and no expensive royalties, spread over a vast continent.” *Ibid.*, pp. 44-45.

“Annexation” y “The True Title”, y por lo tanto el pensador político que acuñó el concepto de *Destino Manifiesto*, así como la persona que definió por primera vez su contenido semántico. Lo que Julius W. Pratt expuso en el año 1927 como una hipótesis queda aquí probado por medio de un conjunto de fuentes documentales que describen la labor editorial de O’Sullivan, a lo que se debe añadir el proceso de análisis por vía hermenéutica que demuestra que en el pensamiento de O’Sullivan existía una recurrencia de motivos que posibilitaron producir una coherencia discursiva que alumbraría la aparición del concepto de *Destino Manifiesto*.

12.3 Descripción contra interpretación textual: sobre el futuro de la hermenéutica y de la historia conceptual en la era digital

La recurrencia temática y la manera en la que los distintos elementos interactúan entre sí en los escritos de O’Sullivan establecieron una lógica discursiva coherente (en sus propios términos), que posibilitó generar un marco intelectual desde el que alumbrar el concepto de *Destino Manifiesto*. En este caso concreto no nos encontramos (como sucede en filósofos de mayor envergadura) ante una sistematicidad teórica que haya generado una idea en base a su lógica interna y respondiendo a la voluntad expresa del autor. El caso de la paternidad del concepto de *Destino Manifiesto* responde a otra forma de elaborar la teoría política, en donde la formulación conceptual es resultado de la evolución de ciertos postulados dentro de una coherencia discursiva. En este caso los elementos doctrinales movilizados por el marco discursivo tienen un menor espesor teórico que los conceptos elaborados a través de un proceso teórico-especulativo, pues son el resultado de una cosmovisión que genera argumentos funcionales para el enfrentamiento político a través de medios de comunicación de masas, lo que difiere sustancialmente de cuando los conceptos se elaboran como herramientas analíticas en el contexto de un proceso especulativo dentro de un complejo ideal sistemático. Sin embargo, el discurso providencialista de O’Sullivan contaba con la suficiente coherencia interna como para evolucionar en el tiempo, mientras se conservaban los suficientes elementos inalterados desde los que plantear un patrón discursivo homogéneo, por medio del cual sería posible alumbrar un *concepto-doctrina* complejo como el *Destino Manifiesto*.

A este respecto hay una cuestión que en todo momento me llamó la atención sobre la hipótesis alternativa de Hudson, me refiero a cómo esta historiadora pasó por alto el hecho de que la experiencia vital de Cazneau la convertía en una candidata

improbable para ser la autora del editorial “Annexation”. Tanto en “Annexation” como en el editorial “The True Title”, el Oeste la *Frontera* son presentados como espacios abstractos carentes de historia, población o accidentes geográficos específicos (al margen de los grandes accidentes delimitadores como los grandes ríos, las principales cadenas montañosas, o los océanos). El Oeste se asemeja en estos editoriales al espacio en blanco de un mapa, una *terra incognita* lista para ser llenada por los múltiples millones de americanos derivados abstractamente de las tablas poblacionales de los censos futuros. En este sentido, se trata de una *Frontera* y de un Oeste propios de un teórico urbanita de la costa este como O’Sullivan, que al igual que Jefferson nunca visitó (que sepamos) la *Frontera*, siendo esta para él un espacio vacío sobre el que proyectar sus fantasías especulativas sobre el futuro nacional.

En contraste con las abstracciones sobre el Oeste de O’Sullivan, Cazneau en sus escritos retrató profusamente la vida en la *Frontera* a partir de su experiencia directa como pionera americana en el Oeste. Tanto en *Texas and Her Presidents* (1845) como en su autobiografía *Eagle Pass; or, Life on the Border* (1852) Cazneau narró con todo lujo de detalle la historia de la *Frontera* texana, la vida de su población (tanto de origen estadounidense como mexicano), los nombres de sus líderes, la fertilidad de sus suelos, sus accidentes geográficos específicos así como la historia del movimiento secesionista texano y sus líderes. Cazneau a diferencia de O’Sullivan conocía de primera mano la experiencia colonizadora y el secesionismo texano, y para ella Texas no era un simple espacio en blanco en donde cumplir las profecías de los designios maltusianos de la providencia. Jane Cazneau fue una protagonista de primera magnitud en el proceso expansionista, tanto como pionera rusa en su rancho de Eagle Pass, como en calidad de agente gubernamental de la delegación estadounidense en la ciudad de México (en calidad de asistente diplomática, espía y traductora). Esto sin contar su posterior experiencia como colonizadora y filibustera en la isla de Santo Domingo durante la época de la “caribenización” del *Destino Manifiesto*. Cuando Cazneau escribió sus múltiples editoriales para periódicos neoyorkinos como el *The Sun*, o el *New-York Tribune* (entre muchos otros) durante la década de 1840, su principal fuente de inspiración fue su propia experiencia como agente expansionista, así como las múltiples fuentes que ella había ido consultando en su experiencia sobre el terreno.⁹⁰⁴

⁹⁰⁴Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, pp. 45-46; Megan J. Griffin, “Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878”, *Legacy*, Vol. 27, No. 2 (2010), pp. 417-425; May, “Reconsidering Antebellum U.S. Women's History”, pp. 1172-1173; Merk, *Manifest Destiny and Mission*, pp. 132-134, 199-200. Para una

Esto no implica que Cazneau no desarrollase una temática providencialista en sus editoriales, sino que este providencialismo no se basará en una suerte de hegelianismo democrático, o en una retórica maltusiana. En Cazneau su experiencia pionera y su sensibilidad para captar el espíritu de la época fueron los factores fundamentales con los que esta autora constituirá su visión providencialista del expansionismo, y esto quedó bien reflejado tanto en sus libros como en sus artículos periodísticos. Sin embargo, cuando Cazneau hable sobre la población lo hará en términos de un orientalismo romantizante (para el caso de los nativos americanos, esclavos negros o de la población hispanoamericana), o en términos épicos, tal y como puede apreciarse en el caso de los líderes texanos y en su descripción de los pioneros. En ningún momento se aprecia en su discurso argumentos maltusianos argüidos con las tablas del censo en la mano.⁹⁰⁵

De esta reflexión no debe inferirse que a la hora de estudiar el *Destino Manifiesto* sea necesario elegir entre O'Sullivan o Cazneau. Ambos representan dos ejemplos distintos de intelectuales y periodistas demócratas que teorizaron a favor del expansionismo. En el caso de O'Sullivan su contribución fue la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto* y el establecimiento de una retórica expansionista basada en una transformación de los principios políticos del *jacksonianismo*. Se trataba de un intelectual orgánico del partido demócrata, un periodista urbano de la costa este que se aproximó al fenómeno del expansionismo desde la ideología *jacksoniana* que él ayudó a codificar a través de sus editoriales. En el caso de Cazneau tenemos a una figura de acción metida a propagandista, una pionera, filibustera y agente gubernamental que protagonizó el movimiento expansionista desde la primera fila, y a partir de esa experiencia fue capaz de traducir sus impresiones en una retórica imperial- Una profunda comprensión sobre el fenómeno del expansionismo no puede prescindir del

muestra de su descripción romántica de la *Frontera* en base a su experiencia vital ver los ocho primeros capítulos de su obra *Eagle Pass; or, Life on the Border*. El contraste con los editoriales de O'Sullivan no podría ser mayor: en ellos el ambiente de la frontera texana aparece detallada con todo lujo de detalle desde una perspectiva romantizada, se incluyen conversaciones con personajes sobre los designios de la providencia en la expansión, en los que el providencialismo no se muestra como el resultado de disquisiciones teóricas sobre el futuro de América, sino como testimonios sobre la vivencia de los pioneros en la *Frontera* y su visión de los avances del país a través del *wilderness*. [Jane Cazneau] Cora Montgomery, *Eagle Pass; or, Life on the Border* (Nueva York: George P. Putman & Co., 1952), pp. 9-26.

⁹⁰⁵Un ejemplo sobre su descripción épica y romantizada del espíritu de los líderes texanos y de la población pionera puede encontrarse en: Montgomery [Jane Cazneau], *Texas and Her Presidents*, pp. 65-66, 74, 99. Sólo en la página 99 se aprecia una reflexión sobre el aumento de la población en Texas, que según Cazneau se habría quintuplicado en los últimos años, pero esta observación no deriva en un argumento maltusiano sobre el crecimiento de la población en términos geométricos, ni se vincula al argumento de la necesidad de la expansión.

estudio de estas dos figuras, pues cada una de ellas representa formas muy distintas pero complementarias en la formación de una ideología expansionista a mediados del siglo XIX.

Esta diferencia entre ambos intelectuales y sus discursos no puede estudiarse por medio de un análisis del lenguaje basado en un plano formal de la estructura gramatical, o atendiendo a las faltas de ortografía de un texto. El problema no estriba solamente en que Hudson realizase una aplicación chapucera de la *estilometría* desarrollada por las humanidades digitales (lo que sin duda también influyó en que errara en sus conclusiones). El problema más profundo de este caso radica en la pretensión de resolver por medio de un análisis textual formalista una cuestión que requiere considerar las formaciones de sentido discursivo, lo que implica establecer un protocolo de análisis hermenéutico con el que averiguar cómo realizar las preguntas pertinentes a los escritos que se pretende analizar.

En este sentido, en la actualidad nos encontramos ante el surgimiento en las universidades americanas de un *Nuevo Formalismo* que se reclama como un nuevo *giro descriptivo* en contra de muchas de las presunciones erigidas por el *giro lingüístico*. Este grupo está lejos de ser dominante, pero las condiciones de la vida académica actual les ofrecen un terreno propicio para su expansión y desarrolló. Su documento de referencia es el artículo de Stephen Best y Sharon Marcus “Surface Reading: an Introduction” (2009), así como el documento escrito por estos dos académicos en colaboración con Heather Love “Building a Better Description” (2016). El objeto de crítica de este nuevo paradigma será la hermenéutica originada en los autores de la sospecha. Según Best, Marcus y Love en los últimos años habríamos asistido al predominio de una cultura académica obsesionada con la existencia de un sentido subyacente al sentido aparente de los textos. De esta manera los académicos de las humanidades se encontrarían inmersos en un enfoque de *lectura sintomática* que por medio de Marx y Freud intentarían desentrañar el sentido oculto de los textos, compuesto por los elementos ideológicos e inconscientes que conformarían la instancia de sentido real y no por las apariencias mistificadoras de la retórica del texto.⁹⁰⁶

⁹⁰⁶Estos autores se consideran escépticos sobre las cualidades liberadoras de la literatura y su crítica, y consideran que la crítica literaria no debería ser concebida como una extensión del activismo político (si bien defienden la necesidad del activismo político para la adquisición y defensa de derechos, postulan que la crítica literaria no debiera verse mezclada con esta práctica). El ensayo no pretende ser polémico, ni anunciar la muerte de la "lectura sintomática", sino que aspira a plantear alternativas a la misma a partir de prácticas ya constituidas. Esta alternativa se materializaría a través del contraste entre su mirada “profesionalizante”, con respecto a un contraparádigma dominante que entrenaría al investigador a

Inspirándose en Adorno, Foucault y Latour los proponentes de este *giro descriptivo* abogan por realizar lo que ellos llaman una *lectura de superficie*. Este tipo de lectura considera que el acto de interpretación no revela el sentido verdadero del texto, sino que lo altera. Por este motivo proponen implementar una metodología que reivindica el análisis descriptivo como fuente de conocimiento. Pero estos autores no consideran por ello que este conocimiento sea objetivo, sino que constituye una forma no mediada de revelar la subjetividad genuina del texto. Los autores de este paradigma creen que los textos revelan sus propias verdades si no se fuerzan interpretaciones externas a su literalidad textual, y por este motivo no requieren de ser trasladados a ningún metalenguaje teórico o historiográfico. El objetivo del método descriptivo se reduciría entonces a mostrar lo que el texto tiene que decir de sí mismo, ya que este tendría su propia agencia, y por lo tanto no necesitaría ser criticado.⁹⁰⁷

Para lograr una visión más ajustada sobre esa superficie textual se apoyarían también en la reflexión histórica de los dispositivos de lectura, de los medios de

desenmascarar la ideología oculta en los textos. La perspectiva que ellos defienden tendría otro objetivo, el de mostrar una realidad que por su crudeza no requeriría una segunda interpretación más profunda, pues se haría evidente por sí misma. Stephen Best y Sharon Marcus, “Surface Reading: an Introduction”, *Representations*, N° 108, (Fall, 2009), pp. 1-9. A mi juicio la propuesta de Best, Marcus y Love nace de una reacción muy humana y comprensible, pero ofrece un diagnóstico y solución equivocados. Estos autores proponen su *giro descriptivo* para intentar detener una tendencia que ellos detectan en los departamentos angloamericanos de humanidades, que estarían presuntamente dominados por un enfoque politizado en donde se valoraría más la adhesión expresiva y la contribución académica hacia algunas de las luchas por los derechos civiles, que el análisis carente de juicios de valor de los fenómenos sociales y culturales a estudiar. De esta manera, al igual que en los años 70 y principios de los 80 del siglo XX para muchos académicos era más importante parecer marxista que fundamentar sólidamente su trabajo, en la actualidad el valor de una contribución académica se mediría por la adhesión a la retórica de alguna de las causas de los nuevos movimientos sociales, y no por su valor intrínsecamente académico. Si bien comparto una parte de la preocupación de estos autores, considero que la propuesta neo-positivista que pretenden aplicar resulta problemática, tanto en el enfoque de su diagnóstico como en la naturaleza de sus soluciones. En primer lugar porque no existe una posición neutra desde la que poder investigar y que esté completamente libre de sesgos políticos o históricos, lo que no implica que sea posible lograr una cierta autoconsciencia sobre los sesgos propios para evitar realizar juicios de valor en la investigación. Pero en último término toda mirada es situada, y esto supone siempre un cierto sesgo. Incluida mi mirada en esta tesis. Por otra parte, el hecho de tener motivaciones políticas a la hora de investigar no supone un demérito o un elemento espurio en un investigador y su trabajo. Como acabo de exponer esto forma parte de la situación vital inevitable de todo investigador, y forma parte de los estímulos que movilizan la búsqueda del conocimiento. El problema radica en las investiduras libidinales que pueden acontecer cuando no se tiene suficiente distanciamiento sobre las convicciones propias, o con el objeto de estudio, lo que puede conducir a generar proyecciones sobre este, simpatías o antipatías que supongan límites *epistemofílicos* y *epistemofóbicos* (por decirlo con palabras de mi maestro Carlos Castillo Mendoza), y que pueden conducir al problema de que el discurso académico devenga en un metalenguaje con motivaciones identitarias. En estos casos la militancia y la motivación política se convierte en un problema, pero ni es una situación que se dé automáticamente en todo trabajo políticamente comprometido, y definitivamente no es algo que pueda evitarse a través de métodos académicamente formalistas.

⁹⁰⁷Stephen Best y Sharon Marcus, “Surface Reading: an Introduction”, pp. 9-10, 14; Sharon Marcus, Heather Love y Stephen Best, “Building a Better Description”, *Representations*, N° 135, (summer, 2016), pp. 2-6, 9-13.

difusión del conocimiento en cada época, así como de los hábitos y culturas lectoras. También tendrían en consideración los estudios cognitivos sobre los flujos de actividad cerebral en el proceso de lectura, todo ello con motivo de comprender qué supone el acto de leer un texto. Sin embargo, su método principal de trabajo será el análisis y la exposición de los patrones lingüísticos y semánticos del texto, considerando que la clave del sentido textual se encontraría en sus propiedades formales. Es por esta razón que los autores del *giro descriptivo* van a reivindicar el uso de programas informáticos para el análisis textual, con el objetivo de reducir la agencia del crítico literario al mínimo grado posible. Desde su perspectiva los ordenadores pueden ser débiles intérpretes, pero son potentes descriptores, analistas y taxonomistas, y este es el ideal que pretenden alcanzar con su método. El objetivo último del *giro descriptivo* sería un *nuevo formalismo* que al explicitar la subjetividad no mediada del texto, alcanzaría con ello el grado mayor de objetividad a la que pueden aspirar las humanidades, pues un texto “no mediado” sería fácilmente falsable y por lo tanto más cercano a la verdad.⁹⁰⁸

Esta propuesta del *giro descriptivo* se une a las reivindicaciones realizadas por algunos autores de las humanidades digitales que con anterioridad a la aparición de esta corriente realizaron reivindicaciones similares que aspiraban a superar lo que ellos identificaban como las limitaciones de la lectura de cercanía de la hermenéutica. El historiador Franco Moretti es posiblemente, junto a los miembros del laboratorio literario de Stanford, uno de los mayores exponentes de esta corriente, y desde su libro *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for a Literary History* (2005) ha propuesto una nueva forma de lectura que él denomina *lectura distante*, que se fundamenta en un proceso deliberado y consciente de reducir la información textual a abstracciones cuantificables. Esta perspectiva permitiría aumentar cuantitativamente la muestra de estudio, lo que para Moretti constituye una oportunidad más que un desafío.⁹⁰⁹

A diferencia de los autores del *giro descriptivo*, que aún aspirarían a realizar un análisis de tipo cualitativo (aunque para ello utilicen herramientas que procesan cuantitativamente ítemstextuales), Moretti consideró que la lectura cuidadosa de textos individuales generaba distorsiones en nuestra concepción del corpus literario, pues esta forma de lectura conduciría al investigador a centrarse en unos pocos textos canónicos

⁹⁰⁸ Stephen Best y Sharon Marcus, “Surface Reading: an Introduction”, pp. 9-18.

⁹⁰⁹ Franco Moretti, “Graphs, Maps, Trees: Abstracts Models for Literary History-1”, *New Left Review*, No. 24, (Nov-Dec. 2003), pp. 67-68; Franco Moretti, *Graphs, Maps, Trees: Abstracts Models for Literary History* (Londres: Verso, 2007), pp. 1-9; Andrew Goldsten y Ted Underwood: “The Quite Transformation of Literary Studies: What Thirteen Thousand Scholars Could Tell Us”, *New Literary History*, Vol. 45, N. 3, (Summer, 2014), p. 379.

que no serían representativos del conjunto de la literatura que se produce en un momento histórico dado. Por este motivo Moretti propuso utilizar modelos abstractos basados en la historia cuantitativa (gráficos), en la geografía (mapas) y en la teoría evolutiva (árboles [en diagrama]), para fundamentar una nueva metodología de análisis textual cuantitativo que se dedicase a recolectar datos y a buscar patrones literarios utilizando programas informáticos para el análisis textual. Mediante estos recursos se llevaría a cabo un desbroce formal de las fuentes para su posterior clasificación y análisis por medio de gráficos, mapas y diagramas de árbol, herramientas que permitirían visibilizar el “bosque” literario de una época por encima de los “árboles” específicos que lo conforman, lo que supondría una mirada pretendidamente objetiva sobre el conjunto que ayudaría a hacer patentes las propiedades emergentes de las sinergias culturales.⁹¹⁰

Todas estas propuestas tienen en común que reivindican abandonar la interpretación textual en aras de un análisis descriptivo apoyado por programas informáticos, y se guían para ello por una doble presunción: La primera es que los procesos de interpretación textual llevados a cabo por humanos introducen sesgos provenientes de la mirada del investigador, problema que (segunda presunción) no sucedería en los procesos de análisis formal de los textos llevados a cabo por los programas informáticos, que supondrían una instancia neutra de análisis, pues estos programas no realizarían juicios de valor al estudiar analíticamente los patrones lingüísticos de un texto. Esto introduce una pregunta a lo Philip K. Dick: ¿Sueñan los historiadores con algoritmos neutralizadores? Parece ser que algunos sí, pues el sueño de una lectura carente de interpretación, como la que presuntamente haría un ordenador, se fundamenta en una visión utópica y neo positivista sobre la neutralidad de la técnica. Pero como bien indicará Carl Schmitt, “la neutralidad de la técnica no se parece a la neutralidad de ninguno de los ámbitos anteriores. La técnica es siempre sólo instrumento y arma, y porque sirve a cualquiera no es neutral”. Una crítica similar ha llevado al especialista en humanidades digitales James E. Dobson a plantearse la siguiente pregunta: ¿puede un algoritmo verse alterado?⁹¹¹

Según Dobson la presunción de que los programas informáticos de análisis textual carecen de sesgos interpretativos es falsa, pues para que un ordenador realice un análisis textual es necesario programar mediante algoritmos cada una de las tareas que

⁹¹⁰Moretti, *Graphs, Maps, Trees*, pp. 18, 24, 42-43, 53-56, 69-78, 91-92.

⁹¹¹Schmitt, *El concepto de lo político*, p. 118 [La era de las neutralizaciones y las despolitizaciones].

el programa informático debe realizar, lo que siempre implica presupuestos humanos sobre la interpretación textual que quedan operacionalizados en los algoritmos y reproducidos en cada una de las tareas que se le pide al ordenador. Incluso en el caso del auto-aprendizaje informático (*machine learning*) el algoritmo evoluciona a partir de los presupuestos de programación preestablecidos de partida, así como por inputs de información de origen humano que también contienen sesgos interpretativos, y que alimentan la evolución del algoritmo integrando en el proceso de auto-aprendizaje los sesgos de las fuentes de las que los programas toman sus datos.⁹¹²

Pero estos sesgos no se encontrarían exclusivamente en el momento “original” de la programación, sino que serían reproducidos en cada uno de los pasos por los que transita una investigación computarizada, ya que los datos ofrecidos por un programa informático deben ser constantemente interpretados por un humano, que cuenta con sus sesgos y presupuestos, y que interviene también en el proceso de retroalimentación de los datos y en el reajuste de los programas en base a sus propias hipótesis y conclusiones (incluso en los procesos guiados por el *machine learning*). A estas distorsiones interpretativas contribuyen también el software y el hardware utilizados en los procesos de investigación digital, ya que ambos afectan a los resultados obtenidos, tanto en la producción de datos como a la hora de reproducir la verificación de dichos resultados. Es por este motivo que Dobson considera que la pretensión de buscar una instancia de objetividad en los análisis por ordenador se basa en una idea equivocada sobre la neutralidad de estas herramientas, pues toda decisión metodológica de pre-procesamiento presupone hipótesis interpretativas, y afecta a su vez al resultado interpretativo posterior. Para las humanidades digitales no existen palabras superfluas, y es por este motivo que todo análisis textual por ordenador es un proceso guiado por hipótesis humanas que necesariamente introducen sesgos, pero es también en virtud de dichos sesgos que se obtienen resultados significativos.⁹¹³

Esta crítica de Dobson a los autores neo formalistas y neo positivistas del *giro descriptivo*, así como hacia algunos de sus compañeros de las humanidades digitales, es a mi juicio de gran importancia, pues muestra los límites de los análisis textuales con herramientas digitales basados en criterios formalistas. Los autores del *giro descriptivo* han creído que si renunciaban a la interpretación y utilizaban herramientas digitales

⁹¹²James E. Dobson, “Can an Algorithm be Disturbed? Machine Learning, Intrinsic Criticism and the Digital Humanities”, *College Literature: a Journal of Critical Literary Studies*, No. 42, Vol. 4, (Fall, 2015), pp. 547-549.

⁹¹³Ibíd., pp. 549-551.

(pretendidamente neutrales) los textos podrían hablar por sí mismos. Mientras que Moretti creyó que podría escapar del problema del sesgo interpretativo mediante la transformación de grandes conjuntos de textos en datos literarios.⁹¹⁴

Pero tal y como expuse en el capítulo 4, apartado 4.2, no existen textos puros ajenos a los procesos de recepción. Las obras literarias nunca hablan por sí mismas, siempre requieren de un lector que las interprete, y el proceso de lectura siempre estará mediado por el conjunto de convenciones que la tradición ha ido depositando sobre ellos como si se tratasen de distintos estratos de significado, de los cuales el lector de una época dada no puede desembarazarse a voluntad. Ya sea Skinner con su idea del método, o los autores del *giro descriptivo* con su fe en la tecnología, lo cierto es que una parte de la academia angloamericana ha hecho de la lectura del “texto puro” su particular búsqueda del santo grial. Sin embargo, dado que es imposible trascender los límites del sesgo interpretativo, por ello mismo es necesario establecer un juicio hermenéutico sobre los prejuicios, para comprender las características que diferencian la mirada del lector con respecto a la del autor, así como todas las instancias de mediación que separan al lector y al autor como resultado de la historia de la transmisión y la recepción del texto. Solo de esta manera se pueden intentar suspender momentáneamente los sesgos que nos separan del mundo histórico que produjo el texto.

Sin embargo, supondría un error minusvalorar a los autores del giro descriptivo por la necesidad de conservar el enfoque hermenéutico. Las críticas realizadas por Best, Marcus y Love a las interpretaciones de lectura “sintomática” suponen un importante aviso contra las distorsiones que pueden llegar a realizarse a partir de un enfoque de lectura textual que partiendo de un encomiable compromiso ético, sin embargo puede producir una visión distorsionada de los agentes del pasado. Por otra parte, su esfuerzo por dotar de rigor metodológico a los procesos de narración descriptiva pueden suponer una valiosa incorporación en cualquier investigación, aunque no se compartan muchas de sus hipótesis sobre el *giro descriptivo*, ya que el método descriptivo forma parte de todo trabajo en las humanidades y en las ciencias sociales, y su refinamiento conducirá a una mejora en cualquiera de los casos. Por otra parte las reflexiones de Moretti suponen un interesante punto de partida para reflexionar cómo la modelización puede contribuir a visualizar información que queda oculta en los procesos de lectura textual hermenéutica. A mi juicio el problema de Moretti no estriba tanto en sus reflexiones

⁹¹⁴Ibíd., pp. 543-547, 554-556.

sobre cómo realizar procesos de modelización literaria, que sin duda suponen una valiosa contribución para un uso más refinado de las herramientas digitales. El problema de su propuesta a mi juicio estriba en la fe que deposita en los métodos de carácter cuantitativo y en su hipótesis sustitutiva de un enfoque por otro.

No creo por otra parte que se deba de rechazar a priori el uso de herramientas informáticas para llevar a cabo análisis textuales. De hecho, lo más seguro es que el proceso de digitalización de las humanidades nos esté conduciendo de manera irreversible hacia un modelo híbrido en el que la lectura por medios tradicionales va a tender a apoyarse en el uso de herramientas digitales para optimizar el tiempo de investigación, automatizando las tareas más mecánicas y permitiéndonos gestionar bibliografías cuyo tamaño son ya a día de hoy inabarcables.

A esto ha contribuido decididamente el proceso de digitalización de la literatura secundaria y de los principales archivos, que suponen en igual medida un reto y una oportunidad para la investigación socio-humanística. Para ser conscientes de lo que supone este incremento cuantitativo de las fuentes merece la pena atender a las cifras que en el año 2011 proveyó el equipo de Jean-Baptiste Michelle (co-creador de *Ngram-Viewer* en *Google Books*). El proceso de digitalización de *Google Books* en el año 2011 habría alcanzado los 15 millones de libros, lo que supondría según el equipo un 12% del total estimado de libros publicados en toda la historia. A partir de este conjunto ya digitalizado, el equipo llevó a cabo varios análisis textuales sobre un tercio de la muestra (5 millones), para buscar patrones lingüísticos por medio de técnicas de *big data*. Una de las conclusiones preliminares del equipo era que el corpus creado se encontraba más allá de la posibilidad de ser leído en una vida humana. Por medio de cálculos estadísticos estimaron que la lectura de tan solo los abstracts de todas las publicaciones del año 2000, a una velocidad de 200 palabras por minuto y sin pausas para alimentarse o descansar, llevaría a un sujeto un tiempo estimado de ochenta años.⁹¹⁵

El caso de la literatura sobre la Guerra civil americana apunta a un problema similar. El historiador David J. Elcher realizó en el año 1995 una recopilación bibliográfica de las obras que a su modo de ver eran clásicos reconocidos de la materia. Elcher calculó que desde 1865 hasta mediados de los años noventa del siglo XX se

⁹¹⁵Jean-Baptiste Michel *et al*, “Quantitative analysis of Culture Using Millions of Digitized Books”, *Science*, Vol. 331, N. 176 (Jan. 2011), p.176. Puesto que estas cifras van camino de tener ya una década, y *Google* no se ha detenido en su proyecto de digitalización el número actual de fuentes digitalizadas debes ser ostensiblemente superior al aquí reportado.

habrían publicado 50.000 libros y panfletos sobre la Guerra civil, de los cuales 1.100 serían obras clásicas imprescindibles sobre esta temática, lo que supondría casi un millón de páginas sólo de obras clásicas. Si bien la temática sobre la Guerra civil es un caso extremo en la historiografía americana (pues junto a la Revolución americana es la temática más estudiada sobre la historia estadounidense), su situación nos muestra un problema que se irá generalizando durante las próximas décadas.⁹¹⁶

El crecimiento bibliográfico tiene en la actualidad un carácter exponencial, potenciado por el hecho de haberse convertido en el actual sistema de promoción académica, a lo que se suma la creciente digitalización de los fondos históricos. Todo esto puede llegar a provocar una suerte de malthusianismo bibliográfico por el cual cada vez más temáticas tendrán bibliografías inabarcables, pero que paradójicamente se encontrarán inmediatamente accesibles para los investigadores. Esto podría conducir a una situación en la que los especialistas en una materia podrían no saber a ciencia cierta qué cuestiones han sido investigadas con anterioridad, y si su contribución será efectivamente relevante o novedosa.

Jo Guldi y David Armitage han tratado este problema en su *Manifiesto por la historia* (2014) señalando que el problema de la sobrecarga de información ha sido históricamente uno de los principales catalizadores en las transformaciones de las culturas científico-académicas, y que en la actualidad nos encontraríamos en un momento histórico en el que el tratamiento exhaustivo de la literatura académica irá resultando inviable debido a su crecimiento exponencial. En este nuevo contexto no será posible aplicar una lectura individualizada y exhaustiva para una parte importante de la literatura fundamental para una investigación. Por esta razón será necesario el uso de programas informáticos con los que analizar, gestionar y desbrozar conjuntos amplios de bibliografía y publicaciones.⁹¹⁷

Esto ha conducido a Jo Guldi a crear el programa “*Paper Machine*”, una herramienta digital pensada para historiadores que utiliza el paquete de algoritmos “MALLET”, con el que generar modelos temáticos y que permite trabajar cuantitativamente grandes conjuntos bibliográficos, así como realizar mapeos temáticos

⁹¹⁶David J. Elcher, “Introduction” en *The Civil War in Books: an Analytical Bibliography* (Urbana: University of Illinois Press, 1995), p. XXI. Debe tenerse en cuenta que la cifra de 50.000 publicaciones, o los 1.100 clásicos no incluyen artículos de revista, y el cálculo fue realizado antes del gran boom editorial de principios del milenio. Si a esto le sumamos que en el año 2009 se conmemoró el 200 aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln, la cifra efectiva de publicaciones académicas sobre la Guerra civil americana debe ser en la actualidad muy superior a la aportada por Elcher.

⁹¹⁷ Guldi y Armitage, “Grandes cuestiones; big data”, p. 163.

sobre miles de fuentes digitalizadas. Utilizando MALLET Andrew Goldstone y Ted Underwood generaron un modelo temático probabilístico masivo con el que analizaron 21.367 artículos de 13.221 autores, intentando con ello identificar los patrones de evolución temática en la bibliografía de la literatura inglesa durante todo el siglo XX, para lo cual identificaron y monitorizaron la evolución de 150 temas a través de los debates historiográficos del conjunto de artículos de su muestra. Todas estas iniciativas tienen por objetivo buscar una manera de optimizar el tiempo de lectura, permitiendo al investigador centrarse en el análisis pausado de unos cuantos textos selectos, reduciendo el resto de la bibliografía a datos cuantitativos que puedan ser operativos en la investigación histórica.⁹¹⁸

¿Quiere decir esto que en el futuro una buena parte del proceso de selección y tratamiento de las bibliografías y las fuentes textuales se realizará mediante el uso de programas informáticos? y lo que a mi juicio es más relevante ¿sería este escenario positivo para las humanidades y las ciencias sociales?

A mi juicio la primera pregunta se responde con un “probablemente” y la segunda con un “probablemente no”. Guldi y Armitage defienden que nos encontramos en una era digital en la que los procesos de investigación y producción académica se encuentran necesariamente mediados por herramientas informáticas. Es por este motivo por el que me he referido desde el principio de este capítulo a la *digitalización de las humanidades*, que consistiría en una integración intuitiva de las herramientas digitales llevado a cabo por los miembros de las generaciones analógicas. Pero estos humanistas digitalizados no harían un uso intensivo, refinado y metodológicamente consciente de estas herramientas, a diferencia de los humanistas digitales (sean nativos digitales o analógicos), que conciben el desempeño de su labor por el uso de programas informáticos. Esta situación ha llevado a Guldi y Armitage a señalar la existencia de una desconexión entre una tecnología que ellos consideran “indudablemente idónea” para el

⁹¹⁸Ibid., pp. 165-175; Goldsten y Underwood: “The Quite Transformation of Literary Studies”, pp. 360-364, 369-375, 378-380. Guldi defiende que la virtud de *Paper Machines* radica en que posibilita “La síntesis digital de amplios periodos temporales, la investigación crítica de archivos microhistóricos [...] y finalmente la lectura más amplia de literaturas secundarias de los campos adyacentes.” Guldi y Armitage, “Grandes cuestiones; big data”, p. 169. Por su parte Goldsten y Underwood reclaman cautela en el uso de esta metodología de mapeado bibliográfico a gran escala, pues el agregado de datos que ofrecen los programas de modelización temática no produce elementos que puedan ser tomados como hechos objetivos. Los patrones discursivos y el conjunto de datos ofrecidos por los análisis informáticos deben ser posteriormente interpretados por el investigador, y esto conlleva la necesidad de contar con una teoría “extra-digital” que permita elaborar un criterio para el tratamiento de esos datos y su inserción en las investigaciones. Goldsten y Underwood: “The Quite Transformation of Literary Studies”, pp. 365-366. El paquete de algoritmos MALLET, o “Machine Learning for Language Toolkit” (2002), puede encontrarse en la siguiente dirección: <http://mallet.cs.umass.edu>.

análisis de bases de datos, con respecto a un colectivo profesional que mayoritariamente no contaría con la capacidad, la voluntad y el valor de pertrecharse de los conocimientos y competencias necesarios para integrar de manera efectiva las nuevas tecnologías en su actividad académica e investigadora.⁹¹⁹

Por este motivo Guldi y Armitage consideran que las humanidades se encuentran en una situación paradójica y complicada a la vez, pues el proceso de digitalización del campo disciplinar es un fenómeno imparable que impone cambios metodológicos y de mentalidad para los cuales los humanistas estarían pobremente preparados y no muy predispuestos. Sin embargo, en mayor o menor grado, todas las investigaciones de los últimos veinte años (y la mayoría de los últimos treinta) habrían incorporado el uso (aunque sea muy rudimentario) de tecnología digital. Y este proceso ha acontecido, en mayor medida, por la disponibilidad y eficiencia de esta tecnología, más que por un trabajo de integración consciente y crítica de fundamentado en una reflexión sobre su idoneidad.⁹²⁰

Como señalan Guldi y Armitage la búsqueda de palabras clave por medio de metabuscadores es hoy en día una parte fundamental en los procesos de investigación histórica (allí donde las fuentes y archivos lo permiten), y como en cierta ocasión escuché decir al profesor David Waldsreicher del Graduate Center de CUNY (cito de memoria):

La investigación guiada por la búsqueda de palabras clave ha optimizado el tiempo de trabajo de los historiadores, permitiéndonos llegar y abarcar una cantidad de fuentes que en el pasado no podríamos haber soñado. Pero en contrapartida estamos perdiendo la visión panorámica que nos ofrece el trabajo tranquilo en el archivo, en donde “perdías mucho tiempo” leyendo sobre cuestiones que no te interesaban durante la búsqueda de la información deseada, pero esto te permitía hacer hallazgos sorprendentes que en principio no ibas buscando, y en último término esta forma de trabajar te permitía tomarle el pulso a una época al familiarizarte con todos sus contenidos, lo que iba más allá del pedazo de información que te interesaba.⁹²¹

⁹¹⁹Guldi y Armitage, “Grandes cuestiones; big data”, pp. 164-166.

⁹²⁰Es por este motivo que considero que son fundamentales trabajos como el realizado por James E. Dobson en *Critical Humanities: the Search for a Methodology* (2019), pues sin importar que opinión se tenga del proceso de la digitalización de las humanidades, o de las humanidades digitales como propuesta metodológica, lo cierto es que en un futuro no muy lejano va a ser necesario contar con un conocimiento crítico y formado sobre estas herramientas.

⁹²¹Ibíd., pp. 165-166. Esta reflexión del profesor Waldsreicher se la escuché decir en el contexto del seminario “Cuny Ears”, sesión del 20 de octubre del 2017. La transcripción es una versión aproximada de sus palabras de aquel día.

El auge de los metabuscadores y su popularización entre los historiadores podría ser además concebido como una oportunidad para la historia conceptual. Por una parte el uso de estas herramientas conlleva que el conjunto de los profesionales de la historia medien su relación con las fuentes a través de búsqueda con palabras clave, lo que les acerca potencialmente al objeto de estudio y a las preocupaciones de la historia conceptual. Por otra parte el uso de metabuscadores en la actualidad está agilizando el proceso de detección de términos concretos en las fuentes digitalizadas, y a esto habría que añadirle la posibilidad de llevar a cabo una transformación cuantitativa del universo muestral con el uso de programas de barrido como los utilizados por Guldi, Moretti, Goldsten y Underwood.

Pero sobre este futuro prometedor conviene señalar la existencia de algunos nubarrones que asoman sobre el horizonte digital. En primer lugar no se debe olvidar que los programas informáticos de análisis textual trabajan con *n-grams*, y sería necesario discutir desde los presupuestos teóricos de la historia conceptual si un *n-gram* es equiparable a un concepto. Jean-Baptiste Michelle (co-creador de *N-gram Viewer*) definió el *1-gram* como un conjunto de caracteres ininterrumpidos por un espacio, lo que además de palabras incluía números, errores tipográficos y en esencia, cualquier unidad gráfica plasmada en un documento digital reconocible por un procesador de texto. El *n-gram* sería por su parte un conjunto de *1-grams* que un procesador de texto es capaz de identificar como una unidad lingüística, lo que posibilita su procesamiento. Esto quiere decir que el *n-gram* es pura formalidad lingüística sin una relación necesaria con el contenido del lenguaje y su función de trasmisor de significados, y no digamos ya con su sentido o historicidad. Este problema se visualiza en el hecho de que los programas de análisis textuales son ciegos a la polisemia, y por lo tanto no pueden hacerse cargo del carácter semasiológico y onomasiológico de los conceptos: no pueden calibrar que muchos elementos distintos pueden nombrarse con un mismo concepto (semasiología), o que un concepto puede expresarse a través de distintas palabras (onomasiología).⁹²²

Esto no es un problema insalvable para los programas de análisis textual, pues pueden programarse tareas que resuelvan o al menos palien en cierta medida esta limitación señalando al programa cadenas de equivalencia semántica. Sin embargo, esto obligará a los historiadores conceptuales a participar tarde o temprano en un debate

⁹²²Michel *et al*, “Quantitative analysis of Culture”, p. 176 ; Koselleck, “Introducción al diccionario”, p. 101.

sobre la relación entre los *n-grams* con los conceptos, pues si generalmente consideramos que una palabra no es lo mismo con un concepto por la diferencia de su carga semántica, la distancia que media entre los *n-grams* con los conceptos resulta aún mayor, y esto plantea la necesidad de establecer criterios léxico-semánticos para su análisis.

Pero a mi juicio el mayor problema derivado del uso de herramientas digitales para la historia conceptual radica en la tendencia formalista que introduce el uso de estos programas en la mirada del investigador, pues potencian el sesgo hacia análisis de tipo formal como los planteados por el *giro descriptivo*. Y este problema es aún más acusado para el contextualismo, pues su teoría del lenguaje es ya de por sí formalista y su enfoque analítico refuerza dicho formalismo. Un programa informático trabaja los textos como si fueran un conjunto de datos en bruto que tras ser operacionalizados se transforman en datos elaborados. Pero los datos ni son información, ni son conocimiento, aunque puedan ser convertidos potencialmente en ambos. Y esto es algo que pierden de vista los análisis lingüísticos de tipo formalista, pues el hecho de detectar patrones lingüísticos en un texto no tiene porqué decirnos nada sobre el mensaje que transmite, y mucho menos sobre la historicidad de su lenguaje.

Hay una cuestión más a tener en cuenta, pues para que un programa de análisis textual por ordenador realice una operación es necesario que el investigador programe una tarea. Y esto en muchas ocasiones significa la necesidad de saber código para establecer los parámetros de la tarea que debe realizar el programa. Existen programas de análisis textual que cuentan con funciones predefinidas, lo que posibilita que investigadores sin conocimientos de lenguaje informático utilicen estas herramientas siempre y cuando aprendan a utilizar el programa y sus herramientas. Sin embargo, estas funciones predefinidas suelen ofrecer opciones muy generales, rígidas y limitadas en su alcance. Para tratar problemas específicos o para realizar tareas complejas es necesario programar tareas específicas mediante algoritmos *ad hoc*. Por este motivo el conocimiento de lenguaje de programación puede llegar a convertirse en un futuro no muy lejano en una competencia lingüística cuya divisoria e importancia puede compararse al imperativo actual de conocer y manejarse en inglés.

En todo caso existe en la actualidad un conjunto de factores que empujan a los investigadores en humanidades y ciencias sociales hacia el formalismo interpretativo. De entre los cuales yo señalaría en primer lugar un cambio en la cultura académica abierto por el uso de programas informáticos de análisis textual, seguido por el aumento

en términos maltusianos del conjunto de las fuentes primarias disponibles y de la literatura secundaria; también ha de tenerse en cuenta el imperativo de publicar o perecer (*publish or perish*), como consecuencia de la degradación de las condiciones laborales en el ámbito académico, con su consecuente necesidad de aumentar el número de publicaciones para engordar el currículum, lo que vuelve muy tentador el intentar simplificar las tareas por medio de herramientas de análisis formal.

A mi juicio el problema que introducen toda esta serie de factores es que como señalan Guldi y Armitage, en el campo de las humanidades (y en menor medida en las ciencias sociales) los investigadores nos encontramos mal preparados para integrar críticamente muchas de las técnicas que llevan desarrollándose desde hace años por las humanidades digitales, sobre todo por el límite que supone el desconocimiento del lenguaje informático. Pero además, resulta cuestionable hasta qué punto puede ser útil en el proceso de comprensión textual e histórico este giro cuantitativista y formalista.

El caso del fracaso de Hudson a mi juicio muestra paradigmáticamente todos los problemas que he expuesto en este apartado, y personifica los límites a los que nos enfrentamos. El problema fundamental de los análisis textuales por ordenador, de cara a un colectivo que ha integrado sólo superficialmente las herramientas informáticas, radica en que nos aboca mayoritariamente a posturas acríticas o defensivas en la recepción de los resultados. Esto se traduciría bien en una crítica a la totalidad de estos métodos fundamentada en una visión conservadora de la disciplina, o en la aceptación acrítica de los resultados de investigación por el hecho de provenir de un análisis informático (concebido como un ejercicio de interpretación infalible). Este último caso es el que a mi juicio subyace en la aceptación de la hipótesis de Hudson por parte de Greenberg y May, dos historiadores de una gran talla que han hecho importantes contribuciones al estudio del *Destino Manifesto*, y que sin embargo, no han sido capaces de evaluar críticamente la hipótesis de Hudson porque carecían de criterios metodológicos para juzgar su aproximación.

Este es a mi juicio uno de los grandes retos que se nos presenta a los historiadores en las próximas décadas, y que en parte se podrá atajar a través de la adquisición crítica de aquellas competencias que en la actualidad están siendo desarrolladas por las humanidades digitales. Pero hay otra parte del reto que no está relacionado con la adquisición de competencias, sino con la formación de un criterio con el que comprender qué puede lograrse mediante procesos cuantitativos de análisis formal, y qué requiere en cambio de una mirada más sosegada y profunda guiada por

criterios hermenéuticos. Un telescopio y un microscopio son ambas herramientas de investigación que conducen a una mejor comprensión del objeto de estudio por su ampliación gracias al uso de lentes superpuestas. Pero un microscopio es una herramienta inadecuada para observar el cosmos, mientras que un telescopio no podrá ofrecernos una imagen nítida del universo unicelular o del nivel molecular. Y tanto el humanista como el científico social van a necesitar en el futuro de una teoría unificada con la que poder integrar perspectivas cuantitativas y cualitativas de análisis textual, así como de un criterio bien formado para saber cuándo y cómo utilizar cada una de estas aproximaciones. Sin embargo, el error en el que nunca deberíamos incurrir es dar por buena la pretensión formalista y omniabarcante que subyace a las propuestas de Hudson, Moretti, o los autores del *giro descriptivo*.

Como creo haber demostrado en este capítulo, hay instancias de sentido textual fundamentales para la comprensión de un escrito que no pueden reducirse a un mero patrón lingüístico formal. Pues incluso para comprender un elemento lingüístico formal como es el patrón numérico de los cálculos maltusianos de O'Sullivan (que me dio la clave para determinar la autoría de los editoriales), es necesario primero aprender a realizar las preguntas pertinentes al texto. Y esa no es la labor de ningún programa informático. Esa es una tarea que a duras penas pueda realizar el investigador humano a través de un método hermenéutico de *encuentro de horizontes*.

EL PROCESO DE FORMACIÓN DEL CONCEPTO DE *DESTINO MANIFIESTO*:

Una vez demostrada la autoría de O’Sullivan sobre los editoriales “Annexation” y “The True Title”, y habiendo asimismo explicitado la centralidad de la doctrina maltusiana para la aparición del concepto de *Destino Manifiesto*, tan sólo queda por explicar de qué manera O’Sullivan llegó a fusionar el conjunto de elementos discursivos e intelectuales que se articularon en la conformación de este concepto providencial, racista y expansionista.

En este capítulo final voy a intentar probar la hipótesis de que la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto* fue el resultado de la evolución y transformación del pensamiento providencialista en O’Sullivan a través de dos fases discursivas diferenciadas: una primera fase abarcará desde 1835 hasta 1840 y en ella O’Sullivan formuló una *filosofía de la historia* en la que cobrará sentido su ideal providencial de América. La segunda fase comenzó en el año 1844 y se extenderá hasta 1862, si bien en este capítulo solo tendré en cuenta el tiempo en que O’Sullivan fue editor literario, por lo que la horquilla temporal que consideraré para este segundo periodo será desde 1844 a 1846. En este par de años el discurso de O’Sullivan se reorientará hacia los debates expansionistas, y será a raíz de estos debates que se producirá un giro en su pensamiento por la necesidad de justificar el expansionismo, dando lugar al proceso efectivo de acuñación conceptual. Sin embargo, ambos momentos fueron igualmente importantes para la formación del concepto de *Destino Manifiesto*, pues en el primero se estableció su semántica temporal, mientras que en el segundo periodo O’Sullivan adquirió una perspectiva geopolítica que le permitió terminar de concretar la semántica espacial del término, siendo también en estos años cuando ambas perspectivas (la temporal y la espacial) se acabarán por articular.

La distinción de estos dos periodos se basa en los diferentes roles que O’Sullivan adoptó en calidad de intelectual y propagandista del partido demócrata, cuyas características pueden ser analizadas en base a tres factores que incidirán en el tipo de editoriales que escribirá: 1. Características de los medios de difusión, 2. Función propagandística de O’Sullivan, 3. Contexto discursivo.

En el primer periodo correspondiente a la época de Washington y a sus inicios editoriales en Nueva York antes de la fundación del *Morning News*, el único medio con el que va a contar O'Sullivan para llevar a cabo su labor propagandística será la *Democratic Review*, que al tratarse de una revista mensual y no de un diario, su formato conllevará a que los tiempos de publicación y la disponibilidad de espacio sean mucho mayores, lo que permitirá a O'Sullivan escribir editoriales largos y elaborados en los que podrá desarrollar sus ideas, a diferencia de los editoriales del segundo periodo, que serán piezas que por las limitaciones de espacio en el periódico y su contexto discursivo serán ideadas como escritos para el combate dialéctico. Las polémicas con otros autores y editores no serán tan frecuentes en la revista como cuando edite el *Morning News*, pues la *Democratic Review* dependía para su éxito editorial de que otros medios se hicieran eco de sus escritos para aumentar y mantener el número de suscripciones, y esto va a provocar que O'Sullivan adopte un tono conciliador y elusivo a los debates periodísticos (la única gran discusión que experimentó la revista fue en 1842 entre O'Sullivan y Brownson, y casi acabó con ella). Por todos estos motivos los editoriales de la *Democratic Review* no serán tan dinámicos como los del *Morning News*, pero mostrarán una mayor reflexividad, y el proceso de evolución de sus postulados será gradual y coherente con el conjunto de las publicaciones de la revista.

En lo referido al enfoque propagandística en el primer periodo, la *Democratic Review* se comportará como el órgano oficioso de expresión programática e intelectual de la administración Van Buren, por lo que la labor editorial de O'Sullivan va a consistir en idear y difundir grandes principios políticos que sirvan para promocionar políticamente al partido demócrata. En este contexto la función de la *Democratic Review* va a consistir en aglutinar a su alrededor a una *intelligentsia* que ofrezca contenidos intelectuales y culturales afines a los intereses y objetivos del partido, y la labor de O'Sullivan se concretará en la racionalización y codificación canónica del conjunto de ideas que habían ido surgiendo en el discurso *jacksoniano* durante la década de los 30. Dado que Van Buren era contrario a promocionar la anexión de Texas en la unión para no avivar el conflicto seccional, O'Sullivan realizará una autocensura en la revista para no contrariar a su patrón político, por lo que en este periodo la temática expansionista estará deliberadamente ausente del contenido de la revista y de sus editoriales.

Por este motivo, el discurso providencialista que O'Sullivan va a desarrollar en esta época se orientará a formular una *filosofía de la historia* desde la que presentar la

democracia jacksoniana como el proyecto político por excelencia de los Estados Unidos que conduciría al país a convertirse en la *nación del futuro*, un faro de libertad cuyo ejemplo acabaría por redimir al mundo de sus gobiernos tiránicos. Este providencialismo democrático se basará en una hipótesis sobre el acontecer de la historia en el largo plazo, por lo que resultará complicado traducirla en unos criterios operativos para la política expansionista estadounidense, aunque en sus postulados subyace una visión imperialista de la nación que posibilitará su transformación en un discurso expansionista en el siguiente periodo. Sin embargo, la ausencia de una reflexión sobre la espacialidad de este providencialismo y la decisión de O'Sullivan de mantenerse al margen de los debates anexionistas van a suponer un límite para que O'Sullivan pudiera llegar a formular el concepto de *Destino Manifiesto*, pues su lógica argumental va a centrarse en declarar los fines trascendentales de la nación, pero sin prescribir ningún tipo de racionalidad política instrumental con la que materializar dichos fines.

El segundo periodo corresponde a la época en Nueva York y se concretará con la fundación del *Morning News*. En este periodo O'Sullivan contará con dos publicaciones que funcionarán desde lógicas editoriales y de inserción en los debates de la opinión pública de naturaleza muy distinta, pero aún así complementaria. La *Democratic Review* va a continuar funcionando con los procedimientos habituales del periodo anterior, pero el *Morning News* será una publicación de ocho cuartillas, lo que implicará la necesidad de una mayor síntesis en los editoriales, cuya periodicidad ya no será mensual sino diaria. Por otra parte, el carácter abiertamente partidista del periódico hará que O'Sullivan participe profusamente en las polémicas políticas del periodo, interpelando directamente a otros editores, y siendo este carácter polémico una de las técnicas más efectivas para conseguir ventas del periódico. Por tanto O'Sullivan va a ser dueño y editor de de dos publicaciones que funcionarán bajo dinámicas muy distintas pero complementarias entre sí. El *Morning News* será un arma de combate propagandístico desde el que O'Sullivan participará activamente en los debates de su tiempo, pudiendo matizar en el periodo de un día la posición que había defendido el día anterior en base a como se hubieran recibido sus ideas. Esto aportará mucho más dinamismo a los postulados de O'Sullivan, quien al mismo tiempo seguirá utilizando la *Democratic Review* para elaborar con mayor profundidad todos aquellos postulados que por las limitaciones periodísticas no se podían presentar bien articuladas en el *Morning News*. De esta manera, las dos publicaciones van a retroalimentarse en sus contenidos a través

de una especialización de funciones, y es en virtud de la dinámica entre los dos medios que acabará por acuñarse el concepto de *Destino Manifiesto*.

El carácter propagandista de O'Sullivan también va a cambiar de un periodo a otro. Durante los años 1840 a 1843 O'Sullivan rebajará su perfil de propagandista, pues la Casa Blanca estaba ocupada por John Tyler, un whig que estaba aplicando la agenda política de los demócratas. En tanto que presidente whig, O'Sullivan no va a hacer ningún esfuerzo por defenderle, pero al aplicar las políticas del partido demócrata O'Sullivan tampoco va a tener muchas razones para atacarle. Por este motivo durante el periodo de 1840 a 1843 O'Sullivan priorizará su labor como editor literario. Esto cambiará a partir de 1844. Por una parte, Tyler pedirá al senador Robert J. Walker que publique un panfleto favorable a la anexión de Texas que causará un gran impacto en O'Sullivan. Por otra parte, 1846, con el regreso de los demócratas a la Casa Blanca de la mano del presidente Polk, provocará que O'Sullivan vuelva a su condición de propagandista del poder político. En este nuevo contexto una de las máximas prioridades de la administración Polk será asegurar ante la opinión pública la anexión de Texas lograda por Tyler, así como predisponer al país contra Inglaterra por la disputa de Oregón y movilizar a los Estados Unidos contra México cuando comience la guerra en el año 1846. O'Sullivan dejó sus labores editoriales en el momento en que comenzó la guerra, pero durante el proceso previo se distinguió como uno de los medios más entusiastas y justificadores del expansionismo de la administración Polk. Esto provocará que el providencialismo de O'Sullivan adopte un enfoque geopolítico.

Tanto la geopolítica clásica como la *filosofía de la historia* fueron dos enfoques teóricos dominantes en el siglo XIX que tendían a interpretar el espacio y el tiempo en términos esencialistas y deterministas. Ambos sirvieron para justificar las políticas nacionalistas desarrolladas por las clases dominantes de las naciones imperiales del periodo, explicando los impulsos expansionistas y colonizadores de las potencias occidentales en términos de inevitabilidad histórica y geográfica. Ambos enfoques contaban con una dimensión temporal y otra espacial que fundamentaban una concepción dinámica de la nación, pero cada uno de estos enfoques va a primar una de las dimensiones sobre la otra.

Las *filosofías de la historia* van a ser un género predominante en la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del siglo XIX. Su objetivo principal era intentar esclarecer el sentido de las leyes que presumiblemente regirían la historia, y para ello van a presentar un relato sobre el acontecer histórico en clave teleológica, en donde una

fuerza trascendente iría guiando la historia por distintas etapas hacia un fin último. Esta forma de relato histórico-filosófico apareció durante la Ilustración (Voltaire, Turgot, Condorcet) con la generalización de la idea de progreso, y supuso un modelo de conciencia temporal basado en una suerte de providencialismo secularizado. Una de las características de este género filosófico fue su tendencia a *espacializar* el tiempo, proceso que se llevaba a cabo a través de dos lógicas discursivas:⁹²³

1) La dinámica espacial del tiempo: La concepción del tiempo histórico de las *filosofías de la historia* se va a caracterizar por traducir la temporalidad en términos espaciales, en virtud de la cual el acontecer histórico va ser concebido como un conjunto de etapas que se van sucediendo como resultado del despliegue de una fuerza de carácter teleológico. Esto va a suponer la trasposición de un elemento estático (las etapas) sobre otro dinámico (el acontecer teleológico del tiempo). El contenido espacial de las etapas es doble, en primer lugar porque el hecho de concebir el tiempo de manera etapista supone generar una topografía ideal en donde los momentos históricos son pensados como espacios dentro de una cronología. En segundo lugar la dinámica temporal va a ser concebida como una sucesión de etapas que se trasladarían no solo temporalmente, sino también geográficamente, haciendo prevalecer en cada época un espacio geográfico específico dominado por una gran civilización, cultura o imperio, lo que traerá implícito que a cada momento histórico le corresponde un espacio geográfico fundamental y vertebrador, que además tenderá a representar el espíritu de la época.

2) El sentido espaciotemporal de los pueblos: La dinámica espacial del tiempo subyacente a toda *filosofía de la historia* va a suponer una hipótesis abstracta del tiempo histórico caracterizada por la forma en que cada una de estas filosofías conciben el sentido del devenir, que para volverse inteligible va a requerir de su solidificación en un espacio geográfico dominado por una civilización concreta y animado por un espíritu rector. De esta manera la *espacialización* del tiempo va a ser la manera en que las *filosofías de la historia* concreten sus hipótesis temporales. Cada etapa va a ser concebida como una época, que cuenta con un espíritu que es encarnado por una civilización dominante. La sucesión de las civilizaciones será concebida como una traslación espaciotemporal hasta llegar a una última civilización que será comprendida en términos de un milenarismo secular, como el último estadio definitivo de una gran

⁹²³Robin G. Collingwood, "Nature and Aims of Philosophy of History", *Proceedings of the Aristotelian Society; New Series*, Vol. 25 (1924 - 1925), pp. 158-162; Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 36-40; Hölscher, *El descubrimiento del futuro*, pp. 28-88.

cadena, cuyo predominio explicaría el sentido de toda la historia pasada a modo de prolegómeno de su victoria final y definitivo. Por este motivo las *filosofías de la historia* supondrán una forma de relato histórico cuyo fin último tenderá a justificar el poder y predominio (presento o futuro) de la nación a la que pertenece el filósofo que la plantea.

Los discursos geopolíticos van a experimentar su auge y popularidad durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Van a ser en cierto modo los sucesores de las *filosofías de la historia*, pero adaptados a un contexto epistémico distinto en donde la preocupación sobre lo *universal* va a ser reconsiderada como un interés por lo *mundial*, entendido como global. La hipótesis principal de la geopolítica asume que el mundo estaría dividido en distintas unidades espaciales con características geográficas únicas y esenciales que las convertirían en fuente de poder. Estas unidades espaciales se encontrarían en constante interacción entre sí, y su dominio por parte de una gran potencia aseguraría a esta el predominio sobre el conjunto geográfico. El carácter interactivo de las distintas unidades geográficas contendría implícito la existencia de un principio rector del mundo, que con su acción generaría un orden internacional y daría lugar a inercias geográficas que tendrían también un carácter teleológico. Si las *filosofías de la historia* se habían propuesto explicar las leyes que regiría el acontecer temporal, la geopolítica tuvo por objetivo intentar descubrir cuál sería el principio rector del mundo, para ofrecer de esta manera una ventaja competitiva a un determinado Estado-nación en el orden internacional. Desde un punto de vista del sentido político del conocimiento como medio de legitimación del poder, las *filosofías de la historia* solían ser relatos históricos cuya principal misión era justificar el status quo producido por una potencia dominante, o bien anunciar el futuro grandioso de una potencia en ascenso. Mientras que la geopolítica va a ser concebida desde una perspectiva mucho más práctica y dinámica, como medio de justificación de las políticas coloniales, expansionistas y bélicas de los Estados-nación occidentales en la era del Imperialismo.⁹²⁴

Desde una lógica espaciotemporal la geopolítica va a operar en sentido inverso a las *filosofías de la historia*, pues mientras que las *leyes históricas* van a concebirse

⁹²⁴John Agnew, *Geopolitics: Re-visioning World Politics* (Nueva York: Routledge, 2003), pp. 51-53, 67-101; John Agnew and Stuart Corbridge, *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy* (Nueva York: Routledge, 2003), pp. 13-25, 46-64, 78-103; Peter J. Taylor y Colin Flint, "La resurrección de la geopolítica" en *Geografía política, economía mundo, Estado-nación y localidad* (Madrid: Trama editorial, 2002), pp. 53-61, 73-78.

como una *espacialización del tiempo*, a las *leyes geográficas* va a subyacer una *temporalización* del espacio. Tal y como propuso John Agnew, la imaginación geopolítica fue producto de dos procesos que convergieron sinérgicamente: la visualización del espacio en términos globales, lo que suponía vaciar los espacios geográficos de sus particularidades topográficas para convertirlos en grandes contenedores espaciales que posteriormente serán esencializados a través de un grupo de ideas y prejuicios definatorios. La segunda sinergia será la conversión del tiempo en espacio, o más concretamente, la traducción de la vieja idea de los estadios históricos de la *filosofía de la historia* en realidades geográficas colindantes. La *temporalización* del espacio va a suponer la proyección de tiempos pretéritos a la geografía del presente, de tal manera que en un mismo tiempo histórico coexistirían espacios “anclados” en épocas distintas: *occidente* va a ser concebido como el espacio de las civilizaciones *modernas*, mientras que *oriente* contendrá los restos de las sociedades *feudales*, y los nuevos territorios explorados estarán habitados por pueblos concebidos como *primitivos*. De esta manera, en una misma realidad espacial van a existir distintas realidades temporales, que sin embargo formarían parte de un mismo proceso histórico, de carácter único y universal (pues la *filosofía de la historia* pervivirá subsumida en la geopolítica), en donde unos pueblos se encontrarían más avanzados que otros en la línea temporal, lo que justificaría su predominio paternalista en nombre del avance del progreso.⁹²⁵

En O’Sullivan los presupuestos teóricos de la doctrina malthusiana van a posibilitar un salto cualitativo en el replanteamiento del discurso providencialista del nacionalismo americano. La preocupación malthusiana por la asimetría entre el crecimiento de la población con respecto a la capacidad de un país por generar los medios de subsistencia necesarios para su mantenimiento, va a establecer un nuevo patrón discursivo que vinculará tiempo y espacio a través de la necesidad de la expansión territorial: el crecimiento futuro de la población (demografía+temporalidad) hará imperativa la adquisición de nuevas tierras para asegurar los medios de subsistencia necesarios para su mantenimiento (razón de Estado+espacialidad). De esta manera la doctrina malthusiana va a permitir transitar desde una *filosofía de la historia* centrada en el apoteosis democrático de América en un futuro distante, a otro imaginario basado en una geopolítica imperial, cuya máxima preocupación será abordar

⁹²⁵Agnew, *Geopolitics: Re-visioning World Politics*, pp. 15-48.

los retos políticos de la nación en el presente. Pero lejos de tratarse de un proceso de mera sustitución de un imaginario histórico-espacial por otro de carácter espacio-temporal, el cambio paradigmático posibilitado por el malthusianismo va a permitir a O'Sullivan operacionalizar una teoría para la acción expansionista coherente con el horizonte providencialista apuntado en su *filosofía de la historia* democrática, que había formulado durante su etapa anterior.

Lo que subyace tras este caso específico es la conformación de un discurso providencialista elaborado a modo de una *filosofía de la historia*, que en el estadio previo a su transformación en un proyecto geopolítico encontró unos límites argumentales para incidir en los debates seccionales sobre la anexión de Texas. La manera de superar las limitaciones para de la teoría de la acción subyacente al modelo de la *filosofía de la historia* se materializó a través de la doctrina malthusiana. Será precisamente en virtud de la integración de la lógica malthusiana en su discurso providencialista previo que O'Sullivan será capaz de establecer un patrón argumental geopolítico en el que se vinculará el crecimiento poblacional con la necesidad de la expansión, de cara a asegurar el futuro de la república y para el cumplimiento de su misión mesiánica de extender el principio democrático por el mundo.

Soy consciente de que a través de la presentación de mis postulados puedo estar ofreciendo un relato teleológico sobre el proceso de formación del concepto de *Destino Manifiesto*, así como dar a entender que la acuñación del concepto fue un acto intencional. Tal y como he defendido anteriormente, la formulación del concepto de *Destino Manifiesto* no fue un acto intencionado de O'Sullivan, sino que fue el resultado del desarrollo de un discurso providencialista en el que él creía que acabó por sintetizarse en este concepto, término que rondó por mucho tiempo por los editoriales de O'Sullivan sin llegar a emerger del todo hasta 1845. En lo referido al posible carácter teleológico de mi explicación, considero que este problema subyace a toda argumentación causal, que al presentar la vinculación entre distintos elementos en términos de un encadenamiento lógico y genético, genera la ilusión teleológica sobre la necesidad y la inevitabilidad de su acontecer. Sin embargo, este no es el caso de la aparición del concepto de *Destino Manifiesto*, aunque algo de esto pueda quedar sugerido en mi narración.

La aparición de este concepto en los editoriales de O'Sullivan fue coherente con un patrón discursivo providencialista que este autor fue desarrollando durante una década. La acuñación y el uso del concepto por parte de O'Sullivan responderán a una

lógica discursiva que fue consistente con la manera en que este autor vinculó sus ideas de manera reiterada en el tiempo en que fue editor de la *Democratic Review* y del *Morning News*. Por este motivo, tanto la aparición como el uso de este concepto no se van a deber ni a una decisión arbitraria ni a la contingencia, pues no fue el resultado de una ocurrencia espontánea de O'Sullivan, sino que descansa en un patrón discursivo que evolucionó de manera lógica, coherente y continuada.

El hecho de que la aparición del concepto sea lógico con respecto al patrón discursivo providencialista desarrollado por O'Sullivan no implica por otra parte que su aparición fuera necesaria, pero sí descarta el hecho de que fuera casual o arbitraria. La existencia de una coherencia discursiva continuada implica que se dieron unas condiciones que potencialmente podían dar lugar (y efectivamente posibilitaron) un resultado que no tenía por qué darse de manera necesaria. La cuestión entonces radica en intentar explicar de manera retrospectiva el porqué de dichos resultados, y en este caso, lo que voy a intentar probar es que el patrón discursivo desarrollado por O'Sullivan generó una coherencia lógica que en último término posibilitó la aparición del concepto de *Destino Manifiesto*.

13.1 El periodo de la *filosofía de la historia*, 1835-1840: La concepción en términos providencialistas de una utopía democrática americana.

El proceso de conformación de una *filosofía de la historia* democrática respondió a un intento de O'Sullivan por justificar las políticas *jacksonianas* del presidente Van Buren, presentando los principios políticos del partido demócrata como parte de un plan providencial de Dios para América. En este sentido, las políticas demócratas no serían el resultado de la decisión discrecional o de la ambición de candidatos electos, sino que estos serían instrumentos de una entidad trascendental que a través de grandes principios y leyes universales daría forma a la nación.

Esta visión se irá pergeñando en la *Democratic Review* desde 1837 a 1840, aunque encuentra algunos precedentes en el *Georgetown Metropolitan*. En este periódico las referencias a un discurso providencialista serán: En el editorial del 5 de agosto de 1835 O'Sullivan declaró (en referencia a Andrew Jackson), que una providencia que moraba más allá del Mississippi les había enviado a su actual gobernante. Por otra parte, en el editorial del 30 de octubre de 1835 O'Sullivan escribió un editorial sobre el espíritu del progreso en América inspirado por la aparición de las líneas de ferrocarriles, declarando que los Estados Unidos habían entrado en una era de

progreso en el que el “espíritu del perfeccionamiento” iría elevando física y espiritualmente al país por medio de la técnica y la ciencia.⁹²⁶

Por lo demás los únicos editoriales reseñables en el periodo de 1835 a 1837 para la conformación posterior del *Destino Manifiesto* son aquellos que trataron sobre la revolución texana. Todos estos artículos se caracterizan por un marcado racismo que quedará escondido durante el primer periodo de la *Democratic Review*, pero que resurgirá con fuerza cuando O’Sullivan justifique la anexión de Texas. En un editorial del 15 de julio de 1835, O’Sullivan se hizo eco de unos informes que habían aparecido en Nueva York sobre las cualidades naturales de la región de Texas, y citando las palabras de un congresista O’Sullivan la describió como “el jardín del mundo”, realizando una descripción romantizada del *wilderness* texano como un vergel dotado de una gran potencialidad para la agricultura que estaría siendo desperdiciado en manos de seres inferiores. El racismo contra los mexicanos volvió a aparecer en un editorial del 11 de diciembre de 1835 en donde los mexicanos son descritos como seres de poca inteligencia por el hecho de permitir el poder despótico del general Santa Anna y su gobierno centralista, lo que a juicio de O’Sullivan justificaría el independentismo texano para asegurar la victoria del principio de autogobierno. O’Sullivan va a escribir a diario artículos de apoyo a los revolucionarios texanos, al punto de que el 29 de julio de 1835 declarará en relación a los texanos que estaban luchando contra las tropas de Santa Anna que “la resistencia contra los tiranos es la obediencia a Dios”.⁹²⁷

El primer escrito en el que O’Sullivan va a plasmar los contornos de su visión providencialista será en el manifiesto introductorio de la *Democratic Review*. Como expuse en el capítulo 10, O’Sullivan planteó en “The Democratic Principle” su marco providencialista en términos de una *episteme* organicista, en la que Dios será concebido como un agente horticultor que influiría en el desarrollo de la política por medio de los *principios*. Dios plantaría los *principios* en el corazón de los hombres, y estos los harían germinar a través de su fe en el creador y por medio del influjo de la literatura. Estos principios generarían un orden natural espontáneo que regularía la sociedad a modo de unas leyes naturales de origen divino. El *principio democrático* sería el *principio* fundamental con el que Dios actuaría para transportar a los hombres hacia una nueva era

⁹²⁶[John L. O’Sullivan], *Georgetown Metropolitan*, 5 de agosto de 1835 y 30 de octubre de 1835.

⁹²⁷[John L. O’Sullivan], *Georgetown Metropolitan*, 15 de julio de 1835, 29 de julio de 1835 y 11 de diciembre de 1835.

de progreso, una era de experimentos en donde la Revolución americana sería el mayor de todos ellos. La mano invisible de la providencia sostendría el estandarte democrático guiando con él a la humanidad hacia el futuro, y la misión providencial de América consistiría en abrir esta marcha a través de la democratización de su sistema político e instituciones, mostrando al mundo la dirección hacia el progreso. Este destino habría existido como un presentimiento oculto en todas las épocas y las naciones, y la misión de la *Democratic Review* sería la de ayudar a germinar estos principios plantados en el corazón de los hombres para hacer manifiesto el destino democrático de América, tanto para ella misma como de cara al resto del mundo.⁹²⁸

Por lo tanto, en el manifiesto inaugural de la *Democratic Review* el discurso providencialista va a jugar un papel relevante en muchos sentidos: en primer lugar porque a través de la figura de los *principios* O'Sullivan va a plantear su horizonte epistemológico siguiendo el canon romántico y evangelista de la época, en donde los *principios* van a ser presentados como una versión organicista y emocional de las leyes naturales. En segundo lugar a diferencia de los *Padres fundadores* quienes habían planteado en su visión providencialista una disyuntiva ente la *translatio imperii* y el *experimento americano*, O'Sullivan se va a decantar claramente por la segunda concepción del tiempo histórico, planteando su *filosofía de la historia* como una sucesión de experimentos guiados por la providencia hacia el progreso democrático. En tercer lugar el discurso providencialista de O'Sullivan va a presentar el *experimento americano* en términos misioneros como el deber de portar el “arca democrática” por el pueblo elegido de Dios. De esta manera O'Sullivan fusionará dos perspectivas misioneras previas a la cultura romántica de su época: la puritana basada en una hermenéutica figurativa bíblica, y la revolucionaria fundamentada en la *religión civil americana*.

En el número inaugural de la *Democratic Review* apareció una reseña de *La democracia en América* en donde O'Sullivan plasmó también su visión providencialista. En este escrito O'Sullivan mostró una relación ambivalente con respecto a la obra de Tocqueville, pues por una parte consideraba que *La democracia en América* era el libro más reseñable escrito por un extranjero sobre los Estados Unidos, pero se mostraba crítico con el filósofo francés por sus reservas hacia la democracia. Esta ambivalencia no impidió que en términos generales la acogida del libro en la *Democratic Review*

⁹²⁸ [O'Sullivan], “The Democratic Principle”, pp. 1, 7-15.

fuera positiva. Una de las cuestiones que O'Sullivan subrayó como un acierto de Tocqueville fue que este presentase el avance de la democracia (o del *principio democrático*, según O'Sullivan) como un hecho inevitable, una tendencia descrita por el autor francés como *providencial*, definiéndola “como resultado de causas generales y no accidentales, y estando consecuentemente en gran medida fuera del control de ninguna generación”.⁹²⁹

O'Sullivan señaló de manera favorable a Tocqueville que el filósofo francés, a diferencia de otros europeos que habían viajado a América, sabía de lo que hablaba cuando se refería a los principios de gobierno, y celebró que hubiera atisbado que en Europa occidental existía una tendencia universal hacia la igualdad de condiciones. Según O'Sullivan esto se debería a que en su época se estaría librando una lucha entre dos *principios*, el de la libertad contra el del despotismo, encarnado el primero por los Estados Unidos, mientras que el segundo estaría representado por el auge de Rusia. A diferencia de otras épocas en las que los Estados libres habían sido ciudades, o confederaciones de ciudades rodeadas por monarquías, en el caso americano “los Estados Unidos de América ofrecerían el espléndido espectáculo de todo un continente administrado bajo el principio de la libertad pura y sin adulterar”.⁹³⁰

En contraste con los Estados Unidos, Rusia sería un gran imperio militar repartido entre dos continentes que estaría fortaleciéndose a través de la explotación de los recursos y las riquezas de naciones más jóvenes. De esta manera, e influido por las predicciones de Tocqueville sobre el futuro conflicto geopolítico entre América y Rusia, O'Sullivan señaló los términos del conflicto entre las dos naciones como una lucha entre *principios* políticos, adelantando así lo que un siglo más tarde sería la retórica del *roll back* de la Guerra Fría:

Pues aún así, mientras creamos que el principio de la *democracia* será establecido firmemente y para siempre como la fe política de todo el continente occidental, así estará destinado a

⁹²⁹“This tendency he considers as providential—that is, as a result of general and not accidental causes, and as being consequently in a great measure beyond the control of any one generation. The ultimate ascendancy of the democratic principle is inevitable” [John L. O'Sullivan], “European Views of American Democracy: M. de Tocqueville”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N°. 1, (Oct. 1837 to March 1838), pp. 91-93. A diferencia de lo que sería habitual en las reseñas de la *Democratic Review*, en la primera reseña a *La democracia en América* no aparece la edición utilizada para escribir este artículo. En el año 1837 aún no se había publicado la primera edición americana de Adland y Saunders (1838) que será la edición que O'Sullivan referenciará en la segunda reseña de 1838. Me inclino a pensar que para este artículo O'Sullivan leyó la edición inglesa de Henry Reeve (1835), aunque también es posible que leyera la edición original en francés, ya que O'Sullivan dominaba este idioma.

⁹³⁰ *Ibid.* p. 94.

experimentar en un futuro no muy distante su auge en Europa occidental; [y] no podemos sino celebrar con esperanza que [el principio democrático] esté también destinado a conquistar para sí mismo, mediante un lento y fatigoso progreso, la mitad oriental de este continente.⁹³¹

De esta manera el providencialismo de O'Sullivan se vio reafirmado por la obra de Tocqueville. Pues la *Democracia en América* vendría a confirmar el carácter providencial del *principio democrático* corporeizado en el sistema político estadounidense y su futuro predominio mundial.

A finales de 1837, coincidiendo con la publicación del primer número de la *Democratic Review*, en las distintas provincias canadienses estallaron alzamientos populares y rebeliones con el objetivo de proclamar su independencia de Gran Bretaña, lo que condujo en ambos lados de la frontera a un acalorado debate sobre su posible anexión a los Estados Unidos. Esto se vio reflejado en el segundo número de la *Democratic Review*, donde O'Sullivan redactó un editorial fervientemente anti británico en el que informó a sus lectores sobre las características de la rebelión y, obediente a las posiciones antiexpansionistas de Van Buren, desaconsejando la anexión de cualquier provincia canadiense que lograra su independencia, pues a su juicio la posible anexión de las provincias canadienses no reportaría ningún beneficio material para ninguna de las partes. Sin embargo, a pesar de su posición antianexionista en este punto, el editorial será la primera vez en que O'Sullivan fije públicamente sus posiciones expansionistas:

Y aún así, no nos sentimos concernidos con esa idea que escuchamos tan frecuentemente expresada sobre 'los peligros de extender nuestros ya agigantados límites territoriales'. Esta es una de esas falsas ideas que hemos heredado del Pasado: ese Pasado que fue concluido cuando el experimento americano asomó por primera vez sobre el mundo como el comienzo de una nueva era.⁹³²

O'Sullivan presentó el miedo a la extensión territorial como la imposibilidad de conjugar un gobierno central fuerte con la cohesión eficaz de una diversidad de territorios con múltiples intereses a lo largo de un gran imperio territorial. Esto para O'Sullivan sería imposible en virtud de *la ley matemática de las fuerzas irradiadoras*,

⁹³¹“But still, while we believe the principle of democracy to be established firmly and forever as the political faith of the whole western continent, and as destined, at no distant time, to obtain the ascendancy in the west of Europe, we cannot but cherish the hope that it is destined also to conquer to itself, with a certain, though slow and toilsome progress, the eastern half of that continent.” Ibid. p. 94.

⁹³²“And yet we are not haunted with that idea, which we hear so frequently expressed, of ‘the danger of extending our already over- grown territorial limits.’ This is one of those false ideas which has been bequeathed to us by the Past,—that Past which was terminated when the American experiment first dawned upon the world as the commencement of a new era.” [John L. O'Sullivan], “The Canada Question”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N°. 2, (January 1838), p. 217.

según la cual la fuerza de una acción se desvanecería en proporción inversa a la lejanía de la distancia. Por este motivo para O’Sullivan no tendría sentido conjugar un gobierno fuerte con un gran imperio territorial, porque sería matemáticamente imposible que pudiera ejercer su poder de manera efectiva sobre todo el territorio. Pero O’Sullivan no consideraba que este problema afectase a los Estados Unidos, pues a su parecer el sistema republicano federal se basaba en unos *principios* distintos sobre el reparto y el ejercicio del poder.⁹³³

El carácter particular de nuestro sistema político, basado en su evidente y distintivo origen divino (es decir, al estar fundado en los principios originales del derecho natural y la verdad, implantados por el Creador como los principales elementos morales de la naturaleza humana), [el carácter particular de nuestro sistema político] es, en caso de que su teoría se mantenga pura al ser aplicada, el extenderse con igual seguridad y eficacia sobre cualquier número indefinido de millones de habitantes y territorios. En dicho sistema federal, en el cual a cada parte individual se le deja libre a su propio autogobierno y para que persiga sus intereses particulares, con la única restricción de respetar los derechos iguales de los otros territorios, y bajo la protección de una unión federal cuyos poderes se encuentran estrictamente definidos, para dar algún grado de organización nacional uniforme al conjunto en su relación con las potencias exteriores; [en este sentido] cada parte está igualmente interesada en el mantenimiento del sistema y de sus grandes principios. La vitalidad del sistema no es forzosamente bombeada desde el centro a las extremidades, sino que se difunde de manera uniforme entre sus partes; y solamente es necesario que sean estas las que contribuyan con un grado suficiente de energía vital hacia el centro para mantener viva la unidad del cuerpo nacional. Tal sistema es, por su naturaleza (si sus grandes principios son preservados simples y puros), tan aplicable a gran como a pequeña escala. Y no vemos ninguna razón por la cual, en algún momento futuro, nuestro ‘experimento’ no se pueda encontrar exitosamente operativo en todo el continente de Norteamérica, desde el istmo [de Panamá] hasta el polo.⁹³⁴

⁹³³Ibid. p. 217.

⁹³⁴“The peculiar characteristic of our system, —the distinctive evidence of its divine origin (that is to say, its foundation on those original principles of natural right and truth, implanted by the Creator, as the first moral elements of human nature)—is, that it may, if its theory is maintained pure in practice, be extended, with equal safety and efficiency, over any indefinite number of millions of population and territory. In such a federative system,—in which every individual portion is left free to its own self-government, and to the cultivation of its own peculiar interests, with the sole restriction, of respect for the equal rights of other portions, and under the protection of a federal union, of strictly defined powers, to give some degree of uniform national organization to the whole mass, in its relations with foreign powers,— every part has an equal interest in the maintainance of the system, and its great principles. The vitality is not forcibly propelled from the centre to the extremities, but is diffused equally throughout all the parts; and it is only necessary for the latter to contribute a sufficient degree of the vital energy towards the centre to keep alive the general unity of the national body. Such a system is, from its nature,—if its great principles are only preserved sound and pure,— as applicable on a large scale as on a small one; and we can see no reason why, at some future day, our ‘ experiment ’ should not be in successful operation over the whole North American continent, from the isthmus to the pole.” Ibid. p. 217-218.

En este largo párrafo O'Sullivan estableció su primera visión expansionista, presentando todo el continente de Norteamérica unido bajo el sistema federal americano. Su teoría federal recuperaba buena parte de la argumentación sobre las grandes repúblicas territoriales establecida por Madison en *El Federalista* N° 10, pero resignificando su argumento en términos jeffersonianos mediante una visión favorable a la doctrina del *derecho de los estados* (pues en el momento de escribir *El Federalista* N° 10 Madison había argumentado a favor de un gobierno federal fuerte). O'Sullivan vuelve a presentar el origen divino del sistema político en términos deístas y organicistas, por estar basado en unos *principios* plantados por el Creador en la naturaleza humana.

Esta perspectiva le conduce a presentar la federación a partir de una metáfora del cuerpo político propia del organicismo barroco y de la cosmovisión política corporativa del Antiguo Régimen. Pero en O'Sullivan esta corporalidad se presenta en términos federales y democráticos, en donde el centro no es necesariamente una cabeza, sino el corazón del sistema político; un extraño corazón invertido que en vez de bombear energía vital a cada una de las partes es sustentado por estas. En virtud de esta dispersión y autonomía de las partes con respecto al centro, este amorfo y descabezado cuerpo político planteado por O'Sullivan podría extenderse indefinidamente sin colapsar, tanto en términos territoriales como demográficos. Este ente biológico responde a los estándares epistemológicos del organicismo decimonónico, y recuerda más a una planta que a una persona, lo que se encuentra en consonancia con la *teología natural* imperante en la época y subyacente al pensamiento de O'Sullivan, fundamentada en la idea de que los *principios* actuarían como semillas germinales de un sistema político. Los distintos Estados de la federación se comportarían como unas raíces, que a la vez que alimentan al organismo se expandirían rizomáticamente por el suelo, ocupando un espacio vital cada vez mayor para poder sustentar el crecimiento prolongado del organismo nacional.

Todos estos elementos discursivos del editorial "The Canada Question" apuntan hacia una cosmovisión coherente que se ajusta de manera canónica a los estándares de la *teología natural* biologicista del romanticismo. La primera vez que O'Sullivan formuló su concepción expansionista lo hará refiriéndose a todos los elementos que posteriormente fundamentarán la conceptualización del *Destino Manifiesto*: Una *episteme* organicista, referentes teológicos de la *religión civil americana* presentados evangélicamente, una concepción territorial de la nación favorable a la visión

jeffersoniana y esclavista de la *doctrina de los estados*, una perspectiva *continentalista* de los Estados Unidos, y lo más importante, una vinculación en términos providenciales del crecimiento poblacional ligado a la necesidad de la expansión territorial. Este vínculo entre expansión territorial y crecimiento demográfico será formulado en un primer momento por medio de su teoría de los *principios* (es decir, por su *filosofía de la historia*) y no a través de la doctrina maltusiana.

Pero aún así la lógica fundamental subyacente al vínculo entre crecimiento poblacional y la necesidad del expansionismo va a aparecer bosquejada desde el segundo número de la revista, y la transición a un modelo maltusiano no va a resultar problemático por el hecho de que esta doctrina compartía los mismos presupuestos epistemológicos. Tal y como apunté al principio del capítulo, en esta primer etapa la lealtad de O'Sullivan hacia Van Buren le prevendrá de defender abiertamente un discurso expansionista en la revista, por lo que vehiculizará su visión providencialista planteándola a través de una *filosofía de la historia*.

El término de *filosofía de la historia* remite irremediabilmente a la figura de Hegel y a sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* (1837) [*Lecciones FH*]. Ciertamente existe en los escritos de la primera etapa de O'Sullivan (1835-1840) un cierto aire de familia que recuerda a la obra de Hegel, si bien es altamente improbable que O'Sullivan llegase a leer este libro en el momento en el que desarrolló su propia *filosofía de la historia*. El libro de las *Lecciones FH* fue una obra póstuma que los discípulos de Hegel publicaron a partir de sus notas sobre los cursos de Berlín que Hegel impartió sobre esta materia (1822-1823, 1828, 1830), y cuya primera edición en alemán fue publicada al mismo tiempo en que O'Sullivan y Langtree fundaron la *Democratic Review*. O'Sullivan no leía alemán, y la primera edición inglesa de John Sibree no apareció hasta 1857, basada en la edición un tanto incompleta de Karl Hegel. Dado que la *Democratic Review* privilegió la publicación de obras provenientes del romanticismo alemán, es probable que durante su primera etapa O'Sullivan tuviera algún tipo de contacto con las ideas de Hegel a través de estos autores, así como a través de los intelectuales demócratas de Nueva Inglaterra como George Bancroft y Orestes Brownson, pues entre la élite cultural de esta región Alemania era el punto de referencia intelectual por excelencia. La *filosofía de la historia* de Hegel se convirtió en un recurso retórico muy popular entre los círculos hegelianos y en el discurso de muchos autores románticos alemanes, y en el caso del pensamiento de O'Sullivan lo que puede

observarse es un uso vago de categorías y giros retóricos que recuerdan al filósofo alemán.⁹³⁵

Existen numerosas referencias acerca del sentido de la historia en los escritos de la primera etapa de O’Sullivan, y a partir de estas se irá articulando su *filosofía de la historia*. Con anterioridad al editorial “The Great Nation of Futurity” (que es el escrito donde su perspectiva histórica aparecerá mejor articulada) el manifiesto inaugural de la *Democratic Review* es la principal fuente donde se encuentra delimitado el sentido de su concepción del tiempo histórico, pero no será el único texto donde O’Sullivan reflexionará sobre los Estados Unidos como adalid de la marcha del progreso.

La perspectiva teleológica de la historia va a ser una constante en la concepción del tiempo histórico del autor, y estará reforzada tanto por su perspectiva providencialista como por su fe en el progreso. Esta perspectiva teleológica se presenta hegelianamente como el resultado de la consecución de distintos estadios históricos, en donde el avance del progreso aparece como parte de una lucha dialéctica entre elementos contrapuestos, generalmente como la contraposición de dos *principios* opuestos. Sin embargo, esta contraposición también puede presentarse como la lucha entre dos fuerzas históricas en confrontación, como puede observarse en el editorial “Political Tolerance” de septiembre de 1838, en donde O’Sullivan planteó que: “La historia de las épocas pasadas es la narración continuada de la perversa lucha entre el fanatismo contra el ejercicio de la razón” y en donde la solución a este enfrentamiento teleológico se planteará como un salto en el progreso operado por el *experimento americano*: “La historia del mundo, a través de todas las épocas del pasado demostraría cuan horribles son los males resultantes de mezclar los asuntos del Estado con los de la religión; y la historia de nuestro propio país ilustraría bellamente las consecuencias benéficas que se traducen de su separación”. Al igual que la noción hegeliana de *espíritu* llevaba implícita su evolución como un impulso de perfectibilidad, en donde el progreso sería la consecución de cada una de las fases de un *telos*, en O’Sullivan la noción de *experimento americano* cumplirá una función análoga, ya que la historia será planteada como una sucesión de experimentos, en la que el *experimento americano* será

⁹³⁵Salvador Rus Rufino, “Estudio preliminar” en George W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (Madrid: Tecnos, 2017), pp. 20-24. La primera mención a la *filosofía de la historia* de Hegel en la *Democratic Review* fue obra de Orestes Brownson en la primera parte de su editorial “Remarks on Universal History” en mayo de 1843 (en el momento de transición entre la primera y la segunda etapa de O’Sullivan). Sin embargo, el conocimiento de Brownson de las tesis de Hegel era indirecto a través de los escritos del filósofo francés Victor Cousin. Orestes Brownson, “Remarks on Universal History”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XII, N°. 59, (May 1843), pp. 470-474.

concebido como la fuente de progreso por excelencia por suponer una ruptura total con el pasado. Una consecuencia de la centralidad de la noción de *experimento americano* en el pensamiento de O'Sullivan será su paradójica relación con la historia.⁹³⁶

O'Sullivan rechazará la posibilidad de aprender del pasado, entendido este como las formas concretas en las que se presentaron las distintas culturas y civilizaciones pretéritas. La Revolución americana habría generado una cesura histórica de tal magnitud que conllevaría a que los ejemplos del pasado quedasen obsoletos con respecto a las claves políticas de la nueva época. Sin embargo, esto no va a suponer un rechazo total de la *historia magistra vitae*, pues si bien los actos concretos de la historia habrían quedado desfasados, desde la *filosofía de los principios* O'Sullivan considerará que el "espíritu" de cada época seguiría siendo una fuente de conocimiento valioso. Esto quedó reflejado en el editorial "The Moral of the Crisis" escrito en septiembre de 1837, en donde O'Sullivan propondrá como el verdadero objeto de la historia el estudio de la *moral* que domina una época, y que sería la traducción en términos de espíritu de época de los *principios* imperantes en un momento histórico:

Todo evento en la vida humana tiene su esencia *moral*. Esto es cierto tanto para los asuntos de las naciones, como para los avatares que afectan a los individuos. Y si las primeras adquieren su grandeza y solemnidad de carácter de manera proporcional a la magnitud de la escala a la que operan, la miríada de individuos se ven asimismo afectados por las acciones realizadas por estas. El verdadero objeto de la historia radicarán en analizar e ilustrar esta moral, de cara a la instrucción del presente desde la experiencia del pasado.⁹³⁷

De acuerdo con este uso conceptual del término *moral*, O'Sullivan no estaría comprendiendo la noción en su acepción habitual, es decir, como el conjunto de convenciones sociales que estructuran los límites de lo considerado aceptable en comunidad en un momento dado, sino que de alguna manera estaría utilizando el término como sinónimo de la noción hegeliana de *espíritu* en su versión vulgarizada por el romanticismo, que la comprendía como un *Zeitgeist* (espíritu de época) y no como un

⁹³⁶“The history of past ages is a continued narrative of the perverse strife of bigotry against the exercise of reason [...] The history of the world, through all the ages of the past, demonstrates what hideous evils inevitably result from blending the affairs of Religion and State; and the history of our own country beautifully illustrates the beneficent consequences which flow from their separation.” [O'Sullivan], “Political Tolerance”, pp. 59, 65; O'Sullivan, “The Democratic Principle”, p. 9; George W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (Madrid: Tecnos, 2017), pp. 98-99, 209-217.

⁹³⁷“Every event in human life has its moral. This is true equally of the affairs of nations as of individuals; and in the former it acquires a grandeur and solemnity of character proportionate to the magnitude of its scale of operation, and the myriads of individual interests affected by it. To analyse and illustrate this moral, for the instruction of the present from the experience of the past, is the true object of history.” [O'Sullivan], “The Moral of the Crisis”, p. 108.

Weltgeist (el espíritu de la historia universal, que supone la forma en que efectivamente lo concebirá Hegel). De hecho O'Sullivan llegó a utilizar el término *espíritu* en este sentido “vulgarizado” en su editorial “Claims of the Beautiful Arts” de noviembre de 1838, donde declaró que “El espíritu de la época es mecánico y utilitario”. Frente a este *Zeitgeist* O'Sullivan reivindicará la necesidad de cultivar el arte como contrapeso y principio conservacionista de la sociedad, pues sólo mediante una educación de las masas populares en el arte se podría elevar su espíritu con respecto al materialismo imperante, y lograr así de manera simultánea la restauración del espíritu del verdadero cristianismo a la par que se conservaría el espíritu de la república.⁹³⁸

Pero el texto que va a mostrar una impronta más abiertamente hegeliana en la *Democratic Review* será el editorial “The Course of Civilization”, publicado en septiembre de 1839. Este editorial muestra en su concepción del tiempo histórico, su contenido semántico y su forma retórica la formulación más canónica de lo que suele entenderse por un escrito de *filosofía de la historia*. Existen sin embargo dudas razonables acerca de la autoría de O'Sullivan sobre este editorial (que como todos los demás es anónimo) y que fueron planteadas por primera vez en 1945 por Arthur Schlesinger Jr. Linda S. Hudson se lo atribuye, cómo no, a Jane Cazneau, en base a ese infalible análisis por ordenador cuyas aporías me encargué de desmontar en el capítulo anterior.⁹³⁹

Comparto las reservas de Schlesinger Jr., acerca de la autoría de O'Sullivan de este editorial. Existen algunos elementos favorables a su paternidad, como la referencia a la existencia de principios políticos actuantes en la historia como producto de un diseño providencial, por la definición que se ofrece sobre la democracia o por la manera en que se presenta al comercio como un elemento histórico emancipador. Pero el texto también contiene algunos elementos extraños al discurso de O'Sullivan, y carece de alguno de sus tropos más significativos. El texto habla de la raza “anglo-americana”, cuando lo normal es que O'Sullivan hable de raza “anglosajona”, las expresiones *principio democrático* y *principio aristocrático* están ausentes en todo el texto, a pesar de que en el texto se dan giros retóricos en donde lo habitual sería que O'Sullivan las utilice, y no hay mención al *experimento americano*, a pesar de las numerosas menciones al progreso y al carácter teleológico del relato. No hay tampoco rastros de la

⁹³⁸“The spirit of the age is mechanical and utilitarian” [John L. O'Sullivan], “Claims of the Beautiful Arts”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N° 2, (January 1838), p. 253.

⁹³⁹ Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, pp. 418-419; Hudson, *Mistress of Manifest Destiny*, p. 46.

episteme organicista en todo el texto, lo que supone una ausencia bastante significativa en caso de que fuera un texto de O'Sullivan. Por último, se trata de un editorial de lectura sencilla, con un lenguaje algo arcaico, pero sin mucha complejidad sintáctica o recurso a las subordinadas, lo que lo aleja de la retórica distintiva del autor *jacksoniano*.

940

En el momento de la publicación de este texto O'Sullivan había dejado provisionalmente su labor como editor de la *Democratic Review*, y aunque seguía escribiendo editoriales para la revista, me inclino a pensar que se trata de una contribución de George Bancroft, quien no solamente estaba familiarizado con la filosofía alemana por haber estudiado y doctorarse en la universidad de Göttingen, sino también porque asistió durante un tiempo a las clases de Hegel en Berlín, por la misma época en que este se encontraba preparando sus lecciones sobre *filosofía de la historia*.⁹⁴¹

13.2 1839: la formulación de las claves discursivas del *Destino Manifiesto*

El año 1839 será muy importante en el proceso de conformación del concepto de *Destino Manifiesto*, pues durante este periodo aparecerán dos editoriales en donde fueron formuladas por separado las dos claves discursivas que fundamentarán el editorial “Annexation” de 1845. En enero de 1839 se publicó un editorial titulado “The Approaching Census”, en donde O'Sullivan establecerá por primera vez el vínculo entre expansionismo y crecimiento poblacional desde una retórica maltusiana, y lo hará además a través de un patrón discursivo que se repetirá en todos los textos que aborden esta temática. Por otra parte, en noviembre de ese mismo año O'Sullivan escribió para la revista un editorial de gran trascendencia titulado “The Great Nation of Futurity”, en donde no solamente ofrecerá la perspectiva mejor articulada de su *filosofía de la historia*, sino que además en este editorial esbozará una primera aproximación al concepto de *Destino Manifiesto*, lo que ha llevado a la mayor parte de estudiosos sobre

⁹⁴⁰[Anónimo], “The Course of Civilization”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 6, N°. 22, (Sept. 1839), pp. 208, 211, 213-215.

⁹⁴¹Mi hipótesis a este respecto es que Bancroft pudo haber escrito este texto para elaborar su visión sobre la *filosofía de la historia*, animado por haber sido elegido miembro de la *American Antiquarian Society* un año antes (1838). Muchas de las ideas de este texto pueden encontrarse en su oración al progreso de la raza humana, incluido el título del editorial, que aparece formulado en su literalidad abriendo el párrafo de conclusiones de la conferencia. George Bancroft, *The Necessity, the Reality, and the Promise of the Progress of the Human Race: Oration Delivered Before the New York Historical Society* (Nueva York: New York Historical Society, 1854), p. 36.

la materia a considerar que aquí se encuentra la primera formulación del este ideal expansionista.

Por ciertas razones hermenéuticas que expondré a continuación no comparto la idea de que este sea el contexto de acuñación del término. Y no solo porque este no aparezca formulado en su literalidad, sino porque su sentido discursivo no es del todo análogo a la expresión conceptual que terminó por acuñarse en 1845. En todo caso voy a comenzar analizando el editorial “The Great Nation of Futurity”, pues aunque sea posterior a “The Approaching Census” supone a mi juicio una suerte de recapitulación de toda la *filosofía de la historia* que O’Sullivan formuló en su primer periodo, mientras que el editorial de enero de 1839 supone una anticipación del giro discursivo que O’Sullivan implementará en su segunda etapa.

El editorial “The Great Nation of Futurity” es, junto al manifiesto introductorio de la *Democratic Review*, el texto que probablemente mejor sintetiza el pensamiento de O’Sullivan, y el más logrado como expresión de su visión providencialista de la historia. El interés de este editorial radica en que en él se expusieron las múltiples formas en que O’Sullivan entenderá el concepto de *destino*, así como cierta caracterización sobre lo “manifiesto” entendido como revelación mesiánica. El texto comienza haciendo una síntesis sobre su ideal del *experimento americano* como forma de ruptura histórica. El término en sí no aparece en el texto, pero la articulación retórica del párrafo remite a la manera en que O’Sullivan presentó el *experimento americano* en sus editoriales “The Democratic Principle” y “The Canada Question”, abundando en la idea sobre el carácter rupturista de la experiencia estadounidense:⁹⁴²

El pueblo americano, por el hecho de derivar sus orígenes de muchas otras naciones, y la Declaración nacional de independencia, al estar completamente basada en el gran principio de la igualdad humana; estos dos hechos demuestran al unísono nuestra desconexión con respecto a la situación de cualquier otra nación. Que en realidad tenemos pocos vínculos con respecto a sus historias pasadas, y aún menos con la antigüedad, con sus glorias o sus crímenes. Por el contrario, nuestro nacimiento nacional supuso el inicio de un nuevo capítulo de la historia, la formación y el progreso de un sistema político nunca probado, que nos separa del pasado y nos conecta únicamente con el futuro. Y en lo que respecta al completo desarrollo de los derechos naturales del hombre en la vida moral, política y nacional, debemos asumir con confianza que nuestro país está destinado a ser *la gran nación* del porvenir.⁹⁴³

⁹⁴²[O’Sullivan], “The Democratic Principle”, p. 9; [O’Sullivan], “The Canada Question”, p. 217.

⁹⁴³“The American people having derived their origin from many other nations, and the Declaration of National Independence being entirely based on the great principle of human equality, these facts

El primer párrafo plantea de esta manera la que será la línea argumental de todo el editorial: que el *experimento americano* supone un nuevo capítulo de la historia por el hecho de estar basado en principios universales y no en los referentes del pasado. Esto colocaría al país en una situación especial para convertirse en el lugar donde se desarrollarán los derechos naturales del hombre, cuyo alcance universal haría que los Estados Unidos estuvieran destinados a ser “*la gran nación del porvenir*”. De esta forma, O’Sullivan rompe con cualquier resto de la *translatio imperii* que pudiera pervivir en el discurso político *jacksoniano* como herencia de Jefferson, a la par que ofrece un primer sentido del destino de América como una nación que, por su compromiso con el avance de los derechos naturales, estaría llamada a ocupar el tiempo futuro. En el siguiente párrafo O’Sullivan abundará sobre esta vinculación entre la nación y el destino, en donde entrarán en acción los *principios* como medios rectores de la providencia y elementos que permiten generar un orden cósmico y social. De entre estos *principios*, el de la igualdad ocupará un lugar privilegiado a la hora de dar cuerpo a la nación y a su sistema político:

La nación se encuentra destinada, pues el principio sobre el que se organiza fija su destino, y el de la igualdad es perfecto y universal. Este [*principio*] preside todas las operaciones del mundo físico, y es también la ley consciente del alma: el dictado evidente por sí mismo de la moralidad, que define con precisión el deber de un hombre con su congénere, y consecuentemente sus derechos en cuanto hombre. Además, los verdaderos anales de cualquier nación están repletos de evidencias de que su felicidad, grandeza y duración fueron siempre proporcionales a la cantidad de igualdad democrática contenida en su sistema político.⁹⁴⁴

demonstrate at once our disconnected position as regards any other nation; that we have, in reality, but little connection with the past history of any of them, and still less with all antiquity, its glories, or its crimes. On the contrary, our national birth was the beginning of a new history, the formation and progress of an untried political system, which separates us from the past and connects us with the future only; and so far as regards the entire development of the natural rights of man, in moral, political, and national life, we may confidently assume that our country is destined to be the great nation of futurity.” [O’Sullivan], “The Great Nation of Futurity”, p. 426. He optado por traducir *futurity* como porvenir, en vez de por futuro, pues la diferencia de este término con respecto a *future* radica en que la expresión hace referencia al carácter futuro de un fenómeno, a su cualidad y no a su concreción futura. La traducción literal debiera ser “la gran nación de la futuridad”, pero esta suena forzada. Una alternativa aceptable sería “la gran nación del progreso”, pero este concepto se encuentra muy significado en el pensamiento de O’Sullivan y este lo hubiera utilizado concretamente si esta fuera su intención. La noción de *porvenir* expresa a mi juicio simultáneamente la idea de *futuridad* y la de progreso, así como un cierto carácter de ofrenda que va implícito en la retórica misionera de O’Sullivan. <https://www.merriam-webster.com/dictionary/futurity>.

⁹⁴⁴“It is so destined, because the principle upon which a nation is organized fixes its destiny, and that of equality is perfect, is universal. It presides in all the operations of the physical world, and it is also the conscious law of the soul—the self-evident dictate of morality, which accurately defines the duty of man to man, and consequently man’s rights as man. Besides, the truthful annals of any nation furnish abundant

En este párrafo queda sintetizada la epistemología subyacente a la teología política de O’Sullivan, así como el carácter de su providencialismo. El destino de cada nación dependerá del *principio* que organice su sistema político, pues este actuará como una ley natural y moral que definirá tanto la relación de los ciudadanos entre sí como sus derechos fundamentales. En el manifiesto introductorio O’Sullivan había definido de manera análoga los *principios* como medios del obrar divino en el mundo, concibiéndolos como semillas que Dios plantaría en el corazón de los hombres para que en su germinar guiasen su camino hacia un fin predefinido por la divinidad. De esta manera tanto las personas como las naciones serían guiadas por los *principios*, que actuarían como la versión moral de las leyes naturales del diseño divino. Estos además serían “evidentes por sí mismos”, tanto en sus dictados como en sus efectos, lo que supone una primera formulación de la relación entre el destino y su carácter manifiesto en donde los *principios* ejercerán de nexo de unión entre estos dos elementos: la nación se encuentra destinada porque tiene un *principio* que anima su sistema político, y este *principio* resulta evidente en sus dictados y efectos, por lo tanto, el destino al que conduce el *principio* resulta también evidente, es decir, manifiesto. Siguiendo las indicaciones que había dado en el editorial “The moral of the crisis” (en el que se propuso que el objeto de la historia era comprender la moralidad de una época, es decir, estudiar sus principios rectores), O’Sullivan propuso que la felicidad, grandeza y duración de una nación se mediría por la presencia del *principio* de igualdad democrática, lo que le lleva a plantear la siguiente pregunta:⁹⁴⁵

¿Cuántas naciones han tenido su declive y caída debido a que la igualdad de derechos de la que disfrutaba una minoría fue truncada por el despotismo de la mayoría; o el interés de la mayoría sacrificada a la aristocracia de los pocos; o los derechos e intereses de todos rendidos a la monarquía personal? Estas tres formas de gobierno han figurado tan frecuentemente y por tanto tiempo en las eras pretéritas, que de su historia, en todo el tiempo por venir, tan sólo se nos puede ofrecer una vaga aproximación. De la misma manera que las causas generan sus efectos, el verdadero filósofo de la historia discernirá fácilmente que el principio de la igualdad, o del privilegio, trazan su inevitable resultado. El primero es regenerativo porque es natural y correcto; el segundo es destructivo para la sociedad, porque es artificial y falso.⁹⁴⁶

evidence, that its happiness, its greatness, its duration, were always proportionate to the democratic equality in its system of government.” *Ibid.*, p. 427.

⁹⁴⁵[O’Sullivan], “The Democratic Principle”, pp. 2, 7-8; [O’Sullivan], “The Moral of the Crisis”, p. 108.

⁹⁴⁶“How many nations have had their decline and fall, because the equal rights of the minority were trampled on by the despotism of the majority ; or the interests of the many sacrificed to the aristocracy of the few; or the rights and interests of all given up to the monarchy of one? These three kinds of

O'Sullivan reclama que la labor del filósofo de la historia será discernir el obrar de los *principios* en la historia, tanto en sus resultados como en su carácter. Esto guarda una lejana semejanza con la idea que tenía Hegel de la *filosofía de la historia*, si bien la teoría del autor alemán será infinitamente más compleja. Hegel propuso en sus *Lecciones FH* que la tarea del filósofo era comprender la manifestación de la *Idea*, que supone la verdad última sin las limitaciones de lo contingente, y cuya realización y despliegue hacia un fin definitivo es la razón de la historia universal. Este despliegue de la *Idea* en la historia no ocurriría en un plano físico, sino espiritual, si bien la historia va a ser el reflejo del *espíritu* en el mundo material (que es su perfecto contrario y fuente de conocimiento). El *espíritu universal* sería el espíritu del mundo tal y como va desplegándose en la mente humana (no confundir con el despliegue de la *Idea*, que es la verdad última sin las limitaciones de lo contingente, problema del que no escapa el *espíritu*). La historia universal para Hegel sería la exposición del *espíritu*, que en su carácter libre obraría en la historia para autoconocerse y llegar a la *idea*. Los distintos pueblos participarían del *espíritu*, pero sus condiciones particulares estarían animadas por principios distintos que les impedirían llegar a conocer la libertad del *espíritu* y la razón de su desenvolvimiento hacia su fin (salvo los pueblos germánicos, que a través del cristianismo habrían llegado a la conciencia de que la libertad del *espíritu* supone su naturaleza propia). Puesto que el fin de la historia universal sería que el *espíritu* se conociera a sí mismo, y esto ocurre a través de su objetivación histórica en los distintos pueblos, esto implicaría que cada civilización fuese la expresión de cada una de las fases de este proceso de autorrealización del espíritu, y puesto que su autoconocimiento es incompleto en cada una de estas fases, también lo es el espíritu de estos pueblos, que sin embargo sirven para definir el carácter de una época.⁹⁴⁷

Esta última idea es la que llevó a la confusión introducida por la vulgarización de Hegel según la cual el *Weltgeist* tendió a comprenderse como un *Zeitgeist*. Sin embargo, la noción de *espíritu del mundo* entraña una idea holística y teleológica de la historia y el acontecer en el mundo que no se encuentra necesariamente contenida en la expresión *espíritu de la época*. La conexión y analogía de las *filosofías de la historia* de Hegel y O'Sullivan son por lo tanto superficiales. No solo porque la hipótesis teórica de

government have figured so frequently and so largely in the ages that have passed away, that their history, through all time to come, can only furnish a resemblance. Like causes produce like effects, and the true philosopher of history will easily discern the principle of equality, or of privilege, working out its inevitable result. The first is regenerative, because it is natural and right; the latter is destructive to society, because it is unnatural and wrong." *Ibid.*, p. 426.

⁹⁴⁷Hegel, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, pp. 97-128.

Hegel y su sistema categorial sean infinitamente más complejos que los de O'Sullivan, sino porque su providencialismo es distinto, si bien ambas se fundamentan en una concepción idealista de la filosofía.

En las *Lecciones FH* Hegel abordó esta cuestión aceptando el carácter providencial de la historia y su carácter revelado. Sin embargo, también consideraba que el problema del conocimiento de Dios y sus designios no era algo que pudiera ser resuelto exclusivamente a través de la fe y del sentimiento religioso, sino que era necesario desarrollar una vía racional para el conocimiento de su plan y desenvolvimiento en la historia, y este sería el fin de la *filosofía de la historia*. En contraste con esta perspectiva, O'Sullivan consideraba que el conocimiento divino era una revelación implantada a través de los *principios* en el corazón de los hombres, y que germinaba a través del despliegue de los *principios*, que serían animados sentimentalmente a través de la fe en Dios. Pero Hegel no se conformará con el tipo de pasividad pietista que proponía O'Sullivan, y por este motivo, mientras que para O'Sullivan el conocimiento de la providencia sería el resultado de la observación pasiva y reflexiva de los *principios*, para Hegel el conocimiento del desenvolvimiento del *espíritu universal* en la historia, o de la razón que subyace a la *Idea*, requerirían ambas de un trabajo activo de interrogación de las formas incompletas en las que el espíritu se va concretando históricamente. De esta manera puede observarse una diferencia fundamental en la cultura religiosa subyacente a ambos autores y en sus implicaciones epistemológicas. Ambos fueron partícipes de un cambio religioso que había acontecido en el siglo XVIII basado en el pietismo y la fe racionalista de la *teología natural*. En Hegel este sustrato religioso se verá sin embargo eclipsado por el trasfondo filosófico idealista en el que desarrollará su pensamiento, lo que le llevará a ahondar en el carácter racionalista de su sentimiento religioso, hasta el punto de crear un sistema filosófico independiente de este origen. O'Sullivan por el contrario se vio afectado en su cosmovisión religiosa por el *Segundo gran despertar*, lo que le conducirá a una comprensión sentimental de la fe ausente en el pensamiento de Hegel.⁹⁴⁸

En este sentido, la diferencia fundamental entre la *filosofía de la historia* de Hegel comparada con la de O'Sullivan estriba en que cada una de ellas supone un modelo distinto de providencialismo secularizado. Con su *filosofía de la historia* Hegel propuso una forma de historia providencial en la que quedaron expurgados todos los

⁹⁴⁸[O'Sullivan], "Democracy", pp. 215-216; Hegel, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, pp. 106-116.

elementos del providencialismo cristiano histórico, siendo sustituidos por un sistema conceptual formulado desde la filosofía idealista. En este sentido, el providencialismo de Hegel será una de las formas más acabadas de pensamiento teológico secularizado, entendido este desde la hipótesis weberiana del *desencantamiento del mundo*. Un providencialismo que ha sido depurado de todo elemento mágico y sobrenatural hasta ser convertido en una carcasa vacía, cuya teleología es animada *a posteriori* por una racionalidad interna de origen filosófico.

La *filosofía de la historia* de O'Sullivan también tendrá un carácter secular, pero este no responderá al modelo del *desencantamiento del mundo*, sino al de la mundanización de los referentes teológicos históricos. La *teología natural* subyacente al providencialismo de O'Sullivan fue el resultado de un proceso de hibridación entre referentes mundanos y concepciones teológicas operada a través del doble prisma de la *teología natural* y la *religión civil*. El resultado de esta forma mixta será un modelo de providencialismo en donde los referentes científicos y los sobrenaturales convivirán en una complicada relación. Por este motivo, el pensamiento providencialista de O'Sullivan supuso un ejemplo de transición entre el pensamiento religioso histórico y las formas discursivas del determinismo moderno.

Tanto en O'Sullivan como en Hegel la marcha del progreso será el producto de una entidad metafísica que se corporeiza en las naciones, dándolas forma, imprimiendo un carácter a la época y apuntando hacia un fin. Y la tarea del filósofo de la historia sería comprender el sentido de esta marcha. En O'Sullivan los *principios* juegan un papel de fuerzas providenciales relativamente análogo al *espíritu del mundo* en la filosofía hegeliana, solo que a diferencia de este último, los *principios* serán concebidos como entidades plurales que en muchos casos se encontrarán enfrentados entre sí. En el texto se especifican los casos del *principio* de la igualdad y el del privilegio, que en el manifiesto inaugural serán presentados como el *principio democrático* y el *principio aristocrático*. Anteriormente O'Sullivan había especificado que la presencia del *principio* de la igualdad democrática era el elemento que aseguraba la felicidad, grandeza y duración de un sistema político, y será desde este enfoque que O'Sullivan intentará romper con la idea de gobierno mixto. Desde su perspectiva, el enfrentamiento de los principios de la *igualdad* y el privilegio estaría en el origen de la inestabilidad de las formas políticas, y puesto que todas las formas clásicas estarían compuestas por ambos *principios*, todas ellas estarían llamadas a caer. Solo el *experimento americano* podría sobrevivir por el hecho de basarse exclusivamente en la igualdad, pues al haber

renunciado a la pluralidad de principios en su constitución interna (y por lo tanto haber expurgado la fuente del conflicto) América podría romper con la *anaciclosis*. Esto se traduciría en la ruptura con los referentes del pasado, rechazando con ello el principio del privilegio.

O'Sullivan abundó en esta idea en los dos siguientes párrafos, considerando que ningún amigo de la libertad humana y de la civilización podría observar la historia pasada compuesta por monarquías y aristocracias y sentirse complacido. La historia no sería otra cosa que una sucesión de carnicerías, campos de batallas y opresión de las masas por los poderosos. América estaría llamada a un mejor propósito que repetir todo esto, y frente a la figuras de los emperadores, reyes y nobles “demonios en forma humana llamados héroes”, América aportaría a la historia la figura de los patriotas, defensores de su hogar y de las libertades. Este rechazo absoluto del pasado desde la perspectiva republicana del *experimento americano* condujo a O'Sullivan a plantear su concepción del tiempo histórico en términos futuristas, en donde el porvenir será un tiempo *espacializado* objeto de penetración y expansión por parte de América.⁹⁴⁹

No tenemos interés en las escenas de la antigüedad, pues suponen tan solo lecciones que evitar en casi todos sus ejemplos. El expansivo futuro es nuestro escenario, para el despliegue de nuestra historia. Nos encontramos penetrando en terreno virgen, con las verdades de Dios en nuestras mentes, su benéfico propósito en nuestros corazones, y con una clara conciencia sin mácula alguna de nuestro pasado. Somos la nación del progreso humano ¿Y quién desearía o podrá poner límites a nuestra marcha triunfal? La providencia está con nosotros, y ningún poder terrenal podrá doblegarnos. Nosotros apuntamos hacia la sempiterna verdad presente en la primera página de nuestra declaración nacional, y proclamamos a los millones de otras tierras que “las puertas del infierno (los poderes de la aristocracia y la monarquía) no prevalecerán contra estas verdades”.⁹⁵⁰

Este párrafo resulta interesante por dos motivos: en primer lugar por su carácter retórico, en donde se muestra de manera clara el estilo discursivo de O'Sullivan, caracterizado por una semántica teológica basada en la *religión civil americana* presentada evangélicamente con toda la teatralidad emocional que la caracteriza. En

⁹⁴⁹[O'Sullivan], “The Great Nation of Futurity”, pp. 426-427.

⁹⁵⁰“We have no interest in the scenes of antiquity, only as lessons of avoidance of nearly all their examples. The expansive future is our arena, and for our history. We are entering on its untrodden space, with the truths of God in our minds, beneficent objects in our hearts, and with a clear conscience unsullied by the past. We are the nation of human progress, and who will, what can, set limits to our onward march? Providence is with us, and no earthly power can. We point to the everlasting truth on the first page of our national declaration, and we proclaim to the millions of other lands, that ‘the gates of hell’—the powers of aristocracy and monarchy— ‘shall not prevail against it.’” *Ibid.*, p. 427.

segundo lugar (y más importante) el tiempo se presenta *espacializado*: el pasado es reducido a escenas ejemplificantes, escenarios cerrados que representan los modelos que América debe evitar. El futuro también es concebido desde la metáfora del escenario, pero en este caso se encuentra abierto para la representación y el despliegue de la historia americana. Otro tropo espacial con el que se representa el futuro es con la figura del *virgin land*, comparando el futuro con el *wilderness* del Oeste americano, un espacio desconocido que debe ser penetrado con la única guía de las verdades de Dios, su benéfico propósito y la clara conciencia del carácter inmaculado de la historia americana. Claramente la esclavitud y la masacre de los pueblos nativos americanos no merecerían consideración alguna en esta historia ejemplar y sin precedentes.

La *espacialización* del tiempo será el resultado de que O'Sullivan considere la experiencia nacional en el continente como un *horizonte de expectativa*, en donde el carácter temporal de la expectativa futura quedará fusionado con el horizonte geográfico de la *frontera americana*. En esta cosmovisión la perspectiva temporal predominará sobre la espacial, subsumiéndola tanto lógica como metafóricamente a través de la expectativa misionera. Detrás de esta apuesta por la dimensión futura subyace la conciencia de la juventud nacional de los Estados Unidos comparada con la historia europea, lo que llevaría a concebir el *experimento americano* desde los *horizontes de expectativas* como un proyecto en desarrollo, minusvalorando por tanto los *espacios de experiencia* del legado histórico del resto de las naciones. Esto dará lugar a un discurso misionero del deber nacional que estará marcado por un supremacismo nacional, en donde los Estados Unidos van a ser considerados como los depositarios de grandes principios universales (y por lo tanto atemporales), cuyo deber será expandirlos por el mundo. En este sentido, para O'Sullivan en este momento el carácter expansivo de la república va a ser más ideal que físico, pues lo que va a defender en 1839 será la necesidad de expandir el *principio democrático*, y no tanto los límites nacionales de los Estados Unidos como Estado-nación. Por esta razón va a ser tan importante el acto de manifestar los principios, pues el hecho de lo *manifiesto* para O'Sullivan para a ser sinónimo de *expansión* en el terreno de las ideas. Así queda reflejado en el párrafo que a mi juicio supone el punto central del argumento de este editorial:

El lejano e ilimitado futuro será la era de la grandeza americana. En su magnífico dominio del espacio y del tiempo la nación de muchas naciones está *destinada a manifestar* a la humanidad la excelencia de los principios divinos; el establecimiento en la tierra del templo más noble nunca dedicado al culto del Altísimo: lo Sagrado y lo Verdadero. Su suelo será un hemisferio, su techo

el firmamento repleto de estrellas, y su congregación una Unión de muchas Repúblicas, abarcando cientos de felices y clamorosos millones, sin ser poseídos por ningún amo humano, sino gobernados por la ley natural de Dios en igualdad, la ley de la fraternidad: de “paz y buena voluntad entre las personas”.⁹⁵¹

En este párrafo el destino no es manifiesto, sino que es del acto de manifestar ciertos principios del que se predica un destino. La diferencia es sutil, pero sustancial. Desde un punto de vista hermenéutico, en el editorial de 1845 “el cumplimiento del *Destino Manifiesto* a extenderse por el continente legado por la providencia” supone un destino a la expansión que se vuelve evidente y necesario por el hecho de su carácter manifiesto, lo que obliga a su cumplimiento. Mientras que en el editorial de 1839 América (la nación de muchas naciones) “está *destinada a manifestar* a la humanidad la excelencia de los principios divinos”. En el primer caso el destino es manifiesto, en el segundo caso el destino debe ser manifestado; tanto la función como el objetivo de América cambian en cada caso en lo referente a su destino. En 1845 el destino tiene carácter decisionista, pues su cumplimiento se realiza actuando acorde a la revelación de su carácter manifiesto. Mientras que en 1839 el destino tiene carácter elocutivo, pues su cumplimiento se realiza manifestando la excelencia de unos *principios* divinos. El elemento central en cada uno de los discursos providencialistas es también distinto: en 1845 el elemento central del discurso de O’Sullivan será un espacio geográfico, Texas, que debe ser anexionada para cumplir la misión de América, que tiene por misión ocupar todo el continente para ofrecer espacio a los múltiples millones de americanos que aparecerán en el futuro como resultado de las leyes poblacionales. Mientras que en 1839 el elemento central del discurso será el *principio democrático* (o de la igualdad), pues la misión de América será la proclamación y ejemplificación de la democracia para que, mediante su ejemplo, esta se extienda entre el resto de países, y que de esta manera los Estados Unidos se conviertan en la nación del porvenir. Estas son diferencias sutiles pero sustanciales que me llevan a considerar que no nos encontramos ante la misma formulación conceptual, pues existen entre ambos modelos divergencias de carácter discursivo, semántico y en lo referido al imaginario espaciotemporal que transmiten.

⁹⁵¹“The far-reaching, the boundless future will be the era of American greatness. In its magnificent domain of space and time, the nation of many nations is *destined to manifest* to mankind the excellence of divine principles; to establish on earth the noblest temple ever dedicated to the worship of the Most High—the Sacred and the True. Its floor shall be a hemisphere—its roof the firmament of the star-studded heavens, and its congregation an Union of many Republics, comprising hundreds of happy millions, calling, owning no man master, but governed by God’s natural and moral law of equality, the law of brotherhood—of ‘peace and good will amongst men’” Ibid., p. 427. Subrayado mío.

Aún así, también existen muchas similitudes que a mi juicio permiten concebir este intento como una proto-formulación del concepto (que no el concepto en sí). El carácter imperial de este discurso resulta evidente desde el momento en que O'Sullivan declara el dominio de los Estados Unidos sobre el tiempo y el espacio, un *Novus Ordo Seclorum*, de acuerdo con el lema del sello de los Estados Unidos. El dominio temporal es concebido a través de la noción de *experimento americano*, y supone que “El lejano e ilimitado futuro será la era de la grandeza americana”, América como nación del porvenir dominará el tiempo por la ruptura temporal producida por la Revolución americana. Su *principio* político podría ser extendido por el resto del mundo dando lugar a la transformación de los regímenes del resto de países por su democratización, llevada a cabo a imagen y semejanza de la democracia americana. Esta idea quedó posteriormente asentada en el concepto de *Destino Manifiesto* y ha llegado a sobrevivir su desaparición como concepto político y la del expansionismo como fenómeno histórico, siendo aún hoy en día una de las principales razones justificatorias para el intervencionismo imperialista estadounidense.

Por otra parte, el dominio espacial es proyectado por O'Sullivan a través de una metáfora teológica proveniente de la *religión civil*, en donde el continente americano en su conjunto es concebido como un templo dedicado a la observancia de los principios divinos: “Su suelo será un hemisferio, su techo el firmamento repleto de estrellas, y su congregación una Unión de muchas Repúblicas, abarcando cientos de felices y clamorosos millones”. En esta metáfora se describe el área geográfica de futura expansión americana llegando a abarcar todo el continente americano. La referencia al cielo estrellado es una alusión a la bandera estadounidense, pues con la expansión territorial del país se irían añadiendo más estrellas a este símbolo. Y el hecho de que la congregación esté compuesta por repúblicas y no por ciudadanos señala el compromiso de O'Sullivan con la doctrina del derecho de los Estados (popular sobre todo entre los esclavistas). Sin embargo, en este texto hay también una indirecta referencia demográfica que se materializa cuando O'Sullivan nombra a los cientos de millones de americanos gobernados por la ley moral y natural de Dios de la igualdad, lo que de alguna manera prefigura la idea que va a defender más adelante sobre la necesidad de ocupar todo el continente para dar cabida a los futuros cientos de millones de americanos.

Por lo tanto, en este editorial O'Sullivan no va a desarrollar un discurso expansionista como tal, pero en su retórica imperial sobre el futuro predominio

espaciotemporal de América quedará implícito el expansionismo como un hecho que acontecerá como resultado de la marcha imparable del progreso, corporeizado por los Estados Unidos y su *principio* democrático. Es por este motivo por el que he defendido que en este editorial O'Sullivan *espacializa* el tiempo, porque su mensaje fundamental es que los Estados Unidos, en tanto que nación del progreso, serán los dueños del futuro, y este será su área de expansión. El expansionismo geográfico será un resultado natural del expansionismo temporal, pero no supone aún el centro de atención de O'Sullivan, quien en este momento entiende como prioritario (el destino de América) proclamar (manifestar) los principios políticos de la democracia americana, misión que él mismo llevará a cabo como agente del destino a través de la *Democratic Review* en tanto que órgano de difusión cultural y política.

En los siguientes párrafos O'Sullivan explicará que, aunque este carácter misionero de América sea una verdad incontestable, en el país existirían tendencias aristocráticas que estarían subvirtiendo el progreso del destino americano. Los hombres de negocios serán señalados como promotores de causas extranjeras, y puesto que en una república las asambleas legislativas serían las escuelas de la ciudadanía adulta, la influencia del aristocratismo foráneo en la legislación, la jurisprudencia y la literatura supondrían un ejemplo negativo contrario al espíritu del país. Pero mientras que las élites intentaban aferrarse a sus antiguos privilegios, las grandes masas populares compuestas por agricultores y obreros estarían guiando al país hacia el *principio* democrático, hundiendo con su marcha el poder de las corporaciones y de las clases privilegiadas. Esta victoria de las clases populares y de la igualdad de derechos sobre el privilegio llevará a O'Sullivan a clausurar el editorial con una proclama optimista y mesiánica del futuro de América, en donde el lenguaje de la religión civil se entremezcla con una cosmovisión milenarista de corte democrático-liberal:

Debemos avanzar hacia el cumplimiento de nuestra misión: el desarrollo total del *principio* de nuestra organización: libertad de conciencia, libertad personal, libertad de comercio y empresa, universalidad en la libertad y en la igualdad. Este es nuestro alto destino, y por motivo del eterno e inevitable decreto de causas y efectos determinados por la Naturaleza lo cumpliremos. Todo esto supondrá nuestra historia futura, el establecimiento en la tierra de la dignidad moral para la salvación del hombre: la inmutable verdad y beneficencia de Dios. América ha sido elegida para esta sagrada misión, pues las naciones del mundo claman por la vigorizante luz de la verdad. Y su gran ejemplo herirá de muerte a los tiránicos reyes, a las jerarquías y oligarquías, y traerá la buena nueva de paz y buena voluntad entre las multitudes que en la actualidad malviven en una

existencia poco más envidiable que la de las bestias que habitan en los campos. ¿Quién dudará entonces que nuestro país está destinado a ser *la gran nación* del porvenir?⁹⁵²

Como se puede comprobar, una parte fundamental de la lógica discursiva, del campo semántico y de la concepción del tiempo histórico subyacente al concepto de *Destino Manifiesto* fue sistematizada en otoño de 1839, llegando a producirse incluso un morfema muy parecido al del concepto acuñado en 1845. Sin embargo, esto va a suponer solo la formulación de una de las claves fundamentales para la acuñación del concepto, la teorización de su *filosofía de la historia* que otorgará al concepto su sentido temporal. La otra clave fundamental que con el tiempo aportará al concepto su sentido espacial fue formulada unos meses antes en el editorial “The Approaching Census”, concerniente a la preparación del censo de 1840.

En el capítulo anterior hice referencia a este artículo y al interés que podía tener O’Sullivan en los censos como herramienta de política nacional, a lo que hay que añadir que la lealtad de O’Sullivan hacia Van Buren supuso un aliciente para escribir este editorial, pues Van Buren fue el encargado de dirigir en persona el anterior censo de 1830 durante la primera presidencia de Andrew Jackson, y puso asimismo un particular empeño en la elaboración del nuevo censo. Por lo tanto para O’Sullivan la promoción del censo de 1840 tenía tanto un interés personal como de propaganda política para congraciarse con su líder. En el editorial O’Sullivan fue tratando las numerosas implicaciones beneficiosas que tendría el nuevo censo para la Unión, y una de las claves argumentales del artículo tendrá como convencer a la facción esclavista del partido demócrata que la elaboración de este censo no interferiría en la soberanía y el derecho de los Estados; muy al contrario, sus datos permitirían que estos tuvieran un mejor conocimiento de su economía y población para ahondar en el autogobierno. A raíz de esta reflexión O’Sullivan se preguntará por la cifra de habitantes que arrojaría el nuevo

⁹⁵²“We must onward to the fulfilment of our mission—to the entire development of the principle of our organization—freedom of conscience, freedom of person, freedom of trade and business pursuits, universality of freedom and equality. This is our high destiny, and in nature’s eternal, inevitable decree of cause and effect we must accomplish it. All this will be our future history, to establish on earth the moral dignity and salvation of man—the immutable truth and beneficence of God. For this blessed mission to the nations of the world, which are shut out from the life-giving light of truth, has America been chosen; and her high example shall smite unto death the tyranny of kings, hierarchs, and oligarchs, and carry the glad tidings of peace and good will where myriads now endure an existence scarcely more enviable than that of beasts of the field. Who, then, can doubt that our country is destined to be the great nation of futurity?” Ibid., p. 430.

censo, y esta pregunta le condujo hasta la doctrina maltusiana y el uso de las ratios de incremento poblacional.⁹⁵³

Tomando los datos de los últimos cinco censos O’Sullivan calculó que el crecimiento promedio en los Estados Unidos era de 34% cada 10 años, lo que conduciría a que en el próximo censo la población estadounidense sería de unos 17,25 millones de habitantes sin contar la inmigración. Esta cifra por otra parte no iba muy desencaminada con los datos que ofrecería el censo cuando finalmente salió publicado un año después, ya que el número total de habitantes libres que fueron contabilizados ascendieron a 17.069.453, un número sólo ligeramente inferior al proyectado por O’Sullivan, y que seguramente sirvió para confirmar su fe en las proyecciones maltusianas. La cifra propuesta por O’Sullivan disparó su imaginación llevándole a proponer entusiasmado a sus lectores que calculasen el ritmo de crecimiento del país en un siglo, dando por hecho que su tasa de incremento se mantendría inalterada. Para visualizar su argumento publicó su primera tabla poblacional:⁹⁵⁴

1830.]	<i>Future Increase of Population.</i>				83
1850,	-	-	-	about 22,000,000	
1860,	-	-	-	- “ 28,000,000	
1870,	-	-	-	- “ 37,000,000	
1880,	-	-	-	- “ 48,000,000	
1890,	-	-	-	- “ 62,000,000	
1900,	-	-	-	- “ 81,000,000	
1910,	-	-	-	- “ 105,000,000	
1920,	-	-	-	- “ 137,000,000	
1930,	-	-	-	- “ 178,000,000	
1940,	-	-	-	- “ 231,000,000 !	

A renglón seguido O’Sullivan acompañó la tabla de un texto explicativo en donde formuló por primera vez el canon discursivo con el que vinculará el crecimiento demográfico con la necesidad nacional a la expansión territorial:

La imaginación queda sobrecogida al intentar concebir la idea de esta gloriosa expectativa. Y aún con todo, el niño que apenas ha abierto los ojos estará probablemente destinado a cerrarlos contemplando el magnífico espectáculo del ascenso de doscientos cincuenta millones de habitantes, de océano a océano, ¡arropados por el ondear de las barras y estrellas! [...] Y quién

⁹⁵³[O’Sullivan], “The Approaching Census”, pp. 77, 80-81.

⁹⁵⁴Ibíd., p. 82; *Census 1840*, p. 102.

cuestionará la probabilidad de que la ratio de incremento de nuestra población no será la que hemos asumido, pues debe serlo, a través de una indefinida serie de años que se pierden en la profundidad terrible de la imaginación, al punto de desconcertar ¡pues una ratio menor que esta ha marcado nuestro progreso hasta el momento! ¡Qué causa posible podría detenerla! Con una extensión de territorio fértil sin límites, dentro de la región del espacio terrestre más favorable para la vida humana y el desarrollo de sus facultades; [...] En este estado de cosas, repetimos ¿Qué causa posible podría detener el progresivo incremento de nuestra población a una ratio similar a la que ha sido testigo el último medio siglo?⁹⁵⁵

En estas líneas se encuentra contenido el núcleo de la retórica expansionista que marcará los editoriales donde surgirá el concepto de *Destino Manifiesto*, así como todos sus escritos que en un futuro trate sobre la temática del incremento de la población. Aquí aparece por primera vez la mención del silogismo que vinculará el hipotético incremento poblacional en el plazo de un siglo con el resultado final de doscientos cincuenta millones de habitantes, cifra fetiche que repetirá invariablemente, ya sea para el incremento de la población que acontezca desde 1840 a 1940, de 1845 a 1945 o de 1860 a 1960; veinte años después de haber escrito este editorial O'Sullivan seguirá haciendo mención a la cifra de doscientos cincuenta millones de habitantes, no porque sea el resultado de sus cálculos estadísticos (en cada momento obtendrá una cifra distinta), sino porque esta cifra supondrá para O'Sullivan un símbolo innegable del carácter manifiesto del destino de América.

El concepto sin embargo no apareció formulado en el editorial, y la única mención al destino será la del niño que probablemente vería en el momento de su muerte cómo la población se habría multiplicado hasta los doscientos cincuenta millones de habitantes. En esta predicción el destino no es manifiesto, sino probable, y no es un destino a manifestar, sino a testificar. Sin embargo O'Sullivan da la predicción como un hecho seguro, y no porque argumente que la providencia se encuentra detrás de este incremento (como sostendrá más adelante) ya que no hay menciones a su actuación en esta parte del escrito. El peso probatorio del incremento demográfico recaerá en las ratios de incremento de los cinco censos anteriores, lo que conducirá a O'Sullivan a preguntarse insistentemente sobre la existencia de alguna contratendencia que pudiera invalidar esta serie de cara al futuro. Este problema quedaría resuelto por la existencia de tierras vírgenes sobre las que los Estados Unidos podría extenderse de océano a océano. De esta manera, O'Sullivan trazará por segunda vez la vinculación

⁹⁵⁵[O'Sullivan], "The Approaching Census", pp. 83-84.

entre incremento demográfico y expansión territorial (teniendo como antecedente el editorial “The Canada Question”), siendo este el primer momento en que medie la doctrina maltusiana.

Hay una diferencia sutil pero relevante en la manera en que se conectan ambas cuestiones en 1839, y que discursivamente supondrá una diferencia con respecto a la lógica expuesta en 1845. En el editorial “The Approaching Census” O’Sullivan hizo referencia a la existencia de tierras vírgenes como prueba material que justificaría la hipótesis de que la población americana seguirá creciendo al ritmo que lo había hecho hasta ese momento. Pero en 1845 el argumento que había sido presentado con carácter probatorio será resignificado como una verdad manifiesta que implicaría la necesidad del expansionismo para dar cabida a una población cuyo incremento ya no se pondría en duda (pues el censo de 1840 había dado la razón a O’Sullivan en sus cálculos). Este tránsito de la función retórica del territorio en cada uno de los editoriales no es casual, pues en 1839 el discurso político demócrata no se centraba en justificar la necesidad de adquirir nuevas tierras, sino en reafirmar el carácter democrático del sistema político frente a los whig. En este contexto discursivo, el incremento tan acusado de la población sería interpretado como una prueba material del triunfo de la democracia, y el recurso retórico de las tierras vírgenes ejercería un papel de refuerzo argumental dentro de esta lógica discursiva. Pero en 1845 los términos del debate cambiaron, y el centro del discurso demócrata dejará de girar alrededor de la justificación de la democracia, para transitar a la necesidad de la expansión territorial como medio con el que asegurar la el futuro del sistema democrático y de América. En este nuevo contexto se produjo una inversión de la lógica discursiva, en donde la necesidad de nuevas tierras pasará de ser un refuerzo discursivo a convertirse en el centro argumental del imaginario demócrata, mientras que el recurso al incremento de población pasará a ser un elemento de refuerzo retórico que ayude a justificarlo.

Por lo tanto, lo que a mi juicio demuestra este editorial es que O’Sullivan desarrolló un interés temprano por la doctrina maltusiana en el mismo momento en que se encontraba formalizando su *filosofía de la historia*, pero con anterioridad a que interviniera en los debates expansionistas. Esto va a dar lugar a que las tesis potencialmente favorables al expansionismo que están contenidas en este artículo no darán lugar a la conclusión de favorecer la expansión territorial. Muy al contrario, la conclusión a la que va a llegar O’Sullivan como resultado de estas proyecciones demográficas será la de plantear desde otras claves la misma idea que vertebrará su

futuro editorial “The Great Nation of Futurity”: la necesidad de seguir trabajando en la implementación del *principio democrático* para demostrar al mundo sus bondades políticas. Esto queda patente en el párrafo que sucede a la explicación de la tabla demográfica:

Es en esta anticipación que encontramos la principal razón para la profunda e intensa solicitud, por la que todo amigo de la libertad y de la Unión americana debería emocionarse, por la ampliación y fuerte establecimiento de sólidos principios para poner los cimientos y erigir la gran estructura de nuestra sociedad civil y política, que alzaremos más allá de los cielos ante nuestro ojos: pues estos principios serán los adecuados para sustentar un constructo tan colosal.⁹⁵⁶

Como en la mayor parte de los editoriales de la primera etapa, el tema central que obsesionará a O’Sullivan será el desarrollo y la promoción del *principio democrático*. El incremento de la población sería una prueba más del carácter divino de estos principios y de la empresa política en la que se habían embarcado los Estados Unidos al establecer una democracia. O’Sullivan se referirá a los peligros que amenazarían esta empresa, como el poder corruptor de la especulación introducida por el sistema crediticio, o la tiranía potencial implícita en todo gobierno central fuerte. Lo que lleva a O’Sullivan a introducir las conclusiones de su escrito con la siguiente afirmación:

Si se nos preguntase si creemos posible que esta Unión pudiera mantenerse unida durante cien años más para dar cabida a una población de doscientos cincuenta millones de habitantes, extendiéndose desde el Atlántico hasta el Pacífico y de norte a sur, siguiendo el libre curso natural de su crecimiento; en caso de que la teoría de la doctrina del derecho de los estado fuera completamente aplicada y puesta en práctica con justicia, en ese caso la respuesta es que *sí*. Pero si el gobierno federal fuera administrado de la manera en que lo ha sido durante el último medio siglo, deberemos de responder sin vacilar que *no*.⁹⁵⁷

Lo interesante de esta reflexión es que ya anticipa en 1839 la deriva posterior que experimentará O’Sullivan favorable a los intereses esclavistas y del Sur. Sus amigos y compañeros de partido (salvo Tilden) pudieron quedar sorprendidos al descubrir que un prominente seguidor de Van Buren, demócrata radical de la facción *barnburner* y miembro fundador del *Free Soil Party* se hubiera convertido en 1860 en uno de los máximos propagandistas de la Confederación. Sin embargo, un análisis mesurado de

⁹⁵⁶Ibíd., p. 84.

⁹⁵⁷Ibíd., p. 84.

declaraciones como esta ofrece pistas sobre la deriva posterior de O'Sullivan. El argumento que está defendiendo en este párrafo es que la grandeza democrática y territorial de los Estados Unidos está supeditada a la defensa de la soberanía de los estados federales sobre el poder de la Unión, lo que implícitamente supone un espaldarazo a la concepción del país de la *sección* Sur y de los esclavistas. Por esta razón el desarrollo del imaginario expansionista durante la segunda etapa de O'Sullivan va ir preparándole desde la lógica interna de su teoría política a ir posicionándose a favor del Sur y de la esclavitud como parte de una deriva que tardará veinte años en completarse.

Un último argumento que hay que resaltar de este editorial es la contribución que supuso la doctrina maltusiana y las estadísticas poblacionales a la concepción de O'Sullivan sobre el carácter *manifiesto* de un fenómeno:

Es solo por medio de las estadísticas de los grandes asuntos físicos y morales que se puede realizar una aproximación práctica al complejo sistema político [americano] y probar su funcionamiento honestamente, examinar que el conjunto actúa como un armónico *e pluribus unum*, y supone además el único medio por el que el sistema puede ser realmente comprendido y sus beneficios serenos evidentes, tanto para nosotros como para otras naciones.⁹⁵⁸

Esta concepción empirista del uso de las estadísticas como medio de comprobación y demostración de las virtudes del sistema político democrático va a subyacer a la idea del *experimento americano*, que desde la tradición revolucionaria ofrecía un modelo epistemológico democrático cercano al ideal del *common sense*. Esta será una de las dos vías desde las cuales O'Sullivan concebirá el carácter *manifiesto* de los fenómenos, siendo la otra vía la planteada por la tradición religiosa de raigambre puritana que comprenderá el carácter *manifiesto* de un fenómeno como resultado de una revelación en tanto manifestación divina, así como la proclamación misionera desde la que se hace manifiesto el mensaje de dios. Esta será la perspectiva que predominará en el editorial "The Great Nation of Futurity", y que hundía sus precedentes en la tradición puritana de la *city upon a hill* del sermón de Winthrop.

El propio O'Sullivan llegó a utilizar esta metáfora figurativa puritana en el segundo editorial sobre la cuestión canadiense, publicada en el mismo número en el que apareció "The Approaching Census". En este segundo artículo O'Sullivan intervino para plantear su posición en el debate sobre la anexión de las provincias canadienses,

⁹⁵⁸Ibíd., p. 81.

explicando por qué a su juicio el caso de una hipotética anexión de Canadá no sería equivalente a la petición anexionsita de Texas. Aunque O’Sullivan no lo confesase, en este tema como en tantos otros se alineó con los intereses del Sur, pues los esclavistas no deseaban ver la incorporación de un nuevo territorio libre en la Unión que pudiera descompensar el equilibrio de poder entre Norte y Sur a favor de la primera *sección*. En este contexto, O’Sullivan defendió que aunque Canadá tuviera las mismas aspiraciones independentistas que los texanos con respecto a su metrópolis, el establecimiento de una república democrática en su territorio no sería beneficioso para la causa democrática, pues su debilidad solo conseguiría dañar esta causa a los ojos del resto del mundo: “Una gran ciudad debe ser alzada sobre una colina para que su grandeza sea más conspicua; pero la pequeña aldea que aspire a la misma elevación sólo conseguirá hacer manifiesta su insignificancia.”⁹⁵⁹

De esta manera a finales de 1839 O’Sullivan ya habría formulado las dos claves fundamentales que conformarán el núcleo fundamental del concepto de *Destino Manifiesto*. Por una parte, a través del editorial “The Great Nation of Futurity” O’Sullivan concibió una *filosofía de la historia* en donde el concepto temporal del *experimento americano* le servirá para plantear el papel de los Estados Unidos en la historia en términos mesiánicos. Pero a diferencia del discurso milenarista de la tradición cristiana, este término surgido durante la Revolución americana permitió a O’Sullivan plantear un futuro utópico americano en términos que, si en su retórica eran providencialistas, en sus referentes era estrictamente mundano. Por otra parte, por medio del editorial “The Approaching Census” O’Sullivan va a delinear los contornos de su futura retórica maltusiana, vinculando las dinámicas de crecimiento poblacional a la necesidad de una expansión territorial, pero sin llegar aún a operacionalizar este vínculo en términos geopolíticos.

Por medio de su *filosofía de la historia* O’Sullivan pudo articular una cosmovisión desde la que organizar todos los elementos de su pensamiento político y dotarles de un sentido de direccionalidad temporal, lo que a su vez le va a permitir dotar de un propósito y de un horizonte a todas sus expectativas políticas. En este sentido, el término koselleckiano de *horizontes de expectativas* va a encajar a la perfección en la lógica temporal subyacente a la *filosofía de la historia* de O’Sullivan, en la que los

⁹⁵⁹[John L. O’Sullivan], “The Canada Question: Second Article”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. V, N.º. 13, (Jan., 1839), p. 24.

conceptos de *futuro* y *progreso* serían fusionados con el binomio de *nación* y *democracia* llegando a absolutizarse como la clave de bóveda del resto de su pensamiento. Sin embargo, esta preeminencia del carácter temporal de su pensamiento va a suponer a mi juicio el principal impedimento para que O'Sullivan pueda atisbar el concepto de *Destino Manifiesto* a pesar de haber formulado la mayor parte de sus elementos teóricos y discursivos. O'Sullivan va a encontrarse cerca de acuñar el concepto, sin embargo, en ese momento de su biografía su imaginario va a carecer de las claves espaciales necesarias para traducir todo ese pensamiento en un discurso expansionista. Esto no le va a impedir visualizar un imaginario imperial para América, pero este va a ser elucubrado como una utopía futura en el continente, el resultado de la acción de los *principios* políticos y de las fuerzas históricas que estos animan, pero sin contar con una hoja de ruta específica para su materialización.

Este límite se irá disipando en el momento en que O'Sullivan intervenga en los debates expansionistas. Por el hecho de haber formulado en su etapa previa una *filosofía de la historia* y los bosquejos de una retórica maltusiana, O'Sullivan contará con una cosmovisión coherente que le permitirá desarrollar un discurso expansionista muy elaborado en el que todos los elementos teóricos de su etapa anterior irán interactuando entre sí hasta conformar el concepto de *Destino Manifiesto*.

13.3 El periodo expansionista, 1844-1846: Del discurso providencialista al concepto de *Destino Manifiesto*.

El proceso de formulación del concepto de *Destino Manifiesto* fue el resultado de la intervención de O'Sullivan en los debates expansionistas del periodo 1844-1846. En este lapso temporal el pensador *jacksoniano* adaptó su *filosofía de la historia* a un nuevo contexto discursivo, utilizando la doctrina maltusiana como el medio desde el que traducir su *filosofía de la historia* en un nuevo argumento de carácter geopolítico.

La participación de O'Sullivan en los debates expansionistas comenzó en abril de 1844 como reacción y apoyo al documento propagandista titulado *Letter of Mr. Walker of Mississippi, relative to the Annexation of Texas*, publicado en enero de ese mismo año. Los debates eran sin embargo mucho más antiguos. La disputa de los Estados Unidos e Inglaterra por Oregón databa de 1819, y tenía por origen la contienda por la isla de Nootka Sound (en la que también se vieron envueltas Rusia y España, esta última contra Inglaterra desde 1789). La disputa entre las dos potencias fue evolucionando a lo largo de los años dando lugar a un intenso debate dentro de la

sociedad norteamericana, y siendo un elemento determinante para que John Q. Adams y James Monroe elaborasen la llamada *Declaración Monroe* en 1823. Por otra parte el debate sobre la anexión de Texas comenzó desde el mismo inicio de la Revolución texana en 1835, y se dilató en el tiempo por las continuas peticiones de anexión de la república que fueron sistemáticamente ignoradas por Jackson y Van Buren. El cambio de política del presidente Tyler con respecto a la República de la estrella solitaria convirtió el tema de la anexión de Texas en un elemento central en los debates de la *opinión pública* de 1844, y marcaría la agenda de la contienda presidencial de ese mismo año. De esta forma, O’Sullivan ingresó en unos debates que llevaban mucho tiempo abiertos, pero que estaban a punto de precipitarse en una dinámica que les llevaría adquirir una preponderancia en el discurso público nacional que anteriormente no tenían.

En el capítulo 11 sobre la biografía de O’Sullivan expliqué que la carta del senador Walker fue una estratagema propagandística del presidente Tyler para poner de su parte al electorado demócrata de la *sección* Norte, que influidos por la postura adoptada por Jackson y Van Buren suponían un importante grupo de votantes indecisos sobre este asunto, y que por su peso político estaban bloqueando la resolución de este debate que contaba con fuerzas muy igualadas entre los proponentes y los opositores al expansionismo. Entre los partidarios de la anexión de Texas el grupo más importante lo conformaban los políticos y habitantes de la *Frontera* (tanto whigs como demócratas) junto a la población del Sur, especialmente los esclavistas y demócratas de esta sección. Entre los opositores a la anexión se encontraba el partido whig en general, el movimiento abolicionista y la mayor parte de los habitantes de la región de Nueva Inglaterra. El senador Walker de Mississippi, aunque representaba al Sur en el Senado, era oriundo de Filadelfia, por lo que conocía bien al electorado demócrata de la *sección* Norte, y su carta fue muy persuasiva a la hora de decantar a los votante demócratas de esa *sección* hacia la causa expansionista, argumentando que la anexión de Texas supondría un nuevo hito en el compromiso *seccional*.⁹⁶⁰

Entre el público persuadido por el panfleto de Walker se encontraba O’Sullivan. El teórico *jacksoniano* era favorable desde hacía mucho tiempo a la anexión de Texas, aunque por respeto a Van Buren se hubiera contenido en sus opiniones. Sin embargo, la carta de Walker fue concebida específicamente para convencer a los demócratas con un

⁹⁶⁰Merk, “A Safety Valve Thesis and Texan Annexation”, pp. 416-422.

perfil *jacksoniano* parecido al del editor de la *Democratic Review*, y sus argumentos les ofrecía un terreno cómodo en el que reposicionarse a través de la *política del compromiso*, pues la genialidad del alegato de Walker radicaba en que presentaba un argumento favorable a la expansión de la esclavitud en términos aparentemente abolicionistas, siendo este tipo de ambigüedades la zona de confort natural de los *jacksonianos*.⁹⁶¹

O'Sullivan reaccionó a la carta publicando una reseña en la *Democratic Review* adhiriéndose a sus postulados y dando su perspectiva sobre el asunto. Esta tendrá por título "The Texas Question", apareció en abril de 1844, y su importancia radica en que supuso el primer documento del periodo expansionista de O'Sullivan. En esta reseña el pensador *jacksoniano* influido por las tesis de Walker consiguió establecer buena parte de las posiciones que conformarían el núcleo de su pensamiento expansionista posterior. La reseña comenzaba presentando la necesidad de la anexión de Texas en la Unión a través de una metáfora científica, presentando la naturaleza de la anexión territorial como el resultado de unas leyes de atracción natural, pues de la misma manera que un trozo de hierro se veía naturalmente atraído por un imán: "Texas tarde o temprano será incluida en la Unión, hemos tenido este evento por largo tiempo (al menos desde la batalla de San Jacinto) como un hecho inevitable inscrito en el libro del hado futuro y de la necesidad". Las primeras palabras de O'Sullivan sobre esta temática fueron una metáfora física sobre una atracción natural de elementos y una referencia a la anexión de Texas como producto del hado. De esta manera, las leyes naturales y el destino van a estar desde el principio en la mente de O'Sullivan como formas de comprender la naturaleza de la anexión territorial, lo que por otra parte resulta coherente con la manera en que había definido los *principios* políticos, en tanto que leyes naturales que conducen a las naciones hacia su destino.⁹⁶²

Para O'Sullivan la anexión de Texas sería un evento inevitable al formar parte de las leyes naturales y los designios de la providencia, por esta razón lo único relevante a discutir sería el modo en que se llevaría a cabo la anexión y el tiempo que habría que esperar para que ocurriera. El editor de la *Democratic Review* posicionó la revista en un terreno que él concebía como imparcial, sin pretender la anexión de Texas para alterar el equilibrio seccional como querían los sureños, ni oponerse a ella por el mero pretexto

⁹⁶¹[O'Sullivan], "Robert J. Walker", pp.

⁹⁶²[O'Sullivan], "The Texas Question", p. 423; [O'Sullivan], "The Democratic Principle", pp. 2, 7-8; [O'Sullivan], "The Great Nation of Futurity", p. 427.

(a su juicio) de hacer de la esclavitud una cuestión de debate público, como desearían los abolicionistas. Si bien O'Sullivan podía tener esta imagen sobre su autopoicionamiento en el debate, lo cierto es que va a jugar un papel de parte en la contienda. Como miembro de la facción *barnburner* fue frecuentemente confundido como un abolicionista moderado, pero sus posiciones expansionistas fueron inequívocamente favorables a las posiciones del Sur.⁹⁶³

La mayor parte de la reseña fue dedicada a citar, sintetizar y comentar los principales argumentos del panfleto de Walker. Sin embargo, el texto cuenta con dos pasajes que van a ser importantes para el proceso de acuñación del concepto de *Destino Manifesto*, pues ambos supondrán dos ejemplos fundamentales de la transición en el pensamiento de O'Sullivan desde una retórica fundamentada en una *filosofía de la historia*, a una cosmovisión geopolítica desde la que se *espacializará* el concepto de *destino*, haciéndolo políticamente operativo.

El primer pasaje se encuentra inmediatamente después del (no) posicionamiento de O'Sullivan, y supuso un ejercicio de imaginación geopolítica sobre los límites y la naturaleza geográfica de un vasto imperio continental en América, del que Texas formaría parte como una suerte de pieza sustraída artificialmente de un área geográfica providencialmente concebida por Dios como un todo coherente. Pero Texas volvería a ser reunida dentro de su unidad natural por la acción de las fueras mismas de la naturaleza y por el avance de la *raza anglosajona*, cuyo efecto combinado obedecería los designios divinos para la fundación de una gran confederación cuyo centro estaría destinado a ser el valle del Mississippi:

El gran valle del Oeste, o del Mississippi, una magnífica región asignada por el inequívoco dedo de la Providencia para ser el centro principal y el hogar del gran imperio republicano y confederado del Oeste. A cada lado de este estarán las montañas Apalaches y el Atlántico en el este y las montañas Rocosas y el Pacífico al oeste, como los soportes laterales de un gran tronco central de población y poder. Estos serán los destacamentos y enclaves que dominarán los tributos de dos océanos, y que conectarán estos por medio de un puente flotante compuesto por un ilimitado comercio proveniente de otros continentes, de Europa y Asia. El conjunto del valle de esta región habría sido en consecuencia simétricamente concebido y adaptado para su gran destino, en la posesión de la raza enviada allí para el propósito providencial de reunirse en un sistema político único y homogéneo, esta supone una simple unidad política, tal y como se nos aparece, limitada en el norte por una cadena de mares interiores, pues llamarles lagos supone una denominación errónea, y por el sur limitando por el Golfo de México; y su unidad sólo podrá ser

⁹⁶³[O'Sullivan], "The Texas Question", pp. 423-424.

cuestionada por alguien afectado por la ceguera y la cerrazón. Texas forma parte fundamental de esta región. Es un enorme fragmento que fue artificialmente desgajado de una de sus esquinas.⁹⁶⁴

El carácter geopolítico de este texto responde de manera canónica a las características habituales de esta forma de imaginación espacial que será tan característica y preponderante durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX. El texto presenta las unidades geográficas de manera esencialista y dotadas de un carácter determinista, como piezas de un gran tablero global cuyo control posibilitaría un ejercicio imperial del poder político. Weinberg se refirió a esta forma de concebir el espacio como *predestinación geográfica*, aunque yo prefiero denominarlo como *providencialismo espacial*, ya que la doctrina calvinista de los decretos que subyace a la predestinación no juega ningún papel en esta cosmovisión. A diferencia de los discursos de la etapa anterior basados en una *filosofía de la historia*, en este nuevo modelo discursivo América como continente ya no será concebida como un espacio abstracto y sin atributos, sino que contará con distintas subunidades geográficas que jugarán cada un papel y responderá a un propósito dentro de un plan providencial superior. A esta nueva imaginación geográfica va a subyacer el viejo concepto de *diseño* de la *teología natural*, que había quedado inserto en el pensamiento romántico a través de la *episteme* organicista. De esta manera el mismo principio epistemológico que subyacía a la *filosofía de la historia* romántica es el que va a posibilitar a O'Sullivan realizar su transición hacia un imaginario geopolítico.⁹⁶⁵

La mayor diferencia en cuanto al sentido de la espacialidad de los imaginarios geopolíticos con respecto a los discursos basados en las *filosofías de la historia* consistirá en el mayor desarrollo de las hipótesis territoriales, pues en las *filosofías de la historia* el territorio era poco más que un escenario en donde habitaban las civilizaciones y sobre el que operaban las fuerzas históricas, mientras que en los imaginarios *geopolíticos* los espacios geográficos van a jugar un papel fundamental en el proceso de constitución histórica de los pueblos, y esto va a conllevar una mayor importancia en su definición y en la concepción de su carácter teleológico.

El carácter teleológico de esta forma de imaginación imperial va a seguir conservando una clave importante de carácter temporal propia de los discursos anteriores basados en el modelo de las *filosofías de la historia*, pues desde la idea providencialista de *diseño* los elementos geográficos van a ser concebidos como

⁹⁶⁴Ibíd., pp. 424-425.

⁹⁶⁵Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 52-78, 104-130; Freskone, *West of Emerson*, pp. 2-13.

espacios con una funcionalidad potencial, pero cuyo propósito no será alcanzado hasta que el pueblo elegido por Dios los ocupe y los utilice para dar forma a los diseños de la providencia. En el texto la noción de *diseño* aparece sugerida cuando O'Sullivan propone que el valle del Mississippi fue concebido simétricamente, idea que viene reforzada con la descripción en términos simétricos de las unidades territoriales que irá nombrando, a las cuales dotó de una funcionalidad específica de cara al cumplimiento del plan de Dios, que sería reunir a su raza elegida en este espacio para el desarrollo de un sistema político superior. A través de la anexión de estos territorios, los espacios geográficos anteriormente nombrados podrían cumplir con la misión para la que Dios los habría concebido. Esta idea introduce un importante carácter performativo para la agencia humana, que ya no podrá quedarse esperando a que las fuerzas del progreso marquen el devenir temporal, sino que deberá tomar parte en su propio destino corporeizando con su expansión dicho avance del progreso. De esta manera, la imaginación geopolítica va a introducir un fuerte carácter decisionista a los relatos históricos anteriores.

En su cosmovisión imperial de América O'Sullivan va a concebir un nuevo orden mundial en donde el valle del Mississippi sería el corazón de un imperio comercial y continental, y en donde el continente americano dominado por los Estados Unidos sería el centro global que articularía el comercio mundial en virtud de su doble conexión con Asia a través del Pacífico y con Europa por el Atlántico. En el texto se hace además referencia a que el valle del Mississippi estaría llamado a ser el hogar de un gran imperio confederal y republicano habitado por millones de personas, lo que vuelve a redundar en la vinculación entre aumento poblacional y expansión territorial. Será precisamente en esta reseña en donde aparecerá definida por primera vez en términos geopolíticos la hipótesis que postulaba que las ratios de incremento poblacional requerirían ser compensadas con la expansión territorial por todo el continente:

Nuestro sistema de gobierno correctamente administrado (sobre los principios de la teoría del derecho de los Estados) podrá soportar una extensión indefinida; pues no dudamos que en la plenitud del tiempo este estará destinado a abarcar dentro de su amplia extensión cada pulgada cuadrada del continente. Nuestra rápida ratio de incremento poblacional junto a ese carácter expansivo que parece ser el principio de nuestro carácter nacional, nunca permitirán que nuestra rápida multiplicación de millones [de habitantes] quede confinada dentro de nuestros límites territoriales por demasiado tiempo, mientras no exista ninguna barrera natural [que los detenga],

asegurando de esta manera la llegada de un día no muy distante en el que seremos testigos de la consumación de este proceso.⁹⁶⁶

En este párrafo queda por primera vez prefigurada la lógica argumental y discursiva que acompañará las dos primeras formulaciones del concepto de *Destino Manifiesto*. Exceptuando la mención explicitada el término, todos los demás componentes que conformarán su núcleo semántico y su concepción temporal fueron apuntados en esta reseña de abril de 1844. Toda la retórica expansionista posterior de O'Sullivan supondrá distintas aproximaciones a los argumentos presentados en los dos párrafos citados. Por este motivo considero que el concepto de *Destino Manifiesto* fue el resultado indirecto de la recepción de la *tesis de Walker* en 1844, mientras que su acuñación fue el resultado directo de la transformación de esta lógica argumental en un discurso para el debate público que entre julio y agosto de 1845 acabó por sustanciarse en el concepto anteriormente aludido.

La influencia de las *tesis de Walker* no se limitó a esta reseña, ya que en julio de 1844 O'Sullivan publicó un editorial titulado "The Re-Annexation of Texas: In its Influence on the Duration of Slavery", que fue casi una reiteración apenas original con respecto a los argumentos de Walker. Siguiendo la teorización del senador de Mississippi, O'Sullivan defendió que la anexión de Texas sería un elemento clave para terminar progresivamente con la institución de la esclavitud, pues si bien la anexión de Texas reforzaría en un principio esta práctica al añadir nuevas tierras para las plantaciones, con el tiempo esto permitiría atraer a todos los esclavos del Sur hacia este territorio, lo que acabaría por poner fin esta práctica en dichos Estados al quedar sus plantaciones vacías. Una vez las tierras se agotasen en Texas, la población negra se liberaría de la esclavitud, y en ese momento la cercanía de México, con su clima tropical y su población racialmente mixta atraerían a los negros libertos "drenando" los Estados Unidos de esta raza. Pero si Texas no fuera anexionada, la inevitable desaparición progresiva de las plantaciones por el agotamiento del suelo conduciría a que la población negra liberta se expandiera hacia el oeste, ocupando todas las tierras "reservadas" para los colonos blancos y malogrando la grandeza futura de América. De esta manera O'Sullivan (al igual que hizo Walker) consiguió presentar un argumento

⁹⁶⁶Ibíd., p. 429.

favorable a las tesis esclavistas como si fuera parte de un discurso *free-soiler* “abolicionista”.⁹⁶⁷

La diferencia más notable de este editorial con respecto a las *tesis de Walker* fue su uso de una retórica maltusiana, ausente en el panfleto del senador de Mississippi. El uso de esta retórica en el editorial tuvo dos implicaciones. En primer lugar O’Sullivan pudo profundizar en su forma de comprender la relación entre el uso de la tierra y el crecimiento poblacional, argumento que había sido también importante en Malthus para justificar la divergencia entre el crecimiento poblacional (que aumentaría en términos geométricos) con respecto a la intensificación del trabajo agrícola en la producción de medios de subsistencia (cuyo crecimiento sería en términos aritméticos). O’Sullivan no llegó a realizar esta correlación pero sí estableció una hipótesis sobre la explotación agraria y el incremento de la población, considerando que las ratios de crecimiento poblacional serían fijas, mientras que las tierras que alimentaría a esa población serían finitas y de diversa calidad. Y en las naciones jóvenes con tierras “libres” las primeras en ser ocupadas serían las más fértiles. O’Sullivan estableció además que la población negra por su naturaleza sería inferior e indolente, por lo que su capacidad de trabajo daría rendimientos agrícolas muy inferiores a los de un hombre blanco y desperdiciaría muchos más recursos. Esto le llevó a calcular la ratio de crecimiento de la población negra para los próximos años (cosa que no hizo Walker) y llegó a la conclusión de que si esa población se expandiera por el oeste ocuparía las mejores tierras, dejándolas inutilizadas y descompensado la relación entre crecimiento poblacional y producción de medios de subsistencia. Por este motivo sería imperativo anexionar Texas y concentrar allí a todos los esclavos, pues no se debía permitir que la población negra pudiera arrebatar eventualmente las tierras “vírgenes” del Oeste a los colonos blancos.⁹⁶⁸

Este editorial muestra el potencial de la retórica maltusiana para fundamentar un discurso racista al ser combinado con argumentos expansionistas. Lejos de suponer una excepción, esta perspectiva racial sobre la legitimidad de la posesión del suelo en base a la capacidad de obtener rendimientos agrícolas de él, será un argumento muy extendido en el discurso que va a articularse alrededor del concepto de *Destino Manifiesto*. Y no solo contra los negros, también contra los mexicanos y los nativos americanos. Esta perspectiva racista se encontrará también muy presente en el editorial “Annexation”,

⁹⁶⁷[John L. O’Sullivan], “The Re-Annexation of Texas: In its Influence on the Duration of Slavery”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XV, N^o. 78, (July 1844), pp. 11-16; Walker, *Letter of Mr. Walker, of Mississippi*, pp. 3, 13-25

⁹⁶⁸[O’Sullivan], “The Re-Annexation of Texas”, pp. 12-14.

fundamentando una teoría sobre la superioridad racial de los *anglosajones* y su derecho a la expansión como resultado de un vigor e impulso racial.⁹⁶⁹

No será en la *Democratic Review*, sino en el *Morning News* en donde O'Sullivan desarrollará y publicará el grueso de sus textos expansionistas. Durante la campaña presidencial de 1844 O'Sullivan y Tilden evitaron conscientemente publicar editoriales sobre la anexión de Texas, pues a pesar del impacto que habían tenido las *tesis de Walker* entre los demócratas del norte, la temática expansionista seguía siendo divisiva entre este electorado, especialmente dentro de la facción *barnburner* a la que pretendía representar el periódico. Pero tras la elección de Polk en noviembre de 1844 no hubo más razones para seguir escondiendo la posición del periódico sobre este asunto. El último discurso de Tyler sobre el estado de la Unión del 3 de diciembre de 1844 reavivó la discusión sobre la ratificación del tratado de anexión de Texas, lo que supuso el estímulo inicial que condujo a O'Sullivan a comenzar una larga serie de editoriales que finalizaría con la publicación de "Annexation" en agosto de 1845 y con "The True Title" en diciembre de ese mismo año.⁹⁷⁰

Los primeros artículos publicados en el *Morning News* sobre esta temática aparecieron entre diciembre de 1844 y enero de 1845. En ellos O'Sullivan se mostró muy crítico con Calhoun y el modo en el que había conducido las negociaciones para realizar la anexión, y criticó también el tono de su correspondencia con el embajador estadounidense en México William Shannon, pues consideraba que ambos habían actuado muy imprudentemente llevando al país a una situación de práctica guerra con México.⁹⁷¹

O'Sullivan describió a sus lectores el estado jurídico de la anexión de Texas junto a las distintas vías legales para anexionar el territorio: por una parte se podría probar a integrarla admitiéndola como un Estado siguiendo los criterios estipulados en las Ordenanzas del Noroeste, en donde el congreso podría admitir a Texas como si fuera un territorio que había transitado a un estatus de Estado, o bien continuar con la vía adoptada por la administración Tyler e integrar a Texas por vía de un tratado internacional entre dos entidades soberanas. Para O'Sullivan la segunda opción ofrecía

⁹⁶⁹Weinberg, *Destino Manifiesto*, pp. 80-103; Horsman, *Race and Manifest Destiny*, pp. 164-166, 182-191, 229-231, 237-238; [O'Sullivan], "Annexation", pp. 8-9.

⁹⁷⁰Gumerove, *The New York Morning News*, pp. 56-64.

⁹⁷¹[John L. O'Sullivan], "Our Relations with Mexico", *New York Morning News*, 9 de diciembre de 1844 y [John L. O'Sullivan], "Mr. Shannon's diplomacy and the *Morning News*", *New York Morning News*, 7 de enero de 1845.

una mejor base jurídica, y apoyó públicamente el plan del general George C. Dromgoole, que prefiguraba en su propuesta la doctrina de la *soberanía popular*, con lo que evadía de entrada asignar un estatus jurídico al nuevo Estado como libre o esclavista, dejando esta decisión en manos de un referéndum popular (que en la práctica suponía integrar a Texas como Estado esclavista).⁹⁷²

Esta posición le valió a O'Sullivan la crítica de William C. Bryant desde las páginas del *New York Evening Post*, quien le acusó de ambigüedad con respecto al asunto de la esclavitud, pidiéndole que aclarase a sus lectores lo que en verdad pensaba al respecto y afeándole su entusiasmo anexionista. O'Sullivan respondió a estas acusaciones con más ambigüedad sobre la esclavitud, reafirmando su entusiasmo expansionista y declarándose fiel a la doctrina del derecho de los Estados y al compromiso *interseccional* (su respuesta aunque evasiva suponía un espaldarazo a las posiciones esclavistas). Bryant no se contentará con las evasivas de O'Sullivan y volvió de nuevo a arremeter contra el *Morning News* (a pesar de que los dos medios eran *barnburners*), y esto obligó a O'Sullivan a volver a responder a Bryant sintetizando su propia versión de las *tesis de Walker*, e intentando convencerle de que la vía más segura para la abolición de la esclavitud pasaba por integrar a una Texas esclavista. Bryant no insistió más en el asunto y la mayor parte de los editoriales que se sucedieron después sobre la anexión de Texas se dedicaron a ofrecer una descripción detallada sobre el proceso de ratificación de la anexión en el Senado.⁹⁷³

Sin embargo, en el mes de febrero de 1845 O'Sullivan publicó dos editoriales que dejarían a un lado las controversias con otros medios para ahondar en su perspectiva expansionista a un nivel geopolítico. El primero de ellos tenía por nombre "More! More! More!" y fue publicado el 7 de febrero. En él, O'Sullivan quiso disipar cualquier duda que pudiera haber sobre sus posiciones expansionistas y el alcance del futuro imperio americano. A O'Sullivan no le bastaba con anexionar Texas, él quería "¡más, más, más!":

⁹⁷²[John L. O'Sullivan], "The Annexation Question", *New York Morning News*, 31 de diciembre de 1844 y [John L. O'Sullivan], "Annexation at this Season", *New York Morning News*, 13 de enero de 1845.

⁹⁷³Los artículos en respuesta a Bryant fueron los siguientes (en ellos se citan las posiciones de Bryant): [John L. O'Sullivan], "Anti-Texas and the Evening Post", *New York Morning News*, 20 de enero de 1845 y [John L. O'Sullivan], "Annexation: its Effects on Slavery", *New York Morning News*, 3 de febrero de 1845. Los artículos que detallan los debates sobre el proceso de anexión de Texas son los siguientes: [John L. O'Sullivan], "Texas in the Senate", *New York Morning News*, 28 de enero de 1845; [John L. O'Sullivan], "Annexation in the Senate", *New York Morning News*, 4 de febrero de 1845; [John L. O'Sullivan], "Texas is Ours", *New York Morning News*, 1 de marzo de 1845 y [John L. O'Sullivan], "Texas Safe", *New York Morning News*, 7 de julio de 1845;

¡Sí, más, más, más! Este será nuestro incesante grito, hasta que nuestro destino nacional sea colmado y ‘todo el ilimitado continente sea nuestro’. Texas, Oregón, California, Canadá, sí, todo, todo será abarcado tarde o temprano en los confines del círculo que se ensancha, no de nuestro dominio, pues no es un dominio, sino de nuestra pacífica unión de Estados libres e independientes, ligados entre ellos en una bella hermandad de constituciones comunes, una nacionalidad común, un sentimiento patriótico común, un propósito común de contribuir al gran ideal americano del libre desarrollo de la humanidad, hacia los mejores resultados a los que en su grandeza esté capacitada de alcanzar por sí misma. Para este gran destino, propósito, necesidad lo queremos todo (o lo querremos con el tiempo), y no nos conformaremos con sólo una parte. Y puesto que lo queremos, deberíamos tenerlo, tenemos que tenerlo, lo tendremos. Este es un tenue instinto, un anhelo de este gran hado, esta sublime tendencia que posee a la Democracia [partido demócrata], también conocida como el partido del *Movimiento* de este país a través de la constante extensión del territorio; pues solo este partido representa (imperfectamente de hecho, pero aún así parcialmente), el verdadero genio y espíritu de América y del destino americano.⁹⁷⁴

En este editorial O’Sullivan ya no pone frenos a sus aspiraciones expansionistas, y con un tono un tanto histriónico reclama para los Estados Unidos el conjunto del continente norteamericano. El destino es igualado a un propósito y a una necesidad, lo que supone tanto una dimensión misionera como determinista de concebir el providencialismo. El partido demócrata ya no será descrito como la institución que representaba el *principio* de la igualdad, sino que será el partido del *Movimiento* (del movimiento expansionista hacia el oeste), representante del genio, del espíritu y del destino americano. En este discurso expansionista el fundamento social del discurso *jacksoniano* se ha diluido completamente para dar paso a una cosmovisión imperial. Y como suele ocurrir en casi todas las referencias de O’Sullivan al destino, en el editorial se hace una referencia a su carácter manifiesto, pero en este caso describiéndolo como “un tenue instinto, un anhelo del hado”, de la misma manera en que O’Sullivan lo había concebido en “The Democratic Principle”.⁹⁷⁵

⁹⁷⁴“Yes, more, more, more! Will be the unresting cry, till our national destiny is fulfilled, and ‘the whole boundless continent is ours’. Texas, Oregon, California, Canada, yes, all, all, are sooner or later to be embraced within the ever widening circle –not of our *dominion*, for it is not dominion- but of our peaceful union of free and independent States, bound together in the beautiful sisterhood of a common constitution, a common nationality, a common sentiment of patriotism, a common pursuit of the great American idea of the free development of humanity to the best and highest results it may be capable of working out for itself. For this great destiny, purpose and necessity, we want –or we shall want by and by- the whole and nothing short of the whole; and wanting it, we shall have it, we must have it, we will have it. It is a dim yearning instinct of this high fate, this sublime tendency, which disposes the Democratic, or the *Movement* party of this country towards the constant extension of territory; for it is the party which alone represents –imperfectly indeed, yet still partially- the true genius and spirit of America and the American Destiny.” [John L. O’Sullivan], “More! More! More!”, *New York Morning News*, 7 de febrero de 1845.

⁹⁷⁵[O’Sullivan], “The Democratic Principle”, p. 9.

O'Sullivan continuó ahondando en su cosmovisión imperial y geopolítica por medio de la publicación de otro editorial tres días después (el 10 de febrero), en el que describió su visión de un imperio americano en el Pacífico que se realizaría a través de la anexión de Oregón, tal y como sugiere su nombre "The Oregon". En él O'Sullivan comenzó afirmando la existencia de un movimiento poblacional que estaría despejando el paso hacia el Pacífico, limpiando el *wilderness* y llevando la civilización en su marcha hacia el oeste. Este movimiento popular tendría su origen en el este, cuyo incremento poblacional habría permitido a los Estados Unidos contener a Inglaterra en el Atlántico y erigir al país en una potencia comercial. Este incremento poblacional estaría llevando a la *raza anglosajona* a encaminarse hacia el pacífico. A este incremento poblacional y a su posterior marcha O'Sullivan lo denominó la *energía democrática*. El clima salubre de Oregón dispararía el crecimiento demográfico en la región, permitiendo a la *raza anglosajona* crecer hasta llegar a los 12 millones de habitantes en el año 1885. Toda esta población permitiría crear una nueva *sección* en el Pacífico análoga al Norte y al Sur, cuyo poder comercial sería inigualable, lo que permitiría crear un nuevo Imperio en el océano Pacífico: primero conquistando las Islas Sándwich (Hawái) y desde allí lanzándose al control de la costa asiática hasta conquistar China. O'Sullivan terminó su editorial declarando que Napoleón se había equivocado al mirar hacia el este, pues el curso de la historia marchaba hacia el oeste, y la *Joven América* siguiendo su curso triunfaría allí donde Napoleón fracasó.⁹⁷⁶

La cosmovisión imperial que O'Sullivan plateó en "The Oregon" es una suerte de desarrollo de la perspectiva geopolítica que había bosquejado en "The Texas Question" publicada un año antes en la *Democratic Review*. Sin embargo, en este editorial volverán a reaparecer muchos argumentos propios de la etapa anterior dominada por un relato de *filosofía de la historia* (y la mención a Napoleón y al correcto curso de la historia en su marcha hacia el oeste resulta clara y meridiana a este respecto). Artículos como este muestran que el tránsito desde una perspectiva basada en una *filosofía de la historia* a otra de carácter geopolítico no supuso una transformación clara y abrupta en el pensamiento de O'Sullivan, sino que fue el resultado de una evolución en donde se fueron generando hibridaciones. El carácter racial de este editorial y la vinculación entre raza y crecimiento poblacional fue cobrando cada vez

⁹⁷⁶[John L. O'Sullivan], "The Oregon", *New York Morning News*, 10 de febrero de 1845.

más importancia desde que O'Sullivan leyó las *tesis de Walker*, sobre todo a partir del editorial "The Re-Annexation of Texas". En este punto se puede apreciar una ruptura con la etapa *jacksoniana* previa, pues si se comparan estos editoriales con "The Approaching Census" se podrá comprobar que en 1839 la razón subyacente para este crecimiento y expansión se encontraba en los *principios* subyacentes al sistema político, mientras que en los editoriales expansionistas del *Morning News* el argumento racial irá cobrando cada vez más fuerza como elemento explicativo del crecimiento poblacional y como justificación del expansionismo, pues O'Sullivan añadirá a su *episteme* organicista una concepción esencialista de las razas, que le permitirá plantear el expansionismo y predominio de los Estados Unidos como resultado del vigor de la raza "anglosajona".⁹⁷⁷

Con la aprobación de la anexión de Texas en el Senado a finales de febrero de 1845 O'Sullivan abandonó por un tiempo la temática expansionista hasta el mes de julio, momento en que la anexión se haría efectiva. El único editorial reseñable sobre esta temática publicado en este ínterin apareció el 24 de mayo y llevaba por título "The Popular Movement". Este editorial ha sido mayoritariamente ignorado por la mayor parte de la historiografía, con la única posible excepción de Merk, y tiene la peculiaridad de proponer con medio siglo de antelación una versión simplificada y en términos maltusianos de la tesis de *La Frontera* propuesta por Frederick Jackson Turner. En "The Popular Movement" O'Sullivan negará que el establecimiento de comunidades de colonos en los territorios del Oeste respondiera a un plan gubernamental premeditado. Según O'Sullivan este movimiento expansivo de la población americana sería el resultado de un movimiento histórico que estaría presente desde los tiempos de los *padres peregrinos* en Massachusetts. Este movimiento histórico sería una marcha perpetua hacia el Oeste abierta siempre por los pioneros, quienes se encargarían de domeñar el *wilderness* para adaptarlo a la civilización. Esta primera oleada abriría el paso a otras sucesivas de colonos que siguiendo los pasos de los pioneros irían llevando la civilización, como el constante batir de olas imparable que romperían en las costas del Pacífico. Este movimiento sería el producto de la energía y del vigor de la *raza anglosajona* que acabaría por colonizar todo México. Y si estos pioneros decidían a posteriori reunirse voluntariamente con su tierra natal, esta anexión

⁹⁷⁷[O'Sullivan], "The Approaching Census", p. 84. Como expuse previamente, en este editorial habrá un apoyo implícito a las posiciones políticas del Sur que de alguna manera hace que esta acentuación del racismo de O'Sullivan resulte coherente con sus posiciones anteriores.

no sería producto de la ambición del gobierno estadounidense, sino resultado del *movimiento popular*.⁹⁷⁸

El verano de 1845 resultó fundamental en el proceso de conceptualización del *Destino Manifiesto*, pues en el mes de julio O'Sullivan mantendría un debate con Greeley y con el editor del *Buffalo Commercial Advertisement* que le obligará a reordenar sus ideas para defender la anexión de Texas. En este proceso O'Sullivan formularía lo que a mi juicio podría considerarse como un primer "borrador" del editorial "Annexation".

La controversia se desató a raíz de las palabras con las que O'Sullivan finalizó un editorial publicado el 7 de julio, titulado "Texas Safe!". En este O'Sullivan celebró con un tono altanero que la anexión del Texas se hubiera llevado a cabo con éxito, declarando al finalizar el artículo que: "Texas, repetimos, se encuentra segura. Y ahora como suele decir el barbero '¿quién será el siguiente?' ¿Será California o Canadá?". Greeley encontró estas palabras muy desafortunadas y las citó para abrir su editorial del día siguiente en el *Tribune* titulado "The Game of Annexation Pocketing the Stakes- What are they?" (8 de julio), acusando a O'Sullivan y a otros editores demócratas del norte de hablar de "extender el área de la libertad", para luego hacerles el juego a los esclavistas. La actitud irresponsable de estos editores acabaría conduciendo a la nación hacia a un baño de sangre, cuyas consecuencias no pagarían los esclavistas, sino los esclavos fugados, los indios comanches, y los hombres libres que penetrasen en el Oeste. Greeley acusó al *Morning News* de "haber probado el sabor de la sangre y aullar en busca de más".⁹⁷⁹

Las palabras de Greeley provocaron a O'Sullivan quien respondió al día siguiente con otro editorial titulado "The Taste of Blood". La importancia de este editorial radica en que en él O'Sullivan presentará todos los elementos discursivos que aparecerán en el editorial "Annexation" y que darán lugar al concepto de *Destino Manifiesto*. El editorial de la *Democratic Review* puede considerarse como una suerte de desarrollo teórico de la lógica argumental expuesta en esta réplica a Greeley. O'Sullivan comenzó explicando que el *News* no clamaba por más sangre, y que no tenía ninguna

⁹⁷⁸[John L. O'Sullivan], "The Popular Movement", *New York Morning News*, 24 de mayo de 1845; Merk, *Manifest Destiny and Mission*, p. 22; Turner, *Rereading Frederick Jackson Turner*, pp. 31-60.

⁹⁷⁹"Texas, we repeat, is secure; and so now, as the Razor Strop Man says, 'Who is the next customer?' Shall it be California or Canada?" [O'Sullivan], "Texas Safe", *New York Morning News*, 7 de julio de 1845; "An the cautious and diplomatic *News*, the anti-Capital-Punishment *News*, has lapped blood and growls for more." [Horace Greeley], "The Game of Annexation Pocketing the Stakes- What are they?", *New York Daily Tribune*, 8 de julio de 1845.

prisa por que llegase inmediatamente la expansión territorial, pues esta de hecho acabaría llegando a pesar de la “bombástica insolencia e imbecilidad mexicana”, o por mucho que interfiriera la abusiva diplomacia inglesa y francesa pues la expansión sucedería debido a:

Nuestro destino de extendernos por toda Norteamérica por el milagroso progreso de nuestra población y poder, organizados bajo el admirable principio federativo que puede gobernar de igual manera un continente o un país, con un esqueleto que es una vasta estructura de vías de tren, y un sistema nervioso infinitamente ramificado compuesto por el telégrafo magnético; no es menos cierto que el sol sale todas las mañanas al hecho de que, día tras día, [el mundo] se maravilla cada vez más ante el crecimiento inabarcable de esta joven nación; la cual tuvo sus comienzos en el río James y en la Roca de Plymouth, para actualmente cubrir un hemisferio, y como el insaciable Oliver, aún así ‘pedir más’. Nuestra anterior ratio de incremento ha ido doblándose cada cuarto de siglo ¿Qué podrá detener esta ley? ¿Acaso la ciencia no está descubriendo cada día más y más ilimitadas mejoras con las que aumentar el confort de las personas, la duración de sus vidas y favoreciendo el incremento demográfico? Dentro de cien años, en un periodo destinado a ser contemplado por miles de ojos que apenas han visto su primera luz, podría depararnos de acuerdo con esta ley más de trescientos millones de habitantes ¡California, Canadá, sois las siguientes! [...] Será entonces en el año de nuestro señor 1945, que sus gentes no dejarán de preguntarse cómo en 1845 la sublimidad de nuestras emociones nos llevó a prorrumpir en el lenguaje elevado del barbero con la declaración ‘¿quién será el siguiente?’ ¿Será California o Canadá?’⁹⁸⁰

Como puede observarse, en este editorial O’Sullivan terminó por condensar de una manera algo tosca la *filosofía de la historia* contenida en el editorial “The Great Nation of Futurity”, articulada junto a la doctrina maltusiana expuesta por primera vez en “The Approaching Census”, y todo ello animado desde el discurso expansionista que había comenzado a formularse en el editorial “The Texas Question”, que al igual que la doctrina maltusiana, había sido desarrollado en los debates expansionistas en los que O’Sullivan participó durante la primavera y el verano de 1845. El artículo expondrá argumentos que se repetirán en el editorial “Annexation”, como la acusación de interferencia anglo-francesa en la expansión estadounidense, el menosprecio hacia los mexicanos como un pueblo intelectualmente inferior, la futura incorporación de California y Canadá, el establecimiento del arco temporal de 1845 a 1945 como el lapso en el que se cumpliría el destino de América debido al incremento exponencial de la población (cuya multiplicación se doblaría cada 25 años, la cifra de 300 millones es sin

⁹⁸⁰ [John L. O’Sullivan], “The Taste of Blood”, *New York Morning News*, 9 de julio de 1845.

embargo algo superior a los 250 que suele esgrimir en el resto de sus editoriales). También se repetirá la referencia a los neonatos que en un siglo después serían testigos de este destino demográfico (idea originada en “The Approaching Census” y que será reutilizada en “The True Title”). La metáfora organicista que presentaba el imperio americano como un cuerpo político cuyo esqueleto serían las vías del tren y su sistema nervioso las líneas telegráficas reaparecerá, aunque de manera más vaga, en el editorial “Annexation”.

La referencia como prueba del destino conduce a las ratios de incremento poblacional y a los avances de la ciencia que asegurarían el bienestar futuro de la población, su incremento y mayor longevidad, todos estos elementos combinados están surgiendo el adjetivo *manifiesto* sin llegar a nombrarlo. De hecho unos meses antes había utilizado el término manifiesto para referirse al expansionismo, pero sin llegar a vincularlo con el destino: Resulta evidente que un sentimiento general de engrandecimiento nacional ha sido manifestado con fuerza últimamente en el conjunto del cuerpo popular.” Con el editorial “The Taste of Blood” O’Sullivan se encontraba muy cerca de formular el concepto, pero iba a necesitar aún medio mes más para reconsiderar todos estos elementos y articularlos de tal manera que concebiría el concepto expansionista.⁹⁸¹

Cinco días después de escribir este editorial O’Sullivan publicará otro en el que se desdecirá de los textos que había publicado entre ocho y seis años antes en la *Democratic Review* sobre su negativa a anexionar Canadá. En su nuevo texto del 14 de julio O’Sullivan defenderá que el crecimiento demográfico de Canadá, unido a la penetración en esta región del *principio democrático*, estos dos elementos combinados provocarían la inevitable independencia de estas provincias con respecto a Inglaterra. Cuando esto sucediera los Estados Unidos estarían preparados para anexionarlas como habían hecho con Texas. Con la incorporación de las provincias canadienses en la Unión, los Estados Unidos restaurarían su poder sobre el océano Atlántico, lo que les permitiría rivalizar comercialmente con Inglaterra. De esta forma, si la anexión de Oregón era una pieza clave para crear un imperio comercial en el Pacífico, la incorporación de Canadá sería vital para formar un imperio comercial en el Atlántico.

⁹⁸¹ “It is evident that a general feeling of national aggrandizement has been strongly manifest of late in the whole body of the people”. [John L. O’Sullivan], “Extension of the Union”, *New York Morning News*, 28 de febrero de 1845.

De esta manera O'Sullivan terminó por dar cuerpo a la cosmovisión geopolítica que había ideado en el editorial de la *Democratic Review* "The Texas Question" en 1844.⁹⁸²

El 17 de julio de 1845 apareció en el *Morning News* el último texto que daría cuerpo al concepto de *Destino Manifiesto* antes de su formulación final. En el editorial "The Democratic Energy" O'Sullivan se hizo eco de un comentario que había hecho el editor del periódico *Buffalo Comercial Advertisement* sobre el texto "The Taste of Blood". El editor de esta publicación acusaba a O'Sullivan de utilizar un lenguaje frívolo para referirse a la anexión de Texas, así como de inducir en la población "vagas visiones sobre la indefinida extensión del imperio". O'Sullivan reaccionó a la crítica con condescendencia, y respondió a su adversario que si la nación se tenía que expandir deprisa era porque su población se estaba multiplicando deprisa. O'Sullivan se refirió al editor del *Buffalo Comercial* como su "nervioso vecino" y le propuso que se calmase considerando el progreso pretérito de la población, doblándose cada 25 años, y le animó a que tomase papel y lápiz para que hiciera por sí mismo los cálculos del progreso demográfico futuro, y una vez obtuviera la cifra, que le volviera a hablar sobre "frivolidad en el lenguaje". O'Sullivan terminó el texto considerando el imperio que iba a formarse en el Pacífico con la adquisición de Oregon. Este sería el resultado del destino de la Unión a extenderse por todo el continente en una "liga del amor", conectada por miles de millas de vías de ferrocarril y de líneas telegráficas, y animada por un poder invisible actuante por todo el continente, la *energía democrática*.⁹⁸³

Este último editorial no fue novedoso en sus planteamientos. En él, O'Sullivan se dedicó a repetir los mismos argumentos que llevaba tiempo exponiendo desde que comenzó a escribir su propaganda expansionista. O'Sullivan había dado con una clave discursiva que le convencía a la hora de expresar su fe en el derecho de los Estados Unidos a extenderse por todo el continente, y cumplir de esta manera con su destino, que en virtud de las ratios de incremento poblacional se mostraba manifiesto ante sus ojos.

Es difícil saber cuándo escribió concretamente O'Sullivan el editorial "Annexation". Por regla general los números de la *Democratic Review* se producían durante el mes anterior, y como en julio de 1845 no se había publicado ningún número

⁹⁸²[John L. O'Sullivan], "Canada", *New York Morning News*, 14 de julio de 1845; [O'Sullivan], "The Texas Question", p. 424.

⁹⁸³[John L. O'Sullivan], "The Democratic Energy", *New York Morning News*, 17 de julio de 1845.

por haber cambiado de casa editorial, el contenido del número 85 debió de redactarse entre junio y julio. En base a la evolución de los editoriales del *Morning News* el editorial “Annexation” debió de escribirse con posteridad a “The Taste of Blood”, pues ambos presentan unas ideas muy parecidas, pero están mejor articuladas en el editorial de la *Democratic Review*, por lo que este debió ser escrito en algún momento entre el 10 y el 31 de julio de 1845.

El editorial “Annexation” comenzaba con un llamamiento a que terminase toda oposición a la anexión de Texas, pues “su estrella y su barra” habían sido ya añadidas al “blasón común a toda la nación”, el “ala del águila” cubría ya sus “fértiles tierras”. Texas no sería por más tiempo un mero espacio geográfico, la combinación de un cierto número de costas, praderas, montañas, valles, bosques y ríos. Ya no sería por más tiempo otra nación en el mapa, un “*pays*”, pues acababa de convertirse en un cachito de “la *patrie*”. Puesto que ya era parte de los Estados Unidos, debía cesar toda oposición a su incorporación en los Estados Unidos, y por este motivo. Este cambio en su estatus público implicaba que era el momento de cambiar la manera de aproximarse a lo que representaba Texas para la Unión:⁹⁸⁴

Pues bien, si se necesitaran otras razones para justificar que ahora saquemos este problema del ingreso de Texas en la Unión de la región inferior de nuestras antiguas disensiones partidarias y lo elevemos al nivel que le corresponde, que es el de los elevados y amplios objetivos nacionales, seguramente las hallaremos, y en abundancia, en el modo en que otras naciones se han propuesto entrometerse en el asunto, interponerse entre nosotros y quienes son propiamente partes concernidas en el asunto, en un espíritu de interferencia hostil hacia nosotros, con el objetivo confeso de deformar nuestra política y perjudicar nuestro poder, limitando nuestra grandeza e impidiendo la realización de nuestro *destino manifiesto*, que es *extendernos sobre el continente que la providencia asignó para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes, que año a año se multiplican*.⁹⁸⁵

El carácter geopolítico del párrafo en que se acuñó el concepto resulta del todo evidente visto en retrospectiva. La razón por la que sería necesario volver a sacar el problema de la anexión de Texas a debate no era que hubiera que seguir discutiéndose

⁹⁸⁴[O’Sullivan], “Annexation”, p. 5.

⁹⁸⁵“Why, where other reasoning wanting, in favor of now elevating this question of the reception of Texas into the Union, out of the lower region of our past party dissensions, up to its proper level of a high and broad nationality, it surely is to be found, found abundantly, in the manner in which other nations have undertaken to intrude themselves into it, between us and the proper parties to the case, in a spirit of hostile interference against us, for the avowed object of thwarting our policy and hampering our power, limiting our greatness and checking the fulfillment of our manifest destiny to overspread the continent allotted by Providence for the free development of our yearly multiplying millions”. *Ibid.*, p. 5.

su admisión en la Unión, pues esta ya se había logrado. La anexión de Texas revelaba, es decir, volvía manifiestas dos cuestiones fundamentales. En primer lugar el destino de los Estados Unidos a extenderse por el continente que la providencia asignó para el libre desarrollo de los millones de americanos que se multiplicaban cada año. Como expresó O'Sullivan en el editorial "The Texas Question", el Estado de la Estrella Solitaria formaría parte de una unidad geográfica simétrica y perfecta que la providencia había reservado para dar cabida a los millones de futuros americanos. Pero además del destino, lo que pondría igualmente de manifiesto el caso de la anexión de Texas sería la interferencia hostil de potencias extranjeras para interponerse en la consecución del destino nacional. Por lo tanto la acuñación del concepto de *Destino Manifiesto* vino acompañado de dos imperativos geopolíticos que O'Sullivan define en términos de "objetivos nacionales": la misión providencial y *biopolítica* de asegurar un espacio vital para los millones de futuros estadounidenses que nacerían en el futuro, y por otra parte la misión de seguridad nacional de impedir que unas potencias extranjeras actuaran en el territorio americano pervirtiendo este sagrado propósito.⁹⁸⁶

O'Sullivan negará que la adquisición de Texas haya supuesto un expolio de México, pues no medió una agresión militar por su parte, tan solo una ayuda desinteresada a la parte más débil del conflicto. Dado que la población de Texas era mayoritariamente americana, y todo americano contaría con el derecho natural al autogobierno, esto les exoneraría a los texanos de cualquier lealtad que les pudiera haber vinculado a la república vecina, a la par que les otorgaba el derecho a formar parte de los Estados Unidos. Si la población texana no quería seguir siendo parte de México, esto sería culpa enteramente suya, y no de los Estados Unidos. O'Sullivan llamará a una redefinición de las fronteras mexicanas que daría lugar a la futura adquisición de California. Pero una vez se hubiera superado este escollo ambas repúblicas podrían volver a restablecer los lazos de mutua amistad y mutuo apoyo contra la intervención de cualquier potencia europea.⁹⁸⁷

Puesto que la extensión de la esclavitud había sido uno de los principales puntos de oposición a la anexión de Texas, el editor de la *Democratic Review* volverá a desempolvar la *tesis de Walker* para defender que la incorporación de este nuevo Estado esclavista no reforzaría dicha institución, pues cada nuevo Estado que surgiera de Texas vendría acompañado de un nuevo Estado libre en el norte, conservando de esta manera

⁹⁸⁶Ibíd., p. 5.

⁹⁸⁷Ibíd., p. 6.

el equilibrio *interseccional*. Por otra parte las nuevas plantaciones que surgieran en esta región atraerían a los esclavos del resto del Sur, promoviendo la desaparición de la esclavitud del resto del Sur, para finalmente acabar drenándolos con el tiempo hacia México, en donde el clima tropical y el carácter mestizo e “indolente” y “prejuicioso” de sus gentes atraería de manera natural a toda la población negra que surgiera en este Estado. Texas por lo tanto no habría sido integrada en la Unión respondiendo a los intereses esclavistas, sino que:⁹⁸⁸

Texas ha sido absorbida dentro de la Unión en la inevitable realización de la ley general que empuja a nuestra población hacia el Oeste; la conexión con respecto a la ratio de crecimiento de la población que está destinada dentro de unos cien años a aumentar nuestros números a la enorme población de *doscientos cincuenta millones* (si no más), resulta evidente y nos despeja de dudas sobre el *designio manifiesto* de la Providencia con relación a la ocupación del continente. Esta [Texas] fue disgregada de México en el curso natural de los eventos, por un proceso perfectamente legítimo por nuestra parte, y del cual no se nos puede culpar.⁹⁸⁹

En este párrafo aparece sintetizada la que es a mi juicio la clave interpretativa del editorial, y que explica el sentido conceptual del *Destino Manifiesto* en el momento de su acuñación. Según O’Sullivan, la anexión de Texas respondería a la realización inevitable de una ley general, lo que descartaría cualquier voluntad o ambición humana. O’Sullivan había planteado en estos términos toda su teoría política, primero por medio de su teoría de los *principios* cuando intentó definir el sistema político norteamericano como resultado de la acción del *principio democrático*. Más tarde a través de una *filosofía de la historia* que llevaría a los Estados Unidos a ser la nación del porvenir, otorgándole la misión de manifestar el *principio democrático* al resto del mundo. Y finalmente como la realización de la inevitable ley general que empuja a la población estadounidense hacia el Oeste. En las tres situaciones los Estados Unidos no serían responsables en la consecución de sus decisiones políticas, sino que serían herramientas de una fuerza superior que les conduciría hacia su destino. Y si la doctrina de los *principios* subyace a la *filosofía de la historia*, ésta a su vez subyacería a la doctrina

⁹⁸⁸Ibíd., p. 7.

⁹⁸⁹“Texas has been absorbed into the Union in the inevitable fulfillment of the general law which is rolling our population westward; the connexion of which with that ratio of growth in population which is destined within a hundred of years to swell our numbers to the enormous population of *two hundred and fifty millions* (if not more), is too evident to leave us in doubt of the manifest design of Providence in regard to the occupation of this continent. It was disintegrated for Mexico in the natural course of events, by a process perfectly legitimate on its own part, blameless on ours; [...]”. [O’Sullivan], “Annexation”, p. 7. Nótese que en este párrafo *Manifest Destiny* es sustituido por *manifest design*, lo que puede traducirse tanto como *designio manifiesto* como por *diseño manifiesto*, en su sentido deísta como preordenación. El subrayado en *manifest design* es mío, no de O’Sullivan.

expansionista, otorgando al expansionismo de O'Sullivan un horizonte mesiánico de carácter mundano y geopolítico.

El problema al que siempre se había enfrentado O'Sullivan era demostrar el carácter evidente de estas fuerzas trascendentales que continuamente encaminarían a los Estados Unidos hacia su destino. En este sentido, la doctrina maltusiana fue útil a la hora de dotar al destino de su carácter manifiesto, pues los censos mostraban una tendencia de crecimiento cuya progresión era difícil de negar por falta de pruebas en su contra, y un incremento poblacional significaría un mayor poder nacional, así como la necesidad de un área territorial ampliada para asegurar el buen desarrollo de la sociedad americana.

De esta manera, la necesidad territorial y la ambición imperial se presentan como un destino, que por ser manifiesto resultaría inapelable. Y esta es a mi juicio la clave del éxito del concepto. El concepto de destino apunta hacia la necesidad de un fin, pero por su naturaleza futura hace que este fin resulte desconocido, por lo tanto el destino para hacerse efectivo requiere de su desvelamiento, es decir, que se haga manifiesto. Y cuando lo necesario se vuelve evidente, entonces deviene en inapelable. A esto se le añade que la forma en que el destino se ha vuelto manifiesto es en virtud del incremento poblacional, lo que implica el deber de tomar medidas para que esa población goce de los recursos necesarios para su propia supervivencia. La manifestación del destino por lo tanto impone un deber que se justifica por el hecho de que cualquier nación está obligada a procurar a sus ciudadanos los medios para que estos realicen su porvenir. De esta manera el concepto articulará el determinismo implícito al concepto destino con el carácter inapelable de lo manifiesto, lo que le dotará de una enorme fuerza discursiva que contribuirá a la expansión de su uso.

Tras haber aclarado que la anexión de Texas no se debía al cumplimiento de las ambiciones esclavistas, sino por la actuación providencial de una ley de origen divino y naturaleza demográfica. O'Sullivan volverá sobre la institución de la esclavitud, proclamándose en una posición equidistante que ni pretendería favorecerla ni destruirla. O'Sullivan condenará que los abolicionistas hayan convertido esta temática en un debate de carácter nacional, avisando que esta era una temática peligrosa que podría acabar con la Unión. Desde sus posiciones *jacksonianas* el editor de la *Democratic Review* defenderá que la raza negra era inferior a la blanca en capacidades y atributos, y que por lo tanto no merecería ser tratada en igualdad de condiciones. Y mientras los abolicionistas se preocupaban de la esclavitud de los negros, no estarían haciendo nada

contra la esclavitud de los blancos pobres, cuyo problema sería la desigual distribución de la riqueza entre el capital, el talento y el trabajo. Frente a este problema, la esclavitud de una raza que él consideraba como inferior no sería un problema en absoluto, pues desde su perspectiva dos razas desiguales no podían convivir en igualdad en un mismo territorio sin que la superior esclavizase a la inferior.⁹⁹⁰

A este discurso racista contra la población negra le sobrevino otro contra los mexicanos, pues mientras que el primero tenía por objetivo terminar de justificar la anexión de Texas, el segundo ponía su objetivo en las próximas adquisiciones para la Unión. O'Sullivan declaró que California sería la próxima en caer en el área gravitacional de los Estados Unidos. A ello contribuiría el carácter “imbécil y distraído” de los mexicanos. Pero el verdadero motivo de su futura integración sería en virtud de que los pioneros de la raza anglosajona se encontrarían en sus fronteras, como la avanzadilla de un ejército irresistible de emigrantes anglosajones que consigo portarían sus armas, pero también todos los símbolos de la civilización: escuelas, universidades, juzgados, asambleas representativas, talleres y ayuntamientos. Y todo ello sin intervención del gobierno de los Estados Unidos, sino como resultado de unas leyes generales que responderían a la actuación espontánea de unos *principios*. Todo este discurso permitirá a interpretar la ciudadanía desde una concepción racial. El racismo como elemento definitorio de los límites de la comunidad política había sido una de las claves implícitas del pensamiento *jacksoniano*, que con la expansión territorial se volverá explícito.⁹⁹¹

Esto llevará a O'Sullivan a defender una doble teoría acerca de la legitimidad del expansionismo, en donde los Estados Unidos como país tendrían derecho a las nuevas tierras en virtud de la acción de las leyes naturales providenciales, que harían manifiesto el destino de los Estados Unidos a expandirse por todo el continente para dar cabida a su población en aumento. Pero a un nivel individual los colonos tendrían derecho a las nuevas tierras porque al seguir el dictado de su naturaleza racial vigorosa y el carácter expansivo de los *principios*, todo ello les empujaría de manera espontánea a conquistar el *wilderness* transportando en el proceso la civilización a estas tierras. Y esta acción civilizatoria les haría merecedores de poseer los nuevos territorios.⁹⁹²

⁹⁹⁰Ibid., p. 9.

⁹⁹¹ Ibid., p. 9.

⁹⁹² Ibid., p. 9.

O'Sullivan cerrará el artículo recuperando la cosmovisión geopolítica e imperial que había bosquejado en el editorial "The Texas Question" mostrando una visión mesiánica y mundana de un imperio del Atlántico y del Pacífico coronado por el valle del Mississippi como su centro. Todo el continente estaría conectado por medio de ferrocarriles y líneas de telégrafo, ofreciendo un inmenso espacio vacío y lleno de oportunidades para las futuras generaciones de americanos y a la famélica población que abarrotaría Europa, que tendría en América una tierra prometida en donde comenzar su vida desde cero.⁹⁹³

A diferencia del editorial "The Great Nation of Futurity", en "Annexation" los Estados Unidos ya no tendrían el deber de manifestar su grandeza, pues su imperio continental la haría manifiesta, al igual que a su destino. De esta manera, con el proceso de conceptualización del *Destino Manifiesto* la concepción espaciotemporal de la cosmovisión imperial americana quedó irremediamente alterada. El proceso de *especialización del tiempo* subyacente a la *filosofía de la historia* democrática elaborada por O'Sullivan fue paulatinamente sustituida por una *temporalización del espacio* propia de una perspectiva geopolítica. Y la *temporalización del espacio* se tradujo en el concepto a través de las tablas poblacionales de la doctrina maltusiana, que proyectaba a través de sus hipótesis una grandeza demográfica y política al continente americano, imponiendo a los Estados Unidos el deber de materializar dicha grandeza mediante su expansión. La particularidad de O'Sullivan como pensador político radica, en que durante el breve periodo de nueve años en los que se dedicó a teorizar sobre el futuro de América, llegó a participar de los dos paradigmas discursivos fundamentales desde los que se generarían cosmovisiones imperiales en el siglo XIX: *las filosofías de la historia* y la geopolítica. O'Sullivan fue uno de los pocos autores que contribuyó a ambas, y el concepto de *Destino Manifiesto* fue el resultado de esta hibridación. De la *filosofía de la historia* el concepto adquirió su poderosa fuerza evocadora y de la *geopolítica* la posibilidad de transmitir de manera instrumentalizable imaginarios espaciotemporales.

O'Sullivan nunca se propuso generar el concepto de *Destino Manifiesto*, pero en el editorial "Annexation" terminó por articular una cosmovisión expansionista sobre los Estados Unidos que llevaba formándose durante nueve años.

A mi juicio el editorial "Annexation" publicado en agosto de 1845 fue el documento donde se acuñó el concepto de *Destino Manifiesto*, y no solo porque fuera el

⁹⁹³Ibíd., p. 9; [O'Sullivan], "The Texas Question", pp. 423-424, 429.

escrito en donde apareció por primera vez el lexema expresado en su literalidad. La razón por la que a mi juicio este editorial originó el concepto de *Destino Manifiesto* se debe a que en este texto O'Sullivan fue finalmente capaz de expresar su hipótesis sobre el carácter manifiesto del destino expansionista de los Estados Unidos. Esta es a mi juicio la gran diferencia de este editorial con respecto a los editoriales anteriores y la clave que le permitió articular el concepto. El proceso de formación del mismo comenzó a esbozarse en 1837 cuando O'Sullivan planteó su perspectiva providencialista el manifiesto inaugural de la *Democratic Review*. En 1839 terminó por plantear las dos claves interpretativas del concepto cuando formuló su *filosofía de la historia* y el primer esbozo de su hipótesis sobre el vínculo existente entre las ratios de crecimiento poblacional con respecto a la necesidad de la expansión territorial. Las *tesis de Walker* le permitieron en 1844 replantear estos dos aspectos a partir de una nueva perspectiva geopolítica que le permitiría *espacializar* su *filosofía de la historia* planteando el carácter geográfico y expansionista de su cosmovisión imperial. Los debates expansionistas de 1845 le proveyeron del contexto discursivo en donde todas estas ideas irían evolucionando de manera dinámica en el fragor de la discusión contra otros editores. Y finalmente en la segunda quincena de julio de 1845 O'Sullivan pondría en orden todas sus ideas para dar ofrecer una perspectiva sobre el derecho de los Estados Unidos a la expansión territorial.

Este supone a mi juicio el contexto discursivo en el que se pergeñó el concepto de *Destino Manifiesto*. Tal y como he intentado demostrar, su formulación no fue intencional y premeditada, pero tampoco fue producto de una ocurrencia aislada. O'Sullivan llevaba mucho tiempo buscando la manera de expresar de manera sintética y efectiva su cosmovisión imperial, así como su fe en el futuro providencial de América. En este sentido, la aparición del concepto se explica en relación al contexto discursivo que le acompaña y que le otorga su contenido semántico de carácter político y espaciotemporal. El hecho de que O'Sullivan volviera a utilizar el concepto en diciembre de 1845 en el editorial "The True Title", repitiendo de manera sintética junto al concepto toda la lógica argumental desplegada en el editorial "Annexation" demuestra, a mi juicio, que O'Sullivan tenía una idea coherente y bien articulada sobre el contenido discursivo del concepto que había ideado. Con la recepción crítica llevada a cabo por parte del congresista Robert C. Winthrop el concepto terminó por formularse, pues dejó de ser la elucubración expansionista de un editorialista *jacksoniano* para convertirse en un concepto-doctrina clave del discurso público

norteamericano, que durante un siglo se erigiría en la máxima expresión del ideario expansionista e imperialista estadounidense.

CONCLUSIONS

I began this doctoral thesis by asking the following research question: What was **O'Sullivan's specific contribution to the shaping of the concept of *Manifest Destiny***? O'Sullivan's contribution was that he was able conceptually to translate the American expansionist aspirations by means of a spatial-temporal semantic of a deterministic nature, whose vehicular concept exhibited a high degree of credibility and mobilising potential for the standards of the era. The concept of *Manifest Destiny acquired* via the Malthusian rhetoric a plausibility difficult to achieve through other forms of providentialism based exclusively on a Protestant religious rhetoric. The exponential increase in demographic ratios was for most of the population in the mid-19th century an indisputable scientific truth, and together with the missionary perspective on American democracy (formulated emotionally via the referential frameworks of American civil religion), O'Sullivan succeeded in formulating a suggestive concept, that presented as evident (manifest) the destiny craved by a society in crisis, which projected in territorial expansion its desires to escape from its numerous social conflicts by means of an imperial outcome.

As doctrine-concept, *Manifest Destiny* belonged to a providentialist discursive tradition that conferred upon it credibility, since the American political culture accommodated a discursive canon that made it coherent and natural to consider the national and colonial experience in terms of a divine mission. This canon consisted a whole series of paradigms that succeeded one another in time in a manner neither mechanical nor genetic and which, by virtue of a complicated process of transmission and reception contributed an entire series of referential and rhetorical elements that would be important for the shaping of the concept in its specific discursive concept.

The providentialist paradigm elaborated by the Puritans had acquired its discursive forms via the doctrine of predestination, which conceived of the American continent as a scenario in which the divinity will test the chosen character of the people of God (*errand into the wilderness*), and a space where the chosen ones could demonstrate to the world the favour and glory of divinity embodied in its colonial project (*a city upon a hill*). Like *Manifest Destiny*, the doctrine of predestination sought to show the world that in America a special people was working to fulfil its destiny. But unlike the 19th-century formulation, the doctrine of Puritan predestination lacked geopolitical ambition. Its spatiality was figurative and not expansive, America was

conceived of as a scenario, a New Canaan in which to re-enact the Old Testament, and not as territorial area envisaged for perpetual expansion where a citizenry in constant growth would build a democratic empire. Puritan temporality was not expansive either, since it was conceived of as the final eschatological act before the Final Judgement; the mission in the New World sought to guarantee the transcendence of the chosen saints in the face of an imminent and apocalyptic temporal closure. In contrast with that perspective of historical closure, the ideology of progress underlying *Manifest Destiny* was based on an expansive and optimistic temporality, directed towards an indefinitely open future that was declared to be democratic and American.

Ultimately, Puritanism's most notable contribution to the providentialism underlying *Manifest Destiny* was a diffuse biblical hermeneutic, along with the idea that virtue and the right to territory would be demonstrated by regenerating the American wilderness (*errand into the wilderness*), and the need to present itself to the world as an example of divine choice (*a city upon a hill*). However, however significant these contributions, the differences between predestination and *Manifest Destiny*, both in the way they conceive of God and his providential labour, and their different spatial-temporal conception, are considerable. In fact they are two so different conceptions of providentialism that we have to rule out the possibility that the doctrine of predestination includes a germinal and undeveloped "idea" of *Manifest Destiny*. This retrospective anachronism is only sustainable from a very superficial perspective that borrows features from both providentialisms, decontextualizing them and completely distorting the concepts underlying the two moments and conceptions.

The providentialist paradigm of the American Revolution contributed to the politicisation of the notion of destiny via its republicanisation, as a consequence of the appearance of *American civil religion*. This step would prove to be fundamental for the future shaping of *Manifest Destiny*, because it would make it possible to conceive of the citizen as agent of destiny beyond the ideal of Christian holiness, and the nation as its providential receptacle without needing to depend on the eschatological reference. However, the *Founding Fathers* were divided in their conception of historical time, debating between considering the new republic in Messianic fashion as a new Rome and a new Jerusalem, the product of *translatio imperii*, or as newly coined political system, which via the *American experiment* could avoid the fatal destiny of the cycle of rise and fall of republics. The Jeffersonian vision of an *empire of freedom* claimed to be a compromise solution between both perspectives, attempting to materialise the new

Rome of the *translatio imperii* in an empire of virtuous farmers spread right across the American West, who through their civic virtue and adhesion to the principles of the American *experiment* would safeguard the republic forever.

The concept of Manifest *Destiny* owes a debt to this cosmovision, but unlike revolutionary providentialism, its commitment to the idea of progress would be much firmer, and this would result in his *philosophy of history* not seeking to make any concessions to the past, so that at no time would the American republic be conceived of as the heir to a fallen empire. The *philosophy of history* underlying Manifest *Destiny* would adopt the *translatio imperii* devoid of the *translatio studii*, in other words, rejecting the cultural heritage of past epochs and underlying the spatial and kinetic sense of this cosmovisión, where the imperial character is the result of a general law of universal history that moves the imperial centre towards the west, following the movement of the sun. This is apparent in the absolutization of the idea of the American *experiment*, which would be conceived in democratic terms as a political triumph over other historical constitutions. Unlike the Jeffersonian ideal of the empire of *freedom*, the geopolitical perspective of the concept of Manifest *Destiny* would be much more pronounced, which would bestow upon the concept an instrumental quality that would facilitate its transformation into a means of justification for governmental expansionist policies.

The 19th-century providentialism that would give birth to the concept of Manifest *Destiny* would essentially be based upon two references that enabled it to transcend the moulds of Christian historical providentialism during the 18th century: *natural theology* with its idea of design, and the religious disposition towards an emotional faith that emerged with the First *great awakening*. *Natural theology* would be redefined in the 19th century by romanticism, giving rise to an *organicist episteme* that would render the idea of *design* a regulative principle, self-contained and understood in terms of a latent providential growth within all entities and phenomena. The *Second great awakening* would lead to evangelism, and would conceive of God as a gardener who would plant the means of salvation inside each and every person, who through an emotional faith in their creator would ensure that his capacity to save could germinate and spread. Thus, in the 19th century *divine design* and emotional faith would form a systematic unity that in the romantic cosmovision would ultimately link providentialism and expansionism. This mentality would lead to a conception of the American democracy established on the east coast as the seed of a continental empire that would

follow its natural impulse and expand to the west. The Malthusian doctrine and its ratios of demographic growth would make evident and necessary this expansive destiny for the republic, since the vigorous growth of the American population would be a sign of its providential choice, and would impose upon the republic the duty of its preservation by obtaining new lands. Thus, providentialism would lead to *biopolitical* thinking, introducing into its predictions calculations of *national interest*. This destiny and national duty would take the form of wars, conquests and racial management of the population in the name of the preservation of American democracy, of its inhabitants and its brilliant future.

In this context, O'Sullivan's thinking made it possible to convert this providentialist paradigm of a romantic and organicist nature into a coherent expansionist discourse that would eventually materialise as a concept. But initially O'Sullivan's intention was not to elaborate an expansionist discourse, without codifying Jacksonian *thinking* for the defence of the *democratic principle*. It was in this discursive context that O'Sullivan formulated a *philosophy of history* according to which the *American experiment* would be on a par with the progress of the *democratic principle*, and owing to this union of elements, America would be conceived as the soil in which would be planted the seed of democracy, which with the passage of time would grow and transform the United States into the nation of the future. In this *philosophy of history* expansionism would be of a temporal nature, and not geographical, since O'Sullivan's goal was to declare that the future would be a space controlled by American democracy, which would be represented by the *Jacksonian* movement, for which he was one of the principal spokespersons.

With the expansionist debates of 1840 regarding the annexation of Texas and Oregon, O'Sullivan's providentialist discourse would change from the initial Jacksonian *claves* towards expansionist terms. The publication of and the debate over *Walker thesis* and Polk's election in 1844 were the fundamental catalysts that led O'Sullivan to begin a propaganda campaign that would last from July 1844 until July 1845, a time span during which the semantic content of the concept would take shape. Of vital importance during this process was the increasing importance of Malthusian arguments in his discourse, which demographic growth with expansionism as a result of the germination of a principle that would follow a providential design. O'Sullivan initiated via the *Morning News* a debate with other editors, particularly against Greeley and the *Tribune*, a confrontation that intensified between June and July, 1845, and this would

lead O'Sullivan to synthesise all his reasoning in the editorial "Annexation", where he first presented the concept of *Manifest Destiny*. Along with the concept appeared to a Malthusian argument that would be repeated in the editorial "The True Title" accompanying the *Manifest Destiny*, and which would present the demographic growth rates in America as indisputable evidence of both destiny and the USA's obligations to expand throughout the continent, in order to accommodate the hundreds of millions of inhabitants that providence intended to be stow upon the nation, thus realising the experiment of democratic and federative government.

These were the discursive terms in which the concept of *Manifest Destiny would* first be materialised, as neologism and doctrinal concept, and they would determine much of its subsequent evolution. The Malthusian doctrine was a crucial factor in the materialisation of the organicist providentialism that prevailed in romantic American culture, helping to transform an epistemological approach into a convincing argument the scientific appearance of which would contribute to the presentation of territorial expansion as a necessary fact. Ratios of population growth would be wielded as the definitive proof that the destiny of the USA was to expand across the entire continent, a destiny that was imposed moreover as an obligation, as from a biopolitical point of view it was the state's obligation to look after its citizens, even if this meant having to administer and annihilate those groups that from a racial and political point of view hindered the fulfilment of this "destiny". In this way, a democratic *philosophy of history* underlying O'Sullivan's providentialism became a geopolitical doctrine, since if in the *Jacksonian* era time had been spatialized to announce that the future would be the area of expansion of democracy, in the expansionist discourse of *Manifest Destiny* it was space that would be temporalised: the American continent would become an abstract space for the calculation and expansion of the Anglo-Saxon race, which in time would be called upon to occupy the continent as a consequence of its multiplication and drive.

The concept of *Manifest Destiny would* be the expression and point of intersection of a discursive unity that, by means of the latter, would combine a geopolitical project with a *philosophy of history*, since in its status as spatial-temporal concept it would be capable of synthesising the American nation's yearning for dominion as the empire of the future spread right across the American content. This concept would be one of the first imperial expressions that reconciled a geopolitical project with a *philosophy of history*. These formulations would dominate imperialist discourses during modernity, particularly in the period between 1845 and 1945. During

this century different competing nations and ideologies would establish expansionist imaginaries characterised by their justification of geopolitical practices as the result of an imperative based on a philosophy of *history*. In this time span the different nations and ideologies would conceive of themselves as expanding entities whose domination of the world would guarantee the beginning of a new era of justice and progress. This is the case of the discourse of *pax britannica*, according to which Great Britain's colonial expansionism was justified by its role as trading and civilising agent and guarantor of peace.

This discursive paradigm was also present in Nazism, which justified its territorial expansion in geopolitical terms to ensure the living space of its population (*Lebensraum*) and as a means of building a thousand-year-long empire that would achieve the pinnacle of human progress (the *Thousand-year Reich*). Communism would also develop its own expansionist discourse, its geopolitics based on a philosophy of *history*, since the internationalist proletarian revolution should spread right across the world as a result of the class struggle and the capitalist contradiction between productive forces and relations of production, contributing to the imminent collapse of capitalism in the Age of Imperialism and its replacement by a communist society without classes or state. The crisis of faith in modernity and in the ideology of progress would lead to the abandonment of these imperial paradigms of a spatial-temporal nature, of which the concept of *Manifest Destiny* was one of the first expressions.

It is my belief that this doctoral thesis has demonstrated with a minimal margin of error that O'Sullivan was the author of the concept of *Manifest Destiny*, I have described the specific process that led to the coining of the concept and I have established criteria in order to identify its specific historical nature, in order thus to differentiate it from earlier forms of providentialist discourse with which it has often been confused. For these reasons I believe I have fulfilled the objectives initially proposed, through the demonstration of the hypothesis of my research.

Throughout this dissertation I have developed a plurality of arguments which have led me to conclude that the Malthusian doctrine is the key element in understanding the appearance of *Manifest Destiny*, both in the resolution of the problem of its authorship, and in reconstructing the specific process of its coining. The Malthusian argument was always present in the texts where the concept originated, however, this went largely unnoticed in historical analyses of *Manifest Destiny*, and I

myself was slow to perceive its importance. In my opinion, the ability to resituate its centrality is related to the Gadamerian idea of the fusion of *horizons*, the reader's ability momentarily to suspend their personal prejudices and preconceptions of the age to understand part of the point of view of the author under analysis. I believe that I have succeeded in better understanding the perspective that led O'Sullivan to conceive of the concept of Manifest *Destiny*, and if I have done so, it has largely been thanks to the fact that I have implemented a methodology with which to establish my hermeneutic approach.

By dint of the theories of Pocock, Skinner Freedman and Koselleck I have been able to implement a model of analysis of discursive paradigms, of discursive contexts and of political concepts, which have helped me to dismiss prejudices and distortions inherited from historiography so as to be able to pose different kinds of questions and adopt a different viewpoint, better suited to discovering the interpretative key of my research problem. Addressing the history of American providentialism in the style of Pocock, as a history of discursive paradigms, has enabled me to establish a diachronic perspective by means of which I have been able to consider transformations of the providentialist imaginary in the long term, but respecting in turn the intellectual and discursive specificity of each period. In this fashion I think I have avoided one of the greatest anachronising and teleological dangers of the history of ideas.

By virtue of Skinner and his hypothesis on the importance of discursive contexts I have been able to integrate a synchronic perspective within my research, which has led me to question the meaning of every editorial written by O'Sullivan, his possible intention when writing, and his relationship with the broader context of the political discourse in which he finds himself. This has been fundamental in order to determine the difference between an initial period of O'Sullivan's providentialist discourse, dominated by the discursive keys of *Jacksonian* rhetoric, and a second period in which the terms of the debate changed and expansionist elements began to predominate. This paradigmatic change of discourse would generate previously absent conditions that facilitated the emergence of the concept, although the theoretical elements that would constitute the semantic core of the term had been present for some time in O'Sullivan's thinking.

Finally, having conceived of Manifest *Destiny* as a concept à la Koselleck, I have been able to ask questions that earlier historiography had not risen, eschewing transhistorical and anachronistic visions of the concept. The question vis-à-vis the

meaning of temporality and spatiality, their relationship with *Sattelzeit* and the most general transformations of language during that era; thanks to Freedon I have been able to reflect upon the conceptual morphology of the concept of *Manifest Destiny* and its inclusion in *Jacksonian* ideology as a vector that articulated the intellectual nature of the concept in reference to the social conflict of its day. Freedon's theory on conceptual morphology has also enabled me to reflect upon the nature of the concept of *Manifest Destiny*, upon the content of its semantic core, and its relationship with the content of its conceptual periphery, all of these important factors in order to understand how its discursive meaning was articulated. All of these questions were absent from previous historiography, and have been crucial in helping me to understand the historical specificity of the concept. As I pointed out in the introduction to my thesis, I do not think that my work can be classified as typical conceptual history. However, I believe that without the tools and theoretical tenets of conceptual history I would not have been able to reach these conclusions, and in view of the results obtained, I think that this work can offer new keys with which to continue exploring conceptual history.

Specifically, I consider that my thesis suggests a new way of studying neologisms as indices and linguistic factors of the social, political and cultural transformations that accompanied the advent of modernity and the appearance of capitalism during the transition from the 18th to the 19th century. Conceptual history has focused on the study of concepts whose meaning already existed in the pre-modern age, attempting to explain the change in their meaning and in their temporal semantic. Study of the process of formation of neologisms may offer a different, complementary approach to conceptual history. The appearance of a neologism usually seeks to fill a linguistic vacuum, or replace another concept that a speaker or community of speakers regard as obsolete in order to designate a new phenomenon or a situation that has changed since an earlier era. In both cases, the process behind the appearance of a neologism can act as a reference point for the study of historical transformations on the basis of linguistic changes. Given that the appearance of a neologism is never wholly arbitrary, they can be used as a sort of alternative to the Weberian *ideal type*, as it is possible to take their semantic and temporal content as a normative reference whose comparison with subsequent formulations and uses of the concept may shed light on processes linguistic-historical change.

In this sense, having unravelled the semantic core and the spatial-temporal logic underlying the concept, all of this serves as a good starting point to elaborate a

conceptual history of the use of *Manifest Destiny*, as this research contributes well-founded criteria in order to consider the transformations, permanences, uses and receptions subsequent to the original concept.

Although I conceived of my hermeneutic method as a heuristic strategy by means of which to understand and specifically explain the emergence of the concept of *Manifest Destiny*, I believe that my thesis also furnishes elements for a wider reflection on multiple problems of the historicity of thinking; on the complexity underlying the tension that exists between change and intellectual permanence, camouflaged, altered and measured by canonic processes of transmission and reception; on the problem that I have called *the two bodies of the intellectual* and the study of the production of political thought, addressing the interaction and unyielding plurality of the different ways in which thinkers can present themselves; on the need to find a way of materialising hermeneutic sensibility as a way of constructing our historical vision, without seeking thus to embrace the ideal of the positivist method, but without falling into a vaporous exercise of academic mysticism, whose principal virtuality is that of establishing a mere declaration of epistemological principles.

I do not believe in the existence of universal formulae that on the basis of a method function as a sort of master key with which to open the doors of human knowledge. I have developed this thesis via the hypothesis that all research stems from the search for the specific keys of its subject matter with which to be able to discuss and, when applicable, challenge previous academic consensuses. This possibly one of the few universalisable axioms of my research, which without claiming to provide a normative reference, seeks to offer a reflection on the path towards the comprehension of a highly studied concept, and which paradoxically was the work of an author whose intellectual status was largely ignored.

The final conclusion with which I would like to end this work is that the interest in studying O'Sullivan lies in the fact that he forces us to reconsider our normative preconceptions with regard to what should be the author's *function*. O'Sullivan was never successful in order to be included in the great canon of political thinking, but this has not prevented his intellectual contribution from exercising an enormous influence on American history and on the imperialist cosmovision of the country. The study of his specific contribution to the shaping of the concept of *Manifest Destiny* has enabled me to explore a path towards understanding certain kinds of authors for whom we barely have a satisfactory study methodology, as the fact that they did not develop exceptional

thinking, and achieved little recognition as thinkers, all led to their contributions being underappreciated. However, in the case in question it was precisely this lack of ambition to be recognised as a great author that made it possible for O’Sullivan to become the spokesperson of his age, as far from hoping that his thinking would stand out from established consensuses, O’Sullivan strove to represent these consensuses he was able to made his ideas hegemonic in his own times. We still possess few analytical tools with which to address the study of intellectuals of this ilk, and the driving force represented by the great thinkers of the philosophical canon will continue to attract the bulk of academic attention. However, I hope that this thesis has served to present a forgotten chapter in the history of thinking, and help to raise as many research questions as those that the subject of my thesis has asked of me in the course of these years.

Bibliografía

Colecciones de archivo:

- Bryant-Godwin Collection, New York Public Library.
- Samuel J. Tilden Papers, New York Public Library.
- National Archives*, Departamento de Estado, “Despachos de Portugal”.

Prensa: (Medio y números consultados por orden alfabético. Se excluyen de esta lista aquellos números escritos por O’Sullivan, que tienen su propio apartado bibliográfico)

- *Chester Chronicle*, 6 de febrero de 1846.
- *Cork Examiner*, 7 de junio de 1844.
- *Diario del gobierno de la República Mexicana*, 26 de enero de 1846.
- *The Daily News*, 7 de febrero de 1857.
- *Georgetown Metropolitan*, 11 de julio de 1835.
- *London Evening Standard*, 28 de febrero de 1846; 3 de junio de 1844.
- *Newry Examiner and Louth Advertiser*, 7 de febrero de 1846.
- *Newry Telegraph*, 6 de junio de 1844.
- *New-York Daily Tribune*, 24 de noviembre de 1845.
- *Pall Mall Gazette*, 3 de Julio de 1872.
- *The New York Herald* del 20 de diciembre de 1845; 2 de febrero de 1846.
- *New York Morning News*, 26 de febrero de 1846.
- *New York Times*, 8 de marzo de 1852; 10 de marzo de 1852; 11 de marzo de 1852; 13 de marzo de 1852; 15 de marzo de 1852; 15 de marzo de 1852; 16 de marzo de 1852; 17 de marzo de 1852; 18 de marzo de 1852; 19 de marzo de 1852; 20 de marzo de 1852; 22 de marzo de 1852; 23 de marzo de 1852; 27 de marzo de 1895.
- *Stateman and Dublin Christina Record*, 4 de junio de 1844.
- *The Charlotte Democrat*, 29 de abril de 1881.

- The Daily Phoenix*, 27 de febrero de 1874.
- The Daily Union* del 2 de octubre de 1845.
- The Evening Chronicle*, 4 de febrero de 1846.
- The Evening Telegraph and Star*, 27 de Julio de 1888.
- The Lake Charles Eco*, 1 de marzo de 1879.
- The Liverpool Mail*, 18 de octubre de 1845.
- The Madisonian*, 30 de Agosto de 1842.
- Vindicator*, 7 de febrero de 1846.
- Wexford Conservative*, 8 de junio de 1844.

Legislación y documentos administrativos:

- Catologue of Columbia College, in the city of New-York; Embracing the Names of the Trustees, Officers and Graduates; Together with a List of all Academical Honours Confereed by the Institution from A. D. 1758 to A. D. 1836, Inclusive (Nueva York: Columbia College, 1836.*
- Journal of the House of Representatives of the Eleventh General Assembly of the State of Illinois, December 3, 1838. Vandalia: William Walters Public Preinters, 1838.*
- John L. O’Sullivan, *Concurrent Resolutions Offered by Mr. O’Sullivan, on the subject of War*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. V, No. 145-195 [No.154], (26 de febrero de 1841).
- John L. O’Sullivan, *Report on the Subject of Capital Punishment*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. VI, No. 145-195 [No. 249], (14 de abril de 1841).
- John L. O’Sullivan, Report of the Minority of the Select Committee on the bill entitled “An Act Relating to Licensing Retailer of Intoxicating Liquors”, Documents of the*

Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. VII, No. 257-305 [No. 294], (19 de mayo de 1841).

--John L. O'Sullivan, *Report of the Select Committee consisting of the delegation from the city of New-York, on the bill entitled «An act to improve and extend the benefits of common school education in the City of New-York», Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Fourth Session 1841, Vol. VII, No. 257-305 [No. 296], (22 de mayo de 1841).*

--John L. O'Sullivan y Townseed, *Report of the Select Committee on the subject of the modification of the usury laws, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Four Session, 1841, Vol. VII, No. 257-305 [No. 302], (25 de mayo de 1841).*

--*Official List of the Members of Assembly, Elected in November, 1841, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. I, No. 1-15 [No. 3], (Enero de 1842).*

--*Standing Committees of the House of Assembly, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. I, No. 1-15 [No. 8], (8 de enero de 1842).*

--John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on the Memorial and Bill Respecting Criminal Courts of the City and County of New-York, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. II, No. 16-49 [No. 30], (26 de enero de 1842).*

--John L. O'Sullivan, *Report in Part of the Committee on the Judiciary, in Relation to the Administration of Justice, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. V, No. 80-130 [No. 81], (2 de marzo de 1842).*

--John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on Petition for Repeal of the Laws for the Compulsory Collection of Debts on Contract, Documents of the*

Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. VII, No. 132-199 [No. 178], (9 de abril de 1842).

--John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on Sundry Petitions for the Passage of a Law to Protect the Sanctity of the Grave*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. VII, No. 132-199 [No. 186], (12 de abril de 1842).

--John L. O'Sullivan, *Report of the Committee on the Judiciary, on the Petitions to Extend and Protect the Rights of Property of Married Women*, Documents of the Assembly of the State of New-York, Sixty-Five Session, 1842, Vol. VII, No. 132-199 [No. 189], (12 de abril de 1842).

-*Journal of the House of Representatives of the State of Indiana, during the Twenty-Eight Session of the General Assembly*. Indianapolis: Dowling and Cole state printers, 1843.

-*Congressional Globe, First Season of the 29th Congress*, (Washington: Blair and Rives, 1846).

-*Report of a Committee of the Trustees of Columbia College Appointed to Consider and Report on the Subjects of the Removal of the College, a Change in the Collegiate Course, the Establishment of a University System, & C.* Nueva York: Hall Clayton & Co., 1854.

-*Report of a Committee of the Trustees of Columbia College Appointed to Inquire into the Condition of the Institution, and to Consider such Measures as might be Judge Expedient to Increase its Efficiency and Usefulness*. Nueva York: John W. Amerman., 1858.

Fuentes Primarias (O'Sullivan)

[O'Sullivan, John L.], "Prospectus", *Georgetown Metropolitan.*, 11 de julio de 1835.

-- *Georgetown Metropolitan*, 15 de julio de 1835.

-- *Georgetown Metropolitan* 29 de julio de 1835.

--*Georgetown Metropolitan*, 5 de agosto de 1835.

- *Georgetown Metropolitan* 30 de octubre de 1835.
- *Georgetown Metropolitan* 11 de diciembre de 1835.
- “Colonization and Abolition”, *Georgetown Metropolitan*, 22 de agosto de 1835.
- “Abolition and Colonization No. 2”, *Georgetown Metropolitan*, 26 de agosto de 1835.
- “Abolition and Colonization”, *Georgetown Metropolitan*, 5 de octubre de 1835.
- “France”, *Georgetown Metropolitan*, 5 de septiembre de 1835.
- “Introduction. The Democratic Principle: The Importance of its Assertion, and Application to our Political System and Literature”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N° 1, (Oct. 1837 to March 1838), pp. 1-12.
- “European Views of American Democracy: M. de Tocqueville”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N° 1, (Oct. 1837 to March 1838), pp. 91-107.
- “The Moral of the Crisis”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N° 1, (Oct. 1837 to March 1838), pp. 108-122.
- “The Canada Question”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N° 2, (January 1838), pp. 205-220.
- “Claims of the Beautiful Arts”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 1, N° 2, (January 1838), pp. 253-268.
- "Postscript: The first Volume of the Democratic Review", en *The United States magazine and Democratic Review*, Vol. 1, No.4, (March. 1838), pp. 509-510.

- "Postscript: The Second Volume of the Democratic Review", *The United States magazine and Democratic Review*, Vol. 2, No. 8, (July. 1838), pp. 437-438.
- "European Views of American Democracy: No. II", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. II, N° 8, (July, 1838), pp. 337-356.
- "Political Tolerance", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. III, N° 9, (Sept., 1838), pp. 58-65.
- "The Canada Question: Second Article", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. V, N° 13, (Jan., 1839), pp. 8-29.
- "The Approaching Census" *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. V, N° 13, (Jan., 1839), pp. 77-85.
- "The Great Nation of Futurity", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 6, N. 23, (Nov., 1839), pp. 426-430.
- "Democracy", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. VII, N° 27, (March 1840), pp. 215-229.
- "Political Portraits with Pen and Pencil: No. XXX, Alexander. H. Everett", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 10, N° 47, (May, 1842), pp. 460-478.
- "The Exchequer Project" *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 10, N° 67, (May, 1842), pp. 501-510.
- "The Texas Question", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XIV, No. 70, (April 1844), pp. 423-429.
- "The Re-Annexation of Texas: In its Influence on the Duration of Slavery", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XV, N° 78, (July 1844), pp. 11-16

- “Our Indian Policy”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XIV, N°. 68, (July, 1844), pp. 169-184.
- “Our Relations with Mexico”, *New York Morning News*, 9 de diciembre de 1844.
- “The Annexation Question”, *New York Morning News*, 31 de diciembre de 1844.
- “Mr. Shannon’s diplomacy and the *Morning News*”, *New York Morning News*, 7 de enero de 1845.
- “Annexation at this Season”, *New York Morning News*, 13 de enero de 1845.
- “Robert J. Walker”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XVI, No. 85, (Feb. 1845), pp. 157-164.
- “Anti-Texas and the Evening Post”, *New York Morning News*, 20 de enero de 1845.
- “Texas in the Senate”, *New York Morning News*, 28 de enero de 1845.
- “Annexation: its Effects on Slavery”, *New York Morning News*, 3 de febrero de 1845.
- “Annexation in the Senate”, *New York Morning News*, 4 de febrero de 1845.
- “More! More! More!”, *New York Morning News*, 7 de febrero de 1845.
- “The Oregon”, *New York Morning News*, 10 de febrero de 1845.
- “Extension of the Union”, *New York Morning News*, 28 de febrero de 1845.
- “Texas is Ours”, *New York Morning News*, 1 de marzo de 1845.

- “The Popular Movement”, *New York Morning News*, 24 de mayo de 1845.
- “Bureau of Statics” *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, N°. 81, (March, 1845), pp. 291-303.
- “Editorial Note”, en [O’Sullivan, Mary], “Poor Esteer, the Jewess: a Reminiscence of Morocco”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, N°. 82, (April, 1845), p. 320.
- “Negro Sufragge in 1821”, *New York Morning News*, 7 de junio de 1845.
- “War”, *New York Morning News*, 13 de junio de 1845.
- “Texas Safe”, *New York Morning News*, 7 de julio de 1845.
- “The Taste of Blood”, *New York Morning News*, 9 de julio de 1845.
- “Canada”, *New York Morning News*, 14 de julio de 1845.
- “The Democratic Energy”, *New York Morning News*, 17 de julio de 1845.
- “Mexico and War”, *New York Morning News*, 19 de julio de 1845.
- “The Spirit of Nativism”, *New York Morning News*, 29 de Julio de 1845.
- “The Statue of Jackson”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, N°. 85, (July-August, 1845), pp. 3-4.
- “Annexation”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, N°. 85, (July-August, 1845), pp. 5-10.
- “Defence vs. Offence”, *New York Morning News*, 20 de agosto de 1845.
- “War Spirit”, *New York Morning News*, 23 de agosto de 1845.
- “War Commander”, *New York Morning News*, 26 de agosto de 1845.
- “Mexican War”, *New York Morning News*, 28 de agosto de 1845.

--“Political Patronage”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XVII, No. 87, (Sept. 1845), pp. 163-172.

--“Editorial Note” en Alexander H. Everett y George Tucker, “The Malthusian Theory: Discussed in a Correspondence between Alex. H. Everett, and Prof. Geo. Tucker, of the University of Virginia”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, N°. 88, (October, 1845), p. 297

--“The True Title”, *New York Morning News*, 27 de diciembre de 1845.

--“An Essay on Barnburning”, *The New York Morning News*, 29 de diciembre de 1845.

--“The Duty of the North on the Nebraska Question”, *The Daily Union*, 10 de marzo de 1854.

--*La question de la papauté envisagée sous un point de vue nouveau*. Paris : E. Dentú, 1860.

--*Union Disunion and Reunion: A Letter to General Franklin Pierce*. Londres: Richard Bentley, 1862.

Fuentes Primarias

About, Edmond. *La Nouvelle Carte D'Europe*. Paris: E. Dentu, Libraire-Éditeur, 1860.

Aristóteles, *Poética*. Madrid: Aguilar, 1979.

-- *Política*. Madrid: Gredos, 2000.

[Anónimo], “The Course of Civilization”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 6, N°. 22, (Sept. 1839), pp. 208-217.

[Anónimo], “Medical Miscelany”, *The Boston Medical and Surgical Journal*, Vol. XXVII, No. 1, (August 10, 1842), p. 143.

[Anónimo]. “A Protest of Fourierism Against the Democratic Review”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 11, N°. 54, (December 1842), pp. 646-648.

[Anónimo], “The Legal Wrongs of Women”, *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XIV, N°. 61, (May, 1844), pp. 169-176.

[Anónimo], “International Law: the Better Way”, *Harpers Weekly Magazine: a Journal of Civilization*, Vol. XVIII, No. 933, (November, 1874), p. 942.

[Anónimo], *The International Law Association: Reports of the First Conference Held at Brussels 1873 and of the Second Conference Held at Geneva 1874*. Londres: West, Newman and Co., 1903.

Armory Thomas C. y Burke, Bernard. *Materials for a History of the Family of John Sullivan of Berwick, New England, and of the O’Sullivans of Ardea, Ireland*. Cambridge: John Wilson and Son, 1893.

Bancroft, George. *History of the United States from the Discovery of the America to the Restoration of the Stuart*. Boston: Charles Bowen, 1834.

--*The Necessity, the Reality, and the Promise of the Progress of the Human Race: Oration Delivered Before the New York Historical Society* (Nueva York: New York Historical Society, 1854.

Berkeley, George. “Verses on the Prospect of Planting Arts and Learning in America” en Alexander Campbell (ed.), *The Works of George Berkley Vol. III* Oxford: The Clarendon Press, 1871, pp. 231-235.

Bible. *The Holy Bible, an Exact Reprint Page for Page of the Authorized Version Published in the Year MDCXL*. Oxford: Oxford University Press, 1833.

Biblia. *La biblia de Jerusalén en letra grande*. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2003.

Calvino, Juan. *Institutes of Christian Religion, V. I.* Edinburgo: Calvin Translation Society, 1845.

Bronwson, Orestes. "Remarks on Universal History", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. XII, N°. 59, (May 1843), pp. 457-474.

Byrdsall, Fitzwilliam. *The History of the Loco-foco Party or Equal Rights Party: Its Movements, Conventions and Proceedings with Short Characteristic Sketches of its Prominent Men.* Nueva York: Clement y Packard, 1842.

-- *Institutes of Christian Religion, V. II.* Edinburgo: Calvin Translation Society, 1845.

[Cazneau, Jane] Montgomery, C. "The Presidents of Texas" *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, N°. 81, (March, 1845), pp. 282-291.

[Cazneau, Jane] Montgomery, Corinne. *Texas and Her Presidents: With a Glance of her Climate and Agricultural Capabilities.* Nueva York: E. Winchester, New World Press, 1845.

[Cazneau, Jane] Montgomery, Cora. *Eagle Pass; or, Life on the Border.* Nueva York: George P. Putman & Co., 1952.

Cochin, Augustin. *The Results of Slavery.* Boston: Walker, Wise and Co., 1863.

Conde, José Antonio. *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábicas. Volumen I.* Madrid: Imprenta que fue de García, 1820.

Dallas, George M. *A Series of Letters from London written During the Years 1856, '57, '58, '59 and '60.* Filadelfia: J. B. Lippincott & Co., 1860.

Danforth, Samuel y Royster, Paul (ed.), "A Brief Recognition of New-Englands Errand into the Wilderness: An Online Electronic Text Edition" (1670). *Faculty Publications, UNL Libraries.* 35, <https://digitalcommons.unl.edu/libraryscience/35>.

De Ariza, Juan. *Los dos reyes: novela histórica*. Madrid: L. González y compañía editores, 1845.

De Cervantes, Miguel. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia Española, 2015.

Douglass, Ephraim A. *The Power of Ideals in American History*. New haven: Yale University Press, 1913.

Duffy, Charles G. "Thomas Davis, the Memoirs of an Irish Patriot. 1840-1846. Chapter IV", *The Nation*, (April 11, 1891), pp. 87-170.

Duyckinck, Evert A. "On writing for magazines" *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 16, Nº. 88, (May 1845), pp. 455-460.

Elcher, David J. "Introduction" en *The Civil War in Books: an Analytical Bibliography*. Urbana: University of Illinois Press, 1995, pp. XIX-XIV.

Emmons, Nathaniel (ed.), *The Cambridge Platform of Church Discipline, adopted in 1648 and The Confession of Faith, adopted in 1680. To which is prefixed a Platform of Ecclesiastical Government*. Boston: Congregational board of publication, 1855.

Everett, Alexander H. *New Ideas on Population; with Remarks on the Theories of Malthus and Godwin*. Londres: John Miller, 1823.

--"Contemporary Spanish Poetry", *The United States magazine and Democratic Review*, Vol. 14, No.70, (Apr., 1844), pp. 395-409.

Everett, Alexander H. y Tucker, George. "The Malthusian Theory: Discussed in a Correspondence Between Alex. H. Everett, and Prof. Geo. Tucker, of the University of Virginia", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 17, Nº. 90, (December, 1845), pp. 297-310.

Fiske, John. *American Political Ideas Viewed from the Standpoint of Universal History: Three lectures delivered at the Royal Institution of Great Britain in May 1880*. Nueva York: Harper and Brothers, 1885.

[Follen, Charles], "Peace and War", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. V, No. 15, (March, 1839), pp. 288-308.

Francis, John W. *An Address Delivered on the Anniversary of the Philolexian Society of Columbia College, May 15, 1831*. Nueva York: G. & C. & H. Carvill, 1831.

Franklin, Benjamin. *Observations Concerning the Increase of Mankind, Peopling and Countries*. Filadelfia: S. Kneeland, 1755.

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad. Edición conmemorativa Real Academia Española, Asociación de academias de la lengua española*. Madrid: Alfaguara, 2007.

[Greeley, Horace], "The Game of Annexation Pocketing the Stakes- What are they?", *New York Daily Tribune*, 8 de julio de 1845.

--"Free suffrage: the Morning News", *New-York Daily Tribune*, 23 de marzo de 1846.

Griswold, William M. *Passages from the correspondence and other papers of Rufus W. Griswold*. Cambridge: W. M. Griswold, 1898.

Hawthorne, Julian. *Hawthorne and his Circle*. Nueva York: Harper & Brothers, 1903.

Hawthorne, Nathaniel y Bixby, William K. (ed.), *Love Letters of Nathaniel Hawthorne*. Chicago: Society of the Dofobs, 1907.

Hegel, George W. F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Tecnos, 2017.

Hume, David. *Diálogos sobre la religión natural*. Madrid: Alianza editorial, 1999.

Jefferson, Thomas. *Notes on the State of Virginia*. Filadelfia: Prichard and Hall, 1788.

Jefferson, Thomas y Foley, John P. (ed.), *The Jeffersonian Cyclopedia: A Comprehensive Collection of the Views of Thomas Jefferson*. Nueva York: Funk and Wagnalls Co., 1900.

Jones, William A. "Literary Phisicians", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 13, Nº. 66, (December 1843), pp. 595-607.

--"Criticism in America", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. 15, Nº. 65, (September 1844), pp. 241-249.

Leggett, William. *A Collection of the Political Writings of William Legget selected and Arranged with a Preface by Theodore Sedgwick, Jr. Vol. 1*. New York: Taylor & Dodd, 1840.

Lincoln, Abraham y Basler, Roy P. (ed.), "Second Lecture on Discoveries and Inventions" en *Collected Works of Abraham Lincoln. Volume 3*. Ann Arbor: University of Michigan Digital Library Production Services, 2001, pp. 357-363.

[Madison, James], "The Federalist, No.X" en *The Constitution of the United States of America and Selected Writings of the Founding Fathers*. Nueva York: Barnes & Noble, 2012, pp. 286-292.

Malthus, Thomas R. *Ensayo sobre el principio de la población*. Madrid: Establecimiento literario y tipográfico de D. Lucas Gonzalez y Compañía, 1846.

McVickar, William A. *The Life of the Reverend John McVickar S.T.D.: Professor of Moral and Intellectual Philosophy, Belles Letters, Political Economy and the Evidences in Columbia College* (Nueva York: Hourd and Houghton, 1872).

Miles, James B. *The Association for the Reform and Codification of the Law of Nations: a Brief Sketch of its Formation*. París: E. Brière, 1875.

Polibio, *Historia: libros V-XV*. Madrid: Editorial Gredos, 2000

Powers, Harry H. "The War as a Suggestion of Manifest Destiny", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 12 (Sep.,1898), pp.173-192.

--"The Ethics of Expansion", *International Journal of Ethics*, Vol. 10, Nº. 3 (Apr., 1900).

--*The Things Men Fight for: with some Application to Present Condition in Europe*. Nueva York: The Macmillan Company, 1916.

-- *America among the Nations*. Nueva York: The Macmillan Company, 1917

--*The Great Peace*. Nueva York: The Macmillan Company, 1918.

Rousseau, Jean J. *El contrato social*. Madrid:Tecnos, 2009.

Schouler, James. *History of the United States of America Under the Constitution, Vol. IV. 1831-1847*. Nueva York: Dodd, Mead & Company, 1889.

Sumner, George. "The Present Condition of Greece", *The United States Magazine and Democratic Review*, Vol. VIII, No. 33, (Sept., 1840), pp. 204-226.

[Sumner, George] y Edward Stanwood (Ed.), "Letters of George Sumner, 1837-1844", *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, Third Series, Vol. 46 (Oct.,1912 - Jun., 1913).

Thoreau, Henry D. *The Correspondence of Henry David Thoreau* edited by Walter Harding and Carl Bode. New York: New York University Press, 1958.

--*Desobediencia Civil* Mexico DF: Producciones Entretiempos, 2017.

U. S. Department of State Bureau of Public Affairs, *The Great Seal of the United States*. Darby: Diane Publishing, 1986.

Walker, Robert J. *Letter of Mr. Walker, of Mississippi, Relative to the Annexation of Texas: In Reply To the Call of the People of Carroll County, Kentucky, to Communicate his Views on that Subject.* Washington: The Globe, 1844

Walker, Williston (ed.). *The Creeds and Platforms of Congregationalism.* Nueva York: Charles Scribner's and Sons, 1893.

Washington, George. "The First Inaugural Speech" en Washington, George y Allen William B. *George Washington: a Collection.* Indianápolis: Liberty Found, 1988, pp. 460-467.

Winthrop, John. "A Modell of Christian Charity" en Perry Miller and Thomas H. Johnson (eds.), *The Puritans: a Source Book of their Writings. Vol. 1: History, the Theory of the State and Society, This World and the Next.* Nueva York: Harper Torchbook, 1965, pp. 195-199.

Zorrilla, José. *La gran comedia de el caballo del rey Don Sancho* Madrid: Imprenta de Repullés, 1843.

Bibliografía secundaria

Abrams, Brian. *Party like a President: True Tales of Inebriation, Lechery and Mischief from the Oval Office.* Nueva York: Workman Publishing, 2015

Ackerman, Bruce. "The Living Constitution, Lecture Three: The Conversation between Generations", *Harvard Law Review*, Vol. 120, N. 7, (May, 2007), pp. 1793-1812.

--*We the People I: Fundamentos de la historia constitucional estadounidense.*

Madrid: Traficantes de Sueños, 2015.

Addinall, Peter. *Philosophy and Biblical Interpretation: A Study in Nineteenth Century Conflict.* Cambridge Mass.: Cambridge University Press, 2009.

Agamben, Giorgio. *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Editorial Pre-textos, 1998.

Agnew, John. *Geopolitics: Re-visioning World Politics*. Nueva York: Routledge, 2003.

Agnew, John and Corbridge, Stuart. *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*. Nueva York: Routledge, 2003

Allen, Thomas M. *A Republic in Time: Temporality & Social Imagination in Nineteenth Century America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2008.

Appleby, Joyce. *Liberalism and Republicanism in Historical Imagination*. Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1992.

Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo. Vol. 2 Imperialismo*. Madrid: Alianza editorial, 1987.

Armitage, David. "Tres conceptos de historia atlántica", *Revista de Occidente*, N° 281, (Oct. 2004), pp. 7-28.

Assmann, Jan. *Egipto: historia de un sentido*. Madrid: Abada Editores, 2005.

--*Historia y mito en el mundo antiguo: los orígenes de la cultura en Egipto, Israel y Grecia*. Madrid: Gredos, 2011.

--"Redefinición del concepto de 'teología política'", *Poder y salvación: teología y política en el antiguo Egipto, Israel y Europa*. Madrid: Abada editores, 2015, pp. 11-32.

--*Religio Duplex: misterios egipcios e ilustración europea*. Madrid: Akal, 2017.

Augé, Marc. *Los "no lugares" espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa, 2000.

Banning, Lance. *The Jeffersonian Persuasion: Evolution of a Party Ideology*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.

Bargdill, Richard W. "Fate and Destiny: some Historical Distinctions between the Concepts", *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology*. Vol. 26, (2006), pp. 205-220.

Barthes, Roland. "La muerte del autor". En *Susurros del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*, 75-83. Barcelona: Paidós Ibérica, 1987.

Bailyn, Bernard. *The Ideological Origins of the American Revolution*. Cambridge Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, 1992.

Beard, Charles & Beard, Mary. *The Rise of American Civilization*. Nueva York: The Macmillan Company, 1930.

Behrendt, Stephen C. "The Romantic Reader" en Wu, Duncan. *A Companion to Romanticism*. Malden: Blackwell Publishing, 1999, pp. 99-108.

Bell, Kimberly K. "Translatio" and the Constructs of a Roman Nation in Virgil's "Aeneid", *Rocky Mountain Review*, Vol. 62, No. 1 (Spring, 2008), pp. 11-24.

Bellah, Robert N. *The Broken Covenant: American Civil Religion in Time of Trial*. Nueva York: The Seabury Press, 1975.

--"Civil Religion in America", *Daedalus*, Vol. 117, No. 3, (summer, 1988), pp. 97-118.

Beltrán Llavador, Fernando. "Introducción" en William Bradford *De la plantación de Plymouth (selección)*. León: Universidad de León, Secretariado de publicaciones, 1994.

Bénichou, Paul. *La coronación del escritor 1750-1830: ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

--*El tiempo de los profetas: doctrinas de la época romántica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.

Benjamin, Walter y H. A. Murena (ed.), “Destino y carácter” en *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2010, pp. 181-190.

Bercovitch, Scavan. *The Puritan Origins of the American Self*. New Haven: Yale University Press, 1975.

--*The Rites of Assent: Transformations in the Symbolic construction of America*. Nueva York: Routledge, 2013.

Berger, Raoul. *Government by Judiciary: The Transformation of the Fourteenth Amendment*. Indianapolis: Liberty Found, 1997.

Berkhof, Louis. *Systematic Theology*. Louisville: GLH Publishing, 2017.

Best, Stephen y Marcus, Sharon. “Surface Reading: an Introduction”, *Representations*, N° 108, (Fall, 2009), pp. 1-21.

Blau, Joseph L. *Social Theories of Jacksonian Democracy: Representative Writings of the Period 1825-1850*. Indianapolis: Hackett Publishing Company, 2003.

Bloch, Marc. *La sociedad feudal, V. I: la formación de los vínculos de dependencia*. Mexico: Unión tipográfica de editorial hispanoamericana, 1958.

--*Introducción a la historia*. México: Fondo de cultura económica, 1965.

Bloom, Harold. *The Western Canon: The Books and Schools of the Ages*. Nueva York: Harcourt Brace & Company, 1994.

Blum, John M. “A Celebration of Frederick Merk (1887-1977)”, *Virginia Quarterly Review*, Issue: Summer 1978, <http://www.vqronline.org/essay/celebration-frederick-merk-1887-1977>.

Blumenberg, Hans. *La legitimación de la edad moderna*. Valencia: Editorial Pre-textos, 2008.

Böecher, O. “Desierto” en Lothar Cohen, Erich Beyreuther y Hans Bietenhard, *Diccionario teológico del nuevo testamento, Vol. II*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1990, pp. 27-30.

Bogue, Allan G. “Frederick Jackson Turner Reconsidered”, *The History Teacher*, Vol. 27, No. 2, (Feb., 1994), pp. 195-221.

Boller, Paul F. *Not so!: Popular Myths About America from Columbus to Clinton*. Nueva York: Oxford University Press, 1995.

Boorstin, Daniel J. *The Genius of American Politics*. Chicago: University of Chicago Press, 1967.

Borden, Morton. “Some Notes on Horace Greeley, Charles Dana and Karl Marx”, *Journalism Quarterly*, Vol. 34, No. 4, (Dec., 1957), pp. 457-465.

Bosch, Aurora. *Historia de Estados Unidos 1776-1945*. Barcelona: Editorial Crítica, 2010.

Bourdieu, Pierre. “Espacio social y espacio simbólico”, en *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1997.

-- *Poder, derecho y clase social*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.

--“Cultural Reproduction and Social Reproduction” en Brown, Richard. *Knowledge, Education and Social Reproduction*. Nueva York: Routledge, 2018, pp. 71-112.

Bremer, Francis J. *The Puritan Experiment: New England Society from Bradford to Edwards*. Hanover Mass.: University Press of New England, 1995.

Brest, Paul. “The Misconceived Quest for Original Understanding”, *Boston University Law Review*, 204-236 (Jan. 1989), pp. 204-238.

Brookling, Richard W. “The American Spelling Reform Movement”, *Verbatim: the Language Quarterly*, vol. XXVII, No. 4, (Autumn, 2002), pp. 1-7.

Brown, David S. *Richard Hofstadter: An intellectual Biography*. Chicago: Chicago University Press, 2006.

Burdick, Anne; Drucker, Johanna; Lunenfeld, Peter; Pressner, Todd y Schnapp, Jeffrey. "Humanities to Digital Humanities" en *Digital_Humanities*. Cambridge: MIT Press, 2012, pp. 4-26.

Burke, Martin J. "Conceptual History in the United States: a Missing 'National Project'", *Contributions to the History of Concepts*, No. 2, Vol. 1, (Oct. 2005), pp. 127-145.

--"An Intellectual Redescription: Revisiting Kari Palonen's Quentin Skinner" en Claudia Wiesner, Evgeny Roshchin y Marie-Christine Boilard (eds.), *In Debate with Kari Palonen: Concepts, Politics, Histories* (Baden-Baden: Nomos, 2015), pp. 25-31.

Butler, Jon. *Awash in a Sea of Faith: Christianizing the American People*. Cambridge Mass.: Cambridge University Press, 1990.

Butler LaRocca, Shirley. *That Quixotic Lady: the Story of a Remarkable Lady that History Failed to Remember!* Nueva York: iUniverse Inc., 2008.

Butts, Francis T. "The Myth of Perry Miller", *The American Historical Review*, Vol. 87, No. 3 (Jun., 1982), pp. 665-694.

Cañizares-Esguerra, Jorge. *Católicos y puritanos en la colonización de América*. Madrid: Marcial Pons, 2008.

Capellán, Gonzalo y Campos, María Victoria. "Opinión Pública" en Cantavella, Juan y Serrano, José Francisco. *Enciclopedia de la comunicación*. Madrid: CEU Ediciones, 2011, pp. 561-585.

Caplan, Harry. "The Four Senses of Scriptural Interpretation and the Mediaeval Theory of Preaching", *Speculum*, Vol. 4, No. 3 (Jul., 1929), pp. 282-290.

Carlisle, Rodney P. & Golson, J. Geoffrey (ed.). *Manifest Destiny and the Expansion of America*. Santa Barbara: ABC Clio, 2007.

Casanova, José V. *Genealogías de la secularización*. Barcelona: Anthropos, 2012

Castoriadis, Cornelius. “Antropogenia en esquilo y autocreación del hombre en Sófocles” en *Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 13-33.

Chaffin, Tom. “‘Sons of Washington’: Narciso López, Filibustering, and U.S. Nationalism, 1848-1851”, *Journal of the Early Republic*, Vol. 15, No. 1 (Spring, 1995), pp. 79-108.

Chiodo, John J. “Teaching about Manifest Destiny: Clarifying the Concept”, *Social Studies*, No. 91, (2000).

Clavero Salvador, Bartolomé. “El cambio político a examen clásico: de la diarquía jurisdiccional a la monocracia constitucional” en Miguel Artola Gallego (hom.) *Antiguo régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid/Alianza editorial, 1994, pp. 127-136.

Cleary, Catherine B. “Married Women's Property Rights in Wisconsin, 1846-1872”, *The Wisconsin Magazine of History*, Vol. 78, No. 2 (Winter, 1994-1995), pp. 110-137.

Cocks, Edmond. “The Malthusian Theory in Pre-Civil War America: An Original Relation to the Universe”, *Population Studies*, Vol. 20, No. 3 (Mar., 1967), pp. 343-363.

Collingwood, Robin G. “Nature and Aims of Philosophy of History”, *Proceedings of the Aristotelian Society; New Series*, Vol. 25 (1924 - 1925), pp. 151-171.

Collins, Randall. *The Sociology of Philosophies: A Global Theory of Intellectual Change*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

Constant, Benjamin. *Sobre el espíritu de conquista. Sobre la libertad en los antiguos y en los modernos*. Madrid: Tecnos, 2002.

Cothrum, Dallas. "Review", *The Southwestern Historical Quarterly*, Vol. 106, No. 1 (Jul., 2002), pp. 144-145.

Cowing, Cedric B. "Review", *Journal of the Early Republic*, Vol. 22, No. 3 (autumn, 2002), pp. 537-539

Cullen, Jim. *The American Dream: A Short History of an Idea that Shape the Nation*. Oxford: Oxford University Press, 2003.

Cuñado, Robustiano Antón. *Vida de la RDA. Madre Adelaida de Santa Teresa: Fundadora del convento de religiosas carmelitas de la valla de Grajal de Campos*. Salamanca: Imprenta de Calatrava, 1900.

Daniels, Bruce C. *The New England Nation: The Country the Puritans Built*. Nueva York: Palgrave MacMillian, 2012.

Darnton, Robert. *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Madrid: Fondo de Cultura Económica/Turner Publicaciones, 2003.

Degler, Carl N. "The Locofocos: Urban 'Agrarians'", *The Journal of Economic History*, Vol. 16, No. 3 (Sep., 1956), pp. 322-333.

--"¿Eran 'puritanos' los puritanos?" en *Historiade Estados Unidos. La formación de una potencia 1600-1860* (Barcelona: Ariel, 1986), pp. 29-41.

Delbanco, Andrew. *The Puritan Ordeal*. Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1989.

Derridá, Jacques. *Seminario la bestia y el soberano I (2001-2002)*. Buenos Aires, Editorial manantial, 2010.

Dion, Leon. "Natural Law and Manifest Destiny in the Era of the American Revolution", *The Canadian Journal of Economics and Political Science/ Revue canadienne d'Economie et de Science politique*, Vol. 23, No. 2 (May, 1957), pp. 227-247.

Dobson, James E. "Can an Algorithm be Disturbed? Machine Learning, Intrinsic Criticism and the Digital Humanities", *College Literature: a Journal of Critical Literary Studies*, No. 42, Vol. 4, (Fall, 2015), pp. 543-564.

Duque, Félix y Rocco, Valerio. *Filosofía del imperio*. Madrid: Abada 2010

Dworkin, Ronald. "Coment" en Amy Goodman (ed.), *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 1997), pp. 115-127.

Emery, Edwin. *El periodismo en los Estados Unidos*. México: Editorial F. Trillas, 1966.

Eaton, Ralph M. "Social Fatalism", *The Philosophical Review*, Vol. 30, No. 4 (Jul., 1921), pp. 380-392.

Eisinger, Chester E. "The Influence of Natural Rights and Physiocratic Doctrines on American Agrarian Thought during the Revolutionary Period", *Agricultural History*, Vol. 21, No. 1 (Jan., 1947), pp. 13-23.

Escobar, Ángel. "El palimpsesto grecolatino como fenómeno literario y textual: una introducción" en *El palimpsesto grecolatino como fenómeno literario y textual*, ed. por Ángel Escobar. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", 2006, pp. 11-34.

Etcheson, Nichole. "Review", *The Journal of Southern History*, Vol. 68, No. 4 (Nov., 2002), pp. 943-944.

Federici, Silvia. *Caliban y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2010.

Fernández Sebastián, Javier. "Iberconceptos: hacia una historia trasnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano", *Isegoría: revista de filosofía moral y política*, N° 37, (julio-diciembre, 2007), pp. 165-175.

--"Tradiciones electivas: cambio, tradición y ruptura en la historia intelectual"

Almanack, n° 7 (2014), pp. 5-26.

--“From patriotism to liberalism: Political concepts in revolution” en Muñoz-Basols, Javier; Lonsdale, Laura y Delgado, Manuel. *The Routledge Companion to Iberian Studies*. Nueva York: Routledge, 2017, pp. 305-318.

Fernández-Villaverde, Jesús, Magna Carta, the Rule of Law, and the Limits on Government (October 15, 2015). PIER Working Paper No. 15-035. Available at SSRN: <https://ssrn.com/abstract=2676184> or <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2676184>

Ferré, Frederick. “Design Argument” en Philipp P. Wiener (ed.), *Dictionary of the History of Ideas: Studies of Selected History of Ideas, Vol. I*. Nueva York: Charles Scribner’s Sons, 1973, pp. 670-677.

Floud, Roderick. *Métodos cuantitativos para historiadores*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1968.

--“Qué es un autor”, *Littoral*, nº 9 (junio 1983): pp. 51-82.

-- Michel Foucault, *Genealogía del racismo*. La Plata: Caronte ensayos, 1996

Freedon, Michael. *Ideologies and Political Theory: a Conceptual Approach*. Oxford: Oxford University Press, 1996.

--*Ideología: una breve introducción*. Santander: Ediciones Universidad Cantabria, 2013

Frioux, Dalibor. “Présentation” en *De la démocratie en Amérique*, de Alexis de Tocqueville. Rosny Cedex: Bréal, 2002, pp. 11-60.

Fowler, Alastair. “Genre and the Literary Cannon”, *New Literary History*, Vol. 11, No. 1, Anniversary Issue: II (Autumn, 1979), pp. 97-119.

Gadamer, Hans-George. *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones sígueme, 1999.

--*El giro hermenéutico*. Madrid: Catedra, 1998

Geiger, Roger L. *The History of American Higher Education: Learning and Culture from the Founding to the World War II*. Princeton: Princeton University Press, 2015.

Genett, Gerard. *Palimpsestos: la literatura en segundo grado*. Barcelona: Taurus, 1989.

Genovese, Eugene. *The Political Economy of Slavery: Studies in the Economy and Society of the Slave South*. Nueva York: Random House, 1965.

Gliozzo, Charles A. "The Philosophes and Religion: Intellectual Origins of the Dechristianization Movement in the French Revolution", *Church History*, Vol. 40, No. 3 (Sep., 1971), pp. 273-283.

Graebner, Norman A. *Empire of the Pacific: a Study in American Continental Expansion*. Nueva York: The Ronald Press Company, 1955.

Granville, Robert. *Lopez Expeditions to Cuba: 1848-1851*. Princeton: Princeton University Press, 1915.

Greaves, Richard L. "The Puritan-Nonconformist Tradition in England, 1560-1700: Historiographical Reflections", *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, Vol. 17, No. 4 (Winter, 1985), pp. 449-486.

Griffin, Megan J. "Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878", *Legacy*, Vol. 27, No. 2 (2010), pp. 416-432.

Goetzmann, William H. *Exploration and Empire: the Explorer and the Scientist in the Winning of the American West*. Austin: Texas State Historical Association, 2000.

-- *When the Eagle Screamed: the Romantic Horizon in American Expansionism 1800-1860*. Norman: University of Oklahoma Press, 2000.

Goldsten, Andrew y Underwood, Ted. "The Quite Transformation of Literary Studies: What Thirteen Thousand Scholars Could Tell Us", *New Literary History*, Vol. 45, N. 3, (Summer, 2014), pp. 359-384.

González Ortiz, María Cristina. “Juan Antonio Ortega y Medina”, *UNAM, nuestros maestros. Tomo II*. México DF: Editorial de la Universidad Autónoma de México, 1992, pp. 23-28.

Greenberg, Amy S. *Manifest Manhood and Antebellum American Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005

--*Manifest Destiny and American Territorial Expansion: a Brief History with Documents*. Boston: Bedford/St. Martin, 2011.

--*Manifest Destiny and American Territorial Expansion: a Brief History with Documents*. Boston: Bedford/St. Martin, 2017.

Grubb, F. W. “Growth of Literacy in Colonial America: Longitudinal Patterns, Economic Models, and the Direction of Future Research”, *Social Science History*, Vol. 14, No. 4 (winter, 1990), pp. 451-482.

Guardia, Carmen de la. “La conquista de la ciudadanía política en los Estados Unidos” en Pérez Ledesma, Manuel (Ed.), *Ciudadanía y democracia*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2000, pp. 72-100.

--“Historia atlántica. Un debate historiográfico en Estados Unidos”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 36, (2010), pp.151-159.

--*Historia de los Estados Unidos*. Madrid: Sílex, 2012.

Guldi, Jo y Armitage, David. “Grandes cuestiones; big data” en *Manifiesto por la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2016, pp. 163-211.

Hacking, Ian. “Nineteenth Century Cracks in the Concept of Determinism”, *Journal of the History of Ideas*, Vol. 44, No. 3 (Jul. - Sep., 1983), pp. 455-475.

Guyatt, Nicholas. *Providence and the Invention of the United States, 1607-1876*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.

Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores, 2011.

Hammer, Dean C. "The Puritans as Founders: The Quest for Identity in Early Whig Rhetoric" *Religion and American Culture: A Journal of Interpretation*, Vol. 6, No. 2 (Summer, 1996), pp. 161-194.

Harneker, Marta "Base y superestructura" en *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005, pp. 95-101.

Hartnett, Stephen J. "O'Sullivan and Cheever's Death Penalty Debate of 1843 and "The Great Merciless Machine of Modernity" en *Executing Democracy: Capital Punishment and the Making of America, Vol II. 1835-1843* (East Lansing: Michigan State University Press, 2012), pp. 129-209.

Harris, Sheldon H. "John L. O'Sullivan Serves the Confederacy", *Civil War History*, Vol. 10, N. 3, (September 1964), pp. 275-290.

Hartz, Louis. *The Liberal Tradition in America*. Orlando: Harcourt Inc., 1992.

Harvey, Louis-Georges y Lamonde, Yvan. "Origines et formes diverses du 'destin manifeste' dans les Amériques: les Papineau et la *United State Magazine and Democratic Review* de Washington et New York", *Les Cahiers des dix*, N. 67, (2013), pp. 25-73.

Hegel, George W. F. y Stewart, Jon (ed.). *Miscellaneous Writings*. Evanston: Northwestern University Press, 2002.

Herbert Palmer, George. "Preface" en George Herbert *The English Works of George Herbert edited by. George Herbert Palmer*. Houghton Mifflin and Company: Boston, 1905, pp. XI-XX.

Higham, John. "Changing Paradigms: The Collapse of Consensus History", *the Journal of American History*, Vol. 76, N. 2 (Sept. 1989), pp. 460-466.

Hill, Christopher. *El mundo trastornado: el ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*. Madrid: Siglo XXI España editores, 1983.

Hobsbawm, Eric. "Introducción: La invención de la tradición" en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*. Barcelona: Editorial Crítica, 2002.

Hodges, Richard E. "A Short History of Spelling Reform in the United States", *The Phi Delta Kappan*, Vol. 45, No. 7 (Apr., 1964), pp. 330-332.

Hodgson, Dennis. "Malthus' Essay on Population and the American Debate over Slavery", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 51, No. 4 (Oct., 2009), pp. 742-770.

Hoff, Dereck S. *The State and the Stork: the Population Debate and Policy Making in US History*. Chicago: The University of Chicago Press, 2012.

Hoffmeir, James K. *Ancient Israel in Sinai: The Evidence for Authenticity of the Wilderness tradition*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

Hofstadter, Richard. "Parrington and the Jeffersonian Tradition", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 2, No. 4 (Oct., 1941), pp. 391-392, 400; Kraus & Joyce, *The Writing of American History*, pp. 391-400.

--*La tradición política norteamericana y los hombres que la forjaron*.
Barcelona: Seix Barral, 1966.

--"Conflict and Consensus in the American History" en *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington* (Nueva York: Random House, 1970), pp. 437-466.

Holmes, David I. "Authorship Attribution", *Computers and the Humanities*, Vol. 28, No. 2 (Apr., 1994), pp. 87-106.

- Holscher, Lucian. *El descubrimiento del futuro*. Madrid: Siglo XXI España, 2014.
- Horsman, Reginald. *Race and Manifest Destiny*. Cambridge: Harvard University Press, 1981.
- Howe, Daniel W. "The Evangelical Movement and Political Culture in the North During the Second Party System", *The Journal of American History*, Vol. 77, No. 4 (Mar., 1991), pp. 1216-1239.
- Hudson, Linda S. *Mistress of Manifest Destiny: a Biography of Jane McManus Storm Cazneau, 1807-1878*. Austin: Texas State Historical Association, 2001.
- Huntington, Samuel P. *American Politics: the Promise of Disharmony*. Cambridge Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, 1981.
- ¿Quiénes somos?: los desafíos a la identidad nacional estadounidense. Barcelona: Paidós, 2004.
- Hutson, Reeve. "The Parties and 'The People': The New York Anti-Rent Wars and the Contours of Jacksonian Politics", *Journal of the Early Republic*, Vol. 20, No. 2 (Summer, 2000), pp. 241-271.
- Le Goff, Jacques. *La civilización del occidente medieval*. Barcelona: Paidós, 1999.
- LeFevre, Tate A. "Settler Colonialism", *Oxford Bibliographies* <http://www.oxfordbibliographies.com/view/document/obo-9780199766567/obo-9780199766567-0125.xml>. consultado el 18/03/2018.
- Jacobs, Paul y Krienke, H. "Providencia" en Lothar Cohen, Erich Beyreuther y Hans Bietenhard, *Diccionario teológico del nuevo testamento, Vol. III*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1993, pp. 428-434.
- Jauss, Hans-Robert. "Literary History as a Challenge to Literary Theory" en *Toward a Aesthetic of Reception*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005, pp. 7-37.

Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gil Editorial, 2011.

Kalu, Ogbu U. "Bishops and Puritans in Early Jacobean England: A Perspective on Methodology", *Church History*, Vol. 45, No. 4 (Dec., 1976), pp. 489-489.

Kantorowicz, Ernest H. *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval*. Madrid: Akal, 2012.

Karlsen, Carol F. *The Devil in the Shape of a Woman: Witchcraft in Colonial New England*. Nueva York: W.W. Norton & Company, 1998.

Kendrick, Gregory. "Red in Tooth and Claw: The Villain as Nature" en *Villany in Western Europe: Historical Archetypes of Danger, Disorder and Death*. Jefferson NC: McFarland & Co., 2016, pp. 11-32.

Kirschenbaum, Matthew G. "What Is Digital Humanities and What's It Doing in English Departments?" en *ADE Bulletin*, Number 150 (2010), pp. 1-7.

Koselleck, Reinhart. *Crítica y crisis del mundo burgués*. Madrid: Ediciones Rialp, 1965.

--*Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.

-- *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós, 2001.

--"Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", *Revista Anthropos: huellas del conocimiento*, N° 223, (2009), pp. 92-103.

--*Historia/historia*. Madrid: Editorial Trotta, 2010.

--*Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta, 2012.

Koselleck, Reinhart y Gadamer, Hans-George. *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós ICE/UAB, 1997.

Koselleck, Reinhart; Fernández Sebastián, Javier y Fuentes, Juan Francisco. "Historia conceptual, memoria e identidad: Entrevista a Reinhart Koselleck I" en *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid* No. 111 (Mar., 2006), pp. 19-22.

--"Historia conceptual, memoria e identidad: Entrevista a Reinhart Koselleck II" en *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid* No. 112 (Apr., 2006), pp. 6-10.

Kramnick, Isaac. "Republicanism Revisited: The Case of James Burgh" en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.), *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias*. Worcester: American Antiquarian Society, 1992, pp. 81-98.

Kraus, Michael & Joyce, Davis D. *The Writing of American History, revised edition*. Norman: University of Oklahoma Press, 1985.

Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.

Kurunmäki, Jussi & Marjanen, Jani. "A rhetorical view of isms: an introduction", *Journal of Political Ideologies*, Vol. 23, No. 3 (Sept. 2018), pp. 241-255.

Lakoff, George. *Moral Politics: How Liberals and Conservative Think*. Chicago: The University of Chicago Press, 2002.

-- *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político*. Madrid: Editorial Complutense, 2007.

Lambert, Frank. "'Pedlar in Divinity': George Whitefield and the Great Awakening, 1737-1745", *The Journal of American History*, Vol. 77, No. 3 (Dec., 1990), pp. 812-837.

Laslett, Peter. "Introduction" en John Locke, *Two Treatises of Government*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003, pp. 3-16.

Lee, Won W. "The Concept of Wilderness in the Pentateuch" en Kenneth E. Pomykala, *Israel in the Wilderness: Interpretations of the Biblical Narratives in Jewish and Christian Traditions*. Leiden: Brill, 2008, pp. 1-17.

Levinson, Sanford. "The Constitution" in American Civil Religion", *The Supreme Court Review*, Vol. 1979 (1979), pp. 123-151.

Lewy, David W. "Foreword" en *Main Currents in American Thought, volume I: the Colonial Mind, 1620-1800*. Norman: University of Oklahoma Press, 1987, pp. VII-XIII.

Lichtheim, George. *El imperialismo*. Barcelona: Altaya, 1997.

Lipset, Seymour. *American Exceptionalism: A Double-Edge Sword*. Nueva York: W.W. Norton & Company, 1996.

Losurdo, Domenico. *Contra Historia del Liberalismo*. Madrid: El viejo topo, 2007.

Lovejoy, Arthur O. *La gran cadena del ser: historia de una idea*. Barcelona: Icaria editorial, 1983

--"The historiography of ideas", *Essays in the History of Ideas*. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1948), pp. 1-13.

Lowenthal, David. *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

Luhmann, Niklas *Poder*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1995.

Lyttle, Charles. "Deistic Piety in the Cults of the French Revolution", *Church History*, Vol. 2, No. 1 (Mar., 1933), pp. 22-40.

Mandeville, Bernard. *La Fabula de las Abejas: o los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1997.

Manin, Bernard. *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza editorial, 1996.

Matthiessen, Francis O. *The American Renaissance*. Londres: Oxford University Press, 1968.

Marcus, Sharon; Love, Heather y Best, Stephen. "Building a Better Description", *Representations*, N° 135, (summer, 2016), pp. 1-21.

Martindale, Colin and McKenzie, Dean. "On the Utility of Content Analysis in Author Attribution: 'The Federalist'", *Computers and the Humanities*, Vol. 29, No. 4 (Aug., 1995), pp. 259-270.

Martínez Maza, Clelia. *Atenas, Esparta y las ligas griegas en la América del periodo constituyente [1786-1789]*. Barcelona: Bellaterra arqueología, 2013.

Marx, Karl. *El capital libro I capítulo VI (inédito): resultados del proceso inmediato de producción*. México: Siglo XXI editores, 1971.

-- *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid, Alianza editorial, 2003.

--*El capital: crítica de la economía política. Libro I, el proceso de producción del capital, Vol. II*. Madrid: Siglo XXI, 2009.

--*El capital: crítica de la economía política. Libro I, el proceso de producción del capital, Vol. III*. Madrid: Siglo XXI, 2009.

--*El capital: crítica de la economía política. Libro I, el proceso de producción del capital, Vol. I*. Madrid: Siglo XXI, 2010.

Marx, Leo. *The Machine in the Garden: Technology and the Pastoral Ideal in America*. Oxford: Oxford University Press, 1967.

Massue, Melville H. *The Jacobite Peerage: Baronetage, Knightage and Grants of Honour*. Edimburgo: T.C. & E.C. Jack, 1904.

May, Robert E. *Manifest Destiny Underworld: Filibustering in Antebellum America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.

--"Reconsidering Antebellum U.S. Women's History: Gender, Filibustering, and America's Quest for Empire", *American Quarterly*, Vol. 57, No. 4 (Dec., 2005), pp. 1155-1188.

--"Review: Multiplying Frontiers", *Reviews in American History*, Vol. 37, No. 2 (Jun., 2009), pp. 198-204.

McCaughey, Robert A. *Stand, Columbia: a History of Columbia University in the City of New York, 1754-2004*. Nueva York, Columbia University Press, 2003.

McCoy, Drew R. "Jefferson and Madison on Malthus: Population Growth in Jeffersonian Political Economy", *The Virginia Magazine of History and Biography*, Vol. 88, No. 3 (Jul., 1980), pp. 259-276.

McNall, Edward. *The American Idea of Mission: Concept of National Purpose and Destiny*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1957.

Merk, Frederick. "A Safety Valve Thesis and Texan Annexation", *The Mississippi Valley Historical Review*, Vol. 49, No. 3 (Dec., 1962), pp. 413-436.

--*Manifest Destiny and Mission in American History: a Reinterpretation*. New York: Random House, 1966.

--*The Monroe Doctrine and American Expansionism 1843-1849* (Nueva York: Random House, 1972).

Michel, Jean-Baptiste *et al.* "Quantitative analysis of Culture Using Millions of Digitized Books", *Science*, Vol. 331, N. 176 (Jan. 2011), pp.176-182.

Miller, Perry. "The Half-Way Covenant", *The New England Quarterly*, Vol. 6, No. 4 (Dec., 1933), pp. 676-715.

--*The New England Mind: The Seventeenth Century*. Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1939.

--*The New England Mind: From Colony to Province* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1954).

--*Orthodoxy in Massachusetts 1630-1650*. Boston: Beacon Press, 1959.

--*The Life of the Mind in America: from the Revolution to the Civil War; Book 1: the Evangelical Basis*. Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1965.

--*Nature's Nation*. Cambridge Mass.: Cambridge University Press, 1967.

--*The Raven and the Whale: Poe, Melville and the Nueva York Literary Scene*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1997.

Miller, Perry and Johnson, Thomas H. (eds.). *The Puritans: a Source Book of their Writings. Vol. 1: History, the Theory of the State and Society, This World and the Next*. Nueva York: Harper Torchbook, 1965.

Morgan, Edmund S. "The American Revolution Considered as an Intellectual Movement" en Arthur M. Schlesinger Jr. y Morton White (eds.), *Paths of American Thought* (Boston: Houghton-Mifflin, 1963), pp. 11-36.

--“Perry Miller and the historians”, *Proceedings of the American Antiquarian Society*, Vol. 74, No. 1, (Aprl., 1964), pp. 11-18.

--*Visible Saints: The History of a Puritan Idea*. Ithaca: Cornell University Press, 1971.

Moretti, Franco. “Graphs, Maps, Trees: Abstracts Models for Literary History-1”, *New Left Review*, No. 24, (Nov-Dec. 2003), pp. 67-93.

--*Graphs, Maps, Trees: Abstracts Models for Literary History*. Londres: Verso, 2007.

Moss, Richard J. “Jacksonian Democracy: a Note on the Origin and Growth of the Term”, *Tennessee Historical Quarterly*, Vol. 34, No. 2 (Summer 1975), pp. 145-153.

Mott, Frank L. *A history of American Magazines, 1741-1850*. Nueva York: D. Appleton and Company, 1930.

--*American Journalism: a History of Newspapers in the United States through 250 Years 1690 to 1940*. New York: The Macmillan Company, 1942.

Naparsteck, Martin. *Sex and Manifest Destiny: the Urge that Drove Americans*. Jefferson NC: McFarland & Company, 2012.

Nash, Roderick F. *Wilderness and the American Mind*. New haven: Yale University Press, 2014.

Nibset, Robert. *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa, 1981.

Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza editorial, 2012.

Noll, Mark A. *Americas's God: From Jonathan Edwards to Abraham Lincoln*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

Nugent, Walter. *Habits of Empire: a History of American Expansion*. Toronto: Random House of Canada, 2008.

O'Neil, Robert M. "The "Wall of Separation" and Thomas Jefferson's Views on Religious Liberty", *The William and Mary Quarterly*, Third Series, Vol. 56, No. 4 (Oct., 1999), pp. 791-794.

Onuf, Peter S. *Jefferson's Empire: the Language of American Nationhood*. Charlottesville: University Press of Virginia, 2000.

Ortega y Medina, Juan A. *Destino manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*. México DF: Sep/Setentas, 1972.

O'Sullivan, T. D. *Bantry, Berehaven and the O'Sullivan Sept*. Dublin: Sealy, Bryers, And Walker, 1909.

Palmer, Richard E. *Hermeneutics: Interpretation Theory in Schleiermacher, Dilthey, Heidegger and Gadamer*. Evanston: Northwestern University Press, 1969.

Parente, Pietro; Piolanti, Antonio y Garofalo, Salvatore. *Diccionario de teología dogmática*. Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1955.

Parish, John C. "The Emergence of the Idea of Manifest Destiny" en *The Persistence of the Westward Movement and other Essays*. Berkeley: University of California Press, 1943, pp. 47-78.

Parrington, Vernon L. *Main Currents in American Thought, Vol. I, The colonial Mind, 1620-1800*. Norman: University of Oklahoma Press, 1987.

--*Main Currents in American Thought, volume II: the Romantic Revolution in America, 1800-1860.* Norman: University of Oklahoma Press, 1987.

Pederson, Lee A. "Thoreau's source of the motto in 'civil disobedience'", *The Thoreau Society Bulletin*, N. 67 (Spring, 1959), p. 3.

Pelikan, Jaroslav. "The Two Cities: The Decline and Fall of Rome as Historical Paradigm", *Daedalus*, Vol. 111, No. 3, Representations and Realities (Summer, 1982), pp. 85-91.

Peterfreund, Stuart. *Turning Points in Natural Theology from Bacon to Darwin: The Way of the Argument from Design.* Nueva York: Palgrave MacMillan, 2012.

Peterson, Merrill D. "Jefferson, the West, and the Enlightenment Vision", *The Wisconsin Magazine of History*, Vol. 70, No. 4 (Summer, 1987), pp. 270-280.

Pate, J' Nell L. "Review", *Western Historical Quarterly*, (Spring, 2002), pp. 86-87.

Pratt, Julius W. "Origins of Manifest Destiny", *The American Historical Review*, Vol. 14, N.º4 (Jul., 1927): pp. 795-798.

--"John L. O'Sullivan and Manifest Destiny", *New York History*, Vol. 14, No.3 (JULY 1933), pp. 213-234

--*Expansionist of 1898: the Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands.* Chicago: Quadrangle Books, 1964.

Prothero, Stephen. "From Spiritualism to Theosophy: The 'Uplifting' of a Democratic Tradition", *Religion and American Culture: A Journal of Interpretation*, Vol. 3, No. 2 (Summer, 1993), pp. 197-216.

Pocock, John G. A. "Virtue and Commerce in the Eighteenth Century: The Creation of the American Republic 1776-1787 by Gordon S. Wood; Alexander Hamilton and the Idea of Republican Government", *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 3, No. 1 (Summer, 1972), pp. 119-134.

--*Virtue, Commerce and History: Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

--*The Ancient Constitution and the Feudal Law: a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

--*Politics Language & Time: Essays on Political Thought and History*. Chicago and London: The University of Chicago Press, 1989.

--"Concepts and Discourses: A Difference in Culture? Comment on a Paper by Melvin Richter" en Hartmut Lehmann y Melvin Richter, *The Meaning of Historical Terms and Concepts: New Studies on Begriffsgeschichte*. Washington DC: German Historical Institute, 1996), pp. 47-59.

--*Barbarism and Religion Vol. 3: The First Rise and Fall* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003).

--*El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Tecnos, 2008

--*Political Thought and History: Essays on Theory and Method*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.

--“From The Ancient Constitution to Barbarism and Religion; The Machiavellian Moment, the history of political thought and the history of historiography”, *History of European Ideas*, Vol. 43, No. 2, (2017), pp. 129-146.

Potvin, Sarah. “An Inquiry into Authorial Attribution” (2009). *Faculty Publications, UNL Libraries*. 295. <http://digitalcommons.unl.edu/libraryscience/295>., pp. 1-15.

Rabinovitz, Albert L. “Hugo's Bancroft and Le Message de Grant”, *Modern Language Notes*, Vol. 57, No. 8 (Dec., 1942), pp. 648-652.

Ransom, Roger L. *Conflict and Compromise: the Political Economy of Slavery, Emancipation and the American Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Reguera, Marcos. “La religión civil americana como problema socio-teológico contemporáneo” en Pablo López Calle y Antonio Lucas Marín (eds.), *La sociología que viene ¿Qué hacen los jóvenes sociólogos madrileños?* Madrid: Editorial Fragua, 2013, pp.

--“En pos del saeculum: Utopía papal en la donación de Constantino y en la teoría de las dos espadas”, *Encuentros en Catay*, No. 28 (2014), pp. 216-228.

--“El *American Way of Faith*” en Enrique Romerales y Eduardo Zazo (eds.), *Religiones en el espacio público*. Barcelona: Gedisa editorial, 2016, pp.

--*El triunfo de Trump: claves sobre la nueva extrema derecha norteamericana*. Madrid: Postmetrópolis editorial, 2017.

--“El ‘experimento americano’ y los orígenes del concepto moderno de revolución”, *Revista de estudios políticos*, N° 182, (Dic. 2018), pp. 71-98.

Richard, Carl J. *The Founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment*. Cambridge Mass.: Harvard University Press, 1994.

--*Greek & Romans Bearing Gifts: How the Ancients Inspired the Founding Fathers*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2009.

Richter, Martin. "Conceptual History (Begriffgeschichte) and Political Theory", *Political Theory*, Vol. 14, No. 4 (Nov., 1986), pp. 604-637.

--"Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the Geschichtliche Grundbegriffe", *History and Theory*, Vol. 29, No. 1 (Feb., 1990), pp. 38-70

Rodgers, Daniel T. *As a City on a Hill: The Story of America's Most Famous Sermon*. Princeton: Princeton University Press, 2018.

Rorty, Richard. "Wittgenstein and the Linguistic Turn" en *Philosophy as Cultural Politics: Philosophical Papers, Vol.4*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.

Rozwenc, Edwin. *Ideology and Power in the Age of Jackson*. Garden City: Anchor Books & Company, 1964.

Rus Rufino, Salvador. "Estudio preliminar" en George W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Tecnos, 2017, pp. 19-90.

Sampson, Robert D. *John L. O'Sullivan and his Times* (Kent: The Kent State University Press, 2003.

--"John L. O'Sullivan and the Tragedy of Radical Jacksonian Thought", en *Politics and Culture of the Civil War Era: Essays in Honor of Robert W. Johannsen*. Selinsgrove: Susquehanna Univeristy Press, 2006.

San Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios. Vol. II, libros III-V*. Barcelona: Ediciones Alma Mater, 1958.

Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica, tomo 2*. Madrid: Moya y Plaza editores, 1880.

Sánchez León, Pablo. “El ciudadano, el historiador y la democratización del conocimiento del pasado” en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo (eds.), *El fin de los historiadores: pensar históricamente el siglo XXI* (Madrid: Siglo XXI España, 2008), pp. 125-165.

--“Ordenar la civilización: semántica del concepto de Policía en los orígenes de la ilustración española”, *Política y sociedad*, Vol. 42, N. 3 (2005), pp. 139-156.

--“Historia y metahistoria de la democracia en España” en Ariel Jerez y Emilio Silvia (cord.), *Políticas de memoria y construcción de ciudadanía* (Madrid: Postmetrópolis Editorial, 2015), pp. 75-81.

-- “¿Tan sólo una guerra civil?: 1936 como conquista colonial civilizadora y *Yihad* católica moderna”, *Bajo Palabra: revista de filosofía II Época*, N. 13 (2017), pp. 19-37.

Sánchez León, Pablo e Izquierdo, Jesús. *La guerra que nos han contado: Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*. Madrid: Postmetrópolis Editorial, 2017.

Saxton, Alexander. “Problems of Class and Race in the Origins of the Mass Circulation Press” en *American Quarterly*, Vol. 36, No. 2 (Summer, 1984), pp. 211-234.

Scalia, Antonin. “Common Law Courts in a Civil Law System: The Rol of the United States Federal Courts in Interpreting the Constitution and Laws” en Goodman, Amy (ed.). *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law*. Princeton: Princeton University Press, 1997, pp. 3-47.

--“Response” en Amy Goodman (ed.), *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 1997), pp. 129-149.

Schlesinger Jr., Arthur M.

--*Los ciclos de la historia americana*. Madrid: Alianza editorial, 1988.

Schmitt, Carl. *Romanticismo Político*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2001.

--*El concepto de lo político*. Madrid: Alianza editorial, 2002.

--*Teología Política*. Madrid: Editorial Trotta, 2009.

Scholnick, Joshua D. “Democrats Abroad: Continental Literature and the American Bard in the ‘United States Magazine and Democratic Review’”, *American Periodicals*, Vol. 3 (1993), pp. 75-99.

--“Extermination and Democracy: O’Sullivan, the Democratic Review, and Empire, 1837-1840”, *American Periodicals*, Vol. 15, No. 2 (2005), pp. 123-141.

Shalev, Eran. *Rome Reborn on Western Shores*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2009.

Shalhope, Robert E. “Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography” *The William and Mary Quarterly*, Vol. 29, No. 1 (Jan., 1972), pp. 49-80.

--“Republicanism, Liberalism and Democracy: Political Culture in the Early Republic” en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.), *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias* (Worcester: American Antiquarian Society, 1992), pp. 99-152.

Shapin, Steven. "Of gods and kings: Natural philosophy and politics in the Leibniz-Clarke disputes", *Isis*, Vol 72, No. 2, (Jun. 1981), pp. 187-215.

Skinner, Quentin. *Los fundamentos del pensamiento político moderno. Vol. II La Reforma* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

--"Hermeneutics and the Role of History" *New Literary History*, Vol. 7, No. 1, Critical Challenges: The Bellagio Symposium (Autumn, 1975).

--"A Reply to my critics" en Tully, James (ed.), *Meaning and Context*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988, pp. 231-289.

--*Liberty before Liberalism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

--*Visions of Politics: Regarding Method. Volume I*. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.

Slauter, Will. "Le paragraphe mobile", *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 2012/2 (67th Year), pp. 253-278.

Smith, Kenneth. *The Malthusian Controversy*. Nueva York: Octagon Books, 1978.

Smith, Henry N. *Virgin Land: The American West as a Symbol and Myth*. Cambridge: Harvard University Press, 1995.

Solomon, Robert C. "On Fate and Fatalism", *Philosophy East and West*, Vol. 53, No. 4 (Oct., 2003), pp. 435-454.

Spann, Edward K. "The World is Governed Too Much" en *Ideals and Politics: New York intellectuals and Liberal Democracy 1820-1880*. Albany: State University of New York Press, 1972, pp. 64-78.

Spengler, Joseph J. "Alexander Hill Everett Early American Opponent of Malthus", *The New England Quarterly*, Vol. 9, No. 1 (Mar., 1936), pp. 97-118.

--"Population Theory in the Antebellum South", *The Journal of Southern History*, Vol. 2, No. 3 (Aug., 1936), pp. 360-389.

--"Population Prediction in Nineteenth Century America", *American Sociological Review*, Vol. 1, No. 6 (Dec., 1936), pp. 905-921.

Stafford, John. *The Literary Criticism of Young America. A study in the relationship of politics and literature, 1837-1850*. Berkeley: University of California Press, 1952.

Standfort, John L. *Studies and Illustrations of the Great Rebellion*. London: John W. Parker and Son, 1858.

Steffen, Charles G. "Newspapers for Free: The Economics of Newspaper Circulation in the Early Republic", *Journal of the Early Republic*, Vol. 23, No. 3 (Autumn, 2003), pp. 381-419.

Steinberg, Marc. "El rugir de la multitud: repertorios discursivos y repertorios de acción colectiva de los hiladores de seda de Spitalfils, en el Londres del siglo XIX" en Javier Auyero (ed.), *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana* (Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Quilmes, 1999), pp. 199-236.

Stephanson, Anders. *Manifest Destiny: American Expansion and the Empire of Right*. New York: Hill and Wang, 1996.

Stevens, Jr., Edward. "The Anatomy of Mass Literacy in Nineteenth-Century United States" en Arno, Robert F. y Graff, Harvey J. *National Literacy Campaigns: Historical and Comparative Perspectives* (Boston: Springer-Verlag, 1987), pp. 99-122.

Taylor, Peter J. y Colin Flint, “La resurrección de la geopolítica” en *Geografía política, economía mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama editorial, 2002, pp. 53-113.

Temin, Peter. *The Jacksonian Economy*. Toronto: W. W. Norton & Company, 1969.

Tennenhouse, Leonard. *The Importance of Feeling English: American Literature and the British Diaspora 1750-1850*. Princeton: Princeton University Press, 2007.

Tocqueville, Alexis de. *La democracia en América*. Madrid: Trotta, 2010.

Trevor-Roper, Hugh. “Laudanism and political power”, *Catholics, Anglicans and Puritans: 17th Century Essays*. Chicago: The University of Chicago Press, 1988), pp. 40-119.

Trimble, William. “The Social Philosophy of the Loco-Foco Democracy”, *American Journal of Sociology*, Vol. 26, No. 6 (May, 1921), pp. 705-715.

Tucker, Robert W. y Hendrickson, David C. *Empire of Liberty: the Statecraft of Thomas Jefferson*. Oxford: Oxford University Press, 1992.

Turner, Frederick J. *Rereading Frederick Jackson Turner: The Significance of the Frontier in American History and Other Essays*, editado por John M. Faragher. New Haven: Yale University Press, 1994.

Turner, Frederick J. & Merk, Frederick. *List of References on the History of the West*. Cambridge: Harvard University Press, 1922

Tuveson, Lee. *Redeemer Nation: The idea of America's Millennial Role*. Chicago: Chicago University Press, 1968.

Tyrrel, Ian. “Making Nation/Making States: American Historian in the Context of Empire”, *The Journal of American History*, Vol. 86, N.º 3, The Nation and Beyond: Transnational Perspectives on United States History: A Special Issue (Dec., 1999), pp. 1015-1044.

Vannini, Philipp y Vannini, April. *Wilderness*. Nueva York: Routledge, 2016.

Velasco Garrido, Fernando. "Introducción: La Norteamérica de Moby-Dick" en Herman Melville, *Moby-Dick; o La Ballena*. Madrid: Akal, 2009, pp. 5-60.

Villacañas, José L. "Republicanism y dominación. Una crítica a Philip de Pettit", *Δαίμων. Revista de Filosofía*, N. 27 (2002), pp. 73-87.

--*Populismo*. Madrid: La huerta grande ensayos, 2016

Villacañas, José Luís y Oncina, Faustino. "Introducción" en Koselleck, Reinhart y Gadamer, Hans-George. *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós ICE/UAB, 1997.

Viney, Donald W. "American Deism, Christianity, and the Age of Reason," *American Journal of Theology & Philosophy*, Vol. 31, No. 2 (May 2010), pp.83-107.

Walicki, Andrzej. "Adam Gurowski: Polish Nationalism, Russian Pan Slavism and American Manifest Destiny", *The Russian Review*, Vol. 38, No. 1 (Jan., 1979), pp. 1-26.

Wall, Wendy L. *Inventing the American Way: The Politics of Consensus from the New Deal to the Civil Rights Movement*. Oxford: Oxford University Press, 2008.

Walsh, Micheline K. "O'Sullivan Beare in Spain: Some Unpublished Documents", *Archivium Hibernicum*, Vol. 45 (1990), pp. 46-63.

Ward, John W. *Andrew Jackson Symbol for an Age* (Nueva York: Oxford University Press/Galaxy Books, 1962

Weber, Max. *Economía y sociedad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2002.

--*Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu editoriales, 2012.

--*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2017.

Weeks, William E. *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*. Chicago: Ivan R. Dee, 1996.

Weinberg, Albert K. *Destino Manifesto: el expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1968.

Widmer, Edward L. *Young America: The Flowering of Democracy in New York City*. New York: Oxford University Press, 1999.

Wilensky, Norman M. "Was the Cold War Necessary? The Revisionist Challenge to Consensus History", *American Studies*, Vol. 13, No. 1, Peace Movements in America (Spring 1972), pp. 177-187.

Wilentz, Sean. *Chants Democratic: New York City & the Rise of the American Working Class, 1788-1850*. Oxford: Oxford University Press, 1984.

--*The Raise of American Democracy: Jefferson to Lincoln*. Nueva York: W.W. Norton and Company, 2005.

Wilesey, John D. "Our Country is Destined to be the Great Nation of Futurity", *Religions*, 2007, 8 (4), 68.

Wilson, Brian C. "Yankees in New England and Beyond" en *Yankees in Michigan*. East Lansing: Michigan State Univeristy Press, 2008, pp. 7-21.

Wimberley, Ronald C. and Christenson, James A. "Civil Religion and Church and State", *The Sociological Quarterly*, Vol. 21, No. 1 (Winter, 1980), pp. 35-40.

Wineapple, Brenda. *Hawthorne: a Life*. Nueva York: Random House, 2012.

Wisley, John D. "Our Country is Destined to be the Great Nation of Futurity: John L. O'Sullivan's Manifest Destiny and Christian Nationalism, 1837-1846", *Religions*, Vol. 8, No. 68, (2017), pp. 5-15.

Wolfe, Patrick. "Settler Colonialism and the Elimination of the Native", *Journal of Genocide Research*, Vol. 8, N. 4 (Dec. 2006), pp. 387-409.

Wood, Gordon S. "Afterword" en Milton M. Klein, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.), *The Republican Synthesis Revisited: Essays in Honor of George Athan Billias* (Worcester: American Antiquarian Society, 1992), pp. 205-213.

--"Coment" en Amy Goodman (ed.), *A Matter of Interpretation: Federal Courts and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 1997), pp. 49-63.

--*The Creation of the American Republic 1776-1787*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1998.

--*Empire of Liberty: a History of the Early Republic, 1789-1815*. Oxford: Oxford University Press, 2009.

Wood, Ellen M. "Falling through the Cracks: E. P. Thompson and the Debate on Base and Superstructure" en Kaye, Harvey J. and McClelland, Keith. *E. P. Thompson Critical Perspectives*. Filadelfia: Temple University Press, 1990, pp. 125-152.

Woodbridge Riley, I. "The Rise of Deism in Yale College", *The American Journal of Theology*, Vol. 9, No. 3 (Jul., 1905), pp. 474-483.

Zahniser, Howard C. *Wilderness act of 1964*, Pub. 288-577, Statutes at Large 78, 3 de septiembre de 1964.

Zaneti, Oscar. *Isla en la historia: La historiografía de Cuba en el siglo XX*. (Caracas, Fundación editorial el perro y la rana, 2007.

Zazo, Eduardo. "De cómo hemos llegado a la situación de parcialidad religiosa en (casi) todos los países europeos: Europa ante las instituciones religiosas" en Enrique Romerales y Eduardo Zazo (eds.), *Religiones en el espacio público*. Barcelona: Gedisa editorial, 2016, pp. 105-136.

Tesis doctorales

Castillo, Carlos A. “Relaciones entre el malestar social y el trastorno psíquico: Contribuciones para un análisis socioclínico a partir de Ferenczi y Marx”. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2015.

Fuller, Landon E. “The United States Magazine and Democratic Review, 1837-1859: a Study of its History, Contents and Significance”. Tesis doctoral, Chapel Hill, 1948.

Gassman, David L. “Introduction” en *Translatio Studii: A Study in Intellectual History in the Thirteenth Century*. Tesis doctoral: Cornell University, 1973, pp. 2-21.

Gómez, Adam J. “The Nation Invisible: American Civil Religion and the American Political Tradition”. Tesis doctoral, University of California San Diego, 2010.

Gumerove, Robert. “The New York Morning News: organ of the Radical ‘Barnburning’ Democracy 1844-1846”. Tesina de Máster, Universidad de Columbia, 1953.

Harris, Sheldon H. “The Public Carrer of John L. O’Sullivan”. Tesis Doctoral, Universidad de Columbia, 1958.

Parella, Frank “Lebensraum and Manifest Destiny: a Comparative Study in the Justification of Expansionism”. Tesina de máster, Universidad de Georgetown, 1950.